

Universidad Nacional Autónoma de México

Posgrado en Estudios Latinoamericanos

Tesis de doctorado

**La recepción del marxismo en América Latina y su
influencia en las ideas de integración continental:
el caso de la Liga Antiimperialista de las Américas**

Tutor: Dr. Horacio Crespo

Alumno: Mtro. Daniel Kersfeld

Ciudad de México, marzo de 2008



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A modo de un necesario balance, y por medio de esta introducción, quiero agradecer a todas aquellas personas e instituciones que colaboraron, tanto de manera directa como también indirecta, para que yo pudiera llevar a buen término la presente tesis de doctorado. Por ello, mi primer reconocimiento tiene como destinatarias a las autoridades del posgrado en Estudios Latinoamericanos, quienes me permitieron desarrollar esta investigación en su seno brindándome todo tipo de facilidades, así como también a la Dirección General de Estudios de Posgrado, que me proporcionó una beca de doctorado con la que pude vivir durante mi primer año y medio de estancia en México.

En segundo lugar, quiero agradecer a mi tutor principal, el Dr. Horacio Crespo, por su permanente guía y orientación a lo largo de toda esta investigación, y en la construcción de una relación siempre intelectualmente fructífera en la que no faltaron desde las recomendaciones bibliográficas hasta los consejos de amigo. Asimismo, deseo retribuir a los otros dos integrantes de mi Comité Tutorial, a la Dra. Norma de los Ríos Méndez, quien siempre se ofreció como una válida interlocutora para la discusión sobre diversos aspectos de mi trabajo, y al Dr. Pedro Pablo Rodríguez, quien durante una estancia de un mes en La Habana me permitió trabajar con la biblioteca del Centro de Estudios Martianos que él mismo dirige. Igualmente, deseo también expresar toda mi gratitud al Dr. Ricardo Melgar Bao, profesor y amigo que en todo momento me ayudó a conseguir material sobre la Liga Antiimperialista y que siempre se ofreció a leer con detalle los distintos informes y presentaciones que fui elaborando a lo largo de mi doctorado.

Asimismo, no quería dejar de brindar mi gratitud hacia todos aquellos académicos e investigadores que en México me sugirieron lecturas originales, enfoques innovadores o, simplemente, su amistad y colaboración en aquellos momentos en que me encontraba desarrollando diversos y complejos aspectos de mi trabajo. Saludo, por ello, a la Dra. Judit Bokser Misses, la Dra. Rosana Cassígoli, el Dr. Javier Torres Pares, el Dr. Carlos Martínez Assad y el Dr. Ilán Semo. Igualmente, mi reconocimiento a las autoridades del Centro de Estudios sobre el Movimiento Obrero y el Socialista (CEMOS), y a las de la Biblioteca Manuel Orozco y Berra, del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), quienes me permitieron trabajar con algunos de sus archivos y en las respectivas bibliotecas. Por último, un agradecimiento especial al Dr. Benjamín Mayer Foulkes, querido amigo y colega que me demostró la pertinencia de encuadrar mi investigación sobre historia del comunismo latinoamericano dentro del siempre productivo campo de la teoría crítica.

Por otra parte, y si mi estancia de un mes en La Habana entre fines de 2005 y principios de 2006, fue tan productiva y enriquecedora, en gran medida, se lo debo a la gran cantidad de historiadores que no dudaron en ofrecer su colaboración para que este trabajo llegue a buen puerto. Por ende, mi agradecimiento a la Dra. Caridad Massón Sena, del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”, quien me efectuó interesantes sugerencias sobre el abordaje histórico de la Liga Antiimperialista; a la Dra. Ana Cairo, académica de la Universidad de La Habana, y especialista en la historia cultural e intelectual de la Cuba de los años ‘20; a la Maestra Juana Rosales García y a los Doctores Felipe de Jesús de Pérez Cruz y Orlando Cruz Capote, del Instituto de Filosofía de La Habana, quienes me aportaron información muy valiosa acerca de los orígenes del movimiento comunista cubano; y al Dr. Ricardo

Martínez Otero, del Instituto de Literatura y Lingüística, profundo conocedor de las desavenencias políticas entre comunistas y apristas. De la misma manera, extendiendo mi gratitud hacia el Sr. Manuel Corrales, de la Biblioteca Memorial Juan Marinello, a sus 92 años sobreviviente de la Liga Antiimperialista de Santa Clara, quien me dedicó toda una mañana para que yo lo pudiera entrevistar *in extensum*. Por último, mi profundo agradecimiento hacia otra amiga, la Dra. Angelina Rojas Blaquier, quien asumió la responsabilidad de guiarme por el Instituto de Historia de Cuba proporcionándome además, y de manera totalmente personal y desinteresada, gran parte de los materiales históricos sin los cuales difícilmente podría haber elaborado toda la investigación sobre la Liga Antiimperialista Cubana.

Mi reconocimiento con respecto a la parte argentina, se orienta en dos direcciones. En principio, hacia el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina, el CEDINCI que, dirigido por Horacio Tarcus, puso a mi disposición, sin restricción alguna, una inmensa cantidad de material hemerográfico acerca de las primeras décadas del comunismo argentino. En segundo lugar, la Unidad de Información del Centro Cultural de la Cooperación, coordinado por Daniel Campione, en donde, nuevamente sin ningún tipo de limitación, pude revisar los archivos de la Internacional Comunista con respecto a Argentina y, más en particular, en torno a la conflictiva historia de sus Ligas Antiimperialistas. Por otra parte, no podría dejar de expresar mi reconocimiento a la ayuda brindada durante una breve estancia de trabajo en Israel en febrero de 2007, por el Dr. Gerardo Leibner, director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Tel Aviv y especialista en la historia del comunismo uruguayo, así como también por la de los prestigiosos historiadores David Bankier y Hain Avni.

Por otro lado, y ya desde el terreno afectivo, quiero saludar el apoyo siempre entusiasta de tres hijas de notables revolucionarios y dirigentes comunistas de los años '20 y '30: Rusela, hija de Rubén Martínez Villena, quien desde su estancia en los Estados Unidos nunca dejó de saludarme y de preguntarme por la marcha de mi investigación y, particularmente, por nuevos descubrimientos acerca de la figura de su padre; Laura Bosques, hija del humanista mexicano Gilberto Bosques, quien tuvo la oportunidad de conocer personalmente a varios de los dirigentes comunistas de aquella época y, por último, a Anita Schwartzman, hija de Jacobo Hurwitz, quien me cedió personalmente la fotografía de su padre que ilustra la galería que se encuentra como apéndice al final de este trabajo.

De igual manera, quiero también retribuir al apoyo constante de mis amigos, de los “viejos” de Argentina, y de los “nuevos” de México, quienes de alguna forma, y producto de acaloradas discusiones nocturnas y veraniegas, también se volvieron copartícipes de esta investigación. Al sostén permanente de mis padres, Mercedes y Jorge, y de mi hermano, Diego, interesados siempre en la marcha de mi trabajo y a los que, como siempre, dedico toda investigación (aunque ahora también esa dedicatoria se hace extensible a Andrea y a los cinco meses de vida de Milena). Y, por sobre todas las cosas, al aliento, al entusiasmo y a la paciencia indeclinables de Verónica, con quien estoy compartiendo una de las etapas más felices de mi existencia, más allá de algún que otro avatar por el camino (vos me entendés...).

Ciudad de México, 26 de noviembre de 2007

AGRADECIMIENTOS

PRIMERA PARTE:
INTRODUCCIÓN

Motivos, elecciones y fuentes utilizadas	3
La mirada de Moscú hacia Oriente	11
La importancia de las organizaciones auxiliares	20

SEGUNDA PARTE:
LOS ESTADOS UNIDOS: DE REPÚBLICA A IMPERIO

La construcción de la “ <i>pax americana</i> ”	26
James Blaine y la Unión Panamericana	33
El eje geoestratégico y militar	40
El frente obrero	44

TERCERA PARTE:
ORÍGENES DEL COMUNISMO LATINOAMERICANO Y
ANTECEDENTES DE LA LADLA

México:	
Los inicios del movimiento comunista: marchas y contramarchas	51
El grupo dirigente de la Liga Antiimperialista	65
La vanguardia artística y radical	66
Los campesinos	68
Los populistas y los intelectuales radicales	70
Los <i>slackers</i>	72

Argentina:	
La cuestión del imperialismo en los primeros tiempos del Partido Comunista	75
Izquierda y antiimperialismo: la Reforma Universitaria y la Unión Latinoamericana	82
La disputa entre comunistas y “chispistas”: el surgimiento del Partido Comunista Obrero	89
Un primer ensayo antiimperialista: la “Asociación de Amigos de Rusia”	99

Cuba:	
Las raíces del antiimperialismo cubano	105
La Reforma Universitaria	106
El Grupo Minorista y la vanguardia intelectual	111
El movimiento de los trabajadores	114
Los militantes de origen extranjero	117

CUARTA PARTE:
FUNDACIÓN Y PRIMEROS TIEMPOS DE LA LIGA
ANTIIMPERIALISTA

México:	
El nacimiento de la Liga Antiimperialista de las Américas	119
Algunas características de <i>El Libertador</i>	126
Las recomendaciones del Workers Party:	
un nuevo frente de conflictos	129
Del conflicto a la mediación: la consolidación de la LADLA	137
Tiempos de recuperación	143
Argentina:	
Orígenes y primeros años de la Liga Antiimperialista “chispista”	148
Cuba:	
El surgimiento de la Liga y la consolidación del movimiento antiimperialista cubano	156
El “Comité Pro Libertad de Mella” y sus derivaciones políticas	164
La Liga Antiimperialista frente a la embestida de Machado	171

QUINTA PARTE:
EL CONGRESO DE BRUSELAS Y SUS CONSECUENCIAS
POLÍTICAS PARA AMÉRICA LATINA

La realización del Congreso Antiimperialista de 1927	174
El análisis de la cuestión latinoamericana: debates y conflictos	184
El nacimiento de la Liga contra el Imperialismo y sus primeros pasos	196
La Liga mexicana frente a los Estados Unidos: guerra y anticomunismo	206
El antiimperialismo argentino puesto en debate: del Comité contra la Guerra a la Acción Continental	213
Cuba: entre el reverdecer de la Liga Antiimperialista y el conflicto con el APRA	223

SEXTA PARTE:

HACIA LA EDAD DE ORO DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA

La Liga mexicana ante la lucha sandinista: acuerdos y tensiones	230
La organización del Comité “Manos fuera de Nicaragua” (MAFUENIC)	230
Desde la búsqueda al traslado de fondos	236
La actividad de los delegados	240
El PCA y su nueva apuesta: el surgimiento de la Liga Antiimperialista-Grupo de Izquierda	244
La campaña contra Gerardo Machado en Cuba: efectos y repercusiones	251

SÉPTIMA PARTE:

EL “TERCER PERÍODO” Y SUS IMPLICANCIAS EN AMÉRICA LATINA Y PARA LA LIGA ANTIIMPERIALISTA

1927-1929: de la táctica de “frente único” a la de “clase contra clase”	257
El VI° Congreso de la Comintern y su política hacia los organismos auxiliares	264
El debate en torno a la situación latinoamericana y a la LADLA	271

OCTAVA PARTE:

LA CRISIS DE LA LADLA: ENTRE LA RADICALIZACIÓN Y LA CLANDESTINIDAD

México:

Crisis de gobierno, surgimiento del Maximato y proscripción del PCM	280
Las tensiones con la guerrilla sandinista	292
Un nuevo presidente, un renovado anticomunismo	299

Argentina:

La expulsión de Penelón y su impacto en la Liga Antiimperialista	301
El PCA y sus diferencias con otros partidos	307
Dilemas y tensiones en la campaña pro sandinista	310
La Conferencia Antiimperialista de Buenos Aires	317
Los frentes antiimperialistas ante el derrumbe de la democracia	325

Cuba:

Proscripción, crisis y recomposición de fuerzas de la Liga cubana	330
---	-----

La LADLA ante el comunismo internacional

La Primera Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina	333
---	-----

El Congreso Antiimperialista de Frankfurt	339
---	-----

NOVENA PARTE:

LOS CONGRESOS ANTIGUERREROS Y LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA

El Movimiento Ámsterdam Pleyel	350
---------------------------------------	------------

México:

La difícil reconstrucción del PCM bajo la represión y la radicalización	353
---	-----

El Congreso Antigüerrero de 1933 y sus consecuencias para la Liga	356
---	-----

Reconfiguraciones y readaptaciones del antiimperialismo mexicano	362
--	-----

Argentina:

El golpe militar de 1930 y sus repercusiones en el comunismo	367
--	-----

La participación argentina en el Congreso Antigüerrero de Montevideo	375
--	-----

El ocaso de la Liga Antiimperialista	383
--------------------------------------	-----

Cuba:

Hacia la revolución del '33: campaña anticolonial y lucha contra la dictadura	386
---	-----

La caída de Machado y el traslado de las cenizas de Mella	392
---	-----

El Congreso Nacional contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo	399
--	-----

Últimas acciones antes de la disolución	405
---	-----

DÉCIMA PARTE:

ALGUNAS CONCLUSIONES GENERALES	413
---------------------------------------	------------

BIBLIOGRAFÍA	419
---------------------	------------

APÉNDICES	440
------------------	------------

A. Las secciones latinoamericanas de la Liga Antiimperialista	441
---	-----

B. Artículos, manifiestos y declaraciones	461
---	-----

C. Galería de fotos	495
---------------------	-----

ÍNDICE DE SIGLAS Y ABREVIATURAS	518
--	------------

PRIMERA PARTE
INTRODUCCIÓN

Motivos, elecciones y fuentes utilizadas

No resulta posible comprender la historia contemporánea de América Latina si no se le otorga un lugar preponderante a la cuestión de los imperialismos estadounidense y europeo, ya que fue desde esta problemática que se fueron moldeando las modernas características políticas, económicas, sociales y hasta culturales de las actuales naciones latinoamericanas. De igual manera, resulta necesario tomar en consideración que las distintas luchas por la liberación nacional y por la implantación de regímenes fundados en una mayor justicia social, encaradas por los sectores más golpeados por la política neocolonial, se fueron constituyendo en una necesaria contraparte a este proceso de creciente expansión por parte de las potencias centrales. En este sentido, y si siguiendo a Pablo González Casanova podemos afirmar que “la dominación de América Latina por el imperialismo y las luchas de liberación hasta el socialismo es (el) eje que unifica la historia de todos nuestros países desde fines del siglo XIX hasta hoy” (1979: 7), entonces la dialéctica “imperialismo-liberación” se convierte en una de las claves necesarias que nos permitirán comprender con toda su riqueza las contradicciones y ambigüedades de nuestros países latinoamericanos en más de un siglo de historia en torno a esta cuestión. Desde entonces, varios fueron los movimientos políticos, sociales y culturales interesados en plantear la eliminación del imperialismo en los distintos países de la región latinoamericana. Dentro de estas corrientes de lucha contra la expansión del capitalismo monopólico, un lugar no menor fue el ocupado en su momento por la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), organización creada entre 1924 y 1925 en la Ciudad de México.

La LADLA vio la luz como un aspecto particular dentro de la estrategia general brindada por la Internacional Comunista para América Latina. Los motivos que requerían su fundación resultan claros a la luz de los distintos acontecimientos que configuraron el mapa político de la región a mediados de los años '20. Así, y al contexto brindado por la ya mencionada profundización de la política expansionista norteamericana sobre todo en América Central y en El Caribe, y por la creciente radicalidad de las luchas antiimperialistas de sus sectores obreros, campesinos y de las clases medias, se le vino a sumar una mejor comprensión de las características sociales, económicas y políticas de la región por parte de la Tercera Internacional, la que finalmente dispuso la creación de frentes como la Liga, destinada a agrupar a aquellos sectores de la población que, sin ser necesariamente de base obrera, se sintieran comprometidos en el combate contra el imperialismo. Por otra parte, la expansión por esta misma época de organizaciones rivales, como la Confederación Obrera Panamericana (COPA) primero y el APRA más tarde, no hizo sino reforzar los intentos por fortalecer y ampliar la estructura interna de la LADLA.

Intentar entonces reconstruir la historia de vida de una organización como la Liga Antiimperialista de las Américas supone un esfuerzo por establecer cuáles fueron los clivajes principales presentes en la historia del comunismo latinoamericano durante una breve pero significativa porción de tiempo. En efecto, aunque la LADLA sólo tuvo una

corta existencia, no podemos desconocer que ella se situó en un espacio clave y determinante para el futuro desarrollo de los partidos comunistas de la región, entre los años 1924-5 y 1935. Durante esta época, tres congresos de la Internacional Comunista impusieron virajes y cambios tácticos de suma importancia para todas aquellas organizaciones cuya actividad política estaba determinada por la Unión Soviética. En este sentido, si fue el V° Congreso, celebrado en 1924, el que de hecho posibilitó el nacimiento de la LADLA al ordenar, al mismo tiempo que la “bolchevización” de los partidos, la creación de organizaciones no proletarias pero de tendencia comunista, fue el VI° Congreso, de 1928, el que por medio de un cambio de táctica y de la radicalización de la política de “clase contra clase”, llevó a la LADLA a una necesaria reconfiguración que implicó, en términos concretos, su radicalización aunque también su virtual desaparición como organización internacional. Finalmente, el VII° Congreso, de 1935, al terminar de fijar la tendencia de frentes populares y de combate al movimiento nazi-fascista (presentes ya desde antes en algunos partidos comunistas, como el francés) y, en consecuencia, al situar a los Estados Unidos como uno de los más importantes aliados en la lucha contra los regímenes dictatoriales de Hitler y Mussolini, se encargó de sellar la suerte definitiva de la LADLA, ya que su política contraria al expansionismo norteamericano perdía así su razón de ser. De acuerdo con esta nueva coyuntura histórica, la Liga sólo sobreviviría en algunos países del continente de manera aislada, como en el caso cubano, sin mayor peso específico dentro de la política de la época. En tanto que la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional (LCI)¹, organización mayor en el nucleamiento de todas las ligas a nivel mundial creada como corolario del Congreso Antiimperialista de Bruselas en 1927, desaparecería de la escena política exactamente diez años más tarde.

Los cubanos Julio A. Mella, Rubén Martínez Villena y Juan Marinello; los mexicanos Diego Rivera y Úrsulo Galván; los venezolanos Salvador de la Plaza y Gustavo Machado; el peruano Jacobo Hurwitz; los argentinos Paulino González Alberdi y Gregorio Gelman y la italiana Tina Modotti fueron sólo algunos de los más importantes dirigentes y militantes que contribuyeron, con su actividad política, a impulsar a la Liga Antiimperialista como una organización cominternista. Su existencia, aunque hoy mayormente borrada de la memoria histórica de la izquierda fue, sin embargo, un proyecto que pretendió unir, bajo un mismo espíritu de combatividad, a todos los sectores opuestos a la creciente hegemonía estadounidense, no sin olvidar por ello, también al expansionismo europeo. Y por lo mismo, fue una de las primeras organizaciones en plantear, dentro del campo del marxismo, la unidad de los sectores trabajadores del continente en pos de un objetivo común: la liberación de las naciones latinoamericanas de todo intento de imposición de la violencia imperialista².

¹ La denominación de la Liga contra el Imperialismo y su abreviatura (LCI) surge de la traducción directa al español de su nombre en alemán (*Liga gegen Imperialismus und für nationale Unabhängigkeit*) según fue adoptado en sus *Estatutos* fundacional, en el punto número 1: “Nombre de la Organización”, si bien también es cierto que en ocasiones, los medios latinoamericanos la denominaban como “Liga Internacional contra el Imperialismo”, “Liga Antiimperialista Mundial”, etc.

² Por tal motivo, no deja de sorprender que toda esta doctrina imperialista y latinoamericanista expresada por varias organizaciones comunistas sea soslayada o directamente negada por algunos intelectuales o historiadores de las ideas Así, Eduardo Devés Valdés llega a afirmar que “la unidad continental no es, sin embargo, un tema relevante en los grupos más cercanos a la III Internacional” (2000: 184). Lo mismo cabe decir de otro historiador del marxismo latinoamericano, Víctor Alba, cuando en su *Esquema histórico del comunismo en Iberoamérica* señala que “en Iberoamérica, la Liga Antiimperialista resultó un organismo artificial, alejado de las masas” (1960: 84). Así, uno de los cometidos de esta investigación consistirá justamente en efectuar una recuperación crítica a propósito de una entidad que más allá de las

En este sentido, podemos constatar que la creación de la Liga Antiimperialista de las Américas se convirtió en un fenómeno sin precedentes en la historia de nuestro continente por tres factores distintos, pero coincidentes todos ellos bajo el común denominador de una misma vocación por la unidad en la lucha, primera condición para el combate frente a un enemigo de proporciones tan gigantescas como el neocolonialismo.

Inicialmente, podemos afirmar que por primera vez una organización marxista intentó fusionar, de manera sistemática y a nivel continental, los principios del nacionalismo y del latinoamericanismo junto con el combate al imperialismo, logrando de este modo combinar los fundamentos sociales del igualitarismo con la reivindicación de la soberanía nacional en momentos en que ésta se hallaba amenazada por el creciente expansionismo neocolonial. En definitiva, la historia de esta organización, con sus aciertos y también con sus errores, no fue otra que la historia de los hombres y mujeres que creyeron que era posible y hasta necesaria la conjugación de estas dos vertientes ideológicas, distintas en sus características particulares pero al mismo tiempo coincidentes en su finalidad práctica: por una parte, la teoría marxista y, más en particular, la leninista y, por la otra, la tradición de pensamiento latinoamericana encarnada por dos de sus más fieles representantes, Simón Bolívar y José Martí.

En segundo lugar, la LADLA se caracterizó por generar una base social propia cuya constitución iba más allá de los grupos proletarios para incluir a los campesinos y sobre todo, a la clase media radicalizada, ya sea a través de sus asociaciones profesionales como así también por medio de sus intelectuales y artistas más representativos. Con ello la Liga no hacía sino traducir en la práctica, dentro del contexto latinoamericano, las resoluciones adoptadas en el V° Congreso de la Internacional Comunista de 1924, que dictaba la necesidad de crear amplios frentes de masa y de lucha que agruparan no tan sólo a los obreros sino a todos aquellos sectores dispuestos a enfrentar al neocolonialismo. Aunque, como se podrá apreciar más adelante, esta política de unidad no dejó de tener sus propias tensiones y contradicciones internas, fue sin lugar a dudas uno de los rasgos más importantes en la constitución original de la LADLA.

Por último, y a diferencia de otras organizaciones de similares características, la LADLA fue sumamente original al plantear un nuevo esquema de integración regional, ya que en su seno existía la firme intención de coordinar las acciones de los diferentes grupos y tendencias antiimperialistas existentes en los distintos países latinoamericanos, con otros similares radicados en suelo estadounidense, todo ello bajo el marco internacional proporcionado por la Liga contra el Imperialismo, entidad que en el fondo respondía a los dictados generales de la Internacional Comunista. En este sentido, la LADLA supo entrever mejor que cualquier otro tipo de organización política de su tiempo las amplias ventajas de asociar la lucha social y anticolonial de las organizaciones nacionalistas y comunistas latinoamericanas, con aquellas otras radicadas en Estados Unidos, donde desde fines del siglo XIX se evidenciaba una creciente oposición por parte de varios agrupamientos de la sociedad civil y luego también desde su propio Partido Comunista a las medidas gubernamentales de corte imperialista. Por otra parte, la pertenencia de la LADLA a la Liga contra el

conflictos por los que atravesó, sí alcanzó a convertirse en una “organización de masas” en cierto momento de su historia y en determinados países de la región.

Imperialismo y, desde allí, a la Internacional Comunista, nos da también una idea acerca de la convicción que existía entre sus dirigentes por rechazar todo tipo de combate que permaneciera aislado en el espacio geográfico del “latinoamericanismo” para formar parte de un amplio programa de lucha planteado a escala mundial³.

Los múltiples niveles políticos en que esta organización tuvo que desarrollarse son los que, en suma, contribuyen a complejizar notablemente el análisis sobre su trayectoria. Porque si bien es verdad que en última instancia fueron las directivas provenientes de Moscú y de la Internacional Comunista las que llegaron a condicionar su accionar en el terreno de la práctica, no debemos dejar pasar el hecho de que en ocasiones dichas directivas fueron aplicadas de un modo distinto al originalmente planteado e incluso, en ocasiones, fueron directamente rechazadas. En el medio, y en una situación de evidente equilibrio inestable, estaba el propósito sobre todo expresado en los primeros años por parte de algunos dirigentes, de que la organización no pareciera “demasiado roja”, en la suposición de que si se profundizaba su identidad comunista, inevitablemente se produciría el alejamiento de aquellos sectores menos seducidos por el sistema soviético. Asimismo, otro eje problemático estuvo dado por la política interna de la entidad, en la que no estuvieron exentos los conflictos, ya sea entre filiales de distintos países o dentro de una misma sección. El universo político, social y cultural de la Liga Antiimperialista de las Américas durante sus diez años de vida estuvo entonces caracterizado por un permanente intento de unificar las luchas sociales, nacionales y continentales a lo largo de un extenso espacio geográfico y sin por ello dejar de formar parte de un amplio movimiento de características mundiales. Si bien la multiplicidad de actores incluidos en la LADLA, con sus propios intereses y motivaciones, hubiera podido coadyuvar en el fortalecimiento de la organización en base a una misma política, la recurrente ausencia de una dirección clara y el complejo entramado de relaciones originado en su interior hicieron inevitable la aparición de tensiones irresolubles.

Para la realización de este trabajo fueron seleccionados tres países distintos, creemos que altamente representativos de las diversas características asumidas por la Liga Antiimperialista en sus diez años de existencia. La variedad de rasgos asumidos en todo este tiempo por la organización, la sugerente personalidad de algunos de sus más importantes dirigentes, el interés en los diversos conflictos políticos e ideológicos suscitados en cada sección nacional, la relativa accesibilidad al material bibliográfico y hemerográfico en cada una de ellas, etc. fueron todos ellos elementos a ser tenidos en cuenta como criterios para la elección de los países finalmente abordados para la presente investigación. Incluso es posible comprender el abordaje a cada uno de estos países finalmente elegidos a partir del tratamiento de, al menos, un conflicto relacionado con el funcionamiento interno de cada sección de la Liga Antiimperialista, problemática que hemos seguido con particular interés a lo largo de este trabajo ya que nos pareció que a través suyo se expresaban otras problemáticas, en ocasiones mucho más profundas aunque generalmente no tan expuestas, en torno a la constitución de los modernos estados nacionales latinoamericanos y a la relación entre éstos y las clases, razas, comunidades y sectores subalternos, elemento éste último casi siempre presente en los debates del comunismo latinoamericano durante sus primeras décadas de existencia.

³ Como se podrá apreciar más adelante, este debate en torno a la “latinoamericanidad” de las luchas antiimperialistas se constituyó en un elemento determinante en la ruptura con otra organización de similares características: el APRA, fundada por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre.

Así, de México nos interesó señalar particularmente la vinculación entre el movimiento comunista y la revolución nacional y popular que pocos años antes había conseguido desestructurar de manera violenta al antiguo régimen porfirista. En este caso particular, la Liga Antiimperialista asumió contornos definidos como punto de encuentro entre estas distintas corrientes, ambas ancladas en un fuerte contenido popular, pero que sin embargo y más allá de las circunstancias que promovieron su ocasional concurrencia en un mismo punto se mantuvieron, por lo general, una aislada de la otra. No resultó ajeno al particular universo social mexicano la participación en la Liga de sectores campesinos, universitarios, indígenas, de exiliados estadounidenses, etc., todo lo cual redundó en la formación de una sección de particular heterogeneidad y con un importante despliegue político, si bien es verdad que tal variedad, por momentos, actuó también como un verdadero obstáculo para su propio desenvolvimiento. Otro elemento que, asimismo, contribuyó a darle un particular relieve al caso de México fue la particular relación establecida con la Internacional Comunista: no fue casual, en este sentido, que a este país se lo eligiera para acoger a la sede continental de la Liga Antiimperialista, frente a las constantes pretensiones de la sección estadounidense por trasladar dicha dirección al territorio norteamericano. Su actuación política bajo la clandestinidad, su lucha contra los regímenes represivos y el relieve internacional de algunos de sus principales representantes (como Diego Rivera, Julio A. Mella y Úrsulo Galván) fueron otros tantos elementos que también contribuyeron a resaltar a la filial mexicana de la Liga por sobre prácticamente todas las secciones de la región.

La sección cubana también reviste un particular interés a partir de la manera en que distintos grupos, principalmente de intelectuales y artistas, pudieron vincularse desde un inicio a la Liga Antiimperialista favoreciendo además, poco más tarde, la creación del Partido Comunista Cubano. Por lo mismo, y quizás como en ningún otro caso de los analizados, la relación entre la vanguardia cultural cubana y el Partido alcanzó un inesperado punto de tensión, hasta llegar a la plena ruptura, como correlato de la famosa huelga de hambre de Julio A. Mella. Resalta, asimismo, la fuerte y en ocasiones determinante personalidad de los sucesivos dirigentes antiimperialistas: el propio Mella, padre fundador a su corta edad de la Liga y del comunismo cubano, exiliado en México ante la furia represiva de Gerardo Machado; Rubén Martínez Villena, íntimo amigo de Julio Antonio y ejemplo del intelectual comprometido devenido líder partidario; y, por último, Juan Marinello, como el anterior, complejo ejemplo de artista y dirigente de masas, encargado de recuperar a la organización antiimperialista luego de los duros años de la proscripción y la persecución política. El caso de la sección cubana ilustra, tal vez mejor que el de México, los conflictos y tensiones acumulados en muy poco tiempo en medio de los dos giros estratégicos impulsados por el comunismo internacional en la época: el abandono del modelo de frente único por el de “clase contra clase” a fines de los años '20 y, a su vez, el reemplazo de este último, nuevamente por una política frentista, a mediados de los años '30. La Liga Antiimperialista de Cuba no fue ajena a todos estos cambios pero a diferencia de otras secciones, prácticamente nunca dejó de actuar, incluso, bajo las condiciones más adversas.

Por último, el caso de la filial argentina puede ser leído como contraejemplo de aquellas otras secciones “exitosas” de la época, particularmente, con referencia a las Ligas mexicana y cubana. Si bien la participación en los debates de la época de notables intelectuales y dirigentes como José Ingenieros y Manuel Ugarte, y la formación de otros círculos regionalistas como la Unión Latinoamericana hacía prever la buena fortuna de una organización como la Liga Antiimperialista, lo cierto es que

probablemente en ningún otro país del continente fue tan conflictivo el desarrollo de esta entidad como en Argentina. En efecto, los profundos y desgastantes conflictos atravesados por el Partido Comunista, junto con la particular mirada mayormente eurocéntrica sostenida por parte de sus principales dirigentes, llevaron a una subestimación de la problemática latinoamericana que, sin embargo, fue aprovechada por el núcleo de opositores “chispistas”, sobre todo, una vez que fueron expulsados del Partido Comunista Argentino (PCA) y que constituyeron su propia organización, el Partido Comunista Obrero (PCO). Así, en Argentina se dio el caso paradójico, único en realidad, de que la Liga Antiimperialista fue constituida en 1925, en realidad, por un partido opositor al comunista, y de que la constitución de otra filial, de característica “oficial” dos años más tarde, implicó por tanto, la actuación paralela y en permanente rivalidad de ambas secciones. El caso de Argentina se convierte entonces en un excelente ejemplo de todos los conflictos y desavenencias que podían llegar a suscitarse en el seno de un partido de la Comintern (o “Internacional Comunista”, o “Tercera Internacional”, o bien IC), con el agravante puesto además en el hecho de que su Partido Comunista fuese considerado, junto con el mexicano, como el más importante de toda la región. Todo lo acontecido en torno a la sección local de la Liga fue, entonces, un exacto reflejo de este período todavía constitutivo (y, por eso mismo, pleno de desajustes y divergencias) en la historia del comunismo internacional.

A lo largo de la investigación, las fuentes utilizadas, tanto primarias como secundarias, han sido de naturaleza muy variada, y el trabajo con ellas permitió dar cuenta del interés renovado por la historia del comunismo latinoamericano. Aunque todavía son pocas las investigaciones desarrolladas sobre esta problemática desde la propia América Latina, en cambio, los estudios sobre comunismo han alcanzado un interesante grado de desarrollo en universidades y centros académicos europeos y estadounidenses. Por lo mismo, son todavía menos los ensayos históricos que trascienden las fronteras nacionales para dar cuenta de problemáticas regionales, al menos tomando a un conjunto de países para su interpretación comparada, como se presenta en este caso: esperamos por tanto que el presente trabajo contribuya a ahondar la mirada en torno al fenómeno comunista latinoamericano a partir del análisis comparativo entre distintos casos concretos. La bibliografía con la que se ha trabajado incluye distintos tipos de material encontrado en archivos, bibliotecas y centros de investigación en México, Cuba y Argentina, además de la información suministrada por el Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, entre otras reconocidas instituciones europeas dedicadas al estudio de la izquierda, del movimiento de los trabajadores y, particularmente, del movimiento obrero latinoamericano.

Las fuentes trabajadas pueden entonces dividirse dentro de las siguientes categorías:

- a) Documentos de la Comintern existentes en Moscú: el “Archivo Estatal y Ruso de Historia Sociopolítica” (RGASPI, por sus siglas en ruso, y anteriormente, “Centro Ruso de Conservación de Documentos para la Historia Contemporánea”) comenzó a abrirse al público en 1992, con la desaparición de la Unión Soviética. La lectura y análisis de los documentos allí contenidos resultan de una fundamental importancia para la comprensión del movimiento comunista latinoamericano en sus primeras dos y tres décadas de vida. Por su propia naturaleza, ofrecen una amplia y diversa cantidad de información, generalmente de primera mano: informes de situación política por cuadros destacados en distintos países, síntesis de reuniones partidarias, memorándums y

documentos oficiales de distinto tipo y de circulación interna, ya sea, dentro de los partidos como así también de los distintos aparatos y estructuras que conformaban la Comintern, etc. Por lo mismo, la información contenida en dichos documentos complementa las “versiones oficiales” construidas por los distintos partidos comunistas a lo largo de su existencia, aunque también en ocasiones puede ser contradictoria con ellas mismas, lo que nos puede dar la pauta de que, por lo menos hasta mediados de la década del '30, cuando ya estaba casi completado el proceso de estalinización de las organizaciones comunistas, prevalecía en ellas un espíritu amplio y, en el caso específico latinoamericano, no siempre controlado desde Moscú.

En el caso de México, los documentos del Archivo Estatal Ruso comenzaron a ser recuperados desde 1993 a partir de una iniciativa desplegada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y, particularmente, por la historiadora Rina Ortiz Peralta, adscrita a la Dirección de Estudios Históricos y comisionada para esta tarea de rescate documental; actualmente, el material traído de Moscú se encuentra microfilmado en la biblioteca Manuel Orozco y Berra, de la sede de Tlalpan del INAH. También en Argentina la consulta de este material es totalmente abierta y pública: fue rescatado y ordenado por Emilio Corbiere, periodista e historiador de las izquierdas, prácticamente al mismo tiempo que en México se desarrollaba la misma tarea. Actualmente, los archivos provenientes de Moscú pueden ser consultados en la Biblioteca del Congreso (donde de hecho, Corbiere procesó todo este material), existiendo copias de ellos en diversas instituciones como el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CEDINCI), la Unidad de Información del Centro Cultural de la Cooperación, y la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Por último, y en el caso de Cuba, el material fue llevado a la Isla en dos partes: una primera, a cargo de la historiadora Aleida Plascencia en el año 1979, y una segunda, por el historiador y filósofo Orlando Cruz Capote en 1996 (aunque hasta el momento estos documentos fueron únicamente trabajados por Angelina Rojas Blaquier y por Alfredo Martín Fadrugas). Actualmente, el acervo documental se encuentra en el Instituto de Historia de Cuba, aunque su consulta es restringida.

- b) Periódicos, revistas y folletos: de fundamental importancia para la comprensión de la vida política de las primeras organizaciones comunistas latinoamericanas, esta tipo de fuente ofrece siempre información valiosa acerca de mecanismos institucionales, realización de actividades, relación entre distintas estructuras comunistas y cominterianas, elementos para la formación ideológica, etc. Los principales periódicos analizados fueron, de México, *El Libertador* (órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas) y *El Machete* (Partido Comunista); de Argentina, *La Internacional* (Partido Comunista), *La Chispa* (Partido Comunista Obrero) y distintas publicaciones pertenecientes a las dos secciones de la Liga (*Boletín*, *Liberación*, *Acción*); finalmente, de Cuba, *Masas* (Liga Antiimperialista), *América Libre* y *Atuei* (sección cubana del APRA). Junto con ellas también fueron trabajadas otras publicaciones, en números sueltos, como por ejemplo *Mundo Obrero* (órgano del Buró del Caribe de la Comintern) y la peruana *Labor*. Algunos de los institutos y archivos en donde fueron estudiadas estas publicaciones son, en la Ciudad de México, el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS); en Buenos Aires, el Centro de

Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI) y el Centro Cultural de la Cooperación (CCC); y en La Habana, el Instituto de Historia de Cuba (IHC), el Archivo Histórico Nacional (AHN), la Biblioteca del Centro de Estudios Martianos (CEM), el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y el Instituto de Literatura y Lingüística, ente otros.

- c) Libros: aunque la producción en este caso todavía no es demasiado fértil, sí hubo una mayor elaboración de libros dedicados a la historia del comunismo latinoamericano en los últimos tiempos. Dentro del material que podríamos llamar “clásico” a propósito del comunismo mundial se encuentran las colecciones de *Historia de la Rusia Soviética*, de E. H. Carr, de *Historia del Pensamiento Socialista*, de G. D. H. Cole, y de *Historia General del Socialismo*, dirigida por Jacques Droz. Con respecto a la historia del movimiento obrero y comunista latinoamericano han sido de particular ayuda *El movimiento obrero latinoamericano. Historia de una clase subalterna*, de Ricardo Melgar Bao; *Historia del movimiento obrero latinoamericano* (y más aún su segundo tomo), de Julio Godio, y *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, de Manuel Caballero. Por último, se trabajó también con distintos libros sobre la historia del comunismo en los países abordados dentro de la investigación, abordaje efectuado, en algunos casos, a partir la interpretación de los documentos de la Comintern ya mencionados: así, para el caso de Cuba fue de gran apoyo *El primer Partido Comunista de Cuba. Sus tácticas y estrategias. 1925-1935*, de Angelina Rojas Blaquier; de Argentina, *El marxismo y la revolución argentina*, de Otto Vargas y *Orígenes del comunismo argentino (el Partido Socialista Internacional)*, de Emilio Corbiere; en tanto que de México *El Comunismo: otras miradas desde América Latina*, compilado, entre otros por Horacio Crespo; *El triángulo imposible. México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte*, de Daniela Spencer, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, de Barry Carr, y la compilación *Historia del comunismo mexicano*, dirigida por Arnoldo Martínez Verdugo. Por último, cabe agregar la lectura de una obra básica para el estudio del comunismo latinoamericano: el diccionario biográfico *La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943*, elaborado por Víctor y Lazar Jaifets junto con Peter Huber.
- d) Documentos partidarios, diarios de sesiones, etc.: un último elemento de importancia para comprender la vida interna de las organizaciones comunistas latinoamericanas consistió en el análisis de distinto tipo de documentación, principalmente, de diarios de sesiones, programas, boletines de circulación interna, etc. Si bien no se encontró mucho material sobre las secciones de la Liga Antiimperialista, en gran medida, su historia también pudo ser reconstruida gracias a la utilización de estas fuentes de información. Aquellas instituciones donde se pudo reunir la mayor cantidad de documentos de este tenor son, en Argentina, el Centro Cultural de la Cooperación; en Cuba, el Instituto de Historia y el Archivo Histórico Nacional; y en México, el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista. Finalmente, cabe agregar que una cierta cantidad de documentos pudo ser hallada a través de diferentes búsquedas efectuadas en distintas páginas de internet.

- e) Entrevistas: un último aspecto que ciertamente contribuyó a la elaboración de esta investigación consistió en entrevistas y charlas mantenidas con distintos especialistas en la historia del movimiento obrero y de las izquierdas en América Latina. En este sentido, fueron particularmente estimulantes las conversaciones con historiadores como Horacio Crespo y Ricardo Melgar Bao, en México; Angelina Rojas Blaquier y Pedro Pablo Rodríguez, en Cuba; y Horacio Tarcus, en Argentina, entre muchos otros especialistas consultados. Asimismo, en una estancia de investigación desarrollada en La Habana entre fines de 2005 y principios de 2006 también pude entrevistar al Sr. Manuel Corrales, que a la fecha contaba ya con noventa años y quien durante su juventud, a mediados de los años '30, había sido el responsable de la sección de la Liga Antiimperialista perteneciente a la ciudad de Santa Clara, en Cuba.

Como es posible percibir a partir de lo hasta aquí mencionado, la Liga Antiimperialista de las Américas se constituyó en un movimiento altamente singular, prácticamente inédito hasta entonces dentro del amplio y diverso espacio político latinoamericano. Creemos que los casos seleccionados son suficientemente ilustrativos de todas las particularidades por las que atravesó esta organización comunista a lo largo de sus diez años de existencia. Por lo mismo, y porque nuestra presente investigación se inscribe en el campo de los estudios latinoamericanos, es que tratamos entonces de sostener en todo momento una mirada amplia, lo más abarcadora posible, dando cuenta del desenvolvimiento histórico local de otras secciones de la Liga Antiimperialista en tanto y en cuanto éstas fueron a su vez insertándose dentro de la historia mayor del comunismo latinoamericano. De este modo, los casos concretos de México, Cuba y Argentina nos permiten entrever los contornos regionales de una historia pasada que, en realidad, apenas comienza a ser escrita.

La mirada de Moscú hacia Oriente

Como hemos visto, la fundación de la LADLA estuvo motivada por una estrategia elaborada por la Internacional Comunista en la que se pretendió organizar un amplio frente de lucha en contra del imperialismo estadounidense, aunque sin descuidar otros frentes como el brindado también por las potencias europeas. Fueron varios los factores y procesos que confluyeron en este acto de organización, pero entre los más importantes se encontraban la proliferación de las luchas políticas y culturales contrarias al expansionismo y desarrolladas tanto en nuestra región como dentro de los Estados Unidos, como así también la nueva mirada que la Internacional planteó sobre los así llamados “pueblos de Oriente”, concepto bajo el que se englobó a las naciones de Asia, África y de América Latina, y que de hecho posibilitó un primer acercamiento y una puesta en común entre las incipientes expresiones del comunismo local con el movimiento revolucionario triunfante en Rusia en 1917. Por este motivo, la LADLA se convirtió, desde sus mismos orígenes, en un producto de este entrecruzamiento entre lo social y lo nacional, entre lo local y lo cosmopolita, entre lo continental y lo mundial.

Por su parte, la Internacional Comunista había nacido en marzo de 1919 con la finalidad de completar en todo el mundo el proceso revolucionario que se había iniciado dos años antes en Rusia. Lenin y sus camaradas pensaron en la necesidad de exportar la lucha por el comunismo a nuevas geografías, principalmente, a Europa Occidental ya que consideraban a la revolución acaecida en Rusia como un prólogo, como el inicio de un

movimiento revolucionario mundial de vastas proporciones (Sacchi, 1991)⁴. Por otra parte, los efectos revolucionarios del '17 resultaron claramente palpables en América Latina al analizar la velocidad con que comenzaron a proliferar los partidos comunistas en la región. Si fijamos como límite el año 1925, momento en que se completó la fundación de la Liga, encontraremos que en Latinoamérica se habían creado organizaciones comunistas en Argentina (en 1918, aunque inicialmente como “Partido Socialista Internacional” y sin reconocimiento por parte de Moscú), México (1919), Uruguay (1920), Chile (1921), Brasil (1922), Guatemala (1923), Cuba (1925) y El Salvador (1925). En todos los casos, se trató de partidos formalmente reconocidos por la Internacional Comunista, lo que no impidió en modo alguno que durante esta misma época se organizaran en otros países de la región diversos grupos y entidades políticas y culturales solidarios con Moscú, que tuvieron que esperar más tiempo para su definitiva institucionalización partidaria⁵.

Pero pese a esta vocación internacionalista de los primeros dirigentes bolcheviques, y a la aparición en un corto plazo de partidos comunistas en varios de los más importantes países de la región, se puede concluir que en un principio la problemática de América Latina y, en consecuencia, las posibilidades de implantar en el Nuevo Mundo la experiencia rusa, ciertamente no figuraron en la agenda de prioridades de la Tercera Internacional o, al menos, no antes de que la revolución hubiera triunfado primero en Europa Occidental o, en su defecto, en los países más importantes de Asia. Pese a la insistencia y a la urgencia de los comunistas latinoamericanos por concederle mayor importancia estratégica a la región, los fundadores de la Internacional Comunista no parecieron demostrar mayor interés en incentivar la revolución en este continente. De hecho, la idea de que el comunismo podía llegar a triunfar en otras regiones que no se correspondiesen con “Occidente” implicó para los cuadros leninistas europeos todo un proceso de construcción cultural y política, de captación de una realidad hasta entonces mal entendida o directamente desconocida e ignorada. En este sentido, “si Moscú era el centro de la revolución mundial, Latinoamérica era la periferia extrema, tal vez con la única excepción del África” (Caballero, 1988: 15-16).

Por otra parte, y aunque el interés del marxismo y luego del leninismo por Oriente no era algo del todo novedoso, lo concreto es que antes de 1914 los teóricos marxistas apenas se habían preocupado por los problemas específicos de los países caracterizados como “coloniales” o “semicoloniales”, convencidos de que su liberación únicamente sería una consecuencia cuasi mecánica de la revolución en Occidente y que además su socialización implicaría al mismo tiempo su europeización⁶. En este sentido, es que podemos afirmar que “el movimiento ruso se concebía como un puente entre los movimientos de Oriente y de Occidente” (Schlesinger, 1977: 43).

⁴ De modo que “es necesario asumir de entrada la primacía concedida en el proyecto revolucionario bolchevique al carácter mundial del mismo, que llega incluso a anteponerse a todas las victorias sectoriales” (Kriegel, 1984: 78).

⁵ Por ejemplo, en Bolivia el primer nucleamiento comunista data de 1920, pero para su definitiva constitución partidaria habrá que esperar hasta después de la Segunda Guerra Mundial, y en 1922 se fundó en Colombia el Partido Socialista Revolucionario Marxista Leninista, antecedente directo del PC, creado recién en 1930 (Godio, 1983: 90).

⁶ Según el Manifiesto del Primer Congreso de la Internacional Comunista, de 1919, “la liberación de las colonias es inconcebible si no se realiza al mismo tiempo que la liberación de la clase obrera de las metrópolis” (citado en Kriegel, 1984: 93).

Un factor que sin duda alguna mejoró la comprensión de la realidad política y social de Oriente fueron las elaboraciones efectuadas por Lenin a propósito del fenómeno colonial y neocolonial expuestas en *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, obra escrita en 1916 y publicada al siguiente año. En ella, se daba cuenta del imperialismo como “desarrollo y continuación directa de las propiedades fundamentales del capitalismo en general”, caracterizado en su aspecto fundamental y “desde el punto de vista económico, por la sustitución de la libre competencia capitalista por los monopolios capitalistas”. Dentro de un conjunto de cinco puntos, en el que se señalaba el origen de los monopolios como “producto de la concentración de la producción en un grado muy elevado de su desarrollo” y su originalidad basada en la economía financiera, se planteaba que esta nueva fase capitalista había nacido de la política colonial, es decir, de “la lucha por las fuentes de materias primas, por la exportación de capital, por las ‘esferas de influencia’, esto es, las esferas de transacciones lucrativas, de concesiones, de beneficios monopolistas, etc. y, finalmente, por el territorio económico en general”. El imperialismo, concebido como “capitalismo monopolista de Estado”, aparecía así como una nueva etapa dentro de la historia del sistema capitalista, ciertamente no como la última, aunque sí como una forma superadora frente al creciente agotamiento del modelo anterior, de tipo competitivo. Lo que hasta los trabajos clásicos de Marx y Engels, escritos medio siglo antes, se presentaba como un diagnóstico de las condiciones económicas y de las luchas sociales y políticas centradas básicamente en Europa ahora, por el contrario, esta nueva fase expansiva del capitalismo permitía, en cambio, ampliar el marco general de análisis a un nivel directamente planetario. Gracias a este clásico trabajo de Lenin, por primera vez desde el marxismo se ofrecía entonces un cuadro general de las contradicciones, aunque también de las potencialidades revolucionarias, que asomaban a inicios del siglo XX en las relaciones entre las potencias centrales y aquellas naciones coloniales y semicoloniales ubicadas principalmente en Asia, África y América Latina, que a su vez serían objeto de un reparto político y geoestratégico cada vez más agresivo y violento.

Pese a la creciente importancia suscitada por la “Cuestión de Oriente” y a los nuevos elementos teóricos para su análisis brindados por el estudio del imperialismo, lo cierto es que una vez concretada la Revolución Rusa, el régimen soviético, al menos en sus primeros años, no dio mayores muestras de interés por la situación de Asia (y, mucho menos, por la de América Latina), salvo algunas ocasionales declaraciones políticas o periodísticas señaladas a este respecto⁷.

Sin embargo, la situación dio muestras de comenzar a cambiar hacia 1920 cuando en ocasión de su IIº Congreso, la Internacional Comunista centró su atención en el continente asiático, y algunos dirigentes como el indio M. N. Roy (de posterior actuación en México) expresaron la posibilidad de que, luego de los fracasos ocurridos en Europa, y debido al crecimiento del movimiento de liberación nacional y antiimperialista en China, la revolución podía comenzar en dicha región. En un primer

⁷ Un ejemplo de esta última posibilidad lo constituye la respuesta brindada por Lenin en febrero de 1920 ante la pregunta formulada por el corresponsal Charles Wigand, de la agencia estadounidense “Universal Service”, con respecto a los planes de la Unión Soviética en Asia. A esta requisitoria, Lenin contestó que se trataban de “los mismos que en Europa: convivencia política con los pueblos, con los obreros y campesinos de todas las naciones, que despiertan a una nueva vida, a una vida sin explotación, sin terratenientes, sin capitalistas, sin comerciantes. La guerra imperialista de 1914-1918, guerra de los capitalistas del grupo anglo-francés (y ruso) contra los capitalistas del grupo germano-austríaco por el reparto del mundo, ha despertado a Asia y ha acentuado allí, igual que en todas partes, el anhelo de libertad y de trabajo pacífico, la decisión de no consentir las guerras en lo sucesivo (Lenin, 1979: 63).

diagnóstico, y siguiendo los lineamientos previamente trazados, en esta oportunidad Lenin aseveró que “el rasgo distintivo del imperialismo” era la división del mundo en, “por un lado un gran número de naciones oprimidas y, por el otro, en un número insignificante de naciones opresoras, que disponen de riquezas colosales y de una poderosa fuerza militar”. Junto con la denuncia del asedio de las potencias centrales en contra de la Unión Soviética se resaltó también “la cuestión del movimiento democrático burgués en los países atrasados”, a partir de aquel entonces, mejor denominado “movimiento nacional revolucionario”. Las conclusiones a las que se arribó en este encuentro no fueron menores: “nosotros, como comunistas, debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias sólo en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios, sólo en el caso de que sus representantes no nos impidan educar y organizar en un espíritu revolucionario a los campesinos y a las grandes masas de explotados” (Lenin, 1979: 68).

Era ésta la simiente de una articulación entre movimiento obrero, campesino y burgués nacionalista que traería inmensas consecuencias en la estrategia internacional de los comunistas, sobre todo, una vez que se profundizara el reflujó de las luchas revolucionarias europeas y que, en cambio, se produjera la ampliación de la mirada hacia el mundo colonial y neocolonial. El Congreso de 1920 significó por ello mismo la apertura hacia un espacio prácticamente desconocido y del que sólo algunos pocos intuían su inmensa potencialidad revolucionaria. Producto de este Congreso fueron la redacción de las *Tesis y adiciones sobre las cuestiones nacionales y coloniales*, a partir de las que se resolvió “entablar unas relaciones muy estrechas entre el proletariado comunista europeo y el movimiento revolucionario campesino de Oriente, de las colonias y de los países atrasados en general” (citado en Kriegel, 1984: 93), y la convocatoria a un “Congreso de los Pueblos de Oriente”, que se reunió en Bakú con la asistencia de casi dos mil delegados de Asia Central, Turquía, Persia, China y la India. Pero fue sin lugar a dudas a partir de la situación revolucionaria que por aquel entonces se vivía en China que se posibilitó la comprensión de la naturaleza política, social y cultural del mundo colonial y, en definitiva, de América Latina. De este modo, “se planteó allí por primera vez cómo resolver la cuestión colonial por medios revolucionarios” (Caballero, 1978: 24).

Dejando momentáneamente a un lado la centralidad que para el marxismo siempre tuvo la clase obrera como sujeto histórico, la cuestión china fue para el leninismo una clara demostración de que en los movimientos revolucionarios de los países coloniales y semicoloniales ocupaban un lugar preponderante los burgueses y los intelectuales. Así, Lenin llegaba a la conclusión de que en estos países existían dos tipos de movimiento que se apartaban cada vez más uno del otro: el nacionalista burgués-democrático, que presentaba un programa de independencia política en el marco del sistema capitalista, y el conformado por las masas campesinas y los obreros, que luchaban por su emancipación de todo tipo de explotación. Aunque Lenin era consciente de que el primer tipo de movimiento siempre intentaba dominar al segundo, no cerraba la posibilidad de que se pudiera llegar a acuerdos de carácter táctico, en los que en términos relativos el proletariado pudiera conservar su autonomía de clase. Rechazando la idea de fusionar el movimiento obrero con aquel otro encabezado por la burguesía nacionalista, propuso cambiar la fórmula “apoyo al movimiento democrático burgués” por el más acotado “apoyo al movimiento nacional revolucionario”⁸.

⁸ En los famosos “21 Puntos” elaborados durante el II° Congreso de la Comintern y destinados a seleccionar a los partidos de izquierda para su entrada a la Tercera Internacional, el Punto N° 8 establecía

Fue entonces este II° Congreso de la Internacional Comunista el que finalmente posibilitó la apertura del marxismo hacia nuevas geografías y, a partir de la situación en China, hacia la comprensión de las características particulares de los movimientos revolucionarios de los países coloniales y semicoloniales. De este modo, Asia, y en particular China, se convirtieron en la clave de entrada a partir de la cual los revolucionarios de Occidente pudieron llegar a captar la realidad de la sociedad y la política de América Latina, al fin y al cabo, otra forma de expresión de los así llamados “pueblos de Oriente”. Asimismo, este fue el primer congreso en el que se abordó de manera totalmente directa, aunque sin una cierta dosis de pragmatismo, el tema de la colaboración de clases bajo determinadas coyunturas, cuestión ésta fundamental para la creación de la Liga Antiimperialista de las Américas.

La cuestión colonial recién sería retomada por el IV° Congreso, celebrado en Moscú entre noviembre y diciembre de 1922, en medio de un alarmante contexto signado por el avance de la derecha y de la reacción en Europa. Esta creciente gravedad de la situación internacional llevó a los delegados a resolver el llamado a un “frente único proletario y antiimperialista” formado en virtud del principio de unidad del movimiento obrero de Occidente con el movimiento campesino de Oriente (Kriegel, 1984: 96). En este Congreso, el último en el que pudo participar Lenin, se planteó nuevamente la colaboración con la burguesía nacional, aunque ésta fuese meramente circunstancial, ya que de lo que se trataba era de que el proletariado pudiera conquistar la hegemonía dentro del movimiento revolucionario. Y nuevamente la Internacional hizo hincapié en que los comunistas de Occidente debían apoyar sin vacilaciones a los de Oriente. El intento por socavar el poder de las socialdemocracias a través de uniones “por la base” implicó, asimismo, el inicio de la política de “bolchevización”, de resguardo de los principios leninistas ante el temor a la infiltración ideológica por parte de la izquierda centrista y de la moderada.

A diferencia de los anteriores, el V° Congreso, realizado en 1924, significó un primer acercamiento directo a la cuestión latinoamericana, claro que todavía bajo el contexto teórico e ideológico fundado en la matriz de “Oriente”⁹. La política del “frente único” se extendió a los partidos de la periferia: en el manifiesto a los “Pueblos de Oriente” se instó a los comunistas a apoyar, como ya se había planteado antes, “toda honesta expresión del movimiento por la liberación nacional dirigida a combatir el yugo de la explotación del capital extranjero enfrentando de esa manera a la rapaz burguesía internacional a través del frente unido antiimperialista” (Caballero, 1988: 45).

lo siguiente en relación con la política colonial: “En la cuestión de las colonias y de las nacionalidades oprimidas es necesaria una línea singularmente precisa y clara de los partidos de aquellos países cuya burguesía domina a aquellas colonias y oprime a otras naciones. Cada uno de los partidos que deseen pertenecer a la Tercera Internacional tienen el deber de desenmascarar sin piedad los subterfugios de ‘sus’ imperialistas en las colonias, de apoyar de hecho, y no de palabra, todo movimiento de liberación en las colonias, de exigir que salgan de estas colonias sus imperialistas, de educar a los obreros de su país en un espíritu de verdadera fraternidad hacia los trabajadores de las colonias y nacionalidades oprimidas y de llevar a cabo una agitación sistemática entre sus tropas contra toda opresión de los pueblos coloniales” (Del Rosal, 1963: 205).

⁹ De acuerdo con esto, y contradiciendo las afirmaciones vertidas por Manuel Caballero en *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana, 1919-1943*, basadas a su vez en una célebre expresión del dirigente ruso Bujarin, el “descubrimiento de América” por parte de los dirigentes cominterianos no habría ocurrido en 1928, durante el VI° Congreso, sino que en realidad se trataría de un proceso de construcción política que puede ser rastreado por lo menos desde el congreso anterior, celebrado cuatro años antes.

Teniendo en cuenta la situación en China, cuya revolución continuaba en ascenso, se resolvió la alianza de su Partido Comunista con el partido nacionalista burgués Kuomintang, haciendo de esta manera que el primero se convirtiera en el ala izquierda del segundo. Esta medida no tardó en ser considerada como el modelo a seguir para las organizaciones políticas “orientales” dependientes de la Tercera Internacional. En efecto, al constatar la gran debilidad de estos partidos, desde la Internacional Comunista se planteó establecer una verdadera alianza con la burguesía nacional, suavizando considerablemente su independencia y su posición crítica hacia ella¹⁰. A través de esta alianza, se trató de conformar lo que se conocía como el “bloque de las cuatro clases”, de obreros, campesinos, pequeña burguesía y burguesía nacional, y llegar a través de etapas, especialmente por medio de una “dictadura democrática de los obreros y campesinos”, a la dictadura del proletariado. Pero al mismo tiempo que se planteaba esta alianza con los grupos burgueses, se resolvió también profundizar la política de “bolchevización” de los partidos comunistas, “por lo que se acordó revisar sus estatutos y darles una estructura que contribuyera a asegurar el centralismo democrático de las organizaciones y su unidad monolítica” (Del Rosal, 1963: 219).

Por medio de una ampliación de la mirada, fue también a partir del Vº Congreso de la Internacional Comunista, de su fuerte prédica anticolonial y de sus elaboraciones tácticas, que finalmente surgiría la idea de organizar un gran frente antiimperialista regional, que tuviera como principal puntos de apoyo a la clase obrera norteamericana. Sin embargo, y como se verá a continuación, los fundamentos de esta liga americana deberán ser buscados en Asia, al fin y al cabo, dos amplios espacios geográficos identificados como un mismo “Oriente” por parte de los más importantes líderes bolcheviques. En efecto, los orígenes de la Liga Antiimperialista radicaban en Asia, particularmente, en la política de cooperación brindada por la Unión Soviética hacia los movimientos revolucionarios que actuaban en Oriente y frente a las agresiones causadas por el imperio británico (aunque claro está sin desdeñar el apoyo brindado a éste último por el gobierno francés). Así, el Partido Comunista soviético no dejó de brindar su apoyo a sus homólogos asiáticos, aunque esto fue llevado a cabo según las directivas emanadas del Vº Congreso de la Comintern, es decir, por medio de la concreción de alianzas de frente único como la que finalmente se realizó entre el comunismo chino y el partido nacionalista y burgués Kuomintang, con el que los dirigentes de Moscú se entendían muy bien¹¹.

¹⁰ En función de su estratégica alianza con el Kuomintang, la Internacional Comunista le prohibió al Partido Comunista Chino armar a los obreros, crear soviets y comprometer a los campesinos en la sublevación.

¹¹ El Kuomintang era en realidad un movimiento enorme y amorfo, de naturaleza policlasista, organizado en torno a la figura de su máximo líder y fundador, Sun Yat Sen, y que nunca hasta ese entonces había celebrado un congreso. Sus “tres principios”, enunciados por primera vez en 1905, hacía referencia a la “nacionalidad” (“gobierno del pueblo”), la “democracia” (“derechos del pueblo”) y el “socialismo” (“vida del pueblo”): al no ser estos últimos claramente asimilables desde Occidente y la URSS (pues la interpretación que se hacía de la “democracia” distaba de aquella otra característica de la democracia burguesa occidental, mientras que la del “socialismo” tampoco tenía mayor relación con la de naturaleza marxista), la única premisa que resultaba claramente comprensible era la de “nacionalidad”, la que por otra parte parecía constituir el núcleo de la doctrina del Kuomintang. Asimismo, y siendo éste un partido que se había dedicado a llevar a la práctica la expulsión de todos los extranjeros privilegiados y de las autoridades chinas que se habían inclinado ante ellos, era en cierta forma natural que pronto se diera una alianza entre el Kuomintang y Moscú. Al parecer, no fue ajeno para el logro de la confluencia entre ambos partidos la fuerte influencia ejercida por Borodin, enviado de la Comintern en China, sobre Sun Yat Sen,

Una de las primeras oportunidades en que pudo materializarse este encuentro entre soviéticos y chinos fue el 14 de julio de 1924 cuando, en una reunión pública celebrada en Pekín, un numeroso grupo de diputados, senadores y representantes del Kuomintang y de organizaciones de izquierda constituyó una Liga Antiimperialista que, entre otras medidas, se ocupó de formular un llamamiento de apoyo a los pueblos oprimidos de Asia y África, a quienes solicitó unirse en la lucha contra las principales potencias imperialistas, Gran Bretaña, Francia, Japón y “América”, responsables de los desiguales tratados comerciales impuestos a China. Dos meses más tarde, y gracias a la firma del tratado chino-soviético de mayo de 1924, la Liga propició en Moscú la fundación de una sociedad llamada “Libertad para China”, cuyas células ubicadas en Berlín, Londres y otras ciudades aprovechaban la existencia de redes antiimperialistas orientales existentes por lo menos desde el anterior año y que, bajo la conducción del dirigente comunista Chou en Lai, ya estaban conectadas con los principales dirigentes rusos (Melgar Bao, 2005: 19).

La original Liga Antiimperialista terminaría convirtiéndose en un actor protagónico a partir de la segunda mitad de 1924, una vez que se hubiera conformado en China el llamado “Cuerpo de Comerciantes”, una organización de la derecha más reaccionaria que, al sostener como principal objetivo la defensa de la propiedad privada tanto de origen nacional como extranjera, pretendió desestabilizar el proceso revolucionario chino, impidiendo el acercamiento que por aquel entonces se venía dando con la Unión Soviética. En el mes de agosto, y con el claro aval de los británicos, el “Cuerpo de Comerciantes” se dispuso a iniciar un enfrentamiento contrainsurgente para la toma de Cantón, ya autonomizada gracias al irrefrenable proceso de radicalización de su movimiento de trabajadores, destinando para ello una importante suma de dinero para la compra de armas y pertrechos militares. Sun Yat Sen, fundador y líder del partido nacionalista, emitió una serie de protestas diplomáticas contra Londres, publicando un Manifiesto a los países extranjeros en el que declaraba que el “Cuerpo de Comerciantes” se hallaba en rebelión abierta con el apoyo británico, y expresando en él su pesar por el hecho de que el Gobierno inglés de signo laborista se mostrara dispuesto a aniquilar al Gobierno Nacionalista e independiente de Cantón. Mientras tanto, la Liga Antiimperialista, con sede en Pekín, se ocupaba de despachar sendos telegramas al Primer Ministro MacDonald en los que exigía la retirada británica de Cantón y la no interferencia en los asuntos chinos. En este agravado contexto, la primera semana de septiembre de 1924 fue declarada en Pekín “semana antiimperialista”, durante la que se llevó a cabo el boicot contra los productos y los negocios comerciales controlados por extranjeros. Asimismo, el día 7 de septiembre, aniversario de las “21 demandas” de Japón formuladas en 1915, en el marco de la Primera Guerra Mundial y de la invasión nipona a china, fue convertido en el “día de la humillación nacional”.

El gobierno autónomo de Cantón, presionado por los británicos, pronto contó con el apoyo de Moscú, del Comité Ejecutivo de la Comintern y de los dirigentes de los principales partidos comunistas de Occidente. Mientras tanto, el presídium del consejo central de los sindicatos cantoneses, reunido el 5 de septiembre, decidió formar una sociedad “contra la intervención” que se convertiría en un modelo para la creación de asociaciones similares. Desde dicha sociedad se hicieron llamados a los trabajadores de la URSS y a los de todos los países del mundo en solidaridad con los chinos de Cantón,

quien estaba convencido de la alianza sustancial de objetivos entre el Kuomintang y los bolcheviques rusos.

y se propuso particularmente dar inicio a una campaña conjunta entre los trabajadores soviéticos y británicos, que no tuvo mayor respuesta por parte de estos últimos. Tanto la Internacional Sindical Roja como la Internacional de los Campesinos convocaron a sus seguidores de todo el mundo a la conformación de sociedades “Contra la intervención en China” y otros comités similares. Paralelamente, y desde el Socorro Obrero Internacional, el joven dirigente comunista alemán Willi Münzenberg, de fundamental importancia para la posterior creación de la LADLA, dio impulso a la formación del “Comité Manos Fuera de China” que, con una lógica de “frente único”, también se ocupó de ayudar en la resistencia contra la invasión británica en dicho país. Pronto este movimiento cundió por todo el planeta, creándose diversas filiales en la Unión Soviética como así también en Francia, Alemania, Estados Unidos, Inglaterra, Austria, Japón, Checoslovaquia, Corea, Italia, Egipto y Turquía (AAVV, s/a: 246).

Diversas manifestaciones estudiantiles en las principales ciudades de Europa se ocuparon también de demostrar su solidaridad con la resistencia china. El apoyo soviético pronto se tradujo en el suministro de armas a las autoridades de Cantón, quienes lograron vencer a los contrarrevoluciones en la noche del 14 de octubre, provocando la huida de los supervivientes a Hong Kong y el aumento del prestigio personal de Sun Yat Sen y de su general Chiang Kai-Shek, a cargo de la reconquista de la ciudad. De manera paralela a estos sucesos, el 1° de julio de 1924 se reunió en Cantón un grupo de revolucionarios chinos, indios y vietnamitas quienes fundaron la Asociación Internacional de los Pueblos Oprimidos, entidad que organizó un par de conferencias con gran satisfacción para los dirigentes de Moscú, quienes ante el peligro de un ataque contra la Unión Soviética saludaban con particular énfasis cada paso que se daba en Oriente en su lucha contra del imperialismo europeo¹². Sin embargo, y por agotamiento de su espíritu radical, dicha Asociación dejó de existir hacia fines de mayo de 1925, aunque pudo volver a reunirse para la celebración de una nueva conferencia en julio de 1926.

En todo caso, desde mediados de 1924 y, sobre todo, durante el siguiente año, resultó evidente el afianzamiento en las relaciones entre Moscú y Pekín, particularmente, con el Kuomintang, a tono con el desbordante sentimiento antiimperialista chino que había sido reforzado por la agresividad británica. Así, “la nueva China comenzaba a atraer una atención más solícita y cuidadosa por parte de Moscú y a eclipsar a la India como foco principal de las esperanzas revolucionarias en el Extremo Oriente” (Carr, 1976a: 708). A partir de ese momento, China se convirtió en el centro de la política exterior rusa, y llegó a ser la preocupación más importante en Asia tanto del gobierno soviético como de la Comintern. En estas circunstancias, no resultó raro que la prédica anticolonialista, surgida justamente de la opresión británica, se terminara robusteciendo dando lugar a la generación de sociedades o ligas antiimperialistas, o de distintas iniciativas conducentes el estrechamiento de los vínculos entre la clase obrera de los países centrales y las masas nacionalistas de las colonias y semicolonias. Un ejemplo de esto último fue el caso del Partido Comunista de Gran Bretaña, el que gracias a una recomendación que le

¹² Así, en su artículo *La época de las guerras y las revoluciones*, Zinoviev situaba a China en un primer plano y resucitaba significativamente la consigna del Congreso de Bakú: “Proletarios de todos los países y pueblos oprimidos, uníos”. A comienzos de julio de 1925, Stalin señalaba el “fortalecimiento del movimiento revolucionario en China, India, Persia, Egipto y otros países del Este”. En septiembre de 1925, Kamenev se refería a Moscú como el “cruce de Europa y Asia, punto en donde tendrá lugar el contacto de cientos de millones de nuevos individuos con los logros del pensamiento científico”, etc. (Carr, 1976a: 626-7).

efectuó la Comintern en 1924 para que desarrollara una actividad política más ligada con los movimientos independentistas del imperio británico, estableció al siguiente año un Comité Colonial, dirigido por el comunista inglés Clemens Dutt y encargado de establecer contacto con los dirigentes de la India, Palestina, China, Irlanda y Egipto (O' Malley, 2003)¹³. Asimismo, y con respecto a este último país, en una conferencia celebrada en Bakú a fines de noviembre de 1924 y a la que asistieron el cónsul de Turquía y representantes de distintas naciones y colonias árabes, se fundó la sociedad “Contra la Intervención en Egipto”, recibiendo el apoyo del Comité Ejecutivo de la Comintern, que a través de una protesta pública acusó por igual al imperio británico y al gobierno nacionalista del partido Wafd de las persecuciones de que eran objeto los comunistas en ese país¹⁴.

En este sentido, un planteamiento similar tuvo la Internacional Comunista en torno al Partido Comunista de los Estados Unidos con relación a aquellos otros existentes en América Latina: ya que consideraba al primero como perteneciente a la nación más desarrollada e industrializada del continente, era entonces natural que debía servir como guía en la senda revolucionaria a las organizaciones radicales de aquellas otras naciones ubicadas al sur de su frontera que, por su propia naturaleza, tendrían siempre una textura mucho más débil y atrasada. Particularmente, se hizo hincapié en el apoyo del comunismo estadounidense a la Liga Antiimperialista de las Américas, conocida primeramente como “Liga Antiimperialista Panamericana”. Fue así como durante su Quinto Pleno Ampliado, desarrollado entre el 21 de marzo y el 6 de abril de 1925, la Tercera Internacional aprobó una resolución sobre la táctica de los comunistas norteamericanos, en la que se les aconsejó “ayudar del modo más enérgico a los movimientos nacional-revolucionarios en los países que son actualmente colonias o semicolonias de los Estados Unidos (Puerto Rico, Filipinas, Cuba); contribuir a la formación de un Partido Comunista en Filipinas y a la consolidación del movimiento sindicalista revolucionario de las organizaciones campesinas de ese país; trabajar junto los demás partidos comunistas del continente al objeto de constituir una ‘Liga Antiimperialista Panamericana’ con el fin de organizar la propaganda contra el imperialismo yanqui en América Central y del Sur” (AAVV, s/a: 229). Si bien para ese entonces la Liga ya se encontraba trabajando, no podemos ignorar la responsabilidad regional otorgada a los Estados Unidos para el logro de su buen funcionamiento.

Como se mencionaba anteriormente, un fuerte punto de apoyo para el éxito de las campañas en contra de la intervención en China fue el constituido por las redes de estudiantes y exiliados políticos radicados en distintos países de Europa. En este sentido, ya desde principios de la década de 1920 existía en dicho continente un conjunto amplio, variado y heterogéneo de grupos, identificados en su mayor parte por sus orígenes nacionales y étnicos, y que hacían sentir cada vez con mayor fuerza sus reivindicaciones independentistas. Dentro de estos grupos de estudiantes extranjeros estaban aquellos englobados bajo la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos, en París; en el “Perhimpunam Indonesia”, la asociación de

¹³ Clemens Dutt y su hermano R. Palme actuaban como enlaces entre el PC de Gran Bretaña y los comunistas indios. El segundo había publicado en 1926 el libro *Modern India*, donde interpretaba las consecuencias del imperialismo en dicha nación.

¹⁴ El mismo fervor internacionalista se podía percibir en el congreso sindical británico de 1925 cuando se aprobaron las medidas para apoyar a los trabajadores de cualquier lugar del imperio para que organizaran sindicatos y partidos políticos, respaldando el derecho a la autonomía de los pueblos sometidos, incluso, si estos elegían su separación completa de Inglaterra. En todo sentido, “este congreso significaría el punto más alto alcanzado por la izquierda dentro del movimiento sindical” (Román, 1991[a]: 410-411).

estudiantes indonesios de los Países Bajos cuyo secretario general era Mohammed Hatta¹⁵; los de jóvenes exiliados, como la Liga de los Pueblos Oprimidos, creada por el joven Nguyen Ai Quoc, quien años más tarde sería popularmente conocido como Ho Chi Minh (Lacouture, 1968: 41); y la pequeña colonia de revolucionarios indios residente en Berlín desde los tiempos de la Primera Guerra Mundial, entre los que se encontraba M. N. Roy y con los que tenía contacto Nehru (Moraes, 1962: 65). Tal como se podrá apreciar en los próximos capítulos de esta investigación, y siendo jefe de propaganda de la Comintern y uno de los más importantes cuadros organizadores del comunismo europeo, Willi Münzenberg se dio a la tarea de coordinar a todos estos variados agrupamientos primero bajo la forma de un Comité contra las Crueldades en Siria y más tarde bajo la fundación de la más amplia Liga contra la Opresión Colonial (Melgar Bao, 2005: 20).

Paralelamente, también América Latina fue cada vez más tenida en cuenta dentro de la estrategia comunista aunque, en definitiva, su potencialidad transformadora estuviera siempre subordinada a otros escenarios, teóricamente, mucho más prometedores.

La importancia de las organizaciones auxiliares

Inscripta dentro de la más pura tradición leninista, la Liga Antiimperialista de las Américas pareció encontrar su justificación teórica en uno de los tratados clásicos de la tradición bolchevique, el *Qué Hacer*, obra escrita por el líder de la Revolución Rusa en 1902. Si bien dicho trabajo se ocupa principalmente de la estrategia y la táctica a ser desarrolladas por la organización de los “revolucionarios profesionales” que asumían la centralización de las funciones políticas bajo condiciones de clandestinidad generadas por la autocracia zarista, resultaba claro también que para Lenin no era el partido la única forma de articulación de la “vanguardia” con las masas. Así, y como él mismo afirmaba, “la concentración de todas las funciones clandestinas en manos del menor número posible de revolucionarios profesionales no significa, ni mucho menos, que estos últimos ‘piensan por todos’, que la multitud no tomará parte activa en el movimiento (pues) la centralización de las funciones clandestinas de *la organización* no implica en modo alguno la centralización de todas las funciones del *movimiento*”. Los futuros partidos comunistas contruidos en torno a la lógica leninista de la organización debían entonces procurar una amplia llegada a las masas y al movimiento revolucionario, más allá de lo reducido que fuera su núcleo dirigente.

En este sentido, y tal como lo imaginaba Lenin, era la propia organización revolucionaria la que debía impulsar “un gran número de otras organizaciones destinadas a las vastas masas y, por ello, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posible: sindicatos obreros, círculos obreros culturales y de lectura de publicaciones clandestinas, círculos socialistas, y democráticos también, para *todos* los demás sectores de la población, etc., etc.” (la cursiva está en el original). Así, los partidos debían pasar a ser una suerte de columna vertebral de la acción política, conformados por militantes y dirigentes con un firme temperamento y una clara vocación emancipadora, y en torno a los cuales debía impulsarse la creación de

¹⁵ El “Perhimpunam” era una organización fundamentalmente nacionalista, pero que desde fines de diciembre de 1926 obtenía la colaboración del Partido Comunista de Indonesia (el PKI) en las campañas por la liberación de ese país.

entidades paralelas o auxiliares, capaces de generar múltiples apoyos sociales y, en lo posible, de atraer hacia el movimiento revolucionario a aquellos otros individuos que, al menos en un principio, no estuvieran tan predispuestos o interesados en participar en las distintas etapas de la lucha revolucionaria desde las nacientes organizaciones comunistas. Los frentes de masas fueron entonces conceptualizados como verdaderos “cinturones de transmisión” entre el partido y la sociedad civil, y su efectividad táctica como necesario complemento para la acción y la organización partidaria pudo efectivamente ser comprobada una vez que los bolcheviques tomaron el poder en 1917. Por otra parte, la creación de la Internacional Comunista en 1919 también posibilitaría a los frentes de masas un nuevo espacio de construcción, ya no tan sólo vinculado a los espacios nacionales, al mismo tiempo que de elaboración teórica y programática, fundamentada en las premisas ideológicas de lo que posteriormente sería conocido como “leninismo”. En este sentido, fue el propio secretario de la Comintern, Grigory Zinoviev, quien durante el Segundo Congreso, se encargó de recomendar la construcción de frentes de apoyo en los partidos comunistas de otros países en razón del éxito alcanzado previamente en Rusia (Draper, 1986: 173).

La importancia de las organizaciones auxiliares fue asimismo reafirmada cuando durante el Tercer Congreso de la Comintern, celebrado a mediados de 1921, se proclamó la consigna “A las masas” destacando las dificultades presentadas desde los partidos comunistas legales para llevar a cabo un trabajo más fino entre afiliados y militantes así como también en función de la cooptación de nuevos interesados. Así fue como se sugirió que “las cooperativas de consumo, las organizaciones de víctimas de guerra, las ligas educativas, los grupos científicos, los clubs deportivos, los clubs teatrales, etc.” podían convertirse en “instrumentos” adecuados para el ejercicio de la influencia partidaria (citado en Carr, 1976: 937). Esta línea se profundizó en el Sexto Pleno Ampliado de la Comintern que tuvo lugar en marzo de 1922, cuando se discutió y finalmente se aprobó la siguiente resolución: “Una forma muy importante de organización para el fortalecimiento de la influencia comunista entre las masas son las organizaciones de masas, de simpatizantes, creadas para llevar a cabo tareas específicas. Estas organizaciones pueden mantener una posición de dependencia autónoma o ser independientes. Con relación a estas organizaciones habría que elegir las formas más elásticas de organización: además de la afiliación individual también habría que permitir la afiliación colectiva”. Se insistió entonces en que si bien la política de los comunistas debía tender invariablemente al constante fortalecimiento de las estructuras partidarias, esto no implicaba descuidar otras formas de llegada a las masas, por medios mucho más específicos y en los que la ideología comunista podía incluso no aparecer directamente en primer plano. Con el reflujo de las luchas revolucionarias de principios de los '20, y luego de los fracasos en Alemania, Hungría y Polonia, una nueva estrategia de construcción comenzaba a imponerse: aquella orientada a la formación de frentes con otras organizaciones y, eventualmente, con los partidos socialdemócratas y sectores nacionalistas.

Desde ese plano, las organizaciones auxiliares estarían destinadas a jugar un papel de gran importancia como necesarios puntos de apoyo de los partidos así como también como vasos comunicantes entre las distintas entidades que, en torno a la organización comunista, pasarían a constituir el frente político. Podría afirmarse que el período donde con más energía se desplegó esta estrategia frentista fue el desarrollado entre 1924 y 1926, etapa en la que también se centró la atención en la constitución o, eventualmente, el fortalecimiento de las organizaciones auxiliares conformadas sobre bases no

partidistas, pero que directa o indirectamente, se encontraban bajo los auspicios de la Comintern. Este fue, entonces, el período de creación de la Liga Antiimperialista de las Américas, aunque también de una verdadera constelación de entidades de apoyo, entre las que se encontraba la que por su mayor contenido proletario estaría destinada a convertirse en la más importante de todas ellas, la Internacional Sindical Roja (“Profintern”, por su sigla en ruso), usualmente acompañada por su brazo agrarista, la Internacional Campesina (Krestintern); organizaciones de ayuda, en una suerte de réplica de la Cruz Roja Internacional, como lo fueron el Socorro Obrero Internacional (MRP) y el Socorro Rojo Internacional (MOPR); entidades dirigidas a poblaciones específicas dentro del universo comunista, como podía ser el caso de los jóvenes dentro de la Juventud Comunista Internacional (KIM), o de las mujeres, en el Secretariado Internacional Femenino; o bien, y por último, por ramas de actividad específica, como fue la conocida Internacional del Pensamiento, destinada a nuclear a intelectuales y artistas, junto con la Internacional Roja del Deporte (Sportintern), apuntada más hacia el espacio juvenil y con sus “Espartaqueadas” como oposición a los Juegos Olímpicos, o el Movimiento Cooperativo Internacional; y esto, sin mencionar aquellos otros frentes, de naturaleza usualmente universal, aunque con fundamentos más bien coyunturales y dedicados a la defensa de causas puntuales como fueron los comités por la liberación de Sacco y Vanzetti, o en contra de la guerra y del ascenso al fascismo, etc.

Ya sea por su mayor o menor contenido proletario, o bien por su carácter abiertamente no político, todas estas organizaciones comunistas tuvieron el propósito común de atraer a los amplios conjuntos de trabajadores (ya sea que éstos no tuvieran ningún tipo de afiliación o, incluso, formaran parte de otros partidos), así como también a los simpatizantes de otros estratos sociales al universo cominternista sobre la base de una amplia y diversa plataforma de apoyo a la Unión Soviética. Ya que en general la Liga Antiimperialista de las Américas trabajó en estrecha relación con ellas, generalmente de modo pacífico y armonioso, es que a continuación mencionaremos las características de las principales entidades auxiliares.

Como decíamos anteriormente, de todas las organizaciones de apoyo, sin dudas fue la más importante la Internacional Sindical Roja (ISR), con un poder que en ocasiones llegaría a rivalizar con la de la propia Comintern. Su actuación era considerada de suma importancia desde Moscú como una forma de inserción particular dentro del movimiento sindical internacional, contrarrestando con ello la influencia de la socialdemócrata Federación Sindical Internacional, con sede en la ciudad de Ámsterdam. Dado su carácter estratégico y su extensión a nivel mundial, la ISR era algo más que un simple organismo subsidiario. La iniciativa de su creación terminó de definirse durante el Tercer Congreso de la Comintern, en julio de 1921, cuando se aprobó la creación de un comité organizador encargado del llamado a un congreso constituyente. La ISR comenzó a funcionar en el mismo año de 1921 con un secretariado que, a partir de 1922, quedaría finalmente conformado por los rusos Solomon (Alexander) Lozovski y Mijail Tomskey, junto con el español Andreu Nin. Por su poder y amplitud, no tardaron en surgir distinto tipo de rivalidades entre la ISR y la Comintern, las que comenzaron a ser limadas cuando Lozovski, convertido ya en su principal líder, entró a formar parte del Comité Ejecutivo de esta última hacia 1926; sin embargo, esto no impidió que en cambio continuaran produciéndose roces y conflictos con las oficinas sindicales de los distintos partidos comunistas. Su trabajo internacional fue notorio, creando oficinas de importancia no sólo en Europa, sino también en Asia y

América Latina, donde a fines de los años '20 dio vida a la Confederación Sindical Latinoamericana.

Como compañera de ruta de la Profintern, la Internacional Campesina (ICa) fue fundada en octubre de 1923 con la convicción de que en algunos países con una base agraria mayoritaria sería más fácil obtener el éxito revolucionario si se contaba con la participación de los partidos campesinos. Sin embargo, su prestigio comenzó a desvanecerse hacia 1925 con la salida de algunos de sus más importantes dirigentes. Pese a ello y a algunas protestas moderadas suscitadas en el seno de la Comintern, la Krestintern pudo continuar con sus actividades gracias a la labor de dos de sus responsables: Mijail Kalinin y, particularmente, Tomasz Dombal, su secretario general. Asumiendo un tono decididamente anticolonial, esta organización hizo un llamado a la rebelión de los campesinos de todo el mundo para que se unieran en contra de los sectores burgueses e imperialistas: sus lazos más fuertes, según admitían sus propios dirigentes, se establecieron con países como México y Mongolia, algunos grupos agraristas chinos y pequeños núcleos dispersos por Europa Occidental. A diferencia de la Profintern, de la cual se terminó convirtiendo en una suerte de apéndice, una de las razones para explicar la condición de debilidad de la ICa era que, en realidad, no tenía mayores contactos directos con las secciones correspondientes de los partidos comunistas sino que, en todo caso, estas vinculaciones estaban directamente mediadas por la Comintern. Con todo, puede considerarse como su principal aporte la creación en 1926 del Instituto Agrario Internacional de Moscú, dedicado al estudio de los problemas campesinos de todo el mundo.

En cuanto a las organizaciones de ayuda humanitaria, probablemente fue el Socorro Rojo Internacional (SRI) la más destacada de las dos. Conocida originalmente como Organización Internacional para la Ayuda de los Revolucionarios (MOPR, por sus iniciales en ruso) debía en realidad su nacimiento a una iniciativa del partido ruso a favor de las víctimas del terror de la burguesía en Polonia. Gracias a los esfuerzos de los comunistas polacos, de la Sociedad Rusa de Antiguos Bolcheviques y de la Comintern, a mediados de 1922 se organizó una oficina central dedicada a la consecución de donativos: pronto, la presencia de delegados alemanes, franceses, italianos, estadounidenses, etc. presentes en ella posibilitó una primera reunión ampliada a fines de ese mismo año. Prestando particular atención a la recaudación de fondos para ayudar a los refugiados políticos que acudían a Rusia, el SRI comenzó a ampliarse ayudado, en gran medida, por los aportes económicos del partido y de los sindicatos bolcheviques. Primero con la conducción de Yulian Markhlevski, la organización creció en importancia cuando dejó de centrarse en la cuestión polaca para abrirse a campañas de tipo internacional. Poco después, su liderazgo fue ocupado por la veterana dirigente rusa Elena Stasova. La primera gran campaña del Socorro Rojo tuvo lugar en octubre de 1923 a favor de las víctimas de la represión luego de la abortada insurrección búlgara ocurrida un mes antes. Con el tiempo, este tipo de actividades de ayuda a “los combatientes revolucionarios, los perseguidos y los presos políticos” fue creciendo en frecuencia e intensidad, a punto tal que durante el Quinto Congreso de la Comintern, en 1924, se recomendó a los partidos comunistas de todo el mundo apoyar al SRI creando las secciones correspondientes en sus propios aparatos y estructuras. Asimismo, y una vez concluido dicho encuentro de la Comintern, fue el propio Socorro Rojo el que tuvo su primer congreso internacional. Durante 1925, la organización vivió una verdadera expansión en sus actividades, si bien progresivamente fue cambiando su eje discursivo desde uno más enfocado a lo humanitario a otro más volcado hacia lo político (si bien,

en realidad, éste nunca había dejado de estar presente). Considerada como un modelo para las restantes organizaciones auxiliares, aparentemente contó para estas fechas con más de cinco millones de afiliados repartidos por todo el mundo y con una presencia institucional en cerca de una veintena de países.

Aunque el Socorro Obrero Internacional (SOI) nunca pudo rivalizar en fama con su par, el Socorro Rojo Internacional, en cambio sí fue una de las organizaciones más fuertes, en términos económicos y en cuanto a difusión cultural y artística, dentro del universo de la Comintern. De hecho, y gracias a la fina labor administrativa y diplomática de su fundador y dirigente, el alemán Willi Münzenberg, el SOI alcanzó un grado de independencia y autonomía prácticamente único en este tipo de organizaciones, en gran medida, gracias a que su sede central siempre estuvo en Berlín y no en Moscú y a que su surgimiento en ningún momento se debió a un pedido concreto por parte de la Comintern. Presentado en su momento por Lenin como modelo de dirigente juvenil comunista, Münzenberg constituyó el SOI en septiembre de 1921 con el propósito de paliar la ola de hambre que se abatía sobre Rusia por aquella época. Pero sería para mediados de 1923 que se terminaría de constituir el Socorro Obrero por medio de la adopción formal de su nombre y de su organización como federación de sociedades, comités o filiales en diferentes países. Por otra parte, el terremoto que tuvo lugar en Japón para esa misma época se presentó como una gran oportunidad para que el SOI pudiera desarrollar una campaña de similares proporciones a la que un par de años antes había llevado adelante en torno a Rusia, sólo que ahora, extendiendo su influencia por el Lejano Oriente. También resultó importante la ayuda que brindó a principios de 1924 a los trabajadores alemanes en huelga: sin embargo, un mayor énfasis en la actividad política que en la humanitaria comenzó a dar lugar a las sospechas que señalaban a la organización como un aparato encubierto de propaganda bolchevique, una identidad a la que siempre rehuyó en la creencia de que era justamente el ocultamiento de su filiación comunista y, en cambio, su apertura hacia la izquierda y hacia el centro, uno de los elementos que más credibilidad le otorgaban (medida llevada a la práctica, por ejemplo, por medio de la participación de algunos dirigentes socialistas en su dirección). Con todo, el quinto encuentro internacional de la Comintern, desarrollado entre junio y julio de 1924, continuó calificando al SOI como “una organización de ayuda proletaria, sin filiación política e independiente de los partidos” (citado en Carr, 1976: 944), más allá de que su importante relación con representantes de la izquierda sindical inglesa confirmara, para muchos socialistas, la sospecha que venían manteniendo con respecto a ella desde un año antes. Constituido en eficiente y creciente empresa dedicada a la ayuda social, y con una decisiva participación en los espacios culturales y artísticos, esta entidad dirigida siempre por Münzenberg se interesó asimismo por la participación de intelectuales y artistas en sus distintas actividades: por otra parte, la producción y difusión del “cine proletario” y la edición de periódicos y de revistas especializadas, también le permitió recaudar dinero para su propia sustentabilidad, en una relación no exenta de crecientes tensiones con la Comintern¹⁶.

¹⁶ De este modo, gracias al SOI fue posible la promoción y el intercambio cultural soviético con otros países europeos. Se permitió la afluencia de pintores rusos a Berlín, como Marc Chagall y Vasili Kandinski, para una exposición de arte en 1922 coorganizada entre el Socorro Obrero y el Comisario Popular para la Instrucción Pública soviética, Anatoli Lunacharski. Asimismo, el SOI distribuyó en Europa *Polikushka*, el primer film soviético de exportación que se vio en Berlín. El Socorro Obrero financió también algunas películas enmarcadas dentro de la corriente del cine revolucionario ruso, como fue el caso del film *La Madre* (1926), de Vsevolov Pudovkin. Aparte de su rol como cuadro comunista, y “por un azar afortunado, Münzenberg era además un genio para las relaciones públicas, y desde el principio tuvo una actividad extraordinaria en el terreno cultural” (Willet, 1983: 505).

Ciertamente, el Socorro Obrero Internacional se convirtió en un modelo de organización para la posterior formación de la Liga Antiimperialista de las Américas, entre fines de 1924 y principios de 1925 y, luego, también para la creación de la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional, ambas surgidas de la inspiración de Münzenberg aunque, la segunda de ella, con su decisiva participación en su comité ejecutivo. Particularmente, la LADLA adoptaría su modelo federativo, aunque centralizado en una dirección continental (posteriormente, en un “Comité Continental de Organización”) y, a lo largo de sus primeros, y por lo menos hasta que revelara su verdadera identidad a fines de los años ’20, también haría frente a distinto tipo de sospechas y acusaciones con respecto a su filiación comunista. Sin embargo, y a diferencia del SOI y, posteriormente también de la Liga contra el Imperialismo, en ningún momento la LADLA buscaría contrabalancear la creciente influencia de la Comintern. Todo lo contrario: seguramente por el papel periférico de América Latina en la estrategia del comunismo internacional es que los núcleos leninistas de la región (algunos constituidos ya en partido, otros todavía no) percibieron que la creación de secciones de la Liga Antiimperialista podía ayudar a acercarlos a Moscú. Y, por lo mismo, cuando la dirección de la Comintern y la de la LCI tensaran al máximo sus relaciones desde 1927, tratarían de hacer un fino equilibrio entre ambas, aunque privilegiando siempre su relación con la primera más que con la segunda.

El abordaje histórico de una organización como la Liga Antiimperialista de las Américas nos permitirá, en conclusión, conocer de cerca la realidad política, social y cultural de la región entre los años ’20 y ’30 del siglo pasado, por medio del lente brindado por una organización auxiliar de la Comintern y en momentos en que el movimiento comunista latinoamericano todavía se encontraba dando sus primeros pasos. Por eso mismo, se trata tan sólo de la mirada a través de un lente en la pretensión por captar una realidad dinámica y diversa, aunque no menos heterogénea y compleja y, por eso mismo, apasionante.

SEGUNDA PARTE

LOS ESTADOS UNIDOS: DE REPÚBLICA A IMPERIO

La construcción de la “pax americana”

La existencia de la LADLA puede ser enmarcada dentro de lo que Pablo González Casanova considera como un primer período dentro de la historia del imperialismo estadounidense en la región, aquél que se extendió desde 1880 a 1933 y que se caracterizó en sus líneas generales por el advenimiento del capital monopólico y, más en particular, por una clara política de expansión marítima y de ocupación militar cuyas directivas emanaron del propio gobierno norteamericano (1979: 15). En efecto, podemos afirmar que más allá de las ganancias netas obtenidas por los Estados Unidos durante todo este período, la verdadera rentabilidad del modelo imperialista radicó en el tipo de relación económica, política y cultural finalmente establecida con los países latinoamericanos “subdesarrollados” y ganados a la influencia de las potencias capitalistas del Viejo Continente, principalmente, Inglaterra y Francia y, en menor medida, Alemania, Holanda e Italia. En este sentido, la economía estadounidense comenzó a hacerse presente en América Latina desde la década de los '80 del siglo XIX, con una inversión inicial de unos 308 millones de dólares que se fueron orientando hacia mercados diversificados de donde se extraía distinto tipo de materias primas para su venta en estos mismos mercados luego de su procesamiento industrial en Norteamérica. Por ello, no deja de ser un dato llamativo que si las inversiones británicas en América Latina para 1914 superaban los 1,000 millones de dólares, el total de inversiones estadounidenses llegaba a los 1,700 millones de dólares, equivaliendo en 1930 a más de 5,200 millones de dólares.

El interés de los empresarios estadounidenses por el control de la región centroamericana y caribeña fue particularmente importante, a punto tal que para antes de la guerra de independencia, en 1898, habían invertido más de 50 millones de dólares en Cuba, cifra que aumentaría en las dos décadas siguientes a más de 500 millones favorecida, sobre todo, por el auge de la industria del azúcar que había llevado a la compra por parte de financistas norteamericanos del 70% del total de la zafra. Por otra parte, en América Central, la empresa norteamericana más importante fue la *United Fruit Company*, cuyas posesiones pasaron de un valor de 17 millones de dólares en el año 1900 a 82 millones en 1913, año en que el 60% de su producción fue exportado a los Estados Unidos. Asimismo, el ferrocarril establecido por Estados Unidos en Panamá previo a la construcción del canal interoceánico proporcionó en 1905 casi 35 millones de dólares a sus propietarios en Nueva York, en tanto que, poco más de una década más tarde, los bancos norteamericanos Chase National y National City se convertían en los virtuales dueños de la economía del pequeño país centroamericano. Con respecto a Nicaragua, la firma del tratado comercial Bryan-Chamorro, en 1916, iba a posibilitar a Estados Unidos el control total en los aspectos militares y financieros del país centroamericano a cambio de tres millones de dólares utilizados, por otra parte, para el pago de su deuda externa: el propio Congreso norteamericano decidió rechazar el acuerdo ante el escándalo internacional que éste había

generado. En el caso de Haití, la deuda externa con los Estados Unidos en 1904 era de más de 40 millones de dólares, frente a un presupuesto estatal inferior a los 12 millones. Por otra parte, y para principios del siglo XX, 68 ingenios norteamericanos poseían el 62% de las tierras dedicadas al cultivo del azúcar en República Dominicana. Finalmente, y para la época del estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, los Estados Unidos comprarían el 35,2% de la producción de Costa Rica, el 63,3% de la de Nicaragua, el 80,4% de la de El Salvador y el 85,2 % de la de Guatemala, exportaciones compuestas, básicamente, de plátanos y café.

Para el caso de México, y si hasta 1910 las inversiones extranjeras superaban los 1,700 millones de dólares, encabezadas en un 40 % por los Estados Unidos y repartidas entre la deuda pública, los ferrocarriles, las minas y los yacimientos petrolíferos, en los quince años precedentes al estallido de la Revolución se pudo observar una merma de un 17% en los salarios reales, una disminución de 20 mil puestos de trabajo en el sector textil y una subida en los precios de los alimentos en un 20%. Sin embargo, cabe aclarar que para ese mismo año, una compañía inglesa, la *Aguila Oil Company*, manejaba el 58% de la producción petrolera mexicana gracias a los favores de Porfirio Díaz, elemento que sin duda explica el apoyo de la estadounidense *Standard Oil* al gobierno de Francisco Madero, misma compañía que junto con la *Shell* y la *Gulf* se repartirían los dividendos de la explotación petrolera en Venezuela a partir de 1925. La entrada de la economía estadounidense a Brasil se concretaría recién a fines del XIX con la llegada del *National City Bank* de Nueva York, iniciando un proceso de desplazamiento de la dominación británica, cuyos inversores londinenses habían financiado la construcción de las vías férreas, las compañías de luz, agua y gas del país. En 1902 se instaló en Perú la *Cerro de Pasco Copper Corporation*, de capitales norteamericanos, y dedicada la explotación del cobre en gran escala y con nuevas tecnologías que le permitió superar en ganancias a las compañías inglesas, en parte, gracias a los salarios miserables que pagaba a sus trabajadores. Por último, las inversiones norteamericanas en Argentina, mayormente volcadas a los cereales y las carnes, comenzaron a hacerse cada vez más visibles en la primera posguerra, llegando al 20% del total de inversiones recibidas en los años '30, y consiguiendo así desplazar a la influencia británica una vez concluida la Segunda Guerra Mundial (Martínez Díaz, 1997; Cockcroft, 2004, Beyhaut, 1986; Halperín Donghi, 1996).

Sin embargo, y más allá del evidente proyecto expansivo norteamericano basado en sus siempre crecientes necesidades económicas, y respaldado tanto por vía política como por vía militar, resulta importante destacar que, por lo menos al momento de producirse la independencia de las naciones de América Latina, los Estados Unidos carecían de un plan específico para la región. En este sentido, durante las primeras décadas del siglo XIX, la naciente potencia del norte hizo gala de un neutralismo tan sólo alterado por la declaración de James Monroe (“América para los americanos”), que fue expuesta por primera vez por el presidente al Congreso norteamericano en su informe anual en diciembre de 1823.

La llamada Doctrina Monroe tuvo en su formulación original un contenido esencialmente preventivo y defensivo ya que “fue el reflejo de las inquietud norteamericana frente a las veleidades intervencionistas de las potencias europeas en el continente americano” (Beyhaut, 2004: 151). Con su formulación se trató de poner un límite a las ambiciones territoriales de los rusos en Alaska, de los ingleses en la frontera canadiense y de impedir

una reconquista de América Latina por España, apoyada en la Santa Alianza¹. La declaración no establecía más que una serie de principios, como los de no intervención, que resultaban valederos para el futuro y únicamente oponibles a las potencias europeas (países como Chile y Colombia apoyaron la iniciativa e incluso fomentaron la creación de una alianza continental liderada por Washington). Pero lo cierto es que hasta fines de la Guerra de Secesión los Estados Unidos no dejaron de ver en este discurso más que una simple declaración de principios. Los problemas internos, relacionados con la consolidación de su sistema político y, fundamentalmente, con la definición de sus fronteras explicaron en gran medida la relativa indiferencia de los Estados Unidos hacia la situación de América Latina frente a las agresiones de las potencias extranjeras como las ocurridas durante la primera mitad del siglo XIX².

La convicción generalizada de la época, de que era la posesión directa de la tierra lo que en el fondo aseguraba el poder económico y político de una nación, se convirtió en una cuestión de importancia central en los conflictos limítrofes con las comunidades indígenas, dentro del territorio norteamericano, y con México, con quien sostuvo una guerra de conquista entre 1845 y 1848. Fue justamente la “cuestión de Texas” la que constituyó un claro índice de que se había producido un cambio decisivo en la política exterior norteamericana (Trías, 1972: 74). Y por supuesto, la forma traumática con la que se manifestó este cambio no dejó de preocupar a las naciones latinoamericanas. Por otra parte, existía ya una rivalidad latente con Gran Bretaña por el destino de ciertas áreas de El Caribe y por su expansión comercial en el mercado iberoamericano. En función de esta competencia, cada vez más notoria, las instrucciones dadas por el presidente norteamericano a sus representantes ante los nuevos gobiernos se encaminaron durante muchos años a reclamar en el plano económico y comercial la igualdad de trato frente a las otras potencias y, junto con ello, a pregonar las excelencias de la democracia republicana y del sistema político norteamericano.

Fue sin embargo hacia los años '70 del siglo XIX cuando América Latina comenzó a ocupar un lugar de mayor importancia dentro del proyecto económico norteamericano, ya que durante esa misma época tuvo lugar en los Estados Unidos un notorio incremento de la fabricación en masa, proceso que se aceleraría durante las siguientes décadas y que exigiría la explotación de nuevas fuentes energéticas: de hecho, hacia 1880 la producción industrial de los Estados Unidos igualó a la de Inglaterra (llegando incluso a duplicarla en los catorce años subsiguientes) dando origen a las futuras corporaciones y trusts (como Vanderbilt en

¹ En uno de sus párrafos más salientes, la Doctrina Monroe planteaba que “con respecto a los gobiernos que han declarado su independencia y la han mantenido, y cuya independencia nosotros, basándonos en una gran consideración y principios justos, hemos reconocido, no podríamos ver cualquier interposición que tenga por propósito oprimirlos, o controlar de cualquier otra manera su destino, por cualquier potencia europea, de otro modo que como la manifestación de una disposición inamistosa con respecto a los Estados Unidos” (Beyhaut, 2004: 151).

² En este sentido, la Doctrina Monroe no fue recordada ni aplicada durante las intervenciones de Gran Bretaña en América Central en la década de 1830, ni cuando este país ocupó en 1833 las Islas Malvinas, ni cuando tuvieron lugar los bloqueos franceses a México y a Argentina en 1838 y las operaciones anglofrancesas en el Río de la Plata en 1845.

los ferrocarriles, Carnegie en aceros, Rockefeller en petróleo y Morgan en bancos) que pocos años más tarde pasarían a tener el control directo de la economía norteamericana³.

Por otra parte, las depresiones del ciclo económico ocurridas a fines de los '80 y durante los '90 impulsaron a los empresarios norteamericanos a la búsqueda de nuevas fuentes de demanda en el exterior, contando para ello con el apoyo del gobierno de su país en su intento por disputar las esferas de influencia regional pertenecientes a las grandes potencias rivales (principalmente, a Inglaterra). Se daba inicio así a la sociedad entre los trusts y el gobierno estadounidense, una alianza estratégica que el tiempo se encargaría de demostrar que podía ser altamente provechosa para ambas partes. Por otro lado, y a fin de lograr la maximización de sus ganancias, empresarios y políticos norteamericanos no tardaron demasiado tiempo en convencerse de que sus intereses no se beneficiarían con peligrosas adquisiciones coloniales sino con gobiernos estables en la periferia, “capaces de manejar los asuntos locales y de defenderse contra las demandas anexionistas de las grandes potencias en nombre de lo que más tarde se llamaría la autodeterminación nacional” (Smith, 1984: 159). De este modo, y aunque no se desdeñaron la conquistas de tipo colonial como último recurso, el imperialismo estadounidense optó por definirse en base al sometimiento “semicolonial”, en el que se respetaba la independencia cada vez más formal de las naciones bajo su hegemonía a cambio del control absoluto de sus mercados. Aduñados los trusts de la economía estadounidense, y derrotado el candidato William Jennings Bryan (deseoso de establecer un férreo control estatal a las grandes empresas) en las elecciones presidenciales de 1896, finalmente quedó libre el campo para una expansión prácticamente sin límites sobre el suelo latinoamericano.

El año de 1898 marcó un antes y un después en las relaciones de los Estados Unidos con América Latina cuando tropas norteamericanas procedieron a ocupar Cuba luego de un enfrentamiento bélico con España, motivado por su negativa a querer vender su más preciada colonia. En este sentido, el caso de Cuba fue representativo de la dominación norteamericana en la región pues si bien era verdad que la Isla nunca llegó a tener el status formal de una colonia, lo cierto es que hasta 1902 fue regida directamente por los Estados Unidos por un gobernador militar, y que la Enmienda Platt (sancionada un año antes como apéndice a su constitución) otorgaba el derecho de intervención norteamericana en caso de que se violentaran “la vida, la propiedad y la libertad individual” (Morison y Commager, 1951: 461-2). Por otra parte, el resarcimiento norteamericano por los gastos de guerra fue muy elevado si tomamos en cuenta que además de Cuba, Washington consiguió arrebatarle a España Puerto Rico, Guam y las Filipinas, convertidas de ahí en más en colonias (proceso expansivo continuado luego con la anexión de las islas Samoa y Hawaii, lo que le permitía a los Estados Unidos el control directo sobre gran parte del Océano Pacífico).

Pese a la indignación en América Latina, en influyentes sectores de la sociedad norteamericana y en el resto del mundo fue muy grande, esto no obstaculizó el proceso por el que los Estados Unidos continuaron con su marcha imperialista, lo que de paso sirvió también para provocar las apetencias expansionistas de algunas potencias europeas,

³ Así, no resulta extraño que la transformación de los Estados Unidos en una potencia imperialista “fuera simultáneo con el paso de la frontera, con el salto de la vieja a la nueva inmigración y con el advenimiento de la nueva era industrial” (Morison y Commager, 1951: 437).

interesadas en rivalizar con el creciente poder norteamericano⁴. La obligación de proteger a los intereses estadounidenses en cualquier lugar donde estos se encontraran resultó con el tiempo una suerte de excusa válida para toda acción injerencista, como bien lo demostraron las continuas intervenciones de los *marines* en países como Honduras, Haití, Nicaragua y Puerto Rico. Por último, el gobierno norteamericano contribuyó también a crear repúblicas enteras a costa de las ya existentes, como fue el caso de Panamá, separada de Colombia en 1903 ante la negativa de ésta a permitir la construcción de un canal interoceánico en su territorio bajo exclusivo control estadounidense⁵.

La expansión territorial estadounidense coincidió entonces con la de sus grandes empresas y monopolios, que de ese modo pudieron participar con ventaja en el nuevo desarrollo del comercio mundial, y de las riquezas otorgadas por los ferrocarriles, las minas, el petróleo, la electricidad, las plantaciones y las finanzas. Sin embargo, en la región de El Caribe, la más afectada por la política expansionista promovida desde Washington, los conglomerados norteamericanos no sólo se apropiaron de grandes extensiones de tierra sino que impusieron el monocultivo como forma predominante creando así débiles economías semicoloniales o, directamente, coloniales. Fue así como empresas como la United Fruit Company, de origen norteamericana y fundada en 1899, se convirtió en un poder paralelo al de varios de los estados centroamericanos cuando a partir de la siguiente década comenzó a obtener tierras en Guatemala y Honduras, adueñándose de enormes extensiones y, con ello, obteniendo un gran poder político que le permitió comprar a los políticos venales en los países en los que actuaba, y colocar o derribar gobiernos (Nudelman, 2001: 326).

Desde 1904, el presidente Theodore Roosevelt añadió un corolario particular a la doctrina Monroe en el que asumía que también era responsabilidad del gobierno norteamericano ser “policía del Caribe”: su política a favor de “una gran armada y una penetración abierta” se impuso frente a todo contratiempo y a cualquier forma de oposición⁶. Pero, ante la

⁴ Sin una aplicación real de la Doctrina Monroe como alianza defensiva y por lo tanto, con los Estados Unidos actuando como simples espectadores del drama, República Dominicana debió soportar en 1900 el acoso de Francia para cobrar su deuda externa, para lo cual envió tres buques de guerra a sus costas como un instrumento de presión, y entre 1902 y 1903 barcos alemanes y británicos bombardearon Puerto Cabello y tomaron naves venezolanas como forma de pago de empréstitos vigentes.

⁵ Mientras que desde fines del siglo XIX la Doctrina Monroe comenzó a utilizarse a fin de obstruir la persecución de los intereses extranjeros y de sancionar la intervención directa de los Estados Unidos en la región, al mismo tiempo y como justa contraparte, se impuso la “Política de Puertas Abiertas” en aquellos lugares donde la posición norteamericana fuera menos segura y donde hubiera necesidad de derribar las barreras erigidas por las potencias rivales, como sucedió en los casos del Lejano Oriente antes de 1914 y en el Cercano Oriente después de la Primera Guerra Mundial (Smith, 1984: 155).

⁶ Particularmente reveladora resulta la siguiente cita, correspondiente a las declaraciones de Smedley Butler, general de la infantería de marina, ante el Parlamento estadounidense en 1935: “He servido durante treinta años y cuatro meses en las unidades más combativas de las fuerzas armadas norteamericanas: en la infantería de marina. (...) Durante todo ese tiempo tengo el sentimiento de haber actuado en calidad de bandido altamente calificado al servicio de los *big business* de Wall Street y de sus banqueros. En una palabra, he sido un *raketeer* (matón) al servicio del capitalismo (...). De tal manera, en 1914 he afirmado la seguridad de los intereses petrolíferos en México, Tampico en particular. He contribuido a transformar a Cuba en un país donde la gente del National City Bank podía birlar tranquilamente los beneficios (...). He participado en la limpieza de Nicaragua, de 1909 a 1912 por cuenta de la firma bancaria internacional de los Hermanos Brown. En 1916, actuando por cuenta de los grandes azucareros norteamericanos, he aportado a la República Dominicana la ‘civilización’. Yo fui quien en 1923 ayudó a arreglar los asuntos de Honduras en interés de las compañías fruteras norteamericanas. En 1927, en China, afiancé la seguridad de los intereses de la Standard

aparición de intermitentes procesos revolucionarios en varios países de la región (como Nicaragua, Santo Domingo y Panamá), en 1905 tuvo lugar en los Estados Unidos un cambio político e ideológico por el que se pretendió sustituir “el uso de las balas por el uso de los dólares”: así, a la “política del gran garrote”, característica del primer Roosevelt, le siguió la llamada “diplomacia del dólar” implementada por primera vez por el presidente William Howard Taft. La “diplomacia del dólar” consistió entonces en “el otorgamiento de empréstitos a ciertos países bajo condiciones más o menos onerosas, con garantías oficiales que aseguraban a los banqueros prestamistas una razonable *protección* por parte del Departamento de Estado quien la ejercía controlando la aplicación de los recursos para la construcción de los ferrocarriles, los telégrafos y las aduanas de los países ‘favorecidos’; si el Estado insolvente se resistía a renegar de tal manera de su soberanía, Washington recurría a la persuasión de su marinería de desembarco. De haber países reacios a la aceptación de empréstitos, se les inducía a aceptarlos, coaccionando su voluntad por medios muy variados y que resultaban tanto más eficaces cuanto más pobre y más débil fuera la nación a la que oficialmente protegían los Estados Unidos con su apoyo pecuniario” (Selser, 1984: 42-43).

En todo caso, ya para la primera década del siglo XX resultaba claro que frente a las potencias europeas, los Estados Unidos habían alcanzado un dominio mucho más amplio sobre el territorio latinoamericano. Durante la Primera Guerra Mundial y la posguerra, el gobierno de Washington pudo establecer diversos acuerdos con Inglaterra y Francia sobre áreas de influencia en el continente americano y, una vez vencida Alemania, ésta dejó de ser un enemigo peligroso. Asimismo, y como un factor constante de toda esta época, pudo también comprobarse en la práctica la profundización del sometimiento y de la conciliación de las oligarquías latinoamericanas al poder imperial hasta convertirse, en la mayoría de los casos, en auténticos prisioneros de sus ambiciones económicas, las que por lo general debieron ser resguardadas por medio de gobiernos cada vez más represivos ante la creciente voluntad rebelde de las masas⁷.

Sin embargo, a medida que avanzaba el expansionismo norteamericano, desde principios de siglo resultaba también cada vez más palpable el surgimiento de un nuevo tipo de resistencia proveniente de los pueblos coloniales y semicoloniales. América Latina resultó así conmovida primero por la Revolución Mexicana y luego también por el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia. Para poder cumplir con sus propios objetivos frente al crecimiento de estos nuevos movimientos de masas, la política del imperialismo debió entonces recurrir a nuevas dosis de represión, pero también de demagogia. El presidente Woodrow Wilson necesitó diseñar toda una retórica dedicada a la expansión “panamericanista”, “democrática” y “moral” con la que intentó justificar, a través de una mediación discursiva, toda una época de intervenciones y ocupaciones imperialistas⁸. De

Oil. Cuando de tal modo arrojé una mirada hacia atrás, me percaté de que podría incluso representar a Al Capone, pero él no pudo ejercer sus actividades de *gangster* más que en tres barrios de una ciudad, mientras yo, como *marine*, las he ejercido en tres continentes” (Selser, 1984: 60).

⁷ Por ello, no resulta extraño que a medida que el imperialismo se fue asentando en la región, comenzaran a proliferar regímenes dictatoriales como los de Juan Vicente Gómez en Venezuela, Gerardo Machado en Cuba, Augusto Leguía en Perú, Adolfo Díaz en Nicaragua...

⁸ Por ejemplo, a través de expresiones tales como “voy a enseñarles a los latinoamericanos a elegir hombres buenos” empleada por el presidente Theodore Roosevelt.

este modo, Wilson y sus sucesores pudieron continuar con la práctica de la expansión colonial y neocolonial que les llevó a invadir Nicaragua desde 1912 a 1925, y después de 1926 a 1933, Haití de 1915 a 1934, República Dominicana de 1916 a 1924, y México en 1914 y en 1916 (González Casanova, 1979: 18).

La crisis de la primera posguerra, y las graves dificultades de los países beligerantes para reducir sus cuantiosas deudas contraídas con los Estados Unidos, llevaron a estos a acometer una agresiva campaña en América Latina para abastecerse de recursos y, de ese modo, resarcirse del incumplimiento de su pago. Por ende, las intervenciones estadounidenses recrudecieron durante la mayor parte de la década de los '20, y aunque por lo general fueron iguales a las llevadas a cabo anteriormente, la gran novedad estuvo dada en la importancia que de pronto cobraron algunas formas de mediación y de negociación frente a los alzamientos populares que las clases dominantes no lograban destruir, y frente a la amenaza de un movimiento comunista incipiente entre los trabajadores urbanos y campesinos. En este sentido, el poderío innegable del imperialismo estadounidense en América Latina y la enorme fuerza que aún conservaban las oligarquías latinoamericanas no pudieron impedir los cuestionamientos a su supervivencia política. El poder central y las oligarquías locales debieron apelar a nuevas tácticas, reconociendo a veces situaciones de hecho y permitiendo que líderes nacionalistas y populistas lograran imponerse por la fuerza, representando así un mal menor. En todo caso, las clases dominantes continuaron empleando la represión (en ocasiones, y como en el caso de El Salvador en 1932, hasta el aniquilamiento físico y directo de sus opositores), combinándose esta política con la corrupción de los jefes y cuadros emanados de los sectores subalternos. Por último, las oligarquías locales acentuaron una política de concesiones y de cooptación de las nuevas fuerzas allí donde materialmente les resultaba imposible triunfar sobre ellas, y en espera de aplicarles los tradicionales métodos violentos a la primera oportunidad.

El poder económico de los Estados Unidos, mediado muchas veces por las oligarquías y los gobiernos de los países sometidos, se vio cada vez más obligado a llevar a cabo este nuevo tipo de negociación provisoria y parcial con aquellos sectores que momentáneamente no podían ser derrotados por la vía de las armas o dominados por medio del corrompimiento. Para asegurar la sustentabilidad del régimen de explotación capitalista fueron apoyados líderes y organizaciones populares que, a cambio de la obtención de algunas concesiones para sus seguidores, legitimaron el nuevo tipo de dominación, si bien siempre se podía acudir a la violencia cuando las demandas se volvían inaceptables y recurrentes. Este nuevo estilo de ejercicio del poder cobró mayor relieve promediando la década de los '20 y consistió al mismo tiempo en un primer ensayo de apertura hacia un reformismo social y una política de masas, como los que se desarrollaron plenamente tras las crisis capitalista de 1929 hasta mediados de los años '30, sobre todo, en aquellos países donde la clase obrera, por su cuantía u organización, alcanzó un mayor peso y donde mostró una combatividad peligrosa, sólo contenida con una múltiple política de represiones, negociaciones y concesiones (González Casanova, 1979: 20).

Por último, la amenaza de los gobiernos fascistas y la necesidad por contar con aliados ante la posibilidad cada vez más concreta de una nueva guerra de características mundiales, motivaron lo que el gobierno de Roosevelt caracterizó como "Política del Buen Vecino", instaurada a partir de 1933, reacia al injerencismo en forma directa y, por lo tanto, dedicada

a la búsqueda de una mayor sintonía con los gobiernos de la región⁹. En su necesidad de aliados regionales, el gobierno de los Estados Unidos intentó cambiar su violenta imagen en los años previos a la nueva guerra mundial, aunque esta medida no impidió que durante este mismo tiempo se profundizaran los lazos económicos de la dependencia y la dominación. Característicos de la “Política del Vecino” resultaron la abrogación de la Enmienda Platt en 1934, el retiro de los marines de Haití al siguiente año y la revisión del tratado con Panamá sobre el Canal en 1935, aunque en ningún caso estas revisiones significaron el fin de la tutela norteamericana sobre los mercados de estos países sino, por el contrario, un reajuste de su dependencia neocolonial: el caso cubano, en este sentido, ilustra muy bien las modificaciones políticas implementadas durante este período.

Si bien la demostración más flagrante de la dominación imperialista se dio en torno a los fuertes lazos de dependencia económica establecida entre los trusts empresariales, el gobierno estadounidense y las oligarquías locales, y a partir de las numerosas expediciones de *marines* enviadas a fin de salvaguardar las ganancias amenazadas por una protesta social en constante crecimiento, el expansionismo norteamericano también contó con una clara estrategia constituida en torno a tres frentes distintos, a los que la Liga Antiimperialista de las Américas se encargó de ofrecer conveniente resistencia y combate. Así, mientras que un primer frente estuvo ubicado en el campo de la diplomacia comercial, siendo inspirado por el Secretario de Estado James Blaine y conformado en torno a la Unión Panamericana (UP), y un segundo resultó esta vez centrado en el terreno de las ideas y en el del diseño de la geoestrategia norteamericana, teniendo en el capitán Alfred Mahan a su máximo referente, una última línea de fuego se encontró situada en el ámbito del movimiento obrero, fomentado desde la Confederación Obrera Panamericana por el dirigente norteamericano Samuel Gompers. Dada la importancia que cada uno de estos tres frentes tuvo en la constitución organizativa y doctrinaria de la Liga, es que serán detallados a continuación.

James Blaine y la Unión Panamericana

La expansión territorial de los Estados Unidos encontró su justa contraparte en los distintos ensayos destinados a implementar lo que se dio en llamar el “panamericanismo”. Bajo esta denominación se incluyó a un conjunto de estrategias políticas y diplomáticas destinadas a lograr la unidad comercial y jurídica de todo el continente, en función de la creación de un mercado exclusivo y, en última instancia, beneficioso para la expansión industrial estadounidense. Si bien es verdad que en ningún momento Washington descartó la intervención directa como el medio más idóneo para el cumplimiento de sus objetivos con respecto a los países latinoamericanos, lo cierto es que la Unión Panamericana vino finalmente a significar otro instrumento, esta vez enfocado más en el terreno del consenso

⁹ En la ceremonia de asunción a la presidencia de los Estados Unidos el 4 de marzo de 1933, Franklin D. Roosevelt pronunció el discurso que consagrará esta “Política del Ben Vecino”: “En el ámbito de la política mundial yo quisiera dedicar esta Nación a la ‘política del buen vecino’ que se respeta decididamente a sí misma y que, al hacerlo, respeta los derechos ajenos, el buen vecino que respeta sus obligaciones y respeta el carácter sagrado de los compromisos contraídos en un mundo de vecinos” (Selser, 2001: 551).

que en el de la coerción, para la obtención de favores y garantías para su creciente capacidad industrial.

Un punto central en los sucesivos intentos por llevar a la práctica esta alianza de las naciones americanas fue la colaboración con las clases gobernantes de los distintos países latinoamericanos: aunque nunca consiguieron alinear a todas bajo sus principales designios, resultó evidente en todos los congresos celebrados la intención de los Estados Unidos por granjearse su amistad o, al menos, su favoritismo, en función de una ecuación que las terminara de convertir en las socias menores del proyecto expansionista. Esta política de acercamiento, en la que se intentó hacer prevalecer una idea de plena igualdad entre las naciones del continente, sin embargo no estuvo exenta de tensiones y ambigüedades, ya que al mismo tiempo que las oligarquías gobernantes en los todavía jóvenes estados latinoamericanos debían hacer frente a la política agresiva de Washington, debían también sobrellevar las presiones provenientes de las potencias europeas (principalmente Inglaterra) que, aunque debilitadas en relación con su ascendente competidor americano, conservaban todavía amplios espacios de poder e influencia, sobre todo, al sur de la región. Desde su fundación, la LADLA tuvo la misión de enfrentarse a la estrategia imperialista de la UP, denunciando las intenciones ocultas de la clase gobernante estadounidense y la colaboración (en muchos casos desenfadada) de los gobiernos latinoamericanos: en este sentido, fue durante la sexta y la séptima Conferencias Panamericanas (reunidas en La Habana en 1928 y en Montevideo en 1933) donde la Liga hizo uso de toda su artillería propagandística y militante en su política de esclarecimiento de los verdaderos propósitos norteamericanos.

Podemos afirmar que el verdadero inspirador del panamericanismo fue James Blaine, quien como secretario de Estado y principal asesor del presidente James A. Garfield, en 1881 formuló una invitación a los gobiernos del continente para llevar a cabo una conferencia americana, convite al que respondieron afirmativamente nueve países bajo la creencia común de que ya era hora de que los Estados Unidos terminaran de desplazar a Europa en la dominación de toda el área al sur del Río Bravo. Pero el asesinato de Garfield y una campaña de prensa en contra de Blaine por su política durante la Guerra del Pacífico terminaron forzando su renuncia. El nuevo presidente Chester Arthur y su secretario de Estado, Frederick T. Frelinghuysen, finalmente cancelaron la invitación efectuada por Blaine en abril de 1882¹⁰. En rigor de verdad y, pese a la novedad del asunto, la idea de concretar un encuentro continental en función de los intereses estadounidenses no era algo completamente nuevo, sino que ya había estado presente, al menos en la retórica de los presidentes, desde por lo menos cincuenta años antes¹¹. En todo caso, hubo varios factores

¹⁰ A todo esto, también en 1882 apareció por primera vez la palabra “panamericanismo” en el periódico *The Evening Post*, de Nueva York, en cierto modo, como un reflejo conceptual de términos como “pangermanismo”, “paneslavismo” y “panlatinismo”, con los que se hacía referencia a distintas corrientes unionistas de importancia por aquella época.

¹¹ Esta idea fue planteada por primera vez por el presidente Henry Clay quien, incluso unos años antes de la formulación de la “Doctrina Monroe” propuso en 1820 la creación de una liga que abarcara desde la bahía de Hudson hasta el cabo de Hornos. Desde América Latina, una de las primera propuestas panamericanistas fue la de José Rebello quien al negociar frente a Monroe el reconocimiento de la independencia brasileña, sugirió la formación de un “concierto de poderes americanos”. En cuanto a la unidad económica, Stephen Douglas propuso “una unión general para el comercio de todas las comunidades políticas” de América (Soler, 1987: 213-4). Por último, pero desde un enfoque radicalmente distinto, también podemos mencionar el intento por

que finalmente incidieron en el intento por crear la UP a principios de los '80, y si la tendencia expansiva de las áreas comerciales norteamericanas se convirtió en una cuestión determinante, también lo fueron su intervención a favor de Perú frente a Chile en la Guerra del Pacífico (iniciada en 1879 y que se prologaría hasta 1883), como así también su preocupación ante la iniciativa francesa planteada en 1878 por construir un canal transoceánico que atravesara América Central. Por último, un elemento de no menor importancia fue el que tuvo lugar a partir de 1880, cuando los Estados Unidos culminaron su período de colonización interna y cerraron su frontera interior, dando inicio así a la futura expansión imperialista. Desde entonces, se puso de manifiesto un creciente interés por realizar una consulta abierta con las repúblicas latinoamericanas a fin de conocer los posibles puntos de coincidencia e, incluso, para convenir la puesta en práctica de una suerte de unión aduanera.

Pero fue recién a fines de 1889 cuando, gracias a la aprobación brindada por el Congreso de la Unión un año antes y a la iniciativa de Blaine, nuevamente en su cargo de secretario de Estado, que se pudo efectuar en Washington la Conferencia Panamericana, primera de una serie de diez convocatorias, realizada la última en Caracas en 1953 (Marichal, 2002: 20). En opinión de Ricaurte Soler, existen grandes posibilidades de que James Blaine haya sido, de hecho, el primer político norteamericano en plantear la consigna de “Nuestra América” para referirse ya no tan sólo al conglomerado estadounidense, sino directamente a toda la extensión del continente bajo su dominio. Como principal ideólogo del panamericanismo, procedió a precisar todavía más la interpretación de la doctrina Monroe, declarando que “a ésta había que comprenderla de acuerdo a los supremos y principalísimos intereses (...) de los Estados Unidos” (Soler, 1987: 210-1). En todo caso, la política de Blaine estuvo siempre inspirada por los intereses expansionistas de Washington y por la decidida intención de mantener la fragmentación de los estados latinoamericanos.

Extendida en su duración hasta principios de 1890, y sin la presencia de Haití y de República Dominicana (quienes sostenían graves enfrentamientos con Washington), a todos los asistentes a la Primera Conferencia les quedó claro que en la reunión se trató de legitimar un proyecto panamericanista que únicamente podía beneficiar a los Estados Unidos, en donde se buscó aprobar una instancia de cooperación económica interamericana, al tiempo que se procuró eludir toda discusión sobre aquellas cuestiones políticas que resultaran comprometedoras¹². Así, el debate principal se dio en torno a las posibilidades de crear una unión aduanera, directamente planteada en los términos de un *zollverein*, como el que por aquella misma época se había implementado de manera exitosa

conformar la unidad americana propuesta por Simón Bolívar en 1824: si bien su convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá estuvo inicialmente dirigido a los países latinoamericanos, también terminó incluyendo a los Estados Unidos quienes de todos modos no enviaron a ningún representante al realizarse el evento dos años más tarde (Gran Bretaña sí asistió aunque únicamente en calidad de observadora).

¹² Un testigo privilegiado de estas reuniones, José Martí, quien por aquel entonces oficiaba como cronista para el diario argentino *La Nación*, llegó a escribir que “jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite de los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa y cerrar tratos con el resto del mundo”. No en vano, el patriota cubano cerraba su alocución con un grito revolucionario, en la firme creencia de que “ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia” (Martí, 1989: 152).

en Alemania para lograr su tan ansiada unificación territorial y, en clara relación con la propuesta anterior, la “adopción por cada uno de los gobiernos de una moneda común de plata, que sea de uso forzoso en las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América” (citado en Martí, 1989: 203)¹³. No obstante, y desde el mismo inicio del cónclave, fue posible percibir la existencia de un tangible desacuerdo entre los puntos de vista sustentadas por la delegación norteamericana y aquellos que esgrimían varios de los representantes latinoamericanos. En este sentido, los dos temas que generaron mayores rispideces fueron los tratados de comercio, que convertían a los estados latinoamericanos en poco menos que colonias dependientes de la economía norteamericana, y el arbitraje continental y compulsivo sobre las naciones al sur del Río Bravo, con tribunal continuo e inapelable radicado en Washington, y que otorgaba un respaldo legal a la política injerencista o directamente intervencionista que los Estados Unidos se creían con derecho a ejercer¹⁴.

Con todo, esta confrontación y finalmente el fracaso del cónclave, no lograron detener el expansionismo que animaba la política exterior norteamericana: aunque eran cada vez mayores las reticencias de los Estados latinoamericanos ante las intervenciones, agravadas sensiblemente después de la guerra hispano-cubano-norteamericana de 1898, los congresos panamericanos continuaron celebrándose, siempre en torno a los mismo tópicos que los planteados en el Congreso de 1889-90 aunque, a partir de entonces, formulados en un tono más conciliador. El revés sufrido por los Estados Unidos en cuanto a su proyecto de “unión aduanera” comenzó a ser compensado por una agresiva política “bilateralista”, como la que finalmente se dio, poco tiempo después, con Brasil y con Chile (inmerso este último en 1891 en una cruenta guerra civil), y que demostraría toda su efectividad en el logro de acuerdos comerciales puntuales y altamente ventajosos para la potencia del norte¹⁵. Por su parte, para los países latinoamericanos, las presiones que pudieran encausar en torno a los

¹³ Los nombres de las distintas comisiones organizadas para este evento pueden darnos una idea sobre la intencionalidad estadounidense al querer imponer sus propios criterios comerciales sobre el conjunto de los delegados presentes. En este sentido, y junto con la comisiones “ejecutiva” y de “acreditaciones”, fundamentales para el normal funcionamiento del Congreso, fueron creadas las de “unión aduanera”, “vías de comunicación de tierra y mar”, “uniformidad de los derechos de puertos”, “pesas y medidas”, “disposiciones sanitarias”, “privilegios y propiedad literaria”, “extradición”, “políticas bancarias”, “unificación monetaria”, “leyes internacionales” y “arbitraje y asuntos afines”. En todos los casos, fueron los delegados estadounidenses quienes, de manera “consensuada”, terminaron imponiendo a los integrantes de cada comisión (Martí, 1989: 163).

¹⁴ La delegación argentina se apresuró a impugnar la figura de Blaine para dirigir la Conferencia y hasta se especuló sobre que si el norteamericano resultaba elegido, habría delegaciones que se retirarían. La oposición del delegado argentino Manuel Quintana a la propuesta norteamericana del tribunal continental fue resumida como “ni naciones presas ni alcaldes criminales”. Por otra parte, fue el otro delegado argentino, Roque Sáenz Peña, quien asumió la actitud más crítica hacia las anexiones norteamericanas a gran parte del territorio mexicano. A la proposición estadounidense “América para los americanos”, Sáenz Peña opuso la de “América para la humanidad”, mucho más amplia en sus contenidos y encaminada a superar el peligro de la tutela por parte de la potencia del norte. Sin embargo, su crítica al imperialismo estadounidense no incluyó también al que era de origen inglés, frente al cual no emitió opinión alguna durante el congreso (Soler, 1987: 215).

¹⁵ Los Estados Unidos volverían a insistir en sus ambiciones comerciales cuando en 1891 se reuniera, también en Washington, una Comisión Monetaria Internacional encargada de empezar a trabajar la cuestión de la unificación de todas las divisas del continente en torno al dólar (Secretaría de Relaciones Exteriores de México, 1956: 33).

debates suscitados dentro de las Conferencias iban a tender, de ahí en más, a “mejorar su condición subalterna frente a la metrópoli del norte” (Melgar Bao, 1989: 213).

La segunda Conferencia Panamericana tuvo lugar en México entre 1901 y 1902 y entre las resoluciones adoptadas, la más importante fue la de la aprobación de la construcción de un canal interoceánico por parte del gobierno de los Estados Unidos¹⁶. Sin la presencia esta vez de Venezuela y Cuba, fue prácticamente imposible avanzar en una agenda de defensa de la soberanía de las naciones latinoamericanas: ninguna delegación protestó por el sometimiento cubano por medio de la Enmienda Platt ni tampoco tuvo la suficiente aceptación una propuesta de Haití, basada en una interpretación de la Doctrina Monroe tendiente a lograr un equilibrio de poderes y de mutuo respeto a la soberanía de los países del continente. Aunque tampoco los Estados Unidos obtuvieron ganancias sustanciales en sus planes expansionistas. A continuación, entre julio y agosto de 1906 tuvo lugar la Tercera Conferencia, en Río de Janeiro, con la presencia, por vez primera, de Cuba y Panamá y sin la asistencia de Haití. En dicha ocasión los Estados Unidos crearon la Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas, con el cometido específico de reunir todo tipo de información económica y comercial sobre los países latinoamericanos (aunque sin desdeñar el acopio de conocimientos en lo referente a los ámbitos educativo, cultural, etc.). Su directorio estuvo compuesto por embajadores de todos los Estados de la región, en tanto que la presidencia fue ejercida por el Secretario de Estado norteamericano, con sede en Washington. Sin embargo, y pese a la inocultable fuerza que el imperialismo estadounidense estaba alcanzando en toda la región, durante el foro de Río de Janeiro la delegación norteamericana debió recurrir a fórmulas apaciguadoras y conciliadoras para obtener el apoyo de los países latinoamericanos, críticos frente a la política exterior estadounidense, sobre todo, después de la agresión a Venezuela en 1902¹⁷. La Cuarta Conferencia Panamericana se reunió en Buenos Aires en 1910 con el telón de fondo de la intervención directa norteamericana en varios países de Centroamérica y El Caribe (Cuba, República Dominicana, Nicaragua, Honduras, Haití, Guatemala). Con la adopción final del nombre de “Unión Panamericana” para el naciente organismo, se consolidaron las aspiraciones estadounidenses de ejercer una hegemonía supraestatal y continental en beneficio de su propia economía nacional. Los dos grandes proyectos, es decir, la unificación económica de las Américas y la construcción de un ferrocarril continental, terminaron de dar sentido al concepto de “panamericanismo” que para los sectores progresistas latinoamericanos poseía ya un contenido claramente rechazable.

La Unión Panamericana formalizó su quinta reunión en Santiago de Chile en 1923 con la ausencia de Bolivia, Perú y México. En ella la actitud de recelo evidenciada por las

¹⁶ La resolución de la segunda Conferencia se expedía en los siguientes términos: “Las repúblicas reunidas en la Conferencia Internacional de México aplauden el propósito del Gobierno de los Estados Unidos de construir un canal interoceánico y reconocen que esta obra no sólo será digna de la grandeza del pueblo norteamericano, sino también, en el más alto sentido, una obra de civilización, beneficiosa en grado sumo para el desenvolvimiento del comercio entre los Estados americanos y los demás países del mundo” (citado en Selser, 2001: 50-1).

¹⁷ Con el fin de apaciguar los ánimos, el Secretario de Estado Elihu Root llegó a decir en la mencionada conferencia que “consideramos que la independencia y la igualdad de derechos de los miembros más pequeños y débiles de la familia de las naciones merece el mismo respeto que la de los grandes imperios; y consideramos a la observancia de ese respeto la principal garantía de los débiles frente a la opresión de los fuertes” (citado en Selser, 2001: 133).

repúblicas latinoamericanas hacia la actuación de los Estados Unidos alcanzó niveles sin precedentes, sobre todo, a raíz de las anexiones y ocupaciones de Washington en el área caribeña. A punto tal que la delegación uruguaya propuso la formación de la Liga Hemisférica de las Naciones (basada en el principio de la “igualdad absoluta de todos los países agrupados”), en tanto que Argentina y los países centroamericanos plantearon la necesidad urgente de establecer un arbitraje obligatorio en las disputas limítrofes y territoriales (planteado a través del llamado “Tratado de Góndora”). Por su parte, Costa Rica propuso modificar los mecanismos de representación de la entidad panamericana y la creación de la Corte Permanente de Justicia Americana, que no dependiera de la voluntad imperial con sede en Washington. La representación estadounidense, encabezada por Henry P. Fletcher, por su parte, eludió el compromiso de internacionalizar la doctrina Monroe al sostener su carácter original y esencialmente nacional. Esta actitud de rechazo a las solicitudes de los países latinoamericanos únicamente podía aumentar su desconfianza y agravar su conciencia de dependencia con respecto a Washington. Algunos gobiernos críticos con la presión política, comercial y militar, incluso llegaron a protestar en la Liga de las Naciones contra una Doctrina Monroe ejercida como política unilateral¹⁸. Sin embargo, y como se pudo apreciar durante la realización de las dos siguientes Conferencias, las fuerzas del comunismo, agrupadas en torno a la naciente Liga Antiimperialista de las Américas, entendieron desde un principio que la lucha contra la voluntad pro imperialista de la Unión Panamericana debía realizarse no tan sólo apelando al apoyo equilibrante de otras instituciones internacionales sino, principalmente, a partir de la movilización de las masas y de la presión sobre sus gobernantes.

Para cuando se realizó el llamado a la Sexta Conferencia Panamericana en La Habana, en 1928, no resultó sorprendente para nadie que la convocatoria fuera recibida bajo el signo de un pesimismo agravado, sobre todo, por la invasión norteamericana a Nicaragua. Pudo percibirse entonces una tenaz oposición de algunos gobiernos de la región frente a la política de intervención armada de los *marines* en los países de la Cuenca del Caribe: así, trece de los veintiún Estados se manifestaron claramente en contra de las invasiones norteamericanas en la región y, de ellos, ocho mostraron una actitud todavía más firme. En este sentido, el delegado de El Salvador propuso la moción de que ningún Estado tuviera el derecho de intervenir en los asuntos internos de otro, propuesta que obtuvo respaldo por parte de varias representaciones. Únicamente a través de métodos intimidatorios, el secretario de Estado norteamericano, Charles Hugues, consiguió aplazar la discusión de esta cuestión para el siguiente congreso de la UP. Así y todo, la “delegación de los Estados Unidos se fue de La Habana con una clara comprensión de la profundidad y amplitud de la oposición a las actividades políticas de los Estados Unidos que se habían vinculado con demasiada frecuencia con el nombre de Monroe” (Selser, 2001: 453)¹⁹.

¹⁸ El Secretario de Estado Charles Evans Hugues, presente en la Conferencia, se refirió con las siguientes palabras a la “idílica” relación entre los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas: “Estas repúblicas, mientras cada una de ellas resguarda debidamente su soberanía y su independencia, dan expresión a ese sentimiento que es la esencia del panamericanismo: el sentimiento de una mutua y benéfica cooperación. Por fortuna no existen entre nosotros controversias que no puedan ser ajustadas por los procedimientos de la razón. No se abrigan intereses que pudieran producir agresiones. No hay nación entre nosotros que abrigue ambición alguna contraria a las aspiraciones de nuestros pueblos libres” (citado en Ramírez Novoa, 1955: 40).

¹⁹ Para defenderse de las acusaciones formuladas, el Secretario de Estado Charles Hugues justificó las intervenciones norteamericanas bajo el rótulo de “interpelaciones”: “Encarémonos francamente con los

La siguiente Conferencia, la séptima, tuvo lugar en Montevideo en 1933, dos años después de que los presidentes de las 21 repúblicas miembros de la organización proclamaran al 14 de abril como “Día Panamericano”²⁰. Lo más notable de la Conferencia de Montevideo fue sin duda el hecho de que todas las repúblicas le pidieran a los Estados Unidos que se adhirieran a la idea de no intervención (que anteriormente había sido enfáticamente defendida por los delegados de Haití, Cuba y Perú): “aunque vacilando un poco y alegando que los términos de la fórmula necesitaban una definición más precisa, el señor Hull, el secretario de Estado norteamericano consintió en hacerlo (...) y fue luego ratificada unánimemente por el Senado de los Estados Unidos” (citado en Selser, 2001: 558). En efecto, la “Política del Buen Vecino, impulsada por el presidente Roosevelt, tuvo manifestaciones más tolerantes hacia las naciones latinoamericanas a favor de un nuevo acuerdo de funcionamiento entre los países miembros de la entidad panamericana, pero sin alterar las históricas bases de la dependencia económica” (Melgar Bao, 1988: 214). En este sentido, lo que realmente le importaba a los Estados Unidos, y de ahí las concesiones que estaba dispuesto a ejercer, era que en dicha Conferencia se diera el visto bueno a su proyecto económico, cuestión que más allá de algunas intervenciones críticas, pudo finalmente ser aprobado.

El “Ministerio de Colonias de los Estados Unidos” (como burlescamente se llamó a la Unión Panamericana) siguió existiendo más allá de la extinción de la LADLA²¹. La estrategia política y comercial norteamericana, que buscó desde fines del siglo antepasado la maximización de sus propias ganancias a costa de una situación cada vez más dependiente de los países latinoamericanos, encontró en la Liga Antiimperialista a una de sus más fervorosas opositoras, como se podrá apreciar más adelante, cuando se analicen

hechos: la dificultad, si existe alguna en cualquiera de las repúblicas americanas, no consiste en una agresión del exterior. Es una dificultad interna si es que existe. (...) ¿Qué vamos a hacer cuando el gobierno se derrumba y los ciudadanos norteamericanos se encuentran en peligro? ¿Hemos de mantenernos apartados y presenciar que los matan porque un gobierno, en circunstancias que no puede controlar y por la que quizás no sea responsable, no pueda ya ofrecer una protección razonable? ¿No es un principio de derecho internacional que en un caso semejante esté justificado que un gobierno tome cartas en el asunto realizando lo que yo llamaría una ‘interpelación’ de carácter temporal con el fin de proteger las vidas y los bienes de sus nacionales?” (citado en Ramírez Nova, 1955: 44).

²⁰ A propósito de la desconfianza generalizada hacia la Unión Panamericana, el diario argentino *La Prensa* señalaba que “el 43° aniversario de la fundación de la Unión Panamericana en Washington y del Día Panamericano, asignados al 14 de este mes (por abril), ha tropezado con una tibieza rayana en la indiferencia muy explicable, si se toma en cuenta que los pueblos sólo vibran cuando se evocan hechos que despiertan entusiasmo en los corazones, y la fundación de un organismo, por importante que sea, no alcanza esa poderosa virtud” (citado en Selser, 2001: 551-2).

²¹ Las resistencias a las políticas estadounidenses, manifestadas por gran parte de las delegaciones latinoamericanas en las sucesivas Conferencias Panamericanas, no resultaron un grave obstáculo para las ambiciones imperiales de Washington. Sin embargo, para evitar el creciente desgaste a su voluntad es que los Estados Unidos propusieron en la Novena Conferencia, celebrada en 1948 en Bogotá, la creación de una nueva institución, de características supraestatales que, en principio, mantendría una suerte de autonomía con respecto a los países del continente. Nació así la Organización de Estados Americanos (OEA) que mientras que los Estados Unidos la consideraron como un instrumento útil para la preservación de la seguridad hemisférica y para el combate contra el comunismo en el contexto de la Guerra Fría, los latinoamericanos la intentaron ver, al menos en un principio y hasta la expulsión de Cuba en 1962, como una herramienta para la promoción del desarrollo regional.

con más detalle el impacto causado por la realización de la Conferencias de 1928 y de 1933.

El eje geoestratégico y militar

Como correlato a la puesta en práctica del panamericanismo, durante la última década del siglo XIX también tuvo lugar un notable fortalecimiento de la ideología y la doctrina imperialista estadounidense. La creencia en el Destino Manifiesto de la nación norteamericana cobró renovados bríos al converger en ella las ideas de superioridad racial, el darwinismo y el milenarismo puritano: “no sólo el destino del hombre ya estaba determinado de antemano, sino que a nivel de nación se creía en la predestinación geográfica y en la inevitable y natural hegemonía continental de Estados Unidos” (Rodríguez Díaz, 2003: 70). Como sustento ideológico del imperialismo se fue generando toda una corriente intelectual y propagandista de las virtudes del pueblo estadounidense y de su capacidad redentora de los males que aquejaban a la región latinoamericana. Este nuevo frente, expresado ahora en el plano de las ideas (aunque no por ello sin una clara aplicación en la realidad concreta de la época) tuvo a su máximo representante en el oficial de la marina Alfred Thayer Mahan²², por otra parte iniciador, según el historiador J. B. Duroselle, de una “nueva era” caracterizada por el ascenso de los estrategas militares y de los intelectuales orgánicos del imperialismo (1965: 32).

El objetivo de Mahan no era otro que el de convertir a los Estados Unidos en una potencia regional, de clara influencia a nivel mundial. Teniendo en cuenta que para lograr esa finalidad era necesario desplazar a Gran Bretaña, el único país que a fines del siglo XIX todavía podía vencer a los Estados Unidos en capacidad comercial y en poderío bélico, recomendaba una acelerada política de desarrollo comercial, sustentada en la conquista de nuevas plazas coloniales a partir de la utilización de una importante flota naval. Como este comercio naval debía ser resguardo y defendido por una lógica militar expansionista, la construcción de una moderna armada se convertía así en un elemento de primerísima necesidad²³. El “mahanismo” supuso entonces una reacción radical con respecto a la tesis predominante desde el fin de la guerra civil estadounidense que, como una herencia tardía de las ideas napoleónicas, fundamentaba el eje del poder militar en el ejército de tierra. Por ello es que para Mahan el modelo a seguir no era Francia, si no la propia Inglaterra: de aquí que la clave de su concepción fuese el “poder marítimo” (Trías, 1972: 127). Consciente de que el creciente desarrollo de los Estados Unidos alteraría el tradicional esquema de equilibrio de poderes, el oficial de la Marina también se encargó de remarcar que el

²² Nacido en 1840 en la academia militar de West Point, donde su padre era un afamado catedrático y entusiasta admirador de Napoleón Bonaparte, Mahan ingresó a la Marina, donde hizo una carrera sin sobresaltos ni resplandores. Fue guardiamarina en 1856 y se retiró como capitán de navío en 1896. Diez años más tarde fue designado almirante de la reserva, falleciendo a fines de 1914. Su obra más importante fue su primer libro, *The influence of sea power upon history*, publicado en 1890. Además de éste, escribió otros trabajos, dedicados a la importancia del control marítimo durante la revolución francesa y el imperio napoleónico, una biografía del almirante Nelson, y más de 150 artículos.

²³ La prédica de Mahan produjo hechos tangibles pues a partir de la disputa por la posesión de las islas Samoa (entre 1889 y 1890), la política de Washington se orientó decididamente a la construcción de una poderosa flota de guerra. Así, si por entonces la marina de guerra de los Estados Unidos era la sexta en el mundo, para 1911 se convirtió en la primera (Trías, 1972: 129).

potencial militar, además de ser ofensivo en la búsqueda de nuevas colonias y áreas de influencia, debía también ser defensivo de la seguridad nacional norteamericana. De esta forma, “Estados Unidos requería prepararse para su supervivencia internacional y aplicar una política expansionista con fines defensivos, lo cual garantizaría su interés nacional” (Rodríguez Díaz, 2003: 61).

Como uno de los más relevantes intelectuales orgánicos del “jingoísmo” del Partido Republicano²⁴, Mahan predicaba la necesidad vital del expansionismo estadounidense como única vía para la conversión de esta nación en una auténtica potencia: la imperiosa necesidad de colocar en el exterior la inmensa y siempre creciente producción industrial de ese país obligaba, en última instancia, a abandonar la política de aislamiento que había caracterizado a los Estados Unidos desde 1823, año de la formulación de la Doctrina Monroe, para pasar a considerar seriamente una serie de medidas expansionistas, llevadas a cabo bajo guerras de conquista (en realidad, siempre consideradas como “defensivas”) bajo una glorificada e idealista carga ética (Martínez Díaz, s/a: 46). Aunque con una breve interrupción durante el gobierno de Wilson, el “mahanismo” se mantuvo vigente prácticamente hasta la década del '40 del siglo XX como la doctrina central del imperialismo estadounidense.

En la visión de Mahan (que a estas alturas también podemos definir como la visión del propio Estado norteamericano) el área de El Caribe recibía un tratamiento de suma importancia por su ubicación estratégica como fuente de recursos y muro de contención para la todavía débil potencia americana frente a los avances europeos que se harían sentir hasta bien entrado el siglo XX. Claro que la importancia de esta región, junto a la del golfo de México, fue todavía mayor luego de la guerra de 1898 que terminaría enfrentado a los Estados Unidos y a España por la independencia de Cuba. Desde este nuevo punto de vista, El Caribe se convertía en la “cabeza de puente” para la protección de las costas norteamericanas, sirviendo entonces con el doble propósito de ser un puesto de avanzada en la defensa del territorio estadounidense y en el ataque por la consecución de nuevos espacios para un mercado en constante desarrollo. Conjugando los aspectos comerciales y militares, hasta hacer converger a ambos en una única estrategia, Mahan planteaba también la necesidad del control sobre América Central, ya que su dominio aseguraba, al mismo tiempo, la posibilidad de profundizar su influencia en el Pacífico norte, influencia que era cada vez más profunda a partir de sus posesiones en las Filipinas, Hawaii y Samoa. Ambos océanos podían ser así vinculados dentro de un mismo espacio comercial y militar, aunque para ello, resultaba necesaria la construcción de un canal que atravesara al continente de este a oeste. Sin embargo, el oficial de la Marina era consciente de que la existencia de un canal interoceánico, al mismo tiempo que posibilitaba el despegue de los Estados Unidos, implicaba también un importante riesgo para su propia vulnerabilidad si no se robustecía su armada y si no se creaba toda una línea de fortificaciones defensivas a lo largo del mar Caribe. La barrera natural defensiva incluía, en primer lugar a Cuba²⁵, seguida de Puerto

²⁴ Bajo el nombre de “jingoísmo” se hacía referencia a una fuerte línea ultranacionalista y proimperialista presente en el Partido Republicano desde fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX.

²⁵ Con respecto a Cuba, en su trabajo *Lessons of the War with Spain and other Articles* (1899), Mahan daba cuenta de “la necesidad de apoderarse de ella y fortificarla para el uso del futuro canal y la defensa de la costa del Pacífico”. Sin embargo, en la Conferencia de Paz de La Haya de 1899, a la que concurrió como delegado norteamericano, el oficial no dudó en ningún momento en justificar la intervención de su país en la guerra de

Rico²⁶ y de Haití. Junto con ellas, otras islas de las Antillas menores ofrecían también un adecuado marco de protección que debía ser explotado para la propia supervivencia de los Estados Unidos como potencia regional.

Por último, Alfred T. Mahan también se convirtió en uno de los principales defensores de la soberanía estadounidense en Centroamérica y también en América del Sur, donde se buscaba desbancar al imperio británico en una región donde todavía éste gozaba de fuerte influencia. Los objetivos resultaban muy claros: construir y controlar un canal istmico y convertir al Caribe en un *Mare Nostrum*, restringiendo la presencia europea en el área²⁷. Ya sea por factores económico, por elementos de orden estratégico o simplemente, por una cuestión ideológico-política, lo cierto es que América Central cobró un valor significativo para Mahan y, junto con él, para los presidentes estadounidenses, sobre todo después de la guerra de 1898, en la que incluso se llegó a pensar que la seguridad de la potencia del norte dependía de su dominio sobre esta región. La construcción de un canal en el área no sólo aseguraría el poder norteamericano en esta porción del continente, sino que también posibilitaría un mayor acercamiento con el sur americano y, desde un punto de vista económico, un notorio incremento del tráfico mercantil entre ambos océanos y principalmente con China. Por otra parte, un control cada vez más efectivo sobre Centroamérica y el Mar Caribe posibilitaría, al mismo tiempo, una importante presión contra el libre desenvolvimiento de México, rico en recursos naturales como el petróleo. Así, la construcción de un canal en Panamá se revelaba entonces no tan sólo como una cuestión de relevancia comercial sino también, y vinculado con esto, como un factor de suma importancia para la preservación de la seguridad en los Estados Unidos. La búsqueda de un incremento de la actividad comercial por medio de una presencia militar cada vez mayor serían entonces los ejes a través de los cuales Washington se internaría en la región²⁸.

independencia de Cuba por medio de firmes valores morales y civilizatorios. Más allá de toda justificación, lo cierto es que con la apropiación de Cuba por parte de los Estados Unidos se cumplía con varios propósitos (además del hecho de sumar una nueva colonia al imperio) como el control del canal de Yucatán, del golfo de México y de los pasos de la Florida, junto con el dominio de las rutas comerciales del golfo de México y del Mississippi.

²⁶ Otro tanto ocurriría con Puerto Rico. Aunque también fue anexionada en 1898, en realidad la isla boricua giraba desde mucho antes en la órbita geoestratégica del imperio. En la disputa contra España por el dominio del mar Caribe, Puerto Rico aparecía como un factor de suma importancia ya sea por su ubicación geográfica, por su calidad de colonia española (con la que mantenía un estrecho vínculo comercial y económico) y porque en el caso concreto de una guerra, podía llegar a ser fundamental para la península ibérica como base militar de operaciones para una mejor defensa de sus dominios coloniales. En este sentido, los textos de Mahan refieren a la importancia económica, comercial, estratégica, política y militar que significarían para los Estados Unidos la apropiación de Puerto Rico que, por cierto, también estaría destinada a cumplir un papel de suma importancia al vigilar el acceso para el futuro canal centroamericano.

²⁷ En este sentido, y después de la Guerra de 1898, el capitán Mahan y otros oficiales propusieron el control militar de Guantánamo (Cuba), una base en la Isla Culebra (Puerto Rico), la bahía del Almirante y el lago Chiriquí (Centroamérica), la cesión de las Islas Galápagos, y la creación de bases navales en ambas costas oceánicas: en parte de Ecuador, en Chimbote (Perú) y en la bahía de Brasil.

²⁸ El dominio norteamericano en la región también se justificaba para Mahan en términos de su visión darwinista ya que los pobladores de Centroamérica no habían evolucionado a estadios superiores de desarrollo: “éstos se encuentran en posesión de estados y habitados por razas que todavía no son capaces de obtener ventajas de sus recursos naturales y lograr un autodesarrollo” (citado en Rodríguez Díaz, 2003: 141).

Pero la ideología ultranacionalista e imperialista predicada por Mahan no descollaría como un pensamiento ajeno a la realidad intelectual de la época. Muy por el contrario, este credo engazaría dentro de aquellas corrientes doctrinarias que colocaban a los Estados Unidos ante la disyuntiva de expandirse o de caer en una inevitable crisis. Afincado en el darwinismo social y en un pensamiento determinista y, por momentos, también fatalista, Mahan se convirtió en el eje en derredor del cual giraban otros ideólogos y “profetas” que, como él, también pertenecían a la “aristocracia de la marina”²⁹. Por otra parte, en esta confluencia de saberes cristianos, evolucionistas, racistas y, esencialmente, colonialistas, se destacaban otros pensadores, ideólogos o, sencillamente, propagandistas que, además de Mahan, confiaban en la inevitable superioridad mundial de la potencia del norte. Fue, por ejemplo, el caso del secretario general de la Alianza Evangélica Josiah Strong, quien en su libro *Our Country* (1885), de profundo impacto en la sociedad norteamericana de la época, predecía la formación de un gobierno imperialista bajo la égida anglosajona y cristiana, o el del filósofo e historiador John Fiske, autor de *Manifest Destiny* (1885) y seguidor de las ideas de Herbert Spencer, quien pensaba que los Estados Unidos conseguirían expandirse no gracias a su potencial bélico y económico, sino a su superior condición humana, situación que al mismo tiempo los convertía en responsables morales de aquellos pueblos inferiores (como los latinoamericanos) a ser conquistados. El historiador Frederick Jackson Turner supuso hacia 1893 que la causa de la debilidad relativa de los Estados Unidos tenía una raíz económica vinculada a un problema de falta de espacio territorial, por lo que esta nación se vería en la obligación de extender su frontera hacia otros confines³⁰. La firme creencia en los Estados Unidos como una potencia mundial adquiriría un status de dogma de fe también en otros “profetas” de la época como Henry Watterson, John Burgess, Charles Denby y Brooks Adams, quienes plantearon la inevitabilidad del expansionismo unido a una capacidad redentora, salvacionista de los más altos valores de la humanidad. Las guerras de conquista, tomadas entonces como un elemento natural, se convertían en el peor de los casos en un mal necesario y en un elemento consustancial a la evolución del imperialismo en la región: aun con todos los desastres que pudiera ocasionar en lo inmediato, el expansionismo era interpretado como la única garantía que a largo plazo podía asegurar la civilización y, por ende, la elevación cultural de pueblos atrasados y primitivos como los latinoamericanos...

Al mismo tiempo, el credo expansionista vertido por Mahan no dejaría de impactar en distintos hombres de Estado, quienes creerían firmemente en que los Estados Unidos debían convertirse pronto en un poder marítimo a nivel mundial gracias a la utilización de una marina de fuerte carácter ofensivo. En este sentido, y mientras que el senador por Indiana, Albert Beveridge, aseguraba que, por gracia divina, su patria era directamente responsable del destino de la humanidad (“el comercio mundial debe ser nuestro y lo será”), Henry Cabot Lodge, historiador y presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, dejaba en claro que si las grandes naciones estaban apropiándose de todos los “terrenos baldíos” del mundo, en un movimiento que contribuye “a la civilización y al avance de la raza, (y) siendo como es, una de las grandes naciones del mundo, Estados

²⁹ Sus seguidores más importantes eran los almirantes Stephen B. Luce y Henry Taylor; el profesor de la Academia Naval James R. Soley; y los Secretarios de la Marina Benjamin Tracy y Hilary Herbert.

³⁰ Así, según el pensamiento del profesor Jackson Turner, “para que el nuevo americanismo opere es preciso rebasar todo límite y prepararse para la afirmación externa del gobierno nacional y la expansión imperial” (citado en Rodríguez Díaz, 2003: 69).

Unidos no debe salirse de esa línea” (Zinn, 2005: 223). Por su parte, John Hay, quien fungiera como secretario de Estado bajo las presidencias de William McKinley y Theodore Roosevelt opinaba, basándose en postulados darwinistas, que cuando el expansionismo “llega a una región rica en posibilidades, pero improductiva debido a la incapacidad o negligencia de aquellos que la dirigen, la raza o sistema incompetente caerá, como la raza inferior siempre ha caído y desaparecido ante el ataque del superior”. Por último, tanto para McKinley como para Roosevelt las propuestas mahanianas revestían un contenido ideológico cuasi religioso, con sus ambiciones patrióticas por convertir a los Estados Unidos en una potencia global, más allá incluso de la esfera americana: de acuerdo con esto, y bajo una firme creencia en los mensajes de origen divino, el primero llegó a afirmar que la bandera estadounidense era la “esperanza de los oprimidos” en cualquier sitio del mundo, en tanto que el segundo confesó su deseo de “ver a los Estados Unidos como el poder dominante en los litorales del Océano Pacífico” (Rodríguez Díaz, 2003: 72-3).

El expansionismo, fundamentado en la idea del Destino Manifiesto, tal como si se tratara de un sino irrenunciable al que los Estados Unidos debían hacer frente a fin de convertirse en un verdadero *hegemón* imperial, se convirtió entonces en el elemento dinamizador por excelencia del progreso norteamericano. El proyecto imperialista, planteado en torno a la idea de la “*paz americana*”, supuso la concreción de un vasto complejo insular y continental que, teniendo como eje coordinador al comercio, asegurara mercados ultramarinos, preservara un flujo constante de mano de obra barata, convirtiera a las zonas de influencia en un complemento de la economía norteamericana, y lograra un control total de las vías de acceso del Atlántico al Pacífico.

El frente obrero

El establecimiento de la Confederación Obrera Panamericana (COPA) no tardaría en constituirse en un nuevo frente de combate para la LADLA, de tanta o más importancia que los anteriores porque en esta oportunidad la lucha debía dirimirse directamente en el territorio de la clase obrera, principalmente ante el peligro que para los Estados Unidos significaba el avance del comunismo en la región. Aunque los orígenes de la COPA hundan sus raíces en el contexto demarcado por el decurso de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Mexicana y la Revolución Rusa (Melgar Bao, 1988: 243), lo cierto es que para comprender cómo se instituyó, cuáles fueron sus principales características y, finalmente, cuáles las contradicciones que coadyuvaron a su disolución en 1930, resulta necesario analizar previamente el rol cumplido por la American Federation of Labor (AFL), la central sindical estadounidense que operó como principal inspiradora del nuevo proyecto imperialista.

La AFL fue fundada en 1881, aunque recién cinco años más tarde adoptó su denominación definitiva. Bajo el sempiterno liderazgo de Samuel Gompers³¹, para 1900 la AFL era la

³¹ Nacido en Londres en 1850, Samuel Gompers se trasladó junto con sus padres a Nueva York en busca de una mejor situación económica. Fue durante las grandes huelgas de 1873 que alcanzó reconocimiento como líder obrero desde su puesto de mando al frente del sindicato de los trabajadores cigarreros. Salvo en el breve

mayor federación de los Estados Unidos y, diez años más tarde, el 80% de los trabajadores sindicalizados pertenecían a la organización (es decir, casi dos millones de miembros). Sin embargo, y más allá de su exitosa política de masas, lo cierto es que la AFL no dejaba de ser un “sindicato exclusivo”, pues casi todos sus integrantes eran varones, blancos y trabajadores cualificados. Los trabajadores negros, que ganaban un tercio de lo que obtenían los blancos por las mismas tareas, estaban excluidos de la organización (Zinn, 2005: 244). Otro tanto ocurría con los trabajadores de origen mexicano, a los que no se les permitía su afiliación en los gremios que debían ser compuestos pura y exclusivamente por elementos de orden angloamericano. En todo caso, la AFL se encargaba de constituir débiles sindicatos afines que, como la Unión Obrera Federal, tenían la función de organizar a los trabajadores calificados y, a veces, también a los no calificados que quedaban excluidos de los sindicatos especializados de tipo tradicional (Arroyo *et al.*, 1978: 20-1). Para la AFL el segregacionismo resultaba una ideología práctica, pues monopolizando la oferta de los trabajadores varones, estadounidenses y cualificados podía obtener mejores condiciones laborales para ellos³². En este sentido, la AFL “rechazaba las metas utópicas y se concentraba en cuestiones de salarios, horarios y condiciones de trabajo, y en el reconocimiento de los sindicatos de los trabajadores calificados” (Gómez-Quiñones, 1978: 53)³³. Aunque por lo pronto mantuvo una posición política “neutral”, más tarde cambió de actitud y participó en las campañas para elegir representantes en el Congreso en 1906, y apoyó a los candidatos del Partido Demócrata para las elecciones de 1908, 1912 y 1916.

Seguramente no fue ajeno a este cambio la aparición de la organización que con más fuerza logró atacar los intereses de la AFL, la Industrial Workers of the World (IWW) que, fundada en 1905 e inspirada por dirigentes socialistas, anarquistas y sindicalistas radicales, propugnaba la realización un nuevo tipo de gremialismo, de “acción directa” y sin divisiones por sexo, raza o habilidades³⁴. Aunque el IWW nunca tuvo más de cinco o diez mil afiliados a la vez, lo cierto es que en sus diez primeros años de vida logró convertirse en una seria amenaza para la clase capitalista norteamericana. Ante esta circunstancia, no resultó extraño que el gobierno de Estados Unidos haya favorecido el crecimiento organizativo de la AFL, que se mostraba más conciliadora y “racional” en sus demandas que su par, la IWW, y con la que por lo tanto se podía llegar con más facilidad a los acuerdos propuestos por los patrones (de hecho, y desde su fundación en 1900, Gompers fungió también como vicepresidente de la Federación Nacional Cívica, cuyo objetivo principal consistió en mejorar las relaciones entre el capital y el trabajo). Fue así como surgió el “gomperismo” como una doctrina fundamentada en la conciliación de clases y,

período comprendido entre 1894 y 1895, Gompers permaneció como máximo dirigente de la AFL hasta su muerte (Cole, 1962: 249).

³² Sentando las bases de un modelo que pronto se impondría para gran parte de los sindicatos latinoamericanos, “los empleados de la AFL ganaban buenos sueldos, se codeaban con los patrones y hasta alternaban en la alta sociedad. Estaban a salvo de la crítica mediante asambleas estrechamente controladas, y por escuadrones de *gorilas* (matones a sueldo) que al principio se usaron contra los esquiroleros pero que al cabo de un tiempo sirvieron para intimidar y golpear a los oponentes dentro del sindicato” (Zinn, 2005: 244).

³³ Según William Haywood, otro dirigente obrero de la época, “el trabajador calificado explota actualmente a la mano de obra que está debajo de él (el no calificado), tal como lo hace el capitalista” (citado en Selser, 1984: 528).

³⁴ Las cuatro mil huelgas que hubo en 1904 en Estados Unidos pueden darnos una idea del conflictivo contexto en el que se produjo la fundación de la IWW un año más tarde.

por lo tanto, “desideologizada”, para la obtención de beneficios destinado al disfrute de ciertos grupos obreros privilegiados³⁵.

La nueva coyuntura creada por el fin de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, por el estallido revolucionario en Rusia y por la profundización de la Revolución Mexicana (que, como se verá más adelante, llegó a amenazar los intereses de los capitalistas y terratenientes, muchos de ellos de origen estadounidense) brindó una clara y definitiva posibilidad para la proyección internacional del “gomperismo”, articulada siempre, aunque a veces de manera no demasiado evidente, con la política exterior de Washington³⁶. El frustrado intento por parte de Gompers por hacerse con la dirección de la Federación Internacional de Sindicatos (hegemonizada desde un principio por los socialistas alemanes) y el creciente sentimiento antinorteamericano y comunizante manifestado por el ascendente movimiento obrero latinoamericano, finalmente dieron a la AFL la posibilidad por hacer algo útil a su patria más allá de las fronteras de su propio país. Además, el momento era el más propicio, sobre todo, si tenemos en cuenta que el acelerado crecimiento de los monopolios empresariales y de los sindicatos de los trabajadores no cualificados de la industria señalaba el comienzo de una lenta pero inexorable decadencia de la AFL prácticamente como única conductora de las masas obreras norteamericanas (Hodgers, 1984: 489-90). Por último, algunos gestos o acciones emprendidas por la AFL con anterioridad y en solidaridad con algunos sindicatos latinoamericanos podían, de hecho, facilitar un acercamiento entre las organizaciones en vista de la creación de una central continental de trabajadores³⁷.

En 1916, los representantes de distintos gremios mexicanos (la Casa del Obrero Mundial-COM, la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal, la Confederación del Trabajo de la Región Mexicana de Veracruz, y algunos sindicatos de Yucatán) se reunieron con la AFL en Washington con la intención de formar una federación que coordinase a las organizaciones de ambos países, en lo que se propuso como un primer intento de unidad sindical a nivel continental (Godio, 1983: 152)³⁸. Sin embargo, las gestiones panamericanas se vieron comprometidas en 1917 tanto por la fuerte represión contra la COM, que decretó su virtual extinción al mismo tiempo que restó a la AFL de su interlocutor más importante en México, como por la fuerte campaña de apoyo en favor de los Estados Unidos en el

³⁵ “El gomperismo no se propone, en modo alguno, transformar la sociedad, tornarla más limpia y justa: se aviene a su papel colateral en el *establishment*, colabora con él aunque aparente una oposición obcecada, que sólo se traducirá en objetivos restringidos, tales como mejoras en las condiciones de trabajo o una mayor paga de salarios. No cuestiona la institución del salario mismo ni objeta a la sociedad como injusta o arbitraria. Por el contrario, se aviene a ella con el argumento de que brega por un ‘sindicalismo puro y simple’, sin contaminaciones políticas o ideológicas” (Selser, 1984: 530).

³⁶ Por ejemplo, a partir del Consejo de Defensa Nacional de los Estados Unidos, desde donde Gompers, como uno de sus miembros más destacados, realizó una importante labor de propaganda a favor de la intervención de su país en la conflagración bélica europea.

³⁷ Entre estas acciones se cuentan la condena de la central norteamericana a la apropiación de Cuba y Puerto Rico por parte de los Estados Unidos en 1898, la afiliación en 1901 de las organizaciones sindicales portorriqueñas y, en respuesta al creciente predicamento de la IWW al sur del Río Bravo, el apoyo a los movimientos políticos antiporfiristas en México y, más tarde, el acercamiento a la Casa del Obrero Mundial y la defensa del gobierno de Carranza a partir de 1915 (Melgar Bao, 1988: 245-6)

³⁸ En dicha oportunidad, y para dar muestras de su voluntad de acercamiento con las organizaciones latinoamericanas, Gompers aceptó la propuesta de condena contra la Expedición Pershing, que invadió territorio mexicano en 1916 en búsqueda del líder revolucionario Pancho Villa.

momento de su entrada a la Gran Guerra, lo que contribuyó a corroer la credibilidad de Samuel Gompers, generando así escepticismo o directamente rechazo en gran cantidad de dirigentes y organizaciones laborales deseosas de conservar su neutralidad ante el conflicto. Hubo entonces que esperar un año más, con la fundación de la Confederación Regional Obrero Mexicana (CROM) el 1° de Mayo, para que finalmente pudiera retomarse el proyecto expansionista basado en el “sindicalismo amarillo”.

La reunión constitutiva de la COPA finalmente tuvo lugar en noviembre de 1918 en la población fronteriza mexicana de Nuevo Laredo, en el estado de Tamaulipas. Además de la asistencia de los delegados de la AFL y de la CROM (encabezada por su máximo dirigente, Luis Morones) también estuvieron presentes la Federación de Sindicatos del Distrito Federal, junto con representantes de Colombia, Costa Rica, Guatemala y El Salvador. Pero lo cierto fue que de los 72 enviados, la mayoría correspondió a los Estados Unidos (45) y a México (21): tan sólo 6 representantes provinieron de los restantes países. Esta proporción numérica no solo corroboró la cuestión de los limitados alcances geográficos de la convocatoria, sino que además marcó de manera decisiva la preponderancia de la representación norteamericana en una tendencia que, por otra parte, se iría consolidando con el correr del tiempo. Asimismo, fue posible observar la injerencia del gobierno norteamericano desde un primer momento: no sólo el congreso fundacional de la COPA fue financiado por Woodrow Wilson, quien lo inscribió en los marcos de la “propaganda de guerra”, sino que contó además con la presencia del propio Secretario de Trabajo estadounidense (junto con su par mexicano). Por otra parte, los sindicatos y centrales de trabajadores que participaron de la COPA se caracterizaron, más allá de las críticas que pudieran efectuar a la política estadounidense en la región, por su credo reformista y sus prácticas conciliatorias con los distintos gobiernos de los países latinoamericanos y con el monroísmo obrero predicado desde Washington. En este sentido, la estrategia de la AFL y, subsidiariamente, también la de la CROM fue la de contar con sindicatos adictos a sus prácticas e ideología y, consecuentemente, refractarios al avance del comunismo en América Latina³⁹.

El programa finalmente adoptado en esta reunión fundacional fijaba, junto con “el establecimiento de mejores condiciones de vida a favor de los trabajadores que emigran de un país a otro, la utilización de todos los *medios legales y honorables* con vistas a cultivar las relaciones más favorables y amistosas entre los movimientos obreros y los pueblos de las repúblicas americanas (y) la utilización de todos los *medios legales y honorables* para proteger y hacer avanzar los derechos, los intereses y el bienestar de los pueblos de las repúblicas americanas” (citado en Del Rosal, 1963: 380; las cursivas son mías). En esta misma línea, se intentaba recrear un movimiento sindical internacional apolítico, pero definido en pro de la democracia representativa. La aceptación de formas respetuosas de la ley y de los poderes establecidos en los métodos de protestas y en los reclamos gremiales, sin “contaminaciones ideológicas” de ninguna índole, era en definitiva la línea que hasta entonces había mantenido la AFL en los Estados Unidos, pero su intento de irradiación en

³⁹ Además de la AFL y de la CROM, algunas de las organizaciones gremiales que participaron de la COPA fueron las Federaciones Obreras de Panamá, Honduras y Guatemala, la Confederación de Trabajadores de Cuba y la Unión Obrera Venezolana.

la nueva geografía latinoamericana, en momentos en que se manifestaba una creciente conflictividad social, iría a limitar seriamente las posibilidades expansivas de la COPA.

Pese al buen entendimiento entre mexicanos y estadounidenses, no dejaron de producirse algunos choques, por ejemplo, con relación a la discriminación sufrida por los trabajadores chicanos por parte de la AFL y a las persecuciones contra los militantes de la IWW, opuestos a la guerra y a los métodos conciliatorios promovidos por Gompers⁴⁰. Así y todo, el dirigente norteamericano logró que, fuera de agenda, se aprobaran algunas medidas que, más que favorecer al conjunto del movimiento obrero continental, lo que hacían era reafirmar la política internacional del presidente Wilson (por ejemplo, respecto al Tratado de Versalles, a la Liga de las Naciones y a la doctrina de la autodeterminación de las naciones). Una vez establecida esta base, los sucesivos congresos de la COPA se ocuparían de reafirmar este alineamiento internacional panamericano promovido por los Estados Unidos.

Fue durante el segundo congreso de la COPA, celebrado en julio de 1919 en Nueva York, que las verdaderas y ocultas intenciones de la organización finalmente quedarían expuestas. Si bien el número de países participantes había sufrido un notorio incremento con respecto al anterior congreso⁴¹, el hecho de que en total no fueran más que 25 delegados y que varios de ellos representaran a sindicatos sin una real existencia, relativizaron seriamente los resultados de la convocatoria. Y aunque el temario se compuso de varios puntos, la cuestión que sin lugar a dudas generó debates más encrespados fue con respecto a la situación de los chicanos en los Estados Unidos. En este sentido, y contradiciendo los acuerdos alcanzados un año antes en Laredo, la AFL se pronunció en contra de la protección legal y de la organización sindical de los inmigrantes mexicanos en Norteamérica, declarándose incluso en favor de la política gubernamental de control migratorio en la frontera con México⁴².

El tercer congreso de la COPA, celebrado en México en 1921, fue el que de hecho impuso la agenda antiimperialista en el centro del debate. Con la total ausencia de representantes del Cono Sur, el congreso se tuvo que restringir a la situación de los trabajadores en América del Norte, Centroamérica y El Caribe. A la protesta contra la decisión de los Estados Unidos, y el apoyo de la AFL, de prohibir la entrada al país a los trabajadores indocumentados mexicanos (lo que, por otra parte, reavivó la desconfianza de la CROM frente a sus pares del norte), se le sumó esta vez el repudio total a las intervenciones diplomáticas y norteamericanas del gobierno norteamericano en América Central, y particularmente en República Dominicana, que Gompers se vio en la obligación de aceptar en la necesidad de mantener la unidad de la COPA y de consensuar una serie de propuestas

⁴⁰ Con respecto a este punto, y como defensa, Gompers aseguraba que “a los *bolcheviques de América* (calificando de este modo a los militantes de la IWW), al ser detenidos, se les daba un justo tratamiento legal” (citado en Melgar Bao, 1988: 250).

⁴¹ Pues a éste concurrieron delegados de los Estados Unidos, México, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras, Perú, Ecuador, República Dominicana, Costa Rica, Chile y Argentina.

⁴² Frente a las oportunas críticas formuladas por la delegación mexicana, Gompers se defendió señalando que “el nivel de vida de los obreros americanos debería ser defendido en contra, naturalmente, de los intereses de las masas de inmigrantes que invaden a los Estados Unidos” (citado en Del Rosal, 1963: 382). Por otra parte, y como respuesta a esta verdadera afrenta, la delegación de la CROM se negó a suscribir el pedido de apoyo al Tratado de Versalles solicitado por Samuel Gompers.

beneficiosas para la política exterior de la AFL y del propio presidente Wilson⁴³. Por último, la aceptación de diversas medidas de tipo reivindicativo como la lucha por la jornada laboral de ocho horas, la creación de almacenes cooperativos, la implementación de programas de educación laboral, etc., se resolvieron en general a favor de las tesis conservadoras de la AFL.

Las tendencias imperialistas presentes en la COPA se harían cada vez más notorias en sus siguientes congresos, los que ya en esta etapa serían atacados directamente por la Liga Antiimperialista. En efecto, en la asamblea nacional de la AFL reunida en 1924 el dirigente Mathew Walon se refirió explícitamente a la “Doctrina Obrera Monroe”, la que fue reafirmada públicamente al siguiente año por el presidente de la central norteamericana y recomendada en su aplicación para con el movimiento obrero latinoamericano (Rivera Castro, 1996: 68)⁴⁴. Desde el IV° congreso de la COPA, reunido en México a fines de 1924, el “monroísmo obrero” se fue imponiendo de manera cada vez más decisiva como una forma de control de las fuerzas revolucionarias y de apoyo a las políticas internacionales de Washington. El deceso del líder de la AFL, Samuel Gompers, producido poco tiempo después del cierre del IV° congreso, no tardaría en afectar las relaciones con la CROM y el mantenimiento de la COPA. Aunque su sucesor, William Green, trató de mantener la unidad y la orientación “monroísta obrera” que había caracterizado a la Confederación desde tiempo atrás, lo cierto es que resultó en cierta manera inevitable que se agudizaran los enfrentamientos con los representantes latinoamericanos a la par del agravamiento de las medidas imperialistas sustentadas por los Estados Unidos.

El V° Congreso de la COPA, reunido en Washington en julio de 1927, además de contar con la presencia de los delegados del país anfitrión, sumó a aquellos provenientes de México, Panamá, Venezuela, Honduras, Guatemala, República Dominicana, Nicaragua, Perú, Cuba, Puerto Rico y Colombia. El encuentro se caracterizó, como ningún otro, por las denuncias contra el agresivo intervencionismo económico, militar y diplomático de los Estados Unidos en la región. En efecto, el Comité de Resoluciones del Congreso tuvo una ardua labor para atemperar las propuestas antiimperialistas formuladas por las delegaciones latinoamericanas, que iban desde el pedido por un mejor trato a los trabajadores panameños en la zona del Canal y por el fin de la discriminación contra los empleados cubanos en las empresas norteamericanas radicadas en la Isla, hasta el repudio a la tiranía antiobrera por parte de Juan V. Gómez en Venezuela y la solicitud de que se redactase lo antes posible una legislación laboral pertinente para Puerto Rico. La invasión a Nicaragua concitó toda la atención del encuentro, a punto tal que su propuesta de repudio figuró al tope en el orden de

⁴³ Como presidente de la COPA, Samuel Gompers prometió asumir una actitud de “defensa de la independencia y la autonomía de todos los países latinoamericanos” (citado en Godio, 1983: 155), aunque no pasó del envío de una misión que limitó su tarea a elaborar un plan de reformas sociales para los trabajadores dominicanos, particularmente a los organizados en el sector portuario (que había enviado a sus representantes a este congreso de la COPA). Lo concreto es que la delegación especial no adoptó ninguna actitud, ni contra la ocupación extranjera ni contra la denuncia de explotación de los obreros por parte de las compañías azucareras extranjeras que se disputaban la economía del país (Godio, 1983: 155-6).

⁴⁴ Al respecto, en 1926 la Confederación Obrera Argentina (COA), de orientación socialdemócrata, se negó a afiliarse a la COPA bajo el argumento de que “el movimiento obrero llamado panamericano es una de las agencias que sirven al Departamento de Estado americano para extender su influencia” (Godio, 1983: 156).

resoluciones⁴⁵. Por otro lado, la delegación estadounidense debió hacer frente a las críticas de los mexicanos formuladas como respuesta ante las ofensivas declaraciones del Secretario de Estado Kellogg en torno a la supuesta infiltración comunista al sur del Río Bravo, a las cuestiones del contrabando de armas y a los siempre vigentes conflictos migratorios. Sin embargo, fue la centralidad de la Doctrina Monroe el punto que más debate generó: frente a las distintas voces de condena, finalmente el monroísmo fue defendido y ratificado por la AFL y sus aliados como doctrina guía de la COPA. Seriamente dañada en su credibilidad, la demanda ejercida por la AFL para que Washington intercediera ante el gobierno cubano apoyando los reclamos financieros de los ciudadanos norteamericanos afectados por la crisis financiera mundial, revelada poco antes de iniciado el VI° encuentro de la COPA en La Habana en 1930, causó una dura reacción de condena por parte de la delegación cubana y otras centrales sindicales, sellando así el destino de la Confederación y acelerando su pronta disolución⁴⁶.

Más allá de su retórica obrerista e incluso por momentos antiimperialista, lo cierto es que las actividades de la COPA en América Latina “favorecieron los proyectos de los capitalistas norteamericanos, ayudaron a proporcionar seguridad a sus inversiones, a penetrar en áreas dominadas por los europeos, a fortalecer gobiernos adictos al Departamento de Estado, a disminuir el peso del sindicalismo revolucionario y a desarrollar toda una corriente reformista y de colaboración de clases a través de distintas centrales obreras del continente” (Rivera Castro, 1996: 67). Los resultados globales de la COPA como cruzada contra las fuerzas comunistas y como instrumento del imperialismo norteamericano en el movimiento obrero de la región no fueron menores, pues además de dividirlo y de disminuir el crecimiento de sus fuerzas revolucionarias, intentó restringir la participación de los trabajadores en las filas de la Comintern, pretendiendo demagógicamente hacer coincidir los intereses obreros con los de la política norteamericana. Como se apreciará más en detalle a partir del siguiente capítulo, la creación de la Liga Antiimperialista de las Américas en diciembre de 1924 no fue un hecho aislado de esta nueva estrategia expansionista por parte de los Estados Unidos.

⁴⁵ Sin embargo, que la masacre que motivó la condena se debiera a “la alianza entre el imperialismo americano y el nicaragüense”, tal como finalmente lo expuso Green, nos refiere el grado de caricaturización al que se había llegado en la relación entre ambos países (Melgar Bao, 1988: 255-6).

⁴⁶ En 1940, durante un congreso de la AFL en Nueva Orleans, fracasó un nuevo intento por reorganizarla.

TERCERA PARTE

ORÍGENES DEL COMUNISMO LATINOAMERICANO Y ANTECEDENTES DE LA LADLA

MÉXICO

Los inicios del movimiento comunista: marchas y contramarchas

El surgimiento de la corriente comunista en México puede ser ubicado hacia 1919 cuando, bajo los efectos de la Revolución y de la crisis del gobierno constitucional de Venustiano Carranza, en la capital del país tuvo lugar un congreso del Partido Socialista entre el 25 de agosto y el 4 septiembre. Fueron el crecimiento de la movilización de masas, particularmente desde 1917, y la integración de un activo grupo de emigrados norteamericanos en el Partido, los principales factores que incidieron a la hora de promover este nuevo encuentro de los socialistas, interesados como estaban en adecuar el Partido al nuevo contexto social y político que comenzaba a definirse en el país¹.

El contexto en que comenzó darse esta reagrupación de las tendencias socialistas y revolucionarias era ciertamente propicio. No sólo el clima político y social en México no estaba aquietado sino que además se hacían sentir de manera plena las presiones provenientes de los Estados Unidos opuestas a los valores presentes en la Constitución de 1917 y a las expropiaciones que fueron efectuadas a partir de la consagración de su famoso artículo 27. La cuestión del “imperialismo” era, entonces, de vital actualidad. Así, desde 1918, los inversionistas norteamericanos afectados crearon un Comité Internacional de Banqueros que, articulado con la también flamante Asociación de Productores de Petróleo en México, buscó defender sus intereses en México y de paso impedirle al Presidente Carranza el acceso a créditos provenientes de los Estados Unidos o de Europa². Dicho Comité no dudó incluso en acercarse a Woodrow Wilson en búsqueda de un castigo ejemplar contra la nación mexicana aunque en este caso, el Presidente norteamericano, más interesado en la problemática europea de la posguerra, optó por delegar el caso en el Departamento de Estado, el que al fin y al cabo también actuaría de acuerdo con los intereses de los grandes empresarios. A lo largo de 1919 se hizo sentir una fuerte y amenazante presión contra el gobierno mexicano proponiendo la anulación del controversial artículo 27 como garante para una coexistencia pacífica entre ambos países. Bajo estas circunstancias, y pese a lo exiguo del movimiento comunista en ambos países, no tardaría pues en surgir una fuerte campaña publicitaria

¹ La convocatoria para la realización del Congreso, publicada en marzo de 1919, llevaba la firma de algunos de los principales dirigentes obreros de la época, como eran los casos de Adolfo Santibáñez (uno de los fundadores del PSM en 1911 y miembro de la Casa del Obrero Mundial), Francisco Cervantes López (creador, junto a varios compañeros más, del “Grupo Marxista Rojo”), Timoteo García (militante de la Casa del Obrero Mundial y, luego, uno de los organizadores de la Federación de Sindicatos Obreros del DF).

² La mala imagen generada por la prensa norteamericana hacia el presidente mexicano llevó a éste a querer contrarrestarla por medio de la publicación en 1919 de su tratado *La Doctrina Carranza y el acercamiento indolatino* que circuló, sobre todo, entre la población hispana de los Estados Unidos. Concebido como la antítesis de la Doctrina Monroe, el gobierno de Carranza condenó la política exterior de los Estados Unidos en el hemisferio por buscar el sojuzgamiento de los países latinoamericanos, a los que el presidente mexicano exhortó a cerrar filas para mejorar su posición política (Spencer, 1998: 79).

que se encargó de señalar la presencia del “fantasma” bolchevique en México, con importantes ramificaciones en los Estados Unidos, acción propagandística que finalmente terminaría debilitando al propio presidente Carranza (Spencer, 1998: 29-30)³.

Con el plan original de dar cabida a las más heterogéneas corrientes del movimiento de los trabajadores, los organizadores del Congreso extendieron su invitación a todos los partidos socialistas existentes en el país, así como también a sindicatos, ligas de resistencia y publicaciones obreras y radicales. Tratando de evitar la recaída en las posiciones anarquistas que había predominado en los anteriores encuentros de trabajadores, en esta oportunidad, el comité organizador esperó que “las agrupaciones de obreros sindicalistas y socialistas concurrirán a este congreso porque va a tratarse de su porvenir, hoy que las ideas socialistas las están llevando a la práctica los *bolsheviks* rusos, los comunistas húngaros y los espartacos alemanes” (revista *Nueva Civilización*, 27, citado en Martínez Verdugo 1985: 22).

Sin estar puramente restringido a aquellos dirigentes solidarios con la experiencia rusa, el congreso se caracterizó por la presencia de dirigentes provenientes de las más disímiles corrientes obreras de la época. De este modo, y junto con socialistas revolucionarios de orientación marxista como José Allen, Eduardo Camacho (del Grupo de Jóvenes Socialistas Rojos), el estadounidense Charles Phillips (mejor conocido, más tarde, bajo su seudónimo “Manuel Gómez”), el hindú Manabendranath Roy⁴ y su esposa Elena Trent, compartieron también las sesiones de discusión Jacinto Huitrón, el más conocido referente del anarcosindicalismo, y Luis N. Morones, principal líder de la Confederación Regional Obrera Mexicana y del Partido Laborista Mexicano, cuya aceptación para participar en el Congreso derivaría en un fuerte enfrentamiento interno, por lo que finalmente optaría por el retiro una vez que se hiciera manifiesto el giro proruso de la mayoría de los representantes, acentuándose en cambio su cercanía cada vez mayor con el régimen gobernante de Álvaro Obregón y, posteriormente, Plutarco E. Calles⁵. Por otra parte, concurrieron a sus sesiones quienes poco después encabezarían

³ La Revolución Mexicana tuvo un impacto que, más allá de sus fronteras, condujo también a graves problemas y hasta a enfrentamientos directos con los vecinos del norte. En este sentido, a partir de la Primera Guerra Mundial pero sobre todo después del estallido de la revolución en Rusia, la élite política y económica norteamericana “consideró las aspiraciones de las naciones no desarrolladas a controlar sus destinos como inspiraciones bolcheviques dañinas a sus propios intereses (por lo que) los interesados en presentar a México como una amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos no tuvieron empacho en fabricarlo” (Spencer, 1998: 21). De acuerdo con esta interpretación, el nacionalismo económico mexicano consagrado en la Constitución de 1917 contravenía los preceptos del capitalismo liberal, provocando de este modo el caos y la subversión en su territorio.

⁴ Conocido como M. N. Roy, se trataba de un nacionalista hindú cuya principal misión hacia 1915 había sido la de conseguir dineros y armas alemanas con la intención de llevarlas a la India de contrabando para el combate contra la ocupación británica. Con esta finalidad recorrió Batavia, Malasia, Hong Kong, Filipinas, Corea, Japón y China, tomando participación en la revolución iniciada en este último país junto al líder socialista Sun Yat Sen. Perseguido por los ingleses, Roy cruzó el Pacífico y encontró un provisorio refugio en los Estados Unidos. Sin embargo, al entrar en la Primera Guerra Mundial en 1917, y luego de sufrir un arresto en Nueva York, Roy debió huir a México debido a sus contactos con Alemania. Una vez en el Distrito Federal, el cuadro hindú tomó contacto con las distintas organizaciones izquierdistas y trabó una fuerte amistad con el emigrado de origen estadounidense Charles Phillips.

⁵ El Partido Laborista Mexicano era el órgano político de la CROM y había sido fundado en 1919, precedido por el Partido Socialista Obrero. Su doctrina se basaba en la “acción múltiple” y un fuerte compromiso con la política, justamente, para diferenciarse de la “acción directa” y del apoliticismo de los anarcosindicalistas. A los pocos años de ser creado alcanzó una gran representatividad a lo largo de todo el país y se convirtió en la principal base de apoyo del régimen gobernante: algunos de sus dirigentes

la principal organización rival de los comunistas: el norteamericano Linn A. E. Gale y el filipino Fulgencio C. Luna, ambos delegados del *Gale's Magazine*. Por último también participaron representantes de diversos partidos socialistas y sindicatos del país, como aquellos provenientes de Michoacán, Puebla y Zacatecas.

La amplitud de la convocatoria (concebida al mismo tiempo como una virtud de los organizadores, quienes de ese modo evitaron incurrir en posiciones sectarias) no tardaría en constituirse, sin embargo, en una real dificultad para la marcha de los debates y el arribo a declaraciones de conjunto. Por otra parte, tampoco contribuyeron a la búsqueda de la unidad las divisiones que comenzaban a aflorar entre los delegados obreros con respecto a las relaciones internacionales que el Partido Socialista debían mantener, tironeado ahora entre su antigua fidelidad a la Internacional Socialdemócrata, que pretendía volver a reagruparse luego de la Primera Guerra Mundial, y la novedosa adscripción a la Comintern, recientemente constituida. Así, y pese a que en la convocatoria del Congreso, fechada en el mes de marzo, se promovía la participación de los socialistas mexicanos en el encuentro socialdemócrata a ser llevado a cabo en Ginebra en julio de 1920, fue hacia Moscú a donde finalmente se dirigió la mirada de la mayoría de los representantes⁶.

El punto que mayor debate generó a lo largo de las sesiones fue aquél relacionado con la participación política. El todavía considerable peso ideológico mantenido por los anarcosindicalistas planteaba la oposición a toda lucha política, aun cuando se admitiese la participación en las campañas electorales únicamente como forma de difusión de doctrinas y programas, posibilitando así a cada partido socialista regional el desarrollo de una práctica electoral de acuerdo a su propia conveniencia⁷. Con todo, el mayor logro obtenido por el Congreso fue la constitución de una única organización socialista a nivel de toda la república, el Partido Nacional Socialista de México (también conocido como “Partido Socialista Mexicano” y “Partido Socialista de México”), originalmente constituido por los 22 delegados que aceptaron la Declaración de Principios del “socialismo revolucionario” y su Programa de Acción, y con el norteamericano José Allen designado como secretario general de su comité ejecutivo provisional⁸.

incluso formaron parte del gabinete callista. Su crisis se dio a partir de 1927 básicamente a raíz de sus mecanismos corrompidos y su oposición al retorno de Obregón al poder: el asesinato de éste al siguiente año, y la acusación efectuada a los dirigentes laboristas como responsables del crimen anunciaron la extinción del partido (Rivera Castro, 1996).

⁶ M. N. Roy recordaba en sus memorias su conversión al comunismo: “Los bolcheviques acababan de tomar el poder en Rusia y un leve eco de la revolución llegó a través del Atlántico. Todos los socialistas de izquierda estaban en un estado de ánimo exuberante y vivían en una atmósfera sobrecargada de grandes expectativas. Todos eran potencialmente comunistas. Yo fui absorbido por esa atmósfera electrificante. En mi caso no se trataba sólo de una elevación de la temperatura revolucionaria. Representaba un cambio en mi evolución política: un repentino salto del nacionalismo recalcitrante al comunismo” (citado en Martínez Verdugo, 1985: 23).

⁷ El abstencionismo electoral se convertiría en una de las mayores rémoras del PCM. Como se verá más adelante, fue recién en 1924 que el Partido decidió dejar de lado este elemento ideológico proveniente del anarquismo para entrar de lleno en las contiendas políticas y electorales.

⁸ El papel jugado por Allen, un mecánico de la fábrica de armas y municiones estatal norteamericana, en los años formativos del movimiento comunista mexicano no dejaría de ser ampliamente controversial, ya que existiría evidencia de los informes que éste enviaba a la embajada de su país cuando era secretario general del Partido, hacia 1920 (Spencer, 1998: 34). La misma opinión es sostenida por otros historiados como Barry Carr, Paco Ignacio Taibo II, etc. a raíz de la detención de Allen en 1921 y el cablegrama emitido por el Departamento de Estado norteamericano expresando su preocupación por la detención de este “agente secreto”. Una visión opuesta es la sostenida por Arnoldo Martínez Verdugo, partidario de

Al mismo tiempo, era también un hecho la consolidación del grupo interno que más influencia ejercería en los primeros años del comunismo mexicano, aquel conformado por M. N. Roy, José Allen, Manuel Díaz Ramírez y el futuro dirigente de la Liga Antiimperialista, Manuel Gómez. La llegada del enviado soviético y cuadro cominternista, Mijail Borodin a mediados de 1919, no haría sino terminar de consolidar el poder de este grupo interno⁹. Si bien este representante de la Rusia bolchevique, con una amplia experiencia política en China, había arribado a México con el objetivo de establecer relaciones diplomáticas y comerciales con el gobierno de Venustiano Carranza¹⁰, su labor entre los socialistas al parecer fue fundamental para lograr la conversión de estos en comunistas y para lograr su acercamiento con Moscú y con la Comintern¹¹. En efecto, fue la asamblea de miembros del PSM en el Distrito Federal, llevada a cabo el 24 de noviembre de 1919, la que decidió así su adhesión al Manifiesto de la Internacional Comunista, ratificando en la dirección del nuevo Partido Comunista de México a José Allen y designando como sus representantes para asistir al segundo congreso de la Internacional Comunista a Manuel Gómez y a M. N. Roy. Una última consecuencia del viaje de Borodin a México fue el establecimiento del Buró Latinoamericano de la Internacional Comunista, que si bien tuvo una vida efímera, se convirtió en el primer intento por construir una organización solidaria con Moscú que trascendiera los límites políticos de las naciones latinoamericanas y, por lo tanto, en un

considerar esta documentación como un intento por generar confusión en las filas del comunismo mexicano por medio del cuestionamiento de uno de los principales líderes de su primera época (1985: 48-51). Ver también JEIFETS *et al.* (2004: 33-4).

⁹ Borodin llegó al Nuevo Mundo con la doble finalidad de apoyar económicamente la misión comercial soviética establecida en Nueva York en 1918 y para organizar y financiar partidos comunistas en América Latina, tomando a México como centro de sus actividades. Por otra parte, el viaje de este cuadro soviético también resulta suficientemente ilustrativo acerca de la vigilancia a la que eran sometidos los enviados cominternistas, así como también sobre la habilidad de estos para evadirla en todo momento. Así, cuando Borodin llegó a Nueva York en la primavera de 1919 en ruta hacia México, su identidad fue descubierta por la Oficina de Investigación (antecedente directo del FBI). Seguido tenazmente por un grupo de espías, Borodin sin embargo consiguió escabullirse y cruzar la frontera sur en julio o agosto de 1919. Los espías de México tampoco consiguieron atraparlo en todo el tiempo que éste estuvo trabajando en el país hasta su partida a fines de 1919 (Spencer, 1998: 34). Por último, y según el relato de Manuel Gómez, Borodin se vincularía a los socialistas mexicanos y particularmente a Roy por medio de los redactores de la página en inglés del periódico *El Herald de México*, uno de cuyos responsables era el propio Gómez.

¹⁰ Mientras que todavía no establecía relaciones con la Unión Soviética, V. Carranza “mostró un grado asombroso de tolerancia por los recién establecidos partidos comunistas en México”. Para el presidente, de fuerte vocación nacionalista y que siempre había buscado la manera de contraponer el poder estadounidense, “permitir que los comunistas actuaran en México mientras que permanecían extremadamente débiles era una manera de ganarse la reputación radical a un mínimo costo” (Friedrich Katz en Spencer, 1998: 9-10). Aunque sin comprometer su gobierno en una política pro soviética, Carranza mantuvo entrevistas con Roy y con Borodin. Según el investigador Alexandr Sizonenco, al no haber relaciones diplomáticas ya establecidas, el encuentro entre el enviado de Moscú y el presidente mexicano tuvo lugar en una comida preparada para la ocasión, en la que también estuvieron presentes el presidente de la Cámara de Diputados, el Secretario de Relaciones Exteriores y el rector de la universidad capitalina, el Dr. Alfonso Caso. En dicho encuentro, Borodin le habría expresado el apoyo soviético a México y a todos los países latinoamericanos en su común lucha contra el imperialismo, en tanto que Carranza le solicitó que le transmitiera sus mejores votos al presidente ruso, V. Lenin, en lo que podía ser considerado como un reconocimiento implícito al nuevo régimen revolucionario (Sizonenco, 1991: 18-9).

¹¹ Esto, pese a que en un principio la nueva organización rechazó adoptar la denominación de “Partido Comunista”, aparentemente, como una concesión para que el gobierno de Carranza no impidiera sus actividades.

primer precedente de entidades como la Liga Antiimperialista¹². Pero la creación del PCM y la designación de su dirección y de su representación ante la Comintern no tardó en catalizar el alejamiento de dos facciones que, aliadas la mayor parte de las veces, se ocuparon de rivalizar con los comunistas y de intentar que Moscú finalmente revirtiera su reconocimiento¹³. Con todo, el éxito inicial de su misión en México hizo creer a Borodin que finalmente se habían dado los primeros pasos de la promisoriosa revolución latinoamericana (Spencer, 1998: 60)¹⁴.

Al finalizar el año, y debido al traslado de sus principales dirigentes a otros destinos, finalmente se produjo la disolución del núcleo inicial del PCM: acompañado por Manuel Gómez, quien gracias a sus conocimientos de inglés y de español había oficiado como traductor, se concretó el retorno de Borodin a Rusia, no sin que antes pasaran por Cuba y por España, contribuyendo a la creación de células comunistas en dichos países. También Roy, su esposa y Manuel Díaz Ramírez viajaron a Moscú vía Berlín: una vez en la URSS, el cuadro hindú, junto con Gómez, participaron como delegados mexicanos en el segundo congreso de la Comintern siendo, de hecho, la primera vez que un partido comunista latinoamericano participaba de un encuentro de estas características, aunque no con delegados propiamente “latinoamericanos”¹⁵. En cambio, permanecieron en México José Allen y el pequeño núcleo dirigente del Partido, quienes debieron enfrentar las tareas impuestas por la Comintern además de la dura rivalidad surgida de los grupos rivales de Gale y del PSM, a los que también se sumaron Morones y la CROM, protagonistas de una cada vez más intensa labor anticomunista.

Una de las primeras tareas a las que se abocó el Partido Comunista Mexicano (PCM) consistió en el fortalecimiento del Buró Latinoamericano, instancia que originalmente había sido ideada como un necesario punto de engarce del movimiento comunista de la región. Con dicha finalidad, el 8 de diciembre de 1919 se dio a conocer el “Manifiesto del Buró Latinoamericano”, publicado en México en la revista *El Soviet*

¹² Por ejemplo, una de las principales medidas adoptadas por el Buró para expandir a la todavía flamante organización comunista por suelo americano fue la fundación en 1919 de una inicial sección cubana de la IC (ver Nota N° 122).

¹³ En efecto, una vez concluido el Congreso, comenzaría el desgajamiento del partido recién creado: Linn A. E. Gale junto con otros militantes no dudaron en apartarse de la organización socialista, proclamando la inmediata creación del Partido Comunista de México (PCdM). Por otra parte, Francisco Cervantes López, miembro de la dirección del PSM, se negó a convertir a éste en el PCM y, junto a varios seguidores, no sólo mantuvo con vida a la organización socialista sino que también, en alianza con el sector de Gale, se opuso al reconocimiento de los comunistas mexicanos por parte de Moscú y de la Comintern. Así, antes de que se cumplieran tres meses de finalizado el congreso de agosto-septiembre, sus participantes habían quedado divididos en tres grupos principales y rivales entre sí. Para dar una idea de la mutua desconfianza entre estos agrupamientos, la designación de Gómez y de Roy como representantes de México ante la Comintern fue efectuada bajo el más estricto secreto.

¹⁴ Al regresar a Moscú, Borodin informó a Lenin y a la cúpula de la Comintern acerca de sus acciones en México. Sin embargo, y pese al interés con que el líder bolchevique escuchó a Borodin, lo cierto es que éste fue comisionado para una nueva misión en China. Según las memorias de Gómez, Lenin se mostró más interesado por la situación del imperialismo norteamericano en México que por las reales posibilidades revolucionarias en dicho país. Por lo pronto, era ésta una situación que el líder ruso conocía por lo menos desde 1909, cuando al participar de la comisión del Buró Internacional Socialista al que todavía pertenecía, redactó un dictamen de condena contra Porfirio Díaz y contra el imperialismo norteamericano, luego publicado en la revista internacional de la socialdemocracia (Sizonenco, 1991: 14-15).

¹⁵ Mientras que Gómez y Roy (con el seudónimo de “Roberto Allen y Villagarcía”) participaron con voto decisivo, la esposa de este último, lo hizo con voto consultivo. Sin embargo, ya desde la primera sesión del congreso, Roy intervino como representante de la India Británica, concluyendo así sus vínculos con la dirección del PCM, con la que a partir de entonces mantendría sólo esporádicos contactos.

(correspondiente al número del 16 de diciembre) y en el que se informaba de su constitución y de su objetivo de “trabajar en el continente americano en el estrechamiento de relaciones entre todas las organizaciones y grupos cuyos principios sean comunistas, similares a los de dicha tercera internacional” (citado en Martínez Verdugo, 1985: 31)¹⁶. Hacia principios de agosto de 1920 el Buró Latinoamericano comenzó a publicar su órgano periodístico, el *Boletín Comunista*, que continuó editándose hasta noviembre del mismo año. Por otra parte, durante esta etapa el Buró se reorganizó de acuerdo a la petición previamente formulada por los dirigentes radicales Francisco J. Múgica (gobernador de Michoacán), y Felipe Carrillo Puerto (líder del Partido Socialista de Sudeste y presidente de la legislatura de Yucatán), convirtiéndose éste último en miembro de su dirección. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que Carrillo Puerto se desligara de los comunistas, acercándose nuevamente al Gral. Álvaro Obregón y restableciendo sus relaciones con Luis N. Morones. En este sentido, y tal como ocurría con la mayoría de las organizaciones sociales durante ésta época, también el Buró se resentiría por las cambiantes alianzas establecidas entre los dirigentes del México revolucionario, tornándose difusas las fronteras ideológicas y políticas entre los que se asumían plenamente como comunistas y aquellos otros que si bien no lo eran, podían compartir un mismo credo revolucionario y, en ocasiones, hasta cierta atracción por la Rusia de Lenin.

Los constantes vuelcos en la política mexicana, unido a la falta de experiencia de los principales dirigentes comunistas conspiraron finalmente contra el normal funcionamiento del Buró: si bien se mantuvo con vida a lo largo de 1920, sus relaciones con el comunismo internacional eran más bien esporádicas e imprecisas. Desde Moscú se creyó conveniente enviar un nuevo cuadro, más experimentado, que contribuyera a reorganizar al comunismo mexicano y a vincularlo definitivamente con las correspondientes instancias soviéticas. Sen Katayama, quien contaba con una amplia experiencia como dirigente revolucionario en los Estados Unidos, Canadá y en su Japón natal, y que había sido uno de los primeros cuadros interesados en la exportación del modelo leninista a otras geografías, llegó a México a fines de marzo de 1921. Su rol como presidente del Buró Panamericano de la Comintern con sede en Nueva York y su labor en el proceso de unificación de los Partidos Comunistas de los Estados Unidos lo convirtieron en el hombre ideal para, a un mismo tiempo, integrar a los comunistas mexicanos en una única organización que, además, estuviera en un estrecho contacto con Moscú sin perder por ello sus vinculaciones políticas con Norteamérica y con los restantes países latinoamericanos. Manteniéndose equidistante de ambos partidos comunistas, Katayama realizó un balance de la situación en México y propuso la fusión de las dos organizaciones en un nuevo y único “Partido Comunista de México”, afiliado a la Comintern y plenamente dispuesto a acatar las directivas de Moscú. Sin embargo, y como se verá más adelante, el nuevo clima político imperante en el país impidió que el congreso unificador pudiera finalmente llevarse a cabo.

Por otra parte, y por recomendación de la Comintern, Katayama reconvirtió el Buró Latinoamericano y en su lugar creó, en septiembre de 1921, el Buró Panamericano

¹⁶ Llama la atención la heterogénea composición de su núcleo dirigente, en el que se encontraban la maestra yucateca Elena Torres, directora del Consejo Feminista Mexicano, uno de los miembros más activos del Buró y, a partir de enero de 1920 y junto con María del Refugio García, una de las editoras del periódico feminista *La Mujer*; el obrero panadero de origen peruano Urmaechea, muy activo en México a principios de los años '20; el *slacker* de origen norteamericano Martin Brewster; y el primer secretario del PCM, José Allen.

(también conocido como “Oficina Panamericana”), estrechamente vinculado con su oficina central de Nueva York. Asimismo, y con el objetivo de fundar la filial mexicana de la recientemente creada Internacional Sindical Roja, destinada por otra parte a convertirse en el centro de actividades de esta organización a nivel latinoamericano, Katayama trabajó mancomunadamente junto con Louis Fraina, dirigente estadounidense de origen italiano comisionado en México por la Comintern, y con Manuel Gómez como asistente, aprovechando una vez más sus conocimientos de la geografía local y del idioma español¹⁷. Más allá de las intenciones que un primer momento pudieron albergarse, lo cierto es que el funcionamiento del Buró primero y de la Oficina Panamericana después, no resultó del todo efectivo. Seguramente, la falta de contactos internacionales en momentos en que el movimiento comunista en la región apenas comenzaba a vislumbrarse, unido a cierta falta de experiencia de los dirigentes mexicanos en sus relaciones con representantes de diversas organizaciones populares tornaron prematuras la constitución de estas entidades panamericanas, si bien fueron válidos antecedentes para la posterior creación de ligas continentales dedicadas a la lucha antiimperialista, así como también a la política sindical o al socorro de los militantes perseguidos.

Por otra parte, y desde principios de la década del '20 el PCM logró incorporar una importante cantidad de militantes y dirigentes de gran relevancia en las funciones ordinarias tanto en el propio partido y como en las futuras organizaciones periféricas. Fueron estos los casos de Rafael Carrillo y del cuadro cominternista suizo Alfred Stirner (seudónimo de Alfred Woog), quienes junto a José Valadés, fungieron como fundadores de la Federación de Jóvenes Comunistas en agosto de 1920; y del estudiante y luego también periodista Rosendo Gómez Lorenzo, editor del órgano comunista *El Machete* e íntimo amigo del cubano Julio A. Mella. Junto a ellos, también llegaron a las filas del Partido el ya mencionado Manuel Díaz Ramírez, uno de los principales líderes de los obreros tabaqueros, con una amplia trayectoria en el sindicato de tendencia anarquista Industrial Workers of the World y en el magonismo y convertido pronto en el principal dirigente marxista de Veracruz y editor de publicaciones político-culturales como *Irredento* y, más tarde, *Vida Nueva*; por otra parte, también se acercaron el obrero textil Mauro Tobón, organizador de sindicatos en Puebla y Orizaba, el agrarista y veterano zapatista Luis Vargas Rea, y Jesús Bernal, dirigente de los trabajadores ebanistas, entre muchos otros.

El ascenso del movimiento huelguístico a principios de los '20, ocurrido bajo el interinato del presidente Adolfo de la Huerta, se convirtió en una ocasión propicia para que la nueva camada de dirigentes comunistas colaborara con otros sectores sindicalistas en la creación del Frente Comunista del Proletariado Mexicano (FCPM), primera expresión gremial directamente ligada con el PCM y antecedente directo de la Confederación General de Trabajadores (CGT)¹⁸, surgida en 1921 como una respuesta

¹⁷ Louis Fraina, uno de los líderes más relevantes del comunismo norteamericano en su primera época, cobró relevancia en el IIº Congreso de la Comintern, en 1920, al señalar la necesidad de apoyar el movimiento revolucionario latinoamericano y, específicamente, el mexicano, frente al avance del imperialismo estadounidense. Sus posturas críticas frente al comunismo lo hicieron depositario de diversas acusaciones (como la de ser informante del Departamento de Justicia de los Estados Unidos), antes de ser enviado a México como delegado (Jeifets *et al.*, 2004: 115-7).

¹⁸ Algunos de los sindicatos adheridos a la CGT fueron el de Obreros y Panaderos del DF, la Federación de Obreros y Empleados de la Compañía de Tranvías de México, la Unión de Obreros y Empleados de la Compañía Telefónica Ericsson, la Federación de Obreros de Hilados y Tejidos del DF, etc. De gran importancia en sus inicios, la FCPM lograría arrebatarse a la CROM su hegemonía en el Distrito Federal. El trío de Katayama, Fraina y Gómez estableció así la oficina sindical latinoamericana, encargada de

“roja” ante el creciente reformismo y oportunismo promovidos por la CROM, la que por esa misma época se dedicó a trabajar como interlocutora directa de la AFL desde México aunque, claro está, sin dejar de cultivar sus vínculos con Moscú¹⁹. Pese a las crecientes tensiones que la filiación con la Rusia soviética generaba con sus pares anarquistas, condición agravada por su secreto pedido de admisión a la Internacional Sindical Roja, lo cierto es que la CGT comenzó a ejercer una notable influencia en la nueva dirección del PCM (Rivera Castro, 1996: 114-118). Tanto así que en el pleno ampliado de febrero de 1921 se decidió la incorporación de dos miembros más, muy cercanos a los anarquistas, para el secretariado general: Manuel Díaz Ramírez y José C. Valadés, los que a partir de entonces trabajarían en forma conjunta con José Allen (quien por otra parte mantenía su puesto desde la fundación del Partido, ocupándolo de hecho hasta su desplazamiento en 1924). Díaz Ramírez se convirtió en el principal dirigente comunista durante la primera mitad de los años ‘20: además de ser elegido como representante de la CGT ante el congreso fundacional de la ISR en 1921, fue también designado como delegado del PCM para el III Congreso de la Comintern, a ser realizado en Moscú a mediados del mismo año²⁰. Sin embargo, la lucha contra lo que en la época se dio en llamar “el infantilismo de izquierda”, promovida desde Moscú y la Comintern, justamente desde su III Congreso, no tardó en causar efectos en la relación entre comunistas y anarquistas. En cierta forma, el quiebre fue inevitable y obligó a una readecuación estratégica del PCM, que comenzó a dejar de lado su inicial postura antiparlamentaria y que, en el plano sindical, propuso un trabajo de zapa en las bases de las dos centrales sindicales de la época, la CROM y la CGT, ésta última ya en manos de los anarquistas después de la sonada ruptura con los comunistas²¹.

Pero, al poco tiempo, todos estos esfuerzos por otorgarle un rumbo claro y preciso al movimiento comunista, y su definitiva institucionalización por medio de la consolidación del Partido, se verían seriamente comprometidos a causa de la violencia represiva desatada desde el gobierno de Álvaro Obregón. En efecto, y al parecer como consecuencia de las protestas obreras acaecidas desde el 1° de mayo de 1921 y de la

difundir los principios de la organización, de buscar adhesiones entre los gremios de trabajadores y de elegir delegados para el congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja. Asimismo, y con fondos de la Comintern, montaron la editorial “Biblioteca Internacional”.

¹⁹ En este sentido, la CROM aprobó en setiembre de 1921 el viaje a Moscú de uno de sus principales dirigentes, Eulalio Martínez ex secretario de la central mexicana, en atención a la “importancia concedida al movimiento del pueblo ruso” y con la finalidad de “establecer relaciones entre las Agrupaciones de esa región y ésta, haciéndoles presentes nuestros saludos fraternales y el anhelo que alimentamos por el triunfo definitivo de la causa del Proletariado Universal”. Las relaciones entre la CROM y la Profintern fueron de todos modos inestables y concluyeron hacia 1923. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/534-7-393.

²⁰ El papel desempeñado por Díaz Ramírez durante la primera mitad de los ‘20 puede ser leído como un reflejo de la influencia ideológica ejercida por el anarquismo en la primera generación de comunistas mexicanos. En el Congreso fundacional de la ISR, el PCM se situó dentro de la “minoría sindicalista” junto con la CNT de España, la Unión Sindical Italiana, la IWW estadounidense y los ingleses seguidores de Tom Mann, entre otros, desde donde se enfrentó a la mayoría comunista conducida desde Moscú.

²¹ En el III Congreso de la Comintern, y luego de que Díaz Ramírez le hubo explicado a Lenin la razón de la momentánea postura antiparlamentarista del PCM, el líder ruso le contestó que el hecho de “que en México se pueda permitir –temporalmente– tal actitud antiparlamentaria, dadas las condiciones del país, su poco desarrollo industrial, su débil proletariado numérica e ideológicamente, puede pasar, pero que en Alemania, Canadá y otros países ocurra lo mismo es intolerable; es un crimen contra el proletariado y la revolución” (citado en Martínez Verdugo, 1985: 39). Las recomendaciones brindadas por Lenin fueron así de fundamental importancia para la nueva estrategia desarrollada por el PCM.

circulación de varios documentos falsificados²², el presidente Obregón inició un amplio plan represivo dirigido particularmente contra los dirigentes “rojos” y contra la presencia de aquellos militantes estadounidenses que trabajaban por el fortalecimiento del movimiento comunista. Por detrás, se encontraba la intención de Obregón por obtener el reconocimiento de su par estadounidense, el presidente Warren Harding, quien luego de ocurrida la etapa más violenta de la Revolución buscaba imponer un “Tratado de Amistad y Comercio” por el que se reconocieran los derechos de propiedad de los ciudadanos norteamericanos en México y, fundamentalmente, la restitución de todos los bienes confiscados desde el 1° de enero de 1911, así como también la derogación de la disposición constitucional referente al uso del suelo y del subsuelo, la que había causado un impacto muy negativo en las empresas norteamericanas dedicadas a la explotación petrolera y a su comercialización²³. Por otra parte, Obregón también era consciente de que el reconocimiento por parte de los Estados Unidos era la condición indispensable para poder entablar relaciones diplomáticas y comerciales con países como Inglaterra, Francia, Bélgica, Suiza y Cuba, quienes habían decidido romper con México luego del asesinato del presidente Carranza. De esta manera, fue sobre todo a partir de la presión internacional que finalmente se terminaría por alterar el clima de tolerancia que había caracterizado a los primeros tiempos del gobierno de Obregón²⁴.

La represión contra el movimiento comunista, todavía incipiente, no se hizo esperar. Con el antecedente directo de la aprehensión y posterior expulsión del dirigente norteamericano Linn Gale el 3 de abril de 1921, los principales activistas “rojos” comenzaron a vivir en carne propia la renovada política intolerante aplicada por el gobierno, el que no dudó en aplicar el artículo constitucional N° 33, contra los “extranjeros perniciosos”, llegando incluso a ignorar la nacionalidad mexicana de José Allen en el momento de expulsarlo a los Estados Unidos²⁵. Entre abril y mayo de 1921 fueron desterrados la mayoría de los *slackers* que eran miembros del PCM, los activistas de la CGT de origen sudamericano y español, así como también los

²² El 1° de mayo, los comunistas hicieron una apreciable demostración de fuerza en las calles de la capital (llegando incluso a instalar una bandera roja en el techo de la Catedral) y en otras localidades del país. Asimismo, el 13 de mayo de 1921 un grupo de trabajadores pertenecientes a la Federación de Sindicatos del DF ingresó violentamente a la Cámara de Diputados viviendo a la Revolución Rusa en protesta por el asesinato del líder del Partido Socialista Michoacano, Isaac Arriaga, ocurrida el día anterior en Morelia. Por otro lado, los documentos falsos fueron elaborados por Jacob Nosovitsky, quien había sido contratado por el gobierno estadounidense para infiltrarse en las filas del comunismo mexicano, llegando a establecer relaciones con el grupo de Lynn Gale y con los laboristas de la CROM: de vuelta a los Estados Unidos informó, entre otras cosas, sobre la creación del “Consejo Comunista del Ejército Rojo”, preparado para realizar la revolución en dicho país, con lo que alentaba el fantasma del comunismo y reforzaba la identificación que para el gobierno existía entre la Unión Soviética y México (ver Spencer, 1998: 40-4).

²³ En este sentido, y tal como define Daniela Spencer, “las compañías petroleras dictaban la política norteamericana hacia América Latina, y en México continuaban demandando la anulación del Artículo 27 como garantía de la inviolabilidad de sus propiedades” (1998: 38).

²⁴ De manera complementaria, Obregón también ensayó también algunas medidas que, de manera tibia, contribuyeron a aminorar el impacto social de su política represiva principalmente enfocada contra los comunistas, y que le resultó favorable para producir el alejamiento de algunos de sus funcionarios más críticos, por ejemplo, enviándolos a la Unión Soviética en viajes de estudio y de formación profesional. Entre otros, fueron estos los casos de José María Sánchez, gobernador de Puebla, y de Rafael Ramos Pedrueza, diputado federal cercano al PCM.

²⁵ J. Allen fue arrestado al día siguiente de haber mantenido una entrevista con el presidente Obregón en la que intercedió a favor de la liberación de varios de sus compañeros detenidos. Finalmente, y junto con un *slacker* de apellido Foertmayer, Allen fue entregado a las autoridades norteamericanas en la frontera norte de México el 16 de mayo, mismo día en que se decretó la expulsión de otros dirigentes como José Rubio y M. Paley.

organizadores de la IWW en México. Una suerte parecida a la de Allen sería sufrida por Manuel Gómez, aunque éste consiguió el favor de que se le enviara a Guatemala, desde donde pudo regresar clandestinamente a México, permaneciendo en dicho país hasta su retorno a los Estados Unidos en 1922. Casi al mismo tiempo, Louis Fraina recibió órdenes de partir rumbo a Argentina para coordinar el desarrollo del movimiento comunista de América del Sur. Por otra parte, y pese a la represión desenfadada y a las evidentes dificultades idiomáticas, Sen Katayama continuó trabajando desde la clandestinidad, escribiendo documentos en inglés que luego eran traducidos por sus compañeros del PCM, hasta su partida definitiva en el mes de octubre. Y además, al enfrentamiento con el gobierno siguió también una fuerte disputa dentro del movimiento comunista, ya no tan sólo contra la CROM sino que ahora también contra los anarquistas, cuando en un congreso de la CGT realizado en septiembre de 1921 estos decidieron la expulsión de los militantes “rojos” de la central sindical, repudiando tanto las persecuciones de las que eran objeto en la Rusia Soviética como su afiliación oculta a la ISR.

Las detenciones y expulsiones de varios de los principales líderes del movimiento obrero de la época tuvieron serias consecuencias sobre la consolidación del comunismo mexicano. En este sentido, no sólo se suspendieron las negociaciones mantenidas con los anarquistas para recomponer la ya para entonces alicaída CGT sino que también se interrumpieron definitivamente las negociaciones tendientes a la unificación partidaria encabezada por Katayama. El Partido Comunista de México, liderado por Gale, así como el Partido Socialista desaparecieron virtualmente, sin que volvieran a dar señales de vida. Por lo mismo, la represión del gobierno también afectó el funcionamiento del Buró Latinamericano, el que sólo continuó con vida unos pocos meses más, hasta octubre de 1921, luego de haber sufrido el alejamiento de sus principales dirigentes inspiradores: Katayama y Gómez. Pese a la ola represiva, y principalmente gracias a las vinculaciones que había logrado constituir con distintas organizaciones gremiales y de masas, sólo había podido subsistir el Partido Comunista Mexicano, refundado en diciembre de 1921 con la participación de tan sólo 21 delegados y ahora dirigido por José Valadés y Gómez Lorenzo, en representación de Manuel Díaz Ramírez, presente en Moscú hasta casi finales de dicho año, y con la ausencia de José Allen, quien ya no se incorporaría a la dirección del PCM una vez producido su retorno a México (Martínez Verdugo, 1985: 47)²⁶. En medio de la violencia y de una gran frustración ante las expectativas inicialmente colocadas, se produjo entonces el final de la primera etapa en las relaciones entre los comunistas mexicanos y los dirigentes soviéticos y de la Comintern.

Pese al fuerte embate sufrido a manos del gobierno de Obregón, el movimiento obrero y, junto con él, las fuerzas progresistas y de izquierda parecieron de pronto volver a asumir un lugar protagónico en la escena política mexicana. En efecto, la agitación inquilinaria desarrollada originalmente en Veracruz en la primera mitad de 1922 y pronto irradiada hacia otras localidades de la república no sólo otorgó nuevo impulso al

²⁶ Síntoma del estado de debilidad y de fragmentación en que se sumió el movimiento obrero fue la creación, el 1° de Mayo de 1921, de una nueva organización, el Partido Comunista Revolucionario Mexicano (PCRM), conducido por Nicolás Cano, Diego Aguillón y Teódulo Loman. Con una posición inicial cercana al anarquismo que, sin embargo se iría moderando con el tiempo, el PCRM se disolvió dentro del PCM en noviembre de 1924, aunque pocos años más tarde también se produciría el alejamiento de Cano por diferencias en torno a la política local.

debilitado Partido Comunista, sino que también fue útil para comenzar a nuclear al grupo que un par de años después constituiría a la Liga Antiimperialista.

La formación en enero de 1922 del Sindicato Revolucionario de Inquilinos, bajo la conducción del anarquista Herón Proal (más tarde, participante en varias de las actividades desarrolladas por la Liga) se convirtió de hecho en el puntapié inicial de un levantamiento que tendría su punto más álgido cuando a partir del 5 de marzo decretara la huelga de pagos, con un muy alto apoyo entre los pobladores del puerto de Veracruz. No pasarían tres semanas antes de que el mismo proceso estallara en la ciudad de México, esta vez, conducido por el Partido Comunista, el que aprovecharía esta coyuntura para renacer y extender sus bases sociales de apoyo. El 1° de mayo, la dirección del movimiento en el Distrito Federal, integrada por los principales líderes del PCM y de su Juventud, también anunció la huelga de pagos, aprovechando que cerca de treinta y cinco mil inquilinos, en su mayoría provenientes de las clases trabajadoras, se negaban a abonar sus costosas rentas, produciéndose hechos de una violencia cada vez mayor contra la policía²⁷. Al influjo del proceso vivido en la ciudad de México, pronto esta movilización se extendió hacia distintas localidades del país, como Guadalajara, San Luis Potosí, Ciudad Juárez, Puebla, Tampico, Aguascalientes y Monterrey. Frente al grado de insubordinación y de violencia generalizada, el gobierno de Obregón reaccionó, nuevamente, aplicando una severa política represiva. Así, el 6 de junio el movimiento fue prácticamente descabezado en Veracruz, con el arresto de varios de sus principales líderes (el propio Proal pasaría los siguientes nueve meses en la cárcel) y la muerte de varias decenas de activistas. Una situación similar se viviría en el Distrito Federal, con la sede del PCM convertida en el último refugio de los huelguistas e inquilinos perseguidos, y con la detención de más de cien de sus más destacados dirigentes²⁸.

Más allá del fracaso del movimiento inquilinario, los comunistas pudieron obtener un gran provecho que sin lugar a dudas redituaría en un futuro cercano en el crecimiento y desarrollo del partido. Las fallas en la conducción, la evidente falta de experiencia y de disciplina por parte de los militantes, sumado a las luchas fraccionales agudizadas en los álgidos días de la huelga, fueron todos elementos que sin embargo se vieron compensados por su capacidad para generar nuevos espacios de lucha en distintos Estados (más allá de sus tradicionales bases en la ciudad de México y en el puerto de Veracruz), por su voluntad de llegar a nuevos núcleos obreros (como fue el caso de los ferrocarrileros, los obreros de la construcción y los portuarios) y, fundamentalmente, por ensayar renovadas fórmulas políticas de frente único con los anarquistas²⁹. Por último, cabe recalcar que la huelga desarrollada por los inquilinos se convirtió también en un importante espacio de aprendizaje y de enorme acumulación de experiencia política posibilitando la formación de líderes que poco tiempo después llevarían a cabo un importante trabajo en las filas del comunismo y, como en el caso de Úrsulo Galván, también en las de organizaciones auxiliares como la Liga Campesina y la Liga

²⁷ Una asamblea reunida el 28 de abril e integrada por delegados de comités de zona designó el Comité Central del Sindicato de Inquilinos del Distrito Federal, quedando conformada de la siguiente manera: Manuel Díaz Ramírez como secretario general; José Díaz, secretario del interior; Enequina Guerrero, tesorera; José C. Valadés, Luis Vargas Rea y Simeón Morán, secretarios de organización y conflictos; y Jesús Bernal, Rafael Carrillo y Rosendo Gómez Lorenzo como secretarios de prensa y propaganda.

²⁸ Más información sobre dicho movimiento puede encontrarse en el documentado trabajo de Octavio García Mundo, de 1976, *El movimiento inquilinario de Veracruz, 1922* quien particularmente se interesó por estudiar la fase anarquista de dicho proceso de rebelión.

²⁹ De hecho, durante el trascurso de la huelga, en Veracruz se editó diariamente el periódico *El Frente Único*.

Antiimperialista. De este modo, podemos afirmar que más allá de su derrota, la huelga de los inquilinos, en la que el PCM tuvo un lugar prominente fue, al mismo tiempo, la primera gran prueba política para sus militantes y dirigentes, posibilitando el desarrollo de la organización durante los años '20.

Con todo, la derrota del movimiento inquilinario no tardaría también en afectar gravemente el normal funcionamiento y, junto con él, las perspectivas de crecimiento a corto plazo del PCM³⁰. La debilidad en la que se había sumido pronto fue reflejada en su II° Congreso Nacional, reunido en abril de 1923, y cuyo más importante logro fue la modificación de la antigua táctica abstencionista que, como hemos visto, aparecía como resabio de la anterior ideología anarquizante que al menos durante sus primeros años de vida impregnó la vida política del Partido. Con la incorporación del pintor Diego Rivera y del dirigente campesino Úrsulo Galván al Comité Nacional Ejecutivo, el PCM pretendió dar una fuerte señal renovadora, un intento por demostrar a la sociedad los vínculos cada vez más fuertes establecidos con el mundo artístico vanguardista y con el movimiento agrarista sobre todo arraigado en el estado veracruzano: implicaría, por lo mismo, la definitiva incorporación a la conducción partidaria de figuras relevantes en su prédica antiimperialista y con una presencia cada vez más extensa sobre la sociedad³¹. Sin embargo, la inclusión de prestigiosas figuras no pudo convertirse en la solución definitiva a los problemas de conducción presentes en el PCM desde sus mismos orígenes: la pronta ausencia de dos de sus principales líderes, Galván y Rafael Carrillo, quienes debieron viajar a Moscú (el primero para asistir a la fundación de la Internacional Campesina y el segundo para estar presente en el congreso de la Internacional Juvenil Comunista) dejaron el grueso del trabajo de dirección en Gómez Lorenzo y en el cada vez más debilitado Díaz Ramírez, con el esporádico apoyo de Diego Rivera³².

Pero el elemento surgido del II° Congreso que más condicionaría el futuro cercano del Partido y, al mismo tiempo, la organización de la Liga Antiimperialista, fue el decidido acercamiento de los comunistas al Gral. Plutarco Elías Calles, al que ofrecieron su apoyo en la contienda presidencial a cambio de la aceptación de un conjunto de propuestas originada en una asamblea de obreros y campesinos³³. La creciente

³⁰ Provocó, de hecho, el alejamiento de uno de sus principales dirigentes juveniles, José C. Valadés, volcado a partir de ese momento a las filas del anarquismo.

³¹ Los restantes miembros titulares del Comité Nacional Ejecutivo elegidos en el II° Congreso fueron Manuel Díaz Ramírez, Rosendo Gómez Lorenzo y Carlos Palacios, mientras que fueron designados como suplentes Rafael Mallén, Simeón Morán, Luis Vargas Rea, Jorge Juan Crespo de la Serna y Rafael Carrillo. El Congreso nombró además a Rivera como director del periódico comunista *La Plebe*, al tiempo que también favoreció la creación de una sección femenina integrada por Concha Michel, Sara López, Luz García y Laura Mendoza.

³² “Diego Rivera era, según todos los testigos de la época, el más laborioso y el más activo entre sus colegas: subido a su andamio, pintando durante horas, se olvidaba el mundo y hasta de la comida, y naturalmente, no cumplía sus citas con mucha responsabilidad. La dirección del partido poco entendía la falta de puntualidad y su frecuente ausencia de reuniones importantes”. Ante las constantes críticas por parte de sus camaradas, en junio de 1925 presentó su renuncia a la dirección del PCM. Su petición fue aceptada aunque no por ello el Comité Central dejó de constatar su perplejidad ante tal conducta: “no entendemos cómo un hombre que se considera un revolucionario y que se identifica totalmente con los principios comunistas puede, por amor a la pintura, desertar de la Internacional y como su trabajo de pintor puede excluir la obra más importante de la lucha revolucionaria” (citado en Barckhausen-Canale, 1989: 105).

³³ Los puntos salientes de este programa, elaborado en agosto de 1923, fueron la efectividad del reparto de tierras y aguas; el refinanciamiento de los campesinos que ya habían sido dotados con implementos agrícolas, semillas y préstamos en efectivo; la aplicación de una política tendiente a irrigar a todo aquel

proximidad entre la izquierda mexicana y el futuro presidente fue de hecho posible debido a la simpatía manifestada en un inicio por Calles hacia el régimen bolchevique, aunque a fin de evitar la previsible andanada de críticas y ataques provenientes de la derecha, se ocupó de dejar en claro que su interés por el proceso ruso estaba más bien incitado por sus aspectos “filosóficos” y “humanitarios”. Sus declaraciones, junto con una política que sin descuidar los intereses de los capitalistas mexicanos y de los inversores externos, desde un principio trató de resolver las urgentes demandas de los obreros y campesinos de acuerdo a las leyes promulgadas en la Constitución de 1917, sumado a la importancia asumida en su gabinete por la CROM y específicamente por su máximo líder, Luis N. Morones, le valieron a Calles un creciente recelo por parte de la élite gubernamental estadounidense, llegando incluso a considerársele como un presidente con una peligrosa cercanía a Moscú, condición suficiente, por otra parte, como para enfrentársele en un conflicto abierto, como se temió que finalmente ocurriera a principios de 1927³⁴. El alzamiento delahuertista, iniciado en 1923 en contra de la elección de Calles como candidato único para suceder al presidente Álvaro Obregón se presentó fue aprovechado por el PCM para evidenciar su respaldo al régimen: en los estados de Michoacán y Veracruz, miembros de la Liga Campesina, guiada por los comunistas, formaron unidades de armadas sin demasiado éxito frente al poder de fuego de los insurrectos. Decenas de comunistas, en su mayoría funcionarios locales, fueron asesinados hasta el sofocamiento de la rebelión, ocurrida en el mes de abril del siguiente año

Pese a las bajas sufridas, para 1924 pareció que el Partido Comunista volvía a recobrar fuerzas: el presidente Álvaro Obregón, pocos meses antes de entregar el poder a Calles, finalmente estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, generando así un necesario contrapeso a las ambiciones estadounidenses al sur de sus fronteras y disipando también aquellas críticas que veían en el presidente mexicano a un simple títere de Washington y de Wall Street. Diversas causas externas e internas contribuyeron para el logro de este fin. En este sentido, tanto el reconocimiento al gobierno mexicano concedido por los Estados Unidos en 1923, como la estabilización de la revolución bolchevique y la puesta en práctica en la Unión Soviética de la NEP (programa económica sin lugar a dudas mucho más aceptable para los conservadores mexicanos), así como también la derrota de la rebelión delahuertista a principios de 1924, que terminó de consolidar en el poder al presidente Obregón, fueron todos ellos factores de gran importancia e influencia en la firma de dicho acuerdo político y comercial. México se convertía así en la primera nación latinoamericana en brindar su reconocimiento a la Unión Soviética cuestión que, por otra parte, lo convertiría en un país de algún modo privilegiado dentro de la estrategia política e internacional diseñada desde Moscú para toda la región. El acercamiento entre ambos países fue rubricado con el arribo a México del primer embajador de la Unión Soviética, Stanislav Pestkovsky, un antiguo y experimentado cuadro bolchevique, secretario general del Socorro Rojo

territorio útil para el cultivo; la reglamentación del artículo constitucional 123 y una legislación clara sobre el problema habitacional.

³⁴ El mismo resquemor hacia Calles sintieron varios de los gobernantes centroamericanos y caribeños los que, en gran medida influenciados por los Estados Unidos, también vieron en el presidente mexicano a un impulsor del comunismo en la región. La entrada a dichos países de cuadros cominternistas provenientes de México, y la circulación de libros y folletos con esa misma procedencia, reafirmaban sus creencias y sus temores de que desde la nación azteca se estuviera generando una conspiración comunista de alcances internacionales. Las actividades de Mella y de otros refugiados desde su exilio mexicano en contra del dictador cubano Gerardo Machado también fueron útiles a la hora de reafirmar la impresión de que Calles amparaba al comunismo y que tenía planes expansivos hacia la región caribeña.

Internacional, quien en su rol de diplomático y de representante comercial de la URSS no dudó en comenzar a inmiscuirse dentro de la política local una vez que hubo presentado sus cartas credenciales el 7 de noviembre de 1924, aniversario de la Revolución Rusa³⁵. Su presencia, obviamente, disgustó a los Estados Unidos y, particularmente, a su nuevo representante en México, James Rockwell Sheffield, llegado al Distrito Federal un mes antes, y cuyo profundo anticomunismo contribuyó a agravar las de por sí tensas relaciones entre ambas naciones³⁶.

El embajador soviético pronto se luciría por la amplitud y variedad de sus contactos, y por las buenas relaciones cultivadas con los funcionarios mexicanos, el cuerpo diplomático y la vanguardia intelectual, estableciendo sus mejores vínculos con los comunistas mexicanos y extranjeros residentes en el país, entre quienes se hallaban Diego Rivera, Xavier Guerrero, David Alfaro Siqueiros, Rafael Carrillo, Julio Antonio Mella, Bertram Wolfe y Manuel Gómez (Jeifets *et al.*, 2004: 259)³⁷. Pestkovsky también supo establecer importantes relaciones con algunos de los miembros más radicalizados del gobierno mexicano y con funcionarios con amplia llegada al PCM y, fundamentalmente, a la Liga Antiimperialista, como Jesús Silva Herzog y Ramón de Negri, a quien uniría una íntima relación de amistad que se prolongaría incluso más allá de su alejamiento de México, en octubre de 1926. La colaboración con los comunistas, (generalmente bajo el seudónimo de “André” para no generar sospechas por parte de las autoridades) fue desplegada subrepticamente desde la embajada, e incluyó la ayuda para el financiamiento de *El Machete*, la redacción de artículos e, incluso, el delineamiento de su orientación editorial. Por otra parte, fue particularmente importante la colaboración de Pestkovsky con la Liga Antiimperialista y con su medio gráfico, *El Libertador*: asumiendo la importancia de esta organización en la propagación del comunismo en la México y en toda la región, en julio de 1925 reclamó al Comisariado para los Asuntos Extranjeros de la URSS la cesión de mayores recursos económicos para la continuidad de la publicación y la elaboración de una clara línea política de acción ya que, según su opinión y a diferencia de otros países, “tenemos un continente entero por emancipar del imperialismo extranjero” (citado en Spencer, 1998: 129). Al cabo de un tiempo, sin embargo, la falta de discreción por parte de Pestkovsky, quien diferenciaba cada vez menos entre sus funciones diplomáticas y aquellas otras de naturaleza partidaria y agitativa, resultó contraproducente: el embajador soviético no sólo se ganó la desconfianza del nuevo presidente, el Gral. Calles y la frialdad de la CROM, sino que incluso motivó una medida reprobatoria por parte de sus superiores en Moscú.

³⁵ Las crónicas de la época relataban la calurosa bienvenida otorgada a Pestkovsky a su llegada al puerto de Veracruz: luego del acto de presentación ante las máximas autoridades del gobierno, el flamante embajador se reunió con intelectuales y obreros para festejar el aniversario de la Revolución. Según se informó luego a las autoridades soviéticas, en aquella ocasión se juntaron para los festejos unas mil quinientas personas, entre los que se contaban representantes de organizaciones tan variadas como las del PCM, la CROM, las Ligas Agrarias de Michoacán y Veracruz y el Sindicato Ferrocarrilero.

³⁶ La incomodidad de Sheffield llegó al grado de negarse a asistir a la toma de posesión de Calles como presidente, en noviembre de 1924, pretextando que “la presencia del representante soviético entre el cuerpo diplomático crearía una situación embarazosa para los Estados Unidos, que aún no reconocían a la Unión Soviética” (citado en Spencer, 1998: 102).

³⁷ Por otra parte, también Tina Modotti comenzó a hacerse conocida al visitar frecuentemente la embajada soviética para una vez allí sacar fotografías de los visitantes a sus tertulias (Barckhausen-Canale, 1989: 117).

Como se verá a continuación, la estabilización de la dirección partidaria de los comunistas, vinculada cada vez más a los más dinámicos y combativos sectores de la sociedad mexicana, y sumada a la labor del embajador soviético y al apoyo encubierto brindado por el presidente Calles, interesado en refrenar la presión ejercida desde los Estados Unidos, fueron todos ellos factores que contribuyeron a la creación de la Liga Antiimperialista. En este sentido, la celebración de la Conferencia del Partido Comunista entre el 25 de abril y el 1° de mayo de 1924, y la redacción en ella de unas *Tesis* sobre “imperialismo y panamericanismo”, con sus renovadas críticas al dominio de los Estados Unidos (considerados como “dueños del mundo”) y su solidaridad con las repúblicas centroamericanas (particularmente con Cuba aunque también con las Filipinas)³⁸ fue un factor que sin duda alguna contribuyeron a difundir de mejor modo la problemática del neocolonialismo en México. Asimismo, la fundación del Socorro Rojo Internacional en el mes de abril, de la sección mexicana de la Ayuda Obrera Internacional³⁹ (constituida por “obreros de todas las tendencias” como versión local del Socorro Obrero Internacional) el 23 de julio, del Grupo Comunista Estudiantil por parte de alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, y de una primer célula antifascista⁴⁰ en el siguiente mes de agosto, se convirtieron asimismo en justos y hasta necesarios antecedentes del acto que, pocos meses más tarde, finalmente daría vida a la Liga Antiimperialista de las Américas.

El grupo dirigente de la Liga Antiimperialista

El grupo que asumió la dirección de la Liga una vez que ésta fue creada fue resultado del entrecruzamiento de múltiples experiencias y procesos militantes. En ella convivían desde intelectuales a dirigentes campesinos, desde artistas a líderes sindicales, militantes mexicanos junto con otros provenientes de los Estados Unidos así como también de otros países latinoamericanos, conformando así un amplio y variado mosaico que si bien en algunas circunstancias pudo haber obstaculizado el normal funcionamiento de la organización antiimperialista, por la otra, contribuyó a enriquecerla notablemente.

Dada su importancia creciente, y al mismo tiempo, la ausencia de militantes experimentados en la lucha política y con una adecuada formación ideológica, no resultaba extraño que gran parte de la dirección de la Liga mexicana coincidiera con la

³⁸ Ver *El Machete* N° 8 (16-31/7/1924: 4). Por otra parte, en el N° 13 ya se iba precisando la futura línea ideológica de la LADLA: “El mundo comienza a comprender la importancia económica de América Latina. El capitalismo de los Estados Unidos la emplea como un apoyo en contra de la Europa agotada, en su lucha por la hegemonía mundial. Y la usa para alejar de sus playas la crisis económica europea, salvando así a todo el sistema capitalista. La Internacional amarilla de Ámsterdam comienza a ver que la Europa agotada no provee ya medios económicos y envía (...) a la América Latina para ganar nuevas cuotas y reconstruir así su bancarrota moral y material. Debemos luchar por atraer los movimientos obreros de América Latina a donde deben estar afiliados: a la Internacional Sindical Roja, a la Internacional de la lucha contra el imperialismo y en pro de los pueblos oprimidos, la Internacional de los indios, de los negros, de los chinos, de los mestizos, de los blancos, de las razas de todos los colores” (21-28/7/24: 4).

³⁹ Según se informaba, su secretario general era Miguel O. de Mendizábal; de correspondencia, Jesús Aguirre; de actas, Rafael Carrillo; y su tesorera, Refugio García. Ver *El Machete* N° 10 (21-28/8/24: 4).

⁴⁰ Dicho grupo, motorizado por el PCM, fue creado para organizar una demostración en contra de la visita al puerto de Veracruz de un barco propagandístico proveniente de la Italia fascista de Mussolini. Conformado mayormente por miembros de la comunidad italiana residentes en México, fue cofundadora de dicho agrupamiento la fotógrafa Tina Modotti, quien luego tendría una muy extensa trayectoria como militante y luego dirigente comunista (Barckhausen-Canale: 1989: 106-107).

del PCM, en un ejercicio que muchas veces obligaba a la superposición de roles. Estos fueron los casos de los pintores Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Xavier Guerrero, y más tarde también del poeta estridentista Germán Lizt Arzubide, quienes cumplirían una labor fundamental como orientadores ideológicos de la Liga y como verdaderos referentes internacionales; de dirigentes agraristas como Úrsulo Galván y Manuel Almanza, quienes para mediados de los años '20 y gracias a su constante labor habían logrado constituir la mayor base territorial del PCM en el estado de Veracruz; de dirigentes como Rafael Carrillo y Hernán Laborde, provenientes de las filas sindicales (el primero como obrero linotipista y el segundo como ferroviario), quienes aportarían a la Liga su experiencia como organizadores del Partido; de intelectuales como el alemán Alfons Goldschmidt⁴¹, del diputado y educador Luis G. Monzón, y del historiador y diplomático Rafael Ramos Pedrueza; y también de activistas provenientes de los Estados Unidos, como fue el caso de los *slackers* Manuel Gómez y Bertram Wolfe y, posteriormente, también de aquellos exiliados provenientes de distintos países de la región, como el cubano Julio A. Mella y el venezolano Salvador de la Plaza, quienes resultaron fundamentales a la hora de otorgarle un definitivo cariz latinoamericano a la organización. Por último, no podemos dejar de mencionar la colaboración de una camada de líderes e intelectuales compenetrados con el espíritu socialmente transformador de la Revolución y que si bien no estaban ubicados dentro del campo del marxismo leninismo, resultaban innegables sus estrechas vinculaciones con el PCM y, sobre todo, con organizaciones frentistas como la Liga Antiimperialista: fueron justamente los casos del diplomático Ramón De Negri y del economista Jesús Silva Herzog, entre muchos otros, ubicados todos ellos dentro de aquella corriente caracterizada como populista, “nacionalista revolucionaria” o bien “demócrata revolucionaria”⁴², según los distintos calificativos con los que fue bautizada.

La vanguardia artística y radical

Diego Rivera, el famoso pintor muralista, fue quien probablemente más contribuyó a construir el necesario puente entre el Partido y, más específicamente la Liga, con el variado conjunto de intelectuales y artistas que pronto comenzó a militar en sus filas. Desde su regreso a México en 1921, tras una permanencia de quince años en Europa, Rivera se puso a la tarea de agrupar al núcleo más activo de la intelectualidad artística del país. El primer resultado de este intento fue la creación del Grupo Solidario del Movimiento Obrero, una asociación cercana al PCM (que, sin embargo, llegó a pedir su propia admisión a la Internacional Comunista) y en cuya constitución también trabajó el intelectual de izquierda y teórico del sindicalismo Vicente Lombardo Toledano.

Bajo la concepción de los artistas también eran obreros, el Grupo Solidario exigió, entre otras cosas, la socialización del arte, la producción de obras monumentales de acceso público así como la liquidación del individualismo burgués, ya sea mediante la creación

⁴¹ Nacido en 1879, Alfons Goldschmidt presidió la Liga Alemana por los Derechos del Hombre y en 1920 visitó por primera vez la Unión Soviética, de la que se volvió un importante propagandista. Estrechamente vinculado a Willi Münzenberg, fue designado miembro de la dirección del Socorro Obrero Internacional y como su principal representante en América Latina. Arribó a México en 1922, luego de una invitación formulada por José Vasconcelos, a quien conoció durante una estancia en Córdoba, Argentina. Especialista en el análisis económico sobre el imperialismo, es muy probable haya sido el representante de Münzenberg durante la constitución y primeros tiempos de la LADLA.

⁴² Categoría ésta última adoptada por Arnoldo Martínez Verdugo en su *Historia del comunismo en México* (1985).

colectiva de murales y la renuncia a firmar sus obras. Pronto consiguió fundar diversas secciones en Morelia y Guadalajara mientras se integraban a él las figuras más importantes del arte y de la intelectualidad de la época, entre ellas, los pintores José Clemente Orozco, Xavier Guerrero y Adolfo Best Maugard; los escultores Ignacio Asúnsolo y Germán Cueto; los escritores Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri; el poeta Carlos Pellicer; el crítico de arte Jorge Juan Crespo de la Serna; la actriz Lupe Rivas Cacho; el arquitecto Alberto Vázquez del Mercado y el antropólogo Alfonso Caso. Por su parte, David Alfaro Siqueiros, otra de las principales figuras de la pintura muralista que muy pronto tendría una participación destacada en el PCM, recién se integró a este núcleo vanguardista, comprometido en lo artístico y en lo político, una vez que hubo retornado de Europa en 1922, convocado por Vasconcelos y por Lombardo Toledano para colaborar en la decoración del antiguo Colegio de San Ildefonso, en pleno Centro Histórico del Distrito Federal.

Para los últimos días de agosto de 1922 el Grupo Solidario estuvo finalmente constituido, aunque la variedad de intereses entre sus miembros, y la participación de la CROM en la etapa final de su proceso formativo pronto determinaron su disolución. Pero fue para fines de 1922 y principios de 1923 que gran parte de los miembros fundadores del Grupo Solidario hicieron su entrada al PCM: en efecto, y motivados en cierta medida por la incorporación primera de Rivera y por el puente tendido por el dirigente y periodista Rosendo Gómez Lorenzo (convertido tiempo después en el principal redactor de la prensa comunista mexicana), se sumaron a la todavía joven organización artistas como el propio Siqueiros y Xavier Guerrero, ambos de importante actuación en la futura dirección de la Liga Antiimperialista, junto a Fermín Revueltas, Jorge Juan Crespo de la Serna, Germán Cueto, Amado de la Cueva⁴³, Máximo Pacheco y otros, quienes tiempo más tarde darían vida al Sindicato de Obreros, Técnicos, Pintores y Escultores que tuvo su gran aporte a la izquierda mexicana y latinoamericana en la fundación de su órgano de prensa al cabo de un tiempo adoptado como vocero oficial del partido. Por otra parte, y junto con la participación de este conjunto de artistas conformados en torno *El Machete*, hubo también otros núcleos vanguardistas, o prominentes miembros de ellas, que progresivamente fueron acercándose a la estructura del PCM y a la de sus frentes paralelos: fueron los casos, por ejemplo, de la Liga de Escritores Revolucionarios⁴⁴ y, más aún, del grupo de escritores y poetas “estridentista” uno de cuyos más representativas personalidades, Germán List Arzubide, se haría cargo de la dirección de *El Libertador* poco tiempo antes de su desaparición, a mediados de 1929⁴⁵.

⁴³ Pintor, ayudante de Diego Rivera y dirigente antiimperialista de Guadalajara, Amado de la Cueva moriría trágicamente en un accidente automovilístico el 1° de abril de 1926.

⁴⁴ Existente por lo menos desde 1924, la Liga de Escritores Revolucionarios de México, incluía a autores como Carlos Gutiérrez Cruz, María Velázquez y Concepción Michel, quienes hacían presentaciones y giras promocionales por todo el país.

⁴⁵ Formalmente, el estridentismo tuvo su nacimiento el 31 de diciembre de 1921 con la aparición de *Actual N° 1*, hoja volante que llevaba la firma de su fundador, el poeta poblano Manuel Maples Arce. Vanguardista, rupturista, modernizante, con claras reminiscencias del movimiento futurista italiano, sin por ello dejar de vincularse cada vez más a las problemáticas sociales mexicanas, el estridentismo se difundió desde la literatura y la poesía hacia otros campos como la fotografía y la música, generándose varios grupos de seguidores en distintas ciudades del país. Ante la persecución a que fue sometido por el gobierno central, su más importante núcleo fue el constituido en Veracruz, donde cierto cobijo del gobernador Heriberto Jara, destacándose pronto Germán List Arzubide como principal referente del movimiento en su vertiente más cercana al comunismo (List Arzubide, 1980 y 1983).

En suma, puede decirse que la participación de la vanguardia artística fue de fundamental importancia para la Liga Antiimperialista, no sólo desde el campo puramente pictórico, como lo señalan la gran cantidad de ilustraciones que embelleció las páginas de *El Libertador* (aportando, además de un claro sentido estético, una orientación ideológica no menor y plenamente imbuida de un contenido didáctico a fin de hacer comprender a nivel masivo las implicancias del imperialismo), sino también a partir de una práctica militante concreta, como lo probó el desempeño del poeta Litz Arzubide o más aún del propio Rivera como director de dicha publicación, como secretario de la sección mexicana y, finalmente, también como representante latinoamericano en el comité ejecutivo de la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional, la Liga Antiimperialista mundial.

Los campesinos

Si bien es cierto que los distintos conflictos políticos e ideológicos que surcaron al Partido Comunista Mexicano durante sus primeros años de vida obstaculizaron su progreso y su captación de masas en el ámbito de las ciudades, por el contrario, el campo resultó un terreno fértil para el reclutamiento, sobre todo, una vez que entró en declive el movimiento inquilinario. Así, y en comparación con los restantes partidos latinoamericanos, “el PCM fue el primero en crearse fuertes bases en el campesinado” (Carr, 1996: 46). Producto de una fuerte actividad desarrollada, sobre todo, entre 1922 y 1923, los comunistas mexicanos lograron establecer vínculos con importantes y combativos movimientos agraristas regionales, así como también contribuyeron a dar vida a organizaciones de nuevo tipo, mayormente apartidarias, que reivindicaban la lucha por la tierra y por la producción controlada por los mismos trabajadores del campo. Particularmente, el PCM forjó alianzas con las ligas campesinas de Michoacán y de Veracruz, cuya Liga de Comunidades Agrarias (LCA) estaba liderada por varios comunistas, entre ellos, Manuel Almanza y Úrsulo Galván, este último, primer director de *El Libertador*, el periódico de la Liga, y uno de los más importantes dirigentes de la nueva organización (Fowler Salamini, 1979).

Surgidos de las luchas agraristas que buscaban una mejor condición de vida para los campesinos veracruzanos, Galván, junto con Almanza y otros trabajadores más, no tardaron en establecer relaciones con los primeros comunistas mexicanos, particularmente, con Manuel Díaz Ramírez, constituyendo en 1920 el primer local del partido en Veracruz⁴⁶. Interesado en la formación de cooperativas campesinas, Galván

⁴⁶ La sección veracruzana del Partido Comunista remonta sus orígenes a 1918 cuando un conjunto de extranjeros comenzó a sentar las bases de una corriente de desconocimiento a la figura de Morones como titular del Partido Socialista de los Trabajadores, fundado por él mismo el año anterior. A partir de 1919, su historia no fue demasiado diferente a la del PCM en sus inicios: mientras que la facción moronista pretendía seguir los lineamientos fijados por la Segunda Internacional, los dos grupos comunistas originarios, encabezados por M.N. Roy y José Allen, y por Linn Gale prefirieron, en cambio, apuntar su interés en dirección a Moscú y a la Industrial Workers of the World, respectivamente. En tanto que la filial veracruzana del PCM se fundó en los últimos meses de 1919, cuando Manuel Díaz Ramírez creó en el puerto un grupo de estudios marxistas denominado “Antorcha Libertaria”, que incluyó a Herón Proal, Manuel Almanza y Úrsulo Galván. Con esa base, y asistido por organizadores de origen extranjero como José Rubio, Sebastián San Vicente (ambos de origen español y provenientes de Cuba, donde colaboraron en la difusión del comunismo), Luis Cruz y Steiner Wolf, Díaz Ramírez organizó el primer local de los

recorrió todo el territorio del estado, tomando parte luego del mayor movimiento de protesta de toda época en México, aquel encabezado por los inquilinos que se negaban a pagar sus rentas y que debido a las dimensiones alcanzadas, pronto dio lugar a una fuerte ola represiva. Luego de acallada la protesta, y con fondos del Sindicato de Inquilinos, Galván conformó una Comisión Organizadora encargada de asegurar el reparto de tierras entre los campesinos. Gracias a su incansable labor, hacia en los primeros años de la década del '20, Galván fue reconocido como el máximo líder de los agraristas veracruzanos, quienes iniciaron una persistente campaña guerrillera oponiéndose por igual al gobierno central, a los terratenientes y a sus guardias blancas. En cambio, fue fundamental para la supervivencia del movimiento campesino el amparo otorgado por el gobernador de Veracruz, el Coronel Adalberto Tejeda, quien estableció una perdurable alianza con Úrsulo Galván y su sector que, años más tarde, no dejaría de traer serias consecuencias para la estrategia del PCM, una vez que éste quisiera cortar lanzas con todos aquellos dirigentes que no pertenecieran al “espíritu proletario” de los nuevos tiempos. Con el apoyo del gobernador, Galván convocó a los comités agrarios de todo el estado y en marzo de 1923 llamó a la organización de la mencionada Liga de Comunidades Agrarias, cuyos delegados no tardaron en convertirlo en presidente de la flamante entidad.

Convertido ya en uno de los importantes cuadros comunistas de todo México, en abril de 1923 Galván fue elegido como miembro del Comité Ejecutivo del PCM y como integrante de sus comisiones de política y de asuntos agrarios. Dada la importancia adquirida en tan poco tiempo por el campesinado mexicano, en el mes de octubre del mismo año asistió a la Primera Conferencia Internacional Campesina realizada en Moscú, acontecimiento considerado como el origen de la Krestintern. Una vez allí fue designado como uno de los nueve miembros y como el único latinoamericano integrante del buró del Congreso de la naciente Internacional Campesina, la que por otra parte se permitió recomendar “el establecimiento del frente único con los agraristas y las pequeñas organizaciones campesinas contra el imperialismo norteamericano (y) entrar en contacto con la Liga antimilitarista norteamericana y con su órgano”⁴⁷. De regreso a México, en diciembre de 1923, Galván, junto con Rafael Carrillo, hizo escala en La Habana en una breve estadía lo que les permitió tomar un contacto directo con los grupos radicales que un año y medio después darían origen al Partido Comunista Cubano y a su Liga Antiimperialista. Al siguiente año, y mientras comenzaba su mandato como diputado en la legislatura de Veracruz pidió la afiliación del brazo campesino en la Internacional Comunista por resolución del Tercer Congreso del Partido Comunista Mexicano. De este modo, la principal base del mayor partido comunista latinoamericano quedaría vinculada, de manera directa, con uno de los centros de operaciones del comunismo a nivel mundial. En estas condiciones, fue tal el peso político que llegaron a tener los movimientos agraristas dentro del comunismo mexicano que, en la práctica, y debido a sus debilidades organizativas, financieras y

comunistas en Veracruz, con una ideología que, en realidad, “era una extraña mezcla de Prodhon, Bakunin, Kropotkin y Max Nordau (Fowler Salamini, 1979: 49-50). Úrsulo Galván y Manuel Almanza, compañeros de militancia de estrecha amistad, ingresaron al PCM en 1919, incentivados por la actitud conciliadora seguida por la Casa del Obrero Mundial en la huelga de los trabajadores petroleros de la Huasteca, en la que ambos se formaron como agitadores.

⁴⁷ *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (en Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México: Rollos N° 11/535-1-1 y 11/535-1-96).

teóricas, el PCM debió subordinar sus actividades en dicho ámbito a la Liga Nacional Campesina, organización creada en 1926 para agrupar bajo un mismo objetivo a las asociaciones campesinas “rojas”.

Ante la proyección internacional alcanzada en tan poco tiempo por Úrsulo Galván, y teniendo en cuenta su importante capacidad organizativa, no resultó extraño entonces que el Partido Comunista lo seleccionara a él para poner en marcha a *El Libertador*, sabiendo que éste medio era el principal medio de difusión de la Liga Antiimperialista.

Los populistas y los intelectuales radicales

Fue sobre todo después de la crisis final del movimiento inquilinario y de la consecuente ruptura con el anarquismo mexicano que el PCM se vio en la necesidad de entrar en relaciones cada vez más estrechas con el actor fundamental de la escena política de los años '20 y '30: el movimiento populista o “demócrata revolucionario”, ligado indisolublemente al espíritu progresista de gran cantidad de generales y dirigentes revolucionarios y que fundamentalmente se ocupó de expresar “los intereses y las aspiraciones de los campesinos, la clase oprimida más activa y de mayor experiencia política de los primeros treinta años del siglo XX mexicano” (Martínez Verdugo, 1985: 61). La vinculación entre ambos movimientos se fue dando de manera prácticamente natural, ayudada por la fuerte impronta revolucionaria presente en ellos y, al menos durante los primeros años desde la fundación del PCM, sin que existieran trabas ideológicas o, más aún teóricas, que pudieran refrenar tal encuentro. De hecho, y como ya se pudo apreciar, no resultó extraño el hecho de que algunas de las figuras más representativas del populismo revolucionario, como fueron los casos del dirigente yucateco Francisco Carrillo Puerto y del general michoacano Francisco Múgica, también cumplieran funciones dentro de la primigenia estructura del comunismo mexicano, más específicamente, dentro de su Buró Latinoamericano comandado por la Comintern⁴⁸. El activo respaldo brindado por el Gral. Álvaro Obregón en momentos en que parecía fortalecerse la insurrección delahuertista y el apoyo que a la par se le otorgó al Gral. Plutarco Elías Calles para las elecciones presidenciales de 1924 no fueron sino algunas de las más importantes muestras de este creciente acercamiento entre los comunistas y los más destacados caudillos revolucionarios de la época, como así también lo fue la relación establecida con el Gral. Adalberto Tejeda, dos veces gobernador del estado de Veracruz (entre 1920 y 1924, y entre 1928 y 1932), férreo opositor al proyecto de creación de un partido oficial y, más tarde, fundador del Partido Socialista de las Izquierdas.

La Liga Antiimperialista se nutrió particularmente de este tipo de figuras las que, sin ser estrictamente comunistas, estaban interesados y en algunos casos resultaban solidarios también con el proceso revolucionario vivido en la Unión Soviética: fueron los casos de Jesús Silva Herzog y de Ramón de Negri. Como miembros de una élite intelectual radical que pronto supo ubicarse en cargos de importancia política, estos colaboradores

⁴⁸ Carrillo Puerto, forjado en las filas zapatistas durante la Revolución, fundó la Liga Central de Resistencia de Yucatán y el Partido Socialista de Yucatán (desde 1921 conocido como Partido Socialista del Sudeste); en 1918 fue uno de los fundadores del Grupo de Jóvenes Socialistas Rojos y en 1920 colaboró junto con José Allen en el establecimiento del PCM. En tanto que el General Francisco Múgica, líder de la corriente revolucionaria democrática del Congreso Constitucional de Querétaro y dirigente del Partido Socialista de Michoacán, también colaboró con Allen en la misma empresa, aunque entre fines de 1920 y principios de 1921 abandonó el Partido Comunista.

del comunismo mexicano entendían lo difícil de aplicar en su totalidad la Constitución de 1917, aunque esperaban influenciar en la política gubernamental a fin de lograr la tan ansiada reforma agraria, redimiendo a los sectores subalternos de la pobreza. Sin buscar en ningún momento reemplazar el sistema legal mexicano por el soviético, ya que consideraban que esto era prácticamente irrealizable, en cambio sí se dejaron seducir por algunos éxitos de los rusos en la educación de masas, en la construcción de cooperativas, en la organización partidaria y militar, etc. En suma y sin nunca actuar como un grupo cohesionado, dicha élite se vio a sí misma como la conciencia del gobierno al que servía, como ideóloga del avance en educación, bienestar social y fortalecimiento del Estado en un momento de estabilización de la revolución y con un claro conocimiento acerca de la realidad geopolítica mexicana de la época (Spencer, 1998: 74-7).

Silva Herzog, uno de los más importantes intelectuales, historiadores y economistas mexicanos del siglo XX, ocupó numerosos puestos en la Secretaría de Hacienda durante los años '20, creyendo que únicamente desde dentro podían ser modificadas las deficiencias administrativas del Estado; su pensamiento de izquierda y su vocación antiimperialista resultaron evidentes en su respaldo a la campaña sandinista y en su participación en el comité "Manos Fuera de Nicaragua" (Naufal Tuena, 1996: 57). Más tarde, en 1928, el interés por estudiar los métodos para industrializar en un país no desarrollado y su deseo de conocer de cerca a la revolución bolchevique, llevó a Silva Herzog a solicitar al presidente Portes Gil que lo enviara a la Unión Soviética como embajador. Por su parte, Ramón de Negri también trabajó en distintos puestos administrativos durante la década del '20, destacándose inicialmente en el servicio secreto mexicano y cumpliendo luego, como diplomático, una extensa trayectoria en la que también actuó como uno de los primeros funcionarios mexicanos decididos a impulsar una política de acercamiento con la Unión Soviética⁴⁹. De fuerte amistad con el embajador soviético Stanislav Petkovski, Ramón de Negri tuvo asimismo una importante llegada al presidente Calles, de quien se convertiría en asesor personal y en su representante ante el comité organizador del congreso antiimperialista de Bruselas de 1927 del que, sin embargo, no pudo tomar parte⁵⁰. Así, la original naturaleza frentista de la Liga logró constituir un amplio espacio de convivencia que, propiciado por los comunistas, redundaría a la larga en un mayor acercamiento hacia aquellas otras corrientes identificadas con el populismo revolucionario y, más precisamente, con su élite intelectual⁵¹. Sin embargo, este acercamiento duraría hasta mediados de 1927, cuando el realineamiento del gobierno de Calles, desde ese entonces cada vez más bajo

⁴⁹ En octubre de 1919, mientras se desempeñaba como cónsul general en Nueva York, dos funcionarios soviéticos le propusieron a De Negri la instalación de una misión comercial rusa en México. La propuesta fue finalmente rechazada por Carranza, temeroso de que un acercamiento con Moscú pudiera terminar de empeorar su relación con los Estados Unidos. Pese a ello, pocos meses más tarde, en mayo de 1920, Carranza terminó siendo derrocado.

⁵⁰ En una carta al ex embajador Pestkovsky, fechada el 8 de febrero de 1927, De Negri aseguraría desde Berlín que "aunque fui nombrado miembro de la Presidencia, no me fue posible al fin aceptar porque el Gobierno de México me lo prohibió por mi puesto diplomático. Muchísimo lo lamento, pues era una oportunidad brillante para exponer el caso México, ya que conozco yo perfectamente su situación internacional desde hace muchos años". Correspondencia de Ramón de Negri a Stanislav Pestkovsky. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (en Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México: Rollos N° 11/535-1-149).

⁵¹ Además de los arriba mencionados, otros dirigentes cercanos al comunismo de la época fueron el Gral. Lázaro Cárdenas; el gobernador de Jalisco José Guadalupe Zuno; los colaboradores de los gobiernos de Obregón y Calles Narciso Bassols, el Gral. Heriberto Jara, Ignacio García Téllez; los diputados cardenistas Gilberto Bosques y Luis Mora Tovar, entre otros.

la órbita de Washington y en detrimento de su anterior aproximación a Moscú, provocase el alejamiento del núcleo radical, cada más crítico hacia la política conciliatoria del presidente, como fue el caso de De Negri, enviado como embajador a Alemania en una suerte de exilio diplomático.

Más allá de todas las similitudes y de los intereses en común, las relaciones entre comunistas y populistas no dejaron de ser contradictorias: su fuerte carácter caudillesco, la falta de una teoría clara que sustentara sus posiciones políticas y el carácter desarticulado y por momentos puramente local de los segundos fueron factores que de manera inevitable tensaron las relaciones entre ambos grupos. El giro a la izquierda vivido por el PCM a fines de la década del '20, propiciado por la Comintern e incentivado además por el avance autoritario del gobierno mexicano puso fin a este primer ensayo de frente único y, en consecuencia, señaló los límites a los que el comunismo podía llegar en su interés por realizar acuerdos con grupos, sectores y partidos que, en realidad, podían llegar a ubicarse muy lejos de su propia ideología. En todo caso, hubo que esperar hasta mediados de la siguiente década para que, ahora bajo la estrategia de los frentes populares, pudiera producirse el reencuentro entre los comunistas y los partidarios del populismo revolucionario, encarnado ahora en la atrayente figura del presidente Lázaro Cárdenas.

Los slackers

A nivel de las organizaciones obreras, uno de los factores que con más fuerza contribuyó al acercamiento entre México y los Estados Unidos fue la profundización de la persecución a la izquierda en este último país. En este sentido, uno de los aspectos menos conocidos en la historia de los Estados Unidos tuvo lugar cuando a partir de 1917, año de entrada de ese país en el conflicto, pero también de la Revolución Rusa, comenzó a ejercerse una persecución sistemática contra aquellos militantes de la izquierda, y particularmente del Partido Socialista, que se oponían a la política bélica de Woodrow Wilson. Así, “la entrada de los Estados Unidos en la guerra (dio) origen a una violenta explosión de ‘norteamericanismo ciento por ciento’, dirigida no sólo contra los que adoptaban líneas antibelicistas o pacifistas, sino también contra todo género de izquierdismo y contra los inmigrantes que no se identificaban plenamente con el ‘modo de vida’ norteamericano” (Cole, 1963: 240). Sin embargo, fue a principios de 1918 cuando esta política persecutoria comenzó a vivir su punto más álgido⁵². Los socialistas norteamericanos vieron cada vez más comprometida su situación en los Estados Unidos, pues no sólo se les negaba el uso del correo para la distribución de su prensa partidaria, sino que además una cantidad cada vez mayor de dirigentes y escritores fue encarcelada por delitos contra la legislación especial que fue rápidamente promulgada para aplicarla a cualquier acusado de obstaculizar el reclutamiento del servicio militar o de obstruir, de alguna manera, las medidas necesarias para la continuación de la guerra. Así, los tribunales apenas escuchaban a los críticos u opositores de la política belicista norteamericana “y el propio presidente Wilson apoyaba plenamente a los perseguidores más intransigentes de los socialistas entre los funcionarios federales” (Cole, 1963: 238).

⁵² Bajo el pretexto de un complot anarquista y bolchevique, a partir del 2 de enero de 1918 se produjo el arresto simultáneo, en unas setenta ciudades norteamericanas, de decenas de miles de ciudadanos progresistas, anarquistas y socialistas, estadounidenses y extranjeros. Los detenidos fueron maltratados, sometidos a interrogatorios, asesinados, etc. Unos 3,500 detenidos fueron deportados. Las investigaciones fueron encabezadas por el Procurador General A. Mitchell Palmer, asistido por el joven del *Bureau of Investigation*, J. Edgar Hoover (Barkhausen-Canale, 1989: 56).

Por otra parte cabe resaltar que además de la legislación federal sobre la sedición, también los estados promulgaron sus propias leyes represivas, las que fueron apoyadas por los sindicatos de la Federación Americana del Trabajo, bajo la dirección de Samuel Gompers⁵³.

Frente a la creciente persecución a que eran sujetos en los Estados Unidos, y ante su negativa a integrar las filas del ejército de su país bajo una firme postura antibélica, varios cientos de ciudadanos norteamericanos decidieron cruzar el Río Bravo para de esa manera poder continuar con su actividad política, pero ahora, bajo la legislación de un país que en principio se mostraba más permisivo para la crítica a la guerra y, en términos generales, a las consecuencias sociales del capitalismo. La prensa estadounidense no tardó en calificarlos, no sin una gran cuota de desprecio, como *slackers*, término que podría ser traducido como “flojos”, “negligentes” o, peor aún, como “cobardes”, si bien ellos mismos asumieron esta denominación como un elogio. Aunque en realidad no eran demasiados los que habían desarrollado actividades políticas en los Estados Unidos antes de su partida, algunos de los *slackers* no dudaron en integrarse a las filas de la izquierda mexicana, contribuyendo así a la fundación del PCM en 1919, y cinco años más tarde, también a la de la LADLA⁵⁴. De todos ellos, seguramente los más importantes fueron Lynn Gale (fundador de un partido comunista rival del luego oficial PCM), el periodista Carleton Beals (quien en la siguiente década se haría conocido por una serie de entrevistas realizadas al Gral. Sandino durante el momento de mayor auge del enfrentamiento contras las fuerzas de ocupación norteamericanas en Nicaragua), Richard Francis Phillips, mejor conocido bajo el alias de “Manuel Gómez” (otros seudónimos utilizados a lo largo de su trayectoria política fueron los de “Frank Seaman” o “Siman”, “Jesús Ramírez” o “Romínez”, “Charles Shipman”, “David Tanner”, “Manuel Díaz de la Peña” y “José Rocha”) y Bertram Wolfe⁵⁵.

⁵³ Por otra parte, el fin de la contienda mundial no sólo no produjo un relajamiento de las persecuciones ni de su tendencia antisindical sino que, por el contrario, provocó una intensificación de ambas. Al mismo tiempo, y como la guerra todavía no había terminado formalmente con la firma del armisticio, siguieron los procesos bajo la Ley de Sedición y los ya encarcelados por delitos en época de guerra permanecieron en prisión a pesar de las apelaciones en favor de una amnistía. En 1919 estalló una oleada de huelgas en los Estados Unidos, que fueron aprovechadas por el gobierno para acusar por desestabilización a las organizaciones de izquierda, progresistas y sindicales. Así fue como Eugene Debs, el líder socialista más importante de toda esta época, fue encarcelado en 1919 por haber dado un discurso contra la guerra a mediados del año anterior, pudiendo ser liberado recién en la Navidad de 1925 (Cole, 1962: 241, 243).

⁵⁴ Una nota aparecida en la *Gale's Magazine*, escrita por el propio Linn Gale para su difusión en los Estados Unidos, llamaba a la inmigración de sus compañeros a México bajo las siguientes premisas, ciertamente, un tanto idealizadas: “El gran atractivo de México está, naturalmente, en el hecho de que en el sentido más amplio en que esta palabra se pueda utilizar dentro del capitalismo, este es un país libre. Hay absoluta libertad de la palabra, la prensa y la opinión en México. Bolcheviques, sindicalistas, anarquistas y gente de cualquier otra filosofía económica o política pueden decir lo que piensan, sin temor a ser perseguidos. En el gobierno hay muchos radicales. Los sentimientos radicales se encuentran por dondequiera, y según el *New York Times*, México podría transformarse en la ‘Rusia Soviética de América’” (citado en Barckhausen-Canale, 1989: 63).

⁵⁵ Otros dos emigrados norteamericanos cuya actuación fue de gran importancia para el establecimiento del comunismo mexicano fueron Irving Granich, conocido más tarde como el escritor Mike Gold, y Henryd Glintenkampf, caricaturista de la revista *The Masses*. Asimismo, hubo otros dos *slackers* que se volverían famosos durante la siguiente década y que cumplirían con un importante papel para la expansión internacional del movimiento comunista y de organizaciones como la LADLA: los obreros italianos Nicola Sacco y Bartolomé Vanzetti (Barckhausen-Canale, 1989: 55).

Por su experiencia en el campo militante tanto por sus conocimientos teóricos, los *slackers* cumplieron así un importante papel no tan sólo para la formación de la izquierda mexicana, fundamentalmente para su Partido Comunista, sino que también contribuyeron en gran medida a aceitar los vínculos con las organizaciones de izquierda de los Estados Unidos a las que ellos habían pertenecido antes de su huída a México. Por otra parte, y una vez que regresaron a Norteamérica, en un traslado realizado a veces voluntariamente y a veces motivado por deportaciones, varios *slackers*, como Manuel Gómez y Bertram Wolfe, fungieron como nexos directos entre el PCM y la dirección estadounidense del Workers Party: asimismo, ambos cumplieron roles de gran importancia (y en el caso del segundo, no siempre de plena armonía) tanto en de la sección mexicana de la Liga Antiimperialista como dentro de la filial estadounidense.

ARGENTINA

La cuestión del imperialismo en los primeros tiempos del Partido Comunista

En un caso similar al mexicano, aunque con varias diferencias existentes, podemos observar que también en Argentina la problemática del imperialismo estuvo directamente enraizada en el surgimiento de su Partido Comunista, incluso cuando éste era todavía una facción dentro del Partido Socialista opuesto terminantemente a la participación del país en la Primera Guerra Mundial. Si bien es verdad que el neutralismo ante el conflicto era la postura política predominante en la política argentina de la época, el hundimiento del barco “Monte Protegido” en 1917 vino a trastocar seriamente las cosas⁵⁶. La representación parlamentaria del socialismo no fue ajena a la oleada belicista que se pronunció por la participación argentina en contra de Alemania y del imperio Austro-Húngaro, generándose así un clima de tensión y finalmente de ruptura hacia el interior del partido de Juan B. Justo.

Un cada vez más amplio grupo de jóvenes socialistas que se había empezado a conformar hacia 1911 enfrentándose a las posturas reformistas de la mayoría de la dirección partidaria, y que gracias a un hábil y persistente trabajo de zapa había logrado dar vida en 1914 al Comité de Propaganda Gremial⁵⁷ (vinculado a varios sindicatos de los cuales la Federación Gráfica era el más importante) y dos años más tarde a la Federación de las Juventudes Socialistas, terminó por constituirse en una seria amenaza para el sector dirigente. Ante la disputa de poderes que inevitablemente parecía avicinarse debido a la fuerte inserción que este grupo estaba obteniendo en el movimiento obrero, en 1917 la dirección del PS optó por disolver el Comité de Propaganda Gremial⁵⁸. Pero sería la cuestión imperialista, sumada a la ya existente polémica entre reforma y revolución, la que de hecho terminaría por generar la crisis entre los dos sectores del socialismo, uno el del bloque parlamentario⁵⁹ y la dirección del periódico *La Vanguardia*, que abogaba por la participación argentina en la guerra junto con Inglaterra y Francia (privilegiando así la alianza con la oligarquía agropecuaria exportadora), y otro, más vinculado con las juventudes y las bases sociales y obreras del Partido, que no dudó en caracterizar al conflicto como producto de la rivalidad interimperialista de las naciones europeas y estadounidense, exigiendo así una política neutral, internacionalista y de boicot a la guerra, tal como antes había sido

⁵⁶ Al principio de la guerra la mayoría de la población argentina era ‘neutralista’: algunos, por nacionalistas; la izquierda marxista en el PSA, por su oposición a la guerra; otros, de gran peso en la economía y el Estado argentino, por pro-alemanes; algunos sectores oligárquicos, por su proanglicismo y por mantener negocios con los alemanes. Por otra parte, los sectores profranceses, probelgas, y después de 1917, pronorteamericanos, fueron partidarios de la participación argentina en el conflicto. Por último, una gran parte de la vanguardia intelectual era aliadófila y por ello exigía la ruptura de relaciones con Alemania.

⁵⁷ Los objetivos del Comité de Propaganda Gremial fueron los de luchar contra las corrientes apolíticas en el movimiento obrero (anarquistas, anarco-sindicalistas, sindicalistas, etc.), organizar a los obreros desorganizados y ligar las luchas económicas con las políticas. Según Otto Vargas, “expresaron el renacimiento de la corriente marxista-revolucionaria en el movimiento obrero argentino” (2004: 152, T. 1).

⁵⁸ El pretexto utilizado para provocar su disolución fue que el movimiento sindical “es un movimiento autónomo que tiene sus fines y sus táctica propias y que por eso el Partido, que lucha por fines exclusivamente políticos, no debe tener relaciones íntimas y directas con él” (*Esbozo*, 1947: 17).

⁵⁹ Integrado por el senador Enrique del Valle Iberlucea y los diputados Juan B. Justo, Antonio de Tomasso, Enrique Dickman, Mario Bravo, Nicolás Repetto, Augusto Bunge, Antonio Zacagnini, Ángel Giménez y Francisco Cúneo.

manifestado en los primeros tiempos de la Segunda Internacional y, posteriormente, en las conferencias pacifistas de Zimmerwald, en 1915, y Kienthal, de 1916⁶⁰.

La oposición a la guerra permitió el ascenso y el conocimiento público de una nueva generación de líderes, entre los que se encontraban José F. Penelón y Juan Ferlini, miembros minoritarios del Comité Ejecutivo del PS, junto a otros referentes gremiales como el chileno Luis Emilio Recabarren, de fundamental importancia en la conformación de los primeros núcleos y partidos comunistas del Cono Sur. Junto a ellos, un grupo “centrista”, encabezado por Alberto Palcos y Guido Cartey, oscilaba en el apoyo a uno u otro bando. La difícil controversia instalada en el socialismo, y en el seno mismo de su dirección, obligó a convocar a un Congreso Extraordinario entre los días 28 y 29 de abril de 1917 (el tercero realizado en toda su historia, posteriormente conocido como el Congreso de “La Verdi”, por el nombre del salón en el que finalmente tuvo lugar). Pese a que en él fueron los llamados “internacionalistas” quienes ganaron, la bancada socialista optó por apoyar en el Parlamento la ruptura de relaciones con Alemania. La flagrante violación al mandato del Congreso llevó al sector triunfante a la lucha abierta contra la mayoría de la dirigencia partidaria y a la constitución de un “Comité pro-defensa de la resolución del Tercer Congreso Extraordinario”, hecho este último aprovechado por el grupo reformista para acusar a sus pares de “trabajo fraccional” y, finalmente, para expulsarlos del Partido, junto con los militantes centristas.

Aquellos que habían sido alejados del socialismo convocaron a otro congreso para la creación de un nuevo Partido cuando justo para ese entonces tuvo lugar la Revolución Rusa: la solidaridad con ella y, particularmente, con Lenin, se hizo sentir desde un primer momento a través de las páginas de *La Internacional*, el periódico dirigido por Penelón que comenzó a salir en agosto de 1917 y que desde su primer número se manifestó a favor del socialismo revolucionario⁶¹. Con este marco de referencialidad brindado por la Gran Guerra y por la experiencia rusa es que entre el 5 y 6 de enero de 1918 se llevó a cabo en Buenos Aires el congreso constituyente del Partido Socialista Internacional (PSI), antecesor directo del Partido Comunista, y que contó con la presencia de más de setecientos afiliados⁶². En dicho cónclave se analizó la situación nacional e internacional, se aprobó una declaración de principios, se dirigió un manifiesto a la clase obrera y se decidió la participación en las elecciones de ese mismo año. Su primer Comité Ejecutivo estuvo integrado, según el orden de votos, por Juan Ferlini, José F. Grosso, Aldo Cantoni, Guido A. Cartey, Pedro Zibecchi, Luis E.

⁶⁰ Aunque fue Lenin el inspirador y organizador de estas conferencias, cabe señalar que en ambas el grupo bolchevique se mantuvo en una posición minoritaria, ya que la mayoría fue ocupada por el sector kautskista o centrista, cuya condena a la guerra fue tan sólo en términos formales, y que por tanto rechazaba la propuesta de convertir el conflicto entre naciones en un conflicto de clases hacia el interior de cada sociedad, tal cual era la propuesta del futuro líder de la Revolución Rusa. Asimismo, la importancia de estas conferencias estriba en que se constituyeron en justos antecedentes para la posterior fundación de la Internacional Comunista.

⁶¹ En un artículo de *La Internacional* del 14 de septiembre de 1917 se planteaba que “Lenin y Kerenski aprecian muy distintamente el problema a cuya solución concurren. Se comprende que los métodos utilizados por ellos sean también distintos. ¿Cuál método será más proficuo en resultados de valor fundamental y permanente? En nuestro concepto no puede ser más que uno: el de Lenin” (*Esbozo*, 1947: 19). También gran cantidad de anarquistas y de sindicalistas revolucionarios (como Julio Arriaga, Emilio Troise, Bartolomé Bossio y Aquiles Lorenzo) se manifestaron a favor de Lenin, y en contra de la cúpula del PSA, que se inclinó más por Kerenski.

⁶² Para más datos acerca del proceso constitutivo del Partido Socialista Internacional puede consultarse Campione (2005).

Recabarren, Carlos Pascali, José Alonso, Emilio González Mellén y Arturo Blanco. En tanto que la dirección de *La Internacional* recayó en Penelón, quien de todas maneras fue considerado como el principal dirigente de la nueva organización⁶³. El crecimiento del PSI fue bastante acelerado pues en las elecciones llevadas a cabo en octubre de 1918 obtendría su primer concejal por la ciudad de Buenos Aires, Juan Ferlini, seguido por la designación de Penelón en noviembre de 1920. Finalmente, en su Primer Congreso Extraordinario, realizado en diciembre de 1920, el Partido resolvió aceptar las 21 condiciones propuestas por el II° Congreso de la Comintern para convertirse de ese modo en el Partido Comunista de Argentina (o bien Sección Argentina de la Internacional Comunista)⁶⁴.

Pese al auspicioso surgimiento del comunismo argentino, el propio *Esbozo* reconoce que éste no fue desde el principio “un Partido homogéneo, ideológica y políticamente” ya que en su seno aparecieron, desde temprano “corrientes ideológicas y políticas representativas de la influencia que ejercían los elementos pequeño-burgueses y artesanos” (1947: 29). En este sentido, y más allá de su inicial retórica revolucionaria, lo cierto es que al menos durante sus primeros tiempos de vida, la ideología socialdemócrata tuvo un peso determinante en la conformación doctrinaria de la nueva agrupación, tal como lo revela el *Informe dirigido a la Internacional Socialista*⁶⁵, cuya “Declaración de Principios” y su “Programa Mínimo” se parecían demasiado al del Partido Socialista del que pretendían distanciarse ideológicamente. En este sentido, la influencia de la doctrina justista se convirtió en un lastre con el que debió lidiar primero el Partido Socialista Internacional y luego el Comunista durante su primera década de vida: si bien es verdad que la mayor inserción dentro del movimiento obrero y la participación en su dirigencia de una gran cantidad de líderes provenientes del campo gremial le otorgó al nuevo partido un importante elemento diferenciador con respecto al socialismo, reafirmado luego por su sincera adhesión a la Revolución Rusa, por otra parte el conocimiento superficial de la doctrina marxista-leninista impidió que el PCA pudiera efectuar desde un primer momento una clara ruptura con sus orígenes ideológicos reformistas⁶⁶. En suma, la verdadera aunque no del todo completa separación entre ambas organizaciones se fue dando con el tiempo y, en gran medida, gracias a la acción directa y orientadora de la propia Internacional Comunista.

El predominio de aquellos dirigentes originarios del socialismo ejerció así un peso excesivo, a nivel doctrinario, que en principio no pudo ser contrabalanceado por aquellos otros militantes provenientes de las filas sindicalistas o anarquistas (quienes, por otra parte, fueron mayormente repudiados desde un inicio por su tendencia ultraizquierdista o, como solían decir en la época, “verbalista”). En este sentido, los

⁶³ Nótese que ninguno de los que se convertirían en los principales líderes del PCA a partir de mediados de los '20 figuró en la titularidad del Comité Ejecutivo original, ya que mientras que Victorio Codovilla fue 5° suplente, Rodolfo Ghioldi ni siquiera estuvo presente en aquel congreso (Oriolo, 1994: 27, T. 1). Según refiere Emilio Corbiere, el verdadero ascenso de Codovilla dentro de la estructura partidaria recién se produciría a partir de 1923, una vez que ubicara junto a Penelón y Ghioldi en su enfrentamiento con los chispistas, en tanto que su consolidación en la dirección del PCA se producirá recién hacia 1928 (Corbiere, 1998: 13).

⁶⁴ La decisión sin embargo tuvo un costo importante por el alejamiento del concejal Juan Ferlini.

⁶⁵ Este *Informe* fue luego publicado como *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*.

⁶⁶ “Entusiasmados en buena parte por la Revolución Rusa, más la sentían emocionalmente como un impulso de libertad que la comprendían dialécticamente como una explosión de la lucha de clases” (Agosti, 1974: 58).

principales afluentes que conformaron el núcleo inicial del PSI, más allá de sus diferencias y sus combates ideológicos, provenían casi todos de la matriz reformista justista: las Juventudes Socialistas, conducidas por Rodolfo Ghioldi, Victorio Codovilla, y José F. Penelón; los llamados “grandes viejos” de la generación fundacional del PSA, todos ellos ex militantes de la socialdemocracia alemana (como Germán Müller, Guillermo Schultze y Gotoldo Hümel); y, fundamentalmente, los “centristas” que todavía abrigaban la intención de un acuerdo con la dirección del PS para un eventual regreso a aquel partido. La posibilidad de un acercamiento con el socialismo fue todavía mayor cuando, hacia 1920, se formó dentro de éste una corriente llamada “tercerista” que saludó a la Revolución Rusa y, en consecuencia, buscó la admisión del PSA a la Tercera Internacional. Guiada originalmente por el senador Enrique del Valle Iberlucea (quien al poco tiempo volvería a ser cooptado por la dirección reformista), los miembros de la tendencia “tercerista” fueron expulsados por Juan B. Justo y en un “Congreso de las Izquierdas”, celebrado a fines de febrero de 1921 resolvieron su entrada al PCA, donde al poco tiempo comenzó a destacarse Orestes Ghioldi (conocido también como “Ghitor”) como conductor de la juventud comunista⁶⁷. Por otra parte, y como un primer puente para reafirmar los vínculos con Moscú, el comunismo argentino también se nutrió de una importante corriente de exiliados rusos, estrechamente relacionada con los bolcheviques, y que comenzó a actuar desde diez años antes de la creación del partido: entre ellos, se puede citar a Ida Bondareff de Kantor (corresponsal del periódico *El Proletario* dirigido por Lenin, y fundadora de la Biblioteca Rusa), su marido Moisés Kantor, Mijail Komin Alexandrovski (creador del grupo Avangard, de la Federación de Obreros Rusos de América del Sur y, luego, también importante agente cominteriano en el Cono Sur) y Major S. Mashevich (delegado por Argentina en el IIº Congreso de la Comintern y pronto convertido en uno de los principales operadores del PCA a su vuelta a Rusia)⁶⁸.

Sin embargo, no fue únicamente el reformismo el único lastre de origen socialista que debió sobrellevar el PCA en sus primeros años de vida: junto a él se hallaba también una imperfecta comprensión de la cuestión del antiimperialismo latinoamericano. Y en este sentido, es importante reconocer que si bien los futuros líderes comunistas acertaron desde un principio en el entendimiento de que, en el fondo, la Primera Guerra Mundial se trataba de un conflicto interimperialista, carecieron en cambio de una visión inicial latinoamericanista que les diera mayor profundidad a sus conocimientos sobre el tema y, particularmente, una nueva dimensión a este fenómeno⁶⁹. En todo caso, fue con

⁶⁷ Algunos de los integrantes de esta tendencia fueron Carlos Mauli (también él uno de los “grandes viejos” de la generación fundacional del socialismo), Silvano Santander (posteriormente expulsado del PCA), José P. Barreiro, Simón Scheimberg, Verde Tello, F. Nájera y José García.

⁶⁸ Esto último claro está, sin contar con la presencia de algunos sobrevivientes del célebre acorazado Potemkin, presentes en la Argentina desde 1906 y muchos de ellos vueltos a su patria con la caída del zar once años más tarde.

⁶⁹ La expulsión de Manuel Ugarte del Partido Socialista en noviembre de 1913, luego de realizada una extensa gira por varios países de la región, resulta sintomática del rechazo generado en dicha organización por lo que podríamos considerar una “problemática nacional y latinoamericana” vinculada a la cuestión social. Las justificaciones para llevar a cabo dicho alejamiento fueron las siguientes: “Considerando que la actitud de Manuel Ugarte dentro del Partido Socialista es sumamente perjudicial para la causa del proletariado, por cuanto fomenta el confusiónismo doctrinario y oscurece el verdadero concepto de la ‘Lucha de clases’, comprendiendo que su *obsesión latinoamericana* y su *excesivo apego al atavismo patriótico* están reñidos con el socialismo, desde que para justificar su opinión desestima las ‘condiciones económicas’ como causas determinantes de formas más progresistas en el orden político-social de los conglomerados humanos y atribuye esa evolución a causas subjetivas, a factores pura y exclusivamente sentimentales, (...) el Centro de la Sección 20 resuelve: separar de su seno al ciudadano

figuras como José Ingenieros, Alfredo Palacios y Manuel Ugarte, y desde organizaciones como la Unión Latinoamericana, con la mejor comprensión de la teoría leninista del imperialismo y con la presencia de exiliados de países de la región como Chile y Perú, que los comunistas de Argentina comenzaron a comprender una problemática que, en un primer momento, sólo pudieron percibir a partir de la mirada acotada del Partido Socialista y, particularmente, del pensamiento de Juan B. Justo, hasta entonces y pese a todas sus críticas y denuestos, el intelectual que con mayor profundidad había trabajado el impacto del expansionismo capitalista en la sociedad y la economía del sur del continente⁷⁰.

En este sentido, debemos tener en cuenta que guiado por el pensamiento predominante de la Segunda Internacional, e inspirado además por una ideología en la que Marx, vaciado de todo contenido dialéctico, convivía con el liberalismo de Smith y de Ricardo y con el positivismo de Comte y Spencer, Justo no necesariamente condenaba la colonización inherente al proceso expansivo del sistema capitalista, ya que éste podía llegar a implicar un desarrollo cultural para todos aquellos pueblos sometidos por él⁷¹. Seguramente inspirado en “aquel” Marx que, junto con Engels, apoyó la colonización de la India por Inglaterra y la de medio territorio mexicano por los Estados Unidos en la convicción de que de esa manera las potencias centrales contribuirían a impulsar el capitalismo en la periferia y, por ende, el crecimiento de la incipiente clase obrera de dichas naciones, el socialismo argentino justificó el sometimiento del indígena con fines modernizadores en Argentina, así como también la penetración colonialista en África, la intervención norteamericana en Cuba, etc.⁷². Por lo mismo, el juicio de Juan B. Justo contra el imperialismo, ya sea de naturaleza inglesa o norteamericana, no era de

Manuel Ugarte por entender que su permanencia dentro del Partido Socialista es en absoluto perniciosa para nuestra causa” (citado en Marianetti, 1976: 92, las cursivas son mías). Como podemos observar a partir de este caso, no fue pequeño el lastre ideológico que debió soportar el PCA durante sus primeros años de vida.

⁷⁰ El socialista Germán Ave Lallemand, quien desde fines del siglo XIX había trabajado la cuestión del imperialismo desde una perspectiva diferente a la de Justo, también se había alejado del PSA poco tiempo después de su fundación (ver Tarcus, 2007: 36-8).

⁷¹ Con respecto al congreso de la Internacional Socialista realizado en Stuttgart en 1907, la discusión sobre la cuestión colonial motivó el rechazo por mayoría de la siguiente declaración, presentada por el alemán David y el holandés Van Kol: “El Congreso no rechaza por principio en toda ocasión una política colonial, que bajo un régimen socialista, puede ejercer una influencia civilizadora” (también Manuel Ugarte, representante argentino, en dicho encuentro, votó en contra de la declaración). Con visible disgusto, la opinión de Juan B. Justo sobre la no aceptación de esta moción fue ésta: “Las declaraciones socialistas internacionales sobre las colonias, salvo algunas frases sobre la suerte de los nativos, se han limitado a negaciones insinceras y estériles. No mencionan siquiera la libertad de comercio, que hubiera sido la mejor garantía para los nativos y reducido la cuestión colonial a lo que debía ser” (citado en Ramos, 1972: 121). De una forma parecida, las intervenciones de Juan B. Justo en el congreso socialista de 1910 celebrado en la ciudad de Copenhague también giró en torno a ideas como “la ‘libertad de comercio internacional’ y la ‘unificación económica del mundo’ (bajo el liderazgo del capital)” (Löwy, 1989: 19).

⁷² En su principal obra teórica, *Teoría y Práctica de la Historia* (de 1909), Justo se preguntaba si “¿acaso se puede reprochar a los europeos su intervención en África, porque ésta es acompañada de crueldades? (...). ¿Vamos a reprochar haber hecho a un lado a los caciques indígenas del dominio sobre la Pampa? (...). Una vez suprimidos o sometidos los pueblos salvajes y bárbaros, e incorporados a eso que hoy llamamos civilización, el mundo estará más próximo a la unidad y a la paz, lo que se traducirá en una mayor uniformidad para el progreso” (Justo, 1969: 135-136). Asimismo, afirmaba que “nada de extraño, pues, que a mediados del siglo pasado la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios, no al pueblo de México, formado por miserables y esclavizados peones, sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaba. Allí se han constituido siete florecientes repúblicas agrícolas y mineras, allí ha surgido California” (citado en Guerberoff, 1985: 25).

condena absoluta, ya que éste contenía factores modernizantes necesarios para el mundo periférico: de ahí que, como bien reproduciría la primera generación de comunistas argentinos, estuviera de acuerdo con la práctica del libre mercado, es decir, con la creencia de que el proteccionismo únicamente podía “proteger” los intereses de la burguesía nacional, en desmedro de los de la clase obrera, y criticara aspectos negativos o “abusivos” como los monopolios o la falta de control por parte del Estado argentino. Por último, e incurriendo en una visión relativizadora acerca de la verdadera esencia del imperialismo, Justo también procedió a diferenciarlo según su origen y el sector de la economía que alentaban, ya sea al agro o a la industria, raíz ésta del pensamiento comunista local en el que se le otorgó al expansionismo norteamericano, anclado en la producción fabril, un carácter más “progresista” que el de naturaleza inglesa, más “tradicional” por estar vinculado al campo y a la oligarquía terrateniente⁷³.

Si bien eran críticos de la doctrina de Juan B. Justo, por otra parte, la falta de conocimientos acerca de la teoría leninista sobre el imperialismo influyó seriamente para que en los momentos en que se desarrollaba la Primera Guerra Mundial, los organizadores del comunismo argentino únicamente pudiesen definirse como “internacionalistas”⁷⁴. No podemos negar que dicho núcleo fundacional constituyó su primera identidad en torno al antiimperialismo y al antibelicismo, en una recuperación histórica de la mejor tradición internacionalista y pacifista de los partidos socialistas antes de su quiebre chauvinista en 1914⁷⁵. Pero, por lo mismo, dicha identidad fue construida con respecto a un conflicto que más allá de sus derivaciones en la región latinoamericana, tenía por epicentro a Europa y, fundamentalmente, a algunos de los países de donde era originaria gran parte de la clase obrera argentina y de la militancia comunista. Por lo tanto, la herencia justista no fue menor si además agregamos la situación de relativo aislamiento geográfico en la que se encontraba la Argentina con respecto a los países que de manera más violenta y evidente eran asediados por los Estados Unidos, y la fuerte presencia en el PCA de militantes de origen europeo en desmedro de la población de procedencia local. Teniendo en cuenta todas estas

⁷³ Por cierto que esta caracterización (en realidad anterior todavía al surgimiento de la etapa imperialista del capitalismo) se encuentra presente en el trabajo de Friedrich Engels *La tutela de los Estados Unidos* con respecto a México, de 1848, cuando afirma que “constituye un progreso (...) que un país ocupado hasta el presente exclusivamente de sí mismo, desgarrado por perpetuas guerras civiles e impedido de todo desarrollo, un país que en el mejor de los casos estaba a punto de caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país semejante sea lanzado por la violencia al movimiento histórico. Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos” (Marx y Engels, 1987: 183-4).

⁷⁴ “Nosotros éramos internacionalistas. Algunos diarios nos presentaban como neutralistas (...). Claro está que por entonces no habíamos accedido al leninismo” (entrevista a Rodolfo Ghioldi, en Corbiere, 1984: 84). Con respecto a esta misma cuestión Victorio Codovilla expresaba que “el joven Partido Comunista de la Argentina distaba mucho de ser un verdadero partido comunista. No dominaba todavía la doctrina leninista sobre el partido, sobre la esencia del imperialismo, no tenía noción clara sobre un problema básico para nosotros: el carácter de la revolución argentina y sus fuerzas motrices” (citado en Vargas, 2004: 160).

⁷⁵ Por ello es que en el dictamen de los futuros fundadores del PSI en el Congreso de la Verdi concluía afirmando que “es preciso defender los principios internacionalistas del socialismo y por eso lo que debemos hacer los socialistas argentinos es trabajar por apresurar la paz y no por prolongar o encender más la guerra. Que en la conflagración europea los trabajadores de desangran por una causa que no es la suya sino la del imperialismo capitalista, que la resolución del grupo parlamentario viola los acuerdos de todos los congresos internacionales y nacionales y por eso debe ser condenada; y que los socialistas no debemos cejar en nuestros propósitos de combatir la guerra y preparar el rápido advenimiento de la paz, manteniéndonos en todo momento dentro del internacionalismo y de un concepto de la lucha de clases” (*Esbozo*, 1947: 20-1).

condiciones, la construcción de lazos de “hermandad latinoamericana” resultaba una tarea realmente difícil cuando, en realidad, el interés estaba puesto fundamentalmente en el acontecer político europeo, en la Gran Guerra, en la llegada al poder del fascismo en Italia, y la intención manifestada desde un primer momento por privilegiar una relación directa con Moscú y, consecuentemente, por convertir a la sección argentina en la de mayor influencia regional⁷⁶. En este sentido, ayudó mucho a desarrollar el conocimiento de la región y, consecuentemente, a impulsar una conciencia mucho más “latinoamericanista” por parte del comunismo argentino, la elección de la ciudad de Buenos Aires como sede del Buró de Propaganda en 1921, y luego, entre 1925 y 1930, del Secretariado Sudamericano de la Comintern.

Como estamos viendo, la herencia ideológica proveniente del pensamiento de Juan B. Justo todavía subsistía dentro del PCA y tal como había ocurrido con los socialistas, también los comunistas tuvieron que enfrentarse al problema del nacionalismo, una cuestión de difícil comprensión en un país donde el proceso de construcción de la identidad nacional todavía distaba de estar concluido, donde la mayor parte de los votos y de los militantes provenían de las corrientes inmigratorias de origen europeo, y donde eran justamente los sectores de poder los que hacían alarde de su “argentinidad” denunciando como “extranjeros” a todos aquellos que no acataran pasivamente su dominación de clase, pretendiendo incluir en esta categoría, claro está, a todos aquellos que eran tan argentinos como ellos o que ya se habían naturalizado⁷⁷. Así, y en vez de situarse en el terreno de la disputa ideológica con la burguesía y los terratenientes en torno a la creación del concepto de nacionalidad, en un principio se optó por recuperar una identidad “internacionalista” (que, al faltarle su contraparte “nacionalista” era más bien tributaria de la tradición anarquista que de la propiamente comunista). De aquí que también hubiera serias dificultades en un inicio por recrear un ideario

⁷⁶ Si tenemos en cuenta a los principales líderes del Partido en este momento, veremos que mientras que Vittorio Codovilla era de origen italiano y Paulino González Alberdi había nacido en España (ambos llegados a la Argentina en 1912, el primero a los dieciocho años y el segundo a los nueve), los hermanos Rodolfo y Orestes Ghioldi eran hijos de inmigrantes italianos. Esto sin contar a otros dirigentes como Ida Bondareff de Kantor, procedente de Rusia, y los hermanos Gregorio y Mauricio Gelman, de Ucrania. Por otro lado, la gran presencia de militantes de origen italiano motivó que durante varios años una página entera del periódico *La Internacional* se publicara en ese idioma. De todos ellos, algunos pocos como Penelón y Pedro Romo habían nacido en Argentina, más concretamente en Buenos Aires, mientras que Miguel Contreras fue uno de los pocos dirigentes provenientes de Córdoba, es decir, del interior de dicho país.

⁷⁷ Por ejemplo, la sanción a principios siglo de las leyes de “Residencia” y de “Defensa Social”, instrumentadas para expulsar del país a todos aquellos considerados como “extranjeros perniciosos”, influyó para que los fundadores del PCA impugnaran a la “cuestión nacional” en un primer momento por medio del “repudio enérgico y condena global de todo tipo de nacionalismo (ya que) los verdaderos intereses de la clase trabajadora son siempre netamente internacionales (y) los llamados ‘intereses nacionales’ coinciden siempre con los intereses de la burguesía pero nunca con los del proletariado de cada nación. (Por lo tanto) repudio del himno nacional, de la bandera, del escudo y demás símbolos patrios” (citado en Vargas, 2004: 165, T. 1). Por otra parte, recién en el Acta N° 22 del Comité Central del PCA, originada el 2 de agosto de 1928, Rodolfo Ghioldi señaló la necesidad de “acentuar el carácter nacional” del periódico partidario por sobre las noticias del orden internacional, “más difíciles de ser encaradas” (CCC 329.15/82 PCa 9: 3). Finalmente, el caso de Aníbal Ponce, quizás el más representativo de los intelectuales de esta época que con el correr de los años fueron acercándose al comunismo, revela también las dificultades por aprehender ideas y conceptos como los de “nación argentina” o “fraternidad latinoamericana”, los que en un principio tendían a rehuir ante una matriz de pensamiento de clara pertenencia liberal y positivista, y que debieron ser reelaborados, sobre todo, en función de las nuevas coordenadas políticas, sociales y culturales presentes en este país desde los tiempos de la Reforma Universitaria pero que fueron profundizadas por la crisis económica de finales de los ’20 (ver Terán, 1983: 32-3).

“latinoamericanista”, cuando todavía el pensamiento leninista no estaba arraigado en Argentina (dando pie así a las especulaciones de Haya de la Torre en torno a la extranjería “natural” y, por lo tanto, inmodificable del comunismo en América Latina). Para poder comprender la esencia del imperialismo y la raíz de la situación de dependencia semicolonial en la que se encontraba la Argentina, el PCA debió por tanto iniciar un proceso de construcción ideológica y de síntesis de la teoría marxista leninista y de su filiación identitaria con la Unión Soviética con las tradiciones políticas y de pensamiento más progresistas del país, en un camino que fue mucho más complicado de lo que muchos sostuvieron en un inicio⁷⁸. Pese a todo, fue en este terreno en donde la Liga Antiimperialista pudo cumplir un papel de cierta importancia.

Izquierda y antiimperialismo: la Reforma Universitaria y la Unión Latinoamericana

Con todo, y pese a su hegemonía dentro del Partido Socialista, no era el pensamiento antiimperialista de Justo el único presente dentro de la izquierda argentina de los años '20. En este sentido, y paralelamente al europeísmo cada vez más manifiesto del PSA, otros dirigentes e intelectuales de izquierda como José Ingenieros y Alfredo Palacios, ambos provenientes de la misma matriz socialista y alejados de ella en diferentes momentos y por distintas circunstancias, llevaron a cabo un serio intento por difundir el ideario antiimperialista y latinoamericanista en Argentina por medio de la Unión Latinoamericana (ULA), la que rindió algunos frutos más allá de su restringido campo de acción, preferentemente circunscripto a la academia y a la intelectualidad progresista en general. Con evidentes puntos de contacto con la LADLA, la ULA tenía como finalidad esencial “generar una opinión pública favorable a la unidad cultural, política y económica de los países de América Latina, intentando reflatar el viejo ideal bolivariano” (Pita, 2004: 5). La búsqueda de la unidad se convertiría entonces en un elemento imprescindible para hacer frente al imperialismo y provocar su desaparición, condición esencial para que las sociedades de la región pudieran comenzar a realizar un desarrollo autónomo y sostenido.

En rigor de verdad, y pese a que los orígenes de la ULA datan de marzo de 1925 (es decir, apenas tres meses después de creada la primera filial de la Liga Antiimperialista en México y nueve meses antes de que los “chispistas” crearan su primera representación en Argentina), su historia puede remontarse a los tiempos de la Reforma Universitaria de 1918, cuando los pronunciamientos a favor de la libertad de cátedra y de enseñanza fueron revestidos de una discursividad que hacía foco en la necesidad de la unidad de las naciones latinoamericanas frente al avance militar y económico estadounidense en la región. Así, la “nueva generación” de intelectuales argentinos de la década de los '20, cada vez más comprometida con el mejoramiento de la condición moral y social de los pueblos de la región, y liderada por los así llamados “maestros de

⁷⁸ El mejor ejemplo de recuperación y transfiguración del pensamiento político argentino en esta época fue la reelaboración intelectual de Aníbal Ponce sobre la figura del ex presidente Domingo F. Sarmiento. Asimismo, y en una tradición que ya había iniciado Juan B. Justo, también se continuaron los intentos por comprender las posibilidades socialistas en Argentina como una prolongación de los mismos procesos vividos durante las primeras décadas del siglo XIX. No resulta casual, en este sentido, que el *Esbozo de Historia del Partido Comunista*, realizado en 1947 por una comisión encargada por el propio Comité Central del PCA, incluyera en su última página un conjunto de ilustraciones de José de San Martín, Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia, Manuel Belgrano, Domingo F. Sarmiento y Juan Bautista Alberdi (ver página N° 150).

la juventud”, Ingenieros y Palacios, coincidió en su visión crítica hacia el expansionismo capitalista, identificado con los Estados Unidos debido a sus constantes intervenciones al sur de sus fronteras, pese a que en el caso argentino era todavía el imperialismo de origen inglés el que más se hacía sentir. En este sentido, no resulta posible negar el fuerte impacto causado por la Revolución Rusa y, en menor medida, también por la mexicana, en un ambiente ya de por sí convulsionado por los graves efectos de la Reforma del '18, todo lo cual propició la formación de un clima de opinión favorable al debate de ideas en torno a la identidad nacional y al mejoramiento de las condiciones materiales y espirituales de la sociedad argentina. Y pese a que una década después los propios comunistas la caracterizarían como una simple expresión política de una burguesía deseosa de ascender socialmente, lo cierto es que la Reforma Universitaria fue un importante proceso que contribuyó a modelar la identidad de la primera generación de luchadores estudiantes que no dudaron en trazar puentes cada vez más sólidos con sindicalistas y líderes gremiales, frente a una línea mucho más moderada que entendía que los conflictos de la universidad debían resolverse puertas adentro, sin ningún tipo de contacto con otras organizaciones sociales y políticas⁷⁹.

Por otro lado, la ya mencionada labor pública encabezada por Manuel Ugarte (como Ingenieros y Palacios, también alejado del PSA), quien entre 1911 y 1913 mantuvo con vida a la Asociación Latinoamericana y que al mismo tiempo protagonizó una recordada gira continental dedicada a la denuncia del imperialismo estadounidense, también se constituyó en una importante expresión anticipatoria de la línea política que luego mantendría la ULA. También lo fueron, en este sentido, los distintos pronunciamientos realizados por Alfredo Palacios y por José Ingenieros por esta época, por ejemplo, el discurso pronunciado por este último en Buenos Aires en 1922 y que, como homenaje a la visita del renombrado intelectual mexicano José Vasconcelos, llevaba el muy elocuente título de “Por la Unión Latinoamericana”⁸⁰. La base sobre la que se terminaría de configurar la ULA fue el llamado “Grupo Renovación”, encargado desde enero de 1923 de la publicación de *Renovación. Boletín Mensual de Ideas, Libros y Revistas de América Latina*, revista especialmente dirigida a aquellos estudiantes que todavía

⁷⁹ En este sentido, la Reforma Universitaria fogueó a una primera generación militantes que posteriormente tendría relaciones muy cercanas al PCA. Junto con Paulino González Alberdi (como se verá más adelante, uno de los más importantes referentes del comunismo antiimperialista), también se destacaron dirigentes estudiantiles como Jorge Thenon, Julio L. Peluffo, Antonio Valiente, Luis F. Sánchez y Tomás Bordones, así como también se haría notar uno de los futuros intelectuales orgánicos del comunismo argentino, Aníbal Ponce. Por otra parte, la Federación Obrera Cordobesa, conducida por el futuro dirigente del PCA, Miguel Contreras, se encargó de dar su apoyo en todo momento a la lucha estudiantil. Según recordaba el mismo Contreras, “en cada 1° de Mayo (...) la tribuna obrera tenía su orador estudiantil y no había tribuna universitaria donde no se pidiera al orador de la Federación Obrera. Se hacían actos conjuntos contra la represión, por las libertades, contra la guerra, por la democracia y el laicismo. Cada golpe de la reacción, enfrentaba la respuesta única obrero-estudiantil” (citado en Corbiere, 1984: 49).

⁸⁰ Sin embargo, no podemos dejar de señalar que todos estos emprendimientos fueron realizados a partir de una labor puramente individual, alejada de las organizaciones y, por momentos, con un fuerte tono lírico y romántico. Igualmente, su antiimperialismo y latinoamericanismo radical fueron balanceados por una ideología reformista y elitista que, en definitiva, los alejó de cualquier posibilidad concreta de ruptura o transformación. En este sentido y pese a haber colaborado con los comunistas en el trabajo antiimperialista, Marianetti señalaba que “Ugarte no ignora que hay socialistas revolucionarios, especialmente en Rusia. No ignora que hay verdaderos marxistas. Pero su formación intelectual, su origen, sus amistades, sus preferencias, lo inclinan necesariamente hacia el socialismo reformista, fundamentalmente impresionado por Jaures” (1976: 23).

seguían bregando por la Reforma Universitaria en momentos en que ésta comenzaba a sufrir un movimiento de reflujo tanto en Argentina como en otros países de la región⁸¹.

Pese a que *Renovación* era resultado de un trabajo colectivo, los verdaderos inspiradores de su línea editorial eran José Ingenieros y algunos de sus discípulos, principalmente Aníbal Ponce, con quien además compartiría desde 1923 la dirección de la *Revista de Filosofía* convirtiéndose éste último con el tiempo (y gracias a lo que Oscar Terán denominaría su férrea “voluntad de marxismo”) en una figura cercana al comunismo argentino de importante gravitación para el movimiento antiimperialista y antibelicista latinoamericano de la siguiente década⁸². De esta manera, el Grupo Renovación sirvió no tan sólo para la publicación de una revista que a la larga generaría un espacio de influencia cada vez mayor, sino también para la definitiva consolidación de un colectivo cultural que, erigido en torno a la figura aglutinante de Ingenieros, contribuiría denodadamente a la difusión de un pensamiento latinoamericanista y antiimperialista como nunca hasta entonces se había llevado adelante desde el campo político de la izquierda. Con respecto a esto último, y justamente para diferenciarse de las propuestas emanadas desde los partidos socialista y comunista, es que *Renovación* abogó desde sus inicios para que la juventud (receptora de sus discursos y, por ende, considerada como factor fundamental para llevar a cabo las grandes transformaciones que todavía se tenían dar en Latinoamérica), no actuara desde los aparatos partidarios, ámbitos en los que “los dirigentes quieren tener influencia y los dirigidos apetecen empleos” (citado en Pita, 2004: 70). Reafirmando esta convicción, su prédica consagrada a la creación de un clima de opinión favorable entre las élites ilustradas para, desde ahí, poder influenciar en los gobernantes de cada país, sin necesidad de acompañamiento por parte de los sectores trabajadores, tendió al sostenimiento de una política gradualista y

⁸¹ Como bien señala Alexandra Pita González, el boletín *Renovación* compartía el mismo espacio dedicado a la crítica literaria, no exento de apuntes sobre la situación política latinoamericana frente al imperialismo estadounidense, con otras publicaciones similares de la Argentina como *Inicial*, *Valoraciones*, *Sagitario*, *Martín Fierro* y *Proa*.

⁸² Bajo el seudónimo de Luis Campos Aguirre, Ponce fue el autor de dos de las más importantes declaraciones del Grupo Renovación: un *Manifiesto* fundacional de la futura Unión Latinoamericana, dado a conocer en enero de 1923, y su *Declaración de Principios*, emitido en abril del mismo año y cuya parte central expresaba lo siguiente: “algunos, intencionada o inocentemente, han torcido nuestro objetivo principal, confundiendo su carácter ‘latinoamericano’ con el ‘panamericanismo’, el ‘hispanoamericanismo’, el ‘iberoamericanismo’ u aun con el latinismo de la ‘amistad franco-americana’ y de la ‘progenie de Italia’. Urge una pronta diferenciación para evitar equívocos ulteriores. No somos ‘panamericanos’ por ningún concepto, pues entendemos que el panamericanismo es una invención yanqui para conspirar a su sombra contra la independencia y la soberanía nacional de todos los pueblos de América Latina. No somos ‘hispanoamericanos’ porque ello excluiría de nuestra Unión a naciones como el Brasil, sin cuya cooperación sería estéril todo esfuerzo contra el capitalismo imperialista extranjero. No somos ‘iberoamericanos’ porque en algunas naciones el elemento europeo incorporado a la población nacional es principalmente italiano o francés, pero no ibérico. No somos en fin, adherentes de las ‘amistades francesas’ y de las ‘progenies’ italianas, porque en esos movimientos, como en los anteriores, sólo vemos un afán de expansión de esas naciones que se creen nuestras metrópolis con propósitos de someternos a su influencia económica o cultural. Amigos, pues, de todas las naciones latinas de Europa; pero declaramos explícitamente que nuestros ideales latinoamericanos son continentales, *más bien encaminados a emanciparnos de tutelas europeas que a fomentarlas, aun cuando ellas coincidan todas en rivalizar con la peligrosa amenaza yanqui.* (Por ello concluimos en que) no estamos dispuestos a ser ‘colonias’ comerciales o espirituales de ninguna ‘metrópoli’ norteamericana o europea” (citado en Agosti, 1974: 53; *Cuadernos de Cultura*, 1958: 86-8). Por otro lado, y según la periodización establecida por Oscar Terán, la participación de Ponce en el *Boletín Renovación* y en la *Revista de Filosofía* corresponderá a una primera etapa, impregnada de un pensamiento teórico de raigambre positivista y que durará hasta aproximadamente 1927 (en tanto que el período siguiente será de aproximación al marxismo y al pensamiento socialista). Ver Terán (1983: 10).

evolucionista, fundamentada en el pensamiento positivista de Ingenieros, y que por lo tanto rechazaba todo cambio abrupto y revolucionario⁸³.

Más allá de la fuerte simpatía expresada con relación al proceso revolucionario ruso, lo cierto es que con esta línea de trabajo, elitista por una parte y gradualista por la otra, la futura Unión Latinoamericana (como así también Víctor R. Haya de la Torre y el APRA desde Perú) se encargaban de fijar sus distancias hacia otro tipo de ideologías, como la comunista, a la que consideraban demasiado alejada de la realidad social, política y cultural de la región, todavía bajo los efectos del “caudillismo” y del “feudalismo colonial”. Aunque, como se podrá ir apreciando a lo largo de este trabajo, este distanciamiento nunca fue total y absoluto, permitiéndose en cambio una colaboración táctica cuando la lucha política así lo requiriese. En este sentido, vale la pena mencionar que en sus orígenes, y antes de que se consolidara como un agrupamiento político, el Grupo Renovación contó también con algunos participantes que tan, sólo unos años más tarde, irían decantando hacia el comunismo argentino. Entre estos, quizás el miembro más importante haya sido Paulino González Alberdi, uno de los más destacados referentes del movimiento reformista desarrollado en el marco de la Universidad de Buenos Aires y luego también dirigente comunista y miembro fundador de su Liga Antiimperialista⁸⁴. Así, y por las evidencias encontradas, es muy probable que el Grupo Renovación actuara como un primer punto de encuentro para aquellos intelectuales y estudiantes reformistas que, sin estar necesariamente ligados con un partido en particular, sintieran una misma vocación latinoamericanista y antiimperialista.

La creación de la Unión Latinoamericana sobre las bases trazadas por el Grupo Renovación finalmente se concretó el 21 de marzo de 1925. Tal como oportunamente lo expresara Aníbal Ponce, uno de sus más importantes inspiradores, su objetivo principal apuntó a “coordinar la acción de escritores, intelectuales y maestros de la América Latina, para desenvolver en los pueblos una nueva conciencia de los intereses nacionales y continentales, como fase preliminar de una progresiva compenetración política, económica y moral, que los encamine hacia una Confederación que garantice su independencia y soberanía contra el imperialismo de los Estados capitalistas

⁸³ Según recordaba su compañero Alfredo Palacios, poco antes de morir, Ingenieros pidió a sus compañeros que “mantuviéramos la organización actual de la Unión Latinoamericana lejos del tumulto de las asambleas y de la incómoda promiscuidad de los elementos de lucha. Recomendó mucha obra, mucha acción, pero sin heterogeneizar filas” (citado en Pita, 2004: 104). Como se verá más adelante, este intento de la ULA por situarse por fuera del ascendente movimiento obrero tendría también graves consecuencias sobre la constitución de la sección argentina de la Liga Antiimperialista.

⁸⁴ En su ensayo semiautobiográfico *Los estudiantes en el movimiento revolucionario latinoamericano. A medio siglo de la Reforma Universitaria*, González Alberdi rememora sus tiempos de dirigente estudiantil y su acercamiento al comunismo, al que se terminaría afiliando en 1923, convirtiéndose en uno de sus más importantes dirigentes sin por ello abandonar el anclaje universitario en el que forjó sus primeras armas en el campo de la política. Con respecto al Grupo Renovación menciona lo siguiente: “(e)n 1922 terminé mi mandato como presidente del Centro de Estudiantes N. De Comercio. Un conjunto de alumnos de la Escuela ‘Carlos Pellegrini’ resolvimos formar un grupo, ‘Renovación’, que se dio una plataforma de solidaridad con la Revolución Rusa, de difusión de las ideas comunistas, de señalamiento de las contradicciones del capitalismo, y que se ocupaba también de problemas estudiantiles, etc. Ninguno de sus componentes era afiliado al Partido Comunista. Editamos varios números del periódico, llamado también *Renovación*” (González Alberdi, 1968: 13). Por último, un artículo aparecido en *La Internacional* el 6 de agosto de 1927, González Alberdi recordó que, mientras era un dirigente universitario, en los primeros meses de 1925 había redactado un manifiesto del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, sumándose a la propuesta sugerida por Alfredo Palacios de realizar un congreso antiimperialista de los estudiantes e intelectuales de América Latina, y que como delegado había concurrido a las reuniones organizativas de lo que más tarde se convertiría en la Unión Latinoamericana.

extranjeros” (Ponce, 1958: 86). Con la intención de trabajar con amplia libertad y por fuera de los gobiernos latinoamericanos, se privilegió la defensa de las “fuentes de riqueza” de cada país de la región por sobre las apetencias económicas de los Estados Unidos y en rechazo a la política panamericana gestada desde Washington. El 9 de mayo se terminó de constituir el primer Consejo Directivo de la ULA, el que hasta su desaparición en agosto de 1930 contó como presidente y vice a dos figuras clave del movimiento socialista y universitario-reformista de aquella época: Alfredo Palacios y Carlos Sánchez Viamonte. Desde su regreso de Europa en septiembre de 1925 José Ingenieros, gravemente enfermo, fungió como alma rectora de la nueva organización aunque tan sólo como miembro titular de su Consejo Directivo⁸⁵. Mientras tanto, y como Secretario General de la flamante asociación fue propuesto Arturo Orzábal Quintana, un dirigente sumamente habilidoso para desplazarse por las aguas del yrigoyenismo y del reformismo sin por ello dejar de lado sus ocultas relaciones con la Unión Soviética, más aún cuando apenas un mes más tarde pasara a dirigir la *Revista de Oriente*, órgano de la pro-comunista Asociación de Amigos de Rusia⁸⁶. De este modo, y más allá de las diferencias que pudieran surgir entre ambas organizaciones, resultó bastante común encontrar a algunos dirigentes de la ULA o redactores de su boletín *Renovación*, tales como el propio Orzábal Quintana, junto a otros como Aníbal Ponce, Carlos Sánchez Viamonte y Euclides Jaime, en actividades conjuntas con el comunismo local cuya participación, si bien no siempre se dio de manera directa, sí en cambio muchas veces estuvo mediada por entidades de frente único como la Liga Antiimperialista. En este sentido, y como se podrá apreciar más adelante, el rol jugado por Orzábal Quintana en la expulsión de la ULA de su sector “chispista” no fue menor, contribuyendo asimismo a definir el alejamiento de este grupo del PCA⁸⁷.

⁸⁵ Pocos meses antes de fallecer y como parte de las actividades desarrolladas en Europa, a José Ingenieros le tocaría ser uno de los protagonistas de un célebre mitin antiimperialista y latinoamericanista realizado en París, en las Sociétés Savantes, el 29 de junio de 1925. Junto a Ingenieros también participaron del célebre encuentro los españoles Miguel de Unamuno y Eduardo Ortega y Gasset, el mexicano José Vasconcelos y el argentino Manuel Ugarte, así como los estudiantes Víctor Raúl Haya de la Torre, del Perú, Carlos Quijano, del Uruguay y Miguel Ángel Asturias, de Guatemala.

⁸⁶ La participación de Arturo Orzábal Quintana como “amigo” del comunismo se extendería por bastante tiempo, más allá de los alineamientos políticos asumidos en la Argentina que lo terminarían acercando al gobierno de Yrigoyen en los últimos años de la década del '20. En una nota proveniente de la Oficina del Secretariado de América Latina y firmada a poco de ser creada la Asociación de Amigos de Rusia se asegura que “en la medida en que ‘Orizabal’ (sic) trabaje a favor de la Unión Soviética y no ataque al PC de Argentina con su propaganda, el Secretariado Latinoamericano no tiene objeciones a que la Sociedad de Relaciones Culturales de la Unión Soviética (“VOKS”, por su denominación en ruso) lo utilice dentro de los límites de su propia actividad que no está bajo el control directo de la Internacional Comunista”. Notorio simpatizante del régimen bolchevique, aunque sin por ello afiliarse al Partido Comunista, Orzábal Quintana pronto se destacó como el más asiduo colaborador del *Boletín Renovación*, en el que se dedicó a publicar artículos sobre las características del imperialismo a nivel mundial y sobre la creciente hegemonía norteamericana en la Latinoamérica. Así, “el panorama que dibujaba el colaborador era mucho más trágico que el de cualquier otro participante del *Boletín* y lo alejaba de aquellas visiones utópicas como las planteadas por Palacios en las que se postulaba a América Latina como futura cuna de la humanidad. Para Orzábal, la posguerra generaría mayor violencia, desembocando casi de forma inevitable en un nuevo enfrentamiento mundial en el cual América Latina se vería nuevamente arrastrada por los avatares de la guerra (...), quedando como la única medida plausible la creación de una liga defensiva latinoamericana” (Pita, 2004: 177). Como podemos percibir, el discurso de Orzábal se acercaba bastante al que por aquellos mismos tiempos irradiaba el movimiento comunista y, particularmente, su Liga Antiimperialista, llegando a escribir algunos artículos para su publicación, *El Libertador* (Bergel en Tarcus, 2007: 477-9).

⁸⁷ Por lo mismo, algunos dirigentes de la Unión Latinoamericana también terminaron colaborando con el “chispista” Partido Comunista Obrero y con su Liga Antiimperialista, como fueron los casos de Julio

El primer problema que surgía en los análisis políticos de los comunistas era sobre el carácter del sometimiento y, más importante aún, sobre si el imperialismo dominante era el inglés o el norteamericano. La comprensión de esta cuestión se complejizaba todavía más cuando, por criterios más políticos que económicos, desde la Internacional Comunista se señalaba a una potencia capitalista a ser vencida (que podía llegar a ser en 1927, Gran Bretaña, a mediados de los '30, Alemania y a fines de esa misma década, los Estados Unidos), o bien cuando se denotaba que a diferencia del de origen inglés, más retardatario para el desarrollo económico de la nación, era preferible el imperialismo norteamericano, de naturaleza mucho más progresista. Lo concreto es que, a diferencia de lo que ocurría en el norte de América Latina o en su región central y caribeña, donde el predominio del imperialismo estadounidense era considerado como un punto de partida para la puesta en marcha de las luchas de liberación nacional, en el caso argentino, como en otros países de Sudamérica, la cuestión no era tan clara: además de que todavía no se sabía a ciencia cierta cuál era en ese momento el imperialismo dominante (si bien se suponía que pronto lo iba a ser el de origen estadounidense), faltaban además las herramientas teóricas proporcionadas por la doctrina leninista para su exacta comprensión.

En este sentido, y pese a que en la Argentina, y durante la década de los '20 el imperialismo inglés era mucho más fuerte que el norteamericano (condición que iría a retener hasta prácticamente mediados de los años '40), la propaganda comunista se dedicó a atacar mucho más a este último y a señalar que su creciente imposición originaba el necesario desplazamiento de su rival por el dominio de los recursos económicos fundamentales de este país. En este sentido, y pese a que los ingleses eran los dueños de los ferrocarriles y de los principales frigoríficos, además de ser uno de los principales compradores de los cereales argentinos, fue recién con la ruptura en 1927 del Comité Anglo-Ruso que se comenzó a denunciar su relevante papel en la economía del país, aunque para ese entonces era también mucho más fuerte la presencia de capitales de procedencia estadounidense en el Cono Sur. La rivalidad cada vez mayor entre ambos imperialismos por la posesión del sur del continente motivó que incluso se planteara la posibilidad de una guerra entre Argentina y Brasil (una suposición no tan extraña, si pensamos en el conflicto que en la siguiente década llegaría a producirse entre Paraguay y Bolivia por la posesión del petróleo) y, prácticamente desde 1927, de una conflagración ahora de características mundiales. Durante la segunda mitad de la década del '20 el conflicto fue cada vez más profundo, por ejemplo, por la posesión de los frigoríficos y ante esta situación, la recomendación que la Internacional Comunista brindó al partido fue la de no entrar en el juego de la rivalidad interimperialista apoyando a alguno de los dos contendientes si no, a lo sumo, aprovechar los intersticios dejados abiertos por ambos para denunciar la naturaleza del conflicto. Sin embargo, y guiado más por la propaganda cominternista de la época, lo cierto es que el PCA ignoró el hecho de que antes que el norteamericano, era el expansionismo inglés el principal enemigo a ser derrotado (Vargas, 2004: 172).

Un elemento que sin duda coadyuvó a complejizar todavía más la comprensión del fenómeno imperialista por parte del Partido Comunista fue su lectura sobre la realidad social de la Argentina de la época, fundamentalmente, sobre su clase dominante. En este sentido, una de las características del comunismo argentino durante su primer época fue

Barcos y del exiliado peruano y aprista Enrique Cornejo Koster. También Alejandro Lastra, por aquel entonces dirigente de la UBA y suplente en el Consejo Directivo de la ULA, intervino en el proceso constitutivo de la LAI "chispista" aunque de manera muy circunstancial.

la de considerar a la clase dominante como un bloque homogéneo, sin diferencias a su interior y, por lo tanto, sin que existiera un sector “nacional” que al menos durante un tiempo pudiera operar como un aliado táctico del proletariado. Al mismo tiempo, su negativa a considerar la existencia de una burguesía nacional argentina motivó también su rechazo a toda política proteccionista o de nacionalización de los recursos públicos (como la llevada adelante por el presidente Yrigoyen con respecto al petróleo), prefiriendo en cambio, una política más cifrada en el libre cambio, como la que siempre había pregonado Juan B. Justo desde el Partido Socialista. Nuevamente, según los comunistas, era imposible que en un país como la Argentina se pudiera llevar a cabo una política nacionalista bajo un gobierno de signo burgués ya que, en realidad, la clase dominante local únicamente podía tener un interés ligado al de sus socios imperialistas en el exterior: en este sentido, cualquier acto gubernamental que llevara adelante una iniciativa “nacionalizadora”, únicamente podía ser considerado como un acto demagógico⁸⁸.

En gran medida, esta forma de conceptualizar a la burguesía tenía su origen en el contenido fuertemente obrerista del Partido Comunista en su primera época, diferenciándose así del Partido Socialista que tenía una importante base en la clase media y en los sectores artesanales y profesionales, además de sumar adhesiones provenientes de reducidas franjas progresistas de la clase dominante. Posteriormente, la expulsión de los “frentistas” y “chispistas” del partido entre 1923 y 1925, agrupamientos ambos en los que tenían participación algunos de los pocos “intelectuales” (como los llamaban los propios dirigentes comunistas, no sin un dejo de menosprecio ante la calificación), contribuiría a ahondar todavía más el obrerismo de la organización y, en consecuencia, su rechazo a la burguesía, incluso a sus sectores más avanzados. Con esta mirada puesta sobre el asunto, no resultó entonces extraño que el comunismo argentino considerase al gobernante partido radical de Hipólito Yrigoyen como una expresión más de la burguesía vendida al imperialismo norteamericano, cuyos iniciativas populares eran a lo sumo, simples actos demagógicos destinados a confundir a las masas y a desorientarlas de sus verdaderos fines revolucionarios. La división del radicalismo en dos alas, una más populista ligada a la figura de Yrigoyen, y otra más conservadora, que tuvo como líder al también presidente Marcelo T. de Alvear, fue utilizada por el PCA como un justo ejemplo del desenvolvimiento de la rivalidad interimperialista en la Argentina, ya que se interpretó que como esta última tenía una base agraria necesariamente debía estar vinculada con el expansionismo “retardatario” inglés, mientras que la otra, de contenido más urbano e industrial, por lo mismo debía de ser expresión del imperialismo “progresista” estadounidense. La adopción de la línea de “clase contra clase” hacia 1928 y la visualización de la socialdemocracia como “socialfascismo” no haría más que profundizar esta conceptualización antiburguesa, ahora justificada desde la nueva estrategia impuesta por el movimiento comunista internacional⁸⁹.

⁸⁸ “El Partido Comunista heredó del socialismo argentino el traslado mecánico de consignas marxistas, muchas de ellas aplicadas en abstracto. Así, la relación de clases ‘proletariado contra burguesía’ se transformó en una fórmula esquemática para comprender la realidad nacional (...). Los socialistas —a fines de siglo— habían englobado a los conservadores (la oligarquía terrateniente) y el naciente radicalismo (incipientemente burgués) dentro de la caracterización de ‘burguesía’. Contra ambos dirigían sus ataques (...). Los socialistas prefirieron aislarse del movimiento popular nacional y, tres décadas después, los comunistas heredaron esa misma limitación” (Corbiere, 1976: 29-30).

⁸⁹ Así, en la Primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina, celebrada en Buenos Aires en 1929, Codovilla llegó al extremo de considerar que no podía existir una “burguesía nacional” en los

Sin embargo, y aunque dominante, no era ésta la única mirada que existía en el comunismo argentino acerca del fenómeno imperialista: en este sentido, los círculos políticos y académicos gestados al calor de la Revolución Rusa y, en el plano local, a la Reforma Universitaria, constituyeron importantes medios de generación y de difusión de un pensamiento y de un sentir latinoamericanista que no tardaron en dejar su huella en el marxismo argentino. El derrotero político seguido por Paulino González Alberdi en esta etapa de su vida (como así también el de otros militantes como Héctor Agosti y Ernesto Giúdice) resulta útil, entonces para comprobar como, luego de la Reforma Universitaria, la cuestión antiimperialista fue cobrando cada vez mayor peso dentro del movimiento estudiantil vinculado, en este caso, al todavía joven Partido Comunista. Así, para 1923, González Alberdi participó en la fundación del Comité de Ayuda a los Estudiantes Rusos, filial constituida en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA del Comité de Ayuda a los Hambrientos Rusos que, como una simiente del Socorro Obrero Internacional, era conducido desde el PCA por Victorio Codovilla. En dicho año intervino también en la formación de la Agrupación Estudiantil Claridad, con estudiantes de izquierda de las diversas casas de estudio, que editó materiales y realizó conferencias por la paz y contra el imperialismo, junto con reivindicaciones estudiantiles, y en 1924 participó en los actos universitarios realizados en homenaje al fallecimiento de Lenin como representante del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, del Grupo Renovación, y de otras asociaciones estudiantiles. Paralelamente, y en el contexto ofrecido por la Reforma Universitaria, también aparecieron otras agrupaciones estudiantiles identificadas con el ideario comunista: fue el caso, por ejemplo, de “Insurrexit” cuyo primera versión, entre 1919 y 1921, promovió el acercamiento entre alumnos y obreros para la discusión de las problemáticas sociales de la época, y que en 1924 fue refundado por uno de sus antiguos militantes, Héctor Raurich, ganando el Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho de la UBA dos años más tarde⁹⁰. Por último, también es factible que la presencia en Argentina en 1922 del muy renombrado académico alemán Alfons Goldschmidt haya contribuido a la difusión del pensamiento marxista-leninista en los círculos antiimperialistas y al acercamiento de algunos de sus militantes a las filas del comunismo (González Alberdi, 1968: 17-8, 57).

La disputa entre comunistas y “chispistas”: el surgimiento del Partido Comunista Obrero

Vinculada a la fuerte lucha de tendencia que surcó la vida del partido prácticamente desde sus orígenes, primero en torno a la relación que debía existir con los socialistas y luego con respecto a la centralidad de la política de reivindicaciones inmediatas, tuvo lugar una disputa hacia el interior de la organización en el que la cuestión del imperialismo y de las distintas estrategias para hacerle frente fueron alcanzando un

países de la región ya que ésta se encontraba ligada al imperialismo desde su mismo nacimiento y que Hipólito Yrigoyen, vuelto a la presidencia desde el año anterior, no podía ser más que la expresión argentina del fascismo que por aquel mismo entonces estaba desarrollándose en Europa.

⁹⁰ Influenciado por el ideario de la Reforma Universitaria, el primer grupo Insurrexit estuvo constituido por, entre otros, Hipólito Etchebéhere, Micaela Feldman, Herminia Brumana, Jorge Paniale, Eduardo González Lanuza, Francisco Piñero y Héctor Raurich quienes, desde una izquierda libertaria y antiparlamentaria apoyan al régimen de la Unión Soviética. En 1923 el “Grupo Insurrexit” entrará dentro del PCA integrándose a su ala izquierda (Tarcus, 2007: 554). Por otra parte, y así como Raurich fue miembro fundador del PCA y luego, uno de sus principales activistas de su facción “chispista”, otros de sus compañeros se destacarían por su participación en la ULA (Pita, 2004: 97 *infra*)

papel de cada vez mayor importancia. Las distintas corrientes internas que habían tenido sus orígenes en el anarquismo y en el sindicalismo revolucionario, sumado a no pocos intelectuales que habían saludado con gran satisfacción la organización de una fuerza comunista en Argentina, fueron confluyendo en una tendencia “izquierdista” que pasó a tener una presencia más amplia a medida que se verificaba el cierre del ciclo revolucionario europeo abierto en 1917. Ante la creciente moderación en la que iba incurriendo el partido acompañando el reflujo de las luchas revolucionarias entre 1921 y 1922, este sector, conocido primero como “verbalista”⁹¹ y más tarde como “chispista”⁹² comenzó a exigir la eliminación en el programa partidario de las llamadas “reivindicaciones inmediatas”, es decir, de la necesidad de las reformas parlamentarias y de la política municipalista principalmente encabezada por el concejal Penelón.

Los chispistas se constituyeron como una tendencia interna a partir del trabajo conjunto de aquellos sectores díscolos con la conducción ideológica ejercida por los autodenominados “marxistas-revolucionarios”, José Fernando Penelón, Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, y de algunos dirigentes ya expulsados como era el caso de los así llamados “frentistas”, quienes unos años antes habían intentado volver a fusionar el PCA dentro del Partido Socialista⁹³. Los principales líderes “chispistas” fueron los jóvenes intelectuales Angélica Mendoza⁹⁴ y el ya mencionado dirigente de la agrupación “Insurrexit”, Héctor Raurich, junto a los obreros metalúrgicos Rafael Greco y Romeo Gentile, el trabajador de la madera Mateo Fossa, el sindicalista del calzado Teófilo González, el arquitecto Alberto Astudillo, el chofer Cayetano Oriolo, el empleado gráfico Modesto Fernández, Francisco Loiácono y el obrero tapicero Miguel

⁹¹ Esta denominación provino de la calificación que en su momento Lenin les dio al dirigente italiano Bordiga y a sus seguidores, con los que desde un inicio tuvieron relación una buena parte de los comunistas argentinos.

⁹² Los “chispistas” adoptaron dicha denominación a partir de la traducción al castellano de la palabra *Izkra*, título al mismo tiempo del periódico comunista editado por Lenin durante su exilio en Suiza.

⁹³ La expulsión de los “frentistas” en 1922 se constituyó de hecho en la primera división del PCA, cuando por razones de índole estratégica, y no teórica, la mayoría del Partido, conducida por Ghioldi, decidió desobedecer el mandato de la Comintern que indicaba la formación de un “frente único” con los socialistas. El grupo que estaba a favor de la unidad se constituyó en una fracción minoritaria de cierta importancia en la que militaban el intelectual Alberto Palcos, junto con Luis Koiffman, quien posteriormente contribuiría a la fundación de la Liga Antiimperialista, y Gregorio Gelman, más tarde readmitido en el PCA y convertido en líder del “Grupo de Izquierda” de la mencionada organización (Corbiere, 1984: 74-5; Oriolo, 1994: 63).

⁹⁴ La siguiente es la caracterización de Mendoza elaborada desde el *Esbozo*: “Una aventurera trotskista de vida turbia que vino al Partido a través de la huelga de maestros en Mendoza (y que) chillaba hasta desgañarse diciendo: ‘estos son tiempos de revolución y no de reformas’” (1947: 53 *infra*). En realidad, una caracterización poco justa para con quien fuera una de las principales lideresas del PCA en sus primeros tiempos, importante dirigente del gremio docente y combativa intelectual y feminista argentina, sin mencionar, claro está, el hecho de que pocos años antes había sido la pareja de otro destacado dirigente de los maestros: “Angélica Mendoza tendría 19 años cuando conoció a Rodolfo Ghioldi; fue su compañero y convivió con él” (ver Oriolo, 1994: 70). En 1928 A. Mendoza se convirtió en la primera mujer en Argentina en candidatearse a la presidencia de la República por el PCO. Además de su actividad política, la que abandonaría pocos años más tarde, fue una importante intelectual, graduada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires: así, en 1937 publicó una traducción de la *Filosofía del Derecho* de Hegel y en los años ’40 se dedicó a recorrer América Latina y los Estados Unidos, radicándose en este último país, donde se doctoró en la Universidad de Columbia. Posteriormente trabajó en el departamento de lenguas de las Naciones Unidas, un ámbito generalmente controlado por la Unión Soviética, lo que haría suponer que, más allá de sus desinteligencias, Angélica Mendoza nunca se alejó demasiado del movimiento comunista (ver Vargas, 2004: 296, Tomo 2) Vuelta a Mendoza unos años antes, falleció en 1960.

Contreras (quien luego de un oportuno *mea culpa* continuaría con sus labores en el PCA).

La crítica del ala izquierda al parlamentarismo y al municipalismo prevaleciente en el Partido (que, como hemos visto, también era una herencia del socialismo justista), los llevó a incurrir la mayoría de las veces en distinto tipo de propuestas abstractas: así, como se oponían a todo plan de reivindicaciones inmediatas porque “debido a la situación revolucionaria mundial ese programa no tiene razón de ser” (citado en Corbiere, 1984: 46), sostenían que la propuesta del Partido debía ser expuesta en tan sólo tres puntos: “una crítica despiadada del actual régimen social (...), la exposición de nuestro concepto comunista (y) la obstrucción sistemática a la labor constructiva” (Vargas, 2004: 248). La creencia en que el ciclo revolucionario no estaba acabado y que además el naciente Partido corría el riesgo de convertirse en una variante más del socialismo de Justo, impulsaron en los “chispistas” una actitud política en la que se privilegiaba al elemento revolucionario por sobre el reformista, y al trabajo sindical por sobre el político. Así y todo, y pese a sus graves inconsistencias, a partir del tercer congreso partidario celebrado en 1920, los “verbalistas” consiguieron tener una presencia cada vez más amplia, lo que los llevó a triunfar en el Congreso Extraordinario del siguiente año (en el que se decidió la aceptación de las 21 condiciones para ser reconocido como sección argentina de la Comintern) y a controlar la dirección del PCA entre 1923 y 1925, produciéndose además la paradoja de que los principales líderes del Partido, es decir, el grupo de los tres “marxistas revolucionarios” (o los “comitivistas”, como los llamaban sus rivales), pese a la gran influencia ideológica que todavía mantenían, se encontraban en una situación de franca debilidad y, claro está, de oposición a la conducción “chispista”, si bien era en el Comité Ejecutivo donde todavía podían llegar a ejercer su fuerza mayoritaria.

Sin embargo, y aunque el conflicto entre ambos sectores tuvo como eje la cuestión de las “reivindicaciones inmediatas”, éste pronto la excedió para dar lugar también a otros aspectos ríspidos como las distintas maneras de comprender y, en consecuencia, enfrentar el sometimiento imperialista⁹⁵. En general, y según puede desprenderse de sus Proyectos de Programas partidarios para el Congreso del PCA de 1923, ambas tendencias coincidían en sus críticas comunes a los Estados Unidos como principal amenaza para la soberanía argentina y en la defensa de la Unión Soviética como patria del proletariado internacional y, por lo tanto, como necesario contrapeso a la dominación imperialista, exigiéndose además su inmediato reconocimiento por parte del gobierno argentino. El proyecto de Penelón, Codovilla y Ghioldi, de un fuerte tono antinorteamericano, en el que se denunciaba la conquista económica de Sudamérica y de los empréstitos concertados con Washington por los gobiernos nacionales, provinciales y municipales, que “van haciendo de esta semicolonía inglesa una colonia yanqui”, remarcaba asimismo que la Compañía Nacional de Petróleo era una dependencia de la Standard Oil y las industrias y los bancos estaban cada vez más en manos estadounidenses, por lo que los comunistas debían crear el “ambiente contra el

⁹⁵ El *Informe* de Penelón y sus compañeros para el VIº Congreso partidario asumía que en determinadas condiciones históricas, la lucha por las reivindicaciones inmediatas de las masas podía llevar directamente a la revolución proletaria y que, en el caso de los pueblos coloniales, podría afectar a las burguesías imperialistas y a sus aristocracias obreras. Por ello, “decirle a las masas que queremos la revolución es caer en el verbalismo revolucionario” (citado en Vargas, 2004: 266).

imperialismo yanqui, sin que nuestra propaganda pueda caer en el nacionalismo”⁹⁶. Por su parte, Angélica Mendoza y Cayetano Oriolo presentaron un informe en el que dejaban en claro la primacía de la disputa entre los Estados Unidos e Inglaterra por el control de la Argentina, señalando la fuerte influencia sustentada todavía por el imperialismo británico con relación a los frigoríficos y al mercado de las carnes.

Donde sí se diferenciaron notoriamente ambos grupos fue en cuanto a su percepción de la burguesía, y en general, de los sectores dominantes con relación a la dominación imperialista. Así, y desde un plano más sociológico, los “izquierdistas” criticaron al grupo de Penelón, Codovilla y Ghioldi por no haber comprendido el lugar de la burguesía nacional en la Argentina, junto con sus fuerzas económicas fundamentales y su orientación política, conocimiento que resultaba imprescindible para otorgar al partido una acertada dirección: según sus críticos, al proletariado le interesaba la industrialización del país, y que ésta se hiciera sobre la base del fortalecimiento de la burguesía nacional y no por medio de empresas de capital extranjero, es decir, por el aumento de la penetración imperialista en el país. Los “chispistas” finalmente reparaban en un factor que hasta entonces había permanecido oculto en los análisis llevados a cabo por los principales dirigentes del partido: la burguesía industrial y nacional era interpretada ahora como un actor con cierta capacidad de intervención autónoma, ceñida siempre al rígido marco brindado por el sistema imperialista aunque no por ello considerada como un simple brazo para la penetración externa de capitales, como sí la caracterizaban los “comitivistas”. Por lo mismo, los “verbalistas” se manifestaban a favor de la nacionalización de las empresas extranjeras, siempre con el control directo de sus propios trabajadores y sindicatos, aun cuando para sus rivales el proletariado argentino no estuviera capacitado para comprender el significado de una política de estas características⁹⁷.

Los “chispistas” también se mostraron de acuerdo con el proteccionismo aduanero (menos en los alimentos y la ropa consumidas por los trabajadores), acusando a sus rivales de ser librecambistas al más puro estilo de los socialistas justistas, una posición por demás cada vez más difícil de sostener en una época como aquella, de formación de trusts y monopolios a nivel mundial. Por último, Mendoza y Oriolo también le daban un gran valor a la cuestión agraria que, pese a las intenciones manifestadas, hasta entonces y salvo en casos aislados todavía no había sido plenamente asumida dentro de la estrategia del PCA⁹⁸. Con la creencia en una “alianza del proletariado con los

⁹⁶ El Proyecto afirmaba también que se debía levantar a las masas contra el imperialismo norteamericano, así como los comunistas egipcios, hindúes y sudafricanos hacían lo propio contra el imperialismo inglés, por lo que en su segundo punto se planteaba la oposición sistemática a la adquisición de armamentos y a nuevos empréstitos.

⁹⁷ A propósito de esta cuestión hubo un importante debate cuando Mendoza y Oriolo elevaron la propuesta de municipalizar los servicios tranviarios de la ciudad de Buenos Aires con el control del sindicato para determinar las condiciones de trabajo de sus empleados: en una serie de artículos publicados en *La Internacional*, la dirección del PCA se opuso a esta medida ya sea por la “ilegalidad” que suponía “actuar por la fuerza contra la Constitución”, o bien por lo caro que resultaría indemnizar a la compañía Anglo-Argentina, propietaria de los trenes porteños (Vargas, 2004: 268-9, T.2).

⁹⁸ En este sentido, y aprovechando el interés suscitado por la detención del líder campesino Eusebio Manasco en 1921, existió la preocupación por parte de los comunistas por extender su red de actividades dentro de la comunidad de los “mensús”, trabajadores yerbateros del norte de la Mesopotamia y del Chaco que prácticamente laboraban en condiciones de semiesclavitud. Por otro lado, y a fin de conquistar al proletariado agrícola y a los campesinos medios frente a la oligarquía terrateniente y a los frigoríficos ingleses, los dirigentes “chispistas” subrayaban la importancia de abarcar todas las zonas del país con sus

campesinos y nativos americanos”, el sector “chispista” trató entonces de llevar adelante un programa político donde la lucha antiimperialista ocupara uno de sus ejes centrales. Aun cuando los dos sectores reconocían la importancia de la dominación estadounidense sobre los recursos económicos argentinos, la izquierda del partido no dejó de reconocer también los espacios que, pese a estar “en retirada”, todavía seguía ocupando Inglaterra en la vida económica de este país.

Sin embargo, la gran diferencia entre “chispistas” y “comitivistas” pasaba por la estrategia de la lucha antiimperialista, es decir, por los aliados con los que podría contar la clase trabajadora en este proceso. Así, frente a la visión más “obrerista” impulsada por los “marxistas revolucionarios” en la que el único aliado para los trabajadores urbanos eran los campesinos enfrentados a los terratenientes (aunque, y salvo casos aislados, hasta ese momento el Partido todavía no los hubiera integrado plenamente a la lucha), los “chispistas” en cambio confiaban en la posibilidad de colaboración de ciertas capas de la clase dominante (una “burguesía nacional” y una pequeña burguesía), que también podían llegar a enfrentarse al sometimiento externo, por ejemplo, a través de una política “proteccionista” y de “nacionalizaciones”. Por ende, y hasta mediados de los años '20, podemos concluir en que el PCA estuvo surcado por dos estrategias claramente distintas, y en las que el factor de la discordia pasó por la actuación política de la burguesía y la clase media, por otra parte, bases sociales de apoyo de los partidos radical y socialista. Según ellas fueran aceptadas o rechazadas, se obtendrían distintas estrategias para las Ligas Antiimperialistas, como fue lo que finalmente terminó ocurriendo.

Dadas estas condiciones, fue en el IV° Congreso partidario, celebrado entre el 25 y el 27 de julio de 1924, que el enfrentamiento entre ambos grupos llegaría a su máximo punto de tensión. Luego de que el sector “chispista” retuviera la mayoría del Comité Central (aunque esta vez, ayudada por una tendencia “centrista” presente también en la dirección de la organización), Ghioldi, Penelón y Codovilla decidieron apelar a la ayuda de la Comintern para zanjar de una vez por todas el conflicto y para asegurarles el control partidario, iniciando de este modo un trabajo fraccional abierto que ellos tanto habían cuestionado en otras oportunidades⁹⁹. Como correlato de este pedido, la relación entre el PC argentino por una parte, y la Comintern y el Partido bolchevique ruso por la otra fue fortalecida en medio del contexto ofrecido por las profundas luchas internas que por entonces se desenvolvían en el seno del comunismo internacional. En efecto, el sector “comitista” no tardó en situar su disputa con los “chispistas” en el conflicto más general que finalmente terminó estallando en junio de 1924 en momentos en que se realizaba el V° Congreso de la Tercera Internacional, que terminó enfrentando a Stalin, Zinoviev y Kamenev contra Trotski, y que con más o menos diferencias se reprodujo también en otros partidos comunistas, provocándose la exclusión de dirigentes “extremistas” como Ruth Fischer y Arkady Maslow en Alemania, Albert Treint y

diferencias de desarrollo y explotación, ahondando en el análisis de las clases sociales en el campo y de las distintas actividades económicas desarrolladas en él.

⁹⁹ Dicho Congreso fue particularmente agitado ya que Angélica Mendoza, junto con otros delegados, rechazaron el informe presentado por los “comitivistas” a la vez que acusaron de corruptos y de ser “vividores del Partido” a varios miembros del Comité Ejecutivo, principalmente, a Victorio Codovilla. Al ser ventilado en la prensa partidaria, el conflicto interno alcanzó grandes proporciones. Finalmente, el Comité Ejecutivo aprobó el informe financiero del partido y elogió a Codovilla por su honradez (para más detalles, ver el *Informe Administrativo* elaborado para dicha ocasión por los “chispistas” Cayetano Oriolo y Juan Nieto en Oriolo, 1994: 157-191).

Suzanne Girault en Francia, y Amadeo Bordiga en Italia¹⁰⁰. Por su parte, Zinoviev, como titular de la Internacional Comunista, no dudó en ofrecer su ayuda al grupo “marxista-revolucionario” en un etapa de su historia en la que además la organización comenzó a incidir directamente en la composición de los cuadros del comité central de las secciones nacionales, muchas veces, incluso en contra de la propia voluntad de sus militantes¹⁰¹. En todo caso, la intervención directa del comunismo internacional se constituyó en un antes y un después en la vida del joven partido, en un verdadero punto de inflexión ya que a partir de entonces la orientación política fundamental del PCA, tanto como la composición de sus órganos de dirección, comenzaron a ser decididos directamente por la Comintern y, fundamentalmente, por Moscú¹⁰².

La respuesta del Comité Ejecutivo de la Comintern finalmente se dio a conocer el 4 de abril de 1925 bajo la forma de una “Carta Abierta”, redactada originalmente por Penelón durante su estancia en Moscú en 1924 y con añadidos posteriores del propio Codovilla, aunque con la firma del Secretario del Buró Latinoamericano, Jules-Humbert Droz (“Luis”). En dicho documento, y contra el proceso que primero había dado lugar a la creación de una organización marxista en México, se afirmaba que era el argentino el primer Partido Comunista creado en Sudamérica, convirtiendo a la sección de este país en la principal base de apoyo de la Comintern en toda la región pero, principalmente, en América del Sur. Pese a la importancia del PCA en el contexto latinoamericano, la presencia en él de militantes provenientes del viejo Partido Socialista y de origen anarcosindicalista había provocado serios conflictos con su propia identidad bolchevique, por lo que la “Carta Abierta” subrayaba la necesidad de tener una organización centralizada en torno al Comité Ejecutivo como ámbito sobre el que ya existía control por parte de la Comintern. Apoyando las posiciones centristas contra los desviacionismos izquierdizantes y reformistas, la Carta se ocupó de reafirmar la postura interpretativa de que era aquél un período de estabilización relativa del capitalismo en el que por tanto había necesidad de ganar a las masas a partir del estudio de sus más vitales e inmediatas aspiraciones y desde consignas unificacionistas, tanto a nivel nacional como internacional. Por último, la Carta también se ocupó de dejar en claro su apoyo al trío de Penelón, Ghioldi y Codovilla bajo la creencia de que de seguir las cosas

¹⁰⁰ Para el desenlace de la lucha de líneas en el PCA resultó fundamental la relación que Penelón pudo establecer con la dirección de la Comintern, sobre todo, a partir de su visita a Moscú, junto con Miguel Contreras, en enero de 1924. Sin embargo, sería Codovilla, quien todavía no formaba parte del Comité Ejecutivo del Partido aunque sí se desempeñaba como titular del Socorro Obrero Internacional, el que formularía el pedido concreto de ayuda a la Comintern para terminar de saldar la confrontación interna del PCA, aprovechando un viaje a la Unión Soviética realizado en septiembre de 1924 con el fin de participar primero en el Congreso del Comité Internacional de Ayuda y luego en la reunión del Pleno Ampliado en la que se discutiría la cuestión de la “bolchevización de los partidos”.

¹⁰¹ De ahí, entonces, que antes de la subida de Stalin al poder en Moscú, muchos dirigentes comunistas argentinos se reconocieran a sí mismos como “zinovievistas”: “Hasta entonces todos estábamos al lado de Zinoviev, pero a partir de que Stalin comenzó a limpiar a todos sus opositores, ellos cambiaron de posición” (ver entrevista al ex dirigente Ruggiero Rugilo en Corbiere, 1984: 79). La misma posición sostenía por entonces Codovilla, el que según *La Chispa* había planteado en cierta oportunidad que, según su manera de entender, “Zinoviev es el que interpreta con exactitud al leninismo” (Vargas, 2004: 283).

¹⁰² “En última instancia, la dependencia de la organización nacional a la Internacional Comunista fue la regla” (Vargas, 2004: 271).

como estaban, el partido terminaría dejando su lado su línea bolchevique para terminar convirtiéndose en una secta¹⁰³.

Con respecto a la problemática del imperialismo, “cuyo desarrollo rápido tiende a transformar en países semicoloniales a los países sudamericanos”, la “Carta Abierta” reafirmaba el sentido revolucionario y anticolonial del proletariado de todos los países oprimidos, en rebelión no sólo contra la burguesía internacional sino también contra la burguesía nacional. Por otro lado, la lucha del proletariado adquiriría un sentido aun más importante al predecirse el estallido de futuras guerras por la disputa de áreas de influencia en la región entre los Estados Unidos, Inglaterra y ahora también Alemania, contexto que enfatizaba además la importancia de la acción antiimperialista dirigida desde el partido en su aprovechamiento de las fisuras y rivalidades existentes en la competencia de los países centrales. En el caso argentino, se señalaba puntualmente el creciente predominio estadounidense, caracterizado como “hegemónico” y basado en el desarrollo fabril, por sobre el expansionismo inglés, tradicionalmente más ligado al agro. La competencia cada vez más feroz entre ambos imperialismos no sólo terminaría fortaleciendo a la clase obrera, sino que junto con ella el campesinado y hasta ciertas franjas de la pequeña burguesía también serían impulsadas a la lucha. Argentina, considerada como una “semicolonia de Yanquilandia”, sentía el peso de la economía estadounidense en la proyección y construcción de las redes ferroviarias, en la explotación de los yacimientos petroleros y, todavía más, en los empréstitos solicitados a Wall Street lo que, por otra parte, aseguraba una dependencia cada vez mayor del país con respecto a los circuitos financieros externos. Sin embargo, no se dejaba de señalar que tanto el imperialismo de origen norteamericano como el de origen inglés no habían podido construir aún sus propias expresiones políticas, por lo que el primero optó por aliarse a la fracción industrial del Partido Radical (el yrigoyenismo) mientras que el segundo lo hizo con sus sectores agropecuarios y más retardatarios (el alvearismo y el conservadurismo en general), en una conceptualización política y sociológica de graves consecuencias a la hora de explicar el proceso del golpe militar de 1930 y de predecir sus consecuencias para la sociedad y la política argentinas.

¹⁰³ Cabe resaltar que en un principio, y pese a su diferente postura, los opositores a la Carta Abierta terminaron aceptando las propuestas por ella contenida aunque no sin realizar las críticas pertinentes. Así, “Cayetano Oriolo, Teófilo González, Héctor Raurich, Teófilo Arfuch, Modesto Fernández y Rafael Greco (...) se manifestaron entonces de acuerdo con el contenido de la Carta Abierta; pero a continuación hicieron prodigios de verbosidad para demostrar que la línea política que dicha Carta Abierta aprueba, esto es, la que venía sosteniendo las mayorías de los últimos comités ejecutivos (Penelón, Ghioldi, Codovilla, Romo, Rugilo, Sous, etc.), era una política reformista, derechista, etc., y que, en cambio, lo que esa carta señala como pernicioso, es decir, la propaganda en abstracto de la Dictadura Proletaria y la Revolución (con mayúsculas en el original) había sido la política ‘leninista’, la política exacta”. Por otra parte, “esas supervivencias del criterio anárquico-pequeño burgués fueron combatidas con toda energía por el Comité Ejecutivo y, especialmente, mediante dos valiosas exposiciones doctrinarias realizadas por Rodolfo J. Ghioldi y Penelón”. Sin embargo, “los que siempre encabezaron la tendencia opuesta (Cayetano Oriolo y Teófilo González), secundados por algunos elementos intelectualoides, nuevos en el Partido, y por otro elemento (sic) intelectual, también, Angélica Mendoza, concurren a esos comentarios y comienzan un fuego graneado contra el Comité Ejecutivo (...). Aquellos que se sintieron afectados por las precisiones del informe, en vez de reconocer sus errores y cambiar sus procedimientos, no hicieron otra cosa que ahondar más el mal y tratar de producir el desprestigio de la dirección del partido (...). Se expandían los rumores más alarmantes y se hacía la demagogia más canallesca en torno a las cuestiones administrativas (llegando incluso a) poner en duda la autenticidad de la Carta Abierta”. Por su parte, si Ghioldi les endilgó a los “chispistas” ser portadores de una ideología plena de infantilismo revolucionario, “antipolítica” y orientada hacia el “no comunismo”, ellos respondieron que Penelón tenía poca vocación de poder y una severa confusión teórica entre clase y partido, y que el nuevo Comité Ejecutivo era esencialmente burocrático (CCC 329.15/82 PCa 4: 1-3).

Por último, la sección de lucha contra el imperialismo existente en la “Carta Abierta” finalizaba con una serie de “reivindicaciones inmediatas” que rápidamente pasaron a integrar la correspondiente sección programática del PCA y a servir de inspiración para la próxima creación de la Liga Antiimperialista, en base a su firme orientación anticolonial, a la fidelidad a la Unión Soviética y a la alianza entre obreros y campesinos. De este modo, y en cuanto a un plano de lucha “nacional”, la “Carta Abierta” proponía los siguientes cinco puntos: “1º: Nacionalización de las industrias extranjeras: transportes, producción frigorífica, azucarera y forestal. Control de la producción por los sindicatos obreros y campesinos. 2º: Supresión de las bolsas y mercados a término que acaparan la producción cerealista. Venta del producto y fijación de su precio por la organización de campesinos pobres y cooperativas agrícolas de los mismos. 3º: Control por la organización nacional de obreros y campesinos de todas las concesiones industriales que confiera el gobierno al capitalismo extranjero como asimismo en todas las inversiones de capitales extranjeros a fin de determinar las condiciones de trabajo y de producción. 4º: Municipalización de los servicios tranviarios y control de su administración por la organización obrera para determinar las condiciones de trabajo. 5º: Oposición a todo empréstito”. Por otra parte, y desde una óptica “internacional”, las recomendaciones fueron las siguientes: “1º: Reconocimiento de la Rusia de los Soviets. Alianza con Rusia en la lucha contra el imperialismo mundial. 2º: Alianza del proletariado con los campesinos y nativos americanos y organización de las fuerzas para combatir al imperialismo en su dominación económica y militar en las naciones sudamericanas y en su infiltración en la clase obrera por medio de los organismos amarillos (gomperismo, etc.). 3º: Apoyo a las colonias en su lucha emancipadora contra el imperialismo (boicot, oposición al cargamento de productos, huelgas, etc.). Derecho de los pueblos a elegir su propio destino”¹⁰⁴.

A partir de las recomendaciones brindadas por la Comintern para “ir hacia las masas” y de un constante trabajo político destinado a la “homogeneización ideológica”, finalmente el trío encabezado por Penelón consiguió obtener la mayoría de la dirección partidaria en la reunión del Comité Ejecutivo Ampliado del 27 de junio de 1925. Una vez logrado este objetivo, se dio inicio a un amplio proceso de expulsiones que abarcó a prácticamente todos los rivales “chispistas”, justificándose su alejamiento por los más diversos motivos (muchos de ellos, incluso de índole delincencial) e impidiendo de ese modo que esta serie de medidas disciplinarias tuviera lugar en el siguiente Congreso partidario, en donde los afectados hubieran tenido mayores posibilidades para defenderse¹⁰⁵. Así, el 4 de octubre el Comité Ejecutivo expulsó a Cayetano Oriolo y a Juan Nieto y, dos semanas más tarde, a la principal referente del grupo, Angélica Mendoza; asimismo, mientras que Juan Greco decidió ausentarse en Uruguay, su hermano Rafael fue acusado de “agente policial” y luego “patronal” por Codovilla. En tanto que, según se consignó en un informe del Comité Central del PCA dirigido al Comité Ejecutivo de la IC el 18 de diciembre de 1925, los dirigentes Miguel Contreras, Nicolás Di Palma, Orestes Ghioldi e Israel Mallo (los dos últimos, de la Federación

¹⁰⁴ CCC, *Proyecto de Programa de Reivindicaciones Inmediatas*: 329.15/82 PCa 5.

¹⁰⁵ De un modo particular, se impidió que la facción “chispista” apareciera como un grupo interno ya consolidado. Según los “comitivistas”, ellos “especulan sin éxito con el sentimentalismo unitario de los compañeros y una expulsión en *block* facilitaría sus planes y les permitiría presentarse como un grupo frente al Partido, mientras que ahora obran como grupo, pero reuniéndose secretamente y negando que obran como fracción. No obstante, tratan de justificar su trabajo orgánico, pretendiendo demostrar que el Comité Central obra como tendencia o fracción y no como organismo de dirección del conjunto” (CCC 329.15/82 PCa 4: 5).

Juvenil Comunista) pudieron permanecer en el Partido luego de realizar una autocrítica pública por sus anteriores posiciones izquierdistas¹⁰⁶.

La expulsión de los “chispistas” fue finalmente convalidada durante el VII° Congreso partidario llevado a cabo el 26 de diciembre de 1925, ocasión en la que también se reconoció que el grupo de Penelón, Ghioldi, Codovilla y el secretario del Partido, el “centrista” Pedro Romo, constituían “la continuidad y la exactitud del leninismo” (*La Chispa*, 30/11/1926)¹⁰⁷. Por otra parte, dicho encuentro fue particularmente violento, al punto de que en una de sus tumultuosas sesiones fue asesinado el dirigente de la Federación Juvenil Enrique Müller, crimen que además terminó siendo achacado a los “extremistas”, convertidos ahora “en una banda de criminales, provocadores y enemigos declarados del comunismo y de la clase obrera” (*Esbozo*, 1947: 58) o bien, y directamente, en “maffiosos”¹⁰⁸. Intentando rebajar el alto nivel de gravedad alcanzado por el conflicto, en su informe al Comité Ejecutivo de la Comintern la nueva dirección comunista concluía en que la oposición era “un grupito insignificante, completamente repudiado por todo el Partido” (cuestión esta última que, como pudimos observar, no era para nada cierta), al mismo tiempo que se congraciaba con ella al reafirmar que, luego de su expulsión, el PCA finalmente estaba obteniendo la “homogeneización ideológica” y el “ensanchamiento de su base proletaria” tan deseados¹⁰⁹.

Una vez fuera del PCA y con la colaboración de otros cuadros anteriormente expulsados (como varios de los “frentistas” de 1922) y de “elementos de dudosa moralidad”, los militantes y dirigentes “chispistas” dieron vida a fines de 1925 al Partido Comunista

¹⁰⁶ CCC 329.15/82 PCa 4.

¹⁰⁷ En el punto referente a “Indisciplina y sanciones”, del *Informe al VII° Congreso*, se mencionan los casos de “indisciplina” y “calumnias” por parte de Cayetano Oriolo, Juan Nieto y Angélica Mendoza: “todos ellos eran elementos que se venían caracterizando por su labor contra la dirección, de su fomento constante de la indisciplina y por sus criterios federalistas y pseudo-izquierdistas (...). Como rebasaron los límites para caer en la indisciplina abierta, no sólo contra el Comité Ejecutivo sino también contra el Ampliado, y en el caso de Oriolo y Nieto agravaron su situación con la divulgación de las versiones más calumniosas contra la dirección del partido, en general, y contra algunos de sus miembros en particular, el Comité Ejecutivo, previas las encuestas necesarias y previo llamado a que rectificasen sus actitudes y manifestaciones, se vio en la imperiosa necesidad de excluirlos” (ver, Corbiere, 1984: 122).

¹⁰⁸ En un informe enviado a J. Humbert Droz el 4 de febrero de 1926 por la dirección del PCA, se aseguraba que “este crimen, que se llevó a cabo con toda premeditación, tenía el propósito evidente de impedir la celebración regular del Congreso para evitar la unánime condena de los elementos opositores, que se habían unido con los peores enemigos del Partido que desde afuera inspiraban su acción. Y al no caberle duda de que el Congreso condenaría unánimemente su traición, apelaron al recurso extremo del crimen, utilizando para ello a un elemento opositor conocido por su característica de matón” (CCC 329.15/82 PCa 5: 3). Según la dirección del PCA, el asesino de Müller había sido Modesto Fernández, quien años después se afiliaría al Partido Socialista, obteniendo una importante protección por parte de sus dirigentes y complicándose en consecuencia las relaciones entre ambos partidos. Por su parte, los amigos de Fernández dijeron que el crimen había sido cometido por Aurelio Hernández, dirigente vinculado a varias organizaciones de frentes del PCA y, por lo tanto, amparado por sus pares. Finalmente, para *La Chispa* la acusación contra Fernández fue producto de una “confabulación de delatores”, es decir, de varios dirigentes comunistas que lo habían elegido como chivo expiatorio cuando se encontraban detenidos por la policía una vez ocurrido el crimen.

¹⁰⁹ Según el mencionado reporte a Humbert-Droz, “el mérito del Congreso fue también el de haber liquidado totalmente a la oposición, no sólo por espíritu de disciplina, sino por estar convencido de que se hallaba frente a una conspiración anticomunista, como lo probara no sólo el crimen, sino la campaña venenosa que con tal motivo iniciara la prensa burguesa”. De este modo, se justificaba la expulsión de toda una franja del partido, de “un pequeño grupo de ‘maffiosos’ que bajo el pretexto de ‘diferencias ideológicas’ querían minar la indisciplina y envenenar la conciencia de los afiliados” (CCC 329.15/82 PCa 5: 3).

Obrero (PCO), instrumento a través del cual intentaron disputar con los “comitivistas” la representación de la Comintern en Argentina, aunque sin ninguna suerte en dicha empresa¹¹⁰. Para la formación de este nuevo partido, los “chispistas” contaron con la colaboración de anarco-sindicalistas, en cuya sede tuvo lugar la reunión constitutiva de la nueva organización. Según el CC del PCA, en sus inicios el PCO no contó más que un centenar de militantes (aunque, de ser así, muy bien insertados dentro de algunos sindicatos y entidades comunitarias) y su primera actividad fue la publicación de un manifiesto en defensa del supuesto asesino de Müller, responsabilizado a los propios líderes comunistas de la muerte del joven dirigente¹¹¹.

Los máximos dirigentes del PCO fueron Pascual Loiácono, Cayetano Oriolo, Angélica Mendoza y Mateo Fossa y, al momento de constituirse en partido, recibieron el apoyo de la Agrupación Israelita¹¹², de los sindicatos del calzado y de los metalúrgicos¹¹³. Su órgano de prensa fue *La Chispa*¹¹⁴, que comenzó a editarse a principios de febrero de 1926 y que pronto se caracterizó por situar sus análisis políticos dentro del contexto de las luchas contra el imperialismo que se venían desarrollando en los distintos países latinoamericanos, elemento por demás ausente en el medio comunista *La Internacional*, más interesado en el seguimiento de los acontecimientos europeos que en el propio desarrollo de la lucha de clases local y regional. Como correlato de la lucha de tendencias vivida en la Unión Soviética y en la Comintern, los “comunistas obreros” no tardaron en ser calificados como “trotskistas”, aun cuando en ningún momento publicaron artículos específicos sobre el creador del Ejército Rojo y, mucho menos, procedieron a defenderlo¹¹⁵. Más aún, en diversas oportunidades criticaron a Trotski rescatando la figura de Stalin cuando todavía no lo hacía el propio PCA desde las páginas de su periódico.

En todo caso, fue el PCO la primera expresión política que intentó amalgamar la doctrina comunista con las luchas antiimperialistas desarrolladas por entonces en

¹¹⁰ De hecho, su primer congreso envió a la Internacional Comunista un telegrama de adhesión incondicional.

¹¹¹ CCC: *Informe al Compañero Humbert-Droz* 329.15/82 PCa 5: 3.

¹¹² El CC del PCA se quejó de que el PCO hizo trabajo de oposición en el seno de la Agrupación Comunista Israelita, “organización dedicada a realizar la propaganda del idish”, aprovechando la existencia en ella de partidarios bundistas, sionistas de izquierda y pequeño-burgueses. Uno de sus máximos referentes de la nueva agrupación fue el periodista Pedro Wald, a quien las fuerzas represivas calificaron como “presidente del soviét argentino” durante la Semana Trágica de enero de 1919 y que, como editor del *Die Presse* (diario de mayor circulación dentro de la colectividad judía de la época), dio su apoyo de manera encubierta a los militantes “chispistas”. Una vez constituido, el nuevo agrupamiento editó el periódico *Roitern Stern* cuya denominación, al ser la misma que la del medio oficial de la mencionada Agrupación Comunista, fue luego sustituida por la de *Roitern Fond*. Por último, y ante su labor opositora, aquellos militantes solidarios con los “chispistas” fueron expulsados del PCA y de los instituciones culturales y sociales israelitas y comunistas de las que formaban parte (CCC 329.15/82 PCa 5: 4-5).

¹¹³ El Congreso del PCA aprobó por unanimidad la expulsión de dirigentes del gremio metalúrgico como Rafael Greco, Luis Miranda, Romeo Gentili y los hermanos Samuel y José Dubkin (CCC 329.15/82 PCa 5).

¹¹⁴ Los dirigentes del PCA informaban que los miembros del nuevo partido “han editado un periódico al que han tenido la osadía de llamar *La Chispa*. Es un pasquín tan inmundo como torpe, y en el que se revelan como perfectos instrumentos policiales” (CCC: *Informe al Compañero Humbert-Droz* 329.15/82 PCa 5: 4).

¹¹⁵ Aunque sí hubo algunos dirigentes como Mateo Fossa, sindicalista de la madera, que fueron luego fundadores del movimiento trotskista argentino, así como también Héctor Raurich, L. Etchebéhere, Mica Feldman y Manuel Molina.

América Latina, condición ésta bajo la cual pudo conformarse una primera sección argentina de la Liga Antiimperialista de las Américas. Igualmente, podemos afirmar que la ruptura que se produjo hacia el interior del comunismo y que daría lugar a la creación de una nueva organización política tradujo la dificultad que tuvo el PCA en sus primeros tiempos por integrar un factor latinoamericanista a una prédica antiimperialista ya presente desde sus orígenes y que sería resuelto, de manera mucho más efectiva, por sus rivales del PCO. Así podemos concluir que si en su etapa formativa el PCA miró mucho más a Europa para su propia construcción identitaria, los “chispistas” por el contrario, encontraron un nuevo anclaje en el contexto latinoamericano: de ahí su pronta vinculación con el Comité Continental de la LADLA en México¹¹⁶ y, por lo mismo, el retraso de más de dos años del grupo de Penelón, Ghioldi y Codovilla por crear su propia filial de la Liga Antiimperialista.

Un primer ensayo antiimperialista: la “Asociación de Amigos de Rusia”

El proceso de separación de aquellos miembros que según la nueva dirección del PCA habían usufructuado en su propio beneficio el prestigio revolucionario de la Unión Soviética, contribuyendo a debilitar al Partido, sumiéndolo en la confusión y en la desorientación doctrinaria, fue complementado por otras iniciativas que tendieron a robustecer la filiación comunista y prosoviética de la organización, principalmente, mediante la fundación a mediados de 1925 del Secretariado Sudamericano, con sede en Buenos Aires, y destinado a enlazar progresivamente a los distintos partidos y organizaciones marxistas del sur del continente. Por otra parte, y sin dejar de lado un costado antiimperialista cada vez más acentuado, el PCA dio su apoyo encubierto a organizaciones que como la Asociación de Amigos de Rusia contribuyeron a ampliar el bloque de apoyo a la Unión Soviética entre sectores intelectuales y burgueses, aunque desde un plano mucho más europeísta que latinoamericanista siendo, de hecho, la argentina la primera filial de esta entidad en ser creada en la región. Sin embargo, y aunque varias de sus características fueron luego retomadas por la Liga Antiimperialista, lo cierto es que esta entidad no dependió de la estructura cominteriana sino directamente de la dirección del Partido Comunista ruso a través de la Sociedad de Relaciones Culturales (“VOKS”, por su denominación en ruso) a la que estuvo afiliada desde un principio, más específicamente, como subordinada a la GPU, el servicio de inteligencia soviético (Dujovne Ortiz, 2007: 88)¹¹⁷.

¹¹⁶ Es muy probable que la vinculación entre la Liga chispista y la dirección continental de la LADLA, en México, fuera establecida por el cuadro argentino Jorge Paz, quien en 1925 fue enviado como delegado a Cuba para la época de la fundación de su Partido Comunista (aunque arribó a La Habana una vez que éste ya se había constituido) y que luego permaneció en México por varios años hasta su expulsión de las organizaciones comunistas por su cercanía al PCO. Ver Jelifets *et al.* (2004: 252-3), aunque en su biografía exista una confusión con la del militante contemporáneo L. Etchebéhere, cuyo nombre es señalado como uno de los seudónimos de Paz.

¹¹⁷ Según las declaraciones de la dirigente soviética O. D. Kameneva (Olga Davidovna Bronstein, hermana de León Trotski y esposa de Lev Kamenev), oportunamente publicadas en el segundo número de la *Revista de Oriente*, la Asociación argentina era, de hecho, la primera en ser fundada en el continente americano, habiéndose creado anteriormente las filiales en Alemania, en 1923, en Inglaterra, en Francia y en Italia (aun pese al clima de terror impuesto por el fascismo). En el caso particular de los Estados Unidos, si bien existían relaciones entre algunas instituciones culturales y educativas (universidad, bibliotecas, centros de investigación) con sus pares soviéticas, todavía hasta ese momento no se había podido crear una sección de dicha Asociación. Argentina se convertía así en el primer país latinoamericano en desarrollar este tipo de organizaciones afiliadas al comunismo ruso, con un perfil cultural y político abierto y plural. Por otra parte, resulta significativo que en su libro *La gran estafa*,

La fundación en 1925 de la Asociación de Amigos de Rusia fue desde un inicio una típica expresión de la estrategia del “frente único”, prevaleciente por aquella época en el movimiento comunista, en la que se intentaba conjuntar las acciones de aquellos militantes o intelectuales directamente referenciados en el partido, con aquellos otros que, si bien eran refractarios a insertarse en su estructura, hacían notar en cambio su firme intención solidaria con el proceso revolucionario que por entonces se desarrollaba en la Unión Soviética. En este sentido, la intención de la nueva organización era la de solicitar “el apoyo y la cooperación de los estudiantes, intelectuales y obreros del país, que vean con simpatía la obra de la Revolución Rusa y quieran contribuir a su mejor conocimiento entre nosotros”, según se declaraba en el primer número de la publicación de la Asociación, la *Revista de Oriente*, de junio de 1925. Igualmente, la participación en su interior de intelectuales cercanos al comunismo, como Arturo Orzábal Quintana, uno de los fundadores y secretario de la organización, junto con dirigentes partidarios como Victorio Codovilla, Oscar Montenegro Paz y M. Punyet Alberti, y de militantes provenientes de las filas del socialismo y el sindicalismo, como Alejandro Castiñeiras y Bartolomé Bossio, también nos refiere a la política de “frente único”, es decir, a la puesta en marcha de distinto tipo de emprendimientos políticos por parte del comunismo con distintas expresiones del campo de izquierda y del progresismo en general.

Los propósitos de la Asociación, revelados desde el primer número de su revista, también nos refieren a las claras la intencionalidad que motivó su constitución, así como también el marco de referencialidades simbólicas con la que intentó estructurar su propia identidad política. Así, se afirmaba en la *Revista de Oriente* que “la última guerra europea ha acelerado el despertar de una nueva conciencia humana. Una tragedia tan inmensa no podía resultar estéril. Por encima de los escombros de la guerra, Rusia encarna hoy el anhelo universal de realizar una humanidad nueva y, por eso, frente a la política imperialista de Occidente representada por los Estados Unidos, es para nosotros el símbolo de una nueva generación. Queremos recoger en nuestras hojas el esfuerzo que a la par de Rusia se realiza en México, Marruecos, China, la India y desde el fondo de las masas obreras y campesinas de todo el mundo para divulgarlo entre los obreros e intelectuales de nuestro país y de toda América del Sur” (Nº 1: 1). Pese al inmenso desastre que supuso la Gran Guerra en su momento, ella al menos resultó útil para aclarar los verdaderos términos del conflicto, situados ahora entre una potencia decadente, el “Occidente”, representado por los Estados Unidos, y un conjunto de pueblos y naciones de todo el mundo que lucha por eliminar el yugo imperialista que los constriñe bajo la inspiradora guía de Rusia, el “Oriente”, convertida desde su revolución en “patria de los trabajadores” y en símbolo de renovación de la humanidad. En este sentido, el “nuevo” Oriente ya no era tan sólo Rusia, apoyada por las luchas independentistas y nacionalistas al mismo tiempo desarrolladas en China y la India: también América Latina, por su situación de sujeción, pero también por sus ansias de

Eudocio Ravines identifica a la Asociación directamente con la Liga Antiimperialista: “La Liga Antiimperialista prosperó y se abrió camino; profesores de la Universidad de la Plata tomaron interés por la organización; pequeños sindicatos obreros enviaban óbolos para sostenerla; los actos que realizaba comenzaron a convocar un público de más de doscientas personas. Y se pensó en sacar una revista. Varios miembros de la Liga, estudiantes de tendencia comunista, editaban una publicación denominada *Revista de Oriente*: su finalidad era divulgar lo que se hacía en Rusia, los progresos de la Revolución, sus dificultades y los esfuerzos de los trabajadores. La *Revista de Oriente* se incorporó al nuevo organismo y el campo de actividades se extendió sobremedida” (Ravines, 1974: 104). Por otra parte, Emilio Corbiere asegura que entre 1919 y 1921 circuló, junto con *Documentos del Progreso*, una *Revista de Oriente*, que en caso de ser así, antecedió en cuatro años a la editada por la Asociación de Amigos de Rusia (1976: 21).

libertad e igualdad social, merecía formar parte de este nuevo conglomerado más cultural que geográfico¹¹⁸.

Aunque sus fines eran eminentemente políticos, la Asociación pro Rusia decidió constituirse como un ente fundamentalmente cultural, interesado en difundir los avances de las ciencias y las artes soviéticas dentro del medio intelectual de la Argentina. Más allá de este objetivo prioritario, subyacía en cambio una intencionalidad que trascendía lo cultural y que lo utilizaba como un puente legítimo para posibilitar el acercamiento político y comercial con la Argentina. Detallando sus objetivos, la Asociación se propuso “1) propagar en el ambiente intelectual y obrero del país la obra constructiva que se opera en la Rusia soviética en el terreno político, económico y cultural; 2) luchar por el reconocimiento del gobierno ruso y la iniciación de las relaciones comerciales con Rusia; 3) propender a un acercamiento entre los círculos obreros e intelectuales del país con los de Rusia; 4) analizar el espíritu de posguerra y el estado político y social de los países triunfantes y vencidos en la última contienda; 5) solidarizarse y ayudar económicamente al estudiante de cualquier parte del mundo que en sus luchas necesite de nuestra ayuda” (*Revista de Oriente*, N° 1: 1925). Así, la vanguardia intelectual argentina, a través de una amplia política de clases, se convertía en un instrumento idóneo de irradiación de la cultura soviética rusa en la búsqueda de su legitimación y como primer paso para el reconocimiento político y el intercambio comercial entre ambos países, dificultados ambos en gran medida por presiones británicas, según se sospechaba desde Moscú (Carr, 1984: 333, vol. III)¹¹⁹. Los medios propuestos para cumplir con estos objetivos eran muy variados e incluían desde la publicación de la mencionada revista y la realización de conferencias públicas en instituciones culturales y sindicales, a la creación de una biblioteca especializada en el material ruso y la celebración de reuniones periódicas de discusión sobre “asuntos rusos”. Por último,

¹¹⁸ Para el concepto marxista de “Oriente” en los años '20 del pasado siglo, su impacto en la intelectualidad y la juventud política latinoamericana, y su significado como “mundo no europeo”, inspirado en los movimientos revolucionarios y nacionalistas de Asia frente a las desgastadas fórmulas positivistas, ver Devés y Melgar (2005).

¹¹⁹ A diferencia de lo sucedido con el Estado mexicano, que se convirtió en el primer país latinoamericano en brindar su reconocimiento formal a la Unión Soviética, las relaciones con la Argentina fueron altamente complejas y, en un punto, hasta contradictorias. Así, mientras que en un principio el presidente H. Yrigoyen se opuso a mantener relaciones diplomáticas con Moscú debido al trato denigrante sufrido por su representante político en Petrogrado, J. Naveillan, por el contrario, el gobierno de Lenin intentó llevar a cabo una política de acercamiento fundamentada en la neutralidad argentina durante la Primera Guerra Mundial y en el rechazo a querer sumarse a la ofensiva capitalista abierta contra la Unión Soviética inmediatamente después de producida la revolución. Sin embargo, en 1921 y ante la grave crisis alimentaria que por entonces se vivía en Rusia, el gobierno de Yrigoyen autorizó a un representante comercial soviético la compra de cereales y de otros productos de primera necesidad. Mientras tanto, y ya con Alvear en el poder, en 1924 hubo una respuesta negativa a la propuesta soviética por crear en Buenos Aires una filial de la Compañía Oficial Soviética para el Comercio Exterior (ARCOS), destinada a realizar operaciones de compra y venta, aun cuando casi al mismo tiempo el Senado aprobaba una extensión de la legación argentina en la URSS para que también pudiera abarcar a otros países de la región en cuestiones comerciales. Por último, y durante 1925, año de la fundación de la Asociación de Amigos de Rusia, hubo insistentes pedidos por parte de Chicherin, el Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores, para que el gobierno de Alvear reconociera plenamente a la Unión Soviética sin ningún resultado concreto ya que, como mencionó un funcionario argentino en Berlín, “en este asunto, Argentina seguirá los pasos de los Estados Unidos de Norteamérica, sin adoptar una actitud independiente”. Como se verá más adelante, esta situación recién comenzaría a ser revertida hacia fines de 1927, cuando se funde en Argentina la Yushamtorg (sigla de “Organización para el Comercio con América Latina”), de fundamental importancia en la política petrolera del segundo gobierno de Yrigoyen (ver Siepe y de Monserrat Llairó, 1994).

también se resolvió impulsar la publicación de aquellos folletos y obras de propaganda que se consideraran necesarios para el sostenimiento de la causa.

Hasta su desaparición, ocurrida en los últimos años de la década del '20, la Asociación encaró diversos actos públicos por el establecimiento de relaciones entre Argentina y la Unión Soviética. Dadas las características de la Asociación, por lo general, estos actos contaron con la participación de representantes de partidos y fuerzas políticas y sociales de izquierda, sin que necesariamente manifestasen una militancia activa dentro del comunismo. Así, por ejemplo, el 12 de septiembre de 1926 se realizó un encuentro en el que participaron, como oradores, Marcelino Punyet Alberti (por parte de la Asociación), Alejandro Castiñeiras y Enrique Dickmann (por el Partido Socialista), Alfredo Palacios (por la Unión Latinoamericana y la Federación Universitaria de La Plata, entre otras organizaciones) y Rodolfo Ghioldi (por el Partido Comunista). También se llevaron a cabo eventos de solidaridad latinoamericana con aquellos países afectados por la política imperialista estadounidense, como fue el caso del acto "Pro México", celebrado el 21 de agosto de 1926 como respuesta frente a la presión bélica estadounidense contra el gobierno de Calles, y en que intervinieron Antonio de Tomasso (socialista), Rodolfo Ghioldi (comunista) y Francisco Márquez Miranda (por la Unión Latinoamérica), además del ministro mexicano Lerdo de Tejada, presente durante la conferencia. Por último, esta serie de actos se caracterizaron por contar con la presencia de dirigentes e intelectuales de la izquierda argentina, como Arturo Orzábal Quintana (quien a principios de noviembre de 1926 dio una charla auspiciada por la Asociación sobre la situación política de la Unión Soviética), Victorio Codovilla y Carlos Sánchez Viamonte, así como también de militantes exiliados, como fue el caso del peruano Eudocio Ravines.

A nivel de las relaciones internacionales, y más allá de sus contactos con organizaciones similares existentes en Europa y con la Unión Soviética, la Asociación también se vinculó, casi desde su misma constitución, con el grupo de intelectuales franceses filocomunistas nucleados en torno a la revista *Clarté* (*Claridad*), editada por Henri Barbusse, y a la llamada "Internacional del Pensamiento"¹²⁰. En el contexto regional, la Asociación argentina también brindó una importante ayuda para la constitución de distintas secciones en otros países, como fue el caso de la constitución de la filial

¹²⁰ El grupo "Claridad" pertenecía a la "Internacional del Pensamiento" (o "Liga de Solidaridad Intelectual por el triunfo de la Causa Internacional", tal su nombre completo) que, bajo el liderazgo del comisario de cultura de la Unión Soviética Anatoli Lunacharski, integró en su comité directivo al escritor armenio Akop Akopian, y a los intelectuales franceses Henri Barbusse y Paul Vaillant Couturier, entre otros. En París congregó bajo la influencia de Barbusse a un destacado núcleo de pensadores y humanistas que defendían a la Revolución Rusa y al pacifismo, como Georges Brandes, Anatole France, Charles Gide, Charles Richet, Jules Romains, Upton Sinclair, H. G. Wells y Stephan Zweig que, ciertamente, fungían como la izquierda comunista de esta agrupación cultural, en tensión con su ala surrealista y "ultrarrevolucionaria". *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 13 N° 541-1-128. En Argentina se formó un primer grupo "Claridad" en el ala izquierda del Partido Socialista, que publicó la revista del mismo nombre bajo la dirección de Rodolfo Troncoso y con los aportes monetarios de José Ingenieros. Hubo luego otras dos publicaciones que adoptaron la misma denominación: una dirigida por José P. Barreiro y la otra por Antonio Zamora que, a partir de 1926, se constituiría en Ateneo, editorial y "Tribuna libre del pensamiento izquierdista", verdadero punto de encuentro político y, sobre todo cultural, entre las distintas corrientes de izquierda y progresista. Por último, también es de destacar el fuerte impacto generado por el grupo *Clarté* en intelectuales y marxistas latinoamericanos como fue el caso de José Carlos Mariátegui, quien por medio de su célebre revista *Amauta* reconocía la inspiración ideológica de Barbusse y su círculo (Corbiere, 1976: 19 *infra*).

uruguaya, en noviembre de 1925, y de la chilena, creada a principios de 1927 y presidida por Galvarino Araujo (aunque de corta vida debido al inicio de la dictadura de Ibáñez). Y en un sentido similar, la Asociación se ocupó de crear secciones en diversas ciudades del interior del país, habiendo sido las más importantes las de Rosario y La Plata. Por otra parte, y con respecto a las relaciones de la Asociación con otras organizaciones políticas y culturales de similar corte antiimperialista, fue importante la vinculación establecida con el APRA de Haya de la Torre, ya que varios de sus militantes, exiliados en la Argentina, tenían una destacada participación en ella: en este sentido, para la una asamblea nacional del 1° de noviembre de 1926, organizada por la Asociación en Buenos Aires, concurrió como delegado por la sección de La Plata el dirigente estudiantil de origen peruano Luis Heysen (el mismo que para principios del siguiente año fungiría como secretario de esa filial).

Por último, la *Revista de Oriente* contó con un total de 12 números que salieron entre junio de 1925 y septiembre de 1926. Dirigida por Orzábal Quintana, la publicación se dedicó tanto al análisis de las luchas antiimperialistas en distintas regiones del mundo (China, Medio Oriente, América Latina) como a la divulgación del arte, las ciencias y la cultura soviética. Con una gran cantidad de fotografías (característica bastante novedosa para una publicación de la época), la *Revista de Oriente* contó con un importante cuerpo de colaboradores, tanto argentinos como extranjeros. En sus páginas se publicaron artículos de José Carlos Mariátegui, Esteban Pavletich, Julio Antonio Mella, V. R. Haya de la Torre, Rafael Ramos Pedrueza, Alfons Goldschmidt, etc. Y su filiación latinoamericanista fue reafirmada constantemente cuando un aviso aparecido en todos sus números, recomendaba también la compra de la revista *El Libertador*, el órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas editado en México.

Debido a la participación de Arturo Orzábal Quintana en la Unión Latinoamericana, en donde llegaría a desempeñarse como su secretario general, para agosto de 1926 la Asociación debió tener un nuevo titular, eligiéndose para este cargo a Honorio Barbieri, destacado dirigente comunista ligado, sobre todo, al trabajo en los frentes de masas. En una entrevista concedida a *La Internacional*, en el número aparecido el 1° de agosto de 1926, Barbieri se refería a la Asociación como una “organización no bolchevique”, aunque solidaria con la experiencia revolucionaria rusa. Sin embargo, y a tono con las campañas antiimperialistas desarrolladas en gran parte del mundo, la Asociación también se declaró vivamente interesada por la suerte de las restantes naciones latinoamericanas, igualmente sometidas por el colonialismo inglés y norteamericano: así fue como la Asociación dio su apoyo a México en su enfrentamiento con los Estados Unidos y con la Iglesia. A fines de enero de 1927, y debido a que Honorio Barbieri asumió la dirección de la filial argentina del Socorro Rojo Internacional, fue el cuadro comunista Oscar Montenegro Paz quien finalmente se hizo cargo de esta organización.

Algunas de las últimas acciones emprendidas por la Asociación tuvieron lugar cuando, a principios de 1927, su sección platense dio a conocer una declaración contraria a la invasión norteamericana a Nicaragua y cuando, unas semanas más tarde, y, junto con otras organizaciones como el Socorro Rojo Internacional y el Socorro Obrero Internacional, la central de Buenos Aires formó parte del Comité de Recepción del barco soviético Tovarich que, como parte de una gira propagandística, intentó llegar a Buenos Aires en enero de 1927, luego de haber hecho escala en Montevideo. Por otra parte, el 26 de febrero de 1927 tuvo lugar un acto de solidaridad con los nacionalistas chinos en el que participaron Rodolfo Ghioldi (por la Asociación), Euclides Jayme

(Unión Latinoamericana) y un parlamentario socialista del que *La Internacional* no especificó su nombre. Aunque aletargada y convertida en un mero apéndice partidario, sin mayor inserción social y política, en julio de 1927, la Asociación fue finalmente reorganizada con el objetivo de reconstituir su fracción comunista en momentos en que a nivel internacional la organización parecía reverdecer con motivos de los festejos por los primeros diez años de la Revolución Rusa¹²¹. Sin embargo, y luego del cónclave en Moscú, la Asociación de Amigos de Rusia finalmente comenzó a disolverse, hasta terminar languideciendo con el final de la década. Pese a la filiación soviética de la Asociación de Amigos de Rusia, su ruptura cultural en torno a la visión de lo “oriental” y su cercanía cada vez mayor con la situación política imperante en América Latina, convirtieron a esta organización en un claro precedente (quizás el más importante) para la posterior conformación de la Liga Antiimperialista en la Argentina.

¹²¹ Ver Acta N° 27 del 24 de julio de 1927 del Comité Regional de la Capital Federal del PCA en la sección “Amigos de Rusia” (CCC 329.15/82 PCA 8).

CUBA

Las raíces del antiimperialismo cubano

De todas las filiales latinoamericanas de la Liga Antiimperialista, “fue la cubana una de las más activas, no obstante haber tenido que desarrollar sus labores bajo el clima de terror impuesto por la dictadura de Gerardo Machado y, más tarde, por la de Fulgencio Batista” (Dumpierre, s/a: 7). Aunque más tarde se convertiría en una organización colateral del Partido Comunista, la Liga cubana mantuvo, durante sus inicios, una línea flexible concordante con su función catalizadora y su heterogénea composición social. De acuerdo a la lógica de frente único bajo la que se había gestado, no sólo obreros y campesinos podían suscribir sus postulados y fines: también los intelectuales, los estudiantes, las capas nacionalistas, democráticas, progresistas y radicales de la pequeña burguesía y de los sectores no proletarios oprimidos y marginados por el sistema. Aunque en los hechos claramente distó de convertirse en una organización de masas que fungiera a la par como “trinchera, polea y cantera” para el robustecimiento continuo y la expansión irrefrenable que debía tener el partido (tal como bajo una certera inspiración leninista había sido la ilusión de Julio A. Mella al fundarla y liderarla durante sus primeros meses de vida), la Liga logró sin embargo un nivel apreciable en cuanto a predicamento político, acción combativa y formación de cuadros¹²². En todo caso, la creación de la filial en Cuba de la Liga Antiimperialista de las Américas a mediados de los años '20 no surgió como un hecho azaroso en la vida política de la Isla: por el contrario, fue expresión de la progresiva fusión de múltiples corrientes, procesos y factores que más allá de sus diferencias, estaban hermanados en su común crítica al creciente malestar económico y social por el que por entonces atravesaba Cuba y, fundamentalmente, por su terminante rechazo a la dependencia neocolonial impuesta por los Estados Unidos desde fines del siglo XIX, particularmente, por medio de la Enmienda Platt, de 1901, interpretada como el origen de todos los males sufridos por las amplias y diversas masas isleñas¹²³.

La firme vocación antiimperialista que dio vida y que luego se ocuparía de nutrir el ideario de la LAI cubana se encontraba presente, pues, en los orígenes del movimiento revolucionario, tiempo antes de que éste finalmente se instituyera como partido, por ejemplo, a través de la figura señera de Carlos Baliño, quien supo aunar el original credo martiano como la doctrina marxista-leninista para contribuir a crear una ideología que vinculaba indisolublemente la redención social con la liberación nacional, como dos etapas complementarias y necesarias dentro de un mismo proceso de emancipación. Asimismo, el antiimperialismo jugó un papel de suma importancia en la Reforma Universitaria eclosionada en 1923 y que tuvo en Julio Antonio Mella a su líder más destacado, quien llegó a comprender antes que ningún otro revolucionario de su generación que la transformación extrema requerida por la Universidad no podía ser

¹²² El interés constante de Mella por la unidad latinoamericana y por ser justamente él quien debiera conducir ese proceso, puede ser apreciado incluso desde los prolegómenos de su formación política. En el diario de su primer viaje a México escribió, el 7 de mayo de 1920 que “ver unidas a las Repúblicas hispanoamericanas para verlas fuertes, para verlas respetadas, dominadoras y servidoras de la libertad, diosa. He allí mi ideal. Y además, porque si comenzamos en que si las hermanas han de tener como todo lo existente, principio y fin, ¿por qué no ser yo el principio, si siempre ha de haber uno que mande y muchos que obedezcan?” (Cupull y González, 2002).

¹²³ Como ya fue explicado, la Enmienda Platt, aprobada en 1901 por el poder legislativo y la presidencia estadounidenses, consagraba la soberanía norteamericana sobre Cuba una vez que ésta se hubo liberado de la tutela española en la guerra de 1898.

aislada de procesos mucho más profundos, que involucraban a la sociedad cubana con relación a la dominación norteamericana. Este mismo fenómeno pudo ser claramente palpable en el tercero de estos andariveles, en este caso, aquel por el que transitaban los intelectuales de la corriente Minorista, la que acaudillada por Rubén Martínez Villena, radicalizó sus posiciones antiimperialistas y marxistas hasta fundirse con el movimiento revolucionario de la época, como fueron los casos de algunos compañeros suyos como Juan Marinello y José Z. Tallet, no sin sufrir algunos desgajamientos por derecha. Un último elemento que sin duda alguna contribuyó a la creación de la Liga y a la efectividad continental de sus primeras acciones fue la presencia en Cuba de un variado conjunto de exiliados políticos y emigrados provenientes en su mayoría, de las hermanas repúblicas de Venezuela, Perú y Puerto Rico, cuestión que logró imprimirle a la naciente organización antiimperialista un firme credo de naturaleza latinoamericanista: así, la labor de militantes como el venezolano Salvador de la Plaza, el peruano Jacobo Hurwitz y el portorriqueño Pablo de la Torriente Brau también ayudó a que las tareas de la Liga cubana trascendieran, con mucho, los límites geográficos de la Isla.

La Reforma Universitaria

El primer proceso en el que, como antecedente directo para la fundación de la Liga, la prédica antiimperialista alcanzó un lugar de plena centralidad fue aquel determinado por la Reforma Universitaria que tuvo lugar, sobre todo, entre 1923 y 1924, conducida por quien más tarde se convertiría en el principal inspirador y fundador de la filial cubana de la LADLA y de su primer Partido Comunista, Julio Antonio Mella. Como correlato del mismo fenómeno que había arrancado en 1918 en la Universidad de Córdoba, Argentina, y que luego se fue expandiendo por otros países del continente como Perú y México, en Cuba, la lucha por la reforma fue interpretada como el despertar de la conciencia cívica nacional de los estudiantes universitarios, que no dudaron en expresar su malestar por las condiciones de enseñanza por entonces existentes en la Universidad de La Habana, comprendiendo al mismo tiempo que ellas no eran ajenas a la situación de crisis social y de dependencia neocolonial impuesta por los Estados Unidos a la Isla. En gran medida, fue el rápido empeoramiento de la clase media y de algunos sectores de la burguesía cubana los que llevaron a la radicalización de las protestas en la Universidad, considerada como el ámbito por excelencia para el ansiado logro del ascenso social pero que, como en el caso de la república cubana, se hundía cada vez más en la corrupción moral. Aunque según el propio Mella fue el fraude en el que resultó electo en noviembre de 1918 el nuevo rector Gabriel Casuso el acontecimiento que iría a producir la toma de conciencia estudiantil a propósito de la crisis ética que por entonces se hacía carne en el claustro de los profesores, y sobre la necesidad de participación de los alumnos en las decisiones de la Universidad¹²⁴, en rigor de verdad el proceso de la Reforma recién tuvo sus preludios organizativos un par de años más tarde, estallando con gran fuerza en enero de 1923 y alcanzando su mejor momento durante el siguiente mes de marzo. Pronto las conquistas alcanzadas fueron perdiendo

¹²⁴ En un verdadero alarde de vitalismo y de juvenilismo, tan característicos del pensamiento de la época, Mella afirmaba en su artículo *Primeros síntomas de renovación en el alumnado* (1918) que “Los estudiantes obtuvieron de este crimen una gran lección; aprendieron a no creer en los hombres viejos (...). (El alumnado) comprendió la importancia de tener participación en el Gobierno de su Casa, y comenzó a barruntar sus anhelos reformistas. Ante la tiranía brutal que crearon sus titulados maestros, ellos respondieron con su rebeldía noble, secreta y triste primero, como hijo que pierde a su padre; pública y agresiva después, como hombre que encuentra al enemigo” (Mella, 1975: 154-5).

terreno, “a lo largo de 1923-1924, en un lento proceso que determinó que ya en el curso de 1925-1926, la contrarreforma se hubiera asentado sólidamente en la Universidad habanera” (De Armas y Torres Cuevas, 1984: 333).

Sin embargo, y como protagonistas de las luchas antiimperialistas, los estudiantes ya habían tenido una importante participación incluso antes de que se diera inicio al proceso reformista en la Universidad¹²⁵. De acuerdo con esto, una de las primeras iniciativas estudiantiles de envergadura en contra del injerencismo norteamericano en Cuba tuvo lugar en noviembre de 1921 cuando los alumnos de la Facultad de Derecho se opusieron a que, por recomendación de un grupo de profesionales y profesores, el Claustro y el Consejo Universitario les concediera el título de Doctor *Honoris Causa* al Presidente Alfredo Zayas, al general Leonard Wood, quien se había desempeñado como gobernador en Cuba durante la ocupación militar estadounidense ocurrida entre 1899 y 1902, y a Enoch Crowder, enviado personal de Woodrow Wilson en la Isla: fue ante esta última figura que la protesta estudiantil focalizó su denuncia frente al Aula Magna de la Universidad. El 16 de noviembre, el mismo día que se tenía que reunir el claustro para aprobar la propuesta, apareció en el periódico *El Mundo* un manifiesto de los estudiantes de Derecho con un marcado carácter antiimperialista, pronunciándose contra la intervención y la injerencia en Cuba, pero también en Santo Domingo y Haití. A esta declaración le siguió otra, esta vez firmada por los cursantes de Medicina, y una nutrida manifestación de miles de estudiantes que fue impedida por la policía de recorrer las principales calles de la ciudad. Frente a la gravedad del asunto, el propio presidente Zayas se comprometió ante una comisión de alumnos y de unos pocos profesores a anular los honores para Crowder.

Fue también durante esta época que hizo su aparición en la escena política cubana una de las figuras que mayor trascendencia alcanzaría con el correr del tiempo: Julio Antonio Mella, quien en septiembre de 1921 había matriculado en la Facultad de Derecho, y apenas dos meses más tarde firmaba la declaración contra el embajador norteamericano en la Isla, convirtiéndose así en uno de los principales referentes de la incipiente Reforma Universitaria. A partir de entonces, los pasos dados por el precoz dirigente darían cuenta tanto de su creciente radicalismo como, al mismo tiempo, de sus denodados esfuerzos por vincular las reivindicaciones estudiantiles con las demandas planteadas por el ascendente movimiento obrero y, más tarde, particularmente con sus sectores comunistas¹²⁶. Para poder cumplir con sus objetivos transformadores, a mediados de 1922 Julio A. Mella se encargó de organizar a la “Fraternidad de los XXX

¹²⁵ En este sentido, una primera vinculación de la lucha reformista con la antiimperialista resultó de especial importancia durante la celebración del Primer Congreso Internacional de Estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria de la Ciudad de México, al que por Cuba asistió como delegado Eduardo Betancourt Agüero (vicepresidente de la Asociación de Alumnos de la Facultad de Derecho). En el encuentro se acordó la lucha por la extensión universitaria, la solidaridad estudiantil, la creación de universidades populares, el cogobierno, la docencia y la asistencia libres. Por otra parte, el sentimiento antiimperialista y el compromiso latinoamericanista se hizo presente cuando en el Congreso también se resolvió apoyar la autodeterminación de los pueblos, junto con la defensa de Santo Domingo y Nicaragua, periódicamente asediadas por las tropas de los *marines* norteamericanos (Cairo, 2003: 374, t. 2).

¹²⁶ Según Néstor Kohan, “en el caso de Mella, por ejemplo, desde la Reforma él marcha hacia el comunismo. En Mella encontramos sin duda una radicalización del pensamiento y la práctica antiimperialista de la Reforma, que termina yuxtapuesto y coexistente con el comunismo” (2003: 127). Por otra parte, esta creciente confluencia entre reformismo universitario, antiimperialismo y comunismo fue una característica que estuvo presente en la generación de intelectuales y políticos marxistas de aquellos años, como fueron los casos del propio Mella, junto con José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce, Farabundo Martí, etc.

Manicatos” que de una inicial agrupación de estudiantes-deportistas, defensores de la identidad universitaria, pronto se convertiría, sin embargo, en uno de los principales artífices de la reforma en los claustros (Lozano Ros, 2003). Su necesario complemento sería la edición de la revista *Alma Mater*, aparecida por primera vez a fines de noviembre de 1922 y en la que Mella fungió como administrador y uno de sus principales redactores. Otras revistas que aparecerían en los siguientes meses, como *Juventud*, órgano del grupo universitario “Renovación” dirigido por Alfonso Bernal del Riesgo¹²⁷, e *Instituto*, publicado por la Asociación de Estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, y en la que comenzaba a destacarse Leonardo Fernández Sánchez como dirigente de los secundarios, evidenciaban el clima de creciente agitación que por esta época se iba adueñando del alumnado habanero, al mismo tiempo que posibilitaba la aparición de nuevos sectores y compañeros deseosos de encolumnarse tras la ascendente figura de Mella.

Fue en diciembre de 1922 que finalmente se inició en Cuba el movimiento de Reforma Universitaria. El día 4 de ese mes, el profesor José Arce, rector de la Universidad de Buenos Aires, recibió la investidura de Rector *Honoris Causa* de la Universidad de La Habana, pronunciando en dicho acto una conferencia sobre *La evolución de las universidades argentinas*, en la que describió el proceso de la revolución en la Universidad de Córdoba¹²⁸. Las palabras de Arce sirvieron como un adecuado catalizador para terminar de delinear un movimiento que se encontraba en ciernes: los alumnos se dieron a la tarea inmediata de organizar el Directorio de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), que terminó de constituirse hacia el 20 de diciembre, con Felio Marinello como presidente y Julio A. Mella como secretario, quien al designársele en su cargo de manera permanente (ya que la presidencia debía rotar cada dos meses) se le reconocía implícitamente como principal líder en el proceso reformista. El punto álgido del movimiento renovador, luego de la toma de las instalaciones universitarias en enero y de la declaración de la “Universidad Libre” en marzo, fue la realización del Primer Congreso Nacional de Estudiantes en el mes de octubre de 1923, ya con Mella como máximo dirigente de la FEU. Este evento, al que concurrieron un total de 128 delegados de todo el país se constituyó, de hecho, en un acto político, “el que golpeó, denunciándolo, al enemigo principal de Cuba: el imperialismo norteamericano”, convirtiéndose además en una de las primeras manifestaciones masivas en las que se puso como eje del problema, ya no tan sólo de la Universidad sino de la sociedad cubana por entero, al injerencismo estadounidense en la Isla y en la región (De Armas y Torres Cuevas, 1984: 333). Gracias a la influencia determinante de Mella fueron entonces aprobados toda una serie de acuerdos finales que dieron testimonio del profundo espíritu antiimperialista, latinoamericanista y solidario con la suerte de la Unión Soviética ante el asedio de las potencias extranjeras que impregnó a cada uno de los debates durante todo el tiempo que duró el Congreso. De este modo, no solo se condenó al imperialismo norteamericano en Cuba, sino que también se denunció la situación neocolonial o directamente colonial de las Antillas, Centroamérica y

¹²⁷ El Grupo Renovación había surgido en 1922, inspirado en la Reforma Universitaria argentina ocurrida cuatro años antes. Radicaba principalmente en la Facultad de Derecho y uno de sus fundadores fue Alfonso Bernal del Riesgo, íntimo amigo de Mella. Su participación fue destacada durante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes (octubre de 1923).

¹²⁸ El Dr. Arce se encontraba en La Habana como jefe de la delegación argentina al VIº Congreso Médico Latinoamericano. La idea de que pronunciara su conferencia sobre la reforma universitaria provino del Dr. Gustavo Aldereguía, quien poco antes ya había trabado amistad con Mella y que también se convertiría en uno de los más destacados luchadores antiimperialistas de la época (Cairo, 2003: 203-4, t. 1).

Filipinas, expresándose asimismo un fuerte respaldo a los movimientos de liberación de Marruecos, Irlanda, Egipto y la India¹²⁹.

Sin embargo, y en términos más concretos, fue seguramente la creación de la Universidad Popular “José Martí” (UPJM) la iniciativa más importante de las emanadas del Congreso, ya que con su establecimiento se posibilitó una imbricación cada vez más profunda entre dos movimientos que paralelamente, estaban sufriendo un mismo proceso de radicalización: el estudiantil y el obrero (alianza que, por demás, nació como un necesario contrapeso ante la ofensiva cada vez mayor de los sectores conservadores y reaccionarios provenientes del seno de la Universidad). Surgida como una propuesta original de Gustavo Aldereguía a partir de una experiencia similar, la Universidad Popular González Prada, fundada algunos años antes por Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui en los momentos de auge de la reforma universitaria peruana, la UPJM no tardó en convertirse asimismo en un importante punto de encuentro con la intelectualidad vanguardista cubana, que desde un primer momento sumó sus esfuerzos para la concreción de este proyecto político y social destinado a la transmisión de la cultura y del saber a las masas que siempre habían sido relegadas del marco educativo formal y, particularmente, de la institución universitaria (Cabrera, 1975). Habiendo quedado formalmente constituida el 3 de noviembre de 1923, con una dirección compartida entre los profesores y los alumnos a cuyo frente se encontraba Julio A. Mella, la UNPJ inauguró su primer curso el 20 de diciembre, a partir de cuatro secciones bien diferenciadas: para analfabetos y alumnos de escuelas nacionales, de segunda enseñanza, de estudios generales, y una última división de conferencias. Su amplio abanico de materias iba desde “Historia de la humanidad y de Cuba” y “Moral Antidogmática y Rudimentos de Ciencias de las Religiones”, a “Psicología y Biología” y “Homicultura, Maternidad y Profilaxis Sexual”¹³⁰.

La composición de la UPJM, multclasista aunque siempre coincidente en una misma vocación revolucionaria se convirtió, en cierta manera, en un claro antecedente de la

¹²⁹ Los acuerdos finalmente consensuados (no sin que hubiera una fuerte discusión con aquellos sectores estudiantiles conservadores y vinculados con la Iglesia católica) fueron los siguientes: 1) Necesidad de crear una Federación Estudiantil en Cuba. 2) Justeza de elogiar la obra educativa de Lunacharsky, integrante del Consejo de Comisarios del Pueblo en la República de los Soviets. 3) Condenación de la penetración imperialista norteamericana en las Antillas, Centroamérica y Filipinas. 4) Condenación del colonialismo inglés en Irlanda, Egipto y la India. 5) Condenación de los atropellos a Marruecos por los colonialismos francés y español. 6) Petición de que Cuba establezca relaciones diplomáticas con la URSS. 7) Global condena de la actuación del imperialismo yanqui en Cuba. 8) Enérgico esfuerzo por la concreta derogación de la Enmienda Platt. 9) Rechazo de la Doctrina Monroe. 10) Rechazo del panamericanismo y tono de hermandad con la América Latina. 11) Condenación del “capitalismo universal”. 12) Saludo a la Federación Obrera de La Habana y deseos de “perfecta unión” de los estudiantes con los obreros. 13) Propósito de crear la Liga Latinoamericana de Estudiantes. 14) Fundación de la Universidad Popular “José Martí”. Sergio Aguirre, uno de los participantes de este Congreso, llegó a decir años más tarde que “jamás en Cuba, con anterioridad (...) un evento público de esa naturaleza había arribado simultáneamente a estas conclusiones” (citado en De Armas y Torres Cuevas, 1984: 347).

¹³⁰ En una escala de dos semanas en La Habana rumbo a México, Víctor Raúl Haya de la Torre, el más connotado representante del reformismo universitario peruano, estuvo presente tanto en las deliberaciones del Congreso Nacional de Estudiantes como en la fundación de la Universidad Popular José Martí. Nombrado como Presidente Honorario de la Federación de Estudiantes Universitarios, de él llegó a decir Mella que “Haya de la Torre es el más genuino representante de la nueva juventud latinoamericana. Es el sueño de Rodó hecho carne: es Ariel”. Todavía estaban lejos los tiempos en que ambos líderes expresarían públicamente sus desavenencias políticas e ideológicas...

que tan sólo un par de años más tarde caracterizaría a la Liga Antiimperialista de Cuba: su cuerpo docente estaba integrado por alumnos de la Universidad como el propio Mella, junto con Leonardo Fernández Sánchez, máximo dirigente de los estudiantes secundarios, Sarah Pascual y Alfonso Bernal del Riesgo, y por profesionales e intelectuales como José Z. Tallet (primer Presidente), Rubén Martínez Villena (responsable de toda la parte ejecutiva), Juan Marinello y Gustavo Aldereguía. Por otro lado, destacados dirigentes obreros, algunos de los cuales formarían parte luego de la primera camada de comunistas cubanos, intervinieron en su gestación y desarrollo, como fueron los casos de Alfredo López, José Miguel Pérez, Miguel Valdés García y José Manuel Acosta, primer secretario de la flamante organización. Posteriormente, en ella también tendrían destacada participación exiliados políticos como los peruanos Esteban Pavletich y Luis F. Bustamente, no sin que luego surgieran conflictos debido a su filiación aprista. Por último, también intervino en la UPJM un destacado conjunto de intelectuales que, como Emilio Roig de Leuchsenring, se ocupaban de brindar conferencias en las que la cuestión del antiimperialismo era uno de los puntos de mayor importancia.

Con más de quinientos alumnos que asistían a clase por las noches, luego de concluida su jornada laboral, la UPJM primero sesionó en el Aula Magna de la Universidad de la Habana, después en el local de la Asociación de Estudiantes del Instituto de La Habana y, por último, y ante la presión de los profesores y autoridades de signo contrarreformista, opositores a que la obra se llevara adelante en los centros oficiales de enseñanza, tuvo que establecerse en diferentes sedes sindicales, donde obtuvo una calurosa acogida. Por medio del dictado de los cursos y conferencias, la UPJM cumplió un excepcional papel como formadora de opinión entre la clase obrera y, al mismo tiempo, como una necesaria instancia para la educación de los futuros dirigentes y cuadros revolucionarios. Ninguna de aquellas temáticas que, por su misma naturaleza, se encontraban indisolublemente vinculadas con la realidad neocolonial cubana dejaban de ser tratadas en sus clases. Así, por ejemplo, en noviembre de 1924, los directivos de la Universidad Popular protestaron por la actitud sumisa del gobierno de Alfredo Zayas ante la explotación a que eran sometidos los obreros agrícolas del país por las empresas azucareras de propiedad estadounidense (Fadragas, 2001: 26). Pero las consecuencias de este accionar político no se harían esperar: considerada como un “peligroso foco de propaganda comunista”, la dictadura de Gerardo Machado decretó en 1927 el cierre de la Universidad Popular y el procesamiento de sus profesores.

Mientras tanto, y debido a las crecientes dificultades y a los núcleos opositores cada vez más fuertes que fue encontrando a su paso, el proceso reformista en la Universidad comenzó a ralentizar su marcha: a fines de 1923 Mella debió renunciar a la presidencia de Directorio de la FEU para facilitar un entendimiento entre las tendencias en pugna, aunque para el mes de abril del siguiente año fue parte de la comisión redactora de los nuevos Estatutos de la Universidad. La pérdida de apoyo entre sus mismos compañeros de estudios se tradujo en un acercamiento cada vez mayor de los militantes reformistas con los alumnos de secundaria: la fundación de la Confederación de Estudiantes de Cuba, que incluía a los universitarios junto a los cursantes en bachilleratos y en escuelas normales, y que lo tuvo a Mella como presidente y a Leonardo Fernández Sánchez como secretario, fue la mayor expresión de esta confluencia entre alumnos de tercer y segundo ciclo de enseñanza. Pero con la llegada de Gerardo Machado al poder en mayo de 1925 el proceso reformista llegaría incluso a ser aniquilado por medios de la reincorporación a sus cátedras de los viejos profesores cuestionados, y de la expulsión

de Mella de la Universidad cinco meses más tarde. Paradójicamente, era por fuera de las aulas, en las calles y en los sindicatos, donde todavía resultaban más palpables las poderosas consecuencias generadas por el movimiento reformista, por ejemplo, a través del funcionamiento de la Universidad Popular. Ante la ofensiva del nuevo gobierno y de los sectores conservadores y reaccionarios por él amparados, surgía la necesidad vital de fundar nuevas trincheras que por una parte protegieran los logros alcanzados y que por la otra significaran un paso adelante en la lucha anticolonial. La Liga Antiimperialista de Cuba fue justamente una de estas trincheras, nutrida por igual por estudiantes, obreros e intelectuales que si habían decidido sumar sus esfuerzos en los momentos de auge de la reforma universitaria, con más razón lo harían a partir de entonces, en un momento de claro reflujó y en el resguardo de las conquistas alcanzadas.

El Grupo Minorista y la vanguardia intelectual

También cumplió un papel excepcional en la recuperación del ideario martiano y en la conformación y dirección de la Liga Antiimperialista aquel grupo de intelectuales y artistas vanguardistas conocidos luego bajo el nombre de “Minoristas”, varios de los cuales no dudaron en radicalizar sus posturas hasta amalgamarse con el movimiento obrero y comunista cubano de mediados a fines de los años '20. En este sentido, la radicalización de la vanguardia intelectual cubana puede ser directamente seguida a partir del recorrido vital de Rubén Martínez Villena, figura clave en este proceso de gradual confluencia entre la crítica literaria y la acción política, hasta su definitiva fundición bajo el calor de las luchas obreras de la época.

El Grupo Minorista surgió como una tertulia literaria en 1920 a partir de la iniciativa, entre otros, del todavía poeta y crítico literario Martínez Villena¹³¹. Reunido primero en el Café Martí, luego en la redacción de la revista *El Fígaro*, y por último en distintos restaurantes ubicados en el antiguo centro habanero, el grupo se fue expandiendo con la participación de jóvenes artistas e intelectuales como Juan Marinello, Regino Pedroso, José Z. Tallet, José Antonio Fernández de Castro, Emilio Roig de Leuchsenring, Jorge Mañach, etc., todas ellas figuras que con el correr de los años alcanzarían un lugar de preponderancia en los planos de la cultura y la política cubanas. Aunque en sus inicios la rebeldía del Grupo se centraba más que nada en la crítica de los cánones poéticos y literarios del momento, ya se atisbaba una intencionalidad rupturista con todos los modelos establecidos. En este sentido, si los primeros encuentros, más informales, se hacían con la intención de discutir alguna obra literaria o bien para homenajear a algún integrante del Grupo, estas actividades pronto dieron lugar a otras, más bien enfocadas a discutir sobre la realidad nacional, minada por la corrupción política y administrativa del gobierno de Alfredo Zayas.

El definitivo salto de la crítica literaria a la acción política finalmente tuvo lugar el 18 de marzo de 1923. Ese día, luego de concluido uno de sus habituales almuerzos de homenaje, quince miembros del Grupo Minorista decidieron asistir al acto que había organizado el Club Femenino en honor de la escritora uruguaya Paulina Luissi, que iba a contar además con la presencia del Secretario de Justicia del gobierno de Zayas,

¹³¹ Con respecto a este punto, decía uno de sus compañeros, Enrique Roig, que “no tuvo en realidad jefe o director oficial u oficioso el Grupo Minorista, ni Martínez Villena se propuso desempeñar esa jefatura; pero (...) todos los minoristas lo teníamos como jefe nato, como máximo orientador; y nunca realizó el grupo ningún acto de trascendencia que no fuera consultado y dirigido por Rubén” (citado en Núñez Machín, 1974: 87). Para más información sobre el Grupo Minorista, consultar en Ana Cairo (1978).

Erasmus Regüeiferos, responsable de la fraudulenta compra del Convento de Santa Clara. Fue el propio Martínez Villena quién al acusarlo por el delito de corrupción, interrumpió al funcionario cuando éste se disponía a comenzar su discurso: se trató, en suma, del bautismo político del joven poeta¹³². Luego de concretado el acto cívico de protesta, Martínez Villena redactó una declaración, que resultó conocida como “La Protesta de los Trece”, y que fue publicada en el *Heraldo de Cuba*¹³³. El 21 de marzo, Regüeiferos presentó una acusación formal contra Rubén Martínez Villena y al día siguiente se abrió la causa judicial 330 contra los trece protestantes por el delito de injurias: la pena solicitada para cada uno de ellos fue de ciento ochenta días de prisión, sanción máxima para este tipo de contravención. La fuerte presión ejercida por los numerosos intelectuales que manifestaron su apoyo a los inculpados provocó la renuncia del Secretario de Justicia a fines de marzo, aunque el grupo de los trece manifestantes debió presentarse todos los lunes en el juzgado donde se presentó la demanda contra ellos hasta que la misma fue sobreseída a mediados de 1924.

A partir de la decisiva experiencia de la “La Protesta de los Trece”, que marcaría un antes y un después en la vida de los intelectuales cubanos en relación con el acontecer político y social de su país, los firmantes de la declaración, junto con algunos otros que se habían solidarizado con la protesta, fundaron el 1º de marzo de 1923 una organización a la que bautizaron Falange de Acción Cubana. Adoptando como divisa el lema martiano “juntarse: esta es la palabra del mundo”, y con el objetivo de “engrandecer a Cuba mediante el concurso y sólo por la voluntad y el esfuerzo propio de un pueblo”¹³⁴, la Falange tuvo por Director del Comité Ejecutivo a Rubén Martínez Villena, y por Director del Comité de Propaganda a Juan Marinello. Pese a sus buenos propósitos, tendientes a lograr una mayor decencia en la vida política mediante la honestidad administrativa, el saneamiento de los poderes públicos, la educación cívica y

¹³² El periódico *Heraldo de Cuba*, en la primera página de su edición correspondiente al 19 de marzo de 1923, reproducía las palabras de Martínez Villena: “—Perdonen la presidencia y la distinguida concurrencia que aquí se halla —exclamó serenamente el muchacho flaco y rubio, llamado Rubén Martínez Villena— que un grupo de jóvenes cubanos, amantes de esta noble fiesta de la intelectualidad, y que hemos concurrido a ella atraídos por los prestigios de la noble escritora a quien se ofrenda este acto, perdonen todos que nos retiremos. En este acto interviene el Doctor Erasmus Regüeiferos, que olvidando su pasado y actuación, sin advertir el grave daño que causaría su gesto, ha firmado un decreto ilícito que encubre un negocio repelente y torpe, digno no de esta rectificación y de reajuste moral, sino de aquel primer año de zayismo”.

¹³³ Entre otras cuestiones, la declaración refería a que “nosotros, los firmantes, nos sentimos honrados y satisfechos por habernos tocado en suerte iniciar un movimiento que patentiza una reacción contra aquellos gobernantes conculcadores, expoliadores, inmorales, que tienden con sus actos a realizar el envilecimiento de la Patria” (*Heraldo de Cuba*, 1923: 9). Además de Martínez Villena, el documento llevaba la firma de José Antonio Fernández de Castro, Calixto Masó, Félix Lizaso, Alberto Lamar Schwyer, Francisco Ichaso, Luis Gómez Wangüemert, Juan Marinello, José Z. Tallet, José Manuel Acosta, Primitivo Cordero Leyva, Jorge Mañach y J. L. García Pedrosa. No firmaron la “Declaración” Ángel Lázaro, que por ser ciudadano español temió ser deportado, y Emilio Teuma, quien adujo que por pertenecer a una logia masónica y ser Regüeiferos Gran Maestro de esa asociación, no podía, con su firma, quebrantar uno de los principios básicos que regía dicha institución.

¹³⁴ En su “Manifiesto” fundacional, publicado en el *Heraldo de Cuba* el 11 de abril de 1923 y redactado por Martínez Villena se aseguraba, en un fuerte tono nacionalista y antiimperialista, que la Falange “tendrá cohesión y la disciplina de la antigua unidad militar de los macedonios, pero el número de sus soldados ha de alcanzar una cifra inmensa, para la cual se podrá computar el de los cubanos fieles y decididos; todos los cubanos que sepan que patriotismo es el deber de sacrificarse por la patria”. Y concluía expresando el deseo de que “¡Ojalá que los que hoy pretenden echar la semilla de la regeneración patria puedan asistir y ayudar en el movimiento en que ella, animando al pueblo soberano, produzca, al fin, la nueva Cuba libre, libre ya de la Metrópoli, libre mañana de sus hijos indignos y de amarguras y tutelas extranjeras!”.

el ejercicio del sufragio, la Falange de Acción Cubana se terminaría disgregando en los primeros días de agosto de 1923¹³⁵.

Bajo el liderazgo moral e intelectual de Martínez Villena, algunos de los miembros de la recién desaparecida Falange de Acción Cubana, como Marinello y Tallet, se sumaron al Movimiento de Veteranos y Patriotas, asociación de antiguos partícipes de las guerras de independencia, de diverso grado y origen social que originalmente se habían nucleado en torno a la exigencia de una ley que estableciera el pago puntual y completo de sus ya de por sí reducidas pensiones, pero que en ese momento luchaban además por el ordenamiento de la vida legal del país, la depuración de la administración de los fondos públicos y la derogación de las leyes que facilitaban la creación de monopolios: con todo, en la lista de reclamos, “los cambios políticos, económicos y sociales que Cuba demandaba (...) brillaban por su ausencia” (Roa, 1982: 72). Gracias al prestigio militar y patriótico de sus máximos dirigentes, este movimiento de protesta cívica pronto alcanzó dimensiones masivas y se expandió por toda la Isla. Martínez Villena, al frente del llamado grupo de “los líricos”, formó parte de su dirección y, frente a la tibieza y al oportunismo de la mayor parte de su Consejo Supremo Nacional, asumió posturas cada vez más antiimperialistas y, finalmente, también insurreccionalistas¹³⁶. Bajo el clima cada vez más represivo del gobierno de Zayas, Martínez Villena se comprometió aun más con el Movimiento y, junto con un par de compañeros, en abril de 1924 viajó a La Florida, Estados Unidos, con la intención de aprender aviación para así poder participar en una expedición aérea que apoyaría un alzamiento militar en la isla. Delatados por sus contactos en Estados Unidos, Martínez Villena fue detenido junto con sus camaradas antes de que pudiera llevar a cabo sus planes, mientras que en Cuba la acción fracasaba a causa a la actitud titubeante de algunos de sus dirigentes¹³⁷. Profundamente desengañado, a su regreso a Cuba el futuro líder comunista abandonó lo quedaba del Movimiento de Veteranos y Patriotas.

Con el frustrado golpe de Martínez Villena ciertamente llegó a su fin una etapa en la historia cubana en la que las luchas nacionalistas y antiimperialistas eran encabezadas por aquellos sectores de la burguesía y de las clases medias que, más allá de su real vocación revolucionaria, veían seriamente limitados los alcances de su accionar a causa de los límites impuestos por su origen social. Más adelante, gracias al proceso de radicalización de las clases medias, organizaciones como la Liga Antiimperialista, ahora bajo la hegemonía del proletariado y más específicamente, del Partido Comunista, se encargarían de retomar las antiguas aspiraciones independentistas cubanas pero ahora sí, sin las anteriores limitaciones de clase (aun cuando éstas, como se verá más adelante, no siempre pudieran ser totalmente eliminadas). Por ello es que el siguiente paso de

¹³⁵ La Falange no fue la única asociación de intelectuales comprometidos y militantes surgida en este momento. Paralelamente, y bajo la dirección del prestigioso abogado y cientista social Fernando Ortiz, un grupo de cubanos sin filiación partidaria y representante de distintos organismos e instituciones económicas y culturales, constituyó en abril de 1923 la Junta Cubana de Renovación Nacional, también de existencia efímera, que se ocupó de llamar la atención sobre la gravedad de la situación cívica del país.

¹³⁶ Julio A. Mella fue elegido como uno de los “presidentes de honor” aunque por sus discrepancias ideológicas, el dirigente universitario y futuro líder comunista, nunca militó en la organización. Fue por esta época, además, que se produjeron los primeros acercamientos entre Mella y Martínez Villena, estableciéndose entre ellos una relación que pronto trascendería los estrechos marcos de la política para volcarse de lleno al de la amistad.

¹³⁷ Como una premonición de las tareas revolucionarias que en un futuro cercano iría a desarrollar Martínez Villena, el gobierno norteamericano lo encarceló por su pretensión de “cambiar la forma de gobierno de Cuba, México y otros países situados en el Golfo de México y Mar de las Antillas” (citado en Roa, 1982: 99).

Martínez Villena luego de un período de introspección, fue ya dentro del movimiento revolucionario de la época como uno de los directores de la revista *Venezuela Libre* y como socio fundador de la Liga Antiimperialista de Cuba.

El movimiento de los trabajadores

También el movimiento obrero cubano, y particularmente aquellos sectores vinculados al comunismo internacional, tuvieron un fuerte tono nacionalista, antiimperialista y hasta latinoamericanista en sus demandas frente al sector clase patronal, ya sea que éste fuese de procedencia extranjera (como en el caso de los ingenios azucareros, en gran parte perteneciente a empresas estadounidenses) o local (generalmente vinculada por lazos de dependencia y sumisión a los centros económicos norteamericanos). Sin embargo, y como en los casos del movimiento de reforma universitaria y de la radicalización de la intelectualidad cubana, tampoco el movimiento obrero tuvo desde un inicio una postura abiertamente antiimperialista con respecto a los Estados Unidos. Esta conversión recién alcanzó a lograrse pocos años antes de la independencia de España en 1898 y de la posterior apropiación de Cuba como una semicolonias por parte de los Estados Unidos y, en realidad, aunque en principios sólo unos pocos dirigentes obreros, o intelectuales orgánicos del incipiente proletariado cubano pudieron percibir claramente la amenaza que se cernió antes de que ésta pudiera efectivamente materializarse. Carlos Baliño, introductor del marxismo en Cuba y miembro del grupo fundador de su primer Partido Comunista, fue uno de ellos, y si consiguió tener un gran predicamento entre los obreros se debió en gran medida a su original combinación de saberes entre una teoría marxista de origen europeo que en sus rasgos esenciales pudo conocer durante su larga estancia en los Estados Unidos, y a su fuerte credo antiimperialista y latinoamericanista, asimilado mucho antes, en tiempos de las luchas de independencia cubana del siglo XIX¹³⁸.

En efecto, para cuando Baliño decidió sumarse a la cruzada independentista dirigida por José Martí, contribuyendo a la creación del Partido Revolucionario Cubano en 1892 en Cayo Hueso, en La Florida, hacía tiempo que era conocido en distintos pueblos y ciudades del sur de los Estados Unidos por proclamar su filiación socialista en los

¹³⁸ El dirigente del PCC Blas Roca decía de Carlos Baliño que en su persona se unían “el precursor de la independencia cubana y el luchador por ella, con el precursor, el propagandista y el fundador del partido revolucionario del proletariado. Baliño une dos generaciones y dos ideales” (1975: 232). Baliño pronto comenzó a destacarse por su prédica política, la que pudo dar lugar a formas discursivas innovadoras y anticipatorias de lo que ocurriría con Cuba una vez que formalmente entrara en la órbita imperial estadounidense. En 1894, es decir, cuatro años antes de que eso ocurriera, y con Cuba viviendo todavía bajo el yugo español, Baliño señaló al nuevo peligro que amenazaba a sus compatriotas al clamar en una carta por una “guerra sin cuartel a la idea anexionista” y al rechazar a “la férrea planta de la plutocracia norteamericana” (1976: 39). Dos años más tarde, traduciría y prologaría el libro del congresista estadounidense H. Davis, *La Nueva Esclavitud*, en donde llegaría a proclamar que “el movimiento insurreccional de Cuba ha de despertar la codicia de los egoístas extranjeros que buscan nuevos pueblos que esclavizar a la moderna”, en obvia alusión a las ambiciones despertadas por la gran potencia del norte; y en un nuevo prólogo para dicho libro, escrito en 1921, llegaría a afirmar: “¡Cuántas cosas han pasado en este lapso de tiempo que comprueban la exactitud de lo que él se dice!” (43). Por último, en su artículo *Profecía falsa*, de 1897, se ocuparía de dejar en claro que “los ‘trusts’ y el gobierno americano han estado de parte del gobierno español” formando una única clase dominante a la que el pueblo cubano debía enfrentarse para conseguir su independencia y soberanía económica (47). Haber vivido en los Estados Unidos, en las “entrañas del monstruo”, como en su momento había expresado José Martí, posibilitó a varios observadores de aguda mirada, como el propio Baliño, seguir de cerca el curso de los acontecimientos y con la misma facilidad, anticipar procesos y fenómenos que tarde o temprano llegarían a producirse.

periódicos que había fundado y en las numerosas publicaciones en las que colaboró, pero también por su activa labor de organizador y propagandista de “clubes patrióticos” entre los trabajadores. Fogueado en sus iniciales luchas contra la discriminación de los negros y por medio de su militancia en los talleres de procesamiento del tabaco, en 1868 y con 21 años de edad, Carlos Baliño tuvo que escapar de Cuba perseguido por los españoles y siguiendo los mismos pasos de su padre, también exiliado por su vocación independentista. Establecido primero en Nueva Orleans, no pasó demasiado tiempo antes que de tuviera que emigrar primero a Tampa y luego a otras localidades sureñas, siempre acechado por la policía y por los patrones por su trabajo de agitación en los talleres donde laboraban cubanos (Plasencia, 1976: 15). Pero su trabajo no fue en vano: Baliño contribuyó decisivamente a la elaboración de las múltiples redes de cubanos que como él, se encontraban trabajando en suelo norteamericano desde la “Guerra del ‘68” o desde 1878 y que, generando una numerosa colonia en ciudades como Cayo Hueso, Tampa y Nueva York, luchaban por retornar a su patria y por vencer con las armas a la dominación española¹³⁹. Por otra parte, fueron múltiples los factores sociales, políticos y culturales los que incidieron para que finalmente Carlos Baliño, durante su estancia en los Estados Unidos y hasta su retorno a Cuba en 1902, pudiera realizar esta síntesis entre las vertientes marxista y antiimperialista que tanto impacto producirían sobre todo luego de la Revolución Rusa y en la formación de toda una nueva camada de militantes revolucionarios, de la que Julio A. Mella pronto se convertiría en su representante más aventajado¹⁴⁰.

Pero la formación política y cultural adquirida por gran parte de los trabajadores cubanos que como Baliño se habían exiliado en los Estados Unidos distaba todavía de aquella otra mantenida por los que habían decidido permanecer en la Isla. En este sentido, y aunque el anarquismo predominante en Cuba había evolucionado rápidamente en las últimas décadas del siglo XIX, sus criterios apoliticistas y la centralidad otorgada a la lucha por la emancipación social sin considerar todavía su posible articulación con demandas de tipo nacionalistas, se diferenciaban de las que iban cobrando vigencia en los Estados Unidos, donde Martí y un amplio grupo de

¹³⁹ Según datos de la época, para 1895 existían más de treinta mil cubanos esparcidos por las distintas emigraciones en los Estados Unidos y las demás repúblicas circunvecinas a Cuba. En Cayo Hueso, en 1890, de una población de dieciocho mil habitantes, había doce mil obreros tabaqueros de origen cubano (AA.VV., 1985: 86-7, Tomo 1).

¹⁴⁰ En este sentido, la asimilación de la teoría marxista por parte de Baliño fue posibilitada por las fuertes luchas obreras que conmovieron a la estructura de clases norteamericana a partir de 1886, año en el que se produjo también la visita al país de los destacados dirigentes Wilhelm Liebknecht, Edward Aveling y su esposa Eleanor Marx (hija de Carlos Marx), quienes ofrecieron una serie de conferencias auspiciadas por el Partido Socialista Obrero de Estados Unidos (Dumpierre, 1976: 22-3). Seguramente, su afición por la lectura y su dominio del inglés pronto lo pusieron en contacto con aquellas obras de Marx y Engels que si bien todavía no estaban traducidas al castellano o eran de difícil acceso en Cuba bajo la dominación española, sí circulaban con relativa facilidad en los Estados Unidos gracias a la labor de propagandistas como Sorge y Weydemeyer (Serviat, 1976: 38). Asimismo, es probable que también haya impactado en su formación doctrinaria la importante corriente de pensamiento que había comenzado a formarse en Norteamérica entre varios intelectuales y artistas progresistas, contrarios al expansionismo norteamericano, y que daría lugar a partir de 1898 a la formación de una inicial “Liga Antiimperialista” que, por otra parte, serviría como un importante precedente para la fundación posterior de aquella otra vinculada a la Internacional Comunista (Zwick, 2005). Por otro lado y dentro del movimiento obrero de la época, fue importante la influencia de los trabajadores norteamericanos sobre sus pares cubanos establecidos en los estados sureños, que se traducían en importantes muestras de apoyo y en la reproducción entre estos últimos de las organizaciones sindicales ya existentes (los “Caballeros del Trabajo” o la “American Federation of Labor”), articuladas con los mencionados comités independentistas (AA.VV., 1985: 89-90, Tomo 1).

compañeros había fundando el PRC, justamente, como una instancia superadora y conciliadora de las demandas del proletariado junto con las de las clases medias y la burguesía progresista. Al poco tiempo, sin embargo, la violenta dominación norteamericana, evidenciada en injustos tratados comerciales y en la imposición de la Enmienda Platt, y sumado a que gran parte de las empresas y tierras que lucraban en Cuba eran propiedad de capitalistas estadounidenses, o de cubanos estrechamente ligado a ellos, favoreció un rápido sentimiento antiimperialista en las masas¹⁴¹. El clima ideológico y social resultó entonces favorable para la creación de distintos núcleos ideológicos, ocupados en irradiar dentro del movimiento obrero el pensamiento marxista en cada vez más frecuente combinación con el ideario nacionalista predicado por Martí: así, la sucesiva formación de estos centros de difusión de propaganda socialista se convirtió en expresión de un conjunto cada vez más amplio de trabajadores que ante el reforzamiento del modelo exportador del azúcar y del tabaco tendió a consolidarse aun cuando sufriera el empeoramiento de su condición de vida¹⁴². Los efectos combinados de la Revolución Rusa y de la crisis económica de la primera posguerra no sólo catalizaron la creciente radicalización del movimiento obrero sino que al mismo tiempo favorecieron la progresiva comprensión de que su lucha emancipatoria debía ser coincidente con aquella otra, en la que cabía la participación de otros sectores sociales, de combate por la plena autonomía cubana.

La primera mitad de los años '20 resultó prolífica en la realización de diversos intentos por sintetizar la ideología comunista con el pensamiento antiimperialista que había comenzado a cobrar preeminencia en franjas cada vez más amplias de la población cubana desde el siglo anterior. Acompañado por una cantidad cada vez mayor de dirigentes obreros (algunos de ellos de procedencia anarquista) como Joaquín y Miguel Valdez, José Peña Vilaboa, José Miguel Pérez, Augusto Martín Veloz (Martinillo), y fundamentalmente, Antonio Penichet¹⁴³, de posterior actuación en la Liga

¹⁴¹ Por lo mismo, la primera huelga bajo la ocupación norteamericana, realizada por los obreros de la construcción el 20 de agosto de 1899 necesariamente estaría destinada a convertirse en un hito dentro de las luchas de sociales del movimiento obrero cubano: la represión de las autoridades norteamericanas y el comportamiento más que tibio de los dirigentes sindicales reformistas contribuyeron también a anular toda esperanza de que las soluciones a la acuciante cuestión social provendrían desde Washington y a través de métodos conciliatorios.

¹⁴² Aunque el marxismo cubano sólo pudo desarrollarse plenamente a partir de 1902, es decir, después del final de la ocupación militar norteamericana, ya desde unos años antes se habían intentado conformar distintos partidos obreros. Así, en 1899, Diego Vicente Tejera (ligado al socialismo utópico francés y luego al pensamiento de los obreros de su país residentes en los Estados Unidos) organizó el Partido Socialista Cubano y, al siguiente año, el Partido Popular Cubano, ninguno de los cuales consiguió perdurar aun cuando en sus respectivos programas se insistió en la necesidad de que Cuba se convirtiera en “una nación autónoma y soberana” (AA. VV, 1975: 166). Asimismo, la Liga General de Trabajadores Cubanos, de tendencia reformista, formuló en 1901 una declaración contraria a la Enmienda Platt y, por derivación, a la dominación del “trust azucarero” sobre la maltrecha economía de la Isla. Pero sería nuevamente Carlos Baliño quien mejores resultados obtendría en sus esfuerzos por difuminar a la teoría marxista en Cuba, siempre vinculada a su prédica antiimperialista de raigambre martiana. Este recorrido comenzaría hacia 1903 con la fundación del Club de Propaganda Socialista, organizado con la colaboración de aquellos trabajadores que, luego de haber residido en los Estados Unidos, retornaban dueños de un importante ideario martiano y antiimperialista, y de algunos pequeños grupos socialistas y marxistas existentes ya en Cuba. En septiembre de 1905 se unieron el Club de Propaganda Socialista y el Partido Obrero dando lugar al Partido Obrero Socialista, el que a su vez se fundió con la Agrupación Socialista Internacional, posibilitando así la creación, en noviembre de 1906, del Partido Socialista de Cuba: Baliño estuvo al frente de todo este proceso de unión de los diversos grupos marxistas y de fusión en instancias cada vez más abarcativas, pero también más radicalizadas.

¹⁴³ Antonio Penichet, linotipista y de procedencia anarcosindicalista, fue uno de los primeros en difundir el proceso revolucionario ruso ante sus pares, ya sea por medio de conferencias o por la publicación de

Antiimperialista, a mediados de 1922 Baliño pudo traducir el apoyo a la causa leninista a dimensiones más concretas cuando sumó la adhesión de la Agrupación Socialista de La Habana a la Internacional Comunista y, todavía más cuando al siguiente año fundó la Agrupación Comunista de La Habana, primera organización marxista leninista cubana. Fue en este contexto que trabó amistad con Mella (quien comenzó a participar en dicha organización) y que se produjo su acercamiento al movimiento de la Reforma Universitaria, por ejemplo, a través de su colaboración en *Juventud*, revista en la que llegó a publicar algunos artículos. El corolario de todo este proceso, como se verá a partir de la siguiente sección, fue la fundación de la Liga Antiimperialista y del Partido Comunista cubanos en 1925, organizaciones en las que hasta su fallecimiento, ocurrido el 18 de junio de 1926, Baliño todavía alcanzó a cumplir un valioso papel.

Los militantes de origen extranjero

Un último factor que sin duda alguna contribuyó a fundar la Liga a partir de un perfil decididamente latinoamericanista y, al mismo tiempo, augurar el buen éxito de sus emprendimientos en Cuba lo constituyó la presencia en ella de un variado conjunto de militantes y dirigentes políticos, muchos de ellos comunistas y antiimperialistas, que ante la dura realidad de sus países, gobernados por las férreas dictaduras de Juan Vicente Gómez o de Augusto Leguía, no habían tenido otra opción que el exilio como único medio para mantener a resguardo sus vidas. En medio de este contexto y aún con un gobierno represivo como el de Zayas, Cuba todavía podía ser un país receptor de esta particular clase de inmigrantes, por lo menos, hasta la llegada de Machado al poder, que a la postre resultaría tan sanguinario como cualquier otro dictador latinoamericano e incluso comparable con ciertas tiranías de origen europeo¹⁴⁴. Si el grupo de los venezolanos residentes en Cuba se nutrió de activistas como de los hermanos Gustavo y Eduardo Machado, Salvador de la Plaza y Carlos Aponte (a los que luego acompañaría también Francisco Laguado Jayme, José A. Silva Márquez y el general antigomecista Bartolomé Ferrer)¹⁴⁵, pronto a estos se les sumaría una camada de militantes de origen peruano, entre los que se contaban los apristas Luis F. Bustamente y Esteban Pavletich, recientemente expulsados de Panamá, y Jacobo Hurwitz¹⁴⁶.

artículos y folletos. En mayo de 1919, en una de las primeras acciones anticomunistas ocurridas en Cuba, fue acusado junto con treinta y tres compañeros de conspirar para dar inicio a una revolución proletaria; pocos meses más tarde, participó en la fundación de una inicial “Sección Comunista de Cuba” junto con el norteamericano Manuel Gómez, quien se encontraba de paso por La Habana como acompañante de Mijail Borodin, emisario de Lenin, luego de su paso por México. Se trataba, en definitiva, de una de las primeras acciones encaradas por el Buró Latinoamericano de la Tercera Internacional, creado en ese mismo año de 1919 en la ciudad de México. Como miembro del Comité Central provisional de la Sección Comunista, Penichet asumió diversas iniciativas de defensa de la Unión Soviética entre los círculos de trabajadores en los que participaba, tal como ocurrió con las resoluciones del Congreso Obrero de abril de 1920, promovidas por él mismo desde su mesa directiva (Jeifets *et al.*, 2004: 255).

¹⁴⁴ En este sentido, no debemos olvidar el texto de Mella “Machado, Mussolini tropical”, publicado en *Juventud* en marzo de 1925, que comienza señalando que “Las declaraciones y actitudes del Presidente electo han confirmado la fama natural que tienen los políticos actuales: tiranuelos en ciernes o estafadores depravados” (ver Cupull y González, 2005: 46).

¹⁴⁵ Posteriormente, también se les uniría el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob.

¹⁴⁶ El departamento donde vivían los venezolanos, en un edificio de la calle Empedrado, fue bautizado por Mella como la “Cueva Roja”: “aquel reguero de libros descosidos y calcetines remendados era centro nocturno de largas y calenturientas discusiones en torno a los problemas de nuestra América, a la necesidad de unificar la lucha antiimperialista y a las vías más rápidas y eficaces de hacer la revolución social” (Roa, 1982: 131). Por su parte, los dirigentes peruanos, quienes también forjaron fuertes vínculos con sus pares cubanos y venezolanos (por los menos, hasta que estalló el conflicto entre comunistas y apristas), luego de habitar en la “Cueva Roja” durante un tiempo, se alojaron en el consultorio del Dr. Gustavo Aldereguía hasta que consiguieron rentar unos modestos departamentos en el mismo edificio.

Uno de los primeros contactos que el grupo de los venezolanos exiliados tuvo en Cuba fue con Julio A. Mella, quien los invitó a impartir clases en la Universidad Popular y les dio ingreso luego en la Liga Antiimperialista. Gracias al dirigente universitario, los venezolanos pudieron conocer y estrechar vínculos con Carlos Baliño posibilitando que, “de esa forma, los Machado y De la Plaza se transformaran para toda la vida en comunistas” (Rodríguez, 2003: 155). Dicho grupo de venezolanos no dudó en ofrecer su colaboración para la creación del PCC, por lo que Baliño mismo se encargó de afiliarlos a la nueva organización, mientras que Aponte, Ferrer y Silva Márquez se acercaron como simpatizantes. Por otro lado, y prácticamente desde su llegada, los venezolanos trabaron contacto con los contertulios del Grupo Minorista que cada sábado se daba cita en algún restaurante de La Habana, lo que posibilitó el afianzamiento de su relación con Rubén Martínez Villena, José Z. Tallet y Juan Marinello, con quienes de inmediato surgió una estrecha relación de camaradería y de amistad. De aquí a la creación de una primera publicación que los agrupara a todos ellos hubo tan sólo un paso. Las condiciones finalmente estuvieron dadas para el nacimiento de lo que podemos considerar como el primer órgano no oficial de la Liga Antiimperialista Cubana (LAIC), la revista *Venezuela Libre*, “Organización Revolucionaria Latinoamericana”, cuya redacción funcionó en la famosa “Cueva Roja”. Si en su primera etapa esta publicación estuvo dirigida y orientada por los hermanos Machado, De la Plaza y Laguado Jayme, con la colaboración de los revolucionarios cubanos, en una segunda época, inaugurada en mayo de 1925, se convirtió en su director político el candidato a diputado Germán Wolter del Río (útil cobertura para librarla de la persecución oficial), mientras que Mella y Martínez Villena fueron parte de su Consejo de Dirección, con la dirección real por parte de este último, y con la asistencia en la administración de José Z. Tallet¹⁴⁷.

Desde su primer número se aclaraba que “combatir a Juan Vicente Gómez, no constituye todo el programa de esta revista (pues) *Venezuela Libre* aspira a ser en Cuba el órgano del latinoamericanismo y luchará contra esa tendencia del capitalismo norteamericano que pretende convertir en colonias a los pueblos libres de la América Española”. Extinguida por carencia de recursos en julio de 1926, la revista se propuso, desde su primer número, “servir, en función de la causa continental, a la causa del pueblo venezolano”: con esta finalidad se ocupó de denunciar el terrorismo norteamericano en Panamá y Nicaragua, alertar acerca de los peligros que implicaba el arbitraje estadounidense entre los países latinoamericanos, y abogar por la acción común de los pueblos de la región y por la incorporación de los indígenas a las luchas populares (Roa, 1982: 133). Pero su nota más recordada fue seguramente el “Manifiesto por Venezuela”, redactado por Martínez Villena y que contó además con la firma de otros intelectuales y dirigentes como Mella, Marinello, Tallet, Fernández Sánchez, Fernández de Castro Enrique Serpa y Agustín Acosta.

¹⁴⁷ El equipo completo de *Venezuela Libre* era el siguiente: Director: Rubén Martínez Villena. Director Político: Germán Wolter del Río. Redactores: Agustín Acosta, José Manuel Acosta, Alejo Carpentier, José A. Fernández de Castro, Leonardo Fernández Sánchez, José Hurtado de Mendoza, Alberto Lamar Schweyer, Jorge Mañach, Juan Marinello, Guillermo Martínez Márquez, Calixto Massó, Julio Antonio Mella, Emilio Roig de Leuchsenring, Enrique Serpa, Oscar Soto, José Z. Tallet y Orosmán Viamonte (IHC 33/2/1:4.1/57-59).

CUARTA PARTE

**FUNDACIÓN Y PRIMEROS TIEMPOS DE
LA LIGA ANTIIMPERIALISTA**

MÉXICO

El nacimiento de la Liga Antiimperialista de las Américas

El nacimiento de la LADLA entre fines de 1924 y principios del siguiente año se inscribió dentro de uno de los períodos más ricos y más complejos dentro de la historia del PCM, “tanto desde el punto de vista de su desarrollo como organización articulada y coherente, como desde el ángulo de su inserción en la vida política de México” (Martínez Verdugo, 1985: 73)¹. Por otra parte, fue a partir de ese mismo año que se lograría consolidar un núcleo estable de dirección, fijándose los lazos más perdurables con los sectores activos de la clase obrera y, principalmente, del movimiento campesino. Asimismo, el PCM se nutrió de fuerzas intelectuales que renovaron toda su vida cultural y que le permitieron tender puentes con otros sectores de la sociedad, aquellos constituidos por los pensadores y artistas más vanguardistas de la época.

Pese a la presencia que comenzaba a tener en la sociedad mexicana, y a su influencia cada vez mayor entre campesinos y obreros, para 1925, es decir, durante el primer año de vida de la Liga Antiimperialista, el Partido únicamente contaba con 200 militantes, que llegarían a 1500 apenas tres años más tarde. Sin duda alguna, la presencia cada vez más importante de la Liga Antiimperialista, junto con otras organizaciones periféricas o asociadas al comunismo mexicano, fue un factor que decididamente contribuyó al desarrollo del partido y a la rápida incorporación de militantes, pese a los numerosos avatares por los que tuvo que atravesar en tan poco tiempo.

Como hemos visto en la parte anterior, la definitiva constitución del núcleo dirigente del PCM sería de particular importancia para la posterior conformación de la Liga, siendo de particular importancia en todo este proceso la aparición del periódico comunista *El Machete* que había surgido como un medio para defender los intereses de los trabajadores del arte, estableciendo al mismo tiempo un vínculo directo entre las masas y el sindicalismo obrero². En noviembre de 1924 el periódico se convirtió en el órgano de la Liga de Impresores, Escritores y Dibujantes Revolucionarios, mientras que para mayo de 1925 pasó a ser el medio oficial del Partido Comunista aunque, en realidad, y no de forma expresa, lo había sido desde su primer número. Una vez constituido, Rivera, Siqueiros y Guerrero se convirtieron en sus principales editores, mientras que Orozco se encargó de las ilustraciones de los primeros números, Graciela Amador de la administración y Rosendo Gómez Lorenzo fungió, hasta la desaparición del periódico,

¹ Prácticamente hacia fines de esa década fue que el PCM completó lo que podría caracterizarse como su etapa formativa, los rubros esenciales de su programa y los aspectos más relevantes de su vida política, que le posibilitarían relacionarse con el universo político de la época, con la élite gobernante así como también con otras corrientes de pensamiento y de acción.

² Además de los mencionados, otros miembros del sindicato de los artistas fueron Rosendo Gómez Lorenzo, Jean Charlot, Ramón Alva de la Canal, Fernando Leal y Emilio Amero.

como su más asiduo redactor³. Pero la constitución de *El Machete* no sólo significó la puesta en práctica del primer órgano de prensa del Partido Comunista. Sobre todo durante sus primeros tiempos, dicha publicación fue un factor de fundamental importancia en la constitución del sector dirigente de los comunistas a la vez que en un órgano articulador entre los diversos cuerpos políticos que, con distintos fines, se iban creando en torno a la estructura central del Partido. En este sentido, un elemento importante para destacar fue que la Liga Antiimperialista resultó creada prácticamente al mismo tiempo en el que se producía la consolidación de *El Machete*, y que la dirigencia de su organización y de su periódico, *El Libertador*, era prácticamente la misma que la del PCM y su medio periodístico⁴.

La circunstancia que finalmente sirvió como detonante para la formación de la Liga Antiimperialista fue la realización del IV° Congreso de la COPA en la ciudad de México en diciembre de 1924. Ante este hecho, el Comité Mexicano de la Internacional Sindical Roja y el Comité Sindical del Partido Comunista Mexicano emitieron un comunicado, reproducido en *El Machete* y en el que se decía: “Compañeros: ustedes vienen aquí con el propósito de unificar continentalmente las fuerzas sindicales, unificación que anhelan todos los trabajadores de las dos Américas. ¿Contra quién irá dirigida la lucha de las fuerzas obreras unificadas? ¿Hay un enemigo común? ¿Quién es? ¿Dónde reside? Hasta ahora la Federación Panamericana ni siquiera nos ha señalado al enemigo” (N° 13: 1).

En el siguiente número de *El Machete*, correspondiente a la primera semana de diciembre de 1924, estas dudas parecieron haber sido finalmente resueltas cuando, a través de la reproducción de un manifiesto de la *Trade Union Educational League* (TUEL, sindicato internacional de educadores y uno de los componentes más importantes de la Internacional Sindical Roja) se afirmaba que “la Confederación Obrera Panamericana, reunida actualmente en México, está siendo usada no como órgano de lucha de la clase obrera para sacudir el yugo del imperialismo norteamericano, sino como un instrumento más de los que emplea Wall Street para extender su poder y esclavizar todavía más a la América Latina” (Tibol, 1968: 23). Bajo este clima generado por el congreso de la COPA no resultó extraño, tampoco, que el propio Workers Party emitiera una declaración en pro de la constitución de un frente único americano en contra del imperialismo estadounidense⁵. Por último, *El Machete* daría cuenta de su intención de fundar la LADLA cuando publicó un “Llamamiento a los trabajadores de Chile y del Perú, por el Partido Comunista Norteamericano, el Comité Mexicano de la Internacional Sindical Roja, y la Liga Panamericana Antiimperialista” (N° 17: 1), siendo ésta última, la denominación adoptada por la organización durante sus primeros seis meses de vida.

³ También fue aporte de Graciela Amador el epígrafe del periódico: “El machete sirve para cortar la caña / para abrir las veredas en los bosques umbríos, / decapitar culebras, tronchar toda cizaña / y humillar la soberbia de los ricos impíos”.

⁴ En todo caso, la diferencia entre *El Machete* y *El Libertador* respondía al énfasis colocado por las organizaciones en las que fungían como voceros: en el caso del PCM, de un carácter más local y nacional, mientras que en el segundo, con uno más centrado en la situación política latinoamericana.

⁵ Dicho *Manifiesto* estaba dirigido a “los Obreros y Campesinos de América Latina” y en él se afirmaba lo siguiente: “El Partido Obrero (Partido Comunista) de los Estados Unidos, llama a la clase obrera de su propio país, del Canadá y de toda la América Latina a unirse contra las monstruosas agresiones del imperialismo americano, para hacer un FRENTE ÚNICO revolucionario contra los ataques del capitalismo americano y su gobierno”. Estaba firmado por los principales dirigentes comunistas norteamericanos: W. Z. Foster y Charles Ruthenberg.

Por otra parte, para la creación de la Liga Antiimperialista sería de fundamental importancia el apoyo brindado por experimentados cuadros norteamericanos. En este sentido, el enviado del Workers Party, Jack Johnstone se convirtió en un elemento esencial para la fundación de la organización antiimperialista. Presente en México hacia fines de 1924 y testigo directo de las discusiones mantenidas en el seno del congreso de la COPA, Johnstone elaboró un informe en el que pese a señalarse un creciente número de dificultades en el trabajo conjunto entre mexicanos y estadounidenses, no por ello dejaba de manifestar su optimismo acerca de la potencialidad política que podía llegar a alcanzar, en poco tiempo, la entidad antiimperialista todavía en ciernes, claro está, siempre y cuando ésta fuera comandada por el WP⁶. De esta manera, Johnstone se ocupaba en señalar ante sus pares que “en México y en las repúblicas de América Central el movimiento revolucionario ahora se encuentra cristalizando, y nuestro partido deberá jugar un lugar de liderazgo en esta orientación, con el pivote central en México”. Sin embargo, estas ambiciones chocaban contra el estado real en el que se encontraba el comunismo mexicano pues, según su opinión, únicamente Rafael Carrillo y, sobre todo, Bertram Wolfe, poseían la capacidad política necesaria como para poner en marcha al partido mexicano de los comunistas: no resultaba extraño entonces que justamente fuera el norteamericano quien fuera señalado como el principal líder del PCM⁷. Por otra parte, y aunque no mencionaba su nombre, Johnstone refería que “un corresponsal especial fue seleccionado para estar en contacto regularmente con el WP sobre las actividades en América Latina”: por su formación política, sus conocimientos generales y, fundamentalmente, sus contactos con la izquierda estadounidense, es probable que dicho corresponsal haya sido el propio Wolfe⁸.

⁶ De hecho, el *Informe del movimiento revolucionario panamericano y del Congreso de la Panamerican Federation of Labor*, de J. W. Johnstone, al referirse a la necesidad de su fundación, puede ser considerado como el primer documento relativo a la historia de la Liga Antiimperialista. Por otra parte, y según el parecer de Johnstone, “la convención del Pan American Federation of Labor (la COPA) fue una farsa, tanto como una réplica de la convención de la A F of L, excepto que ésta estuvo más cerca a una fraseología revolucionaria para acercarse a las vagas tendencias revolucionarias que permean a América Latina”. El dirigente norteamericano remarcó sus esfuerzos con los distintos delegados allí presentes para convencerlos de la causa comunista y generar su alejamiento de la asociación dirigida por Samuel Gompers (*Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso*: Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México, Rollo N° 17, 515-1-539).

⁷ “El Partido (por el PCM) adolece de un grupo dirigente definido. La tarea de orientarlo y desarrollarlo en un grupo dirigente está siendo llevada adelante por Wolfe y Carrillo, aunque la mayoría de este trabajo lo hace el primero, y puede notarse cierto avance en este sentido desde su última convención” (*Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso*: Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México, Rollo N° 17, 515-1-539).

⁸ La fuerte influencia de los norteamericanos sobre sus pares al sur del Río Bravo, expresado tanto en la orientación partidaria y como en la guía ideológica a través de dirigentes como Wolfe, ha sido un aspecto no siempre destacado en la historiografía del comunismo mexicano. Con respecto a esto resulta interesante el siguiente párrafo extraído del mencionado informe de Johnstone: “El PCM, junto con la JC (Juventud Comunista), formó un símil de la TUEL: la Liga de la Claridad (“The League of Clarity”). Por instrucciones del PCM, se imprimieron Manifiestos del Partido y de la TUEL. El primero fue redactado con el nombre del Workers Party, lo que fue decidido en una votación unánime por el Comité Ejecutivo del PCM. Esto fue resuelto porque se pensó que tendría un efecto más grande si venía firmado sólo por el WP que si venía firmado por ambos. El manifiesto de la TUEL fue redactado en el nombre de la Panamerican Anti Imperialist League. Debido al hecho de que los dirigentes del PCM estaban mayormente concentrados en la convención de la Liga Agraria, y porque todo el trabajo del partido es voluntario, y que muy pocos hablan inglés, los manifiestos no fueron traducidos en tiempo para luego ser impresos y distribuidos a los pocos delegados en el congreso de la AFL. Ambos fueron impresos en *El Machete* y distribuidos en Latinoamérica gracias a todas las conexiones” (*Relación de documentos sobre*

Con respecto al armado concreto de la “Liga Panamericana”, la actividad de Johnstone sirvió para la formación de un inicial secretariado compuesto por tres miembros. Según expresaba el propio cuadro norteamericano, el trabajo de este secretariado tenía que ser el de “fortalecer el desarrollo y cristalización de una organización panamericana de izquierda con secciones en cada país”. Aunque en principio pensado únicamente para tres miembros, el secretariado fue finalmente integrado por Bertram Wolfe, su esposa Ella, Rafael Carrillo, Stanislav Pestkovsky, Ramón De Negri y algunos otros más.

La llamada “Pan American Antiimperialist League” o “Liga Antiimperialista Panamericana” debía en sus inicios tener un fuerte componente obrero y de izquierda, elemento necesario tanto en los Estados Unidos como en México y el resto de la región para dar “un constante combate a la dominación de la AFL y al liderazgo de la CROM en el movimiento panamericano y a favor del frente único de acción de los trabajadores de ambos continentes (el norte y el sur) contra el poder del capitalismo imperialista”. A su vez, la presencia de dirigentes obreros críticos a la dominación estadounidense y de algunos pocos comunistas de otros países en el congreso de la COPA fue aprovechada para establecer los necesarios contactos internacionales, destacándose la vinculación con Nicaragua y con los restantes países de América Central⁹. Por otra parte, y para “apresurar” este trabajo, se resolvió dejar a los estadounidenses el contacto con Chile, Argentina, Uruguay y Brasil, países en los que ya para este entonces existían ligazones políticas entre sus partidos comunistas por medio de la constitución, en febrero de 1925, del Secretariado Sudamericano, con sede en Buenos Aires. Finalmente, se decidió publicar un boletín mensual en español, nombrado luego *El Libertador*, resolviéndose al mismo tiempo que, a fin de favorecer la unidad entre el movimiento antiimperialista latinoamericano con el estadounidense, sus artículos también debían aparecer en el *Daily Worker*, órgano del WP¹⁰.

El informe de Johnstone concluía con una serie de recomendaciones cuya finalidad no sólo apuntaba a la ampliación y la profundización de las relaciones entre los comunismos estadounidense y latinoamericanos sino, más en particular, a la irradiación de la “Pan American Antiimperialist League” y a su instalación y posterior consolidación en cada nación al sur del Río Bravo. Dentro de dicho conjunto de sugerencias, las que mayor relación tenían con la futura actividad de la LADLA proponían que “se le pague a un secretario para trabajar bajo la dirección del

México en el Centro Ruso, en Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México: Rollo N° 17, 515-1-539).

⁹ Johnstone afirmaba poseer “una lista de uniones de simpatizantes, y de periódicos simpatizantes y comunistas en un buen número en estas repúblicas, las que pueden ser usadas para construir nuestras conexiones”: se puede en principio establecer así el grado de conocimientos y de vinculaciones que los marxistas estadounidenses poseían en las repúblicas centroamericanas. La excepción estaba puesta en los delegados de Panamá, según Johnstone, “muy débiles en la convención de la AFL” (*Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso*, en Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México: Rollo N° 17, 515-1-539).

¹⁰ La denominación de la publicación de la Liga como *El Libertador* aludía, en realidad, a una doble referencialidad, útil tanto para los comunistas latinoamericanos como para los estadounidenses: en este sentido, y mientras que para los primeros poseía una clara resonancia bolivariana, extendida, en general, a todos los grandes líderes de la independencia de sus propios países, para los segundos se vinculaba con otra famosa publicación, *The Liberator*, editada primero por los socialistas y luego por el Workers Party entre 1918 y 1924 y en la que participaron los principales dirigentes de la izquierda norteamericana de la época. Ver <http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/Jliberator.htm> (consultado el 24/5/06).

Secretariado y del WP” (recomendación N° 1); “que un boletín sea publicado en español (y que los artículos aparecidos en él, también salgan en el *Daily Worker* en los panfletos del WP” (N° 2); “Que un panfleto sobre el imperialismo en América Latina, que proponga la idea del frente único panamericano sea publicado tan pronto como se pueda” (N° 4); “Que un Secretariado Latinoamericano sea creado inmediatamente, lo que posibilitaría poner en contacto a todos los partidos comunistas y crear una Alianza Latinoamericana para llevar adelante el programa del Buró Panamericano. Este trabajo tendrá que ser llevado a cabo con el departamento industrial y con el Secretariado de la Pan American Anti Imperialist League situado en la ciudad de México” (N° 7); “Que sea creado un fondo especial para actividades panamericanas” (N° 12); “Que el Partido garantice un subsidio de \$150.- por mes, a lo largo de veinte meses, para el trabajo del Secretariado y para la publicación de su boletín y, si fuera posible, el envío a los diferentes países de la región de un organizador que hable español para que organice secciones de la LADLA” (N° 13); “Que para las tareas inmediatas, el WP done \$300.-” (N° 14); “Que temporalmente, el camarada Bertram D. Wolfe sea designado Secretario y Organizador del Secretariado, sin apartarse completamente del trabajo que realiza para el PCM” (N° 15); “Que este trabajo empiece inmediatamente” (N° 16)¹¹.

Lo primero en desprenderse del anterior conjunto de recomendaciones es la llamativa interacción de los comunistas estadounidenses con sus pares mexicanos y la intención por vincularse con prácticamente toda la izquierda revolucionaria latinoamericana. En este sentido, la creación de la Pan American Anti Imperialist League puede justamente ser interpretada como un primer jalón en esta búsqueda de unidad que excedía, con mucho, los meros límites regionales para constituirse en una amplia organización de proporciones continentales, claro está, más allá de las evidentes diferencias étnicas, idiomáticas o, simplemente, culturales. La voluntad por editar una publicación de verdadero alcance continental (como de hecho lo sería *El Libertador*) y, al mismo tiempo, el interés por dar a conocer los diversos aspectos de la realidad económica y social latinoamericana en el órgano en inglés del Workers Party, evidentemente, apuntaban al logro de este objetivo. Cumplían así los comunistas norteamericanos con el papel de orientadores continentales que una vez les fuera asignado por la Comintern debido fundamentalmente a su claro desarrollo económico y, más aún, a su pujanza industrial y a la consecuente existencia de una cada vez más amplia clase obrera fabril. Sin embargo, y como una impensada contraparte, no pasaría mucho tiempo antes de que

¹¹ Por su importancia para el desarrollo del movimiento comunista mexicano y latinoamericano, en vinculación con el norteamericano, vale la pena mencionar las restantes recomendaciones brindadas por Jack Johnstone: “Que un artículo especial sobre América Latina aparezca en el Workers Monthly cada mes” (N°3); “Que la IC publique más materiales en español” (N° 5); “Que urge que la Internacional Campesina se ponga más en contacto con la Liga Agraria de Veracruz, la Federación Indígena de las Ligas Agrarias de Perú, a las que puede ayudar dándoles direccionalidad comunista” (N° 6); “Que todos los mexicanos miembros del WP sean llamados a retornar a México para así ayudar a la construcción del PCM” (N° 8); “Que para conseguir lo anterior se reparta una cantidad de *El Machete* entre los trabajadores mexicanos en Estados Unidos” (N° 9); “Que el Secretariado Latinoamericano sea instruido para llevar adelante un programa de acción, uno de cuyos puntos debería ser la organización de la *Panamerican Federación of Labor* como instrumento del comunismo. Se debería hacer un esfuerzo especial para afiliarse a ella a los movimientos obreros de Chile, Perú, Argentina y Brasil, demandando también que su próximo congreso se localice en algún punto central de América (N° 10); “Que una conferencia sea realizada en un futuro cercano entre los comunistas y los elementos de izquierda sobre algún punto central, con la idea de ir organizando y concretando el programa de la RILU (“Red International Labor Unión”: la Internacional Sindical Roja) (N° 11); “Que un delegado fraternal sea enviado a la convención del PCM” (N° 17). *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (en Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México: Rollo 17, 515-1-539).

emprendimientos como el de la Liga sufriera las consecuencias de los conflictos políticos que surcaban al comunismo norteamericano y que lo llevarían a un proceso creciente de luchas internas y de desagregación. Por otra parte, es importante señalar el contenido obrerista con el que originalmente se pretendió dotar a la flamante organización antiimperialista, condición necesaria para el enfrentamiento político tanto con la COPA como con la AFL y con la CROM, en suelo estadounidense y mexicano respectivamente (de hecho, el nombre original de la organización pretendía ser una réplica comunista de la “Pan American Federation of Labor”, cambiándose algunos meses más tarde por el de “Liga Antiimperialista de las Américas”). Pretendían los comunistas del continente cumplir, de este modo, con el imperativo bolchevizador sancionado por el Vº Congreso de la Comintern, una aceptación a rajatabla que, por otra parte, les impedía por el momento encontrar aliados en otros sectores también combativos, como podían llegar a serlo las clases medias urbanas y los círculos intelectuales progresistas, a los que pese a todo, y ante su evidente solidaridad con las luchas de los trabajadores y con la Unión Soviética, no se demoraría demasiado tiempo en incorporar al proyecto. Por último, tampoco puede pasar desapercibido el sostén económico y político del Workers Party en la conformación de la Pan American League: el importante aporte monetario destinado tanto a su puesta en marcha como a su consolidación en el término de casi dos años, y la selección de un cuadro norteamericano como su primer secretario organizador nos habla a las claras del interés puesto por los comunistas estadounidenses en la importancia de este proyecto y, al mismo tiempo, en la aceptación de los mexicanos y del resto de los latinoamericanos con respecto al papel de orientadores asignado por la Comintern al que nos referíamos más arriba, si bien el crecimiento de las filas comunistas mexicanas y la rápida maduración política de sus principales dirigentes pronto auguraron renovados conflictos en torno a la consabida tutela estadounidense y, en particular, con respecto a la sede de la LADLA.

Una vez cumplida su misión en México, fueron estas las conclusiones políticas a las que arribó Jack Johnstone: “Soy de la opinión decidida de que ésta es una de las más importantes tareas a las que se enfrenta nuestro Partido. Y de que no puede ser realizada sin la sustancial asistencia financiera por parte del WP. Sólo así podremos cumplir con este objetivo sin fallas y sin desperdiciar energías. Debemos financiar y liderar este movimiento en su etapa preliminar. (...) Nadie será convencido en México de la importancia de este trabajo, sino lo es por las reales posibilidades del Partido Comunista orientado a los nacientes movimientos en estos países. Es para nosotros una verdadera posibilidad para fortalecer nuestra posición en este país, o atacando a la política imperialista de la AFL en América Latina, o apropiándonos de la Pan American Federation of Labor, u obligando a la reacción a abandonar su propia creación. (...) Este esfuerzo nos permitirá la oportunidad de enfrentarnos realmente con el expansionismo norteamericano en todos estos países latinoamericanos, lo que a su vez nos posibilitará fortalecernos en casa y, además, debilitar al imperialismo fuera del país. Este informe necesariamente nos sitúa en el límite de nuestro trabajo de organización. Yo francamente admito un conocimiento limitado de las condiciones de América Latina y desconfío del cuadro color de rosa sobre una revolución repentina en México, aunque veo claramente las maravillosas posibilidades que están abiertas frente a nosotros en los países al sur de nuestra frontera. Nosotros permitimos a Gompers dar a conocer su traicionera propaganda en Latinoamérica por seis años sin hacerle ningún desafío. Sería criminal permitir que esto continúe. Mis oportunidades para conseguir información y para estudiar la situación son muy limitadas. Yo no hablo el idioma, tendría que asistir a

todas las sesiones del Panamerican Congress y, en realidad, sólo he estado tres días después de agregarme al Congreso para conseguir material. Mi única parada fue en la ciudad de México, y dependí del método de hacer preguntas, ya que el PCM no cuenta con un Departamento de Investigación (subrayado en el original), por lo que no tienen información estadística. Los camaradas mexicanos son muy entusiastas con las posibilidades de trabajo del Secretariado, el que puede servir, temporalmente, al doble propósito de fortalecer al Partido como así también a su trabajo de izquierda. Ellos están confiados en que las secciones de la Pan American Anti Imperialist League pueden ser organizadas por ellos en todas las repúblicas de América Central. El trabajo preliminar en Sudamérica debería ser hecho por nuestro Partido”¹². Johnstone no era ingenuo con respecto a los claros obstáculos a las que se enfrentaba la concreción de un proyecto de tan vastas dimensiones geográficas como el de la Liga Antiimperialista Panamericana. Sin embargo, tanto en sus palabras como en su percepción de los sentimientos de sus camaradas mexicanos, podía respirarse el mismo aire de confianza y de esperanza ante el futuro.

Una vez fundada la organización, y por recomendación de la Internacional Comunista, en enero de 1925 se conformó un subcomité en el seno del Comité Central del WP con la misión de generar actividades antiimperialistas en el partido. Este subcomité se encargó de preparar material para futuras campañas, escribir artículos sobre el imperialismo en la prensa partidaria y servir de medio de contacto con organizaciones antiimperialistas latinoamericanas. La vinculación directa con el PCM fue desarrollado sobre todo en esta época a través de la visita a territorio mexicano de dirigentes comunistas estadounidenses como el ya mencionado Johnstone, junto con Jay Lovestone y Manuel Gómez (quien luego se convertiría en el representante de su país en la dirección continental de la Liga). Por otra parte, el WP envió una delegación a las Filipinas para establecer conexiones allí con diversos grupos independentistas. Paralelamente, se tomó contacto con organizaciones obreras de países como Cuba, México, Perú y Chile, aprovechando en estos dos últimos casos, la activación social y nacionalista producida por el conflicto fronterizo de Tacna-Arica, bajo mediación norteamericana. Y pronto, a la Liga y al propio PCM la acompañaron otras tantas organizaciones también periféricas como el Socorro Rojo Internacional y el Socorro Obrero Internacional, esta última, fundada en noviembre de 1926 y con su Comité Provisional compuesto de importantes nombres pertenecientes al universo de la izquierda y de la cultura mexicanas¹³.

¹² *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (en Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México: Rollo N° 17, 515-1-539).

¹³ Para 1928 la Comisión Directiva del Socorro Obrero en México estaba integrada por el Prof. Miguel de Mendizábal (Historiógrafo del Museo Nacional de México), Diego Rivera (pintor), Úrsulo Galván (presidente de la Liga Nacional Campesina), Jacobo Hurwitz (Secretario del Comité Manos Fuera de Nicaragua), Hernán Laborde (Diputado y presidente del Partido Ferrocarrilero Unitario), Germán List Arzubide (escritor y director del periódico *Norte* de Jalapa), Dr. Carlos León (Profesor de sociología de la Universidad de Caracas, Venezuela), Tristán Maroff (sociólogo boliviano), Dr. Ignacio Millán (director del periódico *Norte*, de Veracruz), Renato Molina Enríquez (economista), José Morales (diputado de la Unión), Prof. Rafael Ramos Pedrueza (Profesor de Historia en los Altos Estudios de México), Lic. Salvador de la Plaza (Director del periódico *Libertad*, órgano central del Partido Revolucionario Venezolano); David Alfaro Siqueiros (Federación Minera de Jalisco) y Federico Bach (Representante del Comité Ejecutivo del Socorro Obrero Internacional). El único que más tarde ya no va a figurar, pero que sí aparecía entre los fundadores, era el diplomático Ramón de Negri (embajador de México en Alemania). *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (en Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 15, 515-1-1328.

Por último, la elección de México como sede central de la LADLA, no fue un hecho casual: al mismo tiempo que la Internacional Comunista reconocía su función como lugar natural y estratégico de encuentro entre el movimiento de izquierda latinoamericano y el norteamericano, se le concedía una gran importancia relativa a su Partido Comunista, como el primero en ser fundado en toda la región, avivado esto por el pronto reconocimiento del gobierno mexicano al régimen bolchevique. Por otra parte, y promediando la década de los '20, México comenzó a ser tenido en cuenta como un probable escenario revolucionario a medida que desde la Unión Soviética se comprendió su situación como parte del área de influencia de los Estados Unidos, nueva potencia capitalista en la región según su propia óptica. Por otra parte, la creación por parte de la Comintern del Secretariado para América Latina en 1926, nutrido de un conjunto de expertos en la región, contribuyó sin lugar a dudas a profundizar el conocimiento que se tenía sobre México, lo que por otra parte reforzaría también su condición de país sede de la dirección continental de la Liga Antiimperialista frente a los constantes intentos por trasladarla a los Estados Unidos impulsados por algunos dirigentes del Workers Party. Fue entonces gracias al desenvolvimiento imperialista norteamericano, que desde Moscú México fue cobrando cada vez mayor relevancia en su estrategia global, como aliado político y como codiciado socio comercial¹⁴.

Algunas características de El Libertador

Puede decirse que el período constitutivo de la Liga Panamericana finalizó en marzo de 1925, cuando se dio a conocer el primer número de órgano, *El Libertador*. A lo largo de cuatro años y 22 números (el primero de ellos de marzo de 1925 mientras que el último de julio de 1929), fue propósito de esta publicación expresar todo el acontecer político de las naciones latinoamericanas, así como también de las clases obreras de los países europeos y asiáticos. Sus páginas, confeccionadas en la imprenta Aztlán¹⁵, brindaban un generoso espacio para el tratamiento de todas aquellas noticias que tuvieran relación con la Liga Antiimperialista, principalmente, con su sección mexicana (y con filiales existentes en el interior de la república), aunque también con las secciones estadounidense, centroamericanas y caribeñas y, en menor medida, con aquellas radicadas en el sur del continente. Difusión de actos y mítines, de recambios de autoridades, de publicaciones propias, etc. eran así materia común en el tratamiento de los asuntos internos de cada filial de la Liga. Por otra parte, una sección dedicada a la crítica de los nuevos libros dedicados a la cuestión del imperialismo o de la situación latinoamericana pretendía funcionar como un marco orientador y divulgador útil para todo aquel lector interesado en la temática. Asimismo, y aunque se daba una gran

¹⁴ Tanto en los artículos publicados en diarios como *Pravda e Izvestiia*, y en los documentos internos que circulaban entre distintas instituciones soviéticas y cominternistas, la situación social y política de México fue originalmente interpretada como parte del "Oriente", condición compartida por casi toda América Latina. La realidad política de México comenzó a ser estudiada más en detalle por el principal economista de la Unión Soviética, Eugen Varga, quien a partir de 1927 se ocuparía de trazar un paralelo entre este país y China, remarcando la posibilidad de que en ambos la revolución social pudiera ser llevada adelante por los campesinos y no por los obreros, tal como originalmente señalaba la teoría marxista. De este modo, "México, en la esfera de influencia de los Estados Unidos, proporcionó a los ideólogos soviéticos un fértil campo para debatir temas como el colonialismo, el imperialismo, la revolución y la lucha de clases" (Spencer, 1998: 50).

¹⁵ La Imprenta Aztlán perteneció a la sociedad conformada por el político e intelectual José Vasconcelos y por el educador y futuro diplomático Gilberto Bosques. Además de editar *El Libertador*, también se imprimía allí *El Machete* y otras publicaciones políticas de la época.

importancia a las noticias provenientes de prácticamente todo el mundo, un lugar de particular importancia era el otorgado a la difusión de las problemáticas más bien de tipo teórico, ya sea sobre la cuestión de las razas y de los indígenas en América (cuestión tratada por Bertram Wolfe en los primeros números) como así también sobre la naturaleza del imperialismo y los diferentes modos en que éste se expresa (desarrollado en una serie de artículos por Friedrich Bach). En este sentido, y como un medio de difusión a la vez que de formación política, la publicación de la Liga fue un medio que permitió un primer paso en la articulación del movimiento comunista con las fuerzas progresistas de la región, más aun, teniendo en cuenta que hacia 1928 su tirada llegó a los cinco mil ejemplares, según testimonio directo de Willi Münzenberg (citado en Melgar Bao, 2006).

La sucesiva participación de Úrsulo Galván, Enrique Flores Magón, Diego Rivera, y Germán List Arzubide como directores, con la asistencia administrativa de Xavier Guerrero, Ella Wolfe, Salvador de la Plaza¹⁶ y Gustavo Machado, todos ellos relevantes figuras en el campo del comunismo internacional, nos habla a las claras del notorio perfil que desde un principio pretendió imprimirse a esta publicación. Otro tanto puede decirse sobre sus colaboradores, ya sea sobre los permanentes como así también sobre los ocasionales: dentro del primer grupo, Bertram Wolfe (quien solía firmar bajo el seudónimo de “Audifaz”), Julio A. Mella, Salvador de la Plaza, Jacobo Hurwitz, Gustavo Machado y Friedrich Bach eran sin lugar a dudas quienes más apostaban por la regularidad y la vigencia de la publicación, también junto con aportes periodísticos de Rafael Carrillo, “Espartaco”, Diego Rivera y Hernán Laborde, entre muchos otros; dentro del segundo grupo, las contribuciones, algunas de ellas originales, de José Vasconcelos y V. R. Haya de la Torre (por lo menos, hasta sus respectivas rupturas con los comunistas mexicanos)¹⁷, Samuel Guy Inman, Scott Nearing, Carleton Beals, Tristán Maroff y Froylan Turcios contribuían a realzar el prestigio internacional de la revista. Justamente, la colaboración de estos intelectuales no comunistas contribuía a situar a *El Libertador* como una bisagra entre el movimiento de origen marxista y que aquellas figuras conocidas no precisamente por su pertenencia al Partido, aunque sí simpatizante de la Unión Soviética: una vez más, se cumplía el mandato de que la organización y su medio periodístico escondieran su adscripción ideológica para poder sumar nombres que, de otro modo, no les hubiera interesado participar o, en todo caso, lo hubieran hecho bajo ciertos reparos.

Las ilustraciones, mayormente realizadas por Xavier Guerrero, aunque también con aportaciones del propio Rivera, trataban de sintetizar la idea de los principales artículos por medio de una simbología innovadora pero a la vez tradicional dentro del espíritu comunista de la época, de firmes resonancias dentro de la escuela muralista mexicana. Sus dibujos servían como inocultable refuerzo al fuerte tono de denuncia impreso a la

¹⁶ Quien incluso se haría cargo de la publicación de la revista en su número 9-10 correspondiente a los meses de septiembre y octubre de 1926,

¹⁷ Decía el reconocido intelectual mexicano, en el N° 2 de mayo de 1925 de esta publicación: “*El Libertador* viene a representar en México los claros ideales de la Liga Antiimperialista Panamericana (...). Los imperialistas de los Estados Unidos, los imperialismos de todas las patrias, desprestigian y corrompen el ideal de la patria. Los verdaderos patriotas, norteamericanos continuadores de la obra de Washington, de Webster y de Emerson, están precisamente en la época actual en las filas cada día más numerosas de los antiimperialistas, para ellos la América Latina no es un campo de conquista sino un mundo de reserva para que la humanidad intente su postrer y más fecundo ensayo. Esta clase de norteamericanos no nos es extraña, nos es indispensable para acabar de integrar el alma universal de nuestra América” (3).

publicación, en el que no faltaban ni las sátiras ni las caricaturas como forma de representar y, al mismo tiempo, de debilitar el poder neocolonial. Sus alusiones, generalmente con formas monstruosas y antropomórficas, en las que las formas del pulpo y de la araña eran características y recurrentes, servían para contrastar con un tipo particular de belleza, en este caso, la del trabajador, obrero o campesino, la mayor parte de ellos de rasgos aindiados, como elementos característicos de América Latina. Sus imágenes constituyeron en sí mismas todo un aparato simbólico destinado a la comprensión por parte de las masas de la situación política imperante en la región, apoyándose por demás en una batería de recursos propios del movimiento comunista internacional que, a su vez, revelaba tensiones entre su cosmopolitismo de origen y su evidente interés por llevar a cabo una verdadera inserción local¹⁸.

El primer artículo publicado fue toda una declaración de principios, un reflejo del espíritu que debía animar a la organización desde sus primeros tiempos. Bajo el título “El peligro; las posibilidades; el propósito” (en el que se denotaba cierta influencia proveniente de los encabezados triádicos escogidos por otro famoso antiimperialista de la época, el argentino José Ingenieros, para iniciar sus notas) se planteaba cuál era la situación de América Latina frente a los imperialismos existentes, principalmente, el de origen norteamericano, remarcándose al mismo tiempo la inutilidad de enfrentarlo accediendo a la ayuda de otros países colonialistas, como Gran Bretaña o Japón. De otra parte, y desde un punto de vista latinoamericano pero más aún cosmopolita, era posible encontrar aliados, claramente, “en los otros pueblos oprimidos por el imperialismo yanqui, en Rusia y China, rebeldes contra el imperialismo, en el Oriente que prepara su revuelta contra el imperialismo extranjero, en los pueblos de Europa que preparan sus revoluciones contra el Plan Dawes y la dictadura de la Casa Morgan, en nuestras propias fuerzas, que una vez unificadas en un solo movimiento antiimperialista continental, puedan salvarnos y llegar tal vez a salvar a Europa, Asia y África también”. Sin embargo, se puntualizaba que el aliado casi por naturaleza de los pueblos latinoamericanos no era otro que la clase trabajadora estadounidense, ya que “el imperialismo es un monstruo de dos cabezas (pues) la cabeza que devasta con las llamas de sus fauces los países de la América Latina se llama ‘Imperialismo’, (mientras que) la cabeza que devora las vidas y chupa la sangre de las clases proletarias y de los pequeños labriegos de los Estados Unidos, se llama ‘Capitalismo’”. En suma, un mismo problema, un mismo monstruo. Frente a esta realidad, desde *El Libertador* se asumía que si bien no se trataba de la primera publicación en su tipo, pues varios intelectuales latinoamericanos habían fundado sus propias revistas, la diferencia radicaba en que éste “no era el órgano de ningún individuo ni de ningún intelectual, ni de todos los intelectuales juntos”, más allá de que en determinado momento pudiera buscar su colaboración. En todo caso, se trataba del “órgano de un movimiento”, del fruto de todo un trabajo previo de “organización”. Como extensión de la Liga Antiimperialista Panamericana, *El Libertador* “trata de organizar todas las fuerzas antiimperialistas de la América Latina, de unificarlas en una unidad continental, de aliarlas con los aliados naturales que existen en Europa, en Asia, en África y DENTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS MISMOS (sic); de despertar a las masas somnolientas de obreros y campesinos, de indígenas, mestizos y blancos que gimen bajo el yugo del imperialismo (...); de unir la fuerza de dichas masas al pensamiento, ya existente, de los intelectuales; y de dirigir el pensamiento de los intelectuales sobre las fuerzas clasistas de los obreros

¹⁸ Para explorar más detenidamente tanto la historia como la dimensión iconográfica de *El Libertador* recomendamos leer el artículo de Ricardo Melgar Bao *El universo simbólico de una revista cominternista: Diego Rivera y El Libertador* (2004).

y campesinos; de buscar conexiones en todos los países de América Latina y en todas las organizaciones, ya sean sindicales o ligas agrarias, sociedades estudiantiles o de intelectuales, de buscar y encontrar conexiones con las fuerzas antiimperialistas de los Estados Unidos, sobre todo, entre sus obreros y labriegos pobres; de armar alianzas en cualquier parte del mundo en que se puedan encontrar y de cristalizar, fortificar y unificar todos estos movimientos y tendencias diversas, en una sola fuerza capaz de resistir, de repeler y de vencer al más poderoso y más terrible imperialismo que el mundo ha conocido”. *El Libertador* debía así cumplir con una doble función: no sólo informar sobre el intervencionismo externo sobre los países latinoamericanos si no, más importante aún, servir de nexo entre clases, sectores, grupos e individuos diferentes entre sí aunque al fin y al cabo aliados en una misma vocación de lucha contra el colonialismo en todas sus formas. Para finalizar, una reafirmación binaria sobre el núcleo mismo y los fundamentos políticos de la Liga y su órgano: “El imperialismo yanqui: he ahí el peligro. Agitación, educación y ORGANIZACIÓN contra el imperialismo yanqui: he ahí el propósito”.

Como se podrá apreciar en todo lo que sigue, *El Libertador* cumplió un papel fundamental como órgano de la Liga Antiimperialista, acompañando a ésta en toda su historia, tanto en su nacimiento y consolidación, como así también en la crisis que marcaría su fin, a fines de los años '20, en un contexto político altamente problemático generado tanto por el viraje del comunismo (que se encargaría de poner en cuestión el primer espíritu aperturista concebido tanto desde la organización como desde su propio medio), como así también por la violencia represiva instaurada desde el Estado, que lograría a su vez asfixiar al partido y a sus entidades periféricas, provocando el cierre de sus publicaciones con excepción de *El Machete*, gravemente dañado pero superviviente al fin desde el plano de la clandestinidad.

Las recomendaciones del Workers Party: un nuevo frente de conflictos

Entre el 7 y el 13 de abril de 1925 tuvo lugar el III Congreso del PCM, el que sobre todo se destacó por brindar “impulso al carácter organizativo del partido a su actividad entre las masas” (Martínez Verdugo, 1985: 79). Para ese entonces, y según el informe rendido por el estadounidense Manuel Gómez, presente en el congreso como delegado fraternal del Workers Party, el comunismo mexicano contaba con 191 miembros agrupados en 9 locales, más 25 ó 30 militantes provenientes de la FJC, la que en ese momento se hallaba en proceso de reorganización¹⁹. En este sentido, la reducida cantidad de militantes con la que se contaba en ese momento y, junto con ella, las evidentes dificultades para el crecimiento y la organización del Partido habían tenido su origen en la ruptura con los anarquistas y los anarcosindicalistas de la CGT, lo que contribuyó a aislarlo de importantes capas obreras (como se pudo observar en 1923 con la fracasada huelga inquilinaria), así como también en la rebelión delahuertista ocurrida entre el invierno de 1923 y 1924, que había debilitado seriamente a las bases campesinas de Veracruz luego de su participación armada en defensa del gobierno central. Así, “para mediados de 1924 el ejecutivo nacional del PCM declaró que los lazos entre las secciones locales y el cuerpo central del partido eran inexistentes y que muchas secciones habían sido destruidas por los rebeldes” (Carr, 1996: 50). Con el

¹⁹ Para 1920 se habían contabilizado menos de cien afiliados, con lo que en casi cinco años el número de miembros del Partido apenas se había elevado al doble. No en vano, en 1925 el dirigente norteamericano Bertram Wolfe había llegado a expresar que el PCM “se había hecho pedazos” (Carr, 1996: 50).

tesoro del Partido ascendiendo a tan sólo \$2,50.-, el único signo alentador en este panorama era el reciente lanzamiento de *El Machete*, que para fines de 1924 tenía una tirada de seis mil números. De igual modo, y pese al reducido número de afiliados, no podía negarse el creciente poder de convocatoria que estaba suscitando el PCM en las clases bajas. De acuerdo con esto último, los comunistas dirigían núcleos importantes de obreros y campesinos ya sea como líderes sindicales (en la *Transcontinental Oil Corp.*, en la *Mexican Eagle* y entre los ferrocarrileros) y como representantes de ligas agrarias, habiendo sido las más importantes las de Michoacán y Veracruz (con cerca de 20 mil o 25 mil miembros esta última).

Por otra parte, el Congreso sirvió también para hacer una evaluación acerca de la actuación del Partido en el poder legislativo, en el que finalmente se había hecho presente pero por medio una táctica de frente único, ya que ninguno de los representantes que colaboraban con el PCM formaban parte originalmente de él. De todos estos parlamentarios coincidentes con el comunismo hubo dos que por esta época contribuirían denodadamente en los esfuerzos por crear y consolidar la Liga Antiimperialista: el ya mencionado líder campesino Úrsulo Galván, que estaba ocupando un escaño en la legislatura de Veracruz luego de haber formado una lista independiente, y Luis G. Monzón, de origen obregonista y elegido como senador por el Estado de San Luis Potosí²⁰.

Un punto de importancia tratado en el Congreso partidario fue justamente, el relacionado con el crecimiento de la Liga Antiimperialista²¹. En este sentido, resultaba claro que Manuel Gómez, como secretario de su sección estadounidense, tenía un obvio interés en la expansión y buen funcionamiento de esta organización en la región latinoamericana, siempre que ésta pudiera ser controlada desde los Estados Unidos. De allí su impulso a la consolidación de la sección mexicana. En el informe remitido a sus camaradas en los Estados Unidos, Gómez dio cuenta de las conversaciones mantenidas con las dos figuras centrales del PCM, Wolfe y Carrillo, junto con otros pocos más, acerca de la "Pan American Anti Imperialist League": aun cuando todavía existían algunas diferencias "menores" entre ellos, pronto todos acordaron con el punto de vista sostenido por el Workers Party, representado en México por su emisario. Vale la pena detenerse por unos momentos en este informe porque, como el realizado por Jack Johnstone casi medio año antes, evidenciaba las coincidencias, aunque también las fricciones, entre los dos partidos comunistas y, fundamentalmente, la mirada que sobre el mexicano tenía uno de los principales dirigentes del estadounidense.

Según el parecer de Manuel Gómez, en esta nueva visita al Distrito Federal él pudo apreciar una clara evolución del pensamiento anticolonial de los comunistas mexicanos, pues si hasta hace un año éste estaba teñido de un fuerte nacionalismo, ahora sus camaradas también eran capaces de percibir los efectos de Wall Street sobre la

²⁰ Como constitucionalista en Querétaro en 1917, Monzón, maestro rural de origen, formó parte del grupo revolucionario democrático de los representantes. Siendo ya senador independiente, en noviembre de 1923 ingresó al Partido Comunista. Para 1925, y hasta 1929, fue miembro del Comité Ejecutivo del PCM. Otros políticos que colaboraron con el movimiento comunista en su primera época de vida fueron Francisco J. Moreno, Roberto Calvo Ramírez (diputado local por Oaxaca y luego destacado por su labor en el ejército) y Gregorio Turrubiates (regidor del ayuntamiento de Tampico). Ver Martínez Verdugo (1985: 80).

²¹ Ver "Report on C P of Mexico and its Third Annual Congress. 7-13 de abril de 1925", en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (en Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 12. 495-108-48.

economía, la sociedad y la política latinoamericana, en una afirmación que sin duda distorsionaba la importancia del contenido antiimperialista presente en las fuerzas de la izquierda mexicana por lo menos desde los tiempos de la Revolución Mexicana²². De acuerdo con esto, y durante su intervención en el Congreso, Gómez se encargó de señalar, no sin cierta exageración, que para esa época el imperialismo de origen norteamericano había desplazado al inglés en todo lo relacionado con el petróleo y con las distintas ramas de la industria de la región. Para hacer frente a este avance, el delegado de los Estados Unidos remarcó la importancia y la necesidad de la unidad entre los trabajadores de su país junto con los mexicanos y, en general, con todos los latinoamericanos. De ahí el papel relevante que en esta estrategia podía llegar a jugar Liga Panamericana como una organización de frente único bajo el liderazgo comunista, por lo que Gómez se encargó de enfatizar la importancia de situar a la IC como líder de las clases explotadas y de los pueblos oprimidos en todas las naciones: el trabajo de los antiimperialistas debía contribuir constantemente a mentalizar a las masas con respecto a esta situación.

En todo caso, y siempre según el informe de Gómez, la Liga Panamericana tenía una gran tarea por delante, ya que podía convertirse en un gran movimiento como no existía en ninguna otra parte y, aunque todavía no convenía sobreenfatizar su probable accionar, no se podía dejar de reconocer que si en algunos países, como en el caso de Santo Domingo, la Liga Panamericana contribuía a la formación del partido comunista local, en otros, donde estos ya existían, ayudaban a convertirlos en organizaciones masivas. Asimismo, y pese a las fallas organizativas y a la carencia de recursos, la PAAIL había entrado en contacto con prácticamente todos los países americanos, siendo varias de sus declaraciones reproducidas por las centrales sindicales y por las publicaciones estudiantiles de toda la región: de hecho, su primer triunfo había tenido lugar el pasado 1° de marzo de 1925, cuando en la convención del estratégico gremio de los trabajadores de la marina mercante, realizada en Nueva Orleans, se aceptaron todas las propuestas que oportunamente había elevado²³. Por otro lado, y como ya se ha señalado, un papel no menor en el desarrollo y expansión de la Liga era el cumplido por su órgano, *El Libertador*, que no sólo posibilitaba el ingreso a la organización de numerosos militantes, sino también la puesta en contacto con importantes intelectuales latinoamericanos, como eran los casos del mexicano José Vasconcelos, del argentino José Ingenieros y del venezolano Carlos León, con quienes la Internacional Comunista había mostrado su interés en tender puentes.

²² En un tono similar al manifestado con respecto a la actitud antiimperialista del PCM, Gómez se atribuyó el pedido para que los mexicanos consideraran al presidente Calles como un aliado de la banca extranjera evidenciada en su aceptación del tratado Lamont-De La Huerta. Algunos puntos del programa comunista señalaron la importancia de enfrentarse al pago planteado por dicho tratado, y a las indemnizaciones causadas por la revolución. Finalmente, la convención se declaró por la interpretación retroactiva del artículo 27 de la Constitución Nacional, que preveía la nacionalización del suelo y del subsuelo.

²³ En dicho Congreso hubo delegados de Argentina, Cuba, Ecuador, Perú y México, además de la IWW de los Estados Unidos, y se acordó comenzar a trabajar en una huelga internacional de trabajadores del transporte. Como resultado indirecto, se constituyó un comité de organización en el puerto de Nueva York para los marineros de habla española encargado, entre otras cosas, de editar periódicos especiales para los transportistas de origen latinoamericano. “La Liga Antiimperialista Panamericana saluda a la organización continental marítima como hermana en la lucha contra el capitalismo y el imperialismo yanquis”. “Un gran paso hacia adelante. El Congreso Marítimo de Nueva Orleans marca una época”, en *El Libertador* N° 2 (mayo de 1925: 4).

Con la opinión unánime de que la existencia de la Liga Panamericana estaba más que justificada, tal como había sido demostrado en sus pocos meses de vida, el III Congreso del PCM adoptó una declaración de apoyo total. Los delegados allí presentes expresaron su satisfacción por el trabajo de los camaradas norteamericanos, por los menos, desde seis meses antes, a punto tal que, según Gómez, la importancia de la labor antiimperialista no sólo fue finalmente comprendida por los líderes partidarios sino también por los delegados allí presentes, constituyéndose ésta en “la nota dominante durante el Congreso”. Una vez que el emisario norteamericano obtuvo este fuerte respaldo, presentó a continuación las siguientes propuestas de cooperación entre el Partido Comunista Mexicano y el Workers Party:

- 1) “Que el PCM proceda de una vez a la organización de la sección mexicana de la Liga Panamericana, con el armado de un comité encargado de llevar adelante el trabajo de organización en las bases del frente único.
- 2) Que el Congreso del PCM declare su apoyo al Congreso Antiimperialista Panamericano que debería hacerse en México o en Argentina, alrededor del 1° de Noviembre de 1925, comprometiendo su acción para el cumplimiento de esta iniciativa.
- 3) Que un Congreso Latinoamericano de Campesinos sea realizado en el mismo lugar, poco antes o poco después del Congreso Antiimperialista (resultando importante para esta acción la movilización que pudiera desarrollar la Federación de Comunidades Agrarias de Veracruz).
- 4) Que la semana del 4 de julio sea declarada ‘Semana Antiimperialista’ en toda América. Durante esta semana, los comunistas y organizaciones simpatizantes deberán realizar propaganda antiimperialista, periódicos con suplementos, concentraciones y demostraciones de fuerza.
- 5) Que el Tercer Congreso Anual del PCM adopte una resolución de protesta contra la interferencia del Presidente Coolidge en la controversia Tacna-Arica y contra los gobiernos de Chile y Perú por aceptar esta intromisión. Asimismo, debe hacerse un llamado a la solidaridad entre los pueblos chileno y peruano.
- 6) Llamar a la lucha contra la así llamada Confederación Obrera Panamericana (COPA) para que su próximo congreso lo haga en algún país latinoamericano, y no en Washington, como en principio está programado”.

Como se verá a continuación, todo este conjunto de propuestas presentado por Manuel Gómez no dejaría de generar varias discusiones, mantenidas tanto dentro del ámbito del Congreso como, directamente, con los representantes del secretariado mexicano de la Liga Panamericana.

En primer lugar, y seguramente debido a las crecientes dificultades organizativas evidenciadas por el PCM durante estos años, todavía para abril de 1925 no se había terminado de constituir la filial local de la PAAIL, pese al apoyo monetario de los camaradas del WP, pero seguramente a causa de la orientación estratégica que estos pretendían otorgarle y que no dejaba de generar nuevos roces y fricciones entre ambos partidos. En efecto, la rivalidad o, al menos, la intención de uno por liberarse de la tutela del otro, quedó expuesta cuando los delegados mexicanos insistieron en que la sede central de la Liga Panamericana debía operar en el Distrito Federal, propuesta que, según el informe de Gómez, “fue rechazada por el prestigio del WP frente a la falta de experiencia del PCM”, y al hecho de la que la organización debía estructurarse “en la cuna del imperialismo estadounidense”. Además, la pretendida autonomización de los

comunistas mexicanos difícilmente podía ser lograda si, como el mismo Gómez se ocupaba de resaltar en su informe, el Workers Party contribuía con 150 pesos mensuales para el buen funcionamiento del secretariado mexicano de la Liga, aportando de allí 100 pesos al salario de Bertram Wolfe y los restantes 50 a la publicación y distribución de *El Libertador*. Más allá de la importancia que se le pudiera conceder a México como “centro técnico” de la Liga, lo cierto es que el “centro directivo” se encontraba en los Estados Unidos y, en definitiva, ninguna decisión importante se tomaba sin consultar antes al WP: en este caso, y según Gómez, Wolfe y el Secretariado Mexicano de la Liga únicamente debían encargarse de concretar las instrucciones de trabajo imperialista nombrado por el Comité Central norteamericano. Existiendo todas estas limitaciones, no sorprende que la Liga mexicana haya debido iniciar sus actividades cumpliendo con los cometidos para los que había sido ideada así como también tratando de desembarazarse de la tutela ideológica y económica impuesta por el Workers Party.

Por otra parte, resultaba importante también el interés por realizar el congreso antiimperialista continental en poco más de seis meses, un sueño largamente ambicionado por varias de las organizaciones anticolonialistas americanas. Con respecto a este punto, probablemente haya sido en esta ocasión la primera vez que se planteó con toda claridad la necesidad de concretar este encuentro internacional: sin embargo, y más allá del obvio entusiasmo generado, lo cierto es que al menos en un principio todos los delegados mexicanos pensaron que la fecha escogida para el 1° de noviembre era demasiado pronta, opinión que finalmente pudo ser modificada debido a la insistencia de Gómez y a la aceptación de su postergación sólo en caso de que no existieran los fondos requeridos para su realización. En donde sí se planteó la posibilidad de una modificación sobre la propuesta original fue en cuanto al lugar de realización del evento: la insistencia de que en vez de Buenos Aires fuera llevado a cabo en México obligó a la formación de un comité integrado, entre otros, por De Negri y Pestkovsky, para plantear esta alternativa ante el propio presidente Calles.

Gómez también se encargó de presentar una agenda provisoria para el proyectado congreso que los dirigentes mexicanos no dudaron en aprobar sugiriendo además una lista de puntos adicionales que fueron aceptados aunque, claro, “con la decisión final del WP”. La agenda propuesta fue la siguiente: 1) Informe del Comité Provisional. 2) Informes de “delegados fraternales” (de la Internacional Comunista, de las Filipinas, etc.). 3) Dominación imperialista en América Latina (informe general). 4) “Problema Indígena”²⁴. 5) Unidad en la lucha antiimperialista con el movimiento obrero internacional. 6) Tareas de la Liga Antiimperialista Panamericana (programa general y estatutos). 7) El combate contra Wall Street: problemas especiales y programas: a) Puerto Rico, Islas Vírgenes, etc.; b) Cuba; c) México; d) Haití y Santo Domingo; e)

²⁴ En castellano en el texto original. Como se sabe, y sobre todo entre las décadas del '20 y del '30, la cuestión indígena se convirtió en uno de los principales ejes de discusión entre las corrientes de la izquierda latinoamericana, particularmente, entre los comunistas y el APRA. La Liga Antiimperialista no permaneció ajena a este debate y uno de sus principales teóricos y artífices, Bertram Wolfe, se ocupó de señalar la importancia de forjar alianzas con los pueblos originarios. Así, el intelectual y dirigente norteamericano señalaba en su artículo “El Indio como base de la lucha antiimperialista” que “la América Latina nunca se libtará del yugo del imperialismo yanqui mientras no aliste al indígena en la lucha. La redención del indígena de su estado de sujeción que lo coloca en el último peldaño de la jerarquía social es la condición previa de una resistencia con éxito a la marcha del dominio norteamericano. Mientras las masas de indios de México, de la América Central y del norte de Sud América no tengan verdaderos intereses propios que defender, no defenderán ‘sus’ países (que no son suyos)”. Ver *El Libertador* N° 4 (julio de 1925: 5).

América Central; f) Chile y Perú; g) Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador, etc.; h) Venezuela; i) Brasil; j) Argentina; 8) Organización. 9) Relación con otros elementos antiimperialistas. 10) Finanzas. 11) Prensa. 12) Elección de miembros oficiales y permanentes del comité ejecutivo.

Junto con este punteo de temas a ser trabajados, también se discutió acerca de qué organizaciones podrían llegar a participar en dicho encuentro. Finalmente se acordó que podría hacerlo “cualquier organización que luche contra el imperialismo o manifieste al Congreso su intención de incluir tal lucha como parte importante de sus actividades”, asignándosele en este caso un delegado propietario y un suplente, con la facultad de dos oradores y un voto, y con la posibilidad de aumentar su cantidad de representantes siempre y cuando agrupara a más de quinientos miembros. Asimismo, se resolvió que también pudieran participar “los órganos periodísticos que lleven a cabo o que estén dispuestos a llevar a cabo una campaña antiimperialista”, en este caso, con derecho a un delegado fraternal, únicamente con voz, y aquellos individuos que se hayan distinguido por sus actividades antiimperialistas, aunque únicamente podrían hacerlo en carácter de colaboradores y teniendo únicamente voz. Un apartado final se dedicaba a analizar qué tipo de organizaciones eran las que podían tomar parte del encuentro, resolviéndose formular una invitación a “sindicatos, ligas campesinas e indígenas; partidos políticos obreros y campesinos que luchen contra el capitalismo y el imperialismo; agrupaciones estudiantiles, culturales e intelectuales que hayan participado o manifestado su deseo de participar en nuestra lucha; juntas revolucionarias antiimperialistas como las de Santo Domingo y la de Venezuela, v.g.; y en general, todas las organizaciones que a juicio del comité organizador del congreso, deban ser admitidas”²⁵. De este modo, una vez más se reafirmaba la voluntad frentista que caracterizó a la Liga Antiimperialista durante sus primeros años de vida.

Una vez que la agenda y el reglamento para la convocatoria fueron aprobados, los dirigentes de la Liga se dieron a la tarea de asignarse los distintos trabajos a ser realizados para la concreción del congreso continental. Gómez mismo se comprometió a terminar de delinear todos estos puntos y de presentarlos al correspondiente subcomité del WP para su aprobación y su posterior financiamiento, así como también a convencer a los distintos subcomités de la Liga Panamericana sobre la importancia de la participación en este evento, “trabajando como base pero sin saber bien a dónde iba”. Por su parte, Wolfe fue propuesto para llevar adelante la iniciativa en términos prácticos, mientras que un delegado del PC de Centroamérica fue autorizado de inmediato para crear un Secretariado Centroamericano “real” de la Liga Panamericana en Guatemala, organizado tanto en torno a afiliaciones individuales como de organizaciones, para que pudiera proveer de un medio de expresión al PC de ese país, condenado a la ilegalidad bajo la dictadura pronorteamericana de José María Orellana.

La estrategia del frente único, predominante por aquellos años dentro de las filas del comunismo internacional, podía ser encontrada en la intención por sumar a la causa antiimperialista a otro tipo de organizaciones con las que el PCM tenía una importante llegada, como era el caso de la Liga Agraria de Veracruz. Por este motivo, se decidió la realización de un congreso campesino en Buenos Aires inmediatamente después de realizado el Congreso de la Liga Panamericana. A partir de la propuesta elevada por Úrsulo Galván se aceptó que la invitación también se hiciera extensiva a los delegados

²⁵ “Un Congreso Antiimperialista Continental”, en *El Libertador* N° 2 (mayo de 1925: 4).

de los Estados Unidos y de Canadá. Asimismo, los allí presentes coincidieron en que el llamado a este congreso fuera realizado por el Buró Mexicano de la Internacional Campesina, de la que Galván era jefe, y acompañada en su firma por la Liga de Comunidades Agrarias de Veracruz. Galván fue instruido para hacer la convocatoria y mandarle a Gómez una copia de lo resuelto, proponiéndose además la conformación de un comité organizador, en clara relación con el Congreso y el Secretariado mexicano de la Liga. Este comité finalmente quedó compuesto por Pestkovsky, Galván y Gómez: mientras que el primero se encargaría de enviar un delegado en una gira propagandística por América Central, y el segundo asumiría el financiamiento del viaje de los representantes campesinos y la redacción de una propuesta para su congreso, por su parte, el último mantendría el contacto con el Workers Party, el cual proveería la mayor parte de los fondos sin los cuales los dos encuentros serían pospuestos indefinidamente.

A su vez, un fuerte deseo por continentalizar la lucha contra el poderío financiero de Wall Street puede ser encontrado en la puesta en marcha de un abanico de protestas a ser cumplidas tanto en los Estados Unidos como en América Latina: en este sentido, la elección de una fecha tan simbólica como la del 4 de julio debía adquirir un nuevo significado para los obreros y campesinos del país del norte así como también para todas las fuerzas progresistas y de izquierda ubicadas al sur del Río Bravo, constituyéndose así en un nuevo tipo de “1° de Mayo”. Dada la importancia que entonces asumiría esta fecha, finalmente se decidió que la semana que concluía en el 4 de julio era la más oportuna para la realización de una “semana antiimperialista”: para dicha ocasión, se acordó que las manifestaciones más importantes fueran realizadas ese día, que *El Machete* se encargara de publicar ediciones especiales y que Bertram Wolfe se preocupara porque los comunistas y las organizaciones simpatizantes en toda América sean informadas y preparadas para la realización de este evento. Pero de nuevo existieron algunas diferencias de opinión en torno a la firma del llamado, en cuanto a que si éste debía incluir al Workers Party y al Partido Comunista Mexicano, además de la Liga Panamericana, o si únicamente a esta última. Finalmente, el acuerdo alcanzado por todos fue que el llamado debía realizarse en nombre de la Liga, sin que en él apareciera mención alguna al PCM aunque, como siempre ocurría en estos casos, la decisión última fue dejada al WP.

Por otro lado, y también según la estrategia de frente único y de los sucesivos intentos por copar “por abajo” a las organizaciones y centrales obreras no comunistas, llama la atención el interés por lograr que el siguiente congreso de la COPA fuese llevado a cabo en algún país latinoamericano. Probablemente, este pedido fue elevado con el doble propósito de demostrar a un mismo tiempo el alejamiento de la dirigencia sindical de los verdaderos problemas de las masas obreras y campesinas de la región y su evidente sintonía con aquellos gobiernos vinculados a los designios de Washington, facilitando, de ese modo, su gradual acaparamiento por parte de las fuerzas comunistas. En este sentido, y frente al hecho de que el grito inicial contra la realización de la convención de la AFL en Washington haya sido realizado por la Federación Sindicalista de Guatemala, se resolvió dar más fuerza a la protesta designándose a una organización sindical mexicana para que la encabezara a nivel latinoamericano. Y para que no hubiera ni dudas ni confusiones con respecto a la denominación de la organización, dada la existencia de la rival “Panamerican Federation of Labor”, se propuso y aceptó el cambio de nombre por el de “Liga Antiimperialista de las Américas”, el que siguió portando hasta su disolución a mediados de la década del '30.

Finalmente, y en su papel de representante de los comunistas de los Estados Unidos, Gómez se permitió dar una amplia serie de recomendaciones a sus pares de México y, particularmente, a la dirección local de la Liga, por medio de la cual apuntó también a la mayor integración y coordinación entre los movimientos contestatarios de ambos países y de todo el continente. Entre estas propuestas se hallaban aquellas dirigidas a “que nuestros ‘brazos’ de hispano hablantes (en los Estados Unidos) distribuyan *El Libertador* como si fuera un órgano partidario”; “que se incremente el subsidio al Secretariado Mexicano de la Liga Panamericana a 200 pesos por mes, y que éste se pagara regularmente” (ya que los comunistas mexicanos todavía no podían publicar una edición de 2 mil copias de *El Libertador*); “que se financien parte de los Congresos de la Liga Panamericana y de los campesinos”; “que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista envíe una circular especial con instrucciones a todos los Partidos Comunistas de América informando acerca de los propósitos de la Liga Panamericana insistiendo para que la apoyen”; y “que de acuerdo con la opinión expresada por varios camaradas sobre las posibles malas interpretaciones del nombre de la Liga Antiimperialista Panamericana, la denominación cambie a ‘Liga Antiimperialista de las Américas’ (Anti Imperialist League of the Américas)”.

Más allá de las tensiones, discusiones y suspicacias generadas por las propuestas de Manuel Gómez, éstas fueron aceptadas por el comité de relaciones internacionales del Tercer Congreso del PCM (presidido por el mismo Gómez), y por la dirección mexicana de la Liga Panamericana. Y aun cuando todos se pudieran poner de acuerdo en torno a los principios y los principales ejes de acción de la flamante organización antiimperialista, permanecía todavía como una cuestión irresuelta el conflicto, muchas veces soterrado aunque cada vez más evidente, entre los comunistas mexicanos y los estadounidenses para ver cuál de los dos partidos era el que finalmente le terminaba imprimiendo su definitiva dirección ideológica y política. Sin embargo, y pese a que esta disputa era cada vez más notoria, a punto tal que al propio Manuel Gómez lo afectaría políticamente pocos años más tarde, el representante norteamericano concluía su informe con la convicción de la importancia del Workers Party ante los comunistas mexicanos, pues “yo no me había dado cuenta del interés hacia nuestro Partido hasta que discutí cuestiones como las anteriormente mencionadas, durante y después de la convención. Ellos miran a nuestro Partido como una guía en varias cuestiones”. Si esto realmente era así, no pasaría mucho tiempo antes de que la situación cambiara radicalmente, producto del crecimiento del PCM y de las interminables luchas fratricidas hacia el interior del WP²⁶. En todo caso, y como se verá más adelante, el agravamiento de este conflicto en los meses siguientes llevaría directamente a la mediación de la Internacional Comunista.

²⁶ El propio PC norteamericano se encargó de ratificar la actuación de Gómez en México en su congreso realizado a fines de mayo. Con el secretario de la Liga estadounidense presente se trataron cuestiones como las consecuencias políticas y económicas del plan Dawes; la independencia de Hawai, Filipinas, Islas Vírgenes y Puerto Rico; el retiro de tropas en América Latina y la alianza con los elementos antiimperialistas de la región. A su vez, el Workers Party se ocupó de la vinculación con la población latinoamericana existente en los Estados Unidos creando secciones en español en Chicago, Nueva Cork y California, y extendiendo su organización entre los mexicanos, por ejemplo, a través del Club Benito Juárez y de la Sociedad Hispanoamericana. Ver “Notas norteamericanas”, en *El Libertador* N° 2 (mayo de 1925: 7).

Del conflicto a la mediación: la consolidación de la LADLA

Al cabo de un tiempo, el clima de relativa tolerancia con el que el PCM había desenvuelto sus actividades durante los últimos años sufriría un profundo revés cuyas consecuencias no tardarían en impactar en organizaciones que, como la Liga Antiimperialista, se encontraban indisolublemente vinculadas a su estructura y programa. La actitud conciliadora de los primeros tiempos del gobierno de Calles y su postura en general nacionalista, interpretada desde la embajada estadounidense y el Departamento de Estado como pro obrera, cuando no directamente filo comunista, motivó en mayo de 1925, la reacción de Washington, temeroso ante la creencia de una revolución social al sur de sus fronteras. Para empeorar las cosas, la cada vez más desembozada política agitativa promovida por el embajador Pestkovsky (quien, como ya hemos visto, fue un activo participante en la vida política del PCM), sumado a las desafortunadas declaraciones efectuadas en el mes de marzo por el Comisario para los Asuntos Extranjeros de la URSS, Georgi Chicherin, acerca de las ventajas que significaba para Moscú y para la supervivencia de la revolución bolchevique el establecimiento de relaciones políticas formales con México, no hizo sino alimentar las tensiones entre este país y los Estados Unidos²⁷. Pronto la amonestación se hizo sentir, cuando el Secretario de Estado, Frank Kellogg, llamó al gobierno mexicano a dar marcha atrás en la aplicación de distintas medidas de corte progresistas y, particularmente, de las reformas constitucionales que atentaban contra las propiedades de los norteamericanos²⁸.

La respuesta de Calles fue ambigua, pues si por un lado se encargó de liderar las protestas populares ante la intervención norteamericana en los asuntos soberanos de México, por el otro, tampoco dudó en aplicar una línea conciliadora con el Departamento de Estado norteamericano, descargando a partir de junio toda una batería de medidas represivas contras las fuerzas comunistas. La confrontación contra el PCM y organizaciones como la Liga Antiimperialista, más allá del apoyo que había brindado a Calles, resultó abierta²⁹. Por su parte, la CROM, desde siempre aliada al gobierno, aprovechó el conflicto para exigir la expulsión de México de todos los dirigentes comunistas de origen extranjero³⁰. Así, el 29 de junio de 1925, la Liga Antiimperialista resentiría particularmente la expulsión de su principal dirigente, Bertram Wolfe, calificado por el gobierno de “extranjero pernicioso”, quien de ese modo debió retornar a los Estados Unidos junto con su esposa Ella, aunque sin por ello abandonar sus contactos con los comunistas mexicanos³¹.

²⁷ Según refería Chicherin, “México nos proporciona (a los soviéticos) una base conveniente para la expansión de nuestros lazos en América”.

²⁸ Junto a la intervención de los Estados Unidos a través de su portavoz Frank Kellogg, no faltaron tampoco los intentos golpistas, propiciados desde Washington tanto en 1925 como en 1926.

²⁹ Así, la nueva política anticomunista aplicada por el gobierno mexicano mereció el elogio por parte del embajador Sheffield cuando públicamente afirmó que “la repudiación (sic) del bolchevismo por parte del Presidente Calles causó muy buena impresión en los Estados Unidos”. Ver “Calles, Tchitcherin, Petkovsky y Tío Sam”, en *El Libertador* N° 3 (junio de 1925: 3-4).

³⁰ Pocos meses después, y desde *El Machete*, se criticaría al secretario general de la CROM, Treviño. En efecto, en el artículo “Sirviendo a la AFL” se intentaría retrucar su versión de que las Ligas Antiimperialistas eran “enemigas” debido a que “forman parte integrante de los Partidos Comunistas, lo que es inexacto”. Ver N° 45 (8/4/1926: 4).

³¹ Además de pertenecer a la dirección de la Liga, Ella Wolfe había cumplido funciones como organizadora del Socorro Rojo Internacional. Ya en los Estados Unidos, mantuvo correspondencia con algunas personalidades de la vanguardia artística mexicana como por ejemplo con Frida Kahlo, pareja del pintor Diego Rivera. Por otra parte, la expulsión de Bertram Wolfe era algo que venía reclamando con

Sin embargo, y aun en medio de todas estas dificultades, la Liga no dejaría pasar la ocasión para realizar un mitin de protesta en contra de las declaraciones de Kellogg y hacer pública una declaración de fuerte contenido antiimperialista a la vez que latinoamericanista, en donde se señala el creciente aislamiento de México en medio de los Estados Unidos, aparentemente insaciables en su vocación expansionista, y de América Central y El Caribe, cuyos gobiernos eran cada vez más serviles a sus intereses³². La sanción, a fines de 1925, de una serie de leyes restrictivas en cuanto a la posesión de terrenos y a la explotación petrolífera por parte de los extranjeros terminaría por agravar la fuerte tensión existente entre México y los Estados Unidos, atizando de ese modo la guerra de propaganda existente, al punto de colocar a ambos países ante las puertas de un inminente conflicto bélico: pese a su anterior política represiva, nuevamente Calles encontraría en el PCM y, específicamente, en la Liga Antiimperialista, a un conveniente aliado, más allá de los vaivenes de su relación con Moscú, afianzándose con ello la percepción que desde el Departamento de Estado y la élite empresarial norteamericana se tenía sobre el presidente mexicano como un decidido defensor de la Unión Soviética³³.

insistencia la CROM, ya que el dirigente norteamericano había alcanzado una notable influencia dentro del poderoso sindicato de los trabajadores ferrocarrileros, independiente aunque cada vez más cercano al comunismo. En el artículo “La deportación de Bertram Wolfe”, *El Libertador* expresaría que “el gobierno laborista de Calles no vaciló un momento en arrojar de México a un hombre que traducía sus palabras antiimperialistas en hechos, cosa que hasta ahora no ha hecho el Gobierno ‘socialista’” (Nº 4, julio de 1925: 2). Durante esta misma época, otro importante cuadro comunista y antiimperialista, el pintor David Alfaro Siqueiros, fue cesado en su cargo de maestro por la Secretaría de Educación Pública, por lo que decidió trasladarse a Guadalajara, donde desarrolló una intensa labor de agitación y organización entre los mineros y la Federación Obrera de Jalisco. Asimismo, y en el mes de septiembre se produjo el asesinato de uno de los más importantes dirigentes comunistas, Francisco J. Moreno, obrero ferrocarrilero y diputado en la Legislatura de Veracruz. Cabe aclarar, sin embargo, que la expulsión de Wolfe no contribuyó a aliviar la rigidez del embajador Sheffield hacia México (ver Spencer, 1998: 109).

³² “Con toda la política de ceder y conceder, el apetito insaciable del imperialismo yanqui no se da por satisfecho (...). Latinoamericanos: México no puede conceder más sin hacerse colonia de los Estados Unidos. Con tanta concesión está peligrosamente cerca de la condición de una colonia. México es la frontera; la avanzada de la América Latina tiene que defenderse en sus fronteras si quiere salvarse. Si no se hace resistencia en el Río Bravo, de un solo paso gigantesco los Estados Unidos entrarán en la América del Sur, porque la América Central y las Antillas ya les pertenecen”. Ver “Manifiesto de la Liga Antiimperialista de las Américas” en *El Libertador* Nº 4 (julio de 1925: 9-10).

³³ El discurso antiimperialista de Calles resultaba claro cuando afirmaba que las amenazas norteamericanas no tan sólo afectaban a México, sino también a toda la humanidad, por lo que la resistencia debía implicar a todos los pueblos de América Latina. Por otra parte, resulta interesante ver la acción desplegada por el propio Workers Party en defensa del presidente mexicano. El 8 de marzo de 1926 Enrique Flores Magón, dirigente del PCM y de la Liga, recibía la siguiente misiva: “Nuestro partido le mandó un telegrama de apoyo a Calles. El Partido Mexicano debería tomar el liderazgo contra el imperialismo. Monzón debería declarar en el Senado el Frente Único con Calles en defensa de la Revolución Mexicana. Compañeros en sindicatos afiliados a la CROM deberían insistir con estas medidas”. El mismo día, el PC estadounidense escribía a sus pares de Cuba, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil sobre la posibilidad, cada vez más certera, del “peligro de ruptura diplomática y (de) una eventual guerra contra México por nuevas tierras y contra las leyes del petróleo que limitan las inversiones extranjeras. Las demandas de los estadounidenses constituyen un asalto a la soberanía de México y una amenaza a toda América. Urge introducir resoluciones en las legislaturas declarando la solidaridad con Calles como primera medida”. El 10 de agosto, el propio secretario del Workers Party, Charles Ruthenberg, envió también un telegrama de apoyo al presidente Calles. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo Nº 17/515-1-635. Por último, en abril de 1926, en el Nº 8 de *El Libertador* se publicaba una declaración de la sección de los Estados Unidos de la LADLA titulada “¡Quitad vuestras garras de México!” y dirigida especialmente a los obreros de ese país. Allí se señalaba: “Obreros de los Estados Unidos, la garra de Wall Street, la garra que os oprime a vosotros mismos es la que está detrás de las

Gracias al renovado apoyo brindado por el gobierno de Calles, para los primeros meses de 1926 la LADLA se encontraba en pleno funcionamiento en una importante porción de países del continente. Su Secretariado, ahora multinacional y con sede en México, estaba constituido por un representante de cada sección. Así, formaban parte de la dirección de la Liga por México, Enrique Flores Magón; por Cuba, Julio Antonio Mella, por Puerto Rico, Jaime Nevares Ságer; por Colombia, Juan de Dios Romero; por Ecuador, Juan F. Karolys; por Venezuela, Gustavo Machado; por Brasil, Eduardo Mattos; y por los Estados Unidos, Manuel Gómez. Como se puede apreciar a partir de este listado había algunas naciones que, como la Argentina, permanecían ausentes mientras que, por el contrario, el peso de las decisiones más importantes correspondía a los países de mayor gravitación para toda la región y donde más impulso había recibido la organización desde su nacimiento: México y los Estados Unidos. Sin embargo, y tal como ya habíamos visto, el predominio no estuvo exento de rivalidades y recelos mutuos, como lo reveló el conflicto vivido entre el PCM y el Workers Party por la ubicación de la dirección de la Liga Antiimperialista. La situación no era fácil para ninguno de los dos partidos, influenciados por igual por los movimientos políticos que estaban teniendo lugar luego de la muerte de Lenin y que preanunciaban el ascenso de Stalin al poder.

Con respecto al PCM, un fuerte enfrentamiento en torno a la cuestión campesina había provocado una virtual división entre Manuel Díaz Ramírez, quien pese a haber sido destituido de su cargo de secretario general por su posturas cercanas al anarquismo aún seguía manteniendo una gran influencia entre los agraristas del Estado de Veracruz (la base territorial más fuerte de los comunistas mexicanos, con cerca de treinta mil miembros), en alianza con otros dos dirigentes de la región, Úrsulo Galván y Manuel Almanza, y bajo el cobijo brindado por el gobernador Heriberto Jara; y, por otra parte, la línea oficial de los comunistas mexicanos representada en este caso por Rafael Carrillo, la principal figura política del Partido. Así, y aun cuando Díaz Ramírez fue destituido de su cargo en el Comité Central en septiembre de 1925, su condición de presidente del Congreso de las Ligas Campesinas veracruzanas le permitió disputar la línea del Partido con el oficialismo de Carrillo. Por otra parte, el intento por provocar el alejamiento de Díaz Ramírez del Comité Central y, en suma, el conflicto de poderes que se estaba desarrollando cada vez con mayor virulencia en el seno del partido más importante de América Latina había incluso motivado divisiones dentro de los referentes de la Comintern en México, ya que mientras que Alfred Stirner (representante en su Secretariado Internacional) apoyaba a Díaz Ramírez, el embajador Pestkovsky se manifestó totalmente en contra de su permanencia en la cúpula de la organización. El dirigente de los agraristas fue finalmente expulsado del PCM durante su IV° Congreso, en mayo de 1926, si bien y debido a sus importantes contactos y a su experiencia en el exterior, tuvieron necesidad de confiar en su representación durante el VI° Congreso de la Internacional Comunista, en 1928, y como miembro de la dirección de esta organización entre 1929 y 1930. La crisis de poder vivida durante esta época en el PCM no sólo alteró el funcionamiento de una organización que todavía no terminaba de consolidar su propia dirección, sino que además contribuyó a empañar su imagen

maniobras que pretenden terminar en una ruptura con México (...). Si los trabajadores americanos son enviados en una guerra a matar a sus hermanos los trabajadores mexicanos como hace unos años fueron enviados a matar a sus camaradas europeos, es porque tales son los deseos de Wall Street (...). La diplomacia secreta del Secretario de Estado Kellogg es tan criminal contra México como contra el pueblo de los Estados Unidos” (3-4).

externa y, por lo mismo, a complicar algunas de sus relaciones con otros partidos del continente, como el estadounidense³⁴.

Por otra parte, la situación política dentro del Workers Party, aunque todavía conflictiva, tendía en cambio a su progresiva definición ayudada en gran medida por la influencia de la Comintern. En este sentido, el IV° Congreso partidario, desarrollado a mediados de 1925, “constituyó una línea divisoria tanto desde lo organizacional como desde lo político” (Draper, 1986: 153). De acuerdo a la orientación “bolchevizante” que desde la Comintern se trataba de imprimir a las organizaciones comunistas, la conclusión de dicho Congreso, al mismo tiempo que consolidó los vínculos con Moscú, no dejó de señalar quiénes era los ganadores y los perdedores de tal realineamiento, no tanto a causa de la cantidad de militantes poseída por cada grupo sino más bien a partir de las relaciones estratégicas establecidas con determinados hombres en Moscú. Así, el terreno quedó constituido por el sector encabezado por Charles Ruthenberg y por Jay Lovestone en el primer caso, siempre más cercano a la línea frentista impulsada por la Comintern, y por aquel otro representado por William Z. Foster y por Alexander Bittelman, con su fortaleza cifrada en el sindicalismo y, particularmente, en el poderoso gremio de los educadores (la TUEL). Por último, e inicialmente aliado a las posturas de Foster aunque cada vez más cercano a Lovestone, se encontraba un tercer grupo, encabezado por James Cannon (todavía lejos de convertirse en el primer referente del trotskismo estadounidense) y por William Dunne. Pese a la mayoría representada por Foster, que le permitió la ubicación de sus propios dirigentes en la comisiones más importantes del Congreso, la alianza establecida junto con Cannon, y dos importantes cuadros cominternistas como Joseph Pogany (alias John Pepper) y Sergei Gusev (enviado expresamente por Moscú para maniobrar durante dicho encuentro), le posibilitaron a Ruthenberg el triunfo y el control partidario³⁵. Asimismo, y en compensación, el grupo vencedor no tardó en convertirse en un decisivo apoyo para la Comintern. Por otra parte, esto también significó la consolidación en el poder de quien hasta entonces había sido el principal responsable de la Liga Antiimperialista

³⁴ Por ejemplo, la mirada de un dirigente como Manuel Gómez sobre el PCM no era para nada buena a punto que llegaba a proponer la disolución del Partido para reconvertirlo en un simple “grupo de propaganda”. Una opinión similar era sustentada directamente por el Secretario General del Workers Party, Charles Ruthenberg, cuando afirmaba que “nosotros no tenemos en México lo que puede ser llamado un Partido: tenemos una organización perdida, de unos pocos cientos de comunistas que podrían convertirse en el núcleo de un Partido. Me parece que nosotros podríamos contribuir a solidificar lo que tenemos en un serio trabajo de organización”. Retomando lo que al parecer era una opinión de Pestkovsky, para Gómez, el único comunista “verdadero” en México era Rafael Carrillo quien, sin embargo, “está muy mal con (Manuel) Díaz Ramírez, muy disgustado con (Úrsulo) Galván y muy suspicaz para con (Enrique) Flores Magón”. Asimismo, y siempre según Gómez, debido a la variabilidad de opiniones de Carrillo y a sus posturas por momentos confusas, el secretario del PCM tampoco podía tener el control ideológico que supo ofrecer Bertram Wolfe durante el tiempo en que residió en México. Finalmente, Gómez tampoco dejaba de señalar la poca cantidad de afiliados durante toda esta época (no más de doscientos miembros), la falta de identidad comunista entre los campesinos pertenecientes a las Ligas agrarias, el personalismo de la mayoría de sus dirigentes y la avidez por ocupar curules en el Congreso y en las legislaturas estatales y municipales. Se trataba, en suma, de “un grupo reducido (...), sin verdadera organización, débil desde la formación teórica, ideológicamente confundido, sin una actitud consistente hacia la serie de eventos políticos en México y con distintas tendencias oportunistas”. Cartas de Manuel Gómez, del 24 de abril y del 4 de mayo, y de Charles Ruthenberg, del 17 de mayo de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 17/515-1-717.

³⁵ “La experiencia de 1925 mostró que la vía para ganar una mayoría en el Partido consistía en ganar la confianza de la Comintern” (Draper, 1986: 150).

estadounidense, Manuel Gómez, quien a su vez había dejado su antigua militancia en el sector de Cannon para acercarse ahora a Ruthenberg y, particularmente, a Lovestone.

En vista del conflictivo y confuso escenario en el que se desenvolvía el PCM, y sostenido en su fortalecimiento personal y en el de la facción a la que respondía en el Workers Party, Manuel Gómez comenzó nuevamente a presionar a los comunistas mexicanos con la intención de trasladar la dirección de la LADLA a los Estados Unidos: en este sentido, el financiamiento de la organización proveniente del PC norteamericano se convirtió en un importante justificativo para sus pretensiones. Con la presencia del propio Gómez, la discusión finalmente estalló en México en la noche del 10 de mayo de 1926, durante la sesión preparatoria para el IV° Congreso partidario. Luego de criticar la falta de acción antiimperialista del PCM durante el reciente conflicto entre Calles y Coolidge, el representante estadounidense expuso una vez más su parecer con respecto a las pocas posibilidades de éxito de la LADLA en tanto que ésta continuara siendo dirigida por los mexicanos que, según él, ni siquiera podían hacerse cargo de su propio Partido. Como una forma parcial de solución, propuso que la coordinación de la Liga continuara radicando en el Distrito Federal, con el Secretario General perteneciente al PCM, pero que fueran camaradas norteamericanos los que tomaran el control de la organización: así, y mientras que el “centro abierto funcionaría en México, la actual dirección se centralizaría en los Estados Unidos”³⁶. De esta manera, se lograría un desdoblamiento beneficioso no sólo para los planes del propio secretario de la Liga estadounidense sino, directamente, para el Workers Party, según se desprende del apoyo brindado por Ruthenberg a esta iniciativa³⁷.

Los delegados mexicanos no tardaron en reaccionar. Si bien admitían la experiencia, la capacidad de organización y los importantes recursos financieros del Workers Party, subsistía en ellos, en cambio, un completo descreimiento acerca de su verdadera vocación antiimperialista: el hecho de que pese al inicial compromiso asumido tuvo que ser el propio PCM el que debió financiar los cinco primeros números de *El Libertador* era para ellos una prueba concreta del desinterés en la cuestión por parte de sus camaradas estadounidenses. Por otra parte, esto no resultaba un obstáculo para que se pidiera una nueva partida presupuestaria al Workers Party, debido al agotamiento de recursos en que había quedado sumido el partido luego de la edición del órgano de la LADLA, y bajo la convicción de que los aportes provenientes de los Estados Unidos eran una justa compensación a la política de expoliación imperialista que se ensañaba particularmente con las clases trabajadoras mexicanas.

Con respecto a la ubicación geográfica de la sede de la Liga, el PCM recibiría un apoyo fundamental por parte de la Comintern, muy probablemente, a través de la figura de

³⁶ Carta de Manuel Gómez del 4 de mayo de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 17/515-1-717.

³⁷ Ver carta de Charles Ruthenberg del 17 de mayo de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 17/515-1-717. Por otra parte, los contactos de Gómez con Louis Gibarti, uno de los hombres de confianza de Willi Münzenberg y futuro Secretario de la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional, nos da la idea de que el conflicto por la sede de la LADLA no quedó únicamente circunscripto a las relaciones entre México y los Estados Unidos sino que se buscó otro tipo de apoyos en ámbitos internacionales. Ver carta de Gómez a Gibarti, sin fecha. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 17/515-1-717.

Alfred Stirner con la ratificación del camarada “Green”, o Serguei Gusev, quien de este modo mostraba los límites de su apoyo a la dirección del Workers Party que meses antes él mismo había ayudado a consolidar en el poder. En un informe titulado *The question of the location of the headquarters of the Liga Antiimperialista*, Stirner trató de fundamentar por qué la dirección de una organización de estas características debía residir en un país como México y no en los Estados Unidos, teniendo en cuenta que dicho emplazamiento, “aunque aparentemente se trata de una cuestión técnica u organizativa, tiene un significado plenamente político”. Entre las varias razones expuestas que obstaculizaban la radicación de la dirección continental de la LADLA en los Estados Unidos se encontraban la ausencia de una verdadera filial en dicho país; el trabajo antiimperialista desarrollado sobre todo entre trabajadores latinoamericanos y chinos, pero no entre obreros norteamericanos; y teniendo en cuenta que “la actividad en los Estados Unidos se reduce al envío de platónicas adhesiones, (que) se promueven ilusiones desde el movimiento obrero estadounidense, (y que) muchos latinoamericanos sospechan del socialchovinismo del movimiento obrero norteamericano rechazando así vincularse a la Liga”. Por último, el acento tan marcado en la identidad comunista y proletaria, elemento juzgado como correcto para el crecimiento del movimiento en los Estados Unidos, era algo que, como ya habían demostrado otros dirigentes como Mella, podía resultar contraproducente para la propia LADLA³⁸.

Según dicho informe, y teniendo en cuenta que gran parte de las filiales existentes hasta ese momento se habían formado por iniciativa del secretariado de México, interpretado así como una verdadera dirección regional, la sola intención de crear un poder dual únicamente podía contribuir a la confusión interna de la entidad. En este sentido, “el Workers Party no puede tener en México una fracción para controlar a la Liga: el control sería mecánica por naturaleza si artificialmente se lleva la sede de México a Chicago”. Por otra parte, y al ser este país el centro de la lucha anticolonial en todo el continente, resultaba entonces natural que fuera allí donde residiera la dirección de la LADLA: era de este modo, pues, que “la real unidad de las fuerzas antiimperialistas de los países de América Latina se debía hacer desde abajo y no desde un país no español”. Según dicho informe, el centro de la actividad anticolonial debía estar ubicado en México, como había ocurrido hasta ese momento, mientras que en los Estados Unidos debía trabajar para desarrollar la conciencia antiimperialista en el movimiento obrero, esforzándose por convencer de su propia sinceridad tanto a latinoamericanos, como a alemanes, chinos, etc. Por este motivo es que la Liga estadounidense debía ayudar a la LADLA sin por ello buscar controlarla. En todo caso, la dirección de la entidad debía estar, en forma conjunta, en manos del PCM y del Workers Party, y siempre con la decisión final por parte del Secretariado en México, decisión que sin embargo “fue repetidamente violada por la sección estadounidense de la Liga Antiimperialista de las Américas”. Ya en el terreno de las conclusiones, y a fin de evitar que este conflicto volviera a producirse, desde la Comintern se recomendaba la pronta constitución de un “buró continental”, suprema autoridad conformada por todas las secciones de aquellos países en donde existieran Partidos Comunistas: era ésta la simiente de lo que más tarde se conocería como “Comité Continental de Organización”, aclarándose nuevamente que hasta su constitución definitiva, la decisión final para América Latina debía fundarse en el Secretariado en México, necesariamente compuesto en forma representativa por

³⁸ “The question of the location of the headquarters of the Liga Antiimperialista”. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 17/515-1-917.

dirigentes de la región y por hombres de la Unión Soviética (como era el caso de “André”, es decir, el embajador Stanislav Pestkovsky).

Todas estas propuestas, como así también aquellas otras tendientes a asegurar que los comunistas mexicanos se comprometieran más activamente con la generación y el sostén de los partidos comunistas cubano y centroamericanos, no hizo sino provocar el rechazo por parte del Workers Party y particularmente de Manuel Gómez, quien llegaría a afirmar que “en vista de la presente condición del PCM (que Stirner admite) está última proposición parece un chiste”³⁹. También causó un vivo rechazo la solicitud de que los camaradas estadounidenses no se entrometieran en los asuntos de los partidos latinoamericanos: Charles Ruthenberg llegó a expresar su absoluto desinterés en este tema, aunque también se ocupó de recordar los dos últimos párrafos de la citada resolución sobre América Latina del V° Congreso de la Comintern, en la que a los Estados Unidos se les hacía responsables por el desarrollo de los movimientos de la región, inclusive destinando hombres para esta tarea⁴⁰.

La puja por la locación de la dirección continental de la LADLA no fue una cuestión menor dentro de la historia de la organización: como el propio Stirner había mencionado, su ubicación no era un simple elemento técnico sino que revelaba todo un sentido político que de ninguna manera podía ser descuidado. La discusión, sin embargo, posibilitó la ampliación del núcleo dirigente, que de contar hasta ese momento con representantes norteamericanos y mexicanos, pronto también tuvo delegados de otras naciones, en la conformación de lo que comenzó a ser conocido como el Comité Continental de Organización. Asimismo, todo este tironeo entre vecinos contribuyó también a otorgarle una perspectiva mucho más internacional de lo que la LADLA había tenido hasta entonces: el apoyo brindado por la Comintern a través de Stirner, uno de los cuadros políticos de más importante actuación en América Latina durante toda esta época, fue fundamental para que dicho frente antiimperialista pudiera conservar un margen de autonomía que le hubiera sido muy difícil mantener si pasaba a convertirse en un apéndice del Workers Party ya en suelo mexicano. Por último, este conflicto que, sin embargo, nunca llegó a provocar la ruptura de relaciones entre los Partidos de México y de Estados Unidos sí, en cambio, reveló las fuertes tensiones que podían producirse entre ellos: si bien debieron continuar actuando de manera coordinada (y en esto, la Comintern tuvo un alto grado de responsabilidad), no dejaron de existir recelos y desconfianzas, alimentadas por algunos hechos concretos. Como se verá más adelante, la posterior campaña de apoyo a Sandino, y los conflictos producidos a lo largo de ella revelaron, quizás como nunca antes, las dificultades permanentemente atravesadas por estos partidos para lograr una efectiva labor en conjunto.

Tiempos de recuperación

El IV° Congreso del PCM, llevado a cabo en mayo de 1926, se ocupó de precisar las consecuencias del imperialismo estadounidense sobre la economía y la sociedad

³⁹ Carta de Manuel Gómez a Charles Ruthenberg, 4 de mayo de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 17/515-1-717.

⁴⁰ Carta de Charles Ruthenberg a Manuel Gómez, 17 de mayo de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 17/515-1-717.

mexicanas, puntualizando además la importancia de adoptar el término de “semicolonia”, prontamente impuesto desde la Comintern, como el concepto que mejor definía la situación en la que se encontraban países como los latinoamericanos. Sin embargo, la realización de este IV° encuentro no pudo resultar ajena a los conflictos internos cada vez más acuciantes, entre la dirección partidaria encabezada por Rafael Carrillo y la delegación de Jalapa, Veracruz, sustentada por amplios sectores campesinos y conducida por Manuel Díaz Ramírez, Manuel Almanza y Úrsulo Galván. Los dirigentes agraristas se ocuparon de dejar en claro su total respaldo a Díaz Ramírez, quien tiempo antes había sido alejado de la conducción del Partido, remarcando al mismo tiempo el fuerte influjo sectario que se había adueñado de los comunistas en su trabajo con las masas, en la CROM, y también en la orientación fuertemente izquierdista impuesta a *El Machete*. El Congreso asumió que su política de frente único no había dado los resultados esperados, por lo que reafirmó su acercamiento a las masas por medio de una orientación sindical mucho más amplia que posibilitara un trabajo más intenso dentro de las filas cromistas, así como también un mayor énfasis en su inserción dentro del movimiento campesino a través de la creación de una única entidad, la Liga Nacional Campesina (LNC). Dicha organización agrarista fue finalmente fundada entre el 15 y el 20 de noviembre de 1926 con la presencia de tres delegados de la LADLA, el cubano Julio A. Mella, y los venezolanos Salvador de la Plaza y Gustavo Machado, llegados pocos meses antes desde La Habana y quienes aportarían al PCM una importante experiencia militante y teórica⁴¹.

Con la presencia de más de 310 mil campesinos provenientes de 16 estados de la república, se eligió a su primer Comité Nacional Ejecutivo, integrado en este caso por Úrsulo Galván quien, pese a ya no pertenecer a la dirección de la LAI mexicana, de todas maneras procuró robustecer el ideario antiimperialista de la novel organización⁴². Por medio de la creación de la LNC, finalmente los comunistas mexicanos intentaron consolidar su presencia dentro del movimiento campesino mexicano, cuyos fuertes ecos revolucionarios podían todavía llegar a constituir una importante arma de presión contra el gobierno de Calles. Del mismo modo, la fuerza gravitante ejercida por los agraristas y, particularmente, por aquellos provenientes del estado de Veracruz, resultaba útil para la expansión territorial del PCM, limitado todavía a los núcleos obreros de las grandes ciudades y para robustecer al Partido luego del fracaso de la protesta inquilinaria ocurrida unos años antes. La ideología antiimperialista reafirmaba, sin embargo, su predisposición a la lucha conjunta con los campesinos estadounidenses, a quienes se consideraba que sufrían de igual modo el poder financiero de Wall Street, así como también con los restantes campesinos y obreros latinoamericanos. Por otra parte, el espíritu frentista de la LNC era también reafirmado a través de la participación de algunas personalidades que sin ser comunistas, dieron su apoyo a esta entidad campesina, como fueron los casos de Antonio Díaz Soto y Gama, uno de los dirigentes

⁴¹ Hubo al menos un par de antecedentes que servirían para la posterior creación de la LNC: en noviembre de 1924, cuando el II° Congreso de la Liga de Comunidades Agrarias de Veracruz llamó a la creación de entidades campesinas similares en cada estado del país, y en julio de 1925, cuando la Primera Conferencia Nacional Campesina que tuvo lugar en la Ciudad de México posibilitó la firma de un pacto de solidaridad entre las organizaciones asistencias.

⁴² Los restantes integrantes del Comité Ejecutivo de la LNC fueron Manuel P. Montes como secretario, J. Guadalupe Rodríguez como tesorero y Ángel G. Castellanos, Ismael Velasco y Cosme R. Sedano como suplentes. Asimismo, se eligió a Aurelio Manrique, ex gobernador del estado de San Luis Potosí, como representante para el congreso antiimperialista a celebrarse al siguiente año en Bruselas, una posibilidad que de todos modos fue pronto descartada ante la carencia de fondos de la entidad (*El Machete* N° 56: 1-15/7/1926: 2).

más representativos de la época revolucionaria y en aquel momento líder del Partido Nacional Agrarista, de Marte R. Gómez, intelectual y político vinculado al gobierno de Calles por medio de su participación en distintas entidades campesinas, y del gobernador de Veracruz, Coronel Adalberto Tejera.

Además de la organización del campesinado, los comunistas mexicanos dedicaron también grandes esfuerzos a la constitución de un único frente sindical, objetivo que luego de su ruptura con los anarquistas intentó ser cumplido por medio de un trabajo en las bases de las dos centrales de trabajadores, en la CGT y en la oficialista CROM, junto con una persistente labor en los sindicatos independientes de la época. En este sentido, fueron tres los principales focos de influencia del PCM hacia mediados de los años '20: entre los trabajadores ferrocarrileros quienes, comandados por Hernán Laborde, dirigente también de los comunistas y de los militantes antiimperialistas de la Liga, desarrollaron una extensa huelga entre fines de 1926 y principios de 1927 derrotada por el gobierno y por los esquirols enviados por la CROM; entre los mineros de Jalisco, conducidos principalmente por David Alfaro Siqueiros y por José F. Díaz, quienes también llevaron a cabo un importante movimiento agitado entre los trabajadores, que dio lugar a la represión gubernamental en mayo de 1926 y a la muerte del segundo de ellos; y, por último, en la región petrolera de Tampico, en donde habían conseguido algunos éxitos en la organización de sindicatos de empresa en las compañías extranjeras⁴³.

Aun con todos estos frentes abiertos, y luego del mitin antiimperialista del 11 de abril en el que se había comenzado a dar ciertas muestras vitalidad⁴⁴, hacia dentro de la Liga las evaluaciones eran más bien críticas⁴⁵. En un informe político presentado por Salvador de la Plaza, responsable de la sección mexicana, a fines de mayo de 1926 se señalaba la “actuación raquítica” de la organización con relación a la huelga minera de Jalisco y, aunque se reafirmaban las posibilidades reales de crecimiento en las comunidades agrarias de dicho estado y en las de Veracruz, no se dejaba de criticar la falta de contacto con los locales allí existentes, por lo que se le encomendó a Siqueiros y a otros compañeros el rápido restablecimiento de las relaciones políticas. Distinto era el caso de la actuación internacional, reforzada, sobre todo, por la campaña de liberación de Mella ocurrida en diciembre del año anterior. La conformación de secciones en Argentina (aunque en ningún momento se mencionaba su carácter opositor a la conducción comunista de dicho país), Brasil, Perú, Bolivia, Puerto Rico y Colombia (si bien en este último caso hubo que reorganizarla debido a la acción de un delator), y las expectativas favorables de creación en Uruguay, Chile, Ecuador y varios países centroamericanos y caribeños, ciertamente, referían a las claras las grandes

⁴³ El PCM también era importante en los gremios de los trabajadores textiles de Puebla y Orizaba (lo que le valió el asesinato de algunos de sus dirigentes) y en el sindicato de los panaderos.

⁴⁴ Considerado como el primer acto antiimperialista de toda una serie, en aquella ocasión hubo una concentración en el Hemiciclo de Juárez, en pleno Distrito Federal, en el que tomaron parte asociaciones estudiantiles, obreras, campesinas e intelectuales. Allí se reclamó por la libertad de los detenidos en Panamá luego de la huelga de inquilinos, se acusó a los gobiernos de Estados Unidos e Inglaterra del enfrentamiento entre Chile y Perú por Tacna y Arica, y se protestó contra el gobierno de Cuba por su entreguismo a los Estados Unidos. Luego del acto, los manifestantes se dirigieron al consulado norteamericano y a la embajada de Perú, donde varios oradores protestaron contra la dictadura del gobierno de Leguía. Ver *El Libertador* N° 8 (abril de 1926: 6).

⁴⁵ En este sentido, no deja de ser llamativo que, durante todo este período, *El Machete*, en su número 45, promocionara una única actividad de la LADLA: un “Gran Mitin Antiimperialista” para el domingo 11 de abril con oradores de México, Perú y Cuba, “que expondrán al pueblo los atropellos del imperialismo en el continente” (8/4/1926).

potencialidades expansivas de la LADLA sobre suelo latinoamericano⁴⁶. Con un carácter ciertamente orientativo y luego de solicitar a las organizaciones sindicales, campesinas, estudiantiles, intelectuales, etc., el ingreso a la Liga como “asociaciones”, no resultaba casual que *El Libertador* publicase lo que se debía empezar a considerar como consigna política para todo el año de 1926: “A la unión nacional de las fuerzas antiimperialistas por medio de una acción enérgica, rápida y eficaz, como paso previo a la unificación de ‘todas’ las masas antiimperialistas del continente: varios millones de luchadores, frente a una decena de capitalistas yanquis”⁴⁷.

En todo caso, una de las formas ideadas para recuperar la capacidad de iniciativa de la sección mexicana y para activar definitivamente a sus militantes, fue su participación en las distintas acciones tendientes a la liberación de los obreros anarquistas Sacco y Vanzetti, una campaña desplegada por la Comintern con gran éxito en amplias regiones del mundo y que en el caso de México no dejó de generar enfrentamientos con las fuerzas del orden. En efecto, durante el multitudinario mitin del 20 de junio tuvo lugar la detención policial de un grupo de dirigentes entre los que se encontraba Julio A. Mella: las renovadas protestas por su liberación y la de sus compañeros no sólo reprodujeron, a menor escala, aquellas desarrolladas en Cuba hacia fines de 1925 sino que posibilitaron, al mismo tiempo, una mayor difusión acerca de su propia figura en México y de las organizaciones en las que se encontraba comprometido en su actuación, principalmente, la Liga Antiimperialista y la Liga Pro Luchadores Perseguidos. Luego de varios días de alteración, en los que se desarrollaron movilizaciones en ciudades como México, Tampico, Ciudad Victoria, Guadalajara, Veracruz, etc. y protestas públicas en contra del Presidente y del Secretario de Gobernación, entre otros importantes funcionarios, finalmente el 24 de junio Mella y sus compañeros fueron liberados de la cárcel⁴⁸. Su detención fue una muestra más de que tampoco en México la labor política del dirigente cubano pasaría desapercibida ante el ojo siempre vigilante de las autoridades: sin embargo, para una organización todavía inmadura como la Liga Antiimperialista, su accionar al frente de ella fue, sin lugar a dudas, toda ganancia. Por otra parte, este crecimiento pudo ser apreciado desde el siguiente año, cuando la LADLA se convirtió en una de las máximas impulsoras del Frente Único pro Sacco y Vanzetti, como se podrá apreciar en el siguiente capítulo.

El nuevo dinamismo impreso a dicho frente anticolonial pudo percibirse también cuando a partir del 27 de noviembre fue puesto en circulación un *Manifiesto al Pueblo Mexicano* que llevaba las firmas de la sección local encabezada por su secretario, el experimentado (y por las razones ya expuestas, no menos controversial) dirigente José Allen, junto a otras figuras jóvenes, varios de ellos profesores y estudiantes, como las de José Romano Muñoz (filósofo y jefe de la escuela preparatoria de la Universidad), Jesús Amaya, Carlos Zapata Vela y Díaz Figueroa, cuya aparición en dicho documento seguramente tuvo como finalidad mostrar a la sociedad la amplitud y variedad de nombres y su inserción en el ámbito universitario, más allá de la participación en la Liga de las personalidades más reconocidas (Mella, Rivera, Siqueiros, etc.). Asimismo, y por

⁴⁶ “Balance de actividades de la gestión de Salvador de la Plaza como Secretario Provisional del Comité” *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/542-1-18.

⁴⁷ Ver “Necesidades de un solo frente” (por Espartaco), en *El Libertador* N° 8 (abril de 1926: 4).

⁴⁸ Los compañeros de detención de Julio A. Mella fueron Carlos Becerra, Rosalío Negrete (Blackwell), Susana González y Olivia Zaldívar, su esposa. En total, estuvieron encarcelados cinco días, en muy malas condiciones, y algunos diarios y periódicos como *Excelsior* y *El Sol* aprovecharon el hecho como para iniciar una fuerte campaña de propaganda anticomunista. Ver *El Machete* N° 48 (8/7/1926: 3).

esta misma época es que puede afirmarse que *El Libertador* empezó a ser considerada como una publicación auténticamente internacional y de una sólida vocación pluralista: sus crecientes contactos con distintos medios extranjeros (principalmente de Buenos Aires, La Habana, Chicago y de algunas ciudades centroamericanas), no todos ellos vinculados al espacio político del comunismo (con intercambios con revistas anarquistas o cercanas al socialismo), así lo demostraba⁴⁹. No obstante, y pese a estos evidentes signos auspiciosos, lo cierto es que la revista estaría sin salir durante seis meses por falta de recaudación: fue necesario entonces apelar a una más profunda política de ventas y donaciones.

Finalmente, el año de 1926 culminaría con una actividad de fuerte impacto que, al mismo tiempo, marcaría una línea política y estratégica profundizada hasta convertirse en protagónica dentro del espíritu de la Liga: el 8 de diciembre, y en conjunto con otras entidades como la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras, la Liga Nacional Campesina, la Unión de Carpinteros y Similares, la Sociedad de Alumnos de la Preparatoria, la Liga de Comunidades Agrarias del Estado, etc., la participación de dirigentes cubanos, venezolanos y peruanos y de la sección mexicana del Kuo Min Tang y de la Acción Iberoamericana, el CCO intervino en el “Gran Mitin contra el Imperialismo Capitalista”, organizado en solidaridad con la lucha del pueblo nicaragüense. Durante el acto, y por parte de la Liga, tomaron la palabra José Allen, el Profesor Romano Muñoz y, por parte del CCO, Julio A. Mella, convirtiéndose ésta en una de las primeras manifestaciones de apoyo a la lucha centroamericana que tendría luego su derivación y al mismo tiempo su consolidación en la creación del Comité “Manos Fuera de Nicaragua” (MAFUENIC), estrechamente vinculado a la figura del Gral. Augusto Sandino⁵⁰. Finalmente, y como resultado del proceso de consolidación de la LADLA, tuvo lugar la organización de secciones y subsecciones en los países del área centroamericana y caribeña, por ejemplo, en Puerto Rico, Santo Domingo, Panamá y Costa Rica, y dentro del propio territorio de México, donde se comenzaron a destacar los grupos de exiliados venezolanos, cubanos y peruanos (si bien, en este último caso, con la participación también de la célula aprista local).

⁴⁹ Algunas de las publicaciones en contacto con el órgano de la LADLA eran *El Boletín del Torcedor* (La Habana), *Justicia* (Montevideo), *La Internacional* (Buenos Aires), *Crítica* (Buenos Aires), *Man Set Yat Po* (órgano del Kuo Min Tang de Cuba), *La Chispa* (Buenos Aires), *Imprekor* (Viena), *La Protesta* (Buenos Aires), *Claridad* (Bogotá), *Renovación* (Buenos Aires), *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), *Revista de Oriente* (Buenos Aires) y *The Workers Monthly* (Chicago).

⁵⁰ El mitin pro Nicaragua no se desarrolló sin incidentes: si bien en un inicio debía llevarse a cabo en la sede del Sindicato de Redactores, afiliado a la CROM, la presunta presencia de gran cantidad de comunistas, motivó su traslado, poco antes del inicio del evento, a los salones de la Alianza Ferrocarrilera. Ver *El Machete* N° 57 (segunda quincena de diciembre de 1926: 3).

ARGENTINA

Orígenes y primeros años de la Liga Antiimperialista “chispista”

Prácticamente desde la muerte de José Ingenieros, la Unión Latinoamericana se constituyó en un espacio de rivalidades internas tanto entre facciones propias (como aquella encabezada por su secretario Orzábal Quintana en contra de su presidente, Alfredo Palacios) como entre las líneas “izquierdista” del PC y aquella otra controlada por el grupo de Rodolfo Ghioldi, José Penelón, Vittorio Codovilla y Pedro Romo. Hacia mediados de 1925, quienes más tarde confluirían en el PCO habían resuelto extender sus actividades políticas a la ULA ante la imposibilidad cada vez mayor para continuar trabajando en el seno del partido. Así, y frente a la aparente indiferencia de la dirección comunista, una serie de asambleas llevadas a cabo en la ULA posibilitaron la entrada a ella de una cantidad creciente de militantes chispistas. La recomposición social de esta organización no tardaría en generar también una readecuación de sus acciones, ya que progresivamente ésta dejaba de ser “un membrete de cuatro intelectualoides (para convertirse en) un organismo de masas que utilizaría para sus fines a los cuatro intelectualoides” (*La Chispa*, 18/6/1927). Sin embargo, y al percibir los cambios que se venían produciendo al interior de la ULA, la dirección del PCA decidió intervenir en ella “no por una cuestión ideológica sino simplemente de poder”. Así, fueron Codovilla y Ghioldi, junto a otros dirigentes partidarios, sindicales y estudiantiles como Oscar Montenegro Paz, Israel Mallo López, Orestes Ghioldi, Luis V. Sommi y Paulino González Alberdi, quienes entraron en tratativas con Orzábal Quintana para coartar las posibilidades de crecimiento de la izquierda comunista a partir de su participación en esta asociación, poniéndose en acción un plan de eliminación de la tendencia chispista en la Unión Latinoamericana.

El 29 de septiembre de 1925 el secretario de la Unión Latinoamericana, Arturo Orzábal Quintana, cursó invitaciones para la realización de dos asambleas, a realizarse el 1° y el 12 de octubre, en las que respectivamente debían tratarse la constitución del Centro Buenos Aires de la mencionada entidad antiimperialista, y la posterior conformación del reglamento local y la elección de autoridades de dicha filial. La primera de las dos asambleas estuvo presidida por Alfredo Palacios, y varios de los dirigentes allí presentes se encargaron de realizar una defensa de la participación obrera en la ULA y, particularmente, dentro de su nueva sección porteña (*Liberación*, 7/1927). El tema no podía dejar de ser conflictivo debido a la importante presencia de militantes chispistas, opositores al Comité Central del PCA, quienes de hecho se convirtieron en mayoría dentro de la comisión especialmente encargada a fin de preparar los estatutos para el Centro Buenos Aires, quedando ésta compuesta por el mismo Orzábal Quintana, junto con Angélica Mendoza y Héctor Raurich. Ante esta situación, y bajo la fuerte influencia de la dirección del PCA, el 10 de octubre de 1925, es decir, dos días antes de ser celebrada la segunda asamblea en la que se iba a presentar públicamente la propuesta de estatutos del nuevo centro, se resolvió eliminar de la ULA a todos aquellos miembros comunistas que actuaban en ella enfrentados al Comité Central partidario.

De acuerdo con el plan seguido, la asamblea del 12 de octubre fue postergada para el 20, realizándose finalmente en el despacho de Palacios. A diferencia del primero, y aparentemente por decisión de Orzábal Quintana, González Alberdi y Montenegro Paz, este encuentro fue restringido, pudiendo participar en él únicamente quienes se encontraban presentes en una lista de admisión, impidiendo así la entrada a más de cincuenta adherentes entre los que se contaban Mendoza y Raurich, es decir, la mayoría

del comité redactor de los estatutos. Algunos de los presentes, como Carmelo Rizzo Baratta, Eudocio Ravines y Alberto Astudillo solicitaron por escrito la anulación de la asamblea a causa de todas las irregularidades y, fundamentalmente, al proceso selectivo de la convocatoria. Debido a todo el tumulto generado, finalmente la asamblea no se llevó a cabo. A la salida del encuentro, todos aquellos que habían protestado contra Palacios y Orzábal Quintana decidieron autoorganizarse y nombrar una comisión para que redactara y entregara a éste último una carta en la que se exigieran reglas más claras de funcionamiento y las razones por las que se decidió impedir el acceso a la asamblea a un conjunto tan grande de compañeros, al mismo tiempo que se enfatizó sobre la necesidad de contar con una ULA más fuerte y más sólida⁵¹.

Pese a todo, y según lo que había sido previamente acordado, el 30 de octubre de 1925 se realizó la asamblea en el local del Centro de Estudiantes de Medicina, conformándose de ese modo el Centro Buenos Aires de la Unión Latinoamericana. Orzábal Quintana, quien debido a sus gestiones había sufrido críticas hacia el interior de la ULA por su conducta personalista (al punto en el que se sintió en la obligación de presentar su renuncia, la cual fue rechazada unánimemente⁵²), se excusó de participar en la reunión, la que finalmente quedó controlada por la mayoría del comité redactor de los estatutos, la que a su vez dio lugar a la primera comisión administrativa compuesta, entre otros, por Mendoza, Raurich, Ravines y Rizzo Baratta. Por último, se eligió como presidente de la nueva entidad a Alejandro Lastra (presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires), como vice a Jorge Lazcano, y como secretario a Lanuza Palacios. Posteriormente, una comisión se entrevistó con Alfredo Palacios, pero su desaprobación hacia el proceso constitutivo del nuevo centro originó la inmediata renuncia de los tres directivos elegidos. El conflicto entre la ULA y el Centro Buenos Aires era evidente, hasta el punto de que en el número de *Renovación* del mes de noviembre se publicó una lista de socios en la que no aparecía ninguno de los asociados a la nueva filial.

El 13 de diciembre de 1925, ante la difícil situación en la que se encontraba, el Centro Buenos Aires decidió en una nueva asamblea pasar a convertirse en la sección local de la Liga Antiimperialista de las Américas, “cuya primera acción tendió a unificar el frente roto de los comitivistas” (*La Chispa*, 18/6/1927). En dicho encuentro también se decidió crear la “Universidad Popular José Ingenieros”, experiencia que ya había dado muy buenos resultados en Perú y Cuba como punto de encuentro entre los intelectuales y las clases populares y como ámbito preferencial de nucleamiento y de cooptación de nuevos militantes. El primer Comité Directivo de la recién fundada Liga estuvo integrado por los siguientes titulares: Alberto Astudillo, Mariano Barraón, Héctor Raurich, José Di Bona, Carolina Torres Cabrera, Hipólito Etchebehere, Teófilo González, Eudocio Ravines, Rafael Grecco, Carmelo Rizzo Baratta y Armando Gervaso. Mientras que, como suplentes, colaboraban Elías Castelnuovo, Carlos Vergara, Abraham Resnik, Enrique Cornejo Koster y Julio R. Barcos. Por la composición original del Comité Directivo podía verificarse que muchos de sus miembros, además de provenir del campo de la intelectualidad y la cultura (como en los

⁵¹ Según el periódico *La Chispa*, el resultado de toda esta acción realizada por los comunistas fue la de: “a) división del frente único antiimperialista; b) sostén de la política personalista de Palacios y Orzábal Quintana; y c) pérdida de la oportunidad para que el proletariado controlara y orientara al grupo de intelectuales de la Unión Latinoamericana: los Codovilla y Cía. se quedaron con la ULA” (18/6/1927).

⁵² Ver Pita (2004: 123-4).

casos de Castelnuovo y Barcos), eran destacados líderes del sindicalismo y, en general, de la clase obrera.

La “Carta Orgánica”, aprobada en el momento mismo de la fundación de esta asociación, expresaba el interés de sus miembros por reforzar los vínculos con las restantes secciones de la LADLA. Así, la flamante Liga argentina afirmaba que “frente a la agresiones del imperialismo yanqui ha surgido en los pueblos de Centro y Sud América un movimiento de defensa que cristaliza en ligas antiimperialistas, que si bien tienen todas ellas un carácter local tienden, sin embargo, a una organización continental, unificadas en un mismo programa y en idéntica acción. Inspirada en iguales necesidades nace en la Argentina una organización de obreros, campesinos e intelectuales resuelta a llevar la lucha contra el imperialismo agresor, desde el interior del país. Esta nueva agrupación considera como punto fundamental para la eficacia de esa lucha, la unidad de organización con los grupos similares y, por ello, se considera desde este momento, como una sección de la Liga Americana Antiimperialista”. Asimismo, se insistía en que “para formar su grupo orgánico, la sección argentina regirase por esta carta orgánica provisoria hasta que la experiencia de la lucha o la unidad americana exijan su modificación” (*Boletín*, 2/1926).

A fin de evitar el tipo de errores que había llevado a un quiebre con los académicos y dirigentes de la Unión Latinoamericana, es que desde la Liga Antiimperialista se pensó en un nuevo tipo de esquema “funcional” que pudiera reemplazar a la estructura clásica por comisiones, que era “más arcaica” según la expresión utilizada por el arquitecto Alberto Astudillo, autor del llamado *Proyecto de Organización*. La readecuación de la estructura interna de la Liga tenía entonces su razón de ser con relación a las distintas “funciones sociales” que caracterizarían a sus miembros los que, bajo la preponderante lógica de “frente único”, incluían a “obreros, empleados, obreros del campo, estudiantes e intelectuales”. En los términos de tres “Capítulos” se situaban tres tipos de afiliación distintos entre sí pero que contribuían a afirmar la vocación “funcional” que se le pretendía imprimir a la nueva organización. Así, mientras que un primer “Capítulo” se centraba en la “adhesión personal de obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales”, una segunda instancia se volcaba a la “estructura orgánica por la función social de los adherentes”, teniendo en cuenta los siguientes agrupamientos: “a) sección gremial (obreros y empleados de las ciudades); b) sección estudiantil e intelectual de las ciudades; c) campesinos y obreros de ciudades menores (sección del interior)”. En un último “Capítulo” se contemplaba también la existencia de un conjunto de organizaciones complementarias de propaganda, reclutamiento y apoyo como la Universidad Popular José Ingenieros, grupos infantiles, juveniles, femeninos e idiomáticos; y sindicatos, bibliotecas y clubs adheridos. Todo este serio plan de organización y acción, de adhesiones y de crecimiento a partir de la asociación estratégica con otro tipo de entidades culturales, sociales y políticas fue resumido en un conjunto de Estatutos cuya elaboración final llevó la firma de Héctor Raurich, A. Gervaso y T. Arfuch.

De nuevo, y más allá de la ruptura con el PCA por su alineamiento en la “izquierda”, los dirigentes del PCO reafirmaban el credo comunista de la época en la suposición de que la estrategia del momento debía ser el acuerdo “por abajo” con aquellos sectores burgueses y pequeño-burgueses igualmente afectados por el fenómeno imperialista. De este modo, y mientras que con los grupos obreros el fondo de su actuación política debía ser la “lucha de clases”, con los estudiantes e intelectuales debía operar una “base

seminacional”. Ante esta caracterización, la habilidad de la dirección liguista debía residir entonces en la oportuna confluencia de dos tipos de lucha que, aunque diferentes, podían llegar a coincidir en una misma finalidad. Y a diferencia de la actividad encarada por el partido de Codovilla, Ghioldi y Penelón, en este caso se hacía un fuerte hincapié en las cooptación de los sectores agrarios, principalmente campesinos, en la seguridad de que como ellos también sufrían las consecuencias del imperialismo, tanto o más que los propios trabajadores porteños, entonces se volvía necesaria la asociación entre ambos. De acuerdo con las tesis bujarinistas, aunque también prefigurando lo que se constituiría como un factor central dentro de la posterior estrategia de “clase contra clase” de unión de los trabajadores urbanos y campesinos, el PCO proponía una apertura al esquema de “frente único” incluyendo en él a todos aquellos sectores que sufrían los rigores del imperialismo.

Por otra parte, en el citado “Proyecto” se reafirmaba que este tipo de organización era importante porque de ese modo se impedía que ante la falta de experiencia de los sectores obreros (recordemos que, según su propio pensamiento, todavía restaba terminar de concientizarlos ante la problemática imperialista), el “elemento intelectual tenga acaparadas la elaboración y concepción de la lucha”. Con un sector obrero en marcha por la defensa de sus intereses de clase, necesariamente “la opinión de la base se refleja (...) en los órganos de dirección”, impidiéndose de ese modo recaer en los errores de la ULA, organización de intelectuales escindida de las masas y, por lo tanto, sin mayor anclaje en la estructura de la sociedad argentina. Para evitar que otras organizaciones, como el PCA, pudieran coparlos cuando todavía no se terminaba de estructurar el funcionamiento interno de la Liga, se propuso la prohibición de todo tipo de “adhesiones colectivas y mucho menos de organismos ya formados”, medida que de todas maneras no impediría un sonado conflicto con los comunistas al siguiente año. Por último, también se puso el empeño por diferenciar a la Liga Antiimperialista de otra organización recientemente creada por el Partido Comunista Obrero: la Universidad Popular (que ante su falta de contenido real, sería relanzada a fines de septiembre de 1927): también aquí se trataría de impedir que esta última entidad pudiese influenciar sobre la LAI ya que ésta se formaría, en su gran mayoría, “por elementos sin posición frente a la lucha antiimperialista” (*Boletín*, 2/1926). De lo que se trataba era, entonces, de resguardar a la Liga de cualquier influencia que pudiese desvirtuar su funcionamiento y su actitud antiimperialista, reafirmando por ello mismo la vinculación con la clase obrera como mejor garantía de fidelidad al proyecto original. Finalmente, y por todo el cuidado puesto en la conformación de esta organización puede inferirse también que, desde un primer momento, ella fue un factor de primordial importancia para la estrategia política del todavía joven Partido Comunista Obrero.

La conclusión del período organizativo de la Liga finalmente tuvo lugar en la asamblea del 1° de abril de 1926, ocasión en la que fue aprobada la propuesta de estatutos elaborada por una comisión integrada por Astudillo, Ravines, Rizzo Baratta y Emilio Satanowski (quedado en disidencia la postura de Héctor Raurich), y una declaración de principios compuesta por nueve secciones, cuyo último punto era un resumen de todos los anteriores y consistía, a su vez, en nueve acciones a ser llevadas a cabo: “1) Contra el imperialismo. 2) Contra la dependencia económica de los pueblos. 3) Contra el Panamericanismo oficial de la Doctrina Monroe. 4) Contra los prejuicios de razas. 5) Por la unidad de acción de los pueblos de América. 6) Por la alianza, en la lucha con las masas trabajadoras de los países imperialistas. 7) Por la emancipación de las razas aborígenes. 8) Contra los gobiernos factores del imperialismo. 9) Contra la explotación

del hombre por el hombre” (*La Chispa*, 22/5/1926). Por último, en dicha asamblea fue elegido un nuevo Comité Directivo compuesto en esta oportunidad por Eudocio Ravines, Pedro Milessi, Alberto Astudillo, Vergara, Juan S. Calvo, Mariano Barraón, Carlos Machiavello, Luis Koifman, Emilio Satanowski, Raúl Pesino y Samuel Goldemberg (Rizzo Baratta optó renunciar ya que tuvo que ausentarse, mientras que Raurich lo hizo por cuestiones particulares).

Asimismo, la importancia que los recientemente expulsados del PCA concedieron a la Liga como organización y, en general, a todas las luchas antiimperialistas de la región puede ser fácilmente comprobada por medio de la publicación de un *Boletín* cuyo primer número salió a la luz en febrero de 1926, y que a mediados de 1927 se convirtió en el periódico *Liberación*, editado hasta fines de la década de los ‘20. En las páginas de este órgano de prensa se publicaban desde noticias sobre las características del imperialismo en América Latina, las luchas de los pueblos sometidos de la región y de otros continentes, incluyéndose también un gran número de notas de color local, sobre la Argentina y la influencia de las empresas de procedencia norteamericana e inglesas en las distintas provincias del país. Por último, en sus páginas también se daba a conocer todo tipo de información sobre el desempeño de la Liga argentina, sus asambleas, sus sucesivas conformaciones y discusiones internas, sus actividades, etc. No faltaron tampoco los artículos de discusión o, directamente, de enfrentamiento con sus camaradas del PCA: en este sentido, abundaban en *La Chispa* las referencias personales y políticas a sus dirigentes, cuestionados no tan sólo por su visión sectaria y por su política tendencialmente reformista sino, más aún, por su propia calidad moral⁵³. Por último, y para que no quedaran dudas sobre su afiliación y alineamiento a nivel internacional, se dieron a conocer varias notas reproducidas de *El Libertador*, el vocero continental de la Liga Antiimperialista latinoamericana.

Ahondado en el estudio del fenómeno, los chispistas aseguraban en una nota titulada “El problema imperialista”, que “el imperialismo no tiene en la Argentina el carácter de cruzada violencia con el que se presenta en países como Perú, China o Siria, sino que su desarrollo y afianzamiento se desenvuelve en una formal hábil y solapada, sin violencia aparente, de tal manera que su acción pasa desapercibida para la gran masa popular (...). La actuación del imperialismo en el país y la explotación del hombre se efectúa por distintos procedimientos, que podemos clasificar en tres grupos: 1) financieros; 2) comerciales; 3) empresas del país con capital extranjero”. Sin mencionarlo, el análisis de los chispistas, revelador en varios sentidos, pretende dar cuenta de la realidad de un mismo fenómeno que a nivel mundial, y particularmente latinoamericano, se presenta de distinto modo, dependiendo de las características geográficas, sociales, políticas y económicas de cada país. Asimismo, y sin que todavía se lo mencionara de manera directa, a partir de la lectura de artículos como el arriba citado es posible encontrar al menos la esencia de las categorías de “países dependientes”, “coloniales” y “semicoloniales” que la Internacional Comunista pondría en vigencia ya desde esta época en su intento por comprender las distintas realidades generadas desde un mismo modelo imperialista puesto en acción a escala global.

⁵³ Así, en el tercer número de *La Chispa*, del 27 de febrero de 1926, se aseguraba que “Codovilla no descansa: fundido el Comité de Socorro Obrero, ocupará el Socorro Rojo Internacional, y en tren de actividad, no sólo *codovillea* pesos sino que también lo hace con la actividad de los compañeros” (las cursivas son mías). Mientras que en su edición del 18 de junio de 1927, a dicho dirigente se lo acusaba directamente de robar fondos del Socorro Rojo Internacional aprovechándose de su condición de tesorero del PCA (*La Chispa*, 18/6/1927).

Más precisión sobre la particular naturaleza del imperialismo en la Argentina se encontrará en las páginas de su *Boletín*. Luego de una caracterización general sobre el fenómeno colonialista a nivel mundial y regional, y de las luchas de los pueblos por su liberación nacional, en el primer número del citado *Boletín*, de febrero de 1926, se afirmaba que en la Argentina “el imperialismo se encuentra en situaciones especiales. La guerra ha cambiado la orientación de la política económica del país. Las grandes fuerzas agropecuarias han visto surgir la incipiente industria nacional (...). Por otra parte, el imperialismo británico, dominador exclusivo del mercado por varios años, se ve excluido por el avance norteamericano, aunque se sienta fuerte todavía por su monopolio ferroviario (...). Nuestro país corre a pasos agigantados a tener una posición semejante a Cuba, donde sólo existe la impresión de libertad”. Como lo venían haciendo sus pares del PCA, también los chispistas reflejaban cuál era el eje del conflicto interimperialista en el que la Argentina se veía inmersa, presa ahora de la voluntad expansionista de dos potencias capitalistas. Al mismo tiempo, se destaca su creencia de lo que iba a suceder en el país una vez que fuera sometido totalmente por uno de los dos imperialismos.

Mientras que desde las páginas de *La Chispa* se daban a conocer distinto tipo de artículos acerca de la naturaleza del imperialismo en América Latina y de las luchas contra la opresión colonial en distintas regiones del mundo⁵⁴, la Liga Antiimperialista argentina, impulsada desde el Partido Comunista Obrero y convertida en un aspecto central en su estrategia de crecimiento, cobraba nueva vida a partir de la puesta en escena de distinto tipo de iniciativas, principalmente, la organización de actos, cuestión particularmente importante cuando, según la opinión de sus dirigentes, “las masas oprimidas del país no se han planteado todavía el problema imperialista, ni tienen una conciencia al respecto” (*Boletín*, 2/1926). Así, la realización de encuentros y actos públicos no sólo tenía por función sumar militantes al PCO y, fundamentalmente, a la Liga, sino que también divulgar la problemática del imperialismo entre las masas, fenómeno que, como oportunamente habían denunciado, no siempre se mostraba con toda su carga de brutalidad (como sí ocurría en México o en los países caribeños y de América Central) y, por ende, no resultaba fácilmente perceptible para los que terminaban siendo sus principales afectados. En este mismo sentido, los liguistas asumían el importante papel jugado por la Unión Latinoamericana en la concientización de la problemática imperialista, aunque al mismo tiempo reconocían que lo hacían “no desde el terreno de la lucha de clases sino en el de los prejuicios raciales (ya que estos poseen un) carácter intelectualista y de secta cerrada”. Así, únicamente los dirigentes y militantes de esta fuerza de izquierda comprendían realmente el valor y el sentido de la actuación proletaria, debido a que “las bases obreras fueron las que se constituyeron en la Liga” (*Boletín*, 2/1926). Declaraciones como éstas contribuían a recortar el espacio de las luchas antiimperialistas en la Argentina: los intelectuales, desde el prejuicio y la confrontación aislada, y los chispistas de la Liga, interesados en que el combate al neocolonialismo fuese ejercido directamente por los trabajadores y campesinos.

⁵⁴ Con este eje, algunos de los artículos publicados por *La Chispa* fueron los siguientes: “El problema imperialista” (13/2/1926); “El imperialismo y la cuestión agraria” (14/3/1926); “México es una colonia yanqui” (17/4/1926); “La huelga general y el imperialismo británico” y “El imperialismo” (ambas del 22/5/1926); “Imperialismo. La democracia y el movimiento populista en China” (escrito originalmente por Lenin) y “La derrota de Abd el Krim es el triunfo momentáneo del imperialismo” (ambas del 5/6/1926), “El conflicto chileno-boliviano. Otro aspecto del antagonismo yanqui-británico” (28/8/1926), etc.

La organización de actos y mítines se volvió así una actividad frecuente para los dirigentes y cuadros chispistas. Ya fuera que estos encuentros estuvieran organizados únicamente por la Liga o junto con otras asociaciones (como la Agrupación Comunista Israelita y el Comité Pro Presos Políticos de Polonia, ambos de clara relación con el Partido Comunista Obrero), en todos los casos primó la estrategia de “frente único” dominante por aquel entonces en el movimiento comunista internacional. Un buen ejemplo de ello fue la realización del acto en solidaridad con los mineros británicos entonces en huelga llevada a cabo el 18 de mayo de 1926. En él participaron Eudocio Ravines y Pedro Milessi (ambos en representación de la Liga Antiimperialista), Emilio Troise, Nicolás Repetto (Partido Socialista), Carlos Sánchez Viamonte (Unión Latinoamericana), P. Jáuregui (círculos de estudiantes universitarios), Rafael Greco (Sindicato de la Industria Metalúrgica) y Angélica Mendoza, principal dirigente del PCO, quien se hizo cargo del cierre del evento⁵⁵.

La participación del comunismo obrero en las elecciones municipales llevadas a cabo en la ciudad de Buenos Aires el 21 de noviembre de 1926 se convirtió además en una excelente oportunidad para que este Partido pudiera difundir sus propuestas en torno a la Liga Antiimperialista. Así, en una sección de su plataforma electoral se planteaban los siguientes puntos: “1) reconocimiento de la Rusia de los soviets, alianza en la lucha contra el imperialismo mundial; 2) oposición a todo empréstito y revisión de los existentes; 3) control por la organización obrera de toda inversión de capitales extranjeros en la comuna de Buenos Aires, a fin de determinar las condiciones de producción y de trabajo; y 4) municipalización con el control obrero de las empresas de tranvía, ómnibus, electricidad, gas y expendio de petróleo y subproductos” (*La Chispa*, 6/11/1926). Así, y en sus aspectos programáticos, puede notarse que no había grandes diferencias con el programa emanado del propio Partido Comunista, sobre todo, luego de conocida la “Carta Abierta” que, pese a las resistencias que pudiera haber encontrado por el camino, servía de inspiración tanto a una como a otra organización. Al fin y al cabo, tampoco podían llegar a existir demasiadas variaciones cuando en todo caso el fondo de la disputa pasaba por la obtención del reconocimiento como representación local por parte de Moscú. La campaña internacional a favor de la liberación de los anarquistas Sacco y Vanzetti y, más aún, la defensa de Nicaragua ante la invasión norteamericana fueron los dos grandes factores que incidieron para que la Liga chispista terminara de vincularse con la Liga Antiimperialista de las Américas, con sede central en México.

Igualmente, la adhesión de la Liga al congreso antiimperialista de Bruselas a ser celebrado en febrero de 1927, y el nombramiento de Eudocio Ravines como delegado, también constituyeron elementos de importancia para comprender el vuelo que esta organización estaba adquiriendo dentro de la Argentina, habiéndose convertido de hecho en la única entidad local referenciada en la LADLA que asistió a dicho encuentro (ya que por parte del Partido Comunista viajó Victorio Codovilla, aunque únicamente en calidad de representante de la filial argentina del Socorro Rojo Internacional). Por otro lado, la designación como delegado del dirigente peruano Ravines, quien por aquel

⁵⁵ En *La gran estafa*, Eudocio Ravines relata con mucho humor las características que tuvo el acto desde su misma preparación. Sin embargo, en ningún momento el peruano menciona que el mitin fue organizado por el Partido Comunista Obrero, del que era militante (ver 1974: 103-110). Por otra parte, desde *La Chispa* hubo una fuerte crítica al semanario comunista *La Internacional* que, pese a la importancia del evento, no hizo ninguna mención de él en sus páginas.

entonces se encontraba viviendo en Francia, también nos refiere las fuertes ligazones existentes entre la Liga “chispista” y los seguidores de Haya de la Torre residentes en la Argentina. Sin embargo, y tal como se verá más adelante, la constitución formal del APRA entre fines de 1926 y principios de 1927 y su ruptura con el frente comunista llevará a esta organización a tender lazos cada vez más sólidos con la Unión Latinoamericana, en desmedro de sus anteriores vínculos con el PCO por medio de la figura de Eudocio Ravines, quien durante el Congreso Antiimperialista de Bruselas fungirá a un mismo tiempo como delegado aprista y chispista antes de pasarse definitivamente a las filas del comunismo⁵⁶.

⁵⁶ Para el momento en que fue elegido como delegado de la Liga chispista, Ravines se desempeñaba como secretario de la célula parisina del Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales (antecedente directo del APRA) y en representación de éste también concurrió al Congreso de Bruselas, junto con Víctor R. Haya de la Torre. Sin embargo, el enfrentamiento de las dos organizaciones comunistas argentinas, sumado a la doble funcionalidad de Ravines como delegado a un mismo tiempo de los chispistas y de los apristas no fue algo que pasara desapercibido durante e inmediatamente después de celebrado el Congreso de Bruselas, una iniciativa que había sido generada desde la Comintern. Así, en el número de junio de 1927 de *Liberación* (periódico de la Liga Antiimperialista) se inquiría al Comité Organizador del evento sobre la ausencia de la Liga chispista en la lista de adhesiones como sección argentina de la LADLA (aunque sí aparecía en la “Declaración sobre América Latina”, sí publicada por *El Machete*, el periódico del PC mexicanos) así como también se elevaba una queja por el retraso en el envío de los documentos oficiales del Congreso.

CUBA

El surgimiento de la Liga y la consolidación del movimiento antiimperialista cubano

Tal como se pudo percibir en el capítulo anterior, y gracias a los efectos combinados de la Reforma Universitaria, la progresiva toma de conciencia por parte de la intelectualidad y la vanguardia artística, y la organización sindical y partidaria de los trabajadores, los primeros meses de 1925 resultaron claves en la definitiva constitución del movimiento comunista cubano. En este sentido, la radicalización de la protesta social, con un claro sesgo antiimperialista comenzó a cobrar un ímpetu tal que ya no pudo ser subestimada por los poderes de turno, ni en Cuba ni mucho menos en los Estados Unidos.

El triunfo electoral de Gerardo Machado y Morales en marzo de 1925 y su toma de gobierno ocurrida en el mes de mayo, fue el mejor reaseguro ante una conflictiva situación social que, de no controlarse a tiempo, amenazaba con desbordarse de sus cauces institucionales: de hecho, en su primera visita a Washington en el mes de abril, y en un intento por apaciguar los ánimos ante el evidente clima antinorteamericano que por entonces se vivía en la Isla, el presidente electo llegó a decir ante funcionarios e inversionistas que, bajo su mandato, ninguna huelga duraría más de veinticuatro horas⁵⁷. En medio de este contexto, y con la llegada de Machado al poder, fue que finalmente se produjo el nacimiento de la filial cubana de la Liga Antiimperialista, poco tiempo después de que, gracias a la colaboración entre comunistas de los Estados Unidos y de

⁵⁷ Las relaciones entre Machado y varios empresarios norteamericanos eran sólidas y databan de largo tiempo. Nacido en 1874 en Santa Clara, el futuro presidente se había ocupado del comercio de carne de res, la que suministraba a contrabandistas en diferentes puertos del norte de Cuba, en una actividad que continuaría ejerciendo incluso cuando ya fuera una ascendente figura política (así, uno de los apodos con los que luego se haría popular, el de “El carnicero”, remitía no sólo a su estilo dictatorial de gobierno...). Una vez derrotada España en 1898 rápidamente se puso del lado de los norteamericanos, iniciando con ellos una carrera política que lo llevaría a ocupar importantes cargos en muy poco tiempo y, consecuentemente, a enriquecerse: para 1920, era propietario de la planta eléctrica de la ciudad de Santa Clara, de importantes acciones en la de Santiago de Cuba, así como también en varias centrales azucareras, entre ellos, la de Trinidad, muy vinculada al National City Bank. Al vender sus empresas a la General Electric Co. se convirtió en un importante accionista y directivo de la empresa. Para su campaña electoral recibió medio millón de dólares por parte de la Compañía Morgan, percibiendo además otras tantas sumas del Chase National Bank y de la familia Guggenheim. No fue extraño entonces que Machado fuera percibido popularmente como la más acabada representación del gobernante vendido a los intereses foráneos (Cupull y González, 2005: 44-5). Sin embargo, y más allá de su favoritismo respecto a los Estados Unidos, y una vez transcurridos algunos años desde su llegada al gobierno, también pudieron percibirse las crecientes simpatías de Machado con el fascismo italiano. En este sentido, su régimen no sólo otorgó amparo y posibilidades de actuación a los distintos propagandistas de Mussolini en Cuba, mayormente refugiados en la embajada italiana o en áreas culturales supuestamente ajenas al gobierno, sino que además propició la formación de grupos fascistas encargados especialmente de reprimir las protestas sociales orientadas básicamente por los comunistas. El embajador de Cuba en Washington, el italiano de origen Oreste Ferrara, fue una pieza clave para la vinculación cada vez más estrecha entre Machado y Mussolini. En una entrevista brindada por Gerardo Machado al periódico italiano *Il Popolo d' Italia* el 10 de noviembre de 1927, el presidente cubano admitiría públicamente su admiración por el dictador y el régimen fascista. Según Machado, “la presente situación de Italia está sintetizada en una sola palabra: magnífica. En cuanto a su futuro, ‘grandioso’. La obra de Benito Mussolini es de excepcional importancia. Guía a Italia por el camino del progreso en todos los campos de la vida de una nación y la conduce hacia una grandeza radiante, lo que también es una feliz realidad. Soy un ferviente admirador de vuestro premier” (citado en Cupull y González, 2005: 85).

México, se constituyera en este último país su primera sección, la que también debía funcionar como dirección de la organización a nivel continental.

La historia de los orígenes de la sección cubana de la Liga Antiimperialista puede ser rastreada partir de los siguientes datos. El 15 de marzo de 1925, durante una reunión de la Agrupación Comunista de La Habana, fue leída una comunicación escrita por el líder campesino Úrsulo Galván, director por entonces de *El Libertador*, órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas, en la que invitaba a la pronta constitución de una representación de dicha entidad en Cuba⁵⁸.

En realidad, esta invitación no podía resultar ajena a las movilizaciones que por entonces se estaban desarrollando en Cuba en contra del acto de agradecimiento promovido por el gobierno de Alfredo Zayas (antecesor de Machado en el cargo) ante la devolución, por parte de los Estados Unidos, de la Isla de Pinos cuya soberanía, en realidad, nunca había sido cuestionada por los propios cubanos. Ante el anuncio de que el propio presidente iba ponerse al frente de la manifestación oficial de agradecimiento al acto de “cesión”, Julio Antonio Mella arengó a sus compañeros de clases para que expresaran su repudio a los mandatarios cubanos y estadounidenses a través de la fundación del Comité Antiimperialista de Estudiantes de la Universidad de la Habana. Su convocatoria tuvo éxito: el 16 de marzo se distribuyó un manifiesto dirigido “a los estudiantes y hombres libres”, donde se denunciaba el servilismo gubernamental y la penetración imperialista en América Latina, exhortándose al mismo tiempo a las masas a no asistir a la manifestación oficial de agradecimiento⁵⁹. Al siguiente día, también la Federación de Estudiantes Universitarios formuló una declaración en el mismo tono. El 18 de marzo, mientras se realizaba la manifestación por las calles de La Habana, con Alfredo Zayas y el presidente electo Gerardo Machado al frente, un grupo de estudiantes conducido por Mella expresaron su repudio, por lo que fueron golpeados por la policía y detenidos bajo el cargo de injurias al gobierno y a los Estados Unidos. Aunque inicialmente el fiscal de turno pidió seis meses de cárcel para los dirigentes estudiantiles apresados, la defensa ejercida por Rubén Martínez Villena y Juan Marinello logró que se les fijara una fianza que Mella se negó a pagar pero que finalmente fue abonada por suscripción popular. El 22 de marzo, al salir los estudiantes del juzgado, fue improvisada una manifestación popular durante la cual Mella habló varias veces contra el imperialismo norteamericano, sufriendo nuevamente la agresión policial junto con varios estudiantes más, la que fue enfáticamente repudiada por parte de la prensa y de la Federación Obrera de La Habana.

Con los ecos de la protesta estudiantil y popular todavía frescos, el trabajo de la Agrupación Comunista de La Habana se orientó preferentemente a la constitución del Partido Comunista y a la creación de la sección cubana de la Liga Antiimperialista. A fines de marzo, en carta a Úrsulo Galván, y respondiendo a la invitación que oportunamente se le realizara, Mella señaló: “formaremos la Liga Antiimperialista de

⁵⁸ Invitaciones similares fueron enviadas a organizaciones políticas y sindicales estadounidenses, latinoamericanas (principalmente, mexicanas) y filipinas, elaborándose un documento particular con relación al conflicto por Tacna y Arica entre Perú y Chile.

⁵⁹ Entre otras cuestiones, el Manifiesto afirmaba que “Isla de Pinos es de Cuba, pero Cuba no es libre (...). El gobierno de los Estados Unidos nos ha dado Isla de Pinos porque era nuestra; pero, ¿por qué no da la libertad a Puerto Rico, y a Filipinas, que luchó tanto como nosotros por la independencia? ¿Por qué no devuelve los estados robados a México y Panamá? ¿Por qué promueve la guerra entre Chile y el Perú con el laudo de Tacna y Arica?”. Además de Mella, el documento llevaba las firmas de los siguientes dirigentes estudiantiles: Francisco L. Rodríguez, Emilio Álvarez Recio y Aureliano Sánchez Arango.

Cuba bien pronto. Según tengo entendido por el camarada Baliño, de los compañeros comunistas, pronto será un hecho esta organización en este país. El inicio de la idea no ha podido ser más fructífero”, refiriéndose de este modo a la protesta antianexionista del pasado 18 de marzo (*El Libertador*, 6/25). El 29 de marzo, durante una asamblea ordinaria de la Agrupación, se acordó crear una comisión que, junto a otras conformadas por estudiantes universitarios y por trabajadores del diario *Justicia*, debía encargarse de la constitución formal de la Liga.

Mientras tanto, en abril de 1925, Julio Antonio Mella publicaba en La Habana un folleto titulado *Cuba, un pueblo que nunca ha sido libre*, uno de los primeros escritos propagandísticos acerca de la Liga Antiimperialista (en este sentido, los títulos de las partes en que estaba dividido el trabajo daban una idea elocuente acerca de su tono: “El capitalismo yanqui ha sido siempre enemigo de la independencia de Cuba”, “La soberanía de Cuba ante el Derecho Político”, “Enmienda Platt”, “Otras manifestaciones del dominio yanqui en Cuba”, etc.)⁶⁰. La publicación de este trabajo, así como de algunos otros editados más tarde, resultaba útil para dar a conocer entre los obreros, los estudiantes y los profesionales cubanos el espíritu que debía regir a la futura organización antiimperialista y, al mismo tiempo, su vinculación con la prédica anticolonial promovida por los dirigentes soviéticos. En tanto que el proceso constitutivo de la Liga prosiguió sin pausas. El 21 de junio se leyó en otra reunión de la Agrupación una carta firmada por Mella, Baliño y Salvador de la Plaza en la que se invitaba a varias asociaciones y círculos a formar parte de la organización de la futura entidad antiimperialista, para lo cual se haría una asamblea durante la siguiente semana en el local de la Asociación de Estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana⁶¹.

La sección cubana de la Liga Antiimperialista finalmente nació en un aula del Instituto el 27 de junio de 1925: a dicha reunión fundacional, que estuvo presidida por el exiliado venezolano Salvador de la Plaza, y en la que Mella actuó como secretario, asistieron representantes de organizaciones obreras, de la Agrupación Comunista de La Habana, y distintas personalidades del mundo de la cultura y de las letras cubanas⁶². En una posterior sesión llevada a cabo el 6 de julio fueron aprobados los estatutos de la flamante asociación, señalándose como su finalidad principal la lucha “contra todos los imperialismos y especialmente contra el imperialismo yanqui que domina a América”, si bien ella no iba a estar dirigida “contra los extranjeros, sino contra el abuso que de su

⁶⁰ En esta obra, Mella declaraba que “los iniciadores de la nueva era de la humanidad, los revolucionarios rusos, han dado una organización efectiva al movimiento en este continente, de acuerdo con las necesidades del medio. A la organización y protección de partidos revolucionarios en los países de todo el mundo, ha iniciado en la América la formación de Ligas Antiimperialistas, donde tienen cabida todos los enemigos del mayor enemigo de la justicia y la libertad en la América: el Imperialismo. Obreros de todos los matices, campesinos, estudiantes, intelectuales libres son invitados a formar un frente único formidable contra el enemigo común, ¡a quien es necesario vencer, y a quien se vencerá! Las fuerzas son muchas en los Estados Unidos, en toda América Latina no hay un hombre puro que no sea enemigo del imperialismo capitalista” (1978a: 246).

⁶¹ En el acta N° 14 de la Agrupación Comunista de La Habana, con fecha del 21 de junio de 1925 se expresa haber recibido la siguiente comunicación por parte de Julio A. Mella: “Se acuerda que el día 27 de junio, los camaradas de la Agrupación procuren asistir con el mayor número de simpatizantes posibles a la Junta de constitución de la Liga Antiimperialista de Cuba” (Archivo del Partido Unido de la Revolución Socialista en Cuba).

⁶² En dicho encuentro se abordaron, entre otras cuestiones, las amenazas del secretario de Estado Kellogg contra el gobierno de Calles, la situación revolucionaria en China y la campaña de Abdel Krim en el Rif africano (Archivo Nacional de Cuba, Fondo Especial, Legajo 13, expediente 57).

fuerza hacen los grandes intereses imperialistas entorpeciendo el desenvolvimiento y progreso de las sociedades”. Con respecto a las cuestiones organizativas, los estatutos resolvían la creación de dos instancias de decisión: la Asamblea, integrada por todos los miembros de la Liga, con voz y voto en todas las reuniones, y cuyo quórum para sesionar se fijaba con la presencia de treinta compañeros; y el Comité Ejecutivo, elegido anualmente por la Asamblea, y compuesto por un Secretario Organizador, un Secretario Financiero, sus respectivos vices y diez vocales. Por último, se acordó que para realizar su propaganda, la Liga apelaría a los medios acostumbrados (como los periódicos, las conferencias, las revistas, las asambleas, etc.) y que, en caso de disolución, los fondos existentes se repartirían en partes proporcionales a la Universidad Popular José Martí y a las Escuelas Racionalistas de los Centros Obreros (Padrón, 1980: 238-239).

De acuerdo a los estatutos aprobados previamente, y luego de concluidas las actividades diarias de la Universidad Popular, el 14 de julio los miembros fundadores de la Liga procedieron a elegir una junta directiva con una duración de un año, quedando conformada de la siguiente manera: Julio Antonio Mella, secretario organizador; vicesecretario, José Acosta; secretario financiero, Alejandro Barreiro; vicesecretario, Francisco Rey Merodio; vocales, Dr. Alfonso Bernal del Riesgo, Antonio Penichet, Ángel Arias, R. Madginson, M. Valdés, Salvador de la Plaza, Carlos Baliño, Rubén Martínez Villena, L. Alemán y José Z. Tallet. Pertenecían también a la Liga Leonardo Fernández Sánchez (presidente de los estudiantes del Instituto), Aureliano Sánchez Arango, Francisco L. Rodríguez y Emilio Álvarez Recio⁶³. Dada la política de alianzas que por entonces se daba la Internacional Comunista con el partido nacionalista Kuomintang (junto con el PC de China, líder del movimiento insurreccional que por entonces conmovía la estructura social y política de ese país), se aprobó la iniciativa de incluir a un miembro de la filial cubana de esa organización en la dirección de la Liga Antiimperialista⁶⁴. Por otra parte, y aunque no fueron miembros de su primera junta directiva, también dieron su apoyo organizaciones como la Federación Anticlerical de Cuba, fundada en 1924 y conducida por Mella junto con la española Belén de Zárraga, y el Club Femenino de Cuba, dirigido por Rosario Guillaume (Reig Romero, 2005: 121). Por último, también colaboraron en su constitución docentes de la UPJM como Gustavo Aldereguía y Sara Pascual, y sindicalistas de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC) como Emilio Rodríguez Lara.

⁶³ “Sobre la clases de la Universidad Popular y otros aspectos del movimiento obrero” (1926), Archivo Nacional, Fondo Especial de la Secretaría de Gobernación, Legajo 3. Aunque no perteneció formalmente a su dirección, Alfonso Bernal del Riesgo no dejó de señalar el gran papel cumplido por el intelectual Emilio Roig de Leuchsenring en la constitución de la LAIC. Así, “la Liga Antiimperialista de Cuba contaba con la adhesión y la simpatía de algunas instituciones y de muchos compatriotas. Todos los revolucionarios de aquel tiempo estuvimos activos en ella. Pero Emilio Roig de Leuchsenring, por su pluma y su nombre sobresalía al lado del líder (es decir, de Mella)” (Bernal del Riesgo, 2003: 221).

⁶⁴ IHC 1 / 2: PE 2.2/6/52/1. Según un informe redactado por Mella durante su estancia en Moscú en 1927 a propósito de la situación social, económica y política de Cuba, la sección cubana del Partido del Pueblo de China (Kuomintang) contaba con un diario, varias secciones y unos 8 mil miembros, y al menos durante su primera época, mantuvo una importante colaboración con el movimiento antiimperialista dirigido por la LAI (Informe de Mella a la Internacional Comunista, Moscú, 13 de marzo de 1927. Fondo reservado de la IC sobre Cuba 3-20). Sin embargo, y ante la requisitoria de la policía, “el presidente del Kuomintang, nombrado Alfredo Pons Gí, “manifestó que dicha entidad no había tomado acuerdo oficial para designar a un miembro de la misma que integrara la Liga referida y por tanto no tienen representación en ella” (Escrito reservado N° 119, Secretaría de Gobernación, La Habana, enero 7 de 1926). Otro militante chino, esta vez de filiación comunista, tomó parte también de la fundación de la Liga: José Wong, quien además se desempeñaba como director y redactor del boletín *Grito Obrero-Campesino*, y que fue “suicidado” por orden directa de Machado en 1930 (Ortega, 2003: 11-2).

Particularmente interesante resulta el informe presentado por el Experto N° 16, R. Montero quien, como agente infiltrado dentro de la asamblea de la Liga llevada a cabo el 14 de julio, redactó este informe enviado al entonces Secretario de Gobernación el 23 de noviembre, un día antes de la detención de Mella que dio lugar a su histórica huelga de hambre: “El Sr. Julio Antonio Mella dice que de acuerdo con el programa, ya se había terminado la clase diaria (de la Universidad Popular), y daría comienzo a la sesión de la Liga Antiimperialista de Cuba para formar el Comité Ejecutivo, con secciones estudiantiles y de las demás clases sociales, puesto que dentro de los principios libertarios de la campaña antiimperialista tenían cabida todos los elementos sociales a excepción del capitalismo yanqui; que la finalidad que persigue la Liga es combatir, en primer término, al imperialismo yanqui, creado por su poderosa fuerza económica, tanto en este país, como en las demás repúblicas latinoamericanas, y particularmente en Cuba, porque a más del poder económico tiene el poder político, por el apéndice de la Constitución conocido por la Enmienda Platt, (con lo que se venía a demostrar) que el pueblo de Cuba no tenía su soberanía nacional, porque tan pronto como ésta afectara al capitalismo yanqui, venía la ingerencia (sic) extraña por una serie de motivos; que al igual que le pasaba a Cuba, le ocurría a los demás países latinoamericanos, en nombre de una serie de tratados y de empréstitos que hipotecaban la libertad de sus pueblos, dándose el caso que los propios Jefes de Estado de algunas repúblicas, por una defensa mal entendida a los intereses generales de su país, atropellaban el derecho de sus conciudadanos en defensa de los intereses del capitalismo yanqui, como condición especial para poder permanecer en el Poder; que todas esas consideraciones han sido los motivos por los que han tenido que formar la Liga Antiimperialista, contra ese poder que radica en Wall Street (...)”⁶⁵. Y siguiendo las usuales directivas de la época que, como una suerte de reaseguro, señalaban la importancia de legalizar a las distintas entidades del comunismo internacional, la flamante organización presentó su reglamento en el Registro de Asociaciones del Gobierno Provincial de La Habana el día 6 de julio de 1925, y su Acta de Constitución el 17 de julio⁶⁶.

El manifiesto-programa de la Liga, redactado por Julio A. Mella, fue de un gran valor para su época debido principalmente a la profundidad del análisis, encarado desde una óptica marxista, sobre las consecuencias del imperialismo estadounidense sobre Cuba y Latinoamérica. Luego de señalar desde el mismo título los dos ideas centrales que guiarían el accionar de la organización (“Contra el imperialismo. Por la justicia social”), los dirigentes de la Liga se hacían eco de la demanda cominternista destinada a trascender los marcos proletarios para dar lugar a verdaderas alianzas sociales: así, había llegado el momento, “la hora perentoria e inaplazable, de presentar un frente único, vigoroso y compacto”. Por medio de una caracterización general del problema y del entendimiento claro y conciso de que no era Cuba la única nación en estar sufriendo los fuertes embates neocoloniales (pues, en definitiva se trataba del “imperialismo inglés en Egipto, la India o Irlanda, como el español y el francés en Marruecos, el yanki en la América, el japonés conjuntamente con el de casi todas las potencias europeas en la sufrida China o el de Europa en el África Ecuatorial”), Mella llamaba a estrechar la mano, sin “prejuicios ni antagonismos raciales”, con la Liga Antiimperialista de los

⁶⁵ Fondo Especial de la Secretaría de Gobernación, legajo 3, Archivo Nacional, sobre las clases de la Universidad Popular y otros aspectos del movimiento obrero, 1926.

⁶⁶ Para no tener problemas con el gobierno provincial encabezado por Antonio Ruiz (apodado “Sinmigo” por su falta de educación), el nombre con el que finalmente quedó registrada la organización fue el de “Liga contra el Imperialismo Capitalista” (*El Herald*, 9/ 8/25: 11).

Estados Unidos y a “hacer una sola organización formidable con todas las organizaciones antiimperialistas del mundo”. Ya fuera “con la palabra, en asambleas, mítines, conferencias, conversaciones familiares (...), con la denuncia cívica, con la protesta viril o con la imprecación fulminante, con la pluma, con el periódico, el panfleto, el libro, con la acción, con manifestaciones pacíficas (...), con el boicot de los productos mercantiles que sirven de instrumentos a su odiosa expansión”, etc., la LAI podría cumplir con su cometido en la lucha antiimperialista. En definitiva, y como no se trataba de otra cosa más que del deber inaplazable de los revolucionarios por entrar en combate por la segunda y definitiva independencia de los pueblos latinoamericanos, tal como oportunamente lo señalara José Martí, la conclusión del documento se encargaba de reafirmar que “triunfaremos, reivindicando la libertad y la justicia social o pereceremos en la demanda, pero no como seres envilecidos besando la planta que nos humilla, sino como quería el Apóstol: DE CARA AL SOL”⁶⁷.

Para la siguiente asamblea, desarrollada en el local de la Sociedad de Torcedores el 8 de agosto, los fundadores de la Liga entendieron que ya era el momento indicado para dar un salto cualitativo en su propia organización. Con Rubén Martínez Villena como presidente y Julio A. Mella como secretario de la sesión, se resolvió convocar para el sábado 22, a las 8 pm y en el Campo de Marte, a la primera actividad masiva y propagandística de la Liga: el “Gran Mitin Internacional Antiimperialista”, motivado por los atropellos norteamericanos en República Dominicana, en solidaridad con el movimiento huelguístico de Guantánamo (al que se envió una carta de solidaridad), y en el que se puso especial interés en que concurriera la población negra de La Habana⁶⁸. Mientras tanto, y como un medio para la divulgación del acto fundacional, la Liga hizo pública a través de *El Heraldo* (periódico que generalmente cubrió sus amplias iniciativas) una comunicación enviada al Secretario de Estado en la que se protestaba enérgicamente por el reclutamiento forzoso de ciudadanos marroquíes por parte de España y Francia para enfrentar al líder insurreccional Abdel-Krim en el norte africano. La LAI cubana, en su intención por protestar contra los atropellos cometidos contra naciones débiles, pretendía de ese modo asumir un perfil político que excedía con mucho el de la simple identidad latinoamericanista. Según las crónicas, el primer acto de la nueva organización fue verdaderamente multitudinario: se contaron casi diez mil asistentes, se denunció la opresión y el saqueo de las riquezas de Asia, África y América Latina por los imperialistas europeos y norteamericanos y se formuló una adhesión especial a la campaña llevada adelante por Abdel-Krim en defensa del Rif. Por otra parte, la participación desde la tribuna de los dos dirigentes más importantes de la época, Alfredo López por los obreros, y Julio A. Mella por los estudiantes (junto a

⁶⁷ El manifiesto-programa de la LAI cubana fue publicado originalmente en dos periódicos de La Habana: en *El Heraldo*, el 6 de julio de 1925, y en *Nueva Luz*, el 20 de julio de 1925.

⁶⁸ En una carta interna a los asociados a la LAI, y luego de referirse a la clara situación de desventaja de los pobladores de origen africano en la sociedad cubana, Mella afirmaba que “el negro, ‘y no hay ofensa en decir negro, como no la hay en decir blanco’, sólo puede encontrar como aliado para su reivindicación a los que luchan en el campo social. Es el puesto de los obreros, estudiantes e intelectuales, que han constituido esta Liga para reivindicar la Libertad perdida por el pueblo de Cuba. ¡Venid a nosotros camaradas! Recordad que la fuerza de vuestra unión y de la cooperación las tenéis en la forma imponente y eficaz con que vuestro local se construyó. Piedra a piedra, con el esfuerzo de todos, crearemos el bello y grande edificio de la sociedad futura. ¡Sed obreros de este ideal!” (IHC 1/2: P.E. 2.2/6/51/1; IHC 1/2: P.E. 2.2/6/51/1; IHC 1/2: PE 2.2/6/51/1)). Así, la Liga cubana se ocupaba de imitar a su par estadounidense, la que contaba con una importante presencia de agrupaciones conformadas por militantes de raza negra.

Alejandro Barreiro y Alfonso Bernal del Riesgo), también puede dar una idea de las importantes dimensiones que llegó a tener el encuentro⁶⁹.

Sin embargo, la respuesta de Machado ante el desafío planteado por la nueva organización (que en breve sería acompañada en sus acciones por el Partido Comunista) resultó terminante: desencadenó persecuciones policiales contra sus principales dirigentes, ordenó la deportación de los luchadores antiimperialistas de origen extranjero (llegando incluso a expulsar a varios que eran cubanos) y restringió al máximo la circulación de la prensa obrera. Todas estas medidas motivaron que, a poco de ser fundada, la Liga cubana tuviera que apelar a la solidaridad de sus pares en el continente (*El Libertador*, N° 6: 10/25). Sin amilanarse ante la nueva situación, y con grave riesgo sobre su propia vida, Julio A. Mella multiplicó sus actividades y se dedicó a vincular a la Liga con otras asociaciones obreras y estudiantiles de la época, en la creencia de que esta organización era “el único paso concreto y práctico que se había dado contra el imperialismo yanqui” (citado en Dumpierre, 1976: 31-2). De esta manera y a modo de resguardo para sus propios militantes y seguidores, pronto la LAIC articuló su funcionamiento con la Universidad Popular, con la organización de los preparativos para el próximo recibimiento a los tripulantes del barco soviético “Vatzlav Vorosky”⁷⁰, y con otras actividades de carácter sindical, que derivarían en la fundación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOOC), el 7 de agosto, durante el Tercer Congreso Obrero Nacional celebrado en la ciudad de Camagüey (Risquet Valdés, 2005: 355).

Por otra parte, y más allá de que por sus propias características la organización no se asumiera en ningún momento como de filiación marxista, resultaba innegable la vinculación cada vez más estrecha con la Agrupación Comunista de la Habana, la que entre el 16 y el 18 de agosto finalmente dio origen al Partido Comunista de Cuba. Pese a que su congreso fundacional no se ocupó de elaborar un programa político detallado (ya que, como precisaba el dirigente Fabio Grobart, todavía no se hallaba en condiciones de hacerlo), en cambio sí acordó luchar por el comunismo y apoyar a la Liga Antiimperialista en sus propias iniciativas⁷¹. Varios integrantes de la comisión directiva de la Liga, como Mella, Carlos Baliño, Alejandro Barreiro y Alfonso Bernal del Riesgo fungieron además como miembros del Comité Central del nuevo partido, lo que si por

⁶⁹ Se contó además con la presencia de traductores para los distintos grupos idiomáticos asistentes al evento cuestión que, por otra parte, mereció una carta de felicitación por parte de Manuel Gómez, máximo dirigente de la Liga Antiimperialista de los Estados Unidos, con fecha del 24 de octubre de 1925.

⁷⁰ El barco soviético Vatzlav Vorosky llegó a aguas de Cuba proveniente de Buenos Aires y Montevideo, donde fue objeto de importantes manifestaciones de solidaridad. El 2 de agosto de 1925, ante una misiva secreta enviada por el Departamento de Estado en Washington, en la que se alertaba sobre los riesgos de la propaganda bolchevique en la región, Gerardo Machado prohibió la entrada del buque al puerto de La Habana. El Comité de Festejos por el arribo del barco decidió protestar ante el nuevo acto de subordinación del gobierno a los intereses norteamericanos por medio de un comunicado publicado en *El Herald de Cuba* al siguiente día. Finalmente, y al saberse que el Vatzlav Vorosky arribaría al puerto de Cárdenas, la Agrupación Comunista decidió enviar en secreto a un pequeño grupo de militantes, con Julio A. Mella al frente, para recibirlos y expresarles su solidaridad con la causa soviética (Cupull y Gonzáles, 2005: 48). La visita al barco soviético fue el eje del artículo “Una tarde bajo la bandera roja”, publicado por Mella en el periódico comunista *Lucha de Clases*, de La Habana, el 16 de agosto de 1925 (se encuentra reproducido en *Escritos Revolucionarios*, 1978: 77-80).

⁷¹ En este sentido, y una vez terminado el acto de constitución del PCC, Francisco Pérez Escudero, como miembro suplente del Comité Central, propuso que se le diera un fuerte apoyo a la Liga Antiimperialista recientemente creada como un punto inicialmente no previsto en el orden del día (Rojas Blaquier, 2005a: 38).

una parte fue útil para coordinar las acciones entre ambas entidades, por la otra dificultó un verdadero despegue de la organización antiimperialista, quedando sometida a los designios del Comité Central. En este sentido, la LAI cubana no estuvo exenta de atravesar por las mismas dificultades que aquejaron a la mayoría de sus pares del continente en relación con los Partidos, y que se traducían en los constantes intentos de éstos por controlarlas, pese a que en principio debían operar, más allá de algunas obvias ligazones, como entidades totalmente autónomas unas de otras (Kersffeld, 2005). Obviamente, esta actitud del PCC no hacía más que generar el rechazo por parte de algunos intelectuales y representantes de la clase media que integraban la Liga, solidarios y partícipes de todas las acciones de denuncia contra el imperialismo, aunque no por ello enrolados en la causa soviética propugnada por los comunistas. Fue nuevamente Mella quien con más perseverancia se ocupó de acercar posiciones entre ambos sectores y, con ello, de fortalecer a la Liga y al Partido en momentos en que la amenaza machadista se abatía con una furia cada vez mayor sobre las filas del movimiento obrero, obligando primero a la acción conjunta de las organizaciones comunistas y luego a su inevitable repliegue⁷².

Pese a las circunstancias cada vez más difíciles, la LAI continuó con su campaña antimachadista y antiimperialista⁷³. Colocando como eje la recuperación de Guantánamo, y aprovechando la presencia en ella de militantes que habían debido exiliarse de sus países de origen, la LAIC desarrolló campañas de solidaridad con los pueblos venezolano, peruano y boliviano, oprimidos por las tiranías de Juan Vicente Gómez, Augusto Leguía y Juan Bautista Saavedra respectivamente⁷⁴, y con los de Nicaragua, Haití, México y Panamá en donde la amenaza o, directamente, el intervencionismo estadounidense también se hacía sentir con gran virulencia. En este sentido, “la nueva organización se propuso un programa que incluía la abolición de la Enmienda Platt, la independencia total de Filipinas y Puerto Rico, la internacionalización del Canal de Panamá y otras demandas que divulgaba por medio de conferencias, mítines y veladas” (Toro González y Collazo Pérez, 1998: 228-9). En su campaña contra la Enmienda Platt, convertida en uno de los principales ejes de actividad durante su primera época, la Liga contó con la colaboración de la Federación Obrera de La Habana, la Federación de Estudiantes Universitarios (a través de su órgano *Juventud*), los sindicatos de Regla y Guanabacoa, y un grupo de inmigrantes chinos pertenecientes al Kuomintang.

Una nueva reunión de la Liga, celebrada el 23 de noviembre de 1925, se ocupó de ratificar la finalidad de la organización, “y la inclusión en ella de todos los partidarios de las luchas antiimperialistas, y la formación del Comité ejecutivo con secciones estudiantiles, así como de distintos sectores y clases sociales” (Fadragas, 2001: 41). Una de las primeras iniciativas fue la convocatoria a una “Semana Estudiantil”, promovida por el Comité Organizador de la Juventud Antiimperialista, integrado por Mella, Leonardo Fernández Sánchez, Aureliano Sánchez Arango, Adolfo Romero y Aquiles Capablanca, entre otros, con la finalidad de expandir a la naciente Liga en dicho sector de la población cubana. Junto a esta noticia, se adjuntaba una extensa proclama dirigida

⁷² Fondo reservado de la IC sobre Cuba, Informe M3-102, Secreto, hojas 382-5.

⁷³ Si bien varios de sus militantes comenzaron a ser perseguidos, durante esta primera época de represión machadista la Liga consiguió sobrevivir gracias a la participación en ella de intelectuales como Martínez Villena, Tallet, Roig y Marinello, lo que la convirtió, en cierta manera, en una organización “intocable”.

⁷⁴ Así, en septiembre de 1925 la LAI cubana dio a conocer su “Manifiesto contra las tiranías de la América” (IHC 1/2: PE 2.2/6/53/1).

“A los estudiantes” en la que se los invitaba a una reunión organizadora bajo las consignas “Abolición de la Enmienda Platt”, “Reintegración de Guantánamo a la soberanía del pueblo de Cuba” y “Reivindicación de los profesionales, campesinos, empleados, colonos y obreros explotados por el Imperialismo en los campos y ciudades”⁷⁵. El despliegue de tantas iniciativas, pese a los difíciles tiempos que corrían, no resultó en vano: según el *Boletín* N° 4 de la sección norteamericana de la LADLA, del 17 de diciembre de 1925, existían ya subsecciones de la Liga cubana en distintos barrios de La Habana así como también en algunas ciudades del interior como Camagüey⁷⁶.

En dichas campañas internacionalistas, en las que intervenían por igual sectores obreros, grupos de estudiantes e intelectuales revolucionarios y progresistas, la prensa se convirtió en un medio preferencial para dar a conocer las luchas de los revolucionarios contra la opresión: así, “circulaban en Cuba, aunque no en grandes cantidades, las revistas *Venezuela Libre* y *América Libre*, y además entraba al país en forma clandestina *El Libertador*, órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas” (Callaba Torres, 1998: 264). También eran vehículos de esa campaña el periódico *Justicia*, órgano no oficial del Partido Comunista, y la *Revista de Avance*, en la que colaboraban intelectuales progresistas. Fue así que durante sus primeros meses de vida, la LAIC se convirtió en un “verdadero movimiento de masas”⁷⁷.

El “Comité Pro Libertad de Mella” y sus derivaciones políticas

El tono cada vez más ofensivo de las propuestas y el desafío creciente al imperialismo estadounidense, sumado al contexto brindado por una importante ola huelguística, no

⁷⁵ IHC 23/7/1:5.1/3-7.

⁷⁶ IHC 35.820/15.1/17/14:13/1/1-3. Generalmente, eran los propios dirigentes quienes, por medio de giras por los pueblos y ciudades del interior de Cuba, se encargaban de realizar actos de corte antiimperialista para de ese modo contribuir a la creación de las filiales de la organización. La siguiente anécdota, relatada por la política y periodista Mariblanca Sabas Alomá, testimonia la participación de los liguistas en la ciudad de Banes y los obstáculos y peligros que frecuentemente debían vencer con tal de llevar a cabo su cometido político: “Un día, Julio Antonio Mella y un pequeño grupo de fundadores de la Liga Antiimperialista fuimos invitados por una conjunción de fuerzas de izquierda de Banes para ofrecer allí un acto que habría de celebrarse en el teatro principal de la localidad (...). Cuando llegamos a Banes una multitud impresionante nos acompañó hasta el teatro. Ya en su recinto, pudiendo apenas movernos entre una masa humana que aclamaba a Mella, deliberadamente se produjo una tremenda confusión. El acceso al escenario nos fue vedado por el alcalde municipal en persona y varios agentes de la fuerza pública. Se encontraba presente el Cónsul de los Estados Unidos. En un alarde de cinismo y de abyección que nos llenó a todos de indignación y de cólera, el alcalde nos dijo que ‘el acto no podía celebrarse, *porque lo había prohibido el Cónsul norteamericano*’. Era de fuego la sangre que comenzó a circular por nuestras venas. Julio Antonio Mella tomó una rápida decisión. El acto se efectuaría, de todos modos, ¡en la plaza pública!... Se organizó una manifestación imponente. Desafiando a los soldados y policías que trataron en vano de oponerse a nuestro paso, nos concentramos en el parque, se improvisó una tribuna ¡y el acto ANTIIMPERIALISTA que el Cónsul de los Estados Unidos en Banes, *agente del imperialismo*, prohibió, tuvo bajo el cielo libre de una patria cubana, una trepidante culminación!... De acuerdo con el programa confeccionado, debíamos hacer uso de la palabra Rubén Martínez Villena, Leonardo Fernández Sánchez, Julio Antonio Mella y yo. Los participantes en aquel histórico acto ANTIIMPERIALISTA, ofrecido en una época de sangrientas represiones y de servil sumisión al amo extranjero, no podremos olvidar jamás el discurso de Mella. (Aquella tarde, al originarse un tiroteo por medio del cual la policía intentó en vano disolver el mitin, resultó herido por una bala que le atravesó la palma de la mano el compañero Leonardo Fernández Sánchez. Yo escuché muchos disparos, mientras consumía mi turno en la tribuna)” (Sabas Alomá, 2003: 216, Vol. 1, cursivas en el original).

⁷⁷ RGASPI 495-105-5.

eran elementos que fueran a pasar desapercibidos para el mandato brutal de Gerardo Machado, por lo que algunos dirigentes de la Liga, junto a aquellos otros del PCC y de la CNOC, comenzaron a sufrir censura, persecuciones, expulsiones, tortura y muerte, en un plan que intentaba descabezar al ascendente movimiento obrero. Este clima de creciente terror tuvo su primer momento cuando el 2 de septiembre de 1925 se dio inicio al primer proceso judicial anticomunista, formulado en la causa N° 1361 por el “delito de conspiración para la sedición”, por el que fueron acusados Mella y Alejandro Barreiro, entre otros dirigentes obreros y partidarios⁷⁸. Cinco días más tarde, se dictó un auto de procesamiento contra un considerable número de militantes comunistas y de otras organizaciones revolucionarias⁷⁹. Ante el agravamiento de las condiciones políticas impuestas por el régimen, el 23 de noviembre se produjo una urgente reunión para reorganizar el trabajo de la Liga Antiimperialista. Mientras tanto, el 27 de noviembre, un día después de marchar al frente de una importante manifestación estudiantil, Mella fue arrestado junto con otros luchadores sociales y dirigentes comunistas y antiimperialistas (como Antonio Penichet) por infracción a la ley de explosivos, al resultar acusados por la explosión de fuertes petardos que estallaron en el teatro Payret y junto a las residencias del presidente de la Compañía Cervecería Internacional y del secretario de la Asociación Patronal de Cuba⁸⁰.

Pese a las difíciles circunstancias, la LAIC no tardó en responder el golpe por medio de la redacción de un manifiesto de fuerte contenido antimachadista que salió a la luz el 2 de diciembre. Así, se reclamaba que “las fuerzas todas antiimperialistas tienen necesidad de protestar contra las abusivas disposiciones del gobierno farsante liberal, que ha encarcelado a obreros injustamente”, por lo que se llamaba a trabajadores, campesinos, colonos, pequeños comerciantes y estudiantes a repudiar al régimen machadista y, muy especialmente, a las detenciones producidas el 27 de noviembre, reafirmando que en esa lucha tendrían cabida todos aquellos “que no están dispuestos a continuar trabajando para el yanqui ventrudo, en medio de una atmósfera de verdadera opresión y de terror para la clase obrera y campesina”⁸¹. Por último, resulta importante

⁷⁸ Algunos de los hechos más representativos de todo este difícil período fueron la firma del decreto presidencial 1601 para la expulsión de “extranjeros perniciosos” (27 de junio de 1925); la clausura del periódico *El Heraldo*, en el que colaboraba Mella, el 18 de agosto; el asesinato del comandante Armando André Alvarado, director de *El Día*, el 19 de agosto (quien además gozaba de un alto reconocimiento social debido a su actuación durante la guerra de 1895-1898); la expulsión de Cuba de José Miguel Pérez, primer secretario del PCC, el mismo 2 de septiembre; el asesinato del líder obrero Enrique Varona, el 20 de septiembre; y la expulsión de Mella de la Universidad, cinco días más tarde (Cairo, 2003: 385-6, Tomo 2).

⁷⁹ Un informe de Alfonso Fors, Jefe de la Policía Judicial de Machado, señalaba que habían sido procesadas, entre otras personas, “miembros organizadores y dirigentes del Partido Comunista de Cuba, de la Liga Antiimperialista de Cuba y de la Universidad Popular José Martí” (IHC, Fors, Alfonso, *Informe acerca de las actividades y de las ideas de Juan Marinello*, Fondo Vilaseca, 1930).

⁸⁰ En este segundo momento de la llamada “primera causa del comunismo” sólo fueron excluidos, aunque en frágil libertad condicional, Alfonso Bernal del Riesgo, Carlos Baliño, Ángel R. Ruiz y Francisco Pérez Escudero (Rojas Blaquier, 2005a: 48).

⁸¹ Archivo Nacional de Cuba, Fondo Audiencia de La Habana, Legajo 259, N°3. Mientras tanto, en un editorial de *Venezuela Libre* se expresó el siguiente repudio: “Haced llegar por los medios más visibles nuestra clara inconformidad por el encarcelamiento del día 27 de noviembre, simbólico para esta tierra, de más de 40 obreros y estudiantes, que han sido aprisionados no por bombistas (que sería tonto suponer ha sido ahora cuando se ha averiguado la participación de 40 hombres en hechos ocurridos hace más de tres meses) sino por miedo a que impida la servil labor de sometimiento imperialista y pueda la zafra desarrollarse tranquila en beneficio de los potentes trusts que roban a Cuba su riqueza y bienestar” (septiembre-diciembre de 1925). Por su parte, la Liga Antiimperialista puntualizaba: “¡Vivan nuestros presos, víctimas, no de imaginarios delitos, sino del crimen de no ser vendidos al oro yanqui!” (Roa,

destacar que aún estando encarcelado, en ningún momento Julio A. Mella dejó de trabajar para la constitución ideológica de la LAIC, tal como lo demostró su artículo “Hacia la Internacional Americana”, redactado el 2 de diciembre y publicado en *Venezuela Libre* en su número de septiembre-diciembre de 1925⁸².

Al someter al Partido a la ilegalidad, y al dificultar enormemente las tareas de la Liga (además de perseguir a sus integrantes de origen proletario) el fuerte régimen represivo instaurado por Machado había conseguido un primer gran éxito, ahondando las diferencias entre ambas organizaciones. Aunque, al mismo tiempo, la injusta detención de los dirigentes obreros y estudiantiles finalmente dio la posibilidad para que la filial cubana de la Liga llevara a la práctica una serie de acciones que, debido a las hondas repercusiones generadas y la participación solidaria de distintas organizaciones e instituciones de toda América, no tardó en constituirse en su primera campaña coordinada a nivel internacional. Esta iniciativa tuvo como motivo central la huelga de hambre llevada a cabo por Julio A. Mella entre el 5 y 23 de diciembre de 1925, adoptada como forma de protesta ante la negativa gubernamental a fijar una fianza para su liberación y la de sus compañeros, y ante el aislamiento en que se encontraba con respecto al PCC y la consecuente imposibilidad de coordinar una acción conjunta⁸³.

La determinación de iniciar la huelga de hambre fue comunicada por el propio Mella a sus compañeros Jacobo Hurwitz y Salvador de la Plaza, en una visita que éstos le realizaran a la cárcel diciéndoles además que, según él, las verdaderas razones del gobierno para mantenerlo encerrado radicaban en las huelgas de las centrales azucareras que podían llegar a impedir la realización de la tradicional zafra, junto con las actividades de la Liga (más aún a las emprendidas por su sección estudiantil, que al luchar abiertamente en el conflicto universitario se vinculó a los reclamos de los colonos) y, finalmente, también por su propaganda dentro de la Universidad, a donde de todos modos el dirigente encarcelado ya no podía concurrir debido a su expulsión⁸⁴. Más allá de estas especulaciones, lo cierto es que la decisión asumida por Mella no dejó de tener graves consecuencias tanto en su relación con el Partido, que la reprobó desde el primer momento, como con respecto a la Liga y la Universidad Popular, convertidas prácticamente en los únicos sostenes del líder comunista y, como se verá a continuación, en los pilares constitutivos del comité que peleó por su liberación.

1982: 154). En este sentido, también la Internacional Comunista, a través de uno de sus más importantes voceros, Jules Humbert-Droz (secretario del Buró Latinoamericano), saludó la vitalidad demostrada por la LAI cubana durante los primeros tiempos de la represión machadista (RGASPI 495-105-5).

⁸² En dicho trabajo, Mella afirmaba que como “los internacionalistas explotadores han creado ya una serie de organizaciones capaces de ir formando la conciencia continental de sumisión, (como) la Unión Panamericana, los sindicatos petroleros, las empresas cablegráficas, la propaganda cinematográfica y otras muchas, es necesario crear también una internacional americana capaz de aunar todas las fuerzas antiimperialistas y revolucionarias del continente para formar un frente único y poder contrarrestar la grandiosa influencia del enemigo”. Así, “esta unidad de la América sólo puede ser realizada por las fuerzas revolucionarias enemigas del capitalismo internacional: obreros, campesinos, indígenas, estudiantes e intelectuales de vanguardia” (Mella, 1978b: 84-7).

⁸³ Un compañero de detención de Mella, José Luis Fernández, recuerda así el modo en que el líder estudiantil resolvió iniciar su huelga de hambre: “El 5 de diciembre, Mella recibió la visita de una comisión. Recuerdo que en el grupo estaba el Dr. Gustavo Aldereguía. Hablaron largo rato, distantes de nosotros. Cuando se marcharon, Mella no vino a la mesa como era su costumbre. Esto preocupó al compañero Alfredo López. Se acercó a Mella y conversaron brevemente. Alfredo vino junto a nosotros y nos comunicó: ‘Mella ha decidido no ingerir alimento hasta que todos seamos liberados’” (citado en Padrón, 1980: 157-158).

⁸⁴ RGASPI, Fondo 495-105-2, Hoja 15).

El “Comité Pro Libertad de Mella” pudo nacer gracias al entusiasta trabajo desempeñado por Leonardo Fernández Sánchez (a estas alturas convertido en el máximo dirigente entre los estudiantes secundarios de La Habana), Rubén Martínez Villena y Gustavo Aldereguía (médico personal del líder cubano durante los difíciles días de su huelga de hambre). Valiéndose de la estructura de la LAI y de la UPJM, y de sus muchos y variados contactos en los medios intelectuales, académicos y artísticos, estas personalidades organizaron en muy poco tiempo un amplio frente de protesta y de solidaridad con Mella, que pronto traspasó las fronteras cubanas para convertirse en un movimiento de carácter internacional. Domiciliado en el local de la Sociedad de Torcedores de la Habana, el Comité se constituyó formalmente con Leonardo Fernández Sánchez como Presidente, y con Aureliano Sánchez Arango como Secretario, integrándose además por destacados profesionales y dirigentes sociales de diferentes estratos, tales como Orosmán Viamonte (junto con Martínez Villena, también abogado de Mella), Jorge Vivó, Manuel Cotoño, José Z. Tallet, Juan Marinello y Sarah Pascual; por otra parte, la presencia en él del portorriqueño Pablo de la Torriente Brau, de los venezolanos Eduardo y Gustavo Machado, Salvador de la Plaza y Carlos Aponte⁸⁵, además de los peruanos Jacobo Hurwitz y Luis F. Bustamante contribuyó, sin duda alguna, a imprimirle un interesante perfil latinoamericanista⁸⁶.

El Comité desplegó, de manera febril, distinto tipo de acciones, dirigidas a captar la atención de la sociedad y a lograr su solidaridad con el dirigente comunista injustamente encarcelado. Así, algunas de estas iniciativas fueron la publicación de declaraciones y manifiestos; la convocatoria a mítines y actos de protesta, tanto de obreros como de estudiantes, por todo el país; la realización de huelgas en los Institutos Secundarios, etc. Por otra parte, la emisión de un boletín diario sobre la salud del líder, a cargo de Aldereguía, y la cobertura cotidiana por parte de los periódicos (particularmente *El Día*) contribuyeron también a intensificar el dramatismo del caso⁸⁷. Pronto la solidaridad con Mella traspasó las fronteras de Cuba, encontrando eco tanto en militantes comunistas como en nacionalista y antiimperialistas. En México, la LADLA, junto a obreros y estudiantes, comenzaron a demandar la excarcelación del joven dirigente comunista, y el PCM, a través de su vocero *El Machete* dio a conocer una denuncia titulada “El terror blanco sobre el camarada Mella”. También se manifestaron en contra de la detención el presidente Calles, de México, junto con los Senados de ese país y de Argentina (por

⁸⁵ La permanencia de Carlos Aponte en Cuba, y su militancia dentro de la filial local de la Liga Antiimperialista se extendió hasta 1928 cuando debió huir debido al fuerte autoritarismo del régimen de Machado. Por intermedio de Rubén Martínez Villena y de Froilán Turcios, representante de Sandino en Honduras, consiguió introducirse en la guerrilla nicaragüense primero con el grado de ayudante y, luego, de subcoronel (Jaifets et al., 2005: 37).

⁸⁶ Según los recuerdos del médico Gustavo Aldereguía, antes que Viamonte se hiciera cargo del caso, hubo otro abogado, que duró muy pocos días en la defensa de Mella. El Comité tuvo sus orígenes en “un grupo de sus amigos que se constituyó en vocero de aquel hecho heroico. Y con sus conexiones internacionales, especialmente en América, los Machado, los peruanos que estaban aquí, como Jacobo Hurwitz, que era comunista (N. del A.: en realidad, todavía para esa época era un militante aprista), ayudaban. El grupo se reunía en mi consulta. Lo presidía Leonardo Fernández Sánchez. Nos reuníamos todas las noches. El boletín mío se publicaba en todos los periódicos del continente, en México, en *La Nación*, de Buenos Aires. El escándalo llegó a adquirir una magnitud tal que fue de una resonancia internacional. Rubén (Martínez Villena) era muy conocido; yo empezaba a serlo, y entre los dos formamos cierto escándalo” (ver Cairo, 2003: 277-8, Vol. 1).

⁸⁷ La violencia no fue ajena a la protesta cívica: el 17 de diciembre la policía impidió a los manifestantes salir de su punto de concentración, el Instituto de La Habana, mientras que más tarde reprimió con saña una demostración estudiantil realizada en el Parque Central.

iniciativa del dirigente socialista Juan B. Justo) y el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires. Por otro lado, el reporte con el estado de la salud de Mella aparecía todos los días en los principales periódicos latinoamericanos. También la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (AGELA), con sede en París, hizo valer su apoyo. Los telegramas de solidaridad provenientes del exterior y, al cabo de un tiempo, el aumento de las exigencias formuladas a Machado para la liberación de Mella comenzaron a producir nerviosismo entre los funcionarios del gobierno ante el temor de que la Confederación Nacional Obrera de Cuba organizara una huelga general apoyando el reclamo.

Un primer triunfo se obtuvo cuando el 14 de diciembre, y por solicitud de Aldereguía, Mella fue llevado desde la prisión a la casa de salud de la Quinta del Centro de Dependientes, traslado que por otra parte motivó la realización de un importante acto político⁸⁸. Cinco días más tarde, el PCM realizó un llamado a los obreros y estudiantes del continente con el objetivo de unir fuerzas en contra de Machado. Se organizaron manifestaciones, actos y mítines en pro de la libertad de Mella en distintos lugares del mundo, mientras que prominentes figuras de México, Uruguay, Chile, Argentina, Francia y Estados Unidos dejaron escuchar sus voces de protesta (Cupull y González, 2005: 55). Las embajadas y consulados de Cuba fueron asediadas por manifestantes en varias capitales latinoamericanas. Mientras tanto, la LAI estadounidense, junto con el Workers Party y la International Labor Defense (versión norteamericana del Socorro Rojo Internacional) llevaron a cabo distintas protestas bajo el lema “Solidaridad con los obreros perseguidos de Cuba” y una amplia serie de demostraciones frente a las representaciones de ese país, como la que se hizo en Nueva York con la presencia de más de dos mil manifestantes.

Ante la intransigencia del gobierno, la CNOC, apoyada por el Comité, decidieron convocar a una huelga general, mientras que simultáneamente comenzó a circular una carta llamando al pueblo cubano a boicotear las fiestas navideñas y a protestar frente a los templos religiosos para exigir a la alta jerarquía eclesiástica, que no había efectuado ningún pronunciamiento durante todo el proceso, que se solidarizara con el reclamo de libertad. Por último, también se unieron a las voces de condena, las de los veteranos de la Guerra de la Independencia de Cuba. El 22 de diciembre, Mella sufrió un colapso nervioso⁸⁹. Ante el visible agravamiento de la situación, un grupo de diputados presionó a Machado y a su Secretario de Justicia para que se lo dejara en libertad, cuestión que finalmente pudo resolverse al siguiente día cuando se le fijó una fianza de mil pesos, que fue inmediatamente pagada por el padre del detenido⁹⁰. Julio A. Mella fue liberado

⁸⁸ Del acto participaron como oradores familiares, amigos y compañeros de militancia. Así, hicieron uso de la tribuna su mujer, Olivia Zaldívar, Ángela Zaldívar, Gustavo Aldereguía, Jorge Barroso, Jacobo Hurwitz, Aureliano Sánchez Arango, Salvador de la Plaza, Ramón Redán, Rodolfo Pérez de los Reyez, Ángel Ruiz, Bernardo Valdés Hernández, Armando Sánchez Aballé, Ricardo Mestre y Luna, Francisco Pérez Escudero, Alejandro Barreiro e Israel Soto.

⁸⁹ Según los recuerdos de Fernández Sánchez, “Aldereguía, alterado, informa que si no se pone fin a la huelga dentro de 24 horas Mella morirá, porque no habrá posibilidad de recuperación ulterior (...). El dilema es: alimentar a Mella a la fuerza, o aceptar la responsabilidad de su muerte si no llega la libertad en 24 ó 48 horas. El Comité se divide. Menudean los incidentes personales y las acusaciones exaltadas. Triunfa la opinión de que Machado no resistirá 24 horas más la presión nacional e internacional. Sostuve ese punto de vista. Mella es libertado” (ver Cairo, 2003: 311, Vol. 311).

⁹⁰ Los pedidos para liberar a Mella no sólo incluyeron la súplica a la hija y a los padres de Gerardo Machado (quienes se mostraron en todo de acuerdo con la demanda), sino que también dio lugar a una violenta entrevista, realizada el 12 de diciembre entre el dictador y Rubén Martínez Villena en la que,

el 23 de diciembre de 1925, luego de negarse a ingerir alimentos durante dieciocho días, lo que le ocasionó una pérdida de peso de treinta y cinco libras. Su excarcelación fue vivida como la primera derrota del régimen machadista (Roa, 1982: 156-9)⁹¹.

El tajante rechazo a la huelga de hambre de Mella, sumado a la situación de ilegalidad en la que se encontraba y que, por lo tanto, dificultaba sobremanera sus tareas, colocó al PCC al margen de las campañas encaradas por el Comité, no sin que existiera un enfrentamiento cada vez más explícito entre ambas organizaciones, a punto tal que ante la dilación para imprimir un manifiesto de protesta en contra de las detenciones de Machado, la jefatura de la Liga decidió redactar un comunicado público dirigido a la Comintern con el fin de denunciar a sus camaradas por el “delito de pasividad”⁹². El 13 de diciembre, mismo día en que el PCC finalmente daba a conocer su declaración, la LAI cubana publicó una *Carta abierta al Sr. Presidente de la República*, escrita por Martínez Villena, en la que, con la firma de unos cincuenta intelectuales, se reclamaba por la libertad de Mella quien, en una velada crítica hacia sus compañeros del partido, “había sido abandonado por mezquinos motivos, de todos aquellos a los cuales ha dedicado sus esfuerzos”⁹³. Cinco días más tarde, la relación entre ambas entidades se complicaba aún más cuando su recientemente nombrado abogado defensor, Orosmán Viamonte, en escrito oficial dirigido al juzgado, daba a conocer su presunción de que la decisión de Mella era “inspirada por sus ideales político-sociológicos, y para protestar del silencio en que permanecieron sus compañeros ante un encarcelamiento que considera injusto” (Rojas Blaquier, 2005a: 54). Para ese entonces, las miradas discrepantes en torno al “caso Mella” tornaron inevitable la ruptura entre la LAI y el Partido.

Ante esta conflictiva situación, el PCC realizó gestiones para reanudar cuanto antes sus relaciones con los antiimperialistas, ya que de lo contrario estarían contraviniendo una orden emitida directamente desde la Comintern. Con este objetivo, el Partido designó a dos de sus hombres (Alejandro Barreiro y “Mayarí”) para que contactaran a los miembros del Comité y se pusieran de acuerdo a fin de reorganizar la dirección de la Liga. Ésta finalmente quedó conformada por cinco miembros, de los cuales únicamente dos iban a ser comunistas: el ingeniero Ángel Ruiz (uno de los pocos miembros del Comité Central que había podido resistir a las persecuciones policiales) y José Acosta (vicesecretario desde la conformación original del grupo). Mientras que, como Secretario General, fue designado Jorge A. Vivó quien, en discrepancia con la actitud asumida contra Mella, recién se afiliaría al PCC a fines de 1926. Sin embargo, este

según Pablo de la Torriente Brau, el joven poeta y futuro dirigente comunista lo habría bautizado con el epíteto de “asno con garras” (1949: 122-5).

⁹¹ Mella continuó sometido a tratamiento médico hasta fines de diciembre cuando, ya en estado de plena recuperación, pudo ser trasladado a su domicilio. Sin embargo, el gobierno de Machado impartió órdenes a la policía judicial para mantenerlo bajo estricta vigilancia.

⁹² Ver HIC, Fondo reservado de la IC sobre Cuba, Informe M3-102, Secreto, hojas 382-5.

⁹³ El párrafo completo decía así: “Julio Antonio Mella, rechazados los recursos legales interpuestos, sin que ninguna voz se levante para defenderlo de la injusticia cometida a su persona, abandonado, por mezquinos motivos, de todos aquellos a todos los cuales ha dedicado sus esfuerzos, ha resuelto, como única protesta posible y extrema, morir de hambre entre los hierros de la cárcel”. Algunos de los firmantes fueron los intelectuales cubanos Enrique Varona, Fernando Ortiz, Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, José Z. Tallet, Enrique Serpa, José Antonio Fernández de Castro, Otto Bluhme, Alberto Lamar Schweyer y José Manuel Acosta; la presidenta del Club Femenino Hortensia Lamar, el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob y el escritor nicaragüense Eduardo Avilés Ramírez (este último, también militante de la Liga cubana). El manifiesto, publicado el 13 de diciembre de 1925 en *El Heraldo de Cuba*, puede ser visto en Suárez Díaz (2004: 762, Tomo 2).

intento de reconciliación se vio frustrado cuando pocos días después el Partido citó a una reunión al Comité Provisional para terminar de conformar su reorganización: en dicha oportunidad, Orosman Viamontes, en plena junta, se negó a integrar la nueva dirección de la LAI, demostrando así el grado de irreconciliabilidad existente con el grupo de los intelectuales. Con todo, el momento más crítico en la breve existencia de la Liga llegó con la publicación de un manifiesto titulado “Al pueblo de Cuba”, que salió a la luz el 17 de abril de 1926 sin que existiera ninguna consulta con los dos miembros del Partido que formaban parte de su dirección. Según la crónica de *El Día*, publicada el 18 de abril en primera página, en dicha declaración se imputaba a los “capitalistas yanquis” de ser los únicos culpables de la grave crisis azucarera por la que estaba atravesando el país, se hacía constar que el asesinato de cuarenta obreros en Ciego de Ávila era producto de una “tiranía abominable” exigiéndose el fin “del remedio de los ‘suicidados’” al mismo tiempo que se condenaba la justificación que la prensa oficialista había hecho de este crimen⁹⁴. Debido al marcado tono antimachadista del comunicado, el gobierno cubano resolvió proscribir a la Liga y la inmediata detención de sus dirigentes en una decisión que, al parecer, no fue ajena a la propia voluntad del gobierno norteamericano⁹⁵.

Por otro lado, podemos afirmar que de ninguna manera la excarcelación significó el fin de los problemas para Julio A. Mella, convertido ahora en un líder de amplio reconocimiento internacional. Un juicio partidario, desarrollado entre el 10 y 13 de enero de 1926 se ocupó de juzgar su actitud, asumida como rebelde e individualista, en el momento de decidir la puesta en ejecución de la huelga de hambre⁹⁶. La dura sanción impuesta, a lo que se sumaría su partida definitiva de Cuba rumbo a México el 18 de enero de 1926⁹⁷, no dejaría de impactar gravemente en la organización de la LAI, condenada a la clandestinidad, en grave discordia con el Partido y, también desde ese momento, sin la presencia física de su fundador y más importante dirigente. Para empeorar las cosas, y sabiendo que después de lo ocurrido con Mella sus horas en Cuba también estaban contadas, una gran parte de los extranjeros militantes de la Liga también decidió apresurar su escape en dirección a México, como fueron los casos de Salvador de la Plaza y de Eduardo Machado (en tanto que Gustavo Machado, quien se encontraba en París, no tardaría demasiado tiempo antes de volver a unírseles).

Nunca como hasta ese momento la supervivencia de la LAIC como agrupación había estado tan en riesgo. Sin embargo, las circunstancias cada vez más difíciles por las que

⁹⁴ Los asesinatos de obreros en Ciego de Ávila, cometidos por bandas al servicio de Machado, causaron una honda repercusión pública. Sin embargo, al encontrarse a los cuerpos sin vida colgando de árboles, el gobierno adujo que se había tratado de un suicidio colectivo.

⁹⁵ En su edición del 15 de mayo de 1926, bajo el título “Insistimos”, la crónica de *El Día* se refería a la presión ejercida por los Estados Unidos para que se persiguiera a los militantes de la Liga como comunistas, en la que además se había aconsejado al gobernador de la Provincia de La Habana para que la declarara como asociación ilícita (IHC 23/7/1: 5.1/3-7).

⁹⁶ En definitiva, los cargos por los que se acusó a Mella fueron los de: “1) indisciplina; 2) insubordinación a los acuerdos del Comité Central Ejecutivo; 3) equivocaciones fundamentales de la táctica nocivas a los intereses del Partido; 4) manejo personal con la burguesía y contra el Comité Central Ejecutivo; y 5) falta de firme sentimiento de solidaridad”. A su vez, su condena implicó: “1) la separación total de toda actividad política por tres meses (luego se le disminuirá a dos meses); 2) la separación de las actividades del PCC por dos años; y 3) la reconversión privada y pública” (RGASPI, Fondo 495-105-2, Hoja 22).

⁹⁷ Durante una estancia de tres días en Guatemala, y bajo la constante mirada policial, Mella se dio tiempo y mañanitas suficientes como para consolidar el trabajo de la filial de la LAI antes de su partida a México. Su periplo centroamericano fue conocido a través de una carta enviada por él mismo a la dirección de la Sociedad de Torcedores, que salió publicada en su *Boletín* en enero de 1931.

atravesaba Cuba, sumado al restablecimiento de todos los derechos de Mella como afiliado al PCC en los últimos días de mayo de 1927⁹⁸, fueron factores que finalmente posibilitaron un nuevo encuentro entre las organizaciones comunistas de la Isla.

La Liga Antiimperialista frente a la embestida de Machado

Con la partida de Mella a México, las tareas de reconstrucción de la LAI y de su vinculación con el movimiento obrero y comunista de Cuba quedaron en manos de su gran amigo, Rubén Martínez Villena. A fin de reforzar su perfil y su base social, hubo una primera preocupación por fortalecer los lazos de la entidad antiimperialista con la UPJM, y con la Confederación Nacional Obrera de Cuba y la Federación Obrera de La Habana y, principalmente, con sus dirigentes, Carlos Baliño, Alejandro Barreiro y Alfredo López. A Martínez Villena, “a su diligencia, autoridad y empeño, se debió entonces que la Liga Antiimperialista vigorizara su aparato de dirección y extendiera su influencia política en el hostigado y dividido movimiento obrero” (Roa, 1982: 168). Por otra parte, a Leonardo Fernández Sánchez se le encomendó vincular la organización con el movimiento estudiantil universitario y con los alumnos de secundarios. Por último, y para mejorar su funcionamiento en la clandestinidad, la Liga fue reorganizada en subsecciones a partir del origen de los grupos nacionales, idiomáticos y religiosos que formaban parte de ella (españoles, judíos, chinos, etc.). Obviamente, y después de todo lo sucedido durante el “caso Mella”, en esta etapa de las tareas de reactivación de la Liga el Partido permaneció al margen, aunque esto no impidió que se produjeran paulatinos acercamientos entre ambas entidades.

Mientras tanto, Julio A. Mella, llegado al distrito Federal el 17 de febrero de 1926, no tardó en integrarse a las labores del PCM (en desacuerdo con la medida de expulsión a que fue sometido por el PCC), donde gracias a su capacidad de mando y al prestigio ganado por su lucha desde la prisión, al cabo de unos días se lo recompensó con el cargo de Secretario del Comité Continental de Organización, máximo órgano de dirección de la Liga Antiimperialista de las Américas, y con la administración de su

⁹⁸ La siguiente es la evaluación que de esta situación fue realizada por Humbert-Droz desde el Secretariado Latinoamericano de la IC: “el caso de Mella es característico de este doble error por parte de los elementos intelectuales inclinados hacia el individualismo, y por el Comité Central del Partido que, como una reacción a los otros, fue propendiendo hacia el sectarismo. No hay duda de que Mella actuó individualmente y sin tomar en consideración al Partido, con el que tenía la tendencia a subordinarlo a su personalidad, restando con ello el espíritu de disciplina que todos los miembros del Partido Comunista deben tener. Pero la sanción de la expulsión del Partido no estaba en relación alguna con la importancia otorgada a la vulneración de la disciplina, ni con las demandas requeridas por la situación política de ese momento, por lo que las tareas del Partido no sólo eran la de protegerse a sí mismo contra el individualismo, estableciendo una firme disciplina interna sino, sobre todo, mantener el contacto con las masas, las que se habían movilizadas por la defensa de Mella, para así utilizar el vasto movimiento popular para la defensa del Partido Comunista y de la Liga Antiimperialista” (RGASPI, Fondo 495-105-5). Por su parte, Stanislav Pestkovsky, ex embajador soviético en México y de paso por algunas horas en La Habana rumbo a Moscú a finales de octubre de 1926, además de referirse a Mella como “un líder de madera continental” (Roa, 1978: 176) afirmó que, con su expulsión, el PCC había cometido un “suicidio político” (RGASPI, Fondo 495-105-5). El “Caso Mella” fue objeto de disputa durante más de un año entre el PCC, el Partido Comunista Mexicano y la IC. La decisión de reincorporar a Mella al PCC se debió, en gran medida, a la presión ejercida por el Secretariado Político del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (RGASPI, Fondo 495-105-5). Asimismo, en la “Resolución sobre Cuba”, el PCC fue condenado por la expulsión del líder (Jaifets *et al.*, 2004: 208). Para consultar las distintas lecturas que se hicieron sobre la relación del Partido con Mella en este momento tan difícil de su historia, ver Rojas Blaquier (2005a: 53).

vocero *El Libertador*. Desde allí, y hasta su muerte, ocurrida tres años más tarde, se encargará de coordinar la lucha contra el imperialismo a nivel continental, aunque sin por ello descuidar la situación particular de Cuba⁹⁹. Por otra parte, la crisis en la que se encontraba la LAIC a causa de la represión machadista y de las divisiones internas resultó claramente expuesta en la carta que el 18 de septiembre de 1926 le enviara Mella a su amigo Gustavo Aldereguía, en la que lo instaba a su urgente reorganización ya que “(l)a Liga de las Américas no será la panacea, quizá tenga errores, sin quizá, los tiene. Pero cualquier cosa que se haga, que se funde, que surja, se hará, se fundará o surgirá con mayor eficacia si la Liga ha cumplido su misión histórica en el momento actual de señalar el peligro”. Por lo que concluía con la siguiente exhortación: “Algo hay que hacer. Digan una sola palabra que estén dispuestos a llevar a la acción y estaré con ustedes. Si no dicen ninguna, aquí va, por centésima vez la mía” (Mella, 1978c: 112-3)¹⁰⁰.

En gran medida, gracias a las constantes invocaciones de Mella, la Liga comenzó a dar nuevas señales de vida hacia octubre de 1926, cuando Martínez Villena convocó a una reunión conjunta de su dirección y de la UPJM, para evaluar la invitación a participar en las sesiones preparativas del Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial, a celebrarse en Bruselas a mediados del mes de noviembre (ante la cercanía de la fecha, el evento fue luego pospuesto hasta febrero del siguiente año). El comunicado, que llevaba la firma de Mella como Secretario Continental, remarcaba la importancia de que estas organizaciones cubanas participaran de un congreso internacional de estas características y, al mismo tiempo, le sugería a Martínez Villena la elaboración de dos monografías a ser presentadas en el encuentro: una, de índole más general, sobre la situación social, económica y política del país, y otra, más específica, sobre la cuestión campesina¹⁰¹. La inmediata aceptación de la invitación dio lugar entonces a la necesaria

⁹⁹ Su nombramiento como máxima autoridad de la LADLA fue dada a conocer en Cuba por medio de una carta del propio Mella, fechada el 23 de febrero de 1926 y dirigida a varios de sus compañeros de militancia (IHC 1/2: PE 2/6/57/1). Asimismo, en dicha nota les pedía un esfuerzo especial para adquirir los números de *El Libertador*, pidiéndoles asimismo olvidar la deuda contraída por parte de la filial cubana de la LAI con los editores de esta publicación, envuelta en una fuerte crisis económica. Impregnado de un fuerte sentido latinoamericanista, Mella no se despedía de sus compatriotas sin antes darles la siguiente recomendación: “hay que dejar de ser cubanos, con los vicios de España y las ambiciones de los Estados Unidos, para ser americanos, es decir, hombres de vanguardia en la acción y en el pensamiento” (Mella, 1978c: 91-2). Este mismo reclamo económico hacia los cubanos fue formulado por Úrsulo Galván, en una carta del 26 de abril de 1926 en la que solicita el pago atrasado por *El Libertador*, ya que necesitaban recursos para convertirla en una revista semanal, tal como era la intención de sus editores (IHC 1/14:43/3/4).

¹⁰⁰ La mencionada carta incluía otro párrafo en el que, con letras mayúsculas, Mella abogaba por la definitiva síntesis entre comunismo y nacionalismo en Cuba a partir de una fórmula antiimperialista suparadora: “La lucha contra el imperialismo de todas las fuerzas y tendencias, desde las obreras y campesinas hasta las burguesas nacionales (aunque éstas en su mayoría sean capaces de traicionar) es la lucha más importante en el momento actual, si el imperialismo puso a Machado para tener seguras sus inversiones, todos los oprimidos por el imperialismo lo quitarán para reconquistar o conquistar la libertad, cualquiera que sea el futuro de Cuba –futuro de uno o dos años, la revolución antirreleccionista, o futuro de seis más; pero futuro real e ineluctable para todos los que no seremos viejos dentro de diez años– tenemos el deber de Plantear el “problema nacionalista” para unos; el “social” para otros, pero antiimperialista para todos. Luego, se necesita la organización, la reorganización, debemos decir de la sección cubana de la Liga Antiimperialista de las Américas” (Mella, 1978c: 112). Así, el dirigente exiliado no era ajeno a la división que por entonces aquejaba a los miembros de la Liga cubana, por lo que insistía en la necesidad de una nueva vinculación en torno al eje común del antiimperialismo.

¹⁰¹ En una carta fechada el 15 de enero de 1927 desde Chicago, Manuel Gómez, secretario de la Liga estadounidense, invitaba a los cubanos a participar en el Congreso de Bruselas enviando sus propios representantes. Según su opinión, los puntos centrales que se debían tratar para los americanos era la

reactivación de la LAI. Por su parte, Martínez Villena comenzó a trabajar en los documentos solicitados con la ayuda de Jorge Vivó y de algunos otros miembros de la Liga quienes, como Raúl Roa, gustosamente decidieron colaborar en la búsqueda de material bibliográfico y estadístico¹⁰².

Por otra parte, este proceso de reactivación se completó con las reacciones generadas por la intervención militar norteamericana en Nicaragua, acaecida en los últimos meses de 1926 en apoyo a la asonada reaccionaria de Adolfo Díaz, y que motivó a un mismo tiempo la deposición del gobierno constitucional de Juan B. Sacasa y el consecuente surgimiento de la guerrilla capitaneada por Augusto C. Sandino. Las primeras expresiones concretas de este resurgimiento de la entidad antiimperialista fue la publicación de dos declaraciones que rechazaban por igual la injerencia de Washington en el vecino país centroamericano: el primero, dado a conocer el 31 de diciembre de 1926 y que con el título de *Manifiesto por la libertad de los pueblos de nuestra América contra el imperialismo norteamericano* fue firmado por un conjunto de intelectuales (varios de ellos, provenientes del movimiento Minorista¹⁰³), y el segundo, del 12 de enero del siguiente año, en un tono similar al anterior y rubricado por el grupo estudiantil “Renovación”. Así, y ya para el momento de realización del Congreso de Bruselas, resultó evidente el intento de la sección cubana Liga Antiimperialista por volver a trabajar con plena normalidad. Sin embargo, la dictadura imperante en la Isla pronto les demostraría a sus dirigentes las difíciles circunstancias por las que todavía le tocaría en suerte actuar.

defensa de Nicaragua y de México ya que “la propuesta de este Congreso es dar unidad y una expresión organizada a las luchas antiimperialistas” (IHC 1/14: 43/1/2).

¹⁰² La importancia atribuida al próximo Congreso Antiimperialista a realizarse en Bruselas y, sobre todo, a la necesaria participación de Cuba en él, puede ser interpretada a partir de la siguiente carta enviada por Mella desde México a su amiga Sarah Pascual, también militante de la LAIC, el 16 de septiembre de 1926. En ella afirmaba lo siguiente: “pienso ir para el mes que viene para Europa a un Congreso Antiimperialista Mundial que tendrá lugar en Bruselas. Invitan Barbusse, Saklatvala, Einstein, Kuo Meng, rector de la Universidad de Pekín, el Kuomintang, los socialistas y comunistas de Alemania y Francia y los delegados del movimiento revolucionario en las colonias inglesas: China, India, Egipto, etc. Será algo de gran provecho para la situación mundial de la acción revolucionaria. Creo que será imperdonable que no asistiese alguien de allá. Debía hacerse un esfuerzo para enviar delegado. La Universidad Popular, la Liga, las organizaciones obreras, estudiantiles, pero debía haber representación de alguien de los que están allá. La experiencia que se adquirirá en el congreso vale una vida. Trabaja sobre esto. Quien pueda ir sólo tendrá que contar con pasajes y muy poco más, pues la vida en Bruselas correrá a cargo de los compañeros comunistas. Si las circunstancias lo permiten, de Bruselas hará el viaje más fecundo del momento actual: Rusia” (*Escritos Revolucionarios*, 1978: 111).

¹⁰³ “La significación histórica de este pronunciamiento estriba en que, por vez primera, durante la república neocolonial, un grupo de intelectuales se enfrentaba a la penetración imperialista y convocaba a nuestros pueblos a la pelea, aunque sólo contiene una referencia escueta a la lucha por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui, sin indicar caminos ni soluciones” (Roa, 1982: 183).

QUINTA PARTE

EL CONGRESO DE BRUSELAS Y SUS CONSECUENCIAS POLÍTICAS PARA AMÉRICA LATINA

La realización del Congreso Antiimperialista de 1927

“Febrero primaveral en Bruselas. Filosa luz hendía la neblina, pulverizándola en acuosa transparencia sobre las baldosas de la ciudad. Hombres y mujeres de pigmento, indumentaria y lengua diversos, ascendían con gozo parlero, los severos escalones de mármol del palacio de Egmont. El Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial inauguraba sus sesiones”. Fueron éstas las palabras elegidas por Raúl Roa para describir los inicios de aquel momento histórico que seguramente marcaría un antes y un después en las luchas anticoloniales del siglo XX y en su progresiva imbricación con las fuerzas progresistas y comunistas existentes en Europa, pero también en América Latina y en los restantes continentes y regiones de nuestro planeta (1982: 189).

El organizador de este encuentro no era otro que Willi Münzenberg, el genial creador de organizaciones periféricas, quien (como ya se había mencionado en la Introducción de esta investigación) se dio a la tarea de coordinar a los variados agrupamientos anticoloniales y antiimperialistas por lo pronto existentes en Europa, para hacerlos confluir en un mismo frente de lucha. En principio, y a partir de la profunda indignación generada a nivel mundial por el bombardeo francés a Damasco en octubre de 1925, Münzenberg fundó un “Comité contra las Crueldades en Siria”, una organización de frente único, financiada por el Socorro Obrero Internacional y con sede en Berlín, cuya función principal fue la de denunciar las atrocidades provocadas por la dominación británica y francesa en países como Siria, China y el norte de África. A este Comité le siguió, el 10 de febrero de 1926, la fundación de la “Liga contra la Opresión Colonial” la que bajo la dirección de Louis Gibarti y Lucie Peters, consiguió establecer comunicaciones con la juventud china, hindú, indonesia e indochina que estudiaban en Berlín, París y Londres, así como también con los jóvenes de los países árabes (Melgar Bao, 2005: 20). Como un antecedente de lo que un año más tarde iba a ser la LCI, su Comité Ejecutivo estuvo integrado por personalidades de renombre: el político socialdemócrata alemán Georges Ledebour, el escritor Henri Barbusse, el dirigente del socialismo británico George Lansbury, el diputado hindú en el parlamento inglés Shapurji Saklatvala y el académico chino Kino Meng Yu. Sin embargo, esta organización no prestó demasiada atención a la cuestión latinoamericana: no sólo no contó con ningún dirigente de ese origen en su estructura de mandos sino que su periódico, *Der Koloniale Freheitskampf*, ni siquiera se editaba en español (sí lo hacía en inglés, alemán, francés y árabe) (Marjomaa, 2005: 14). Fue finalmente desde la Liga contra la Opresión Colonial que pudo ser convocado el Congreso de Bruselas de 1927, ideado con la finalidad de ampliar las redes de apoyo entre los distintos continentes y de terminar de

poner en contacto a entidades que, como la LADLA, funcionaban de manera más autónoma con respecto a otros frentes de lucha antiimperialista¹.

Como una suerte de resarcimiento ante la falta de interés por parte de esta primera Liga, el Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial, celebrado entre el 10 y el 15 de febrero de 1927 en el Palacio de Egmont, en Bruselas, se convirtió de hecho en una excelente oportunidad para que los principales líderes de la Liga Antiimperialista de las Américas pudieran difundir sus actividades y entraran en contacto con otros representantes europeos, asiáticos y africanos. Los más importantes dirigentes políticos e intelectuales de este movimiento mundial (muchos de los cuales se convertirían en los protagonistas de las luchas de liberación nacional durante las décadas de los '50 y '60 del pasado siglo) se dieron cita por primera vez pudiendo compartir experiencias enriquecedoras y, al mismo tiempo, coordinar futuras acciones tendientes a derrotar al enemigo en común. Gracias a este encuentro, la LADLA pudo alcanzar una amplia repercusión a nivel intercontinental, lo que posibilitó que sus tareas fueran reconocidas en ámbitos y organizaciones antiimperialistas de distintos lugares del mundo y, a su vez, convertirse en un importante precedente de la flamante Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional (LCI), entidad de coordinación entre los distintos movimientos anticapitalistas y nacionalistas fundada como corolario del Congreso. Sin embargo, la participación de la LADLA en este evento no dejaría de traerle consecuencias en su frente interno: su adhesión a los principios de la Internacional Comunista terminó por convertirse en el punto de ruptura con el APRA de Haya de la Torre, organización latinoamericanista que de ahí en más se transformaría en su más serio rival en la disputa por la conducción del movimiento contra al imperialismo en la región.

Al Congreso, la LADLA se adhirió por medio de sus secciones de la Argentina, Cuba, México, Nicaragua, Perú, Panamá, El Salvador, Venezuela y los Estados Unidos, y por medio del Comité Continental de Organización. Como delegados de la Liga asistieron Julio A. Mella (por parte del CCO y de las secciones mexicana, salvadoreña y panameña), Leonardo Fernández Sánchez (sección cubana), Gustavo Machado (sección nicaragüense), Víctor Raúl Haya de la Torre (sección peruana y panameña), Carlos Quijano (sección venezolana), Eudocio Ravines (sección argentina), y Manuel Gómez (sección estadounidense). Como se puede observar, y dada la escasez de recursos por parte de algunas secciones para enviar a sus propios delegados, en varios casos, una misma persona terminó asumiendo la representación de varias filiales (e incluso, de otras organizaciones políticas y sindicales). Asimismo, otra cuestión importante que influenciaría para la recreación de un espíritu latinoamericanista de solidaridad fue el hecho de que algunos delegados tomaran la representación de naciones que no eran las de su origen, como fue el caso de Ravines, exiliado peruano en la Argentina, o de Mella, como referente político de El Salvador y Panamá. Otros movimientos y partidos latinoamericanos que aceptaron la invitación (de los casi cuatrocientos que se hicieron presentes proviniendo de distintas

¹ Si bien fue desde la Liga contra la Opresión Colonial que fue realizada la convocatoria al Congreso, la logística del encuentro fue en realidad llevada a cabo desde la fracción comunista del Socorro Obrero Internacional, bajo la dirección política de la Comintern. "Carta a Willi Münzenberg del 2 de julio de 1926". *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 14/542-1-3.

partes del mundo) fueron el Partido Nacionalista de Puerto Rico, el APRA peruano, el Partido Revolucionario Venezolano, el Partido Socialista Revolucionario de Colombia, la Acción Iberoamericana, la Unión Latinoamericana, la Unión Obrera Venezolana, la Liga Nacional Campesina de México² y la Federación Obrera de Tampico.

Las condiciones para la realización de este encuentro no podían haber sido más oportunas: en China, el gobierno autónomo de Cantón resistía como un firme baluarte contra el imperialismo a medida que aumentaban las luchas en contra de la ocupación extranjera; en India, crecía el descontento en contra de la dominación británica por medio de un amplio movimiento político y social encabezado por el Congreso Nacional Indio, cuyo más importante líder, Gandhi, fue presentado en Bruselas por su mano derecha, Nehru; en Siria, las fuerzas insurreccionales contrarias a la dominación francesa realizaban incursiones armadas en Damasco, la capital del país; y, particularmente en el caso latinoamericano, una vasta reacción antiimperialista comenzó a actuar frente a las maniobras de los Estados Unidos en México y en Nicaragua. Y si en el caso de Oriente la centralidad de los debates era encabezado por el Kuomintang en un momento de ascenso de la luchas de liberación en China, en el caso de Occidente el protagonismo era asumido por los mineros británicos que habían mantenido una histórica huelga desde abril a noviembre de 1926, y que habían sido los máximos defensores del Comité Anglo-Ruso, creado en 1925 por la Internacional Sindical Roja y la central de la TUC (Trade Union Congress) como un primer paso para llevar a cabo la unidad gremial más allá de las fronteras del comunismo. En este sentido, podemos afirmar que el Congreso de 1927 posibilitó que los principales líderes del sindicato de los mineros ingleses llevaran al primer plano del escenario mundial sus demandas y sus luchas³.

Según la carta de invitación, los fines del Congreso podían ser resumidos en su divisa “Independencia nacional. Igualdad social”, y pretendían cubrir todos los aspectos en los que se desenvolvía la lucha contra el imperialismo, tomando como eje central la puesta en común en las reivindicaciones y en las campañas. De manera sintética, estos objetivos consistían en la investigación del trabajo en los países sometidos al imperialismo, la organización del movimiento internacional contra la opresión en las colonias u otros atropellos del imperialismo mundial, la coordinación de fuerzas para prestar apoyo moral y material a los pueblos y a las organizaciones que luchaban contra el imperialismo mundial, el establecimiento de relaciones permanentes entre todos los elementos que se enfrentaban al colonialismo, y la cooperación entre los movimientos de liberación nacional de las colonias y semicolonias con el movimiento obrero y revolucionario antiimperialista de las metrópolis (Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, etc.) (*La Chispa*, 4/12/1926). Por su parte, el CCO de la LADLA consideraba que la realización de este encuentro internacional iba a ser de excepcional importancia “ya que allí las fuerzas antiimperialistas del continente podrían llegar a un acuerdo sobre la lucha antiimperialista continental y unirían el

²Como sabemos, los campesinos de México quisieron enviar a su propio delegado, Aurelio Manrique. Sin embargo, debieron desechar esta posibilidad ante la carencia de recursos.

³ Aunque para la fecha de la realización del Congreso el Comité todavía continuaba con vida (recién se disolvería al siguiente año, como consecuencia de la ruptura de las relaciones entre Inglaterra y Rusia), ya para ese entonces era evidente el sesgo cada vez más conservador de la dirección de la TUC, contrario además a la radicalización del sindicato de base de los mineros, el que a través del llamado Movimiento Minoritario no tardaría en convertirse en su más firme opositor dentro del campo gremial.

movimiento de este continente al movimiento internacional de los pueblos coloniales amenazados por el imperialismo y las grandes potencias” (*El Machete*, 30/9/26).

Varias dificultades, de índole política, presupuestaria y organizativa obligaron a modificar el lugar y la fecha del proyectado encuentro antiimperialista. Así, antes de que finalmente se propusiera a Bruselas como sede, Münzenberg pensó en Berlín, ciudad en la que desarrollaba sus actividades para el partido, aunque el gobierno de Weimar finalmente rechazó la propuesta. París apareció como una opción alternativa, pero las autoridades francesas también se opusieron a la realización del evento, sobre todo, por la repercusión que éste podía llegar a generar en sus propias colonias. Por último, y luego de varias gestiones, Emile Vandervelde, el viejo dirigente de la Segunda Internacional convertido en secretario de relaciones exteriores de Bélgica, terminó autorizando la celebración del encuentro en Bruselas, aunque con la condición de que el gobierno pudiera presentar una lista propia de delegados y de que en ningún momento se mencionara la dominación belga sobre el Congo⁴.

Una vez establecido el lugar, el siguiente escollo que debieron atravesar los organizadores del Congreso fue de índole económica. En este sentido, si originalmente había sido planeado para noviembre de 1926, la escasez de recursos monetarios de varias de las organizaciones invitadas obligó a Münzenberg a tener que posponerlo para febrero del siguiente año⁵. Aunque a toda costa se intentó mantener la apariencia de total independencia de las estructuras cominternistas, terminó siendo el Socorro Obrero Internacional la entidad que más fondos aportó para la realización del encuentro. Por otra parte, y a nivel latinoamericano, fue también importante el apoyo político y económico brindado por Plutarco E. Calles: como hemos visto en el capítulo pasado, el presidente mexicano estaba realmente interesado en llevar a cabo una demostración de fuerza en contra de las ambiciones norteamericanas sobre el petróleo mexicano, llegando incluso a proponer a su embajador en Alemania, Ramón De Negri, de muy buena relación con los comunistas, para formar parte del Comité Organizador del Congreso⁶.

⁴ Finalmente ningún delegado belga tomó la palabra en el Congreso y, si bien se condenó al imperialismo de ese país, se lo hizo en los mismos términos que con respecto a Inglaterra y Francia y, por supuesto, sin mencionar el caso del Congo (Carr, 1976a: 311).

⁵ Según *La Chispa*, las organizaciones que pidieron la postergación del Congreso por falta de recursos económicos fueron el Kuomintang, la All India Trade Union Congress e “importantes fracciones políticas de los partidos de Egipto” (6/11/1926).

⁶ Aparentemente, fue el profesor alemán Alfons Goldschmidt quien sirvió de nexo entre Münzenberg y el gobierno mexicano. Según sus propias palabras, el presidente Calles justificó su participación en el Congreso “porque la lucha emprendida por su Gobierno era para beneficio de todos los pueblos” (*El Machete*, 30/9/26). Y de acuerdo a la publicidad del encuentro, en él también iba a tomar parte el gobierno autónomo de Cantón, junto con el de México, “los dos baluartes de la lucha antiimperialista”. Sin embargo, no todos los invitados al encuentro manifestaron su conformidad por esta participación y por la intervención solapada de los comunistas. Según habría comentado José Vasconcelos, amigo de Goldschmidt, a la delegación latinoamericana presente en dicho evento, “he venido a Bruselas con mi propio dinero para dar un escándalo internacional si se aprueba alguna resolución favorable a México. He sabido que este congreso es una maniobra de cuatro comunistas alemanes y del General Calles, y estoy dispuesto a desenmascarar públicamente a ese bandido que le cuesta a México más sangre que la guerra del ‘47” (*La Internacional*, 5/5/1928).

Finalmente, un último obstáculo a ser vencido tuvo relación más bien con los aspectos organizativos e institucionales del encuentro. En este sentido, y en todo momento, se hizo sentir el control directo por parte del Secretariado de la Comintern: el principio de la desconfianza hacia la propia figura de Münzenberg guió todos los trabajos preparativos, desde la selección de las organizaciones y personalidades a ser invitadas a la puesta en marcha de la logística preparatoria del encuentro en Bruselas. La selección por parte de la Comintern de un comisario político (Schneller, del Partido Comunista Alemán) al que se debía tener constantemente informado de todo lo que aconteciera vino a sumar más mediaciones y controles al asunto. Por otra parte, tampoco fueron ajenos a este escenario la generación de toda clase de rumores en contra de los colaboradores de Münzenberg, principalmente, del hindú Virendranath Chattophadyaya, acusado de promover una facción tendiente a “liberarse del control comunista” y de favorecer con sus intentos secesionistas la infiltración de elementos antisoviéticos. El éxito de la convocatoria, por otra parte, no hizo más que aumentar la desconfianza por parte de la Comintern de una organización antiimperialista que crecía, aparentemente, sin que Moscú pudiera ponerle frenos ni control⁷.

La organización del Congreso intentó dar cuenta de toda esta gran heterogeneidad proporcionada por los movimientos contra el imperialismo, y de la amplitud de miradas que sobre el mismo fenómeno poseían dirigentes políticos, sindicalistas e intelectuales, ya sea que estos provinieran de las potencias capitalistas o del espacio periférico de las colonias y semicolonias. Según una circular emitida por la Liga contra la Opresión Colonial, el Comité Organizador del Congreso finalmente quedó conformado de la siguiente forma: “la viuda del doctor Sun Yat Sen y el profesor Kino Meng-Yu, por China; Jawaharlal Nehru, por India; Mohamed Hafiz Alamadan Bey, por Egipto; Ramón P. Denegri, por México; profesor Theodor Lessing, profesor Alfons Goldschmidt y Willi Münzenberg (diputado), por Alemania; Henry Barbusse, Ferdinand Buisson y Albert Fournier (diputado), por Francia; George Lansbury, James Maxton y Saklatvala, por Inglaterra; profesor William

⁷ A partir del siguiente párrafo podremos darnos una idea de las diversas instancias de control que entraban en acción dentro de la Internacional Comunista con relación a eventos de importancia como lo fue el Congreso de Bruselas: “En vista de la importancia política del Congreso Colonial propuesto y del enorme trabajo preparatorio que se debe realizar, el Secretariado de la IC ha creado una comisión permanente para mantener contacto con Ud. y para asistirlo con las regulares instrucciones. Yo soy el responsable del trabajo de esa comisión. La comisión se encargará de realizar informes regulares y de contribuir al progreso del trabajo. Copias de todas las cartas, material impreso y otros documentos recibidos desde las colonias, u organizaciones e individuos conectados con el movimiento revolucionario de las colonias, deberá ser reenviado a la Comisión junto con el informe pertinente. (...) El Secretariado de la IC ha sido informado de que, de acuerdo con su resolución del 30 de marzo (...), el Comité Central del Partido Comunista Alemán ha nombrado al camarada Schneller para examinar el estado del trabajo de la Liga y de todos los materiales relacionados con la preparación del Congreso Colonial”. Carta del Secretariado de la IC a Münzenberg, en Berlín, al 29 de mayo de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 14 542-1-3. Sin embargo, el pedido efectuado a Münzenberg en una carta posterior, del 2 de julio de 1926, en la que se afirma que “debemos dejar atrás los errores (y) la Comisión (de la Comintern) estará en una posición más inteligente para evaluar todo este trabajo si se la provee de todos los materiales necesarios”, en realidad nos hace pensar en las resistencias del dirigente alemán por querer compartir con las instancias superiores de mando en Moscú la organización del evento. “Carta a Willi Münzenberg del 2 de julio de 1926”, en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 14/542-1-3.

Pickens, profesor Roger Baldwin, por los Estados Unidos; José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Luis Casabona y César Falcón, por la América Latina” (*El Machete*, 2ª Quincena de febrero de 1927).

Como se puede observar, la participación de los latinoamericanos dentro del Comité Organizador no fue un dato menor: de alguna forma, era un reconocimiento internacional a los movimientos de liberación nacional suscitados en la región en los últimos tiempos. Por otra parte, y más allá de que finalmente no pudo hacerse responsable del cargo que oportunamente se le había ofrecido, resulta importante destacar que como delegado personal del presidente Calles, el nombre de Ramón De Negri figuró en el Comité separado de los restantes representantes de la región. Ugarte y, sobre todo Vasconcelos, se ocuparon de recrear a través de su presencia el lugar preponderante de los intelectuales latinoamericanos en su apoyo a las luchas nacionalistas y anticoloniales. Por la LADLA, el único apoderado fue el periodista César Falcón (corresponsal del diario madrileño *El Sol* en Londres y cofundador, junto con José C. Mariátegui, de la primera célula comunista peruana), mientras que Alfonso Goldschmidt, alemán residente en México, asumió la representación de los exiliados pertenecientes al Partido Revolucionario de Venezuela.

Los 164 delegados presentes, más de cien provenientes de países coloniales y semicoloniales, representaron una amplia y brillante variedad de organizaciones izquierdistas y nacionalistas⁸. De acuerdo al compromiso finalmente asumido por la Comintern (que de todas formas, y por una cuestión táctica, nunca fue explicitado) no hubo nadie que representara oficialmente a algún partido comunista. En este sentido, y a lo largo de los debates, diversos oradores insistieron en que no eran comunistas y no hubo ningún delegado de la Unión Soviética: de hecho, la única organización en Moscú que tuvo una invitación oficial fue la Krestintern, la Internacional Campesina, que envió un telegrama de saludo⁹. Así, el ocultamiento de la verdadera identidad de los organizadores fue un elemento que se trató de mantener desde la misma convocatoria del Congreso, ya que el propósito de la Comintern era el de aparentar “actuar como un intermediario neutral entre el comunismo internacional y el movimiento nacionalista de las colonias”¹⁰. Sin embargo, tanto la Revolución Rusa como el Estado soviético estuvieron presentes en el discurso

⁸ Por encargo directo de la Comintern se invitó a “organizaciones nacionalistas y revolucionarias de las colonias, organizaciones obreras de las colonias, organizaciones liberales y democráticas en las colonias, organizaciones de inmigrantes coloniales” (aunque aclarándose que con éstas últimas las invitaciones debían ser efectuadas “con gran precaución, ya que los grupos de inmigrantes suelen estar llenas de oportunistas y de elementos provocadores”, por lo que “antes de establecer contacto con ellas, y de invitarlas a participar del Congreso” debían ser seriamente examinado su carácter representativo). Asimismo, y junto con las organizaciones obreras, debían “ser invitados para formar parte del Congreso elementos liberales y radicales de los países imperialistas”. Carta a Willi Münzenberg del 2 de julio de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 14/542-1-3.

⁹ De hecho, Victorio Codovilla, Koenen y Lominadze estuvieron presentes como “emisarios de la Comintern”, pero no actuaron como delegados y no tomaron parte en las sesiones, y aunque el PC de Gran Bretaña envió una importante delegación, en las actas del congreso únicamente figuró el nombre del comunista Harry S. Pollit (Carr, 1976a: 312). Víctor Alba se refiere a que, según sus memorias, Nehru supuso que el Congreso había sido organizado por el Kuomintang (1960: 82).

¹⁰ Carta del Secretariado de la IC a Münzenberg, en Berlín, al 29 de mayo de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 9 495-20-956. Rollo N° 14 542-1-3.

inaugural pronunciado por Henri Barbusse¹¹ y luego, también en el del General Liau, enviado del Kuomintang, quien se manifestó en contra de la guerra y de la amenaza imperialista a China y la URSS (*Le Drapeau Rouge*, 12/2/27)¹². Por último, y aunque fue importante el cuidado puesto de manifiesto por los comunistas para no alejar con su participación a los sectores más liberales, lo cierto fue que la mayoría de las organizaciones socialdemócratas boicotearon el Congreso acusándolo de ser una simple estratagema por parte de Moscú¹³.

El centenar y medio de organizaciones participantes llegaron de prácticamente todos los confines del globo. Luego de la comisión alemana, con veintiséis integrantes, la delegación más numerosa provino de China: sus veinticinco miembros incluían a representantes del Kuomintang, de los sindicatos y de organizaciones estudiantiles radicadas en distintos países (y según las directivas de los organizadores del Congreso, no hubo ningún representante del Partido Comunista Chino). Asimismo, y además de la participación de varios países latinoamericanos, hubo emisarios de la corriente nacionalista egipcia, de Corea, Indochina, Indonesia, del Partido Revolucionario Republicano de Persia, de varios partidos de Siria, del norte de África, de Senegal y también de la población negra del sur de África y de los Estados Unidos. De la India, representada por el Congreso Nacional Indio, se contó con la presencia de Jawarharlal Nehru, “el delegado asiático más destacado” (Carr, 1976a: 312)¹⁴.

¹¹ Gravemente enfermo, Barbusse dirigió un saludo “a la República de los obreros y campesinos que, por primera vez en la historia han establecido un régimen de equidad para las nacionalidades y las minorías en el seno de su gran congregación social” (*América Libre*, N° 1: 12).

¹² Además de los mencionados Barbusse y el general Liau, la apertura contó con la intervención del dirigente minero S. O Davies (quien de hecho abrió el Congreso señalando la necesidad de unir las reivindicaciones de los pueblos oprimidos con aquellos otras de los obreros de los países imperialistas), el Dr. Marteaux, Nehru, Sen Katayama, José Vasconcelos y Fenner Brockway (líder del laborismo independiente, quien se declaró en plena solidaridad con las exigencias del pueblo hindú). También habló H. B. Moore, del Congreso de Obreros Negros de Norteamérica, quien se ocupó de describir la discriminación cotidiana padecida por los millones de hombres de color en los Estados Unidos. Un delegado de Cantón, Hainun Kuan Sen, joven oficial del ejército, abundó sobre los enfrentamientos que se estaban produciendo en China. Un orador pidió a su vez que las uniones gremiales protestaran contra la presencia de aviadores norteamericanos en el ejército francés en África (días más tarde, el diplomático italiano Miglioni, que había huido del gobierno de Mussolini en Italia, declaró que los fascistas estaban enviando tropas a China con el objetivo de conseguir el apoyo británico para su política de penetración en Albania). El cierre del acto de apertura fue expresado a partir del fraternal saludo entre Brockway y Liau “simbolizando con este gesto la unión de los trabajadores ingleses y del pueblo chino contra el imperialismo” (*Le Drapeau Rouge*, 12/2/27, *La Internacional*, 19/2/1927). Este acto de apertura fue incluso programado desde el Secretariado de la Comintern: “El Congreso deberá ser abierto con discursos de agradecimiento por representantes de organizaciones obreras y radicales de los países imperialistas (importantes líderes sindicales, socialdemócratas de izquierda, radicales burgueses, etc.), para ser utilizados para esta propuesta”. “Carta a Willi Münzenberg del 2 de julio de 1926”, en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 14/542-1-3.

¹³ Pese a todo, el diario de la socialdemocracia belga *Le Peuple* que había intentado conspirar contra el encuentro por medio de la publicación de una circular que había sido dada a conocer primero en el *Boletín* de la Segunda Internacional, debió reconocer que el Congreso era de una importancia histórica excepcional (*Lo Stato Operario*, s/a: 57).

¹⁴ En sus memorias, Nehru afirma que gracias al Congreso pudo tomar contacto con muchos delegados asiáticos (entre ellos, Mme. Sun Yat Sen) y que también allí conoció a Ho Chi Minh y que forjó una buena relación con el norteamericano Roger Baldwin (Moraes, 1962). Según Carr, la participación de Nehru en el

Además de la asistencia de los representantes del mundo colonial y semicolonial, el congreso también contó con la presencia de destacados luchadores políticos y sociales provenientes de los países imperialistas. La delegación británica estuvo compuesta por quince miembros, y contaba con destacados integrantes como Harry Pollit, quien había llegado como hombre del Movimiento Minoritario; S. O. Davies, como representante de la presidencia de la Federación de Mineros Británicos; y el popular dirigente laborista George Lansbury. Por parte de los Estados Unidos se hizo presente un pequeño número de delegados que incluía, entre sus miembros más destacados a Roger Baldwin, secretario de la Unión de Libertades Civiles Americanas e integrante de la filial norteamericana de la LADLA. Asimismo, y mientras que por Francia estuvo como uno de sus representantes el futuro presidente León Blum, por Bélgica lo hizo el diputado A. Marteaux, mientras que por Holanda, la veterana dirigente Henriette Roland-Holst (siendo también una de las pocas mujeres participantes del encuentro). Finalmente, Japón concurre al evento a través de su único apoderado, el dirigente comunista y experimentado cuadro cominternista Sen Katayama, quien años antes también había actuado en México.

El antiimperialismo también demostró ser una plataforma altamente eficaz para unir a distinguidas personalidades simpatizantes con la Unión Soviética pero que no querían comprometerse (al menos abiertamente) con el comunismo. En este sentido, y además de Henri Barbusse, que estuvo presente y que fue elegido para ocupar la presidencia honoraria, enviaron saludos al congreso los literatos franceses Romain Rolland y Victor Margueritte. Además de la dirigente comunista alemana Clara Zetkin también el físico alemán Albert Einstein envió un mensaje de salutación y fue elegido miembro de la presidencia honoraria, al igual que el poeta Rabindranath Tagore. Asimismo, Gandhi y S. Srinivasa Iyengar (presidente por aquel entonces del Congreso Nacional Indio) hicieron llegar sus saluciones y agradecimientos a los organizadores y participantes del evento¹⁵. Entre los delegados que intervinieron en el Congreso se encontraban también el poeta alemán Ernst Toller, íntimo amigo de Münzenberg, y otras destacadas personalidades de los ámbitos académico, como Kino Meng Yu (rector de la Universidad de Pekín) y político, como Georg Ledebour (líder del Partido Socialista de Alemania), Shapurji Saklatvala (diputado por la India en el parlamento británico) y Edo Fimmen (dirigente del Sindicato Internacional del Transporte)¹⁶.

Para la estructuración del Congreso, el Comité Organizador fijó el siguiente orden del día:

- 1) La política colonial imperialista y sus consecuencias en los países coloniales y semicoloniales. Informantes: los representantes de los países oprimidos y amenazados por el imperialismo.
- 2) El movimiento de liberación de los pueblos oprimidos y la ayuda del movimiento obrero y de las organizaciones avanzadas de los países imperialistas. Informantes:

Congreso de Bruselas fue un punto clave en su giro por una posición abiertamente revolucionaria (1984c: 286).

¹⁵ Debido al éxito del encuentro de Bruselas, el Congreso Nacional Indio pidió su afiliación a la Liga Antiimperialista en diciembre de 1927

¹⁶ Quien al mismo tiempo fungió en el Congreso como representante de la CROM, de México.

representantes de México, de China, de la India; diputados ingleses, franceses y alemanes.

- 3) La cohesión del movimiento nacional de liberación y del movimiento obrero en los países coloniales e imperialistas.
- 4) Creación de una organización mundial permanente contra la opresión colonial y el imperialismo; concentración de todas las fuerzas de los movimientos nacionales de liberación y del movimiento obrero de todos los países (*El Machete*, 2ª quincena de febrero de 1927).

Así, y hasta el acto de cierre del 15 de febrero se celebraron un total de diez sesiones en las que los oradores expusieron las problemáticas políticas, sociales y culturales ocasionadas por el imperialismo en cada país en particular. En total se aprobaron 26 resoluciones y, como era de imaginarse, el proceso revolucionario chino fue el primer y principal tema del Congreso, resolviéndose dos medidas sobre esta cuestión: una a propuesta de la delegación china y otra conjunta de las delegaciones británica, china e india que incluía una petición de retirada de las fuerzas armadas inglesas e indias de Extremo Oriente; igualmente, existió una declaración chino-india sobre la lucha contra el imperialismo británico. Ledebour formuló un pedido dirigido al sindicato del transporte para que se opusiera al despacho de tropas y municiones contra China. Nehru presentó dos saludos del Congreso Nacional Indio y patrocinó una resolución que pedía “la completa liberación de la India” y movilizaciones que evitaran el envío de más ejércitos a China. Otra resolución pedía también la retirada de los soldados indios de Mesopotamia. Por su parte, Mohammed Hatta se encargó de señalar las grandes problemáticas de la colonización en Indonesia a través de un extenso discurso y del pedido de aprobación de tres grandes reivindicaciones: la derogación de la política de detenciones y ejecuciones adoptada tras la insurrección que tuvo lugar en la región entre fines de 1926 y principios de 1927, el progreso de la población indonesia hacia la total independencia y la autodeterminación nacional, y el apoyo a la revolución china¹⁷. Los representantes de Egipto, Siria y Palestina, África del Norte, del Centro y del Sur, Indochina y Corea hablaron ante las restantes delegaciones, refiriéndose a los efectos generados por el imperialismo en cada caso en particular, por lo que presentaron resoluciones que fueron oficialmente aprobadas o incluidas en las actas¹⁸.

La cuestión sindical también estuvo presente en el momento de las resoluciones, cuando Fimmen y diecisiete delegados más señalaron el olvido del movimiento gremial no occidental por parte de los sindicatos y las socialdemocracias europeas, y también cuando en solidaridad con el movimiento revolucionario chino y de otros pueblos coloniales y semicoloniales realizaron llamamientos en favor de la adopción de huelgas parciales y generales contra la economía de los países imperialistas. Por último, también la cuestión de la raza negra se convirtió en un tema central de los debates del Congreso: Lamine Senghor,

¹⁷ El delegado de la Oficina Antimilitarista Internacional de La Haya también se solidarizó con el pedido de independencia de Indonesia.

¹⁸ Sin embargo otras cuestiones, como la situación política de Oriente Medio y del pueblo árabe, terminaron siendo relegadas, bajo las críticas del delegado palestino Haider (cuyo verdadero nombre era S. Averbuj), aunque el representante del Partido Obrero Judío (Poale Zion) propuso una resolución en la que la lucha contra el imperialismo inglés y francés en Palestina se tenía que fundamentar en una estrecha fusión de la clase obrera árabe y hebrea, y al mismo tiempo en una profundización de la inmigración judía en la región, propuesta claro está que no podía concitar la aprobación de los árabes.

delegado del África Occidental Francesa, denunció a la dominación francesa que sometía a la población autóctona de sus países y la llevaba a combatir en los ejércitos franceses a lo largo de todo el mundo¹⁹. En términos similares también se refirieron a esta cuestión los delegados de Antillas, Haití y Sudáfrica. Por su parte, H. B. Moore, uno de los dirigentes de la Asociación Universal para el Progreso Negro (creada por el líder religioso Marcus Garvey), presentó una resolución de la “delegación negra” que fue aprobada en su totalidad, en la que exigía “la total independencia política y económica”, la retirada de las tropas imperialistas de los países del Caribe y “la liberación de la raza negra en todo el mundo” reclamando, asimismo, la igualdad efectiva de derechos, consagrada por la Constitución, para los doce millones de personas de color que vivían en los Estados Unidos. Por otro lado, los reclamos planteados por los negros generaron una buena acogida en otras delegaciones que no dudaron en apoyarlos como, por ejemplo, en el caso de un representante alemán, que llegó a afirmar que “cuando los imperialistas hablan despectivamente de raza negra o amarilla, están hablando de gente que tiene que trabajar para ellos” (citado en Carr, 1984c: 370-1)²⁰.

Más allá de los debates y de las conferencias públicas, era otra la escena vivida por detrás del Congreso. Era, de hecho, el espacio de interlocución y diálogo frontal ofrecido por los comunistas, a cuya cabeza se encontraba, naturalmente Willi Münzenberg. El propósito era muy claro: conformar una gran organización antiimperialista, de proporciones mundiales, conducida sin que se note por los comunistas y con una amplia participación de representantes de los movimientos anticoloniales, principalmente, de China y de la India. El mandato provino directamente de Moscú, cuando planteó la necesidad de que una fracción comunista, compuesta por los representantes de los partidos que asistieran a Bruselas,

¹⁹ El mismo Senghor había sido un combatiente del ejército francés durante la Gran Guerra. Luego de ella radicó en París e ingresó al Partido Comunista Francés.

²⁰ El Congreso de Bruselas también contribuyó a revelar las discrepancias existentes en la delegación sudafricana. Por parte de este país hubo en total tres delegados provenientes de tres organizaciones distintas: Daniel Colraine, miembro de un “movimiento minoritario” de los sindicatos de trabajadores blancos; J. Gumeda, presidente del Congreso Nacional Africano Negro, que hasta ese momento había evitado toda participación en actividades socialistas y comunistas; y James A. La Guma, antiguo secretario general del Sindicato Africano de Trabajadores del Comercio y la Industria, que en 1926 había sido expulsado por su pertenencia al comunismo (como en otros casos, este último delegado mantuvo un muy bajo perfil, evitando mencionar durante todo el encuentro su filiación política). Los dos primeros representantes exhortaron a combatir al imperialismo y defendieron a la Unión Soviética como el único Estado comprometido con la liberación de los pueblos sometidos. Pero ni Colraine ni Gumeda sugirieron la independencia nacional ni la autodeterminación para los negros. Después del Congreso La Guma siguió viaje a Colonia y de allí a Moscú, donde se entrevistó con Bujarin quien convino en que “los bantúes, como los indios, los chinos y otros pueblos coloniales padecían una opresión nacional” a manos del imperialismo británico y su “aliado sudafricano”, el imperialismo *afrikaner*. Por su parte, y luego de su estancia en la Unión Soviética por el aniversario de los diez primeros años de la revolución, Gumeda regresó a Johannesburgo convertido en un militante comunista, mientras que La Guma presentó a las autoridades de la Comintern una declaración en la que se refería a la necesidad de crear en Sudáfrica una república autóctona independiente, como primera etapa para el establecimiento de un gobierno de obreros y campesinos (Carr, 1984c: 371-2). El problema de Sudáfrica, en el que los comunistas negros discrepaban con los blancos en cuanto a la constitución del futuro estado socialista, llegó a presentarse incluso en las sesiones del VIº Congreso de la Internacional Comunista y a ser parte de la estrategia de la Internacional Sindical Roja. Asimismo, fue también objeto de debates entre los miembros del Partido Comunista estadounidense, que poseía una importante cantidad de militantes y dirigentes de origen negro.

debían encargarse de convocar y conducir el Congreso. Así, y “mientras influye y dirige el trabajo entero de la Liga, la fracción comunista tratará de actuar por detrás, tanto como le sea posible, para que ni la Liga ni el Congreso sean obviamente identificados con los comunistas”. Por lo mismo, las delegaciones invitadas, sobre todo de los países coloniales, debían ser amplias, con elementos comunistas encubiertas con los cuales pudieran colaborar los organizadores del encuentro²¹. A poco de inaugurado el Congreso, fue formado un “pequeño comité” que, conducido por Münzenberg, contó con la participación de otros cuadros y dirigentes como Arthur Macmanus y Lang. Su trabajo fue siempre “constante y secreto”, relacionándose con las distintas delegaciones en encuentros reservados, cenas, reuniones, etc. El papel desempeñado por este grupo no fue menor si pensamos que cada elemento que aparecía durante el Congreso era discutida y decidida allí, “antes de que luego fuera tratado por el Presídium o por una comisión. Así, el Congreso pudo dirigirse hacia un final exitoso”, según el parecer de uno de los miembros del selecto comité²².

Al cierre de la última sesión, Münzenberg hizo el tan esperado anuncio: el objetivo último del Congreso parecía finalmente cumplirse con la fundación de la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional. Como primera y más importante misión, esta organización debía ocuparse de canalizar el apoyo internacional a la causa china (por lo que la resolución final a propósito de la lucha contra el imperialismo terminaba con un llamamiento a la huelga sobre todo de los trabajadores del transporte a fin de evitar el envío de tropas y municiones a los países donde se desarrollaba la lucha). Así, “el Congreso de Bruselas constituyó un salto cualitativo en el desarrollo de la batalla antiimperialista en el nivel mundial (en el que) sus directrices y resoluciones insistían primordialmente en la necesidad de fortalecer, impulsar y unificar el movimiento de liberación nacional y social en Asia, África y América Latina” (Roa, 1982: 191). Haciéndose eco de este espíritu de hermandad en la lucha, sobre el final del Congreso se dio a conocer un manifiesto firmado por el presidente, los presidentes honorarios y todos los delegados, en el que se hacía un análisis del imperialismo mundial y que terminaba con la consigna “¡Pueblos oprimidos y clases oprimidas, uníos!”²³.

El análisis de la cuestión latinoamericana: debates y conflictos

Congreso de Bruselas había estado inspirado ante todo por los acontecimientos revolucionarios que estaban teniendo lugar en Asia, principalmente en China y, en menor medida, en la India, pero gracias en parte a su coincidencia cronológica con la ocupación

²¹ Carta a Willi Münzenberg del 2 de julio de 1926. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 14/542-1-3.

²² Carta al Camarada Petroff, desde Moscú, el 24 de febrero de 1927 (con firma ilegible de su autor). *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 14/542-1-3

²³ Según E. H. Carr, la “curiosidad del Congreso” fue el discurso del profesor Alfons Goldschmidt. Por medio de la exhibición de un bastón que había sido propiedad de Schopenhauer, habiéndolo recibido éste a su vez de un filósofo indio, Goldschmidt se refirió a la idea de este filósofo alemán en torno a la superioridad de la cultura oriental sobre la occidental recomendando, en consecuencia, una política de “colonización al revés” que permitiera a las razas de color un acceso sin restricciones a los “países blancos” (Carr, 1976a: 315).

norteamericana en Nicaragua, ocurrida a partir de enero de 1927, también desempeñó un papel importante en el movimiento latinoamericano. En este sentido, y haciendo especial referencia a la ocupación de Nicaragua y a la amenaza contra el régimen de Calles, José Vasconcelos participó en la sesión inaugural “en nombre de los pueblos americanos, y particularmente del mexicano”, en lucha contra el imperialismo estadounidense, al mismo tiempo que alertó frente a la posibilidad de una nueva guerra mundial debido a las apetencias de las potencias centrales en torno a América Central y Latina (*Le Drapeau Rouge*, 12/2/27). El peruano César Falcón también se refirió en la apertura del Congreso a las consecuencias negativas del imperialismo en la región latinoamericana. Como representante norteamericano, Manuel Gómez habló en nombre de la Liga Antiimperialista de los Estados Unidos y, además de la resolución firmada junto con los delegados de las otras Ligas de la región en torno a la problemática particular de América Latina, apoyó otra declaración presentada por la Unión de Libertades Civiles Americanas, con sede en Nueva York.

Sin duda alguna, la figura latinoamericana que mayor protagonismo alcanzó en todo el encuentro fue la del cubano Julio A. Mella, secretario general de la Liga Antiimperialista de las Américas²⁴. Mella asistió a Bruselas como delegado de la Liga Nacional Campesina, del Comité Continental Organizador de la LADLA, y de sus secciones mexicana, salvadoreña y panameña. En la sesión inaugural, expuso las maniobras del gobierno estadounidense para impedir la dotación y la restitución de tierras a los campesinos, y la formación de guardias blancas en los campos petroleros como pretexto para su intervención en tierra mexicana. Junto con el cubano Leonardo Fernández Sánchez (exiliado desde hacía muy poco tiempo en Francia, y delegado de la filial cubana de la LADLA, de la Universidad Popular “José Martí” y de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos en París), el líder cubano presentó al Congreso tres trabajos de denuncia acerca de las consecuencias políticas, económicas y sociales de la penetración imperialista en su propio país: *Cuba, factoría yanqui*, *La verdad del campesinado en Cuba* y *Machado: fascismo tropical*²⁵, obteniendo en todos los casos una favorable acogida por parte de los otros delegados allí presentes.

Asimismo, y como delegado de la Liga Nacional Campesina de México, Mella participó en la comisión sindical del Congreso cuyo llamado a favor de la unidad fue uno de los logros más importantes. En efecto, junto con otros representantes latinoamericanos como Ismael Martínez (dirigente de la LADLA, del Socorro Rojo Internacional de México, y delegado por la Federación Obrera de Tampico), A. Sotomayor (de la Federación Obrera de Cuba), Carlos Quijano (por la Unión Obrera Venezolana) y Edo Fimmen (por la CROM), Mella suscribió el acta en el que un total de 17 organizaciones sindicales expresaba su solidaridad con “todos los pueblos oprimidos del mundo que luchan por su liberación del yugo imperialista” y se comprometían a sostenerlos por todos los medios y con todas sus fuerzas. Como arma más efectiva para frenar la expansión colonialista y, sobre todo, para impedir el

²⁴ Según Gregorio Selser, “el movimiento comunista internacional concedió una importancia especial al trabajo de la ‘Liga Mundial Antiimperialista’, y específicamente al que desarrolló la regional americana a cuyo frente Mella descolló en la tarea de constituir filiales nacionales en todos los países del área, aunando la lucha de los pueblos contra el opresor” (2001: 447).

²⁵ Aunque presentados por Mella y Fernández Sánchez, estos trabajos fueron originalmente elaborados por los miembros más destacados de la filial cubana de la LADLA: Rubén Martínez Villena, Jorge Vivó, José Antonio Guerra y Raúl Roa (Messón Sena, 2004: 6).

estallido de una guerra imperialista, se efectuaba un llamado tanto a la reformista Federación Internacional Sindical de Ámsterdam como a la Internacional Sindical Roja de Moscú, para “la creación de la Internacional Sindical Única que abarque a las organizaciones de los cinco continentes y a los trabajadores de todas las razas y colores”. En este sentido, los firmantes del acta eran plenamente conscientes de que “una Internacional Sindical Única puede constituir el sólido frente contra el cual se estrellarían los esfuerzos para organizar una guerra imperialista” (*El Machete*, 2a quincena de marzo de 1927)²⁶.

Pero pese a los éxitos de los dirigentes liguistas, y a la repercusión que sus declaraciones generaban en el público presente y en la prensa internacional, una sorda disputa detrás de escena con el APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre marcaría los límites de la política comunista de frente único y dejaría expuesta, por primera vez de manera clara y patente, la lucha interna por la dirección del movimiento antiimperialista en América Latina²⁷. La filiación comunista de muchos de los participantes en el Congreso era una cuestión que debía ser escondida o disimulada para no alejar a aquellos que aun estando de acuerdo con la causa antiimperialista, preferían mantenerse ajenos a los dictados de la Comintern. Sin embargo, y por más encubierto que estuviese, lo cierto es que tal como había ocurrido con otras delegaciones, la participación de los comunistas y sus intentos por orientar la acción política contribuyó también a provocar discusiones y divisiones dentro de las filas de los representantes latinoamericanos²⁸. Nuevamente, aparecía el problema, oportunamente señalado por Mella, de otorgarle un tinte “demasiado rojo” al esquema frentista de la Liga,

²⁶ Aparte de los latinoamericanos mencionados, los restantes representantes sindicales que firmaron la “Resolución” fueron Harry Pollit, por el Movimiento Minoritario inglés; Daniel Colraine, por la Confederación General de Trabajadores de África del Sur (trabajadores blancos); Chen Chuen, por la Confederación General de Cantón y el Comité de Huelga de Hong Kong y Cantón; Li Kouestai, por la Confederación General de Trabajadores de Kuan Tung, la Federación Metalúrgica de China y la Federación Metalúrgica de Cantón; J. A. Laguma, por la Confederación General de Trabajadores de África del Sur (trabajadores negros); H. B. Moore, por el Congreso de Obreros Negros de Norteamérica; Liebaers, por la Federación Belga de Tejidos; León Vernochet, por la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza; y S. O. Davis, por la Federación de Mineros Británicos. Por otro lado, y debido a la importancia que este llamado podía llegar a tener es que, debajo de las firmas de los representantes sindicales que suscribían el acta, una aclaración de la delegación latinoamericana recomendaba su más amplia difusión a toda la prensa obrera y antiimperialista del continente.

²⁷ Para el ex dirigente universitario Gregorio Bergmann, Haya de la Torre “era verdaderamente el más notorio de los luchadores juveniles de América Latina. Amigo y compañero de Mariátegui y de sinnúmero de dirigentes estudiantiles y universitarios, era considerado uno de los nuestros. Guardia Mayorga atribuye el viraje principal de Haya a que fue penetrado por el nazismo durante su permanencia en Alemania de 1928 a 1931. Sin negarlo por entero hay que remontarse a 1927, y aun antes, pues los partidos comunistas y la Liga Antiimperialista lo habían marcado ya en 1924, para comprobar la importante fisura que se produjo en el frente juvenil. (En todo caso) la revelación completa de la índole de Haya y de su criatura se pusieron de manifiesto en el Congreso Antiimperialista Mundial de Bruselas, de febrero de 1927” (Bergmann, 2003: 9, 12).

²⁸ Esta búsqueda de diferenciación con respecto al comunismo que buscaba dirigir el encuentro de manera encubierta fue expuesta con toda claridad por José Vasconcelos quien, como representante del Partido Nacionalista Portorriqueño, realizó la siguiente declaración: “yo soy socialista, otros son liberales. El partido al que represento me ha dado, por ejemplo, instrucciones para que declare abiertamente que no es comunista, no porque sea reaccionario, sino porque en Latinoamérica creemos que debemos resolver nuestros problemas según nuestros propios criterios (...), el antiimperialismo no es en Latinoamérica problema de un solo partido” (citado en Carr, 1976a: 314).

cuestión que en definitiva no hacía otra cosa más que conspirar contra su propio crecimiento.

Si bien comunistas y apristas habían mantenido históricas relaciones de colaboración, desde un tiempo antes del Congreso éstas distaban de ser cordiales. Una rivalidad cada vez más pronunciada ensanchó las diferencias existentes desde un principio, y si ésta no se manifestó antes de manera tan clara fue porque tanto los comunistas de la LADLA como Haya de la Torre prefirieron explotar una relación que, pese a sus inconvenientes, resultaba beneficiosa para ambos. En efecto, el comunismo latinoamericano podía dar fe de su vocación plural y, de ese modo, rechazar cualquier crítica que señalara su presunto sectarismo si, siguiendo los preceptos del Vº Congreso de la Comintern, aceptaba trabajar con organizaciones dispuestas a participar (aunque a veces con cierta renuencia) en sus tácticas de frente único. En este sentido, qué mejor muestra de apertura que el trabajo en frentes como la LADLA, abiertos a la participación de organizaciones que, incluso, podían llegar a ser críticas hacia los partidos comunistas, como era el caso del APRA. Por su parte, Haya de la Torre también obtuvo sus ganancias a partir de esta relación: su viaje a la Unión Soviética y su relación personal con algunos de los más importantes líderes bolcheviques²⁹ contribuyeron, sin duda alguna, a aumentar su prestigio tanto en los sectores obreros como en las capas intelectuales de América Latina, reafirmando así su perfil izquierdista cuando su estilo de vida cada vez más acomodado en Suiza y en Inglaterra y sus planteos teóricos a favor de las clases medias, se encargaba de señalar justamente lo contrario. Sin embargo, su crítica al planteo marxista debido a su condición de ideología foránea y, por lo tanto, a su incapacidad para comprender y para transformar la situación social y económica de América Latina, marcaba un claro límite a su adhesión al comunismo al mismo tiempo que definía los márgenes de su propia teoría, la aprista, única con posibilidades reales para ser aplicada con éxito en el vasto territorio “indoamericano”.

La tensión que rodeó el encuentro entre Haya de la Torre y los dirigentes de la LADLA en Bruselas estuvo presente incluso desde antes de la celebración del Congreso³⁰. Y es muy probable que este problema hubiera sido generado, en realidad, por la voluntad del dirigente peruano por constituir su propio grupo antiimperialista por afuera de la LADLA. En este sentido, la mitología del APRA, que situó su nacimiento en México en 1924, contrasta con los datos históricos que permiten dar cuenta de su aparición como grupo constituido recién en el período que va desde los últimos meses de 1926 a principios de 1927. Según Pedro Planas, fue recién en octubre de 1926 cuando un grupo de cuzqueños residentes en París y miembros de la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos (nucleamiento del que por aquel entonces también formaba parte Eudocio Ravines) se

²⁹ Según sus propias declaraciones, en su visita a la URSS Haya logró entrevistarse con, entre otros, Lunacharski, Zinoviev, Bujarin, Kamenev, Trotski y sobre todo Losovski, máximo dirigente de la Internacional Sindical Roja, con quien pese a todo luego mantuvo un interesante diálogo epistolar (Haya de la Torre, 1955: 18). La correspondencia con Losovski se mantuvo por lo menos hasta mayo de 1927 cuando éste ridiculizó la propuesta de Haya de formalizar una alianza con los liberales burgueses de Estados Unidos como el senador Borah, ante la suposición de que los obreros de ese país estaban imbuidos de prejuicios antiimperialistas (Carr, 1984c: 336).

³⁰ Según el propio Carr, uno de los aspectos más interesantes fue que, más allá de sus discusiones en la Comisión de América Latina, Haya de la Torre no hizo uso de la palabra en ninguna de las sesiones plenarias del Congreso.

reunió en un café con Haya de la Torre y dieron vivas al APRA y a América Latina³¹. El 22 de enero de 1927, menos de un mes antes de que comenzara el Congreso Antiimperialista, Haya los reunió nuevamente con el propósito de fundar oficialmente la sección, que estuvo a cargo del mismo Ravines (Pita, 2004: 217). En base a estos datos es muy probable que Haya de la Torre haya intentado consolidar su propio grupo, por el que apostaba a diferenciarlo del comunismo, para presentarlo públicamente en el Congreso de Bruselas.

No obstante sus críticas al marxismo-leninismo, resulta importante destacar que Haya de la Torre había concurrido al encuentro antiimperialista no sólo como representante de su propia agrupación (que en términos formales aparecía con el nombre de “Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales”) sino que de manera inesperada también lo hizo como delegado de la sección panameña de la LADLA, debiendo compartir la representación de este país nada menos que con su gran rival, Julio A. Mella. Aunque esto resulte desconcertante, es probable que en función de la estrategia del frente único, dicha sección panameña de la Liga aun no hubiera definido de manera clara su inclinación hacia el aprismo o el comunismo (de todos modos, habrá que esperar hasta 1930 para ver aparecer un Partido Comunista en este país). Igualmente, el caso pañameno nos revela que, por lo menos hasta el congreso de Bruselas, no eran del todo nítidas las fronteras ideológicas entre la LADLA y el APRA. Incluso, un examen atento de los documentos pertinentes nos dan la pauta de que hasta 1927, el APRA no era considerado como un problema o como un rival a ser derrotado: el conflicto pasaba más por el expansionismo estadounidense a través de organizaciones como la COPA que por la aparición de este nuevo frente encabezado por Haya de la Torre. Una situación similar era la vivida por su compatriota Eudocio Ravines, quien concurrió a Bruselas como delegado del APRA y de la filial argentina de la LADLA, aunque esta sección comandada por los “chispistas” se hubiera separado un tiempo antes del Partido Comunista para buscar su propio reconocimiento por parte del movimiento comunista internacional³².

El proceso de formación del APRA como una organización creada por afuera de la LADLA y más aún de los partidos comunistas, no era una cuestión que finalmente pasara desapercibida para los dirigentes marxistas latinoamericanos. Y el resquemor que causó la aparición pública del APRA terminó por hacerse presente en el Congreso antiimperialista, incluso, desde el momento de la formulación de las invitaciones para participar en el mismo. Una cosa es clara: la presencia de Haya en aquel evento podía serle de gran utilidad para otorgarle a su flamante agrupamiento un barniz de legitimidad como un miembro más del movimiento antiimperialista internacional, en detrimento claro está de los comunistas que venían impulsado a la LADLA desde hacía más de dos años. A partir de la lectura de los relatos de tres participantes del Congreso, Haya de la Torre, Mella y Ravines, se puede percibir que, en efecto, la invitación efectuada al fundador del APRA al evento no constituyó un hecho político menor hacia el interior del movimiento antiimperialista de esta región, agravado además por la comprensible necesidad de los dirigentes de la LADLA por

³¹ De esta misma fecha fue la publicación del artículo “Qué es el APRA”, de Haya de la Torre, especie de documento fundacional de la agrupación, aparecido en el N° 12 de la revista británica *Labour Monthly*.

³² La sección argentina de la Liga “resolvió adherirse al Congreso de Bruselas (y) se nombró como delegado a Eudocio Ravines, que participó en la organización de la Liga en Argentina” (*La Chispa*, 1º/1/27).

querer lucirse ante sus pares europeos en la ambición de lograr un efectivo “frente único”, sólo conducido por ellos, en la lucha anticolonial latinoamericana³³.

Más allá de las distintas lecturas sobre el mismo hecho, la pregunta sigue en pie: ¿existió un intento deliberado por boicotear la presencia de V. R. Haya de la Torre en el Congreso de Bruselas? O muy por el contrario, y como afirmaba Mella, fue éste quien se negó a participar sabiendo que su protagonismo en las luchas antiimperialistas sería opacada por la gran presencia de comunistas en el encuentro. En realidad, puede que todas las versiones tengan parte de verdad y que también hayan sido distorsionadas. Seguramente que a los organizadores del evento no se les pasó por alto el prestigio político e intelectual alcanzado por el líder peruano y, en todo caso, sus críticas al comunismo resultaban funcionales para un encuentro de estas características (en este sentido, el de Haya fue un caso similar al manifestado por Nehru, el famoso dirigente hindú quien, como nacionalista y liberal era capaz de criticar de viva voz el dogmatismo del movimiento comunista sin por ello renunciar a su participación en el Congreso). Pero también es probable que algunos dirigentes comunistas latinoamericanos, preocupados por la popularidad y la independencia de movimientos de Haya de la Torre intentaran, al menos, debilitar su presencia en Bruselas³⁴. En todo caso, lo cierto es que para ese entonces, la relación entre ambas organizaciones se encontraba seriamente dañada, lo que se comprobaría algunos días más tarde cuando la comisión de delegados latinoamericanos debiese debatir el rumbo a seguir frente al avance imperialista en la región.

Fue en torno a la discusión de la llamada “Resolución sobre América Latina” que finalmente quedaron al desnudo las principales divergencias ideológicas existentes entre ambas organizaciones. Este documento, publicado en *El Machete* en la primera quincena de febrero de 1927, se ocupaba de trazar un diagnóstico sobre la cuestión del imperialismo en la región intentando además avanzar en la propuesta de un conjunto de medidas a adoptar para su enfrentamiento concreto. Y si bien podemos considerar que la formulación de esta “Resolución” constituyó uno de los intentos más importantes de la LADLA por constituir un frente único con un amplio conjunto de organizaciones políticas y sindicales, implicó al

³³ Para el análisis de la invitación formulada a Haya de la Torre para participar del Congreso, hemos encontrado las siguientes versiones. Según Julio A. Mella en su trabajo *La lucha revolucionaria contra el imperialismo o ¿qué es el ARPA?*, de abril de 1928, Haya de la Torre “no quiso asistir al Congreso de Bruselas ‘porque se habían olvidado de hacerle una invitación especial personal’” (Tibol, 1968: 121-2; los entrecomillados y las palabras en cursiva son del autor). Por su parte, en su trabajo *El imperialismo y el APRA*, también de 1928, Haya de la Torre se ocupaba de señalar que aunque “el APRA no fue oficialmente invitada (...), individualmente fuimos especialmente llamados los apristas con algunos prominentes intelectuales indoamericanos” (1985: 34-5). Por último, Eudocio Ravines, quien había participado en el congreso como delegado de la sección argentina de la LADLA y que hasta entonces se desempeñaba también como secretario de la filial aprista en París, en su trabajo *La gran estafa* ofreció una tercera versión al afirmar que “Haya tenía adversarios empecinados (y, entre ellos, Julio Antonio Mella) quienes deseaban impedir que fuese invitado al Congreso. Cuando mi gestión ante los organizadores tambaleaba, hice valer los títulos de la visita de Haya de la Torre a Rusia (en 1924), su amistad con Zinoviev, con Lunacharski, con Losowski y Pestkovsky. Los argumentos sirvieron y Víctor Raúl fue especialmente invitado. Haya me escribió sobre esto muy contento; me recomendó que obtuviese para él un alojamiento digno de él y me previno contra la actitud que asumiría Mella” (1985: 118).

³⁴ Nuevamente, un caso similar tuvo lugar cuando, en Moscú, Victorio Codovilla y M. N. Roy llegaron a oponerse a la realización del Congreso debido a la invitación cursada a Nehru y a su partido, opositor a la estrategia clasista del comunismo indio (Carr, 1976a: 312).

mismo tiempo, un serio punto de ruptura con el APRA, que a través de la firma “con reservas” de sus dos delegados (Haya de la Torre y Ravines) expuso su oposición al tratamiento general de la declaración.

La “Resolución sobre América Latina” se encargaba de plantear lo que, desde un principio, debía constituirse en una tarea ineludible para todas aquellas fuerzas progresistas enfrentadas por igual a la embestida del neocolonialismo: la formación de un amplio “frente único” liderado, por supuesto, por la LADLA. El gradual reemplazo del imperialismo inglés por el norteamericano, de naturaleza mucho más agresiva era, por esto mismo, un elemento de gran importancia que tornaba la creación de este frente en una tarea todavía más urgente. Si bien se reconocía que eran México, Nicaragua, Panamá y Haití los “lugares de mayor presión imperialista” y donde, por lo tanto, resultaba prioritaria la formación de los frentes de lucha, se asumía al mismo tiempo que en sus relaciones con el expansionismo norteamericano, la región podía considerarse dividida en cuatro amplios sectores, cada uno con su propia especificidad en cuanto a las condiciones asumidas por dicha penetración económica y, por ende, con distintas estrategias para su enfrentamiento.

Siguiendo el esquema propuesto, en primer lugar podía encontrarse un sector conformado por El Caribe, México, América Central, Panamá y las Antillas, donde el imperialismo tenía, además de sus concretos intereses de expansión en el terreno económico, razones de estrategia militar, como podían serlo la construcción de canales y bases navales. Se reconocía que en este sector el imperialismo había pasado ya del período de las concesiones, de los tratados, y de la acción diplomática para entrar de lleno en el de la acción militar. Un segundo sector, el de las “llamadas repúblicas bolivarianas”, estaba constituido por Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia, países en donde el imperialismo se encontraba en el período del empréstito, de la gran concesión y de los tratados comerciales. En este caso, el neocolonialismo prestaba su apoyo, ya sea de manera directa como así también indirecta, a los gobiernos despóticos de estos países convirtiendo a estos en “verdaderos agentes del imperialismo”. El tercer sector, que incluía a “las repúblicas del Plata y a Chile”, era considerado como aquel de mayor desarrollo económico: sin embargo, todavía para esta época se percibía una influencia determinante del imperialismo británico, factor fundamental para la generación del capitalismo industrial más desarrollado de América Latina. El último sector, formado por Brasil, debido a sus particulares condiciones económicas, políticas y sociales, reunía características especiales en su propio desenvolvimiento capitalista.

Otro punto de la “Resolución”, referente en este caso a “la dominación política y económica”, se ocupaba de contextualizar históricamente al imperialismo norteamericano y de señalar sus principales características, más en el terreno político que en el propiamente económico. En este sentido, y si en un principio los Estados Unidos se caracterizaron por la conquista de nuevos territorios, desde fines del siglo XIX su programa expansionista comenzó a mutar para llevar a cabo una política de apropiación de las grandes riquezas de América Latina por medio del control de las materias primas, de la producción y de los transportes marítimos y terrestres. Por otra parte, esta acción de dominación económica fue acompañada en la mayor parte de los casos por la dominación política, ya sea que ésta fuese ejercida en su aspecto formal por gobiernos aparentemente democráticos, así como también por sangrientas tiranías. Pero si el imperialismo estadounidense por lo general tuvo

necesidad de luchar por obtener un control político y directo en varios países de la región, por otra parte, no ha tenido que tomarse esta molestia en aquellos lugares donde sostiene y utiliza a los gobiernos dictatoriales ya existentes, representados casi siempre por los intereses latifundistas (como eran los casos de Gómez en Venezuela y de Leguía en Perú). Para su expansión económica los Estados Unidos utilizaron varios instrumentos, siendo el principal de ellos el de la Unión Panamericana (encargada de la organización de congresos políticos y científicos) junto con las misiones enviadas para reorganizar la educación pública, las finanzas, etc., en aquellos países en los que estas áreas presentaban graves dificultades. Por último, no se dejó de plantear como una de las más importantes consecuencias de esta práctica imperialista la constituida por la concentración de la tierra, que afectaba seriamente las posibilidades de desarrollo de la población indígena y negra.

La concepción de “frente único” era afirmada a continuación, en la sección “Base de la lucha y aliados”, como un eco proveniente del último congreso de la Internacional Comunista. Si bien el acento era puesto en los obreros y campesinos como los actores centrales del proceso revolucionario, como en el caso chino, no por ello se dejaba de buscar acuerdos con otros sectores de la población. En este sentido, y “como el problema del imperialismo es el problema capital de la América Latina, es necesario que todos los elementos progresistas se interesen por esta lucha: los intelectuales, los estudiantes y la clase media, también afectados económica y políticamente por la penetración del imperialismo”. Manteniendo la misma estrategia desde su creación, ocurrida dos años antes, los dirigentes de la LADLA reunidos en Bruselas reconocían que “la lucha antiimperialista necesita la unidad de todas esas fuerzas”. Igualmente, y como un factor diferenciador con respecto a otras organizaciones antiimperialistas de la época, se ponía especial énfasis en la solidaridad con el movimiento obrero, estudiantil e intelectual de los Estados Unidos, trascendiendo los estrechos límites culturales y geográficos del “latinoamericanismo” para de ese modo dar paso a una perspectiva con mayor contenido social y de clase. Finalmente, una última invocación era realizada hacia los restantes movimientos antiimperialistas de China, la India, Egipto, etc., ya que al fin y al cabo todos ellos se enfrentaban a un mismo enemigo: las potencias capitalistas centrales. En este sentido, el mejor ejemplo de solidaridad en la lucha lo constituía la “Unión de los Soviets”, ya que ella misma demostraba “como pueden federarse las naciones en un pie de igualdad, y vivir por sus propios medios sin sufrir la penetración imperialista” (*El Machete*, 2^a quincena de febrero de 1927).

Una última sección de esta *Resolución* estaba constituida por un conjunto de “lemas para la acción” que, como puntos centrales de acuerdo entre todos los delegados latinoamericanos presentes en el Congreso, debía ser utilizada para orientar campañas en común frente a los problemas más acuciantes generados por el imperialismo en la región. Las premisas aprobadas se referían por tanto a las siguientes cuestiones: la consecución de un frente unido de todas las fuerzas imperialistas (organizaciones obreras, campesinas, estudiantiles) como condición indispensable para el triunfo de los antiimperialistas; la unión política y económica de la América Latina; la nacionalización del subsuelo y de las grandes industrias monopolizadas por los imperialistas, así como el reparto de tierras entre los campesinos; la liberación absoluta de todas las colonias como Puerto Rico y Filipinas; la revisión de todos los tratados y convenciones que lesionaban la soberanía de los países (como la Enmienda Platt, los tratados Bryan-Chamorro, los de Panamá, las convenciones de Haití y Santo

Domingo, etc.); la retirada de las tropas estadounidenses de Haití y Nicaragua; la independencia absoluta de todo el territorio de Panamá y el libre tránsito de todas las naciones por el Canal; y la supresión de las dictaduras cómplices del imperialismo.

Esta declaración política venía acompañada por la firma de la amplia cantidad de delegados latinoamericanos y estadounidenses presentes en el Congreso, la mayoría de ellos, pertenecientes a la LADLA, aunque se ocuparan además de representar a otras organizaciones. Y como ya lo hemos mencionado, la firma “con reservas” de los peruanos Haya de la Torre y Eudocio Ravines como representantes del Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de Perú (el APRA) se terminaría convirtiendo en el punto de ruptura con esta organización³⁵.

La causa para que los dos delegados del APRA firmaran “bajo reserva” la “Resolución sobre América Latina”, aun hoy resulta poco clara. Y nuevamente, cada partícipe del acto se encargó de dar su propia versión de los hechos. Según lo relató el propio Haya de la Torre en *El Antiimperialismo y el APRA* y en un artículo publicado en México en 1955, el informe sobre el imperialismo en América Latina fue presentado en la comisión pertinente por Julio Antonio Mella, pero “en el punto neurálgico sobre la participación de las burguesías y de las pequeñas burguesías en la lucha antiimperialista, opusimos nosotros (los delegados apristas) las objeciones del APRA a las consignas comunistas. Fue entonces cuando se produjo la más dramática polémica del Congreso. La delegación latinoamericana debió sesionar reservadamente durante cinco o seis horas para convencernos” (1985: 35-6). Según su versión, Haya de la Torre propuso en cambio su tesis de “los cuatro sectores de penetración del imperialismo”³⁶, que había comentado semanas antes en París y que

³⁵ La lista de firmas estaba compuesta por los siguientes nombres: Edo Fimmen por la CROM (México); Ismael Martínez, por las Agrupaciones Obreras y Campesinas del estado de Tamaulipas (México); Julio A. Mella, por la Liga Nacional Campesina de México y por la Liga Antiimperialista de las Américas (Comité Continental de Organización y secciones mexicana, salvadoreña y panameña); Leonardo Fernández Sánchez, por la LADLA (sección cubana), la Universidad Popular José Martí y la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos de París; Carlos Deambrosis Martin, por la Unión Patriótica de Haití; Andrew Almazán, por la Liga de los Derechos del Hombre de Haití; José Vasconcelos, por el Partido Nacionalista de Puerto Rico; Gustavo Machado, por la LADLA (sección nicaragüense) y por el Partido Socialista Revolucionario de Nicaragua; Alfons Goldschmidt, por el Partido Revolucionario de Venezuela; Carlos Quijano, por la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos de París, el Partido Revolucionario de Venezuela, la Unión Obrera Venezolana y la LADLA (sección venezolana); Víctor Raúl Haya de la Torre, por el Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de Perú (con reservas); Eudocio Ravines, por el Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de Perú (con reservas), y por la LADLA (sección argentina); y Victorio Codovilla, por el Socorro Obrero Internacional (sección sudamericana). La Resolución sobre América Latina fue además secundada por la firma de los siguientes delegados estadounidenses: Manuel Gómez, por la LADLA (sección estadounidense); H. B. Moore, por el Congreso Americano Obrero de Negros y por la Asociación Universal para el Mejoramiento del Negro; y Roger Baldwin, por la Unión Americana por la Libertad Civil (*El Machete*, 2ª quincena de febrero de 1927).

³⁶ Eudocio Ravines da una versión totalmente distinta sobre los orígenes de esta “tesis de los cuatro sectores de penetración del imperialismo” y puntualiza que su autor en realidad no era V.R. Haya de la Torre, sino Victorio Codovilla, quien a través del propio Ravines se lo comunicó al fundador del APRA el día anterior a la sesión de los delegados latinoamericanos. La propuesta de Codovilla no se basaba tanto en un estudio de la región sino más bien en un reparto territorial de América Latina entre los partidos comunistas más importantes, justamente, para evitar una lucha de “caudillos” que terminara afectando al propio funcionamiento de la Comintern en esta región (Ravines, 1974: 119). Haya de la Torre terminaría calificando a su compañero de militancia de aquellos tiempos como un “comunista encubierto” y como un “personero

apareció publicado en 1927 en su trabajo *Por la emancipación de América Latina*: “imaginando los comunistas que la aceptación de mi interpretación de la penetración del imperialismo económico en Indoamérica era ya bastante para darme por adherido a las conclusiones generales del Congreso, fuimos a la sesión final. Esta fue interrumpida por mí cuando, en nombre del APRA, formulé mis objeciones teóricas y ello determinó una larga reunión extraordinaria del Comité Latinoamericano, en la cual no cedí y exigí que se aceptara mi pliego de reservas” (Haya de la Torre, 1955: 21-2).

Según puntualiza Víctor R. Haya de la Torre, el principal motivo para firmar el acta en disidencia tenía un carácter teórico y estratégico, pues discrepaba contra el “frente incondicional con las burguesías” (1985: 36). Sin embargo, sus motivos no dejan de ser llamativos ya que lo que él denominaba como dicho tipo de frente resultaba, en realidad, más propio de la práctica aprista que de la propiamente comunista. En este sentido, y si bien a raíz de las resoluciones del Vº Congreso de la Comintern los partidos bajo su órbita aceptaban realizar “frentes únicos” con organizaciones burguesas, éstas distaban de ser “incondicionales”, como se pretendía plantearlo desde el APRA. Nuevamente, el lugar que la burguesía y la pequeña burguesía debían asumir en los planes políticos de ambas organizaciones se convertía en el eje determinante del conflicto, ya sea que éstas fueran interpretadas como dirección o como socia de la clase obrera, y si fuera esto último, como aliadas tácticas o estratégicas, incondicionales o simplemente momentáneas.

La versión que dio Eudocio Ravines sobre la verdadera intencionalidad de Haya de la Torre para no querer aprobar la “Resolución sobre América Latina” apunta más bien a una cuestión personal, aunque fundamentada en términos políticos. En *La gran estafa* Ravines reproduce un diálogo en el que Haya lo intenta convencer de votar en disidencia ya que “este Congreso no resolverá nada” y debido a que el APRA necesitaba de un golpe de efecto que lo colocara en el centro de atención, rebajando así la importancia concedida a la LADLA y a los comunistas en general. Según explica Ravines, Haya de la Torre le habría comentado que “si votamos todo lo que ellos proponen, pues nadie se fijará en nosotros; si votamos ‘con reservas’ nos señalaremos como excepciones. Preguntarán de qué se trata, en qué residen las discrepancias”. Una vez concretado el acto y alcanzada la repercusión deseada en el Congreso, Haya se permite afirmar que “ha sido un golpe maestro (ya que) han sabido que el APRA existe; y eso quedará registrado y bajo la mirada de Moscú” (Ravines, 1974: 120). ¿Podrá ser cierta esta anécdota? Es muy posible que Haya de la Torre deseara aprovechar la realización del Congreso con la finalidad de destacarse para así obtener una importante repercusión internacional, más aun si acababa de crear su propio movimiento con el que pretendía contrarrestar la influencia comunista en el antiimperialismo de la región.

Esta suposición fue también en parte sustentada por Julio A. Mella. En *¿Qué es el ARPA?*, el cubano señaló que en realidad, la actitud asumida por Haya de la Torre y Ravines fue del más puro “divisionismo”, motivada por la falta de protagonismo político de su organización, lo que los hizo retirarse después de haber concurrido a una sola sesión y sin

solapado de la ‘Liga Antiimperialista’ de Buenos Aires, cosa que hasta cierto punto era cierta, así como también que Haya participaba como representante de la Liga Antiimperialista Panameña... (Haya de la Torre, 1955: 21).

aclarar públicamente (pese a la promesa de hacerlo) las razones de su firma “bajo reserva”. Para Mella, el motivo central de las objeciones de Haya al documento radicaban en la oposición de éste a querer señalar al presidente peruano Leguía como un dictador sostenido por los Estados Unidos, tal vez como una condición favorable para su vuelta a Perú. Asimismo, encontraba como otras razones para finalmente adoptar esta actitud el hecho de que “el Congreso de Bruselas no quiso reconocer al ARPA como la *única* organización antiimperialista de la América Latina, pues conocía muy bien que no existía como tal organización. Tampoco se le dieron puestos ‘*de figura*’ a los líderes arpistas, ya que éstos fueron para los que en realidad representaban a movimientos de masas, como el Kuomintang, el Congreso de la India, la CROM de México, etc. etc. Allí no valían las personas sino las multitudes” (1968: 122; las cursivas son del autor). Asimismo, Mella le recriminó a Haya de la Torre el hecho de que como representante panameño de la LADLA, aprobara el documento y que como delegado del APRA, hubiera puesto objeciones.

A diferencia del planteo de Haya y más cercano con el de Ravines, Mella también intentó comprender la actitud del APRA en el Congreso no a partir de una argumentación de tono doctrinario sino desde una cuestión puramente práctica, en donde se ponían en juego nada menos que las posibilidades del dirigente peruano de poder retornar a su patria para desde allí poder ejercer más libremente su propia actividad política. Por otra parte, también era posible comprender su comportamiento en el Congreso como un intento para destacarse frente a los comunistas y las organizaciones antiimperialistas de otras partes del mundo. Lo más interesante del caso es que la respuesta de Mella apuntaba justamente a la relevancia de estas últimas, por su arraigo en las masas, relegando a los frentes y partidos comunistas a un conveniente segundo plano. Finalmente, y si bien es entendible que dado sus reparos teóricos los arpistas no aceptaran el tono de la “Resolución sobre América Latina”, resulta llamativo el hecho de que sí lo hicieran destacadas personalidades que, como Vasconcelos, difícilmente se les podría haber acusado de mantener una oculta filiación comunista.

Más allá de los motivos esgrimidos por cada uno de ellos, lo único concreto que se pudo verificar en el Congreso fue la ruptura producida entre ambas organizaciones. La opinión de Haya de la Torre con respecto a los efectos en América Latina de este encuentro internacional no podrían haber sido más claros: “el Congreso de Bruselas, que fue un efectivo paso adelante para la organización de la lucha en Asia y África contra el imperialismo, resultó un fracaso en cuanto a Indoamérica se refiere” (1985: 36 *infra*). Según él mismo refirió, no fue tarea fácil resistir la fuerte presión comunista en contra del movimiento por él dirigido en la comisión de estudio sobre la cuestión latinoamericana. Como no podía servir de instrumento, el APRA rechazó en los debates del Congreso de Bruselas la idea de “quedar incluido bajo el comando de la Liga Antiimperialista Mundial que, sabíamos, era una organización completamente controlada por la Tercera Internacional, no para el interés de la lucha antiimperialista, sino para servicio del comunismo” (Haya de la Torre, 1985: 35). El peruano concluiría afirmando que “Bruselas definió, pues la línea teórica arpista y planteó bien claramente nuestras diferencias con el comunismo. Era de esperarse que desde entonces el APRA fuera el blanco de críticas acerbas” (1985: 36).

Con posterioridad al Congreso, y para dejar en claro los motivos de su ruptura, el fundador del APRA terminaría aceptando que el principal motivo expresado en su firma “con

reservas” se fundaba en “limitar nuestra acción a una mera resistencia antiimperialista, dejando la beligerancia política al Partido Comunista, bajo cuya dirección debería quedar sometida el APRA a través de las fallidas ‘Ligas’” (Haya de la Torre, 1985: 36 infra). Por eso, no dudaba en señalar que “la lucha contra el imperialismo en Indoamérica no es solamente una lucha de mera resistencia, de algazara de comités o de protesta de papeles rojos. La lucha es, ante todo una lucha política-económica” (Haya de la Torre, 1985: 40)³⁷. Para justificar su inicial presencia en esta organización, Haya reconocía que las Ligas habían sido el “primer paso concreto hacia la unión del Frente Único de Obreros, Campesinos y Estudiantes”, pero pasado el tiempo, la Liga Antiimperialista de las Américas había demostrado convertirse en un organismo de simple resistencia, un cuerpo de limitada eficacia, “incompleto”, debido a que la acción política que podía llegar a generar era conducida, en realidad, desde otro ámbito: el de los partidos comunistas. Así, llegaba a afirmar que “la respuesta a nuestras críticas sobre el papel inocuo de las Ligas no se da en público por razones tácticas (secreto a voces), pero se sintetiza así: las Ligas no tienen acción política porque la tiene el Partido Comunista” (Haya de la Torre, 1985: 41)³⁸.

La respuesta a todas estas críticas la formularía Mella justamente en *¿Qué es el ARPA?* Frente a la acusación de que la LADLA no tenía una política propia el cubano afirmaba que, en todo caso, lo que esta organización no había hecho era proclamarse “‘Partido Continental’ o locuras por el estilo. En la Liga ha habido y hay revolucionarios de experiencia que no temen a los imperialistas, pero sí al ridículo, y por eso no levantan organizaciones fantásticas con unos cuantos nombres, ni se olvidan de lo que es la América ni el primer cuarto del siglo XX, para creer que un partido político continental, organizado desde un confortable estudio sea realidad por el simple hecho de existir en la imaginación de un iluso. Pero las Ligas Antiimperialistas que hoy los arpistas atacan, después de haber sido hasta ayer sus defensores y participantes, son como dice el mismo Haya de la Torre, ‘el primer paso concreto’. Nosotros añadimos: el único concreto y práctico hasta hoy” (Tibol, 1968: 108)³⁹.

Efectivamente, a partir del Congreso de Bruselas, una nueva historia comenzó a escribirse para las dos organizaciones antiimperialistas más importantes de América Latina. La cercanía con los partidos comunistas se terminó convirtiendo en un eje diferenciador de fundamental importancia. A partir de ese momento, resultaba claro que Haya de la Torre optaba por la construcción de un “un movimiento autónomo latinoamericano, sin ninguna intervención e influencia extranjera” (1985: 34), a diferencia de la LADLA, cuya filiación comunista, aunque intentaba encubriarla, aparecía constantemente como una creación más

³⁷ Las críticas que se formulaban desde el APRA con relación a la “falta de política propia” de la LADLA resultarían en gran medida coincidentes con aquellas otras dirigidas contra ella durante el VI° Congreso de la Internacional Comunista, en momentos en que se resolvía la radicalización de los partidos comunistas y la desvalorización de la estrategia frentista.

³⁸ Pese al fuerte tenor de las acusaciones, éstas eran en parte fundadas si recordamos que algunos dirigentes liguistas (como efectivamente lo era en el caso de Mella) se quejaban de la férrea dependencia que los partidos comunistas pretendían imponer a sus propias organizaciones periféricas, con la natural pérdida de iniciativa política que esta medida implicaba.

³⁹ Por su parte, también el Partido Comunista Argentino intervino en esta polémica cuando en una nota aparecida en *La Internacional* y que llevaba por título “¿Por qué no la Liga Antiimperialista? A propósito de la carta de Haya de la Torre”, le recriminó a éste que “propiciar cuando ya existe la Liga otra organización de frente único antiimperialista significa de hecho llevar la división a las fuerzas antiimperialistas” (23/4/1927)

dentro de un conglomerado de fuerzas armado por la Comintern. La formación de una Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional vino en cierto modo a reforzar este creciente influjo del comunismo sobre los movimientos anticoloniales de gran parte del mundo y particularmente de Latinoamérica, aunque paradójicamente, los nuevos vientos que comenzaban a soplar después del fracaso de la política de frente único, sumirían a las Ligas en una creciente incertidumbre acerca de su real efectividad en pro de la conquista revolucionaria del socialismo.

El nacimiento de la Liga contra el Imperialismo y sus primeros pasos

Como conclusión del Congreso de Bruselas, y sobre la base de la germana Liga contra la Opresión Colonial, finalmente fue fundada la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional. Esta entidad se caracterizó, sobre todo durante sus dos primeros años de vida, por el armado de una gigantesca y heterogénea red internacional de organizaciones antiimperialistas. Como lo expresó Fenner Brockway, uno de sus máximos dirigentes, la LCI debía tener como misión la unificación, “primero, entre las organizaciones representantes de las razas sometidas del mundo, y en segundo lugar, entre las organizaciones y movimientos simpatizantes en los países imperialistas. El objetivo (era) tratar de llevar a cabo la solidaridad mundial en el combate contra el imperialismo” (citado en O’ Malley, 2003: 1).

Su espíritu rector, pese a que no siempre aparecía como tal, no era otro que Willi Münzenberg, el jefe de propaganda de la Internacional Comunista y uno de los más importantes estrategas con el que contó el movimiento bolchevique durante las décadas de los '20 y los '30 para el armado de frentes de masas concebidos a su vez como importantes puntos de apoyo para la supervivencia del régimen soviético. El mérito no era poco ya que bajo una deliberada agenda antiimperialista, y prestando su respaldo hacia la Unión Soviética como “estado proletario, libre y autónomo”, se encontraban grupos con distintas aspiraciones como los anticolonialistas, los socialistas, los sindicalistas y los pacifistas, todos los cuales pudieron desarrollar una convivencia relativamente armoniosa que sin embargo entraría en crisis al año siguiente una vez que fuera realizado el VI° Congreso de la Internacional Comunista, momento en el que se dio inicio a un amplio y profundo proceso de depuración y de control sobre el movimiento comunista (Patterson, 2005: 5). En la práctica, y para el siguiente congreso de la Liga, celebrado en Frankfurt en 1929, la amplia y plural alianza de grupos comunistas con aquellos otros que no necesariamente lo eran había quedado definitivamente enterrada en el pasado.

Pero pese a que la creación de la LCI aparecía como un hecho notablemente auspicioso, y que la LADLA había anticipado en más de dos años el funcionamiento de un frente de lucha antiimperialista de muy amplias dimensiones, lo cierto es que por lo menos durante su primer año de vida la entidad americana no consiguió mayor presencia dentro de la estructura institucional de la nueva organización. En este sentido, no había ninguna diferencia con respecto a la anterior organización, la Liga contra la Opresión Colonial, a la que tampoco alcanzó a influenciar en el delineamiento de su política. Desplazada por los enfrentamientos que se estaban dando en Asia en países como China e India, e incluso

relegada por la lucha anticolonial en África, a la que de todos modos se debía apoyar para contribuir al debilitamiento del imperio inglés y, en menor medida, del francés (Marjomaa, 2005), la LADLA tuvo que esperar hasta fines de 1927 para que los líderes europeos repararan en su importancia, principalmente, gracias a la guerrilla encabezada por Sandino en Nicaragua en contra de las fuerzas de ocupación estadounidenses. De lo que se trataba en última instancia era de lograr la percepción pública de la amenaza que para la región latinoamericana implicaba el crecimiento de su poderoso vecino del norte, cuestión que a la larga también sería finalmente reconocida por la Internacional Comunista a partir de su VI° Congreso, en 1928.

La Liga contra el Imperialismo fue concebida como una organización con un doble rostro: mientras que por una parte alentaba la lucha contra el capitalismo central, creando múltiples redes de apoyo a nivel internacional para el enfrentamiento con un mismo grupo de enemigos, por la otra, buscaba un respaldo, aunque encubierto, a la Unión Soviética ante la amenaza de intervención extranjera. Así, la Liga fue una más de las tantas organizaciones periféricas creadas desde la Comintern que, a partir de una política de articulación se ocupó de conciliar distintas posturas en torno a un mismo eje, buscando con ello recrear un sentido de unidad indispensable para la consecución de sus propios objetivos. Nació con la intención original de crear y desarrollar una organización de frente único basada en un amplio espacio de grupos políticos y culturales. Por lo menos hasta el Congreso de Frankfurt, se definía a sí misma como “no partidaria”, pero esta condición comenzaría a transformarse cuando se pusiera en práctica el proceso de estalinización en la Unión Soviética.

Terminado el Congreso de Bruselas una de las actividades más importantes de la flamante LCI fue la de estimular la formación de nuevas Ligas en aquellos países donde aún no se hubieran creado. Sin embargo, estos esfuerzos no siempre se vieron coronados por el éxito: generalmente conspiraba contra la realización de este plan la desconfianza hacia los comunistas por parte de otras organizaciones deseosas tanto de mantener su propia autonomía como de no quedar atrapadas en medio de los secretos mandatos provenientes de Moscú⁴⁰. Por otra parte, y en casos como el argentino, la actitud de la Liga contribuyó a “oficializar” a la filial pro comunista, creada luego del Congreso de Bruselas, en desmedro de su sección rival. Por último, y pese a los iniciales reparos, muchas personalidades mostraron su interés en afiliarse a la nueva organización antiimperialista⁴¹.

Pese a la importancia que en su momento tuvo la Liga contra el Imperialismo⁴², lo cierto es que algunas voces se ocuparon de poner un grueso manto de sospecha sobre sus verdaderas

⁴⁰ Por ejemplo, E. H. Carr menciona que la delegación del Partido Comunista de Gran Bretaña, al regreso a su país, “tomó la iniciativa de organizar una sección británica de la Liga a la mayor brevedad posible, pero se dijo que Lansbury y el Partido Laborista en general, le habían puesto dificultades” (Carr, 1976a: 316).

⁴¹ En este sentido, una de las personalidades europeas que mayor predisposición mostró para ingresar a la Liga contra el Imperialismo fue el alcalde de Estocolmo, Carl Lindhagen, un viejo socialista interesado en todo tipo de causas humanitarias.

⁴² Como mencionábamos anteriormente, muchos líderes africanos y asiáticos reconocían al Congreso de Bruselas y a la Liga contra el Imperialismo como un antecedente de suma importancia para la organización, del llamado movimiento de los No Alineados, de gran influencia durante el proceso de descolonización de las décadas del '50 y '60. En su discurso de apertura de la Conferencia de Bandung en 1955 Nehru rindió un

actividades. En este sentido, y con una perspectiva para nada neutral, tributaria en definitiva de toda la tradición anticomunista de la Guerra Fría, Stephen Koch, en su obra *El fin de la inocencia. Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales*, asegura que la Liga fue simplemente una pantalla, una cortina de humo especialmente creada por el aparato de la Comintern para encubrir con ella sus oscuras actividades ilegales. Así, para Koch, “la Liga contra el Imperialismo siempre fue usada como instrumento de propaganda, sabotaje y espionaje” por hombres como Louis Gibarti, gran amigo de Münzenberg y como él, uno de los máximos dirigentes de la LCI, y que según Koch sintetizaba, a un mismo tiempo, una doble condición de propagandista y de espía. Sus pruebas son que algunos agentes al servicio de la causa soviética dieron sus primeros pasos hacia el servicio secreto soviético, la NKVD⁴³, a través de la Liga. No negamos aquí que dentro de la estructura de la Liga contra el Imperialismo, así como también dentro de la LADLA, se hayan producido episodios de espionaje (la literatura especializada en el tema señala que partir de principios de los años '30, la Comintern terminó de ser copada por los servicios secretos de la NKVD y por los del ejército, la OGPU⁴⁴), pero por la importancia alcanzada por estas organizaciones en la coordinación a nivel mundial de la lucha antiimperialista y en la creación de conciencia acerca de este fenómeno, podemos estar seguros de que su finalidad excedía, con mucho, la ser de simples pantallas de otro tipo de actividades encubiertas.

La Liga contra el Imperialismo comenzó a funcionar en base a un conjunto de “Estatutos” que se encargaron de reglamentar distintas cuestiones, como las formas de participación, la organización interna, las condiciones para formar las filiales, etc. En cuando a lo primero, se permitía la afiliación tanto de miembros individuales y como de colectivos, de acuerdo a dos categorías centrales: la de asociados y adherentes por una parte, y la de simpatizantes por la otra. Si bien esta medida flexibilizadora permitió contar en un primer momento con la colaboración de aquellas entidades todavía remisas a participar de un modo más orgánico dentro de la Liga, el intento por llevar a cabo un control más rígido de las mismas llevó a que después del mencionado Congreso de Frankfurt, la Comintern iniciará una política de segregación tendiente a reemplazar esta laxitud inicial por una política más apegada a las directivas emanadas de su estructura de mandos.

Según el segundo artículo de los mencionados “Estatutos”, la misión de la LCI se centraba en el combate al imperialismo en las potencias capitalistas unido a la lucha encarada por las colonias y semicolonias bajo su soberanía, la lucha por la independencia política y económica de los pueblos sojuzgados por medio de la liberación nacional y la revolución social, y la construcción de secciones nacionales encargadas de vincular en un misma causa a todas aquellas organizaciones preocupadas por la eliminación del imperialismo y por la total y completa independencia de los pueblos por él sometidos. Asimismo, las principales

tributo público a Münzenberg (Koch, 1997: 61) y desde el aprismo se señaló al Congreso de 1927 como un antecedente directo de la “Tercera Voz” (Bawa, s/a: 15).

⁴³ La NKVD (*Narodnyi Komissariat Vnutrennikh Del*, en ruso) o *Comisariado Popular para Asuntos Internos* fue un departamento gubernamental que se ocupó del manejo de cierto número de asuntos internos de la **Unión Soviética**, como predecesora de los servicios secretos de la KGB.

⁴⁴ La OGPU (también conocida como GPU (*Gossoudarstvennoie Polititicheskoie Oupravlénié*, en ruso) o *Dirección Política de Estado*, fue la policía secreta encargada de ejercer el control y el orden entre 1923 y 1934.

acciones de la organización a poco tiempo de ser creada debían orientarse en torno a los siguientes ejes: anuncios de solidaridad con grupos insurrectos en las colonias a través de telegramas, resoluciones o, directamente, por medio de campañas de prensa; manifestaciones y actos públicos organizados por la Liga; generación de interés y de apoyo por parte de otros grupos hacia estas cuestiones; acción parlamentaria; y convocatorias masivas de apoyo en cooperación con simpatizantes y organizaciones afiliadas (Petersson, 2005: 28).

La estructura interna propuesta para la LCI, que impulsaba la creación de secciones nacionales además de permitir la afiliación de distintos tipos de organizaciones como sindicatos, grupos nacionalistas, etc., se acercaba en gran medida al esquema de funcionamiento trazado por la LADLA ya que se aseguraba este doble juego, basado por un lado en la dirección de la lucha antiimperialista pero también en su apertura hacia todas aquellas otras entidades que desearan sumarse a la causa, claro está, bajo la coordinación encubierta de los comunistas. Asimismo, y copiando la estructura básica de la Comintern, se declaró al Congreso Internacional como máxima instancia de poder dentro de la Liga, y se le atribuyeron facultades para elegir a un Comité Ejecutivo encargado, a su vez, de ejercer las funciones de gobierno, actividad desarrollada en este caso desde la ciudad de Berlín⁴⁵. Un Secretariado Internacional, dependiente del Comité Ejecutivo, tendría la función de servir de enlace entre todas las secciones nacionales y organizaciones afiliadas a la Liga encargándose, además, de la centralización de las comunicaciones entre todas ellas y de la edición de un órgano de prensa para la difusión interna y externa de noticias y actividades⁴⁶. Por último, el Consejo General estaría integrado por representantes de las organizaciones más importantes afiliadas a la Liga, y debía ser un ámbito de debate y de creación de propuestas elevadas luego al Comité Ejecutivo para su aprobación e implementación a la vez que una instancia de mediación entre el espacio de las potencias centrales y el mundo colonial y semicolonial (*Statut*, 1927).

Como un justo reflejo del heterogéneo contenido social finalmente alcanzado por el Congreso de Bruselas, la Liga contra el Imperialismo también se nutrió en su composición interna de un variopinto conjunto de personalidades representativas ya sea del mundo de la intelectualidad como del político, abarcado en este último caso a movimientos independentistas, así como también gremiales, sindicales y, obviamente, a los más importantes referentes de las distintas Ligas Antiimperialistas diseminadas por el mundo.

⁴⁵ Inicialmente se intentó que la oficina central de la LCI radicara en París, aunque también fueron consideradas Londres, Ámsterdam y Bruselas para este mismo fin. Después de realizado el primer encuentro del Comité Ejecutivo en marzo de 1927 se decidió la ubicación en Berlín, más que nada, por una cuestión presupuestaria y porque al no tener muchas colonias, se suponía que el gobierno alemán no iría a hacer una oposición tan encarnizada a la organización como sucedía, por ejemplo, en Francia (en donde incluso se había decidido la detención de Lamine Senghor, el delegado senegalés, de regreso luego de su viaje a Bruselas). Asimismo, y con la elección de Berlín, Willi Münzenberg se aseguraba que la organización siguiera en sus manos (Marjomaa, 2005: 21).

⁴⁶ Asimismo, una comisión revisora de cuentas, dependiente del Comité Ejecutivo, se debía encargar de la fiscalización interna y del cumplimiento de los mandatos y de las directivas emanadas tanto desde el Congreso Internacional como del Comité Ejecutivo (*Statut*, 1927: 9). No es difícil imaginar, por lo tanto, que éste debía de ser uno de los ámbitos más importantes para que Moscú pudiera ejercer su control sobre el aparato de la Liga contra el Imperialismo.

La presidencia honoraria de la organización recayó en tres figuras, dos de las cuales poseían un incuestionable reconocimiento moral e intelectual en Europa, como fueron los casos del escritor francés Henri Barbusse (uno de los grandes colaboradores de los frentes culturales ideados por Münzenberg) y el físico alemán Albert Einstein (quien sin embargo renunciaría tiempo después debido al giro antisionista de la organización), a quienes acompañaría Soong Chin Ling, más conocida en el ámbito de la izquierda como “Madame Sun Yat Sen”, viuda del creador del Kuomintang y fundador de la República China⁴⁷. La presidencia de la organización fue ocupada al principio por el inglés Fenner Brockway, del Partido Laborista Independiente, quien sin embargo decidió renunciar en abril de 1927 para encargarse de la creación y dirección de la sección británica de la Liga. Le siguió en ese cargo el líder de dicho Partido, el inglés Georges Lansbury, para finalmente, ser reemplazado por su compatriota, James Maxton. Además, en todo este tiempo, el holandés Edo Fimmen, perteneciente a la Federación de Ámsterdam pero con muy buenas relaciones con la Internacional Sindical Roja, fue quien ejerció el cargo de vicepresidente de la LCI (hasta su expulsión en 1929).

El Secretariado Internacional fue una continuación del que existía en la Liga contra la Opresión Colonial desde 1926, y no tardó en convertirse en el nervio central de la Liga contra el Imperialismo en Europa Occidental y, por derivación, en Asia, África y América. Inicialmente, el Secretariado estaba compuesto por el propio Münzenberg, por dos de sus más estrechos colaboradores (Louis Gibarti y Virendranath Chattopadyaya) y por el general comunista Hansin Liau, del Kuomintang. Louis Gibarti, comunista de origen húngaro y cuyo verdadero nombre era Laszlo Dobos, había sido la mano derecha de Münzenberg por lo menos desde 1926, es decir, desde los tiempos de la Liga contra la Opresión Colonial, pero a fines de 1927 o principios de 1928 debió dejar su cargo en la oficina central de la LCI por problemas de salud, encontrado refugio en su sección parisina y en la sede local del Socorro Rojo Internacional⁴⁸. Chattopadyaya (o, simplemente, “Chatto”), quien para ese momento y junto con M. N. Roy era uno de los más importantes líderes comunistas y nacionalistas de la India, tomó el lugar dejado vacante por Gibarti y en la reunión del Comité Ejecutivo celebrada en Bruselas a fines de abril de 1929 fue nombrado secretario, cargo que compartió con su amigo Münzenberg. Chattopadyaya, Gibarti y, principalmente Münzenberg, fueron entonces los máximos responsables en la aplicación de la línea política de la Liga, y pese a la diversidad de tendencias que pudiera haber en su interior, eran la garantía de que las riendas de la organización seguirían en manos del comunismo.

En este sentido, recientes investigaciones permiten dar cuenta de las relaciones mantenidas por la Liga contra el Imperialismo y la estructura de la Internacional Comunista. La estrecha (y mayormente oculta) vinculación giró principalmente en torno al intercambio de información, la que por otra parte, fue fluida y constante. Por ejemplo, una de las más

⁴⁷ Bajo la insidiosa mirada de Stephen Koch, Madame Sun Yat Sen “era un operativo del Komintern, uno de los agentes más importantes del Lejano Oriente (que) trabajaba bajo el total control del aparato” (1997: 241-2).

⁴⁸ Nuevamente, Koch sugiere que Gibarti, según él miembro destacado de la “mafia húngara” comunista, no sólo fue un miembro cominternista sino también (y tal vez sin el conocimiento del propio Münzenberg) un agente de la NKVD. En todo caso, “se le considera el padre fundador de la moderna mezcla de propaganda con espionaje y acciones encubiertas” (Koch, 1997: 36).

importantes redes era la mantenida entre el Secretariado Internacional en Berlín (como veíamos, integrado por Münzenberg y Chattophadyaya, y de funciones similares al Secretariado Político de la Comintern) junto con el Buró asiático y la llamada “comisión chica”, radicada en Moscú y formada por el núcleo de poder interno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Otto Kuusinen, Osip Pianitski y Dimitri Manuilski (Pettersson, 2005: 20-21)⁴⁹.

Pese a este control oculto, se intentaba cumplir con la sugerencia formulada por Edo Fimmen, tendiente a llevar a la mayor representatividad posible los cuadros directivos de la Liga. Según su criterio, el Comité Ejecutivo debía mantener estrechas vinculaciones con socialdemócratas, sindicalistas, comunistas y activistas de los países coloniales (ya sea China, India o Indonesia). Dicho órgano directivo finalmente quedó compuesto por el inglés James Maxton (por el socialismo del Partido Laborista Independiente), el holandés Edo Fimmen (por el Sindicato Internacional del Transporte) y, como secretarios, el hindú Virendranath Chattophadyaya (por el movimiento nacional revolucionario de la India) y el alemán Willi Münzenberg (por el Partido Comunista).

Como mencionábamos anteriormente, y si lo medimos por la cantidad de representantes que aportaba cada asociación integrante, la participación de la LADLA en los primeros tiempos de la LCI no fue de gran importancia para la estructura de este aparato⁵⁰. En un principio, ella se reducía a la presencia del famoso activista por los derechos civiles y referente de la sección estadounidense, Roger Nash Baldwin, en su Comité Ejecutivo. No había representación alguna por parte de las filiales latinoamericanas de la LADLA o de cualquier otra organización latinoamericana. De hecho, de los hombres que componían originalmente el Comité Ejecutivo, tan sólo dos provenían del mundo colonial: Nehru, del Congreso Nacional Indio, y Mohamed Hatta, del movimiento independentista de Indonesia, a los que se sumaban el general Hansin Liau, de China, el hindú V. Chattopadhyaya, y los húngaros Gibarti y Joseph Lengyel. Posteriormente, también fue incluido Lamine Senghor, un senegalés instalado en Francia que aseguraba algunos contactos con los pueblos africanos: su detención policial en París y su posterior asesinato, obligó a la LCI a reemplazarlo por Gabrielle Duchene, una feminista y pacifista francesa perteneciente a la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad⁵¹.

⁴⁹ De hecho, según la reestructuración del secretariado de la Comintern que tuvo lugar en septiembre de 1928, fue el finlandés Otto Kuusinen el responsable directo del funcionamiento de la LCI. La lista de los responsables de la coordinación con las organizaciones auxiliares es la siguiente: Socorro Rojo Internacional: Smeral; Internacional del Pensamiento, Agit. Prop., LCI: Kuusinen; Socorro Obrero Internacional, Piatnitsky a través de Heimo; Asociación de Amigos de Rusia (Petrovsky), Agit Prop., Información, etc.: Piatnitsky. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 9 495-20-956.

⁵⁰ Justamente como un intento para remediar esta situación, Mella envió una carta a Münzenberg, con fecha del 6 de mayo de 1927, solicitando el apoyo de la LCI para una campaña en contra de Gerardo Machado y Morales, teniendo en cuenta que su falta de compromiso activo podía llegar a generar distinto tipo de suspicacias en las organizaciones que recientemente habían dado vida a dicha entidad antiimperialista. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/542-1-18.

⁵¹ La falta de representantes franceses dentro de la dirección de la LCI, al menos durante sus primeros meses de vida, supuso una primera forma de tensión encubierta hacia los pares de Alemania. En este sentido, en una carta del 29 de abril de 1927, un dirigente de la sección francesa de la Liga se quejaba de que ni el único

A lo largo de 1927 el Comité Ejecutivo de la Liga llevó a cabo tres reuniones y un encuentro del Consejo General entre el 9 y el 11 de diciembre, nuevamente en Bruselas. Fueron Nehru y Saklatvala los participantes más destacados en estos encuentros, dedicados mayormente al análisis de la coyuntura en China y en la India. Por su parte, la reunión de diciembre mostró un particular disgusto por la postura del Partido Laborista inglés frente al movimiento nacionalista hindú y, además de las resoluciones en torno a esta cuestión, se aprobaron otras sobre Indonesia y Persia⁵² y sobre el peligro de guerra en estos países, enviándose al primero de ellos una delegación de intelectuales europeos para que operaran como mediadores⁵³. Egipto, que luchaba por liberarse de Gran Bretaña, recibió a través de la Liga el apoyo del Kuomintang, del Congreso Nacional Indio (que después de su encuentro en Madrás pidió su incorporación a la Liga en diciembre de 1927), del Partido Deustour de Túnez y del Congreso Africano de Johannesburgo. Además, pocos días antes de finalizar el año, se lanzó un manifiesto junto con el Socorro Obrero Internacional en el que se protestaba contra el terror blanco en China después del fracasado levantamiento de Cantón.

Sin embargo, y pese a la poca importancia concedida hasta ese momento, comenzaron a darse algunos cambios paulatinos en la relación de la LCI con América Latina. En gran medida esto se debió a que justo “en el momento en que la Liga comenzaba a crecer y a expandirse por el mundo, también comenzó a desintegrarse en su más importante área no europea de operaciones” (Marjomaa, 2005: 26). En abril de 1927, a tan sólo dos meses del Congreso de Bruselas, la traición del Kuomintang contra sus aliados comunistas, y las purgas sangrientas a las que estos fueron brutalmente sometidos en la fallida revuelta de Cantón, cambió completamente la actividad política de la Liga en China. Ante la posibilidad de que esta situación pudiera reproducirse en otras organizaciones que estuvieran cooperando con los comunistas, fue cobrando cada vez mayor fuerza la idea del control por parte de Moscú y de las estructuras cominternistas. Especialmente afectado resultó entonces el Congreso Nacional Indio dirigido por Nehru, que al no someterse a este nuevo esquema de poder, terminó cada vez más aislado y sin mayor capacidad de

compatriota en ocupar un cargo en la conducción de la organización era Barbusse quien, de todos modos, al ser un puesto “honorario” tampoco podía hacer demasiado desde allí. Existían otros nombres, como el del africano Senghor, pero “ningún francés activo”. Por último, también resultaba conflictiva la elección de Berlín como ciudad sede de la LCI, en desmedro de París, por lo que además de pedir ayuda al Partido Comunista Francés, se solicitaba además la intervención de Moscú con tal de resolver este conflicto. Podemos así suponer que la entrada de Gabrielle Duchene a la dirección internacional de la Liga supuso una primera concesión y una medida de descompresión orientada hacia el núcleo militante francés. Nota, en francés, de la “Ligue contre L’Oppression Coloniale et L’ Imperialisme”, Neuilly, 29 de abril de 1927, en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/542-1-18.

⁵² El delegado del Partido Republicano Revolucionario Persa (en realidad, miembro del Partido Comunista) se refirió a sha Reza como “un Mussolini de la peor especie” y solicitó la aprobación de una resolución condenando la dominación británica en su país “desde hacía doscientos años” (Carr, 1984c: 50-1).

⁵³ Como una de las consecuencias del Congreso de Bruselas y del accionar de la LCI, en junio de 1927 se formó en Indonesia un Partido Nacional, que era la contrapartida del Kuomintang en dicho país, y que fue impulsado y conducido por el joven ingeniero A. Sukarno. El partido gozó de cierto éxito y no tardó en convertirse en un foco de descontento para las autoridades coloniales, aunque los comunistas tuvieron poca participación en él.

influencia hasta su definitiva expulsión en 1931⁵⁴. Así, en muy pocos meses, las dos grandes esperanzas asiáticas terminaron derrumbadas por la misma fuerza de los acontecimientos. Igualmente, las persecuciones políticas y la censura por parte de las potencias coloniales casi eliminaron los pocos contactos que se habían podido establecer en África. Por primera vez, y en gran medida gracias a la lucha de Augusto C. Sandino en Nicaragua, el escenario parecía favorable para América Latina, una región que debía pronto ser atendida si la LCI pretendía seguir existiendo.

Sin embargo, resulta interesante notar que pese al problema suscitado entre la LADLA y el APRA, la LCI todavía no hubiera tomado partido por la primera, al menos, de manera clara y contundente avalando la designación de alguno de sus miembros en su propia estructura institucional. Evidentemente, y ante un territorio que todavía le resultaba en gran parte desconocido, los dirigentes de la Liga contra el Imperialismo prefirieron seguir desde un lugar expectante la evolución del conflicto entre estas dos organizaciones, tal vez sin resignarse a perder a un movimiento que más allá de sus críticas le aportaba una importante dosis de pluralidad, necesaria para el cumplimiento de su propia estrategia. En cambio, y como se verá más adelante en esta misma parte, sería recién a mediados de 1927, en medio del contexto brindado por la crisis con el Kuomintang y a raíz de una fallida operación política encabezada por el APRA, cuando la LCI finalmente se expediría a favor de la Liga Antiimperialista de las Américas.

Por otra parte, uno de los primeros síntomas de esta renovada mirada hacia América Latina fue, de hecho, la designación a fines de 1927 del ensayista y activista argentino Manuel Ugarte como miembro del Comité Ejecutivo de la LCI durante una reunión de dicho cuerpo celebrada nuevamente en Bruselas. La decisión de incorporar a una importante figura del mundo cultural y político de la época como lo era Ugarte encerraba una doble estrategia: por una parte, profundizar los vínculos con Argentina y con su movimiento antiimperialista, mayormente dirigido por la Unión Latinoamericana; por otra parte, era también un reconocimiento a la Unión Iberoamericana, entidad antiimperialista fundada en México por el diplomático Isidro Favela y cuya representación a Bruselas había llevado el propio Ugarte. Por lo tanto, podemos apreciar que con la designación del intelectual argentino como miembro de la estructura directiva de la LCI lo que se buscó fue justamente un guiño no tanto hacia el movimiento comunista latinoamericano sino más bien a las organizaciones vanguardistas de intelectuales y artistas de fuerte tendencia nacionalista y latinoamericanista.

Por otra parte, también podemos suponer que la designación de Ugarte pudo hacer servido como un conveniente contrapeso al desarrollo logrado en México en la lucha antiimperialista, contribuyendo de ese modo a robustecer a la LADLA en el Cono Sur, más particularmente, en Argentina, en donde la filial local se encontraba en un serio conflicto interno que incluso había causado su propia división. En este sentido, sabemos que “de 1926 a 1929 hubo una fuerte disputa por la hegemonía del movimiento comunista latinoamericano entre las secciones argentina y mexicana” (Melgar Bao, 2005: 35): no sería

⁵⁴ Además del Congreso Nacional Indio, en 1928 también se había afiliado a la LCI el Congreso Sindical Panindio, el que por su parte dio origen a una Liga pro Independencia de la India, cuyo presidente era Iyengar y su secretario, Nehru.

sorprendente entonces que esta misma disputa partidaria se terminara trasladando a la esfera de las Ligas⁵⁵. Por otra parte, ningún directivo de la sección oficial de la LADLA en Argentina, sea o no comunista, poseía el prestigio internacional alcanzado por la figura de Ugarte, lo cual refuerza la idea de que en realidad, si de lo que se trataba era de incluir a algún luchador destacado del sur del continente, entonces no había demasiadas opciones. Además, Ugarte ya había tenido una anterior experiencia al haber formado parte del Comité Organizador del Congreso de Bruselas. Y si bien Ugarte no era una figura del comunismo, tampoco lo era del anticomunismo, cuestión que a la larga reafirmaba la pretensión de pluralidad de LCI. De todos modos, podemos afirmar que la participación de Ugarte en la LCI fue más bien coyuntural: decidió renunciar a su cargo en 1928 ante el giro estalinista cada vez más acentuado de la organización.

Por otro lado, la incorporación del activista argentino a la dirección de la LCI aseguró también una apertura cada vez mayor a la cuestión latinoamericana dentro de las actividades impulsadas por la organización. En este sentido, la LCI trabajó en la búsqueda de apoyo en contra de la invasión estadounidense a Nicaragua por medio de la intervención de De Bayle (representante del Partido Liberal de dicho país y sobrino de Sacasa), y del reconocimiento de Plutarco E. Calles “como el único presidente enfrentado a los Estados Unidos”, al que además se le pidió apoyo para contrarrestar los efectos negativos para América Latina que pudieran emanar de la Conferencia en La Habana de la Unión Panamericana, en 1928 (*La Internacional*, 1º/12/1927-4/2/1928). Asimismo, y por iniciativa de Mella, la Liga (en su sección francesa) coorganizó junto con la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos de París, un acto en rechazo a las persecuciones a alumnos universitarios y secundarios en Cuba, y a la clausura del Primer Centro Docente de La Habana, ocurrido hacia mediados de 1927 (Mella, 1978: 121-3).

Una nueva reunión del Comité Ejecutivo de la LCI tuvo lugar en abril de 1928 en Bruselas, con un subsecuente cambio de nombres: de diez miembros que pasaron a su componer ese cuerpo, tan sólo cuatro pertenecían a países no europeos: Hansin Liau, de China; Abdul Manaf y Mohammed Nazir Pamontjak, de Indonesia; y, en reemplazo del delegado de Congreso Nacional Indio, que había sido expulsado, había tomado su lugar V. Chattophadyaya. En esta ocasión se analizó la situación de las secciones de Alemania, Francia, Gran Bretaña y los Países Bajos, con respecto a los países europeos. Con relación a las colonias y semicolonias, se trabajó sobre la cuestión de la India, Egipto, los países árabes y China. Asimismo, se comenzó a planificar la realización de un congreso panamericano de las Ligas Antiimperialistas que, en realidad, nunca pudo ser llevado a la práctica. Este fue de hecho el primer y único encuentro que tuvo el Comité Ejecutivo durante ese año, salvo una reunión mantenida en junio en Berlín por el Secretariado Internacional en donde Münzenberg desempeñaba funciones. Ciertamente, la actividad de la Liga había disminuido por dos razones fundamentales: por la adecuación necesaria frente a la nueva estrategia de “clase contra clase” que se iría a imponer durante el VIº Congreso de la Comintern en el verano de 1928, y por la aparición de un nuevo frente de lucha, la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, organizado al estilo de la LCI durante los

⁵⁵ Para Melgar Bao, la conformación del Secretariado Sudamericano y, más tarde, del Buró del Caribe “tradujo no sólo cierta y necesaria división orgánica del trabajo de la Internacional Comunista en el continente, sino las tensiones entre el Sur y el Norte” (Melgar Bao, 2005: 35).

festejos por los primeros diez años de vida de la revolución y con la participación de intelectuales y dirigentes de todo el mundo.

Sin embargo, la organización creada por Münzenberg demostraría una recobrada vitalidad cuando en agosto de 1928 llamara a la realización de un nuevo congreso antiimperialista mundial, esta vez, en la ciudad alemana de Frankfurt. Para ese entonces, una renovada presencia de latinoamericanos participaría también dentro de la estructura de la LCI: paralelamente al recambio de Manuel Ugarte por el artista mexicano Diego Rivera (hasta ese momento mucho más identificado con el comunismo que su predecesor en el cargo), el Consejo General se compuso de miembros como Israel Martínez y Julio Antonio Mella, apareciendo el primero como delegado de la central de trabajadores de Tampico, y el segundo como representante de la Liga Nacional Campesina de México (aunque para ese entonces, el líder cubano ya había sido asesinado). Únicamente Manuel Gómez figuraba como representante de la LADLA y, más precisamente, de su sección estadounidense mientras que José Vasconcelos aparecía bajo la designación de “ex ministro de educación de México”.

Para 1929 la lista completa de los miembros del Comité Ejecutivo de la Liga contra el Imperialismo se componía entonces de la siguiente manera: Jawahar Lai Nehru (India), Mohamed Hatta (Indonesia), Hansin Liau (China), Mustapha Chedli (África del Norte), Mme. Duschene (Francia), S. Saklatvala (Gran Bretaña), A. Marteaux (Bélgica), R. Bridgeman (Gran Bretaña), Roger Baldwin (Estados Unidos) y Diego Rivera (México). Por su parte, el Consejo General estuvo integrado por Chen Kuen (de la Federación de Trabajadores de China), Prof. Koumenyou (China), Sen Katayama (Japón), Israel Martínez (central sindical de Tampico, México), Julio A. Mella (Confederación Nacional Campesina, de México), José Vasconcelos (México), A. Almeñana (Filipinas), Mohamed Hafiz Bey Ramadan (Partido Nacionalista de Egipto), Hadj-Ahmed Messali (North African Star), Daniel Colrairie (Trade Union Congress de Sudáfrica), A. Semaoen (Indonesia), Kin Fa Lin (Corea), Ahmed Assadoff (Persia), Manuel Gómez (Liga Antiimperialista de las Américas, sección estadounidense), Fenner Brockway (Partido Laborista Independiente, Gran Bretaña), S. O. Davies (Federación de Mineros, Gran Bretaña), Harry Pollit (Movimiento Nacional Minoritario, Gran Bretaña), Henriette Roland Holst (Holanda), Georges Gérard (Bélgica), P. S. Spaak (Bélgica), Charles Plisnier (Bélgica), Victorio Verri (Italia), Guido Miglioli (Italia), Albert Fournier (Francia), León Vernochet (Federación Internacional de los Trabajadores de la Educación, Francia), Theodor Lessing (Alemania), Alfons Goldschmidt (Alemania), Georges Ledebour (Alemania), Helene Stocker (Alemania), Prof. Nejedly (Checoslovaquia).

Nuevamente, a partir del análisis de los países de procedencia de cada representante, y tomando nota de la cantidad de miembros aportados por cada región, podremos notar que pese a su mayor presencia, América Latina seguía sin aparecer en la agenda de la Liga como un territorio que estuviera en la vanguardia de la lucha antiimperialista. Incluso, todas las referencias a los países latinoamericanos se circunscribían de hecho a la de México, aunque no todos los delegados hubieran tenido esa nacionalidad. La LADLA representada por Rivera y Gómez, en una división que correspondería a América Latina y a los Estados Unidos, aparecía reducida a su mínima expresión, si comparamos con la cantidad de representantes de China y la India, países asiáticos en donde todavía se centraba con más

atención la mirada de la Comintern (siete en total si sumamos a Mme. Sun Yat Sen, a Chattophadyaya en la Secretaría Internacional y a Saklatvala quien, aunque británico, representaba los intereses de los súbditos hindúes). De igual manera, no deja de llamar la atención la gran cantidad de representantes de los países centrales y europeos, con más de una veintena de nombres, quienes de esta manera superaban ampliamente a los delegados de los países coloniales y semicoloniales. Por último, tampoco resulta un dato menor que hubiera tan sólo dos miembros provenientes de los Estados Unidos, lo que nos demuestra que todavía para los organizadores de la Liga, el peligro imperialista provenía más de los países europeos que de la ascendente potencia americana.

Por último, podemos afirmar que la realización del Congreso de Bruselas, y la posterior formación de la Liga contra el Imperialismo no fueron hechos aislados o marginales en el decurso de las luchas anticoloniales de las posteriormente llamadas “naciones tercermundistas”: por el contrario, la Conferencia de Bandung de 1955 y la creación del Movimiento de Países No Alineados derivaron, implícitamente, de aquel histórico encuentro (Roa, 1982: 190). Sin embargo, y como ya se ha podido apreciar, pese a las iniciales esperanzas, lo cierto es que al menos en un principio los líderes latinoamericanos de la LADLA vieron relegada su participación en dicha organización por representantes de los movimientos anticolonialistas asiáticos y africanos. Por otra parte, la constitución formal de la Liga contra el Imperialismo posibilitó a la LADLA una proyección de sus iniciativas y actividades más allá de las fronteras de la región latinoamericana, aunque para lograr este objetivo debió esperar todavía más de un año. Si bien en un principio no alcanzó demasiado peso en su armado institucional (al fin y al cabo, Latinoamérica contaba menos como espacio de lucha que Asia), su participación en dicha entidad le permitió consolidar su propia estructura interna y extender sus lazos con las organizaciones antiimperialistas de otras partes del mundo (baste recordar para ello la gira promocional realizada en Argentina por Ahmed Hassan Mattar, representante del líder guerrillero Abdel Krim, en los primeros meses de 1929). El hecho de que el primer representante de los latinoamericanos fuera Manuel Ugarte, un escritor argentino de notoriedad internacional pero sin referencialidad con algún partido o movimiento en particular, nos habla a las claras de que para sus primeros tiempos de vida, la Liga prefirió no pronunciarse en el conflicto entre el APRA y la LADLA, aunque por una cuestión institucional y de afinidad ideológica debió de haber optado por esta última. Dicha situación fue claramente revertida en 1929, ya que los delegados latinoamericanos de la LADLA que entraron a formar parte de la Liga fueron dirigentes comunistas y representantes de organizaciones radicadas en México, lo que no hizo más que ratificar la centralidad de este país en la lucha anticolonial del continente, lucha gravemente intensificada por la puesta en práctica de las dos campañas políticas más importantes de esta época: las emprendidas en defensa de Sandino y de Sacco y Vanzetti.

La Liga mexicana frente a los Estados Unidos: guerra y anticomunismo

Los preparativos para la participación de la delegación mexicana en Bruselas desde fines de 1926 de desarrollaron en un creciente clima de agitación, tanto dentro del escenario político general como particularmente hacia el interior de la izquierda comunista. En efecto, la

posibilidad concreta de una confrontación abierta entre México y los Estados Unidos, condición presente desde mediados de año, llegó a su máximo punto de tensión hacia el mes de diciembre cuando se produjo la llegada al Distrito Federal de Alexandra Kollontai como nueva representante de la Unión Soviética, una dirigente mucho más renombrada e identificada con el régimen bolchevique que Stanislav Pestkovsky, su antecesor en el cargo, pese a que para ella su estadía en México tenía más el carácter de un exilio político que de una verdadera misión diplomática⁵⁶. Si bien en un principio Washington se ilusionó con la idea de que la salida de Pestkovsky fuese de hecho el primer paso hacia la ruptura de relaciones entre México y la URSS, la aceptación por parte de Calles de una sucesora en la embajada no hizo más que marcarle un claro límite a las pretensiones norteamericanas. Por estas horas, el presidente mexicano todavía imaginaba que, pese a todos los contratiempos ocasionados, el mantenimiento de buenas relaciones con Moscú le aseguraba el apoyo de la clase trabajadora y, por ende, una relativa paz social en México, aun con los costos de un conflicto en puerta con los vecinos del norte. Por ello, el arribo de A. Kollontai se convirtió en la excusa perfecta por parte de Kellogg y de Sheffield para demostrar el cada vez más profundo giro al comunismo del régimen de Calles⁵⁷.

Pese a la breve permanencia de tan sólo siete meses de la Kollontai en México, y a su actividad diplomática estrictamente ceñida a las prácticas protocolares, tan diferente al estilo desarrollado por Pestkovsky, su presencia fue utilizada por el gobierno norteamericano para dar lugar a todo tipo de falsedades relacionadas con el aparente bolchevismo del régimen de Calles y con sus presuntas ambiciones destinadas a concretar, en el corto plazo, una decidida influencia regional en Centroamérica y El Caribe contraria a los Estados Unidos. Bajo el temor a la expansión del comunismo en México, y frente a la amenaza representada por la Liga Antiimperialista, el 12 de enero de 1927 el secretario Kellogg entregó al Comité de Relaciones Exteriores del Senado un extenso informe, de 107

⁵⁶ Stanislav Pestkovsky debió acelerar su partida de México cuando cobró estado público el financiamiento efectuado desde la embajada soviética a los trabajadores ferrocarrileros en huelga. El escándalo llegó a tal grado que la CROM exigió públicamente a Calles poner fin a las relaciones con la Unión Soviética. Más allá de su alejamiento y, como ya se ha mencionado, el ex embajador soviético mantuvo importantes lazos con México, por ejemplo, a través de figuras públicas como Ramón de Negri, con quien mantuvo una extensa correspondencia a lo largo de varios años y quien llegó a decir de él que era “el único ruso que verdaderamente conoce nuestra situación”. Por otra parte, el diplomático mexicano aprovecharía su relación con su par ruso para conseguir información tanto sobre “la diplomacia secreta”, materia en la que consideraba a los soviéticos como verdaderos expertos, como así también distinto material educativo sobre la Revolución y la situación del imperialismo en América Latina, utilizado luego como insumo para sus propias conferencias e investigaciones. “Correspondencia de De Negri a Pestkovsky”, en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 11/535-1-149.

⁵⁷ La aversión de Washington hacia Alexandra Kollontai (motivada en gran medida por la gira desplegada por la dirigente en 1915, en la que brindó una popular serie conferencia acerca de la “nueva moral” revolucionaria) llegó a tal punto que directamente se le impidió una visa de tránsito por los Estados Unidos bajo el argumento de que su verdadera misión, más allá de su disfraz diplomático, era la de contribuir a difundir el clima de “subversión” imperante por entonces en México. Un espía estadounidense, en este caso, el cónsul Wood, informó que luego de que el gobernador Heriberto Jara recibió con honores a la visitante a su llegada al puerto de Veracruz, una muchedumbre de unas setecientas personas, portando banderas rojas, se ocupó de darle una calurosa bienvenida una vez que hubo arribado al Distrito Federal. Sin embargo, y según se desprende de las crónicas periodísticas, parece ser que la llegada a México de A. Kollontai fue bastante menos impactante que los hechos descriptos en el informe del cónsul Wood (Spencer, 1998: 114-5).

páginas, titulado *Bolshevik Aims and Policies in Mexico and Central America* (“Objetivos y Políticas Bolcheviques en México y América Central”), junto con una recopilación de documentos comprobatorios del presunto plan soviético por expandir la revolución, tomando a México como a uno de sus principales puntos de apoyo⁵⁸. Así, además de apuntar al gobierno mexicano de Calles como potencialmente peligroso para la seguridad estadounidense, se señaló a la Liga como una organización “creada por los comunistas americanos con el objetivo de seguir las instrucciones provenientes de Moscú en materia de organización de las luchas latinoamericanas contra los Estados Unidos” (Kellogg, 1927).

En dicho informe, Kellogg procuraba justificar la invasión a Nicaragua de enero de 1927 bajo el peligro que suponía la expansión del comunismo en el continente y, al mismo tiempo, de brindar varias resoluciones, tanto por parte de la Comintern como de organismos asociados a ella, respecto a la necesidad de difundir la ideología comunista en la región junto con la urgente vinculación de los trabajadores estadounidenses con sus pares latinoamericanos. En sí mismo, el informe de Kellogg no era más que una colección de citas, extraídas de fuentes cominternistas y del propio Workers Party en las que se hacía constar la importancia cada vez mayor para el comunismo internacional de América Latina, desde fines del siglo XIX un espacio de influencia únicamente reservado para la política norteamericana, junto con las inocultables derivaciones que esta presencia prosoviética podía llegar a generar dentro de la masa trabajadora de los Estados Unidos. Con obvias exageraciones y distorsiones, se señalaba particularmente el peligro que suponía para la paz del continente la existencia de una organización como la Liga Antiimperialista, encargada justamente de “coordinar actividades antiamericanas” entre los militantes radicados a ambos lados del Río Bravo. Junto con ello, y en un tono por demás provocativo, tampoco se dejaba de señalar el apoyo brindado por el presidente Calles a la actuación del comunismo en México y su apoyo solapado a las organizaciones cominternistas situadas en otros países de la región⁵⁹.

Los medios de comunicación estadounidenses no tardaron en hacerse eco de las denuncias provenientes del Departamento de Estado, a las que también sumó las suyas el presidente Coolidge. En tanto, en México, todo hacía suponer que la guerra con los Estados Unidos finalmente estallaría de un momento a otro. Frente al inicio de una grave crisis financiera, que contrastaba notablemente con los primeros dos años de su mandato y que para 1927 terminaría de agotar las reservas monetarias existentes⁶⁰, Plutarco E. Calles se dedicó de

⁵⁸ En su denuncia de las actividades comunistas en México y, por derivación, en América Latina, Kellogg fue ayudado por Robert E. Kelley, jefe de la División de Asuntos de Europa Oriental, quien además de saber hablar el idioma ruso, había servido como espía durante la Primera Guerra Mundial. Asimismo, Kelley se convirtió en el principal informante de las actividades desarrolladas por la sección estadounidense de la Liga Antiimperialista.

⁵⁹ Ver *U.S. Intervention in Central America: Kellogg's Charges of a Bolshevik Threat* en <http://historymatters.gmu.edu/d/4987>: consultado el 26/5/05

⁶⁰ Las dificultades en la balanza de pagos de México comenzaron en 1926, principalmente, debido a las complicaciones para la exportación del petróleo: las compañías norteamericanas optaron por el crudo venezolano por su mejor calidad, pero también como forma de boicot frente a las medidas del régimen callista. Para mediados de 1928, México se vio en la necesidad de suspender los pagos de su deuda externa.

llo a la obtención de recursos y apoyo ante la posibilidad nada desdeñable de una conflagración⁶¹.

Paralelamente al ahondamiento de las diferencias entre México y los Estados Unidos, la conflictiva relación con el Workers Party también llegaría a un nuevo punto de tensión: en enero de 1927, el secretario saliente de la Liga mexicana, Salvador de la Plaza, además de solicitar recursos para continuar editando *El Libertador* y para mantener sus actividades políticas, pidió al Secretariado de los Países Latinos de la Comintern que interviniera para que Manuel Gómez, viejo rival de la Liga mexicana, dejara de emitir circulares y documentos con la firma de “Secretario General de la LADLA”, muchos de los cuales eran directamente enviados a la CROM⁶². Finalmente, el clima enrarecido llevó a la Liga Antiimperialista a adoptar una firme postura ante la posibilidad de la guerra con los Estados Unidos: durante una asamblea extraordinaria convocada para principios de febrero, presidida por el nuevo secretario de la sección local, Diego Rivera, y con una gran concurrencia (unas doscientas personas no pudieron ingresar al salón, resignándose a seguir las deliberaciones desde la calle), se resolvió la creación de milicias voluntarias, la formación de Comités de Barrio para intensificar la campaña antiimperialista, el envío de telegramas a Calles y Sacasa por la invasión a Nicaragua, y un saludo al Congreso de Bruselas, a punto ya de comenzar⁶³.

Al cabo de unos meses, sin embargo, la presión conjunta ejercida por intelectuales, empresarios y representantes como el senador William Borah, quienes evaluaron los perjuicios económicos y políticos que acarrearía para los Estados Unidos un conflicto bélico, hicieron dar marcha atrás a las amenazas del gobierno y reconsiderar la política del Departamento de Estado hacia México y la región. Para el mes de abril, algunos gestos de buena voluntad por parte de Coolidge hicieron pensar que las resonancias del conflicto prácticamente se habían disipado. El posterior reemplazo de Sheffield por el banquero Dwight Morrow, vicepresidente de la J. P. Morgan Company, quien como nuevo embajador pronto demostraría sus dotes diplomáticas al proponer una política conciliatoria con México, fue interpretado como un intento por parte del gobierno norteamericano por terminar de resolver el conflicto que había colocado al borde de la guerra a ambas naciones: constituía también el primer gran signo de agotamiento de la tradicional “diplomacia del dólar” y del “gran garrote” con la que Estados Unidos había conquistado su hegemonía al sur de sus fronteras y, especialmente, en las áreas centroamericana y caribeñas, y el comienzo de su gradual reemplazo por otro tipo de intervención política, menos violenta y, al menos en principio, más respetuosa de la soberanía de cada nación⁶⁴.

⁶¹ Queriendo anticiparse a una intervención militar, Calles transfirió unos cinco mil soldados de Sonora a Tampico, ordenando asimismo a sus colaboradores más cercanos (Emilio Portes Gil y los generales Arnulfo Gómez y Lázaro Cárdenas) el incendio de las propiedades norteamericanas en la región petrolera en caso de una invasión (Spencer, 1998: 117).

⁶² “Carta de Salvador de la Plaza al Secretariado de los Países Latinos” (23 de enero de 1927). *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 14/542-1-7.

⁶³ Al mismo tiempo, otras filiales de la LADLA, como la de El Salvador y la de Puerto Rico, dieron a conocer sendas declaraciones de apoyo a México ante la posibilidad de una guerra con los Estados Unidos. Ver *El Machete* N° 61 (Segunda quincena marzo de 1927).

⁶⁴ En este sentido, uno de los principales políticos norteamericanos que se opondría al uso de la violencia directa en las relaciones entre Estados y, por ende, a un eventual enfrentamiento con México, fue el

Por otra parte, el fin de la labor diplomática de A. Kollontai en junio de 1927 y su salida del país, sin que se le hubiera designado un reemplazante y sin que se reactivara el convenio comercial con la Unión Soviética cancelado desde el año anterior, fueron signos suficientemente elocuentes del renovado posicionamiento político de Calles, de una cercanía a Washington, a partir de entonces, mucho más transparente. Por su parte, únicamente al siguiente año Moscú reaccionaría enviando un nuevo representante a México en la persona de Alexander Makar. De este modo, y si las relaciones con la Unión Soviética habían sido utilizadas más que nada como una reivindicación de la soberanía mexicana frente a la avasallante prepotencia de los Estados Unidos, la necesidad de mejorar la economía a partir de una inyección de capitales externos provocaría una readecuación de la política exterior de Calles: su nueva postura conciliadora con el *establishment* norteamericano implicó, al mismo tiempo que el abandono de algunos viejos principios antiimperialistas, la prescindencia de sus anteriores relaciones con los soviéticos. Obviamente, todo este cambio en la estrategia del gobierno afectaría al comunismo mexicano, y exigiría por parte de organizaciones como la LAIM, una nueva interpretación acerca de la coyuntura, tanto nacional, como internacional, engarzada a su vez en la nueva prédica ultraizquierdista promovida por la Comintern y en el rechazo a nuevos acuerdos con las clases medias y con todos los gobiernos que, como el de Calles, eran interpretados como expresión política de sus demandas.

Una de las primeras consecuencias del Congreso de Bruselas fue la reactivación de la defensa de los anarquistas Sacco y Vanzetti, cuyo inminente ajusticiamiento en los Estados Unidos provocó un acercamiento cada vez mayor entre las organizaciones que, desde el año anterior, pedían por su libertad. Tanto para la Liga Antiimperialista como para la Liga Internacional Pro Luchadores Perseguidos, el armado de un amplio frente de unidad “Pro Sacco y Vanzetti” el 23 de junio de 1927 se constituyó entonces en una estrategia de creciente arraigo entre las masas: un total de veinte sindicatos y organizaciones sociales acudió al llamado y se integró en esta alianza, repudiando al mismo tiempo la negativa de la CROM a querer ingresar en ella. La reunión prácticamente diaria de dicho comité de unidad presidido por el ex senador Luis Monzón (también presidente de la Liga Internacional Pro Luchadores Perseguidos-LIPLP) posibilitó la convocatoria a toda una serie de actos y manifestaciones en defensa de los obreros anarquistas, mayormente desarrolladas durante el mes de julio, en los que no faltó además el llamado a enviar telegramas de protesta al presidente de los Estados Unidos y al gobernador de Massachusetts, estado en el que estaban siendo juzgados ambos reos. Fueron partícipes de dichos actos los principales referentes del comunismo mexicano, así como también los dirigentes de aquellas organizaciones en las que el PCM estaba interesado en tender puentes: por parte de la Liga Antiimperialista se lucieron particularmente Julio Mella y Diego Rivera, quienes en todo momento se preocuparon por remarcar la ausencia de justicia inherente al expansionismo norteamericano con aquella otra prevaleciente el interior mismo de los Estados Unidos, que incluso podía llevar a la muerte a dos trabajadores inocentes cuyos máximos pecados eran su ideología y su condición de extranjeros. Aunque se desarrollaron multitudinarios actos los días 2 y 12 de julio, fue sin

gobernador demócrata de Nueva York Franklin D. Roosevelt, quien una vez llegado a la presidencia de su país en 1933 establecería una acción más volcada al campo de la diplomacia y de la “buena voluntad”.

embargo la manifestación del día 13 de agosto la más importante de toda esta serie, en la que además de los clásicos discursos no faltaron distintos actos de repudio a las empresas de origen norteamericano situadas en la ruta céntrica conveniente delineada por los dirigentes del partido y de la Liga⁶⁵.

La ejecución de Sacco y Vanzetti, el 22 de agosto de 1927 fue sin duda alguna un fuerte golpe para el movimiento obrero internacional, que se había movilizado a lo largo de todo el mundo exigiendo su liberación. Aunque preveían la forma en que finalmente terminó el proceso, los comunistas aprovecharon para avanzar en su política de frentes con aquellas organizaciones a las que repudiarían algunos meses más tarde a causa de la nueva estrategia del “Tercer Período”. En el caso concreto de México, y pese a la importancia alcanzada, la constitución del frente “Pro Sacco y Vanzetti” se convirtió en uno de los últimos intentos de unidad política a la que se abocó el PCM poco antes de dicho giro izquierdista que. La Liga Antiimperialista no fue ajena a toda esta estrategia y, por su propia amplitud y heterogeneidad fue aprovechada, junto con la LIPLP, como uno de los principales puentes para el acuerdo con otras entidades no comunistas. Por otro lado, la puesta en un primer plano de una organización como el Socorro Rojo Internacional durante la campaña por los dos anarquistas italianos generó un renovado interés por parte de Moscú con respecto a este tipo de entidades: no resultó extraño, entonces, que a partir de la nueva coyuntura internacional, adquiriera mayor peso la lucha contra el fascismo, al que también se sumaría más tarde la Liga Antiimperialista. Así, y con la finalidad de orientar y robustecer la campaña antifascista por medio del apuntalamiento del Socorro Rojo y de otras organizaciones periféricas, fue que se produjo la llegada a México, a fines de agosto, de Vittorio Vidali (alias “Enea Sormenti” y luego también “Jorge Contreras”), un experimentado cuadro italiano que ya había tenido una importante participación en la Federación Italiana del Workers Party y en la Liga Antifascista estadounidense, y que pronto adquiriría gran influencia en la dirección del PCM.

Paralelamente al desarrollo de la campaña por Sacco y Vanzetti, un reverdecer de las luchas y de las protestas antiimperialistas contribuyó a reactivar la labor de la Liga en México, como así también en varias de las secciones establecidas en América Latina, al tiempo que

⁶⁵ Un rápido vistazo a los oradores y a la procedencia de estos puede ayudarnos a comprender la relevancia alcanzada en muy poco tiempo por el Frente Pro Sacco y Vanzetti. Así, los participantes del acto del domingo 2 de julio fueron Mella (por la LADLA), junto a Luis Monzón (presidente de la LIPLP), Rafael Ramos Pedruza, M. D. Ramírez, Diego Rivera, Hernán Laborde y Fuentes López (Liga Nacional Campesina), Muro Méndez, estudiantes revolucionarios y un delegado de la UCSAYA. Ver *El Machete* N° 71 (16/7/27: 3). El siguiente mitin, desarrollado el 12 de julio en el local del Sindicato de Panaderos, tuvo en cambio un perfil mucho más gremial: por la LADLA habló Roberto C. Ramírez, junto a Luis Monzón, María del Refugio García (Frente pro Sacco y Vanzetti), Roberto Hernández (Unión de Armadores y Constructores de Carrocerías del DF), Francisco P. Berlanga (Confederación de Transportes), Valentín López Castro (Sindicato de Molineros), Nicolás Terreros (Liga Pro Luchadores) y Genaro González (Sindicato de Panaderos). Ver *El Machete* N° 72 (23/7/27: 4). En el tercer mitin del Frente Único tomaron la palabra Luis Monzón (LIPLP), Genaro Gómez (panaderos), Hernán Laborde (Confederación del Transporte y Comunicaciones), Belén de Sárraga (quien finalmente no pudo asistir y en su lugar estuvo Refugio García, de la LIPLP), Francisco P. Berlanga (PCM), Julio Mella (también por la LIPLP), Diego Rivera (LADLA), Herón Proal y Concepción Michel. Por último, en la manifestación del 10 de julio fueron oradores Luis Monzón y Rafael Carrillo (ambos por el Frente pro Sacco y Vanzetti), Luis Araiza (CGT), Jesús Bernal (PCM), Úrsulo Galván (LNC), Mella y Rivera (LADLA), un delegado de la Federación Nacional de Estudiantes, Concepción Michel, un dirigente del PCM de Guadalajara, y Rojano (campesino del Estado de México). Ver *El Machete* (N° 75 (13/8/27: 1-3).

también posibilitó el surgimiento de secciones en aquellos países en donde todavía no existían. Así, en el caso mexicano, una multitudinaria asamblea extraordinaria, celebrada el 1° de mayo bajo la presidencia de Diego Rivera se ocupó en encaminar los siguientes pasos de la Liga por medio de una campaña de concientización sobre el peligro de una nueva guerra mundial e imperialista, línea que fue luego reafirmada en un posterior encuentro realizado el 4 de julio⁶⁶; por otra parte, la protestas de los alumnos de secundarias y universitarios también posibilitó el surgimiento de la sección estudiantil de la Liga, publicándose un “Manifiesto” de amplia circulación, sobre todo, entre los jóvenes. En Panamá, y junto con otras organizaciones como la central de los trabajadores y la de los estudiantes, la filial de la Liga alcanzó un cierto nivel de protagonismo al impedir la firma de un leonino acuerdo comercial con los Estados Unidos. Por otra parte, en Perú, la Federación de Estudiantes (de importante participación además en la Universidad Popular González Prada), acordó la reorganización de la Liga al mismo tiempo que se procedió a la reformulación de la pequeña filial conformada por los emigrados de origen peruano en México, desvinculándose definitivamente de ella a Esteban Pavletich por su reconocida militancia dentro de las filas apristas⁶⁷. Un acto, esta vez realizado por la filial francesa de la Liga Antiimperialista Internacional en París, el 24 de mayo, se ocupó de sumar su repudio frente al cierre de la Universidad de La Habana, la prórroga en el mandato del dictador cubano Machado, el estado de sitio prevaleciente en Bolivia y el atropello estadounidense contra Nicaragua, siendo oradores en dicha ocasión León Debayle Sacasa (como se verá en el próximo capítulo, uno de los principales propagandistas de Sandino en Europa), el filósofo Felicien Challaye, el uruguayo Carlos Quijano, el cubano Leonardo Fernández Sánchez y algunos periodistas franceses. En El Salvador, una nueva revista, *El grito de la Raza*, contribuiría a impulsar a la sección local de la LADLA, al mismo tiempo que desde Colombia, el secretario general Olave y la encargada de la agitación, María Cano (“La Virgen Roja”) solicitaría ayuda al Comité Continental ante la fuerte campaña represiva propiciada desde el gobierno. Tampoco las cosas resultaban muy distintas en el área caribeña, donde se persiguió con saña a los hermanos Marpeau, de origen haitiano, quienes luego de haber fundado la sección en su país de origen fueron expulsados recalando en Santo Domingo y sufriendo prisión allí por sus actividades conspirativas y por la creación de la filial local de la Liga: una vez llegados a México, se convirtieron en importantes propagandistas de la violenta realidad de su tierra natal por medio de la fundación de la Unión Patriótica Haitiana.

⁶⁶ Con respecto a este punto, el lema adoptado fue el de “Contra la guerra de los imperialismos y por la emancipación y liberación absoluta de todos los pueblos del mundo, muy especialmente, los de la América Latina”, publicado en el N° 13 de *El Libertador* (agosto de 1927: 6), con la firma del secretario del CCO, Salvador de la Plaza. Por otra parte, y pese al crecimiento de la Liga, los números demostraban que su economía seguía en rojo: así, el estado de cuentas del Comité Continental y de la sección mexicana en los primeros cuatro meses de 1927 revelaban una deuda de \$92.49.-, aun descontando lo recaudado a partir de las ventas de *El Libertador*. Sus principales aportantes eran Diego Rivera, Rafael Ramos Pedrueza y los grupos exiliados de venezolanos y cubanos. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/542-1-18.

⁶⁷ Así, en una “Nota de la Redacción” de *El Libertador* se señalaba, sobre la cuestión de Pavletich, que “no tiene ningún valor pues el carnet de la Liga que pueda conservar en su poder, ni las gestiones que pudiera intentar en las secciones nacionales”. Ver N° 12 (junio de 1927: 17). Aunque esta medida radical no impediría que, en el futuro este joven dirigente peruano dejara de sentir simpatía por la causa comunista y posteriormente asumiera un activo rol en ella.

Por último, y a fines de agosto de 1927, el súbito protagonismo alcanzado por algunos de sus principales dirigentes sumado a un robustecimiento del espíritu internacionalista y, más aún, latinoamericanista, obligó a una reformulación del Comité Continental, el que pasó a integrarse por los siguientes nombres: el cubano Julio A. Mella como secretario, junto a los mexicanos Diego Rivera y Rafael Ramos Pedrueza, los venezolanos Gustavo Machado y Salvador de la Plaza, y el alemán, representante de Münzenberg tanto como del Socorro Obrero Internacional, Friedrich Bach. De igual manera, y con la intención de dar respuesta a una exigencia proveniente de la LCI, el CCO constituyó el “Buró Central Organizador para América Latina”, como una oficina de enlace con las distintas organizaciones internacionales existentes en la región. De este modo, y para la segunda mitad de 1927, la LADLA completaba su proceso de institucionalización mediante un comité directivo plural y representativo, si bien no de todos los países latinoamericanos, sí por lo menos de los de Centro y Norteamérica y El Caribe⁶⁸.

El antiimperialismo argentino puesto en debate: del Comité contra la Guerra a la Acción Continental

La campaña contra la invasión de los *marines* a Nicaragua no tardaría en convertirse en el primer y principal eje de acción tanto por parte de los chispistas como de los comunistas, según sendas declaraciones oportunamente publicadas en *La Chispa* el 1° de enero de 1927, y en *La Internacional*, exactamente una semana más tarde. En ellas, las dos corrientes se manifestaban a favor del gobierno constitucional del Dr. Juan Bautista Sacasa: la chispista, por medio del envío de un telegrama de apoyo al presidente nicaragüense, con copias a todas las secciones latinoamericanas de la Liga a fin de poder coordinar acciones a nivel regional y, la comunista, a través de un pedido de reconocimiento formulado ante las autoridades argentinas. Posteriormente, *La Chispa* del 29 de enero de 1927 publicó una carta de Sacasa solicitándole apoyo al presidente argentino Hipólito Yrigoyen. Asimismo, ambos partidos comunistas tuvieron participación en diversos actos políticos de solidaridad con el pueblo nicaragüense como, por ejemplo, el realizado el 5 de enero en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, y otro organizado el 23 del mismo mes por la Federación Universitaria Argentina y la Unión Latinoamericana. Estos encuentros se caracterizaron por la participación de distintas organizaciones políticas, sociales y culturales, aunque en el contexto del “frente único” los oradores de los partidos rivales también se vieron obligados a compartir la tribuna, no sin que ocurrieran situaciones verdaderamente tensionantes⁶⁹.

⁶⁸ Además del propio local de la Liga, o del PCM, para esta época también existía un punto de encuentro mucho más discreto y reservado: el departamento de Tina Modotti, quien a su vez ya era muy activa en el Socorro Rojo mientras se desempeñaba como presidenta de la Liga Antifascista de México, habiéndose convertido ya en un importante contacto de la Internacional Comunista (Barckhausen-Canale, 1989: 131).

⁶⁹ Por ejemplo, con respecto al acto patrocinado por la Unión Latinoamericana intervinieron Luis Heysen (por la Federación Universitaria de La Plata), J. R. Barcos (Liga Nacional de Maestros), Nicolás Repetto (Partido Socialista), Manuel Seoane (Federación Universitaria de Perú), Horacio Trejo (Federación Universitaria de Buenos Aires), Alfredo Palacios (Unión Latinoamericana) y José Penelón (Partido Comunista). Aparentemente, y según *La Internacional*, el dato “de color” fue la participación de Angélica Mendoza, quien fue presentada como representante de “algunas instituciones culturales”: al decir ella que en realidad venía en nombre del PCO (es decir, del “partido de los maffiosos”), el público empezó a gritar: “¡Abajo los asesinos de

Pero más allá de estas iniciativas compartidas, también cada organización llevó a cabo las suyas propias. Así, el 22 de enero de 1927 el PCA dio vida a un “Gran Mitin Antiimperialista” que contó con la presencia de Orestes Ghioldi (con el tema “la ocupación de Nicaragua por Norteamérica”), Manuel E. Seoane (“Los incondicionales del imperio yanqui: Díaz y Chamorro”), Rodolfo Ghioldi (“México frente al imperialismo yanqui”) y José F. Penelón (“Los países americanos y el imperialismo yanqui”)⁷⁰. La respuesta de su contraparte no se hizo esperar: a partir de la profusión de mítines en defensa de Nicaragua, y queriendo anular la participación de los “cominternistas”, la Liga “chispista” invitó a las “organizaciones afines (a que) definan en forma oficial sus conceptos sobre imperialismo, ya que los actos realizados hasta la fecha no han servido para clarificar el problema” (*La Chispa*, 29/1/1927). Esta suerte de desafío en torno a la conceptualización del imperialismo fue finalmente llevada a cabo en el “Gran mitin contra el imperialismo yanqui en México y Nicaragua y en solidaridad con el proletariado chino”, realizado en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires y en la que Mendoza, Pascual Loiácono y Rafael Greco hicieron uso de la tribuna en representación de los chispistas. Posteriormente, en febrero de 1927, también los comunistas se encargaron de dar inicio a un ciclo de charlas sobre el imperialismo.

Por otra parte, y ya desde principios del año 1927, algunos intelectuales comenzaron a referirse, aunque todavía de manera tímida y por momentos confusa, acerca de la nacionalización del petróleo, principal recurso del país explotado por compañías inglesas y norteamericanas⁷¹. En esta coyuntura, la Liga chispista aprovechó para organizar un ciclo de conferencias acerca de la puja por la soberanía del petróleo en la que tuvieron participación el sindicalista y socialista Francisco Pérez Leirós, el mexicano Carlos Gracidas, Pedro Milesi, Angélica Mendoza y una ascendente figura dentro de la estructura de la organización, el secretario de cultura, Carmelo Rizzo Baratta. A partir del 18 de febrero de 1927 la Liga comenzó a organizar conferencias de capacitación, con la participación de miembros argentinos y extranjeros. Así, y además de Mendoza y Rizzo Baratta, también intervinieron Carlos Gracidas, quien demandó apoyo a la política de protección del petróleo llevada adelante por el presidente mexicano Plutarco E. Calles en

Müller!” (23/1/1927), por el joven dirigente comunista muerto durante una de las ajetreadas sesiones que finalmente daría lugar a la expulsión de los chispistas.

⁷⁰ Aun así, el hecho de que la Liga “comunista” no participara directamente en todos los eventos de “frente único” o bien, en otras iniciativas como el “Comité de Recepción” del barco soviético Tovarich (y en el que sí figurarían otras entidades afiliadas al comunismo, como la Asociación de Amigos de Rusia, el Socorro Rojo Internacional y el Socorro Obrero Internacional) nos refiere el interés inicial por parte de los comunistas por preservar a su Liga de cualquier vinculación política que pudiera trabar su funcionamiento y constreñir su crecimiento.

⁷¹ A lo largo de 1927, la Cámara de Diputados debatió en torno a la cuestión de la relación entre el Estado nacional, las empresas extranjeras y los yacimientos petroleros controlados por las provincias, enfrentándose dos proyectos, uno promovido por el gobierno de Alvear y el otro, por el ex presidente H. Yrigoyen, quien reclamaba la creación de un monopolio estatal y la nacionalización de la industria. Prevalecería finalmente este último proyecto, sin que se expropiara a las compañías privadas pero sí preestableciendo que las nuevas explotaciones estarían en manos del Estado a través de la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). Finalmente, en septiembre de 1928, una vez que Yrigoyen retornó al poder, una nueva ley estableció la expropiación y el monopolio estatal completo, favoreciéndose así la creación de un amplio frente contra el gobierno que derivaría en el golpe militar de septiembre de 1930 (ver Pita, 2004: 172 *infra*).

contra de la injerencia norteamericana en ese país, y Moisés Castro Morales, militante de origen salvadoreño que había llegado a la Argentina deportado a raíz de su activa participación en las luchas sociales centroamericanas. Por último, y haciéndose eco de una campaña de trascendencia internacional, la Liga aprovechó la oportunidad para dar a conocer una nueva declaración a favor de la liberación de Sacco y Vanzetti.

Paralelamente, la Liga y a través suyo, el Partido Comunista Obrero, no dejaron de participar en distinto tipo de iniciativas promovidas por el movimiento comunista internacional. Así, y pese a la inicial oposición del Partido Comunista, en febrero de 1927 el PCO y la Liga consiguieron adherirse y participar desde un primer momento en las actividades de la Alianza Antifascista, frente de oposición impulsado por la visita a la Argentina realizada por el ministro de la Italia fascista Francisco de Pinedo (*La Chispa*, 29/1/1927)⁷². Igualmente, ambas organizaciones participaron del comité de recepción del barco soviético “Tovarich” que intentó llegar al puerto porteño en el mes de abril, al mismo tiempo que en un claro desafío al control puesto en práctica por el PCA, solicitaban su inscripción en el Socorro Obrero Internacional. Así, los chispistas trataban de integrarse al movimiento comunista en todos aquellos intersticios que les resultara posible, desafiando con dicha actitud la vocación hegemónica manifestada desde un principio por el partido oficialmente reconocido por la Comintern. Por ello es que más allá de cualquier idea rupturista, durante aquellos años el interés de los chispistas estuvo situado en el reconocimiento por parte de la Internacional Comunista y, consecuentemente, en el desplazamiento de la cúpula dirigenal conformada por Ghioldi, Penelón y Codovilla.

Gracias a su intervención en campañas internacionales como la de Sacco y Vanzetti y a su prédica en favor de la liberación del dirigente mensú Eusebio Mañasco, la Liga no tardaría en nutrirse de un variado conjunto de colaboradores y militantes, la mayor parte de ellos, exiliados de distintos países de la región. Así, al salvadoreño Castro Morales vinieron a sumársele el intelectual guatemalteco Jorge del Valle Matheu, el brasileño Pedro de Alcántara Tocci (que previamente había fungido como subsecretario de la ULA) y el peruano A. Valdivia Morón, todos ellos participantes primero de un acto en contra de la intervención extranjera en China y, el 4 de mayo de 1927, de una charla sobre las dictaduras latinoamericanas. Por otra parte, la publicación del “Primer manifiesto de los pueblos del interior”, en el primer número de *Liberación*, a fines de abril de 1927, mostró la preocupación creciente por la situación de los trabajadores del campo y de los pequeños núcleos urbanos de las provincias ante el avance del imperialismo estadounidense frente al

⁷² La “Alleanza Antifascista Italiana” se constituyó en Buenos Aires por obra de emigrados comunistas, socialistas y republicanos, tomando como modelo la “Unione Antifascista Italiana”, planteada en 1924 como respuesta al asesinato del diputado socialista Matteotti, y la “Frente Único Antifascista” que se intentó construir en 1925 aunque sin resultados concretos si bien, en ambos casos, se contó con la participación del “Gruppo Comunista”. Por parte del PCA participaron en la constitución de la Alianza, además de su Grupo Italiano, particularmente activo y numeroso, otras entidades como el Socorro Rojo Internacional. Los principales dirigentes de la Alianza, que además mantenían relaciones regulares con el PCI, fueron Giuseppe Tuntar, que en Italia había sido diputado y director del diario *Lavoratore* (y que fue expulsado del Partido a fines de 1921 acusado de defraudación) y Agenor Dolfi, quien llegaría a convertirse en secretario de la “sección Buenos Aires” de los comunistas italianos; junto con ellos, también se destacarían Guido Fioravanti, posteriormente, miembro del Comité Central del PCA y Secretario General de la Federación Obrera Nacional de la Construcción, Guido Latini y Ugo Alterisio, todos los cuales ya se encontraban en Argentina desde 1924 (Jeifets *et al.*, 2004: 321; y Fanesi, 1994).

de origen inglés. Sin embargo, el visible crecimiento de la Liga, que para mayo decía contar con un total 226 afiliados (de los cuales, 95 eran obreros de 23 gremios distintos) contrastaba la severa crisis económica por la que estaba atravesando, cuestión tratada en la asamblea ordinaria llevada a cabo el 14 de mayo en la que además se decidió conformar un nuevo Comité Central, mucho más operativo, con la presencia de Carmelo Rizzo Baratta como Secretario General⁷³. Por su parte, y en un intento por comenzar a dar vida a las distintas secciones que componían a la Liga, su Grupo Estudiantil organizó para el 22 de junio de 1927 un “Gran acto público de solidaridad obrero-estudiantil” con las consignas “contra la Ley de Residencia, por la disolución de la Legión Cívica y de todos los grupos fascistas. Por la libertad de prensa, reunión, palabra y de huelga”, y del que participaron, entre otros, la agrupación universitaria “Insurrexit” y la Unión de Escritores Proletarios “José Ingenieros”.

Por otra parte, era un hecho que para mediados de 1927 resultaba cada vez más plausible la posibilidad de una guerra contra la Unión Soviética por parte de las potencias capitalistas occidentales, más aún, luego de producida la ruptura del Comité Anglo-Ruso. En este contexto, el PCA se dedicó a la conformación de un amplio y heterogéneo “Comité de Acción contra la Guerra”, dirigido a los “obreros, estudiantes e intelectuales”, cuyo extenso consejo directivo se compuso, entre otros, por Alfredo Palacios, Manuel Seoane, Paulino González Alberdi y Pedro Romo, y cuya Junta Ejecutiva estuvo dirigida por Aurelio Hernández (quien en el mes de mayo había estado en Moscú como delegado del Socorro Rojo Internacional) como su Secretario General. En un claro intento por ampliar el margen de acción del PCA, y siguiendo las directivas provenientes de Moscú, se planteó incluso la posibilidad de volver a trabajar con los chispistas, por lo que se incluyó a Carmelo Rizzo Baratta en el consejo directivo del flamante frente. Según el relato de *La Internacional*, el Comité nació con un muy fuerte empuje: el 15 de junio se llevó a cabo su acto constitutivo en el que participaron Rizzo Baratta (por la Liga Antiimperialista), Manuel Seoane (APRA), R. Ghioldi (Partido Comunista), P. Malvestitti (Unión Obrera Local); A. Hernández (Socorro Rojo Internacional), Alberto Arabios (Centro de Estudiantes de Ingeniería de la Universidad de La Plata) y Eugenio Rubinos (obreros textiles), junto con más de un centenar de delegados y representantes de más de ochenta instituciones sindicales, culturales, políticas, estudiantiles, intelectuales y deportivas (como la anarquista Alianza Libertaria Argentina, el Prokor⁷⁴, el Socorro Rojo Internacional, la Asociación

⁷³ La distribución completa de cargos del Comité Central fue la siguiente: Secretario General, Carmelo Rizzo Baratta; Actas: José Giacchino; Finanzas: Manuel Pereyra; Interior: Francisco Veiga; Gremial: Mateo Fossa; Estudiantil: Juan B. Roviroso; Prensa y Publicidad: Nicolás Bonamassa; Universidad Popular José Ingenieros: Jorge del Valle Matheu; Cultura, Biblioteca y Estadísticas: Arturo Casesa; Idiomáticas: Andrés Imaz (*Liberación*, 5-6/1927). Existe una discrepancia entre este número de *Liberación* y el de *La Chispa* del 23 de abril de 1927, ya que el segundo reemplazó el nombre de Jorge del Valle Matheu por el de Salvador Castro Morales. Por otra parte, la nueva dirección de la Liga fue saludada con las adhesiones de distintos comités, como los de Libertad de Palabra, de Acción contra la Guerra y por la Libertad de Mañasco, cuyos delegados eran, respectivamente, Juan B. Roviroso, Carmelo Rizzo Baratta y Angélica Mendoza.

⁷⁴ El “Prokor” (también conocido como “Procor”, abreviatura en ruso de “Organización Proletaria”) era una organización comunista cuya actividad primordial estaba centrada en la colonización judía de Rusia, frente a otras ideologías nacionalistas o, directamente sionistas, que privilegiaban la lucha por la constitución del Estado de Israel. El Prokor fue especialmente activo en la Argentina a fines de la década del '20 donde llegó a contar con cerca de dos mil adherentes, en su mayoría, obreros y artesanos. Asimismo, esta organización, uno de cuyos principales líderes era el linotipista uruguayo Max (Máximo) Rosen, llegó a tener importancia en la

Amigos de Rusia, etc.)⁷⁵. El éxito de la convocatoria y la participación en ella de dirigentes con serias disputas con el PCA, nos demuestra el fuerte poder aglutinante que pese a todo aun seguía conservando el partido, y el prestigio que conservaba como único representante de Moscú y de la Internacional Comunista en Argentina. Asimismo, también podemos observar que la defensa de la Unión Soviética, y su utilización política congregaba a una gran cantidad de dirigentes que más allá de sus banderas partidarias, no dudaba en ofrecerle su respaldo ante un posible ataque por parte de las potencias capitalistas. Por último, nos revela el fuerte interés de los comunistas argentinos por constituir un frente único que pudiera agrupar a gran parte del campo de la izquierda y del progresismo local, más allá de sus propias diferencias políticas e ideológicas.

Sin embargo, y poco de comenzar a andar, el “Comité de Acción contra la Guerra” comenzó a exhibir sus propias limitaciones: según un informe del 24 de julio de 1927 del Comité Regional de la Capital Federal la actividad de este organismo “había sido nula” en gran medida a raíz de que en su disputa con los chispistas que también actuaban en él, el Partido todavía no se había podido hacer cargo enteramente de su dirección, y a que tampoco se habían creado las correspondientes células en las fábricas y las empresas⁷⁶. Tal como se reconoció en la sesión del 9 de enero de 1928 de la Comisión Argentina del Secretariado de Países Latinos de la IC, el principal problema del Comité había sido su línea política, demasiado abierta hacia todos aquellos que no provenían del campo del proletariado, en un momento en el que la nueva táctica exigía el resguardo de los comunistas frente a todos aquellos dirigentes ahora considerados como “social traidores”. Por este motivo es que desde dicha instancia, Codovilla, como representante del PCA, recomendaba que el problema de la guerra en Argentina fuera enfrentado con una propaganda intensiva entre las masas obreras, a las que se les debía demostrar su propia esencia de clase en contra del neutralismo y el pacifismo declamado por los socialistas y los dirigentes pequeñoburgueses. Para comunistas como Codovilla, el “Comité de Acción

ciudad de Buenos Aires y cierto predicamento entre los campesinos judíos de las provincia de Entre Ríos, muchos de ellos en clara disputa con la compañía colonizadora Jewish Colonization Association (JCA), a la que visualizaban como representación de la “burguesía judía”. Por otra parte, el Prokor logró dar vida en su interior a distintas organizaciones periféricas como el Socorro Rojo Internacional, conformada a principios de la década de los '20 para luchar por el mejoramiento de la situación de los obreros judeo-polacos, y también a la Liga Antiimperialista, cuya secretaría fue encabezada por la entrerriana Eugenia Yasky, esposa del también dirigente Bensión Schleifer. Uno de los principales problemas del Prokor, señalado a mediados de 1928 por Levin, enviado por Moscú a la Argentina para contribuir a la institucionalización del agrupamiento, fue el peligro de su dominación por militantes de origen social pequeñoburgués: para contrarrestar esta tendencia, se constituyó un comité “Pro Prokor”, ocupado de recaudar dinero para la realización de distinto tipo de actividades de divulgación y conformado principalmente por cincuenta profesionales e intelectuales. Ver Acta N° 12, 2/8/1928: CCC 329.15/82 PCa: 9; Jelfets *et al.*, 2004: 302; Schkolenski-Kroll, 1997).

⁷⁵ Según las circulares emanadas del propio Comité, la Junta Ejecutiva de la nueva entidad se compuso de los siguientes nombres: como Secretario General, Aurelio Hernández; Subsecretario, José Morales; Secretario de Actas, Moisés Castro Morales; Tesorero, Próspero Malvestitti; Vocales: Euclides E. Jaime, Rodolfo Ghioldi y Tomás Fratto; Suplentes: Eduardo González, J. C. Pérez Jauregui, Florindo Moretti y Cayetano Bernabó. Por otra parte, el Consejo Directivo incluyó a Alfredo Palacios, Rodrigo Soriano, José F. Penelón, Manuel Seoane, Paulino González Alberdi, Eugenio Rubinos, Carmelo Rizzo Baratta, Honorio Barbieri, Carlos Fassani, Edmundo Ghiton (Orestes Ghioldi), Lorenzo Roviglio, Rafael Greco, Máximo Rosen, Luis V. Sommi, José Chinella, Eva Vivé, Antonio Miglione, Martín Miller, M. Punyet Alberti, Alberto Arabios, José Rodríguez, Luis Sous, Pedro Romo y Sabino Gasparini (CCC 329.15/82 PCa 9).

⁷⁶ CCC 329.15/82 PCa 8.

contra la Guerra” se convertía justamente en la mejor expresión de esta confusión ideológica, en la que resultaba muy difícil, sino es que directamente imposible, transformar la consigna de la defensa de la Unión Soviética ante la posibilidad de un ataque capitalista, en una guerra “interimperialista” contra la burguesía internacional y la clase dominante de cada país en particular⁷⁷.

Con relación a la nueva línea que se iba imponiendo en el comunismo internacional, de oposición al imperialismo pero ahora también de defensa a la Unión Soviética ante la posibilidad de una guerra contra ella, *La Internacional* del 18 de junio publicó el artículo “La palabra de la Liga Antiimperialista” en donde se hacía referencia a esta nueva crisis internacional y al peligro que implicaba para el movimiento obrero de todo el mundo un ataque contra Rusia y China. Asimismo, en el segundo número de *Liberación*, correspondiente a mayo y junio de 1927, se daba a conocer la nota “Rusia-Inglaterra-China: origen económico de la ruptura de relaciones anglorusas”, escrita en un tono muy similar al que se había editado en el órgano del PCA. Por último, en el número del 18 de junio de *La Chispa*, la Liga propuso, por medio de ocho puntos “defensivos y ofensivos”, el repudio total a la conducta de Inglaterra con Rusia y China; el reconocimiento del gobierno argentino a la URSS; el boicot a las mercaderías inglesas; el reconocimiento a la soberanía argentina sobre Malvinas; el rechazo al envío de abastecimiento argentino (carne, trigo, lana) a Inglaterra en caso de producirse una guerra; el rechazo a las concesiones a empresas inglesas; la postergación indefinida del ascenso a embajada de la representación argentina en Londres; y la realización de acciones en solidaridad con la Unión Soviética y para evitar una guerra imperialista contra ella. De este modo, y a diferencia de la línea adoptada por los comunistas, en donde todavía seguía prevaleciendo una mirada más europeísta sobre el asunto, la posibilidad de un enfrentamiento bélico contra Moscú era utilizada por el PCO para plantear una serie de reivindicaciones nacionalistas que además dio motivos para la realización de un ciclo de conferencias especialmente organizado para el caso⁷⁸.

Finalmente, y teniendo a los debates sobre el petróleo argentino como trasfondo, también la Unión Latinoamericana viviría la primera de sus grandes crisis. Más allá de las diferencias existentes entre ambas organizaciones, es posible verificar que desde principios de 1927, se

⁷⁷ En aquella sesión de la Comisión Argentina, Codovilla evidenció sus diferencias con Ghioldi cuando afirmó que el discurso político de éste “no tenía una sola palabra contra la burguesía nacional, contra los socialistas, contra los pacifistas, contra la pequeña burguesía, contra los intelectuales. Por el contrario, nos propone aceptar a los intelectuales dentro de este ‘Comité de Acción contra la Guerra’, cosa aceptable si ellos hicieran una crítica de su actitud asumida durante la última guerra. Sobre esta cuestión, sobre la lucha contra los socialdemócratas, yo debería decir que todos sus manifiestos no valen nada. Tenemos aquí una circular enviada por su Secretario de naturaleza oportunista e imbuida de un espíritu pequeño-burgués”.

Contradiendo el espíritu unitario que había caracterizado al último acto contra la guerra, en el que habían participado líderes comunistas como Ghioldi junto a socialistas como Alejandro Castiñeiras y Antonio de Tomasso, Codovilla reafirmó su voluntad de “hacer una propaganda contra los socialdemócratas, contra los traidores del 4 de agosto, para demostrar la política traidora de los jefes social-demócratas frente a las masas trabajadoras” (CCC329.15/82 PCa 16: 57, 59). Así, el dirigente italo-argentino se convertía en uno de los primeros cuadros en plegarse a la nueva estrategia del “Tercer Período” impulsada desde Moscú, incluso antes de que ésta fuera discutida durante el VI Congreso de mediados de 1928.

⁷⁸ En este mismo sentido, la publicación en el número de mayo y junio de 1927 de *Liberación* de un artículo del presidente salvadoreño Pío Romero Bosque titulado “Declaraciones en contra de las persecuciones políticas en Perú y de la prórroga de los mandatos de Machado en Cuba”, contribuyó también a reafirmar el sentido latinoamericanista de la Liga.

había venido operando un acercamiento entre Haya de la Torre y sus seguidores, por una parte, y la Unión Latinoamericana, por la otra. En este sentido, el trabajo de entidades comunistas como la LADLA y el surgimiento de una de sus nuevas filiales en Argentina que, aunque no estaba enrolada en el PC, tampoco lo estaba en la ULA y menos aún en el APRA, dio suficientes motivos para que Haya de la Torre propusiera a Alfredo Palacios la conformación de una alianza estratégica, destinada a sumar a la asociación comandada por este último en el marco mayor de la entidad dirigida por el líder peruano para de ese modo terminar de constituir un “frente único aprista” con la participación de los intelectuales y académico referenciados en la Unión Latinoamericana⁷⁹. Finalmente, la insistencia de Haya de la Torre llegó a un buen resultado cuando el 9 de abril una Asamblea General de adherentes de la Unión Latinoamericana aprobó su incorporación al APRA⁸⁰. A partir de ese momento, sin embargo, fue en cierto modo inevitable que algunos de los cuadros apristas de la ULA, presentes en Argentina desde 1924, comenzaran a gravitar cada vez con mayor peso dentro de la estructura de la organización. Así, y sobre todo después de fundada la sección argentina del APRA en 1927, fue posible comprobar desde principios del siguiente año que un exilado peruano, Manuel Seoane, ocupó la Secretaría General de la Unión Latinoamericana, al mismo tiempo que su Consejo Directivo comenzó a albergar a una gran cantidad de sus compañeros⁸¹. Pero como se podrá apreciar más adelante, la incorporación de la ULA al APRA no constituyó una decisión sin ningún costo, ya que su alineamiento terminó por dividir a la organización, dando lugar a una nueva asociación antiimperialista, la Alianza Continental, dirigida por una figura siempre cercana al PCA, Arturo Orzábal Quintana.

Disconforme por el creciente acercamiento de la organización al APRA, quien fuera su primer Secretario General, Orzábal Quintana, decidió entonces emprender su propio camino y, junto a un grupo de militantes disconformes con el presunto quietismo de la ULA, decidió fundar en agosto de 1927 un nuevo agrupamiento político, la Alianza Continental (AC), con la que pretendió en sus inicios recuperar la prédica antiimperialista impulsada por José Ingenieros⁸². El conflicto que finalmente derivó en la ruptura de la ULA

⁷⁹ Estas intenciones son manifestadas en la siguiente carta de Haya de la Torre dirigida a Palacios, fechada el 17 de enero de 1927: “La ULA seguirá siendo la ULA. Seguirá siendo la gran confederación de intelectuales de América. Nosotros ayudaremos a eso y ayudaremos con energía, pero la ULA será a la vez parte del Gran Frente Antiimperialista de los Trabajadores Manuales e Intelectuales. Ustedes serán la sección o el lado de los intelectuales organizados en ese Frente, lado independiente y autónomo pero de acuerdo en la acción conjunta contra el Imperialismo, y de acuerdo en principio con los cinco puntos de nuestra Alianza” (citado en Pita, 2004: 218). El hecho de que esta carta sea en cinco días anterior a la fundación de lo que Pedro Planas considera como la primera célula “real” del APRA en París, y algunas semanas antes de que se inaugurara el Congreso de Bruselas, puede revelarnos que Haya de la Torre ya se encontraba preparando de antemano un amplio marco de alianzas ante una ruptura con los comunistas que él mismo consideraba necesaria e inevitable en cuando al proceso de formación de su propia organización política.

⁸⁰ A raíz de este acuerdo, el *Boletín Renovación* informaba que la ULA crearía nuevas secciones en México (a cargo del propio Haya junto con Jaime Torres Bodet), Perú y Guatemala (bajo la dirección de José Carlos Mariátegui y de Aníbal Secada, respectivamente).

⁸¹ Como fueron los casos de Enrique Cornejo Koster, Luis Heysen, Oscar Herrera, Fernán Cisneros (h), Andrés Ringuelet, Pedro Verde Tello, Blanca Luz Brum, Oscar Miró Quesada y Antonio Herrero.

⁸² “Los disidentes acusaban al Consejo Directivo de la ULA de falsear al sentido latinoamericanista de Ingenieros, al mostrar su incapacidad para formar una opinión pública en determinadas ideas y un excesivo acercamiento a una organización que calificaban como representante de una ideología extremista, el APRA” (Pita, 2004: 171). Así, y debido al nuevo emprendimiento llevado adelante por Orzábal Quintana, para julio

no era nuevo, y encontraba sus antecedentes en la rivalidad cada vez más profunda entre Palacios y Orzábal Quintana una vez producida la muerte de Ingenieros: con la Asociación de Amigos de Rusia convertida en un mero rótulo, el surgimiento de la Alianza Continental podía llegar a ser para el Partido Comunista una nueva oportunidad en su búsqueda de un grupo que, si bien no era totalmente propio, tampoco le respondería al nuevo bloque conformado gracias al mutuo acercamiento entre la Unión Latinoamericana y el APRA⁸³. En este sentido, y aunque nunca se definió públicamente como comunista, no deja de llamar la atención que la AC se enfrentara con los mismos enemigos señalados por el comunismo latinoamericano y, más en particular, por su Liga Antiimperialista, principalmente, el panamericanismo, demostrando por otro lado su solidaridad con la Unión Soviética y con el movimiento guerrillero nicaragüense (con el que afirmaban tener firmes contactos), frente a la defensa puramente declamatoria asumida por la ULA.

La AC llegó a contar con el apoyo de Manuel Ugarte y del Gral. Alonso Baldrich⁸⁴ además de contar entre sus filas al Gral. Enrique Mosconi, director de la oficina estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales: su fuerte defensa por la nacionalización del petróleo, en este sentido, no sólo convenía al gobierno de Hipólito Yrigoyen si no que al mismo tiempo también resultaba beneficioso para la Unión Soviética, la que a través de la compañía Yuzhamtorg (“Organización para el Comercio con América Latina”), creada a fines de 1927, se comprometió por medio de un acuerdo comercial trienal a entregar petróleo a la Argentina a valores siempre por debajo del nivel fijado por las compañías anglonorteamericanas, y a

de 1927 había un total de cinco organizaciones antiimperialistas y latinoamericanistas (las dos Ligas, la ULA, a la que se le asociaba el APRA, y la propia Alianza Continental) actuando en Argentina en forma ya sea coordinada, o bien, competitiva.

⁸³ En este sentido, una cuestión seriamente discutida con respecto a la AC y, particularmente, con su titular, Arturo Orzábal Quintana, tiene que ver con la relación que esta organización tuvo con el comunismo argentino y, a partir de 1928, con el gobierno de Yrigoyen. Más allá de quienes sostenían que, en el fondo, ésta era una organización pura y exclusivamente destinada a apoyar al radicalismo en el poder, lo cierto es que a pocos meses de dejarla formalmente creada, en octubre de 1927, el ex secretario de la Asociación de Amigos de Rusia viajó a la Unión Soviética, especialmente invitado a participar en las jornadas celebratorias por los diez años de la Revolución, junto con otras figuras directamente o indirectamente ligadas al movimiento comunismo latinoamericano (como fueron los casos de Henri Barbusse, Manuel Ugarte, Diego Rivera, etc.). Su viaje por la URSS, recorriendo diversas capitales y, especialmente, la región petrolera del Cáucaso, se extendió por cerca de dos meses, la que fue prolongada luego por una extensa gira europea (Siepe y de Monserrat Llairó, 1994). Luego del golpe militar de 1930, Orzábal Quintana fue detenido por la policía ante la suposición de que en realidad era pagado por Moscú “para propalar las ideas anárquicas disfrazándolas de propaganda nacionalista” (citado en Pita, 2004: 204 *infra*). Por otro lado, la opinión que el PCO tenía sobre Orzábal Quintana y su nueva organización puede quedar evidenciada en el siguiente artículo: “a la sombra de Ingenieros se desarrollaron una serie de hongos parásitos, que le sirvieron de escabel al mismo tiempo que se sirvieron de su prestigio para hacerse conocer. Entre esa flora se destacó Orzábal Quintana (...). En la ULA camandulea vergonzosamente para impedir la entrada del elemento revolucionario no adicto al comunismo oficial. ¿Con qué pagó el comunismo oficial de Penelón, Ghioldi y Cía. la obsecuencia del valet de Palacios y salvadera de Ingenieros? Haciéndolo nombrar asesor letrado de la Misión Comercial rusa. El que impidiera con manejos nuestra entrada a la ULA fue despedido vergonzosamente a punta pies por su amo. Como consecuencia, el señor Orzábal Quintana se levanta con el Santo y la limosna y funda otra ULA. Ahora está en Montevideo. Desde ahí habló sobre ‘Nacionalismo Continental’” (*La Chispa*, 9/4/1927). Cabe mencionar, por último, las fuertes redes que vinculaban a la Alianza Continental (como así también a la ULA) con el Uruguay, en donde había conseguido formar una sección que le resultó de gran apoyo en su prédica a favor de la nacionalización del petróleo argentino.

⁸⁴ Ambos, además, fueron sucesivos “presidentes de honor” de la Alianza Continental.

cambio de la compra de productos agropecuarios⁸⁵. Aunque la AC nunca llegó tener la importancia de otras organizaciones como la Liga Antiimperialista o la Unión Latinoamericana, su constitución en cambio sirve para dar cuenta de los reacomodamientos políticos que cada vez con mayor intensidad se irían produciendo durante los últimos años de la década, tanto a nivel general como, más en particular, en el campo de la izquierda argentina e internacional.

Por otra parte, no deja de llamar la atención el desinterés manifestado en ese momento por el PCA ante la entrada de la ULA al APRA, actitud sintomática, en definitiva, de la poca importancia concedida al frente de lucha de los intelectuales y de su falta de preocupación (por lo menos hasta ese momento) con respecto a las iniciativas que pudiera generar Haya de la Torre en el medio argentino. Así, la única opinión pública manifestada por el PCA con relación al proceso de acercamiento entre la ULA y el APRA fue, en realidad, un artículo dado a conocer en *La Internacional* el 23 de abril de 1927 como respuesta a una carta doctrinaria firmada por Haya de la Torre y dirigida a la Universidad de la Plata unas pocas semanas antes. Con el sugestivo título de “Por qué no la Liga Antiimperialista. A propósito de la carta de Haya de la Torre”, el artículo evidenciaba la importancia creciente que la LAI iba adquiriendo dentro de la estrategia política de los comunistas. En su comienzo admitía que “las partes de su carta (por aquella escrita por Haya de la Torre) relativas a su crítica del imperialismo, a la necesidad de una lucha incansable y orgánica contra el imperialismo y a la conveniencia de la creación de un frente único antiimperialista son evidentemente justas”. Sin embargo, desde un “terreno práctico” y luego de dar conformidad al anterior razonamiento, se pregunta si era “posible ignorar la existencia de la Liga cuando se habla de la lucha organizada en frente único contra el imperialismo”. La respuesta ante esta pregunta combinaba por igual realidad e ironía cuando planteaba que “es fácil que Haya de la Torre ignorara la existencia de esa Liga que tiene sus secciones en

⁸⁵ Fue el propio Orzábal Quintana quien, a su regreso a la Argentina en febrero de 1928, gestionó el encuentro entre el Gral. Enrique Mosconi con Boris Kraevski, titular de la compañía rusa Yuzhamtorg. Por otro lado, Orzábal le relataba al Gral. Mosconi la importancia de un acuerdo petrolero con la URSS del siguiente modo: “Mi viaje a la URSS (donde pasé casi dos meses a fines de 1927) fue objeto de muchas largas conversaciones en su despacho y en su domicilio particular. Le relaté con lujo de detalles los días que pasé en Bakú, el emporio petrolífero soviético, visitando pozo por pozo y destilería por destilería. Aún no se habían iniciado los planes quinquenales, pero ya la nacionalización del petróleo había demostrado ser un gran triunfo para aquel país (...). A mi vuelta de aquel viaje le comuniqué a Mosconi la impresión recibida en los círculos petrolíferos soviéticos: que ellos deseaban ayudarnos a los argentinos a emanciparnos de los ‘trusts extranjeros’, vendiéndonos el petróleo que necesitábamos, en las mejores condiciones imaginables” (en Larra, 1957: 133). Por su parte, el senador yrigoyenista Diego Luis Molinari, uno de los portavoces más autorizados del gobierno, manifestó en los siguientes términos su aprobación del convenio con la Unión Soviética (con la que, pese a todo, todavía no se habían establecido relaciones diplomáticas formales): “el petróleo ruso no está controlado por los trusts norteamericanos ni británicos. En consecuencia, frente a este tercer camino que tiene el país de liberación de cualquier producción de trusts, hemos de estar seguros que respecto de las compañías que pertenecen a Gran Bretaña y Norteamérica, la empresa estatal vendría a constituirse en un factor del que ningún régimen político en adelante estaría dispuesto a prescindir”. El desarrollo de las relaciones entre Argentina y la Unión Soviética por medio de la Yuzhamtorg implicó que de apenas un millón en el quinquenio anterior a la Revolución, en 1930 se contabilizaban casi treinta millones de pesos en concepto de intercambio comercial entre ambos países. El acuerdo con la URSS fue revocado luego del golpe militar de Uriburu y la Yuzhamtorg siguió operando desde Montevideo. Por otro lado, E. H. Carr señala una fuente según la cual la Yuzhamtorg se dedicaba, en realidad, a financiar a los partidos sudamericanos (ver 1984: 333, vol. III).

varios países de América Latina (...). Haya se encuentra en el extranjero desde hace tiempo y se concibe que no esté al tanto de los pormenores de la lucha en América Latina”. Así, el PCA reconocía la importancia de la LADLA puesto que “el frente único antiimperialista ya existe en la organización de la Liga, que data de algunos años y que tiene su propia publicación central continental, *El Libertador*”. Ya en el terreno de las advertencias y de las consecuencias políticas, se afirmaba que “propiciar, cuando ya existe la Liga otra organización de frente único antiimperialista significa de hecho llevar la división a las fuerzas antiimperialistas. Si el APRA se propone los fines de la Liga (que es el frente único contra el imperialismo) es evidente que se hace obra de división”. Frente a la difícil situación que sobrevendría de continuar el dirigente peruano con sus planes y que, en realidad, ya había comenzado a manifestarse luego del evidente quiebre producido durante el Congreso de Bruselas, los comunistas culminaban su nota con un intento de convencimiento, confiados tal vez en que la situación todavía podía revertirse en favor, claro está, del mantenimiento de la unidad del frente antiimperialista por medio de la primacía política del PCA. Por este motivo es que “nosotros (por los comunistas) someteremos esta cuestión a Haya de la Torre y a los compañeros revolucionarios que lo acompañan seguros de que tomarán en cuenta las observaciones que dejamos formuladas. Razones doctrinarias, políticas y de organización obligan a este análisis que tiende a salvaguardar la eficacia de la lucha antiimperialista”.

Resulta interesante percibir que aunque el Congreso de Bruselas había servido en gran medida para esclarecer los distintos posicionamientos de organizaciones comunistas por una parte y, nacional-populistas por la otra, en el caso de Argentina, tal vez por su escasa participación en dicho evento, tal diferenciación no se produjo (al menos, no con el grado de virulencia con el que sí se dio en otros países de la región, principalmente, con respecto al APRA). Puede que esta postura del PC argentino en gran medida se debiera a que los seguidores de Haya de la Torre concentraron su actuación en el sector intelectual y estudiantil, un frente de lucha al que los comunistas nunca habían concedido demasiada importancia salvo, a lo sumo, como acompañamiento del movimiento obrero y campesino. Por otra parte, la participación del grupo de los peruanos exiliados en la Unión Latinoamericana dio lugar, en un principio, a la formación de una sociedad táctica que los enfrentó por igual con la facción “chispista” cuando ella buscaba su lugar en el escenario del comunismo internacional en desmedro, claro está, del sector “comitivista” oficialmente reconocido por Moscú. Así, la coyuntura particular del caso argentino transformó al APRA de un serio rival del comunismo latinoamericano en un socio circunstancial que podía ser útil para la derrota total de la facción “chispista” la que, aun expulsada del PCA, todavía rivalizada con éste en su intento por conseguir un mayor anclaje dentro del movimiento obrero argentino.

Por supuesto, la situación cambiaría radicalmente entre mediados de 1927 y principios de 1928, cuando se operara una gradual radicalización del comunismo internacional y, desde el plano local, el PCA creara su propia Liga Antiimperialista. Por otra parte, la presencia cada vez mayor de militantes de filiación aprista dentro de la estructura de la Unión Latinoamericana también contribuyó a considerar a los seguidores locales de Haya de la Torre como opositores a ser derrotados aunque, en el caso argentino, estos todavía fueran tenidos muy por debajo de otros “antagonistas” mucho más importantes para los comunistas como los radicales, los socialistas, los conservadores, los anarquistas, los

sindicalistas, etc. y, ya dentro del campo “comunista”, los “chispistas” y, posteriormente, también los “penelonistas”...

Cuba: entre el reverdecer de la Liga Antiimperialista y el conflicto con el APRA

El fuerte ímpetu cobrado por la sección cubana de la Liga luego de realizado el congreso de Bruselas pudo ser fácilmente reconocido. Sin embargo, el clima de terror que se vivía bajo Machado, sumado a las divergencias que, aunque aminoradas por la difícil coyuntura, todavía seguían existiendo con respecto al Partido, impidieron integrar de inmediato a los estudiantes e intelectuales con los trabajadores, pese a que se hicieron esfuerzos tendientes a ese fin, por ejemplo, por medio de la constitución de un Comité Pro 1° de Mayo, del que formaron parte, además de la LAIC, el PCC, la UPJM y la Federación Obrera de La Habana⁸⁶. Desistiendo de este empeño por el momento, se vio la posibilidad de dar a conocer la realidad cubana y latinoamericana a través de publicaciones políticas que al mismo tiempo, no dejaran de lado la crítica cultural y literaria. En este sentido, la llegada de la revista peruana *Amauta* a Cuba en 1926 motivó fructíferas discusiones tanto en el seno de la Liga como en el de la UPJM⁸⁷, como así también las provocaban las notas de *El Libertador*, el órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas, producido en México y que penetraba clandestinamente a la Isla. Por otro lado, no pasaría demasiado tiempo antes de que desde la sección cubana se intentara también echar a andar una publicación de tono y temática similar a las mencionadas.

Recuperando el espíritu original que había animado a *Venezuela Libre*, un grupo de dirigentes liguistas orientado por Martínez Villena decidió la creación de lo que bien puede ser considerado como su relevo en el campo de la crítica socialista y antiimperialista. *América Libre*, “Revista revolucionaria americana”, tuvo su primer número en abril de 1927. Su lema fue: “por la unión interpopular americana, contra el imperialismo capitalista, en favor de los pueblos oprimidos y por la revolución de los espíritus”⁸⁸. El clima político que por entonces animaba a América Latina no podría haber sido el más indicado para emprender una publicación de estas características: las campañas de apoyo a Sandino, sumadas al fuerte rechazo mundial contra la condena a muerte de los obreros anarquistas Sacco y Vanzetti en los Estados Unidos, brindaba un nuevo marco de lucha contra la injerencia norteamericana en la región y su política claramente antiobrera y reaccionaria. En este sentido, *América Libre* se hizo eco de estas luchas, denunciando al

⁸⁶ Este tipo de actividades permitieron que, sin embargo, se pudieran acercar a la Liga y, en definitiva al comunismo, militantes y dirigentes de otras organizaciones, como fue el caso de Alfonso González Guerra, quien hasta 1926 había pertenecido al Partido Nacionalista.

⁸⁷ A punto tal que, aprovechando la presencia de los exiliados peruanos en Cuba, Martínez Villena intentó establecer un sistema de comunicación secreto con la vanguardia del movimiento revolucionario orientado por José Carlos Mariátegui (Roa, 1982: 179).

⁸⁸ Su director fue Martínez Villena; su jefe de redacción, Raoul Maestri; su secretario de redacción, Esteban Pavletich; su administrador, Rogelio Teurbe Tolón; y sus redactores, Sarah Pascual, Luis F. Bustamente, Faustino Sotto Piña, Gastón Lafarga, Jorge A. Vivó, José A. Fernández de Castro, Gustavo Aldereguía, Raúl Roa, Aureliano Sánchez Arango y Alberto Rodríguez Sust (este último, también colaborador de *El Libertador*) incorporándose además desde su segundo número, Ismael Sardiñas, Israel Soto Barroso y Gustavo Machado. Como se puede notar, sus propósitos latinoamericanistas fueron cumplidos desde la conformación de su propio *staff*, en el que convivieron cubanos, mexicanos, venezolanos, peruanos...

panamericanismo norteamericano, tendiendo firmes puentes con el dirigente comunista peruano José Carlos Mariátegui, reproduciendo el discurso de apertura de Henri Barbusse en el congreso antiimperialista de Bruselas recientemente realizado, y publicando por entregas “Cuba, factoría yanqui”, el texto preparado por Martínez Villena y presentado por Mella en dicho evento. Fue a mediados de 1929 que, debido a múltiples avatares y al agotamiento de los recursos económicos, la publicación dejó de existir.

Por otra parte, y en cierto modo como un complemento a *América Libre*, desde 1927 a 1930 también se publicó la *Revista de Avance*, dirigida por Juan Marinello y otros intelectuales como Jorge Mañach, Martín Casanovas, Francisco Ichaso y Alejo Carpentier⁸⁹. Provenientes todos ellos del Grupo Minorista, en franco proceso de disolución ante una coyuntura política que exigía posicionamientos cada vez más precisos por izquierda y por derecha, la publicación se asumía como “peculiar, independiente y nada remisa a la discrepancia si ésta fuera necesaria, pero acorde con lo fundamental de aquel movimiento, que es su valeroso izquierdismo espiritual” (Roa, 1982: 193). Sin embargo, esta declaración de principios no impidió que la revista sufriera tironeos cada vez más fuertes entre aquellos que como Marinello pretendían que asumiera un perfil cada vez más crítico hacia la situación cubana y latinoamericana, y aquellos otros que, por el contrario, pretendían conservarla como una publicación literaria y “artepurista”, alejada de la denuncia y, en definitiva, de la política y, por lo tanto, cada vez más cercana a los grupos y sectores de la derecha cubana. En poco tiempo más, la ruptura ideológica del Minorismo sería patente: mientras que Mañach, Ichaso y Lizaso se afiliaban al ABC, grupo clandestino, terrorista y fascistizante, Martínez Villena, Marinello, Roig de Leuchsenring, Regino Pedroso, Tallet y María Villar Buceta se mantuvieron (aunque con diferencias entre ellos) dentro del campo de la izquierda, colaborando así con la Liga antiimperialista cubana⁹⁰.

El enfrentamiento que dividió las aguas entre comunistas y apristas durante la realización del Congreso de Bruselas no tardaría en reproducirse en suelo cubano, afectando claro está al funcionamiento de Liga, que hasta ese momento se había nutrido por igual del trabajo de ambos grupos junto a aquellos otros que sin referenciarse particularmente en algunos de ellos se consideraban a sí mismos como militantes independientes. La importancia que para la segunda mitad de los '20 había alcanzado el grupo aprista en la Isla no era menor, y si en gran medida ella se debía al papel político desempeñado por los exiliados peruanos que habían huido de la dictadura de Leguía, por otra parte, tampoco era para desdeñar el gran impacto generado por la visita del popular líder estudiantil Víctor Raúl Haya de la Torre a

⁸⁹ Carpentier se incorporó al Grupo Minorista en 1923. Tuvo mayor presencia en él a partir del siguiente año, cuando fue nombrado jefe de redacción de la revista *Carteles*, “el semanario de mayor impacto político” en Cuba (Cairo, 2002: 18).

⁹⁰ El punto de ruptura fue la publicación de *Biología de la democracia*, del minorista Alberto Lamar Schweyer, en el que autor buscaba justificar el machadato naturalizando el poder unipersonal en las sociedades latinoamericanas (en un modo similar a como lo había hecho años antes el venezolano Laureano Vallenilla Lanz en *Cesarismo democrático*). Por iniciativa de Martínez Villena, lo que quedaba del grupo Minorista lo expulsó de sus filas, a través de un manifiesto publicado en la revista *Social* en junio de 1927, que además de concluir con un llamado “contra las dictaduras políticas unipersonales, en el mundo, en la América, en Cuba” y “contra los desafueros de la pseudo-democracia, contra la farsa del sufragio y por la participación efectiva del pueblo en el gobierno”, abogaba “por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui”, “en pro del mejoramiento del agricultor, del colono y del obrero en Cuba”, y “por la cordialidad y la unión latinoamericana”.

La Habana en noviembre de 1923, en momentos en que gestaba su compleja marcha el ciclo de la reforma universitaria. Gracias al prestigio ganado en los primeros tiempos, la facción aprista cubana, orientada por los peruanos Esteban Pavletich, Luis Bustamante y Jacobo Hurwitz, pudo desarrollar sus propias actividades sin que el PCC interfiriera en su desarrollo, llegando incluso a compartir con los comunistas los mismos espacios políticos, tales como la Liga Antiimperialista, la Universidad Popular José Martí y la redacción de la revista *América Libre*⁹¹. Sin embargo, el clima de cordialidad y de camaradería llegaría a su abrupto final con la definitiva constitución del grupo populista como partido político y con los importantes disensos evidenciados durante el Congreso de 1927. En tanto que el conflicto abierto recién se produciría en Cuba unos pocos meses más tarde a raíz de una fallida operación del APRA, que los comunistas latinoamericanos, encabezados por Mella, no dejarían de aprovechar para inclinar la balanza de la LCI a su favor.

Las raíces de este conflicto pueden ser halladas cuando una vez acabado el encuentro de Bruselas, algunos delegados fueron invitados a visitar diversas ciudades europeas dando una serie de conferencias organizadas por Münzenberg con la idea de difundir las resoluciones adoptadas y de publicitar el armado de la Liga. Ante una invitación a brindar una conferencia en Colonia, Alemania, “un delegado del APRA”⁹² procedió a alterar las conclusiones de la “Resolución sobre América Latina”, que así fueron dadas a conocer en un artículo titulado “Dos congresos antiimperialistas”, escrito por Luis Bustamante y publicado en el segundo número de *América Libre*, de julio de 1927. Luego de reproducirse la declaración final del Congreso de Bruselas, en dicha nota se brindaban detalles acerca del presunto “congreso” de Colonia, en el que “estuvieron representados los círculos latinoamericanos por una delegación del APRA”, se envió un “saludos fraternal a los pueblos de América por intermedio del APRA, Partido Antiimperialista Latinoamericano”, se invitaba a “los trabajadores manuales e intelectuales y a los pueblos todos de América Latina a luchar dentro de su frente único y bajo las banderas libertadoras del APRA” y, por último, también se exhortaba a adoptar el lema impuesto por Haya de la Torre: “contra el imperialismo yanqui; por la unidad política de los pueblos de América; por la realización de la justicia social. Trabajadores manuales e intelectuales de la América Latina: fortaleced vuestro frente único antiimperialista”. Dentro del “Presídium del Congreso”, junto a su presidente, Louis Gibarti, y como único representante latinoamericano, aparecía el delegado aprista Eudocio Ravines⁹³. Con la difusión de este encuentro, los apristas en Cuba parecían querer provocar confusión con relación a su participación en el Congreso de Bruselas; ante cualquier asomo de duda, reivindicar plenamente a su organización luego de la aceptación “bajo reservas” de la declaración latinoamericana allí suscripta; y presentar públicamente al APRA como la única entidad antiimperialista latinoamericana, negando su relevancia a los partidos comunistas y, fundamentalmente, a la LADLA.

La respuesta de Mella contra la provocación de los apristas no se hizo esperar: en su calidad de Secretario Continental de la LADLA consiguió una declaración de Gibarti, que fue

⁹¹ Raúl Roa diría que durante esta etapa, “todavía el aprismo presumía de marxismo”.

⁹² Aparentemente, se trató de E. Ravines.

⁹³ Los otros integrantes de la comisión directiva del supuesto congreso fueron el Dr. Jacobs, delegado de Alemania; el Prof. Resch, por la Liga contra el Imperialismo; Jas A. La Guma, por Sudáfrica; el Dr. Kepler, por Dinamarca; y el Dr. J. Ventadour, por Francia.

publicada en *El Libertador* (en su número 13, de agosto de 1927), en la que se negaba que el cónclave de Colonia tuviera el rango de un congreso antiimperialista como el llevado a cabo en Bruselas⁹⁴. En dicho documento se afirmaba también que la declaración promovida por el delegado Ravines no era idéntica a la finalmente publicada en la revista *América Libre* ya que “la resolución oficial no se refería de ningún modo a esta organización (por el APRA)”, ni tampoco había sido firmada por los presentes en la reunión. En conclusión, Gibarti ratificaba que “los documentos transmitidos no constituyen sino una falsificación y una tentativa ridícula para perjudicar a nuestra organización en Cuba (por lo que) dirigimos una carta oficial al camarada Mella del Comité Continental Organizador, autorizándolo para desenmascarar esta maniobra”. Y sabiendo de antemano del predicamento que Ravines podía tener en la AGELA, donde había tenido enfrentamientos con sus compatriotas Leonardo Fernández Sánchez⁹⁵ y Ángel Sotomayor (Rafael Sainz) y con el uruguayo Carlos Quijano (todos ellos también asistentes al Congreso de Bruselas), es que Gibarti recomendó enfáticamente que “se tomen las medidas necesarias para informar a la colonia latinoamericana en París” del asunto.

La ruptura en Cuba entre los apristas y los comunistas finalmente tuvo lugar en julio de 1927, promovida por Martínez Villena a partir de pedidos concretos formulados por Mella y por Fernández Sánchez, con apoyo de V. Codovilla desde el Secretariado Latinoamericano de la IC⁹⁶. Con la excusa de repeler el trabajo divisionista que venían realizando los apristas en el seno de la Universidad Popular, se convocó a una sesión en el local de la Federación de Bahía. Fueron partícipes de esta reunión (que duró en total unas siete horas y que, como recordaba Raúl Roa, fue realizada bajo una “lluvia torrencial” y un calor “espeso, pegajoso y sofocante”) Martínez Villena, Gustavo Aldereguía, Sarah Pascual, Raúl Maestri, Aureliano Sánchez Arango, José Z. Tallet, Manuel Cotoño, José

⁹⁴ En este sentido, la opinión de Mella sobre lo sucedido resultó ampliamente elocuente: “también aquí el APRA se presenta reaccionaria, pues ha pretendido romper la unidad internacional. (...) Por lo menos, lo que al pie de su nombre en la tesis sobre la América Latina ella presentó como ‘*reservas*’ no indica nada más que divisionismo, propósitos individualistas y mezquinos” (Tibol, 1968: 123. En cursiva en el original).

⁹⁵ Leonardo Fernández Sánchez, la “mando derecha” de Mella, se había exiliado hacia fines de 1926. Pese a no pertenecer formalmente al comunismo latinoamericano, cumplió un importante papel para su desarrollo en Europa. Así, y luego de participar en el Congreso de Bruselas, participó en el mitin de solidaridad con América Latina (celebrado en París, el 24 de abril de 1927), que contó con la asistencia de Ferdinand Herold (presidente de la Liga por los Derechos Humanos), Paul Louis y Gabriel Péri. Más tarde, tomó parte en las celebraciones por el décimo aniversario de la Revolución Rusa en Moscú. Por último, en París también se desempeñó como un importante contacto con el dirigente del comunismo argentino, Victorio Codovilla (ver Jaifets *et al.*, 2005: 107-8).

⁹⁶ Con respecto a la comunicación mantenida entre estos dirigentes, en una carta enviada por Fernández Sánchez a Codovilla, con fecha del 27 de mayo de 1927, se reafirma el alineamiento con los comunistas de la revista *América Libre* (pese a que sería en dicho medio en donde se publicaría el mencionado artículo sobre el “Congreso de Colonia”) y se solicita al Secretariado Sudamericano su intervención ante Gibarti para frenar la campaña de los apristas. La respuesta de Codovilla, del 25 de julio de 1927, no podía haber sido más elocuente: “Nuestra palabra de orden para todos los países de la América Latina –y de mi parte ya la he enviado a los compañeros de la Argentina- es la de: una sola Liga Antiimperialista. Y por consiguiente la que se ha fundado en México en 1925 debe ser reconocida como tal. Por las noticias que nos llegan de allá, me entero que surgen las Ligas como los hongos. Hay que combatir absolutamente esas tendencias, demostrar que hay muchos antiimperialistas que se proponen servir al... imperialismo!”. Cartas como ésta sirven para dar cuenta del compromiso de los comunistas, en distintas instancias de representación latinoamericana, por luchar en contra del APRA *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo 10/542-1-18.

Acosta, Carmelo García, Luis F. Bustamante, Esteban Pavletich y el propio Roa. Más que la Liga, de la que no se discutía su filiación comunista, lo que sí estuvo en el centro de la disputa fue el riesgo de dividir a la Universidad Popular debido a la insistencia de Bustamante y Pavletich por afiliarla a la filial cubana del APRA. Sin embargo, al imponerse la tesis comunista se impidió de hecho aquél intento sobre ella⁹⁷. El resultado del proceso fue claro y contundente, decretándose la inmediata expulsión de los dirigentes apristas Luis F. Bustamante, Esteban Pavletich y Jacobo Hurwitz tanto del plantel docente de la Universidad Popular “José Martí” como también de la redacción de la revista *América Libre*.

De ahí en más, la filial aprista cubana se dedicó a polemizar con sus pares comunistas desde las páginas de la revista *Atuei*, editada entre 1927 y 1928: si bien es verdad que durante sus primeros números se planteó como una revista abierta y plural, que podía publicar notas y artículos sobre política y cultura no necesariamente coincidentes con el ideario propugnado por Haya de la Torre, una vez producida la ruptura con los comunistas y con la profundización de la confrontación, el perfil de la revista fue cada vez más identificado con los postulados del aprismo. Siendo sus directores Enrique de la Osa y Nicolás Gamolín, desde un principio *Atuei* se presentó como una revista de vanguardia, en la que pronto podían convivir poesías y reflexiones sobre el arte y la cultura, hasta artículos dedicados a la actualidad política latinoamericana y mundial. A partir de una perspectiva claramente latinoamericanista, la revista contó con la colaboración de los peruanos Esteban Pavletich, Serafín Delmar y Carlos Manuel Cox, junto con el mexicano Diego Rivera, el argentino Carlos Sánchez Viamonte, el boliviano Tristán Marof y la uruguaya Blanca Luz Brum.

A partir del papel jugado por la Liga Antiimperialista en la región latinoamericana y, particularmente, con relación a su encubierta adscripción comunista es que Luis Elen⁹⁸, publicó un artículo en el número 6 de la revista, correspondiente a agosto de 1928 en el que intentó responder a los ataques que desde la celebración del Congreso de Bruselas, Mella venía sosteniendo contra la labor del APRA. En dicho artículo, titulado “Carta abierta del desconocido y oportunista Luis Elen al conocido e inoportuno Julio Antonio Mella”, se expresaba que “no somos enemigos los apristas del comunismo, nos negamos a que él controle o dirija la lucha de nuestros pueblos contra el Imperialismo norteamericano (...). Aferrados a esta táctica, los apristas no podemos aceptar que la lucha sea dirigida por la Liga Antiimperialista, denunciada por Kellogg como instrumento de la República de los Soviets en su informe al Congreso de los Estados Unidos del 12 de enero de 1927; y no por los peligros que la denuncia entraña precisamente, si no por ser ciertos e innegables todos los extremos en que la misma se fundamenta. La Liga es sólo eso, un instrumento de la política bolchevique (un instrumento defectuoso) y el Congreso de Bruselas al que

⁹⁷ Repitiendo prácticamente el mismo discurso utilizado por Mella en su crítica al APRA, Sarah Pascual intervino “impugnando la argumentación de Bustamante y reafirmando su adhesión a los acuerdos del Congreso de Bruselas y a las tesis antiimperialista de Lenin. No entendía, en último extremo, por qué si ya existían en el nivel continental el Partido Comunista y la Liga Antiimperialista, se pretende dividir y debilitar las fuerzas del movimiento revolucionario latinoamericano. ¿A quién, si no al imperialismo y la reacción, servirá semejante dislate?” (Roa, 1982: 218).

⁹⁸ Seudónimo de Orosmán Viamonte quien se había desempeñado como uno de los abogados defensores de Mella durante su famosa huelga de hambre de 1925.

concurrieron los delegados de sus hipotéticas secciones para entonar himnos comunistas y entorpecer la labor constructiva de Haya y de Ravines probó que el estadista yanqui no había sido engañado por sus agentes confidenciales. Pero entendámonos de una vez y para siempre: no es la denuncia en sí lo que nos aparta de la Liga como órgano directivo, sino la veracidad de sus supuestos. Kellogg nos acusará también de comunistas y hará que como a tales se nos persiga y encarcele, pero la lucha antiimperialista dirigida por el APRA será exclusivamente antiimperialista. Y esto, y que el interés de América no se subordine nunca al interés de Rusia, es todo lo que nos importa”.

Mientras tanto, en la segunda y última parte de su polémico artículo, Luis Elen denunciaba directamente la vocación frentista, tendencialmente falsa y, en definitiva, contradictoria que decían defender las organizaciones comunistas como la LADLA (y en este sentido, su sección cubana no era una excepción). En efecto, “no aspira el APRA, tampoco a controlar la dirección del proletariado de nuestra América. No discute a Ámsterdam y Moscú su influencia sobre el mismo. Quiere librar una batalla seria y enrola en sus filas soldados fieles e interesados en la victoria. No cuenta para el esfuerzo con las clases privilegiadas de la América Latina, las ignora; mejor: las supone aliadas del capitalismo yanqui... y no se equivoca. La Liga, haciendo gala de un maquiavelismo infantil, constituye sus células con obreros y burgueses, pretendiendo servirse de estos últimos como de una mampara que oculte sus intenciones en la lucha. Los apristas prescinden de los burgueses en su organización y, con su criterio realista, confían la salvación de América Latina a sus esclavos. No distinguen entre amos y capataces, pero sí entre estos y los siervos, y proceden en consecuencia en su afán de evitar confusionismos”. Así, el APRA pretendía constituirse como una organización política coherente, transparente y, por sobre todas las cosas, obrerista, aun cuando su máximo inspirador e ideólogo otorgaba una centralidad particular a las clases medias en su propia construcción política.

Además de ser utilizada como un medio idóneo para el conocimiento público de posturas doctrinarias, la revista del APRA cubano servía además como una tribuna de denuncia y de ataques personales contra aquellos dirigentes calificados como “traidores”, como fue el caso del peruano Jacobo Hurwitz, ganado para la causa comunista y que, luego de alejarse de Cuba en 1927, y de ser expulsado de Panamá a raíz de su participación en el movimiento inquilinario de ese país, fue nombrado en México como responsable político del “Comité ¡Manos Fuera de Nicaragua!” (al que también se criticaba en otra nota de esta publicación). Sin ahorrar calificativos de ningún tipo (apelando incluso a aquellos de claro señalamiento antisemita), en un artículo también publicado en el sexto número de *Atuei*, se expresaban “cuáles eran los verdaderos motivos de la traición de Jacobito y quién es Jacobito (...). Jacobo Hurwitz y Hurwitz es judío por su madre (...). Se fue del APRA –sin decirle adiós– obedeciendo los dictados de su doble odio y porque en ella no podían pasar de simples soldados él, sus sueños, su apellido exótico, su sordera y su prudencia. La Liga, ávida de atraerse a un peruano, lo ha hecho coronel y le obsequió en el último número de *El Libertador* con uno de los saludos circulares de Sandino”. En este mismo sentido, la aversión contra la LADLA no tenía reparos por parte del APRA cuando notamos que para referirse a *El Libertador*, sus dirigentes lo hacían como una publicación “funesta” y una “desmedrada criatura”, según consta en el mismo número de *Atuei*.

Por su parte, desde la sección “La Hoz y el Martillo” de *El Machete*, Mella se ocupaba de contestar a todas estas acusaciones de la siguiente manera: “Ya no saben qué hacer los jóvenes arbianos de la revista *Atuei*, que se publica en Cuba, para desvirtuar nuestras razones contra el ARPA y sus líderes. En su última salida la emprenden con el “Comité ¡Manos Fuera de Nicaragua!”, contra la Liga Antiimperialista (a la que acusan de haber sido “denunciada” por Kellogg como instrumento de la República de los Soviets en su informe al Congreso de los Estados Unidos del 12 de enero de 1927), y contra algunos compañeros. Pero esto no vale la pena comentarlo”. Luego de acusar a Haya de la Torre de “aliarse a los aliados del imperialismo yanqui” y de tener como única ambición, como “problema vital”, la presidencia de Perú o la colaboración productiva con cualquier gobernante de amplio criterio, Mella finalizaba su artículo creyendo que “atacar a los comunistas y los antiimperialistas basándose en las ‘pruebas’ de Kellogg siempre es un buen principio para ganar la confianza de nuestros enemigos que -bien lo saben los niños del ARPA- son también los enemigos de la clase trabajadora”⁹⁹.

Gracias a los rápidos movimientos llevados a cabo por los comunistas, para mediados de 1927 la facción aprista cubana había conseguido ser neutralizada. Para el logro de este objetivo resultó fundamental la sanción disciplinar puesta en marcha por Martínez Villena, y apoyada desde el exterior por otros dirigentes del comunismo latinoamericano, como Mella en el Comité Continental junto con Louis Gibarti, secretario de la flamante Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional. Por último, resulta interesante resaltar que en el informe de Mella sobre la situación política de Cuba redactado para la IC durante su estancia en Moscú una vez concluido el Congreso de Bruselas, el líder comunista no hizo ninguna mención a la existencia de una filial aprista en la Isla, si bien se ocupó de mencionar la existencia de otros agrupamientos dentro del espectro político de la izquierda¹⁰⁰.

⁹⁹ Ver *El Machete*, N° 132, 22/9/28.

¹⁰⁰ RGASPI 495-3-20.

SEXTA PARTE

HACIA LA EDAD DE ORO DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA

La Liga mexicana ante la lucha sandinista: acuerdos y tensiones

La organización del Comité “Manos fuera de Nicaragua” (MAFUENIC)

Un importante cambio en la proyección continental e internacional de la LADLA tuvo lugar desde 1928 cuando comenzó a hacerse eco de la lucha antiestadounidense llevada adelante por el Augusto C. Sandino en tierra nicaragüense, implicándose cada vez más en dicho proceso hasta el punto de convertirse en uno de los más destacados puntos de apoyo de dicha campaña. En este sentido, la primera vez que *El Libertador* y, por ende, la Liga Antiimperialista de las Américas, pronunciaron una declaración pública de apoyo a Sandino, fue en su número 14 de enero de 1928, por medio de la publicación de una ilustración en la que al mismo tiempo que daban vivas al general rebelde se condenaba el próximo Congreso Panamericano a ser desarrollado en La Habana bajo la orientación estadounidense¹. A partir de entonces, las notas de divulgación sobre los atropellos de los marines en Nicaragua y sobre los combates desarrollados por el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional (EDSN) tuvieron una aparición cada vez más frecuente. Y junto con ellos también se hicieron cada vez más habituales los pronunciamientos políticos. Fue así que, por ejemplo, la LADLA no dudó en condenar, en una misma alocución, tanto a la contienda presidencial que de manera amañada se estaban preparando en Nicaragua, bajo el resguardo estadounidense, entre los principales candidatos del *establishment* político de ese país (Moncada, Chamorro y Sacasa), como a la formación de una Comisión Supervisora Latinoamericana, integrada por figuras públicas de la región, como el poeta Salomón de la Selva, el intelectual mexicano José Vasconcelos y el fundador del APRA Haya de la Torre, y encargada de certificar la presunta transparencia del acto electoral². Así, la LADLA sentaba un

¹ El epígrafe de dicho dibujo, ubicado en la tercera página, es justamente “Viva Augusto C. Sandino. Abajo el Congreso Panamericano”. *El Libertador* (México, enero de 1928) N° 14. Para el número 17, de abril de 1928, debajo del título de la revista aparecía el epígrafe “Órgano oficial del Comité Frente Único ‘Manos Fuera de Nicaragua’”.

² En el artículo “Una traición a Nicaragua” se emitía la siguiente declaración del Comité Continental: “Que las próximas elecciones en Nicaragua son una comedia preparada por los imperialistas para consolidar su dominio en Nicaragua mediante el Partido Liberal. Que no atacar ni denunciar esta farsa o participar en ella en cualquier forma es una traición a la causa constitucionalista y a la soberanía de Nicaragua. Que Moncada, Chamorro y Sacasa son traidores no sólo a su país sino a la causa antiimperialista de todo el Continente. Que el deber de todos los luchadores antiimperialistas en toda América es apoyar a los liberales que combaten junto con el General Sandino y a los que, fuera del país, han permanecido fieles al Partido Liberal en su actitud primitiva de resistencia a la intervención extranjera”. También se reservó en el mismo comunicado una sección, de fuere contenido irónico, dedicada al que, desde el amplio campo de la izquierda, era por entonces era el mayor oponente de la LADLA: “Víctor Raúl Haya de la Torre, autor de artículos y más artículos encomiásticos sobre Víctor Raúl Haya de la Torre, Jefe del ARPA, una organización en ciernes de la que no vale la pena ocuparse, busca una oportunidad más para atribuir a cualquier intelectual de prestigio una frase como ‘Haya de la Torre es el orgullo de la juventud de América’”. *El Libertador* (México, enero de 1928) N° 14: 6. En el siguiente número se publicaría también la réplica de José Vasconcelos y la contrarréplica de la LADLA:

precedente que sería acompañado también por otras organizaciones de signo similar, como era el caso de la Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA)³, y que buscaba también el apoyo de otras instancias internacionales como la LCI⁴.

Con la intención de prestar apoyo al EDSN mediante la compra de distintos implementos médicos, a principios de 1928 se conformó en México un primer Comité Pro Sandino, integrado originalmente por ciudadanos nicaragüenses y presidido por el que hasta entonces se había desempeñado como el principal referente del General insurgente en dicho país: el cónsul y dirigente liberal Pedro L. Cepeda. La iniciativa llevada adelante principalmente por los nicaragüenses residentes en México se convirtió en un gran aliciente para la entrada en acción de los comunistas: por medio de la LADLA intentaron así no sólo reforzar la campaña de solidaridad con Sandino, queriendo provocar una inmediata identificación con el popular general insurgente, sino que al mismo tiempo buscaron tomar la iniciativa, por ejemplo, frente al APRA de Haya de la Torre, obstaculizando la eventual construcción de cualquier otro frente de similares características. Gracias sobre todo al trabajo previo del venezolano Gustavo Machado, el 18 de enero de 1928 fue fundada en el Distrito Federal una nueva organización de frente único, el “Comité Manos Fuera de Nicaragua” (MAFUENIC)⁵, basada en gran medida en el éxito suscitado el año anterior por el Frente Único Pro Sacco y Vanzetti, y que tuvo su presentación social el 4 de febrero en el “Gran Mitin contra el imperialismo yanqui, por la liberación de Nicaragua y de toda América, por el triunfo de los mineros de Colorado, por la libertad de Isidoro Azzario y contra la farsa panamericana en La Habana” que contó con la participación de Jesús Bernal, David Alfaro Siqueiros y Luis G. Monzón⁶. Así, y gracias al nuevo dinamismo impreso, no resultó extraño que al cabo de un tiempo la nueva organización fundada desde el PCM terminara por absorber al inicial Comité integrado por los nicaragüenses.

Los principales objetivos del Comité Manos Fuera de Nicaragua, tal como fueron expresados en el primer número de su propio *Boletín* diario, consistieron en: “1) el envío de medicamentos y en general de auxilios médicos a Sandino, ya que son los únicos elementos que le faltan para continuar la lucha contra los invasores extranjeros; 2) hacer la propaganda más amplia contra los procedimientos del imperialismo

“Vasconcelos, que jamás ha estado en la Liga, que habiendo podido venir a ella para orientarla –y hasta para depurarla si la creía viciada-, Vasconcelos, defensor de la raza y por tanto, obligado a venir a nuestras filas, ataca a la Liga en momentos en que la Liga defiende prácticamente a Nicaragua”. *El Libertador* (México, febrero de 1928) N° 15: 8 y 9.

³ La UCSAYA había surgido en México en 1927 motorizada por el venezolano Carlos León y por el argentino Alejandro Maudet, más conocido por su seudónimo de “Alejandro Sux”. Se trató de una organización latinoamericanista y antiimperialista cuyo principal eje de acción se centró en el apoyo a Sandino en Nicaragua. Su periódico era *La Batalla*, y algunos de sus colaboradores, además de los dos mencionados, fueron Salvador de la Plaza, Gustavo Machado y Jacobo Hurwitz. Para más información, ver Melgar Bao (2006/7).

⁴ El primer pedido de apoyo a la campaña de Sandino formulado en el seno de la LCI fue demandado por el Prof. Alfons Goldschmidt quien asistió a la reunión del Consejo General de los días 9 al 11 de diciembre de 1927 como delegado del Partido Revolucionario Venezolano.

⁵ En su editorial del N° 15, *El Libertador* se refería al MAFUENIC en los siguientes términos: “Veinte pueblos unidos, si no por otras razones, por la necesidad de defenderse del peligro común, reconocen en Sandino al mejor de sus representantes; y atentos a su llamado, se aprestan a ofrecerle los elementos de que carece. El sector consciente de los Estados Unidos del Norte y los pueblos de Europa se apresuran también a ofrecer su contribución” (México, febrero de 1928: 3).

⁶ Ver *El Machete* N° 100 (4/2/28: 1).

norteamericano en Nicaragua, así como en los demás países latinoamericanos, y a favor de la lucha emancipadora de Sandino”. Varias fueron las organizaciones, nacionales e internacionales, que formaron parte del Comité, contándose entre ellas la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional; el Socorro Obrero Internacional, la Liga Antiimperialista de las Américas (Comité Continental y sección mexicana), la UCSAYA (Unión Centro Sud Americana y Antillana, representada por el Dr. Carlos León), la Liga Internacional Pro Luchadores Perseguidos (representada por Luis G. Monzón), la Liga Internacional Antifascista; la Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza (encabezada por Rafael Ramos Pedrueza), la Federación Anticlerical Mexicana (con la española Belén de Sárraga como su referente), la Unión Patriótica de Haití (con su representante, J. Jolibois Fils, exiliado y ex director de *Le Courrier d' Haiti*), la Asociación de los Trabajadores del Ferrocarril (presidida por Hernán Laborde, concejal en la Ciudad de México), la Liga Nacional Campesina (con su delegado, Úrsulo Galván) y la Federación Minera de Jalisco (con su máximo referente, David Alfaro Siqueiros). Finalmente, su Comité Directivo quedó conformado de la siguiente manera: como Presidente de Honor, Augusto C. Sandino, y como Tesoreros, el Profesor Rafael Ramos Pedrueza (asesorado por el ex senador Luis G. Monzón) y el Dr. Carlos León. Por último, como Secretario General fue designado el peruano exiliado Jacobo Hurwitz quien, tiempo después de su llegada desde Cuba y luego de haber formado parte del grupo aprista en México, protagonizó una sonora ruptura con la línea ideológica de Haya de la Torre y un posterior acercamiento al Partido Comunista⁷. Además, de Gustavo Machado, otros miembros destacados del Comité fueron Diego Rivera, Julio Antonio Mella y también el ex aprista Nicolás Terreros, pronto convertido en unos de sus principales oradores.

Desde su misma constitución, el MAFUENIC demostró su intención de convertirse en el principal soporte internacional del Gral. Sandino efectuando una amplísima campaña de divulgación tanto de los efectos del imperialismo estadounidense sobre Nicaragua y América Central, como de las acciones llevadas a cabo por la guerrilla insurgente en dicho país. Desde un primer momento, y a fin de eludir cualquier crítica o investigación por parte de las autoridades, el Comité definió su perfil como eminentemente humanitario, convocando a hacer una colecta pública mundial destinada a la adquisición de medicamentos para los hombres de Sandino. Por otro lado, y al mismo tiempo que la central de apoyo y único contacto con Nicaragua se fijaba en México, se hacía un llamado público a la conformación de comités en todo el mundo, convocando también a la prensa internacional a la realización de una amplia propaganda de este movimiento. La estrecha vinculación con la LADLA resultaría finalmente amarrada cuando se designara a *El Libertador* como el órgano oficial del MAFUENIC, más allá de que éste continuó editando un boletín diario con las principales novedades en torno a la lucha en Nicaragua. Por último, la puesta en marcha de un primer gran mitin de solidaridad, para el que fue elegido un comité organizador, fue acompañada por el envío de un cablegrama al Congreso Panamericano que poco más adelante comenzaría a sesionar en La Habana, y que no tardó en hacerse público en los principales medios de prensa de los comunistas y de las organizaciones asociadas a ellos⁸. Aun con amplias diferencias

⁷ *Boletín Diario* N° 1 Del Comité Manos Fuera de Nicaragua, México, 19 de enero de 1928. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/542-1-28.

⁸ Dicho cablegrama contenía la siguiente expresión: “Congreso Panamericano.- La Habana.- Organizaciones reunidas frente único piden trátese asunto Nicaragua exigiendo retiro tropas

tácticas y estratégicas, parecía que por el momento y a través de la LADLA y del MAFUENIC, el acuerdo entre los comunistas y el líder insurgente sumaba más beneficios que complicaciones: mientras que el último ganaba en apoyo y en proyección internacional a su propia lucha, los otros adquirirían una nueva referencialidad y, consecuentemente, mayor popularidad, al mismo tiempo que parecían cerrarle el paso a los rivales apristas⁹.

Con su principal objetivo centrado en la obtención de dinero para la compra de medicinas, el MAFUENIC anunció que poco después de constituirse ya había conseguido recolectar doscientos cincuenta pesos (aclarándose que los primeros cinco pesos eran de una donación realizada por un obrero mexicano). A través de toda una seguidilla de actos y declaraciones públicas, los máximos esfuerzos estuvieron colocados, sin embargo, en la fundación de comités en otras ciudades de México como así también en otros países (por ejemplo, en Colombia y El Salvador, donde incluso varios médicos, enfermeras y farmacéuticos propusieron colaborar brindando medicamentos o bien directamente sus servicios en beneficio de los guerrilleros nicaragüenses). Por otra parte, y para difundir la existencia del Comité y llamar a la conformación de más filiales, sobre todo en los Estados Unidos, se fijó al 11 y al 12 de febrero como “Días Manos fuera de Nicaragua”, en los que varios grupos de mujeres se ocuparon de recorrer las calles y lugares de trabajo y esparcimiento solicitando aportes para Sandino. Al cabo de unos meses, y sobre todo gracias al clima de movilización generado en México, ya funcionaban filiales del Comité en lugares como Monterrey, Puebla, Veracruz, Tampico, Ciudad Victoria, Guadalajara, Pachuca, Durango, Oaxaca, señalándose además la entrada al MAFUENIC de la Liga Nacional de Estudiantes¹⁰. El 4 de abril, un mitin celebrado en el “Teatro Virginia Fábregas”, de la Capital, marcó un hito para la militancia pro sandinista al ser colmadas las instalaciones por más de cinco mil asistentes: además, la presencia en él de oradores de primera línea, como el periodista Carleton Beals, recién llegado a México luego de haber concretado una entrevista con el líder rebelde en plena selva nicaragüense¹¹, junto con Carlos León, Jolibois Fils, Jacobo Hurwitz, el profesor Rafael Ramos Pedrueza y la dirigente anticlerical Belén de Sárraga, se ocupó de resaltar la importancia política del evento.

intervención.- Comité Manos Fuera de Nicaragua”. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/542-1-28.

⁹ En este sentido, “fue concretamente a través de la Liga Antiimperialista y del Comité Manos Fuera de Nicaragua, que la Internacional Comunista manejó sus relaciones con Sandino” (Cerdás, s/a: 83).

¹⁰ En algunos casos, la formación de comités MAFUENIC servía además para la constitución de futuras secciones locales de la LADLA, como ocurrió en el caso de Ciudad Victoria (Tamaulipas), donde la primera se fundó en febrero mientras que la segunda en mayo de 1928. Ver *El Machete* N° 101 (4/2/1928: 1) y 105 (19/5/28: 1). Por otra parte, el gran impulso otorgado a la Liga y, en general, a la causa antiimperialista por la lucha en Nicaragua posibilitó también la formación de otras entidades de similares características dentro del universo del comunismo mexicano: así, para el mismo mes de abril, se constituyó el Comité Central de la Federación de Juventudes Comunistas de México, con Luis Monzón como Secretario Antiimperialista.

¹¹ La LADLA concedió una gran importancia a todos los estadounidenses que, como Beals, adoptaron una postura contraria a su propio gobierno. De este modo, y luego de ser publicada la entrevista del periodista estadounidense a Sandino, *El Libertador* concluía en que “Carleton Beals es de aquellos enormes sectores norteamericanos contrarios al imperialismo, de los sectores que hacen que no luchemos contra los EEUU, limitando nuestro ataque a los potentados de Wall Street y a sus agentes yanquis y latinoamericanos”. Asimismo, en la nota “No todos los norteamericanos” se señaló la existencia de un grupo de estadounidenses que viajó a Nicaragua para unirse al EDSN. En *El Libertador* (México, abril de 1928) N° 17.

Algunas semanas después, el 26 de abril, también el Comité Ejecutivo de la LCI tomaría cartas en el asunto al votar una declaración a favor de la insurgencia nicaragüense y en contra de los invasores estadounidenses¹². Por otra parte, y ante la posibilidad de que el conflicto se extendiera hacia otros países del área centroamericana, atizado por los Estados Unidos para complicar la campaña de Sandino, el 2 de junio la LADLA emitió una declaración llamando a la paz entre hondureños y guatemaltecos, en tanto que en la simbólica fecha del 4 de julio realizó un mitin que contó como oradores a sus principales representantes, Diego Rivera, Marco A. Montero, Jacobo Hurwitz, Conchita Michel, Julio A. Mella y Tristán Marof¹³. No resultó extraño entonces que, ante el evidente éxito de la campaña pro Nicaragua, el PCM realizara un exitoso balance público tanto por la difusión de la ideología antiimperialista vinculada a las masas obreras y campesinas, como a la fundación de nuevas filiales y secciones del MAFUENIC y principalmente de la LADLA en territorio mexicano, ya desde el plano de lo concreto¹⁴.

Por otra parte, la campaña de apoyo a Sandino fue también utilizada como plataforma para difundir otros casos de ocupación, como por ejemplo el de Haití, o para denunciar a los gobiernos dictatoriales de la región, como el de Venezuela. Las movilizaciones atravesaban a prácticamente todo el continente, señalándose con particular intensidad en Cuba y en Colombia, así como también en distintos países europeos, principalmente, Francia¹⁵. Sin embargo, no en todos los países había condiciones aptas para el desarrollo de una campaña de solidaridad: fue por ejemplo lo que ocurrió en el caso de Guatemala, cuando un mitin de apoyo a Sandino organizado por la sección local de la LADLA fue violentamente reprimido por el gobierno¹⁶.

Además de México, uno de los países que más se destacó en la campaña de solidaridad con Sandino fueron los Estados Unidos. Como venía ocurriendo en otros sitios, también aquí fueron los dirigentes comunistas (Manuel Gómez y Robert Dunn, secretario de la

¹² A dicha reunión asistieron James Maxton (elegido como presidente de la LCI), Eddo Fimmen (vicepresidente), Marteaux, Saklatvala, Münzenberg, Hansin Liau, R. Bridgeman (secretario de la Liga Británica), Abdul Manaff (de Indonesia, secretario de la Liga Holandesa), y Chattopadhyaya, mientras que estuvieron ausentes Roger Baldwin y Diego Rivera. Ver “Reunión en Bruselas del Comité Ejecutivo de la Liga Internacional” en *El Libertador* (México) 19: 12.

¹³ Ver *El Machete* N° 117 (2/6/1928: 4) y N° 122 (7/7/1928: 4), respectivamente.

¹⁴ Así, en una declaración publicada en *El Machete*, en su número 123, del 14 de julio de 1928, se haría público el siguiente balance, no sin una evidente dosis de exageración en función de los fines propagandísticos: “La Liga Antiimperialista es la verdadera expresión organizada de las aspiraciones de las grandes masas de obreros, campesinos e intelectuales, que aceptan la lucha sin cuartel contra el imperialismo. Libre de los prejuicios que dañan y corrompen a los otros movimientos, el de la Liga marca su línea política, sus tácticas, su programa y su estrategia sobre el terreno de la escueta realidad y no en las nubes de la fantasía y del sentimentalismo”. Según se señalaba en el mismo informe, los resultados inmediatos de la campaña eran la constitución en casi todas las capitales estatales de un local del MAFUENIC; la posibilidad de utilizar por entero la prensa del PCM por parte del Comité sandinista; la recolección de 4 mil pesos efectuada entre obreros, campesinos y soldados y, fundamentalmente, la creación de una sección de la LADLA “casi en cada lugar del país” gracias a la campaña nicaragüense.

¹⁵ Uno de los principales propagandistas de la lucha nicaragüense en Francia fue León Debayle Sacasa, cuñado de Anastasio Somoza, quien había estudiado derecho en la Escuela de Ciencias Políticas de París. Como representante del Partido Liberal en Francia, tenía relación con Henri Barbusse y, como ya se ha visto, participó en distintos mítines organizados por la Liga contra la Opresión Colonial y el Imperialismo. También era amigo de otros exiliados y estudiantes residentes en Francia, como Carlos Quijano y Leonardo Fernández Sánchez (Taracena Arriola, 1985: 268-9).

¹⁶ “Contra el gobierno de Guatemala”, en *El Libertador* (México, febrero de 1928) N° 15: 9.

sección estadounidense y de la filial neoyorquina de la LADLA, respectivamente) quienes llamaron a la movilización de “todas las organizaciones laborales y progresistas” y a la conformación de un comité norteamericano del MAFUENIC¹⁷. El domingo 19 de febrero, luego de una conferencia multitudinaria, finalmente se conformó el frente de apoyo a Sandino a partir de la participación de un amplio conjunto de organizaciones. Su comité directivo se conformó con el propio Gómez como secretario general y con la participación de distintas personalidades vinculados a la intelectualidad, la cultura y el movimiento obrero norteamericano, y en el que la vinculación con el movimiento comunista no siempre era explícita. Así, participaron de dicho comité Robert W. Dunn, Albert Weisbord, Max Schachtman y William Z. Foster (todos ellos también dirigentes del Workers Party), Roger Baldwin y Scott Nearing (intelectuales y, al mismo tiempo, representantes de la LADLA), junto con un representante de la comunidad filipina (Anacleto Almenara) y de la china (P. T. Lau), entre muchos otros. Por último, los representantes latinoamericanos dentro de este Comité revistieron particular importancia: el venezolano Eduardo Machado, hermano de Gustavo (quien como hemos visto cumplía tareas similares en México), y Sócrates Sandino, medio hermano del general rebelde y residente en los Estados Unidos con el oficio de mecánico.

Por otra parte, la conformación del Comité norteamericano fue acompañada por la aprobación de una gran cantidad de iniciativas a favor del EDSN, que iban desde campañas de divulgación y de presión a las instancias gubernamentales correspondientes para el retiro de los marines de Nicaragua a la impresión de folletos de propaganda, y desde la publicación de resoluciones de condena por parte de organizaciones partidarias, sindicales y culturales a la fundación de filiales en otras ciudades de los Estados Unidos. Por último, y tal como estaba ocurriendo en México, también aquí se decidió priorizar la campaña de obtención de dinero para la compra de implementos médicos. De todas las iniciativas llevadas a cabo, probablemente la más original fue la impresión de diez mil estampillas con la leyenda “Proteste contra la intervención de los marines en Nicaragua”, que en los primeros días de marzo de 1928 motivó la intervención del Director General de Correos amenazando con una multa de cinco mil dólares o cinco años de prisión, o bien las dos cosas juntas, si no las retiraban de circulación: la advertencia, sin embargo, no logró atemorizar a los dirigentes de la Liga norteamericana debido a la inexistencia leyes prohibitivas de la impresión y circulación de sellos con alusiones directa o indirectamente contrarias al gobierno¹⁸. Sin

¹⁷ Algunos fragmentos del texto de la convocatoria son los siguientes: “Los delegados del gobierno de los Estados Unidos en conferencia panamericana de La Habana hablan de la ‘buena voluntad’ y de ‘la cooperación con América Latina’. ¡Mientras que todos los otros delegados del gobierno de los Estados Unidos –los marines- están haciendo la guerra a América Latina! Los nicaragüenses defienden a su país contra la invasión de los que han sido proclamados como ‘fuera de la ley’. Las bajas en ambos lados superan a las mil. El único beneficiario de este negocio de sangre es Wall Street (...). ¿Lo que se viene? Inevitablemente, la guerra mundial. El imperialismo oprime a los americanos tanto como a los otros (...). La Liga Antiimperialista de las Américas afirmó recientemente que ‘si se le permite al imperialismo avanzar en Nicaragua, entonces no existirá crimen ni ultraje que no pueda cometer en América Latina’. (http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5 USC 552 (b)(1)(d): consultado el 5/2/07).

¹⁸ Otras acciones emprendidas por el MAFUENIC y la sección estadounidense de la LADLA fueron la distribución de veinticinco mil carpetas con información sobre la invasión a Nicaragua, distribuida a través del *Daily Worker*; la realización de actos con oradores del Partido e intelectuales en locales sindicales, fábricas, teatros y plazas; la impresión de folletos de divulgación, como *Enlist with Sandino* (que mereció una felicitación pública a la LADLA, en castellano y en inglés, por parte de Sócrates

embargo, las importancia creciente de las movilizaciones y de las campañas de agitación no tardaron en provocar la respuesta represiva por parte del gobierno: así, al arresto de más de cien manifestantes provenientes de todo el país en una concentración frente a la Casa Blanca a fines de abril, le siguió en junio la desarticulación de la cúpula de la Liga en Los Ángeles mediante el arresto de sus principales dirigentes, y la detención en julio de más de una docena de militantes concentrados frente al Edificio del Tesoro en Nueva York (entre ellos, Robert Minor, editor del Daily Worker y secretario de la sección neoyorquina de la LADLA).

Desde la búsqueda al traslado de fondos

Como adelantábamos, la función más importante del comité MAFUENIC, allí donde éste se encontrara, fue la recaudación de dinero para la posterior compra y envío de material médico al EDSN: sin embargo, también podemos afirmar que cierta cantidad de lo finalmente recaudado era utilizado para la adquisición de pertrechos militares, algo que obviamente no podía ser difundido. En este sentido, y más allá de las campañas públicas, esta labor debió ser realizada prácticamente en el mayor de los secretos, cuidándose frente a la atenta mirada de las autoridades (sobre todo, las de los Estados Unidos) ansiosas por señalar la presencia de organizaciones que se encargaban de satisfacer las necesidades militares de la guerrilla nicaragüense bajo una acción presuntamente humanitaria. Así, y si bien como nunca antes la Liga Antiimperialista cobró estado público, por lo mismo, nunca como hasta entonces su misma existencia había sido tan riesgosa frente al poder represivo de los gobiernos de la región. Por último, el gran movimiento de dinero que se generó sobre todo desde México y los Estados y el secreto permanente sobre cantidades y rutas de envío fue un factor que nuevamente tensionó las relaciones entre las organizaciones comunistas de ambos países: las acusaciones de corrupción fueron reiteradas y hasta la Comintern debió tomar cartas en el asunto a fin de atemperar los ánimos y aclarar los conflictos. Pese a todas estas complicaciones, resulta interesante notar la confusión y el desconcierto de los aparatos de seguridad estatales, principalmente de sus cuerpos policiales y de espías, en su vigilancia de una red que, como la comunista, creían conocer a fondo y a la que sin embargo no pudieron desarticular, por lo menos, hasta la puesta en práctica de

Sandino), *Defeat the war against Nicaragua* y *Facts about the war in Nicaragua*, repartidos con la finalidad de sumar adhesiones a la Liga; etc. Cabe remarcar además que sin bien todas estas iniciativas se ponían en marcha en Nueva York pronto eran reproducidas en otras ciudades como, por ejemplo, Chicago, San Francisco y Los Ángeles. Toda esta gran actividad desplegada motivó, por otra parte, el comentario de Manuel Gómez de que “se trata de la campaña más importante de todas las que se han puesto en marcha”.

(http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5 USC 552 (b)(1)(d): consultado el 7/2/07). En un sentido similar, y con grandes expectativas de crecimiento, Jay Lovestone proclamaba en abril de 1928, en una nota enviada a todas las secciones del Workers Party, que “si la Campaña por los Suministros Médicos para Sandino es un éxito, esto significará el fortalecimiento de importantes contactos entre la sección estadounidense de la LADLA y las fuerzas nacionalistas y antiimperialistas de América Latina. Esto contribuirá al establecimiento definitivo de la sección de la Liga en los Estados Unidos. Nuestro Partido, que es el principal factor de liderazgo de la LADLA en nuestro país, debe hacer todo lo que esté en su poder para ayudar y construir la Liga”

(http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5 USC552 (b) (7) (D): consultado el 7/2/07).

políticas claramente represivas en los últimos años de la década del '20 y a principio de la siguiente.

La red de apoyo a Sandino se estructuró en torno a algunas personalidades de la máxima confianza del general nicaragüense. A fin de no alertar a las autoridades y de no generar malos entendidos con la población en general, se puso especial cuidado en que todo el dinero fuera únicamente recaudado por los comités MAFUENIC en el que tenían participación militantes tanto comunistas como no comunistas y cuyos tesoreros, por lo general, eran hombres comprometidos con la causa pero no necesariamente identificados con la política tradicional o, directamente, con las estructuras de la izquierda más orgánica: intelectuales, artistas, científicos, etc. Por ello, el tesorero en México fue Rafael Ramos Pedrueza, tal vez más conocido públicamente por su rol de historiador, periodista y diplomático que por su participación dentro del movimiento comunista, mientras que su principal contacto en Honduras (segundo y, en realidad, más importante filtro antes del acceso directo a Sandino) fue el intelectual Froilán Turcios quien, como editor de la prestigiosa revista *Ariel* operó como vocero internacional del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional prácticamente desde su mismo surgimiento¹⁹. Por último, fueron varias las veces que la misma Cruz Roja se encargó de guiar a aquellas personas que pretendían parlamentar directamente con Sandino en su campamento, en medio de la selva nicaragüense. Antes de llegar a Ramos Pedrueza y entre medio de él y de Turcios, una amplia cantidad de contactos y mediaciones (entre los que se encontraban el Dr. Cepeda junto con otros dirigentes como Carlos León y José Allen) se encargaban de asegurar tanto el traslado de dinero e implementos médicos, como de generar confusión entre las autoridades que pretendían seguir la pista a los distintos envíos. En este sentido, la red de apoyo a Sandino se extendía desde el centro hacia el sur de la república mexicana, incluyendo también a varios países de América Central²⁰. Sin embargo, y más allá de esta ruta finalmente establecida, representantes propios ya sea por parte de los comunistas como de Sandino, también se encargaron de asegurar los contactos entre las distintas organizaciones, provocando con ello un desconcierto todavía mayor entre espías y policías²¹.

¹⁹ Para que no existiera ninguna duda, en el N° 17 de *El Libertador*, de abril de 1928, se publicó la carta de Sandino en la que lo designaba a Turcios como su propio representante. Asimismo, una publicidad de la revista *Ariel*, aparecida en el mismo número, la señalaba como “órgano oficial del ejército libertador del General Sandino”.

²⁰ Además de Turcios, Sandino también tenía otros contactos en Honduras, como Serapio Fernández y Hernández, cónsul general de Colombia (quien le compró y envió municiones); en San Salvador, como el Dr. José de Jesús Zamora; en Sonsonate: el Dr. Ramón Quesada; en Santa Ana: Alberto García (comerciante); en Tapachula, Chiapas: José Calderón (casero); en Córdoba, Veracruz: Francisco de la Llave (presidente de la federación local de trabajadores). En el Distrito Federal, México, además de los ya mencionados, también se encontraba el capitán Leopoldo Carotti (de origen italiano, propietario de varias embarcaciones con las que se trasladaron distintos suministros al EDSN). Otros contactos eran Santos Sequeira, quien llevaba correspondencia de Tegucigalpa a Sandino, y el periodista estadounidense Carleton Beals, a su vez, en estrecha relación con el Dr. José de Jesús Zamora, de El Salvador. Toda esta información según declaraciones efectuadas por el Gral. Julio César Rivas, en la penitenciaría de Managua, el 21 de abril de 1928.
(http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5USC 552 (b) (b) (7): consultado el 7/2/07).

²¹ En este sentido, uno de los operadores más importantes de Sandino en la tarea de recolección de fondos y armas fue el Gral. Julio César Rivas, quien luego haría también una gira propagandística por Argentina. Al parecer, en los primeros meses de 1928 Rivas realizó un total de cuatro viajes a México, contactándose con Zepeda quien, aparentemente, le permitió la entrada al círculo gubernamental presidido por Calles.

Según la propia información vertida por el MAFUENIC a través de *El Libertador*, para abril de 1928 se llevaban recaudados en México un total de cuatro mil cien pesos, los que fueron enviados en dos pagos a Sandino en dos pagos. Para junio se logró recaudar cinco mil pesos, al parecer, una suma todavía menor a las expectativas generadas, lo que motivó la puesta en marcha de una campaña para llegar a los diez mil pesos²². Sin embargo, y por las acusaciones manifestadas, al parecer también los desvíos de dinero fueron una práctica reiterada, que obviamente hubo que ocultar para no ensombrecer la campaña de solidaridad. En este sentido, y además de las quejas que, fundadas o no, se elevaron desde las filas sandinistas en contra de la red de apoyo comunista, nuevamente hubo problemas dentro de la propia LADLA, fundamentalmente, entre los camaradas estadounidenses y mexicanos. Sin pruebas concluyentes, e inevitablemente teñidas de manejos políticos e ideológicos, hoy dichas acusaciones pertenecen más bien al terreno de las sospechas y de los mutuos recelos que a efectivos actos de corrupción²³. En todo caso, para mayo de 1928 el MAFUENIC anunció la recaudación de un total de cinco mil pesos (con importantes donaciones de Puebla y Veracruz) y, al mismo tiempo que dio a conocer la adhesión del Partido Socialista Fronterizo a la causa sandinista, lanzó la campaña para la obtención de diez mil pesos y el llamado a la creación de comités a lo largo de todo el continente²⁴.

Por otro lado, la salida de dinero de los Estados Unidos con rumbo a Nicaragua²⁵, y el nivel de agitación creciente en las calles, pronto motivaron la intervención directa del gobierno, ahora sumamente interesado en conocer y desarticular a la Liga

Aparte, Rivas también obtuvo apoyo económico de distintas logias masónicas y de la UCSAYA. (http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5USC 552 (b) (b) (7): consultado el 7/2/07).

²² Por ejemplo, y con respecto a las críticas que la labor del Comité pudo suscitar, en dicho número 17 de *El Libertador* se señalaba en el artículo “Informe del MAFUENIC” que “lejos de producirse un decaimiento de la campaña por el tiempo que ha transcurrido, el Frente Único se presenta hoy más fuerte que nunca, con mucho mayor prestigio continental y con mayor autoridad ante las masas de América”.

²³ En el primer caso, y ante la falta de comentarios por parte de Sandino, una carta enviada por Froilán Turcios, desde Honduras, a Carlos León, en México, señala sus propias dudas acerca de que el enviado del MAFUENIC, Gustavo Machado, realmente le hubiera entregado al líder rebelde una suma superior a los 700 pesos en la visita que este último realizara a su campamento, por lo que le solicitaba al dirigente de la UCSAYA que lo mantuviera informado al respecto

(http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5USC 552 (b) (b) (7): consultado el 8/2/07). En segundo lugar, en dos cartas enviadas desde el PCM al Workers Party, los mexicanos se quejaban de que su principal contacto en los Estados Unidos, Manuel Gómez, todavía no les dijera la cifra exacta de lo recaudado en dicho país, y que aún en mayo de 1928 no habían recibido los envíos de dinero de manera regular, los que por otra parte debían ser remitidos directamente al comité MAFUENIC y no a la redacción de *El Machete*, como venía haciendo el secretario de la Liga norteamericana. Ante las sucesivas faltas cometidas, el pedido de Rafael Carrillo era suficientemente elocuente cuando afirmaba que “Nosotros (por los miembros del PCM) no (subrayado) creemos que el Camarada Gómez haya enviado el dinero, y les pedimos a ustedes que investiguen y que encuentren algún documento probando que estamos equivocados. Por supuesto, nosotros tenemos una razón más para pensar que la continuidad de Gómez como secretario de la sección antiimperialista en los EEUU es peligrosa para todo nuestro movimiento”. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 15/ 515-1-1328.

²⁴ Ver “Informe de MAFUENIC”, por Jaco Hurwitz, en *El Libertador* (México) 18: 8-10.

²⁵ Según datos del Departamento de Justicia, de aproximadamente cuarenta y ocho mil dólares a principios del mes de abril, de los cuales quince mil provenían de la embajada soviética (http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5 USC552 (b) (7) (D): consultado el 8/2/07).

Antiimperialista. Fue para febrero de 1928 que de hecho se comenzó a investigar a Manuel Gómez, quien para el gobierno asumió de pronto más interés que otros dirigentes del Workers Party, tal vez, un poco más conocidos²⁶. Ante la intriga por saber cómo se estaba enviando a México el dinero recaudado, y por recomendación directa del Departamento de Justicia, Washington también empezó a controlar los movimientos financieros de algunos de los principales bancos estadounidenses, sospechados de contribuir de alguna manera con las actividades encubiertas de los comunistas²⁷. También se puso bajo vigilancia a todos aquellos que por su perfil o por sus actividades previas, podían llegar a estar vinculados con el movimiento sandinista, como fue el caso del poeta nicaragüense Salomón de la Selva, de quien se llegó a pensar que podía actuar como un contacto directo del líder rebelde²⁸. Por otro lado, y ante la posibilidad de que el dinero se trasladara por medio de un mensajero, se inspeccionó con especial cuidado la frontera con México registrándose todas aquellas actividades que el gobierno estadounidense pudiese consignar como subversivas y, por ende, peligrosas para el mantenimiento del orden interno²⁹.

Pronto, sin embargo, la vigilancia excedió los límites de la frontera estadounidense y se aplicó al gobierno mexicano, sospechándose que incluso el jefe del Estado Mayor presidencial, el Gral. Álvarez, podía llegar a formar parte de la red de apoyo a Sandino:

²⁶ Así, se descubrió que en realidad “Manuel Gómez” era el seudónimo de Charles L. Phillips y no el nombre de un mensajero de origen mexicano, como en un principio llegó a pensarse. Según el reporte de un agente del FBI encargado del tema, y “debido al hecho de que las actividades de (William) Weinstone están confinadas al Workers Party, mientras que la actividad de Gómez está dedicada a la Liga Imperialista (sic), la cual está exclusivamente interesada en los países sudamericanos, particularmente y en estos momentos en Nicaragua, es preferible un espía (“*shadow*”) para Gómez que uno que investigue a Weinstone”. Carta confidencial de Robert F. Kelley a John Edgar Hoover (Director del Buró de Investigación del Departamento de Justicia de los Estados Unidos) 21 de febrero de 1928 (http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5 USC 552 (b)(1)(d): consultado el 7/2/07).

²⁷ Las investigaciones llegaron incluso a la Superintendencia de Bancos, a la Reserva Federal y al New York Trust Co., todas ellas instituciones radicadas en Nueva York. Sin embargo, se sospechó particularmente del Bankers Trust Company, ya que se sabía que poco tiempo antes había brindado un préstamo al gobierno de la Unión Soviética de unos 5 millones de dólares, generándose cierta controversia ya que ante la prohibición formulada por el gobierno norteamericano para realizar una transferencia de esta naturaleza, la operación debió llevarse a término desde Cuba. Asimismo, se sospechó del Amalgamated Bank, institución en la que los comunistas del Workers Party habían hecho algunos depósitos (por ejemplo, de su propia venta de libros) y que solía prestar dinero a otros países: aunque no constaban transferencias directas a México, sí pudo hacerlo a través de otro socio, el Canadian Bank. Por último, también constaba que el New York Trust Co. prestaba dinero a varios países latinoamericanos, aunque se carecía de información sobre alguna transferencia proveniente del Amalgamated Bank. El título del informe presentado el 8 de marzo de 1928 ante el Departamento de Justicia, donde aparecía toda esta investigación, llevaba el elocuente título de “Traición del Partido Comunista de los Estados Unidos y actividades comunistas y traición de la Liga Antiimperialista de los Estados Unidos” (http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5 USC 552 (b)(1)(d): consultado el 7/2/07).

²⁸ Ver http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5 USC 552 (b)(1)(d): consultado el 8/2/07

²⁹ Por ejemplo, un agente del Departamento de Justicia se infiltró dentro del llamado “Grupo Claridad” constituido como filial de la LADLA en San Antonio (Texas), en septiembre de 1927, y conformado mayormente por militantes de ascendencia hispana. Luego de realizar algunos aportes monetarios a la campaña de Sandino, el grupo terminó disolviéndose para octubre de 1928, sin que el agente destacado en su interior pudiera haber conseguido información valiosa sobre el traslado de dinero a México. Ver http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf (5USC 552 (b) (b) (7): consultado el 8/2/07).

bajo este contexto no resultó extraño que entonces aparecieran acusaciones de que el propio presidente Calles se encontraba financiando a la guerrilla nicaragüense³⁰. Dada la envergadura asumida por el caso, para mediados de 1928 lo que había comenzado siendo únicamente una investigación desarrollada por el Buró de Investigación del Departamento de Justicia, había pasado a ser una amplia pesquisa seguida también por la Sección Latinoamericana, la División de Inteligencia Militar, el Departamento de Guerra y el Departamento de Estado de los Estados Unidos³¹. Finalmente, y luego de meses de investigación, la conclusión a la que se llegó fue que a principios de abril el dinero recaudado por la Liga fue llevado a la embajada soviética en México por un mensajero del Workers Party: una vez allí se le agregaron otros quince mil dólares y el total de la suma fue luego directamente enviado a Sandino. Si bien nunca pudo descubrirse la identidad de este emisario, la aparición coordinada de las embajadas soviéticas en los Estados Unidos y en México no sólo resultaba útil para encubrir estas actividades, dándole un mayor grado de sofisticación a toda la operación: era también una manera de evidenciar la responsabilidad de Moscú en todo el asunto, señalando sus relaciones con el gobierno de Calles y justificando, de paso, la continuidad de la política de no reconocimiento al estado soviético seguida por Washington y que se continuaría por bastantes años más³².

La actividad de los delegados

Una de las primeras acciones concretas de la Comintern, por mediación del MAFUENIC, fue el envío de tres de sus más importantes militantes antiimperialistas. El primero de ellos fue el venezolano Gustavo Machado (quien al parecer ocultó a Sandino su filiación comunista cuando estuvo en su campamento) y que luego de su partida en febrero rumbo a Nicaragua, retornó al Distrito Federal en julio de 1928 como representante del EDSN en México. A diferencia de los dos siguientes delegados, a quienes preponderantemente se les asignó un papel militar y hasta político, en el caso de Machado, su estancia en el campamento de Las Segovias fue, sobre todo, de carácter propagandístico: se trataba del primer contacto directo establecido entre el MAFUENIC y Sandino, y la portación de dinero y medicinas para la guerrilla nicaragüense constituyó una excelente publicidad para la labor que venía desarrollando el movimiento antiimperialista mexicano, sostenido en las sombras por los camaradas del Partido Comunista. Una serie de crónicas enviadas por Machado desde diversas escalas en su viaje a Nicaragua fueron también oportunamente publicadas en *El Libertador* y se ocuparon de ilustrar, fundamentalmente a la militancia mexicana, acerca de las difíciles condiciones políticas y sociales existentes en los países visitados, así como también sobre la labor siempre sacrificada de los comunistas para dar vida y sostener a las

³⁰ Nuevamente, según las declaraciones del Gral. Rivas. Ver http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf (5USC 552 (b) (b) (7): consultado el 7/2/07)

³¹ Ver http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf (5 USC552 (b) (7) (D): consultado el 8/2/07)

³² Ver cartas del 5 y del 8 de mayo, y del 26 de junio en donde los agentes de los servicios de seguridad se lamentan por no poder todavía identificar al emisario entre Estados Unidos y México. http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf:5 USC552 (b) (7) (D): consultado el 8/2/07.

organizaciones populares por ellos creadas³³. También fue altamente publicitado el regreso de Machado a México, quien retornó acompañado nada menos que por Sócrates Sandino: aprovechando este suceso, el PCM y la LADLA organizaron toda una serie de actos y mítines políticos que fueron desplegados en el recorrido de los cuadros antiimperialistas desde Veracruz hasta su arribo al Distrito Federal³⁴. Una vez establecido en México, puede decirse que la misión de Machado en Nicaragua recién culminó cuando hizo entrega al Comité MAFUENIC de una bandera estadounidense que había sido tomada por la guerrilla sandinista en el combate de El Zapote y que había sido otorgada al enviado venezolano en calidad de trofeo y como signo de buen entendimiento entre los pueblos latinoamericanos³⁵.

El segundo delegado, el sargento mayor Carlos Aponte, también de origen venezolano y, como tantos de sus compañeros, exiliado en México, llegó a las Segovias en marzo de 1928 con el conocimiento que le daba el hecho de haber participado en dos acciones insurreccionales: en 1917 contra Juan V. Gómez en su patria y en 1925 contra Gerardo Machado en Cuba en momentos en que también luchaba por la salida de Mella de la cárcel³⁶. El activo compromiso demostrado por Aponte (por ejemplo, en la decisiva batalla de El Chipotón, en marzo de 1928), sumado a su experimentada capacidad militar, motivó su promoción a Teniente Coronel del Ejército rebelde y a segundo ayudante de campo de Sandino tan sólo ocho meses después de su llegada a Nicaragua. Sin embargo, la participación de Aponte en las filas sandinistas encontró su límite en

³³ Ver, por ejemplo, las notas tituladas “El terror yanqui en Nicaragua” y “Con Sandino en las montañas de Nicaragua”, ambas escritas por Gustavo Machado, en *El Libertador* (México) 18: 6 y 19: 1-3, respectivamente.

³⁴ Así, por ejemplo, el 30 de junio de 1928 tuvo lugar en Veracruz un acto de recibimiento a Machado y a S. Sandino con una asistencia de unas mil quinientas personas. En el evento tomaron la palabra, además de los dos homenajeados, Diego Rivera (por el MAFUENIC), Germán List Arzubide (por la filial veracruzana de la LADLA) y Federico Bach por la LCI. Asimismo, la lucha sandinista fue una cuestión de central importancia abordada en el tradicional acto de la LADLA organizado en México el 4 de julio, en el que fueron oradores, entre otros, Diego Rivera, Marco A. Montero (secretario de la sección mexicana), el peruano Hurwitz y el boliviano Tristán Maroff. Posteriormente, el 2 de septiembre, también hubo otro acto en Guadalajara, con más de cuatro mil concurrentes. Ver “Gran mitin en Veracruz, el 30 de junio, para recibir a Gustavo Machado y Sócrates Sandino”, “Mitin en México el 4 de julio” en *El Libertador* (México) 19: 5 y 6, respectivamente, y 20: 8.

³⁵ La bandera, que había sido capturada por el General nicaragüense P. Sánchez H., fue entregada por Machado al MAFUENIC el 10 de octubre de 1928 y en ella constaba la siguiente inscripción, hecha de puño y letra por el general rebelde: “Esta bandera fue avanzada a la 47 Cía. 11 Rgto. del cuerpo de marinos de los EE.UU. en el combate de ‘El Zapote’ el 14 de mayo de 1928. Patria y Libertad. El Chipotón, 25-5-28.-A.C. Sandino”. La entrega de la insignia fue también acompañada de la siguiente carta que el propio Machado se encargó de leer en dicho acto: “Esta bandera arrebatada por mi ejército a los filibusteros yankees la he destinado al C. C. MANOS FUERA DE NICARAGUA! de México, como una prueba más de que el gobierno de los Estados Unidos está en guerra con el pueblo de Nicaragua. El pueblo norteamericano ha permitido, por su indiferencia, que los banqueros de Wall Street mancillen el símbolo de su honor nacional, manchando con lodo y sangre la bandera de las barras y las estrellas en una guerra feroz de agresión contra una nación pequeña. A los compañeros de México encomiendo el depósito sagrado de este trofeo como manifestación de agradecimiento y de confianza en sus actividades a favor de Nicaragua, de Centro América y de la América Latina”. El MAFUENIC nombró como depositarios de la bandera a Rafael Ramos Pedrueza y a Úrsulo Galván. Ver “Entrega de la bandera norteamericana enviada por el General Sandino al C.C. ‘Manos Fuera de Nicaragua’”, en *El Libertador* (México) 20: 3.

³⁶ El viaje de Aponte a Nicaragua, de carácter absolutamente secreto, fue en realidad una operación triangulada entre México, Cuba y Honduras, desde donde Gustavo Machado y Rubén Martínez Villena gestionaron ante Froilán Turcios la entrada del militar venezolano al ejército de Sandino (ver Jeifets, 2004: 37).

febrero de 1929. En este sentido, el progresivo enrarecimiento de las relaciones con los comunistas, sumado a la perspectiva de una operación militar en Curazao para obtener armas para una posterior invasión a Venezuela motivaron el urgente regreso de Aponte, al tiempo que su amigo Gustavo Machado constituía el Comité Militar del Partido Revolucionario Venezolano. Pronto el clima anticomunista que comenzaba a prevalecer en México alteró los planes de los venezolanos: en efecto, y como encargado de la preparativos militares para la lucha contra Gómez, Aponte fue primero detenido y luego deportado del país. Dado su temperamento y su formación, todo indica que la contribución más importante del teniente coronel venezolano fue de tipo militar. Por otra parte, y dada las relaciones establecidas por la Comintern, es también probable que además de su actividad militar a las órdenes de Sandino, Aponte también fungiera como comisario político del líder nicaragüense. En todo caso, se trata de un fragmento de la historia hasta ahora poco dilucidado³⁷.

El tercer y último enviado por la Comintern sí pareció haber cumplido, además de las actividades propiamente militares, un papel mucho más político e ideológico. El salvadoreño Agustín Farabundo Martí fue probablemente el mayor representante de la Liga Antiimperialista en toda Centroamérica. Se había hecho conocido primero como dirigente estudiantil y, en 1920, como uno de los fundadores del Partido Socialista Centroamericano, lo que le valió su primera orden de expulsión. En 1923, y luego de una breve estadía en Guatemala, México y Honduras, retornó al primero de estos tres países para crear, bajo directivas de la Comintern, el Partido Comunista de América Central, del que fue su Secretario Internacional en 1925. Una vez retornado a su patria de manera clandestina, fue uno de los principales dirigentes de la Federación Obrera de los Trabajadores y el principal impulsor de la sección salvadoreña de la Liga Antiimperialista, convirtiéndose en 1927 en secretario de la Sección Centroamericana de la LADLA. En los primeros meses del siguiente año viajó a Nueva York por invitación de la filial norteamericana de la Liga, aunque resultó detenido luego de que la policía allanara el local de dicha entidad: antes de abandonar el país fue designado como representante del Socorro Rojo Internacional en el Buró del Caribe. Llegó a México en mayo de 1928 donde tomó contacto con la Liga y con el MAFUENIC, vinculándose además con algunos de los principales dirigentes comunistas comprometidos con la lucha sandinista, como fueron los casos de Julio A. Mella y, particularmente, Gustavo Machado.

Por instrucciones del Comité, Agustín F. Martí fue comisionado para integrarse al Ejército rebelde de Nicaragua. Debiendo eludir espías y puestos fronterizos, el cuadro salvadoreño llegó a su destino luego de atravesar Cuba, Jamaica, Belice, Guatemala y, por último, Honduras, donde aparentemente se entrevistó con Froilán Turcios, representante internacional de Sandino, a quien le presentó sus cartas credenciales y una recomendación firmada por Gustavo Machado, presente en Las Segovias en abril y

³⁷ Luego de ser deportado de México, Aponte vivió por un tiempo también en Estados Unidos y en Ecuador. Envuelto nuevamente en actividades conspirativas, participó en los levantamientos contra la dictadura de Sánchez Cerro en Perú, en 1931. Con la caída de Machado, retornó a La Habana y, a solicitud del PPC, tejió un acuerdo con la organización guerrillera nacionalista "Joven Cuba". Siendo el principal apoyo militar de su líder, Antonio Guiteras, fue asesinado junto con él en 1935, con apenas 35 años de edad, cuando nuevamente se disponía a abandonar Cuba rumbo a México. El portorriqueño Pablo de la Torriente Brau, como él, también miembro de la LADLA, dijo de Aponte que fue "el símbolo del hombre-brújula frente al imperialismo" (Jeifets, 2004: 37 y Cerdás, s/a: 94-5).

retornado a México al siguiente mes. El 22 de junio de 1928 el cuadro salvadoreño finalmente arribó al campamento del ejército rebelde. Al parecer, y de una manera similar a como estaba operando Carlos Aponte, también Martí ingresó a la guerrilla nicaragüense bajo el doble papel de consejero político y militar pero también de comisario político aunque, al menos en un primer momento, la estrecha relación de camaradería prevaleciente entre estos hombres y el reconocimiento del fuerte liderazgo popular emanado por Sandino pudo tender a suavizar dichos originales intentos de control. Gracias a la representatividad conferida por la Comintern a través de la LADLA, a su preparación teórica y a la valentía demostrada en sus primeras acciones militares, Martí pronto pudo ganarse la confianza de Sandino, quien lo promovió primero al cargo de secretario personal, en agosto de 1928 y de Coronel del EDSN a principios de mayo de 1929³⁸.

Sin embargo, no fue Martí el único representante extranjero perteneciente a una fuerza de izquierda dentro de la guerrilla sandinista. Prácticamente un mes antes de su arribo, en el mes de mayo de 1928, el diario mexicano *Excélsior* publicaba la noticia de la integración al EDSN de la supuesta “Legión del APRA”, compuesta únicamente por el dirigente de origen peruano Esteban Pavletich, pronto convertido en uno de los hombres de máxima confianza de V. R. Haya de la Torre luego de producido el alejamiento y conversión comunista de Hurwitz y Terreros ambos, como hemos visto, plenamente comprometidos con las tareas del Comité MAFUENIC (Cerdás, s/a: 98). Con una amplia experiencia militante en su país natal, Guatemala, Cuba y México, Pavletich fue nombrado con tan sólo 22 años de edad “secretario del Sector Caribe” del APRA y a partir de esta representación fue integrado al ejército de Sandino con el grado de coronel. Era, además, una pieza de suma importancia en el contacto entre las redes intelectuales de la época, como lo prueba su participación en *Amauta*, dirigida en Perú por José C. Mariátegui, y en las revistas *Repertorio Americano*, de Costa Rica, y *Sagitario*, de Argentina. La participación de Pavletich en la guerrilla nicaragüense fue de tan sólo dos meses: hacia principios de julio de 1928 se radicó en San Salvador, donde se ocupó de ampliar los círculos apristas por medio de la inclusión de intelectuales, como fue el caso de Alberto Masferrer, designado pronto secretario general de la sección salvadoreña. Ambos participaron en los preparativos de la llegada de Haya de la Torre a El Salvador, pero la represión del gobierno ante el clima de agitación provocado por los avances de Sandino en el vecino país terminaron alterando todo el plan: mientras que el creador del APRA fue forzado primero a refugiarse en la embajada mexicana y luego a partir rumbo a Costa Rica, Pavletich debió permanecer escondido durante varias semanas de las redadas policiales (Taracena Arriola: 1985: 265).

Pronto la campaña de apoyo a Sandino, encarada desde el movimiento comunista internacional por medio de sus organizaciones periféricas y de apoyo encontraría, sin

³⁸ Además de A. Martí, también hubo otros interesados, que con mayor o menor grado de apoyo por parte de las estructuras comunistas, se internaron en Nicaragua para participar en la lucha sandinista. En este sentido, un caso particularmente fue el de José de Paredes quien finalmente lograría entrar dentro del círculo íntimo de Sandino una vez que éste decidiera viajar a México a mediados de 1929, convirtiéndose en una pieza clave para el contacto de los comunistas con el líder guerrillero, sobre todo, luego de la ruptura con Martí. La historia de de Paredes, de 21 años, originario de Guadalajara y estudiante de la Academia Militar de San Francisco (en los Estados Unidos) y de todas las peripecias por las que debió atravesar hasta llegar al campamento de Sandino, fueron descritos en varios números de *El Machete* publicados entre septiembre y octubre de 1928.

embargo, un serio límite a su desenvolvimiento y, por ende, a su propio crecimiento. Las diferencias cada vez más profundas con las corrientes ligadas con las luchas nacionalistas que, aun situadas dentro de un marco antiimperialista, no pretendían la transformación del modelo capitalista por uno de tipo socialista, sumado a la desconfianza generalizada acerca de la potencial traición por parte de los movimientos anticoloniales de matriz liberal o pequeño burguesa hacia las masas obreras y populares, finalmente terminaron favoreciendo el progresivo aislamiento de los comunistas frente a sus antiguos aliados y colaboradores. En este sentido, la cada vez más cercana crisis capitalista, presuntamente “terminal”, y un renovado optimismo en la posibilidad concreta de la revolución, auspiciaron una mayor preparación de los cuadros comunistas y un mayor apego a las bases y las doctrinas, en detrimento justamente de cualquier política de alianza que, de manera abierta, hubiera significado compromisos de clases no deseados aun con la posibilidad de expandir el movimiento insurgente hacia nuevas fronteras sociales. Como se verá más adelante, la relación entre los comunistas mexicanos y Sandino fue justamente un reflejo, quizás el más notorio en la Latinoamérica de aquellos tiempos, de estos desencuentros y de la generalización de los mutuos recelos y desconfianzas.

El PCA y su nueva apuesta: el surgimiento de la Liga Antiimperialista-Grupo de Izquierda

La creación por parte del PCA de su propia Liga Antiimperialista, enfrentada a la similar organización chispista tuvo como motivos principales tanto los efectos generados por el Congreso de Bruselas, en el que eje antiimperialista alcanzó un primer plano, como por el estado de movilización existente en las principales urbes argentinas y que se habían expresado hasta entonces en las campañas por la liberación de Sacco y Vanzetti y frente a la posibilidad de un ataque contra la Unión Soviética. Sin embargo, tampoco resultaría ajena a su fundación, el enrarecimiento del clima político que por entonces se comenzaba a vivir, de manera cada vez más profunda, entre José F. Penelón, máximo dirigente partidario y titular del Secretariado Sudamericano de la Comintern, y otros líderes comunistas como Rodolfo Ghioldi y, secundariamente Pedro Romo. Agregado a esto, las recurrentes actitudes de independencia de Penelón frente a los controles cada vez mayores por parte de Moscú tornaron inevitable que a fines de 1926 se enviara a dos emisarios, “Ivo Anselmi” (cuyo verdadero nombre era Isidoro Azzario) y “Raymond” (Boris Danilovich Mijailov), con funciones claramente establecidas para “bolchevizar” al partido en cuanto al trabajo sindical y al desempeño en los grupos idiomáticos, pero cuyas actividades no hicieron más que ahondar las diferencias existentes en el seno del núcleo dirigente por medio de manejos oscuros e intrigantes³⁹. Por otra parte, y en torno a la cuestión de la estrategia a darse con respecto

³⁹ En su obra *El marxismo y la revolución argentina*, Otto Vargas identifica a Raymond (también conocido como “Williams”) con otro delegado cominternista, Abraham Jeifets, mejor conocido por sus seudónimos “Guralsky” y “Rústico”, quien también tuvo actuación en Argentina por la misma época. Por otra parte, existe una carta de Codovilla del mes de octubre de 1926 “en la que pedía prevención contra Raymond porque éste era un intrigante”, según la información que convenientemente le proporcionara Zinoviev al dirigente comunista ítalo-argentino (ver CCC 329.15/82 PCa 7). Una afirmación parecida realizó Ruggiero Rugilo, dirigente del ala penelonista, cuando refiriéndose a Raymond y a Anselmi confesó no saber “si el objetivo que tenían era el de intrigar y oponer a unos contra otros (pero) el hecho

a la Liga Antiimperialista, el conflicto cada vez más evidente entre Penelón por una parte, y Raymond y Ghioldi por la otra, fue particularmente intenso al existir, en principio, dos líneas de acción claramente contrapuestas: la promovida por estos últimos, más interesados en copar la dirección de la Liga “chispista” por medio de elementos que respondieran al PCA, y la del primero, tendiente a crear una nueva organización antiimperialista, más allá de la ya existente. Sólo cuando los primeros intentos en poner en práctica esta última estrategia fracasaron por completo es que se pudo poner en práctica la restante, la que de hecho contribuyó a crear el “Grupo de Izquierda” de la Liga, asociado desde un principio al Partido Comunista.

El enfrentamiento entre el PCA y el PCO llegaría a su máximo punto de tensión cuando este último partido vivió lo que fue un aparente intento de copamiento de una asamblea de la Liga por parte de sus rivales, cuestión que para los chispistas estaba en gran medida motivada porque “la toma de la Asociación de Amigos de Rusia no produjo efecto alguno al ser ésta una organización devaluada y sin credibilidad por parte de intelectuales y clase media”, tornando imprescindible, para Ghioldi y sus camaradas, la búsqueda de una nueva entidad para ocupar. Siempre según la opinión de *La Chispa*, el proceso de copamiento habría sido generado por el rechazo de la Liga a aceptar el ingreso en masa de 127 militantes comunistas, a los que se encontró diverso tipo de irregularidades en sus presentaciones afiliatorias. Durante una asamblea llevada a cabo el 16 de julio de 1927, un miembro de la Liga, que junto con otros había llegado desde el PCA un par de años antes, hizo una activa defensa a favor de los 127 adherentes rechazados. Cuando su reclamo fue censurado por la mayoría de los allí presente, la asamblea fue atacada por medio de la irrupción de un amplio conjunto de militantes comunistas, lo que finalmente dio lugar a la intervención policial y a la detención de un alto número de seguidores de ambos partidos⁴⁰. Los señalamientos de uno a otro bando no se hicieron esperar: mientras que los chispistas fueron acusados de sectarios y antidemocráticos, los comunistas, por su parte, fueron tachados de violentos. En el medio quedó flotando la cuestión de quién o quiénes habían sido los que solicitaron la intervención policial, ya que todo pareció indicar que el agitado final de la asamblea se debió a la presencia de delatores⁴¹. Como resultado de lo ocurrido se contabilizó una gran cantidad de cuadros y dirigentes liguistas expulsados y acusados de ser en realidad colaboradores ocultos de los comunistas. Entre los desterrados hubo varios referentes de origen extranjero, y que habían colaborado con el PCO desde un primer momento, como el salvadoreño Moisés Castro Morales, el peruano Alberto Valdivia Morón y el guatemalteco Jorge del Valle Matheu⁴².

es que todos estaban de acuerdo con Penelón y de buenas a primeras, en pocos meses, habían cambiado de opinión” (ver Corbiere, 1984: 78).

⁴⁰ Aparentemente, y según una expresión del dirigente José Penelón, recién salido del PCA y reproducida en las páginas de *La Chispa*, el responsable de esta acción contra el PCO fue Rodolfo Ghioldi: “La grave incidencia que se produjo en la asamblea de la Liga, que felizmente no tuvo consecuencias graves, no fue otro, el culpable directo que don Rodolfo (Ghioldi), que aconsejó, sin resolución de nadie, a los afiliados que se fueran en masa” (18/8/1928: 4).

⁴¹ En este sentido, el título de la nota explicativa publicada en *Liberación* en julio de 1927 resulta totalmente explícito: “El sábado fue asaltada la asamblea de la Liga por irresponsables: además de cobardes, son delatores”.

⁴² La participación del PCA en el conflicto ocurrido en la asamblea de los “chispistas” que daría lugar a la formación del “Grupo de Izquierda” puede ser evidenciada, por ejemplo, a través del Acta N° 26 del Comité Regional de la Capital Federal del PCA, del 6 de julio de 1927, cuando en la sección “Liga Antiimperialista”, Israel Mallo López (secretario del partido en la ciudad de Buenos Aires) informó sobre “la presentación de las fichas de ingreso a la Liga por parte de numerosos afiliados del Partido y

Por otro lado, el rechazo a la afiliación de los 127 comunistas se terminó convirtiendo en un excelente pretexto para la creación, por parte de la PCA, de una nueva Liga, a la que se le agregó el rótulo de “Grupo de Izquierda” (GI) para diferenciarla de su homóloga “chispista”. Así informaba de este acontecimiento *La Internacional* en su edición del 23 de julio: “A raíz de los hechos acaecidos en los últimos tiempos en la Liga, se formó en su seno un grupo de izquierda cuya función consiste en liquidar la tendencia sectaria que encarna la dirección de la Liga, para imprimir a la institución el carácter de organismo de masas”. Los comunistas retomaron así los mismos argumentos que había empleado la tendencia izquierdista en el momento más duro de su enfrentamiento con los “comitivistas”, al acusarlos de intolerantes, autoritarios y de alejados de las bases, pues “los dirigentes sectarios de la Liga no quieren que ésta sea un organismo de masas, ni permiten libertad de discusión, levantando a balazos la asamblea de los asociados”. Igualmente, en su primera *Declaración*, el GI se manifestó interesado en reafirmar la contradicción entre el carácter de masas que debía tener el movimiento antiimperialista y la dirección “sectaria y capitalista” de la Liga, pues la actitud de sus dirigentes “significaría de hecho transformar la Liga en un organismo anti-comunista”⁴³.

Según los datos brindados por *La Internacional*, La Liga (GI) se conformó originalmente con doscientos catorce socios, anteriores militantes pertenecientes en su mayoría a la organización “chispista”, en la que incluso participaron dos ex integrantes de su Comité Directivo. El 30 de julio de 1927 se dio a conocer la composición de la primera Junta Ejecutiva del GI que, entonces, quedó integrada por J. del Valle Matheu⁴⁴, A. Valdivia Morón, Rodolfo Ghioldi, Félix Giménez, Félix Grimoldi, Celestino Vena, Paulino González Alberdi y Honorio Barbieri, como titulares; y por Pedro Grinfeld, G. de Tomassi, Oscar Montenegro Paz, José Broga y Luis Barthalon, como suplentes. Giménez, Punyet Alberti y Barbieri se encargarían además de la prensa, y Valdivia Morón, Castro Morales y Ghioldi de la formulación de los estatutos. En su asamblea

simpatizantes, (cuando) los ‘chispistas’ que dirigen esa institución, con la cooperación de algunos de los elementos que comparten esa dirección con ellos, han rechazado algunas infundadamente. El 16 realiza asamblea la Liga. Será conveniente concurrir a ella y plantear el asunto del rechazo” (CCC 329.15/82 PCa 8).

⁴³ En el Acta N° 27 del Comité Regional de la Capital del PCA, con fecha del 24 de julio de 1927, en la sección “Liga Antiimperialista”, el secretario (Israel Mallo López) informó sobre los hechos ocurridos durante la última asamblea celebrada por la Liga “chispista” y refirió que “el Secretariado del C.C. ha resuelto que los afiliados y todos aquellos que deseen formar parte de la Liga y estén disconformes con los elementos y la orientación que actualmente le imprimen los que la gobiernan constituyan el Grupo de Izquierda, para cuyo objeto se realizará una asamblea el lunes 25. Este grupo tendrá como misión combatir a los jefes, demostrando a la masa trabajadora el verdadero rol de la Liga Antiimperialista, haciendo intervenir a la Central de México, y tratando de convocar, a iniciativa de alguna seccional del interior, un congreso nacional para el nombramiento del C.C. nacional y el juzgamiento, entre otras cosas, de la actitud asumida por la seccional de Buenos Aires a quienes quieren darle carácter nacional los ‘maffiosos’”. Los cuestionamientos formulados en la reunión por el dirigente antifascista Agenor Dolfi, quien planteó sus reparos a la constitución del GI frente a la posibilidad de que esto pudiese ser considerado como un acto divisionista ante las masas, repitiendo así los argumentos antes también planteados por Penelón nuevamente confirma que, al menos en un principio, la estrategia antiimperialista seguida por el PCA no era unilineal y que importantes ciertas divergencias en su interior. La reunión del Comité Regional finalizó con la designación de un grupo de compañeros encargados en la próxima reunión constitutiva del GI de sugerir los nombres de aquellos militantes que formarían parte de su comisión organizadora (CCC 329.15/82 PCa 8).

⁴⁴ Del Valle Matheu también había participado, apenas unos meses antes, en la fundación de la Alianza Continental conducida por Orzábal Quintana (ver Pita, 2004: 187 *infra*).

fundacional, hicieron uso de la palabra Castro Morales, Valdivia Morón y Ghioldi, y además de las consabidas críticas hacia el sectarismo de los chispistas, se planteó la necesidad de entrar en contacto, lo antes posible, con el Comité Continental de Organización de la LADLA, establecido en México. Por último, y según la actividad del Comité Regional de la Capital, el 14 de julio se analizó la posibilidad de fundar Ligas Antiimperialistas en los “pueblos urbanos”⁴⁵. Sin embargo, de todo ese cúmulo de dirigentes, pronto sería Paulino González Alberdi quien más lograría destacarse (muy probablemente por su condición de universitario, recibido de contador público y, al mismo tiempo, por sus estudios previos sobre economía del imperialismo).

Se trataba en suma, de una lucha, cada vez más violenta por acaparar el espacio antiimperialista una vez que el Partido Comunista parecía haberse dado cuenta de lo importante que resultaba formalizar una organización en él, luego de la importante experiencia del Congreso de Bruselas y de las presiones de la Comintern en este sentido. Fue inevitable entonces el desencadenamiento de una intensa competencia entre ambas Ligas. Para echar más leña al fuego, ambos sectores dieron inicio a una verdadera escalada argumentativa en el que la mayor parte de las veces, la historia se tiñó de falsedad, y la verdad, de ironía.

En este sentido, para el PCA, la mejor representación del presunto vacío social de la Liga chispista había sido lo que él interpretaba como su poco compromiso real con las luchas insurgentes en Nicaragua. Asimismo, los comunistas no dudaban en comparar a los chispistas con el secretario de Estado norteamericano Kellogg o con el canciller inglés Chamberlain cuando sus adversarios, “con suma villanía”, acusaban a Aurelio Hernández, ex titular del Socorro Rojo y ahora del Comité de Acción contra de la Guerra, de ser quizás, el máximo responsable del intento de copamiento a la dirección de la Liga, orden que según ellos seguramente había recibido durante su reciente estancia en Moscú. El 30 de julio, *La Internacional* daba a conocer declaraciones de Alberto Valdivia Morón, nuevo colaborador del GI, en las que acusaba a sus ex compañeros de “sectarios” y, con respecto a Carmelo Rizzo Baratta y a Nicolás Bonamassa, de ser en realidad militantes radicales expulsados de varios comités por diversas defraudaciones. En este mismo número del periódico comunista también se publicó una carta abierta a Rizzo Baratta criticándolo por su responsabilidad en la expulsión de Castro Morales, desmintiendo además que este último fuese un “delator”, cargo que pesaba también sobre otros ex dirigentes emigrados como Pedro Grinfeld y Alberto Valdivia Morón. Asimismo, los comunistas se ocuparon de señalar que, en realidad, la primera Liga era tan sólo un aparato controlado por el PCO, destinado a realizar a través suyo propaganda anticomunista basada en un “supuesto” antiimperialismo, aclarándosele además que toda la documentación relacionada con este caso ya había sido enviada a México a fin que se realizara allí la evaluación pertinente⁴⁶.

⁴⁵ CCC 329.15/82 PCa 8.

⁴⁶ En contra del presunto sectarismo de los chispistas y, por lo mismo, a favor del hipotético aperturismo de los dirigentes comunistas, en el número del 6 de agosto de 1927 de *La Internacional* aparecía un artículo con el siguiente encabezado: “Dirigentes chispistas de la Liga: ¡menos falsedad!: La Liga es un organismo de masas, por su finalidad, y admite en su seno a hombres procedentes de diversas capas sociales. No es obligatorio ser comunista para ingresar en la Liga, como en todo organismo anticapitalista es lo lógico. La Liga no debe ser anti-comunista, ni anti-socialista, ni anti-anarquista, ni anti-sindicalista. Tampoco debe ser comunista, socialista, anarquista o sindicalista. Ni chispista desde luego”.

En un intento por desmentir que su organización fuera un aparato controlado por el PCO, los “chispistas” no tardaron en responder a las acusaciones vertidas por los “comitivistas”, llegando a afirmar incluso que de su Comité Central, compuesto de once miembros, tan sólo cinco pertenecían a dicho partido, en tanto que otros cinco eran dirigentes del Partido Socialista y, el último restante, militante independiente. Algo similar ocurría con sus afiliados, ya que de los 280 con los que aseguraban contar al 14 de julio de 1927, 174 no tenían adhesión partidaria, 62 militaban en el PCO, 19 en el PS y 25, en el PC. Así, la Liga cumplía cabalmente con la estrategia de “frente único por abajo” propulsada por el movimiento comunista internacional, en la que se rechazaban las alianzas con las dirigencias partidarias y sindicales de izquierda al mismo tiempo que se fomentaba el trabajo en común con sus bases, como forma de colaboración y, finalmente, también de cooptación política. Por último, y para que no quedara ninguna duda acerca de su verdadera filiación ideológica, en el artículo “El anticomunismo de la Liga”, se afirmaba que frente a todas las acusaciones dirigidas contra ella, la organización se reivindicaba comunista, aunque de manera diferente a como lo hacían los del PCA (*Liberación*, 7/1927). Nuevamente, y antes que pensar en una filiación supuestamente trotskista (como más tarde se los llegaría a acusar) o directamente rupturista, los dirigentes y militantes expulsados por el PC se asumían como “verdaderos comunistas”, no como aquellos otros que aprovechaban el reconocimiento por parte de la Tercera Internacional y de Moscú para llevar a cabo sus “acciones divisionistas”⁴⁷.

Las acciones de la flamante Liga comunista repercutieron inmediatamente en *La Internacional*, cuyas páginas se ocuparon de dar a conocer sus distintas iniciativas, preocupadas ya no tan sólo por el movimiento obrero europeo sino también por las luchas antiimperialistas de índole latinoamericana. Así, para principios de septiembre de 1927, a la par que se anunciaba la creación de una nueva filial del GI en la ciudad de Rosario, se daba a conocer una declaración solidaria con todos los obreros detenidos por la policía luego de las protestas por el asesinato en los Estados Unidos de Sacco y Vanzetti. Por otra parte, también se comunicaron las últimas acciones llevadas a cabo por la LCI a través de la publicación de una nota de Gibarti, su secretario general. Asimismo, se divulgó el inicio del Congreso de los Amigos de Rusia, ocurrido en Moscú a mediados del mes de noviembre, luego de concluidas las celebraciones por los diez años de la revolución soviética, y que dio lugar a la publicación de un artículo de Manuel Ugarte relatando su experiencia en dicho encuentro. Por último se publicaron declaraciones del GI repudiando la violencia imperialista y gubernamental en Colombia, Cuba y Nicaragua, al mismo tiempo que se declaraba la solidaridad con las luchas independentistas llevadas a cabo en Siria y Egipto contra la dominación colonial inglesa

⁴⁷ Igualmente, las páginas de *La Chispa* eran utilizadas para polemizar con el Partido Comunista, frecuentemente, en duros términos. Así, se acusaba a los comunistas “oficiales” de carecer completamente de una orientación antiimperialista dentro del país, ya que vivían de generalidades y desconocían en absoluto las posiciones del intervencionismo inglés y norteamericano. Por lo mismo, también desconocían el carácter imperialista que según los chispistas tenían los gobiernos ganaderos argentinos. Y a su ignorancia sumaban una ineludible capacidad divisionista que los llevaba a tratar de copar la dirección de todas las organizaciones antiimperialistas existentes. En el artículo “Codovilla y los suyos: antiimperialistas”, se los acusaba de permanecer indiferentes a la cuestión imperialista hasta 1925, cuando saltó a la luz un amplio conjunto de diferencias internas en el momento en que se debía redactar un programa de reivindicaciones inmediatas por pedido expreso de la “Carta Abierta” de la Comintern.

y francesa, y que en París habían merecido un acto de apoyo presidido por Henri Barbusse.

Con la avanzada norteamericana sobre Nicaragua, la Liga (GI) comenzó a ocuparse más activamente de las luchas antiimperialistas de la región. Así, en el terreno de las conferencias y las actividades de difusión y convocatoria de nuevos militantes, hubo una a fines de septiembre que lo tuvo a Moisés Castro Morales como orador y delegado por México mientras que, ya en enero de 1928, comenzó a desarrollarse una serie de charlas sobre el caso particular de Nicaragua, con la presencia en la tribuna de, entre otros, Paulino González Alberdi y Alberto Valdivia Morón. Respondiendo al llamado de la Comintern, y más en particular, al de la Liga Antiimperialista de las Américas, a fines de enero de 1928 el GI dio inicio a la conformación de un “Comité Pro-Sandino”, cuya iniciativa provino en realidad del Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho (UBA) y que pronto quedó constituido como el brazo argentino del Comité Manos Fuera de Nicaragua (MAFUENIC), como ya hemos visto, con sede central en México y encargado de la compra de medicamentos destinados a los rebeldes nicaragüenses. De igual modo, y partir del reconocimiento por parte de la LCI del mexicano Plutarco E. Calles como único “presidente antiimperialista” y como un aliado con el que se podía contar para evitar la embestida estadounidense en Centroamérica y en la siguiente conferencia panamericana a ser celebrada en La Habana, también el GI solicitó su colaboración, junto con la del embajador mexicano en Argentina, para evitar la violencia imperial contra Sandino. Por otra parte, el caso de Nicaragua operó como el factor que terminaría de romper las relaciones entre los comunistas y el APRA, en un proceso que se había iniciado durante la celebración del Congreso de Bruselas el año anterior. Así, el 21 de abril de 1928 se publicaba en *La Internacional* el artículo “Una traición a Nicaragua. Haya de la Torre, agente de los pacificadores yanquis”, reproducido de *El Libertador* (órgano de la LADLA), en el que “mientras que los verdaderos patriotas son asesinados”, se acusaba al dirigente peruano de legitimar la agresión al pequeño país centroamericano con su participación como observador de un proceso electoral que además se presentaba absolutamente fraudulento.

Varios ciclos de conferencias, sumados a una serie de actos contra la participación argentina en la Unión Panamericana y en la próxima conferencia en Cuba, se convirtieron en las principales iniciativas políticas llevadas adelante por la Liga comunista en la primera mitad de 1928⁴⁸. Pero así como el caso de Nicaragua se había convertido en el centro de atención del movimiento antiimperialista argentino, nuevos hechos de violencia, esta vez ocurridos en Venezuela, también colocaron el acento sobre el accionar represivo del presidente Juan V. Gómez. De este modo, *La Internacional* no sólo publicó una nota firmada por Valdivia Morón repudiando la política represiva instalada en ese país (el 17 de marzo de 1928), sino que además contribuyó a difundir un acto de solidaridad con el pueblo venezolano, coorganizado entre el GI y el Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas de la UBA (ámbito en el que los comunistas tenían una fuerte inserción gracias, sobre todo, a la labor militante allí desarrollada por P. González Alberdi), que fue llevado a cabo el día 4 de mayo y que contó con la participación de la Alfredo Palacios, la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum, Alberto

⁴⁸ En este sentido, el acto más importante fue el que tuvo lugar el 4 de marzo de 1928, y que contó con la presencia de Valdivia Morón (como delegado de la Liga GI), Paulino González Alberdi (FUBA), Sanín Cano (Partido Comunista), Bartolomé Fiorini (consejero estudiantil de la Federación de Derecho de la Universidad Nacional de La Plata) y Euclides Jaime (Unión Latinoamericana).

Valdivia Morón y Pablo Lejarraga⁴⁹ por dicha Facultad. Esta importante confluencia entre el Partido Comunista por una parte y ciertas franjas del movimiento estudiantil e intelectual de vanguardia, que se habían estado apoyando mutuamente por medio de la Liga Antiimperialista pudo tener su máxima expresión en marzo de 1928, cuando se conformó un “Comité de Estudiantes y Trabajadores Intelectuales pro Candidaturas Comunistas”, ideado para respaldar al PCA ante las próximas elecciones presidenciales, y que se integró con varios de los dirigentes locales y extranjeros del GI como Valdivia Morón (elegido como Secretario General del Comité), Castro Morales y González Alberdi.

Como era de suponerse, el debate por la nacionalización del petróleo y sus consecuencias para con las potencias norteamericana e inglesa no fue una cuestión que fuera a pasar desapercibida para el movimiento antiimperialista argentino. A partir de una asamblea celebrada a fines del mes de julio de 1927 por el Comité Central de la LAI chispista se resolvió dar inicio a la campaña “Queremos la nacionalización del petróleo y el monopolio de la explotación por el Estado”, exigiéndose en sendas cartas públicas enviadas al presidente Marcelo T. De Alvear y al Parlamento, la nacionalización de los yacimientos y la organización de un frente único para su defensa. Al mes siguiente, la campaña por el petróleo incluyó charlas en diversos puntos de Buenos Aires, la impresión de volantes y documentos de divulgación, y un acto de cierre en el barrio céntrico con el lema “Absoluta nacionalización del petróleo y el monopolio de la explotación por el Estado”. Por otra parte, y en lo que respecta al GI, Rodolfo Ghioldi pronunció una conferencia con el tema “Imperialismo y petróleo” dando inicio a la participación de los comunistas en esta cuestión. Mientras tanto, sus colegas “chispistas” paralelamente desarrollaron otras iniciativas, como la constitución de un “Comité nacional pro boicot a los productos yanquis” (inspirado en la campaña promovida desde *El Libertador*), y contra la instalación de empresas de origen norteamericano en Argentina, la adhesión a la huelga convocada por la Unión Sindical Argentina y la Unión Obrera Local ante la inminente ejecución de Sacco y Vanzetti y, a fines de septiembre, el relanzamiento de las actividades de la Universidad Popular José Ingenieros. Por otro lado, y ante la evidente falta de apoyo recibida por parte de la Comintern, los chispistas decidieron su salida de la Alianza Antifascista y del Comité de Acción contra la Guerra. Finalmente, una nueva asamblea de la Liga chispista, realizada a fines de septiembre de 1927 eligió un nuevo comité directivo, que quedó conformado nuevamente con Carmelo Rizzo Baratta como Secretario General⁵⁰.

Sin embargo, no pasaría demasiado tiempo antes de que los líderes del PCO percibieran el clima adverso que en los últimos meses de 1927 se iba cerniendo sobre ellos, tanto a nivel del comunismo internacional, que dejaría de reconocerlos como simpatizantes de la causa soviética y que fácilmente comenzaría a identificarlos como “oposicionistas” o

⁴⁹ Lejarraga, uno de los más importantes referentes “no comunistas” de la Liga Antiimperialista, fue a partir de 1925 presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA por la agrupación Acción Reformista, en la que también militaban Paulino González Alberdi (miembro de su comisión de Extensión Universitaria) y el futuro dirigente socialista Ramón A. Muñiz.

⁵⁰ El Comité Directivo completo era el siguiente: Secretario General, Carmelo Rizzo Baratta; finanzas, Manuel Pereira; interior, Abraham Resnik; exterior, F. Veiga; propaganda, Luis Marigia; prensa, N. Bonamassa; gremial, M. Montano; estudiantil, Juan B. Ribarosa; secretario de la Universidad Popular “José Ingenieros”, Andrés Imaz; biblioteca y estadística Israel Zeitlin; actas y archivo, Arturo Casessa (*La Chispa*, 24/9/1927).

como “trotskistas”⁵¹, y todavía más a nivel nacional, con un gobierno y una policía que ya no permitirían sus actividades de manera tan libre como hasta entonces. Una de las primeras comprobaciones de este cambio de escenario tuvo lugar cuando Rafael Greco, uno de los más importantes líderes sindicales del PCO, fue expulsado de la Unión Soviética por ser “persona indeseable”, a los seis días de su llegada para participar por los festejos del décimo aniversario de la Revolución de Octubre⁵², y cuando por primera vez la policía decidió prohibir una conferencia sobre Nicaragua, organizada por la Liga, que iba a tener lugar el 5 de enero de 1928 con la participación, entre otros, de Angélica Mendoza, dando así lugar a la formación, junto con otras organizaciones de izquierda, de un “Frente Único por los Derechos de Agitación y Propaganda”. De este modo, el recrudecimiento de la política represiva bajo el orden local y el cambio de estrategia del comunismo internacional (motivado por la posibilidad de próxima guerra contra la Unión Soviética) fueron elementos que no dejaron de impactar severamente en la constitución del PCO y de su Liga Antiimperialista.

La campaña contra Gerardo Machado en Cuba: efectos y repercusiones

Cuando todavía no había transcurrido un mes desde la celebración del Congreso de Bruselas y desde la clandestinidad, la Liga Antiimperialista, junto con la UPJM, se sumó a la campaña de frente único organizada por el Partido Comunista contra la reforma constitucional que posibilitaba la prórroga de los poderes de Machado y la ampliación a 6 años de su mandato (incluyendo además la extensión de los cargos de senadores y representantes a 12 y 6 años respectivamente)⁵³. Por otra parte, la reforma no contemplaba la reorganización de las asambleas de los partidos políticos ni permitía la creación de nuevos partidos. Bajo la consigna impulsada por el PCC “Ni prórroga ni reelección”, no tardó en generalizarse una inmediata ola de protestas, en la que los estudiantes universitarios ocuparon un lugar de vanguardia a través de la constitución del Directorio Estudiantil Universitario Contra la Prórroga de Poderes (DEU)⁵⁴. Movilizados por la LAI, numerosos intelectuales, procedentes en su mayoría del Movimiento Minorista suscribieron una declaración que condenaba tanto la aprobación de la ley como los procedimientos utilizados: entre estos opositores se encontraban Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, Emilio Roig de Leuchsenring, Gustavo Aldereguía y Alejo Carpentier. Al mismo tiempo, y como una réplica a la iniciativa de los universitarios, los políticos opositores crearon la llamada Asociación Unión Nacionalista, presidida por Carlos Mendieta, convertida después en el Partido Unión

⁵¹ Sin que todavía estuviera demasiado claro a qué hacía alusión este mote más allá de su enfrentamiento contra un comité central cada vez más centralizado en la figura de Stalin.

⁵² Rafael Greco había viajado a Moscú, luego de dar a conocer un saludo en conjunto con el también chispista Abraham Resnick, como representante de la Unión Sindical Argentina, del Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica y de la Unión Obrera Local de Buenos Aires, lo que también nos puede dar una idea de la importante inserción sindical que llegó a tener el Partido Comunista Obrero en su corta existencia.

⁵³ “Desde el punto de vista del funcionamiento del sistema político neocolonial, la fórmula pretendía garantizar una prolongada estabilidad del equipo gubernamental y, suspender las periódicas convulsiones que entrañaban las contiendas electorales” (Callaba Torres, 1998: 265).

⁵⁴ Constituido en abril de 1927, el DEU pronto se convirtió en un importante actor de la lucha antimachadista. Algunos de sus miembros fundadores, continuadores del reformismo universitario de Mella, fueron José Chelala Aguilera, Aureliano Sánchez Arango, Gabriel Barceló, Antonio Guiteras y Eduardo Chibás.

Nacionalista (PUN). Por su parte, Julio A. Mella, que se encontraba en París de vuelta de su visita a la Unión Soviética, se solidarizó con la lucha antiprorroguista y trabajó por hacer llegar esa protesta a toda América.

De acuerdo con estas nuevas circunstancias, el PCC debió fijar una nueva táctica que diera cuenta de los cambios que se estaban produciendo. De este modo, el Partido llegó a la conclusión de que, aunque él no estuviera en condiciones de desplegar una campaña política propia, la revolución en Cuba necesariamente debía pasar por una etapa democrático burguesa; por lo mismo, se suponía que aunque la Unión Nacionalista no fuera más que una oposición burguesa que en definitiva no comprometía el dominio de los Estados Unidos sobre el país, sí estaba ganando adeptos mediante el manejo de la opinión pública. Aún así, el relativo éxito en la celebración del 1° de Mayo de 1927, organizado por un amplio comité de sociedades obreras que respondía a la lógica del frente único, fue rápidamente tomado como un cuestionamiento al poder de Machado, por lo que el gobierno profundizó su política represiva sobre el ascendente movimiento de trabajadores, estudiantes e intelectuales cubano. Al mismo tiempo en que las fuerzas reaccionarias y anticomunistas internacionales desplegaban una fuerte campaña antisoviética, en Cuba, y con el pretexto de una conspiración marxista con manifestaciones en otros países de la región, fueron detenidos y procesados numerosos simpatizantes revolucionarios y progresistas opositores a la prórroga de poderes de Machado: “se multiplicaron entonces las causas judiciales por delitos de sedición, publicaciones clandestinas, infracción de la Ley de Explosivos, huelgas y otras figuras, en las cuales se vieron unidos obreros, estudiantes e intelectuales, precedidos del calificativo de *agitadores comunistas*” (Rojas Blaquier, 2005a: 47, en cursiva en el original)⁵⁵.

La Liga no pudo permanecer al margen del “proceso comunista” en el que muchos de sus dirigentes y cuadros más activos fueron involucrados en la causa judicial 967. Así, fueron conducidos a la cárcel y procesados con exclusión de fianza, entre otros, Rubén Martínez Villena⁵⁶, Alejandro Barreiro, Raúl Roa, Alejo Carpentier⁵⁷, Manuel Cotoño, Gustavo Aldereguía, José Antonio Fernández de Castro, Orosmán Viamontes, José A. Vivó, Alfonso Bernal del Riesgo y otros, junto a los extranjeros Luis Francisco Bustamante Novoa, José Antonio Silva Márquez, Serafín Delmar Díaz, Esteban

⁵⁵ La teoría del complot fue reforzada por la llegada, el 4 de julio, del matrimonio integrado por los peruanos Serafín Delmar Díaz y la poetisa Magda Portal. Estos exiliados políticos, a su llegada, habían establecido contacto con sus compatriotas, también desterrados, Luis F. Bustamante y Esteban Pavletich. A su vez, este último mantenía estrechas relaciones con los jóvenes intelectuales cubanos agrupados en el Minorismo y en la *Revista de Avance* y con muchos profesores de la UPJM (“La secreta y la judicial investigan la propaganda que realizan algunos elementos indeseables extranjeros”, en *El País*, 5/7/27 y “Un juez especial para la causa de los comunistas”, en *El País*, 6/7/27). De hecho, “(n)o es posible saber hasta que punto los agentes represivos de Machado tenían conocimiento de la naturaleza de la ‘conspiración comunista’ de Perú, pero de hecho, este supuesto les venía perfectamente bien a sus propósitos de descabezar la oposición y atemorizar a los intelectuales inclinados a las posiciones antiimperialistas y socialistas” (Callaba Torres, 1998: 261).

⁵⁶ Debido a que en ese momento se encontraba hospitalizado por su dolencia pulmonar, Martínez Villena fue mantenido en el Centro de Dependientes como detenido, con un custodio policial permanente en la puerta de su habitación de enfermo.

⁵⁷ Una vez liberado, Carpentier se alejaría secretamente de Cuba y residiría hasta 1939 en París. En Europa se dedicó a organizar distintas campañas con intelectuales franceses y españoles contra la dictadura de Machado (Cairo, 2002: 25).

Pavletich, Gastón Lafarga, etc⁵⁸. Aunque la causa fue luego sobreseída, y todos los detenidos recuperaron la libertad en el mes de agosto, como resultado del proceso anticomunista fueron clausurados el semanario comunista *Justicia* y la Universidad Popular José Martí, al tiempo que numerosos dirigentes obreros fueron expulsados del país o decidieron exiliarse, como fueron los casos de Alejandro Barreiro, Sandalio Junco y Antonio Puerta, quienes viajaron a México para reunirse allí con Mella.

Sin embargo, como una consecuencia inesperada del contexto altamente represivo que se vivió en la Isla durante la primera mitad de 1927 y a la mejor predisposición del PCC para el trabajo en conjunto, la Liga pudo volver a entablar relaciones con los comunistas en forma coordinada y dejando atrás antiguas desavenencias⁵⁹. Fruto de este nuevo encuentro fueron las distintas acciones llevadas a la práctica durante los últimos años de la década del '20 que, aunque realizadas bajo el terror político, acompañaron el impulso de la protesta social y de un movimiento obrero en crecimiento constante. Así, durante esta época, la LAIC consiguió dar vida a una fuerte campaña de condena contra el asesinato de los obreros italianos Nicola Sacco y Bartolomé Vanzetti, finalmente ejecutados por la justicia reaccionaria de los Estados Unidos. Asimismo, en las luchas internacionalistas de esos años se inscribieron las protestas contra la dominación colonial de los Estados Unidos sobre Puerto Rico⁶⁰, la masacre de los huelguistas bananeros en Colombia y la violenta represión de los obreros ejercida por el gobierno y las compañías petroleras de Curazao en 1928, año en el que la Liga apoyó además la formación del Comité Manos Fuera de Nicaragua (MAFUENIC), organizado desde México y que contaba con Julio A. Mella como uno de sus principales inspiradores. También la solidaridad se expresó con la Unión Soviética; con los pueblos de China y del Rif, que peleaban contra los opresores japoneses y franceses; con la población negra discriminada de los Estados Unidos y con destacados líderes obreros que sufrían persecuciones y cárcel en ese país, como Tom Mooney y otros. En el mismo sentido, se demandaba la libertad para millares de luchadores políticos y sociales que sufrían prisión en varios países de la región (como el caso de Mariátegui, encarcelado en Perú) y se denunciaba el apoyo que brindaba Machado a otros gobiernos dictatoriales, como sucedió cuando en 1929 se produjo el asesinato en Cuba del joven periodista revolucionario Francisco Laguado Jaime, quien luchaba contra la tiranía de Gómez en Venezuela (Callaba Torres, 1998: 263-4). Sin embargo, puede afirmarse que la campaña más importante durante toda esta época fue la que tuvo lugar en repudio a la Unión Panamericana y, más en particular, a su Sexta Conferencia, realizada en la Universidad de la La Habana entre el 16 de enero y el 20 de febrero de 1928, bajo los buenos auspicios de Gerardo Machado⁶¹. Como hemos visto, ya desde los últimos meses del

⁵⁸ José Z. Tallet fue el único dirigente de la Liga que pudo esquivar la cárcel escondiéndose de la policía.

⁵⁹ En una carta enviada por Leonardo Fernández Sánchez a Victorio Codovilla, fechada el 29 de julio de 1927, el primero afirmaba que “en cuanto a la orientación, en este momento no existen confusiones de ninguna clase. Todos los malentendidos han sido convenientemente aclarados, y los errores de algunos no tanto inexpertos enmendados. Las relaciones entre LAI, la Universidad Popular y el PC son cordiales marchando al unísono” (IHC 1/14: 43/1/3).

⁶⁰ En este sentido, la Liga cubana y el Grupo Minorista auspiciaron la formación de una Junta Nacional de Cuba Pro Independencia de Puerto Rico, presidida por el prestigioso intelectual Enrique José Varona, aprovechando la visita a La Habana del destacado líder independentista portorriqueño Pedro Albizu Campos.

⁶¹ En una conversación privada mantenida poco tiempo antes de que iniciara el VI° Congreso Panamericano, el embajador cubano en los Estados Unidos, Oreste Ferrara, le transmitió a Gerardo Machado que si éste quería que su par norteamericano estuviera presente en el evento, el Departamento

anterior año, la policía y el ejército cubano habían recrudecido su política represiva contra los obreros, los estudiantes y los intelectuales, intentado con ello evitar que se viera empañado el encuentro internacional que, paradójicamente, debía proclamar a Machado, frente a sus pares latinoamericanos y ante el gobierno estadounidense, como un presidente democrático y respetuoso de las libertades públicas⁶².

Un manifiesto del PCC, redactado por Martínez Villena, brindaba su apoyo a la guerrilla sandinista al mismo tiempo que repudiaba la realización de la Conferencia ya que en ella no se iban a tratar las cuestiones que realmente interesaban a los pueblos latinoamericanos: independencia, autodeterminación, equilibrio continental, soberanía de los pueblos débiles e integridad territorial. Con la finalidad de preservar a su golpeada militancia, el partido organizó cuidadosamente su distribución en La Habana, tocándole a los miembros de la LAI su diseminación entre los intelectuales y los estudiantes (Roa, 1982: 253). También se sumaron al repudio a la Sexta Conferencia publicaciones literarias, culturales y políticas como la *Revista de Avance y América Libre*. Por su parte y desde México, Julio A. Mella contribuyó también a la campaña por medio de la publicación en *El Machete* y en *El Libertador* de artículos como “¿Habrá voces de libertad en el congreso de La Habana?” y “La Conferencia Panamericana es una emboscada contra los pueblos de América Latina”, al mismo tiempo que el Comité Continental se ocupó de realizar varios mítines de protesta en México y de apoyar los celebrados por otras filiales latinoamericanas.

Por su parte, Machado comenzó a cumplir su acuerdo con el gobierno norteamericano y, para evitar cualquier contrariedad que pudiera afectar la buena marcha del Congreso estando el presidente Coolidge allí presente, suspendió las clases en la Universidad de La Habana, estableció una rígida censura a la prensa emitiendo la orden de que ningún medio informativo pudiera publicar ninguna noticia dirigida a ofender el “amor propio” de ningún gobierno (siendo el de los Estados Unidos el único beneficiario real y verdadero de esta medida). Asimismo, y para evitar manifestaciones antiimperialistas, fueron expulsados dirigentes de organizaciones progresistas procedentes de varios países de América Latina. Sin embargo, y pese a todos los resguardos tomados, y a las evidentes dificultades con las que debieron trabajar comunistas y antiimperialistas, el gobierno cubano no pudo evitar que el presidente estadounidense Calvin Coolidge, a su llegada a La Habana el 15 de enero de 1928, fuera recibido con gritos de “¡Viva Sandino, Viva Nicaragua, Vivan México, Haití y Santo Domingo!” y que se desplegara un visible cartel donde podía leerse “Vivan los heroicos patriotas nicaragüenses”. Igualmente, en varios puntos de la ciudad aparecieron carteles contra el imperialismo norteamericano y fueron distribuidos millares de volantes repudiando la presencia de Coolidge. Por otra parte, el asesinato de dos militantes comunistas (Claudio Bouzón y Noske Yalom), apresados por la policía mientras distribuían el manifiesto del PCC, vino

de Estado en Washington le recomendaba “tomar medidas excepcionales para mantener la paz, la estabilidad y la tranquilidad ciudadana y concretamente, comentaron lo dañino que resultaban los comunistas, especialmente Mella”. Machado le respondió a Ferrara que “personalmente se ocuparía de acallar esas voces” (Cupull y González, 2005: 78).

⁶² En este contexto fuertemente represivo, Machado también aprovechó para realizar el 4 de febrero las elecciones de convencionales encargados de reformar la Constitución en beneficio de su permanencia en el gobierno.

a intensificar en Cuba y en toda América la ola de repudio contra el régimen del terror machadista⁶³.

En los primeros meses de 1928 Martínez Villena fue promovido como integrante del Comité Central del Partido y, más tarde, como miembro del Secretariado del PCC. Desde su dirección, se propuso fortalecer a la organización comunista que, ante las condiciones adversas instauradas por el machadato, no tenía otro recurso más que el de la actuación desde la clandestinidad. Aunque no había demasiados trabajos interpretativos de la dependencia neocolonial cubana bajo una óptica marxista y antiimperialista (salvo aquellos preparados por él mismo para el Congreso de Bruselas y los escritos por Mella en polémica con el APRA), la prioridad fue colocada en una política sistemática de preparación de cuadros y de educación militante de la juventud. Debían llegar a nuevas franjas del proletariado a las que el partido, ya sea por falta de interés o de posibilidades concretas, no había dado podido hacerlo, así como también resultaba necesario estrechar los vínculos con el campesino de la zafra azucarera. Por último, la clase media hostigada, junto con los estudiantes e intelectuales perseguidos, debían encontrar un amparo en la Liga antiimperialista, la que tenía que ser reforzada y preparada para una lucha todavía más activa, y ante las circunstancias que ineludiblemente se avecinaban, también más violenta. Sin embargo, el proyecto recuperacionista de la LAI debió ser nuevamente pospuesto ante la urgencia por fortalecer la inserción entre los jóvenes, ya que la prematura muerte y el apresurado exilio de la mayoría de los fundadores del partido (sin contar a aquellos que ante el temor habían decidido abandonar la militancia política) habían convertido al recambio generacional en una cuestión de primera necesidad. Las condiciones estuvieron dadas, entonces, para la creación de la Liga Juvenil Comunista (LJC).

Mientras tanto, la presencia en México de Mella y de un importante conjunto de emigrados cubanos, en su mayoría, dirigentes obreros y estudiantiles, permitió la formación en dicho país de una filial de la LAI cubana la que, en contacto con grupos comunistas y sectores nacionalistas y antimachadistas, dio origen en abril de 1928 a una nueva organización, la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), con secciones en México, Nueva York, París, Madrid y Bogotá, y con el periódico *Cuba Libre para los Trabajadores* como su órgano de lucha⁶⁴. Visiblemente inspirado por la lucha de Sandino en contra los *marines*, y pese a la oposición de la mayoría de los dirigentes del PCM, Mella se ocupó de trazar desde la ANERC el diseño de un plan insurreccional que, por medio de la constitución de un amplio frente de

⁶³ Las protestas que desde México Mella dirigía en contra el gobierno cubano también impactaban en los Estados Unidos. Así, desde 1927 existen informes de inteligencia de la Embajada de los Estados Unidos en México en los que se señala al dirigente comunista como secretario de la Liga Antiimperialista, señalándolo como “*a radical cuban student and agitator*”.

⁶⁴ Fundada por Julio A. Mella, de la ANERC participaron también Alejandro Barreiro, Leonardo Fernández Sánchez, Gabriel Barceló, Sandalio Junco, Manuel Cotoño, Aureliano Sánchez Arango, Antonio Puertas, Teodosio Montalván, Antonio Penichet, Rogelio Teurbe Tolón, Eduardo Chibás, Enrique de la Osa, Raúl Primelles, Frank Ibáñez y Jorge Vivó (responsable de su organización en Colombia). En la ANERC, que era apoyada por el PCC, convivían varias tendencias, tal como resultó expuesto por el propio Mella en una entrevista concedida el 20 de junio de 1928 al periódico mexicano *El Sol*. En ella, el líder comunista afirmaba que “nuestra organización tiene por fin principal el de reunir en una organización a todos los que han tenido que salir de Cuba apremiados por la reacción machadista. Forma también un puente entre los obreros y estudiantes que aunque han tenido que emigrar por causas algunas veces distintas, reconocen en el destierro la necesidad de unificarse en un ideal socialista para independizar a Cuba y mejorar la situación que existe entre los trabajadores” (Mella, 1978: 229).

clases y sectores sociales, debía centrar la lucha en el derrocamiento de la dictadura machadista con el apoyo México y de los pueblos latinoamericanos, principalmente, del área caribeña. Con la idea de preparar una expedición a Cuba, en el mes de octubre Mella envió a la Isla a su compañero Leonardo Fernández Sánchez, destinado a recabar apoyos entre la Unión Nacionalista y otros grupos antimachadistas. Sin embargo, una delación malogró toda la operación y le valió al emisario primero su encarcelamiento y luego su expulsión a los Estados Unidos. Poco después, el asesinato de Julio A. Mella, ocurrido en la madrugada del 11 de enero de 1929, vino a frustrar todo plan insurreccional para el futuro cercano.

SÉPTIMA PARTE

EL “TERCER PERÍODO” Y SUS IMPLICANCIAS EN AMÉRICA LATINA Y PARA LA LIGA ANTIIMPERIALISTA

1927-1929: de la táctica de “frente único” a la de “clase contra clase”

Como ya anteriormente hemos comenzado a ver, los años que van de 1927 a 1929 estuvieron determinados por una creciente radicalización del movimiento comunista internacional. La firme creencia en la amenaza de guerra contra la Unión Soviética y en una crisis terminal del sistema capitalista, sumado al creciente rechazo a formular acuerdos políticos con las dirigencias socialdemócratas, por lo general provenientes de la burguesía o de la clase media, dieron lugar a una nueva conceptualización estratégica, la del llamado “Tercer Período”, que no tardó en convertirse en la guía inspiradora de la mayor parte de los debates producidos en el VI° Congreso de la Comintern a mediados de 1928. Asimismo, fue esta época la que también marcaría la definitiva consolidación de Stalin dentro de la estructura de poder soviético luego de haber liquidado primero a la izquierda trotskista para por último concentrar sus ataques en la facción bujarinista. Ambos procesos internos y externos en la vida de la Unión Soviética terminarían confluyendo y generando una nueva época en la vida del comunismo mundial. La Liga Antiimperialista de las Américas y, junto con ella, la Liga mundial, no quedarían al margen de este proceso de readecuación táctica, tal como pudo ser observado a partir de los debates acaecidos tanto en el VI° Congreso de la Comintern, ocurrido a mediados de 1929, como así también en la Primera Conferencia de Partidos Comunistas latinoamericanos, celebrada en Buenos Aires en junio de 1929 y en el segundo Congreso Antiimperialista mundial que tuvo lugar en Frankfurt al siguiente mes, instancias estas últimas que, de algún modo, sirvieron como cierre de los debates en torno al Tercer Período.

En momentos tan críticos, fueron los partidos comunistas los más afectados por esta radicalización ya que si bien por un lado se asumió la total centralidad de su labor política en la defensa internacional de los logros conquistados por la Unión Soviética, por el otro se les exigió una total sumisión a los dictados que provenían de Moscú, contribuyendo en este proceso a reducir (y en algunos casos a eliminar) la democracia interna de la que habían gozado durante sus primeros años de vida y, al mismo tiempo, a aislarlos de las masas en su tendencia a aplicar programas que no siempre coincidían con sus reales aspiraciones. América Latina no quedaría exenta de todo proceso: pese a algunas resistencias iniciales, sus partidos comunistas también fueron disciplinados en función de los nuevos peligros que acechaban al primer Estado socialista pero que no siempre eran vistos como una prioridad por parte de los sectores obreros y campesinos a los que pretendían llegar.

En esta coyuntura tan inestable, los llamados “frentes de masas” u “organismos auxiliares”, según la conceptualización adoptada por la Comintern y con la que se pretendía clasificar a organizaciones como la LADLA, vieron en muy poco tiempo cuestionada su labor, pese a (o tal vez debido a) la obtención de logros de alta repercusión como fue, en este caso, la

convocatoria al Congreso de Bruselas en 1927. Como pudo observarse a lo largo de los debates del VI° Congreso, la gradual imposición de la táctica radical de “clase contra clase” frente a la cada vez más devaluada de “frente único” (válida de aquí en más sólo para los acuerdos con las bases de los partidos y sindicatos socialdemócratas), obligó a dichas organizaciones, que en su desarrollo habían establecido firmes lazos con las clases medias, a readecuarse a los nuevos tiempos, aunque con ello encontrarán límites precisos en su plan de acción y en los alcances sociales de sus propuestas.

En general, y como se podrá apreciar más adelante, salvo en el caso de la Internacional Sindical Roja, los restantes organismos auxiliares vieron menguado su apoyo por parte de la estructura cominteriana, restando fuerzas a su labor política. Y en el caso particular de América Latina, serían otras organizaciones de contenido más proletario, como los llamados “sindicatos rojos” y el Socorro Rojo Internacional, generalmente asociados a ellos, los que se harían cargo del programa antiimperialista cuando después del VI° Congreso Liga entrara en un grave declive en sus actividades. Como una conclusión de las transformaciones de todo este período, podríamos afirmar que si el V° Congreso había planteado la bolchevización de los partidos comunistas y la creación de amplios frentes de masas, el VI° Congreso iría a resolver directamente la proletarización de estos últimos, continuando de este modo con una política iniciada algunos años antes y poniendo en riesgo, por lo tanto, la propia esencia de organizaciones plurales como la LADLA, cuyo fortaleza radicaba justamente en la conformación de frentes con sectores burgueses y de clase media.

La realización del VI° Congreso fue de gran importancia para el movimiento comunista ya que a través del mismo pudo finalmente consagrarse a nivel mundial el giro a la izquierda que se venía gestando por lo menos desde hacía un año antes en los partidos comunistas de distintos países. Aunque en realidad hubo que esperar hasta el X° Pleno, celebrado en julio de 1929, para que esta política de radicalización alcanzara el grado de hegemónica dentro de las estructuras comunistas, lo cierto es que este pronunciamiento hacia la izquierda efectuado en el VI° Congreso no podía dejar de traer graves consecuencias para la actividad política y para la composición social de “frentes de masas” como la Liga contra el Imperialismo y su filial americana, la Liga Antiimperialista de las Américas.

En efecto, desde 1927 fue posible percibir en la orientación política del comunismo internacional un giro a la izquierda que continuó y se profundizó en los años sucesivos. Fueron varios los motivos que determinaron la adopción de esta nueva línea pero “uno de los más importantes fue el hecho (...) de que la política de frente único no dio los frutos que esperaba la Comintern” (Hajek, 1978: 7). El declive de la política frentista estaba motivado sobre todo por la creciente desconfianza, convertida finalmente en rechazo, hacia las organizaciones reformistas de la burguesía y de la pequeña burguesía. De igual manera, el enfrentamiento de los comunistas con los socialdemócratas y, más en particular, con sus vertientes de izquierda (o “centristas”) también encontraba su justificación en la creciente

derechización de estas últimas, actitud que de hecho las predisponía a colaborar y a formar parte de distintos gobiernos burgueses de Europa¹.

A nivel internacional, fueron varios los acontecimientos y procesos que determinaron el gradual abandono de la táctica de frente único, vigente desde el Congreso de 1924 y, en consecuencia, la izquierdización del comunismo. Entre ellos pueden señalarse la influencia depresiva que la dictadura de Mussolini causó en el movimiento obrero internacional, sumado además a la ineficiencia del bloque antifascista de comunistas y socialistas en su intento por derribar al gobierno italiano en los tiempos de crisis provocados por el asesinato del diputado Matteoti. Un segundo factor fue el que se produjo en julio de 1927, cuando ante la pasividad de la socialdemocracia, el gobierno austriaco permitió que grupos armados de ultraderecha reprimieran violentamente las manifestaciones de descontento de los sectores obreros. Por otro lado, y en cuanto al caso particular del partido alemán (el más importante de la Internacional Comunista en Occidente), sus posturas radicales fueron creciendo en la medida en que la mayoría de sus afiliados y simpatizantes eran desocupados y obreros de pequeñas fábricas, proclives por tanto a adoptar medidas más extremistas.

Sin embargo, los acontecimientos que terminaron por confirmar la inadecuación de la táctica del frente único fueron el quiebre producido en 1926 en el Comité Anglo-Ruso y la traición de los dirigentes del Kuomintang a los comunistas chinos un año más tarde. El impacto de estos hechos fue notable ya no tan sólo en el Viejo Continente, sino incluso en todo el mundo colonial. El primer caso tuvo lugar cuando, pese a la resistencia del PC británico y de sus sindicatos adheridos, la mayoría de las *trade unions* reformistas decidió levantar una huelga general que había nacido como una protesta de los mineros y que se mantuvo activa por diez días: en este contexto, las organizaciones comunistas decidieron continuar la lucha por sí mismas y de manera aislada². La ruptura de relaciones entre la Unión Soviética y Gran Bretaña finalmente ocurrió en mayo de 1927 induciendo a otros países europeos como Francia, Yugoslavia y Checoslovaquia para que siguieran el ejemplo³. En cuanto a la situación en China, el golpe de Estado militar encabezado por Chian Kai-Shek en abril de 1927 en Shangai y, consecuentemente, la ruptura de la coalición con los nacionalistas y la matanza generalizada de comunistas en Shangai, Pekín, Nankín y Cantón a manos de sus antiguos aliados, puso fin de forma catastrófica a esta política de colaboración con la burguesía colonial. Todas las esperanzas puestas en el Kuomintang y en la alianza con los sectores por él representados se desplomaron generando claros sentimientos de traición.

¹ Algunos partidos socialdemócratas que se encontraban en la oposición consideraron el retorno a los gobiernos de coalición, como efectivamente sucedió en Alemania en 1928 y al siguiente año en Gran Bretaña, Dinamarca y Checoslovaquia.

² Frente a las críticas formuladas por Trotski, y a pesar de su evidente fracaso, Stalin no quiso disolver el Comité Anglo-Ruso, ya que consideraba que la defensa de la URSS tenía más importancia que el crecimiento del movimiento revolucionario en Gran Bretaña. Por otra parte, romper relaciones con Gran Bretaña hubiera significado también perder al principal socio comercial de la Unión Soviética por aquel entonces (Krieguel, s/a: 97).

³ Ante la posibilidad de verse atrapada en uno u otro bando, únicamente Alemania defendió a la Unión Soviética, resaltando la inestabilidad que podía generarse en todo el mundo como resultado de su aislamiento económico (Hernández Sandoica, s/a: 62).

En muy poco tiempo las relaciones internacionales de la URSS se tensaron sobremanera, generando un clima de temor y de incertidumbre hacia el futuro. Aunque todavía era demasiado apresurado pretender que existiera una amenaza de ataque certero contra la nación soviética, lo concreto es que todos estos acontecimientos produjeron “un clima de miedo a la guerra entre los dirigentes rusos y de la Comintern, y ese clima fue un terreno fértil para las posiciones radicalizadas” (Hajek, 1978: 7). Se temió otra vez la intervención extranjera, quizás, desde Polonia, y hubo que hacer frente al resurgimiento del nacionalismo en Ucrania y Georgia. Fue entonces que, ante el temor creciente a la guerra y frente a la falta de perspectivas revolucionarias en Europa, se fue invirtiendo el orden de prioridades, pues se comenzó a rechazar la dependencia de la revolución rusa respecto de la revolución mundial, insistentemente sostenida por Lenin, pasando a ocupar su lugar la dependencia de la revolución mundial respecto de la construcción del socialismo en la Unión Soviética. La consigna pasó a ser de aquí en más la defensa a ultranza del comunismo soviético frente a todo invasor capitalista, principalmente, Inglaterra y sus aliados.

La perspectiva de una guerra contra la Unión Soviética y de una próxima crisis mundial del sistema capitalista que algunos economistas soviéticos como E. Varga habían comenzado a percibir, fue abordada por Bujarin quien, como presidente de la Comintern, expuso en la sesión inaugural del VIº Congreso las características de lo que a partir de entonces comenzó a denominarse como “Tercer Período”. Según su parecer, si desde 1918 y hasta 1921 se podía hablar de un “período de crisis revolucionaria”, marcado por el avance del movimiento obrero europeo, su derrota significó al mismo tiempo la aparición de un “segundo período”, caracterizado por la ofensiva y la reconstitución de las fuerzas del mercado. Pero a pesar del fortalecimiento del capitalismo, la coyuntura seguía siendo favorable al comunismo mundial, pues “si en el primer período la situación inmediatamente revolucionaria tuvo un carácter netamente europeo, (...) en el segundo período la situación inmediatamente revolucionaria se trasladó a la *periferia colonial* del imperialismo mundial (en cursiva en el original)”. Finalmente, el “Tercer Período”, al mismo tiempo que era el de la reconstrucción del sistema, implicaba también, y debido a su misma naturaleza dialéctica, “*el crecimiento de las fuerzas opuestas al capitalismo y del desarrollo extremadamente intenso de las contradicciones del capitalismo*” (*Pasado y Presente*, 1978b: 10-11, en cursiva en el original)⁴.

Este tercer momento, como superación de una contradicción dialéctica, auguraba toda una época de guerras revolucionarias ya no sólo reservadas a una única región del globo: se trataba, en suma, del comienzo de la “revolución mundial”. Por otra parte, el agravamiento del peligro de guerra imperialista y la tendencia de la burguesía a instaurar gobiernos de tipo fascista no eran más que muestras de la crisis en la que el capitalismo se iba sumergiendo cada vez más. Por esto mismo, y si en lo concreto el “Tercer Período” podía ser visto como un momento esperanzador, al mismo tiempo, se trataba también de una

⁴ Resulta importante notar que no todos los dirigentes cominterianos coincidían en este diagnóstico: de hecho, el debate se dio en torno a si efectivamente se había salido o no de ese “segundo período” de recomposición capitalista. La nueva perspectiva revolucionaria, adoptada en el VIº Congreso se vio inspirada más por las necesidades políticas del Partido Comunista de la Unión Soviética y, particularmente, de Stalin que del propio Bujarin, autor de este documento (Carr, 1978b: 211-212).

coyuntura peligrosa en la que el imperialismo acechante de Inglaterra y sus aliados podía decidirse a atacar a la República de los Soviets.

Bajo el imperativo del “Tercer Período”, los dirigentes cominterianos distinguieron entonces entre tres posibilidades distintas de guerra. Si la primer alternativa era entre estados imperialistas (en esto, el mejor ejemplo era el creciente antagonismo entre Gran Bretaña y los Estados Unidos), la segunda lo era contra los llamados “estados proletarios”, aludiéndose en este caso a la situación particular de la Unión Soviética, amenazada por las potencias imperialistas y que debía ser respaldada por el proletariado mundial. Por último, cobraban una importancia central las guerras nacional-revolucionarias contra el imperialismo, principalmente, las dirigidas desde las colonias. Al plantear de este modo la apertura a una nueva perspectiva revolucionaria que debía atravesar por igual a los países capitalistas con las colonias y las semicolonias, se procedió a entender a la política internacional como una lucha de clases a escala global, en donde el estado de tensión de las relaciones entre las naciones no hacía más que reflejar el agravamiento de las contradicciones del sistema capitalista.

Por otra parte, la “radicalización de las masas” obligaba a adoptar una nueva táctica a partir de la reconceptualización del campo político y social en torno a los “amigos” y a los “enemigos” con los que podía contar la clase obrera como vanguardia del proceso insurreccional. Debido a que con sus posturas reformistas y su proclividad para llegar a acuerdos con las fracciones democráticas de la burguesía habían contribuido a quebrar al proletariado europeo revolucionario, a los partidos socialistas se les negó su origen proletario, al tiempo que se los generalizó bajo la denominación de “socialfascistas” (no sin que este calificativo generase resistencias hacia el interior de la Comintern) por considerárseles responsables, en última instancia, del ascenso de los gobiernos reaccionarios y de ultraderecha europeos⁵. Incluso para varios dirigentes de la Tercera Internacional, en ciertos casos cobraba más importancia sus críticas y reparos a los grupos reformistas que a los gobiernos fascistas o de derecha conservadora⁶. Ante un diagnóstico como éste, Bujarin expuso en la inauguración del Congreso que la línea táctica requerida para llevar a cabo la nueva política debía consistía en “una orientación rotundamente opuesta a los socialdemócratas” (Carr, 1978b: 213). Cualquier alianza con los partidos reformistas o con sus sindicatos adheridos comenzó a ser considerada como “desviación derechista” sin que por ello se abandonara, claro está, todo intento por atraer a sus bases proletarias a los partidos comunistas.

La creencia en la inevitabilidad de la guerra bajo el capitalismo, y su peligro inminente se habían convertido por lo tanto en un presupuesto de la política soviética y en un tema de propaganda destinado a inculcar vigor y vigilancia en el trato con los enemigos potenciales de dentro y de fuera. El aislamiento diplomático al que había sido condenada la URSS

⁵ La denominación de “socialfascista” apareció por primera en la publicación *Izvestia* en 1922 y fue Zinoviev el primero que en 1924 consideró a la socialdemocracia como antesala o, directamente, como “ala izquierda del fascismo”. Por lo demás, fue a partir de 1929 que esta palabra fue aceptada como de uso común en el comunismo internacional (Hajek, 1978: 23).

⁶ El fascismo como problema político recibió escasa atención durante el Congreso. Y algunos dirigentes como el alemán Ernst Thaelmann terminaron equiparando al reformismo con el fascismo como “dos métodos de contener a la clase obrera” (Carr, 1978b: 217).

debía ser contrarrestada por la férrea defensa de los partidos comunistas. Una de las consecuencias más importantes de este viraje consistió en que los partidos comunistas fueron perdiendo la democracia interna que los había caracterizado en sus inicios para convertirse en bloques cada vez más cerrados y monolíticos, sufriendo con estos cambios un doble proceso de sectarismo y de radicalización que si por un lado contribuyó a afianzar su solidaridad con Moscú, por el otro los fue llevando a un creciente aislamiento de las masas. En este sentido, el miedo a la guerra tuvo como uno de sus mayores efectos inmediatos la creciente centralización del poder y, consecuentemente, la gradual desaparición de la democracia interna y de los grupos opositores dentro del comunismo soviético e internacional (como, por ejemplo, los sectores de la izquierda trotskista y de la derecha bujarinista).

En el nivel de la Comintern, todos estos cambios tuvieron su correlato no sólo en cuanto a la radicalización de sus medios tácticos y de su recambio dirigencial, sino directamente en su funcionamiento interno e institucional. De acuerdo con este punto, uno de los primeros síntomas de este proceso de centralización del poder y del gradual abandono de ámbitos de discusión y resolución más democráticos tuvo lugar con la creciente importancia asumida por los plenos del Comité Ejecutivo de la Comintern en detrimento de los congresos, convocados en forma cada vez más esporádica. Así, hasta 1928, y ante la ausencia de nuevos congresos, fue el Comité Ejecutivo Ampliado el que de hecho se encargó de discutir y resolver sobre los problemas más importantes y urgentes del comunismo ruso y mundial⁷. Por otra parte, esta situación se profundizó durante la siguiente década, a punto tal que luego del VII° Congreso, celebrado en 1935, no se volvieron a convocar nuevos encuentros mundiales de este tipo en el seno de la Tercera Internacional.

Fue Stalin, como secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y, por lo tanto, como hombre fuerte del régimen, quien se vio más beneficiado por esta coyuntura de incertidumbre para Rusia en su intento por convertirse en el nuevo “César de la Revolución” (Cole, 1962: 112). En efecto, y de manera paralela al desarrollo de los anteriores acontecimientos del orden internacional, la muerte de Lenin y las ambiciones de Stalin por convertirse en su sucesor dispararon una grave lucha faccional dentro del partido bolchevique cuyas consecuencias dieron lugar a diversos cambios no sólo dentro de la dirigencia de la Unión Soviética, sino también hacia el interior de la Tercera Internacional.

Esta progresiva centralización de la estructura soviética y cominteriana en torno a Stalin pudo efectuarse primero a partir de la previa desarticulación del grupo de “oposición de izquierda” para una vez concretado este punto pasar a disolver a la “derecha” del partido bolchevique. La “oposición de izquierda” había formado en torno a León Trotski, quien desde 1923 había comenzado a criticar lo que él denominaba “nuevo curso” de la política soviética, signado por la creciente “burocratización” del Estado y del Partido. Posteriormente, la crítica hacia las concesiones de los comunistas al Kuomintang,

⁷ El Comité Ejecutivo Ampliado (o “Pleno Ampliado”) reunía a los miembros del Comité Ejecutivo y a los representantes de las secciones nacionales interesadas particularmente por los temas del orden del día. Entre 1922 y 1933, año en que dejaron de ser convocados, se celebraron un total de trece plenos. Hasta 1928, algunas de las cuestiones tratadas fueron el rechazo al plan Dawes (apoyado por el reformismo y por las socialdemocracias europeas) por considerarlo una operación económica del imperialismo, y el análisis del problema de la represión a los comunistas en los Balcanes, Italia y España (Del Rosal, 1963: 225).

defendida por Stalin y Bujarin, y antes de que se produjera la traición de los nacionalistas chinos, constituyó un serio punto de quiebre con la política exterior mantenida por la URSS⁸. Unido a otros dirigentes como Zinoviev (presidente de la Tercera Internacional desde su constitución en 1919), Trotski logró consolidar un auténtico factor de poder interno dentro de la estructura estatal y social de la Unión Soviética, sin dejar de proyectar sus derivaciones en el marco del comunismo mundial. En noviembre de 1926 el Pleno del Comité Ejecutivo resolvió la expulsión de Zinoviev de ese cuerpo, siendo reemplazado en su cargo de presidente de la Tercera Internacional por Nicolás Bujarin, aliado momentáneo de Stalin en su enfrentamiento con este sector (Del Rosal, 1963: 220). Un tiempo después, en septiembre de 1927, se decidió la expulsión de Trotski del Comité Ejecutivo de la Internacional, culminando este proceso en diciembre cuando, ante rumores de un golpe de Estado, se puso en marcha una purga de toda la oposición de izquierda, medida adoptada por el XV° Congreso del PCUS, encuentro que de este modo “trazó una línea divisoria entre el período en el que el mayor peligro venía de la izquierda y aquel en el que el peligro más grave residía en el derechismo” (Carr, 1976b: 168-169, 171).

Tras la derrota de la oposición de izquierda, recomenzó la lucha entre Stalin y Bujarin: la orientación de la Unión Soviética a partir de 1928 debía entonces resolverse a partir de la puja entre la mayoría del buró político encabezada por el primero (que por el momento había hecho suya la plataforma de la derrotada oposición de izquierda) y el ala derecha, dirigida por el segundo y cada vez más estigmatizada por su anterior defensa del frente unido con la socialdemocracia y por su oposición al monolitismo cerrado que se iba imponiendo en el Partido Comunista⁹. El contexto social y económico en el que se producía esta lucha tampoco era el mejor: si a principios de 1929 la política de acercamiento a los países capitalistas comenzaba a dar nuevamente sus frutos, para mediados de ese año, el desabastecimiento producto de la parálisis industrial y de la crisis en el campo se traducían en hambrunas y en una creciente falta de disciplina de la masa laboral, tanto obrera como campesina. Luego de varios votos de censura, en el X° Pleno Ampliado de julio de 1929 tuvo lugar la salida de Bujarin de su cargo de presidente de la Comintern, a lo que inmediatamente le siguió toda una purga de elementos “oportunistas” y “desviacionistas de derecha”. Con este triunfo definitivo de Stalin se produjo también la imposición definitiva de la táctica de “clase contra clase” (o de “frente unido por abajo”, como también se le denominaba) tanto en el PC soviético como en la Internacional Comunista.

Pero antes de que la nueva táctica se impusiera a nivel mundial a mediados de 1928, fueron los partidos comunistas de Alemania y Francia los primeros en aplicarla en el contexto electoral de ese mismo año, apenas unos meses antes de su tratamiento por la Comintern en

⁸ Según la opinión del historiador inglés G D. H. Cole, lo que a estas altura diferenciaba a Stalin y Trotski ya no era la “teoría del socialismo en un solo país” vs. “la teoría de la revolución permanente” (a la que de hecho Trotski ya había abandonado a mediados de los años '20 ante la contrarrevolución europea triunfante) sino, lisa y llanamente, sus propias ambiciones de poder y de control del Partido (cuestión en la que incluso Lenin había reparado en su *Testamento Político*) (Cole, 1962: 128).

⁹ El primer golpe contra las desviaciones de derecha en el seno del PCUS fue la expulsión de Tomski y de sus seguidores de la dirección de los sindicatos soviéticos, durante el octavo congreso sindical soviético de fines de 1928. En el que fue su último discurso, ocurrido en dicho congreso, Tomski se refirió entre otras cuestiones, a la labor de la Liga contra el Imperialismo, seriamente cuestionada durante el VI° Congreso de la Comintern, realizado unos pocos meses antes.

su VI° Congreso¹⁰. Asimismo, fue posible observar que este mismo proceso de izquierdización ya no abarcaba tan sólo a la línea específicamente partidaria sino que también pretendía trascender a las denominadas “organizaciones auxiliares” que formaban parte de la Internacional Comunista: así, al mismo tiempo que se aprobaba la colaboración directa con los partidos comunistas, se consignaba la independencia de acción de los gremios enrolados en la Internacional Sindical Roja de toda política reformista. En este sentido, el “sindicalismo rojo” se constituiría en un claro modelo de funcionamiento de dichas organizaciones auxiliares, modelo al que tendrían que adaptarse aun a costa de perder su composición y su planteo estratégico original. Como podremos apreciar en los siguientes apartados, este cambio táctico implicó para la Liga Antiimperialista de las Américas un redireccionamiento en su labor política en función ahora de un cuestionamiento cada vez más profundo a todo tipo de frente “por arriba” con organizaciones pequeño-burguesas y reformistas.

El VI° Congreso de la Comintern y su política hacia los organismos auxiliares

En este contexto de creciente aislamiento y temor a la guerra, la celebración del VI° Congreso entre el 17 de julio y el 1° de septiembre de 1928 resultó de suma relevancia para el reforzamiento del comunismo mundial. Superó a los anteriores tanto en duración como en número de delegados: se realizaron en total cuarenta y siete sesiones y participaron 532 representantes de prácticamente todo el mundo. Pese a que su principal objetivo fue el de “consolidar y completar el giro a la izquierda en la Comintern, bosquejado cinco meses antes en el IX° Pleno” (Carr, 1978b: 211), la táctica del “frente único” todavía siguió siendo utilizada, aunque ahora planteada en términos imprecisos y centrada exclusivamente en el logro de acuerdos puntuales con las bases de los partidos y sindicatos socialdemócratas, excluyendo de ese modo a las cúpulas dirigentes de esas organizaciones. La línea del frente único fue entonces limitada y reducida a su mínima expresión, pues rechazando todo tipo de organización reformista, únicamente se apelaba “a las masas socialdemócratas, a los simples obreros socialdemócratas” (Hajek, 1978: 20)¹¹.

Ciertamente, la conceptualización del “Tercer Período”, al mismo tiempo que revalorizaba la tarea de los partidos comunistas como fieles defensores de la URSS en el exterior, ponía en un cono de sombra el futuro de las organizaciones auxiliares a menos que éstas, siguiendo el modelo partidario, insistieran en una fuerte política de proletarización y de declarada defensa de los logros soviéticos. En uno de los pocos momentos en que se trató esta cuestión, el Congreso encargó al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista “que tome las medidas necesarias para ayudar a las organizaciones que sostienen una lucha de emancipación de los países capitalistas y en las colonias, que movilizan a la masa de los trabajadores en defensa de la URSS y de la revolución china, que ayudan a las víctimas del terror blanco, etc., (pues) es necesario intensificar y mejorar el trabajo de los comunistas en las organizaciones como los ‘grupos de unidad’, la Liga Antiimperialista, la ‘Asociación de

¹⁰ Resulta importante señalar que los iniciadores de la nueva táctica electoral del Partido Comunista Francés fueron Humbert-Droz y Togliatti, y que a su punto de vista incluso se plegó Bujarin, que un año más tarde se esforzaría en frenar el ulterior corrimiento a la izquierda (Hajek, 1978: 12).

¹¹ Por ejemplo, en el IV° Congreso de la Internacional Sindical Roja, realizado poco después del X° Pleno, se planteaba el “frente único” por las bases, en las organizaciones inferiores de los sindicatos reformistas.

Amigos de la URSS', el Socorro Rojo Internacional, el Socorro Obrero Internacional, etc. Los partidos comunistas están obligados a ayudar por todos los medios a estas organizaciones, a contribuir a la difusión de su prensa, a sostener sus secciones locales, etc." (*Pasado y Presente*, 1978a: 117).

Pero si bien se convocaba a los partidos comunistas a prestar su apoyo para la actividad de estas organizaciones periféricas, lo cierto es que en general, recibieron poca atención por parte de los dirigentes de la Comintern. Exceptuando a la Internacional Sindical Roja (y, subsidiariamente, al Socorro Rojo Internacional), que por su contenido y actividad manifiestamente proletaria y por la temprana adopción de una táctica radicalizada fácilmente pudo amoldarse a los nuevos dictados de Moscú, el resto de las organizaciones auxiliares comenzaron a ser cuestionadas en su misma existencia por los nuevos vientos que a fines de los años '20 comenzaron a soplar en el mundo del comunismo, pese a que incluso en varios casos dichos organismos habían conseguido desarrollar importantes acciones y campañas. En este sentido, si para el verano de 1928 el clima en Moscú era ya claramente desfavorable para todas aquellas expresiones políticas inspiradas en el concepto del "frente único" con aquellos sectores no necesariamente obreros, para fines del siguiente año la cooperación con no comunistas en organizaciones unitarias había sido virtualmente abandonada, y "los organismos auxiliares constituidos en su origen para mantenerla, se había visto igualmente mermados hasta convertirse en algo insignificante" (Carr, 1976b: 274). En el mejor de los casos, su supervivencia dependió de su colaboración con la ISR, la que de este modo aprovechó sus debilidades para fortalecerse táctica y estratégicamente.

Las denuncias de todo tipo a los partidos y sindicatos reformistas efectuadas en el marco de dicho encuentro internacional tampoco ayudaban a mejorar la imagen de los organismos auxiliares. Aunque se ocupó de formular un llamamiento directo en pro de la lucha contra los socialdemócratas, Willi Münzenberg mostró su preocupación porque el trabajo de las organizaciones auxiliares que no eran exclusiva o abiertamente comunistas pudieran considerarse como "una desviación semimenchevique o, en el mejor de los casos, de orden inferior". Por primera vez ubicado a la defensiva, el creador del Socorro Obrero Internacional y de la Liga Antiimperialista cuestionó que en el informe de Bujarin éstas sólo aparecieran bajo la rúbrica de "organizaciones simpatizantes" e insistió en el hecho de que su trabajo "no tenía nada en común con la política oportunista o con la desviación derechista". Si bien reconocía que estas organizaciones habían incurrido en varios desaciertos durante su corta vida, Münzenberg planteó una vez más la necesidad de interesar a través de ellas "a millones de trabajadores indiferentes, que viven de manera apática y que nunca han tomado parte en política" (citado en Carr, 1976a: 215, 288-289)

Aunque en ningún caso se resolvió directamente su disolución, el VI° Congreso sí dejó en claro de forma implícita a cuáles de aquellas organizaciones y en qué orden convenía seguir apostando en función de un fortalecimiento del comunismo mundial y, por derivación, de la Unión Soviética. Y el grado de apoyo hacia estas organizaciones pudo ser medido a partir de su mayor o menor contenido proletario y de la facilidad o no con que pudieran efectuar una readecuación táctica a la mayor centralidad adquirida por los partidos comunistas. En este sentido, la reestructuración que se terminó de consolidar en el seno del aparato de la Internacional Comunista y del PCUS entre 1927 y 1929 motivó también una determinada jerarquización entre estas organizaciones, estableciéndose entre ellas un orden de

importancia basado no necesariamente en el número de sus seguidores sino, más importante en ese momento, en su composición mayoritariamente obrera y en el apoyo que por este medio podía brindarles a los partidos comunistas y a la Unión Soviética. Esto motivó que verdaderas organizaciones de masas como el Socorro Rojo Internacional, el Socorro Obrero Internacional, y en menor medida, la Liga Antiimperialista, terminaran siendo relegadas en la jerarquía comunista bajo el nuevo imperativo táctico del “Tercer Período”¹².

De todas las organizaciones auxiliares, fue la Internacional Sindical Roja la que mayor importancia obtuvo, en gran medida, gracias a la habilidad política de su máximo dirigente, Arnold Losovski, uno de cuyos méritos fue el de haber precisado los contornos de una corriente sindical vinculada al comunismo (Melgar Bao, 1988: 262). El sindicalismo se convertía en un terreno particularmente importante para el movimiento comunista, máxime cuando se agudizaba la lucha con los gremios reformistas enrolados en la internacional socialdemócrata de Ámsterdam. Según lo resuelto en el Congreso, y a causa del agravamiento de la lucha contra el reformismo, para el comunismo internacional era de toda importancia “desenvolver la acción de las fracciones sindicales comunistas, de la oposición sindical, de los sindicatos revolucionarios y reforzar por todos los medios el trabajo y la actividad de la Internacional Sindical Roja” (*Pasado y Presente*, 1978a: 117). Esta postura, adoptada en el IV° Congreso de la ISR a principios de 1928, terminó siendo un claro precedente de lo que se iría a resolver meses más tarde en el VI° Congreso de la Internacional Comunista, donde se planteó una línea más combativa, cuestionando la lógica del frente único entendido como “la unidad por la unidad misma” y adoptando en cambio, una política más radical, en la que las alianzas con “las bases” de los gremios reformistas debían formularse en términos mucho más estrechos.

En un segundo lugar, y a continuación de la Internacional Sindical Roja, en este orden de importancia podemos encontrar al Socorro Rojo Internacional, organización que durante el VI° Congreso fue la única en ser objeto de una resolución favorable formulada por una comisión *ad hoc* y aprobada sin informe ni discusión en la sesión plenaria. El SRI había surgido como una entidad comprometida con las campañas de denuncia frente a los gobiernos antiobreros y basada en la ayuda social a los familiares de los detenidos por razones políticas. La realización de su segunda conferencia mundial en Moscú en abril de 1927 y con la presencia de delegados de cuarenta y dos países nos puede dar la pauta del alcance internacional que poseía esta organización en ese momento¹³. Como también ocurrió con la Liga Antiimperialista, entre 1927 y 1928 las mayores campañas del SRI fueron a favor de los comunistas chinos y en contra del asesinato de los obreros anarquistas Sacco y Vanzetti. Por otro lado, y a partir de marzo de 1928, la lucha contra el fascismo y el reclutamiento de obreros socialdemócratas resultaron factores determinantes para su acercamiento con la Internacional Sindical Roja, de la que se terminó convirtiendo en su

¹² Por ejemplo, el Socorro Rojo Internacional y el Socorro Obrero Internacional eran auténticas organizaciones masivas. En el caso de la segunda, poseía presencia en todo el territorio alemán a partir de dieciocho secretariados provinciales. Además publicaba seis periódicos en Alemania (uno de ellos ilustrado y con una tirada de 400 mil ejemplares), y uno en Francia, Bélgica, Checoslovaquia, Holanda y Estados Unidos. Asimismo, poseía representaciones en países latinoamericanos como México y Argentina (Carr, 1976b: 289).

¹³ El comité ejecutivo elegido para dicho congreso estuvo presidido por Clara Zetkin, figura emblemática del comunismo europeo, y compuesto además por cuadros de relevancia como Sen Katayama, André Marty y Elena Stasova, quien de hecho de fungía como secretaria del Socorro Rojo Internacional.

mayor aliada. Pese a la aprobación manifiesta que recibió en el VI° Congreso, esto no impidió que el delegado de la SRI al X° Pleno en julio de 1929 criticara a los partidos comunistas por su falta de apoyo. Posteriormente, la decadencia también le alcanzó y, aunque siguió existiendo por varios años más, “le faltó una personalidad dinámica como la de Münzenberg, que enmascarara la negligencia en la que había caído” (Carr, 1976a: 295).

Para los dirigentes cominterianos, a continuación de la ISR y del SRI se ubicaban las restantes organizaciones auxiliares: el Socorro Obrero Internacional¹⁴, la Liga Campesina¹⁵, la Liga Antiimperialista, etc. En todos los casos se pudo percibir a partir de entonces una pérdida de confianza cuando no directamente un pedido de disolución. En este sentido, ni la Liga Antiimperialista ni su representación americana podían quedar exentas de toda esta reconfiguración política. Y con relación al VI° Congreso, lo cierto es que apenas fueron muy pocas las menciones que tuvo, y el único debate a que dio lugar su actuación no ocasionó tampoco todo el apoyo institucional que sus dirigentes esperaban. En gran medida, esto se debió a que quien había sido uno de los principales impulsores de las organizaciones frentistas, y particularmente de la Liga Antiimperialista, Nikolai Bujarin, se encontraba fuertemente desgastado por su lucha interna contra Stalin, quien buscaba desplazarlo de la jefatura de la Comintern por sus inclinaciones “derechizantes”¹⁶.

¹⁴ El Socorro Obrero Internacional, encargado de proporcionar ayuda material a los trabajadores víctimas de desastres naturales o de crisis sociales, tuvo en la huelga general británica de 1926 un verdadero hito en la historia de sus actividades. Coincidiendo con la actuación de la Liga Antiimperialista y con el SRI, el SOI también se sumó a las campañas por la liberación de Sacco y Vanzetti. Pero su trabajo con los sindicatos y organizaciones reformistas sólo fue posible hasta 1927, cuando comenzó a resquebrajarse su confianza en ellos. Asimismo, en Moscú surgieron cada vez más recelos hacia una organización que gracias a la habilidad política de Münzenberg para conseguir recursos, mantenía una independencia del control del partido y de la Comintern desconocida en otros ámbitos. Tratando de acompañar el nuevo giro a la izquierda del comunismo, el Socorro Obrero Internacional organizó un congreso internacional en Berlín donde buscó obtener una impronta más obrerista a la organización. Sin embargo, la adopción de esta postura no sirvió para salvar a este organismo una vez que la Tercera Internacional radicalizó su discurso. A partir del X° Pleno de 1929 (al que Münzenberg directamente no concurreó), y por influencia directa de Arnold Losovski, el SOI perdió su aparente independencia del comunismo para terminar convertido en un órgano de apoyo al “sindicalismo rojo”, dedicado al sostenimiento de huelgas y a la organización de trabajadores no encuadrados en ningún gremio.

¹⁵ La Internacional Campesina (la Krestintern), que logró alcanzar cierta presencia en el comunismo latinoamericano, también sufrió el cambio de táctica operado en la segunda mitad de los años '20, pero quizás de un modo todavía más intenso. Vedada desde un principio de toda posibilidad para crear partidos campesinos enrolados en la órbita cominteriana, la Krestintern debió basar su trabajo en la conformación de secciones campesinas en los partidos comunistas o en la infiltración dentro de las ligas campesinas ya existentes. Su crisis también comenzó en 1926 cuando dejó de aparecer su periódico y al siguiente año fue totalmente marginada de las resoluciones de la Secretariado Ejecutivo de la Comintern dedicadas a la cuestión campesina. Pese a los esfuerzos de Thomas Dombal, su máximo líder, ni siquiera hubo interés por parte de los dirigentes de Moscú por desarrollar un mejor y más profundo trabajo en el mundo colonial y semicolonial. En 1927 con la realización del Congreso Campesino aprovechando la presencia en Moscú de numerosas delegaciones con motivo del décimo aniversario de la revolución, pareció que finalmente la organización podía resurgir. Ante su súbito crecimiento, incluso la Internacional Sindical Roja dio muestras de querer colaborar con ella. Sin embargo, durante el VI° Congreso, la Internacional Campesina fue prácticamente ignorada al pretender agrupar en su seno a masas campesinas comunistas y no comunistas. Finalmente, la destitución de Dombal al finalizar dicho encuentro internacional operó como el tiro de gracia para la Krestintern.

¹⁶ Varios de los delegados presentes en el VI° Congreso y enterados de esta situación comenzaron incluso a hacer especulaciones sobre el poco tiempo que le restaba a Bujarin al frente de la Comintern.

Intentando mantenerse en un equilibrio inestable, y con su autoridad visiblemente mellada, Bujarin apostaba a lograr soluciones de compromiso para poder sobrevivir como presidente de la Tercera Internacional, fluctuando entre el apoyo y la crítica a las organizaciones de masas, y sumando todavía más confusión e incertidumbre acerca del futuro de las mismas.

En este sentido, al referirse explícitamente a la labor de la Liga Antiimperialista, la opinión de Bujarin como máximo representante de la Tercera Internacional no dejaba de resultar ambigua: si bien no dejaba de reconocer su importancia y hasta su necesidad como organización de masas, por otra parte insistía en su crítica a su presunta poca efectividad en el terreno práctico. Finalmente, Bujarin asumía como una “responsabilidad de todos” la causa de la presunta ineficiencia de la Liga, desligándose de ese modo de cualquier compromiso personal o institucional para su buen funcionamiento. La tibia defensa de una organización de esta naturaleza, por otra parte, no dejaba de generar dudas acerca de su funcionamiento futuro. Aunque extensa, resulta pues altamente enriquecedora la cita textual de la intervención de Bujarin con respecto a esta cuestión:

“El camarada Willi Münzenberg dijo con mucha justeza que debemos acordar la mayor atención a las organizaciones de masas. Las formas de esas organizaciones son muy variadas y sin embargo, por todas partes, nosotros debemos ocupar allí nuestras posiciones. Dicho sea de paso, el camarada Münzenberg me ha reprochado muy injustamente el subestimar la importancia de la Liga Antiimperialista. En mi informe he polemizado justamente contra las tendencias de liquidación de ciertos camaradas con respecto a la Liga. Esas tendencias de liquidación buscan basarse teóricamente. Los partidarios de esas tendencias dicen que son organizaciones no puramente comunistas, que no son siquiera organizaciones de proletarios, que hay allí muchos intelectuales, representantes de movimientos nacional-revolucionarios que nos traicionarán mañana, etc. Los adversarios del trabajo en esas organizaciones temían que esas instituciones, no comunistas, vengan a ‘reemplazar’ a los partidos comunistas. La Liga Antiimperialista, ‘los grupos de unidad’, están entre esas organizaciones. Pueden ser también clasificadas entre ellas las delegaciones de obreros u otras en la URSS con o sin participación de intelectuales. Algunos camaradas temen que esas organizaciones eliminen al partido comunista. No hace falta aclarar que si se concibiese a esas organizaciones como instituciones que deben reemplazar al partido comunista sería traicionar el comunismo. Es una cosa evidente. Pero, ¿quién considera las cosas de ese modo? Nosotros no estimamos esas organizaciones como un sucedáneo de los partidos comunistas, sino como puntos de apoyo para nuestra acción sobre las grandes masas. El camarada Münzenberg me ha reprochado no haber visto, por falta de informaciones, decía él gentilmente, la manifestación grandiosa de la Liga en México. En efecto, camaradas, no he tocado esa cuestión. Pero, ¿acaso México redime todos los pecados? Así, por ejemplo, no veo que la Liga haya hecho el trabajo positivo indispensable en la cuestión china. En ese dominio, ella ha hecho muy pocas cosas. El camarada Münzenberg sabe mejor que muchos otros las *debilidades de organización de la Liga* (en cursiva en el original). Yo recuerdo las lagunas de la Liga, no porque proponga quitarle nuestro apoyo sino, por el contrario, para ayudarla en su trabajo. No es Willi Münzenberg quien es culpable aquí. Todos lo somos. Hemos sostenido muy poco a la Liga; no le hemos acordado un apoyo suficiente. Nuestros partidos no la han ayudado suficientemente. Estos son hechos evidentes y tenemos que extraer de ellos las conclusiones que se imponen” (*Pasado y Presente*, 1978: 114-115).

Esta intervención de Bujarin, con la que como hemos visto pretendió realizar una defensa (aunque muy tibia) de las labores de la Liga y, pese a la oposición de algunos dirigentes cominterianos, de la necesidad de contar con ella en el futuro, se encontró enmarcada en el clima de desconfianza en que desde fines de los años '20 iban sumergiéndose las organizaciones frentistas del mundo comunista. Esta desconfianza encontraba una primera razón en el recelo cominteriano contra su creador, Willi Münzenberg. En efecto, los nuevos tiempos del comunismo mundial hacían que la relativa independencia de la que hasta ese momento habían gozado líderes como Münzenberg (quienes evitaban caer en la dependencia financiera de la Internacional para desarrollar sus actividades y que, por lo mismo, podían llegar a constituir un poder propio y relativamente autónomo de los mandatos de Moscú), comenzara a ser cuestionada acaso como un comportamiento tendiente al “oportunismo”, al “aventurerismo” y, a la larga, útil a los fines “contrarrevolucionarios” (en una serie de conceptos calificativos con un uso cada vez más frecuente dentro de las distintas esferas de la Comintern). La defensa que el dirigente alemán había formulado en torno a la estrategia del “frente único”, y la identificación de su persona con las organizaciones plurales (de las que, por otra parte, se había convertido en uno de sus más importantes impulsores) dificultó asimismo revertir la mirada negativa que se había posado sobre él una vez que comenzó a operar la radicalización del movimiento comunista.

En segundo lugar, y luego de llevar a cabo el Congreso contra el Imperialismo y la Opresión Colonial, en Bruselas el año anterior, la Liga comenzó a recibir críticas al ser únicamente considerada como un equipo propagandístico, falto de una verdadera política transformadora de la realidad social de su época. En este sentido, Bujarin atacó en su informe la opinión de algunos de sus camaradas de que el Congreso de Bruselas no había sido más que “una gran exhibición, una gran manifestación política” (citado en Carr, 1976a: 317)¹⁷. En parte estas críticas encontraron su justificación en el hecho de que los esfuerzos por fundar nuevas secciones de la Liga en aquellos países en donde todavía no existían no se habían visto coronadas por el éxito, y en que las actividades proselitistas de Los Amigos de la Unión Soviética, desarrolladas sobre todo en el invierno de 1927 y 1928, contribuyeron a opacar su labor en el continente europeo¹⁸. Desde otra perspectiva, y

¹⁷ Después de la celebración del Congreso de Bruselas apareció un comentario crítico en el periódico del Partido Comunista Alemán opinando que los delegados allí presentes confiaban demasiado en los efectos de la propaganda y poco en la preparación para la acción. Asimismo, en el VIII° Pleno del Comité Ejecutivo de la Comintern, de mayo de 1927, en su resolución sobre China, se culpaba a los miembros comunistas de la Liga contra el Imperialismo de “insuficiente actividad” (citado en Carr, 1976a: 317).

¹⁸ El Congreso Mundial de Amigos de la Unión Soviética se realizó en el mes de noviembre de 1927 en Moscú con la doble intención de llevar a cabo un amplio festejo por los primeros diez años de la revolución y del régimen comunista y, al mismo tiempo, de llevar a cabo un pronunciamiento público por parte un amplio y plural conjunto de trabajadores comunistas y socialdemócratas durante los graves momentos del aislamiento internacional de la URSS y del miedo a la guerra. Aparentemente, el organizador del encuentro, al que asistieron casi mil representantes de 47 países, fue el propio Willi Münzenberg. A su vuelta, los delegados más destacados se ocuparon de fundar sociedades o comités de Amigos de la Unión Soviética en sus países de origen (Gran Bretaña, Francia, Alemania, etc.). Luego de que se realizara un nuevo congreso, esta vez en Berlín, en noviembre de 1928, la organización (que en realidad era más cercana a un comité de propaganda) comenzó a languidecer, como en el caso de los restantes frentes políticos, y se terminó fusionando con las Liga contra el Imperialismo o con campañas específicas antibelicistas (Carr, 1976a: 322-324).

reconociendo su relativa inserción en las masas, no resultó extraño que un experimentado cuadro como el japonés Sen Katayama planteara que la función primordial de la Liga debía ser, a partir de entonces y también haciéndose eco del clima bélico que por entonces se vivía, la de participar en la preparación de la lucha contra la guerra y en la defensa de la URSS, intentando reformular de este modo la esencia original de esta organización

Por otra parte, fueron pocos los dirigentes que quisieron reconocer que, pese al boicot declarado por los partidos socialdemócratas, que vieron en esta celebración un evento organizado encubiertamente por la Comintern, el Congreso de Bruselas había contado con más de centenar y medio de delegados, la mayoría provenientes de países coloniales y semicoloniales (y con una importante representación de latinoamericanos), y en el que se decidieron varios rumbos en la acción coordinada de la lucha antiimperialista. Tampoco fue tomada demasiado en serio la declaración de algunos defensores de la Liga de que el evento del anterior año había servido, entre otras cosas, para provocar una división en las filas de la socialdemocracia. Asimismo, se les reprochó el lugar destacado que se le había otorgado en el Congreso a los representantes del Kuomintang, sin que importara que todavía para esas fechas, en febrero de 1927, los ejércitos chinos se encontraran en el momento culminante de su victoria, y que ni siquiera los máximos defensores de esta alianza en Moscú (Stalin y Bujarin) habían previsto la tragedia que se iba a cernir sobre los comunistas a manos de sus socios del Kuomintang, cuestión que finalmente sería utilizada para colocar en el centro del debate el armado político del “frente único”.

La atención puesta en el amplio espacio colonial y semicolonial, y la identidad con respecto a las formulaciones políticas del “frente único”, en momentos en que se producían los acontecimientos chinos revelaban, en todo caso, las limitaciones de un movimiento revolucionario que buscaba ahora centrar su acción en la defensa de los logros soviéticos a través de estructuras homogéneas e incorruptibles, como debían serlo los partidos comunistas. Por ello, y pese a que el secretario de la Internacional Comunista concluyera en que “el problema de las organizaciones de masas era uno de los más esenciales” y que recomendara al próximo Comité Ampliado “elaborar una serie de medidas prácticas para resolver correctamente esta cuestión” (*Pasado y Presente*, 1978: 115), lo cierto es que entre los dirigentes comunistas lo que predominaba era la desconfianza y hasta el rechazo hacia este tipo de entidades, las que al mismo tiempo que eran concebidas como retardatarias de los tiempos revolucionarios, se les criticaba también el hecho de que pudiesen operar como una forma de corrompimiento de la ideología del proletariado a partir de fórmulas pactistas y oportunistas de origen pequeño burgués.

Por último, resulta llamativa, asimismo, la mención sobre las actividades de la Liga en México, aunque como el mismo Bujarin aclaraba, no bastaba esto para “redimir” a la organización por su funcionamiento, en principio, “poco efectivo”. Aunque a primera vista el reconocimiento a la labor de la LADLA en este país podía llegar a ser interpretada como un gesto político de aprobación, en definitiva, se trataba de la cuestión de qué tan importante podía llegar a ser una organización cuyo mayor mérito pasaba por su actuación en América Latina (cuestión ésta a ser abordada en la siguiente sección). En todo caso, y como ya hemos visto, para la dirigencia cominteriana hubiera sido preferible un comportamiento más activo en el “caso chino” (cuestión que resultaba vital tanto para la exportación del proceso revolucionario al continente asiático como para el fortalecimiento

del partido comunista con respecto al Kuomintang) que en América Latina, región todavía lejana en cuanto a las perspectivas de transformación que se estaban manejando en el núcleo orgánico de la Tercera Internacional.

El debate en torno a la situación latinoamericana y a la LADLA

Hasta las proximidades del VI° Congreso, la Comintern apenas si había dado muestras de interés por América Latina (Paris y Rebérioux, 1979: 192). Tanto fue así que para los dirigentes europeos reunidos en Moscú en 1928 la redefinición de América Latina como un continente virgen en donde el comunismo podía llegar a desarrollarse con éxito fue todo un “descubrimiento”, según el término utilizado en su momento por Bujarin para referirse a esta cuestión¹⁹. Sin embargo, esta apertura no tuvo lugar de repente sino que, por el contrario, fue el resultado de un proceso en el que gradualmente se fue fijando la atención en las posibilidades revolucionarias de las organizaciones izquierdistas de América Latina²⁰.

Este creciente interés de la Comintern por comenzar a desarrollar en forma más efectiva sus actividades en América Latina estuvo motivada por varios factores, a la larga, coincidentes en una mayor activación del movimiento de trabajadores de la región. Entre estos factores pueden citarse el fracaso de la política de los comunistas en China y la necesidad de encontrar nuevos territorios para continuar con su plan de adoctrinamiento marxista, el deseo de asegurarse apoyos estratégicos en la perspectiva de un conflicto contra la URSS que se creía inminente y, por último, el crecimiento de movimientos rivales como el APRA. Pero seguramente, de todos estos factores, el que más incidió y el que más reacciones generó en las filas del comunismo europeo fue la política de ocupación operada por los Estados Unidos en México y América Central desde aproximadamente mediados de los años ‘20²¹. Por ende, puede afirmarse que el factor fundamental que coadyuvó al

¹⁹ La afirmación de Bujarin de que finalmente el comunismo había llagado por primera vez a América Latina fue motivo de una aguda observación por parte del delegado brasileño Paulo de Lacerda. Este afirmó que “no es el movimiento comunista el que ha llegado por primera vez a América Latina: es la Internacional Comunista la que por primera vez se ha interesado en el movimiento comunista de América Latina” (*Pasado y Presente*: 1978b: 82).

²⁰ Así, puede afirmarse que el viraje fue preparado en el curso del VI° Pleno Ampliado de la Internacional Comunista, realizado en febrero de 1926. Como presidente de la Comintern, Zinoviev presentó en aquella oportunidad un informe en el que señalaba que “la perspectiva del proceso revolucionario pasaba en primer lugar por Europa, y después por el Este para llegar por último a América” (Carr, 1976a: 628). Asimismo, en la resolución sobre el movimiento sindical se señalaba que el movimiento en los países coloniales y semicoloniales había empezado a jugar desde el año anterior un papel cada vez más importante en la lucha por la liberación nacional. Por otra parte, para dicho año varios partidos latinoamericanos habían sido reconocidos como miembros plenos de la Comintern mientras que otro conjunto esperaba pacientemente su aceptación. Como sabemos, el congreso antiimperialista de Bruselas contó con la presencia de numerosos delegados latinoamericanos, algunos de los cuales viajarían luego a Moscú para participar en los festejos por los diez años de la Revolución Rusa y en los trabajos del IV° Congreso de la Internacional Sindical Roja, en donde se decidió la creación de nuevas secciones, consolidadas luego con la organización de una Confederación Sindical Latinoamericana en el Congreso de Montevideo de 1929.

²¹ En este sentido, hacia fines de 1927 el Comité Ejecutivo de la Comintern dio a conocer una protesta pública por la ocupación estadounidense de Nicaragua que, sin duda, contribuyó a un mayor acercamiento entre los partidos de ambos continentes (Carr, 1984c: 335).

“descubrimiento de América” fue, en realidad, la revelación de los Estados Unidos como una potencia mundial, practicante de un imperialismo cada vez más virulento y en competencia con Inglaterra por la dominación del amplio territorio que, al sur de sus fronteras, podía proveerle un muy redituable mercado para su propia industria²².

El VI° Congreso fue, por tanto, de gran importancia para los partidos latinoamericanos: nunca hasta momento la realidad política y económica de la región a la que representaban había recibido tanta atención por parte de los líderes del comunismo europeo y, de igual manera, nunca hasta ese entonces habían alcanzado tanta presencia institucional en un encuentro de estas características. La visibilidad de los latinoamericanos fue ratificada cuando dos delegados (un brasileño y un mexicano) fueron designados para hablar en la sesión de apertura junto a los representantes de los partidos de Alemania, China, India y Japón. Un total de nueve países latinoamericanos estuvo representado (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Paraguay, Colombia, Ecuador, Venezuela y México), aunque dos más (Cuba y Perú) no pudieron mandar sus delegados a tiempo a Moscú. Estos datos cobran todavía mayor importancia si los comparamos con los correspondientes al V° Congreso, en que sólo estuvieron representados Argentina, Brasil y México. Asimismo, siete representantes de la región pasaron a formar parte del Comité Ejecutivo²³ y de otros importantes órganos de decisión: el argentino Codovilla en la Comisión Internacional de Control, “Rosso” (al parecer, el también argentino Rodolfo Ghioldi) en el Presidium del Comité Ejecutivo como representante de “Sur América” y, un año más tarde, el brasileño Paulo de Lacerda dentro del mismo organismo. La situación política y social de América Latina fue trabajada en una comisión particular del Congreso revelándose un cierto interés por parte de los dirigentes cominterianos, y si bien las discusiones no resultaron muy profundas fueron, por lo menos, “las más largas e interesantes de toda la historia de la participación latinoamericana en los congresos de la Comintern” (Caballero 1988: 69).

²² Esta apreciación sobre la potencia norteamericana y su voracidad continental quedó consagrada directamente en el *Manifiesto Inaugural* del VI° Congreso, donde se afirmaba que “los Estados Unidos de América, en cuyas puertas marítimas se levanta la estatua de la Libertad, tienden cada vez más sus tentáculos imperialistas sobre nuevos países y continentes, entre las cuales se hallan las antiguas tierras pertenecientes a Inglaterra, su rival más importante. Apoyándose en sus arcas bien repletas, llenas a reventar del oro acuñado con la sangre derramada en los campos de Europa, el capital norteamericano intenta derrumbar la república de México, envía sus expediciones punitivas a Nicaragua, manda sus buques de guerra a los puertos de China y después de haber atado sólidamente con la cadena dorada del crédito a una serie de países europeos y sudamericanos, les cierra imprudentemente la boca cuando ellos se resisten a cumplir su santa voluntad” (*Pasado y Presente*, 1978a: 87-88). Igualmente, en las *Tesis sobre la situación y las tareas de la Internacional Comunista* se reconocía que el factor esencial del desenvolvimiento actual del capitalismo en general consistía en el traslado del centro económico a los Estados Unidos y, sobre esta base, en el crecimiento de su agresividad imperialista. En este sentido, “la América Latina se transforma progresivamente por la suplantación del capital británico en una enorme esfera de influencia de los Estados Unidos, que reprimen en el continente americano toda resistencia a sangre y fuego (Nicaragua, etc.) (...). Así, el imperialismo de la América del Norte pasa siempre de la política de ‘penetración pacífica’, a la política de ocupación militar directa de las colonias” (*Pasado y Presente*, 1978a: 100).

²³ Ellos eran el argentino Rodolfo Ghioldi, el brasileño Paulo de Lacerda, el chileno “Fermín Araya” (Isaías Iriarte), el mexicano Rafael Carrillo y el uruguayo Eugenio Gómez, todos ellos como miembros plenos; “Julio Riasco” (Tomás Uribe Márquez), representante de Colombia y Ecuador, y el cubano “López” (Alejandro Barreiro), como candidatos a miembros.

La creciente rebeldía de los pueblos latinoamericanos frente a la expoliación de sus propios territorios era interpretada al mismo tiempo como un signo de la vulnerabilidad del sistema capitalista en su constante búsqueda de nuevos mercados, y como una inserción definitiva de la región en la problemática compartida con el resto del mundo colonial y semicolonial. Sin embargo, y aunque ya no se discutió la necesidad de reforzar la presencia de la Comintern en América Latina, en cambio, sí se debatió el lugar que debía ocupar esta región en la estrategia global del comunismo internacional: si como un lugar de avanzada y de importancia estratégica en la lucha contra el imperialismo norteamericano, tal como lo planteaban algunos de los delegados latinoamericanos invitados al cónclave, o más bien, como simple “apoyo” de la revolución proletaria en Europa y en los Estados Unidos, según la opinión mayoritaria de los dirigentes europeos (Caballero, 1988: 107). La diferencia entre ambas orientaciones no era menor y tenía que ver directamente con el concepto de los tiempos revolucionarios manejados por la Tercera Internacional. Lo que había era una diferencia de percepciones entre los dirigentes acerca del papel que América Latina debía cumplir dentro de una estrategia de orden global: como uno de los *centros* o simplemente como *periferia* y, eventualmente también como apoyo, del movimiento revolucionario mundial. En realidad, fue éste el fondo de la cuestión en toda la discusión suscitada en el Congreso, y no es difícil suponer que pese a la insistencia de los representantes latinoamericanos, a la falta de una mayor presencia obrera en la región y a la debilidad (y en algunos casos, la inexistencia) de los partidos comunistas, finalmente se haya inclinado la balanza en favor de la opinión doctrinaria de los defensores de la estrategia del “apoyo”.

Un segundo punto, relacionado con el anterior, tenía que ver con las condiciones que podían contribuir al mejoramiento de la organización comunista en la región, no tanto por la coyuntura revolucionaria que podía estar atravesando América Latina en ese momento, sino más importante aún, por el temor generado ante una guerra imperialista contra la Unión Soviética. En este sentido, el “apoyo” que debía brindar América Latina no se reducía simplemente a los movimientos revolucionarios que podían surgir en los países más avanzados sino a una cuestión más urgente y más probable ante la visión de los comunistas de la época como lo era la defensa a ultranza del primer país socialista. La organización y el fortalecimiento de los partidos comunistas latinoamericanos se habían convertido por tanto en un imperativo de naturaleza defensiva más que ofensiva, y ningún dirigente latinoamericano podía llegar a dudar (aun si en su fuero interno lo creyera conveniente) sobre la pertinencia de esta nueva orientación

Finalmente, la cuestión de los organismos como la LADLA y su futuro como frente de masas no podía resultar ajena a estos debates: su construcción también dependía de la interpretación que los dirigentes cominterianos pudieran hacerse de la sociedad latinoamericana, de sus factores revolucionarios y también de sus elementos retardatarios. En toda esta discusión, fue México el país que generalmente fue utilizado como modelo debido a que su proceso revolucionario, su marcado predominio campesino, y el ascenso de las clases medias expresado en el gobierno nacionalista y modernizante de Calles servían para marcar una gran diferenciación con las clásicas dictaduras latinoamericanas pronorteamericanas de Cuba, Venezuela y Perú, y para predecir el rumbo general que tomaría toda la región en un futuro cercano. En este sentido, la opinión que finalmente prevaleciera sobre la burguesía y, sobre todo, a propósito de las clases medias (a las que por lo general se les reconocía la dirección en las luchas antiimperialistas), sería fundamental

para la estrategia del comunismo latinoamericano. Aunque ningún delegado discutía el hecho de que a través de la penetración imperialista América Latina finalmente había quedado incorporada dentro del sistema capitalista (siendo el crecimiento de la industria el signo más evidente de este todo proceso), en cambio, sí quedaba por determinar cómo afectaba esta reestructuración de la economía a la sociedad, qué nueva configuración de clases y de sectores comenzaban a interactuar y, más importante aún, qué efectos producirían estos cambios en el comportamiento político de los obreros y, subsidiariamente, en los campesinos y las clases medias frente a una burguesía cada vez más conservadora de sus propios privilegios (Godio, 1983).

El debate sobre todas estas cuestiones se dio a partir de las tesis presentadas al Congreso por Jules Humbert-Droz, jefe de la Secretaría Latina de la Comintern y ahijado político de Bujarin. Un primer punto de su intervención estuvo centrado en destacar la diversidad social y política de los distintos países latinoamericanos, rechazando la utilización del término “semicolonial” para referirse a ellos (una categoría que tampoco despertaba simpatías entre los propios representantes de la región) pues, según su propia opinión, éste tenía más relación con el tipo de dominación británica que con el estadounidense. Para el caso de esta última, se inclinaba más bien por el de “colonial”, condición que aun bajo sus propias particularidades, no impedía la modernización industrial por más que negara la formación de una burguesía nacional (esto si bien Humbert-Droz reconocía que tanto en Brasil como en Argentina y Chile había comenzado a aparecer una burguesía industrial autóctona aunque todavía numéricamente débil²⁴). Según su opinión, el proletariado latinoamericano también era débil y se encontraba desorganizado y en los sindicatos podían encontrarse mayormente trabajadores manuales pequeñoburgueses y campesinos. Frente a esta situación, y ante el carácter conservador de la burguesía, el movimiento revolucionario latinoamericano conducido por los obreros, e integrado también por los campesinos y por la pequeña burguesía antiimperialista, debía asimilarse al tipo democrático-burgués presente en los países semicoloniales, cuyo foco central era el problema agrario y el antiimperialista. Finalmente, la fórmula de alianzas que debía establecer el proletariado debía resumirse para Humbert-Droz como “frente único ocasional con las organizaciones de la pequeña burguesía revolucionaria, y bloque obrero y campesino que debe ser permanente y continuamente reforzado” (*Pasado y Presente*, 1978b: 320)²⁵.

El segundo punto del debate promovido por Humbert-Droz estuvo centrado en su idea de “latinoamericanismo” como forma de oposición al imperialismo norteamericano y que, por sus características retomaba, aunque nuevamente sin nombrarla, el espíritu original de la LADLA. En efecto, en la última parte de su discurso, el jefe de la Secretaría Latina de la Comintern se pronunció tanto en contra del imperialismo estadounidense como de los

²⁴ El planteo sociológico de Droz fue discutido por el delegado ecuatoriano Ricardo Paredes quien propuso incorporar como nueva categoría la de “países dependientes” para referirse a aquellas naciones que habían sido penetradas por el imperialismo pero que todavía conservaban una cierta independencia política, ya sea porque dicha irrupción económica no había sido lo suficientemente fuerte o bien porque eran tan fuertes políticamente como para poder conservar su autonomía, al menos, en un sentido formal (Caballero, 1986: 116).

²⁵ Por otra parte, Humbert-Droz planteó una cuestión novedosa para los cánones cominternistas cuando se refirió al indígena como un actor social y político cuyo accionar contra el hombre blanco no debía ser confundido con el reclamo de los campesinos frente a los terratenientes (*Pasado y Presente*, 1978b: 310).

distintos nacionalismos que hasta ese momento sólo habían servido para dividir los intereses comunes de la región: frente a ambos era necesario lanzar la consigna de “Unión federativa de las repúblicas obrera y campesinas de América Latina” para la formación de soviets de diputados obreros, campesinos y soldados. Por último, y pese a la oposición de algunos dirigentes comunistas, propuso recuperar como propia la idea del “latinoamericanismo”, demasiado identificada hasta entonces con las luchas de la pequeña burguesía, de la que se lograría diferenciar a partir de la propuesta de “alianza de todas las fuerzas revolucionarias de América Latina, con la clase obrera revolucionaria de los Estados Unidos” (*Pasado y Presente*, 1978b: 328).

Quien se ocupó de ejercer una réplica a este planteo fue Travin, otro miembro del Secretariado Latino cuyo verdadero nombre era Sergei I. Gusev, con actuación previa en los Estados Unidos y en México, y que había sabido adherirse prontamente al nuevo giro radical del comunismo desautorizando así la palabra de Humbert-Droz quien por otra parte, y como también sucedía con su jefe Bujarin, se encontraba cuestionado por su defensa del “frente único”. Según su visión, aunque en América Latina se había comenzado a desarrollar el capitalismo, éste seguía manteniendo características feudales que lo diferenciaban de otras regiones coloniales y semicolonias como la India y China, en donde sí se había formado una burguesía nacional. Mientras que en América Latina dicha burguesía nacional era muy débil y dependía del capital extranjero, la pequeña burguesía era prácticamente inexistente como clase con reivindicaciones propias, los campesinos vivían en una condición de semiservidumbre y había poco proletariado fabril (aunque sí existía un proletariado urbano). En estas condiciones, la concepción de una revolución democrático-burguesa resultaba finalmente inaplicable, ya que no existían los sectores indispensables para conducirla y debido a que ella no podía deshacerse del yugo del imperialismo extranjero. En cambio, la estrategia para América Latina debía pasar por el modelo que había comenzado a formarse en México donde, ante la ausencia de una burguesía nacional, los obreros y los campesinos empezaban a constituir un “bloque” para la acción. Por lo que estos bloques resultaban completamente extraños a las revoluciones democrático-burguesas y, por el contrario, los “acercaban” a las revoluciones de tipo socialista.

Asimismo, para Gusev, toda la cuestión del “latinoamericanismo” propuesta por Humbert-Droz le resultaba sencillamente “desconcertante”. Según aseguraba, y desconociendo todos los debates que se habían producido entre la LADLA y el APRA con respecto a este tema, era la primera vez que oía hablar de la consigna de “latinoamericanismo”. Sin embargo no dudó en calificarla de “pequeñoburguesa” y a la larga, de poco fructífera, ya que las clases medias “no aceptarán la consigna de la formación de una liga antiimperialista de los obreros y los campesinos latinoamericanos o la creación de una federación soviética socialista de los países de América Latina” (*Pasado y Presente*, 1978b: 335). En suma, se trataba según su opinión de una variación de la doctrina Monroe aplicada a América Latina: “América Latina para los latinoamericanos”²⁶.

²⁶ Pestkovsky, el antiguo embajador ruso en México, habló en la comisión como representante de la fracción comunista de la Krestintern con el seudónimo de Banderas, y también combatió la táctica “latinoamericanista” de Humbert-Droz. Para él, la idea de una “federación de repúblicas” le concedía un matiz demasiado nacionalista a la lucha antiimperialista y, de manera similar a como había expuesto Gusev, la

En estas dos posturas se enfrentaban, además de dos visiones distintas sobre la sociedad latinoamericana, dos estrategias prácticamente opuestas para la construcción de los partidos comunistas: por una parte, una que todavía seguía planteando, aunque de manera muy tímida, las ventajas del “frente único” en la creencia de la necesidad de una revolución democrático-burguesa conducida por el proletariado y que incluía a la pequeña burguesía, mientras que la otra, de “clase contra clase”, en la que la única posibilidad de acuerdo era con el campesinado, en un movimiento revolucionario que terminaría siendo más cercano al socialismo. Aunque en ambos casos se asumía como punto de partida la debilidad del movimiento obrero en esta región y la condición de “apoyo” que pudiera llegar a ofrecer en el marco de la revolución mundial (*Pasado y Presente*, 1978b: 314-5), la controversia se planteaba en términos de las alianzas políticas y del tipo de revolución que podía llevarse a cabo. En cuanto al análisis sociológico puntual, el punto de discordia era con respecto a la pequeña burguesía, la que podía tener fracciones revolucionarias y antiimperialistas para uno y que podía ser prácticamente inexistente como sector nacional para el otro: sin ser nombrado de manera explícita, se cuestionaba así el contenido social que hasta ese momento había nutrido a la LADLA y a otros frentes de masas del mismo tipo.

La postura de los delegados latinoamericanos en este debate tendió a coincidir más con las ideas de Humbert-Droz que con las de Travin, lo que en principio nos puede dar la pauta de que en América Latina todavía para mediados de 1928 seguía teniendo más peso la táctica del “frente unido” que la de “clase contra clase”. Contra los cuestionamientos que se podían haber desprendido de este debate, y frente a la tibia justificación de Bujarin ante los sectores más duros del comunismo, en general casi todos los delegados latinoamericanos hicieron una defensa sobre la actuación regional de la Liga Antiimperialista de las Américas.

En este sentido, la defensa más enfática sobre la LADLA provino de Jorge Contreras (el italiano Vittorio Vidali) y de Rafael Carrillo, ambos representantes de México, y también de Leopoldo Sala, el delegado de Uruguay. Para Vidali, a partir de su apoyo a la campaña de Sandino en Nicaragua, es claro que “la Liga Antiimperialista forma un frente unido en el sentido continental del término y ocupa los puestos de vanguardia en todos los movimientos antiimperialistas del continente” (*Pasado y Presente*, 1978b: 372). Apoyando las tesis de Humbert-Droz sobre el “frente único” con las clases medias, en su intervención, Carrillo también dejaba constancia de que “la Liga Antiimperialista desempeña una función importante en América Latina. Es una de esas organizaciones auxiliares que puede convertirse verdaderamente en una organización de masas. La lucha contra la dominación del capital extranjero es la base de la movilización de las grandes masas obreras y campesinas y de la pequeña burguesía nacional-revolucionaria” (85). En el mismo tono de Carrillo, Sala planteaba que era necesario “desarrollar sistemáticamente el movimiento antiimperialista, creando por todas partes Ligas Antiimperialistas, transformándolas en organizaciones de masa, agrupando los obreros, los campesinos y la pequeña burguesía

propuesta le recordaba demasiado al “panamericanismo” como arma ideológica utilizada por los Estados Unidos para imponer sus intereses a los países latinoamericanos (Carr, 1978b: 347).

para sostener en este momento el movimiento liberador en Nicaragua y levantar los pueblos de América Latina contra el imperialismo” (368)²⁷.

Como decíamos anteriormente, la debilidad de la Liga no era un dato que pasara desapercibido a sus defensores latinoamericanos. En todo caso, el hecho de que la organización no hubiera podido crecer más pese a los esfuerzos que se habían colocado en ello, había que encontrarlos en la falta de apoyo de la Comintern y, más específicamente para los representantes mexicanos, también en los conflictos internos que desde hacía tiempo surcaban al Partido Comunista estadounidense y que virtualmente lo habían dividido en dos bandos enfrentados, uno con base en Nueva York y el otro radicado en Chicago, impidiéndole de este modo terminar de forjar organismos antiimperialistas únicos y brindar su respaldo a los ya existentes en América Latina. En este sentido, para Carrillo, “lo más grave es que el partido norteamericano no ha reconocido la importancia de la Liga Antiimperialista en América Central y Meridional (y que) no existe en Estados Unidos una verdadera organización antiimperialista”. Por ello es que mientras que “los camaradas norteamericanos no estén en condiciones de crear una organización semejante, tampoco serán capaces de combatir seriamente al imperialismo norteamericano” (*Pasado y Presente*, 1978b: 86). Haciéndose eco del reclamo de su compañero, Vidali finalmente declaraba, con toda gravedad y en nombre del Comité Continental de la LADLA, que “ambos grupos (en los que se encontraba dividido el Workers Party) tienen razón cuando afirman que el Partido Comunista de Estados Unidos no ha cumplido con sus tareas antiimperialistas y afirmo que la responsabilidad de esa deplorable falta recae directamente sobre el comité central de ese partido comunista” (373-4).

La propuesta “latinoamericanista” enarbolada por Humbert-Droz tampoco pasó desapercibida a los representantes latinoamericanos. Por el contrario, las disputas políticas y la rivalidad de los partidos comunistas con el APRA por el liderazgo regional era un tema candente que no permitía treguas ni concesiones de ninguna índole. Y menos en un momento como aquel en el que el comunismo debía profundizar todavía más su política de proletarización y de ruptura de amarres con la clase media. Vidali, seguramente en representación de muchos de sus camaradas latinoamericanos, señaló justamente su desacuerdo con la consigna latinoamericanista que debían manifestar los partidos comunistas de la región que el representaba. Retomando el argumento inicial de Gusev, argumentó que “el latinoamericanismo es la ideología de un movimiento antiimperialista claramente pequeño burgués que lucha contra el movimiento comunista y que afirma que el marxismo como el leninismo son plantas exóticas para América Latina” (*Pasado y Presente*, 1978b: 374-5). Aunque en ningún momento lo mencionara por su propio nombre, era clara su alusión al movimiento fundado por Haya de la Torre y a los argumentos esgrimidos siempre por éste para restar validez y legitimidad a la propuesta marxista en la región.

²⁷ También Carlos Ravetto, uno de los delegados argentinos, se pronunció a favor de la LADLA al considerar que como “nuestra tarea es agrupar a las masas obreras y campesinas (e) influenciar y arrastrar a las masas pequeñoburguesas que se proletarizan cada vez más”, su organización y fortalecimiento, junto con las del movimiento sindical, “son consignas que convienen perfectamente a nuestro país” (*Pasado y Presente*, 1978b: 377).

En busca de un respaldo político claro y contundente para organizaciones presuntamente independientes como la LADLA, Vidali dejó en claro que los apristas “acusar a la Liga Antiimperialista de ser una agencia de Moscú. Ellos sabotear toda nuestra agitación y dejan entender que si llegan al poder no permitirán la formación y la existencia legal del partido comunista” (*Pasado y Presente*, 1978b: 375). De ahí que en su última recomendación demandara claridad política y una orientación táctica atinada por parte de los dirigentes de la Comintern y, en especial, por parte de Humbert-Droz, ya que “las consignas del latinoamericanismo pueden fácilmente ser malinterpretadas por las masas obreras y campesinas entre las cuales crece siempre nuestra influencia” (375). En este sentido, Vidali era claro al especificar que la suerte de la Liga Antiimperialista de las Américas no era algo que resultara ajeno al desempeño del comunismo internacional: a la larga, el conflicto con el APRA era la manifestación en América Latina de problemas similares que el movimiento comunista enfrentaba en esa misma época y en otras regiones del globo (como en India y China) con los grupos nacionalistas burgueses. Por este motivo, resultaba válido su llamado de atención para que, a través de un apoyo concreto a las actividades de la LADLA, el comunismo ruso y europeo se preocupara más por la suerte de la región latinoamericana.

Pese a todas las reivindicaciones sobre la actuación de una organización de estas características, y al pedido de Vidali (tantas veces formulado en anteriores oportunidades) de que tanto “la Internacional Comunista como la Liga Antiimperialista de Bruselas deben prestar más atención a estos movimientos y exhortar a los partidos comunistas a organizar movimientos con consignas de frente único antiimperialista en aquellos países donde no existan todavía organizaciones antiimperialistas”, lo cierto es que la LADLA fue prácticamente marginada en la estrategia general de la Comintern para América Latina. En efecto, en el plano de los pedidos de respaldo emanados del Congreso y dirigidos al Comité Ejecutivo de la Comintern (expresados en el capítulo sobre *La táctica y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista*, en su punto n° 55) únicamente se dejaba constancia de que en los países de América Latina la principal tarea era organizar partidos comunistas y reforzar a los ya existentes. Aunque también se mencionaba la importancia estratégica consistente en la articulación de sindicatos y ligas campesinas contra el imperialismo de los Estados Unidos, en ningún momento se situaba a la Liga contra el Imperialismo como una entidad con la que era mejor contar para dar esa lucha.

Por ello, una vez que se dejó en claro la primacía de los partidos para el movimiento comunista y, siguiendo casi el mismo orden de importancia establecido para los frentes de masas en general, en las *Tesis sobre el movimiento revolucionario en las colonias y semicolonias* se volvió a establecer (desde el punto n° 28 al n° 55) una nueva jerarquización de las organizaciones auxiliares, pero ahora, en función de las condiciones políticas y sociales latinoamericanas. Por este motivo, junto al desarrollo de los partidos, se estableció a continuación la relevancia del trabajo sindical, luego el de las ligas campesinas, el de la organización de la juventud en federaciones y, finalmente, el de las mujeres comunistas. La Liga Antiimperialista recién aparecía mencionada, al margen de los anteriores organismos auxiliares, en el punto n° 40 de dichas *Tesis*, cuando se planteaba la necesidad de su ampliación y el trabajo dentro suyo de “fracciones comunistas”. En este sentido, se resaltaba la importancia de “la cooperación más estrecha de todas las organizaciones revolucionarias de masas obreras y campesinas y, en primer término, de los partidos

comunistas de América Latina, así como su contacto con las correspondientes organizaciones internacionales, a la vez que con el proletariado revolucionario de los Estados Unidos” (*Pasado y Presente*, 1978a: 239). Sin embargo, la mención de la Liga en un lugar tan poco destacado con relación a los partidos y a otros organismos de masas, sonaba más a una concesión a los reclamos de los representantes latinoamericanos que a un deseo real por parte de los dirigentes soviéticos por continuar dándole aire a esta entidad.

Como ya vimos, podían ser varios los factores que de hecho llevaron a los cuadros de la Internacional a menospreciar o directamente a desconocer el trabajo efectuado por la Liga en su corta vida pero, seguramente, la cuestión que más incidió fue la desconfianza generada hacia la clase media, y más específicamente, hacia su activismo político. En este sentido, no era algo casual que en dicha declaración sobre la composición que debía tener la Liga ni siquiera se mencionara el rol de la pequeña burguesía como un actor de importancia en la lucha por la soberanía nacional de las repúblicas latinoamericanas, si bien se reconocía que en la mayor parte de los casos era ella la que conducía los movimientos de reivindicación nacional. En cambio, el giro hacia la derecha por parte del gobierno de Calles en México, sumado a la triste experiencia china, pusieron en entredicho todo intento de colaboración con la burguesía y las clases medias nacionalistas, seguras traidoras en la lucha revolucionaria por la emancipación nacional. A estas alturas, la LADLA no tenía demasiadas opciones para asegurar su sobrevivencia: o se adecuaba a los nuevos tiempos del comunismo, con todos los costos que una medida así implicaba o bien, y por el contrario, tendía únicamente hacia su propia disolución. Como se verá en lo que resta de esta investigación (y particularmente en la siguiente parte, cuando analicemos a la primera conferencia de partidos comunistas de la región y al Congreso de Frankfurt), fue finalmente la primera posibilidad la que se intentó llevar a la práctica, nuevamente, asumiendo los costos de su reconfiguración.

OCTAVA PARTE

LA CRISIS DE LA LADLA: ENTRE LA RADICALIZACIÓN Y LA CLANDESTINIDAD

MEXICO

Crisis de gobierno, surgimiento del Maximato y proscripción del PCM

El gobierno de Calles, que hasta 1927 había sido considerado como un adalid en la lucha contra los abusos por parte de Washington y, por ende, como un aliado del comunismo internacional (tal como había quedado expuesto por medio de su apoyo al Congreso de Bruselas), pronto sería cuestionado: los cambios que había demostrado en su política con respecto a los latifundistas y su acercamiento con los Estados Unidos hicieron que los comunistas pensarán que, finalmente, la revolución había dado paso a la reacción, en un destino ineluctable de traición por parte de aquellos gobiernos que desde Moscú eran identificados con la pequeña burguesía. Ante el panorama de fortalecimiento de la derecha mexicana, sumado a la actividad política encabezada por la Iglesia y por algunos caudillos, y frente a la creencia de que el movimiento obrero y campesino no alcanzaba todavía la suficiente fuerza revolucionaria como para hacerse con el poder, no resultaría extraño pues que desde el Pleno del Comité Central ocurrido en julio de 1927, el PCM terminara apoyando la reelección presidencial de Álvaro Obregón como una manera de contener el viraje hacia la derecha de Calles, sin que por ello el Partido se convirtiera en “obregonista”¹.

Pocos meses más tarde, ya para inicios de 1928, el clima político en México se encontraba en plena efervescencia, y sus derivaciones en el sector de los trabajadores no tardarían en hacer efecto. En este sentido, el último tramo del gobierno de Calles, coincidente con el fortalecimiento de la guerrilla sandinista en Nicaragua, estuvo rodeado de fuertes presiones y de escándalos de impacto internacional². La elección de

¹ El texto de la “Resolución” adoptada por el Pleno partidario de julio de 1927 era muy claro al afirmar que “el Partido Comunista no es ‘obregonista’ ni espera del General Obregón la resolución de los problemas fundamentales de las clases desposeídas. El Partido Comunista apoya la candidatura de Obregón sin pacto ni compromisos, sólo como una medida defensiva contra el enemigo común, contra la reacción clerical” (citado en Martínez Verdugo, 1985: 98). Vale aclarar que el apoyo a la candidatura de Obregón también fue respaldado por algunos cuadros que, como Alfred Stirner, Sen Katayama y Stanislav Pestkovsky, eran funcionarios en la dirección de la Comintern y los principales aliados del PCM desde ese ámbito.

² A fines del anterior año, la cadena norteamericana de noticias controlada por el magnate de la prensa William Randolph Hearst, todavía un férreo opositor al gobierno de Calles pese a la política de mayor tolerancia propiciada por Washington, dio a conocer la existencia de un supuesto nexo entre México y la Unión Soviética para financiar a la guerrilla sandinista, basado en un tratado secreto con el liberal nicaragüense Juan B. Sacasa. En un mismo tono polémico, denunciaba también la donación por parte de México de cien mil dólares a Moscú, de cincuenta mil dólares a los trabajadores británicos en huelga, y el soborno a un conjunto de senadores estadounidenses con la expresa intención ganar el favoritismo de la Casa Blanca. A partir de la polémica generada, y al no encontrarse pruebas sustanciales sobre ninguna de las denuncias vertidas, una investigación del Senado estadounidense acusó a Hearst por su falta de escrúpulos y por el delito de difamación. Por su parte, el embajador Morrow cumplió un rol muy activo, cuidando especialmente que no se resquebrara la relación con México, pese a que otros funcionarios de la embajada norteamericana todavía seguían insistiendo en la identificación del régimen de Calles con el comunismo: así, bajo esta impresión, el cónsul Alexander Weddel continuó enviando al Departamento de

Álvaro Obregón para un nuevo período presidencial, amparado como el candidato oficial por Calles contribuyó, de alguna manera, a consolidar el régimen de poder: por las medidas prometidas durante la campaña y por su fuerte apuesta al sentido del orden y de la autoridad, los trabajadores y los empresarios vieron con beneplácito su triunfo, en tanto que Washington saludó a viva voz la futura reanudación de los pagos de la deuda externa. Sin embargo, sería el asesinato del presidente recientemente electo, el 17 de julio de 1928, a manos de un militante cristero el factor que finalmente terminaría generando “una modificación sustancial de la situación política, del curso del movimiento obrero y de la trayectoria del PCM” (Martínez Verdugo, 1985: 96).

La desaparición de quien fue considerado como el principal caudillo revolucionario y la inestabilidad en la que poco después se sumió el gobierno de Calles, acusado por rumores de todo tipo³, no tan sólo reveló la agudización del enfrentamiento entre el grupo dominante y la cúpula de la Iglesia, tal como desde hacía unos años se había venido manifestando a través de las Guerras Cristeras: implicó también la profunda situación de debilidad a la que había llegado el bloque de fuerzas que mantenía el control político en México. Asimismo, el asesinato del presidente electo pondría en un primer plano el problema de la sucesión y catalizaría en cierta medida la formación en marzo de 1929, y por iniciativa de Calles, de una única organización, el Partido Nacional Revolucionario que, con posteriores cambios en su denominación, simbolizaría el poder y la necesaria cohesión de la “familia revolucionaria”. Como un intento por mantener la paz social y por evitar las protestas de los seguidores del dirigente asesinado y de las importantes fuerzas agrarias que habían apoyado su candidatura, Emilio Portes Gil, un político leal tanto a Calles como Obregón, fue designado como presidente interino por el Congreso, entrando en funciones el 1º de diciembre de 1928 con la obligación de convocar a nuevas elecciones presidenciales para el 20 de noviembre de 1929⁴. El nuevo gabinete fue formado por hombres de confianza del nuevo presidente, como Ramón de Negri, el ex aliado de la LADLA, ahora en el cargo de Secretario de Industria, Comercio y Trabajo, y también con la presencia de algunos seguidores de Obregón que dada su radicalidad no dejaron de impresionar negativamente en la embajada norteamericana⁵.

Estado copias de *El Libertador* en las que supuestamente podía leerse la presunta identidad marxista del gobierno mexicano (ver Spencer, 1998: 174-5 y 180).

³ Entre estos rumores se encontraban aquellos relacionados con los planes del comunismo internacional por hacerse con el control del país, que señaló la presencia de supuestos agentes internacionales dispuestos a encabezar la revolución socialista en México, expulsándose a continuación a unos ochenta inmigrantes originarios de Europa Oriental, judíos en muchos casos, sin mayor relación con el PCM y con la Comintern.

⁴ El clima político, cada vez más enrarecido, no tardó en afectar directamente al PCM y a sus principales líderes, como ocurrió cuando casi al mismo tiempo en que se producía la asunción de Portes Gil al gobierno, al diputado Hernán Laborde se le prohibió el uso de la palabra en la Cámara para referirse al presidente electo Hoover, motivando un inmediato acto de repudio por parte de la LADLA. Ver *El Machete* N° 141 (1º/12/1928: 1) y N° 142 (8/12/1928: 1).

⁵ Aunque la incorporación de De Negri al gobierno de Portes Gil generó un amplio rechazo por parte de los comunistas, que vieron en ello una nueva traición de la pequeña burguesía al movimiento obrero, lo cierto es que su participación, al menos en un principio, no supuso una alteración en su pensamiento de izquierda, propio de la corriente nacional-populista, según puede desprenderse de su correspondencia con su amigo Pestkovsky. Así, el 4 de mayo de 1929 el ex colaborador de la Liga Antiimperialista afirmaba que “durante mi estancia en esta Secretaría pondré todos mis esfuerzos para lograr, aunque sea, la organización y el frente único de los trabajadores (...). Nos empeñamos por la unión de los trabajadores de la América Latina, campesinos y obreros, pero tropezamos con el obstáculo de las comunicaciones, que están dominadas por los poderosísimos directores de la economía capitalista. El problema del petróleo,

Por otra parte, fue claro que la desaparición de Obregón y la posterior ruptura entre Emilio Portes Gil y la central de la CROM, señalada como uno de los responsables políticos de que finalmente se hubiera producido dicho crimen, pronto significó el progresivo desmoronamiento de la organización sindical y, colateralmente, un nuevo espacio para la acción de los comunistas. En efecto, dicha ruptura puso en evidencia la debilidad de la central cromista, que se había hecho fuerte durante el período presidencial de Calles, fundamentalmente, a través de sus posiciones en el gobierno, de su dominio en los tribunales del trabajo y de los métodos gansteriles que habían sabido copiar muy bien de sus socios estadounidenses de la *American Federation of Labor*. La salida del gobierno de la CROM, y su acelerada desaparición como un grupo de poder efectivo, provocó que algunos de sus sindicatos más importantes comenzaran a abandonarla, permaneciendo finalmente en ella y en la oficialista Cámara del Trabajo algunos de sus grupos más leales. Sin embargo, y pese al rechazo que provocaban la figura de Luis N. Morones y de su grupo, los comunistas los defendieron ante lo que podía ser interpretado como una injerencia gubernamental dentro del espacio gremial, no sin que también les endilgaran a aquellos su responsabilidad en el control del sindicalismo amarillo y su influencia en la crisis en la que se encontraba el movimiento de los trabajadores por aquellos tiempos.

Bajo estas condiciones, en el seno del PCM surgió el debate acerca de la constitución de una tercera central sindical, en un readecuamiento estratégico basado, por una parte, en la manifiesta crisis en la que se hallaba la CROM y la poca incidencia que a estas alturas podían llegar a ejercer los anarquistas de la CGT y, por la otra, en los nuevos vientos que comenzaban a soplar desde Moscú y la Comintern, en los que se les daba una importancia cada vez mayor al fortalecimiento de las organizaciones gremiales comunistas ante la profunda crisis capitalista prevista para el futuro cercano. Esta cuestión fue acaloradamente discutida en la V Conferencia del PCM, en abril de 1928, y pese a que en aquella oportunidad la idea de crear una tercera organización sindical fue rechazada, pocos meses más tarde eran muchos más los dirigentes comunistas que se habían plegado a esta propuesta: no sólo quienes la habían defendido desde un principio, mayormente dirigentes del local comunista del Distrito Federal, conducidos por Julio A. Mella y entre los que se encontraban su compatriota Leonardo Fernández Sánchez, junto con Jesús Martínez y Jesús Bernal, sino que ahora también importantes referentes del Partido y de la Liga Antiimperialista como David Alfaro Siqueiros, Hernán Laborde, Úrsulo Galván, Jorge Fernández Anaya y Manuel Díaz Ramírez. Pese a la oposición del Secretario General del Partido, Rafael Carrillo, quien todavía seguía abogando por la conquistar de los gremios reformistas para, de ese modo, orientarlos en dirección al comunismo⁶, la propuesta “tercerista”, tendiente a constituir una nueva central sindical, continuó ganando apoyos. Finalmente, fue desde el Pleno de

hoy en mis manos, desgraciadamente está resuelto con un paréntesis para días mejores, pero si está lucha se prologa, México tendrá la apariencia de un cementerio”. Lo cierto es que, pese a sus intenciones, no fue mucho lo que De Negri pudo hacer desde dicho cargo para torcer la tendencia represiva que cada vez con más fuerza se afincaba en el Maximato. “Correspondencia de De Negri a Pestkovsky”: *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 11/535-1-149.

⁶ Uno de los máximos impulsores de la creación de una central comunista fue Ennio Gnudi (alias “Orestes”) quien como enviado de la Internacional Sindical Roja llegaría a pedir a la Comintern la expulsión de Carrillo por su supuesta pretensión sabotadora y su filiación pequeño burguesa (Jeifets *et al.*, 2004: 130).

septiembre de 1928 que la acción de la mayoría pudo orientarse hacia la organización de una central comunista, fundada como Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM) entre el 26 y el 30 de enero de 1929, con la presencia de casi 400 delegados, y con la designación como Secretario General de David Alfaro Siqueiros⁷. Pronto, sin embargo, se comprobaría que aun con la oposición de todo un sector del PCM, la influencia de la CSUM trascendería, con mucho, los límites geográficos de México al convertirse en una de las principales fuerzas impulsores del Congreso Sindical Latinoamericano, organizado por la Internacional Sindical Roja en Montevideo en junio de 1929.

Los últimos meses de la presidencia de Calles fueron de gran importancia para los comunistas mexicanos. Junto con la formación de la CSUM, como una expresión “roja” del sindicalismo a tono con el giro a la izquierda propiciado desde la Comintern, el final del año de 1928 estuvo determinado por la conformación de una alianza mucho más profunda y duradera entre obreros y campesinos. Progresivamente alejado de las clases medias y, consecuentemente, de aquellos sectores más liberales, el PCM se empeñó en un ahondamiento de su política de clase: en este sentido, y ante la proximidad de una nueva contienda presidencial, el sector más activo y dinámico de los comunistas, la Liga Nacional Campesina, resolvió convocar para el mes de noviembre a una convención obrera y agrarista con el objetivo de elaborar un programa común frente a las próximas elecciones y de lanzar a un candidato propio a la presidencia de la república, en abierta oposición al callismo. Con el apoyo del Comité Central y de la dirección del Partido Ferrocarrilero Unitario (partido satélite de los comunistas, liderado por Hernán Laborde), a fines de enero de 1929 se constituyó el Bloque Obrero y Campesino (BOC) que, frente a la contienda electoral de diciembre de ese mismo, llevó como aspirante al gobierno mexicano al viejo general magonista y, posteriormente, también zapatista Pedro V. Rodríguez Triana, miembro de la LNC y hombre muy cercano a la dirección nacional del PCM. Así, y por primera vez, los comunistas de México se presentaban en una elección presidencial con un candidato propio y en clara oposición a Calles y a Portes Gil, su representante en el gobierno⁸.

La profundización del modelo clasista seguido por el PCM y el creciente énfasis colocado en la cuestión antiimperialista se evidenció también en la conformación de la mesa directiva del BOC, en la que se hallaban presentes, en un lugar protagónico,

⁷ Rafael Carrillo, uno de los delegados del PCM para el VIº Congreso de la Comintern, recordaba la oposición de Bujarin a la idea de la formación de una central sindical comunista en México: “Cuando este problema fue planteado en agosto de 1928 ante la Internacional Comunista, ésta se pronunció categóricamente en contra de la constitución de una nueva central (...). Sin embargo, cuando la decisión de la Comintern fue dada a conocer al Pleno del Comité Central sobre este asunto, estalló una sublevación general, y aquellos que hablan de subordinación incondicional a la Internacional Comunista, deben saber que el Comité Central del Partido aprobó rechazar la directiva de la IC y lanzarse por la senda de una nueva central sindical” (citado en Martínez Verdugo, 1985: 91). Para la creación de esta central comunista, en noviembre de 1928 se eligió un comité organizador integrado por D. A. Siqueiros (por la Confederación Obrera de Jalisco), Isaac Fernández (por la Liga Nacional Campesina) y Felipe Quintana (por la CGT, aunque este representante no llegó hasta el final del proceso).

⁸ Otros partidos de alcance regional que participaron en la conformación del BOC fueron el Partido Unidad Obrera y Campesina de Veracruz, el Partido Duranguense de Trabajo, el Partido Unidad Obrera de Córdoba, y organizaciones de trabajadores como la Confederación Obrera de Occidente, la Confederación Obrera y Campesina de Durango, la Federación del Trabajo de Michoacán y el Sindicato de Inquilinos de Córdoba, Veracruz (Martínez Verdugo, 1985: 95-6). La participación en dicha alianza de toda esta variedad de partidos y organizaciones de trabajadores nos refiere, por otra parte, el creciente influjo social y regional que iba alcanzando el movimiento comunista mexicano a menos de una década desde su creación.

quienes tiempo antes habían sido los máximos dirigentes de la LAI mexicana. En efecto, Úrsulo Galván como presidente y Diego Rivera como vicepresidente, acompañados de otros cuadros partidarios como Isaac Fernández, Valentín Campa, Donaciano López y Rodolfo Fuentes López, todos ellos como secretarios, procuraron que esta nueva alianza entre campesinos y obreros se extendiera a toda la República en una muy dura oposición al sistema hegemónico que se estaba imponiendo desde el poder y, según las directivas provenientes de Moscú, como anticipación a la crisis capitalista que ya se creía inminente. El programa adoptado fue, entonces, expresión de esta profundización de la lucha y de este giro a la izquierda del PCM, como puede observarse a través de puntos centrales como la abolición del Poder Legislativo y su sustitución por asambleas de representantes obreros y campesinos; la supresión del gabinete presidencial y la sustitución del Poder Judicial por consejos locales de justicia civil y penal; el armamento de los campesinos; la disolución de los latifundios y entrega de la tierra a los campesinos y el salario mínimo de dos pesos diarios en todo el territorio nacional. El lema finalmente impuesto, “¡La tierra y las fábricas para los trabajadores! ¡No motín político sino revolución social! ¡Obreros y campesinos, uníos!”, no era tan sólo una invocación a los dos sectores privilegiados por el comunismo internacional al cierre de la década del '20: era también una evocación a la revolución que tan sólo un par de décadas antes había conmovido la estructura social y política mexicana y era, al mismo tiempo, una toma de partido distinta frente a los típicos cuartelazos y motines dirigidos por los viejos caudillos militares con la intención de hacerse con el poder. El periódico *Bandera Roja*, que comenzaría a editarse poco tiempo después como vocero oficial del Bloque, sería entonces el que se encargaría de unificar y difundir todo este radical acervo ideológico.

Pero el asesinato de Julio A. Mella, en la noche del 10 al 11 de enero de 1929, vino a significar un durísimo golpe para la izquierda mexicana y cubana⁹. No resultó sorprendente entonces que luego de acaecido este macabro hecho, provocado por dos matones machadistas y con la evidente complicidad del gobierno de Emilio Portes Gil, la brutal reacción se volcara sobre el movimiento revolucionario mexicano. En este sentido, el asesinato de Mella fue el santo y seña que desencadenó ese proceso. Además de la ruptura de relaciones con la Unión Soviética, y de la proscripción del PCM fueron también perseguidas organizaciones auxiliares como la LADLA, la que una vez que se pudo recuperar contó como Secretario General y reemplazante de Mella en ese cargo a Gastón Lafarga (quien a su vez había estado exiliado en Cuba hasta su expulsión en 1927). Por su parte, también los cubanos residentes en México debieron soportar la embestida del gobierno con particular saña: se llegó a prohibir la circulación de las revistas *¡Cuba Libre!* y *Mella* (esta última, la publicación del Secretariado del Caribe del Socorro Rojo Internacional) y varios dirigentes de la ANERC, como los casos de Alejandro Barreiro, Manuel Cotoño y Jorge Vivó, fueron sometidos a torturas físicas y psicológicas. Acosados sin tregua, el resto de sus compañeros consiguió fugarse a Nueva York, donde Fernández Sánchez y Barceló volverían a revivir la ANERC y a

⁹ En este sentido el embajador cubano en Norteamérica, el ya mencionado Oreste Ferrara, se reunió con el comandante Santiago Trujillo, jefe de la policía secreta de Palacio, para comenzar a delinear el asesinato de Julio Mella en México (ver Cupull y González, 2005: 90, en inglés en el original. Por otra parte, el propio Fernández Sánchez informó a Mella de los planes para asesinarlo en una carta enviada a fines de 1928 desde Estados Unidos. En ella decía que “las noticias que tuve el mismo día que salí de Cuba exigen de nosotros el máximo de precaución. En México existe sobre Uds. estrecha vigilancia. Se dice que de allí ha salido alguno con propósitos drásticos con respecto a tu persona” (citado en Cairo, 2003: 296).

editar *¡Cuba Libre!* en estrecha relación con el Liga norteamericana y con el Workers Party¹⁰.

Por otra parte, la responsabilidad del dictador Gerardo Machado en el macabro hecho fue denunciada desde el principio por el PCM: en este sentido, y por medio de una declaración pública, el Comité Continental y la Sección Mexicana de la Liga exigieron la inmediata ruptura de relaciones con la sangrienta dictadura cubana. Pronto, sin embargo, se comenzó a señalar también la complicidad del gobierno mexicano ante la falta de resultados en la investigación así como también frente a la política de amparo brindado a los criminales. Las protestas destinadas a encontrar, juzgar y condenar a los asesinos del dirigente cubano comenzaron desde un primer momento, en la noche del mismo 11 de enero, cuando una multitudinaria manifestación convocada por la LADLA junto con otras organizaciones (como la Liga Pro Luchadores Perseguidos y el Comité de Defensa Proletaria, a los que luego se sumarían el PCM y la JC) prácticamente copó las calles céntricas del Distrito Federal¹¹. Los oradores en tal evento se dividieron entre quienes eran algunos de los máximos representantes del comunismo en México, junto a aquellos otros allegados a la figura del dirigente asesinado: Diego Rivera (en nombre de la LADLA), Luis Monzón (LIPLP), Úrsulo Galván (LNC), el estudiante Baltasar Dromundo (amigo de Mella), Carlos León (UCSAYA), Antonio Penichet (ANERC), Rafael Carrillo (PCM) y varios dirigentes obreros.

Ante el justificado temor de que la indagación oficial sobre el crimen no solo no hallara ningún elemento relevante para su esclarecimiento sino que por el contrario, contribuyera todavía más a enturbiar el suceso, planteando incluso la posibilidad de que en el fondo todo se redujera a un conflicto amoroso con la pareja del dirigente comunista asesinado, Tina Modotti, la LADLA junto a las restantes organizaciones convocantes de la manifestación, dieron vida al “Comité Julio A. Mella” para de ese modo encausar una investigación paralela. Los primeros resultados fueron dados a conocer en el homenaje realizado al cumplirse un mes exacto del crimen: organizado por el Socorro Rojo Internacional y presidido por la Modotti (cuya figura había sido seriamente lastimada por la investigación y por la prensa oficial, que no le perdonaban su liberalidad, su ideología, su condición de mujer y de extranjera), el acto contó con la participación de Diego Rivera (nuevamente por parte de la LADLA), junto a Jacobo Hurwitz (SRI), Sandalio Junco (ANERC), Carlos León (PRV, quien finalmente no habló, haciéndolo en su lugar Enrique R. Lumen, por los emigrados de España), Juan Manuel Cox (por los desterrados peruanos), el diputado chileno Ramón Alzamora, Rafael Ramos Pedrueza (por la LIPLP), y el Dr. Demmer, también emigrado político¹². Por otra parte, y con la doble intención de rendir un homenaje al dirigente asesinado y de brindar un pormenorizado informe sobre la represión contra los comunistas, el Secretariado del Socorro Rojo Internacional para México, las Antillas, Centroamérica, Venezuela, Colombia y Ecuador comenzó a editar su propio boletín, titulado *Mella*, en

¹⁰ Paralelamente a la ANERC neoyorquina desenvolvía su actuación la Unión Cívica de Exiliados Cubanos, fundada por Eduardo R. Chibás, Enrique de la Osa y Armando Agramonte, e independiente de la política del PCC.

¹¹ Ver *El Machete* N° 148 (19/1/1929: 1-3).

¹² Los actos en homenaje a Mella, y en los que se exigía el esclarecimiento de su crimen, también se realizaron en otras ciudades de México. Así, por ejemplo, el 21 de enero se llevó a cabo un encuentro en Veracruz, presidido por el pintor Leopoldo Méndez, y organizado por la sección local de la LADLA. Ver *El Machete* N° 151 (9/2/1929: 1, 4).

cuyo comité de redacción se encontraban, entre otros, Tina Modotti, Jacobo Hurwitz y Diego Rivera¹³.

Asimismo, los actos de repudio ante el asesinato de Mella, muchos de ellos organizados por LAI en distintos lugares del mundo, no se hicieron esperar: en la reunión del Comité Ejecutivo de la Liga Antiimperialista celebrado en Colonia en enero de 1929 al mismo tiempo que se aprobó una resolución condenatoria, se resolvió la puesta en marcha de una campaña continental de protesta. Asimismo, entre los actos de homenaje se contaron aquellos desarrollados por los miembros de la ANERC en Harlem, Nueva York, utilizando para ello una pequeña tribuna portátil, y fundamentalmente, el efectuado en el Madison Square Garden el 23 de enero de 1929, que tuvo a Leonardo Fernández Sánchez como a su principal orador¹⁴. También la delegación cubana en París, comandada por José Elías Borges y José Chelala Aguilera (quienes habían participado en la Liga desde su constitución hasta su alejamiento de Cuba, el primero en 1927 y el segundo un año más tarde) multiplicaron los mítines y los manifiestos señalando con creciente preocupación el avance de la derecha y de la reacción en América y en Europa. Posteriormente, y a manera de homenaje, el club de los exiliados cubanos en Harlem, que había sido fundado en agosto de 1931 y que era presidido por Fernández Sánchez, se hizo eco del reclamo popular por el esclarecimiento del asesinato y adoptó el nombre de “Julio Antonio Mella” (Cairo, 2003: 398-9).

Prologada por el asesinato del líder cubano, pronto la situación política en el país se alteraría gravemente, impactando de lleno en el Partido Comunista y en sus entidades periféricas. Un grupo de generales y caudillos de filiación obregonista, descontentos con el Maximato, con el gobierno de Portes Gil y, fundamentalmente, con el rumbo asumido con la creación del Partido Nacional Revolucionario, organizó un levantamiento militar que cobró vida a partir del 3 de marzo de 1929 y que duró hasta mayo del mismo año, mes en el que finalmente fue aplastado. La así llamada “rebelión escobarista”, por el liderazgo asumido desde un principio por el Gral. José Gonzalo Escobar, pronto logró sumar una importante adhesión en el cuerpo militar, lo que implicó la participación en él de cerca de treinta mil soldados, y la rebelión de los destacamentos asentados en los Estados de Veracruz, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila, parte de Nuevo León, Zacatecas y Durango. Sin tener una plena confianza en el ejército que aún le era fiel, Portes Gil comprendió que para acallar la asonada militar necesitaba de la cooperación de las masas obreras y campesinas, tal como había ocurrido entre 1924 y 1925, cuando tuvo lugar otra sublevación, de particular fuerza, sobre todo en el Estado de Veracruz. El presidente procedió entonces a agilizar el reparto de tierras y de armas cuando de pronto, gracias al trabajo que venía desarrollando entre los sectores populares y trabajadores, el PCM se convirtió en un insospechado aliado en su intento por aplastar una rebelión que, pese a todo, fue interpretada como una profundización del giro a la derecha encarada desde un par de años antes por la clase gobernante.

Así fue como la dirección de los comunistas, que desde hacía tiempo venía alertando acerca de los planes políticos de la reacción, no tardó en ofrecer su apoyo a Portes Gil

¹³ Sin embargo, no resultó extraño que ante las condiciones políticas imperantes en México el primer número de la revista haya sido censurado mientras estaba en la imprenta, prohibiéndose luego su publicación.

¹⁴ También la Liga Antiimperialista de los Estados Unidos, junto con la filial de la ANERC en dicho país, emitió un comunicado publicado en *Mundo Obrero*, revista del Buró del Caribe, en el que se repudiaba el crimen y se denunciaba “una vez más a los gobiernos de México y Cuba y al imperialismo yanqui como responsables del asesinato de Mella” (ver Cairo, 2003: 138-40, Vol. 1).

condenando a los alzados, aunque criticando al gobierno por su pasividad en los momentos previos al estallido de la asonada militar. Su llamado a los obreros y campesinos a combatir a la reacción instaba en definitiva a la constitución de “Nuestra propia fuerza”, según el manifiesto aprobado el día 5 de marzo, en el que además se exigía la entrega de armas para la organización de milicias populares y la puesta en práctica de distintas medidas revolucionarias como la reforma agraria, el control por parte de los trabajadores en las fábricas y en los campos petroleros y mineros, la completa depuración del ejército y la administración pública, la incautación de todos los bienes de los alzados, la formación de Comités Obreros y Campesinos contra la Reacción, etc.

Resultaba claro, entonces, que la participación de los comunistas era vista desde el Maximato como una pieza de gran importancia para la disolución de la rebelión escobarista, más allá de los temores fundados de que éstos aprovecharan dicha coyuntura crítica para continuar con la movilización de masas en función de sus objetivos revolucionarios: en este caso, era lógico que el necesario reparto de armas entre los campesinos y obreros infundiera sospechas de todo tipo (sobre todo, en la embajada norteamericana) sin que la propia labor política del PCM se encargara de desmentirlas plenamente¹⁵. Sin embargo, tampoco la situación resultaba del todo clara para el propio partido, ámbito en el que recrudecían los conflictos internos al compás de la lucha contra los rebeldes. La alianza táctica mantenida con el gobierno de Emilio Portes Gil, quien hasta un tiempo antes había sido la cabeza de toda una cruzada responsable de la deportación y el encarcelamiento de varios de los principales dirigentes comunistas, y hasta del asesinato de uno de sus figuras más queridas, Julio A. Mella, no podía dejar de generar tensiones dentro de la estructura del partido, más aún en tiempos electorales como los que entonces se estaban viviendo en el país. Pese a ello, y como se podrá apreciar a continuación, ni siquiera esta política de alianzas refrenó al gobierno en su lucha contra los comunistas.

El primer conflicto hacia el interior de los marxistas mexicanos tuvo como a uno de sus protagonistas fundamentales a Úrsulo Galván quien, en el momento más tenso de la guerra civil, y en una alianza cada vez más firme con el gobernador de Veracruz Humberto Tejeda, decidió apartarse del Bloque Obrero y Campesino para no enredarse en sus prácticas conspirativas: el problema que se avecinaba no era menor si pensamos en el fuerte predicamento que el ex dirigente de la Liga Antiimperialista tenía en la LNC y en territorio veracruzano, principal base de apoyo de los comunistas. Las consecuencias de esta decisión pronto se hicieron ver cuando la inmensa mayoría de los dirigentes campesinos adoptó la misma actitud de Galván, en tanto que sólo una pequeña parte permaneció fiel a la dirección del PCM, mientras que un tercer grupo sostuvo una actitud vacilante entre ambas posturas. Por otra parte, la desobediencia a las directrices del Comité Central del PCM le valió a Galván (junto a varios de sus compañeros) su expulsión del Partido en el mes de mayo y, más tarde, del Secretariado de la Internacional Campesina, de la formaba parte desde su misma fundación.

Sin embargo, el conflicto hacia el interior del partido se agudizaría todavía más con el asesinato de unos de los más relevantes dirigentes comunistas y campesinos, J.

¹⁵ Esta renovada colaboración de los comunistas con el gobierno mexicano no pasaría desapercibida para los cónsules estadounidenses, los que informarían a Washington sobre las graves dificultades por parte de varios gobernadores para lograr que los campesinos les devolvieran las armas una vez acallada la rebelión escobarista, y sobre la creación de un nuevo “foco rojo”, con relación a la creación de la CSUM (Spencer, 1998: 203).

Guadalupe Rodríguez, al parecer detenido por órdenes directas de Plutarco E. Calles (quien oficiaba como ministro de guerra del gobierno de Portes Gil), y fusilado el 14 de mayo de 1929, acusado de querer aprovechar la coyuntura crítica para la puesta en práctica de actividades subversivas (Martínez Verdugo, 1985: 111)¹⁶. Frente a este grave hecho, y aun bajo las difíciles condiciones imperantes, el Partido logró organizar una amplia campaña de protesta de la que tomaron parte la Liga Antiimperialista, junto con otras organizaciones periféricas como el Socorro Rojo, el Comité de Lucha contra el Fascismo, etc¹⁷.

Asimismo, el fusilamiento de Rodríguez y de sus compañeros fue la punta de lanza de una amplia campaña anticomunista, iniciada en varios puntos del país a partir del 6 de junio de 1929, y que tendió a incrementarse en momentos en que el PCM colaboraba para aplastar la rebelión escobarista. A partir de entonces, “la represión desatada contra el PCM (...) y otras fuerzas democráticas y de izquierda se sucederían ininterrumpidamente durante el transcurso del Maximato” (Peláez, 1985: 127). Las medidas anticomunistas propiciadas por Portes Gil incluyeron desde la detención policial del Secretario General del PCM, Rafael Carrillo, luego de que una manifestación de la CSUM fuera disuelta violentamente, al desafuero de Hernán Laborde, diputado por el Partido Ferrocarrilero, y la clausura de las oficinas del Comité Central del PCM y de su periódico *El Machete*, cuyos talleres fueron saqueados y destruidos por la policía el 29 de agosto, etc., no sin que también se produjeran nuevos fusilamientos de dirigentes locales. Por otra parte, la separación de Galván primero, y el asesinato de Rodríguez después no fueron hechos menores hacia el interior de la LNC, la que resultaría dividida para poco tiempo después entrar en una fase de disgregación, ocasión que a su vez sería aprovechada por los líderes agraristas vinculados al PNR para hacerse con su control, dejándola luego en pleno proceso de extinción¹⁸.

La política persecutoria encarada por el gobierno también afectaría gravemente a la Liga Antiimperialista, una de las organizaciones periféricas que, a esas alturas, más desarrollo y difusión había alcanzado gracias en buena medida a la edición de su periódico, *El Libertador*, con el que había alcanzado una tirada mensual de tres mil ejemplares; en general, con un muy buen funcionamiento hacia su interior de las fracciones y células comunistas; y con importantes contactos con los partidos

¹⁶ Aparentemente, sí existía por parte de la Comintern la intención de convertir la revuelta escobarista en una insurrección de tipo comunista con las armas que el gobierno había entregado a los campesinos. De ser así, la participación de J. G. Rodríguez en este proceso habría sido de real importancia (ver Spencer, 1998: 204-6). Por el contrario, para Martínez Verdugo, “la versión de que los comunistas decidieron tomar las armas contra el gobierno durante la rebelión de marzo o una vez que fue aplastada, carece de cualquier fundamento (...). La conducta política sectaria la adoptó el PCM precisamente después de aplastado el levantamiento” (1985: 116). En todo caso, se trata de una coyuntura muy particular en la historia del comunismo mexicano, con relación al internacional, que todavía debe ser estudiada más en profundidad.

¹⁷ El Comité de Lucha contra el Fascismo se formó en México en 1928 con Vittorio Vidali como presidente y con la participación destacada de Tina Modotti. “Carta al Comité Ejecutivo de la IC”. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 11/535-1-208.

¹⁸ En su oposición al partido, Úrsulo Galván trató de impedir tanto la circulación de *El Machete* en Veracruz como el desarrollo de la campaña presidencial del candidato comunista en dicho Estado. Por otra parte, la muerte de la Liga Nacional Campesina prácticamente coincidiría con la propia de Galván, ocurrida el 28 de julio de 1930 en una clínica de Rochester, Estados Unidos, a donde el dirigente comunista había concurrido en busca de un tratamiento efectivo contra un tumor desarrollado en una de sus piernas.

comunistas de Estados Unidos y de Centroamérica¹⁹. En este sentido, y además de proceder a la clausura de su medio de prensa, el gobierno de Portes Gil apresó al secretario provisional de su Comité Continental, el cubano Sandalio Junco, exiliado en México desde 1928 y secretario también de la Confederación Sindical Latinoamericana por la región del Caribe. Una importante protesta internacional impidió que Junco fuera deportado a Cuba, donde bajo la dictadura de Gerardo Machado le esperaba una muerte segura y, junto con tres de sus compatriotas también detenidos (uno de ellos el dirigente sindical Alejandro Barreiro), consiguió en cambio su salida rumbo a Alemania, lo que inmediatamente fue considerado como un pírrico triunfo de las fuerzas de izquierda. Dividido y atomizado por el proceso de descomposición en el que se encontraba la CROM, el movimiento obrero mexicano se hallaba debilitado como para responder con serias posibilidades de éxito a las necesidades impuestas durante esta nueva época signada por el gobierno de Portes Gil. En estas condiciones, el Partido Comunista podía convertirse en un peligroso oponente con cierta capacidad de capitalizar el descontento de los sectores trabajadores: además, su oposición a que los campesinos devolvieran las armas una vez acallada la revuelta escobarista lo convertía en un problemático contendiente para un Estado que, bajo la égida de Calles y por medio del PNR, pretendía su definitiva consolidación.

Pese a los embates del gobierno, y respondiendo a las directivas provenientes de Moscú, el PCM y la LADLA redoblaron sus protestas llegando incluso a convocar a un mitin anticlerical para el 15 de julio, y a una manifestación para el 1° de agosto “ante la posibilidad de una guerra imperialista”²⁰. Apoyados por la Comintern, que en una declaración no dudó en calificar a Portes Gil como “fascista” y en acusar a su gobierno de venderse al imperialismo estadounidense, los comunistas mexicanos llamaron al derrocamiento de su presidente y a sus camaradas de otros países a pronunciarse a favor del PCM mediante distinto tipo de acciones, como protestas en las embajadas y consulados y la publicación de material gráfico llamando al cese de la represión. Tampoco la Liga contra el Imperialismo permaneció al margen del violento proceso que se venía dando en México: en un manifiesto titulado *Contra el terror, la reacción y la traición en México*, y dirigido a “las organizaciones obreras, campesinas y antiimperialistas de todo el mundo”, se propuso dar cuenta del giro autoritario en la política mexicana, y de la progresiva derechización de su régimen gobernante. En este caso, se recordaba que frente a la presión norteamericana, el ex presidente Calles había logrado recabar el apoyo de la izquierda y del movimiento antiimperialista en general,

¹⁹ “Informe general sobre las actividades y situación interna del Partido Comunista de México”: 15 de mayo de 1929. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 12/495-10-100 (pp. 25 y 28). Sin embargo, su visible crecimiento era contrastado por su falta de contacto con el otro partido comunista rival por aquella época: el argentino. En este sentido, en una nota del 10 de enero de 1929 dirigida a Alexander Bittelman, miembro de la dirección del Workers Party, Victorio Codovilla, principal dirigente del PCA y responsable del Secretariado Sudamericano de la IC, afirmaba que “respecto del Comité Continental de la Liga Antiimperialista de las Américas, con sede en México, (...) hasta ahora, a pesar de nuestros esfuerzos, no hemos podido obtener contestación de los diversos informes y cartas remitidos a esos compañeros”. El envío de esta misiva nos hace pensar, sin embargo, en que más allá de las relaciones entre los partidos de México y Argentina, el interés concreto de Codovilla podría haber sido, tal vez, el de afectar la imagen externa del PCM buscando para ello un apoyo en el Workers Party. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 15/515-1-1648.

²⁰ En dicho mitin estuvieron presentes Diego Rivera como presidente y Hernán Laborde por la LADLA, junto con el Profesor E. Beltrán (Grupo Anticlerical Mexicano), Gastón Lafarga (CSUM), Jorge Piñó (Federación de Juventudes Comunistas) y Rafael Carrillo (PCM). Ver *El Machete* N° 173 (13/7/29: 1).

pero que ahora, ante el aumento de dicha presión y la radicalización de las masas, “la pequeña burguesía mexicana, llena de miedo, prefiere tomar el mismo camino que China y el que ya se ha iniciado en la India, traicionando la lucha por la independencia, para salvaguardar sus intereses de clase”²¹. En este sentido, los asesinatos sucesivos de Mella, J. G. Rodríguez y otros militantes comunistas resultaba totalmente coherente con la intención del Maximato de acallar, a como dé lugar, la protesta de obreros y campesinos. Y en el mismo tono en el que lo había hecho la Internacional Comunista, también el Manifiesto de la Liga concluía con una invocación a la protesta generalizada en contra de la “dictadura fascista” de México²². La reacción generada desde la Comintern no quedaría sin una respuesta efectiva: considerando a dicha declaración como una intromisión directa de Moscú en sus propios asuntos, el gobierno mexicano decidió a principios de 1930 la ruptura de relaciones con la Unión Soviética, una medida que con toda lógica también buscaba obtener un guiño favorable por parte de los Estados Unidos²³. Recién trece años más tarde se produciría el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre México y la Unión Soviética ahora, bajo la crucial coyuntura de la Segunda Guerra Mundial y la derrota en común del movimiento nazi fascista.

En cierta manera, el Pleno del Partido celebrado en julio de 1929 fue el corolario de lo que para el comunismo mexicano significó la rebelión escobarista y la nueva escalada de violencia represiva originada en el gobierno de Portes Gil y Calles (Crespo, 2007: 571-584). Conducido por Mijail Grigorievich Grollman, alias “Pedro”, un cuadro cominternista de amplio conocimiento de la realidad política mexicana²⁴, el Pleno se

²¹ “Manifiesto de la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional”. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 15/534-3-241.

²² Para el Comité Ejecutivo de la Comintern, la ola represiva instaurada en México “desenmascara completamente al gobierno sedicente ‘revolucionario’ de Portes Gil, Calles y consortes, y demuestra a todo el mundo que el gobierno mexicano se ha transformado en un gobierno abiertamente fascista y en un agente del imperialismo norteamericano” (citado en Peláez, 1985: 133). Otras instancias de la Comintern, como el Secretariado Sudamericano y la fracción de habla española de la sección neoyorquina del Workers Party insistieron en las mismas caracterizaciones efectuadas por el Comité Ejecutivo de la IC y llamaron a la realización de distintos actos de repudio contra las medidas represivas.

²³ Fue exactamente el 23 de enero de 1930 cuando se produjo la ruptura en las relaciones entre ambos países: en ese mismo día, la policía allanó la legación soviética en México, detuvo por un tiempo a los funcionarios que allí laboraban y dispuso la expulsión del embajador Alexander Makar, luego de haber saqueado su equipaje en busca de presuntos documentos comprometedores de su apoyo al Partido Comunista. Pese a que Makar redujo su actividad política más bien a la realización de eventos protocolares (según parece, a fin de ganarse la confianza de su par Dwight Morrow y el reconocimiento de la URSS por parte de los Estados Unidos), los allanamientos realizados en su oficina y su residencia una vez concretada la ruptura de relaciones entre México y Moscú revelaron que, en realidad, formaba parte de toda una red de espías y de inteligencia aunque, al parecer, sin participación directa del PCM (ver Spencer, 1998: 194-6). Por su parte, la Unión Soviética explicó la ruptura con México como una consecuencia directa del acercamiento de este país a los Estados Unidos, en un momento de mutua necesidad provocado por el desencadenamiento de la crisis económica de 1929. En este sentido, desde Moscú no se dudó en afirmar que “México se convirtió abiertamente en la colonia norteamericana y los imperialistas norteamericanos ordenaron el rompimiento” (citado en Spencer, 1998: 209). Según dicha interpretación, el gobierno pequeño burgués del Maximato había actuado como en otros países, traicionando los ideales de los trabajadores y priorizando sus propias ambiciones de clase identificada con la pequeña burguesía.

²⁴ Para ese entonces, Grollman se desempeñaba, desde la última reorganización del Secretariado Político de la IC (ocurrida a fines de septiembre de 1928), como asistente de Henri Barbé, responsable también del Secretariado Latinoamericano. En dicha reforma, también se le encargó al cuadro finés Otto Kuusinen, uno de los más importantes apoyos de Stalin, el contacto entre la LCI y la Comintern, quedado situado de

desarrolló bajo estrictas medidas de seguridad y tuvo como primer objetivo llevar a cabo una severa autocrítica acerca del papel del partido durante la “rebelión escobarista”: en este sentido, no sólo se enjuició la “pasividad oportunista” de la mayoría del Comité Central que, al respaldar al Maximato, terminó sosteniendo una postura “conciliadora”, sino que también se cuestionó la actitud neutralista de la CSUM, la que llamó a los obreros a no comprometerse en una lucha que según su interpretación únicamente involucraba a facciones opuestas de la burguesía, rechazándose asimismo el inmediatez de la minoría del Comité Central que, de manera absolutamente prematura, llamó al estallido revolucionario apenas dos semanas después de iniciado el levantamiento. Se respondía así a los cuestionamientos formulados desde la propia Comintern, cada vez más dura con los comunistas mexicanos, la que a su vez señaló la influencia del anarquismo y del reformismo en el partido que dirigentes como Úrsulo Galván y, junto con él, la Liga Nacional Agraria, no supieron liquidar debido a su clara política oportunista.

Por otra parte, y para la Liga Antiimperialista mexicana, la celebración de este Pleno vino a significar no exactamente su desaparición, pero sí una necesaria readecuación a los cambios estratégicos originados desde Moscú y la Comintern, basados éstos tanto en la supuesta llegada de un nuevo período revolucionario como en el irremediable derrumbe del sistema capitalista. En efecto, y a tono con las modificaciones que aun antes de la realización del VI° Congreso de la Comintern se habían comenzado a operar en distintos lugares, este Pleno tuvo como principal objetivo la adecuación del PCM a los nuevos tiempos del comunismo y, por ende, el señalamiento de ex aliados, la burguesía nacionalista y las clases medias en ascenso, como los nuevos enemigos a ser vencidos dada su nueva alianza con los poderes imperialistas²⁵. Bajo la consideración de que el proceso transformador iniciado en 1910 se encontraba ya agotado, se aseguraba el inminente desencadenamiento de una revolución de claro signo antiimperialista y latinoamericanista, que en el campo se debía expresar como un movimiento pequeño burgués-democrático destinado a vencer al feudalismo, mientras que en la ciudad se trataría de un levantamiento de índole socialista. En definitiva, y según la óptica establecida en el pleno partidario de 1929, el objetivo de este nuevo intento revolucionario no sería otro que el del establecimiento de un gobierno obrero y campesino en México, basado en el modelo ruso de los soviets.

Como finalmente ocurriría en otras partes de América Latina, también en México la adopción de las premisas del Tercer Período a partir del Pleno de Julio de 1929 impactarían de lleno sobre la concepción y la organización de entidades de frente único como la Liga Antiimperialista: si ahora los nuevos adversarios a derrotar eran los socialdemócratas y, en particular, sus líneas más izquierdistas, en México el correlato fue el enfrentamiento con antiguos aliados que en algunos casos habían tenido una importante participación en la LAIM, como fue el caso de Ramón de Negri, Secretario de Agricultura de Portes Gil. El giro izquierdista del PCM, sumado a la escalada represiva y a la campaña antisoviética promovidas desde el gobierno, fueron factores que incidieron directamente en la “bolchevización” de los comunistas, así como también

ese modo como jefe directo de Münzenberg *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 9/495-20-956.

²⁵ Por ello, en el Pleno de julio de 1929 no se dudó al afirmar, no sin cierta visión esperanzadora, que “la pequeña burguesía y la burguesía han perdido todo carácter imperialista (adquiriendo) un carácter sumamente fascista (por lo que) se abren ahora para el movimiento revolucionario de los obreros y campesinos, las grandes perspectivas de la lucha por el poder” (citado en Peláez, 1985: 131).

en la reestructuración de la Liga Antiimperialista, convertida ahora en un apéndice del partido sin demasiado poder de atracción y, por lo tanto, con muy escasa influencia sobre las masas.

La depuración ideológica que seguiría al Pleno de 1929 tampoco dejaría de impactar seriamente en el partido y más en particular, en la LAIM: no casualmente, muchos de los dirigentes que terminaron siendo expulsados habían operado en otro momento como destacados dirigentes o cuadros de la organización antiimperialista, y en varios casos, incluso con una filiación directa o cercana al bujarinismo. Así, la ya mencionada separación de Úrsulo Galván en el mes de mayo fue seguida, a fines de septiembre, por la destitución en bloque de Diego Rivera, Luis G. Monzón, Enrique Flores Magón y Federico Bach entre muchos otros, todos ellos calificados de “oportunistas de derecha” y acusados de mantener una política conciliatoria con el gobierno y, por ende, una orientación ida no tanto con el interés de los obreros sino más bien con el de las clases medias. Un caso particularmente relevante fue la expulsión en enero de 1930 de David Alfaro Siqueiros, una de las figuras centrales de la Liga, acusado de desviacionista a raíz de su promocionado romance con la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum, calificada a su vez como “provocadora” y como “agente policíaco”²⁶. En tanto que el Secretario General del PCM, Francisco Carrillo, decidió renunciar a su cargo el 2 de diciembre por motivos de salud, siendo reemplazado a partir de entonces por Hernán Laborde, proveniente del gremio ferrocarrilero, la llegada a puestos de dirección de hombres como Miguel Ángel Velasco, de oficio panadero, y Valentín Campa, obrero, nos muestra a las claras el viraje que el partido estaba ensayando por ese entonces, de mayor acercamiento a las filas sindicales y al movimiento de los trabajadores. En estas circunstancias, el violento alejamiento de los dirigentes remisos a la política de “bolchevización” no sólo vació de su contenido original a la Liga Antiimperialista sino que también debilitó los vínculos de los comunistas con aquel dinámico sector de artistas e intelectuales de vanguardia que tanto había contribuido a su organización y a su conformación ideológica durante su primer década de vida.

Las tensiones con la guerrilla sandinista

Una de las más elocuentes muestras de la nueva orientación impresa al comunismo mexicano a fines de los años '20 puede ser observada tanto con respecto a la relación con el Gral. Augusto C. Sandino como con el apoyo hacia la guerrilla nicaragüense. Como ya habíamos podido ver en el capítulo anterior, con el apoyo del MAFUENIC y de la Liga Antiimperialista, pronto Sandino había pasado a ser un símbolo de rebeldía cuya imagen no tardó en atravesar los lindes del continente, recibiendo afectuosas

²⁶ En la *Resolución sobre la expulsión de Siqueiros* se señalaba que “como Blanca Luz Brum, la causante de las dificultades del compañero Siqueiros, goza en Sud-América de cierto renombre como luchadora antiimperialista, y cultiva amistad con miembros prominentes de los Partidos de Argentina, Uruguay, Brasil y Perú, habiendo logrado que el Secretariado Sud Americano le publicara una declaración contra el APRA en *La Correspondencia Sud-Americana*, enviamos copia de esta carta al Secretariado, a Buenos Aires, suplicándole informe a todos los Partidos y dé la mayor publicidad posible, en todos nuestros órganos, sobre el papel de provocadora y agente policíaco que Blanca Luz Brum desempeña en México, al servicio del Departamento Confidencial de la Secretaría de Gobernación”. Pese a ser considerado como un “buen militante del Partido”, y debido a su relación amorosa, Siqueiros fue separado del Comité Central del PCM, de la Secretaría General de la CSUM y, finalmente, obligado también a romper con Blanca L. Brum. Por otra parte, también debemos recalcar el amor no correspondido del jefe del PC, Hernán Laborde, por la conocida poetisa. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/547-7-396.

muestras de solidaridad por parte de organizaciones políticas y personalidades de todo el mundo. Como hemos visto, y a manera de reconocimiento a su labor, el Congreso Antiimperialista de 1929 lo incluyó en su comité directivo, además de mantener un afectuoso intercambio epístolas con una de sus figuras más representativas, el intelectual francés Henri Barbusse²⁷. Sin embargo, y a medida que el comunismo internacional endurecía su línea y se reclinaba sobre posturas cada vez más radicalizadas, la libertad de movimientos con la que Sandino pretendía continuar, unido a su lucha más enfocada a la liberación nacional que a la construcción socialista, no tardó en convertirse en un verdadero problema para el PCM.

Los primeros atisbos de lo que más tarde se constituiría en la separación de ambos frentes pueden rastrearse hasta por lo menos noviembre de 1928, en momentos en que la LADLA se encontraba organizando una “Conferencia Antiimperialista en el Caribe”, originalmente convocada para la primera quincena de marzo del siguiente año, en el Distrito Federal, pero que, sin embargo, se vería frustrada tanto a raíz del violento giro represivo por parte del gobierno mexicano como por el ya mencionado distanciamiento mutuo acaecido entre los comunistas y Sandino. En este sentido, y aun con el doble objetivo de contribuir a la lucha nicaragüense luego de las elecciones presidenciales y a la expansión del MAFUENIC en nuevas latitudes, no se dejaba de reconocer que si bien “la actitud del General Sandino es la más efectiva de cuantas se puedan asumir frente al imperialismo, es nuestro deber sostenerla, estimularla, considerándola como el punto de partida del gran movimiento continental armado por la emancipación económica y política de los países de la América Latina”. Quedaba claro entonces que para el comunismo internacional, la lucha de Sandino, de fuerte índole nacional y antiimperialista era, apenas, el punto de partida de un combate de más amplias proporciones, en el que estaban en juego tanto su internacionalización como su reconversión bajo lineamientos ciertamente socialistas. Por lo demás, esto mismo era expresado cuando entre los objetivos de la Conferencia se citaban: “la lucha en Nicaragua y la necesidad y formas de solidaridad continental, el imperialismo en El Caribe y su peligro permanente de guerra, el análisis general de la penetración imperialista en los demás países de América, y los métodos de lucha futura contra el imperialismo y la unificación de todas las fuerzas en lucha²⁸”.

²⁷ En su intento por ampliar su lucha a otras geografías y a otros sectores sociales, el general nicaragüense le escribía entonces a Barbusse que “es la nuestra una Causa que ‘pasando sobre las cuestiones de razas y nacionalidades, es la Causa de los oprimidos, de los explotados, de los pueblos contra los dominadores’, y de consiguiente, nunca nos hemos creído solos en nuestra lucha libertadora, porque siempre hemos pensado que si ella es por ahora nacional, devendrá pronto internacional por el despertar de los pueblos de las metrópolis imperialistas que, unificados con los pueblos coloniales y semicoloniales, abatirán al enemigo común: el imperialismo mundial” (en Taracena Arriola, 1985: 271). El discurso político de Sandino era así muy semejante al que por la misma época todavía mantenía la Liga Antiimperialista.

²⁸ Con la Presidencia de Honor concedida al propio Sandino y a Froilán Turcios, y con la Presidencia ejercida por Gustavo Machado (como representante del General nicaragüense en México y ante la dirección del MAFUENIC), el resto del Comité Organizador de la Conferencia se compuso de los siguientes nombres: Diego Rivera (director de *El Libertador* y Secretario de la Sección Mexicana de la LADLA), Salvador de la Plaza (Secretario del CCO), Federico Bach (representante de la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional y del Socorro Obrero Internacional), Dr. Carlos León (Presidente de la UCSAYA), Prof. R. Ramos Pedrueza (representante de la Internacional de la Enseñanza), Jacobo Hurwitz (Secretario General del MAFUENIC), Dr. Ignacio Millán (Editor de *Norte*, de Veracruz), Tristán Maroff (por el Movimiento Revolucionario de Bolivia), Scott Nearing (Secretario de la Sección Norteamericana), Úrsulo Galván (Presidente de la Liga Nacional Campesina), Hernán Laborde (Diputado al Congreso Mexicano y secretario general del Partido Ferrocarrilero Unitario), y Renato Molina Enríquez (Economista, miembro del Instituto). Por otra parte, la invitación a participar se

Sin embargo, la posibilidad siempre latente a la traición se encontraba presente en la dirigencia comunista mexicana, la que llegó a expresar ante sus pares norteamericanos su temor de que Sandino pretendiera conformar una Liga Antiimperialista rival conformada por intelectuales que, en otra época, habían estado cerca del PCM. Asimismo, y pese al interés del nicaragüense en querer conferenciar con representantes de la Liga en su próxima visita a México, el fuerte tono manifestado en las últimas cartas hacía pensar que, efectivamente, la situación era “muy delicada” y, como se puede ver a través de la correspondencia entre los Partidos Comunistas, comprometedor para el desarrollo del movimiento revolucionario en la región²⁹. El punto de mayor tensión entre ambos frentes finalmente tuvo lugar a raíz de la aceptación por parte de Sandino de la invitación a viajar a México formulada por el presidente Emilio Portes Gil, justo cuando, por otra parte, se estaba llevando a la práctica una persecución anticomunista como nunca antes se había producido en dicho país³⁰. Por su parte, Sandino estaba necesitado de renovados apoyos y contactos más aún, luego de su sonada ruptura con quien hasta entonces había sido su vocero internacional, el poeta Froilán Turcios, quien terminó por enfrentarse directamente con el EDSN a causa de su alineamiento con el Gral. Moncada una vez que éste asumió como presidente de Nicaragua a principios de 1929³¹. En vistas de estas circunstancias, Sandino decidió recurrir al Dr. Zepeda como su nuevo representante hacia el exterior.

Cuando Sandino llegó a México, el 28 de junio de 1929, lo hizo acompañado por el propio Martí junto con, entre otros, Esteban Pavletich, el militante aprista ahora cada vez más cercano al comunismo³². Además de buscar un refugio temporal en Yucatán

hizo extensiva a todas las organizaciones políticas, sindicales, estudiantiles y culturales de los países de la región centroamericana y caribeña. Ver *El Libertador* (México) 20: 2.

²⁹ Carta de Rafael Carrillo a la sección estadounidense de la LADLA (México, mediados de 1929).

Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 12/495-108-105. En su respuesta, los estadounidenses recomendaban a los mexicanos aprovechar las falencias de Sandino, principalmente sus “vacilaciones”, para fortalecer el trabajo de los comunistas como aliados indispensables y con relación a otros grupos guerrilleros de la región con ciertas potencialidades de crecimiento, como se creía que por la misma época estaba ocurriendo en Honduras.

³⁰ Sin embargo, y más allá de la creciente tensión entre los comunistas mexicanos y el propio Sandino, esto no impidió que, a fines propagandísticos, la LADLA convocará a un mitin el 4 de mayo de 1929 para celebrar el segundo aniversario del levantamiento antiimperialista en Nicaragua. Ver *El Machete* N° 162 (1°/5/1929: 4).

³¹ Luego de un infructuoso intento de arbitraje entre Moncada y Sandino, para que en vez de combatirlo éste último reconociera al nuevo presidente a cambio de que se respetara su vida y la de sus hombres, y al no hallar ninguna respuesta por parte del general insurrecto, Turcios le escribió el 28 de diciembre de 1928 que “después de leer repetidas veces la parte que se refiere al punto grave, que sintetiza la lucha libertaria, he quedado completamente convencido de que la fatalidad se cierne sobre nuestra causa, y que sobre la nueva ideología con que Ud. me la presenta, camina a rápidas jornadas a su seguro fracaso (...). Veo que ya no estamos de acuerdo en la finalidad de la lucha; que ya no atiende a mis observaciones, de conservarse en el plano único de la soberanía, en su acción contra el pirata, y que pretende ahora buscar medios para cambiar un régimen político interior, empleando para ello la guerra civil y por ese camino no puedo seguirlo. Si Ud. persiste en (el) plan que hoy me ratifica, nos separaremos como dos hermanos que no pudieron entenderse”. Una versión indica que Turcios renunció a su cargo de representante de Sandino para asumir el consulado en París que le había ofrecido el presidente hondureño Mejía Colindres (ver Selser, 1984: 232-3, 5; Tomo II).

³² Los restantes miembros de la comitiva de Sandino eran el mexicano José de Paredes y el dominicano Gregorio Gilbert. En cuanto a Pavletich, su solidaridad con los comunistas mexicanos en aquellos tiempos de represión motivó su expulsión del APRA y su posterior proceso de acercamiento al PCM. Según las crónicas de la época, la llegada de Sandino a Veracruz fue reamente apoteótica: unas cinco mil personas esperaron durante varias horas para poder verlo en el puerto y una cantidad similar se agolpó en la entrada del hotel en todo el tiempo que estuvo presente en esta ciudad. Por el tratamiento favorable que

frente al avance norteamericano en Nicaragua, tal viaje tuvo como finalidad la de obtener armamentos y otros recursos necesarios para continuar la lucha. Sin embargo, para el siguiente mes de septiembre ya resultaba evidente el distanciamiento entre el general y su secretario o, en términos más amplios, entre el movimiento por él dirigido y la Comintern³³. Mientras que el gobierno de Portes Gil arremetía violentamente contra las organizaciones populares y comunistas, asesinando a algunos de sus principales dirigentes y expulsando a aquellos otros de origen extranjero, Sandino fue abastecido con dos mil pesos mensuales para su mantenimiento y el de su propia gente mientras mantuvo su residencia en México. Era claro que al presidente mexicano le resultaba funcional la presencia de su popular huésped, el que pese a estar confinado en el sur del país, al menos le ayudaba a encubrir la política represiva desatada contra los comunistas. En vista de estas circunstancias, y en un momento en el que el comunismo internacional se replegaba sobre el campo popular, repudiando todas aquellas anteriores alianzas con sectores y personalidades que no se correspondían con la línea vigente del “Tercer Período”, resultaba lógico el distanciamiento con Sandino y con su grupo guerrillero que, al mismo tiempo, se encargaba de acentuar el carácter nacionalista de su lucha.

La entrevista entre Sandino y Portes Gil finalmente tuvo lugar el 29 de enero de 1930, no sin que se profundizara un generalizado clima de desconfianza hacia el gobierno mexicano, sobre todo, frente al renovado coqueteo con los Estados Unidos y, de manera puntual, debido al reconocimiento de Moncada como gobernante legítimo en Nicaragua³⁴. Por otra parte, la ruptura de relaciones entre México y la Unión Soviética, ocurrida exactamente seis días antes del encuentro, también sirvió para justificar los temores de Sandino. Sin obtener mayores concesiones por parte de Portes Gil, no resultó extraño, entonces, que se produjera un tibio acercamiento del general nicaragüense hacia sus antiguos aliados comunistas, en búsqueda de un amparo como el que había gozado hasta el anterior año: en este sentido, en su correspondencia no sólo volvió a hablar de Farabundo Martí como de su “secretario” sino que, incluso, intentó poner a su Ejército bajo el cobijo de la Confederación Sindical Latinoamericana, creada en Montevideo en 1929 y considerada como el brazo en la región de la Internacional Sindical Roja. Estos esfuerzos no fueron en vano: Sandino obtuvo una elocuente defensa desde Berlín por parte de Willi Münzenberg, quien además de destacar el hecho de que el “General de Hombres Libres” formaba parte del Consejo Directivo de la

la prensa comunista brindó sobre el viaje de Sandino a México podemos concluir que todavía y por un tiempo más se prefirió esconder al público la creciente desconfianza hacia la figura del líder guerrillero nicaragüense. Ver *El Libertador* (México) 22: 1-2. Sin embargo, esto no impidió que desde *El Machete* se hiciera una crítica, un tanto velada, hacia el líder nicaragüense por no expandir la lucha “más allá de Nueva Segovia” y por querer confiar en los presidentes latinoamericanos, todos ellos “servidores del imperialismo”. Ver *El Machete* N° 173 (13/7/1929: 1).

³³ Un año y medio más tarde, en un informe enviado el 22 de febrero de 1931 a la dirección del Socorro Rojo Internacional, era ésta la opinión de Martí acerca de quien había sido su jefe en el tiempo en el que actuó en el EDSN: “En Nicaragua está en el poder Moncada, agente del imperialismo yanqui, a quien combatimos desde Las Segovias, cuando Sandino estaba apoyado por las organizaciones antiimperialistas revolucionarias, antes de que Sandino traicionara al movimiento antiimperialista mundial para convertirse en un caudillo pequeño-burgués liberal con aspiraciones a gobernar Nicaragua dentro de los moldes burgueses semif feudales y semicoloniales (citado en Cerdás, s/a: 111).

³⁴ Ante el generalizado rumor sobre el reconocimiento del gobierno mexicano a Moncada como presidente, la LADLA alcanzó a entregar en mano a Portes Gil una nota de protesta que llevaba por título *Sandino es el único representante del pueblo de Nicaragua*, firmada por el secretario del CCO, Salvador de la Plaza, y de la filial de la Liga en dicho país centroamericano, J. C. González. Ver *El Machete* N° 149 (26/1/1929: 1).

alcaída Liga contra el Imperialismo, se ocupó también de limpiar su imagen frente a todas las acusaciones calumniosas de las que era objeto, promovidas directamente por los Estados Unidos. Buscando el apoyo de las secciones de la LADLA, Münzenberg concluía afirmando que Sandino “estaba no solamente decidido a proseguir la lucha contra el imperialismo norteamericano, sino también contra todos los gobiernos latinoamericanos que son otros tantos instrumentos del imperialismo, con el gobierno mexicano allí incluido, que se ha convertido en un gobierno francamente contrarrevolucionario”³⁵.

Sin embargo, no era la misma la opinión prevaleciente sobre Sandino desde Europa que en América Latina, como se pudo vislumbrar en febrero de 1930, cuando tuvo lugar un encuentro secreto en el Distrito Federal entre el líder nicaragüense y las cúpulas del PCM y de la Liga Antiimperialista mexicana, a estas alturas, mucho más disciplinadas a Moscú que hacia Berlín. Al parecer, tanto a Hernán Laborde como a la dirigencia del Comité MAFUENIC Sandino les confirmó su intención de ceñirse a los dictados de la LADLA, realizando a lo largo de todo el continente una extensa campaña de denuncia del imperialismo norteamericano financiada por la LCI desde Berlín. Por su parte, Laborde condicionó su apoyo a que si hasta entonces “el punto de vista de nuestro partido sobre la verdadera característica de la lucha antiimperialista era aceptada por Sandino, el Comité Central consentiría en apoyar todavía a Sandino y en obtener para el movimiento de Nicaragua el apoyo de todo el movimiento comunista continental e internacional”³⁶. Sin embargo, el líder nicaragüense aclaró que únicamente elevaría una condena pública contra el gobierno del Maximato, tanto por su política imperialista como por su accionar represivo hacia las organizaciones populares, una vez que se encontrara fuera del territorio mexicano, lo que obviamente generó el rechazo por parte de los hombres del Partido Comunista. Incluso, y muy probablemente para no quedar comprometido, Sandino terminó rechazando una invitación para asistir al congreso de la Liga Nacional Campesina, en donde nuevamente se vería obligado a criticar al gobierno y, de modo particular, a sus funcionarios “izquierdistas”: “Tejeda, De Negri & Cía”³⁷. Finalmente, Sandino retornó a Yucatán eludiendo nuevos pactos con sus antiguos aliados, lo que le hubiera valido un seguro distanciamiento con el presidente Portes Gil.

Su aislamiento político y, al mismo tiempo, su dependencia económica del gobierno mexicano resultaron así cada vez más evidentes. Según el Comité Central del Partido Comunista, el silencio de Sandino con respecto al gobierno mexicano se fundaba en el envío de pistolas, cuatro mil cartuchos y el dinero necesario para su regreso a Nicaragua asegurándosele, además, una ayuda más efectiva en armas y municiones para continuar

³⁵ La *Correspondencia Internacional*, 23 de abril de 1930. Citado en Cerdás (s/a: 107-8). Una postura idéntica a la de Münzenberg fue adoptada por Henri Barbusse quien, en una carta al general rebelde expresaba que “nos adherimos todos íntegramente a las palabras con que Manuel Ugarte y los estudiantes americanos de Europa terminan su manifiesto en favor de Nicaragua: ‘Por eso estamos con Sandino que al defender la libertad de su pueblo presagia la redención continental’ (es español en el original)”. Ver *El Libertador* (México) 20: 6.

³⁶ “El Partido Comunista Mexicano ha apoyado hasta aquí la lucha del general Sandino en Nicaragua”. Carta desde México el 30 de abril de 1930 por Hernán Laborde. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/547-7-396.

³⁷ Carta enviada desde Guatemala el 3 de marzo de 1930, con la firma de “Arturo” (seudónimo de Ricardo Martínez. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 17/534-4-328.

su lucha contra los estadounidenses³⁸. No pasó mucho tiempo antes de que los ataques contra el general nicaragüense y su presunta traición al movimiento que tiempo antes había encabezado se volvieran frecuentes en la prensa comunista internacional, tanto así que para inicios de 1930 se vio en la necesidad de contestar públicamente a sus críticos, reafirmando el compromiso moral del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua y la incorruptibilidad de su lucha³⁹. Sin embargo, y más allá de la defensa asumida por el líder guerrillero, el veredicto emitido por el PCM resultaba claro: “el Comité Central declara que Sandino ha dejado de ser un luchador antiimperialista para transformarse en un caudillo pequeño-burgués, se ha metido en una lucha de grupos dentro de una lucha por el poder burgués. En consecuencia, los trabajadores de México y de Nicaragua, del continente y del mundo entero no pueden tener nada en común con Sandino”⁴⁰.

Finalmente, y de manera secreta, Sandino salió de México el 2 de abril de 1930, llegando a Las Segovias el 16 de mayo. Su vuelta estuvo así enmarcada en un doble fracaso: con respecto a sus ex aliados comunistas, quienes decidieron cortar con él todo tipo de relación política, más allá del tibio acercamiento producido en México unos meses antes, pero también con relación al gobierno de Portes Gil, el que más allá de proporcionarle cierta resguardo no se comprometió en una posición más activa en contra de la invasión norteamericana al territorio nicaragüense. Además, y producto de esta ruptura política con los comunistas, Sandino perdió a uno de sus principales hombres: su ex secretario y hombre de confianza Agustín F. Martí, quien decidió darse de baja del EDSN luego de que de hecho se limitara su mandato⁴¹. Por su parte, el revolucionario salvadoreño permaneció en México hasta el mes de mayo cuando una nueva expulsión motivó el retorno a su país natal, ahora como representante del Socorro Rojo Internacional y con la misión de hacerse cargo del recientemente fundado Partido Comunista⁴². La relación entre ambos hombres, cuya colaboración y mutua amistad había ayudado tanto a la difusión de la lucha sandinista como a la popularización de la Internacional Comunista, fue congelada sin que hubiera posibilidad de retorno, pero

³⁸ Carta desde México el 30 de abril de 1930 por Hernán Laborde. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/547-7-396.

³⁹ Por ejemplo, el 4 de enero de 1930 se publicó en la *Correspondencia Internacional* la siguiente nota cuyo encabezado era “Sandino se pasa al campo imperialista”: “Sandino, el antiguo dirigente de los insurgentes de Nicaragua, que ha dirigido la lucha contra la intervención militar de los Estados Unidos, se ha dejado comprar por 60,000 dólares. Él se ha comprometido a desinteresarse en el movimiento revolucionario de Nicaragua y a establecer su residencia en el Estado mexicano de Yacán (sic, por Yucatán)”. Citado en Cerdás (s/a: 103).

⁴⁰ Carta desde México el 30 de abril de 1930 por Hernán Laborde. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/547-7-396.

⁴¹ Su salida de las filas sandinistas no se dio, claro está, sin que también mediara la polémica. Según información vertida por Hernán Laborde, “Sandino ha destituido a su secretario particular, el camarada Agustín F. Martí por un pretexto cualquiera, y ha autorizado a su representante en esta ciudad, Dr. Pedro José Zepeda, a hacer declaraciones públicas diciendo que la destitución de Martí resultaba del hecho de que había descubierto que se trataba de un espía del Partido Comunista. (...) Podemos ver lo absurdo de esta explicación desde el momento en que Sandino estaba perfectamente de acuerdo con nuestro Partido y que ya sabía que Martí era un comunista afiliado desde antes de partir de Las Segovias”. Carta desde México el 30 de abril de 1930 por Hernán Laborde. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/547-7-396.

⁴² Expulsado de México junto con su amigo E. Pavletich, Martí pasó una corta temporada en su país natal hasta que en diciembre de 1930 volvió a ser deportado. En Estados Unidos rechazó una invitación para viajar a la Unión Soviética y, en cambio, decidió su retorno a El Salvador, a donde llegó en febrero de 1931 (Jeifets *et al.* 2004: 197).

aunque con el tiempo se profundizaron los celos y las desconfianzas, ambos se ocuparon en sus respectivas horas finales de rendir tributo a quien por un tiempo había sido uno de sus más aguerridos compañeros de armas⁴³.

Pero la vuelta de Sandino a la acción tampoco sirvió para limar asperezas ya que, por el contrario, las divergencias entre el sandinismo y la Comintern fueron profundizándose: así, tanto desde Moscú como desde las organizaciones comunistas continentales no sólo se reprochó el “carácter pequeño burgués” y “nacionalista” de la guerrilla sino que incluso se remarcó las presuntas limitaciones de su lucha antiimperialista, acotada únicamente a la expulsión de los marines estadounidenses del territorio nicaragüense⁴⁴. Más allá del fracaso en que culminó la relación entre Sandino y el PCM, la campaña en defensa del ejército insurgente nicaragüense fue probablemente el primer jalón de verdadera importancia y alcances en la historia de los comunistas de toda la región (y, si además nos guiamos por las declaraciones de los líderes del Workers Party, también de los marxistas estadounidenses). Para la Liga Antiimperialista, la campaña internacional de apoyo significó al mismo tiempo su expansión y su consolidación política, prácticamente, a tres años de haber sido creada. El comité MAFUENIC en tanto fue, a la vez que un frente amplio de solidaridad como nunca antes se había dado en América Latina (exceptuando, quizás, el comité de apoyo a los obreros anarquistas Sacco y Vanzetti), un antecedente para futuros emprendimientos similares, rápidamente organizados en defensa de aquellos líderes o figuras públicas que, sin ser necesariamente comunistas, podían resultar de gran importancia como símbolos de la lucha de los sectores populares y subalternos y elementos aglutinadores y de movilización. Pero tal vez, el aporte más importante al sostenimiento de la guerrilla sandinista haya sido para el comunismo internacional la constitución de una red de cada vez mayores proporciones, mediada por organizaciones que, como la Liga, aseguraban una amplia participación e involucramiento, más allá del campo político e ideológico de pertenencia.

⁴³ En este sentido, y si bien Sandino reconoció que aunque “Martí, el propagandista del comunismo, vio que no podía vencer en su programa y se retiró”, también lamentó la separación del revolucionario salvadoreño “tanto como la pérdida de una batalla”. Por su parte, y minutos antes de ser fusilado en El Salvador el 1° de febrero de 1932, Martí declaró lo siguiente: “doy testimonio de la entereza moral, de la pureza absoluta del General Sandino. Me consta que en México recibió ofertas repetidas de considerables sumas de dinero con tal que de que abandonara su lucha en Las Segovias, y que estas ofertas fueron rechazadas por el General con la más noble indignación. Mi rompimiento con Sandino no provino, como se dijo alguna vez, de divergencias de principios morales o por normas opuestas de conducta. Yo me negué a seguirle nuevamente a Las Segovias porque él no quiso abrazar el programa comunista que yo defendía. Su bandera era sólo bandera de independencia, bandera de emancipación, y no perseguía fines de rebelión social. (...) Y ya para morir, declaro solemnemente que el General Sandino es el primer gran patriota del mundo” (citado en Cerdás, s/a: 111-3).

⁴⁴ En su voluntad de transformar al “nacionalismo” de Sandino en una revolución social y antiimperialista llevada adelante por los obreros y campesinos, la sección costarricense de la Liga Antiimperialista emitió un documento en enero de 1933, poco antes de que se firmara el acuerdo de paz en Nicaragua, en el que se afirmaba que “los centenares de sus compañeros serían hoy millares de millares si a su consigna justa, pero limitada de ‘Fuera los yanquis’, hubiera agregado otras: ‘La tierra para el que la trabaja’, ‘El gobierno para los obreros y campesinos’, ‘No más argollas de los explotadores en alianza con el imperialismo de afuera’” (citado en Cerdás, s/a: 123).

Un nuevo presidente, un renovado anticomunismo

Por otra parte, y a la par de la tensión acumulada como resultado de la visita de Sandino a México, la conflictiva década de los '20 concluiría con la elección de un nuevo presidente y con una nueva cacería de comunistas. En este sentido, y al haber permanecido fuera del país durante varios años, Pascual Ortiz Rubio se había convertido en el candidato ideal del PNR: sin estar enlistado en ninguna de las facciones en pugna, públicamente tampoco parecía ser un hombre de Calles, lo que le permitió al “jefe máximo” de la Revolución poder encarrilar el proceso de reforma agraria que había reactivado Portes Gil pero, ahora, en una dirección más conservadora. Ortiz Rubio fue entonces presentado como el candidato del orden y la autoridad en busca de la aprobación del nuevo embajador estadounidense, Arthur Bliss Lane y, por derivación, del gobierno norteamericano, luego del traspie provocado por la rebelión escobarista durante el mandato anterior. Por otra parte, y en medio de este contexto tan enrarecido por el asesinato de Obregón y por la insurrección militar, la oposición comunista apenas si había tenido la posibilidad de efectuar su propia campaña electoral, con varios de sus candidatos perseguidos por la policía y con la resistencia de las autoridades estatales al registro de las secciones locales y regionales bajo argumentos sin base legal. No fue casual entonces que, bajo esta situación represiva, sumado al fraude electoral, el candidato del Bloque Obrero y Campesino, Rodríguez Triana, contara con tan sólo el 1% de los votos, frente al 93,5% alcanzado por Ortiz Rubio (por su parte, el restante competidor a la presidencia, el ex Secretario de Educación José Vasconcelos, apenas si había conseguido superar el 5%).

En tanto que los peores efectos de la crisis capitalista de 1929 se cernían sobre la población mexicana y, en particular, sobre sus clases más desfavorecidas, provocando un aumento en la pobreza y en la desocupación y, en líneas generales, un empeoramiento en sus condiciones de vida. Frente a las demandas de las masas trabajadoras, el gobierno respondió con más medidas represivas y antipopulares. El campesinado, que hasta entonces había sido un factor de creciente poder, sobre todo, gracias a su participación en el aniquilamiento de la rebelión escobarista, se vio forzado a entregar las armas que tiempo antes el gobierno de Portes Gil le había proporcionado. Por otra parte, las pocas huelgas producidas durante este período fueron, por lo general, resueltas por medio de la represión a los líderes sindicales y a los trabajadores comprometidos en las luchas obreras. Las instancias negociadoras que habían caracterizado los primeros tiempos del régimen de Plutarco Calles fueron una sombra, una vez que el empeoramiento de la situación económica provocó una política crecientemente autoritaria, interesada en lograr la “paz social” a cualquier costo con la intención de presentar un escenario favorable para las escasas inversiones foráneas, principalmente, norteamericanas.

La ya mencionada ruptura de relaciones entre México y la Unión Soviética en enero de 1930 iba, justamente, a corroborar la cada vez mayor dependencia de Washington y a acentuar la tendencia antimarxista manifestada por el poder desde por lo menos un par de años antes. Un fallido atentado contra la vida del nuevo presidente Ortiz Rubio, producido justo el día de su asunción, el 5 de febrero de 1930, desencadenaría una nueva ola represiva contra los comunistas y agitadores, llevándolos a la cárcel en las

Islas Marías o bien, expulsándolos de México en el caso en que fueran extranjeros⁴⁵. En total, 19 dirigentes comunistas fueron asesinados en distintas localidades del país. De esta manera, y con la supuesta autorización del nuevo Secretario de Gobernación, el ex presidente Portes Gil, algunos de los más importantes militantes de la Liga Antiimperialista, como Tina Modotti y Esteban Pavletich, habrían de ser deportados, mientras que otros, como Jacobo Hurwitz y Vittorio Vidali, debieron escapar de forma clandestina⁴⁶. El clima represivo se prolongó por varios meses más, aunque la persecución a los comunistas fue acompañado de una política pública de acercamiento hacia aquellos dirigentes sindicales sin ninguna relación con Moscú. Pero la liberación de algunos dirigentes del PCM en marzo de 1930 y la supuesta tolerancia para enfrentar manifestaciones de protesta, en algunos casos, de neto corte antiimperialista, no fue obstáculo para que el gobierno continuara con su política persecutoria, saqueando en agosto la oficina del Socorro Rojo Internacional e interviniendo la sede de la CSUM poco antes de fines de ese año.

⁴⁵ Bajo este clima opresivo, algunos de los más reconocidos líderes comunistas y antiimperialistas como Valentín Campa, Rafael Carrillo, José Revueltas, Miguel A. Velasco y Juan de la Cabaña sufrieron prisión, detenciones y secuestros.

⁴⁶ Tina fue apresada el mismo día de la asunción de Ortiz Rubio: había salido de excursión a un pueblo cercano al Distrito Federal y al volver ya estaba la policía en su casa. Fue encarcelada y, junto con otros militantes comunistas en la misma situación, inició una huelga de hambre. Finalmente fue deportada en el buque Edam. Por otro lado, durante una escala en Tampico, y con el pasaporte de Jacobo Hurwitz para evitar persecuciones, consiguió subir a dicho barco el dirigente Vittorio Vidali, quien había iniciado un romance con Tina Modotti luego del asesinato de Mella (Barckhausen-Canale: 1989: 176-183).

ARGENTINA

La expulsión de Penelón y su impacto en la Liga Antiimperialista

Mientras el PCM se debatía entre un renovado sectarismo y el apoyo, aunque encubierto, a la lucha nacionalista y antiimperialista de Sandino, en Argentina, en cambio, estaba por estallar una de las peores crisis sucedidas en la breve historia del Partido Comunista, por lo menos, desde la expulsión de la facción “chispista”.

Según se puede constatar a partir de los elementos trabajados, desde 1927, y a nivel del movimiento comunista internacional, pudo verificarse un lento pero progresivo corrimiento del eje político en el que la cuestión antiimperialista fue cediendo su espacio al antifascismo y a la defensa de la Unión Soviética. Paralelamente al desenvolvimiento de este proceso, la lucha de líneas y tendencias cobraría nuevo auge dentro del PCUS y, por derivación, dentro también de la Comintern cuando un nuevo corrimiento de Stalin hacia la izquierda debilitara a la facción frentista del comunismo soviético y, particularmente, a su primer y principal referente, Nikolai Bujarin, por entonces, secretario general de la Tercera Internacional. El temor que se vivió durante toda esta época en la Unión Soviética ante el peligro de una renovada amenaza externa dio lugar entonces a la adopción de una nueva estrategia en la que la lucha por la propia supervivencia tuvo como costo la plena seguridad brindada por el dogmatismo y el aislamiento. Quizás como ningún otro caso dentro del contexto latinoamericano, un partido tan vinculado a la estructura cominteriana como el argentino no podía dejar de ser afectado por toda esta lucha de tendencias, la que a su vez contribuiría a profundizar una de por sí conflictiva situación interna, originando con ello distinto tipo de desplazamientos, expulsiones y la necesaria readaptación de parte de la dirigencia comunista a los nuevos ejes del poder que se venían trazando desde Moscú. En este sentido, el clima preparatorio a la adopción de la nueva estrategia de “clase contra clase”, consagrada mundialmente a partir del VI° Congreso de la Comintern, no dejaría de impactar gravemente en la conformación organizativa del PCA⁴⁷.

Como ya hemos podido apreciar, dentro del comunismo argentino y del Secretariado Sudamericano existía una situación difícil desde los últimos meses de 1926, pero el conflicto finalmente se desencadenaría cuando el principal dirigente, José Penelón, se opuso a la consigna del boicot contra todos los productos de aquellos países que amenazaban librar una guerra contra Moscú. El conocido líder gráfico amenazó asimismo con vetar la consigna “Ni una fanega de trigo ni una libra de carne para los ejércitos en lucha contra la URSS y la China revolucionaria”, aduciendo que en ese momento dicha propuesta no era capaz de ser comprendida por el proletariado argentino (que al fin y al cabo, no se vería implicado directamente en caso de que hubiera una conflagración de estas características), reclamando en cambio otro tipo de acciones “de realización posible”⁴⁸. Así, una vez más aparecía la antigua y conflictiva demanda de las

⁴⁷ En este sentido, “la crisis de Penelón fue la última crisis que afectó profundamente a nuestro Partido” (*Esbozo*, 1947: 64).

⁴⁸ Con una particular visión, en el apartado “Cuestión de la Guerra” del acta partidaria del 24 de diciembre de 1927 se señalaba que “Ghioldi había redactado un manifiesto que terminaba (sic) ‘ni una libra de carne, ni una fanega de trigo para los países provocadores’. Hubo unanimidad en cuanto al sabotaje. Pero Penelón opúsose a esas consignas del manifiesto de Ghioldi. Se le dijo que esas consignas eran similares a las del Partido alemán y francés, pero contestó que estos estaban equivocados. Penelón amenazó en el Secretariado S. A. (Sudamericano) con vetar las resoluciones de ese Secretariado, si se aprobaban las consignas del manifiesto. Se le propuso recabar la opinión del Partido Comunista de la

“reivindicaciones inmediatas”, pero ahora en un contexto distinto, que no le dejaría de acarrear serios problemas al PCA⁴⁹. Por otra parte, el visible fracaso del Comité de Acción contra la Guerra y, en definitiva, de la estrategia de “frente único” bajo el que se había constituido, no hizo sino agravar la situación de aquellos dirigentes identificados con ella, como fue el caso particular de Penelón: su disidencia, que en otras circunstancias tal vez no hubiera causado mayor revuelo, en esta oportunidad fue aprovechada por sus principales rivales en el Comité Central, Ghioldi y Romo, para debilitarlo primero y para expulsarlo del partido después. Por otra parte, vale agregar que durante la mayor parte del conflicto, Codovilla se mantuvo en una postura neutral, llegando incluso a disentir con Ghioldi, junto con quien había viajado para plantear todo esta difícil situación ante las autoridades de Moscú⁵⁰.

Acusado ante la Comintern y, más en particular, dentro del Secretariado Sudamericano del que era titular, a Penelón se le endilgaron todo tipo de recriminaciones a causa de su “trabajo fraccionista” en el seno del partido: se le acusó de no responder al llamado de defensa de la Unión Soviética ante el peligro de guerra; de concentrarse más en su actividad como concejal que como dirigente partidario⁵¹; de desviacionismo de derecha en materia sindical (pues propuso que los comunistas entraran sin condiciones a la central de la Confederación Obrera Argentina, controlada por los socialistas); de individualismo, parlamentarismo y oportunismo; y, en definitiva, de desobedecer las directivas emanadas de la Comintern, lo que inmediatamente situaba a Penelón en el campo del “trotskismo” (justo él, que era el dirigente más dispuesto a encolumnarse detrás de las propuestas frentistas formuladas por Bujarin)⁵².

Argentina, pero dijo que también vetaría las resoluciones del C.C. si eran favorables a las consignas. Finalmente, Raymond (cuadro cominternista enviado por la Unión Soviética) le dijo que si seguía empeñado, plantearía el asunto a Moscú, a la IC para que ésta resolviese en definitiva. Penelón no quiso sostener su criterio ante Moscú y dijo que transaría, aunque no le habían convencido en aceptar esas consignas siempre que se les agregase ‘en la medida de lo posible’. Se le dijo en el S.S.A. que aunque se aceptaba la transacción, se veía por sus declaraciones que el asunto de fondo no variaba” (CCC 329.15/82 PCa 7: 6).

⁴⁹ Según el *Esbozo*, Penelón acusó a Ghioldi y a la mayoría del Comité Central de querer volver al período verbalista “que había aislado al Partido de las masas” (1947: 62).

⁵⁰ Según el dirigente Ruggiero Rúgilo, “Codovilla había declarado en Moscú que en las discusiones que se habían producido en el partido estaba en un 90% con Penelón. Pero fue modificando paulatinamente su opinión a la inversa” (ver Corbiere, 1984: 78). Así, con respecto a la consigna “Ni una fanega de trigo ni una libra de carne...”, Codovilla dijo en Moscú que “sobre esta cuestión de la guerra, había una línea política confusa puesto que Penelón tiene razón cuando dice que las palabras de orden deben ser lanzadas progresivamente para responder a las necesidades del momento. (...) Después de ver los análisis hechos aquí, ciertamente el camarada Penelón ha cometido errores, pero de aquí a decir que hay desviaciones parlamentarias en el partido hay un error” (CCC 329.15/82 PCa 16: 63). Igualmente, Codovilla ponía distancia a los argumentos vertidos por Ghioldi cuando afirmaba no estar de acuerdo con la idea de que el “Secretariado Sudamericano fuese un fracaso completo”. Así, su única crítica frente Penelón consistió en su “resistencia al trabajo colectivo”, en todo caso y ya a estas alturas, una crítica común hacia su persona por parte de sus compañeros en la dirección partidaria (CCC 329.15/82 PCa 16: 79).

⁵¹ Con respecto a este punto, nuevamente el *Esbozo* afirmaba que “el deslizamiento de Penelón hacia las posiciones de la socialdemocracia fue produciéndose a través de su actividad en el Concejo Deliberante” de Buenos Aires (1947: 61).

⁵² Con respecto a esta acusación, Ruggiero Rúgilo reafirmó que ellos nunca fueron trotskistas ya que “el problema fue exclusivamente nacional porque hasta esa fecha marchábamos todos de acuerdo”, es decir, sin incumbencias de lo que por aquel entonces ocurría dentro del PCUS y la Comintern, afirmación que de todos modos puede ser relativizada, por lo menos, desde la gestión de la “Carta Abierta” en 1925 (ver Corbiere, 1984: 78). Por otro lado, para Emilio Corbiere en su trabajo *Los archivos secretos del PC argentino*, “la escisión del penelonismo en 1927 (fue) el único caso de bujarinismo fuera de la entonces Unión Soviética” (1998: 14).

De acuerdo al acta partidaria del 24 de diciembre de 1927, la labor de Penelón respecto a la Liga Antiimperialista y con relación al señalado conflicto con los “chispistas” tampoco pasó desapercibida, generando un nuevo foco de conflicto que contribuyó a su futura expulsión del Partido⁵³. En este sentido, según afirmó Pedro Romo, Penelón propuso a dos meses de iniciado el conflicto de Nicaragua la creación de un comité de apoyo de Sandino que, en los hechos, “hubiera significado dividir a la Liga Antiimperialista. Y las Ligas Antiimperialistas son organizaciones cuya creación propicia la Internacional Comunista” (aun cuando, como ya tuvimos oportunidad de ver, el propio Comité Continental de la LADLA en México actuaría más tarde a partir de la conformación del Comité Manos Fuera de Nicaragua como una nueva organización de frente único). Al discutirse sobre estas cuestiones en el Secretariado del PCA, Penelón se enfrentó en términos muy violentos contra Raymond, el agente de la Comintern, perdiendo luego la votación solicitada para aprobar su propuesta⁵⁴. Por su parte, en la sesión de la Comisión Argentina reunida en Moscú en enero de 1928, Codovilla reafirmó la postura de Raymond en su enfrentamiento con Penelón diciendo que éste había trabajado por “constituir una nueva Liga, ‘pura’, totalmente comunista, porque él no quería trabajar al interior de la Liga existente, que estaba bajo la dirección de los ‘chispistas’”. Según Codovilla, esta iniciativa de Penelón era una “gran tontería, ya que nuestra política con respecto a la cuestión antiimperialista debía ser de concentración de fuerzas y no tendiente a su dispersión”⁵⁵. Así, para este dirigente eran los chispistas, con su espíritu sectario y secesionista, los verdaderos responsables de que en ese momento hubiera dos Ligas en Argentina trabajando sobre un mismo espacio antiimperialista⁵⁶.

Los debates que por esta época tuvieron lugar en la Comisión Argentina revelan que el caso de la expulsión de Penelón derivó en una discusión mucho más amplia acerca de la estrategia política del PCA y, junto con ella, de sus organizaciones periféricas como la Liga Antiimperialista. En este sentido, y según se desprende de los archivos de la Comintern, fue el propio Codovilla quien a su retorno a Argentina y luego de su participación en el Congreso de Bruselas planteó la necesidad de centralizar a todas las organizaciones antiimperialistas por entonces existentes en ese país por medio de la realización de un encuentro nacional que, como se verá más adelante, finalmente fue realizado al siguiente año en Buenos Aires. Esta estrategia, que en definitiva buscaba desplazar a la Liga ‘chispista’, robusteciendo la labor de los comunistas en distintas localidades de la Argentina, debía ser complementada a través de la elección de cuadros

⁵³ En la discusión de la Comisión Argentina de la Comintern del 16 de enero de 1928, Williams (Boris Mijailov) afirmaba que, con respecto a la lucha antiimperialista, la línea del Partido era “justa” y que pasaba por la creación de un “frente único antiimperialista”: “Nosotros decíamos que dentro del frente único la fuerza dirigente debía ser la del proletariado. En Argentina existe una Liga Antiimperialista cuya dirección se encuentra en las manos de los enemigos del Partido Comunista, los que a si mismo se hacen llamar ‘chispistas’. Nuestra táctica era la de conquistar esta Liga desde su interior. Sobre esta cuestión habíamos tenido nuestras divergencias con Penelón. La línea política en esta cuestión era justa, el trabajo era bueno y no se le permitió comprometer la línea del Partido a Codovilla sobre el incidente provocado por los ‘chispistas’ (se refiere a la reunión tumultuosa que daría origen al GI)” (CCC 329.15/82 PCa 12). Como se puede observar a partir de esta alocución, las diferencias trascendían a prácticamente todos los dirigentes del comunismo argentino de la época.

⁵⁴ CCC 329.15/82 PCa 7: 2.

⁵⁵ CCC 329.15/82 PCa 16: 78.

⁵⁶ En este sentido, según Codovilla era claro que “fueron los otros los que nos provocaron, pero también era claro que el Partido ‘chispista’ posee agentes provocadores con el interés de hacer una campaña negativa y de desacreditarnos a nosotros (los comunistas) ante las masas obreras y campesinas” (CCC 329.15/82 PCa 16: 79).

intermedios para la dirección de cada nueva filial, evitando con ello poner al frente a los “comunistas conocidos”, los que podían llegar a generar reparos y polémicas ante su eventual designación. Fue así que junto a dirigentes partidarios ya conocidos como Rodolfo Ghioldi y González Alberdi, el partido inició un proceso de rediseño de su Liga Antiimperialista, colocando al frente suyo a nuevos referentes, en varios casos juveniles, tales como Gregorio Gelman y, desde el sector estudiantil, a Héctor Agosti⁵⁷.

Finalmente, y por medio de una Carta-Comentario enviada al Comité Central del PCA (publicada en *La Internacional* el 19 de mayo de 1928), en las vísperas de la Navidad de 1927 el Comité Ejecutivo Ampliado del PCA (en donde estaban presentes, entre otros, Pedro Romo, Israel Mallo López, Orestes Ghioldi, etc.) decidió la expulsión de quien hasta ese momento había sido la mayor figura del Partido, y uno de los líderes de mayor peso dentro de la estructura comunista latinoamericana⁵⁸. Por otro lado, también la Comintern procedió a destituir a Penelón de su cargo de secretario del Secretariado Sudamericano, nombrando como su reemplazante a Paulino González Alberdi. Según el *Esbozo*, la causa fundamental de su expulsión fue el “patriarcalismo” existente hasta entonces en el Partido, que “hacía honor a la tradición caudillesca del país” (1947: 63)⁵⁹. Su alejamiento fue acompañada de la de una importante cantidad de afiliados y cuadros directivos, provenientes en su mayoría de sectores obreros, artesanales y de la Juventud del PCA, con los que a principios de 1928 fundó el “Partido Comunista de la Región Argentina”, denominado luego “de la República Argentina” (PCRA)⁶⁰. Como ocurrió con prácticamente todas las instituciones ligadas al PCA, debilitadas y

⁵⁷ Héctor Agosti, nacido en 1911, fue uno de los más importantes pensadores con el que contó el comunismo argentino en toda su historia, convertido además desde fines de los años '20 en un verdadero modelo de militante estudiantil y de intelectual comprometido con la causa. Cercano también a la figura de Aníbal Ponce (con quien compartió su devoción por la figura de José Ingenieros, además de su interés por la reinterpretación de la historia nacional y de sus grandes fundadores), su acercamiento al PC se produjo, en cierta manera, como un “reflejo argentino” de las expresiones políticas formuladas por otros destacados jóvenes dirigentes latinoamericanos de la época como fueron los casos, puntualmente, del peruano José C. Mariátegui, del cubano Julio A. Mella y del venezolano Salvador de la Plaza (ver Zamudio Barrios, 1992: 41-2). Posteriormente, y cuando todavía no había dejado atrás su propia juventud, Agosti comenzó a ser considerado como un símbolo del intelectual perseguido y encarcelado por la defensa de sus valores y sus creencias políticas: no casualmente uno de sus primeros trabajos llevó el nombre de *El hombre prisionero*, publicado por la Editorial Claridad en 1939.

⁵⁸ En una discusión preparatoria para VIII° Congreso del PCA, se llegó a afirmar que el penelonismo “representaba el cansancio que se reflejaba en el Partido, resultado de varios años de ofensiva capitalista que tiene como punto de partida un renacimiento de ilusiones pacifistas y pequeño-burguesas” (*Esbozo*, 1947: 64).

⁵⁹ Asimismo, según la *Resolución Argentina* del 9 de abril de 1928 se aseguraba que “el Partido Comunista argentino, para estudiar y resolver sus problemas y desarrollar su actividad política, poseía formas de organización patriarcales y métodos de trabajo individuales que no se correspondían más con sus nuevas tareas y con el desenvolvimiento de la influencia del Partido (...). La influencia personal de algunos camaradas de la dirección, que retrotraían las cuestiones a la época en la que el Partido era un pequeño grupo de propagandistas, no había hecho lugar a la dirección colectiva” (CCC 329.15/82 PCa 6 M.A./A.R./N° 4782/4).

⁶⁰ Algunos de los dirigentes que decidieron irse con Penelón fueron los viejos fundadores del Partido Socialista de Juan B. Justo (como Gotoldo Hümmel, Germán Müller y Guillermo Schulze) y otros que, como en el caso de Florindo Moretti, Luis V. Sommi, Pedro Chiarante y Ricardo Cantoni, volverían más adelante a trabajar en el PCA. Al periódico del PCRA se lo denominó *Adelante* (probablemente, en referencia al *Vorwaerts* de la socialdemocracia alemana, en la que habían participado los dirigentes alemanes del grupo) y, ya a principios de los años '30 el partido adoptó el nombre de Concentración Obrera. Por otra parte, en *Los orígenes del comunismo argentino (el Partido Socialista Internacional)*, Emilio Corbiere incluyó el “Manifiesto a todas las agrupaciones y afiliados del Partido Comunista” con el que la facción penelonista dio a conocer públicamente su alejamiento del PCA.

paralizadas seriamente sobre todo en el ámbito de la Capital Federal⁶¹, la Liga también resultó afectada por la partida de Penelón, pese a que en ella no participaban (al menos no de manera directa) ni el dirigente destituido ni sus principales seguidores⁶².

La problemática del imperialismo, y sus derivaciones en el campo organizativo, no dejaron de estar presentes en el fallo emitida por la Internacional Comunista al aprobar la expulsión de Penelón. En este sentido, y luego de reconocer que en el seno de la dirección partidaria se había generado una tendencia “oportunista”, arraigada en una concepción individualista y patriarcal que inevitablemente había derivado hacía el “fraccionismo”, por otra parte, la mayoría del Comité Central tampoco había sabido oponerle una “línea revolucionaria consecuente y justa”. Así, la IC criticaba a Penelón, pero también ponía distancia hacia la actuación política del Ghioldi y Codovilla, ya que consideraba que el principal error del partido había consistido en la “desvalorización de la importancia del movimiento antiimperialista de los pueblos de América Latina (y) más particularmente en la lucha contra la guerra”, más aún, teniendo en cuenta que “la

⁶¹ Por ejemplo, de 643 afiliados que había en las células de empresa en la Ciudad de Buenos Aires, aproximadamente 250 decidieron irse con los penelonistas, a lo que se le agregó una gran cantidad de militantes que había optado por alejarse del PCA durante su crisis (Vargas, 2004: 417, T. 2). Por otra parte, resulta interesante resaltar que los fuertes movimientos que por este entonces se estaban dando en la estructura del PCA impactaron también en el amplio campo de la izquierda: en el caso del PCO, paralelamente al alejamiento de Penelón, se producía la expulsión de su Secretario General Francisco Loiácono. En este sentido, y según informaba R. Ghioldi al resto del Comité Central el 26 de junio de 1928, “los chispistas (...) no desaparecerán en virtud de las incidencias actuales, pero sí es seguro que ellas contribuyen eficazmente a debilitarlos seriamente (...). Es conveniente hacer conocer que en nuestro Partido no hay dos criterios sobre el chispismo, y que si esta última crisis podría aparentemente haber beneficiado a estos sucede todo lo contrario” (CCC 329.15/82 PCa 9: Acta N° 12).

⁶² En el Acta Partidaria N° 4 del 26 de mayo de 1928, en la sección “Antiimperialismo”, el Secretario Pedro Romo afirmaba que “se han hecho varias tentativas para hacer marchar el Grupo de Izquierda de la Liga Antiimperialista, consiguiéndolo solamente en el aspecto exterior. Orgánicamente, no se trabaja. Pudo haberse hecho mucho más, pero hay un tanto de dejadez de nuestros compañeros”. Posteriormente, en el Acta N° 7, del 2 de julio de 1928, el mismo Romo asumía, haciendo un balance de la crisis desatada a partir de la expulsión de Penelón, que la actividad antiimperialista del PCA “ha sido exterior, fue visible (pero que) orgánicamente, no se ha hecho nada y (que) sufrimos de numerosos conflictos”. Se afirmaba, contrariamente a lo que realmente sucedía en la práctica, que “la única Liga existente es el Grupo de Izquierda (ya que) la otra ha casi desaparecido. En el orden nacional se hicieron diversos trabajos en muchas localidades, formando Ligas seccionales, pero otras actividades han impedido que se siguieran activando”. Algo similar había ocurrido con el Comité de Acción contra la Guerra, en el que los penelonistas sí habían ocupado espacios de dirección; en este sentido, era claro que “el Comité formado no ha llenado su misión, pero puede ser removido, aunque se producirán algunos claros que pueden ser llenados” (CCC 329.15/82 PCa 9). El confuso perfil de esta última organización, sumado a su falta de iniciativa, también fue señalado por Codovilla cuando en dicha reunión del 2 de julio de 1928 llegó a decir que un defecto del Partido fue el de “haber creado muchos comités para luego no trabajar en ninguno”, por lo que “la Liga Antiimperialista debe transformarse en el centro de la actividad contra la guerra. Debe ser un organismo de masas y debemos dedicarle toda nuestra actividad” (CCC 319.15/82 PCa 9). Por otra parte, y aunque no estuviera ligado esencialmente con el conflicto suscitado a raíz de la expulsión de Penelón, es de remarcar que el corrimiento hacia la izquierda también terminó impactando en otras organizaciones afines al comunismo o en donde él tenía importante participación como en el caso de la Alianza Antifascista, en cuyo primer congreso, celebrado a inicios de 1928, y como consecuencia de la adopción de la política de “clase contra clase”, se provocó la inmediata salida de los socialistas y los republicanos, permaneciendo en ella, además de los mencionados comunistas, los “maximalistas”, si bien luego ellos también fueron alejados. Como contraparte de la Alianza Antifascista de los comunistas, en enero de 1929 fue fundada la *Concentrazione di Azione Antifascista*, dirigida por un ex diputado del PCI, Albano Corneli, también representante en Argentina y, desde el año anterior, de la *Lega Italiana dei Diritti dell' Uomo* (creada en París en 1927). Una vez creada, la *Concentrazione* se ocupó de agrupar al antifascismo socialista y republicano siendo financiada, en gran medida, por el industrial Torcuato di Tella (ver Fanesi, 1994).

particularidad de la lucha de clases en la Argentina está determinada por el hecho de que el movimiento antiimperialista –tomando el carácter de un movimiento de liberación de la economía nacional del yugo imperialista- puede ser y será un serio movimiento político de clase solamente a través de una lucha contra los grandes propietarios de tierra y la burguesía agroindustrial”, los que aparecían así como el bloque de poder a ser derrotado, sin que por lo demás al mismo tiempo se considerara el accionar de una burguesía nacional que pudiera fungir como aliada de los trabajadores⁶³. Así, en su *Carta al Partido Comunista de la Argentina*, del 15 de marzo de 1928, la Internacional Comunista consideraba que “la falta esencial del conjunto del Comité Central durante este período fue la de subestimar la importancia del movimiento antiimperialista de los pueblos de América Latina dentro de la situación internacional actual y, más particularmente, dentro de la lucha contra la guerra. Esta subestimación ha dejado a los elementos excluidos del Partido la iniciativa de la creación y la dirección de la Liga Antiimperialista en Argentina y permitió su utilización por una organización sectaria y hostil al Partido Comunista”. De ahí que la consigna sugerida era la de “Lucha antiimperialista, por una parte, y lucha por el gobierno obrero y campesino por la otra”⁶⁴.

Por otra parte, y siempre según la notificación de la IC, fue este olvido de la cuestión imperialista el que de hecho posibilitó que los “chispistas” crearan y dirigieran la sección argentina de la Liga Antiimperialista, pese además, a la participación de Codovilla en el Congreso de Bruselas (a donde había asistido en su calidad de representante del Socorro Rojo Internacional). Por lo mismo, se criticaba al PCA por no haber denunciado con suficiente fuerza la actitud “social patriota” y “social traidora” de los partidos radical y socialista, atacando sobre este mismo punto a Penelón por subestimar el peligro de guerra de las potencias capitalistas “contra la Unión Soviética y contra los países coloniales en la lucha revolucionaria antiimperialista” y la función de

⁶³ En la reunión de la Comisión Argentina realizada el 1° de febrero de 1928 en Moscú, el agente cominteriano Boris A. Vasiliev reprochaba el olvido del Partido sobre la Liga y la cuestión antiimperialista: “¿Por qué no se hizo nada, en presencia de los peligros de guerra, por reforzar nuestro trabajo contra los peligros de guerra sobre la base de organizaciones como la Liga Antiimperialista? ¿Por qué no se organizaron algunas conferencias, por qué no se planteó esta cuestión ante el conjunto de las clases obreras de los países de América Latina y América Central? Yo debo decir que cuando pude leer los documentos que nos han enviado aquí (por Moscú), cuando entendí los informes, todo quedó claro para mí: las palabras de orden en este sentido no fueron proferidas, dentro del sentido del reforzamiento de la lucha antiimperialista (...). Nosotros hemos dicho: es necesario que el partido argentino, ante la posibilidad de una situación excepcional, adopte todas las medidas posibles para desarrollar el movimiento antiimperialista. Es por esto que nosotros hemos creado la Liga Antiimperialista. Y por tanto, en todos los documentos, nosotros no hemos visto nada sobre estas cuestiones. Mi conclusión es que el Partido no estaba vinculado a las luchas políticas dentro del propio país. Así es, él no estaba suficientemente vinculado y no hizo como debería haber hecho. El Partido discutió todo tipo de cuestiones pero no ha discutido la más importante, la cuestión central que es aquella de los peligros de guerra. Yo no he visto dentro de los documentos que nos han distribuido concerniente a esta Liga la consigna de la independencia de las colonias. Yo no he visto nada en los documentos, menos que en los diferentes discursos pronunciados aquí. Yo no he visto nada sobre la cuestión del gobierno obrero y campesino” (CCC 329.15/82 PCa 13). En efecto, y como hemos podido apreciar, las feroces luchas internas vividas en el PCA no habían dejado de debilitar distintos frentes como el antiimperialista, generando malestar entre diversas autoridades y agentes cominterianos.

⁶⁴ Este argumento se expresaba en el punto II de la mencionada *Carta*, correspondiente a “La lucha contra el imperialismo, el incremento de los peligros de guerra. La guerra que viene y el rol de la Argentina. La actitud del PC argentino y sus divergencias al interior de su Comité Central. Las tareas del PC argentino” (CCC 329.15/82 PCa 14). Este mismo párrafo era reproducido en el punto sobre “Los peligros de guerra” de la *Resolución Argentina* a propósito de la expulsión de Penelón del PCA (329. 15/82 PC a 6 M.A./A. R./ N° 4782/4).

“sostén” que en tal conflicto jugaría la burguesía argentina. Colocándose nuevamente en el centro, la Comintern apoyó la consigna de “ni un saco de trigo, ni un kilo de carne para los ejércitos revolucionarios”, aunque criticó otro tipo de iniciativas, como la huelga general y el sabotaje por considerarlas cercanas al “verbalismo”. Por último, y para que no quedara ninguna duda acerca de sus preferencias y opciones política (aunque también como un fuerte llamado de atención), la Carta-Comentario se encargó de remarcar que el PCA se había convertido en “el centro del movimiento comunista de América Latina”, por lo que tenía la responsabilidad moral y política del desenvolvimiento de los partidos comunistas de toda la región, aceptación inmediatamente traducida en su reconocimiento como única sección argentina de la IC, y en su llamado al penelonismo a retornar al Partido⁶⁵.

El PCA y sus diferencias con otros partidos

Pese a los graves conflictos que habían surcado la existencia del PCA en los últimos tiempos, la intención de sus dirigentes fue la de brindar una imagen externa de fortaleza y férrea unidad en torno a las premisas políticas centrales emanadas de la dirección en Moscú: en este sentido, la participación argentina en el VI° Congreso de la Comintern se volvía una instancia más que oportuna para revalidar nuevamente los títulos honoríficos y políticos que Codovilla y Ghioldi habían sabido conseguir gracias a sus importantes contactos con la dirigencia del PCUS. De acuerdo con esto, fue de alguna manera inevitable que se discutiese acerca de las nuevas estrategias y tácticas que necesitaría poner en acción el PCA para volver a ocupar el lugar de predominio latinoamericano asignado directamente por Moscú, más aun en tiempos como los que corrían, en los que la radicalización de las posturas políticas obligaba al mismo tiempo a un nuevo esquema de relaciones con las fuerzas nacionalistas y populistas, de fuerte impacto en otros países del continente, y con los intelectuales y la burguesía progresista en general, actores de importancia en el antiguo marco del “frente único” aunque ahora, claramente devaluados. Sin embargo, y como se podrá apreciar a continuación, según la estrategia de los dirigentes comunistas argentinos, la LADLA debía cumplir un papel no menor en la rivalidad con los populismos y con los movimientos nacionalistas de la región.

No fue extraño entonces que en la reunión preparatoria para el VI° Congreso, llevada a cabo por el Comité Central el 26 de junio de 1928 en Buenos Aires, se abordaran cuestiones como las características del APRA (identificado siempre con el Kuomintang, cuya traición al PC chino servía de alguna manera para profetizar sus próximos movimientos con relación a los comunismos latinoamericanos), la participación de intelectuales y profesionales en el movimiento de izquierda latinoamericano y, por derivación, las diferencias entre los componentes sociales del comunismo en el sur y en el norte de la región⁶⁶. Por otra parte, las urgencias de los comunistas argentinos no eran menores si tomamos en cuenta, como afirmaba Rodolfo Ghioldi, que por primera la

⁶⁵ Pese a que Penelón y sus seguidores apelaron la resolución de la Comintern por estar constituida, según ellos, sobre una base falsa y tendenciosa, e insistieron en la acusación de “inmoralidad” vertida sobre la mayoría del Comité Central, un grupo de delegados del PCRA participó de un “comité unificador” con miembros del PCA que, por las diferencias expuestas, no pudo llegar a buen puerto.

¹¹⁵ Inversamente, las diferencias que llevaron a la ruptura primero con los “chispistas” y luego con los penelonistas fueron rebajadas con la intención de hacer creer a la plana mayor del comunismo internacional que se trataba de conflictos definitivamente saldados y que, por lo tanto, habían conducido al fracaso de estas expresiones divergentes.

Internacional Comunista, “sobre la base de la experiencia china, discutirá a fondo el problema colonial y establecerá claramente las tareas a realizar por nuestros partidos” (refiriéndose, claro está, a los latinoamericanos), estableciéndose con ello una importante apreciación pues para el PCA era fundamental aclarar que los estados de la región eran “semicoloniales”, sin que se los pudiera tomar como exactamente iguales unos a otros, a los que por otra parte no había que confundir con países tales como China o India, pues “es claro que el desarrollo económico de nuestros países no es igual y que no se puede hablar de la América Latina en *block* (aunque) en general sea esa la característica” por parte de la Comintern (con lo que nuevamente se ponían en evidencia las diferencias conceptuales y políticas existentes en el comunismo internacional a uno y otro lado del Océano Atlántico)⁶⁷.

Por otra parte, no era necesario insistir demasiado en la filiación del APRA con el Kuomintang, más aun cuando el propio Haya de la Torre propuso que su propia creación se convirtiera en la versión latinoamericana del partido nacionalista chino. En este sentido, y criticando la voluntad del dirigente peruano, Ghioldi señaló que pese a todo, el Kuomintang era un “verdadero” partido político, a diferencia de su versión latinoamericana, fundamentado únicamente en teorías de los pequeño-burgueses y de los intelectuales. De todas maneras, las similitudes ya estaban dadas puesto que “el Kuomintang pasará a ser un partido reaccionario, como lo será también el APRA. Éste será un partido que luchará contra el Partido y el movimiento comunista americano. Su composición será burguesa e intelectualoide. Tendremos que luchar abiertamente contra esos elementos, que aunque ahora tienen formado su partido solamente en el papel, no hay que olvidar que tienen perspectivas y posibilidades de desarrollo. Con la creación del Secretariado Sudamericano de la Comintern, iniciaremos una seria lucha contra el aprismo, propulsando el desarrollo de las Ligas Antiimperialistas y de los partidos comunistas”⁶⁸. Así, y tal como también lo había delineado Julio A. Mella en sus formulaciones estratégicas contra el APRA, los comunistas argentinos también coincidían en la importancia adquirida por las Ligas como organizaciones de frente único para la lucha contra entidades pequeño-burguesas y populistas⁶⁹.

Para dirigentes comunistas como Codovilla, el intento por implantar organizaciones de base multclasista como el Kuomintang sobre suelo latinoamericano no sólo representaba un serio intento por anular la existencia de los partidos comunistas tal como hasta ese momento habían operado, basados en un fuerte contenido obrero y campesino sino que, según su opinión, lo peor era que quienes promovían esa iniciativa eran “algunos compañeros México y Cuba”. Así, el modelo frentista, sobre el que se basaba una organización como el APRA, también servía entonces como una mala inspiración para la formación de partidos comunistas amplios y plurales, por lo tanto,

⁶⁷ Acta Partidaria N° 12 (CCC 329.15/82 PCa 9: 2).

⁶⁸ Acta Partidaria N° 12 (CCC 329.15/82 PCa 9: 3).

⁶⁹ También en el encuentro de la Comisión Argentina del 16 de enero de 1928 se discutió acerca de la Unión Latinoamericana y el APRA. Puntualmente sobre la primera, Williams afirmó que era una entidad típica de la pequeña burguesía y de los intelectuales, pero que en realidad era más una organización estudiantil que propiamente de la clase media. Por su parte, la ideología del APRA le resultaba similar a la del socialismo revolucionario ruso, cuya dirección también pertenecía a grupos intelectuales que buscaban crear su propia concepción de la lucha antiimperialista; asimismo, le resultaba sospechoso su interés en querer enfrentarse únicamente con el expansionismo norteamericano, cuando varios de sus dirigentes (empezando por el mismo Haya de la Torre) se encontraban comprometidos con el capital inglés. Aun así, Williams no dejaba de reconocer que este “Kuomintang antiimperialista” consistía, en realidad, en un “movimiento político de masas” (CCC 329.15/82 PCa 12: 10).

enfrentados con los nuevos preceptos del Tercer Período⁷⁰. Aunque en ningún momento de su alocución Codovilla mencionó puntualmente a quién o a quiénes hacía referencia, cabe suponer que en el fondo de la cuestión estaba su creciente enfrentamiento con Julio A. Mella que, aunque nadie podía considerarlo seriamente como populista, en cambio sí auspiciaba la continuidad de la anterior política de frente único con aquellos sectores burgueses y de clase media y, por lo tanto, no necesariamente comunistas. Ante esta situación, era la Liga Antiimperialista y ya no los partidos comunistas, la que en todo caso debía ocuparse de la construcción del frente único en América Latina, mereciendo por ende una “atención preferente” para así ser transformada en una “organización de masas”. La readecuación estratégica que por entonces se vivía en América Latina, intentando acompañar los bruscos cambios que también se sucedían en Moscú y en el seno de la Comintern, hacían urgente una puesta en común entre las líneas políticas manejadas por los distintos comunismos de la región, objetivo que recién se iría a cumplir a partir del siguiente año cuando se reuniera en Buenos Aires la primera conferencia latinoamericana convocada expresamente para este fin.

Por otro lado, el señalamiento de México y Cuba como países responsables del apoyo a la fórmula del Kuomintang en América Latina contribuía ciertamente a acentuar las diferencias entre los partidos comunistas de la región, división que según Codovilla había sido reforzada a partir de las intervenciones de “elementos intelectuales” (nuevamente sin mencionar ninguno) desarrolladas durante el último congreso de la Internacional Sindical Roja, los que “han sostenido la tendencia de crear una especie de hostilidad del Norte contra el Sur”. Si una rivalidad cada vez menos solapada existía entre los partidos comunistas de la región, seguramente ésta fue acrecentada a raíz de la expulsión de Penelón y el consiguiente debilitamiento del PCA, aunque para Codovilla este problema debía ser tratado como un enfrentamiento entre ideologías de origen “intelectual” y “proletario” aplicando, de este modo, una categorización que si bien ya antes había sido aplicada (por ejemplo, en tiempos de la expulsión de los chispistas) volvería ahora a ser empleada bajo el nuevo marco estratégico del Tercer Período. Según Codovilla, entonces, “había que recordar que el último congreso de la ISR los delegados sudamericanos, de Argentina, Chile, Uruguay y Brasil, han estado siempre de acuerdo; estas delegaciones, provenientes de países donde existe un verdadero movimiento obrero, estaban formadas por obreros. Los delegados del Norte, formaban coalición contra los sudamericanos. Los compañeros de México, lamento decirlo, están completamente desviados y han iniciado una verdadera lucha contra los compañeros y los Partidos del Sur. Hay que evitar esta lucha aclarando bien las cosas”. La falta de comunicación y de coordinación de acciones políticas en conjunto finalmente habían dado lugar a esta creciente rivalidad, y a un profundo desconocimiento acerca de las características del partido mexicano, enfrascado también él en una cada vez más desgastante lucha de tendencias⁷¹. La necesidad de autoafirmar al partido luego de las

⁷⁰ “De parte de algunos compañeros de México y Cuba, se ha podido notar en varias discusiones que tuvieron lugar en Moscú, la tendencia a transportar mecánicamente el sistema de organización del Kuomintang a esos países, bajo la forma de partidos populares que tenderían a reunir en su seno al proletariado, los campesinos y la pequeña burguesía urbana. Eso sería lo mismo que la desaparición de nuestros partidos comunistas, que serían absorbidos por esos partidos populares. Si se plantea la cuestión en Moscú, nuestra delegación debe oponerse a la formación de esos partidos” (CCC 329.15/82 PCa 9: 2)

⁷¹ Con la intención de reafirmar la opinión de Codovilla, Miguel Contreras expresó lo siguiente: “Hay una importancia de destacar en la Comintern, la forma en que nuestro partido trabaja para liquidar su última crisis. Sobre todo hay que hacerlo porque la base de la lucha de los delegados de los países del Norte era la crisis de nuestro Partido. Recuerda la carta que el Partido mexicano envió a su delegado Siqueiros para que éste hiciera todos los argumentos posibles para que en el Secretariado de la ISR que se creó en

duros enfrentamientos y desgajamientos sufridos en tan poco tiempo desde su creación resultó evidente cuando, en una comparación desmedida con el PCUS, Codovilla señaló “la importancia de la Argentina en el conjunto de los países de la América Latina”, lo que había motivado que la Internacional de Ámsterdam fijase su sede regional en Buenos Aires, iniciativa que según su opinión también debía ser imitada por la ISR, “ya que en la Argentina existe un movimiento obrero con una fuerte tradición de organización y cuya ideología tiene una influencia decisiva sobre los otros países”⁷². Por otro lado, esta situación de creciente rivalidad con otros partidos comunistas latinoamericanos y con los intentos por crear su propia esfera de influencia en el sur del continente, no tardaría en repercutir dentro de la Liga Antiimperialista cuando, como se verá más adelante, al siguiente año se comenzaran a hacer gestiones para el traslado de su Comité Continental de Organización de México a Buenos Aires⁷³.

Dilemas y tensiones en la campaña pro sandinista

Mientras tanto, los chispistas, cada vez más repudiados por los comunistas, y ya con casi sin ningún tipo de amparo en la estructura de poder soviético, también volcaron sus energías a la campaña contra el fascismo, dando a conocer notas explicativas sobre su naturaleza en su periódico, y organizando distinto tipo de iniciativas como campañas de repudio y conferencias de divulgación. Paralelamente, también recrudesció su enfrentamiento contra el Partido Comunista y más en particular, contra su Liga Antiimperialista-Grupo de Izquierda, visiblemente interesada en hegemonizar dicho espacio de lucha y, por lo tanto, en convertirse en el único representante local de la Liga Antiimperialista de las Américas (por esta misma época, y para marcar esa diferencia, la Liga chispista comenzó a firmar sus comunicados con el agregado de “Sección argentina”).

Así y todo, y pese a las crecientes dificultades en curso, la facción chispista de la Liga continuó desarrollando sus propias actividades, deseosa de resguardar su nombre y su espacio ante la fuerte embestida dirigida por los comunistas. Por medio de una reafirmación de su vocación latinoamericanista y, sin duda, en su interés por no perder la relación que hasta ese momento había tenido con el Comité Continental de

Montevideo no dejaran intervenir a ningún compañero de la Argentina. Es curioso constatar que todos los delegados obreros son los de la América del Sur, mientras que los del Norte son todo lo contrario. Son elementos intelectuales, etc., propicios a la oposición, dispuestos a favorecerla en todo momento, cosa que tampoco es por casualidad” (CCC 329.15/82 PCa 9: 2).

⁷² En este sentido, y según R. Ghioldi, “sería ilógico que la dirección del movimiento sudamericano estuviera en manos de un Partido como el de Bolivia u otro por el estilo, países mucho más atrasados que la Argentina, donde su movimiento sindical es todavía incipiente y sus partidos no están debidamente conformados (CCC 329.15/82 PCa 9: 2).

⁷³ La puja con el PCM y su disputa por el control de la Liga Antiimperialista llevó incluso al PCA a tratar de encontrar un aliado directamente en comunismo estadounidense. En este sentido, en una nota del 10 de enero de 1929 dirigida a Alexander Bittelman, miembro de la dirección del Workers Party, Victorio Codovilla afirmaba que “respecto del Comité Continental de la Liga Antiimperialista de las Américas, con sede en México, (...) hasta ahora, a pesar de nuestros esfuerzos, no hemos podido obtener contestación de los diversos informes y cartas remitidos a esos compañeros”. El envío de esta misiva nos hace pensar, sin embargo, en que más allá de las relaciones entre los partidos de México y Argentina, el interés concreto de Codovilla podría haber sido, tal vez, el de afectar la imagen externa del PCM buscando para ello un apoyo en el Workers Party. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 15/515-1-1648.

Organización de la LADLA, la organización se manifestó frente al asesinato del Gral. Álvaro Obregón, en México, al mismo tiempo que se sumó a la campaña internacional de protesta ante el primer aniversario de la muerte de los anarquistas Sacco y Vanzetti. Por otra parte, la rebelión de Augusto Sandino en Nicaragua ante la invasión norteamericana a ese país, y la lucha por la soberanía argentina sobre el petróleo dieron lugar a un ciclo de charlas con la participación, entre otros de Angélica Mendoza y Carmelo Rizzo Baratta. Frente a la nueva arremetida del gobierno de los Estados Unidos contra los pueblos de la región y ante la posibilidad de un nuevo conflicto bélico de proporciones mundiales, La LAI chispista también se ocupó de dejar en claro que “el pacto antibélico ‘Kellogg’ es una alianza de los grandes países para combatir el antiimperialismo y amenazar a su baluarte: Rusia” (*La Chispa*, 19/9/1928). Por último, la realización de un mitin antifascista el sábado 30 de septiembre de 1928, con la asistencia de “tres mil personas”, nos hace creer que aun en medio de su compulsa, la Liga de los chispistas, y a través suyo el PCO, se negaban a desaparecer engullidos por sus rivales comunistas.

El acto por el primer aniversario del asesinato de los anarquistas Sacco y Vanzetti el 23 de agosto de 1928, bautizado por el GI como “Día de la Lucha Antiimperialista”, se convirtió en un nuevo espacio de lucha entre ambas Ligas, intensificada cuando el GI conformó un “Comité pro Sacco y Vanzetti” con la participación de Alberto Valdivia Morón como Secretario General⁷⁴. Sabiendo de antemano que los chispistas rechazarían su invitación, la Liga GI decidió llevar a cabo un mitin de frente único, con la participación de distintos actores políticos, sociales y culturales para de ese modo rechazar cualquier crítica hacia su presunto sectarismo⁷⁵. El acto por el primer

⁷⁴ La importancia estratégica adquirida por el recordatorio del primer aniversario de la ejecución de los mencionados anarquistas italianos, y su clara vinculación con la lucha antiimperialista fue puesta de manifiesto en la siguiente Circular General emitida por el Buró Político del PCA en agosto de 1928 en donde se afirmaba que “el Partido ha resuelto adherir a la campaña iniciada por la Liga Antiimperialista (Grupo de Izquierda) tendiente a conmemorar el aniversario de la ejecución de Sacco y Vanzetti con grandes demostraciones y, si se consigue el apoyo de las organizaciones sindicales, con un paro general, dichos actos que tendrían el carácter de protesta contra esa ejecución al mismo tiempo que de lucha contra el imperialismo. Esto último tiene particular importancia, tanto porque le restaría carácter sentimental a estas demostraciones porque daría al movimiento un carácter concreto y perfectamente anticapitalista”. La vinculación entre antiimperialismo y obrerismo era también reafirmada al decir que era “necesario que todos los compañeros presten la mayor actividad en esta campaña, lanzando las iniciativas del paro general en los sindicatos de los que forman parte, para que estos a su vez lleven la iniciativa a las centrales, proponiendo actos de frente único en las diversas localidades y, donde eso no sea posible, organizándolos a nombre del Partido, con la mención de que se secunda la campaña organizada por la Liga Antiimperialista” (CCC 329.15/82 PCa 8).

⁷⁵ La importancia cada vez mayor adquirida por la Liga para el PCA puede ser interpretada a partir de la siguiente circular emanada del Acta Partidaria del 4 de julio de 1928: “De acuerdo a lo resuelto por el Secretariado Sudamericano, los compañeros que militan en la Liga Antiimperialista (G. I.) han invitado a una reunión de instituciones. Se han enviado consignas a los centros y organizaciones del interior, en el sentido de que organicen una agitación antiimperialista, con motivo del aniversario de Sacco y Vanzetti. En todos los actos, los compañeros harán notar que recogen las palabras de orden de la L.A. (G. I.)”. (CCC 329.15/82 PCa 9: 2). El conflicto entre ambas entidades derivó en un importante cruce de declaraciones publicadas en los distintos órganos partidarios: la primera reacción correspondió a la Liga chispista cuando, a principios de agosto de 1928 publicó la declaración “Sobre un titulado Grupo de Izquierda” en el que se afirmaba que “El Concejo Central de la Liga Antiimperialista, Sección Argentina, cumple con el deber de desautorizar a un titulado Grupo de Izquierda y que se arroga el derecho de denominarse igual que nuestra entidad, creando con ello una premeditada confusión en los medios obreros y estudiantiles del país y cuyos propósitos no nos explicamos”. Por su parte, desde *La Internacional* del 11 de agosto se les respondió aclarando “una pretendida rectificación” y reprochándoles públicamente su negativa a querer participar del encuentro planeado para el 23 de agosto próximo. Y para

aniversario de la muerte de Sacco y Vanzetti finalmente se llevó a cabo el 23 de agosto, precedido por una serie de conferencias públicas con las que el PCA buscó generar una mayor expectativa y, al mismo tiempo, una mayor participación por parte de otras organizaciones: así, el 19 de agosto, Alfons Goldschmidt, el profesor alemán miembro de la Liga Antiimperialista mexicana, dio una charla sobre “La política mundial del petróleo”, actividad coorganizada entre el GI y la Unión Latinoamericana. Para el acto del 23, de un claro signo contrario al gobierno de Mussolini en Italia, los oradores fueron Valdivia Morón, Vittorio Codovilla (aunque finalmente fue reemplazado por Orestes Ghioldi), Agenor Dolfi (dirigente de la Alianza Antifascista, quien formuló su discurso en italiano), Bartolomé Fiorini y Florindo Moretti. Pese a que según *La Internacional* del 25 de agosto, el mitin tuvo “grandes proporciones”, y que la realización de actos simultáneos en otras ciudades de la Argentina sirvió para fundar más filiales de la Liga GI en el interior, lo cierto es que no hubo ningún tipo de colaboración por parte de las tres centrales sindicales, cuestión lamentada por los comunistas en su búsqueda de mayor penetración dentro de las filas del movimiento obrero. Por otra parte, y como una demostración de que efectivamente se estaban acabando los tiempos de tolerancia para con el movimiento comunista en Argentina, es de destacar que la policía intentó en principio boicotear el mitin, exigiendo que se realizara en otro lugar (tres meses más tarde, directamente impediría la concreción del acto “La soberanía nacional de los pueblos de la América Latina”, poniendo bajo arresto al dirigente liguista Félix Giménez).

Una nueva asamblea, llevada a cabo el 11 de octubre de 1928 fijó un nuevo Comité Directivo para la Liga GI. Como titulares quedaron Eugenio Blanco, Rodolfo Ghioldi, Pablo Lejarraga, Paulino González Alberdi, Bartolomé Fiorini, Moisés Castro y Morales, Félix Giménez, Alberto Valdivia Morón, Juan Vescobo, Honorio Barbieri y Gregorio Gelman (los suplentes fueron B. Fuenzalida Castro, P. González Porcel, Oscar Montenegro Paz, Aurelio Hernández, Carlos Ravetto, Blanca Schuster y Carlos Dujovne, con Celestino Vena, Arturo Ravina y Félix Grimoldi como revisores de cuentas). Sin embargo, otra asamblea, realizada esta vez el 8 de noviembre, es decir, menos de una semana después de que se hubiera llevado a cabo el Octavo Congreso General del PCA que ratificó la salida de Penelón y su grupo, obligó a una reestructuración de todo el cuerpo directivo de la Liga GI, quedando conformado de la siguiente manera: como Presidente, Eugenio Blanco; Secretario General, Gregorio Gelman; de actas, Bartolomé Fiorini; tesorero, Félix Giménez de Las Heras; organización, Paulino González Alberdi; propaganda, Alberto Valdivia Morón. Como vocales se incluyó a Rodolfo Ghioldi, Pablo Lejarraga, Juan Vescobo, Honorio Barbieri y Moisés Castro y Morales. La asamblea resolvió asimismo llevar a cabo los preparativos para la realización de varios actos sobre la “penetración imperialista”, y la

desmentir cualquier acusación de sectarismo, enumeraron a algunas de las personalidades políticas con las que habían realizado recientes actos en conjunto (como el diputado socialista Joaquín Coca y los ex presidentes de la FUBA Horacio Trejo y Pablo Lejarraga) además de la buena predisposición encontrada en la Federación Universitaria Argentina, la Unión Latinoamericana, el Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, etc. En la siguiente edición de *La Chispa*, correspondiente esta vez al día 18 de agosto, se publicaba otra nota con el título “Los agentes del imperialismo pretenden hacer obra de confusión. Un ‘Grupo de Izquierda’ que es un verdadero grupo. Las cosas en su lugar”, en la que se afirmaba que la única realmente original era la Liga de los chispistas, quienes prefirieron ocuparse de la cuestión antiimperialista recomendada por la Comintern mucho antes que sus pares del PCA. Era clara para entonces la agresiva disputa entre ambas Ligas, en la que sólo una podía sobrevivir en el intento por retener un sello con cierto prestigio político, y por hegemonizar el espacio antiimperialista, de cada vez mayor importancia tanto a nivel local como internacional.

redacción de un manifiesto (a cargo de Ghioldi y Valdivia Morón) ante la próxima visita a la Argentina del presidente electo estadounidense Herbert Hoover. Por último, se acordó también invitar a la otra Liga a fusionarse en ella aunque, como era de esperarse, no se tuvo ninguna respuesta ante esta solicitud⁷⁶.

La llegada a la Argentina de Hoover, ocurrida en diciembre de 1928, se transformó en un nuevo foco de acciones para todo el movimiento antiimperialista y comunista local, el que no dudó en hacer valer su repudio al visitante por todos los medios posibles. Frente a un clima cada vez más revulsivo provocado por el injerencismo norteamericano en los gobiernos de la región, cuando aun el presidente Calvin Coolidge no concluía su mandato, su futuro reemplazante, recientemente electo, se propuso realizar una extensa gira en un intento por granjearse la simpatía de la población y la “buena voluntad” de los gobiernos latinoamericanos. México, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Ecuador, Perú, Chile y Uruguay fueron algunos de los países visitados en el extenso recorrido. A su paso, el presidente electo estadounidense iba promoviendo una verdadera estela de conflictos cuya sola presencia en los países visitados parecía avivar: el incremento de la reacción en Nicaragua en contra de Sandino; el estallido de la huelga de las bananeras en Colombia en claro desafío a la United Fruit Company, cuya violenta represión por parte del gobierno asociado a los gendarmes de la empresa terminó ocasionando unas veinte mil muertes; el inicio oficial de la guerra entre Paraguay y Bolivia por los territorios petroleros del Chaco... Así las cosas, y sin duda, la nacionalización de los yacimientos y de la industria petrolera recientemente llevada a cabo en el mes de septiembre provocaba un interés adicional por la visita de Hoover a la Argentina.

Aunque Yrigoyen se pronunció públicamente en contra del intervencionismo ejercido por los Estados Unidos, contrariando a Hoover e, incluso, obligándolo a disculparse por la aplicación de dicha política por parte de Coolidge, ello no fue obstáculo para que las fuerzas de seguridad reprimieran todo intento de protesta ante la visita presidencial. Sin amedrentarse, ambas Ligas se preocuparon por llevar a cabo distinto tipo de acciones: así, los militantes del GI recibieron a Hoover a la salida del aeropuerto con carteles que decían “¡Viva Sandino!” y “¡Viva la soberanía nacional!”. Ante una situación cada vez más tensa, los cuerpos policiales no dudaron en usar la fuerza en contra de los manifestantes, resultando detenido el dirigente salvadoreño Moisés Castro Morales. Por otra parte, y tanto en las páginas de *La Chispa* como en las de *La Internacional* se reprodujeron declaraciones de ambas Ligas contra la visita de Hoover y los actos de fuerza aplicados por el gobierno argentino en contra los manifestantes que protestaban pacíficamente⁷⁷. Faltando poco más de año y medio del primer golpe militar de la historia argentina, se podía percibir entonces como el clima se iba enrareciendo cada vez más, sobre todo, contra el movimiento obrero y la izquierda comunista y antiimperialista⁷⁸.

⁷⁶ Entre el 2 y el 4 de noviembre de 1928 se llevó a cabo el Congreso Nacional del PCA. Si bien no hubo ninguna comisión que tratara puntualmente la estrategia de crecimiento de la Liga GI, en cambio sí se trató “La situación internacional, perspectivas de guerra y lucha contra el imperialismo”, con la participación de de V. Codovilla como responsable, así como otra comisión, en este caso la de “Política Nacional”, que funcionó a partir de la coordinación de R. Ghioldi.

⁷⁷ “La policía de Hoover-Irigoyen cargó contra la demostración antiimperialista” (*La Internacional*, 15/12/1928)

⁷⁸ En medio de esta situación, nuevamente el secretario de la Liga GI, Gregorio Gelman, formuló a sus adversarios del PCO la invitación a fusionarse dentro de la organización comunista, aunque el tono elegido en su mensaje no fue el más conciliador ni el más indicado para dar cumplimiento a sus

Los primeros meses del año 1929 estuvieron mayormente dedicados a la cuestión nicaragüense. Así, la Liga comunista dispuso para el mes de febrero encarar una nueva campaña solidaria, de información y reclutamiento que fue llevada adelante, principalmente, por medio de charlas y conferencias. Sin embargo, el hecho que más controversia terminaría generando en las filas antiimperialistas argentinas fue el pedido de apoyo político formulado por Sandino al presidente Yrigoyen, cuando le solicitó su patrocinio para la realización de una “conferencia panamericana” en Buenos Aires, con la presencia de representantes de su ejército, del de los Estados Unidos y de los otros países de América Latina y con la intención de tratar, entre otros importantes temas, la construcción del “Canal de Nicaragua” (reemplazado finalmente por el de Panamá)⁷⁹. El intento de acercamiento de Sandino a Yrigoyen respondía, en gran medida y como ya habíamos visto, al aislamiento en el que se encontraba el líder nicaragüense luego de su ruptura con buena parte del comunismo latinoamericano que, por otra parte, ya lo había llevado a tender redes con el gobierno mexicano. Además, la elección de Yrigoyen como un gobernante que podía dar respuesta a las demandas efectuadas por el “Guerrillero de las Segovias” podía encontrar su explicación en la fama de gobernante “antiimperialista” que el argentino se había hecho, sobre todo, durante su primer gobierno, entre 1916 y 1922⁸⁰.

propósitos Así, en el artículo aparecido en *La Internacional* el 5 de enero de 1929 Gelman planteaba que “hay pues en la actualidad una Liga abierta a todos los imperialistas y ésta es el Grupo de Izquierda, y una secta que es vuestra Liga”. Asimismo, se acusaba a los miembros de la entidad “chispista” de ser “dogmáticos”, “cerrados”, de contar con menos adherentes y haber realizado poca o ninguna actividad militante, sobre todo, con respecto a la cuestión de Nicaragua.

⁷⁹ Sabiendo que su propuesta para acordar una política en común con los gobernantes latinoamericanos podía incluso llevarlo a fórmulas transaccionales con la presidencia estadounidense, en un párrafo de su extensa carta Sandino plantea lo siguiente: “en la conferencia a que invitamos a todos los gobiernos de América se tratará si conviene o no que solamente con capital norteamericano sea abierto el canal de Nicaragua. En el caso de que en la conferencia se apruebe conceder ese privilegio a los Estados Unidos, éstos deberán a cambio de ese privilegio firmar el compromiso solemne ante los representantes de las veintiuna repúblicas americanas de que cesará toda intervención norteamericana en nuestras repúblicas, comprometiéndose igualmente los Estados Unidos a no fomentar revoluciones contra los gobiernos de la América Latina que no quieran convertirse en sirvientes en manos de los Estados Unidos de Norte América” (en Ramírez, 1980: 155-6).

⁸⁰ Así, en momentos en que los Estados Unidos ejercían una fuerte presión sobre los gobiernos de la región para que lo acompañaran en su entrada a la Primera Guerra Mundial, Yrigoyen propició la realización de un “Congreso Latinoamericano de Neutrales” para mayo de 1917 pero que recién pudo ser efectuado en enero del siguiente año con la única participación de México. Asimismo, en julio de 1917 se opuso a la visita “incondicional” de una escuadra naval norteamericana hasta tanto se modificara dicho término agravante; en 1918 brindó su solidaridad al Uruguay en su crisis con Alemania; en medio de la invasión estadounidense, en 1919 se manifestó a favor de la independencia de Santo Domingo y de la plena soberanía del gobierno de México sobre su territorio, lo que le valió el reconocimiento de los presidentes Carranza y Obregón. Por otra parte, el ex canciller de Yrigoyen, Honorio Pueyrredón, quien se desempeñó como presidente de la comisión argentina en la VI° Conferencia Panamericana realizada en La Habana, se manifestó en contra del poder unilateral de los Estados Unidos sobre la región, poniendo especial énfasis en la agresiva política interventora desarrollada en Nicaragua. En este sentido, y tal como Sandino lo llegó a interpretar, “Yrigoyen supo imprimir a su gobierno una notable independencia ante los sucesos exteriores, caracterizado por su resistencia a seguir en la órbita europea y su oposición al Panamericanismo”. De todas maneras, el pedido formulado por el nicaragüense no fue el único, ya que aprovechando la próxima visita del presidente Hoover a la Argentina, Yrigoyen recibió un telegrama de la Unión Patriótica de Haití solicitándole que intercediera por la liberación de este país, mientras que el mismo reconocimiento a su vocación latinoamericanista fue reconocido por el Ejército Libertador de Cuba (Alén Lascano, 1986: 37 y 135). Sin embargo, y como se podrá apreciar más adelante, no debemos dejar de reseñar que el antiimperialismo del presidente argentino encontraba su contraparte en la fuerte

Fue durante la realización de un acto político que uno de los más importantes voceros de la Liga GI, Paulino González Alberdi, se manifestó a favor del pedido para realizar el congreso antiimperialista en Buenos Aires, en lo que podía ser interpretado como un respaldo claro por parte del PCA. Por otro lado, dicha petición recibió un tratamiento más profundo, aunque plenamente diferente, en la nota publicada en la primera página del número de *La Chispa* correspondiente al 18 de mayo de 1929, en la que se dejaba sentada la opinión de la Liga del PCO ante dicha formulación. Se afirmaba allí que “(e)l General Sandino, al dirigirse al presidente Yrigoyen en un pedido que lesionaría los intereses yanquis en América, demuestra desconocer el contenido político e imperialista del gobierno nacional. (...) Yrigoyen se ve pues ante la imposibilidad de recoger el pedido de Sandino, ya que la influencia de Wall Street es decisiva en la Argentina. (...) Ninguno de los mandatarios sudamericanos está en condición de emprender una acción contra Estados Unidos, como sería la propuesta por Sandino. (...) La única fuerza y organización con que Sandino podría contar en su cruzada antiimperialista serían: a) los núcleos antiimperialistas en América Latina, y b) la unidad sindical continental que el Congreso de Montevideo se plantea en estos momentos” (refiriéndose en este último caso al encuentro sindical promovido por los comunistas que daría origen a la CSLA, la Confederación Sindical Latinoamericana). Sin descalificar la solicitud de Sandino pero sí acusándola de ingenua, la Liga chispista daba así su opinión, intentando reorientar su marco de alianzas “por abajo” ante la nueva arremetida norteamericana contra Nicaragua. En este caso, se señalaba que el error de Sandino consistía en intentar la búsqueda de apoyos entre aquellos gobiernos que también se encontraban sometidos bajo la férula de Washington. Por ello es que la recomendación de los chispistas sobre cuáles debían ser los aliados de Sandino resultaba muy clara: su lucha en Nicaragua únicamente podía sostenerse con el respaldo de los sectores populares encolumnados detrás de las organizaciones antiimperialistas y de los sindicatos rojos, que terminaban de desembarcar en la región nada menos que con un congreso de proporciones continentales. De todos modos, la falta de respuesta de Yrigoyen motivó en gran medida el acercamiento de Sandino al gobierno de Emilio Portes Gil: como se pudo ver anteriormente, el 23 de mayo de 1929 el Guerrillero de las Segovias partió rumbo al sur de México, permaneciendo en dicho país hasta abril de 1930.

Por otra parte, y sin descuidar el frente sandinista, la presencia en Argentina de Ahmed Hassan Mattar, representante del líder marroquí Abdel Krim ante la Liga de las Naciones, fue aprovechada por la Liga GI para brindar su solidaridad con el movimiento antiimperialista africano que comprometía además la participación de una gran cantidad de inmigrantes de origen español, los que de ese modo podían ser más fácilmente cooptados para su integración en las filas comunistas. El 5 de abril de 1929 Mattar tuvo su debut en la escena política argentina por medio de su participación en un acto “contra el imperialismo español”, en el que también tomó parte el dirigente comunista Paulino González Alberdi, originario de España. Posteriormente el representante marroquí fue llevado en una gira promocional por las ciudades de Mendoza, Córdoba y Rosario a fin de robustecer las filiales del GI existentes en ciudades en las que, en algunos casos, se habían dado importantes muestras de dinamismo político. En todos los casos, Mattar se refirió a la Liga de las Naciones como una “liga de imperialistas”, invitando a los asistentes a asociarse a la Liga contra el Imperialismo y a donar fondos para la

dependencia hacia los capitales ingleses y, últimamente, también con cada vez mayor fuerza respecto de los de origen estadounidense.

participación de una delegación argentina en el próximo congreso antiimperialista a realizarse a mediados de año en la ciudad alemana de Frankfurt⁸¹.

A mediados de mayo de 1929 se produjo la llegada a la Argentina del general Julio César Rivas, delegado personal de Augusto C. Sandino frente al presidente Hipólito Yrigoyen quien, como ya hemos visto anteriormente, había cumplido funciones similares con respecto al gobierno mexicano. Sin lugar a dudas, su publicitado arribo, aparentemente propiciado por el Socorro Rojo Internacional, contribuyó a difundir la problemática nicaragüense en el país y a profundizar, de ese modo, la vertiente antiimperialista del comunismo local. A su llegada, Rivas fue recibido por una manifestación de la Liga GI compuesta por “varios millares de estudiantes y obreros” que se dirigió desde Plaza Once hasta la Plaza de los Dos Congresos dando vivas y muestras de apoyo a la propuesta de Sandino de realizar el congreso antiimperialista americano en Buenos Aires. El acto que dio cierre a la manifestación tuvo un perfil decididamente internacionalista, contando como oradores, además del propio Gral. Rivas, a Gregorio Gelman, Moisés Castro Morales, Francisco Pérez Leirós, Paulino González Alberdi, Bartolomé Fiorini, Pablo Lejarraga y Ahmed Hassan Mattar (*La Internacional*, 11/5/1929 y 18/5/1929). Aprovechando el interés que su presencia generaba en distintas franjas de la sociedad y sobre todo, entre los jóvenes y los estudiantes universitarios, Rivas y Mattar participaron además en otros actos realizados en distintos puntos del país, como Rosario, Mendoza, Mar del Plata, Avellaneda, Bahía Blanca, etc., aprovechando siempre para comentar a los auditorios allí presentes sus experiencias personales dentro de importantes movimientos anticoloniales, y para solicitar la creación de nuevas filiales del GI y la adhesión a la Liga contra el Imperialismo⁸². Por último, estos actos también fueron utilizados para la preparación de lo que fue el primer congreso argentino de la Liga comunista, evento encargado de unificar a las secciones existentes en todo el país, y de elegir una delegación que representara a la Argentina en el próximo encuentro antiimperialista internacional de Frankfurt.

⁸¹ En uno de sus discursos, Ahmed Hassan Mattar se refirió en los siguientes términos a la LCI: “los pueblos oprimidos ante el fracaso de sus esperanzas en la Liga de las Naciones, fundaron la Liga contra el Imperialismo. Esta asociación internacional, que está representada en la Argentina por la Liga Antiimperialista (Grupo de Izquierda) tiene por finalidad la unión de todos los pueblos oprimidos del mundo, con las masas trabajadoras de los países opresores para conseguir la realización de una vasta organización internacional que tanto desde las colonias como de las metrópolis luche por la liberación de todas las nacionalidades que gimen oprimidas bajo la tiránica dominación de las potencias extranjeras” (*La Internacional*, 1º/5/1929). Con el fin de recaudar dinero para el viaje a Frankfurt, la Liga GI comenzó a vender postales con la imagen de Julio Antonio Mella, recientemente asesinado en México, fotografiada por su compañera Tina Modotti, así como también organizó rifas (como la llevada a cabo por el Club Deportivo Obrero Renovación, que destinó un 10 % de sus recaudaciones al Socorro Rojo y a la Liga).

⁸² Con respecto al fuerte impacto de estas actividades entre los jóvenes, cabe remarcar que a mediados de mayo de 1929 tuvo lugar, en Rosario, la creación de la Liga Juvenil Antiimperialista (que preparó un acto para día 27), mientras que en el mitin de Avellaneda, realizado el 26 de mayo, también contó con la presencia del dirigente de la Juventud del GI, Héctor Agosti.

La Conferencia Antiimperialista de Buenos Aires

Entre el 29 de mayo y el 7 de junio de 1929 tuvo lugar en Buenos Aires la Primera Conferencia Antiimperialista Nacional, una convocatoria efectuada por la Liga GI bajo la creencia de que “la lucha contra el imperialismo (resulta) indispensable a los obreros y campesinos para asegurar su liberación, y a la cual debe plegarse la pequeña burguesía” (*La Internacional*, 25/5/1929). Aunque su duración se estimó en principio de tan sólo tres días, la cantidad de asistentes, provenientes de prácticamente toda la Argentina, y el nivel de los debates, en donde se analizó la situación del imperialismo en el país y de las luchas antiimperialistas a nivel latinoamericano y mundial, contribuyeron para que el encuentro se extendiera a un total de diez días. Por otra parte, la posterior realización de la primera conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina en Buenos Aires le otorgó a este encuentro un carácter preparatorio de gran importancia, que pudo servirse además de la presencia de delegados extranjeros como William Simmons, secretario de la Liga Antiimperialista de los Estados Unidos, y Raúl Mahecha, secretario de la Federación Obrera y Campesina de Colombia⁸³.

El encuentro tuvo su reunión preparatoria el miércoles 29 de mayo y su sesión inaugural al siguiente día, a las 14 hs., en la Casa del Pueblo. El Orden del Día con el que se decidió estructurar el congreso se compuso de los siguientes puntos: 1) apertura de la Conferencia; 2) tesis para la lucha antiimperialista en la Argentina; 3) resoluciones: a) el movimiento sindical y la lucha antiimperialista; b) el movimiento estudiantil y la lucha antiimperialista; c) acción imperialista de la juventud; 4) informe de los delegados al Congreso Antifascista Mundial Giuseppe Tuntar y Agenor Dolfi⁸⁴; 5) organización: a) situación de la organización antiimperialista en la Capital Federal; b) constitución de la Liga Antiimperialista Nacional (sección argentina de la LCI), declaración de principios y estatutos y nombramiento del Comité Central; c) propaganda antiimperialista en el interior; 6) Congreso Mundial contra el Imperialismo; 7) Clausura de la Conferencia. Como se puede apreciar a partir de su temario, la realización de este congreso no sólo tuvo importancia en cuanto a la definición del campo antiimperialista en la Argentina, sus actores, sus aliados y sus luchas, sino que también fue útil para darle una verdadera proyección nacional a un movimiento que, en principio, sólo tenía inserción en Buenos Aires y en algunos pocos centros urbanos del interior. En el fondo, y con relación a la Liga, de lo que se trataba era de ampliarla para constituir la en una verdadera sección nacional, a partir de un Grupo de Izquierda de acción efectiva pero reducida principalmente al escenario urbano de la ciudad de Buenos Aires.

Dada su magnitud, la Conferencia contó con un número importante de invitados especiales. Así, con respecto a las “organizaciones”, se contó con delegaciones y

⁸³ Se esperaba además la presencia del delegado de la Liga Antiimperialista brasileña, Leoncio Bausbaum, que no alcanzó a llegar a tiempo, y de David Alfaro Siqueiros, representante del Comité Continental de Organización de la LADLA (México), quien tampoco pudo hacerse presente por “razones de fuerza mayor”.

⁸⁴ En realidad, aunque Tuntar y Dolfi arribaron a Hamburgo el 11 de marzo de 1929, su arribo a Berlín se produjo cuando el Congreso ya había finalizado. Por lo demás, la participación de Tuntar en la Conferencia Antiimperialista de Buenos Aires fue una de sus últimas apariciones públicas como dirigente comunista de la colectividad italiana en Argentina, disidente con respecto a la línea sectaria que se profundizaría todavía más durante el segundo Congreso de la Alianza Antifascista, realizado en octubre de 1929, y en el que Victorio Codovilla tendría una fuerte incidencia, aun a riesgo de provocar tensas polémicas. A continuación, Tuntar fue objeto de varios artículos difamatorios por parte de los comunistas (Fanesi, 1994: 50-1, 74)

adhesiones de las tres centrales obreras de la época (la Unión Sindical Argentina, de tendencia sindicalista revolucionaria, la Federación Obrera Regional Argentina, anarquista, y la Confederación Obrera Argentina, presidida por el socialista Francisco Pérez Leirós), así como también de otras entidades antiimperialistas como la Unión Latinoamericana, y la Alianza Continental⁸⁵, junto con la Alianza Antifascista y el Socorro Rojo Internacional. También estuvieron presentes la Federación Universitaria Argentina, la Federación Universitaria de Buenos Aires y distintos nucleamientos universitarios del interior. Por último, también dieron su apoyo entidades sindicales, como la Internacional del Magisterio Americano y la Unión Ferroviaria, y culturales, como el Ateneo “Claridad”⁸⁶. En cuanto a las “personalidades”, hicieron llegar su saludo dirigentes socialistas y sindicalistas como Alfredo Palacios, Carlos Sánchez Viamonte, Bartolomé Bossio, Aquiles Lorenzo, Francisco Pérez Leirós, Roberto Giusti y Emilio Troise. Más allá del sectarismo en el que hubo de caer el PCA a partir de la aplicación de la premisa de “clase contra clase”, es de resaltar el espíritu frentista que alcanzó al congreso, con el apoyo de distintos referentes del campo de la izquierda antiimperialista (aunque sin la participación de los comunistas “penelonistas” y, como se verá a continuación, con la conflictiva intervención de los “chispistas”).

Las delegaciones de la LAI que se hicieron presentes fueron las de Capital Federal (propriadamente, la Liga Grupo de Izquierda), Mendoza, Bahía Blanca, Rosario, Mar del Plata, Avellaneda, Córdoba y Santa Fe, cubriendo de este modo, la franja central de la Argentina, la más desarrollada en términos económicos y también la más densamente poblada. Al siguiente día, y previa aprobación del Congreso, también se sumaría una delegación de la ciudad cordobesa de Villa María, con Antonio Maruenda como único representante⁸⁷. Desde el punto de vista numérico, la más numerosa de todas fue la delegación capitalina, compuesta por dirigentes universitarios como Pablo Lejarraga y Héctor Agosti junto con algunos más veteranos del PCA, como Oscar Montenegro Paz. Las delegaciones de Rosario y Córdoba se hicieron presentes con dos miembros cada una, mientras que las restantes tan sólo lo hicieron con un único representante⁸⁸. Según se acordó en la sesión preparatoria, se conformaron un total de seis comisiones: la de

⁸⁵ Su adhesión estaba firmada por Orzábal Quintana y Ricardo Parodi, secretario de la entidad.

⁸⁶ El “Ateneo Claridad” dependía, en realidad, de la Revista *Claridad* que, como “Tribuna libre del pensamiento izquierdista” (tal como rezaba el subtítulo de la publicación) fungió como un punto de encuentro y de debate político y, sobre todo cultural, entre las distintas corrientes de izquierda y progresista. La revista fue creada por Antonio Zamora en 1926 al influjo del “Grupo Clarté”, fundado en Francia por Henry Barbusse (junto con otros intelectuales como Anatole France y H. G. Wells) como un primer paso para la posterior constitución de una Internacional del Pensamiento dedicada a la defensa de la Unión Soviética, del antibelicismo y del internacionalismo proletario, y que causó un fuerte impacto en América Latina, sobre todo, en políticos y teóricos marxistas como el peruano José Carlos Mariátegui. Un claro precedente de esta revista *Claridad* fue el órgano del grupo tercerista que, liderado por el senador Enrique del Valle Iberlucea, buscó entre 1920 y 1921 la afiliación del Partido Socialista a la Comintern: esta versión fue dirigida por Rodolfo Troncoso y, en parte, subsidiada por José Ingenieros.

⁸⁷ Maruenda había participado en Moscú en las celebraciones por el décimo aniversario de la Revolución Rusa y, en dicha ciudad, fue también representante del Consejo de los Sindicatos de la provincia de Córdoba en la Primera Conferencia Sindical Latinoamericana del mes de noviembre. Posteriormente, fue delegado argentino en el Congreso Sindical Latinoamericano realizado en mayo en 1929 (ver JEIFETS et al., 2004: 202).

⁸⁸ La siguiente es la lista completa de los delegados a la Conferencia Antiimperialista. Por la Capital Federal: Gregorio Gelman, Paulino González Alberdi, Pablo Lejarraga, Héctor P. Agosti, Juan Unamuno, Jacobo Lipovetski, Juan Vescobo, Adolfo Sampietro, José Cucagna, O. Montenegro Paz y Natalio Cohen; por Rosario: Humberto Maraviglia y David Siburu; por Córdoba: Juan J. Cabodi y León Dujovne; por Mar del Plata: Juan J. Núñez; por Mendoza: Guerino Viduzzi; por Avellaneda: León M. Fernández; por Bahía Blanca: Alberto Casaburi; por Santa Fe: Francisco Cordara.

“Tesis”, “Organización”, “Sindical”, “Juvenil y estudiantil”, “Situación de la organización antiimperialista en la Capital” y “Saludos y resoluciones”⁸⁹. Por último, el presidium del Congreso quedó conformado por Gregorio Gelman (por la Capital Federal), Juan J. Cabodi (Córdoba), Humberto Maraviglia (Rosario), Guerino Vidussi (Mendoza), Juan José Núñez (Mar del Plata)⁹⁰ y, como secretarios, Héctor Agosti, Moisés Castro Morales, Adolfo Sampietro y David Siburu. Nuevamente, y a partir del armado de la mesa directiva del Congreso, se manifestaba la pretensión federalista de los dirigentes comunistas, mayormente capitalinos, y su interés por expandir la Liga y, más específicamente, el partido, por el interior de la República.

Como estuvo originalmente previsto, la sesión inaugural se realizó el jueves 30 de mayo en el salón de la Casa del Pueblo que, para esta ocasión, estaba adornado con un retrato de Julio A. Mella, el secretario de la LADLA asesinado pocos meses antes en México, rodeado de flores rojas, y con distintos carteles con vivas a Sandino. J. J. Núñez, delegado marplatense dio por iniciado el Congreso, destacando la importancia de la lucha antiimperialista en Argentina y en América Latina. Como primeras acciones, se decidió de manera unánime la incorporación de William Simmons al presidium de la asamblea y se leyó públicamente un telegrama enviado por el Comité Directivo de la LCI firmado por Eddo Fimmen (como presidente) y por Willi Münzenberg y Chattopadhyaya (como secretarios), en el que se auguraba el mejor de los éxitos para el encuentro, al mismo tiempo que se invitaba a elegir delegados para el congreso internacional de julio en Frankfurt. Luego de leer otros saludos⁹¹, Pablo Lejarraga hizo una sentida recordación de Julio A. Mella y a su moción, los presentes se pusieron de pie para rendirle homenaje y para brindar su solidaridad a los obreros y estudiantes perseguidos en Paraguay por el régimen del presidente José P. Guggiari.

Con respecto a la Liga rival, y anticipando lo que en cierta manera iba a ocurrir en el Congreso, en la edición del 18 de mayo de 1929 de *La Chispa* los miembros del PCO se asumieron a sí mismos como los únicos impulsores en Argentina del ideal marxista y antiimperialista surgido de la Comintern, ya que tanto la Unión Latinoamericana como la Alianza Continental actuaban sin un verdadero contenido de clase (siendo la segunda, para ellos, un simple vocero de la política petrolera del yrigoyenismo), mientras que el Grupo de Izquierda traicionaba la propuesta de unidad al proponer un “simulacro de congreso nacional”, con la participación de falsas organizaciones, para la elección “democrática” de los representantes que debían viajar al encuentro de Frankfurt: en este sentido, únicamente respetaban la participación de las secciones de Córdoba y Rosario, según ellos, las únicas con un verdadero contenido social⁹².

⁸⁹ Las comisiones se integraron de la siguiente manera: “Tesis”: González Alberdi, Unamuno, Cabodi, Maraviglia y Núñez. “Organización”: Gelman, Cordara y M. Paz. “Sindical”: Viduzzi, Lipovetski, Vescobo, Cucagna y Fernández. “Juvenil y estudiantil”: Lejarraga, Castro y Morales, Agosti, Siburu, Dujovne. “Situación de la organización antiimperialista de la Capital”: Núñez. Cabodi, Maraviglia y Viduzzi. “Saludos y resoluciones”: Sampietro, Dujovne y Agosti.

⁹⁰ J. J. Núñez había sido anteriormente el presidente de la filial marplatense de la Asociación de Amigos de Rusia y, por ende, un activo colaborador con la Sociedad de Relaciones Culturales de la Unión Soviética (Jaifets *et al.*, 2004: 247).

⁹¹ Como los de Simmons en nombre de la Liga estadounidense; Mattar, de los antiimperialistas del Rif; Tuntar, de la Alianza Antifascista; Isidro Odena, desde la Federación Universitaria Argentina y la Unión Latinoamericana; Saúl Bagú, desde el Ateneo “Claridad”; Aurelio Hernández, desde el Socorro Rojo Internacional; y Carlos Ravetto, en nombre de la Federación Obrera Textil.

⁹² Luego también concederán existencia real al grupo “Acción”, de Mar del Plata. Con relación a los “chispistas”, el viernes 31 de mayo por la mañana inesperadamente tuvo lugar el único conflicto que sufrió el encuentro a lo largo de sus sesiones. Pese a que todas las previsiones indicaban que no iban a

Por otra parte, y con respecto a las tesis presentadas durante la Conferencia, cabe aclarar que no se propuso nada demasiado nuevo con respecto a los grandes ejes que se venían discutiendo dentro del comunismo argentino y latinoamericano de la época. Sin embargo, el debate de ideas sobre el imperialismo y las formas de lucha contra éste tuvieron algunos aspectos lúcidos, aplicados a la necesidad de enfatizar el trabajo partidario en el campo y entre los jóvenes y estudiantes. En este sentido, uno de los protagonistas de aquellas discusiones fue Paulino González Alberdi quien se ocupó de retomar la consabida puja entre los imperialismos inglés y norteamericano y el violento avance de este último por el control de las riquezas económicas de la Argentina, consecuencia de la contradicción entre el gran desarrollo de las fuerzas capitalistas en Estados Unidos, y el crecimiento mucho más lento de economía agraria. En este contexto, la reciente aprobación por parte del Poder Legislativo de una nueva escala tarifaria para los ferrocarriles de propiedad inglesa no hacía más que acentuar la puja interimperialista entre dos modelos económicos distintos para el país: por una parte, el “proteccionismo cerrado”, efectivo para la “burguesía industrial” respaldada por Washington y, por la otra, un sistema de “tarifas diferenciales” según la carga, propiciada por la “burguesía agropecuaria” y, en definitiva, por Londres. González Alberdi concluía su alocución señalando la urgente necesidad de incluir a los campesinos dentro de las reivindicaciones y las actividades de la Liga Antiimperialista, contribuyendo con ello a ampliar y enriquecer un movimiento que era esencialmente urbano.

A su turno, Juan José Cabodi, delegado cordobés, apoyó los planteamientos generales respecto de la relevancia del agro en la cuestión de la penetración imperialista a la Argentina, resumiendo la historia de la lucha entre los trusts estadounidenses e ingleses y señalando además que la iniciativa de que los trenes cobrasen menos por transportar ganado que cereales se debía, principalmente, al interés puesto en ello por Inglaterra y por su industria frigorífica. Y también en su caso, como en el del porteño Lipovetski, hubo un fuerte interés en el análisis de las luchas campesinas contra la gran propiedad, remarcando así la importancia de ampliar geográficamente los planteos políticos de la Liga Antiimperialista. Posteriormente Maruenda, el representante de Villa María, y León Fernández, de Avellaneda, se preocuparían por remarcar la necesidad de articular las luchas de los campesinos con las que ya venían realizando los propios obreros en contra de la opresión imperialista y, al mismo tiempo, por dar una fuerte respuesta contra las distintas compañías extranjeras, como era el caso de las empresas de agua corriente. Por su parte, Pablo Lejarraga insistió en la nacionalización del petróleo,

participar en el Congreso, lo cierto es que ese día se hicieron presentes tres delegados del PCO interesados en discutir todo lo relacionado con la organización institucional de la Liga Antiimperialista, criticar la falta de un verdadero análisis sobre la problemática agraria, sindical y estudiantil frente al imperialismo, y sugerir su inclusión en un amplio frente único, manteniendo su propia identidad y sin que fueran obligados a fundirse dentro de la organización comunista. Sin embargo, el rechazo de estos representantes a querer participar de las comisiones correspondientes (instancias en las que se podía filtrar más efectivamente toda crítica hacia los comunistas) y, más aún, a inscribirse formalmente en el encuentro, generaron un amplio rechazo por parte de la concurrencia, la que fue avivada cuando, en medio de la asamblea y sorpresivamente, los chispistas comenzaron a repartir su propio “periodiquito”, actitud que fue calificada de “maniobra destinada a perturbar la labor de la Conferencia” (*La Internacional*, 1º/6/1929). Ante la grave situación producida, los asistentes al evento no dudaron en brindar su respaldo al presidium, aislando de ese modo a los chispistas y a su cada vez más débil Liga Antiimperialista.

señalando la conveniencia de combatir la demagogia con la que el gobierno de Hipólito Yrigoyen venía manejando este tema (*La Internacional*, 1º/6/1929)⁹³.

En cuanto a los aspectos resolutivos del Congreso, se aprobó la propuesta de Núñez de que la declaración de principios de la nueva “sección argentina” de la Liga debía ser la que ya regía el funcionamiento del Grupo de Izquierda. Asimismo, y sobre la situación de la Liga en la Capital Federal, fue aprobado de manera unánime el reconocimiento del GI como sección oficial en dicha localidad. Por último, también se resolvió que el boletín *Acción*, de la filial marplatense, se convirtiera en el órgano de la Liga Argentina. Con respecto al ítem “Juventud y lucha antiimperialista”, tanto David Siburu como Héctor Agosti y Juan José Cabodi estuvieron de acuerdo con el informe oportunamente presentado por Pablo Lejarraga y creyeron conveniente remarcar la necesidad de que todas las secciones juveniles dependieran políticamente de las secciones locales de la Liga, teniendo sólo autonomía en cuestiones administrativas. Se aprobó también la propuesta de Agosti de dar a conocer a la sociedad un manifiesto específico y explicativo sobre la naturaleza de las secciones juveniles de la Liga (“ya que no había que confundir a las tesis del Congreso con la propaganda en sí”). Y en cuanto a la cuestión de la “Propaganda en el interior” se concluyó en que era un deber primordial e impostergable la conquista de los trabajadores y de la masa campesina en general, ya que estos se constituían en un factor esencial en la lucha antiimperialista de países con fuerte economía agraria como la Argentina, para lo cual se debían crear comités de propaganda en empresas, chacras, talleres, etc. En este sentido, para Gregorio Gelman resultaba de suma importancia publicitar el congreso de julio en Frankfurt y que las distintas secciones realizaran actos de propaganda y divulgación, junto con campañas de recolección de fondos. Por último, y como corolario a los debates suscitados en torno a la problemática del imperialismo en la economía y la sociedad argentinas, cabe señalar que el Congreso aprobó de manera unánime todas las tesis presentadas, insistiéndose además en la propuesta de unidad entre ambas Ligas (*La Internacional*, 8/6/1929 y 15/6/1929)⁹⁴.

Otro aspecto de las resoluciones adoptadas tuvo que ver con el balance de las distintas acciones e iniciativas trabajadas por el GI desde su constitución hasta ese momento: un aspecto interesante para destacar fue que ellas no sólo estuvieron concentradas a la lucha antiimperialista en la Argentina, sino que incluso tuvieron una proyección latinoamericana y hasta mundial al tratar de dar cuenta de la lucha de otros pueblos (el nicaragüense, el venezolano, el chino, el marroquí) sometidos de distinta manera por las potencias capitalistas. Por lo mismo, y centrando su eje en la realidad política nacional, la mayor parte de las iniciativas puestas en práctica tuvo relación con el enfrentamiento contra el imperialismo estadounidense, en la creencia de que éste ya estaba desplazando definitivamente al de origen británico. En un rápido resumen se recordó, entonces, la

⁹³ Una derivación de las discusiones que surgieron en el Congreso tuvo que ver con la estrategia y la táctica a seguir frente la opresión imperialista, particularmente, con la manera como Gandhi enfrentaba a los colonizadores británicos en la India. En este sentido, hubo acuerdo entre Lejarraga y González Alberdi por calificar como “contrarrevolucionario” y “funcional a los intereses de la burguesía” el método de la “resistencia pasiva”, eje de la actividad política del Mahatma únicamente basado, según los comunistas argentinos, en el fuerte sentido de espiritualidad subyacente en la sociedad hindú, la que en todo caso resultaba contraproducente cuanto no se ligaba con un interés económico y social, constituyéndose así en una “desviación de la burguesía nacional” de ese país (*La Internacional*, 1º/6/1929).

⁹⁴ Aunque se acusó a los chispistas de que al no querer llevar sus propuestas a la comisión correspondiente, al negarse a acatar las resoluciones emanadas del Congreso y al atacarlo por medio de su periódico, su interés únicamente estuvo puesto en entorpecer el “normal desarrollo” del encuentro.

defensa efectuada por los trabajadores chinos; la lucha contra la dictadura en Venezuela, contra la Unión Panamericana, contra la invasión norteamericana a Nicaragua y, en definitiva, contra el presidente Hoover; se rechazó asimismo la campaña antiimperialista de Marruecos y se protestó por el asesinato de Julio Antonio Mella. Por último, y en cuanto a las iniciativas de índole positiva se manifestó a favor de la proposición efectuada por Augusto C. Sandino al presidente Yrigoyen; se insistió en la conmemoración del asesinato de los anarquistas Sacco y Vanzetti, declarando el “Día de Lucha contra el Imperialismo” cada vez que se cumpliera un nuevo aniversario de su muerte y, por último, también se recordó la constitución de un comité de personalidades y organizaciones sobre la cuestión del petróleo que fue posibilitada, en gran medida, por las conferencias oportunamente brindadas por el alemán Alfons Goldschmidt en Argentina.

Una serie de “Declaraciones”, dadas a conocer pocos antes de la clausura de la Conferencia, hizo hincapié en el avance de la reacción de fines de la década del '20, particularmente sufrida tanto por los países coloniales y semicoloniales como por la propia Unión Soviética. Nuevamente, la Liga argentina se manifestaba a favor de una causa que trascendía con mucho a la órbita puramente argentina, para dar cuenta de la realidad latinoamericana enfrentada al creciente poderío del imperialismo norteamericano (y, nuevamente, dejando de lado a otros imperialismos como el inglés y en menor medida, el japonés o el alemán que también tenían su cuota de poder en la región). Así, la LAIA se manifestó contra las dictaduras en América Latina; en solidaridad con las víctimas de la represión en Chile; contra el terror blanco y por los presos por cuestiones sociales (reclamándose una vez más por la liberación del anarquista Simón Radowitski, encarcelado en el penal de Ushuaia, y demás detenidos por razones políticas); en solidaridad con el Socorro Rojo Internacional y con los comunistas perseguidos en México; contra los peligros de la guerra, en particular, hacia la Unión Soviética; frente las represalias adoptadas por la empresa petrolera Standard Oil en Salta contra los trabajadores huelguistas en los yacimientos de M. Pedraza; nuevamente en apoyo al congreso antiimperialista latinoamericano en Buenos Aires propuesto por Sandino; y en solidaridad con los trabajadores colombianos perseguidos luego de la huelga de 1928⁹⁵.

Por otra parte, las seis “Consignas” aprobadas fueron una síntesis de las cuestiones discutidas a lo largo de las jornadas del Congreso: “1) Apoyo a Sandino y a toda lucha emancipadora de los pueblos oprimidos. Contra la guerra entre países latinoamericanos y por la fraternización de los pueblos. Contra las dictaduras. Contra la guerra antisoviética. Contra la doctrina Monroe. Contra la obra que realizan la Unión Panamericana y la Liga de las Naciones. 2) Rebaja de los fletes ferroviarios y marítimos. Oposición al encarecimiento del transporte urbano. Obligar a las empresas al mejoramiento de los servicios de transporte, del punto de vista de la seguridad y la eficiencia. 3) Apoyo a los movimientos campesinos por las rebajas de los arrendamientos y de los fletes, contra los trusts cerealistas, contra las reminiscencias feudales, etc. Entrega a los indígenas de las tierras que ocupan. 4) Apoyo a las luchas sindicales del proletariado, especialmente, cuando se dirigen contra empresas imperialistas. Contra la especulación y demás maniobras de los trusts tendientes a encarecer la vida. 5) Contra la política de los empréstitos. Por la revisión de las

⁹⁵ Este amplio conjunto de “Declaraciones” iba además con la firma de Humberto Maraviglia (por Rosario), Juan José Cabodi (Córdoba), Guerino Viduzzi (Mendoza) y Juan José Núñez (Mar del Plata).

concesiones a empresas extranjeras. Por la expropiación de los yacimientos petrolíferos y su explotación estatal, con el contralor obrero. Por la nacionalización de todo el subsuelo. Por la expropiación de los obrajes y yerbaes. Contra los resabios de esclavitud. 6) Por la anulación de los tratados que someten al país a las potencias imperialistas. Por la evacuación de todo el territorio ocupado por el imperialismo. Por la acción conjunta de los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo y las dictaduras” (*La Internacional*, 23/8/1929). La solidaridad con la lucha de Sandino en Nicaragua, el mejoramiento y el abaratamiento del precio de los servicios públicos, las reivindicaciones de los campesinos y de los indígenas, el apoyo a las manifestaciones obreras, la preservación del petróleo y de todos los recursos naturales, en fin, el enfrentamiento contra el imperialismo y las dictaduras latinoamericanas se constituían de este modo en los factores programáticos e ideológicos centrales del comunismo argentino (aunque también del latinoamericano) en esta etapa de su historia.

El acto de clausura de la Conferencia contó con la presencia de Raúl Mahecha, quien como secretario de la Federación Obrera y Campesina de Colombia, saludó la realización del encuentro e hizo un breve relato de las luchas sociales en su país contra la United Fruit Company. Posteriormente, hicieron los discursos de cierre J. J. Núñez, Humberto Maraviglia (por las delegaciones del interior del país) y Moisés Castro Morales (por el GI de la Capital Federal). Y antes de ocurrido el cierre, con la entonación de “La Internacional”, se pasó a dar lectura de la Nómina del Consejo Nacional de la flamante Sección Argentina de la Liga Antiimperialista, cuya titularidad quedó conformada del siguiente modo: Bartolomé Bossio (por Mar del Plata), José Vidal Mata (Mar del Plata), Juan J. Cabodi (Córdoba), Guerino Viduzzi (Mendoza), Perfecto Iglesias (Avellaneda), Humberto Maraviglia (Rosario), Rodolfo Ghioldi (Capital), Pablo Lejarraga (Capital), Paulino González Alberdi (Capital), Juan Unamuno (Capital), Gregorio Gelman (Capital), Bartolomé Fiorini (Capital), Héctor Agosti (Capital), Moisés Castro Morales (Capital), Adelín Gutiérrez (Capital), Adolfo Sampietro (Capital), Luis Cechini (Capital), José Cucagna (Capital) y Honorio Barbieri (Capital). En tanto que los suplentes fueron Juan José Núñez (Mar del Plata), Antonio Maruenda (Córdoba), Enrique Burgalat (Santa Fe), David Siburu (Rosario), José Tomassi (Bahía Blanca), Juan Vescobo (Capital), Luis V. Sommi (Capital), P. González Porcel (Capital), Carlos Ravetto (Capital) y Oscar Montenegro Paz (Capital).

La Conferencia Antiimperialista de Buenos Aires se convirtió en un encuentro político sin precedentes en la historia argentina y latinoamericana. Nunca hasta ese entonces un partido comunista había realizado un evento de esas características, únicamente destinado al análisis del fenómeno imperialista y a las distintas estrategias para oponerse a él. Con la realización de la Conferencia, el PCA pudo cumplir con por los menos tres objetivos a un mismo tiempo. Por una parte, y a nivel local, logró conformar una fuerza que, aunque todavía radicada en la ciudad de Buenos Aires, podía expandirse por el interior de la Argentina, dándole mayor protagonismo a ciudades y regiones también afectadas por el imperialismo, pero cuyas demostraciones de fuerza eran mínimas o bien no tenían llegada a la Capital. En este sentido, el Grupo de Izquierda consiguió al menos comenzar a federalizarse y, en este mismo intento, empezar a irradiarse a las zonas agrarias, de cada vez mayor importancia en las luchas antiimperialistas. Por otra parte, gracias a las proporciones asumidas por la Conferencia, por la cantidad y nivel de adhesiones provenientes de instituciones políticas, sindicales, culturales, universitarias, etc., la Liga comunista terminó de desplazar a su homóloga chispista como actor central en las luchas antiimperialistas y obreras. Pocos meses más

tarde, el reconocimiento del GI como único representante en Argentina de la Liga contra el Imperialismo se convirtió en el tiro de gracia contra la ya alicaída Liga del PCO, la que ahora perdía también lo que quedaba de su de por sí débil inserción a nivel internacional. Finalmente, y desde un plano regional, Buenos Aires comenzaba a consolidarse como nuevo centro coordinador de las luchas antiimperialistas latinoamericanas aprovechando, claro está, el vacío político que se había producido en México, sede de la LADLA, una vez que el Partido Comunista, junto con todas sus organizaciones periféricas, había sido proscrito y muchos de sus más importantes dirigentes y cuadros, eran perseguidos o terminaron directamente expulsados del país.

Sin embargo, el apoyo a la propuesta de Sandino no dejaría de traer consecuencias entre la Liga argentina y el Comité Continental en México. En este sentido, un nuevo conflicto tendría lugar cuando la dirección continental de la LADLA rechazara el apoyo de la Liga GI a la propuesta sandinista del congreso antiimperialista. Así, para principios de julio, *La Internacional* reproducía un artículo del Comité Continental Organizador publicado originalmente en *El Libertador* en el que se criticaba la propuesta del general nicaragüense al mismo tiempo que se efectuaba un pedido de rectificación por parte de los camaradas argentinos. Se aclaraba allí que “los compañeros argentinos han sido sorprendidos en asunto de tan grande importancia y es por ello que aplauden una actitud que en nada responde a un fin antiimperialista. El Comité Continental de la LADLA declara que en ningún momento auspiciaría semejante idea y recomienda a los compañeros argentinos rectifiquen su error y expliquen a las organizaciones del sur el verdadero significado de la proposición de Sandino para evitar confusiones” (6/7/1929). La respuesta de la Liga, publicada en el mismo número de *La Internacional* apuntaba a su creencia en la “buena fe” del líder de la guerrilla nicaragüense pero “evidentemente, (...) si existía cambio de posición de Sandino, lo que en la Argentina no se conocía, la resolución debió ser otra”, por lo que el GI concluía remarcando la “necesidad de que entre el Comité Continental de la LADLA y las secciones de toda la América Latina sean más normales las relaciones”. En todo caso, era difícil suponer que desde la dirección del comunismo argentino y desde el Secretariado Sudamericano en Buenos Aires no se tuviese conocimiento de todos los virajes acaecidos en muy poco tiempo en la relación entre los comunistas, principalmente los mexicanos, y el general nicaragüense. Parece más probable, en cambio, suponer que el apoyo a la propuesta de Sandino estuviera enmarcada en el clima de rivalidad, ciertamente intensificada, entre los camaradas argentinos y mexicanos. Y, por lo mismo, en el difícil contexto en el que el PCM debía desarrollar sus acciones, bajo la clandestinidad y bajo la represión, el pedido formulado por parte del PCA para que las relaciones con el CCO fuesen “más normales”, no podían sino resultar ingenuo o cínico.

Pero más allá de este conflicto con la sede mexicana, la realización de la Conferencia sirvió también para consolidar al imperialismo como un eje central dentro de las discusiones políticas del comunismo argentino proceso que, como pudimos observar, se agilizó sobremanera después de que fue celebrado el Congreso Antiimperialista de Bruselas en febrero de 1927. En este sentido, se pudo percibir durante los últimos años de la década del '20 un acelerado proceso de maduración del movimiento comunista, el que progresivamente comenzaba a mirar con más detenimiento a la realidad latinoamericana circundante. Sin embargo, no debemos olvidar que este renovado interés por comprender las particularidades sociales, políticas y económicas del país y de la región chocó con concepciones abstractas y mecanicistas sobre la forma de actuar

del imperialismo que, ciertamente, contribuyó a deformar el fenómeno que se intentaba explicar. En este sentido, la estrategia de “clase contra clase” que tanto efecto había tenido sobre el PCA y que lo había llevado al intento por construir el tan mentado “Bloque Obrero y Campesino”, interpretaba a la burguesía como mero apéndice del imperialismo y, por ende, como parte de un bloque al que los obreros, y secundariamente los campesinos, debían vencer, y no como un amplio sector social con sus diferencias internas (por ejemplo, entre burguesía industrial, sector terrateniente y clases medias) y con sus fuertes contradicciones de clase. Por otra parte, y más en el terreno local, la creencia de que por su apoyo a la industrialización el yrigoyenismo jugaba a favor de los intereses económicos norteamericanos con un alineamiento automático, frente a la contraparte de conservadores y alvearistas (la llamada “burguesía agraria”) apoyada en el poderío británico, hacía ver la disputa entre estos actores como una puja interimperialista, en la que la clase obrera y, por ende, el Partido no tenían ningún motivo para participar. Por último, la suposición de que por el apoyo estadounidense el gobierno de Yrigoyen desembocaría en un modelo fascista y directamente antiobrero tampoco ayudó demasiado a la hora de intentar comprender un régimen político y económico muchísimo más complejo de lo que se estaba dispuesto a asumir. Con todo, y pese a los defectos y deformaciones señaladas, resaltaba el intento por comprender a fondo la naturaleza de un fenómeno que hasta ese entonces nunca había ocupado un lugar tan preponderante dentro de la agenda política del Partido Comunista Argentino.

Los frentes antiimperialistas ante el derrumbe de la democracia

Las últimas actividades de la Liga, antes del golpe militar del 6 de septiembre de 1930 estuvieron sobre todo relacionadas con el ya mencionado Congreso Antiimperialista de Frankfurt de julio de 1929, con distintas actividades de tono antifascista y con la creación de nuevas filiales de la organización. Con respecto a lo último, pocas semanas después de terminada la Conferencia de Buenos Aires, el 21 de junio Hassan Mattar presidía un acto del Grupo de Izquierda en Mar del Plata, al mismo tiempo que se anunciaba la creación de nuevas secciones de la Liga argentina en las provincias norteñas de Tucumán y Santiago del Estero. Posteriormente, el domingo 30 de junio tuvo lugar una “Gran Manifestación contra la Reacción” organizada por la Liga Antiimperialista (en cuya representación Héctor Agosti pronunció un discurso), el Socorro Rojo Internacional y la Alianza Antifascista, y en la que, entre otros asuntos, se pidió por la liberación de Radowski. Por la misma época otro mitin fue organizado en Avellaneda por la filial de la Liga de esa localidad pronunciándose, en esta ocasión, en contra de los frigoríficos de propiedad inglesa instalados en dicha zona fabril: como oradores estuvieron presentes Paulino González Alberdi (por el GI), Juan Parrao (de la Liga local) y Leopoldo Sala (Secretario General del PC de Uruguay y representante de su Liga en Argentina). Por otra parte, y a fin de fortalecer los vínculos con el Brasil en momentos en que los imperialismos británico y norteamericano estaban interesados en fomentar una guerra entre ambos países, el 25 de julio también se celebró un acto con la escritora María Lacerda de Moura, delegada de la Liga de Brasil, que contó con la presencia de Marcelino Punyet Alberti y en la que se leyó un mensaje de confraternidad entre los dos pueblos firmado por Mauricio Lacerda y E. Molla Lima (presidente y secretario general, respectivamente, de la Liga brasileña)⁹⁶.

⁹⁶ El mensaje decía lo siguiente: “La Liga Antiimperialista de Brasil, sección brasileña de la Internacional contra el Imperialismo, asegura al pueblo argentino todo su empeño y toda su actividad en la

Por iniciativa de la Comintern, el 1° de agosto se celebró en Buenos Aires la “Gran Jornada Roja contra la Guerra”, un acto de proporciones internacionales que dio lugar a la formación de un “Comité Permanente de Acción contra la Guerra y la Defensa de la Unión Soviética”, convocado por el Secretariado Político del PCA y en el que también tuvo participación la Liga como “institución central proletaria”, siendo el salvadoreño Moisés Castro Morales uno de los tres oradores del GI en dicho mitin⁹⁷. Por otra parte, una nueva “Jornada de Lucha Antiimperialista” debía celebrarse el 23 de agosto, día del segundo aniversario de la muerte en los Estados Unidos de Sacco y Vanzetti, precedida por una serie de conferencias preparatorias: sin embargo, el acto central, organizado en conjunto por la Liga Antiimperialista y el Socorro Rojo Internacional, debió suspenderse ya que la policía impidió su realización. El encuentro recién pudo ser realizado el 25 de agosto en Plaza Once con la participación, como oradores, de Héctor Agosti (por la Liga Juvenil), J. Cosin (Federación Juvenil Comunista), Paulino González Alberdi y José Cucagna (ambos por la Liga Antiimperialista).

En el mes de julio, poco antes de celebrado el Congreso Antiimperialista de Frankfurt, la dirección de la Liga Antiimperialista fue reestructurada una vez más, eligiéndose una nueva Junta Ejecutiva que quedó conformada con Gregorio Gelman como Secretario General, Honorio Barbieri (prosecretario), Juan Unamuno (secretario de actas), José Cucagna (tesorero), Paulino González Alberdi, Pablo Lejarraga, Bartolomé Fiorini, Luis Cecchini, Adolfo Sampietro, Adelín Gutiérrez y Héctor Agosti. Por otra parte, y con relación a la importancia creciente que iba adquiriendo la entidad, su “Comisión de Prensa” pasó a integrarse por un total de seis miembros: tres por Capital Federal (M. Punyet Alberti, Juan Unamuno y Paulino González Alberdi) y tres por Mar del Plata (Bartolomé Bossio, J. J. Núñez y J. Buenrostro). Por último, también hubo militantes y cuadros provenientes de los países vecinos que cooperaron con la LAIA, como fue el caso del paraguayo Oscar Creydt. Sin embargo, la adopción de la estrategia sectaria e izquierdista de “clase contra clase” y sus críticas cada vez más agudas contra las expresiones socialdemócratas, también tendrían sus consecuencias en las relaciones entre el PCA y otros partidos, en este caso, el socialista: así, el Comité Ejecutivo del Partido Socialista y su Secretario, Jacinto Oddone, les exigieron la renuncia a aquellos miembros del PS que formaran parte de la dirección de la Liga junto con la del Socorro Rojo Internacional, organizaciones comunistas éstas que en su lógica de “frente único” aun conservaban cierto grado de apertura para la participación en sus filas de dirigentes

regimentación de grandes masas para la guerra a la guerra” (*La Internacional*, 17/8/1929). Al siguiente mes se dio a conocer la respuesta argentina, escrita en un tono similar.

⁹⁷ Una carta del 8 de junio de 1929, firmada por M. Garlandí (seudónimo del italiano Ruggiero Grecco), responsable del Secretariado Latinoamericano de la Comintern entre 1929 y 1930, se ocupaba de detallar a los dirigentes comunistas de Sudamérica la importancia de desarrollar acciones con relación al “Día Internacional contra la Guerra”, a ser celebrado el siguiente 1° de agosto. Entre sus recomendaciones no sólo contaba el intento por vincular la lucha antibelicista con el enfrentamiento contra el imperialismo sino también, y a tono con los nuevos tiempos del comunismo, la denuncia constante contra los gobiernos populistas como los ejercidos por el yrigoyenismo en Argentina, el battlismo en Uruguay, el Partido Democrático en Brasil, y el liberalismo en Paraguay, todos casos en los cuales “la democracia ‘de izquierda’ y ‘obrerista’ debía ser enérgicamente denunciada”. Por otra parte, las propuestas de Garlandí asumían gran importancia en la Argentina cuando, bajo la línea de “frente único por la base”, llamaban al armado de una gran coalición motorizada por los comunistas y que también incluyera a los “chispistas” y a los penelonistas, además de contar con los anarquistas y los sindicalistas. Finalmente, la convocatoria a la puesta en marcha de comités antiguerreros concedía un especial papel a la participación de organizaciones como las Ligas Antiimperialistas, junto con las Asociaciones de Amigos de Rusia, el Socorro Obrero Internacional, etc. (CCC 329.15/82 PCa 1).

y militantes provenientes de otras fuerzas políticas. Dieron un paso al costado entonces Bartolomé Fiorini y Juan Unamuno (del Comité Directivo de la Liga); P. González Porcel y J. Vescobo (suplentes); E. Silva Garraventa (revisor de cuentas) y algunos otros que habían representado a distintas instituciones sociales durante la conferencia antiimperialista recientemente celebrada en Buenos Aires.

Por otra parte, y frente a la nueva situación que se había creado en la región con la proscripción del Partido Comunista y sus organizaciones periféricas en México y la consecuente dificultad por parte del Comité Continental por coordinar y dirigir la lucha antiimperialista de América Latina bajo la clandestinidad, y teniendo en cuenta el importante respaldo obtenido frente a los opositores del PCO, también se barajó en dicho congreso internacional la posibilidad de trasladar la sede de la LADLA a Buenos Aires. Así, era el propio Gregorio Gelman quien expresaba que “la creación de un Secretariado en Buenos Aires es una prueba de la importancia que inviste y se le concede al movimiento revolucionario en Sud América. Este secretariado tendrá por función unificar las actividades con los países limítrofes al nuestro (...) con el consiguiente beneficio para la unidad del frente en la lucha que en común debemos afrontar contra nuestro común enemigo: el imperialismo y sus lacayos, las burguesías y los gobiernos nacionales. Además, esta tarea estará ligada a la de consolidar los vínculos con el movimiento antiimperialista de Gran Bretaña y Estados Unidos, especialmente, lo que permitirá un mayor desarrollo de nuestras actividades y un redoblamiento de nuestra influencia en las masas obreras y campesinas, contando con la solidaridad y ayuda del proletariado y campesinado de los países imperialistas, dueños de la América Latina” (*La Internacional*, 7/11/1929). La súbita importancia adquirida por la LAI comunista que por medio de un encuentro a nivel nacional finalmente había conseguido vencer a la Liga rival; la creciente relevancia asumida por Buenos Aires como ciudad sede del Secretariado Sudamericano de la Comintern y, luego, también como base de la primera conferencia de Partidos Comunistas latinoamericanos; y, por último, el nuevo clima represivo que se hacía sentir en varios de los países de la región, entre ellos, México, contribuyeron sin duda alguna a situar a la capital argentina como una posibilidad importante para el desenvolvimiento de las fuerzas comunistas de la región. En este sentido, no resultaba inviable el traslado de la dirección de la LADLA a Buenos Aires, aunque la experiencia en México demostraba que todavía esta organización podía seguir operando aun bajo las difíciles condiciones de la clandestinidad (sin mencionar, por cierto, que a partir de septiembre de 1930 la Argentina misma seguiría por el mismo camino de gobiernos autoritarios y anticomunistas que ya habían empezado a asolar a varios países de la región)⁹⁸.

Uno de los efectos más importantes para el comunismo argentino luego de la realización del Congreso de Frankfurt tuvo que ver con la creación de la sección juvenil de la Liga, efectuada el 2 de agosto, con la nominación de Héctor Agosti como Secretario General y la participación de distintas organizaciones asociadas, como la Federación

⁹⁸ Reafirmando el deseo de los argentinos, en un informe del Secretariado Latinoamericano del 25 de marzo de 1930, el suizo Alfred Stürmer aseguraba que luego de discutir sobre el tema con algunos responsables como Willi Münzenberg y Sméral, habían llegado a “la decisión de hacer una contrapropuesta a aquella de los camaradas mexicanos que querían transferir el Comité Continental de Organización a Nueva York, proponiendo de transferirlo a Buenos Aires o Montevideo”. Sin embargo, en dicha discusión, Sméral insistió en la importancia de situar el CCO en la segunda ciudad debido a que, según él, en la primera “ya había muchas ligas antiimperialistas” *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 3/495-79-104..

Universitaria de Rosario, la Federación Juvenil Comunista y distintos clubes deportivos obreros⁹⁹. El manifiesto de la asamblea constitutiva de la Sección Juvenil apuntaba particularmente a la situación de los estudiantes universitarios, en un contexto de “economía semicolonial” como el argentino (condición además compartida por todos los llamados “países libres” de América Latina), y frente a un gobierno como el yrigoyenista, el que “a pesar de sus pretendidas poses antiimperialistas sirve en los hechos al imperialismo”. Por ello es que el principal llamado de esta nueva sección era a la juventud estudiantil que había entrado a la vida política argentina a partir de la Reforma Universitaria de 1918, la que por otra parte, y en ese momento se encontraba “sin definición programática” y “sin precisión ideológica”, haciendo que el proceso “se debata en un verbalismo declamatorio que esteriliza toda acción”. Sin embargo, esta situación empeoraba por “la corrupción que el yrigoyenismo ha llevado al seno del movimiento estudiantil y la influencia de los ideólogos de la burguesía nacional”, lo que hizo que “cierto antiimperialismo estudiantil, a pesar de su exterior revolucionario, tenga un contenido absolutamente reaccionario”. Para los dirigentes de la Sección Juvenil, el ciclo reformista encabezado por la pequeña burguesía universitaria desde 1918 se encontraba pues prácticamente agotado, en gran medida a causa del gobierno yrigoyenista que lo había corrompido y vaciado de su contenido original. El antiimperialismo de los estudiantes universitarios y de la clase social de la que mayormente provenían era entonces un claro reflejo del antiimperialismo del presidente Yrigoyen: una mera cuestión de apariencias destinada a encubrir su voluntad sumisa al colonialismo como elemento estructural del gobierno radical. En suma, una opinión sobre la Reforma Universitaria no demasiado lejana a la que un tiempo antes hubiera vertido Paulino González Alberdi durante la Primera Conferencia de los partidos comunistas latinoamericanos.

En consonancia con la estrategia de “clase contra clase” impuesta desde la Comintern es que el llamado de la Sección Juvenil únicamente podía estar dirigido a “la juventud obrera y campesina que también comienza a participar activamente en la vida política y cuya organización es más necesaria puesto que sufre más directa e intensamente la explotación del capital, y porque es mañana la que sacrificará el imperialismo en las guerras que sus contradicciones engendran”. Así, también el “bloque obrero y campesino” podía ser llevado a la práctica a partir de la acción concreta de los jóvenes frente al imperialismo: la herencia reformista del '18 y su impulso transformador no había ya que buscarlos en los estudiantes universitarios de la burguesía y la pequeña burguesía sino, más bien, en todos aquellos jóvenes trabajadores, de la ciudad y del campo, que debido a la escasez de medios provocada por la penetración imperialista no podían ni podrían concurrir a la universidad.

De acuerdo con las indicaciones brindadas por la Comintern y el PCA, la postura política de la nueva sección fue volcada en ocho “Consignas”, las que excediendo el marco de la juventud, intentaron dar cuenta de la situación de opresión de las grandes masas obreras y campesinas de Argentina y de la región, solidarizándose además con la Unión Soviética ante cualquier posibilidad de ataque contra ella. Dichas “Consignas” fueron las siguientes: “1) Contra la penetración imperialista en el país, contra el gobierno nacional que la alienta y la sostiene, contra la política de los empréstitos. 2) Amplio apoyo a los movimientos emancipadores de los pueblos oprimidos. 3) Contra la acción de la Liga de las Naciones y de la Unión Panamericana. 4) Contra los peligros de

⁹⁹ Además de Agosti, participaban en la Liga Juvenil Edmundo Arias Paz (como secretario de actas), Sofía Babitski (tesorera) y Juan Canavelli y Cayetano Bernabó (vocales) (*La Internacional*, 3/8/1929).

guerra entre los países latinoamericanos provocados por el imperialismo. 5) Por la defensa de la Unión Soviética, amenazada por el imperialismo. 6) Amplio apoyo a los movimientos de la juventud obrera y campesina. 7) Por la defensa de las reivindicaciones de los jóvenes soldados y marinos. 8) Por la ligazón y acción conjunta del movimiento juvenil antiimperialista de Latinoamérica” (*La Internacional*, 17/8/1929).

Por otro lado, y debido a la importante presencia inmigratoria durante las primeras décadas del siglo XX, no era extraño suponer que los conflictos que se daban en lejanos escenarios como Medio Oriente también pudieran impactar sobre la población argentina del momento. Así, a principios de septiembre se dio a conocer un llamado de la Liga Antiimperialista argentina tendiente a unificar a los obreros judíos y árabes luego de los enfrentamientos armados que poco tiempo antes habían tenido lugar en Palestina, motivando la realización de un acto de la Agrupación Comunista Israelita de Buenos Aires en el que habló González Alberdi por la LAIA. Otros encuentros realizados por la Liga antes de concluir al año fueron “Por la libertad de Haití y la soberanía de los pueblos latinoamericanos”, el 14 de diciembre, con las intervenciones de Gregorio Gelman, Héctor Agosti, Adolfo Sampietro y Aurelio Hernández, entre otros, y un encuentro con el propio Gelman, sucedido exactamente una semana más tarde, donde en su calidad de representante argentino en Frankfurt, se refirió más en detalle sobre el segundo congreso mundial contra el imperialismo.

Frente a la actuación de los comunistas, las últimas apariciones de la Liga chispista antes de su desaparición hacia fines de los '20, en medio de un contexto cada vez más represivo, y que culminaría con el golpe militar de septiembre de 1930, estuvieron dirigidos a la lucha contra la constitución definitiva del “Grupo de Izquierda” y más en particular, contra la resolución obtenida en Frankfurt que le aseguraba a éste último el reconocimiento por parte del antiimperialismo de signo comunista como único representante en la Argentina. Así, en una nota del 6 de abril de 1929 publicada en *La Chispa* se criticaba al “Grupo de Izquierda” por querer apropiarse de la consigna de “frente único” lanzada por la Liga “oficial” y destinada al trabajo en conjunto con otras organizaciones antiimperialistas (como la Unión Latinoamericana o la Alianza Continental). Aun cuando hubo algunos intentos de acercamiento con los comunistas (por ejemplo, como cuando los chispistas saludaron al Congreso Sindical de Montevideo como el “primer paso decisivo hacia la unificación continental de las fuerzas antiimperialistas”, según su boletín *Liberación*, de mayo de 1928), su pretensión de mantener su propia autonomía y sus resistencias a querer fundirse nuevamente en el PCA fueron factores que, sin duda alguna, contribuyeron a su decadencia y aislamiento y que, finalmente, terminarían de sellar su propia suerte una vez que en la Argentina se hubiera instaurado un gobierno militar con un profundo ánimo represivo.

CUBA

Proscripción, crisis y recomposición de fuerzas de la Liga cubana

El Partido Comunista Cubano, como una sección más de la Tercera Internacional, no dejó de suscribir los acuerdos finalmente alcanzados en los congresos comunistas realizados en Moscú en 1928, y en Buenos Aires al siguiente año. Tal como se podía llegar a observar en distintas partes del mundo, también en el caso de Cuba las circunstancias parecían favorecer el despliegue de una acción revolucionaria de clase. En este sentido, el grado de organización, conciencia y experiencia alcanzadas por el movimiento obrero y la vanguardia comunista abrían nuevas perspectivas como respuesta a la profundización del proceso político del machadato. Se estimó por ello que habían madurado las condiciones para el incremento de las huelgas parciales, la unificación del movimiento obrero mediante una plataforma de reivindicaciones básicas, el fortalecimiento del sector femenino en los sindicatos, la organización en las áreas agrícolas con el objetivo más vasto de la conformación de una auténtica alianza obrero-campesina y, junto con ello, la intensificación de la acción conjunta con el movimiento continental de los trabajadores mediante la participación en la Confederación Sindical Latinoamericana. En el plano político, la formación del frente único antiimperialista, dirigido y controlado por el partido, exigía la consolidación en el sector de la juventud, la movilización del estudiantado universitario y, sobre todo, la reactivación de la Liga Antiimperialista, aunque esto último no fue tratado sin que afloraran a la superficie los problemas de fondo de la nueva táctica adoptada por el comunismo internacional frente a la radicalización de las masas y, consecuentemente, al deslinde, traumático en muchos casos, con las organizaciones de la pequeña burguesía y la burguesía nacionalista con las que hasta ese momento se había trabajado.

La reanimación de la Liga que intentó llevar a cabo Rubén Martínez Villena como su principal dirigente en medio de este nuevo contexto político no pudo ser todo lo exitosa que se esperó en un primer momento. El dilema era claro y pasaba justamente por el rol que debían jugar estudiantes e intelectuales, en definitiva las clases medias, en una organización que, de ahí en más y a partir de las premisas dictadas por el partido, debía amoldarse a la consigna de “clase contra clase”. En estas condiciones, nadie discutía la centralidad que obreros y campesinos debían alcanzar en sus luchas contra el capitalismo, pero al mismo tiempo resultaba imposible desconocer la importancia histórica que los sectores medios cubanos habían ostentado en su enfrentamiento contra el imperialismo español y luego estadounidense desde la época de Martí a esta parte. En definitiva, se trataba de redefinir el sentido de una organización colateral al partido en momentos en que éste debía comenzar operar bajo una nueva lógica, más combativa pero al mismo tiempo, también más sectaria.

En estas complejas circunstancias, Martínez Villena entendió que la contribución táctica fundamental de la Liga debía ser la de facilitar el nuevo tipo de frente antiimperialista que se requería a partir de su integración directa con el amplio movimiento popular cubano para primero lograr la independencia nacional y, luego, para llevar a cabo la efectiva conquista del socialismo. En esta estrategia a dos tiempos, las clases medias y, fundamentalmente, sus intelectuales progresistas (pocos de ellos realmente solidarios con la causa soviética ya en aquellos tiempos) debían subordinarse a su vez a sectores como el obrero y el campesino, los que además de heterogéneos y fragmentarios, apenas si habían dado muestras de encarar un serio y real proceso de integración, lo que por otra parte los había llevado en ocasiones a asumir conductas refractarias a la voluntad

disciplinadora del partido. Así, la misión concreta de la Liga dentro de estas difíciles condiciones debía ser por tanto la de “establecer los vínculos necesarios con todas las fuerzas aliadas, coadyuvantes y concurrentes en la etapa de liberación nacional e ir las empujando, al compás de la dinámica misma del proceso, hacia la órbita política del PCC en busca de una superior unidad revolucionaria” (Roa, 1982: 355).

De acuerdo con esta premisa, Martínez Villena creyó que podía contar con sus viejos colegas del Movimiento Minorismo para ayudarlo con la dirección y la orientación política de la LAIC: el desafío impuesto no era menor si tenemos en cuenta por una parte el cauce cada vez más aislacionista del partido con relación a las clases medias y, por la otra, el derrotero sinuoso y en muchos casos ambiguo de la vanguardia cultural en su enfrentamiento con el régimen de Machado, lo que la hacía oscilar entre el más puro apoliticismo y al más serio compromiso militante, derivando a la postre en disímiles posicionamientos ya sea en la izquierda o en la derecha del espectro político cubano. Luego de una reunión política mantenida con Martínez Villena, Aureliano Sánchez Arango y Juan Ramón Breá, únicamente aceptaron la invitación a sumarse a la lucha política directa Emilio Roig de Leuchsenring, José Z. Tallet y Juan Marinello, quienes, por otra parte, ya habían participado anteriormente en varias de las actividades de la Liga incluso desde su misma fundación. El fracaso de la convocatoria había sido más que evidente y fue, de hecho, “el último intento de Rubén de entroncar a los escritores y artistas, como tales, a la acción revolucionaria” (Roa, 1982: 356). Por otra parte, tampoco rindieron fruto las gestiones subsiguientes, lo que llevó a que se desistiera del empeño por el momento.

Sin embargo, y pese a que los intelectuales que finalmente decidieron incorporarse a Liga y, desde allí, trabajar bajo las directivas del PCC, fueron realmente pocos, su importancia no dejó de crecer al calor de las luchas sociales y políticas contra el machadato, posibilitando que en el caso concreto de Marinello éste pudiera comenzar a operar como un efectivo relevo de Martínez Villena, cuya salud se deterioraba irremediablemente a causa de la tuberculosis, y una vez que sus acciones políticas se vieran de pronto tronchadas al decidirse por la siempre difícil opción del exilio. Por otra parte, la participación en el congreso antiimperialista de Frankfurt permitió a la Liga cubana seguir en contacto con distintas organizaciones pertenecientes al universo cominternista. Así, en aquella ocasión, la delegación cubana que asistió a Frankfurt estuvo compuesta por Leonardo Fernández Sánchez, José E. Borges Carreras y José F. Chelala Aguilera¹⁰⁰, todos ellos, estudiantes universitarios exiliados en Europa quienes, por otra parte, sostuvieron la candidatura del dirigente sindical Sandalio Junco, nuevo secretario del CCO, como integrante del Comité Ejecutivo de la Liga contra el Imperialismo.

La multiplicación de las huelgas parciales (aunque sin que todas ellas obtuvieran respuestas favorables a sus demandas), el aumento en la actividad política de los campesinos de la provincia de La Habana y la efectiva radicalización del movimiento estudiantil producidas por la crisis de 1929 fueron el contexto que determinó la definitiva consolidación de las relaciones entre el PCC con sus pares mexicano y estadounidense y, principalmente, con la Comintern, luego de la primera crisis suscitada a raíz de la expulsión de Mella y, más tarde, del descubrimiento de la existencia de un partido “apócrifo” creado, aparentemente con la anuencia de Machado, para aislar a la

¹⁰⁰ También concurrió como representante de la ANERC.

organización oficial de sus contactos externos¹⁰¹. En lo inmediato, y como resultado de una importante reunión sostenida el 28 de septiembre de 1929 por un representante de la IC con Joaquín Valdés, por entonces, Secretario General del PCC, se acordó reforzar la tendencia comunista de la organización de los emigrados cubanos, la ANERC, otorgándole el contenido político de la LAI y del Socorro Rojo Internacional para así lograr su hegemonía por sobre las facciones derechista, que únicamente pretendía la unión con los nacionalistas y, la meramente antiimperialista, remisa a lograr acuerdos con el Partido. Asimismo, se resolvió el envío a la Isla de recursos económicos y folletería y que los comunistas que se encontraban en el extranjero militaran en los partidos de esos países, organizándose simultáneamente en “secciones de cubanos” para desde allí apoyar al PCC en el envío de propaganda y otros materiales revolucionarios. Por último, también se acordó la fundación formal el 22 de abril de 1930 de Defensa Obrera Internacional (DOI), sección cubana del SRI y frente único contra el terror machadista, que en realidad había nacido un mes antes como un simple grupo de ayuda a los presos políticos, y que terminó de constituirse gracias a la labor de Rubén Martínez Villena, por entonces, también miembro del Comité Central del PCC y de la CNOC¹⁰².

Así, para finales de la década del '20, el movimiento comunista cubano parecía finalmente ensancharse, aun frente a la profundización de la política represiva implementada por Gerardo Machado. En este contexto, la Liga Antiimperialista iría ocupando un lugar cada vez más preponderante como una de las correas de transmisión del PCC con la sociedad cubana: más allá de su vinculación con obreros y campesinos, su importancia también radicaría desde entonces (y tal como había sido planeada desde la misma época de su fundación) como vinculación con las clases medias y los sectores nacionalistas.

¹⁰¹ “Hasta 1929, la dirección partidista transitó con escasa y muchas veces ninguna orientación en la Comintern, organización que entonces desconocía bastante las características de la dependencia, especialmente en El Caribe, razón por la cual algunas de sus orientaciones, válidas para el movimiento comunista europeo o de otros continentes, no lo fueran para la neocolonia cubana. Esa realidad provocó que, en determinadas coyunturas, la dirección partidista asumiera posiciones que se distanciaban de la línea trazada por la IC, creándole dificultades con dicho organismo, aunque también trató de cumplir orientaciones de dudosa realización en el país” (Rojas Blaquier, 2005b: 4). Para más información con respecto al PCC “apócrifo” consultar en Rojas Blaquier (2005a).

¹⁰² DOI se organizó en La Habana y poco tiempo después de extendió al interior del país, donde se crearon grupos locales en San Antonio de los Baños, Matanzas, Morón, Manzanillo y otros pueblos. Los objetivos de esta organización de masas, colateral del Partido, fueron entre otras, las de ayudar a todos los perseguidos y sus familiares; luchar contra la guerra, el imperialismo y el fascismo; por la igualdad de los derechos del negro; por el derecho de asilo a los emigrados políticos revolucionarios, etc. En julio de 1930, la doctora Sarah Pascual Canosa y Manuel Garza hicieron esfuerzos por inscribir a DOI en el Registro de Asociaciones. El gobernador provincial Antonio Ruiz inició un proceso judicial contra los dos revolucionarios por considerar subversivo el reglamento de la organización. Posteriormente, Defensa Obrera Internacional realizó numerosas campañas de solidaridad junto con la Liga Antiimperialista, entre ellas, por la liberación de los jóvenes negros de Scottsboro, por la excarcelación de Jorge Dimitrov, Ernest Thäelmann y de todos los luchadores antifascistas, y en apoyo a los revolucionarios venezolanos que combatían a la férrea dictadura de Juan Vicente Gómez.

LA LADLA ANTE EL COMUNISMO INTERNACIONAL

La Primera Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina

Como decíamos al inicio de la última parte, para América Latina, puede afirmarse que el VI° Congreso de la Comintern tuvo su continuidad y su conclusión en la Primera Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina, celebrada en Buenos Aires entre el 1° y el 12 de junio de 1929. En el encuentro se discutió acerca la nueva estrategia que el movimiento comunista debía emplear en la región a partir de la nueva estrategia política de lucha de “clase contra clase”. Con una amplia representación latinoamericana, el congreso se destacó además por la presencia en él de Jules Humbert-Droz (“Luis”), quien ofició como representante de la Comintern como miembro de su Presidium y en su cargo de jefe del Secretariado Latinoamericano (si bien, sería ésta una de sus últimas actuaciones políticas dentro de la estructura cominteriana a causa de su próxima expulsión como cuadro identificado con el bujarinismo), y del destacado dirigente estadounidense William Simons, aparte de importantes referentes del espacio comunista regional como Victorio Codovilla, Orestes Ghioldi (“Ghitor”), por la Secretaría Sudamericana de IC y de la Internacional de la Juventud Comunista, respectivamente; Leopoldo Sala, por Uruguay; Raúl Mahecha, por Colombia; Alejandro Barreiro (“Bracedas”) y Sandalio Junco (“Juárez”), por Cuba; Julio Portocarrero (“Zamora”) y Hugo Pesce (“Saco”), por Perú; David Alfaro Siqueiros (“Suárez”), por México; Ricardo Martínez, por Venezuela y Octavio Brandao (“Meyer”), por Brasil, entre muchos otros.

Una de las sesiones de trabajo fue justamente dedicada al desempeño de la LADLA, mediante una evaluación de lo actuado hasta el momento y una proyección prospectiva sobre sus nuevas tareas futuras a partir de su encuadramiento bajo las premisas del “Tercer Período”. Integraron esta comisión Paulino González Alberdi, por el PCA y en su rol de “informante”; Luis Villagrán (“Villalba”), de Guatemala; Julio Portocarrero, de Perú; Victorio Codovilla, por la SSA de la Comintern; Mario Grazini (“Gabinetti”), de Brasil; Carignani, de Panamá; Ricardo Martínez, de Venezuela y Leonardo Peluffo, de Argentina. En tanto que el dirigente que presidió la comisión fue el estadounidense William Simons (Jaiman o Haiman Levin), quien además de ser el Secretario General de la Liga Antiimperialista de los Estados Unidos, era un prominente gremialista: mientras que en 1926 se lo había designado como delegado en el IV° Congreso de la ISR, para el siguiente año fue nombrado Secretario Nacional del Comité Progresivo de los obreros metalúrgicos, siendo destacado también para la creación de la Confederación Sindical Latinoamericana en Montevideo en mayo de 1929, en este caso, como representante de la Trade Unión Educational League. Simons cumplía entonces con los dos requisitos fundamentales que la Comintern consideraba entonces centrales para la dirección y la reorganización de la LADLA bajo un nuevo perfil: su origen norteamericano y su militancia dentro del campo sindical. Nuevamente, volvía a explicitarse la tesis de que el movimiento antiimperialista de la región debía ser conducido desde dentro de los Estados Unidos, y que para lograr una mayor efectividad en sus planteos y campañas, éste debía convertirse en un satélite del sindicalismo rojo que, a través de la recientemente constituida Confederación Sindical Latinoamericana, dependiente de la ISR, pretendía implantarse y fortalecerse en todo el territorio al sur del Río Bravo. La alocución de Simons con la que dio inicio a la sesión de debate sobre la LADLA apuntó justamente en esta dirección:

“Es necesario tener en cuenta que la Liga contra el Imperialismo, está en su segunda etapa, en cuanto a su relación con los sindicatos obreros. El primer congreso mundial que se efectuó en Bruselas, reunió en su mayor parte a los representantes de los movimientos revolucionarios, especialmente de China, aprovechando la revolución china, y los movimientos nacional-revolucionarios que esta revolución originó o empujó. Los sindicatos tuvieron un papel menor. El Congreso de Bruselas fue un gran paso adelante en la lucha antiimperialista: pero existía en muchos compañeros la esperanza de que esos representantes harían la revolución en sus respectivos países. Existía la tendencia a no criticar a esos elementos. Los errores de China no eran casos aislados, eran errores del trabajo imperialista en general. Pero con el desarrollo de la Liga contra el Imperialismo, la influencia de los sindicatos dentro de la Liga ha crecido. Desde enero de este año, el número de sindicatos adheridos a la Liga ha aumentado. Los sindicatos rusos han sido adheridos. La Confederación Sindical Latinoamericana se ha adherido hace poco, y así deben hacer todas las organizaciones obreras de América Latina (...). La Liga cuenta ya con más de cien organizaciones sindicales. Además, cuenta con el apoyo fraternal de la Internacional Sindical Roja. Todo esto indica, compañeros, que la verdadera base para el desarrollo de la Liga Antiimperialista está en las masas obreras y campesinas. Los sindicatos deben formar parte de la Liga Antiimperialista” (*El Movimiento Revolucionario Latinoamericano*, 1929: 321).

El proceso de radicalización del movimiento comunista internacional, visible al menos desde el año anterior en que se celebró el VI° Congreso de la Comintern, no podía dejar de impactar en la composición que hasta ese momento había mantenido la Liga Antiimperialista en América Latina y que hacía confluir en torno de los obreros y secundariamente de los campesinos, a importantes fracciones de la burguesía nacionalista y de la clase media progresista. Pero ahora, bajo el imperativo estratégico del “Tercer Período”, los antiguos aliados sólo podían ser calificados de oportunistas que, incluso, amenazaban con conspirar contra la revolución mundial que debía ser encarada por los comunistas. En un contexto como el latinoamericano, donde las clases burguesas y pequeño burguesas habían desempeñado un importante papel en las luchas de liberación nacional o, directamente, contra el imperialismo, la proletarianización de los frentes de masas como la LADLA no podía dejar de generar grandes complicaciones, al mismo tiempo que restaba importantes bases sociales de apoyo, pues aunque el sindicalismo de orientación comunista era un movimiento latinoamericano en visible aumento, todavía no podía reemplazar la fuerza y el empuje del que aun gozaban los sectores progresistas no proletarios: en este sentido, experiencias revolucionarias frustradas como la cubana en 1933 se encargarían por sí mismas de señalar las graves limitaciones de dicho esquema de “clase contra clase”.

Igualmente, el anclaje sindical que de ahí en más debía tener la LADLA, sumado a la reconversión de la línea política en el movimiento comunista, obligaban también a revisar cómo debía ahora entablarse la relación entre el Partido y las organizaciones periféricas de frente único que, si bien es verdad que no dejaban de existir, necesariamente sufrirían una recomposición tanto en su contenido de clase como en su lógica de funcionamiento. Al respecto, Simons señalaba:

“¿Debe el Partido formar parte del frente único que forma la Liga? ¿Por qué se plantea esta cuestión? Porque en muchos países la Liga contra el Imperialismo no es una organización de frente único, ni siquiera arrastra a las masas bajo la influencia del Partido: es una organización sin masas. Algunos camaradas temen que la presencia del

Partido dentro de la Liga dará una prueba de que el Partido controla a la Liga. Estos camaradas pretenden que la Liga es una organización de frente único, cuando en la mayoría de los casos no es verdad. No es necesario demostrar que el Partido debe formar parte del frente único. Las dudas sobre estos desaparecerán cuando hayamos logrado atraer grandes masas a la Liga, cuando en realidad se haga una organización de frente único. El Partido Comunista debe formar parte del frente único, proponiendo su propio programa y criticando el programa y las actividades de la Liga. ¿Qué es el “frente único”? ¿Debe hacerse entre los miembros del Partido, algunos simpatizantes e intelectuales? No. El frente único debe ser más amplio; debe incluir al Partido, a las organizaciones bajo su influencia y otros elementos fuera de la clase proletaria, que son antiimperialistas. No es justo considerar a la Liga como una organización de menor influencia que el Partido. ¿Es justo que el Partido celebre una demostración grande al mismo tiempo que la Liga realiza una demostración más pequeña? Creo que no. El Partido debe celebrar sus propias demostraciones, pero no en conflicto con el mitin del frente único. El Partido debe participar activamente en el mitin del frente único, mostrándose tal cual es y tomando la participación más activa en la demostración. Trabajar de otra manera implica dejar la Liga en manos de los intelectuales y elementos sin Partido. El Partido debe tener el control de la Liga pero esto no debe ser mecánico. El Partido debe mandar a trabajar en el seno de la Liga a algunos de sus mejores camaradas y obtener la dirección del organismo por medio de la capacidad y el trabajo, y no solamente por la mayoría mecánica de votantes. Nuestra mayoría debe estar formada por los más activos militantes de la Liga” (*El Movimiento Revolucionario Latinoamericano*, 1929: 323).

La complejidad del tema no era menor: la relación entre el Partido y la Liga era vista como la existente entre la vanguardia del movimiento obrero y una de las tantas organizaciones que si bien no tenía una composición claramente referenciada en el comunismo, no podía tampoco negar los lazos que la vinculaban con las estructuras de orden marxista-leninista. En el fondo, la cuestión del establecimiento del frente único no era otra que la vinculación que necesariamente debía darse entre estas entidades en esta nueva etapa, en la que las organizaciones que se definían meramente como “coincidentes” debían transformarse o dejar su lugar por aquellas otras decididas a encolumnarse directamente detrás del proletariado y del campesinado, más aun en tiempos como aquellos, en los que, propiciado por la crisis capitalista, la revolución social era tan factible como el peligro de una guerra interimperialista o de un ataque contra la Unión Soviética. Ante esta coyuntura radical era, por lo tanto, necesario estrechar filas en torno al Partido, el que debía hacerse cargo de la dirección del movimiento, controlando incluso a organizaciones como la Liga, aun cuando este control no debía ser tan evidente (en este sentido, todavía seguían siendo válidas las recomendaciones sugeridas por Julio A. Mella en cuando al efecto contraproducente que una “Liga demasiado roja” podía generar entre sus militantes y seguidores). Nuevamente, el caso cubano, en el que la LAI había quedado en manos de “los intelectuales y de los elementos sin Partido” durante la huelga de hambre de Mella es suficientemente gráfico de los problemas que a toda costa debían evitar los dirigentes comunistas. La dirección de la Liga, así como la de las restantes organizaciones periféricas, no debía ser regalada a nadie sino que, por el contrario, debía ser reservada pura y exclusivamente para los hombres del Partido.

Tampoco era una cuestión menor la relación que debía establecerse entre la Liga y la pequeña burguesía, habiendo sido éste el sector social que la había nutrido

prácticamente desde sus primeros tiempos, entre 1925 y 1928. Con referencia a los obreros y campesinos, sectores privilegiados por los comunistas a fines de los años '20, Simons planteaba que “la Liga incluye a todas las organizaciones obreras y, por consecuencia, a los Bloques Obreros y Campesinos. Pero teniendo en cuenta que en la Liga pueden participar elementos de la pequeña burguesía, esta organización no puede tomar parte de los Bloques. Esa me parece que debe ser la regla general” (*El Movimiento Revolucionario Latinoamericano*, 1929: 323). Quedaban aclarados entonces cuáles debían ser los límites para organizaciones del tipo de la Liga Antiimperialista, todavía con un fuerte basamento en la clase media: era necesario preservar a toda costa al Bloque de Obreros y Campesinos de cualquier contaminación ideológica proveniente de la pequeña burguesía, aun si las organizaciones en las que ella tenía presencia, como la LADLA, terminaban siendo dirigidas por comunistas. Así, la Comintern permitía la existencia de entidades de frente único como la Liga, siempre y cuando aceptaran el mandato supremo de los comunistas y se mantuvieran al margen de las organizaciones de clase de los obreros y los campesinos aunque, claro está, sin que se les impidiera el trabajo conjunto con respecto a aquellas reivindicaciones comunes.

De acuerdo con todos estos puntos, y con su voluntad por transformar progresivamente a las Ligas de organizaciones de lucha contra el imperialismo en frentes de masas contra la guerra, es que William Simmons propuso como sus tareas fundamentales las siguientes: “1°) Diseminar amplias informaciones sobre la lucha de los pueblos coloniales y semicoloniales en contra del imperialismo, y especialmente contra el imperialismo yanqui. Las secciones de América Latina deben extraer enseñanzas de las luchas de los demás países latinoamericanos. Deben tomar en consideración el desarrollo de las huelgas contra empresas imperialistas. Deberán llevar a esos huelguistas, la propaganda antiimperialista (...). 2°) Celebrar mítines y demostraciones y, cuando sea necesario, plantear en los sindicatos la cuestión referente a la ayuda. 3°) Deben publicar un órgano oficial en cada país y, además, distribuir el órgano oficial de la organización continental. 4°) Establecer cotizaciones donde no las hayan. 5°) Debe efectuar su penetración en el seno del ejército y de la marina” (*El Movimiento Revolucionario Latinoamericano*, 1929: 322). De todas estas recomendaciones, seguramente lo más novedoso era el énfasis con la que se trataba de vincular a la LADLA con las organizaciones sindicales del continente, y su intento por crear núcleos antiimperialistas y antiguerreristas entre los miembros de las fuerzas armadas: todas las otras medidas, de alguna o de otra manera, ya habían sido llevadas a cabo en su momento, con mayor o menor éxito. Luego de las imprecisiones del VI° Congreso de la Comintern, parecía que finalmente la Liga Antiimperialista de las Américas volvía a encontrar un rumbo político aunque, ahora, más bien como un organismo al final subsidiario de la Internacional Sindical Roja y, más específicamente, de la Confederación Sindical Latinoamericana.

Como se adelantó más arriba, un papel de suma importancia le estaba reservado a la Liga de los Estados Unidos. Su vocero no dejó de recalcar en ningún momento durante su alocución el rol dirigente que la misma Comintern le había asignado. Sobre este punto, y para no sufrir las críticas que en otro momento había recibido esta sección, el delegado de los Estados Unidos se preocupó en esta oportunidad por dejar en claro que los trabajadores de su país poseían una formación de izquierda y una conciencia antiimperialista cada vez mayor, que los había llevado a efectuar distintas acciones contra el gobierno de su propio país y a favor de las organizaciones comunistas latinoamericanas. Sin embargo, no dejó de reprochar a éstas su falta de comunicación

con sus pares norteamericanos, en la organización de medidas que podían ser llevadas a cabo de manera común y, por ende, de exigir “más iniciativa por parte de las Ligas Antiimperialistas de los países latinoamericanos”, solicitándole además que sus comunicados y propuestas fueran también redactadas en inglés para de ese modo favorecer la participación de la filial estadounidense. Asimismo, y nuevamente según las dictámenes del VI° Congreso, les exigió a las secciones latinoamericanas que también profundizaran sus relaciones con las secciones de la Liga ubicadas en Asia y África, apoyando sus propias luchas y, eventualmente, también tomando parte en ellas: la clase obrera latinoamericana debía acentuar, entonces, “su internacionalismo de combate”. Las recomendaciones, pedidos y requerimientos efectuados por Simons no eran demasiado diferentes a las que desde siempre habían existido en las distintas secciones de la Liga: sin embargo, para gran parte de los delegados allí presentes, sobre todo para los provenientes de los países del Cono Sur, seguramente era una novedad que un representante norteamericano se los planteara a ellos directamente.

Sin embargo, el punto crucial en el debate sobre la Liga Antiimperialista se produjo cuando se trató el caso particular de Perú e, indirectamente, se retomó una fuerte polémica desarrollada entre los representantes del movimiento radical peruano y otros dirigentes comunistas, principalmente Victorio Codovilla, en una sesión anterior dedicada a “la lucha antiimperialista y los problemas de táctica de los Partidos Comunistas de América Latina”.

El eje principal de la discusión tuvo que ver con el texto especialmente preparado por Mariátegui para el encuentro, llamado *Punto de vista antiimperialista*, y que en la sesión correspondiente fue leído por su camarada Julio Portocarrero. Se condensaba en dicho trabajo el intento de Mariátegui por situar al antiimperialismo como un elemento de importancia pero siempre dentro de un orden programático mayor, a diferencia del aprismo, que partía de un anticolonialismo puramente esencialista y por sobre cualquier otro horizonte de reivindicaciones obreras y sociales. Por lo mismo, refería Mariátegui en dicho escrito una fuerte desconfianza hacia la actuación de la burguesía y de las clases medias latinoamericanas en las luchas antiimperialistas de la época, las que más allá de sus posicionamientos variables en el tiempo, e incluso por momentos en alianza con los sectores obreros y campesinos, siempre preferirían mantener su vinculación con las metrópolis y los países centrales: constituía éste un nuevo ataque contra el APRA y su interés político por buscar en todo momento un anclaje social prioritario en estos sectores de la sociedad.

Estas concepciones, por otra parte, encajaban en la búsqueda de Mariátegui de un marxismo de formas nacionales, debiendo para ello expresar aquellas fuerzas sociales que se desempeñaban como representantes en potencia de la voluntad nacional y popular peruana. Las ideas que se derivaban de lo anterior eran varias y por lo general tenían que ver con el interés manifestado por el dirigente peruano en otorgar un papel cada vez más importante a las masas campesinas e indígenas, prestando particular atención a su cosmovisión e ideologías y en rechazar la identificación de la burguesía latinoamericana con su homóloga europea. Frente a la posibilidad de que las clases medias se constituyeran en vanguardia de un movimiento nacionalista, y que de ahí pudieran derivar directamente hacia el aprismo, Mariátegui optó por la constitución en 1928 de un Partido Socialista concebido como la cristalización de un frente único de clases de base marxista, negándose en consecuencia a transformar a éste en Partido Comunista frente a las críticas de la Comintern. Dicha transformación recién devendría

en 1930: sin embargo, no tardarían en llegar las críticas y ataques referidos a la presunta condición populista del dirigente peruano (Miroshkevki, 1980: 55), cuando en realidad, lo que éste buscaba era una autonomía mayor en un momento en el que las organizaciones comunistas tendían a estrechar lazos de dependencia cada vez más fuertes con Moscú y con Stalin. De forma colateral, la negativa a constituir una sección peruana de la Liga prefiriendo fortalecer al Partido Socialista fue interpretada como un nuevo gesto de desobediencia, que si bien no fue castigado, fue sí duramente atacado, tanto en la propia persona de Mariátegui (quien finalmente no pudo viajar a Buenos Aires) como en la de sus representantes en el Congreso, Julio Portocarrero y Hugo Pesce.

Todo comenzó cuando González Alberdi, uno de los conductores del debate, hizo una descripción general de las distintas secciones de la Liga en América Latina señalando que en Perú no se había constituido una sección debido a que “los camaradas tienen una opinión distinta, fruto de errores de concepto acerca del efecto producido por el imperialismo en la economía nacional, y de los errores de nuestros compañeros delegados acerca de la función del Partido”. Según su interpretación (que en realidad, era una interpretación a la que adscribía una buena parte de los dirigentes), basada en *Punto de vista antiimperialista*, todo se debía a un error de conceptualización sobre el rol del neocolonialismo en Perú, como un elemento progresista tendiente a la disolución de las antiguas formas feudales y, en consecuencia, a la creación de la pequeña propiedad rural, es decir, de una “burguesía indígena cuyos intereses chocarían con los intereses de los imperialistas” (328). Los camaradas peruanos incurrieron así en el doble error al considerar al imperialismo y a las clases medias como factores progresistas y dinamizantes, justo en momentos en que de lo que se trataba era de cortar todo vínculo con ellas. Las críticas se dirigían finalmente hacia la conceptualización de los peruanos sobre como tenía que ser diseñado el Partido Comunista, no de bordes estrechos y únicamente reducidos como expresión de la clase obrera (y, eventualmente, también de la campesina) sino como una organización amplia, plural y “dentro de la cual actuarían los comunistas” (329). Bajo esta mirada, se comprendía entonces que Mariátegui y sus compañeros no quisieran reproducir en Perú una organización como la LADLA, ya que sobre todo en tiempos de clandestinidad, implicaba peligrosamente duplicar esfuerzos.

La respuesta de Hugo Pesce no se hizo esperar. No sólo rechazó la idea adjudicada de que el imperialismo era un “factor progresista”: su llegada a un país necesariamente conmovería las estructuras económicas tradicionales, provocando incluso la destrucción del sistema de explotación feudal, aunque eso de ningún modo signifique el desenvolvimiento de un proceso benéfico. En tanto que su apreciación sobre la Liga Antiimperialista y las posibilidades para su creación en Perú era prácticamente la misma que la señalada por González Alberdi: en los difíciles tiempos de la proscripción, todos los esfuerzos debían ser dedicados a la construcción del Partido, sin ningún tipo de duplicación de tareas, y sin que esto significara que no pudiera llevarse a cabo distinto tipo de acciones anticoloniales, como ya se habían manifestado en los últimos tiempos. A su vez, la intervención de Codovilla tenía como fin rebatir las opiniones vertidas por Pesce, las que le parecían “muy peligrosas”. En este sentido, su crítica fue un tiro por elevación a Mariátegui y a la formación del Partido Socialista Peruano como una forma de desconocimiento del control ejercido por él mismo desde el Secretariado Sudamericano de la Comintern. Así, se preocupó por rechazar cualquier tipo de apreciación en la que no se reafirmara, de manera rotunda, el carácter negativo del imperialismo, ya que toda posibilidad de modernización, incluso considerándolo como

“un factor de progreso económico” podía suponer una mirada cercana a la del socialismo o, peor aún, a la del APRA. Por ende, y bajo las difíciles condiciones reinantes en Perú, no había motivo, en realidad para no constituir una sección de la Liga, más aun cuando lo que estaban tratando de hacer sus camaradas era luchar por la legalidad del Partido. Finalmente, el consejo dado por Codovilla para sus pares no podía resultar menos que irritante: “es necesario que nuestros compañeros peruanos rompan un poco la ‘cáscara’ en que se encuentran encerrados y traten por todos los medios de ponerse en contacto con las masas. Sólo así podrán realizar una verdadera acción revolucionaria”.

Más allá de este punto de discordia hacia el interior del Congreso, que no hacía más que evidenciar las fuertes diferencias internas existentes en el joven movimiento comunista latinoamericano, la sesión de trabajo en torno a la Liga Antiimperialista finalizó con una serie de recomendaciones emitidas por una voz presuntamente autorizada para ello, la de Paulino González Alberdi como dirigente de la sección argentina, una filial formada hacía relativamente poco tiempo pero que había logrado fortalecerse desbancando a la organización opositora del Partido Comunista Obrero, y que incluso había reclamado para sí misma la dirección regional de la entidad:

- 1) “Son objetivamente favorables las condiciones para el desarrollo de las Ligas Antiimperialistas en la América Latina. Los Partidos deben prestar mayor atención a esta tarea, constituyendo Ligas donde no existan y prestándoles mayor apoyo donde las hay. La actividad de la Liga ha de desplazarse hacia las empresas imperialistas. Así, en Colombia, la Liga no ha de quedar en Bogotá sino que debe ir a la zona bananera a realizar sus agitaciones. Es necesario fortalecer el sector proletario dentro de las Ligas”.
- 2) “Las Ligas han de darse tesis y programas claros, en los que se contemplen las reivindicaciones de las masas obreras, campesinas y de las capas pequeño-burguesas de cada país que sienten la presión imperialista. Estas reivindicaciones deben ligarse con las campañas de carácter general (Sandino, etc.) y ser objeto de agitaciones especiales”.
- 3) “Las Ligas han de constituir verdaderos organismos de frente único, formados por adhesiones individuales y de organizaciones”.

Vinculadas ahora al trabajo sindical, y con un perfil más definidamente obrerista, parecía que nuevamente las Ligas podían erigirse en toda la región como los ámbitos idóneos y necesarios para llevar a cabo la lucha anticolonial.

El Congreso Antiimperialista de Frankfurt

Entre el 21 y el 30 de julio de 1929 tuvo lugar el segundo y último congreso de la Liga contra el Imperialismo. La propuesta para su realización fue discutida por vez primera entre el 18 y el 19 de agosto de 1928 en la reunión que en Berlín mantuvo el Comité Ejecutivo de dicha organización, ocasión en la que Willi Münzenberg justificó la necesidad de una nueva convocatoria internacional apoyado por otros miembros e

invitados como George Ledebour, James Maxton y Shapurji Saklatvala¹⁰³. Los motivos para efectuar este nuevo llamado eran claros y no pasaban tan sólo por dar una respuesta a la nueva estrategia que poco a poco terminaba de imponerse dentro de la Comintern, más aun, luego de que ésta celebrara su VIº Congreso el anterior año, sino que también era una reacción al encuentro anticolonial que recientemente habían realizado aquellos partidos y organizaciones englobados dentro de la Segunda Internacional, los que no habían tenido mayores problemas en acusar a la LCI como un aparato más dentro del universo comunista. Según la opinión Münzenberg, el desenvolvimiento del movimiento antiimperialista internacional, sobre todo desde que fuera realizado el anterior Congreso de Bruselas e incluso dentro de países colonialistas como Inglaterra, justificaba sobremedida la convocatoria a un nuevo encuentro que, originalmente, fue pensado para que tuviera lugar en la capital de la república francesa.

Para el historiador que en general seguimos para el armado de esta sección, el inglés E. H. Carr, “el año 1929 fue testigo de un declive de las actividades de la Liga contra el Imperialismo” (1984: 318): sin embargo, una afirmación de esta naturaleza tan sólo podía ser cierta reducida a una realidad parcial, correspondiente a la situación europea más, como hemos estado viendo, muy diferente de lo que venía ocurriendo por la misma época en América Latina, elemento que seguramente pesó en la decisión de Münzenberg a la hora de proponer la realización de un nuevo congreso internacional. Aun así, no podía negarse que, desde su fundación dos años antes, sí se había operado una profunda transformación del clima político. En este sentido, es cierto que nuevamente en Europa la Liga había perdido gran parte de su frescura, e incluso las campañas contra la guerra y contra el ascenso del fascismo se hacían de manera cada vez más separada de ella. En el fondo, y como se pudo ver anteriormente, lo que podía percibirse era la misma desconfianza, ahora tal vez más pronunciada, hacia las entidades que dentro de la Comintern seguían proponiendo una política frentista con las organizaciones socialdemócratas y reformistas. Pese al creciente rechazo que la idea de un nuevo congreso comenzaba a generar en algunos hombres de Moscú, una nueva reunión del Comité Ejecutivo de la LCI, esta vez mantenida en la ciudad alemana de Colonia entre el 15 y el 16 de enero de 1929, fue aprovechada para dar nuevo impulso a la propuesta, invitando a los sindicatos soviéticos a sumarse plenamente a su organización y su campaña de difusión.

Fue ésta una gran concesión al mismo tiempo que una ajustada lectura de los nuevos tiempos que comenzaban a manifestarse por parte de la dirección de la Liga, que de ese modo incorporaba con un papel protagónico a la Internacional Sindical Roja a sus propias actividades como una manera de estirar su propia supervivencia. La respuesta de los gremios soviéticos fue afirmativa: no sólo se adhirieron oficialmente a la LCI, sino que además enviaron a Colonia una importante delegación encabezada por G. Melnichanski¹⁰⁴. Como se preveía, la reunión del Comité Ejecutivo fue agitada y

¹⁰³ Para aquel entonces, el Comité Ejecutivo de la LCI se componía de los siguientes nombres: James Maxton (presidente), Willi Münzenberg (secretario), W. Chattophadyaya (secretario), Jawaharla Nehru, (India), Mohamed Hatta (Indonesia), Mustafá Chedli (África Septentrional), Mme. Duchesne (Francia), S. Saklatvala (Inglaterra), Dr. A. Marteaux (Bélgica), R. Bridgeman (Inglaterra), Roger Baldwin (Estados Unidos) y Diego Rivera (México).

¹⁰⁴ Nacido en 1886, G. N. Melnichanski fue miembro del Partido Bolchevique desde 1902 y asumió importantes responsabilidades sindicales después de la Revolución Rusa. Asimismo, aparece como personaje dentro del famoso trabajo periodístico *Diez días que conmovieron al mundo*, escrito por el estadounidense John Reed en 1919.

conflictiva: la delegación rusa, apoyada por Fritz Heckert (representante de Alemania y de la ISR) aprovechó para criticar al sindicalista inglés Arthur J. Cook por su tibieza ante los dirigentes laboristas británicos, a lo que en forma ofuscada, éste respondió que “no estaba dispuesto a dejar que la Liga se transformara en una Internacional Roja”, oponiéndose por lo mismo a utilizar modelos de organización rusos o alemanes (Carr, 1984: 318-9). En medio de este escenario conflictivo, Münzenberg trató de limar las evidentes asperezas, calificando a unos como “utópicos” y a otros como “ingenuos”. Con todo, el Comité Ejecutivo aprobó una resolución sobre el papel de los sindicatos y, siguiendo el ejemplo previamente otorgado por el VIº Congreso, una resolución sobre América Latina, particularmente y como ya hemos visto, en apoyo a la guerrilla sandinista contra la ocupación estadounidense.

Por su parte, también la Comintern intervino en la planeación del Congreso: en este sentido, una reunión del Presídium de la IC llevado a cabo en marzo de 1929 se ocupó expresamente de orientar su organización en dirección a los movimientos de obreros y campesinos. Sin embargo, y más allá de su cauto apoyo al proyectado encuentro en Frankfurt, no pudo ocultarse la tensión existente hacia Münzenberg y su estilo político poco propenso a escuchar las sugerencias, recomendaciones y directivas provenientes de sus superiores. Melnichanski, convertido a estas horas en el principal comisario político soviético en la LCI era además un excelente informante de todo cuanto acontecía en las discusiones de su Comité Ejecutivo. Así las cosas, la admonición por parte del Secretariado Político de la Comintern frente a lo que consideraba como un “acto de indisciplina” no se hizo esperar: el camarada Münzenberg no sólo presentó la Agenda Provisional “como un hecho dado” y sin ninguna consulta anterior, sino que ésta además fue elaborada junto con figuras poco representativas del espíritu comunista y sin que se sentaran claros lineamientos, por ejemplo, con respecto a los avances del nacionalismo en China, por parte del Kuomintang, y en la India, a partir de la labor del Congreso Nacional Indio¹⁰⁵. Al menos por el momento, Münzenberg pareció asumir que difícilmente podía proseguir en la organización del Congreso sin contar con la aprobación de la Comintern y sin la participación de ésta en su planeamiento y, luego, directamente en sus debates.

Mientras tanto, a estas alturas la campaña de difusión del nuevo congreso funcionaba ya en sus más altos niveles, apoyado en cada lugar por las secciones correspondientes de la Liga Antiimperialista, y por otros cuerpos de la Comintern como el Socorro Rojo o el Socorro Obrero. Así, fue para mayo de 1929, y en una edición especial de *El Libertador* consagrado únicamente a esta cuestión, que se hizo una invitación expresa a participar en el nuevo encuentro¹⁰⁶. En este sentido, y con un mensaje claramente dirigido “a las organizaciones antiimperialistas” y “a los revolucionarios del continente”, el Comité Continental de la LADLA se sumó a la convocatoria, justificando todavía más la realización del congreso debido al nuevo embate por parte del imperialismo

¹⁰⁵ La sanción concluía del siguiente modo: “Tomando esta decisión, la Internacional Comunista debe informar al Camarada Münzenberg que no será el único reprendido por la presente indisciplina, la cual puede tener serias consecuencias de naturaleza política, sino que también la repetición de estos actos de indisciplina serán en el futuro extremada y seriamente analizados”. “Resolución del Secretariado Político de la Comintern (1º de abril de 1929)”, en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 14/542-1-79.

¹⁰⁶ Esta edición correspondió a un suplemento de la revista, correspondiente al número 21, de mayo de 1929. Seguramente por un error tipográfico, la carta de invitación tiene fecha del 1º de mayo de 1928, cuando en realidad la reunión del Comité Ejecutivo que tuvo lugar en Berlín y en la que se decidió efectuar un nuevo congreso internacional ocurrió entre el 18 y el 19 de agosto de 1928.

estadounidense, el que se hacía sentir con particular intensidad en México y en América Central y El Caribe. En lo que podía ser interpretado como una crítica elíptica y soterrada al sandinismo que se había hecho fuerte en Nicaragua, pero que no había podido trascender como movimiento político más allá de las fronteras de este pequeño país, se insistía asimismo en la necesidad de conformar “un sólido bloque antiimperialista”, un “frente único que ya no puede tener sus límites dentro del nacionalismo estrecho y suicida, sino que deber orientarse hacia una internacionalización revolucionaria”. Sin embargo, cabe recalcar que este “frente único” sería de características muy distintas al surgido en Bruselas en 1927 ya que ahora únicamente se puntualizaba en los obreros y campesinos, “en estrecho contacto con sus compañeros de los demás países coloniales y semicoloniales amenazados por el imperialismo”, pero prescindiendo en cambio de los núcleos nacionalistas o burgueses que habían caracterizado a la LCI durante sus primeros años de vida. Por último, y pese a que según el Comité Continental América Latina tenía que “jugar un papel importantísimo en este Congreso”, lo cierto es que, como se verá a continuación, el lugar ocupado por la región en el Orden del Día resultaba claramente secundario frente a la priorización de otros territorios, como la India y Medio Oriente (de ahí también la insistencia en hacer presencia en Frankfurt con una misión latinoamericana conformada por no menos de treinta delegados, objetivo que de todos modos no alcanzó a ser cumplido).

Numéricamente, el Congreso de Frankfurt fue superior al realizado dos años antes en Bruselas, ya que reunió a un total de 257 delegados provenientes de 33 países, y a gran cantidad de representantes de organizaciones simpatizantes, aunque (y pese al tono de denuncia que el encuentro debía asumir), lo cierto es que únicamente 15 delegados provenían, estrictamente hablando, de países coloniales, cuestión que sería luego criticada desde la Comintern. Por otra parte, la importancia de este encuentro internacional también estuvo dada por la presencia de sesenta miembros de un encuentro juvenil antiimperialista reunido en las vísperas de la celebración del congreso principal. Pero a diferencia del anterior encuentro, éste no contó ni con la mayoría de las personalidades distinguidas que habían estado presentes en Bruselas, así como tampoco se escondió en ningún momento la participación soviética y comunista: tal es así que una delegación de la Comintern se hizo presente en el Congreso, aunque recién comenzó a operar al cuarto día de haber llegado (lo que obviamente fue motivo de reproches desde Moscú).

Como presidente del Congreso, y en una decisión por demás polémica, fue elegido James Maxton, líder del Partido Laborista Independiente, y entre los participantes más activos estuvieron otros dos miembros de la delegación inglesa, los sindicalistas Harry S. Pollit y A. J. Cook, el diputado de origen indio Shapurji Saklatvala y G. Melnichanski, como hemos visto, principal representante del sindicalismo rojo y encargado de polemizar duramente contra todo aquel que se atreviera a cuestionar la ortodoxia soviética¹⁰⁷. Por último, también cumplieron un papel de importancia el escritor francés Henri Barbusse, principal referente del movimiento antiimperialista en el mundo de las vanguardias intelectuales y artísticas, junto con un conjunto de mujeres entre las que se destacaban Madame Sun Yat Sen, viuda del fundador del Kuomintang

¹⁰⁷ Por otra parte, y entre los pocos mensajes de adhesión recibidos, se contaron el del líder irlandés Eamon de Valera (junto con una pequeña contribución económica para la Liga) y el del keniano Jomo Kenyatta, secretario general de la independentista Asociación Central de Kikuyo, quien también expresaría sus frustrados deseos de poder asistir al encuentro.

chino; Gabrielle Duchene, segunda presidenta de la Liga Internacional Femenina por la Paz y la Libertad; y la Dra. Helene Stocker, dirigente pacifista y feminista alemana.

El Orden del Día del Congreso, expresado en un total de 13 puntos, pretendía dar cuenta de las principales problemáticas presentadas al siempre creciente movimiento anticolonialista mundial. Pero como siempre en estos casos, su relevamiento y posterior puesta en escena para su tratamiento no era un fenómeno de naturaleza azarosa: por el contrario, revelaba siempre por donde pasaban las prioridades y los intereses de los organizadores. Así, resultaba claro que para Münzenberg y para al menos la gran mayoría de los miembros del Comité Ejecutivo de la LCI los siete puntos más importantes a tratar en el encuentro eran: “1) La unión de los grupos y organizaciones antiimperialistas en la Liga contra el Imperialismo; 2) Los congresos nacional y sindical hindúes y su significación en la lucha de liberación de la India; 3) El gobierno de Nankin, el Kuomintang y su actitud ante el movimiento antiimperialista de China; 4) La fase más reciente de la lucha libertadora en Indochina, Indonesia y las Filipinas; 5) La necesidad de una lucha en común de los países árabes contra el imperialismo; 6) La lucha del pueblo persa contra los excesos imperialistas; (y) 7) La lucha emancipadora de los negros en África y América”. Hasta aquí podía notarse, en efecto, que el interés de los organizadores del Congreso de Frankfurt pasaba, sobre todo, por las luchas antiimperialistas desarrolladas en la India y Extremo Oriente (pese a todo, todavía el caso chino seguía concitando la atención de la Comintern), seguido luego por las características de los movimientos del Sudeste Asiático, filipinos y árabes y, por último, por las particularidades de la corriente de reafirmación identitaria de la negritud, ya sea que esta población estuviera ubicada en el Nuevo Continente o en África. Sólo a continuación, en el lugar número ocho, el Orden del Día situaba la problemática específica de la región bajo el título de “La América Latina contra los imperialismos inglés y norteamericano”. Así, se trataba entonces del último tratamiento “regional” del Orden del Día, pues los siguientes puntos, “La misión de los sindicatos en la lucha contra el imperialismo” y “La situación social y política de la mujer en los dominios coloniales y semicoloniales”, revelaban en realidad cuestiones de índole puramente tácticas o discusiones más bien orientadas a determinados sectores de la sociedad.

A partir del análisis del Orden del Día de este Congreso podemos entonces darnos una idea del lugar ocupado por América Latina dentro de los criterios utilizados por los organizadores para dar cuenta de la situación comparativa de los principales movimientos antiimperialistas en todo el mundo. Y la primera conclusión que podemos establecer es que, por lo menos hacia fines de la década de los '20, ciertamente en un período de profundización de las luchas anticoloniales incentivadas por una crisis capitalista de impredecibles consecuencias, la situación latinoamericana no revestía mayor interés para el Comité Ejecutivo de la LCI. La región, como un todo, continuaba siendo un gran enigma, más allá de que en el último congreso de la Comintern, dirigentes comunistas de la talla de Bujarin afirmaran finalmente haberla “descubierto”. Fueron varios los factores que pudieron haber influenciado en esta apreciación tan distante y al mismo tiempo tan crítica acerca del caso latinoamericano pero posiblemente haya sido la ruptura entre el movimiento comunista, fundamentalmente del partido mexicano y la guerrilla sandinista, el elemento principal que pudo haber enfriado el entusiasmo de los organizadores del Congreso. Asimismo, creemos que tampoco pudo haber ayudado demasiado el lento crecimiento de los partidos comunistas en la región y la discusión suscitada en torno a la figura de Sandino además de la índole más bien nacionalista de su lucha, que acrecentaba los cuestionamientos provenientes

desde la Comintern si bien todavía podía alcanzar algún grado de apoyo desde la propia estructura directiva de la LCI (personalmente, desde el escritor Henri Barbusse), por ejemplo, al invitar a un delegado del General nicaragüense como expositor de la situación latinoamericana. En suma, y a partir de la elaboración del Orden del Día, podemos suponer que para los líderes de la Liga contra el Imperialismo seguían pesando más las luchas anticoloniales generadas desde territorios que, pese a todo, resultaban para ellos más familiares y más reconocibles de lo que era América Latina, un espacio aun virgen y que, como ya hemos visto, continuaba siendo considerado, simplemente, como un mero apoyo de aquellos otros movimientos tal vez más potencialmente revolucionarios, como podía llegar a serlo el hindú luego de la crisis acaecida entre los comunistas chinos y el Kuomintang dos años antes.

Si el Congreso de Bruselas se había reunido en medio del victorioso avance de los ejércitos nacionalistas y comunistas en la guerra contra el imperialismo en China, ahora por el contrario, era la decepción la que campeaba cuando la traición del Kuomintang hacía temer en muchos la posibilidad de una guerra chino-soviética, con apoyo de las potencias europeas y de los Estados Unidos. Convertido éste en el eje principal del Congreso de Frankfurt y, por lo tanto, soslayando muchos de los puntos originalmente planteados en el Orden del Día para su debate, hubo una gran cantidad de delegados que, como Maxton, Melnichanski y Pollit, dieron muestras de su inequívoco respaldo a la Unión Soviética solicitando a la asamblea la aprobación de una serie de resoluciones de apoyo ante el peligro de una guerra o de una invasión. Sin embargo, el explícito posicionamiento pro-ruso no dejaría de traer severas consecuencias hacia el interior del Congreso, sobre todo cuando los representantes de la Comisión Antimilitarista Internacional (conducida por el anarquista holandés Arthur Lehning y que había sido saludada con vivo entusiasmo dos años antes en Bruselas), declararon que si bien estaban dispuestos a participar en la defensa de la Unión Soviética frente a la posibilidad de un ataque, no asumían en cambio la posibilidad de derrotar al imperialismo por una ofensiva armada, así como tampoco estaban dispuestos a apoyar la política militar y diplomática de los comunistas en China.

El segundo tema que causó fricciones en Frankfurt tuvo que ver con la problemática independencia de la India. En este sentido, fue la exigencia para que se realizaran medidas como boicots, distintas formas de no cooperación y rechazo al pago de impuestos, efectuada por Gupta como representante del Congreso Nacional Indio, la que generó el rechazo del Harry Pollit, quien por su parte aseguró que ninguna de estas tácticas de lucha conseguiría debilitar al imperio británico; por su parte, y mientras que Maxton pidió la total independencia de la India, Melnichanski en cambio le reprochó a éste la complicidad del laborismo en la política represiva inglesa desarrollada contra los líderes del movimiento liberacionista (Carr, 1984: 320-1).

Por otra parte, y según estaba inicialmente previsto, dentro del Congreso hubo toda una sesión dedicada a América Latina con expositores de Cuba, Haití, México, Colombia, Venezuela, Perú, Brasil, Uruguay, Nicaragua y Argentina. Dicha sesión revistió particular importancia para la situación de las organizaciones antiimperialistas argentinas ya que una “Resolución sobre las fuerzas antiimperialistas” en Argentina, aprobada por las delegaciones latinoamericanas, el Secretariado Internacional de la Liga y su Comité Ejecutivo, se propuso zanjar en la disputa entre ambas organizaciones anticoloniales, por supuesto, apoyando a la de naturaleza comunista por sobre su rival “chispista”. Alegando a favor del Grupo de Izquierda se encontraban en Frankfurt su

Secretario General, Gregorio Gelman (delegado por Buenos Aires) y otros dos representantes: Antonio González (por Rosario) y José Vidal Mata (por Mar del Plata), sin mencionar al enviado de la Unión Latinoamericana, Manuel Ugarte, y a la de la sección chispista, Angélica Mendoza, a la que de todos modos no se le permitió la inscripción al Congreso¹⁰⁸. El texto de la “Resolución”, dividido en dos puntos, era el siguiente: “1) Aprobar en un todo la resolución tomada por el Primer Congreso Antiimperialista de la Argentina y hacer un último llamado a los militantes de la Liga Antiimperialista “México 2070” (por la dirección en la que se ubicaba su oficina central en Buenos Aires) para que se incorporen a nuestra sección argentina, única manera de demostrar realmente su sinceridad revolucionaria en la lucha unificada contra el imperialismo. 2) Dirigirse a todos los antiimperialistas de las Argentina, cualquiera sea su credo político o ideológico que aun no se hayan adherido a su sección nacional, a estrechar filas alrededor de la misma, para hacer más efectiva y amplia la lucha contra el imperialismo y sus secuaces” (*La Internacional*, 5/10/1929)¹⁰⁹. Con la aprobación de esta “Resolución”, y con el reconocimiento oficial de la organización comunista como única sección argentina de la Liga contra el Imperialismo se le daba, de hecho, el tiro de gracia a su oponente “chispista”, la que de todos modos y, desde el anterior año, ya se encontraba en una crisis cada vez más profunda. Sin embargo, y como un reconocimiento póstumo a su actividad militante, la invitación a la Liga “chispista” a fundirse dentro de la comunista, de alguna manera, reconocía también la importancia alcanzada por la entidad en sus pocos años de vida, aunque siempre y cuando ella demostrara su efectiva “sinceridad revolucionaria”¹¹⁰.

El segundo hecho destacado para la comisión latinoamericana en Frankfurt tuvo que ver con la presencia del secretario particular de Sandino, el también nicaragüense José Constantino González, quien leyó una carta redactada por el general rebelde y dirigida a

¹⁰⁸ José Vidal Mata y Antonio González (esta vez como representante de la Federación Universitaria de Rosario) también estuvieron en la Conferencia Juvenil Antiimperialista que tuvo lugar antes de que comenzara el Congreso. Según la opinión de Vidal Mata, entrevistado por *La Internacional* para su número del 5 de octubre de 1929 a su retorno de Alemania, el Congreso de Frankfurt “fue el acontecimiento internacional más grande de este último tiempo”, donde el eje estuvo puesto más en la defensa de la Unión Soviética frente a la amenaza capitalista que en la propia penetración imperialista en el mundo periférico de las colonias y las semicolonias. Aunque no pertenecía formalmente al PCA, las posturas de este anarquista eran ampliamente coincidentes con los imperativos doctrinarios por ese entonces dominantes en el comunismo internacional, en su mayor acercamiento a las filas proletarias y, consecuentemente, en su creciente rechazo hacia los elementos provenientes de la clase media y de la burguesía en general. En este sentido, Vidal Mata se refería a la reorientación de la LCI en los siguientes términos: “Los congresales abundaron en consideración para llegar a la conclusión de que la lucha contra el imperialismo no puede separarse de la explotación en general, y que la fuerza antiimperialista reside en el proletariado. Fuerza que no va a vencer a la clase explotadora sin una guerra civil. La Liga pues ha sido saneada de toda influencia extraña. Muchos congresales tuvieron palabras de consideración para los intelectuales y reformistas que han venido al seno de la Liga por equívoco, creyendo poder hermanar a la clase parasitaria con la clase explotada. Los ataques a estos fueron de lo más virulentos, principalmente, los dirigidos por los delegados chinos”.

¹⁰⁹ La “Resolución”, con fecha 29 de julio de 1929, venía además con la firma de los siguientes delegados de América Latina: Raúl Karacik (Brasil), Luis Fierro (Uruguay), Germán Lizt Arzubide (México-Comité Continental de Organización), Jacobo Hurwitz (México-Comité Manos Fuera de Nicaragua), José Vidal Mata, Antonio González y Gregorio Gelman (Argentina), Eudocio Ravines (Perú), Aurelio Fourtoul (Venezuela), Raúl Mahecha (Colombia-Confederación Sindical Latinoamericana), Leonardo Fernández Sánchez y José Chelala Aguilera (Cuba).

¹¹⁰ Con respecto a la posibilidad de unión con la Liga “chispista”, la opinión de Gregorio Gelman, enviado como delegado a Frankfurt, era que el Ejecutivo Mundial “pondrá sin duda fin a toda una serie de chicanerías y maniobras de que se han valido hasta el presente los que lejos de querer la unidad han tratado de fomentar la división en el campo antiimperialista” (*La Internacional*, 7/11/1929).

la asamblea antiimperialista, “autoridad moral de los pueblos oprimidos”. Para el conocimiento público, en dicha misiva el jefe del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional se encargaba de justificar cuáles eran los motivos de la lucha nicaragüense en contra del ejército de ocupación estadounidense, destacando además la importancia de ubicar este acto de plena insurgencia dentro de las luchas anticoloniales que últimamente tenían lugar en distintos territorios del mundo. Sin embargo, un elemento que se destacaba dentro de la carta era la insistencia constante en la “latinoamericanidad” de su cruzada, más aún, frente a las intenciones de los Estados Unidos por construir en Nicaragua un canal interoceánico cuyas repercusiones irían mucho más allá de los límites de este país centroamericano para convertirse, de hecho, en una importante cuestión a ser analizada y resuelta por toda la región. Así, Sandino no dudaba en afirmar que “nuestro Ejército se cree en el imperioso deber de declarar ante el mundo que tiene a los pueblos de Latinoamérica como una unidad racial con vínculos indestructibles. No es por lo tanto solamente Nicaragua la que debe resolver los problemas que le presentan las obras en cuestión. Tiene derecho a externar su opinión al respecto toda la América Latina continental y antillana” (Maraboto, 1980: 8). Con una vocación de “fe latinoamericana” ante las acusaciones de los partidos comunistas de la región (sobre todo, el mexicano) de que en realidad su lucha había caído en la trampa del nacionalismo, Sandino apelaba al resguardo que todavía podía encontrar en la LCI, por ejemplo, por parte de su intelectual más representativo, Henri Barbusse, quien en esta oportunidad llegó a bautizar al caudillo nicaragüense como “General de Hombres Libres”¹¹¹. Como reconocimiento a sus tareas, Sandino fue invitado a formar parte del Comité Internacional de la Liga, junto a otros latinoamericanos como el peruano José Carlos Mariátegui, el cubano Sandalio Junco y el argentino Miguel Contreras.

Los últimos debates del Congreso se desarrollaron a partir de un “informe político y organizativo de la Liga contra el Imperialismo”, enunciado por el fundador y principal dirigente de la entidad, Willi Münzenberg, y por la resolución de varias “cuestiones organizativas” (redacción de estatutos, nuevas elecciones de su Comité Directivo, así como también la designación del lugar y la fecha del siguiente encuentro mundial) y “asuntos diversos”. El cierre del encuentro finalmente tuvo lugar el día 30 de julio, mediante un discurso de clausura efectuado por el propio Münzenberg. Posteriormente, el Congreso aprobó un manifiesto dirigido a “los trabajadores y campesinos de China y de la Unión Soviética; a los pueblos oprimidos y a los trabajadores del mundo”, en que se afirmaba, por medio de un fortalecimiento de los lazos de solidaridad política e ideológica, que un ataque contra Rusia sería considerado como un “ataque contra los oprimidos de todo el mundo”. Fueron aprobadas también resoluciones especiales sobre el peligro de una guerra mundial, sobre el movimiento comunista chino y sobre el papel de los sindicatos en la lucha contra el imperialismo.

Sin embargo, y pese a la importancia numérica alcanzada por el encuentro, y al entusiasmo demostrado por Münzenberg y sus colaboradores por persistir en el

¹¹¹ A propósito de la participación latinoamericana en el Congreso, fue recordada la aparición del delegado mexicano Germán List Arzubide, último director de *El Libertador*, con la bandera que el EDSN le hubo arrebatado a los estadounidenses y que, en un acto de aprecio y reconocimiento a las tareas desarrolladas, el Gral. Sandino la entregó como presente al Comité Manos Fuera de Nicaragua. Para poder llegar a Frankfurt, List Arzubide debió viajar desde México hasta Nueva York para desde allí poder embarcarse: ya en territorio estadounidense, debió envolver la bandera estadounidense en su propio cuerpo a fin de que no se la descubrieran en las requisas policiales. Por tal acto, Sandino le otorgó a List Arzubide el grado de Capitán del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional y la Internacional Sindical Roja lo invitó a conocer la Unión Soviética.

sostenimiento de una organización en la que confluían comunistas y no comunistas frente a una convocatoria común, lo cierto es que para ese entonces la LCI ya no contaba con los buenos auspicios de Moscú. En todo caso, la labor de Melnichanski como principal representante soviético en el Congreso y sus deliberados intentos por generar una ruptura en el de por sí debilitado frente antiimperialista, resultaban una elocuente demostración de la creciente desaprobación por parte de los principales referentes del comunismo ruso. En medio de estas circunstancias adversas, poco fue lo que pudo conseguir el explícito apoyo incondicional a la Unión Soviética para la supervivencia de una organización cuya unidad había quedado seriamente dañada, en primer lugar, debido a sus propios posicionamientos políticos.

Como a estas alturas nos podremos imaginar, el balance trazado desde Moscú y desde el Secretariado Político de la Comintern con respecto al Congreso de Frankfurt no fue todo lo positivo que sus organizadores pudieran haber deseado. En este sentido, es verdad que se admitió que “el Congreso cumplió una importante tarea en cuanto al desarrollo de una poderosa demostración contra el imperialismo, la guerra imperialista y la defensa de la Unión Soviética”, más aún luego de la situación de peligro que supusieron las amenazas del gobierno del Kuomintang en Nankin en contra de Moscú. Sin embargo, y según la opinión de la dirección de la Comintern, “el Congreso logró muy poco desde el punto de vista de las tareas centrales de la Liga respecto a la promoción y la consolidación de la organización del movimiento antiimperialista de obreros y campesinos en los países coloniales”: según su opinión, esto se debió a la poca representación directa de los países coloniales y, en consecuencia, a la amplia predominancia de aquellos delegados provenientes de las naciones centrales europeas y de los Estados Unidos, así como también a la pobre presencia de enviados por parte de los sindicatos rojos (veinte en total) y, más aún, a la exigua cantidad de aquellos otros provenientes de organizaciones campesinas (tan sólo tres)¹¹². Su pobre convocatoria llevó a que, por lo pronto, el Congreso no sirviera para consolidar a aquellos movimientos anticoloniales de obreros y campesinos situados en los más importantes países coloniales. Esta situación incluso empeoraba cuando se analizaba el caso de la India, principal esperanza asiática para los comunistas, ya que no sólo la delegación proveniente de esta nación fue, en términos numéricos, prácticamente igual a la de Bruselas dos años antes sino que además no hubo en Alemania ningún delegado de los trabajadores de Bombay o de Calcuta: únicamente, un miembro del Congreso Nacional Indio, Gupta, “un terrateniente del ala derecha del nacionalismo y vocero de Gandhi”.

En suma, y según los criterios aplicados desde Moscú, el gran problema de los dirigentes de la Liga, empezando por el propio Münzenberg, era que éstos no habían podido dar cuenta de “los cambios fundamentales ocurridos en el mundo colonial desde el Congreso de Bruselas: el rápido pasaje de la burguesía colonial al campo del imperialismo y la contrarrevolución, el proceso de diferenciación en el campo del nacional reformismo, el avance de los obreros y campesinos conducidos por los primeros como vanguardia de la revolución, el aumento del movimiento revolucionario prácticamente en todos los países coloniales –sobre todo, en la India- así como también

¹¹² Como decíamos anteriormente, únicamente 15 delegados provenían directamente de las naciones coloniales, mientras que otros 84 también tenían este mismo origen, si bien y hasta ese momento radicaban en los distintos países centrales. Sin embargo, no se dejó de reconocer que las dificultades del viaje, sumado a los problemas financieros y a la persecución policial fueron todos ellos factores que terminaron incidiendo en el bajo número de concurrentes provenientes de dichos países coloniales.

en los países imperialistas”. En este sentido, el presunto fracaso del encuentro de 1929 se debió, sobre todo, a las dificultades por encarar una verdadera adecuación a los nuevos tiempos del comunismo, proceso en el que se podía verificar un fortalecimiento en la combatividad del bloque de los trabajadores urbanos y agrarios y de los movimientos anticoloniales y, al mismo tiempo, y de un modo sincrónico, la derechización de las capas burguesas y nacionalistas de la población. En Frankfurt, los organizadores del Congreso ofrecieron pues una “expresión unilateral y distorsionada” de las luchas populares del momento. Asimismo, y en una clara relación con los errores de apreciación, fueron pocos los esfuerzos reales por generar nuevos brazos de la Liga en los países coloniales, y más pobres aún los intentos por vincular a la LCI con los movimientos de obreros y campesinos, pese a la presencia en Frankfurt de cuadros políticos y soviéticos como Melnichanski, supuestamente responsables de llevar a la práctica esta tarea. Un último señalamiento tuvo como objetivo la elección de James Maxton como presidente del Congreso. En este sentido, la designación de un dirigente del laborismo independiente como cabeza visible de un encuentro organizado por los comunistas resultaba, para algunos, una acabada muestra de oportunismo y de falta de apego a las doctrinas de Moscú: como se verá a continuación, no resultó extraño que el principal destinatario de todas estas críticas tuviera como objetivo al alemán Willi Münzenberg.

En suma, y para los miembros del Secretariado Político de la Comintern, el pálido resultado alcanzado en Frankfurt no era otra cosa que una muestra más, quizás a estas alturas la concluyente, acerca de la marcha errática y en definitiva poco apegada a sus directivas, de la Liga contra el Imperialismo. Por ello es que luego de realizar la evaluación acerca de lo ocurrido en este encuentro, un conjunto de recomendaciones se ocuparía, justamente, de reorientar la dirección de la organización anticolonial bajo la creencia en la necesaria adecuación de sus principios a los lineamientos trazados desde 1928 por el VI° Congreso. Se impondría en consecuencia una línea cada vez más obrerista y, por lo tanto, cada vez más alejada de la colaboración con los sectores sociales y movimientos políticos burgueses nacionalistas y reformistas. Por ello es que las principales tareas asignadas a la Liga desde la dirección de la Comintern consistieron, primeramente, en una rápida reorientación de sus principios y consignas en dirección a las “masas revolucionarias de obreros y campesinos ubicados en los países coloniales”, asumidas éstas a partir de entonces como los principales actores en las luchas antiimperialistas internacionales. Por lo mismo, y de acuerdo con lo anterior, se debía impulsar de manera inmediata y enérgica la construcción de secciones de la Liga tanto en los países coloniales como en los centrales, claro está, con una mayor presencia en los primeros a partir del liderazgo de los grupos obreros sobre los campesinos y, eventualmente, también sobre los grupos nacionalistas revolucionarios. Asimismo, y dado su carácter estratégico, todos los esfuerzos debían “ser dirigidos a constituir la Liga Antiimperialista en la India”, utilizando para ello la base otorgada por los sindicatos y las organizaciones campesinas; al mismo tiempo, los comunistas debían romper lanzas con dirigentes nacionalistas, reformistas y socialdemócratas como Nehru, Gupta, Hatta, Fimmen y Maxton ya que la cooperación de la Liga con los movimientos por ellos dirigidos se tornaba “inadmisible”. Por último, restaba resolver la conducción de la organización antiimperialista: siendo prácticamente total la desconfianza hacia Münzenberg y hacia su Comité Ejecutivo, la recomendación para la puesta en marcha de una administración efectiva y a tono con la estrategia del Tercer Período pasó justamente por la creación de distintas secretarías en Berlín, Londres y París, aunque “la dirección real de la organización debía suplantarse por un comité de la Comintern”. De

este modo, y si bien no se desarticuló la organización, por el contrario se la pretendió fortalecer y realinear en función de una orientación directa y sin mediaciones por parte de Moscú y de la Internacional Comunista¹¹³.

Poco margen de acción podía quedar entonces para aquellos dirigentes no enrolados en el movimiento comunistas o para aquellos otros que, si bien todavía pertenecían a él, preferían en cambio desarrollar su estrategia política lo más alejada posible de las cada vez más radicales imposiciones de Stalin y su núcleo de poder. Así, no resultó sorpresiva que pocos meses más tarde de celebrado el Congreso de Frankfurt, renunciaran a sus cargos en el Comité Ejecutivo de la Liga importantes representantes de la lucha antiimperialista como James Maxton, Jawaharlal Nehru, Edo Fimmen y Mohamed Hatta. Por su parte, y luego de que los laboristas acusaran a la Liga de pertenecer a la Comintern, Reginald Bridgeman, uno de sus principales referentes, fue expulsado de su propio partido bajo la sospecha de estar asociado con los comunistas (cuestión ésta siempre negada por él). Con respecto al propio Münzenberg, fue realmente poco lo que pudo hacer de ahí en más desde la órbita de la Comintern: prácticamente ya sin ningún apoyo político y con su figura severamente cuestionada a raíz de un comportamiento político que podía ser interpretado como individualista y oportunista, al fundador de la Liga contra el Imperialismo no le quedó mayor refugio por estas horas que su actuación parlamentaria como diputado en el Reichstag. Sería recién hacia 1933, cuando de a poco fueran reemplazadas las fórmulas sectarias por otras de carácter frentista, que este dirigente alemán finalmente volvería a actuar sin tantas restricciones en el campo político y, de nuevo, en su especialidad: el diseño de campañas y de distintos tipo de entidades (contra la guerra, contra el fascismo, por la liberación de presos políticos) siempre para el fortalecimiento del movimiento comunista internacional. Con todos estos cambios, y su transición de organización relativamente autónoma a la de un aparato dependiente de una estructura mayor, no resultó entonces extraño que la LCI entrara en un período de existencia latente, marcada tanto por la progresiva acentuación de sus costados más radicales y más clasistas como así también por los más sectarios.

¹¹³ “Resolución sobre las lecciones del Segundo Congreso de la Liga Antiimperialistas y sus tareas inmediatas”, en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 15/ 534-3-241.

NOVENA PARTE

LOS CONGRESOS ANTIGUERREROS Y LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA

*El movimiento **Ámsterdam-Pleyel***

Los últimos años de vida de las secciones latinoamericanas de la Liga Antiimperialista estuvieron marcados por la lucha contra el fascismo europeo y, al mismo tiempo, contra la mayoría de los gobiernos autoritarios establecidos por la fuerza en varios países de la región, a los que por lo general se interpretó como versiones vernáculas del fascismo italiano y del nazismo alemán, más allá de que en muchos casos, tuvieran apreciables diferencias con ellos. Gracias al movimiento europeo conocido como “Amsterdam-Pleyel”, de lucha tanto contra la guerra como contra el fascismo y surgido desde mediados de 1933, el comunismo internacional pudo comenzar a dejar atrás la estrategia de “clase contra clase” imperante desde fines de la década pasada y que, en realidad, y ante la fallida perspectiva de una revolución mundial, implicó un creciente aislamiento de las masas, aunque un fortalecimiento de las estructuras partidarios en torno a una doctrina cada vez más monolítica. Siendo ésta la última creación política de envergadura de Willi Münzenberg, figura política devaluada en su momento aunque ahora recuperada gracias a su facilidad para la puesta en marcha de iniciativas de índole aliancista, el movimiento Amsterdam-Pleyel operó justamente como un elemento de transición para la constitución de los llamados frentes populares, catalizados por el ascenso de Hitler al poder en enero de 1933 y luego consagrados como nueva estrategia de lucha por el VII° y último congreso de la Comintern. Por otra parte, la constitución de este movimiento significó para la Liga Antiimperialista una política de reanimación, luego de que durante casi cuatro años su estrategia y labores fueran relegadas dentro de la estructura del comunismo internacional, si bien la nueva problemática generadas por el ascenso de la ultraderecha europea y por la posibilidad cada vez más concreta de una nueva guerra mundial fueron elementos que terminaron desplazando en orden de importancia a la cuestión del colonialismo, factor que ciertamente, y como se pudo observar hasta aquí, fue concebido como uno de los elementos centrales dentro de la estrategia de acumulación de fuerzas seguida por la Comintern, sobre todo, en la anterior década de los '20.

El movimiento Amsterdam-Pleyel reconoció un doble origen y fue resultado del desenvolvimiento de dos corrientes de protesta claramente distintas aunque, al mismo tiempo, cada vez más coincidentes, referenciados geográficamente en Holanda la primera y en Francia la segunda. La primera iniciativa tuvo lugar entre el 27 y el 29 de agosto de 1932 cuando, ante una convocatoria efectuada en el mes de mayo del mismo año por un “Comité Internacional e Organización” integrado por 26 miembros nucleados en torno a la presencia de los populares escritores Henri Barbusse y Romain Rolland, se llevó a cabo el Congreso Internacional contra la Guerra y el Imperialismo. Se trataba, en suma, del regreso a la acción del otrora máximo representante de la Liga contra el Imperialismo, el alemán Willi Münzenberg, quien aun desde un lugar de cierta marginalidad de las estructuras soviéticas consolidadas en torno a la figura de Stalin, todavía podía encontrar cierto espacio como para maniobrar y poner en movimiento la maquinaria del Partido Comunista y, principalmente, de la Comintern. La convocatoria,

muy amplia, divisaba los futuros tiempos de los Frentes Populares, pues ésta iba dirigida a “todos los hombres y todas las mujeres, sin tener en cuenta su afiliación política, y todas las organizaciones obreras, culturales, sociales y sindicales”. El llamado ponía en primer lugar su intención de sumar a la causa a los movimientos pacifistas y, sobre todo, a los gremios reformistas y socialdemócratas, afiliados a la Federación Internacional Sindical de Ámsterdam, para de ese modo, superar las barreras que históricamente se habían establecido en su relación con la Internacional Sindical Roja. Sin embargo, y más allá de la intención original de los organizadores, lo cierto es la existencia de recelos mutuos generados a lo largo de tantos años impidió una participación más efectiva de los socialistas, quienes fueron remisos a querer integrar “comités de acción” junto con sus pares comunistas, obscureciéndose de este modo la trascendencia alcanzada inicialmente por esta convocatoria.

En tanto que la segunda iniciativa se convirtió, en cierta medida, de una continuación y una profundización del congreso antiguerrero de Ámsterdam. Acelerados los tiempos por la llegada de Hitler al poder, a mediados de febrero de 1933 se dio a conocer convocatoria efectuada por diversas organizaciones rojas como el Partido Comunista Francés, la Oposición Sindical Revolucionaria de Alemania, la Confederación General del Trabajo de Italia y la Organización Sindical Revolucionaria de Polonia, todas ellas conducidas por el Socorro Rojo Internacional, para la celebración de un encuentro obrero de carácter antifascista. Luego de algunos cambios de sede, el congreso finalmente tuvo lugar entre el 4 y 6 de junio de 1933 en París, en el Salón Pleyel. Con una mayoritaria presencia de delegados franceses (más de las tres cuartas partes) el encuentro, de neto corte internacional, contó también con la participación de representantes provenientes de Italia, Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Rumania, Grecia, Yugoslavia y Bulgaria. Asimismo, y entre las entidades participantes, desde el Comité de Ámsterdam fundado el año anterior, a las asociaciones de combatientes veteranos de la Primera Guerra Mundial, y desde las organizaciones sindicales a los movimientos pacifistas y de mujeres, nuevamente se encontraba presente la Liga Antiimperialista, la que así parecía volver al ruedo luego de años de marginación por parte de la Comintern. Si bien este nuevo encuentro también contó con presencia de los socialistas, lo cierto es que la representación de los comunistas fue todavía mayor que la que tuvo lugar un año antes en Ámsterdam, seguramente por su tono obrerista y sindicalista y su alejamiento de las capas medias e intelectuales. El resultado del Congreso de París fue la posterior conformación de un Comité Europeo Antifascista, presidido por Barbusse (pero, en los hechos, manejado por otro hombre de confianza de Münzenberg, el alemán Alfred Kurella), e integrado mayoritariamente por delegados alemanes y franceses, junto a otros de origen polaco e italiano, y que representaban los perfiles sociales de ambos encuentros, junto a la presencia de organizaciones políticas y sindicales como la Liga contra el Imperialismo, junto al Socorro Rojo Internacional y al Socorro Obrero Internacional, entre varias otras.

El principal logro de este movimiento Ámsterdam-Pleyel, y a través suyo de la Internacional Comunista, fue la conformación de un comité de lucha antifascista y antibelicista cuya función primaria fue la de reunir a un amplio conjunto de organizaciones y personalidades políticas e intelectuales en torno de una problemática que, sobre todo después de enero de 1933, parecía ir agravándose. Por lo mismo, permitió los primeros acercamientos entre los comunistas y los socialistas, luego de que su falta de acuerdo, provocado en ambos casos por estrategias sectarias, posibilitara la llegada de la ultraderecha nazi al gobierno alemán. Por otra parte, la participación en

esta creciente corriente de lucha antifascista se convirtió en las últimas actividades relevantes de la Liga contra el Imperialismo que, ya bajo la conducción del inglés Reginald Bridgeman y luego de ejercer sus campañas contra la guerra italiana a Etiopía en 1934, sería finalmente disuelta tres años más tarde.

Pero los efectos del movimiento Ámsterdam-Pleyel fueron también importantes en un espacio geográfico, en principio, alejado de la cada vez más oscura coyuntura europea. En este sentido, la creciente importancia asumida por la lucha contra el fascismo y contra la guerra se ocupó de otorgarle renovados bríos al movimiento comunista latinoamericano: de este modo, y gracias a la realización de similares congresos y encuentros incentivados en su realización por la Comintern, los partidos referenciados en Moscú pudieron ellos también comenzar a dejar atrás sus antiguas posturas radicalizadas para avanzar en propuestas más bien frentistas y unitarias, al mismo tiempo que iban ofreciendo un espacio de lucha cada vez más amplio contra las dictaduras y los gobiernos autoritarios vernáculos.

MEXICO

La difícil reconstrucción del PCM bajo la represión y la radicalización

Entre fines de los años '20 y comienzos de la siguiente década, una buena parte de los gobiernos de turno de los países de América Latina (muchos de ellos directamente encarnados por militares) ejercieron un amplio y profundo proceso de desestructuración de los partidos comunistas y de hostilización a sus militantes. Así, y como ya hemos podido observar en el anterior capítulo, el caso de México no fue el único en la región. En todo caso, la situación en este país (como la de Argentina en esa misma época) revestía particular importancia para Moscú ya que además del partido comunista se encontraban radicadas allí las sedes de organizaciones que, como la Liga Antiimperialista, se encargaban de centralizar las acciones de protesta, sobre todo, en el espacio centroamericano y caribeño, llegando incluso a influenciar en los movimientos anticoloniales del norte de América del Sur.

Ante esta situación y para tener un control más directo de los partidos y entidades comunistas en la región, la Comintern puso en funcionamiento, entre 1930 y 1931 y con el apoyo del PC estadounidense, el Buró del Caribe, con sede en Nueva York y como réplica del Buró Sudamericano que desde casi un lustro atrás operaba en la ciudad de Buenos Aires y luego en Montevideo. Fueron principalmente dos las mayores decisiones adoptadas con respecto a la Liga. En primer lugar, y con relación al Comité Continental, el Buró del Caribe decidió mudar su sede a Nueva York (aceptando por otra parte los pedidos de los camaradas mexicanos para que no se la mudara a un destino tan distante como Buenos Aires o Montevideo), con lo que el Partido Comunista norteamericano finalmente pudo hacerse cargo de su dirección, una ambición que, como hemos visto, estuvo presente prácticamente desde la misma fundación de la LADLA. Y ante el rápido desmantelamiento de las cúpulas, sumado a la detención y la deportación de la mayor parte de sus dirigentes, el Buró del Caribe forzó a las juventudes comunistas a una rápida entrada en acción como principal sostén para la reconstrucción de los partidos y, en lo particular, de las distintas filiales de la Liga Antiimperialista, en un proceso que, como hemos visto, sobre todo ya había comenzado a transitar la sección argentina de la LADLA. De este modo, resultaba claro para la Comintern que a partir de la importancia creciente de la Juventud de la Liga Antiimperialista (como pudo verificarse en el Congreso de Frankfurt del anterior año, en la que se llegó a crear una Liga Juvenil), y con los crecientes recelos suscitados en contra de Münzenberg (por sus posturas políticas frentistas pero también por la amplia libertad de movimientos de la que siempre había gozado), la Liga latinoamericana debió ser reconstruida pero, ahora, bajo un control mucho más directo por parte de Moscú.

Asimismo, la Comintern se encargó de fijar varias pautas a ser realizadas una vez que la sede de la Liga estuviera radicada en los Estados Unidos y que fuera apoyada por la Juventud Comunista: en términos concretos, la propuesta consistió en recrear a la organización antiimperialista por medio de una fusión con los cuadros juveniles de los Partidos. Así, el nuevo centro debía trabajar según las ordenes del secretariado juvenil de la Liga Antiimperialista. Las tareas encomendadas a la nueva dirección en Nueva York fueron las de vincularse con las organizaciones antiimperialistas existentes, la dirección de la lucha anticolonial de los jóvenes por medio de la creación de nuevas organizaciones, la publicación de un boletín especial de alcance regional con la colaboración de los “nativos”, y la coordinación del movimiento antiimperialista de los

Estados Unidos participando también en ello los emigrados provenientes de los países coloniales y semicoloniales (como los mexicanos, los cubanos, etc.).

Con respecto a México, y ante la proscripción en la que se encontraba el PCM y la persecución política que acosaba a su dirigencia, la Comintern ordenó la reconstrucción de la Liga por medio de la Juventud Comunista, la que a su vez debió encargarse de contactar primeramente a los comités juveniles de la organización antiimperialista. Y, para no repetir lo que desde Moscú se veían como “errores del pasado, creando una organización en el aire sin masa y sin organizaciones de base”, se recomendaba que “la Sección de Jóvenes de la Liga (se apoyara) sobre los grupos juveniles en las empresas imperialistas, sobre grandes capas de jóvenes peones, campesinos y ejidatarios pobres en el campo y sobre los grupos de estudiantes revolucionarios”¹. Asimismo, y al parecer nuevamente por encargo de la Comintern, México debió restablecer relaciones con Sandino aunque ahora de forma solapada, y más allá de que el discurso público reflejara siempre un clima de hostilidad hacia el general rebelde, convertido también desde un tiempo atrás en un efectivo símbolo de la traición hacia el movimiento revolucionario: en todo caso, la posibilidad de que el clima de insurgencia se expandiera a otros países de la zona, como Honduras, era suficiente justificativo para financiar a la guerrilla nicaragüense². Por último, nuevamente se le concedería a México su papel de coordinación regional al proponérsele la edición de un nuevo periódico, similar a lo que antes había sido *El Libertador*, pero ahora, con un alcance limitado a América Central y a la cuenca caribeña. Similares recomendaciones fueron formuladas para los restantes países del área norte y centroamericana, puntualizándose en todos los casos el rol protagónico que debía tener la Juventud Comunista como motor de la lucha antiimperialista y como organizador de las secciones dedicadas a esta tarea, aunque la creación o bien la reconstrucción de cada una de ellas variara de acuerdo con las características asumidas por los actores políticos participantes en cada caso en particular³.

¹ *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 13/533-4-184.

² Por información proveniente del Partido Comunista Estadounidense, “se sabe bien que el Comité Ejecutivo (...) tiene poca confianza en Sandino, pero le dará toda su cooperación porque ahora es el único que sigue luchando en Nicaragua, y el partido debe esperar para un mayor desarrollo y saber encontrar la forma para cambiar la lucha revolucionaria que se viene dando en Honduras en una lucha comunista con otro tipo de liderazgo”. Según información del FBI, un dirigente del PCM con el alias de “Antonio Morelo” (probablemente Mario Serrano Andonegui, secretario de organización y luego también secretario general de la Federación Juvenil entre 1930 y 1931) fue enviado para tratar con un representante de Sandino y del movimiento revolucionario hondureño las distintas vías y medios de cooperación con la guerrilla. El dirigente salió el 30 de abril de 1931 con veinte mil pesos para Sandino y otros dieciséis mil para Honduras, suma proporcionada por el PCM (catorce mil pesos), la sección mexicana de la Liga Antiimperialista (siete mil pesos) y por la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional (quince mil pesos). “Carta del 4 de mayo de 1931”, en http://foia.fbi.gov/filelink.html?file=/allamerican/all_american_imperialist_league1b.pdf: 5 USC 552 (b)(1)(d): consultado el 6/2/07).

³ En este sentido, la Comintern recomendaba para Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Honduras, el contacto de la Juventud Comunista con las secciones juveniles de los sindicatos, a fin de crear la Liga de los Jóvenes, para la cual debían apoyarse principalmente sobre los sectores campesino, intelectual y pequeño-burgués, asegurándose así la dirección de ellos en manos de las federaciones juveniles. Para el caso de Panamá, la Juventud del Partido debía entrar en contacto con los núcleos antiimperialistas existentes para la creación de un grupo de jóvenes consagrado a esta tarea. Con respecto a Cuba, se proponía la formación de una organización semilegal de la Liga Antiimperialista apoyándose, sobre todo, en los clubes culturales de los jóvenes y en sus secciones sindicales, contando para ello con la ayuda de los emigrados residentes en los Estados Unidos. En Haití y Santo Domingo, los jóvenes debían vincularse

Sin embargo, no todos estuvieron conformes con el traslado de la sede de la LADLA a Nueva York. Al respecto, el cubano Sandalio Junco, secretario provisional del Comité Continental, señalaba en 1930 que, ante las difíciles condiciones políticas existentes en Centroamérica y El Caribe, la sede internacional de la Liga debía situarse, provisionalmente, en Uruguay, donde para el caso, y a raíz del golpe militar acaecido en Argentina, también debió radicarse otra organización cominternista de gran importancia, el Secretariado Sudamericano. Más allá de la favorable opinión que Junco pudiese llegar a tener sobre la Liga, lo cierto es que según él esta organización no dejó de mostrar sus propias debilidades, fundamentadas en un desconocimiento relativo del fenómeno imperialista y, sobre todo, en la errónea creencia de que la manifestación de éste se da de igual modo en todos los países de la región. A tono con los tiempos que corrían, para Junco la principal autocrítica a ser realizada por los comunistas debía referirse a la sobreestimación de la vocación antiimperialista demostrada por las clases medias, en detrimento de la base proletaria que, sin duda, debía haber constituido los cimientos de la organización. Esta falaz estrategia de construcción pronto evidenció sus efectos negativos, pues “si bien es verdad que logró en ciertos momentos una gran influencia y simpatía entre los obreros y los campesinos, no deja de ser cierto que ellas no fueron canalizadas hacia objetivos precisos y que su política errónea ha conducido a las masas a un grado tal de confusión que en estos momentos no pueden comprender la razón y la necesidad de conducir la lucha contra las burguesías nacionales que antes tenían la dirección del movimiento contra el imperialismo”⁴.

A diferencia de Guatemala, El Salvador, Honduras, Panamá, Nicaragua, Costa Rica, Santo Domingo, Colombia, Venezuela y México, países todos en donde la Liga debía ser forzosamente reformulada, Cuba y, en menor medida, Haití, expresaban para Sandalio Junco los mejores casos en los que la lucha antiimperialista podía ser encarada bajo la dirección del proletariado, aunque las dictaduras allí reinantes colocaran serios obstáculos para su normal funcionamiento. En cambio, poseía Junco grandes expectativas (seguramente sobredimensionadas) en el movimiento antiimperialista de América del Sur debido, según él, tanto a una mayor conciencia de clase como al esclarecimiento de la rivalidad cada vez más profunda entre los Estados Unidos y Gran Bretaña. Sin embargo, tampoco dejaba de reconocer que el grado de división existente en Argentina entre las fuerzas antiimperialistas podía resultar peligroso para el movimiento de toda la región, siempre teniendo en cuenta el papel orientador que el movimiento comunista de este país había irradiado desde un principio⁵. Como se puede

inmediatamente con los intelectuales de clase media dirigentes del movimiento antiimperialista en dichos países: se les plantearía a ellos la posibilidad de crear una Liga Antiimperialista de amplio contenido, aunque con su dirección ocupada por elementos obreros y campesinos. Por último, y con relación a Nicaragua, se debía analizar la posibilidad de crear grupos de jóvenes antiimperialistas, apoyados por emigrados provenientes del Ejército de Sandino y por aquellos otros residentes en México o en El Salvador. Incluso, desde Moscú llegó a proponerse la posibilidad de que los jóvenes antiimperialistas latinoamericanos ayudaran a la reconstrucción de su organización a sus pares de Filipinas, quienes de todos modos debían entrar en contacto con la Liga Antiimperialista del Lejano Oriente, radicada en Shanghai. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 13/533-4-163 y 164.

⁴ “Informe sobre el trabajo del Comité Continental”, por Sandalio Junco y Alejandro Barreiro (Berlín, 6 de febrero de 1930). *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 15/534-3-241.

⁵ “Puede hacerse mucho trabajo antiimperialista en casi todos los países de la América Latina, con magníficas posibilidades en todos esos países. Pero como todos consideran al movimiento de la Argentina como el orientador de sus actividades, es necesario dedicar una gran actividad y perseverancia para

observar, para 1930, cuando ya se estaba en plena marcha el proceso de estalinización que aun bajo el riesgo de su propia disolución terminaría disciplinando a las distintas entidades del comunismo internacional, todavía no existían opiniones unívocas y homogéneas acerca del futuro de organizaciones como la Liga Antiimperialista. Frente al mandato de la Comintern, expresado a través del Buró del Caribe, Sandalio Junco, en su papel de último secretario de la LADLA, se permitía opinar y disentir no sólo acerca del nuevo país de residencia del Comité Continental sino, lisa y llanamente, sobre la futura estrategia de construcción de la organización aunque, esto sí, en estrecha vinculación con los preceptos obreristas vigentes durante el Tercer Período.

El Congreso Antigüerrero de 1933 y sus consecuencias para la Liga

Aun bajo la clandestinidad, y pese a la destrucción de varias de sus organizaciones auxiliares, como la Liga Antiimperialista, los comunistas mexicanos continuaron actuando y reorganizándose en nuevos frentes de lucha, generalmente, de orientación sindicalista. Así, y para superar la división y virtual disolución de la Liga Nacional Campesina, el PCM impulsó el establecimiento del Comité Pro Nueva Organización Nacional Campesina y promovió la celebración de la Primera Conferencia Nacional de la CSUM, enviando también representantes al Vº Congreso de la Internacional Sindical Roja realizado en Moscú. Aun teniendo en cuenta el constante hostigamiento del que eran objeto, y al no estar ya bajo registro electoral, de igual modo los comunistas decidieron participar en 1930 en la campaña para elecciones de diputados nacionales y luego también municipales, sabiendo que de esa manera, al mismo tiempo que consolidaban el trabajo partidario realizado hasta entonces, tendrían puentes hacia aquellos grupos de la población que no estaban contemplados dentro del inicial trabajo sindical o agrario. Aun con la negativa de la Secretaría de Gobernación a querer aceptar su actuación en la contienda, “su participación electoral, pues, coadyuvó al mantenimiento de la continuidad política en la lucha de los comunistas” (Peláez, 1985: 138). Pero su actuación sectaria, sumada a su errónea caracterización del gobierno como “fascista” (caracterización que, como hemos visto, era auspiciada e incentivada desde varias instancias de la organización cominternista), operaron como serios limitantes a la hora de encausar el trabajo partidario y de ensanchar sus ya menguadas bases sociales de apoyo.

Entre 1931 y 1932 la situación de los comunistas mexicanos empeoró todavía más, al mismo tiempo que desmejoró la situación económica del país, con un crecimiento del desempleo y de la pobreza y bajo la constante presión norteamericana por el pago de la deuda externa en término. Por su parte, ni la Comintern ni los organismos de control y de coordinación regional como el Buró del Caribe, cejaban en sus presiones y demandas⁶. La persistencia del PCM en sus múltiples actividades, la creación de frentes

realizar la unificación en ese país, si queremos obtener buenos progresos”. “Informe sobre el trabajo del Comité Continental”, por Sandalio Junco y Alejandro Barreiro (Berlín, 6 de febrero de 1930). *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 15/534-3-241.

⁶ Por ejemplo, la Internacional de la Juventud Comunista presionaba al Buró del Caribe para de ese modo, poder tener un mayor control sobre las actividades de los partidos comunistas de la región y de sus organizaciones de apoyo. Así, se expresaba que “nuestros camaradas deben ser llevados a trabajar en las organizaciones auxiliares: secciones de jóvenes sindicalizados, organizaciones culturales y deportivas de la juventud obrera, secciones juveniles de la Liga Antiimperialista, del SRI, etc. No hemos hecho nada en este sentido en Cuba, casi nada en América Central y una situación absolutamente insatisfactoria en

de desocupados y el activo respaldo a sus luchas proporcionado por las organizaciones obreras, marxistas o simplemente progresistas del exterior, que llamaban a la protesta y a la manifestación en contra de la política represiva seguida por Ortiz Rubio fueron aprovechadas por el gobierno para iniciar diversas investigaciones, en coordinación con la Secretaría de Estado norteamericana, a propósito de la actuación de los comunistas en territorio mexicano. El aumento en el control de las actividades del PCM fue todavía más estricto al decomisarse las publicaciones de grupos obreros y campesinos que, aun desde la clandestinidad, continuaban operando con relación al Partido. En este sentido, el cierre de las fronteras a la entrada de literatura “roja” y la coordinación para la represión con los distintos gobiernos centroamericanos fueron los siguientes pasos dados con la intención de estrangular al ya diezmado movimiento comunista mexicano.

Aun bajo la difícil situación generada por el régimen del Maximato, en marzo de 1932 el PCM logró llevar a cabo su VII Conferencia Nacional. En ella se analizó específicamente la política partidaria frente a la puja entre las distintas facciones de la clase dominante, las alternativas de frente único de construcción política, los problemas indígenas y agrario, la nueva reglamentación del mundo laboral impuesta desde el gobierno y, fundamentalmente, la cuestión del imperialismo y de la alianza entre la burguesía mexicana, Washington y Wall Street. Al considerarse que la revolución era inminente, se señaló la importancia de profundizar el trabajo en el seno de las fuerzas armadas, para lo cual ya se venía editando *El Máuser*, periódico militar cuya circulación ya había generado cierta alarma entre las autoridades del ejército y la represión de varios soldados sindicados como comunistas. Las elecciones municipales de abril de 1932 se presentaron como un escenario propicio para que el PCM pudiera llevar a la práctica varias de las resoluciones adoptadas en dicha Conferencia Nacional. En este sentido, el Partido consiguió llevar a cabo un sostenido trabajo de agitación y movilización de masas que le permitió el triunfo, no siempre reconocido por la Secretaría de Gobernación, en distintas localidades del país⁷. Asimismo, los comunistas decidieron redoblar su lucha e intervenir activamente en huelgas obreras (algunas, resueltas únicamente por medio de la violencia estatal); en el apoyo a las protestas campesinas por mejores condiciones de trabajo, la restitución de los ejidos y la profundización de la reforma agraria; y en la creación de nuevos frentes auxiliares, como el conformado por los desocupados, quienes organizados desde 1930 en comités lograron su más alta combatividad un par de años más tarde por medio de concentraciones y movilizaciones, como lo fueron las llamadas “marchas del hambre”, provenientes de distintos puntos de la república y confluyentes todas ellas en el Distrito Federal, pese a la inclemente represión gubernamental que no dejaba de causar heridos y muertos entre los activistas y participantes⁸.

México”. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 13/533-4-182.

⁷ Sólo o en alianza con otras organizaciones proletarias, el PCM logró triunfar en Sabinas, Hidalgo, Nuevo León (donde de todas maneras no se le reconoció su victoria debido a que no se había registrado para la elección); Boca de Río, Veracruz (lugar en el que no se aceptó su triunfo y en cambio se impuso un dirigente tejedista); en Acayuyán (donde ganó junto con el Partido Agrarista) y, según *El Machete* del 1° de Mayo de 1932, también en San Pablo Xochimehuacán, Puebla (ver Peláez, 1985: 141).

⁸ Así, por ejemplo, las huelgas campesinas que estallaron en Michoacán entre finales de 1932 y 1933 causaron la muerte de varios de sus dirigentes: en las protestas ocurridas en las localidades de Nueva Lombardía e Italia en noviembre de 1933 el ejército ametralló a los participantes asesinando a seis campesinos. En general, las luchas de los trabajadores del campo durante este difícil período no fueron exitosas y provocaron numerosas bajas en las filas comunistas. Incluso, en varios estados, el conflicto

El Pleno celebrado en enero de 1933 se constituyó, tal vez sin buscarlo, en una de las últimas expresiones de sectarismo por parte del partido: junto al repudio al imperialismo estadounidense y a la intención del gobierno mexicano por vincularse a él, principalmente en búsqueda de inversiones, acallando por medio de la violencia las protestas de obreros y campesinos, también se rechazó el evidente giro aperturista evidenciado por algunos de los más importantes líderes obreros del momento. En este sentido, el alejamiento de Vicente Lombardo Toledano de las filas reformistas, con su abierta ruptura con el sindicalismo amarillo encabezado por Luis N. Morones y su posterior acercamiento a los sectores radicalizados de los trabajadores, no fue aceptado por el PCM, que siguió expresando su oposición frente a aquellos dirigentes socialdemócratas convertidos ahora, según él, en oportunistas por pura conveniencia personal. La dirigencia partidaria tardó entonces en comprender el gradual cambio que se estaba operando tanto a nivel internacional, desde la llegada de Adolf Hitler al poder en Alemania, como nacional, en el que era evidente una mayor colaboración entre trabajadores comunistas y aquellos otros de distinto signo político.

Sin embargo, e influenciada por la nueva prédica que comenzaba a fortalecerse en el seno de la Comintern, la CSUM convocó a una Conferencia Nacional de Frente Único, con la que se intentó explorar nuevas alternativas para romper el aislamiento y la dispersión que hasta entonces había caracterizado al movimiento obrero buscando, al mismo tiempo, la apertura de nuevos cauces para la organización unitaria de los trabajadores. Como una consecuencia directa de este nuevo llamado a la unidad, y prácticamente en sintonía con la reformulación de la CROM, ahora supuestamente liberada de sus ataduras con el poder de turno y de elementos corruptos, en octubre de 1933 quedó constituida la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM), con Lombardo Toledano al frente pero con un importante peso de los comunistas en su estructura. Pronto, y pese a una común oposición al presidente Abelardo Rodríguez, en el poder desde septiembre de 1932, los conflictos políticos se hicieron presentes en la nueva organización sindical, convirtiéndose en un hecho en cierto modo previsible la salida de su ala comunista. Su correlato fue la formación en noviembre de 1933 de la Comisión Permanente Pro Unidad Obrero y Campesina, conformada por la CSUM junto con otras entidades campesinas y ciudadanas como la Liga Nacional Campesina “Úrsulo Galván” y la Confederación de Organizaciones Magisteriales.

Por otra parte, la creciente apertura brindada por el gobierno de Abelardo Rodríguez y el nuevo impulso que de a poco comenzaba a retomar el PCM permitieron, además, la reactivación de la Liga Antiimperialista, dedicada ahora ya no tan sólo al combate contra el colonialismo sino además contra el fascismo y el nazismo. Llevado adelante por el PCM junto con la Juventud Comunista, la CSUM, el Socorro Rojo y la Liga Antiimperialista, y a tono con el movimiento Amsterdam-Pleyel generado desde Europa por comunistas e intelectuales comprometidos en posiciones pacifistas y contrarias al avance de los movimientos de ultraderecha, a mediados de enero de 1933 se conformó el Comité Nacional contra la Guerra, quien convocó a una manifestación para el día 25 de febrero, en coincidencia con la inauguración del Congreso contra la Guerra a ser realizado en Montevideo, encargándose además de la organización, para ese mismo año, de una amplia asamblea de unidad, que finalmente sería convocada bajo la forma de un

entre los campesinos por una parte y los terratenientes apoyados por el ejército por la otra, derivaron en situaciones de violencia similares a una guerra civil.

encuentro “antiguerrero”⁹. Pese al gran impulso otorgado por su máximo dirigente, el ex secretario del MAFUENIC Jacobo Hurwitz, dicho Comité no logró sumar demasiadas personalidades más allá de las que ya participaban dentro del movimiento comunista mexicano, debiendo conformar su plantel mayormente con miembros del partido y de sus frentes auxiliares. Aunque se realizó una gran cantidad de mítines en lugares de trabajo (llegando a contabilizarse cerca de cuarenta en veinte fábricas), la falta de coordinación entre el partido, los sindicatos y los intelectuales, impidió que la campaña de difusión del próximo evento fuera más eficiente. En este sentido, se hicieron algunas manifestaciones callejeras pero sin demasiada concurrencia, motivando incluso en una oportunidad el accionar represivo de la policía, con la detención de una docena de militantes¹⁰.

Finalmente, y pese a todos los inconvenientes, el 23 de agosto de 1933, aniversario de la ejecución de Sacco y Vanzetti, se celebró en el Auditorio de la Universidad Nacional la inauguración del Congreso contra el Fascismo y la Guerra Imperialista, a la que concurren más de tres mil personas que no dudaron en expulsar a un grupo fascista de Camisas Doradas que en un inicio pretendió tomar el recinto. Desde el principio, el encuentro se convirtió en un acontecimiento de gran importancia para el PCM: a la intervención de 254 representantes de 186 organizaciones de todo el país se le sumó la adhesión de un total de otras 69 entidades que por falta de recursos económicos no habían podido enviar a sus delegados. El Congreso incluyó así la participación de distintas centrales sindicales, como la Cámara Nacional del Trabajo, la Confederación General de Obreros y Campesinos, la Confederación Sindical Unitaria de México, etc., junto a algunos de los más importantes y combativos gremios, tales como los de los maestros, los gráficos, los petroleros, los ferrocarrileros, los metalúrgicos y los textiles, además de la asistencia de artistas, estudiantes, pequeños comerciantes, campesinos y hasta de “algunas nacionalidades indígenas”, recibéndose también el saludo de cinco comités de policías y uno de soldados, todos ellos, asentados en el Distrito Federal. Por otro lado, y mientras que las sesiones de los días 24, 25 y 26 de agosto se desarrollaron en el Paraninfo de la Universidad Nacional, la clausura se llevó a cabo nuevamente en el Anfiteatro, con la concurrencia de unas 1,500 personas y con la posterior exhibición de un film soviético. En general, el balance fue auspicioso, y la gran cantidad de asistentes permitió hablar del evento como de “una verdadera movilización de frente único”.

Luego del registro de las credenciales y del nombramiento de comisiones, la inauguración del Congreso estuvo dada por el nombramiento de un “Presídium de Honor” integrado por figuras de relevancia e inspiradoras para el comunismo y el progresismo de la época, tanto del campo internacional como nacional: así, se les concedió esta dignidad a, entre otros, a previsibles y conocidas figuras europeas como

⁹ Según información brindada por *El Machete*, en dicha manifestación hubo cerca de trescientos asistentes, con oradores de la Liga Antiimperialista de México, del propio Comité Contra la Guerra, la CSUM, el PCM, el SRI, la Juventud Comunista, la Federación de Estudiantes Proletarios, y la Cámara Unitaria. Ver N° 252 (20/2/1933: 1) y N° 253 (27/2/1933: 1).

¹⁰ “Carta de ‘Juan’ a ‘Cabezón’ (Ricardo Martínez)” (7 de marzo de 1933). *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 17534-4-477. Así, por ejemplo, el 21 de abril, la Liga organizó un mitin para conmemorar la invasión norteamericana a Veracruz y exigir la salida de México del embajador estadounidense Josephus Daniels. Hubo más de trescientos asistentes, en su mayoría, obreros y estudiantes, y tomaron la palabra un orador de la Liga y otro de la Juventud de dicha organización. Finalmente, la policía se hizo presente y detuvo a algunos manifestantes. Ver *El Machete* N° 258 (1°/5/1933: 1).

Henri Barbusse y Romain Rolland, en esta oportunidad, junto a la de los dirigentes comunistas Ernst Thaelmann, Ernst Torgler y Georgi Dimitrov quienes, luego del incendio del Reichstag alemán en febrero, se encontraban padeciendo en carne propia toda la furia de la represión nazi; el líder estadounidense, Earl Browder, quien pocos años más tarde marcaría la pauta de varios de los partidos de la región al proponer lisa y llanamente su disolución; y dos figuras latinoamericanos de alto prestigio en la época: el cubano Joaquín Ordoqui y el argentino Miguel Contreras. Sobre todos ellos, una figura más, la restante, que generaría no pocos inconvenientes durante la celebración del encuentro: la de Josef Stalin. A continuación fue votado y aprobado por unanimidad el orden del día que, desde un principio, había sido propuesto por los comunistas y que, sobre todo, apuntaba a la lucha tanto en México como en los restantes países de América Latina contra los movimientos fascistas generalmente apañados por los distintos gobiernos de la región.

Los preparativos para una nueva guerra imperialista, su impacto en países como China y Alemania, y las crecientes presiones por parte de los Estados Unidos para que la región contribuyera con recursos, pertrechos y, eventualmente, también con contingentes de soldados, fue otra de las cuestiones que centró la atención de los representantes allí reunidos. En tanto que la aprobación de una resolución especial reconocía a la Unión Soviética como al único país “sinceramente pacifista”, llamando a los trabajadores a defenderlo “de cualquier agresión imperialista, y (a) pedir al gobierno mexicano la reanudación de relaciones diplomáticas, comerciales y culturales”. El problema de la presencia militar norteamericana en El Caribe constituyó en sí mismo todo un punto de discusión que rápidamente captó el interés de todos los presentes, poniendo una vez más en evidencia el siempre presente movimiento de solidaridad de los comunistas y de los sectores más progresistas de México para con la sometida clase trabajadora de Cuba. Un último acuerdo adoptado tendió a la constitución de la Liga Nacional contra el Fascismo y la Guerra Imperialista, designándose a su Comité Directivo, entre los que se contaban el artista y antiguo militante de la Liga Antiimperialista David Alfaro Siqueiros como su presidente, y el mecánico y educador Fausto Pomar como su secretario general. No casualmente, el PCM lograba ubicar en los puestos clave de esta flamante organización de frente único a algunas de sus más prestigiosas figuras, acompañados en distintos cargos por jóvenes militantes que, de ese modo, suplían la falta de cuadros más experimentados¹¹.

Durante las distintas sesiones del Congreso, los asistentes dieron su consentimiento a toda una serie de resoluciones especiales y particulares con respecto a la ponencia general y sobre las actividades antiimperialistas y antiguerreras de distintos sectores y

¹¹ El orden del día del Congreso, tal como apareció en el quinto número de la revista *Masas*, de la Liga Antiimperialista Cubana, fue el siguiente: “I) Registro de credenciales, elección de Directiva del Congreso y nombramiento de Comisiones. II) La guerra imperialista, el fascismo y sus manifestaciones en México: a) las causas que originan las guerras imperialistas y el fascismo, que es la dictadura sangrienta del capital monopolista; actitud ante las guerras de liberación nacional; el desencadenamiento de las guerras imperialistas y el desarrollo del imperialismo en el mundo (Bolivia-Paraguay, China, provocaciones a la URSS, implantación del fascismo en Alemania); b) intereses que llevan a México a participar en las guerras imperialistas y preparativos para esas guerras en México (bases navales y carreteras, aumento de impuestos y empobrecimiento de las masas, etc.); c) el movimiento fascista y su carácter en México. III) La lucha de masas contra la guerra imperialista y el fascismo en México: a) los jóvenes; b) las mujeres; c) los desocupados. IV) Forma de lucha y organización. V) La lucha contra la intervención yanqui en Cuba. VI) Elección del Comité Nacional contra la Guerra Imperialista y el Fascismo”. (Aguirre, 1934: 21).

grupos poblacionales, como las mujeres, los jóvenes, los desocupados, los indígenas y “demás capas de la población laboriosa y explotada”. Con un eminente sentido práctico, se analizaron distintas maneras para desarrollar en México la lucha contra la guerra imperialista acordándose, en caso de que ésta finalmente se produjera, su transformación en guerra civil. En este sentido, y a fin de evitar el aumento de los impuestos y la construcción de carreteras y puertos con fines bélicos, la compra de barcos por potencias extranjeras, la militarización de los jóvenes, etc., se llamó a la creación de Comités contra la Guerra y el Fascismo, a la organización de Comités de Vigilancia en los puertos, ferrocarriles y fábricas de armamento para impedir su venta y su traslado a los Estados Unidos, y al combate contra la implantación del Servicio Militar Obligatorio. Los delegados también se pusieron de acuerdo en la necesidad de organizar la lucha de frente único contra los métodos fascistas de represión de las clases trabajadoras, resolviendo como una primera medida la convocatoria a una huelga general y a la realización de una manifestación para el 15 de septiembre, simbólica fecha elegida por los Camisas Doradas para la puesta en escena de una concentración nacional. Finalmente, se decidió activar el “Comité Manos Fuera de Cuba” y enviar sendos telegramas de protesta a los presidentes Roosevelt y Mendieta: al primero, por su política de intervención en los asuntos internos de la Isla, y al segundo, por la persecución y hostilización a las que sometía a todos los opositores al gobierno cubano.

Sin embargo, los buenos resultados alcanzados durante el Congreso se vieron empañados, según los propios comunistas, por “innumerables dificultades” que, por un momento, incluso hicieron temer por la salud de la entidad cuando ésta aun no terminaba de nacer. En este sentido, las consecuencias de los cambios sindicales ocurridos en el país en tan corto plazo, y que tuvieron a los gremios comunistas en un lugar protagónico, no se hicieron esperar. Así, “los líderes reformistas de la Cámara Nacional del Trabajo y de la Confederación General de Obreros y Campesinos, sistemáticamente estuvieron sabotando los trabajos de preparación del Congreso”. Según los propios comunistas, los seguidores de Lombardo Toledano, pese a que decían coincidir con los principios rectores de la convocatoria, trataron de sabotearlo impidiendo la designación de delegados, cuestión que de todos modos no amilanó a los organizadores del encuentro, quienes insistieron en su intento por la realización del frente único de lucha contra el fascismo y la guerra¹². Nuevamente según su opinión, un peor papel fue el cumplido por los trotskistas, quienes primero llamaron a las organizaciones sindicales a no concurrir al Congreso y, cuando finalmente éste pudo ser concretado, se hicieron presentes a través de la Liga Comunista Internacionalista: al parecer, su actitud siempre provocativa, crítica frente a las autoridades designadas (no resulta difícil imaginar las protestas generadas por la incorporación de Stalin al “Presídium de Honor”), y sus propuestas, en algunos casos, en franca oposición a las que el PCM había presentado desde el inicio del encuentro, fueron elementos que seguramente incidieron en el rechazo manifestado por parte de la mayoría de los asistentes, pero también en el lucimiento obtenido en tan privilegiado espacio. Y como no podía ser de otra manera, las principales críticas de los comunistas apuntaron sobre

¹² De acuerdo con la crónica de Mirta Aguirre, publicada en la revista *Masas*, fue “escandalosamente patente la actitud traidora de Vicente Lombardo Toledano y su camarilla, que se negaron a ‘hacer frente único con los comunistas’, prefiriendo hacerlo con los métodos fascistas de represión y los preparativos de guerra del gobierno de Calles-Rodríguez y Cárdenas”.

Diego Rivera, hijo pródigo del Partido convertido ahora en “pedante y pistolero”, quien no dudó en presentarse en el Congreso para manifestar sus propias opiniones¹³.

Sin embargo, y pese a lo auspicioso de sus inicios, el Comité contra la Guerra y el Fascismo no tardaría en desaparecer: la propia inercia del PCM, y las grandes dificultades para vencer las rémoras sectarias y ultraizquierdistas operarían como una limitación determinante en este nuevo intento de construcción de un frente único de masas. Asimismo, un nuevo comité de los jóvenes, creado a principios de año en un encuentro del que tomaron parte 52 organizaciones y representantes de casi cincuenta mil obreros, campesinos y estudiantes, tampoco logró llevar a cabo su cometido: más allá de una reunión de su dirección al cierre del evento contra la guerra y el fascismo, serias fallas de organización impidieron que pudiera realizar un congreso a la par del anterior¹⁴.

Reconfiguraciones y readaptaciones del antiimperialismo mexicano

Para principios de 1934 resultaba claro que los peores efectos de la crisis capitalista habían ya pasado y que, por el contrario, México se hallaba a las puertas de un amplio proceso de reactivación económica y de profunda reestructuración social. En este sentido, la candidatura presidencial de Lázaro Cárdenas, la ruptura partidaria de algunos dirigentes de creciente popularidad como Adalberto Tejeda y las ya mencionadas transformaciones ocurridas en un muy corto plazo en el campo sindical era muestras suficientemente elocuentes de los cambios que comenzaban a producirse en el país. Sin embargo, el PCM tardó en comprender en su totalidad la naturaleza de estos importantes cambios: sus ataques en contra del “fascismo” imperante y de la política antiobrera del PNR chocaban contra una realidad cada vez más cambiante y, lo peor, contra la percepción política y social de los mismos interlocutores a los que pretendía llegar.

Por lo mismo, su política resultaba ahora severamente cuestionada desde las estructuras de poder cominternistas, cuyas expectativas sobre la capacidad de acción y la velocidad de adaptación de los comunistas mexicanos a los nuevos tiempos resultaban,

¹³ En una carta enviada el 9 de noviembre de 1933 al Comité Mundial contra el Fascismo y la Guerra Imperialista, radicado en París, se señala que “los elementos trotskistas jugaron un asquerosísimo papel, antes y durante el Congreso. Antes del Congreso, ellos hicieron toda clase de esfuerzos por impedir que las organizaciones enviaran a sus delegados. Se burlaban constantemente de los Organizadores del Congreso. Asimismo, se burlaban de los compañeros Barbusse, Rollan (sic), Morley (sic), etc. y, junto a eso, encomiaban al pedante y pistolero Diego Rivera quien es uno de los jefes trotskistas en este país. Damos a ustedes el hecho siguiente que demuestra el papel anti revolucionarios de los trotskistas. Ellos tienen influencia “Casa del Pueblo” (sic) que controla a varios Sindicatos locales. Estas organizaciones no vinieron al Congreso por el resultado de las maniobras entre los trotskistas y los dirigentes de esas organizaciones. Sin embargo, los trotskistas se presentaron al Congreso representando a la Liga Comunista Internacionalista, y a otras organizaciones ficticias. ¿Qué es lo que los trotskistas perseguían con esta actitud? Ellos saboteaban todos los trabajos preparatorios del Congreso, y cuando vieron que sus esfuerzos se frustraron y que a pesar de ellos el Congreso era un éxito, vinieron al Congreso para dividirlo, lo que no pudieron lograr porque sus maniobras fueron desenmascaradas y el Congreso las rechazó, rechazando al mismo tiempo los puntos de vista oportunistas y contrarrevolucionarios de tales elementos, como los referentes a su posición frente a los campesinos, a las nacionalidades indígenas, etc., etc.”. Comité Ejecutivo Mexicano de la Liga Nacional contra el Fascismo y la Guerra Imperialista. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo 10/547-7-396.

¹⁴ *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo 13/533-5-121.

evidentemente, demasiado elevadas. De acuerdo con esto, la Comintern interpretó que el sometimiento de México a los Estados Unidos, la ayuda económica otorgada en los preparativos para una futura guerra y, más aún, el mal ejemplo que con esta conducta daba a los restantes gobiernos de la región aparecían, en definitiva, como una consecuencia de la falta de acción o de la desorientación ideológica del PCM. Sin reparar en las recomendaciones efectuadas poco tiempo antes, a los camaradas mexicanos se les reprochaba entonces haber abandonado a su suerte al Comité contra la Guerra y el Fascismo a partir de la política errada de colocar cuadros juveniles en sus puestos de mando, apartando a estos de otras organizaciones, fundamentalmente de la Juventud Comunista, en las que venían operando: resultaba necesario, pues, volver a dotar al Partido y a sus frentes de masas de dirigentes más experimentados, cuyo alejamiento del movimiento revolucionario también había sido, en todo caso, consecuencia de la represión de Estado. Así, y frente a una coyuntura cada vez más amenazante, tanto por el peligro de una nueva guerra mundial como por el avance de la ultraderecha, era éste un problema que demandaba una solución urgente: la intención debía ser, entonces, la de reactivar organizaciones como la Liga Antiimperialista, fuertemente debilitadas a raíz de la política sectaria sostenida durante más de un lustro por el PCM y que le habría ocasionado un sensible debilitamiento en su inserción social, sobre todo, entre estudiantes, profesionales y clases medias¹⁵.

Un nuevo Pleno del PCM desarrollado entre el 4 y el 6 de agosto de 1934 se ocupó, en parte, de las declaraciones previamente formuladas desde la Comintern, proponiéndose una autocrítica con respecto al trabajo desarrollado durante y después de la Conferencia Juvenil contra la Guerra y el Fascismo. Si bien se calificó al evento como de una “verdadera reunión nacional de frente único”, en el que confluyeron trabajadores, estudiantes y campesinos de diversas ideologías, lo cierto es que su “pésimo trabajo de preparación” tuvo como resultado un escaso número de representaciones directas y una débil repercusión nacional. Las decisiones adoptadas no fueron dadas a publicidad y, prácticamente, no fueron aplicadas, impidiéndose así la formación de Grupos de Acción contra la Guerra y el Fascismo, tal como había sido consensuado. En definitiva, y por todas las fallas que mencionamos, “la Conferencia no pudo ser el punto de partida para un amplio trabajo de organización de la lucha contra la guerra y el fascismo” aunque, en cambio, sí se le reconoció su capacidad de acción en contra de los Camisas Doradas, a los que se les impidió la realización de un desfile casi un mes antes por medio de una amplia movilización de masas convocada con la colaboración del PCM y del Comité contra la Guerra y el Fascismo. Resulta entendible que, a partir de entonces, la prioridad de los comunistas haya pasado por la organización de Guardias Antifascistas como resultado de la fusión de la Liga Antifascista y del Comité contra la Guerra, en definitiva, frentes de masas con objetivos coincidentes.

No fue mejor la opinión que el Pleno adoptó con respecto a la Liga Antiimperialista y a otras entidades auxiliares, pues su participación “en el trabajo del Comité Nacional

¹⁵En la sección *Errores en las “organizaciones de masas”*, en una extensa carta dirigida al Comité Central del PCM con fecha del 15 de febrero de 1934, se señalaba que “El Partido en su conjunto no se orienta hacia el desarrollo de organizaciones auxiliares de masas para atraer a las amplias capas de la población, pequeña burguesía antiimperialista y liberal, empleados, estudiantes, etc., a su influencia y dirección. Las organizaciones existentes (SRI, LAM., etc.) no responden a las necesidades para las cuales fueron creadas y decrecen continuamente, incapaces de retener a las escasas masas que afluyen a sus filas, por el sectarismo de estas organizaciones, reflejo del Partido, y por sus métodos de trabajo esporádico, de volantes y campañas” (8). *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 12/495-108-169.

contra el Fascismo y la Guerra, la edición de su Boletín y su débil trabajo de agitación en las Jornadas Antiimperialistas no han traído ningún progreso desde el punto de vista de su desarrollo orgánico”¹⁶. Algo similar ocurría con los “pequeños grupos aliados” como los Amigos de la URSS, que todavía esperaban su coordinación y desarrollo en una verdadera organización nacional, con dirección central y programa concreto. De este modo, el único responsable del debilitamiento de estas organizaciones resultaba el PCM, con sus métodos sectarios y caudillistas de dirección, su ausencia de trabajo colectivo y de ayuda a los nuevos militantes en puestos de responsabilidad, su bajo nivel de concientización ideológica, en fin, su estancamiento desde el punto de vista organizativo y su retroceso en algunas regiones del país, todos ellos factores que sin lugar a dudas habían contribuido para que la Liga Antiimperialista todavía no pudiese salir de su “anquilosamiento”.

Era urgente, pues para sus mismos dirigentes, volver a imprimirle una nueva dinámica a la estructura política del PCM, redoblando su trabajo en el “frente único”, y llamando a una lucha más profunda contra los preparativos para una nueva guerra y contra el crecimiento del fascismo, tanto a nivel mundial como también dentro del propio territorio mexicano, donde además de Camisas Doradas, también comenzaban a pulular otros grupos filofascistas como los Camisas Verdes, los Camisas Rojas, etc. Aun frente a las críticas de sus opositores, los miembros del partido debieron reforzar su presencia dentro del Comité Nacional contra la Guerra y el Fascismo, no precisamente como una organización “roja” sino más bien como un frente amplio y heterogéneo en el que, sin embargo, los comunistas debían ocupar un lugar protagónico. En tanto que desde la nueva estrategia impulsada por la Comintern, la Liga Antiimperialista debía volver a tener presencia entre las clases medias además de la que ya había conseguido entre los trabajadores: resultaba necesario entonces vincular sus campañas generales con la lucha contra las formas concretas de penetración y explotación imperialista, exigiendo rebajas en los precios de la gasolina, de la energía eléctrica, etc., y oponiéndose a las prácticas coercitivas por parte de empresas multinacionales como la Standard Oil. El nuevo acercamiento hacia estos sectores, sobre todo a partir de su capacidad de consumo y de su condición de usuarios de los servicios y productos promovidos por las grandes compañías internacionales, se convertía de este modo en el último intento por reactivar a la Liga Antiimperialista mexicana, poco tiempo antes de su virtual disolución¹⁷.

Sin embargo, y teniendo en cuenta la difícil situación atravesada por el Partido en los últimos cinco años, en el que prácticamente no había dejado de ser perseguido y hostigado por los gobiernos de turno, la campaña presidencial de 1934 a la que se sumó el Bloque Obrero y Campesino se convirtió en una prueba de gran importancia para su necesaria readaptación a los nuevos tiempos que comenzaban a hacerse presentes en México. Su candidato, el Secretario General del PCM Hernán Laborde, se ocupó de denunciar el peligro inminente de una nueva guerra mundial, llamar a la unidad de los trabajadores, atacar a las dictaduras fascistas, convocar a la defensa de la Unión Soviética frente a la creciente amenaza de las potencias y denunciar al imperialismo norteamericano por las nefastas consecuencias de su poder en las clases populares del

¹⁶ “Resolución adoptada por el Pleno del Comité Central del PCM, reunido los días 4, 5 y 6 de agosto de 1934”, en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 12/495-108-171 (14-15).

¹⁷ “Resolución adoptada por el Pleno del Comité Central del PCM, reunido los días 4, 5 y 6 de agosto de 1934”, en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 12/495-108-171 (22).

país. Los resultados de la elección presidencial pasaron a ser entonces el reflejo del aislamiento de las masas a la que había sido conducido el PCM en prácticamente un lustro de su de por sí breve historia: frente a los más de dos millones obtenidos por el general Lázaro Cárdenas, Laborde consiguió, tan sólo, poco más de mil votos¹⁸.

De alguna manera, el fracaso en el terreno electoral marcó un punto de ruptura dentro de la historia del comunismo mexicano. Más allá de la gravitación en campos como los de la protesta obrera y campesina, y de la señalada influencia en las vanguardias artísticas e intelectuales de la época, cuyos efectos no siempre se tradujeron en el específico terreno electoral, lo cierto es que los pobres resultados alcanzados por el PCM en la campaña presidencial se ocuparon de marcar la necesidad de un urgente viraje en su estrategia política, cuya defensa a ultranza de los principios doctrinarios del radicalismo comunista provocaban, en un mismo sentido, el aislamiento de las masas y de aquellas organizaciones señaladas como simplemente reformistas y oportunistas. La particular coyuntura del momento fue propicia para la apertura política del comunismo mexicano: en este sentido, fueron factores que operaron a favor de ella no sólo el llamado a la creación de frentes populares por parte de la Comintern (los que sobre todo se efectivizarían a partir de su séptimo y último congreso a mediados de 1935), sino también la reactivación económica que por ese entonces se vivía en el país, con un mayor grado de tolerancia desde el Estado hacia aquellas organizaciones críticas al sistema. Así, y en gran medida gracias al ascenso del movimiento obrero y popular ocurrido a partir de estas fechas, “el sectarismo y el izquierdismo empezaron lenta pero continuamente a ser remontados”. La salida de la clandestinidad y de las persecuciones a las que había sido condenado durante prácticamente todo el Maximato posibilitaron una especie de renacimiento del Partido Comunista que, sin embargo y por aquel entonces, todavía seguía siendo la “única organización obrera revolucionaria” (Peláez, 1985: 150-1).

Finalmente, también podemos afirmar que el espíritu anticolonial y latinoamericanista que alguna vez caracterizó a la Liga Antiimperialista, sobre todo en sus primeros años de vida, también se hizo presente en posteriores formulaciones políticas del comunismo. El Frente Popular Antiimperialista, constituido a fines de febrero de 1936 fue un buen ejemplo de ello. Con Hernán Laborde como uno de los más destacados miembros de su Comité Organizador, el Frente se ocupó de puntualizar, desde un principio, que “la gran tarea inmediata del pueblo mexicano y de todo el pueblo (era) la de emancipar a su país y emanciparse a sí mismo”. Sus amplios propósitos y, sobre todo, la variada composición social que pretendía alcanzar, pues se trataba de construir “un frente único amplio de todas las fuerzas populares” en el que cupiesen “todos los sectores sociales, con la única excepción de los grupos reaccionarios y traidores a la nación” obligó, sin embargo, a efectuar una clara distinción: en este sentido, su formación no buscaba el inmediato establecimiento de los sóviets, sino “llevar adelante la revolución iniciada en 1910, la revolución democrática y antiimperialista, la revolución antifeudal y agraria, la revolución nacional (subrayado en el original) hasta su triunfo completo y definitivo”. Una misma revolución en dos tiempos o bien dos revoluciones vinculadas, sin embargo, en un mismo proceso de continuidad: como una típica estructura comunista de la época, el Frente Popular Antiimperialista asumía y al mismo tiempo comenzaba a resignar su ya clásica interpretación de la revolución proletaria por la organización de un movimiento social emancipador mucho más amplio y con un contenido social mucho

¹⁸ Los números totales de la elección presidencial fueron los siguientes: Cárdenas, 2.268.567 votos; Villarreal, 25.620; Tejeda, 15.765 y Laborde, 1188.

más heterogéneo. Por último, el deseo de que el movimiento anticolonial debiera ser “la vanguardia del movimiento popular antiimperialista latinoamericano”, además de expresar una concreta solidaridad regional, no hacía más que reafirmar un intento de conducción conocido ya desde los primeros tiempos de la presencia comunista en América Latina, por cierto, aprovechando también que el otro gran partido comunista de la época, el de Argentina, se encontraba todavía frente a un gran trabajo de reconstrucción y de reorganización luego sufrir, por lo menos desde 1930, de una situación de hostigamiento casi permanente por parte de los sucesivos gobiernos de dicho país¹⁹.

¹⁹ “Discurso de Hernán Laborde, Secretario General del PCM y miembro del Comité Organizador del Frente Popular Antiimperialista, en la asamblea inaugural de su congreso constitutivo, el 27 de febrero de 1936”. *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 12/495-108-189.

ARGENTINA

El golpe militar de 1930 y sus repercusiones en el comunismo

El golpe de Estado efectuado el 6 de septiembre de 1930 fue traducido por los comunistas como la ofensiva del imperialismo estadounidense por terminar de desbancar al de origen inglés de sus posiciones en Argentina, luego de la presunta falta de efectividad de Hipólito Yrigoyen en esta tarea (Arévalo, 1983: 32). Por otra parte, y una vez instalado en el poder, Uriburu desencadenó una feroz persecución contra los principales referentes de la oposición: la corriente radical yrigoyenista, las agrupaciones estudiantiles y, principalmente, el movimiento anarquista y el Partido Comunista junto a sus sindicatos asociados. Así, uno de los primeros actos del nuevo gobierno fue el establecimiento del estado de sitio y la firma del decreto de ilegalidad del PCA, lo que implicó una serie de allanamientos a los locales partidarios y a los domicilios de sus militantes, y arrestos y deportaciones de afiliados y simpatizantes. Por otra parte, tampoco pasaría demasiado tiempo antes de que también se llevara a prisión a destacados defensores de la soberanía argentina sobre el petróleo, como fueron los casos de E. Mosconi, A. Baldrich y otros

Sin embargo, resulta interesante constatar que según declaró su propio Buró Político, el golpe de Estado “tomó por sorpresa al Partido”, aun cuando la caída de Yrigoyen fue preparada con suficiente antelación y para muchos era previsible el trágico final de su mandato (Vargas, 2004: 554, T. 2)²⁰. Varios errores organizativos, teóricos y políticos provocaron que inmediatamente después de la subida al poder de Uriburu el PCA cayera en la confusión y reaccionara pasiva y tardíamente. Con todo, el principal error cometido era de índole teórica, ya que se había calificado a Yrigoyen como pronorteamericano y, paradójicamente, cada día más orientado hacia el fascismo: de manera apriorística y mecánica, se consideraba que el imperialismo estadounidense se apoyaba siempre sobre la burguesía industrial latinoamericana para contrapesar el poderío económico inglés, con un mayor anclaje agrario. Contrariamente a esta interpretación simplista, fue el II° Pleno del Secretariado Sudamericano de la IC el que brindó el análisis más adecuado al considerar que, esta vez, los norteamericanos (y en menor medida, los alemanes) se habían aliado con los “grandes terratenientes”, siendo relegados los ingleses a un rol de apoyo más bien secundario. Estallaron así las peores consecuencias de una visión mecanicista que había situado a Yrigoyen como un elemento funcional a la estrategia de los estadounidenses, cuando en realidad el ex presidente radical había dado varias muestras en su último período de gobierno de distintos gestos nacionalistas (por ejemplo, con respecto a su política petrolera) para los que incluso había contado con el apoyo subrepticio de Inglaterra. En suma, el yrigoyenismo había actuado como expresión de una burguesía nacional en ascenso que buscaba hacerse su lugar en el mercado mundial, sin ser dominada por algunos de los imperialismos aunque tampoco sin permitir el desborde social provocado por el movimiento obrero y campesino, como ya se había podido observar durante las masacres de la Semana Trágica en 1919, y de la Patagonia en 1921²¹. La falta de comprensión sobre las características de esta burguesía nacional fue entonces la que en

²⁰ Incluso, el propio PCA dio a conocer diversos preparativos golpistas en una serie de notas aparecidas en *La Internacional* entre el 25 de febrero y el 4 de marzo de 1928.

²¹ En este sentido, “la dirección del PC no supo ver la diferencia entre los rasgos reaccionarios del yrigoyenismo y el carácter fascista del golpe que se preparaba. Y los rasgos independentistas del yrigoyenismo, típicos de la burguesía nacional, fueron despreciados por la dirección del PC, que los entendió como simples actos demagógicos” (Vargas, 2004: 559, T. 2).

definitiva consiguió restringir el margen de acción de los comunistas, particularmente, de su concepción antiimperialista, y la que los llevó al aislamiento social y a la gran derrota de 1930²².

Pese a que la situación política había cambiado notoriamente con respecto al decenio anterior, lo cierto es que, como en el caso de México, tampoco en Argentina después del golpe variaron las exigencias provenientes de la Comintern, con lo que el PCA se vio en la obligación de redoblar sus esfuerzos con tal de conformar los mandatos de Moscú, ya sea por vía de algunas de sus organizaciones colaterales (principalmente, el Socorro Rojo) o de sus secciones idiomáticas, con especial énfasis, en sus agrupamientos judío e italiano²³. En todo caso, la principal autocrítica emanada desde el partido en su convención nacional celebrada en Rosario en mayo de 1931 fue la de no haber sabido aprovechar el contexto de hambre y represión para darse una auténtica llegada a las masas. De acuerdo con las directivas de la Comintern era necesario conquistar posiciones en los grandes establecimientos industriales y luchar contra los oportunistas que no estuvieran de acuerdo con la proletarización del PCA, siempre bajo la estrategia del “frente único por abajo” a través de la que se proponía la unificación de los comités de fábrica bajo la dirección de cuadros comunistas, quienes a su vez se ocuparían de desenmascarar las verdaderas intenciones de los socialistas y los anarquistas, enemigos jurados en los difíciles tiempos del Tercer Período. Por otro lado, se debía trabajar para imponer la consigna de “la causa de la URSS es la causa del obrero argentino”, remarcando en todo momento la identificación de toda lucha obrera en Argentina con el combate contra la guerra imperialista y, más en particular, contra la invasión a la Unión Soviética. Por último, y aceptando la estrategia del Tercer Período, el partido debía aceptar totalmente la política de proletarización, intentando deslindarse de todos aquellos elementos caracterizados como pequeño burgueses. Sin embargo, y más allá de las intenciones manifestadas a la Comintern, lo cierto es que, como se verá más adelante, el PCA atravesó por una dura crisis organizativa y de ánimo militante, sin contar con que la misma falta de adherentes proletarios impidió prescindir de aquellos a los que en principio, se pretendió repeler (Schenkolewski-Kroll, 1999: 95-6).

Luego de cumplido el ciclo uriburista, Agustín P. Justo llegó a la presidencia en febrero de 1932 mediante la realización de elecciones fraudulentas, y si el gobierno de su antecesor había implicado un intento por fortalecer las relaciones con los Estados Unidos, el suyo, en cambio, correspondió a la vuelta del predominio inglés, consagrado al siguiente año mediante la firma del Tratado Roca-Runciman (en tanto que también Alemania, Italia y, en menor medida, Japón trataban de ganar posiciones en la economía local, aprovechando la puja entre ambos imperialismos). Con respecto a la situación del

²² Los gruesos errores de apreciación del PCA en el momento del golpe, y las culpas que se vertieron sobre la persona de Codovilla, su principal dirigente, motivaron la publicación de su “autocrítica” en la que señaló varias equivocaciones (como el haber concentrado toda la actividad del Partido sin comprender el carácter político de los cambios que se estaba preparando), pero que dejó de lado su falta de visión acerca de la cuestión más importante: “el carácter de burguesía nacional del yrigoyenismo y su contradicción con los imperialistas y la oligarquía” (Vargas, 2004: 564, T. 2).

²³ Para principios de la década del '30 el Partido contaba con aproximadamente 1,600 afiliados distribuidos la mayor parte de ellos en la Capital y sus alrededores, y con distintos agrupamientos en las provincias de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, y en la gobernación de Chubut (fundamentalmente, en Comodoro Rivadavia). En su mayoría, los militantes eran de origen extranjero: de ahí la importancia adquirida por sus grupos idiomáticos. Si se tenía en cuenta a aquellos militantes asociados a algunas de las organizaciones periféricas del PCA, entonces la cantidad ascendía a unos 10,000 (Schenkolewski-Kroll, 1999: 93-4).

movimiento comunista, podemos afirmar que si bien es cierto que en un principio Justo mostró un mayor grado de apertura y de tolerancia, luego no hizo sino continuar y profundizar la línea represiva instaurada por su predecesor²⁴. En efecto, durante todo su período presidencial miles de afiliados y simpatizantes comunistas fueron detenidos, torturados y puestos en prisión durante largo tiempo, mientras que aquellos de origen extranjero fueron deportados a Europa (en muchos casos, incluso llevados a la fuerza a la Italia de Mussolini) por obra de la “Sección Especial de Represión del Comunismo”, entidad estatal creada por Uriburu y perfeccionada luego por el siguiente presidente. Asimismo, y aprovechando la particular coyuntura, los círculos más reaccionarios en colaboración con las Fuerzas Armadas y la Curia, se ocuparon de organizar milicias de tipo fascista como la Legión Cívica Argentina, respaldadas directamente por el gobierno. Por último, el senador Matías Sánchez Sorondo, ex ministro del interior de Uriburu, propuso también un proyecto de ley de represión del comunismo²⁵.

Pero el terror y la violencia estatales no pudieron terminar doblegando al movimiento obrero, el que sobre todo durante 1931 y 1932, y hasta bien entrado el año 1936, enfrentó al régimen por medio de huelgas y movilizaciones, desarrolladas tanto en la ciudad como en el campo, y que en general tuvieron a los dirigentes comunistas como a sus principales protagonistas²⁶. Y junto al movimiento sindical, comenzó también a cobrar cada vez mayor fuerza el Socorro Rojo Internacional, que acompañó todas las iniciativas en la que estuvieron en riesgo las vidas de los militantes y dirigentes partidarios, generando cierta repercusión en el ámbito parlamentario²⁷. Aunque varios dirigentes comunistas (sobre todo, los de extracción sindical) decidieron permanecer en Argentina otros, que habían sido expulsados del país o que se habían visto obligados a emigrar, se radicaron momentáneamente en Montevideo, desde donde procedieron a reconstruir un partido que, sin ninguna tradición de lucha desde la clandestinidad y sin haberse preparado convenientemente para los difíciles momentos que se avecinaban con el golpe militar, había sido gravemente diezmado y desarticulado en gran parte de su estructura organizativa. Por otro lado, y junto con la dirección del partido, también se

²⁴ En la *Resolución sobre la situación y las tareas del Partido Comunista de la Argentina*, aprobado el 3 de junio de 1932, se asegura que “cuando las masas muestran su disposición de luchar por el derrocamiento del perro Uriburu (sic), el bloque que sostiene a éste con el apoyo de terratenientes y de burgueses, se propone asegurar la continuidad de la dictadura a través de Justo. Toda la fraseología en torno del ‘retorno a la normalidad’ –retorno que sería representado por el advenimiento de Justo- no es más que una máscara que intenta disimular el hecho de que Justo no será sino una prolongación de la política opresiva de Uriburu. Los resultados electorales no modifican en nada, pues, la línea de combate por el aplastamiento de la dictadura” (CCC 329.15/82 PCa 18: 1).

²⁵ El régimen de Justo incluso tolerará la formación de un Partido Fascista Argentino en 1932, de fuerte contenido nacionalista y antisemita, y constituido en torno a las células ultraderechistas compuestas por inmigrantes de origen italiano que habían empezado a aparecer a partir de 1923 y que, obviamente, cobrarían un gran impulso hacia 1930. En este contexto de persecuciones políticas, los comunistas antifascistas también fueron reprimidos con gran dureza: Fioravanti cumplió nueve meses de prisión y muchos de ellos fueron directamente enviados a la Italia de Mussolini. Sin embargo, es de resaltar que pese a todas las derrotas infligidas, los comunistas consiguieron mantener la estructura de su organización antifascista (Fanesi, 1994: 59-61).

²⁶ Durante este período se destacaron las huelgas de los trabajadores de los frigoríficos (conducidos por José Peter), la de los petroleros (por Rufino Gómez), las de los obreros de la construcción (dirigidas por Pedro Chiarante, Rubens Iscaro y Miguel Burgas, entre otros), las de los colectiveros contra la Corporación del Transporte, y las de los campesinos por el precio mínimo de las cosechas. Igualmente, fue éste un período de gran agitación para el movimiento estudiantil.

²⁷ Los principales dirigentes del Socorro Rojo Internacional (que se disolvió en 1937 para dar lugar a la Liga Argentina por los Derechos del Hombre) fueron Alcira de la Peña, Francisco Muñoz y Jesús Manzanelli (*Esbozo*, 1947: 75)

había tenido que radicar en Uruguay la sede del Secretariado Sudamericano de la Comintern. Salvo por la participación continua de los hermanos Ghioldi, todos estos cambios ocurridos hasta 1932 provocaron a su vez severas alteraciones dentro del Comité Central del PCA: ese mismo año Codovilla partió a España y a la Unión Soviética, retornando a la Argentina recién en 1941; Luis V. Sommi, que había sido expulsado en 1927 por su filiación penelonista, retornó al poco tiempo las filas comunistas para ocupar un cargo en su dirección, así como también fueron cooptados para su funcionamiento cuadros de extracción proletaria como Gerónimo Arnedo Álvarez, José Peters y Humberto Solaro, responsabilizándose a éste último del trabajo antiimperialista en el Partido.

Entre febrero y marzo de 1932 el PCA consiguió recuperar su legalidad gracias a las innumerables luchas en las que participó, muchas de ellas encaradas de manera espontánea y desorganizada. Esta fugaz situación le permitió al partido reabrir sus locales y volver a cierto grado de actividad política, pero la recurrente imposición del estado de sitio por el gobierno, sumado a las persecuciones y expulsiones de sus dirigentes y principales cuadros terminaron por debilitar todavía más a la organización. Las difíciles condiciones en las que bajo la clandestinidad debía desarrollar sus actividades, sumado al constante recambio de su sistema de cuadros intermedios y a la creencia en la debilidad estructural del régimen (que por otra parte debía apelar a la represión para mantenerse en pie) propiciaron que el PCA fortaleciera todavía más su estrategia de “clase contra clase”, aislándolo de otros sectores en lucha como el radicalismo, que no aceptaba su intención de derrocar a la dictadura por medio de la acción combinada de trabajadores y campesinos para inmediatamente dar lugar a la creación de un régimen socialista. De hecho, toda aquella fuerza perteneciente en mayor o menor medida al campo popular, ya sea radical, socialista, socialista independiente²⁸, penelonista, anarquista, sindicalista, etc., que no estuviera con el comunismo en un momento tan decisivo como ése, pasaba a situarse dentro del espacio de la reacción y de la “fascistización” sin ningún tipo de mediación²⁹.

En consecuencia, su tendencia ultraizquierdista y su rechazo a la lucha junto con otras fuerzas por un gobierno constitucional y democrático como un primer paso en su estrategia revolucionaria finalmente llevaron al PCA a plantear una política de “unidad desde abajo”, desdeñando la colaboración táctica con aquellas otras organizaciones que tenían un contenido social distinto pero que igualmente se veían afectadas por el

²⁸ El “socialismo independiente” fue un partido creado en 1927 a partir de la escisión del ala derecha del PSA. Sus principales líderes, Antonio de Tomasso y Federico Pinedo, se caracterizaron por su antiyrigoyenismo furibundo y por su participación activa en el golpe de 1930, llegando luego a tener actuación dentro del gobierno de Justo.

²⁹ De acuerdo con esta visión, en la *Resolución sobre la situación y las tareas del Partido Comunista de la Argentina*, de febrero de 1932, se aseguraba que el radicalismo era “una fuerza anti-obrera, contrarrevolucionaria (...). La lucha del Partido contra el radicalismo debe ser mucho más enérgica que hasta hoy (porque) el social-fascismo tratará de liquidar toda tentativa de revolución popular de masas. El radicalismo principalmente y con él sus múltiples aliados o instrumentos (social-fascistas, cegetistas, anarquistas) es la principal fuente ideológica de la reacción (...). Así, la lucha contra el radicalismo, fuente decisiva de la reacción, debe pasar al primer plano” (CCC 329.15/82 PCa 18: 1-2). Según el *Esbozo* durante esta crítica época el “verbalismo revolucionario” se había adueñado nuevamente de la dirección del PCA a través de dirigentes como Jacobo Lipovetski, Pedro Eber, Cecilia Kamenietski y Juan Jolles, “más tarde expulsados del Partido por estar contra su línea política y por realizar trabajos fraccionistas” (1947: 75 *infra*). Obviamente, el *Esbozo* no nombra a aquellos dirigentes que siguieron actuando en el Partido más allá de su pasaje por el “verbalismo revolucionario” de principios de los '30 como, por ejemplo, fueron los casos de los hermanos Rodolfo y Orestes Ghioldi.

régimen autoritario y a intentar, en cambio, traccionar hacia el comunismo a los seguidores de esas fuerzas ante la “evidente traición” de sus jefes y líderes³⁰. Como corolario de esta situación, se agregó también la creencia en la labor del “revolucionario profesional”, compenetrado ciegamente con la causa del proletariado, y que por lo mismo tendió a alejar a aquellos miembros del Partido que no mostraban similares condiciones para la lucha. Sin embargo, esta evaluación general no dejaba de reconocer todas las debilidades y flaquezas que aquejaban al PCA en una coyuntura teóricamente revolucionaria como la que se vivía durante los primeros años de la así llamada “Década Infame”. Así, en la *Resolución sobre la situación y las tareas del Partido Comunista de la Argentina*, de febrero de 1932, se asumía que la línea táctica del PCA era “floja”, con infiltración de “deformaciones derechistas e izquierdistas”, siendo las primeras “las más graves”. Del mismo modo, y como “se habla mucho de grandes luchas pero no se organizan las más modestas luchas cotidianas”, entonces la orientación general debía consistir en “organizar las luchas del proletariado por sus reivindicaciones inmediatas, y con el proletariado realizar la lucha contra la reacción y contra la policía”. Por último, había que “acentuar la posición justa en otro dominio táctico: el del frente único por abajo”, cuidando a los trabajadores de dos fantasmas muy bien identificados, el luxemburguismo y, sobre todo, el trotskismo³¹.

A causa de la tendencia sectaria que por obra de las difíciles circunstancias se había impuesto en la dirección partidaria, no fue mucho lo que una organización como la Liga Antiimperialista pudo llegar a hacer³². En la mencionada *Resolución*, la opresión económica y militar proveniente del exterior no fue una cuestión ciertamente soslayada por el PCA, aunque ella era sólo situada en el terreno de la violencia contra la Unión Soviética, por lo que “el Partido ligaba toda la lucha a la lucha contra la guerra imperialista, ya comenzada en Manchuria, en China en general, por la URSS, directamente amenazada”. Ni una palabra sobre el imperialismo en el contexto latinoamericano y apenas algunas menciones acerca de la situación de la Argentina: en estas condiciones, la actuación de la LAIA bajo la proscripción y las persecuciones a las que fue sometido el movimiento comunista, teniendo en cuenta además las concepciones políticas predominantes en el PCA en tiempos del esquema de “clase contra clase”, necesariamente tuvo que ser bastante exigua, siendo que la censura, la cárcel y el destierro de sus más importantes cuadros políticos contribuyeron también a minar su estructura organizativa y su capacidad de resistencia.

³⁰ Una de las típicas declaraciones de esta época consistía en que “si Uriburu representa a una dictadura militar con una base social restringida y con algunos aspectos fascistas, el yrigoyenismo representa a un movimiento que tiene en su seno a todos los elementos para un movimiento fascista de masas, con sus tentáculos extendidos hasta el movimiento obrero” (*Esbozo*, 1947: 76).

³¹ CCC 329.15/82 PCa 18: 4-5.

³² De todos modos, y como ya hemos visto en el caso mexicano, la situación de crisis e inmovilidad en la que se encontraba la Liga Antiimperialista en Argentina se reproducía en gran parte de la región. Así, Alfred Stirner, el cuadro suizo que tanto apoyo había prestado a la LADLA en sus primeros años, llegaría a afirmar que para, fines de marzo de 1930, “la Liga estaba muerta” (*Relación de Documentos sobre México en el Centro Ruso*, Rollo N° 3: 495-79-104). Por otra parte, y como se verá más adelante, la estrategia de “clase contra clase” se mantuvo hegemónica en el PCA hasta junio de 1935 cuando, bajo los efectos frentistas del VII° Congreso de la Comintern, se llevó a cabo una reunión del Comité Central que eligió una nueva dirección encabezada, entre otros, por Orestes Ghioldi, Florindo Moretti y Paulino González Alberdi. Sin embargo, y pese a ello, el PCA logró incorporar durante esta época a cada vez más intelectuales y artistas (como en el caso de Aníbal Ponce) que renegaban de su anterior condición burguesa y que, por lo tanto, mantenían una tensa relación con la dirección partidaria.

En este sentido, la suerte de los principales líderes de la Liga Antiimperialista luego del golpe militar de 1930 fue dispar aunque en muchos casos coincidente en cuanto a la interrupción de las actividades políticas en Argentina. El caso de Gregorio Gelman, último secretario de la organización, a quien se le revocó su carta de ciudadanía y al que además se lo obligó a partir al exilio rumbo a Uruguay, puede servirnos como ejemplo del trato represivo que el Estado brindó a varios de los dirigentes comunistas de origen extranjero, en esta coyuntura altamente compleja³³. Una situación similar padeció Paulino González Alberdi quien pese a tener ciudadanía argentina fue deportado a España, su país de nacimiento, luego de ser detenido en Buenos Aires pocos días después de concretado el golpe de 1930: sin embargo, consiguió desembarcar en Santos y desde allí seguir viaje a Montevideo, donde comenzó a trabajar para el Secretariado Sudamericano de la Comintern cumpliendo distintas misiones en Brasil, Uruguay, Perú y Chile y siendo encarcelado en Valparaíso por sus actividades conspirativas contra el gobierno de Ibáñez. A su regreso a Uruguay fungió por un tiempo como titular del mencionado Secretariado y encargado del departamento agrario del PCA³⁴. En cuanto a Héctor Agosti, fue detenido por la policía el 21 de junio de 1932 y nuevamente encarcelado entre diciembre de 1934 y fines de 1937, cuando fue procesado bajo los cargos de “incitación a la rebelión” y “desacato al presidente de la República” por sus trabajos periodísticos en los que denunciaba el carácter represivo y la corrupción del gobierno de Justo³⁵. Por su parte, Moisés Castro Morales consiguió retornar a El Salvador donde, junto con Farabundo Martí, se convirtió en 1930 en uno de los fundadores y dirigentes del Partido Comunista de ese país (Jeifets *et al.*, 2004: 75, 133-4)

³³ Según consta en el prontuario N° 27 de la mencionada Sección Especial, la cancelación de la carta de ciudadanía de Gelman se fundamentó en que su concesión en el año 1924 “fue fundada en el error acerca de las constancias personales del peticionante y en la falsedad del juramento que prestó (ya que) el nombrado es miembro destacado del Partido Comunista (y) como lo ha declarado la Exma. Cámara Federal la acción comunista conspira contra la Constitución y las leyes de la República, y ejerciendo violencia en las personas y en las cosas altera el orden público (...). Aunque las normas expresas de la Constitución y la índole bien definida de nuestras instituciones abren ancho cauce a la incorporación de extranjeros (...), la ciudadanía entraña un alto honor y exige fidelidad estricta a la soberanía argentina y mal puede pretenderla (...) quien previamente al momento de solicitarla se ha adherido a un partido internacional que recibe órdenes del extranjero con las finalidades perseguidas por la Tercera Internacional de Moscú”. Por ello es que “de ninguna manera podemos ni debemos consentir en que siga ostentado el título de ciudadano argentino el nacido en tierra extranjera, que en lugar de propender al bienestar general y al perfeccionamiento de las instituciones en la paz y con sujeción a las normas establecidas en la Carta Fundamental de la República busca con extrañas ideologías perturbar el orden público proclamando la revolución social, la destrucción del orden económico y el régimen político establecido, para sustituirlo con la dictadura del comunismo internacional y soviético. (Por todo esto y) en las condiciones señaladas no puede tolerarse que Gregorio Gelman siga exhibiendo el mayor título de honor que pueda aspirar en esta tierra un extranjero” (firmado por el Procurador Fiscal Federal, Alfonso E. Poccard el 17 de julio de 1935 en carta remitida al Juez Federal a cargo de esta causa). Exiliado en Montevideo, Gelman siguió cumpliendo funciones dentro de la estructura de mandos del PCA, fungiendo al mismo tiempo como secretario técnico del Buró Sudamericano de la Comintern y como editor de su boletín. Por último, aparecería también en la lista de candidatos a concejales por el PCA para las elecciones de la Ciudad de Buenos Aires celebradas el 10 de enero de 1932: figuró en el puesto n° 11 y al lado de su nombre, aparecía la leyenda “Secretario de la Liga Antiimperialista. Deportado”.

³⁴ Un relato exhaustivo de las peripecias por las que atravesó este dirigente comunista durante toda esta época puede ser encontrado en su biografía, hasta ahora inédita, de la que existe una copia en la biblioteca (Unidad de Información) del Centro Cultural de la Cooperación, en Buenos Aires.

³⁵ Para pedir por su libertad, el Socorro Rojo y otras organizaciones formaron un “Comité Pro Libertad de Agosti” que congregó a representantes de todos los partidos y entidades juveniles y estudiantiles y que promovió la realización de actos en Argentina y otros países de América Latina.

Fue a partir de 1932, en un clima político todavía difícil aunque un poco más distendido, ya que debido a las presiones sociales Justo había concedido una tregua momentánea a las fuerzas democráticas y sindicales en lucha, que la LAI pudo recuperar algo de su propia iniciativa política participando, o generando ella misma, distintas acciones en contra de la guerra, del fascismo y de las posibilidades de un ataque contra Moscú. De este modo, la Liga argentina comenzó a ampliar su anterior prédica antiimperialista para dar lugar a un nuevo discurso de contenido antifascista y antibelicista. Bajo esta nueva estrategia confrontativa, inspirada por similares movimientos políticos que por entonces cobraban auge en Europa, el 11 de marzo la LAIA consiguió realizar el “Primer Acto contra la Guerra Imperialista y en Defensa de la China Soviética y de la Unión Soviética” y, en el mes de agosto, participar, en la “Conferencia Nacional contra la Guerra Imperialista”, junto con el Socorro Rojo Internacional, y distintas organizaciones sindicales, culturales, obreras, bibliotecas populares, etc., ocasión en la que además pudieron distinguirse las secciones de la Liga ubicadas en los barrios obreros de Avellaneda y Sarandí (*La Internacional*, 1/8/1932)³⁶.

Sin embargo, sería el mes de julio de 1932 cuando las peores previsiones sobre el imperialismo y la conflictividad subyacente en la región finalmente se hicieron realidad con el estallido de la llamada “Guerra del Chaco”, en la que Bolivia y Paraguay se enfrentaron por un extenso territorio petrolífero que, en realidad, era ambicionado por los imperialismos norteamericano y británico a través de las compañías Standard Oil y Shell. Luego de tres años, y de más de cien mil muertos por parte de ambos países, Paraguay resultó triunfadora con el apoyo de Inglaterra, pudiendo preservar para sí la casi totalidad del territorio chaqueño³⁷. Asimismo, y paralelamente al inicio de la guerra entre Bolivia y Paraguay, otro conflicto tuvo lugar en Sudamérica, esta vez, cuando el 1° de septiembre de 1932 un grupo de cincuenta ciudadanos peruanos tomaron posesión por la fuerza del puerto de Leticia, de apenas cien habitantes, que había sido cedido a Colombia en virtud de un tratado firmado diez años antes, obteniéndose de este modo una salida al Río Amazonas de alto contenido estratégico³⁸. Hacia fines de 1932 la escalada bélica hizo temer la participación de Brasil y Ecuador en el conflicto, lo que motivó la intervención directa de una subcomisión del Consejo de la Sociedad de las Naciones y las gestiones iniciadas por varias cancillerías de la región. Luego de algunas acciones armadas fue finalmente el 2 de noviembre de 1934 que se logró poner fin a las hostilidades entre ambos países. Como era de suponer, ambas contiendas bélicas, la del Chaco y la de Leticia, lograron convertirse en el foco de las iniciativas antiguerreras llevadas adelante por el movimiento comunista sudamericano y, particularmente, por el

³⁶ En todo este tiempo, y aun con grandes intermitencias, también siguió apareciendo *Acción*, el vocero de la Liga, ahora mayormente dedicado a brindar información de distinto tipo sobre las actividades de carácter antifascista y antibelicista que se venían generando en distintas partes del planeta.

³⁷ La disputa por el Chaco, un territorio de unos 300 mil km², ubicado al sudeste de Bolivia y al noreste de Paraguay, tenía antecedentes de larga data pues aunque había estado bajo posesión de este último país desde hacía más de tres siglos, La Paz comenzó sus reclamos en 1852, los que fueron intensificados al perder su litoral marítimo luego de la Guerra del Pacífico (1879-1883) y al necesitar imperiosamente una salida al Río Paraguay. A pesar de las múltiples gestiones de paz, las tensiones entre ambos países se fueron acrecentando hasta llegar a la ruptura de relaciones diplomáticas en 1928, las que fueron restablecidas al siguiente año. Sin embargo, las tensiones entre ambas naciones no dejaron de acrecentarse hasta el estallido de 1932. Después de largas negociaciones, un grupo mediador constituido por Brasil, Chile, Perú, Uruguay y Estados Unidos, y conducido por el canciller argentino Carlos Saavedra Lamas consiguió la firma del tratado de paz en 1935.

³⁸ Para justificar su acción, el presidente peruano Luis Miguel Sánchez Cerro le escribió a su par colombiano que “el movimiento de Leticia era de carácter comunista y promovido por enemigos del gobierno actual” (citado en Selser, 2001: 547).

argentino, aprovechándose además para presentarlos como justos ejemplos de lo que podía llegar a provocar la exacerbación de las rivalidades nacionales provocadas por las ambiciones imperialistas en el contexto de las severas crisis económicas y sociales de la época. Sin embargo, y como se verá más adelante, esto no significó que el PCA hubiese podido encarar de manera resuelta y verdaderamente efectiva la política antibelicista que desde unos años antes venía proclamando.

Mientras tanto, el débil clima de tolerancia hacia el comunismo que por entonces se vivía en la Argentina comenzó a desvanecerse. El presidente Justo clausuró primero *La Internacional* y luego también a su reemplazante, *Bandera Roja*, mientras que los sectores profascistas de su gobierno decidieron dar nuevo impulso a la Legión Cívica, pero esta vez, con el concurso directo de grupos de emigrados de origen alemán, italiano y español³⁹. Recrudescieron así las persecuciones y las expulsiones, las detenciones y las torturas, avivadas además por el ascenso al poder de Adolf Hitler en enero de 1933 y, en consecuencia, por el avance del fascismo en Europa. Por otra parte, la firma del tratado comercial Roca-Runciman, en el mes de febrero, se convirtió en una nueva muestra de la sumisión del gobierno de Justo frente al imperio británico al otorgarse un trato preferencial a los frigoríficos ingleses instalados en la Argentina por sobre los beneficios que este país pudiera obtener por la venta de sus carnes, luego de haber negociado nuevamente sus cuotas de exportación⁴⁰. La fuerza de los hechos confirmaba una vez más que frente a la propaganda antinorteamericana que había nutrido los discursos de los comunistas, seguía siendo el imperialismo de origen británico el que dominaba los recursos económicos de la Argentina⁴¹. En este sentido, y aprovechando el descontento social generado por la firma del Pacto Roca-Runciman, el *Boletín Interno* (editado por el departamento de Agit-Prop y dedicado a la lectura y discusión por parte del cuerpo directivo del PCA) recomendó “desencadenar el movimiento popular antiimperialista dirigido por el proletariado y su partido” ya que lo que hacía falta en dichas circunstancias era “compenetrar el trabajo diario del partido con el combate de las manifestaciones concretas y sentidas de la opresión imperialista”. Con todo, tampoco se podía subestimar la importancia del expansionismo norteamericano y su rivalidad con Inglaterra, la que podía degenerar en un conflicto de proporciones mundiales cuyos primeros síntomas ya se evidenciaban en la geografía económica de la región. Para los comunistas de principios de los '30, la posibilidad de una guerra

³⁹ Es de resaltar el tono utilizado en el *Esbozo* para describir al gobierno de Agustín P. Justo (recuérdese que el texto es de 1947, un año después de conformada la Unión Democrática, de profundo carácter antiperonista, que terminaría vinculando al PCA con el Partido Conservador): “A causa de la creciente presión, de los sectores reaccionarios y pro-fascistas de la oligarquía y de la falta de apoyo de las masas, pronto el gobierno de Justo se entregó en brazos de la oligarquía y de los monopolios ingleses reiniciando una política de persecuciones bestiales contra nuestro Partido, contra los sindicatos clasistas y contra el radicalismo” (78). Prácticamente, los mismos argumentos señalados en dicho texto para explicar el “giro” represivo del gobierno radical de Yrigoyen hacia las masas durante la Semana Trágica y la revuelta de la Patagonia.

⁴⁰ El tratado fue suscripto entre Julio A. Roca (hijo), vicepresidente de Agustín P. Justo, y el canciller británico Runciman. El convenio surgió a raíz de la Conferencia de Ottawa de 1932 en la que Gran Bretaña liberó a sus dominios de gravámenes sobre los productos agropecuarios, en tanto que los elevó para los que provenían de terceros países, como era el caso de Argentina. El carácter corrupto y leonino del contrato fue oportunamente denunciado por el senador demócrata progresista Lisandro de la Torre.

⁴¹ Según las cifras brindadas por la Dirección Nacional de Estadística sobre las exportaciones argentinas según los principales países de destino para el período comprendido entre 1931 y 1932, el principal comprador era el Reino Unido (con un 36 % del total de las exportaciones), seguido por los Países Bajos (11 %), Bélgica (10 %), Francia (9 %), Alemania (8,5 %), Italia (8 %) y Estados Unidos (con tal sólo un 5 %). Entre las disminuciones en las compras a la Argentina, el informe señala a Canadá (-72 %), Japón (-55 %), Brasil (-53 %) y Estados Unidos (-50 %). Ver Selser (2001: 550, Tomo III).

mundial teniendo como uno de sus escenarios preferenciales a América Latina era una realidad cada vez más concreta (los conflictos en el Chaco y en Leticia así lo demostraban): se requería, por lo tanto, de una acción conjunta de los militantes de todos los países implicados en torno a su eventual desactivación⁴².

La participación argentina en el Congreso Antiguerrero de Montevideo

Desde los últimos meses de 1932 se comenzaron a delinear los principales puntos a ser trabajados desde un Congreso Antiguerrero en Montevideo, finalmente inaugurado el 11 de marzo de 1933 que, en cierta forma, debía también servir como una réplica al proyectado encuentro promovido por la Unión Panamericana para fines de ese mismo año. Para ello, un Comité Organizador compuesto, entre otros por el intelectual argentino Aníbal Ponce como su presidente⁴³, y por Miguel Contreras (por la Confederación Sindical Latinoamericana), Emilio Troise (por el Comité Antiguerrero de la Argentina), José Peter (por los obreros de los frigoríficos de la Argentina), Marcos Kanner (por la Federación Obrera Marítima de Posadas), Francisco Romero (por el Comité de Unidad Nacional Sindical Clasista de Argentina), Florindo Moretti (por la oposición sindical revolucionaria de ferroviarios), Paulino González Alberdi (por el Partido Comunista de Argentina) y Víctor Barrientos (por la Confederación Sindical Unitaria de México y por el Comité Antiguerrero de México)⁴⁴ se encargó de la puesta en marcha de una iniciativa novedosa, claramente contrastante con el clima represivo instaurado desde hacía algunos años en la región y que le permitía al PCA reagrupar fuerzas, si bien no desde el propio territorio argentino, sí en cambio desde el Uruguay, donde residían varios militantes y cuadros exiliados y donde funcionaba el Subsecretariado Latinoamericano dependiente de la Comintern. Por último, la realización de un congreso de estas características permitió también a los comunistas del Cono Sur ser partícipes de una estrategia mayor como la que se venía desarrollando en Europa a partir de la movilización antifascista y antibélica centrada en los

⁴² Con respecto a esta cuestión, el *Boletín Interno* del PCA, de octubre de 1933, planteaba que “mientras los intereses imperialistas dominan y determinan el contenido de los conflictos que conducen a la guerra, existen subordinados a los intereses imperialistas intereses contradictorios entre los diferentes países de este continente: hay lucha para los mercados sudamericanos y conflictos bastante avanzados sobre esta base (nombramos el chileno-argentino, chileno-peruano, argentino-uruguayo)” (CCC 329.15/82 PCa 20: 4).

⁴³ Según la periodización establecida por Oscar Terán, la participación de Ponce en el Congreso Antiguerrero de Montevideo y todas las posteriores actividades emprendidas en el marco del movimiento comunista, así como también su exilio en México hasta su fallecimiento en 1938, pueden ser comprendidos dentro de una tercera etapa de su vida, caracterizada por “la asunción expresa y sistemática del marxismo”, y cuyas más importantes producciones intelectuales fueron el *Elogio del Manifiesto Comunista*, de 1933, y *Educación y lucha de clases*, de 1936. Asimismo, puede señalarse que el antiimperialismo fue una de las cuestiones más ampliamente desarrolladas por Ponce durante su último período de vida, como lo revelan algunos artículos en contra de la compañía Standard Oil (Terán, 1983: 10, 29 y 38 *infra*).

⁴⁴ Víctor Barrientos, cuyo verdadero nombre era Miguel Ángel Velasco, era miembro del Comité Central del PCM (era de hecho su Secretario de Organización y su responsable político en el Distrito Federal). En el Congreso Antiguerrero fungió como vicepresidente de su Comité Organizador y durante el tiempo que permaneció en Montevideo expresó la solidaridad mexicana a distintos sectores en huelga. Con el golpe de Estado de Gabriel Terra, Barrientos fue obligado a salir de Uruguay, no sin antes haberse reunido con el Secretariado Sudamericano de la Comintern, el que lo mandó en una misión a Brasil (Alonso, 1997: 60).

encuentros de Amsterdam-Pleyel⁴⁵. La Liga Antiimperialista argentina, aun con un papel muy acotado, no dejaría de formar parte de toda esta iniciativa junto a otras organizaciones auxiliares y comunistas.

Los preparativos fueron amplios y diversos, y la importancia concedida a esta iniciativa motivó incluso la publicación de un *Boletín del Comité Organizador del Congreso Antiguerrero Latinoamericano*, que comenzó a editarse exactamente el 15 de diciembre de 1932. En Argentina se constituyó un Comité Nacional contra la Guerra, presidida por la joven escritora Nydia Lamarque (quien a raíz de sus actividades políticas en contra de del gobierno de Justo había sufrido un procesamiento judicial junto con una posterior detención) secundada por el secretario de la Confederación Sindical Latinoamericana, el comunista cordobés Miguel Contreras. Junto a ellos también actuaría el secretario del comité antiguerrero uruguayo, el escultor y retratista Bernabé Michelena. Pronto, un amplio y diverso conglomerado de organizaciones sindicales de toda América (incluyendo en ellas a algunas pertenecientes a los Estados Unidos) se encargó de dar su apoyo a la iniciativa, entre ellas, la Federación Obrera de Chile, la Confederación General de Trabajadores de Perú y de Brasil, los comités de Unidad Sindical de Argentina y Paraguay, la Confederación Unitaria de México, La Confederación Nacional Obrera de Cuba, los comités organizadores de la Confederación General de Trabajadores de Ecuador y Colombia, la Trade Union Unity League estadounidense, etc. También distintos sectores estudiantiles mostraron su interés en la realización del evento, generándose un Comité Juvenil Continental Pro Congreso Antiguerrero a partir de un encuentro realizado en Montevideo en los primeros días de noviembre de 1932, en los que tuvieron una importante participación la Liga Antiimperialista y la agrupación universitaria “Insurrexit”. Asimismo, unos cincuenta intelectuales y artistas argentinos brindaron su respaldo a la propuesta, en los que para los comunistas fue “la primera expresión de la radicalización acelerada que opera en los diversos sectores de las clases medias y de su resistencia a la solución reaccionaria que la burguesía quiere dar a la crisis, mediante la guerra”⁴⁶. Por último, una gran cantidad de figuras públicas

⁴⁵ En este sentido, el Congreso contó con la asistencia de varios delegados provenientes de la región, como fueron los casos del chileno Elías Lafferte, del argentino Ángel Luna, del peruano Elías Tovar y del mexicano Candelario Delasco, considerado en Jaifets *et al.* como presidente del encuentro (ver 2004: 93). En el mismo año en que se realizó el Congreso Antiguerrero de Montevideo, hubo otros similares en Nueva York, con la presencia de los escritores Upton Sinclair, Sherwood Anderson y Theodor Dresser (ésta última, estrecha amiga de Willi Münzenberg), y en Shangai, en donde participaron el diputado francés Paul Vaillant Couturier (además, jefe de redactores del diario comunista francés *L'Humanité*), el líder laborista de la Cámara de los Lores, Marley; y el diputado socialista belga Albert Marteaux (*Acción*, 2-4/9/1933). Por otro lado, el régimen de libertades prevaleciente hasta entonces en Uruguay tendría un abrupto final con el golpe de Estado encabezado por el presidente Gabriel Terra el 31 de marzo de 1933.

⁴⁶ Los firmantes de la declaración, tal como aparecieron en el N° 1 del *Boletín del Comité Organizador del Congreso Antiguerrero Latinoamericano* (1932: 2), fueron Nydia Lamarque (escritora), Emilia Bertolé (pintora), Aníbal Ponce (escritor, director de la *Revista de Filosofía*), Agustín Riganelli (escultor), C. Córdoba Iturburu (escritor y periodista), Niceto T. Loizaga (profesor), Álvaro Yunque (escritor), Vladimiro Acosta (arquitecto y decorador), Sixto Pondal Ríos (escritor), Elías Castelnuovo (escritor), Carmelo Rizzo Baratta (periodista), Max Spangenberg (médico), Roberto Arlt (escritor), Guillermo Facio Hebecquer (pintor), Alejandro Sux (periodista), Héctor L. Mandi (escritor), José Katz (ex presidente de la Federación Universitaria de La Plata), Rodolfo Ghioldi (maestro), Enrique González Tuñón (escritor), León Klimovski (crítico cinematográfico), Leónidas Barletta (escritor, director del Teatro del Pueblo), Aquiles Lorenzo (abogado), Edmundo Guibourg (crítico teatral), Armando Cencela (escritor), Emilio Troise (médico, profesor), Héctor P. Agosti (universitario), Arturo Cambours Ocampo (escritor, director de la revista *Letras*), José Luis Lanuza (escritor), A. J. C. Pellegrini (médico), Ricardo Aranda (escritor), Alberto Astudillo (arquitecto), Octavio Palazzolo (crítico teatral), Jorge Thenon (médico), Manuel Kirschbaum (escritor), Paulino González Alberdi (universitario), Pablo Rojas Paz (escritor), Dorival

latinoamericanas, mayormente vinculadas al campo de la izquierda y del comunismo, comprometieron su participación o su apoyo explícito a la realización del congreso, como fueron los casos de Augusto C. Sandino, del general Luis Carlos Prestes, el Dr. F Lacerda y Octavio Brandao, de Brasil; el Dr. Oscar Creydt, de Paraguay; Esteban Pavletich, Eudocio Ravines y el dirigente indígena Quispe, de Perú; el senador Elías Lafferte y el secretario general del PC, Dr. Carlos Contreras Labarca, de Chile; el dirigente anarquista Juan Llorca y los diputados comunistas José Lazarraga y Eugenio Gómez, de Uruguay; junto con los pronunciamientos de los estadounidenses Waldo Frank, Scott Nearing y William Z. Foster y del francés Henri Barbusse.

Gracias a la fuerza inercial cobrada por el emprendimiento, tampoco pasó demasiado tiempo antes de que similares comités antiguerreros se conformaran en distintas ciudades y provincias argentinas, además de los ya existentes en diferentes barrios de Buenos Aires. En general, fue en todos ellos un tema convocante el repudio a la guerra entre Paraguay y Bolivia. Así, en la capital de la Argentina hubo demostraciones frente a la embajada de Perú, contra el presidente Sánchez Cerro y su política de destierros y, en el puerto, contra un carguero de origen japonés encargado de transportar suministros para ser utilizados en la guerra contra China; en tanto que en Rosario se sucedieron violentas manifestaciones contra los consulados de Paraguay y Bolivia, con repercusiones en la prensa internacional; en Córdoba, por último, hubo protestas de los trabajadores de la Unión Ferroviaria en contra de sus dirigentes, al negarse estos a debatir el origen del conflicto por el Chaco⁴⁷. Asimismo, tanto en Rosario como en Córdoba se llevaron adelante pequeñas conferencias antiguerreras regionales, mientras que se procedió a la formación de un comité contra la guerra en la provincia de Santiago del Estero. Por último, también hubo distinto tipo de manifestaciones antiimperialistas y antiguerreras entre los obreros marítimos y los ferrocarrileros, con la formación de delegaciones especialmente destinadas a conseguir la compenetración y la participación de las comunidades campesinas en las causas promovidas.

Por otra parte, y a nivel internacional, para enero de 1933 se constituyó un Comité Antigüerrero en Chile que, como en el caso argentino, también fue conducido por mujeres (la periodista Marta Vergara y la escritora exiliada, de origen peruano, Nina Flores), y que celebró una conferencia antiguerrera bajo la presidencia del fotógrafo y periodista comunista Marcos Chamudes y con la destacada participación de la escultora Laura Rodig, junto con la de otras figuras ligadas al campo comunista y nacionalista como Elías Lafferte, Ricardo Latchman (director del Museo Nacional de Santiago), Juan Gómez Milia y el escritor e historiador Eugenio Orrego Vicuña; además, al Comité organizado en Santiago, pronto le siguió la formación de otros, de similares características, en Valparaíso, Antofagasta, Lota y Copiapó. En Paraguay, también se constituyó un Comité, pese a las condiciones de ilegalidad prevalecientes en el país, con una estrecha vinculación con la representación de los paraguayos en Buenos Aires y en la provincia argentina de Formosa. En tanto que en Brasil fue la Confederación General del Trabajo la encargada de llevar adelante los preparativos para la realización de un

(periodista), Julio Arraga (médico), López Ascona (escritor proletario), Luis Fernán Cisneros (poeta), Ricardo Setaro (escritor y periodista), Arturo Cerretani (escritor y crítico teatral), Santiago Parodi (pintor proletario), Alejandro R. Berutti (autor teatral), Pedro Álvarez Terán (escritor), Carlos Moog (escritor). Por la variedad de los nombres que los dirigentes e intelectuales del PCA lograron convocar, podemos darnos una idea de la variedad de ámbitos artísticos, culturales e intelectuales en lo que tenían cierta llegada o inserción: el "Teatro Nuevo", el "Teatro del Pueblo", la *Revista Proa, Contra. La revista de los francotiradores*, el diario *Crítica*, el "Grupo Boedo", pero también el "Martín Fierro", etc.

⁴⁷ *Boletín del Comité Organizador del Congreso Antigüerrero Latinoamericano* (1933: 1) N° 3.

congreso antibélico, mientras la constitución en Perú de un comité contra la guerra dio lugar al agravamiento de la persecución policial, terminando detenidos varios dirigentes de la flamante organización, entre ellos, Eudocio Ravines. También en Colombia se formó un comité antiguerrero, en donde además se celebraron multitudinarias manifestaciones contra la Guerra del Chaco frente al Capitolio de Bogotá, mientras que los comunistas del Ecuador procedieron a la creación de una sección en dicha nación. Asimismo, también la Liga Antiimperialista de Panamá, presidida por el socialista Demetrio Porrás, manifestó su predisposición al armado de una filial antiguerrera en ese país centroamericano⁴⁸. Por último, en Uruguay, sede del Congreso Antiguerrero, se produjeron una serie de manifestaciones populares, apoyadas por una importante participación desde la radio, y la participación activa de un importante núcleo de intelectuales, artistas y estudiantes universitarios.

La participación de Aníbal Ponce como presidente de la Comisión Organizadora de este Congreso no fue un hecho aleatorio: por el contrario, fue significativo de los nuevos vientos que comenzaban a agitar al comunismo internacional, desgastado ya por la esquemática y estéril estrategia de “clase contra clase”, y necesitado de tender lazos hacia aquellos sectores que tan sólo hasta hacía poco tiempo había repudiado. En este sentido, el progresivo acercamiento hacia los intelectuales, para de ahí en más seguir avanzando hacia los sectores burgueses progresistas, constituía el primer paso que luego daría lugar a las primeras experiencias antifascistas y antiimperialistas de los frentes populares, respaldadas en distinto tipo de iniciativas político-culturales como el mencionado congreso de Amsterdam-Pleyel, el Primer Congreso de Escritores, celebrado en la Unión Soviética en 1934, y sus distintas réplicas latinoamericanas: la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, el Comité de Intelectuales Antifascistas, etc. Aníbal Ponce, el heredero de José Ingenieros, quien desde los últimos años de la década del '20 había sufrido también una serie de quiebres ideológicos, producto a la vez del agotamiento del modelo liberal y “civilizador” de la Generación del '80 en el plano argentino, y de la crisis capitalista mundial de 1929 y de lo que se percibía como la exitosa construcción del socialismo en la Unión Soviética en un nivel internacional, también había dado los pasos necesarios para salir al encuentro de esta corriente comunista que, aunque siempre minoritaria, había dado evidentes muestras de fortaleza y valor en el enfrentamiento casi cotidiano contra los regímenes autoritarios de Uriburu y Justo. Con todo, no debemos dejar de remarcar que este mutuo proceso de acercamiento, vivido con similares niveles de intensidad en otros países latinoamericanos, no estuvo exento de tensiones y contradicciones, dadas por la recuperación de la figura del intelectual con conciencia social y, en muchos casos, con auténticas prácticas revolucionarias, aunque todavía preso de las rémoras y de los prejuicios suscitados por su origen de clase burgués (Terán, 1983: 33)⁴⁹.

La conferencia inaugural del Congreso Antiguerrero de Montevideo fue pronunciada en la noche del 12 de marzo de 1933 por Aníbal Ponce, presidente de su Comisión

⁴⁸ *Boletín del Comité Organizador del Congreso Antiguerrero Latinoamericano* (1933: 1) N° 3 y N° 4.

⁴⁹ Aunque el autor del estudio no lo menciona explícitamente, otro de las figuras vanguardistas que por este época decidió sumarse a las iniciativas antifascistas y antibelicistas fue Deodoro Roca quizás, el máximo intelectual orgánico de la Reforma Universitaria que tuvo lugar en Córdoba en 1918. En este sentido, fue importante su participación en distintos frentes auxiliares de los años '30 (como el Comité contra el Racismo y el Antisemitismo, el Comité Pro Paz y Libertad de América, el Comité Pro Exiliados y Presos Políticos), constituyéndose además en un importante actor en la fundación de la filial cordobesa de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (la AIAPE). Ver Kohan (1999: 68).

Organizadora⁵⁰. Titulada *Las masas de América contra la guerra en el mundo*⁵¹, la conferencia brindada por el más aventajado discípulo de José Ingenieros se ocupaba de demostrar, en tono claro y ameno, la naturaleza de la dependencia económica de América Latina, primero de España, luego de Inglaterra, y ahora de los Estados Unidos, ante la posibilidad cada vez más concreta de una nueva guerra mundial producto de la crisis capitalista internacional, o bien, y directamente, de un ataque de las potencias occidentales contra la Unión Soviética, “patria del proletariado”. Con un uso conceptual referenciado en los fundadores del socialismo marxista (y que, por eso mismo, no dejaba de resultar llamativo en un intelectual que todavía se seguía reivindicando como “liberal”), Ponce se ocupaba de señalar quiénes eran los “aliados” y quiénes los “enemigos” a ser derrotados: así, si estos últimos estaban representados tanto por los trusts monopolistas extranjeros como por sus socios locales, es decir, por las burguesías nacionales de los países de la región que “traicionan sin rubor a sus propias ‘patrias’”, los vencedores necesariamente debían ser “obreros y campesinos, estudiantes y empleados, indios y negros, escritores y artistas”, operándose de este modo una tímida vuelta al modelo del “frente único”, propiciado ahora por un intelectual cada vez más solidario con la causa comunista. Por último, la conclusión a partir de estas premisas emanaba directamente del sentido político que debía orientar al Congreso de Montevideo: la erradicación de las guerras únicamente sería posible a través de la eliminación del sistema capitalista, y para lograr este objetivo, las fuerzas progresistas y pacifistas debían enfrentarse irremediamente contra el poder de las “burguesías nacionales”, las que por su propia esencia consagraban la dominación imperialista de América Latina y su sujeción a la economía financiera internacional⁵².

⁵⁰ Con su inspirada pluma, Héctor Agosti, quien estuvo presente en el Congreso de Uruguay, recordaba de este modo el momento en que Ponce pronunció su conferencia inaugural: “Lo recuerdo todavía en el brumoso salón de la Federación Marítima, en esas calles todavía intactas de la Ciudad Vieja de Montevideo donde alguna vez atisbó Echeverría las cambiantes nubes de la bahía con sus ansiosos ojos de expatriado; lo veo entre esa muchedumbre de trabajadores, estudiantes e intelectuales venidos de tantos rincones del continente para participar en el Congreso Latino Americano contra la Guerra Imperialista. Ponce presidía su comisión organizadora, y una noche, la del 12 de mayo (sic) de 1933 – mientras la contienda entre bolivianos y paraguayos seguía aun desparramando muerte y miseria para provecho de los monopolios petroleros, y cuando por análogos apetitos comenzaban los choques entre peruanos y ecuatorianos en los lindes de Leticia-, leyó su memorable discurso, tan cargado de resonancias que su tema anunciador iba a dar nombre armonioso a uno de sus libros” (Agosti, 1974: 97-8).

⁵¹ Incluida en el libro *El viento en el mundo*, compilación de trabajos escritos por Ponce y publicado por primera vez en 1933.

⁵² “Si las guerras actuales son la consecuencia necesaria del capital llegado a la fase imperialista, no hay otra manera de evitarlas sino destruyendo el sistema económico y social que las produce. Y si esto vale como primer planteamiento de la lucha antiguerrera, fuerza es completarlo con este corolario no menos evidente: al enemigo no hay que marchar a batirlo más allá de las fronteras; el enemigo está en las propias burguesías nacionales que secundan con su servilismo y su venalidad los designios imperialistas de las grandes potencias. Toda acción eficaz contra la guerra debe orientarse, necesariamente, ineludiblemente, en vista de ese doble objetivo. *Mientras el capitalismo tenga entre sus manos el control de las fuerzas productivas, dispondrá de las masas cuantas veces quiera para defender con la guerra sus propios intereses*” (Ponce, 1963: 82; cursivas en el original). La biografía posterior de Aníbal Ponce, seguramente la última figura de estatura que de algún modo todavía podía ser referenciada con la Liga Antiimperialista argentina, resulta un buen ejemplo de los complejos derroteros asumidos por un intelectual comprometido con el comunismo en tiempos de recrudescimiento de la lucha antifascista y de la formación de los frentes populares. Así, en 1935 Ponce visitaría la Unión Soviética y también participaría como miembro de una comisión especial dedicada a investigar la violenta represión sufrida por los mineros asturianos en la ciudad de Oviedo, cuyas conclusiones fueron dadas a conocer públicamente en el mes de abril, en París, durante la realización de la Conferencia Europea de Ayuda a la Víctimas del Fascismo en España. A su regreso a la Argentina, fundó y dirigió *Dialéctica*, revista dedicada al debate y a la difusión de la teoría marxista, y en 1935 participó, junto con cerca de ochenta colegas, en un nuevo emprendimiento comunista como integrante de la comisión fundadora y organizadora de la Agrupación de Intelectuales,

Las acciones antiguerreras, en la que la Liga Antiimperialista todavía siguió actuando, continuaron desarrollándose con relativa importancia en Argentina después de la celebración del Congreso de Montevideo: no sólo el Comité Argentino Antigüerrero continuó con sus actividades luego del encuentro en Montevideo sino que, como una iniciativa surgida desde dicho ámbito, éste se vio acompañado por la constitución de comités de lucha en las empresas, en el reforzamiento del trabajo en la frontera norte con Bolivia en las fábricas de material bélico y, especialmente, en el Ejército y la Marina⁵³. Sin embargo, y pese a los esfuerzos encarados por el PCA en cuando a esta cuestión, todavía seguían primando los errores y las debilidades organizativas. Según el *Boletín Interno* de agosto de 1933, la situación general del Partido podía caracterizarse como de “retraso”. Ello obedecía a las siguientes causas: la falta de perspectivas revolucionarias y cierto espíritu derrotista entre los militantes luego de la llegada de Hitler al poder en Alemania; la preponderancia de un nacionalismo estrecho y parroquial que olvidaba la situación de la Argentina dentro de un contexto latinoamericano e internacional; la existencia de una separación “mecánica” de la lucha de masas y de las tareas formativas dentro del Partido, agravado esto último por la falta de inserción comunista dentro del campesinado y la ausencia de militantes dispuestos a hacer este trabajo; la falta de dirección cotidiana y la poca disposición para enmendar aun los más mínimos problemas organizativos; el consecuente abandono del trabajo de masas, en el que ya se dejaba de luchar por el “frente único” y en donde la estructura de los comunistas se transformaba en un simple medio de organización y propaganda; y, por último, y como corolario de todas las fallas antes expuestas, el predominio de un espíritu sectario que alejaba al PCA de las masas y que, en consecuencia, le restaba seguidores⁵⁴. De este modo, se comenzaban a percibir las enormes dificultades acarreadas por la adopción de la estrategia de “clase contra clase” y, al mismo tiempo, el creciente aislamiento de aquellos sectores a los que los comunistas debían apelar a fin de transformar el régimen vigente: por ello, el Congreso Antigüerrero de Montevideo y la participación en él de dirigentes partidarios, sindicalistas e intelectuales no necesariamente comunistas contribuyó ciertamente a ampliar la mirada y el radio de acción de estos últimos en sus reivindicaciones pacifistas y antiimperialistas.

Paulino González Alberdi, destacada figura de la Liga Antiimperialista y al mismo tiempo, uno de los más importantes dirigentes del PCA, se ocupó de redactar un informe sobre las tareas de los comunistas en la lucha contra la guerra y el imperialismo en la Conferencia Nacional partidaria realizada en la ciudad bonaerense de La Plata en marzo de 1934. En dicha oportunidad se encargó de remarcar el crecimiento del papel de América Latina ante la posibilidad de una nueva guerra mundial generada por una conflictividad interimperialista entre los Estados Unidos, Inglaterra y, en menor medida, Alemania y Japón, y en la que la Guerra del Chaco y el conflicto de Leticia constituían

Artistas, Periodistas y Escritores (la AIAPE), “ni partido político, ni capilla sectaria, ni tertulia de snobs, ni asociación de revolucionarios”, simplemente, y según se declaraba en su “Manifiesto” fundacional, “una agrupación de trabajadores intelectuales sin más propósito que el de defender a la cultura nacional de la ofensiva fascista” (*Cuadernos de Cultura*, 1958: 109-110). La AIAPE, que pronto contó con varias filiales en el interior de la Argentina, y cuyo modelo se reproduciría en otros países como Paraguay, Chile y Uruguay fue así una de las últimas intervenciones de Aníbal Ponce en el terreno de la política y del comunismo antes de su partida al exilio en México en 1937, país en el que moriría trágicamente al año siguiente.

⁵³ “Es necesario luchar por reforzar realmente el trabajo antiguerrero del PCA, que ha tomado ya un vuelo bastante amplio” (CCC 329.15/82 PCa 11: 16)

⁵⁴ CCC 329.15 (82) PCa 20: 7-8.

los ejemplos más evidentes. Sin dejar de lado la prédica comunista de la época, esta particular rivalidad entre el proceso expansionista de origen norteamericano y el de procedencia británica necesariamente desaparecía al tomar a América Latina como un nuevo eje de su común lucha contra la Unión Soviética, principal enemigo del sistema capitalista. A esto se agregaba además la política imperialista de Japón, que volcaba el excedente de sus recursos económicos en países de la región como Perú. Por otra parte, y como actores ciertamente pasivos, también era cierto que “en relación con la lucha interimperialista, juegan un serio papel los intereses y las rivalidades propios de los terratenientes, ganaderos y burgueses latinoamericanos”, es decir, la clase dominante de la región, desagregada ahora en tres términos cuando en la pasada década únicamente se la conceptualizaba como una unidad (aunque si bien es cierto que diferenciada entre el campo y la ciudad). La multiplicación de acuerdos de paz entre los países latinoamericanos, muchos de ellos propiciados por la potencias imperialistas, hablaba a las claras, para González Alberdi, de las crecientes posibilidades de una nueva guerra en Latinoamérica y no de su disminución, como pretendían hacer creer los gobiernos de la región y también Washington, capital desde la que se pretendía impulsar la “Política del Buen Vecino” con la que en realidad se trataba de encubrir sus verdaderas motivaciones colonialistas.

El contexto bélico del año 1933, sumado a la creciente posibilidad de que el conflicto abarcara a más países de América del Sur exigía, entonces para González Alberdi, “una posición combativa, leninista frente a la guerra como la más seria prueba de madurez revolucionaria del Partido”. Pero, forzoso era reconocerlo, el PCA no había dado hasta entonces, suficientes muestras de fervor antibelicista: sus esfuerzos en esta dirección habían sido mínimos y en varias oportunidades había cundido la falta de un verdadero internacionalismo. La desarticulación provocada primero por el gobierno de Uriburu y luego por el de Justo había resultado fatal, pues ya no tan sólo se había descuidado el “frente latinoamericano” (un frente que, de todas maneras, y según se ha visto, nunca fue del todo sólido dentro del programa del PCA) sino que incluso, y según se desprendía del *Boletín Interno*, además se había mostrado poco interés en el ascenso de Hitler al poder en Alemania. Así, González Alberdi podía afirmar que “el Partido vive encerrado en un estrecho nacionalismo” sin comprender que “la lucha contra la guerra es lucha contra los explotados del propio país”. Con la falta de una verdadera orientación política se había decidido disponer el combate antibélico en los “comités antiguerreros”, descargando así al PCA de un elemento clave para su propia subsistencia. El “oportunismo” que se había apoderado de los comunistas (según se decía, resabios del penelonismo que evidentemente todavía no se había logrado extirpar de la estructura partidaria) se expresaba de distinta forma, ya sea negando de hecho la posibilidad de una nueva guerra mundial y suponiendo que aún en el caso en que ésta pudiera declararse, la Unión Soviética sería lo suficientemente fuerte como para resistir por sí sola; o bien insistiendo únicamente en la lucha contra la propia burguesía como instigadora de todo conflicto bélico; o, por último, a partir de concepciones espontaneístas y, a la larga, inmovilistas, en la creencia de que la guerra llevaría por sí misma a la revolución proletaria. Todo esto se resumía en una clara falta de análisis del Partido sobre la cuestión imperialista como sustento económico de las guerras mundiales, en la pasividad de los militantes en la organización de un verdadero movimiento antiguerrero de masas y, por último, en la ausencia de trabajo partidario en las filas del Ejército y de la Marina.

Sin embargo, y frente a este escenario realmente complejo, González Alberdi se ocupaba del profundo impacto generado por el Congreso de Montevideo, según él, “la experiencia latinoamericana más importante en la lucha por el frente único antiguerrero”⁵⁵, pese a que nuevamente según su opinión los oradores del PCA fueron extremadamente “permissivos” y “condescendientes” para con los socialistas y anarquistas que se hicieron presentes, a los que no se les acusó por su política directa o indirectamente proimperialista⁵⁶. En suma, el evento fue de gran importancia en el intento por otorgarle al movimiento comunista argentino y, por derivación, también al latinoamericano, una justa y necesaria orientación antibelicista (y esto, contra la opinión de algunos dirigentes “sectarios” que supusieron que la realización de un encuentro de tales características, en verdad, había resultado contraproducente para el antiguerrerismo comunista). Para González Alberdi, pues, el Congreso había significado un importante evento debido, por una parte, a la cantidad de militantes que concurrieron, en algunos casos, arrastrando múltiples complicaciones de índole política y económica y, por la otra, por el nivel de los encuentros preparatorios, que sirvieron para ir creando un clima antibélico y antiimperialista que después sería muy bien aprovechado en Montevideo. Todo esto no impedía reconocer que la propuesta de frente único lanzada desde el Congreso terminó siendo desaprovechada, pues no existió por parte de los comunistas un verdadero interés por sumar a los militantes socialistas a la lucha antibélica. Igualmente, admitía varios errores con respecto a los grupos anarquistas que habían decidido concurrir al Congreso, los que provocaron polémicas que en muchos casos únicamente sirvieron para confundir a los asistentes y a los que no se les pudo obligar a pronunciarse sobre cuestiones concretas y “reivindicaciones inmediatas” de la lucha contra la guerra.

Por todos los motivos expuestos, Paulino González Alberdi concluía su extenso artículo con una serie de recomendaciones a ser tomadas por el PCA en su enfrentamiento común contra la guerra y el imperialismo. Así, sugería llevar una ofensiva ideológica hacia el interior del Partido contra la pasividad antibélica por medio de análisis claros y sencillos, destacando los errores conceptuales de socialistas, anarquistas, trotskistas, etc., con ejemplos claros, y “no con insultos y frases generales”. De la misma manera, planteaba la necesidad de pelear contra la guerra, en distintas organizaciones de masas y sindicatos, realzando su unidad con la lucha contra el hambre y la reacción, trazando además tareas concretas para cada agrupación, y efectuando un verdadero trabajo antibélico entre los soldados y marineros. Por último, también se rescataba el valor y el sentido de los comités antiguerreros, los que debían ser reorganizados no para substituir el trabajo del Partido en esta cuestión, sino para extenderlos a capas más amplias, ya que ellos debían constituirse sobre la base del frente único en fábricas, universidades, sindicatos, etc., sin copiar la estructura del PCA y con tareas inmediatas a ser cumplidas.

Mientras tanto, y pese a los fuertes resquemores todavía prevalecientes, lo cierto es que desde 1933 comenzaron a darse distintos ensayos unitarios entre el comunismo y otras fuerzas con mayor o menor contenido popular en torno a la lucha antifascista. En este sentido, tanto la nueva situación de Alemania bajo el poder del nazismo, como la apertura que significó la realización de Congreso Antigüerrero de Montevideo sirvieron

⁵⁵ CCC 329.15 (82) PCa 20: 7-8.

⁵⁶ Pues “frente único no significa que los comunistas dejen de decir todo su programa, toda su posición” (*Boletín Interno*, 4/1934: 7).

como catalizadores para la cada vez mayor confluencia entre organizaciones políticas en torno a la conformación de un amplio frente popular⁵⁷.

El ocaso de la Liga Antiimperialista

Antes de su virtual extinción a mediados de los años '30, fueron los comités antiguerreros los que terminaron cobijando a las distintas secciones de la Liga Antiimperialista, que habían vivido un momento de auge a fines de la pasada década pero que ahora languidecían frente a la nueva y más urgente problemática de la guerra. Una de las últimas apariciones de la LAI como organización política tuvo lugar en 1934 cuando, a partir del ejemplo trazado un año antes por el encuentro de Montevideo y de la nueva línea política que poco a poco se iba imponiendo desde Moscú en la organización de amplias alianzas de lucha contra la ultraderecha, el Comité Regional del PCA de la Capital Federal decidió impulsar la celebración de un Congreso Juvenil Antifascista y Antigüerrero para junio de 1934. En este caso, la Liga Antiimperialista fue una de las 37 organizaciones convocantes al encuentro, junto a la Federación Universitaria Argentina, la Federación Juvenil Comunista, distintas agrupaciones universitarias (como "Insurrexit", del que formaban parte Héctor Agosti, Ernesto Giudici y Ernesto Sábato), clubes deportivos barriales y círculos de jóvenes antifascistas. Por otra parte, y como un elemento destacado, se señaló la participación de un importante núcleo de intelectuales y profesionales que también dio su apoyo a la realización del encuentro, y de un grupo de aproximadamente treinta jóvenes socialistas que a título individual había decidido participar de su organización. En el mismo sentido que durante el Congreso de Montevideo, se llamó a la formación de los comités antiguerreros y, a partir de la creciente importancia otorgada por el PCA a la llegada de Hitler al poder, ahora también antifascistas⁵⁸.

⁵⁷ Las primeras expresiones del "frente único" contra la reacción se fueron dando, prácticamente, desde 1933 cuando ante el asesinato de un dirigente socialista a manos de bandas fascistas se intentó conformar un primer frente en la provincia de Córdoba. El 1° y 2 de agosto, el Comité de Unidad Clasista junto con otras organizaciones sindicales llevó adelante una huelga ante el arribo al puerto de Buenos Aires de dos naves hitlerianas. El 23 de octubre se llevó a cabo el primer acto unitario entre comunistas, socialistas y radicales contra el estado de sitio, la Sección Especial y a favor de la Ley Sáenz Peña de 1912 (que había consagrado el voto secreto y obligatorio); sin embargo, y debido a la amenaza policial, a último momento el acto debió ser trasladado a la sede de la Federación Universitaria Argentina. Por último, a fines de 1934 también se llevó a cabo otro acto unitario promovido por el Socorro Rojo que fue violentamente disuelto por la policía (*Esbozo*, 1947: 82 *infra*).

⁵⁸ La realización del Congreso Juvenil Antigüerrero y Antifascista también motivó la publicación de una serie de *Boletines*, con distinto tipo de información sobre el avance de la ultraderecha en Argentina y su lucha por parte de obreros, estudiantes e intelectuales. En el primer *Boletín*, de junio de 1934, se dio a conocer la siguiente declaración "A la Juventud Antifascista y Antigüerrera": "Estamos contra el fascismo porque éste es el partido político de las clases opresoras. Estamos contra el fascismo porque éste, por medio del terror, del asesinato y su ideología, pretende aplacar el movimiento de lucha de los explotados preparando el camino a la guerra. Estamos contra la guerra porque ésta no soluciona problemas. Porque la guerra significa para todos los oprimidos y en especial para nosotros, los jóvenes, el servir en el frente de carne de cañón a los apetitos imperialistas, mientras que en la retaguardia, nuestras esposas, madres y hermanas serán el fácil parto a la explotación feroz de las fábricas militarizadas. Compañeros: a todos los jóvenes que odien el fascismo y la guerra, los incitamos a colaborar en este Congreso. En cada uno de los lugares de trabajo, taller, fábrica, escuela, clubs, formad los grupos locales de lucha vinculados a nosotros y popularizad ampliamente los fines de esta lucha" (CCC 329.15/82 PCa 22).

En octubre de 1935 el PCA realizó su Tercera Conferencia Nacional (la llamada “Conferencia de Avellaneda”) a fin de readecuar su estrategia luego de que la Comintern celebrara su Séptimo Congreso, ocasión en la que se decidió reemplazar la antigua línea sectaria por otra más abierta, dedicada a la construcción de frentes populares con diversas organizaciones políticas también en lucha contra el avance del nazi-fascismo. De acuerdo con esta nueva orientación, el comunismo llamó al radicalismo, al socialismo, al Partido Demócrata Progresista, a la Confederación General de los Trabajadores, etc. a la construcción del “frente nacional antiimperialista” dedicado a “detener el avance de la reacción, reconquistar las libertades democráticas y terminar con los tratados antinacionales con el imperialismo” (*Esbozo*, 1947: 82). De este modo, el PCA terminaba de completar un giro a su orientación política, en el que la defensa de los valores democráticos y la alianza con el socialismo y el radicalismo pasaba a un primer plano, dejando de lado las viejas caracterizaciones sectarias que impugnaban cualquier tipo de acercamiento con aquellos grupos y sectores calificados de antemano como “socialfascistas”. Y en un proceso similar, se revivió también una reapertura del concepto de “antiimperialismo”, antes únicamente reservado para la clase trabajadora mientras que ahora también incluyente de aquellos sectores pequeñoburgueses afectados por el capital financiero que podían entrar a formar parte de su combate⁵⁹. Sin embargo, y más allá de la nueva orientación ofrecida por el PCA y de su conveniente autocritica por las posturas asumidas en el pasado reciente, lo cierto es que los partidos convocados no tuvieron mayor interés, al menos en un principio, por hacer partícipe a los comunistas de los acuerdos que se tramitaban al respecto, tanto por su condición ilegal y su escaso valor electoral como por la aprehensión que sus dirigentes generaban en las restantes organizaciones.

La que seguramente fue una de las últimas apariciones de la Liga Antiimperialista se dio en medio de un contexto signado por el aumento de la conflictividad social, pues a las luchas obreras de 1935 (en el sindicato de los sastres, de los madereros, de la construcción, de los algodoneros del Chaco, etc.), se le sumó asimismo toda una serie de reivindicaciones sectoriales en el campo, contra la oligarquía y los monopolios cerealistas, convocándose al paro antifascista en Tucumán y, a la huelga general en Santiago del Estero. Por otra parte, también fueron particularmente violentas las luchas populares antimonopólicas desarrolladas en la ciudad de Buenos Aires (fundamentalmente, contra los transportistas) y las llevadas a cabo por la defensa de la autonomía política en la provincia de Santa Fe, avasallada por el gobierno de Justo, quien no había dudado en deponer a sus autoridades demócrata-progresistas.

⁵⁹ “En tal situación, nuestro partido propiciará la lucha por un gobierno de concentración democrática, con un programa democrático de satisfacciones a las reivindicaciones más urgentes de los obreros y los campesinos y de la pequeña burguesía urbana y rural” (citado en *Esbozo*, 1947: 82). Esto no impidió que dentro de un marco determinado, el Partido tuviera su propio orden de prioridades, pues “el PCA debe prevenirse contra los peligros de no apreciar exactamente el momento actual del desarrollo y madurez del movimiento nacional y en vez de dar las consignas que el movimiento mismo pone en el orden del día, adelantar aquellas que, como la expropiación del latifundio y la confiscación de las empresas imperialistas, pueden poner trabas a la creación del frente nacional” (citado en Schenkolewski-Kroll, 1999: 100). También la experiencia del frente popular se hizo sentir en el campo del antifascismo italiano en Argentina, cuando el 1º de Mayo de 1935 se anunció la creación en Buenos Aires del “Fronte Unico del Partiti Operai Italiani”, del que formaron parte, además de los comunistas como autores de la iniciativa, los socialistas unitarios y maximalistas, los republicanos, los anarquistas y los antifascistas no afiliados a ningún partido. A su vez, un comité creado como respuesta a la invasión italiana a Etiopía se ocupó de remarcar el tono antiimperialista de la lucha contra el fascismo: el director de su periódico fue Giuseppe Tuntar quien, aunque alejado del comunismo, seguía luchando en la causa antifascista (Fanesi, 1994: 78-80).

Con motivo de estos últimos sucesos, la Liga Antiimperialista emitió un pronunciamiento dirigido *A la población laboriosa de todo el país* con fecha del 4 de octubre en la que se denunciaba a Agustín P. Justo y, en general, a su alianza de gobierno, de favorecer la penetración de los monopolios extranjeros en la Argentina en sectores clave de su economía (carne, cereales, algodón, productos alimenticios, electricidad, servicio de aguas corrientes, sistema monetario y bancario, etc.), impidiendo con ello la acción de partidos opositores como el Demócrata Progresista conducido en la Provincia de Santa Fe por el senador Lisandro de la Torre⁶⁰. Así, con el llamado a “la defensa de las libertades democráticas (y de) los derechos populares”, asociados a la lucha contra el imperialismo y los monopolios, el PCA daba un fuerte apoyo al acercamiento con aquellos grupos y partidos que eran antes repelidos por su contenido burgués, pero que ahora, podían resultar útiles y coincidentes en la defensa de los valores democráticos frente a su avasallamiento provocado por la derecha. En este sentido, bajo la consigna “¡Unidad de acción, un solo frente, frente popular!” con la que concluía su pronunciamiento, la Liga Antiimperialista y, a través suyo, el Partido Comunista, reafirmaban el sentido de la nueva estrategia aliancista que de allí en más los caracterizaría en su lucha contra la guerra, el fascismo y el colonialismo⁶¹.

⁶⁰ De acuerdo a la nueva estrategia, el PCA siguió insistiendo en la creación del frente popular, por ejemplo, apoyando al Partido Demócrata Progresista en las siguientes elecciones nacionales a ser celebradas el 1° de marzo de 1936.

⁶¹ CCC 329.15/82 PCa 22.

CUBA

Hacia la revolución del '33: campaña anticolonial y lucha contra la dictadura

Para los albores de la década del '30, la clase obrera, importantes núcleos de otros sectores sociales y las organizaciones sindicales y clasistas del proletariado, bajo la orientación del PCC, ya habían logrado restablecer sus cuadros de mando y sus estructuras organizativas, duramente perseguidas y diezmadas desde los inicios del gobierno de Machado. Por ello, a partir de 1930 los comunistas y sus seguidores desataron una ofensiva sin tregua contra el régimen ahora bajo la estrategia ultraizquierdista de “clase contra clase”. La Liga Antiimperialista cubana no faltó al llamado y junto con otras organizaciones periféricas como la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO), el Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera, Defensa Obrera Internacional, la Liga Juvenil Comunista y otras, participó en las luchas sociales de aquel tiempo aunque, al igual que el PCC, desde la clandestinidad, víctima como él del acoso y la persecución feroz del gobierno. Una primera expresión exitosa de toda esta difícil labor conjunta fue justamente la realización de la primera huelga general contra Machado el día 20 de marzo de 1930, si bien su más importante impulsor, Rubén Martínez Villena, debió alejarse de Cuba el 1° de abril ante el acoso policial del que fue objeto y debido a sus crecientes problemas de salud, que exigían un tratamiento prolongando en algún sitio a resguardo: desarticulada primero por las persecuciones machadistas y después por la muerte de Mella, parecía que nuevamente la existencia de la Liga entraba en un cono de sombras a raíz del exilio del literato y dirigente comunista⁶².

A la violenta protesta del movimiento obrero, evidenciada tanto en la huelga general como en los actos del 1° de Mayo, vino también a sumársele la vuelta de los estudiantes universitarios y de segunda enseñanza al combate activo. En este sentido, la movilización estudiantil del 30 de septiembre de 1930, en la que también participaron numerosos obreros solidarios con la causa socialista y antiimperialista, se convirtió en un verdadero hito en la lucha contra Machado que no tardó en ser contestada con toda la furia represiva, cobrándose en el estudiante Rafael Trejo a su primer mártir⁶³. En la balacera también resultaron heridos Francisco Masiques, Isidro Figueroa y Pablo de la Torriente Brau, en tanto que junto a muchos otros más, Ladislao González Carbajal y Juan Marinello fueron llevados a prisión. Con respecto a la detención de este último, resulta importante destacar que aunque se sabía desde mediados de septiembre que los

⁶² Aun en su exilio, iniciado con su partida de Cuba el 1° de abril, Martínez Villena siguió trabajando por el PCC y la Liga, sabiendo de las difíciles circunstancias por las que estaban atravesando sus compañeros luego del éxito de la huelga del 20 de marzo. En los Estados Unidos, primera escala de su prolongado viaje a la URSS, entró en contacto con los también exiliados Leonardo Fernández Sánchez y Gabriel Barceló, por entonces, máximos referentes del ala comunista de la ANERC, y con el apoyo del Workers Party y de la IC, a través de su compatriota Frank Ibáñez, consiguió que cuadros experimentados como Jorge Vivó y Manuel Cotoño (según él, los comunistas cubanos “mejor preparados”) pudieran retornar a La Habana desde Nueva York para encausar el difícil trabajo del Partido bajo la clandestinidad. Asimismo, y durante su estancia norteamericana, tuvo una importante participación en el Buró del Caribe de la Comintern y en la filial de la LAI que los exiliados cubanos organizaron en Nueva York en estrecho contacto con la sección estadounidense (Jeifets, 2005: 84; Kersfeld, 2006).

⁶³ Según una entrevista realizada a José Lezama Lima, el escritor cubano se refería a la muerte de Trejo como un momento en el que “se llegó a la profundidad histórica, es decir, por primera vez en la historia de la cultura cubana se intentaba lo imposible, a través del sacrificio de la muerte ir a una forma de poder. La muerte de Rafael Trejo conmocionó al país de tal forma que lo abrió para todos los milagros y todas las grandes sorpresas” (ver Cairo, 2003: 371, Vol. 1).

estudiantes venían preparando una importante demostración en la Universidad y que ya tenían la idea de reconstituir al Directorio Estudiantil Universitario⁶⁴, fue Marinello quien terminó siendo responsabilizado por la policía por los hechos violentos acaecidos el 30 de septiembre y hasta de la muerte de Trejo. Sabiendo de la tremenda potencialidad política que todavía escondía este intelectual, el gobierno intentó refrenarlo a través de la causa 1255, por “sedición, atentado a la autoridad, disparos de armas de fuego y lesiones graves”, recluyéndolo hasta el 15 de octubre en la Cárcel de La Habana, sin posibilidad de fianza⁶⁵. Como consecuencia del encarcelamiento de Marinello y de la instauración de esta nueva ola represiva, la *Revista de Avance* entró en una etapa de crisis terminal, mientras que la Universidad fue nuevamente clausurada y se persiguió con todavía mayor ahínco a la vanguardia del movimiento obrero y comunista (Rojas Blaquier, 2005a: 116).

El incremento de la protesta social contra el régimen cada vez más opresivo de Gerardo Machado durante la segunda mitad de 1931 obligó a los comunistas a trabajar en su fortalecimiento orgánico y teórico para, de ese modo, no quedar relegados ante la cada vez más evidente radicalización de las masas. Este proceso de afirmación política y social del Partido fue encarado bajo la consigna de “revolución agraria antiimperialista” en base a tres direcciones diferenciadas aunque concluyentes en un mismo fin: el primer lugar, el trabajo entre aquellos sectores obreros mayoritarios que, como en el caso de los azucareros, los tabacaleros, los marítimos, los del transporte, etc., no pertenecían a la CNOC o directamente, no estaban organizados; a continuación, una fuerte militancia en el campesinado y los colonos pobres y medios; y, finalmente, “el aumento de su influencia entre las capas explotadas de la pequeña burguesía urbana, para lograr su participación en las luchas por la revolución democrática burguesa, primera etapa de la lucha por la liberación nacional, bajo la hegemonía del proletariado y la dirección del Partido” (Rojas Blaquier, 2005a: 137).

Como se puede apreciar, existía un gran interés por sumar a la lucha de los comunistas a los sectores medios, profundamente golpeados por la crisis económica, aunque esto significara, en los hechos, una violación flagrante a los mandatos del VIº Congreso y a su prédica de “clase contra clase”. En este sentido, y aun con fuertes debates en su interior, no resultaba posible para los dirigentes del PCC soslayar la histórica combatividad de las clases medias y sus posturas, en muchos casos, abiertamente antiimperialistas. Asimismo, resultaba cada vez más evidente el acercamiento de las clases medias empobrecidas a las formas de lucha del proletariado y su interacción con éste, por lo que los esfuerzos de una parte de la dirección del PCC se destinaron a hacer comprender la necesidad de sumar a estos sectores a la lucha y a diferenciarlos de los

⁶⁴ Desarticulado a raíz de los Consejos Disciplinarios Universitarios que generaron expulsiones masivas y hasta el exilio de una gran cantidad de dirigentes estudiantiles, el DEU se reconstituyó en 1930 como oposición a los intentos de los Estados Unidos por seguir sosteniendo a la dictadura de Machado.

⁶⁵ Según el informe de Alfonso L. Fors, jefe de la Policía Judicial, el futuro secretario de la LAI era una “personalidad revolucionaria con afán de caudillaje, más peligroso porque arrastra al sacrificio inútil a víctimas inocentes”, que “utilizaba la cátedra como arma de agitación y de combate” y que, en su vocación subversiva, se pondría “al frente de la juventud y al lado de los enemigos del gobierno, para hacer la revolución, derrocarlo por la fuerza y sustituirlo, no se sabe si por otro gobierno del mismo régimen, o por uno distinto, de forma comunista” (AIHC, Alfonso L. Fors, “Informe acerca de las actividades y de las ideas de Juan Marinello”, 1930). Por su parte, y desde la cárcel, Marinello se lamentaba en una carta de octubre de 1930, dirigida a Regino Boti, en la que empezaba a creer que “el caso cubano es el más triste –el más Trágico– de la Tierra; como en ningún otro caso se aúnan las nulas herencias a las fatalidades económicas de nuestra edad. Pero, por eso, nuestro esfuerzo para este pueblo debe ser sin medida” (Suárez Díaz, 2004: 130-1).

dirigentes de los partidos burgueses de oposición a Machado, que también pretendían ejercer su influencia sobre ellos. De esta manera, el viraje del Partido con respecto a la penetración y al trabajo entre las distintas capas de la pequeña burguesía urbana se encargó de romper con la subestimación del rol que podían ocupar, y de hecho ocupaban dichos sectores, movilizándolos con éxito en numerosas acciones.

Con la firme intención de convertirse en un verdadero partido de masas, la decisión del Comité Central fue finalmente la de robustecer su propia estructura organizativa por medio del fortalecimiento de sus frentes auxiliares, útiles como espacios de inserción ante los distintos sectores de la sociedad que ellos suponían cooptables para su proyecto socialista y antiimperialista. Así fue como la activación de nuevos actores sociales como las clases medias y los grupos profesionales que, a causa de la profunda crisis sumaban sus propias reivindicaciones a las ya expresadas por el ascendiente movimiento obrero y campesino, tornaron urgente la reconstitución de la Liga: ante esta necesidad, y contando primero con la importante colaboración de José Z. Tallet, y luego también de Juan Marinello, fue que el PCC pudo comenzar a rearmarla en un proceso que comenzó a fines de 1930 y que concluyó casi un año después⁶⁶. Finalmente, en los últimos días de 1931 el Comité Central resolvió la reconstitución de la LAI, como una forma de agrupamiento dirigida a aquellos sectores que, aunque heterogéneos en su composición social, demostraban una evidente tendencia izquierdista y hasta potencialmente revolucionaria.

Según se desprende de las “Actas de reuniones del Buró Político del Comité Central del PCC” (del 28 de octubre y del 30 de diciembre de 1931), con el rearmado de la organización antiimperialista se pretendió también atraer hacia el comunismo a aquellos elementos de la clase media radicalizada que estaban siendo captados por la organización terrorista ABC, por lo que en principio se le dio a la Liga una forma lo más flexible posible, y si así convenía mejor a sus intereses, se llegó incluso a pensar hasta en cambiarle el nombre (por ejemplo, por el de “Sociedad de Estudios Antiimperialistas”)⁶⁷. Asimismo, se propuso como actividad básica la publicación de una revista legal. En suma, y con su vuelta a la vida activa, se intentó que la Liga volviera a ser una organización con una base social propia, con una fuerte inserción entre los estudiantes, los intelectuales y las clases medias, aunque siempre subordinada a las directrices emanadas del Partido, más aun en momentos como aquellos en los que resultaba imperativo estrechar filas en torno a la lucha antimachadista. A partir de una serie de reuniones de discusión, finalmente el Partido elaboró un primer documento, un “Manifiesto-Programa” de la LAI, cuyo lema era “Por la absoluta independencia nacional de Cuba, contra el imperialismo y sus aliados: la burguesía y los latifundistas nativos”⁶⁸. La entidad, una vez más en acción, no tardó en extender sus actividades y sus sedes por La Habana y más tarde también por el interior del país, fundamentalmente, por la provincia de Santa Clara y luego, también por Camagüey, donde procedió a reconstituir su antigua sede (*Revista Masas*, 9/34: 14)⁶⁹. En un mismo

⁶⁶ En el N° 1 del periódico *Línea*, editado por el Ala Izquierda Estudiantil, el 14 de mayo de 1931, se señalaba que “se están realizando los trabajos para reorganizar la Liga de Cuba, organización que la voracidad del terror blanco hubo de desorganizar” (IHC 1/17/11:3/2/1-8).

⁶⁷ Ver Archivo HIC: *Acta de Reunión del día 30 de diciembre de 1931*, Fondo IC, Caja III, Doc. 39.

⁶⁸ Por otra parte, el emblema de la LAI refundada era un dibujo de la isla de Cuba apretada por una mano, con el brazo en posición vertical y con la palabra “IMPERIALISMO” inscripta en él, y cruzándolo, de manera horizontal, el nombre de la organización: “Liga Antiimperialista de Cuba”.

⁶⁹ Entre 1931 y 1932, Manuel Corrales fue dirigente de la Liga en la ciudad de Santa Clara, en momentos en que la organización no llegaba a los diez miembros activos entre estudiantes y obreros, y donde no

sentido, y siguiendo las mismas directivas de la Comintern que ya habíamos visto aplicadas a los casos mexicano y argentino, su rearmado también implicó la reorganización de antiguos subgrupos, dependientes de ella, como la LAI juvenil, la que contó como a uno de sus más destacados militantes al inmigrado ruso y destacado militante comunista Moisés Raigorodski⁷⁰.

La reactivación de la Liga no dejó de generar un favorable impacto en el movimiento obrero y progresista cubano y, particularmente, entre aquellas figuras que habían contribuido a fundarla en 1925. Así, Rubén Martínez Villena escribía desde la Unión Soviética (a donde había viajado para encontrar una cura a su tuberculosis) que “la Liga Antiimperialista (...) tiene ahora grandes perspectivas en Cuba (...). Yo creo que (...) podría hacer suyas consignas del Partido sobre la derogación de impuestos en relación con el no pago de las deudas al imperialismo y el socorro a los desocupados. Una campaña por el desconocimiento de las deudas de Wall Street sería acogida con grandes simpatías y si ella se conecta con la derogación de la mayoría de los impuestos arrastraría a todas las capas de la población a quienes afecta directamente la política del ‘garrote’ aplicada al sistema fiscal por el gobierno de Machado. Si se ligan todos los perjudicados por el aumento de los impuestos se sentirán enemigos del imperialismo, o podremos convertirlos en aliados, provisionalmente al menos, en la lucha antiimperialista” (citado en Roa, 1982: 455).

Sin detener su marcha, el PCC se dispuso a organizar distintos frentes destinados a lograr una mejor base de apoyo en las diferentes franjas de la población a las que se interpretaba como coincidentes en sus luchas y reivindicaciones. De esta manera, y en un deliberando intento por captar al movimiento estudiantil que después del 30 de septiembre de 1930 parecía nuevamente estar en pie de guerra contra Machado, es que el Partido abogó por la creación, en febrero de 1931, del Ala Izquierda Estudiantil (AIE) marcando con ello un importante momento en el desarrollo del movimiento estudiantil revolucionario, cada vez más refractario a la moderación evidenciada por el DEU⁷¹. En

todos tenían militancia en el Partido. Frente al gobierno de Machado, llevaban a cabo mítines y manifestaciones de protesta, solos o con la colaboración de otras organizaciones periféricas como la Liga Juvenil Comunista. Como responsable de la biblioteca de la entidad recuerda que el libro que más se leía era *La diplomacia del dólar: un estudio acerca del imperialismo norteamericano*, de Scott Nearing y Joseph Freeman, además de diversos trabajos y folletos sobre la situación neocolonial de la Isla (como, por ejemplo, *Cuba, factoría yanqui*, de R. Martínez Villena). En 1935, teniendo veinte años y después de formar parte de la dirección de la AIE y del Buró del Partido en Santa Clara, volvió a militar en la Liga en esa misma localidad, convirtiéndose en su Secretario General. (Entrevista realizada por el autor el 5 de enero de 2006 en La Habana, Cuba). Por otra parte, y según el *Índice Histórico de la Provincia de Camagüey 1899-1952*, a fines de julio de 1933 se constituyó en la ciudad del mismo nombre un local de la Liga en un “gabinete dental”. Fueron sus organizadores el Dr. José Acosta Giménez (médico), Sebastián Tornavaca (obrero ferroviario) y Rita Sánchez (maestra) (IHC 23/7/1:5.1/3-7).

⁷⁰ Conocido como “Raigor”, “Raigol” o, simplemente, “El Rusito”, Moisés Raigorodski Sulia había nacido en Odessa en 1914 y llegó a Cuba junto con sus padres diez años más tarde. Pronto se destacó por su militancia estudiantil y comunista en distintos frentes, como el Ala Izquierda Estudiantil y, sobre todo, entre la juventud comunista hebrea, de la que llegó a ser su máximo dirigente. En muy poco tiempo lograría destacarse como músico, actor, dramaturgo y deportista. Luego de vendar los ojos y las orejas a la principal estatua de José Martí en La Habana durante el gobierno de Mendieta, debió emigrar a España en 1934. Como jefe de la sección de la Milicia Antifascista Obrera y Campesina, murió combatiendo en Madrid en 1936 (Jeifets, 2005: 275; Ortega, 2003).

⁷¹ Las discrepancias cada vez mayores con la ideología y estrategia sostenida por el Directorio Estudiantil Universitario, sobre todo después de los sucesos del 30 de septiembre de 1930, estuvieron entre las principales razones por las que se decidió crear el AIE, cuyo Manifiesto-Programa se hizo público en febrero de 1931. La nueva entidad se autodefinía en sus estatutos como “una organización que agrupa en

el mismo sentido, y a finales de dicho año, la Liga Antiimperialista también participó, a instancias de la Liga Juvenil Comunista, de la gestación y posterior conducción de la Liga de Pioneros de Cuba, una entidad creada con la finalidad de contrarrestar la influencia ideológica provocada en los niños por organizaciones tales como los Boy Scouts, el ABC infantil, las escuelas religiosas, etc.⁷². Aun con sus imperfecciones, el PCC daba muestras así de querer ocupar un lugar protagónico en las luchas sociales de la época, articulando sectores y grupos sociales que no necesariamente coincidían con las premisas fundamentales del bolchevismo.

Durante esta etapa, una de las campañas más importantes de la Liga fue la que llevó a cabo en contra del llamado “Plan Chadbourne”, elaborado por los Estados Unidos para proteger su propia industria y por el que a partir de 1931 se comenzó a restringir la zafra azucarera en Cuba, aumentando con ello la desocupación y expandiendo todavía más la crisis social. Aprovechando la fuerte oposición popular a la política económica del gobierno, y en conjunción con las restantes organizaciones periféricas comunistas (principalmente con las entidades campesinas y la Asociación de Colonos), la LAIC se hizo eco y al mismo tiempo promovió la protesta de los sectores afectados a partir de las consignas “Huelga general de colonos y obreros azucareros antes de que comience la zafra”, “En protesta contra una nueva restricción”, y “Por la derogación total del Plan Chadbourne”. Gracias a su participación en este tipo de protestas, la Liga consiguió extender sus actividades por casi todo el país, colaborando con las acciones de nuevos sectores sociales además de las clases medias, los intelectuales y los estudiantes, pudiendo también insertarse entre los trabajadores azucareros y los obreros de fábricas y talleres, sin dejar de profundizar por ello su penetración en los centros docentes, los colegios profesionales de médicos, ingenieros, etc.

Adoptando un nuevo programa de lucha que, sin dejar de lado las tradicionales reivindicaciones antiimperialistas intentaba abarcar también demandas de tipo laboral y social, para 1932 la Liga comenzó a abogar en sus declaraciones por aumentos salariales, la disminución de la jornada de trabajo, en contra de las condiciones

su seno a todos aquellos estudiantes que luchan por la defensa del estudiantado pobre y medio y por la liberación nacional de Cuba del yugo del imperialismo *yanki* y de sus agentes burgueses y terratenientes nativos” (González Carbajal, 1974: 107-8). Como fiel continuadora de los lineamientos trazados por Mella en su lucha por la Reforma Universitaria, participó en todas las acciones de protesta desarrolladas hasta el fin del machadato, defendiendo siempre la unidad obrero-estudiantil en lucha contra el imperialismo norteamericano en la Isla. Desde su órgano *Línea*, el AIE se mantuvo activo entre los alumnos, aun en épocas de cierre de planteles, hasta que en 1937 se decretó su disolución por la necesidad de integrar un organismo unitario que abarcara a todos los estudiantes. Por último, algunos de los dirigentes de la AIE como Raúl Roa y Aureliano Sánchez Arango, a los que luego se sumaría Pablo de la Torriente Brau, también cumplían funciones de importancia en la LAI cubana.

⁷² El organismo de base de los Pioneros era la “tropa”, integrada por aquellos niños que estudiaban en una misma escuela, trabajaban en una misma fábrica, plantación o finca, o vivían en un mismo barrio. Cada tropa era patrocinada por una célula de la Liga Antiimperialista, la LJC, el PCC, DOI, sindicatos revolucionarios, el AIE u otra organización de masas. A su vez, el líder de la dirección de cada grupo era designado por la organización a la cual estaba ligada cada tropa. En agosto de 1934 logró publicar un boletín donde se convocaba a la preparación de las luchas escolares por el desayuno, el material escolar suministrado por el Estado, etc. Asimismo, se llamaba a los niños a recibir apoyo de las organizaciones de adultos en sus propias luchas, se exigía el combate a epidemias como la poliomielitis y se denunciaba la actividad de “organizaciones infantiles burguesas”. La Liga de Pioneros logró sobrevivir hasta 1935 (Archivo IHC, Liga de Pioneros de Cuba: *Boletín para los líderes de pioneros*, agosto de 1934, N° 1, Fondo IC, Microfilm 3, Doc. 66). Uno de los máximos dirigentes de los pioneros, Aron Radlow, inmigrante de origen hebreo, participó también de la dirección de la Liga hacia 1932 (Jaifets et al., 2005: 274).

esclavistas en las plantaciones y centrales azucareras, por la cancelación de las deudas de los bancos norteamericanos, y contra la política fiscal vigente y la intromisión de los Estados Unidos en la política interna cubana. De igual manera, la LAIC se sumó a las campañas contra los aumentos en el precio de la electricidad (que, organizada por los pequeños comerciantes, suspendió o redujo al mínimo el consumo de energía en cerca de 90 poblados), alquileres, gas, agua, etc.; apoyó la participación de los comerciantes y otros grupos de la pequeña burguesía en las conmemoraciones del 1° de Mayo y en demostraciones contra la dictadura machadista; y respaldó las protestas obreras con el cierre voluntario de los pequeños comercios, auspiciando además la realización de sus propias huelgas (como las emprendidas por los maestros y por los médicos de las casas de salud de La Habana).

Finalmente, y partir de este año, la Liga cubana también se sumó a la campaña de defensa de la Unión Soviética ante la amenaza, cada vez más cercana, de una nueva guerra imperialista, y frente a una eventual agresión por parte de las potencias fascistas. De acuerdo con esto, se dispuso a combatir los planes guerreristas de los gobiernos que, como el de Cuba, estaban dispuestos a someterse a las exigencias de los Estados Unidos, tanto por su condición de país dependiente como de territorio estratégico para el desenvolvimiento del conflicto. En este sentido, la Liga se convirtió en un importante apoyo para el Partido en su intento por explicar a la sociedad cubana las implicaciones del alineamiento directo de Machado con los Estados Unidos en caso de que estallara una nueva guerra mundial, las que incluían desde el carácter estratégico de la construcción de la carretera central para el transporte de tropas y armamento norteamericano y el perfeccionamiento de la base naval de Guantánamo, hasta el aumento del presupuesto de guerra y marina y el envío de 300 mil cubanos al frente, reclutados mayormente entre los desocupados. El PCC desarrolló una amplia campaña antimilitarista y antiguerrerista, solidaria en su aspecto latinoamericano, con la lucha antiimperialista llevada a cabo por los pueblos nicaragüense, haitiano, salvadoreño y peruano⁷³. La creación de un departamento antimilitarista, la edición de un boletín y la puesta en marcha, recomendada por la IC, del 1° de Agosto como “Día de la Lucha Mundial contra la Guerra”⁷⁴ fueron algunas de las diversas iniciativas desplegadas por

⁷³ El programa antiguerrerista del PCC en 1932 incluía los siguientes puntos: “1) Intensificar la movilización de las masas contra la guerra imperialista en China y en defensa de su revolución y de la URSS; 2) Intensificar simultáneamente la lucha contra la política del gobierno al respecto; 3) Intensificar la lucha contra el Kuomintang, demostrando a las masas que la única solución era la victoria de la revolución agraria antiimperialista; respaldar y fortalecer al Buró Chino del Partido existente en Cuba; así como que los Comités Seccionales crearan un buró especial encargado del trabajo entre las masas chinas de cada localidad; 4) Solidaridad con la lucha de los pueblos de El Salvador, Perú, Haití y Nicaragua; 5) Lucha por la salida de los yanquis de la base naval de Guantánamo, contra los reformistas de la FNT, la Hermandad Ferroviaria, la UFON, y la FCT por su respaldo al gobierno y a su política de guerra; 6) Realización de mítines y demostraciones de masa contra la guerra, especialmente con los trabajadores ferroviarios, de los puertos, minas, petróleos y gasolina, fabricas y depósitos de productos químicos y en las plantaciones. Organizar amplios comités de frente único contra la guerra, en la base del Partido y en todos los lugares de trabajo, así como también mantener el reclutamiento sistemático como parte esencial de esa campaña; 7) Organizar a los obreros portuarios para impedir el embarque de productos a Japón; 8) Utilizar todos los medios de agitación posibles para la lucha contra la guerra, incluido manifestaciones frente al consulado, otras oficinas, y casas de los diplomáticos japoneses; 9) Trabajar ese aspecto entre las fuerzas armadas, según un plan concreto para el Dpto. Antimilitarista” (Rojas Blaquier, 2005a: 164-5).

⁷⁴ El “Día de la Lucha Mundial contra la Guerra” fue instaurado por el X° Pleno de la IC, celebrado en julio de 1929. En dicha oportunidad se decidió refrendar el acuerdo surgido de la conferencia de trece partidos comunistas efectuada en Bruselas en mayo de 1929, que eligió la fecha del 1° de agosto para efectuar, cada año, una jornada internacional de lucha contra la guerra y la política reaccionaria, estrechamente ligada al combate en lo económico y en lo político por parte de la clase obrera.

el Partido que finalmente verían su consagración definitiva en la celebración del “Primer Congreso Internacional contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo”, organizado en 1934 por la Liga Antiimperialista de Cuba en sintonía con similares encuentros realizados previamente en México y en Montevideo.

La caída de Machado y el traslado de las cenizas de Mella

Una vez que cobró impulso y que terminó de realizar su inicial reorganización, la Liga Antiimperialista fue parte del creciente movimiento huelguístico que, dirigido por el PCC, contribuiría a desestabilizar al gobierno de Machado en agosto de 1933 (Tabares del Real, 1998: 287, 295). Pese a que las circunstancias se presentaban inmensamente auspiciosas, el trabajo del Partido y de la Liga tuvo que desarrollarse, sin embargo, bajo condiciones extraordinariamente difíciles ante la fuerte represión desatada por el régimen, deseoso de mantenerse en pie en momentos en que resultaba cada vez más evidente su propio tambaleo⁷⁵. El clima de terror también alteraba sensiblemente la preparación de cuadros y de los futuros dirigentes políticos, la organización de actos y mítines, la transmisión de información y de documentación y, sobre todo, el trabajo en el interior del país, que en este contexto podía llegar a implicar el aislamiento de los militantes con relación al Partido y a sus organizaciones auxiliares. La presencia de policías infiltrados y de delatores dentro de las filas comunistas contribuía asimismo a alimentar la desconfianza interna y a resquebrajar la unidad partidaria. Por último, por esta época también hizo su aparición una oposición interna, cada vez más orientada hacia el trotskismo, que no tardó en profundizar las dificultades ya expresadas de la labor partidaria. Conducidos entre otros por Sandalio Junco, los comunistas disidentes pronto se expandieron no sólo por la estructura del Partido sino también por la de sus organizaciones de apoyo. En este sentido, también la Liga cubana contó dentro suyo con una oposición a los lineamientos emanados del Comité Central del PCC, expresada en este caso por Pedro Riveiro, miembro de su comisión ejecutiva, asociado a otros dirigentes como Mario Fortuny, así como también a Juan Ramón Breá, quien se había convertido en el máximo representante de esta tendencia en el Oriente cubano.

Durante los primeros meses de 1933 la caída del gobierno de Machado era sólo cuestión de tiempo. El clima de violencia, alimentado por el incesante movimiento huelguístico, dio lugar a diversos crímenes contra la clase obrera, atentados políticos, explosiones contra las residencias de los opositores, quemas de las plantaciones de azúcar y saqueos que se habían recrudecido, sobre todo, desde fines de 1931: por otra parte, el dictado de una Ley de Amnistía a principios del siguiente año, por el que se liberó a más de doscientos presos políticos, tampoco cumplió con su objetivo de descomprimir una situación que se complejizaba cada vez más, y en la que resultaban visiblemente afectados los intereses de las grandes corporaciones estadounidenses. La llegada del nuevo embajador estadounidense, Sumner Welles, en el mes de mayo, y su política de “mediación” dirigida a la presunta pacificación de la Isla por medio de la renuncia anticipada del presidente fue acusada por el PCC como una nueva muestra del injerencismo de la potencia del norte, que únicamente podía traer a Cuba más hambre y más represión, sin contar que con su presencia se acelerarían también los preparativos

⁷⁵ Así, “entre agosto de 1931 y diciembre de 1932, la dirección del PCC de La Habana tuvo que ser sustituida en 10 ocasiones debido a las constantes detenciones de sus dirigentes, mientras el propio Comité Central fue reconstituido en 5 oportunidades durante 1932” (Rojas Blaquier, 2005a: 137)

bélicos en caso de una futura guerra mundial⁷⁶. De esta manera, la llegada del nuevo emisario norteamericano contribuiría a radicalizar la conciencia antiimperialista de las masas, factor que debía ser aprovechado por los comunistas y particularmente por la Liga la que, según el Partido, “debía esforzarse por penetrar (...) dentro de la pequeña burguesía, sin que esto quisiera decir que estuviera integrada sólo por elementos pequeño-burgueses”. En todo caso, se aclaraba, la LAIC debía ser “una organización de amplio frente único de los elementos explotados por el imperialismo, obreros, campesinos, estudiantes, empleados, profesionales, etc., en cuya alianza los obreros tienen hegemonía”⁷⁷. Por ende, también ella debía prepararse para el combate final contra Machado, asumiendo la difícil tarea de conducir a los sectores medios y profesionales bajo el control político de la clase trabajadora⁷⁸.

De acuerdo con la nueva orientación que comenzaba a evidenciarse en el comunismo internacional, la LAIC se dispuso a crear amplios frentes de masas ante la amenazante posibilidad de una nueva guerra de características mundiales. Así fue como durante la primera mitad de 1933, y reproduciendo el mismo esquema que se venía dando en otros países de la región como México y Argentina, la organización impulsó la formación de “comités antiguerreros”, entidades de frente único destinadas al combate contra la guerra y organizados entre los soldados y los oficiales de baja graduación, los que al estar más cerca del proletariado por su origen social, eran más fácilmente cooptables para el proyecto de revolución agraria antiimperialista que venía propugnando el PCC. Por su parte, las resoluciones adoptadas por la Comintern, al precisar que como consecuencia de la crisis capitalista mundial y de su contradicción con los avances del socialismo en la URSS se iniciaba un nuevo período de guerras y revoluciones en el que las áreas de América Latina y el Caribe estaban llamadas a convertirse en áreas favorables a la proliferación de estallidos revolucionarios, no hizo más que reafirmar las tesis insurreccionalistas defendidas por el PCC y sus organizaciones colaterales. Sin embargo, y aunque por lo general se encontrara a la cabeza de las luchas sociales del momento, colaborando incluso con los grupos alzados existentes en el país desde por lo menos un par de años antes, lo cierto es que los comunistas cubanos no poseían todavía el necesario arraigo ideológico entre los obreros, los campesinos y el resto de los

⁷⁶ El 16 de abril de 1933 se informó que el Congreso de los Estados Unidos se había reunido para analizar la situación de Cuba. Hamilton Fisch, diputado por Nueva York y miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores manifestó que era un “deber moral y legal” restaurar el orden en la Isla y, por lo mismo, apoyó a la Secretaría de Estado en su insistencia por lograr la renuncia de Machado y la reorganización del gobierno cubano bajo un nuevo presidente. Por último, se propuso también obtener una resolución favorable por parte del Congreso para proceder en esa dirección (Cupull y González, 2005: 166).

⁷⁷ “Carta al Depto. de Organización del Comité Central del PCC al Comité Seccional 2-4”, del 4 de abril de 1933, citado en Suárez Díaz (2004: 327-7, Tomo 1).

⁷⁸ Las crecientes manifestaciones de rebelión contra el gobierno de Machado también concitaron la atención y la solidaridad por parte de otros partidos comunistas del continente. Así, para el 1º de agosto de 1933, el PCEEU organizó una manifestación en Union Square, Nueva York, al que concurren más de 23 mil trabajadores. Por su parte, William Simons, como jefe de una delegación y secretario general de la Liga Antiimperialista de los Estados Unidos, se entrevistó con el presidente Roosevelt en el mes de septiembre pidiendo la no intervención de su país en los asuntos internos de Cuba. Simons, quien había alcanzado cierta notoriedad como representante norteamericano en la primera conferencia de los partidos comunistas latinoamericanos en Buenos Aires en 1929, fue también el autor del panfleto titulado *¡Manos fuera de Cuba!*, conocido en octubre de 1933, y cuyas reivindicaciones centrales eran las siguientes: “Primero: el inmediato retiro de las naves de guerra norteamericanas de las aguas y puertos cubanos. Segundo: la devolución de la base naval de Guantánamo. Tercero: la cancelación de los préstamos hechos por los bancos de Wall Street a Machado y a otros presidentes cubanos. Cuarto: la abrogación de la Enmienda Platt. Quinto: la abolición del desigual Tratado de “Reciprocidad” firmado en 1903” (*Highlights of a Fighting History*, 1979: 93-4).

sectores populares, a lo que se sumaba la subestimación de las potencialidades revolucionarias del movimiento huelguístico en marcha y, en definitiva, las dificultades para vincular las reivindicaciones de tipo económico con aquellas otras más ancladas en lo político, en el enfrentamiento directo contra el gobierno y el régimen imperial de dependencia capitalista.

La debilidad organizativa y los conflictos internos del PCC finalmente hicieron eclosión durante los últimos y por demás agitados días de gobierno de Machado, en los que a partir de una ambigua orden emanada del Buró del Caribe⁷⁹ y sin tomar en cuenta la coyuntura revolucionaria que se estaba generando, se incurrió en lo que se dio en llamar el “error de agosto”, momento en el cual la dirección del Partido llegó a optar por la conveniencia de un presidente debilitado y concesivo a las masas populares ante el peligro de un gobierno derechista encarnado por el ABC o, directamente, de una intervención norteamericana en Cuba. A fin de conjurar este temor, la dirección del partido ordenó la vuelta al trabajo poniendo fin, de manera escalonada, a la huelga general que se había mantenido desde el 4 de agosto. En su concepción, primó la visión de “clase contra clase”, de un bloque obrero y campesino todavía muy débil para encargarse de la “dirección armada de las masas” y, en definitiva, para hacerse cargo del poder, sin reparar con ello en la cada vez más radicalizada movilización de otros sectores de la sociedad cubana como la pequeña burguesía antiimperialista y algunos grupos de la burguesía nacionalista. Aunque el Comité Central no tardó en corregir el tiro, apoyando luego la continuidad del amplio movimiento huelguístico, quedó en evidencia su falta en experiencia en la conducción política de las masas, la que desde ese momento fue además debilitada por su aparente “traición” hacia sus históricas reivindicaciones⁸⁰. Finalmente, el 12 de agosto, luego de que durante el día anterior se realizara una nueva huelga general, el presidente Gerardo Machado renunciaba al poder y, presuroso, también abandonaba la Cuba⁸¹.

Por otra parte, la caída de Machado permitió el retorno de los viejos militantes antiimperialistas y comunistas que habían tenido que exiliarse huyendo del clima de

⁷⁹ El ambiguo mensaje en clave del Buró del Caribe, que generaría enconadas discusiones en el seno del Comité Central del PCC, fue el de “Demoren venta final”.

⁸⁰ Sobre el “error de agosto”, Raúl Roa se preguntaba: “¿De dónde partió el error? ¿Quién lo generó? Nadie en particular fue responsable de su comisión. Sería por eso injusto atribuirlo a Martínez Villena o a cualquier otro dirigente del Partido. Quede nítidamente establecido: no fue una decisión personal; fue una decisión colectiva. Es la resultante, a la par, de una línea política y de una directiva externas, ejecutadas mecánicamente. La línea política es la vigente en las áreas coloniales y semicoloniales después del VI° Congreso de la Internacional Comunista, y de su Buró del Caribe proviene el malhadado mensaje que precipita la resolución (...). Aferrada a este esquema mecanicista y sectario, la dirección del Partido no percibió inmediatamente el carácter revolucionario de la huelga, su poderosa fuerza expansiva y su implícita proyección antiimperialista” (Roa, 1982: 484-5). Lo cierto es que “el Partido, como sus dirigentes reconocieron más tarde, se asustó demasiado con la posibilidad de una insurrección para la que no estaban preparados, y que debieron utilizar la huelga no solo para lograr sus demandas económicas, sino para hacer caer a Machado” (Rojas Blaquier, 2005a: 194). Para profundizar en las causas y consecuencias del “error de agosto”, ver Roa (1973), Soto (1977) y Rojas Blaquier (2005a).

⁸¹ Machado salió de Cuba en un avión anfíbio Sikorski. En sus memorias recordaba que, cuando se elevaba sobre La Habana, alcanzó a ver nubes de humo y manchas rojizas de llamas, provenientes de las casas incendiadas de sus partidarios. Luego de una breve escala en la isla de Andros, partió rumbo a Nassau, donde se le ofreció la protección del gobierno de Gran Bretaña (mientras su familia se radicaba en Filadelfia). En 1934, y gracias a sus fuertes lazos con el régimen de Mussolini, permaneció en Italia, donde recibió tratamientos médicos, dedicándose además a conspirar para retornar al poder en Cuba (ver Cupull y González, 2005: 179-80). A partir de 1937 decidió establecerse en los Estados Unidos falleciendo dos años después en la ciudad de Miami.

violencia imperante en Cuba. Fue el caso de Leonardo Fernández Sánchez quien, una vez vuelto a su patria, no tardó en volver a integrarse a las actividades de la Liga Antiimperialista. Así, el viejo compañero y amigo de Mella fue uno de los oradores en los actos desarrollados en el Parque Central de La Habana, donde realizó un fervoroso llamado a la unidad de las fuerzas progresistas cubanas frente al imperialismo norteamericano, y en el Teatro Nacional, donde le tocó compartir la tribuna con Lázaro Peña, líder de los trabajadores de la Isla.

La actuación de la Liga y, en general, del movimiento comunista y antiimperialista cubano durante el llamado “Gobierno de los 100 días de Grau San Martín” no estuvieron exentos de toda la complejidad y las dificultades que caracterizaron a este breve aunque relevante mandato. Surgido a partir de la crisis de la Pentarquía que se había hecho con el poder por menos de una semana, la presidencia de Ramón Grau San Martín fue expresión del empate de fuerzas políticas en el que Cuba se había sumido por entonces: en este sentido, y si bien por un lado el sargento Fulgencio Batista encarnaba a una derecha que, sólo “antimachadista” en el nombre, se acercaba cada vez más a la ideología y a las prácticas reaccionarias del viejo dictador, la presencia de Antonio Guiteras en el gabinete como secretario de Gobernación, Guerra y Marina aseguraba, por la otra, la imposición de ciertas reivindicaciones que, si bien no procedían directamente del comunismo, en cambio sí anclaban en el fondo común del ideario antiimperialista. Por último, la debilidad y la conveniencia personal del presidente Grau, originalmente situado como un árbitro con pretensiones de imparcialidad entre los dos bandos (y que incluso en un primer momento no dudó en caracterizarse a sí mismo como “socialista”), no tardaría en llevarlo primero a apoyarse y después directamente a replegarse en la vertiente derechista instalada en su gobierno, más aun, luego de que algunas iniciativas emprendidas por Guiteras causaran alarma entre los sectores privilegiados cubanos y entre los grupos de poder norteamericanos (Tabares del Real, 1990: 181-190).

La relación de los comunistas con este amplio y heterogéneo gobierno tampoco fue fácil, pues a su justificado rechazo a la corriente derechista encabezada por Batista, sumó su repulsa hacia el reformismo de Grau, y su desconfianza y oposición hacia la izquierda antiimperialista representada por Guiteras. La represión ejercida por Batista sobre el movimiento obrero cubano, por otra parte, no hacía más que generar un rechazo todavía mayor por parte de los comunistas, quienes de manera errónea y siguiendo los lineamientos sectarios del Tercer Período, no dudaban en caracterizar al gobierno como un bloque monolítico, al servicio de la burguesía y de la clase terrateniente, sin disidencia alguna en su interior que valiera la pena sostener y defender⁸².

Con todo, la caída del régimen machadista, y el inevitable desajuste institucional que le siguió con una sucesión de gobiernos inestables, y de variada y cambiante composición, posibilitó una mayor amplitud en el movimiento comunista y, particularmente, la asunción de nuevas iniciativas por parte de la Liga Antiimperialista. El traslado de las cenizas de Julio A. Mella desde México a Cuba fue, tal vez, la acción de mayor

⁸² Esta oposición cerrada del PCC al llamado “Gobierno de los 100 días” no estuvo exenta de críticas y autocríticas varias. En este sentido, Carlos Rafael Rodríguez terminó reconociendo que “Cuando en 1934 la Internacional Comunista recomendó a los comunistas cubanos distinguir entre el ‘nacional-reformismo’ de Grau San Martín, y el ‘nacional-revolucionario’ de Guiteras, tenía razón y sólo un sectarismo – originado también en la política mantenida por la IC hasta poco tiempo atrás- habría llevado a los comunistas cubanos a no apreciar las evidentes diferencias” (citado Tabares del Real, 1998: 310-1).

envergadura entre las realizadas por esta época, ya que supuso la coordinación entre las secciones de ambos países en colaboración con otras entidades partidarias, estudiantiles y de intelectuales. Por otra parte, y por la coyuntura en que debió ser llevado a cabo, el traslado de los restos del líder comunista no fue un desafío menor para el efímero gobierno de la Pentarquía y luego, para el encabezado por Grau San Martín, el que a su vez trataba, más que de fortalecerse, de hacer pie en medio de una conflictividad social que en vez de aplacarse tendía a recrudecer.

Fue en este sentido que Juan Marinello, el intelectual militante que volvía de su exilio y que había asumido su compromiso al frente de la Liga cubana, se permitió afirmar en su artículo *Cenizas sin muerte*, de 1933, que “si las cenizas del gran luchador no tuvieran para las masas revolucionarias del Continente una significación altísima, su traslado a Cuba hubiera sido más fácil”. Por lo mismo, “sabía bien el gobierno de México lo que hacía al perseguir con saña salvaje a los que querían devolver a Cuba las cenizas activas”. Y es que “la masa cubana –la masa vilipendiada, oprimida, desconocida-, está ya en la conciencia de su poder. Julio Antonio, como el Cid legendario, está ganando las más grandes batallas con sus restos inertes: hasta después de muertos somos útiles, dijo él una vez” (Cairo, 2003: 157, Tomo 1). Por ello, el acto con el que se pretendía devolver los restos del joven líder a su patria de origen trascendía el mero hecho simbólico para pasar a ser, simple y llanamente, un verdadero evento político que, al producirse en un contexto todavía revolucionario, podía llegar a tener derivaciones impensadas (de hecho las tendría) para el ascendiente movimiento obrero y comunista cubano.

A fin de desenterrar el cuerpo de Mella, de efectuar su cremación y de trasladar sus cenizas, el 5 de septiembre de 1933 se constituyó en México el Comité de Frente Único Pro-Mella, presidido por Juan Marinello y del que formaron parte, junto con los intelectuales de la Liga Antiimperialista, el Partido Comunista, el Socorro Rojo, la Liga Juvenil Comunista, la Federación de Estudiantes Revolucionarios de México y el Ala Izquierda Estudiantil de Cuba⁸³. Al día siguiente, y de improviso, se procedió a la exhumación del cuerpo de Mella en el Panteón de Dolores. Sin embargo, la espontánea realización en el cementerio de un pequeño mitin mientras se esperaba a que finalizara la lenta cremación, se convirtió en una excusa valedera para que la policía irrumpiera, arrestando a varios de los partícipes de lo que finalmente se había convertido en un acto político. Los restos de Mella (sin que resultaran totalmente calcinados debido a la premura de la partida) fueron escondidos en una caja y, burlando la vigilancia policial, sacados del cementerio por los pocos miembros del Comité que, como Marinello, habían logrado eludir las detenciones policiales. A fin de que no fueran profanados, las cenizas fueron depositadas secretamente en el hogar de la cubana exiliada Caridad Proenza, quien había sido encargada de su custodia hasta el momento en que debieran partir de México. Con la idea de recaudar dinero para el viaje, el 12 de septiembre el

⁸³ Además de Marinello, formaban parte del Comité su esposa, María Josefa Vidaurreta, Mirta Aguirre, Sergio Aguirre, Jorge Rojas, Caridad Proenza, Gertrudis Sánchez Ruedas, Rodolfo Dorantes y Andrés García Salgado (Cairo, 2003: 400, Tomo 2). Según C. Proenza, el origen del Comité estuvo dado porque “en el mes de agosto, pocos días después de la caída de Machado, nos enteramos que el gobierno cubano quería mandar a buscar los restos de Julio Antonio Mella; cuando oímos semejante noticia todos los cubanos que estábamos aquí (en México) nos erizamos. ¿Cómo se iban a entregar los restos de Mella al gobierno vendido e inmoral de Fulgencio Batista? (...). Recuerdo que nos reunimos y organizamos el Comité Pro Mella y tomamos el acuerdo de sacar y exhumar restos (...). Ese día dijimos: ‘El cuerpo de Mella no va para Cuba por gestión del gobierno. Lo llevará su Partido y lo recibirá su pueblo’” (Cupull, 1983: 83-4)

Comité realizó un importante acto político en el Anfiteatro Bolívar, de la Escuela Nacional Preparatoria, que nuevamente terminó bajo la represión policial y en un intento por volver a apropiarse de las preciadas reliquias⁸⁴. Finalmente, el 25 de septiembre, la comitiva pudo embarcar en Veracruz, arribando a Cuba tres días más tarde.

A su llegada al puerto de La Habana, las cenizas fueron recibidas por los dirigentes del Partido Ramón Nicolau y Juan Blanco, mientras que una manifestación acompañó su traslado a la sede de la Liga Antiimperialista, donde se las debía velar por dos días hasta que fueran nuevamente llevadas para su entierro en el Parque de la Fraternidad, junto a un sencillo monumento provisional ya erigido. A manera de homenaje, el 29 de septiembre, el compañero y entrañable amigo de Mella, Rubén Martínez Villena, realizó una profunda y sentida evocación del dirigente comunista asesinado en México, siendo esa la última vez que pudo hablar en público, pocos meses antes de morir él también víctima de la tuberculosis. Pero el plan original diseñado por el Comité no pudo ser cumplido: en la misma mañana del 29, el gobierno de Grau San Martín dio la orden de suspender el entierro y de arremeter contra la multitud de manifestantes. A fin de desarticular el creciente movimiento comunista, el ejército asaltó violentamente el local de la Liga, junto con el del Ala Izquierda Estudiantil y el de la CNOC, destrozando también el monumento fúnebre y profanando de ese modo las cenizas del líder revolucionario⁸⁵. El saldo de la violenta arremetida fue de treinta muertos y más de cien heridos⁸⁶. En medio de los difíciles acontecimientos, Nicolau alcanzó a rescatar las cenizas de Mella, entregándoselas a Marinello para que secretamente se ocupara de su custodia⁸⁷.

En una carta del 4 de noviembre de 1933, Marinello le relataba a su amigo Manuel Navarro Luna los hechos que habían ensombrecido el consabido homenaje al joven dirigente caído en México: “Sabes lo del traslado de las cenizas de Mella –deber revolucionario que hube de cumplir festinadamente- lo de la llegada, la manifestación monstruosa, el tiroteo incalificable de la Liga Antiimperialista. Nunca he sentido más cerca la candela. Figúrate que estaba haciendo la penúltima guardia de honor a las

⁸⁴ Además de la Liga Antiimperialista, participaron en el acto el Partido Comunista de México (PCM), la Confederación Sindical Única de México (CSUM), la Liga Juvenil Comunista, la Federación de Estudiantes Revolucionarios de México y el Ala Izquierda Estudiantil. El último orador de la lista fue el poeta estridentista Germán Lizt Arzubide, quien se había desempeñado como secretario de la LAI mexicana.

⁸⁵ Manifiesto mimeografiado del Ala Izquierda Estudiantil, ANC, Fondo Especial, Legajo N° 3, Exp. 123.

⁸⁶ Sabiendo de la posibilidad de un ataque por parte de las fuerzas batistianas, los comunistas habían organizado una defensa armada rodeando las instalaciones de la Liga. Uno de los militantes que con más encono defendió por las armas el tributo a las cenizas de Mella fue Moisés Raigorodski, el dirigente de la juventud de la LAIC. Mientras tanto, uno de los muertos durante la represión fue Francisco González Cueto, “Paquito”, pionero de 13 años, convertido de ese modo en el primer niño mártir del movimiento comunista cubano.

⁸⁷ Pero la ajetreada historia de las cenizas de Mella no concluyó allí. En 1952, luego del golpe de Estado de Fulgencio Batista, Marinello tomó la determinación de entregar la custodia de las cenizas al magistrado de la Audiencia Dr. Antonio Barreras, hombre de su absoluta confianza, debido al constante asedio del gobierno y a los sistemáticos registros policiales a su hogar. Cuando el domicilio de éste también se volvió inseguro, hacia 1958, fueron nuevamente trasladadas a la casa particular de un pariente de Marinello que carecía de la menor actuación política. En 1959, con el triunfo de la Revolución, las cenizas volvieron a la casa de Marinello y de ahí, años después, pasaron a la sede del Partido en la Plaza de la Revolución hasta que finalmente fueron colocadas en el monumento construido como destino final al pie de la escalinata universitaria en la ciudad de La Habana, el 10 de enero de 1976, en momentos en que se cumplían 47 años del asesinato de Mella.

cenizas de Julio Antonio y comienza el tiroteo terrible. De las dos calles –Reina y Escobar- comienzan a disparar con rifles y ametralladoras. Una de las primeras descargas hace trizas una gran corona que me tocaba el brazo derecho. Si las balas llegan desviadas algunos centímetros, allí hubiera terminado. Y, mira, no hubiera sido fea muerte. Por treinta y dos minutos –contados por mi reloj- se mantuvo el tiroteo. El salón quedó marcado por todos lados, el cielo raso caía a pedazos, como en un terremoto. Ahora, pasada la zafacoca, me alegra mucho tener la experiencia. ¿Puedes creer que no me afectó mucho la balacera y que me pareció un natural gaje del oficio? Ya sabes el balance de aquel día. Y creo firmemente que muchos muertos y heridos los retiró el ejército de Fulgencio (Batista) para hacer menos espantoso el hecho” (Suárez Díaz, 2004: 323, Tomo 1). Los trágicos sucesos que se había derivado de la llegada de los restos de Mella a Cuba contribuyeron, sin embargo, a aumentar el prestigio popular de la Liga Antiimperialista y de sus líderes, particularmente de Marinello que, como máximo responsable del comité de traslado, enlazaba su vida con la del querido dirigente comunista asesinado cuatro años antes. Pese al nuevo clima represivo, la Liga conseguiría realizar algunas de sus más importantes acciones en los dos años que todavía le quedaban de vida.

El agitado año de 1933 concluyó con una nueva Conferencia Panamericana, esta vez, celebrada en Montevideo, luego de que la última experiencia se hubiera concretado en 1928, en La Habana, durante el apogeo del régimen de terror impuesto por Machado. Ciertamente, la “Política del Buen Vecino”, inaugurada poco tiempo atrás por el presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, en su afán de ganar apoyos en la región ante la posibilidad cada vez más certera de otro nuevo conflicto de proporciones mundiales, había contribuido a distender el clima de las relaciones internacionales con la gran potencia del norte. En este contexto, y mientras que la delegación cubana al congreso no dejó de manifestarse contra la intervención de los Estados Unidos en los asuntos internos de los países latinoamericanos, ni de denunciar a la Enmienda Platt como una medida impuesta contra la soberanía de la Isla, los comunistas, por su parte, se plantearon como un objetivo supremo el desenmascaramiento del carácter pro imperialista del panamericanismo, más allá del nuevo rostro, en principio más amistoso y concesivo, momentáneamente asumido por Washington.

Apoyado entre otras organizaciones por la LAI, el PCC centró su ataque en el imperialismo estadounidense, en el desplazamiento que últimamente estaba forzando de aquel otro de origen británico por medio de la firma de tratados comerciales bilaterales o trilaterales con los países latinoamericanos del sur del continente. En cuestiones concretas, los comunistas cubanos se sumaron a la jornada continental de protesta convocada por la Conferencia Sindical Latinoamericana y por las organizaciones nacionales de América del Sur y el Caribe a través de su respaldo a la Conferencia Antiguerrera Boliviana–Paraguaya, y del apoyo a la huelga general organizada por los movimientos sindicales de Argentina, Chile y Uruguay para el 3 de diciembre, día en el que daría inicio el séptimo encuentro panamericano en Montevideo. Por otra parte, y para esa misma fecha, el Partido y la Liga llamaron a la celebración de una conferencia que tuvo amplia participación por parte de organizaciones obreras, campesinas y populares, y de donde surgió un “Comité de Frente Único” encargado de llevar a cabo acciones concretas de repudio a la Conferencia Panamericana, especialmente en las empresas de capital norteamericano, durante su inauguración en Uruguay⁸⁸. Como era

⁸⁸ Los esfuerzos del PCC por conformar una amplia estructura de frente único, en la que se diera cabida a las más diversas organizaciones populares y de clase tendieron, incluso, a la traducción de manifiestos y

de esperarse, tanto la actuación de la delegación cubana en el Conferencia Panamericana como las principales medidas adoptadas por Grau San Martín no lograron convencer a los comunistas de su efectividad para dar respuesta a los principales problemas sufridos por el pueblo, ni mucho menos para contribuir al inicio de la “revolución agraria antiimperialista”, entendida como el único medio realmente viable para solucionar de raíz el mal del capitalismo y del neocolonialismo en la Isla. Finalmente, el año concluyó con un importante acto de solidaridad entre las ligas cubana y norteamericana, recibéndose en La Habana a una delegación antiimperialista de origen estadounidense que viajó especialmente para conocer de cerca la situación de los presos políticos luego de la caída de Machado, y para trazar nuevas estrategias de lucha en función de un futuro que se presentaba cada vez más turbulento⁸⁹.

El Congreso Nacional contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo

El que podría ser considerado como el último período de vida real de la Liga cubana fue también el de mayor actividad en toda su historia, tan sólo comparable con las múltiples acciones desplegadas en el año 1925, cuando se dio a conocer a todo el mundo por medio de la constitución del Comité Pro Libertad de Mella. En efecto, durante 1934 la LAI no sólo desarrolló importantes campañas antiimperialistas y contra el nuevo gobierno de Carlos Mendieta, sino que también se ocupó de llevar a cabo campañas contra la discriminación a la población negra, así como también se dio a la tarea de dar vida a una Primera Conferencia Nacional, al Congreso contra la Intervención, la Guerra y el Fascismo, y a la edición de una nueva publicación, la revista *Masas*, además de intentar refundar la Universidad Popular José Martí, pero ahora, como “Universidad Popular Julio A. Mella”. Bajo la atenta dirección de Juan Marinello y de otros dirigentes comunistas como Aníbal Escalante, la Liga cubana se convirtió en un importante apoyo para el PCC en momentos en que éste desarrollaba su lucha antifascista y contra el gobierno cubano. La Liga Antiimperialista obtenía así un particular reconocimiento internacional por sus actividades, pudiéndose afirmar que era la última sección, al menos de importancia, en seguir promoviendo iniciativas masivas en América Latina de manera relativamente autónoma y con una base social y un perfil claramente definidos.

Con la intención de penetrar manera decidida en los sectores de la clase media, profundamente afectados como consumidores debido al fuerte impacto de la crisis económica que desde finales de los '20 azotaba a Cuba, la LAI trabajó para encontrar un nuevo perfil a la entidad que estuviera en relación con las últimas campañas realizadas pero que también profundizara en su carácter anticolonial. Así, dentro de las campañas más importantes de esta última época se contaron las llevadas a cabo en contra de monopolios como los ejercidos por la Standard Oil Company, la Cuban Telephone

otros materiales al inglés y al francés, para ser entregados donde hubiese obreros jamaiquinos y haitianos. Las acciones emprendidas por el Comité tuvieron un carácter de lucha contra el imperialismo y por la liberación nacional, en el que se condenaba la intervención del imperialismo en Cuba, se exigía la retirada de los acorazados de las costas nacionales y la libertad de los presos políticos, al mismo tiempo en que se llamaba a la toma revolucionaria del poder por los obreros y campesinos apoyados por los soldados y marinos.

⁸⁹ Fueron miembros de esta delegación Harry Gannes (presidente del *Daily Worker*), Henry Shepard (del Consejo de Unidad Sindical de Nueva York), J. B. Mathews (de la Liga contra la Guerra y el Fascismo) y Alfred Runge (de la Liga de Obreros Veteranos de Guerra). Con anterioridad había salido para Cuba un joven militante, de la Liga Nacional de Estudiantes de Estados Unidos, con la finalidad de establecer los primeros contactos para el posterior viaje de la delegación norteamericana (*Mundo Obrero*, 10/33: 13).

Company y la Compañía Cubana de Electricidad, fundamentalmente. En todos estos casos, las acciones se centraron en contra de los abusos de las empresas, más aún, con relación a los aumentos de gasolina, los cortes de luz y agua ante el no pago por parte del algún contribuyente, y también por una rebaja a la mitad en los precios de estos servicios (iniciativas éstas sugeridas previamente por Martínez Villena y que en gran medida habían sido llevadas a la práctica por Antonio Guiteras en su paso por la secretaría de Gobernación durante la presidencia de Grau San Martín). Asimismo, se encararon diversas acciones de protesta contra el llamado “Tratado de Reciprocidad Comercial”, impuesto a Cuba por los Estados Unidos y que, en los hechos, garantizaba a éste el monopolio total en el mercado de la Isla, afectando particularmente a ciertas ramas de la industria del consumo. En este contexto, la Liga aprovechó la repulsa pública y llevó adelante distintas iniciativas con trabajadores, comerciantes, pequeños industriales y, en general, con todo el pueblo, por medio de mítines de protesta, conferencias, publicación de manifiestos, etc. (*Revista Masas*, 9/’34). Estas campañas, que atacaban directamente a las empresas norteamericanas, no pasaron desapercibidas ni para el gobierno cubano ni mucho menos para Washington, desde donde varios dirigentes políticos hicieron ver su malestar, principalmente, contra el comunismo estadounidense, al que se identificaba como el último responsable de las crecientes protestas en la Isla⁹⁰.

Por otra parte, y a partir del recrudecimiento de las luchas raciales en los Estados Unidos, contra los linchamientos, y a favor de la libertad de los negros de Scottsboro, el Partido, junto con la Liga, encararon diversas acciones en defensa de la población negra cubana que también era objeto de discriminación y de segregación⁹¹. El asesinato de Félix Justo Proveyer, estudiante y periodista de origen mulato, ocurrido en Trinidad el 7 de enero de 1934, posibilitó que estas organizaciones acometieran una fuerte campaña contra el gobierno de Grau y, particularmente, contra el ABC y su creación, el Ku Klux Klan cubano, para que se encontrara y se condenara a los responsables del crimen. La fuerte repercusión social obtenida por una protesta pronto se convirtió en un verdadero acontecimiento nacional dando lugar a la formación, en el mes de febrero, del “Comité por los Derechos del Negro”, una entidad de frente único en la que participaba la Liga, junto con la CNOC, la DOI, el PCC y gran número de ciudadanos, independientemente de su origen racial y de su filiación política. Juan Marinello, como Secretario de la Liga, fue uno de los tantos dirigentes políticos y sociales que intervino en su conformación y posterior dirección⁹².

⁹⁰ En una asamblea llevada a cabo en la Cámara de Diputados el 9 de mayo de 1934, el representante Hamilton Fisch (hijo) se encargó de llamar la atención “hacia los inconvenientes y terroríficas actividades del PC cubano, que opera esta vez bajo el título de Liga Antiimperialista de toda la América (sic), con oficinas en la ciudad de Nueva York, provocando huelgas y desórdenes en Cuba, nuestra vecina amistosa (...). Es deber nuestro hacer oposición a la Liga o a cualquier otra organización formada por comunistas y descubrir lo que verdaderamente es su campaña de terror y destrucción en la América Latina” (ANC, Fondo Secretaría de la Presidencia, Caja 86 m, Signatura 66).

⁹¹ El caso Scottsboro tuvo lugar a fines de marzo de 1931, cuando nueve jóvenes negros desempleados, fueron injustamente acusados de la violación de dos mujeres blancas. El juicio que se les siguió a fin de culparlos del crimen desnudó la fuerte discriminación racial y contra los pobres existente en el sur de los Estados Unidos y, por lo mismo, se convirtió en uno de los más importantes ejes de acción del Partido Comunista norteamericano y, fundamentalmente, de su filial del Socorro Rojo Internacional, la “International Labour Defense” (ILD) (*Highlights of a Fighting History*, 1979: 81-7).

⁹² La dirección completa del Comité quedó integrada por los siguientes nombres: Juan Jerez Villareal, Martín Castellanos, Juan Marinello, Alberto Scull Montalvo, Julio Vázquez, Enrique Llarch y Jorge A. Vivó.

Mientras tanto, un nuevo cambio de gobierno tuvo lugar el 15 de enero de 1934 cuando Fulgencio Batista, el hombre fuerte del presidente Grau, depuso a éste y con la anuencia del nuevo embajador norteamericano, Jefferson Caffery, entronizó en su lugar al coronel Carlos Mendieta, en lo que vino a significar un mayor control norteamericano sobre la economía y la política cubanas y, paralelamente a esto, la instauración de un régimen mucho más represivo para el ascendente movimiento obrero y comunista⁹³. En este sentido, la necesidad que los Estados Unidos tenían de un garante para el mantenimiento sin mayores sobresaltos de su dominio neocolonial y, al mismo tiempo, para el aplastamiento definitivo del movimiento revolucionario, mantuvo al sanguinario Sargento a la cabeza de las fuerzas armadas quien, junto con el flamante presidente de la república y con el nuevo embajador en la Isla, conformó la trilogía Mendieta-Caffery-Batista, constituida en el vértice del poder en Cuba hasta enero de 1936, cuando asumió el gobierno del país Miguel Mariano Gómez Arias⁹⁴.

Pese al oscuro panorama que se abría para las fuerzas comunistas cubanas fue éste, sin embargo, uno de los períodos más activos y más importantes para la Liga Antiimperialista, por lo menos, hasta su disolución en 1935. De este modo, el claro sometimiento del nuevo gobierno de Mendieta a los mandatos económicos norteamericanos contribuyó, sin duda alguna a reavivar el sentimiento antiimperialista de las masas, insuflándole a la LAIC nuevos bríos en la lucha contra la dominación a que era sometida la nación cubana. Expresión de esta dependencia fue la llamada Ley Costigan-Jones, de marzo de 1934, que se ocupó de reducir considerablemente la participación del azúcar cubano en el mercado norteamericano mediante el establecimiento de un sistema de cuotas fijas y, acompañando a ésta, la firma de un nuevo Tratado de Relaciones entre Cuba y Estados Unidos, en el mes de mayo, por el que se aumentó el margen de preferencia comercial en favor de este último país, estableciéndose además la imposibilidad de modificar el régimen arancelario sin previa consulta y acuerdo con Washington. Aunque la abolición de la Enmienda Platt intentó presentarse como un logro del gobierno de Mendieta, lo cierto es que el empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores cubanos ante la arremetida norteamericana favoreció el trabajo antiimperialista del Partido Comunista y de sus organizaciones periféricas, particularmente, de la LAI.

De acuerdo con lo anterior, durante el 10 y el 11 de marzo de 1934, y en momentos en que todavía se desarrollaba el impresionante movimiento huelguístico que, con

⁹³ Cabe resaltar que, en esta oportunidad, el recambio presidencial se constituyó en un trámite realmente complejo ya que, en un inicio, la Junta Militar de Columbia, convocada por Batista para perpetrar el golpe de Estado, se opuso al nombramiento de Mendieta (tal como era el deseo del Sargento), siendo designado en su lugar el ingeniero Carlos Hevia para sustituir a Grau San Martín una vez producida su “dimisión” el 15 de enero de 1934. Hevia se mantuvo en el cargo tan sólo tres días, cuando los altos mandos de la Marina de Guerra retiraron su anterior oposición a Mendieta. El Secretario de Estado Manuel Márquez Sterling sucedió a Hevia por unas horas hasta el 18 de enero, día en el que finalmente Mendieta asumió la presidencia de la República. Como corolario, el nuevo gobierno fue reconocido por Washington cinco días más tarde. Por otra parte, sobre la crisis del “Gobierno de los cien días”, y con una visión autocrítica, Raúl Roa afirmó que “la responsabilidad del fracaso no corresponde, exclusivamente, a Grau San Martín. Cae, por igual, sobre los que combatimos torpemente al gobierno desde la izquierda (...). Baste recordar en resumen, que la izquierda revolucionaria y la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO) no sólo permanecieron neutrales en la contrarrevolución de noviembre sino que también se opusieron violentamente a las medidas más radicales del gobierno” (Roa, 1985: 170-1).

⁹⁴ A la trilogía Mendieta-Caffery-Batista también se unía a veces el ABC, partido que tuvo una buena representatividad en el gobierno al ocupar la Secretarías de la Presidencia, Hacienda, Educación y Justicia, así como también numerosas alcaldías, gobiernos provinciales, etc. (Rojas Blaquier, 2005a: 214).

consignas contra la guerra y el intervencionismo, había paralizado totalmente los trabajos de la zafra en las centrales azucareras, tuvo lugar en La Habana la Primera Conferencia Nacional de la Liga Antiimperialista de Cuba (la que fue seguida por otros encuentros similares realizados por distintas subsecciones provinciales de la LAIC)⁹⁵. En esta Primera Conferencia, un amplio conjunto de delegados provenientes de distintas regiones del país debatieron y adoptaron resoluciones en torno a la defensa de los derechos democráticos, contra el gobierno de Carlos Mendiera y Fulgencio Batista, contra los asesinatos de obreros y campesinos perpetrados por el ejército, por la retirada total de los acorazados norteamericanos de las costas cubanas, y por “pan, tierra y libertad”, convertida ésta en consigna central del movimiento comunista⁹⁶. De acuerdo con este punto, esta primera Conferencia Nacional, así como también la “Primera Conferencia Juvenil Antigüerrera”⁹⁷, pueden ser consideradas como distintos preparativos conducentes por igual a la puesta en marcha del mayor evento organizado por la Liga cubana en toda su historia: la celebración del “Congreso contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo”, reunido en La Habana, de manera clandestina, el 1º de agosto de 1934, y que fue organizado en sus mayores líneas y luego también presidido por Juan Marinello.

La celebración de este Congreso y el temario finalmente abordado en él fueron cuestiones aprobadas en la reunión del Buró Político del PCC del 24 de mayo, en base a una asamblea previa del Comité Nacional de la Liga Antiimperialista en la que se adoptaron las medidas organizativas iniciales, principalmente, el llamado a la elección de un “Comité Gestor Pro-Congreso Antigüerrero”⁹⁸. En dicha reunión del Buró

⁹⁵ Conducida por los dirigentes comunistas, la protesta de los trabajadores azucareros se expresó también en demandas económicas y exigencias políticas como la libertad de los presos políticos, el derecho de huelga, reunión, prensa y palabra, así como también la eliminación de la restricción que impedía que los negros pudieran ocupar todo de tipo de puesto en las centrales, etc. Pese a las amenazas de Batista (“habrá zafra o habrá sangre”), el movimiento conoció su etapa de mayor intensidad durante los meses de enero y febrero, cuando se produjo el desembarco de los *marines* para proteger los intereses de United Fruit Company. Como medida de protesta y de apoyo, también se produjeron huelgas solidarias en La Habana organizadas por los comunistas.

⁹⁶ La convocatoria a la Primera Conferencia finalizaba con “¡Hurras a la política de paz de la Unión Soviética! ¡Hurras a la defensa que hace de todos los pueblos oprimidos!”, y con un llamado “por el fortalecimiento orgánico y político de las organizaciones que luchan contra el imperialismo. Ingresad a la Liga Antiimperialista de Cuba para fortalecer el frente único de las masas oprimidas y sin cuyo fortalecimiento es imposible realizar la revolución. Hacia la revolución anti-feudal y antiimperialista. Por la liberación de Cuba y de todos los pueblos oprimidos” (*Revista Masas*, 5/1934: 6). Por otra parte, una conferencia similar fue organizada por la filial de la Provincia de La Habana el 21 de enero de 1934. Bajo la divisa de “Revolución Agraria y Antiimperialista”, el congreso contó con “un gran número de delegados” que evidenciaban “lo mucho que ha progresado en los últimos tiempos la LAI en la provincia de La Habana”. Luego de que se eligiera un nuevo Comité Regional, éste adoptó las siguientes consignas con respecto a los amplios objetivos planteados por la organización, coincidentes además con los nuevos tiempos del frente único que se vivían en el movimiento cubano de las izquierdas: “contra la carestía de vida. Contra la discriminación del negro y por su completa igualdad. Contra los métodos fascistas de terror del gobierno y del ABC. Por el desarrollo de las luchas entre el campesinado, los pequeños comerciantes y la pequeña burguesía urbana. Por el enrolamiento en nuestras luchas a la mayoría de la población pobre a través de demandas amplias. Y contra la Guerra Imperialista” (*El Antiimperialista*, 3/1934).

⁹⁷ Convocada para el 26 de mayo por Eustaquio Cardoso, secretario de la recientemente creada “Comisión Juvenil” de la LAI.

⁹⁸ Dicho “Comité” surgió a partir de una reunión convocada por la LAI para el 28 de mayo en la Academia de Ciencias de La Habana. A ella concurrieron más de ochenta instituciones de distintas tendencias, lo que daba cuenta de la amplitud de miras de los organizadores y de su firme vocación por el establecimiento del frente único de lucha en la sociedad cubana. Algunas de las instituciones invitadas, y que luego habrían de tener participación en el futuro Congreso contra la Guerra, la Intervención y el

Político, la convocatoria al Congreso figuró en primer lugar en el orden del día, resolviéndose su denominación y aprobándose como consignas centrales “a) ‘la lucha contra la guerra es una lucha contra el imperialismo’ y b) ‘en las luchas contra la guerra los obreros campesinos y trabajadores son la fuerza principal y (sic) contra la intervención” (citado en Suárez Días, 2004: 467). Por último, también se aprobó que la convocatoria tendiera a la formación de un frente único en el que obviamente el Partido debía jugar un papel preponderante como instancia articuladora, aunque no de manera evidente. Así, la Liga Antiimperialista se hacía eco de las transformaciones que se estaban produciendo en distintas partes del mundo, y ante el avance cada vez más amenazante de la ultraderecha en Italia y Alemania, asumía un cariz definitivamente antifascista, en detrimento de las anteriores posturas antinorteamericanas. A partir de mediados de la década del ’30, la Liga cubana, como así también las restantes Ligas todavía existentes en América Latina, se fundirían progresivamente con las corrientes antifascistas que, impulsadas también por los partidos comunistas a través del movimiento europeo de Ámsterdam-Pleyel, concitaban una atención cada vez mayor por parte de obreros, campesinos y sectores progresistas.

Un *Manifiesto*, dirigido a “las masas populares de Cuba” y dado a conocer al cierre del evento, se ocupaba de puntualizar en su primer párrafo que “pese al esfuerzo desmedido realizado por las clases dominantes en Cuba y su gobierno para impedirlo; pese a los continuos saboteos y ataques realizados por la prensa reaccionaria y por los elementos reformistas y traidores del movimiento de liberación del pueblo de Cuba; pese a las persecuciones y prisiones de elementos revolucionarios que lo preparaban; pese a la suspensión de infinidad de conferencias preparatorias y a la negación del permiso para que se celebrara, el CONGRESO NACIONAL CONTRA LA GUERRA LA INTERVENCIÓN Y EL FASCISMO se celebró en La Habana, el Primero de Agosto, con la asistencia de más de 200 delegados que traían a él la representación de la mayoría de la población de Cuba, y el deseo unánime de ésta de luchar contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo”. Las condiciones de clandestinidad en las que el evento se llevó a cabo nos impiden hoy saber a ciencia cierta los nombres de todos sus participantes. Sin embargo, y según un censo elaborado por los propios organizadores, dichos delegados provenían de todo el país (aunque mayormente, del interior de la Isla) y, además de los de nacionalidad cubana, se contó también con la asistencia de un representante inglés, cinco españoles y cinco chinos. Asimismo, y del total, sólo poco más de quince concurrieron acreditados como enviados de la LAI, mientras que el resto daba cuenta de un amplio y heterogéneo conjunto de entidades políticas, sindicales, civiles y sociales, reforzando con ello la estrategia de frente único implementada por el PCC un tiempo antes⁹⁹.

El profundo tono antibélico, anticolonial y antifascista, y la campaña de solidaridad con el régimen de Moscú que enmarcó el encuentro pueden ser percibidos a partir del

Fascismo, fueron el Sindicato Nacional Azucarero, el Círculo Español Socialista, el Sindicato Nacional Tabacalero, la Federación Médica de Cuba, el Círculo de Bellas Artes, la Liga Antiimperialista de Cuba, el Comité Central del PCC, el Sindicato Nacional del Transporte, Defensa Obrera Internacional, la Unión Fraternal, el Sindicato Nacional de la Industria Fabril, miembros de fila de la organización ABC, el Sindicato de Obreros de la Cuban Telephone, el Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza, el Comité Pro Sindicato N. Ferroviario, el Sindicato de Metalúrgicos, el Sindicato de Braceros y Jornaleros, el Sindicato de Cigarreros, la Unión Radical de Mujeres y el Comité por los Derechos del Negro. También se contó con la presencia de importantes personalidades del mundo de la cultura como Marinello, Tallet, Roig de Leuchsenring, Manuel Marsal y Rafael Suárez Solís (IHC 12: 195/2.1/1).

⁹⁹ IHC 1/12: 195/3.1/1-4.

siguiente párrafo del mencionado *Manifiesto*, en donde se señalaban los motivos que determinaron la realización del Congreso. Así, éste “considera que los intereses vitales de todos aquellos que pagarán la guerra, que irán a ella obligados por el imperialismo, y que sufrirán sus brutales consecuencias, están en apoyar la política de paz seguida por la Unión Soviética y los soviets chinos, y en luchar por el desalojo de las tropas y marinos yanquis de las aguas y del territorio nacional; están contra la política intervencionista yanqui y el peligro de intervención armada, pese a la derogación de la Enmienda Platt, que en nada aleja este peligro; están en luchar contra las leyes y decretos fascistas hasta su total derogación, decretos que forman parte de los preparativos guerreros; están por la exigencia de que todos los tratados diplomáticos realizados por Cuba se hagan con pleno conocimiento de las masas, y por la publicación de las negociaciones realizadas acerca del Tratado de Reciprocidad, porque tales negociaciones secretas sirven para encubrir pactos y preparativos de carácter bélico, encaminados a la guerra imperialista”. Por todas estas razones, “el Congreso Nacional contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo hace un ardiente llamamiento a todos los que sufrirán directa o indirectamente las consecuencias de la guerra, para organizar una lucha enérgica contra los preparativos de guerra, contra toda medida de intervención y contra los métodos fascistas de terror” (*Masas*, 8/’34: 12-3).

Además de expresar su solidaridad con la Unión Soviética y la creciente amenaza fascista e imperialista de la que era objeto, el Congreso avanzó en una serie de reivindicaciones, mayoritariamente de rechazo a la política norteamericana en Cuba y en América Latina. De este modo, se exigió a los Estados Unidos la libertad de los nueve negros acusados de violaciones y detenidos desde hacía años en Scottboro; la excarcelación del dirigente obrero estadounidense Tom Mooney, preso también desde hacía dieciocho años; el apoyo a las luchas revolucionarias de los pueblos oprimidos, particularmente, en los países coloniales y semicoloniales; el reclamo por la liberación del dirigente comunista Ernst Thaelmann, encarcelado en la Alemania nazi; la solidaridad con el pueblo chino y, fundamentalmente, con su partido comunista, contra el Kuomintang; la identificación con las luchas independentistas de Puerto Rico; la oposición a la guerra que desde 1932 venían sosteniendo Bolivia y Paraguay como correlato al soterrado enfrentamiento entre los Estados Unidos e Inglaterra por la apropiación de los yacimientos petrolíferos de la región; la intensificación de la lucha cubana contra la Enmienda Platt¹⁰⁰; la retirada de todos los barcos de guerra de nacionalidad estadounidense de las aguas jurisdiccionales cubanas; el desalojo de la base de Guantánamo; el rechazo a la medida del gobierno tendiente a impedir el derecho de organización y la libertad de prensa para el pueblo; el llamamiento a las masas cubanas para la lucha contra la intervención de Washington; el apoyo a las luchas de los desocupados y contra la discriminación racial; y la necesidad de señalar ante el pueblo cubano el peligro de una escalada bélica, cada vez más palpable sobre todo después del ascenso de Hitler al poder. Una última resolución, dedicada a reforzar la lucha en contra de la intervención, el fascismo y la guerra, se encargaba justamente de resumir el espíritu que había dado vida al Congreso.

Finalmente, y en el terreno de las propuestas concretas, se aprobó la creación de “Comités de lucha contra la guerra, la intervención y el fascismo” y de “Comités de vigilancia”, organizados en todo lugar de trabajo con la fundamental adhesión de los gremios ferroviarios, portuarios y de todos aquellos trabajadores del transporte, quienes

¹⁰⁰ En este sentido, “la actividad de la Liga Antiimperialista fue un factor determinante en la abolición de la Enmienda Platt, decretada en 1934” (Dumppierre, s/a: 46).

de este modo debían comprometerse a obstaculizar el embarque y traslado de ejércitos, municiones y alimentos y demás materiales de guerra a todos aquellos lugares donde se desarrollara el futuro conflicto bélico (*Masas* 8/34: 12). Sin embargo, y pese al evidente entusiasmo de los organizadores y de los asistentes, poco pudo hacer el Congreso, en medio de las difíciles condiciones en que se había reunido, por impulsar la conciencia antiimperialista y antibélica de las masas. Las dificultades del Partido por adoptar una verdadera política de amplitud y trabajo en conjunto con instituciones y organizaciones que todavía lo miraban con recelo, sin decidirse a apoyar plenamente sus iniciativas, serían factores que ciertamente obstaculizarían la puesta en marcha de las iniciativas aprobadas en el encuentro¹⁰¹.

Últimas acciones antes de la disolución

El segundo congreso del Partido, realizado bajo la más absoluta clandestinidad en el poblado habanero de Caimito entre el 20 y el 22 de abril de 1934 tuvo, entre sus propósitos, el robustecimiento de los grupos afines y de las organizaciones periféricas comunistas, asignándosele una gran importancia a la Liga Antiimperialista como una instancia necesaria para ganar a la pequeña burguesía en la lucha antiimperialista y por el socialismo (Rojas Blaquier, 2005a: 216). Para esta época, los dirigentes del PCC ya eran plenamente conscientes de que con la finalidad de acercarse a las masas y de tener vinculaciones más estrechas con ellas, el trabajo no pasaba únicamente por el fortalecimiento del armazón propiamente partidario sino también por medio de la actuación en los sindicatos y en las entidades de frente único, estructuras en las que los comunistas forzosamente debían convivir con elementos refractarios a la prédica marxista-leninista. En razón de la crisis política que atravesaba el país y el alza de las luchas del movimiento obrero, “el desarrollo del factor subjetivo a favor de la conquista del poder por los obreros y los campesinos, se convertía de hecho en el centro de la labor del Partido” (Rojas Blaquier, 2005a: 217). Por lo tanto, el objetivo del momento no podía ser otro más que el de proporcionar al Partido un programa capaz de lograr una salida revolucionaria a la crisis social, económica y política, revistiendo a la lucha de un fuerte sentido antiimperialista, es decir, contrario a las ambiciones neocoloniales estadounidenses y, particularmente, al peligro de la intervención, pese al inmediato reconocimiento del gobierno de Mendieta por Washington.

El fundamento antiimperialista de la política puesta en marcha por los comunistas puede rápidamente ser percibido a partir de las resoluciones adoptadas en este segundo congreso partidario. Así, mientras que por una parte se llamó a realizar manifestaciones de protesta contra el peligro de la intervención frente a las representaciones diplomáticas y las empresas norteamericanas, también se exigió el retiro de los barcos de guerra de bandera norteamericana de las aguas cubanas, de las fuerzas militares residentes en la base de Guantánamo y la abolición de la Enmienda Platt. Por otra parte, y desde una postura “antiguerrerista” a tono con los tiempos que corrían, se acordó

¹⁰¹ Vale la pena, por ello, la lectura del siguiente fragmento de una carta enviada por Marinello a su amigo Manuel Navarro Luna en agosto de 1934, poco después de la realización del evento: “Sí. Convengo contigo en que ha sido cosa de importancia el Congreso Antibélico. Aunque la reacción triunfante le restó su lucimiento principal que estaba en la publicidad, en el gran movimiento de masas que iba a significar (...). Ahora estamos en la organización de una efectiva campaña antibélica y antifascista. Hay dificultades para ello. De distinta índole. Nuestro eterno sectarismo, el estar todo el trabajo revolucionario sobre los hombros de un grupo pequeño, la lentitud desesperante en la colaboración de instituciones que debían ya haber aportado fondos y entusiasmos. Pero algo se hará” (en Suárez Díaz, 2004: 466).

intensificar la lucha contra el fascismo, contra el estallido de una nueva guerra imperialista (que no dejaría de traer sus negativas consecuencias sobre el pueblo cubano), y en defensa de la Unión Soviética y del movimiento comunista chino. Por último, y en cuanto al eje programático, no sólo se reafirmó la formación de amplios frentes de masa a partir de la cooptación de aquella militancia de base y de los seguidores de los restantes agrupamientos de la izquierda (reformistas, anarquistas, trotskistas, etc.), sino que también se llamó a fortalecer el trabajo en los sindicatos y, específicamente, en aquellas entidades como la LAI, la Liga Juvenil, DOI, el AIE y el Comité Pro Derechos del Negro, con el objetivo declarado de que se convirtieran en verdaderas organizaciones revolucionarias¹⁰².

Por otra parte, fue la profundización del sojuzgamiento cubano efectuada a partir del gobierno conjunto de Mendieta-Caffery y Batista el que se encargaría de ratificar la orientación política del movimiento comunista, en la creencia de la necesidad de armar un amplio frente de masas en contra del imperialismo estadounidense, principal enemigo a derrocar con la colaboración de otros sectores que, sin pertenecer directamente al campo popular, también comenzaban a sufrir las consecuencias del modelo económico vigente, como era el caso de algunos grupos burgueses y de la clase media. De acuerdo con esto, la nueva estrategia que comenzaba a imponerse desde Moscú y que tendría su punto de consagración al siguiente año con la celebración del VII° Congreso de la Comintern, y el temor concreto a quedar aislados y sin mayor llegada a las masas, alimentaron las posibilidades de los comunistas por forjar alianzas con los partidos burgueses. Particularmente, existió la intención de sellar un acuerdo con el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), cuyo máximo líder era ex presidente Grau San Martín (quien todavía gozaba de cierto prestigio social), si bien esta iniciativa no contó con la aprobación del Buró del Caribe, para el que sólo era aceptable la unión por la base: se promovería así una recharacterización política de Antonio Guiteras y de su agrupación, Joven Cuba¹⁰³, en función de una posible alianza que, en caso de triunfar, podría dar lugar a un “gobierno popular antiimperialista” como fase transicional hacia la consolidación del poder soviético¹⁰⁴. Fue justamente este principio de asociación entre los comunistas y Joven Cuba el contexto que permitiría en 1934 la vuelta a la Isla de Carlos Aponte, viejo militante de la Liga Antiimperialista, convertido ahora en lugarteniente de Antonio Guiteras.

¹⁰² La elección de un dirigente de origen obrero como Blas Roca para el cargo de Secretario General, y la lucha por la implantación de los soviets en Cuba, finalmente, se encargarían de reafirmar el rumbo hacia la “bolchevización” del PCC, exigida en general desde el Quinto Congreso de la Comintern en 1924 y que pretendía transformar a los partidos comunistas en estructuras masivas a partir de una férrea disciplina y de un núcleo dirigente de composición eminentemente proletaria. De hecho, el mismo Roca había sido el organizador del “soviet de Mabay” durante la crisis revolucionaria de 1933.

¹⁰³ Esta organización revolucionaria antiimperialista, había nacido poco tiempo antes, a fines de marzo de 1934. Liderada por Antonio Guiteras Holmes, “Joven Cuba” no tardó en extenderse por toda la Isla. Su programa defendió la tesis de la insurrección armada como vía para la toma del poder, estrategia en la que cumplía un rol fundamental la huelga general revolucionaria. La muerte de Guiteras y del venezolano Carlos Aponte en El Morrillo (provincia de Matanzas) el 8 de mayo de 1935, en momentos en que se disponían a escapar a México para desde allí ultimar detalles sobre la expedición armada que traerían hacia Cuba para iniciar la insurrección, supuso un revés definitivo para la organización. Para más información, ver *Guiteras* (Tabares del Real, 1990).

¹⁰⁴ La Internacional Comunista llegó incluso a delinear una táctica para que, en caso de triunfar la alianza entre comunistas y guiteristas, se evitara la intervención norteamericana que amenazaba a la Isla como la “espada de Damocles”: en este sentido, se sugería que se aceptara la nacionalización de las empresas extranjeras con indemnización, y la existencia de la Base de Guantánamo, a condición de que no fueran usadas contra Cuba ni contra su soberanía política.

Ante la creencia de que para liberar a Cuba de la tutela norteamericana eran necesarias las amplias alianzas de clase, el PCC generó una serie de dispositivos elaborados con esta finalidad, de los cuales, seguramente el más importante fue el establecimiento durante el mes de abril de 1934 de los Comités Pro Primero de Mayo¹⁰⁵. Teniendo como precedente a los llamados Comités Conjuntos de Acción, propuestos por Martínez Villena a fines de 1933 y acordados por el II° Congreso del Partido, la formación de los Comités Pro Primero de Mayo tuvo, entre sus objetivos principales, sumar a aquellos militantes y adherentes a las organizaciones frentistas que, como la LAI, participaban de sus propuestas y, al mismo tiempo, favorecer su integración a las filas del movimiento obrero y sindical. A fin de apoyar las luchas económicas de la clase obrera y de contribuir a impulsar su voluntad revolucionaria, los Comités llamaron a la huelga para el siguiente 1° de Mayo, convirtiendo a dicha fecha en una jornada de lucha por medio de la toma de calles, demostraciones, marchas de hambrientos, etc., junto con la organización de conferencias locales de frente único y la adopción de diversas resoluciones de protesta contra el gobierno, el injerencismo norteamericano y el creciente peligro nazi-fascista (y exigiendo, además, el reconocimiento de la Unión Soviética y la liberación de Ernst Thaelman, entre otras propuestas). Los Comités debían además encargarse de asegurar la participación de la Liga Antiimperialista, junto con los Consejos de Desocupados, DOI, el AIE, la LJC y el Partido, en los actos convocados por las confederaciones obreras regionales, actividades que además ayudarían a estrechar las relaciones entre estos organismos y las masas, y a acrecentar el número de sus seguidores. Por último, también se acordó que después del Día del Trabajador, los “Comités Pro Primero de Mayo” se transformaran en “Comités contra la Guerra y el Fascismo”, en sintonía con el predicamento sustentado por el PCC y la LAIC, sobre todo, después de realizado el Congreso Antigüerrero.

Finalmente, la edición de la *Revista Masas* contribuyó a que la LAI obtuviera en su último año de vida una clara repercusión en cuanto a la difusión de su ideario y del resultado de sus actividades, no tan sólo dentro del territorio cubano sino incluso más allá de sus límites geográficos. Ya desde su primer número, de mayo de 1934, resultaba claro el amplio público al que se destinaba la publicación y, en consecuencia, su firme voluntad por contribuir desde la Liga a la concreción del frente único requerido por el Partido: así, era ésta la “revista por excelencia para el obrero, el campesino, el negro, el estudiante, el intelectual y la mujer. La revista de las masas populares de Cuba. Por la absoluta independencia nacional. Contra el imperialismo y sus aliados nativos”. Por otra parte, su Consejo de Dirección era lo suficientemente representativo de una intelectualidad y una vanguardia cultural solidaria con la causa comunista pues, además de Juan Marinello (quien, de hecho ejercía como director de *Masas*) los restantes miembros eran Manuel Marsal¹⁰⁶, Mario Fiallo, Regino Pedroso y José Manuel Valdés Rodríguez, quien además se desempeñaba en el comité ejecutivo de la LAIC¹⁰⁷. La

¹⁰⁵ Asimismo, y sin renunciar a la implantación del poder obrero y campesino, el PCC inició la adopción de algunas modificaciones para lograr una lucha exitosa contra el sistema. Al respecto, apoyó la orientación sugerida por la Internacional Sindical Roja tendiente a organizar un frente único de los trabajadores de todas las tendencias políticas, con posibilidades de ampliarse y de incluir a los campesinos y a otros sectores de la sociedad cubana.

¹⁰⁶ En su N° 6, de octubre y noviembre de 1934, se anunció la salida de Marsal, crítico de la creciente influencia ejercida por el Partido en la orientación editorial de la revista.

¹⁰⁷ Según Lazar JEIFETS y sus colaboradores, también José Felipe Chelala Aguilera, vuelto a Cuba en noviembre de 1930, participó del comité editorial de la revista *Masas*, siendo también encarcelado con el resto del equipo en 1935 (ver JEIFETS *et al.*, 2005: 88-9).

misma lógica se reproducía en el cuerpo de colaboradores, integrado por prestigiosos nombres de la militancia política y cultural cubana, como los de Martín Castellanos, Emilio Ballagas, Luis Felipe Rodríguez, Leonardo Fernández Sánchez, Ofelia Domínguez, Alberto Rus, Ramón Guirao, Gerardo del Valle, Carmen Valdés Sicardó, Gustavo Aldereguía, José Z. Tallet, Aurora Villar Buceta, Emilio Roig de Leuchsenring, Raúl Roa, Pablo de la Torriente Brau y Salvador García Agüero.

Desde una nota editorial titulada “Al comenzar”, escrita por Marinello para su número de presentación, *Masas* no dudaba en asumirse como una “revista revolucionaria en el más amplio y genuino sentido de la palabra”, dedicada por entero a “desmenuzar sin miedos ni hipocresías, la realidad colonial (ya que) no se conoce, desdichadamente, todo el horror de la opresión yanqui en Cuba”. Sin embargo, sería falso considerar a ésta como una revista meramente informativa acerca de la situación de dependencia de la Isla, ya que asumía que al mismo tiempo era necesario, “orientar adecuadamente la lucha para transformar esa realidad en beneficio de las masas trabajadoras de Cuba: también a esta aspira *Masas* con la colaboración de todos”. De este modo, *Masas* se reconocía como una revista dedicada de lleno a la labor política y, más aún, a defender la causa revolucionaria como única vía para la transformación de la sociedad cubana. De acuerdo con estas premisas, desde sus páginas se dieron a conocer todas las acciones emprendidas por la LAI cubana frente al gobierno de Mendieta y, en general, contra el imperialismo norteamericano y el avance de la reacción fascista en Europa. En este sentido, *Masas* se hizo eco de las luchas obreras en las empresas azucareras norteamericanas radicadas en Cuba, abogó contra la discriminación racial hacia la población negra, repudió las agresiones de Washington contra América Central, defendió los derechos de las mujeres y de los jóvenes, y apoyó a los sectores campesinos en sus luchas contra el gobierno. Por último, también se ocupó de divulgar los avances soviéticos en los campos culturales y educativos y, fundamentalmente, el pensamiento de Lenin en cuanto a estas temáticas. Luego de seis números, la revista *Masas* dejó de salir en enero de 1935 cuando los miembros del Consejo de Dirección y algunos colaboradores fueron detenidos por la policía y sometidos a juicio por “actos subversivos”: pese a que el fallo tuvo una amplia respuesta popular por medio de distintas expresiones de repudio, lo cierto es que la Liga ya había comenzado a transitar un inexorable proceso de agonía que no tardaría en llevarla a su pronta disolución¹⁰⁸.

La fuerza represiva del régimen fustigó una vez más al golpeado movimiento obrero y, con particular saña a los comunistas, como consecuencia de la huelga general realizada entre el 7 y el 13 de marzo de 1935. El gobierno de Mendieta suspendió la Ley Constitucional, declaró el estado de guerra nacional y le otorgó a la policía nacional

¹⁰⁸ Como parte de una gira organizada por el Socorro Rojo Internacional, que también incluía a los Estados Unidos, México y otros países latinoamericanos, los artistas españoles Rafael Alberti y María Teresa León llegaron a La Habana el 16 de abril de 1935, en momentos en que los miembros de la dirección de la revista *Masas* se encontraba cumpliendo condena por sus actividades subversivas. Visiblemente conmovido por la grave situación, Alberti dedicó el poema “Son del mar hacia Cuba” (con la acotación “Estrecho de Florida. Madrugada”) a “Juan Marinello, José Manuel Valdés Rodríguez y Regino Pedroso, presos en el Castillo del Príncipe”. La composición fue publicada por la revista *Orto*, radicada en Manzanillo, Cuba, y dirigida por Manuel Navarro Luna. Asimismo, “a Juan Marinello y a todos los escritores antiimperialistas de América” dedicó Rafael Alberti su importante 13 *bandas* y 48 *estrellas*. *Poema del mar Caribe*, editado en Madrid en 1936. Existió un pedido formal desde México para la liberación de Marinello y sus compañeros, entre los que también estaba encarcelado el dirigente antiimperialista portorriqueño José Antonio Corretjer, por entonces, de paso por La Habana (Suárez Díaz, 2004 506).

poderes extraordinarios, colocándolos por encima de los jueces y los tribunales. Debido a la persecución desatada por el gobierno durante toda esa semana, cerca de seis mil trabajadores fueron encarcelados (según se aseguraba, cantidad todavía mayor a la detenida por Machado en sus ocho años de gobierno), convirtiendo a Cuba en una gran prisión. Los dirigentes y militantes comunistas fueron los protagonistas involuntarios de esta fuerte ola represiva, que no dejó de perseguir tampoco a los integrantes de las organizaciones que, como la LAI, cumplían más bien funciones de apoyo a la estructura partidaria. Así, la derrota de las fuerzas revolucionarias condujo además a un considerable éxodo del país de los elementos más comprometidos con los hechos, cuestión que dio lugar al segundo exilio político cubano del siglo XX, asentado en lo fundamental en México y Estados Unidos (Suárez Díaz, 2001: 480). Será éste el caso de Juan Marinello, quien luego de sufrir prisión hasta agosto de 1935, decidirá partir rumbo a tierra azteca en noviembre de 1936.

El tremendo castigo infringido a los comunistas pronto generó la solidaridad de sus pares y del movimiento progresista en general de México y los Estados Unidos, países en los que radicaba una importante cantidad de cubanos exiliados. La Liga Antiimperialista estadounidense cumplió una importante labor en esta campaña de agitación. Por su iniciativa, dirigentes comunistas, intelectuales y sindicalistas norteamericanos, que además contaron con la decisiva colaboración de los residentes cubanos en Norteamérica y de enviados especiales desde la Isla¹⁰⁹, dieron vida al “Comité Manos Fuera de Cuba” que, al igual que el MAFUENIC fundado unos años antes, se trataba de un frente único que buscó llamar la atención en favor de los perseguidos, y el repudio contra la tiranía de Mendieta reclinada en el poder de Washington¹¹⁰. Esta organización, también denominada “Comité Pro Cuba”, estuvo aparentemente presidida por Conrad Komorowsky (profesor de la Universidad de Temple, en Filadelfia) e integrada por relevantes intelectuales progresistas como Carleton Beals, Clifford Odets, Waldo Frank, Corlis Lemont y Frederick Vandervilt, y representantes de diversas instituciones estadounidenses como el Ford Doll Forum, la Community Church, la Old South Meeting House y el Twenty Century Club. El Comité organizó distintas actividades en los Estados Unidos, como mítines de apoyo, una huelga de solidaridad en Harlem, y la realización de simposios como “La insurrección cubana”, en el que participó Carleton Beals. Pero sin duda alguna, su iniciativa más importante fue el envío, en el mes de junio, de una delegación de once personas a La Habana, presidida por W. Frank (amigo personal de Juan Marinello y de otros intelectuales cubanos) para conocer la situación existente en las cárceles de La Habana e informar posteriormente al PCEEUU, y a su periódico, el *Daily Worker*, que había hecho un importante seguimiento de la huelga y de sus consecuencias para los trabajadores y los comunistas cubanos. Advirtiendo la peligrosidad de la misma, el gobierno de Mendieta ordenó detener a la delegación apenas llegó a Cuba y obligarla a regresar a los Estados Unidos, con lo que el Comité debió realizar otro viaje de similares características para el siguiente mes de julio (Rojas Blaquier, 2005a: 247-8; Jéfets *et al.*, 2004: 49 y 304; Suárez Díaz, 2001: 503).

¹⁰⁹ Principalmente de Gabriel Jorge Gelt (alias, “O’ Hara”), dirigente de los obreros del petróleo en Cuba, enviado por el PCC a los Estados Unidos para conseguir apoyo de parte del PCEEUU, tarea que desempeñó junto con Joaquín Ordoqui, líder ferroviario e integrante del Buró del Caribe.

¹¹⁰ Otro comité “¡Manos fuera de Cuba!” se creó en México por la misma época. Sus principales dirigentes eran el cubano Jorge Rojas, quien se desempeñaba como su secretario general, y Sergio Noel Aguirre Carreras, anteriormente vinculado al Directorio Estudiantil Universitario, que en 1932 había debido huir de la Isla junto con su madre y su hermana Mirta a causa de una delación. Retornó a Cuba al siguiente año, acompañando los restos de Mella desde México (Suárez Díaz, 2001: 325 y 405).

Pese a las dificultades crecientes a las que se enfrentaba el movimiento comunista cubano frente a la dictadura encabezada por Mendieta, en febrero de 1935 el PCC daba nuevas muestras de vitalidad al realizar su IV° Pleno, convocado a partir de un único punto: “los problemas de la revolución en Cuba y la táctica del Partido”. Fue en esta ocasión que el PCC pudo realmente avanzar en la construcción de una estrategia que lo terminaría alejando de su anterior sectarismo, y que ya se había venido esbozando anteriormente, recién asumiría plena centralidad como línea política directriz hacia fines de 1934, al calor de la crisis económica, política y social cubana que asolaba al país¹¹¹. La aceptación de esta nueva línea política, que tuvo como centro la realización de la “revolución agraria antiimperialista”, condujo entonces al acercamiento del Partido hacia aquellas fuerzas que, sin pertenecer estrictamente del campo proletario, como los auténticos, o sin sustentar sus prácticas en la teoría marxista leninista, como en el caso de los guiteristas y los agraristas, también buscaban la liberación nacional del sometimiento norteamericano. El “Frente Único Antiimperialista” o el “Frente Popular Antiimperialista” se llegó entonces a implementar bajo la creencia en la necesidad de vencer al imperialismo norteamericano a partir de una amplia alianza de organizaciones políticas como primer paso para la construcción del socialismo cubano. Esta estrategia fue finalmente aceptada a nivel internacional como la línea preponderante para los partidos comunistas durante el VII° Congreso de la Comintern celebrado en Moscú a mediados de 1935, y ratificada por el VI° Pleno del Comité Central efectuado en el mes de octubre del mismo año.

Entre las últimas apariciones públicas de la Liga se contaron la redacción de un comunicado de mayo de 1935 en el que se llamaba a la unidad de las fuerzas revolucionarias cubanas ante los asesinatos de Antonio Guiteras y Carlos Aponte, y su participación en el nacimiento de la Hermandad de Jóvenes Cubanos. En dicho documento se señalaba como responsables directos del aberrante crimen al sargento Fulgencio Batista y, en general, al imperialismo norteamericano, y en concordancia con la línea política sustentada por el Partido, la Liga convocaba a todas las fuerzas contrarias a Mendieta a iniciar acciones contra los fusilamientos, por la libertad de los presos políticos y contra la instauración en Cuba de una dictadura militar. Por otra parte, la Hermandad de los Jóvenes Cubanos, nacida en el segundo semestre de 1935, era la fórmula creada por la Liga Juvenil Comunista para instrumentar el “frente popular antiimperialista” sobre todo entre los jóvenes: junto con diversas entidades sociales y culturales (como el Club Atenas, la Unión Fraternal y el Circulo Socialista Republicano Español), la LAI participaba en el comité directivo de la flamante organización, por ejemplo, con la presencia de Salvador García Agüero, vicepresidente de la organización y anterior colaborador de la revista *Masas*. Luego de estas fechas, se pierde el registro histórico de la existencia de la Liga Antiimperialista de Cuba.

Haciendo un balance pormenorizado, podemos encontrar que fueron varias las causas que finalmente incidieron en el declive y la desaparición de la LAIC. En principio, la reafirmación de la línea antiimperialista, sumada a la bolchevización del Partido

¹¹¹ En este sentido, la celebración de la Tercera Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina en Moscú, en octubre de 1934, contribuyó al debate y a la posterior formulación de alianzas con los partidos nacionalistas y reformistas burgueses enfrentados al imperialismo y deseosos por alcanzar la liberación social y nacional de los países de la región. Fueron los partidos de Brasil, Chile y Cuba los primeros que asumieron la importancia de esta estrategia y, consecuentemente, los primeros en ensayar la formación de bloques políticos, sociales y sindicales unitarios.

aprobada en su II° Congreso y a la nueva política de alianzas con los sectores burgueses reformistas y nacionalistas, se convirtieron en factores que, ciertamente, contribuyeron a desdibujar el rol que hasta ese momento había desempeñado la Liga dentro del movimiento obrero y progresista cubano. Igualmente, la persecución a la que fue sometida con la clausura de la revista *Masas* también fue un elemento que contribuyó a debilitar a la Liga como organismo auxiliar del PCC. Por último, tampoco se debe pasar por alto el contexto internacional y la amenaza creciente de los regímenes totalitarios a la Unión Soviética, y junto con ello, el inicio de la guerra civil en España y la posibilidad cada vez más certera de una nueva conflagración de proporciones mundiales, lo que obligó al comunismo internacional a virar el discurso otorgándole una mayor centralidad al ataque contra el fascismo que contra el imperialismo. Para mediados de los años '30, y más aún luego del VII° Congreso de la Comintern, la política y la prédica frentista que habían caracterizado desde sus orígenes a la Ligas Antiimperialistas latinoamericanas fueron reemplazadas por aquellas otras de las Ligas Antifascistas.

De todos modos, el ideario marxista y antiimperialista presente en la Liga cubana no desapareció al dejar ella de existir sino que por el contrario, continuó y se reforzó a través de otras organizaciones y entidades que, si bien no todas registraban una filiación directa con el comunismo, sí en cambio lo tenían con los frentes de masas impulsados por éste, incluso asumiéndose en ocasiones como herederos directos. En este sentido, una de las primeras organizaciones creadas bajo la inspiración latinoamericanista de la LAI, fue la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. El mayo de 1937 cobró vida en México la Unión de Revolucionarios Latinoamericanos (URLA), que lo tuvo a Marinello como secretario general, y que además del país que funcionaba como sede, estaban también representados los de Centro y Sudamérica. Según su manifiesto fundacional, su principal propósito era el “trabajar por la libertad económica y política de los pueblos hispánicos de América, y prestar eficaz auxilio a los revolucionarios de estos pueblos existentes en México” (citado en Suárez Díaz, 2001: 561), cumpliendo además con un valioso papel en el apoyo a los combatiente republicanos y comunistas durante la Guerra Civil Española¹¹². De manera similar al anterior, a mediados de 1938 nació la organización de escritores y artistas cubanos en lucha contra el fascismo, y en el mes de octubre del mismo año se constituyó su primer comité directivo nuevamente con Juan Marinello como secretario general, Nicolás Guillén como vicesecretario, y Mariblanca Sabas Alomá como tesorera. Varios escritores y pintores, con actuación previa en la Liga Antiimperialista, no dudaron en prestar su apoyo a esta nueva organización antifascista: así, y además de Marinello y Sabas Alomá, se sumaron Regino Pedroso, Mirta Aguirre, Carlos Rafael Rodríguez y el aprista Enrique de la Osa¹¹³. Por último, y desde un ámbito más decididamente político, aunque en este caso fuera del universo propiamente comunista y cominternista, no podemos dejar de mencionar la constitución en 1935, en Nueva York, de la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista, sucesora de la ANERC y liderada por antiguos dirigentes de la

¹¹² Los restantes miembros cubanos que integraban el Comité Ejecutivo de la URLA eran Pura Estrada y Miguel A. Fernández de Velazco (éste último, de la dirección de “Joven Cuba” en el exilio). Otros cubanos que formaron parte de esta entidad fueron María Josefa Vidaurreta, J. A. Messeguer, José Morales Navarro, Ramón Arroyo, Clara Porset, Jorge Quintana, Francisco Valdés, José del Cueto, Ofelia Domínguez y Berta Darder (Suárez Díaz, 2001: 561).

¹¹³ Una de las primeras actividades de esta asociación fue un homenaje al cumplirse los dos años de la muerte de Pablo de la Torriente Brau en España en el combate de Majadahonda, acto que, entre otros, contó con la participación de la poetisa chilena Gabriela Mistral. Sus primeras filiales se crearon en Santiago de Cuba, Manzanillo y Artemisa (Cupull y Gonzáles, 2005: 192-3).

LAIC como Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa y Gustavo Aldereguía, quienes abogaron por la alianza entre las fuerzas progresistas y anticolonialistas desde su periódico *Frente Único* ante la posibilidad de un próximo levantamiento popular en la Isla (Massón Sena, 2005: 46-7)¹¹⁴.

¹¹⁴ La siguiente carta enviada por Pablo de la Torriente Brau, secretario general de ORCA, desde Nueva York, donde se encontraba exiliado, a la dirección del PCC resulta sumamente reveladora acerca de las características de la nueva organización: “se llama O.R.C.A. (Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista). El nombre es simbólico. Se me ocurrió a mí, pero deliberadamente. (De acuerdo a su manifiesto fundacional) La O.R.C.A. (...) es una organización independiente, de ideología definitivamente antiimperialista, fundada por elementos que tienen tras de sí una trayectoria intachable y probada capacidad de lucha durante más de diez años de tormentosa brega, que trae como misión central y específica la integración de todos los sectores y partidos llamados antiimperialistas en un Frente Único programático y entre sus objetivos la colaboración más estrecha con los mismos, en todos los trabajos preparativos de la etapa insurreccional que se avecina y su participación en ella, a la vez que el esclarecimiento diario de su contenido teórico a fin de que se haga realidad viva e impulso beligerante en la conciencia de las masas cubanas” (ver Ortega, 2003: 27).

DÉCIMA PARTE

ALGUNAS CONCLUSIONES GENERALES

Durante casi diez años, la Liga Antiimperialista de las Américas fue una organización comunista que, como muy pocas dentro de la región latinoamericana y desde una prédica mayormente reivindicativa, en ocasiones incluso revolucionaria, intentó conjuntar, aunque con suerte dispar, los intereses sociales de los obreros y los campesinos con aquellas aspiraciones proteccionistas más bien ligadas con pretensiones de la burguesía nacionalista y de las clases medias en ascenso. Conformar una base social tan amplia y, por momentos tan disímil, dentro de sociedades caracterizadas por un cada vez más acentuado dinamismo económico, luego por una crisis sin precedentes en la historia del mundo capitalista y, finalmente, por un proceso de recomposición de fuerzas del bloque dominante en el poder, no podía resultar una tarea sencilla. En el medio, los sucesivos virajes en la estrategia internacional de los comunistas fueron factores que sin duda también terminaron afectando el crecimiento de la Liga Antiimperialista.

El marco histórico social en el que se constituyó la LADLA no podría haber sido más propicio: mientras que la Revolución Mexicana se encargó de desestabilizar a las tradicionales instituciones políticas, posibilitando también una experiencia concreta e inmediata (o a lo sumo cercana) de que era posible la transformación de la sociedad incurriendo para ello en métodos violentos, la Reforma Universitaria posibilitó una apertura al debate académico que pronto trascendió a las esferas culturales e intelectuales, generando un movimiento de disconformidad y protesta que no tardó demasiado en extenderse por toda la región. A ellos se les agregaría además, las luchas particulares de cada país, en ocasiones no menos impactantes y con efectos duraderos, en contra de los gobernantes dictatoriales o, directamente, de las fuerzas de ocupación que solían mantener a éstos en el poder, constituyéndose el caso de Nicaragua en el principal referente de esta tendencia. La Liga Antiimperialista intentó en todo momento aprovechar estas coyunturas tanto para arraigarse como para expandirse, y en cierta medida, su propio éxito fue también el éxito de estas distintas expresiones y movilizaciones: sin embargo, en sus limitaciones, también ella encontró las suyas propias.

Más allá de sus intensiones, fue muy difícil, y en ocasiones prácticamente imposible, la plena compenetración de las fuerzas comunistas con todos estos amplios procesos sociales. Las dificultades de la Comintern por comprender la realidad social latinoamericana, sumado al prejuicio de varios de los principales actores políticos de la época, tanto comunistas como socialistas, nacionalistas y liberales, operaron como un efectivo freno para el crecimiento del marxismo. Mientras tanto, y al dejar cada vez más espacios libres, (sobre todo después del giro radical de la Comintern a finales de los años '20), serían las distintas expresiones del populismo y del nacionalismo, mucho más pragmáticas y sin tantas ataduras doctrinarias, quienes de mejor manera conseguirían imbricarse y de ese modo expresar al amplio y diverso proceso de transformación social latinoamericano. En este sentido, y más allá de sus diferencias, Hipólito Yrigoyen, Lázaro Cárdenas, Víctor R. Haya de la Torre, Augusto C. Sandino, etc. no sólo supieron captar muy bien las necesidades sociales: supieron también aprovechar las debilidades

de los comunistas, por lo general, más preocupados por resguardar la coherencia interna de su doctrina que en aplicarla concretamente en la coyuntura histórica en la que les había tocado en suerte actuar. Obviamente, la Liga no podía ser ajena a todo este escenario, y particularmente ella, por su propia naturaleza multclasista, se vería afectada por el crecimiento de los populismos: en este sentido, el fuerte debate mantenido entre el dirigente cubano Julio A. Mella y el líder aprista Haya de la Torre a partir de 1927 se convierte en un elocuente ejemplo de todo este proceso.

Sin embargo, con todas sus limitaciones y dificultades, la LADLA pretendió constituirse en una suerte de “Internacional”, tal como Mella la había imaginado poco tiempo después de la fundación de su sección cubana. Importantes expectativas se colocaron en ella, aunque no tanto desde la propia Moscú como sí desde gran parte de los partidos comunistas del continente incluyendo en este conjunto, claro está, al influyente pero sinuoso Workers Party estadounidense. El universo que logró abarcar, y del que en gran medida obtuvo su base de sustentación, fue heterogéneo y mayormente disímil: desde los obreros a la burguesía nacionalista, pasando por los campesinos a las clases medias progresista, junto con diferentes sindicatos y agrupamientos de mujeres, estudiantes, indígenas, negros, protestantes, judíos, etc. Aunque auspiciosa, esta unión abigarrada no tardaría en convertirse en un freno para su crecimiento y su libre desenvolvimiento, todavía más a fines de los años '20, cuando un nuevo cambio de estrategia en la Comintern forzaría un abrupto desprendimiento de todas aquellas personalidades y grupos políticos que hasta el día anterior eran aliados pero que a partir de ahora, en cambio, pasaban a ser visibles enemigos.

Sin embargo, y más allá de todas las complicaciones y adversidades surgidas durante la marcha, el despliegue de actividades y su constante interés por calar hondo dentro de la sociedad en la que finalmente se producía su nacimiento nos refiere a las claras la vocación de la Liga Antiimperialista por constituirse en un frente popular, y no meramente en una entidad cupular, ligada con la dirigencia de los partidos comunistas por medio de oscuros acuerdos y, menos aun, en una organización de tipo “pantalla”, encargada de ocultar manejos, prácticas y vínculos cuya evidencia pública hubiera deslegitimado cualquier proyecto transformador proveniente del campo comunista. Esto aunque, como entidad política que era la Liga y, por momentos, como ámbito de resguardo de militantes y dirigentes radicales que de otro modo, y bajo condiciones de clandestinidad, no hubieran encontrado otra manera de trabajar, no negamos que en ciertos momentos de su desarrollo la organización podría haber contribuido a ocultar la propia esencia del movimiento comunista a la que pertenecía, bajo el temor a ser aislada de la sociedad o perseguida por los poderes públicos del Estado.

La historia de la LADLA fue también la historia del comunismo latinoamericano y mundial, cada vez más sujetado a las riendas del estalinismo en su progresivo abandono de la amplitud y del debate interno que habían caracterizado sus primeros años de vida. El irrefrenable avance de los fascismos ofrecería una nueva posibilidad para reformular a las Ligas Antiimperialistas aunque ahora, sin una coordinación a nivel continental con la que pudieran contrapesar el fuerte control ejercido desde los partidos y, por ende, con su actuación ceñida directamente a las estructuras de mando con centro en Moscú. Por otra parte, este nuevo intento por hacer de la Liga Antiimperialista un elemento aglutinador de las diferentes reivindicaciones sociales generadas a mediados de los años '30 puede ser leído asimismo como una respuesta necesaria ante el giro sectario ocurrido dentro del comunismo pocos años antes bajo la creencia de una inminente

perspectiva revolucionaria pero, al mismo tiempo, frente a la aparición de gobiernos de signo dictatorial y autoritario. En efecto, esta nueva puesta en la escena política fue el renacimiento de las Ligas latinoamericanas aunque por muy poco tiempo: volcadas de lleno a la lucha contra el fascismo, el vivo recuerdo de su discurso antiimperialista convertía en problemática su misma existencia en un momento en el que la Unión Soviética intentaba encontrar en Gran Bretaña y en los Estados Unidos a nuevos y hasta cierto punto insospechados aliados en una guerra cuyo inicio se creía inminente. El fin de la Liga Antiimperialista fue así resultado de una readecuación estratégica del comunismo internacional, pero aunque la creación de los Frentes Populares y el acercamiento con las potencias occidentales marcó al fin y al cabo su pronta disolución, su impronta permearía a un cúmulo de organizaciones fundamentalmente constituidas por intelectuales y artistas comprometidos tanto en su común lucha contra el fascismo como en su apoyo, no tan evidente por momentos, hacia la Unión Soviética.

Por otra parte, los conflictos que tuvieron lugar en las secciones de México, Cuba y Argentina expresaron, de distinto modo, los difíciles problemas que atravesó el movimiento comunista para encontrar un definitivo arraigo en suelo latinoamericano, al menos en un principio, con una sugestiva amplitud y cierta libertad de crítica y de disenso. Pese a los lineamientos generales, la Liga asumiría rasgos y características diferenciales en cada país en el que finalmente pudo nacer y desarrollarse. Así, y mientras que en algunos casos como en el de México su fundación contribuyó a consolidar al todavía joven Partido Comunista, en el caso de Cuba, por el contrario, fue la Liga la que colaboró en la creación de la organización partidaria. En tanto que en el muy particular caso argentino, la entidad antiimperialista ayudó en cierta forma a la constitución de un partido comunista pero opositor al partido oficial, el PCA, y la generación de una nueva filial por parte de este último no estuvo tan motivada por una apuesta al trabajo en el campo anticolonial y nacionalista como al intento por golpear al partido rival, el PCO, justamente en su organización más fuerte e importante.

La apuesta de que fuera la filial mexicana de la Liga la que centralizara el trabajo de todas las otras secciones (al menos de las que estaban ubicadas en América del Norte, Centroamérica, las Antillas y América del Sur septentrional), en realidad reafirmaba el interés de la Comintern por el trabajo de los comunistas en este país. Así, se privilegió la relación con México por su reciente pasado revolucionario y por los ecos que de ellos todavía se podían percibir en aquel momento, por cierta filiación ideológica o por el apoyo más o menos visible hacia la Unión Soviética de parte de varios dirigentes nacionalistas y populistas y, más aún, por el reconocimiento diplomático que convirtió a este país en el primero en establecer relaciones formales con el Estado soviético en todo el continente. Sin embargo, chocaba contra todas estas intenciones y favoritismos la designación del comunismo estadounidense como guía para los restantes partidos latinoamericanos, obviamente, incluido el mexicano: se imponía así una visión ortodoxa en el campo del marxismo que privilegiaría a la nación más desarrollada por sobre aquellas otras más rezagadas y tradicionales. La sección mexicana y, más aún, el Comité Continental resentirían particularmente esta creciente tensión entre dos naciones que pretendían por igual la dirección continental de la Liga Antiimperialista. Más allá de los impedimentos e inhibiciones que esta tirantez pudiera haber generado, resultaron altamente significativas las acciones desarrolladas en el marco de esta organización, sobre todo, en la segunda mitad de los años '20. Así, y pese a los conflictos suscitados con la sección estadounidense (los que fueron oportunamente velados), fundamentalmente la campaña de apoyo al Gral. Sandino demostró la capacidad

organizativa de la filial mexicana y, más aún, la clara influencia que podía llegar a ejercer en la mayoría de las representaciones continentales de la LADLA. Para México, la existencia de una entidad de este tipo fue entonces relevante para asegurar su capacidad de maniobra en gran parte de las organizaciones comunistas de la región.

El ejemplo cubano, por otra parte, y aunque guarda puntos de similitud con el mexicano, mantiene su propia especificidad: tal vez como en ningún otro caso, pudo evidenciarse aquí las pretensiones autonomistas de la Liga Antiimperialista frente a los constantes intentos del Partido Comunista por controlarla, sobre todo, durante la huelga de hambre de Julio A. Mella y todavía más después, cuando se procedió a la virtual expulsión partidaria del joven dirigente revolucionario. Una tradición ideológica nacionalista y antiimperialista mucho más antigua y arraigada en la sociedad que la corriente comunista pudo, en este sentido, haber fortalecido a la sección cubana, incluso hasta el punto de independizarla durante un tiempo del control ejercido por el Partido. Pero el conflicto no era sólo a nivel de las organizaciones: al preferir vincularse con la Liga antes que con el PCC, los intelectuales y artistas de la vanguardia también rompían con la estrategia y la táctica frentista elaborada desde la Comintern. En este sentido, el ejemplo cubano resulta pertinente para tratar de entender los temores (justificados en algunos casos) de los dirigentes comunistas ante la posibilidad de una liberación de las organizaciones auxiliares, principalmente de la Liga Antiimperialista, de sus propios manejos. Sin embargo, y en gran medida una vez que fuera subsanado el conflicto en torno a Mella, la Liga volvió a actuar junto con el Partido como una de sus entidades de apoyo, desempeñando un importante papel en los tiempos de la clandestinidad así como también en la lucha contra la opresiva dictadura de Gerardo Machado.

Finalmente, y como decíamos desde un inicio, el caso argentino ciertamente expresó un contraejemplo, una efectiva y evidente muestra de las dificultades que tuvo que enfrentar el comunismo latinoamericano en su primera década de vida. Pese a que de los tres países analizados en esta investigación fue en Argentina, y por lo menos hasta fines de la década del '20, en donde el PC sufrió menos el acoso estatal, y en donde por la tradición política y de izquierda existente entre buena parte de su clase obrera mayores expectativas se tenían sobre su rápido crecimiento, sin embargo estas posibilidades fueron severamente alteradas por la sucesión de feroces luchas internas. La sección local de la Liga Antiimperialista no fue ajena a este conflictivo escenario. Por el contrario: para el período entre 1927 y 1929 pasó a ser uno de los mayores puntos de discordia entre el Partido Comunista y el Partido Comunista Obrero, llegando a existir simultáneamente dos filiales rivales, la de este último partido, reconocida incluso por el Comité Continental radicado en la Ciudad de México, y la del partido oficial, posiblemente más vinculada a Moscú. Las diferencias políticas, las distintas concepciones estratégicas y ideológicas, en fin, las pujas por el poder, fueron todos ellos elementos muy presentes en los primeros años del comunismo argentino y, por lo mismo, nos dan la pauta de que en realidad la construcción de la izquierda latinoamericana fue mucho más dificultosa de lo que en muchas ocasiones los propios dirigentes se animaron a reconocer. Analizar el ejemplo argentino resulta interesante además para comprender las complejidades de la izquierda no sólo regional sino también continental (si tomamos en cuenta a las fuertes luchas fraccionales que prácticamente por la misma época también asolaron al Workers Party estadounidense) en la que hasta bien entrados los años '20 se produjeron fuertes competencias hacia su interior entre aquellas organizaciones que buscaban el reconocimiento oficial por parte de Moscú y, en consecuencia, el monopolio de su representación en un determinado

país: de hecho, lo mismo había ocurrido en México poco después de la creación del PCM y también en Colombia algunos años más tarde. Por ello, y frente a los relatos oficiales que suelen distorsionar la memoria histórica en el logro de ulteriores propósitos políticos, revisar el ejemplo que nos ofrece Argentina resulta útil para comprender el tipo de adversidades a las que debió hacer frente el todavía joven movimiento comunista latinoamericano.

De acuerdo con lo planteado hasta el momento, se puede establecer a manera de conclusión inicial que, como toda organización política y más allá de las particularidades, grados y matices planteados por cada caso en cuestión, la Liga Antiimperialista de las Américas no estuvo exenta de luchas por el poder. Aunque éstas tendieron a expresarse de distinto modo, fueron casi todas ellas coincidentes con la tensión suscitada entre esta organización y los partidos comunistas locales (si bien, y como se vio con el caso de México, el conflicto tuvo aquí que ver con una entidad extranjera, el Workers Party, por lo que tal vez como en ningún otro lugar se logró en este país un sólido frente entre la Liga y el PC). Ciñéndose siempre a las resoluciones del Vº Congreso de la Internacional Comunista, la Liga pretendió disfrutar de un espacio de autonomía de los partidos políticos que en la práctica se vio seriamente comprometido. El peligro real de que organizaciones de izquierda y frentistas como la LADLA pudieran convertirse a futuro en un poder paralelo dentro del campo comunista y, en menor medida, la ansiedad por engrosar su cantidad de militantes y su caudal electoral, generaron en los partidos el impulso constante por controlarlas o bien por neutralizar sus efectos, llegando en algunos casos, como en el cubano, a boicotear sus campañas.

La fuerte puja con los Estados Unidos por el liderazgo de las luchas antiimperialistas del continente, con el obvio desgaste que ello supuso para la filial de la Liga en México; la creciente rivalidad, pronto devenida en abierto conflicto, entre dos facciones comunistas en Argentina, cada una con su propia Liga Antiimperialista, en búsqueda del reconocimiento por parte de Moscú y de las estructuras cominternistas de poder; y las evidentes dificultades por terminar de estructurar un Partido Comunista en Cuba, capaz de aglutinar en una misma organización a los núcleos obreros y sindicales junto con la vanguardia artística y cultural de los años '20, resguardada en entidades frentistas como la Liga, fueron todos ellos, problemas claves y urgentes a ser resueltos por la primera generación de dirigentes y teóricos marxistas. Sin embargo, no nos es posible negar que, aun con evidentes excepciones, dicha primera camada se caracterizó, en líneas generales, por su falta de experiencia, su desconocimiento acerca de la teoría leninista, su excesivo interés en la construcción partidaria y, como correlato de esto último, su desidia o directamente su creciente recelo ante la formación de organizaciones auxiliares que pudieran significar, eventualmente, un poder paralelo al de los partidos comunistas.

Por último, y en algunos casos llegando a ocupar un lugar ciertamente protagónico, las diferentes secciones de la LADLA expresaron, de distinto modo, las tensiones sociales por las que atravesó el movimiento comunista latinoamericano en sus orígenes, al buscar su propia institucionalización y, al mismo tiempo, pretender representar intereses sociales diversos y en algunos casos, hasta contradictorios, no estrictamente ceñidos a las reivindicaciones de la clase obrera, si bien ésta última fue asumida desde un primer momento como principal eje de construcción política. Estas iniciales complicaciones revelaron incluso las dificultades políticas existentes para la coordinación entre distintos

centros de poder sin querer reproducir, por ello, los consabidos mecanismos propios de la dominación imperialista. Gracias a su simple existencia, la Liga Antiimperialista de las Américas constituyó así un desafío de creciente importancia no tan sólo hacia los núcleos tradicionales del poder colonial, sino también (y en un sentido más profundo) hacia el propio movimiento comunista latinoamericano en una época en la que, todavía de un modo más intuitivo y experimental que puramente doctrinario, éste todavía se encontraba en plena construcción de su particular identidad y en la búsqueda de sus propias definiciones.

BIBLIOGRAFÍA

Libros y artículos:

AA.VV. s/a *La Internacional Comunista. Ensayo histórico sucinto* (Moscú: Editorial Progreso/Instituto de Marxismo-Leninismo anexo al CC del PCUS).

AA.VV. 1929 *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana* (Buenos Aires: La Correspondencia Sudamericana).

AA. VV. 1975 *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba anexo al Comité Central del Partido Comunista de Cuba).

AA.VV. 1982 *Pensamiento antiimperialista en Nicaragua* (Managua, Nicaragua: Instituto de Historia del Sandinismo).

AA.VV. 1985 *Historia del movimiento obrero cubano. 1865-1958* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba anexo al Comité Central del Partido Comunista de Cuba/Editora Política).

AGOSTI, Héctor 1974 *Aníbal Ponce. Memoria y presencia* (Avellaneda, Argentina: Editorial Cartago).

AGUILAR, Luis E. 1992 “Cuba, 1860-1934”, en Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina* (Barcelona: Editorial Crítica) Tomo N° 9.

ALBA, Víctor 1960 *Esquema histórico del comunismo en Iberoamérica* (México: Ediciones Occidentales).

ALEGRÍA, Claribel y D. J. Flakoll 1982 *Nicaragua: la revolución sandinista. Una crónica política / 1855-1979* (México: Ediciones Era) Serie Popular.

ALEN LASCANO, Luis 1986 *Yrigoyen, Sandino y el panamericanismo* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).

ALONSO, Jorge 1997 “Andanzas de un joven comunista”, en *Revista Memoria* (México: Centro de Estudios sobre el Movimiento Obrero y Socialista) Agosto, N° 102.

ALVAREZ, José Rogelio (director) 2000 *Enciclopedia de México* (México: EDM).

ANGELL, Alan 1974 *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile* (México: Ediciones Era).

ARÉVALO, Oscar 1983 *El Partido Comunista* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).

ARÉVALO, Oscar 1988 “Historia del Partido Comunista”, en *Revista Todo es Historia* (Buenos Aires) Abril, N° 250.

ARIAS ESCOBEDO 1994 *Breve diccionario del movimiento obrero y popular latinoamericano. Siglo XX* (Morelia: Ediciones Michoacanas) Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Colección Alborada Latinoamericana.

ARIAS GÓMEZ, Jorge 1972 *Farabundo Martí* (San José de Costa Rica: editorial Universidad Centroamericana).

ARICÓ, José 1980 “Introducción”, en *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (México: Pasado y Presente) Cuaderno N° 60.

ARROYO, Luis L. *et al.* 1978 “Preludio al futuro: pasado y presente del trabajador mexicano al norte del Río Bravo: 1600-1975”, en Gómez-Quiñones, Juan y Luis Leobardo Arroyo (comps.) *Orígenes del movimiento obrero chicano* (México: Serie Popular Era).

BALCÁRCEL, José Luis 1985 “El movimiento obrero en Guatemala”, en González Casanova, Pablo (coord.) *Historia del movimiento obrero en América Latina* (México: Siglo Veintiuno Editores) Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

BALIÑO, Carlos 1976 *Documentos y artículos* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba).

BARGELLINI, Eva 1991 “México: luchas sindicales y charrismo”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo IV.

BARKAUSEN-CANALE Christiane 1989 *Verdad y leyenda de Tina Modotti* (La Habana: Casa de las Américas).

BARTLEY, Russell H. (ed.) 1978 *Soviet historians on Latin America. Recent scholarly contributions* (Wisconsin: The University of Wisconsin Press).

BAWA, Vasant Kumar s/a “Beginnings of the concept of the third world: the rise and decline of the League against Imperialism at Brussels, 1927-30”, en *World Affairs-The Journal of International Issues* (<http://www.worldaffairsjournal.com/article1.htm>).

BERGEL, Martín 2007 “Orzábal Quintana, Arturo”, en Tarcus, Horacio (dir.) *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina. De los anarquistas a la ‘nueva izquierda’ (1870-1976)* (Buenos Aires: Emecé).

BERGMANN, Gregorio 2003 “Dos orientaciones antagónicas en América Latina: Julio Antonio Mella y Víctor Raúl Haya de la Torre”, en Cairo, Ana (coord.) *Mella. 100 años* (Editorial Oriente, Ediciones Memoria: Santiago de Cuba/La Habana). Vol. 2.

- BEYHAUT, Gustavo y Helene 1986 “América Latina: de la Independencia a la Segunda Guerra Mundial”, en *Historia Universal Siglo XXI* (México: Editorial Siglo XXI) Vol. XXIII.
- BOTEY SOBRADO 2005 *Costa Rica entre guerras: 1914-1940* (San José de Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica).
- BOTTOMORE, Tom (ed.) 1988 *Dicionário do Pensamento Marxista* (Río de Janeiro: Jorge Zahar editor).
- CABALLERO, Manuel 1978 *La Internacional Comunista y América Latina. La sección venezolana* (México: Ediciones Pasado y Presente) Cuaderno de Pasado y Presente N° 80.
- CABALLERO, Manuel 1988 *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad).
- CAIRO, Ana (coord.) 2002 *El camino de Santiago. Alejo Carpentier* (La Habana: Editorial Arte y Literatura/Universidad de La Habana).
- CAIRO, Ana (comp.) 2003 *Mella. 100 Años* (La Habana, Santiago de Cuba: Editorial Oriente, Ediciones La Memoria) 2 tomos.
- CALLABA TORRES, Juana Rosa 1998 “La alternativa oligárquico-imperialista: Machado”, en *Historia de Cuba: La Neocolonia. Organización y crisis (desde 1899 hasta 1940)* (La Habana: Instituto de Historia de Cuba) Tomo 3.
- CAMPIONE, Daniel 2005 *El comunismo en la Argentina: sus primeros pasos* (Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación).
- CARDOSO, Ciro F. S. 1992 “América Central: la era liberal, c. 1870-1930”, en Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina* (Barcelona: Editorial Crítica) Tomo N° 9.
- CARR, Barry 1996 *La izquierda mexicana a través del siglo XX* (México: Ediciones Era).
- CARR, E. H. 1976a “El socialismo en un solo país (1924-1926)”, en *Historia de la Rusia Soviética* (Madrid: Alianza) Segunda Parte, Tomo III.
- CARR, E. H. 1976b “Bases de una economía planificada (1926-1929)”, en *Historia de la Rusia Soviética* (Madrid: Alianza). Primera Parte.
- CARR, E. H. 1976c “Bases de una economía planificada (1926-1929)”, en *Historia de la Rusia Soviética* (Madrid: Alianza). Tercera Parte.
- CERDAS, Rodolfo 1983 *Sandino, el APRA y la Internacional Comunista* (Lima: Editorial Sudamérica).

COCKCROFT, James D. 2004 *América Latina y Estados Unidos. Historia y política país por país* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

COLE, G.D.H. 1962 “Comunismo y socialdemocracia (1914-1931). Segunda Parte”, en *Historia del Pensamiento Socialista* (México: Fondo de Cultura Económica) Tomo VI.

COLE, G.D.H. 1963 “Socialismo y fascismo. 1931-1939”, en *Historia del Pensamiento Socialista* (México: Fondo de Cultura Económica) Tomo VII.

CONCHEIRO BÓRQUEZ, Elvira 2004 “El comunismo en México: entre la marginalidad y la vanguardia”, en *Memoria. Revista mensual de política y cultura* (México: CEMOS) N° 179, Enero.

CORBIERE, Emilio Juan s/a *Juan B. Justo. Socialismo e imperialismo* (Buenos Aires: s/d).

CORBIERE, Emilio 1976 “La fundación del Partido Comunista”, en *Revista Todo es Historia* (Buenos Aires) Marzo, N° 106.

CORBIERE, Emilio 1984 *Orígenes del comunismo argentino (el Partido Socialista Internacional)* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).

CORBIERE, Emilio 1998 “Los archivos secretos del PC argentino. La Internacional Comunista en la Argentina (1919-1943)”, en *Revista Todo es Historia* (Buenos Aires) Julio, N° 372.

CRAGNOLINO, Silvia 1991 “Aprismo y socialismo en Perú”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo III.

CRESPO, Horacio 2007 “El comunismo mexicano en 1929: el ‘giro a la izquierda’ en la crisis de la revolución”, en Crespo, Horacio *et al. El comunismo: otras miradas desde América Latina* (México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM).

CRUZ, Vladimir de la 1984 *Las luchas sociales en Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica)

CRUZ CAPOTE, Orlando 1993 “La primera conferencia de los comunistas latinoamericanos”, en *Revista Santiago* (Santiago de Cuba: Universidad de Oriente) Enero-Junio, N° 75.

CUADERNOS DE CULTURA 1958 *Homenaje a Aníbal Ponce* (Buenos Aires) Mayo, N° 35.

CUPULL, Adys 1983 *Julio Antonio Mella en los mexicanos* (México: Ediciones El Caballito).

CUPULL, Adys y Froilán González 2002 *Hasta que llegue el tiempo* (La Habana: Editora Política).

CUPULL, Adys y Froilán González 2005 *Julio Antonio Mella y Tina Modotti contra el Fascismo* (La Habana: Casa Editora Abril).

DALLANEGRA PEDRAZA, Luis 1994 *Relaciones políticas entre Estados Unidos y América Latina: ¿predominio monroísta o unidad americana?* (Buenos Aires: Edición del Autor).

DE ARMAS, Ramón y Eduardo Torres-Cuevas 1984 “La Universidad de La Habana y la frustración republicana”, en De Armas, Ramón; Eduardo Torres Cuevas y Ana Cairo *Historia de la Universidad de La Habana 1728-1929* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

DEL CAMPO, Hugo 1991 “De la FORA a la CGT”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo III.

DESANTI, Dominique 1970 *L' Internationale Communiste* (París: Payot).

DEVÉS VALDÉS, Eduardo 2000 *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (Buenos Aires: Editorial Biblos- Centro de Investigaciones Diego Barrios Arana) Tomo 1: Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950).

DIMITROV, Jorge 2000 (1929) *El imperialismo en los Balcanes* (Marxists Internet Archive).

DRAPER, Theodore 1986 *American Communism and Soviet Rusia* (New York: Viking).

DROZ, Jacques (coord.) 1985 *Historia General del Socialismo. De 1918 a 1945* (Barcelona: Ediciones Destino).

DUJOVNE ORTIZ, Alicia 2007 *El Camarada Carlos* (Buenos Aires: Aguilar).

DUMPIERRE, Erasmo s/a *La Liga Antiimperialista de Cuba y sus vínculos con el movimiento antiimperialista internacional* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, anexo al CC del PCC).

DUMPIERRE, Erasmo 1976 “El antiimperialismo en la obra de Baliño”, en AA.VV. *Baliño. Apuntes históricos sobre sus actividades revolucionarias* (La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Provincial del PCC).

DURÁN BARBA, Jaime 1981 *Pensamiento Popular Ecuatoriano* (Banco Central del Ecuador)

DUROSELLE, J. B. 1965 *Política exterior de los Estados Unidos 1913-1945* (México: Fondo de Cultura Económica).

ESBOZO DE HISTORIA DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA ARGENTINA 1947 (Buenos Aires: Editorial Anteo).

ETCHEGOYEN, Miguel 1991 “El movimiento obrero en el Caribe”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo IV.

FADRAGAS, Alfredo M. 2001 *Mella. Nacimiento de un líder* (La Habana: Ediciones Extramuros).

FALCÓN, Jorge 1982 *El hombre en su acción* (Lima: Ediciones Hora del Hombre).

FANESSI, Pietro Rinaldo 1994 *El exilio antifascista en la Argentina* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) 2 vols.

FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto 1989 “Prólogo”, en Martí, José 1989 *Política de Nuestra América* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

FETSCHER, Iring 1975 *Comunismo. De Marx a Mao Tse-Tung* (Barcelona: Plaza y Janés).

FORNET-BETANCOURT, Raúl 2001 *Transformación del marxismo. Historia del marxismo en América Latina* (México: Plaza y Valdés Editores).

FORTES, ALEXANDRA 1999 *Da solidaridade a assistência: estratégias organizativas e mutualidade no movimento de Porto Alegre na primeira metade do século XX*, en http://64.233.167.104/search?q=cache:HgD5KZXZ0cIJ:www.ifch.unicamp.br/ael/website-ael_publicacoes/cad-10/Artigo6

FOWLER SALAMINI, Heather 1979 *Movilización campesina en Veracruz (1920-1938)* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

FRANK, Pierre 1979 *Histoire de l' International Communiste* (Paris: Éditions La Bresche).

GALASSO, Norberto 1973 *Manuel Ugarte. Del vasallaje a la liberación nacional* (Buenos Aires: EUDEBA).

GARCÍA MUNDO, Octavio 1976 *El movimiento inquilinario de Veracruz, 1922* (México: Sep/Setentas).

GODIO, Julio 1983 *Historia del movimiento obrero latinoamericano* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad) Tomo 2: Nacionalismo y comunismo, 1918-1930.

GÓMEZ-QUIÑONES 1978 “Los primeros pasos: conflictos laborales y sindicalización de los chicanos de 1900 a 1920”, en Gómez-Quñones, Juan y Luis Leobardo Arroyo (comps.) *Orígenes del movimiento obrero chicano* (México: Serie Popular Era).

GONZÁLEZ ALBERDI, Paulino s/a *Autobiografía* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación) Manuscrito.

GONZÁLEZ ALBERDI, Paulino 1968 *Los estudiantes en el movimiento revolucionario latinoamericano* (Buenos Aires: Ediciones ½ Siglo).

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo 1979 *Imperialismo y liberación. Una introducción a la historia de contemporánea de América Latina* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (coord.) 1984 *Historia del movimiento obrero en América Latina* (México: Siglo Veintiuno Editores) Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

GUANCHE, Julio César 2003 “El radicalismo intelectual. A cien años del nacimiento de Julio Antonio Mella”, en *Memoria. Revista mensual de política y cultura* (México: CEMOS) N° 178, Diciembre.

GUERBEROF, Alberto (comp.) 1985 *Izquierda colonial y socialismo criollo* (Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce).

GURVICH PERETZMAN, Natalia 2006 *La memoria rescatada. La izquierda judía en México: Fraiwelt y la Liga Popular Israelita: 1942-1946* (México: Universidad Iberoamericana).

HALPERÍN DONGHI, Tulio 1996 *Historia Contemporánea de América Latina* (México: Alianza).

HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl 1955 “Sobre la ‘Historia del comunismo en América’ y una rectificación”, en *Cuadernos Americanos* (México) Vol. XXXII, N° 4, Julio-Agosto.

HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl 1985 *El antiimperialismo y el APRA* (Santiago De Chile: Centro de Estudios Chilenos/Ediciones Nuestra América).

HAJEK, Milos 1978 “La táctica de lucha de “clase contra clase” en el VI° Congreso”, en *VI° Congreso de la Internacional Comunista. Primera parte* (México: Pasado y Presente). Cuaderno N° 66 de Pasado y Presente.

HERNÁNDEZ, Maite 2003 *Siqueiros* (Madrid: Editorial Dastin).

HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena 1997 “De Lenin a Stalin”, en *Siglo XX. Historia Universal* (Madrid: Historia 16) Vol. 10: “La URSS, de Lenin a Stalin. Guerra civil, economía y arte”.

HERNER, Irene 2004 *Siqueiros: del Paraíso a la Utopía* (México: Arte e Imagen).

HOBSBAWM, Eric 1998 *Historia del Siglo XX* (Buenos Aires: Crítica).

HODGERS, Rodolfo 1991 “El movimiento obrero norteamericano entre la crisis y la guerra”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo III.

HOETNIK, H. 1992 “La República Dominicana, c.1870-1930”, en Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina* (Barcelona: Editorial Crítica) Tomo N° 9.

HUITRON, Jacinto 1976 *Orígenes e historia del movimiento obrero en México* (México: Editores Mexicanos Unidos).

ISCARO, Rubens 1973 *Historia del Movimiento Sindical* (Buenos Aires: Editorial Fundamentos) 2 Tomos.

JAIFETS, Lazar, Víctor Jaifets y Peter Huber 2004 *La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario Biográfico* (Moscú: Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias/Ginebra: Institut pour l’Histoire du Communisme).

JARDÓN, Raúl 2003 “60 años de internacionalismo en las luchas del pueblo mexicano”, en *Revista Rebeldía* (México) N° 9, Julio.

JULIEN, Claude 1968 *El imperio norteamericano* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales del Instituto de La Habana).

JUSTO, Juan B. 1969 (1909) *Teoría y Práctica de la Historia* (Buenos Aires: Editorial Libera).

KELLOG, Frank (1927) *Memorandum* (Washington: Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos).

KERSFFELD, Daniel 2006 “Marxismo y antiimperialismo en la Liga Antiimperialista de Cuba”, en *Revista Cubana de Ciencias Sociales* (La Habana: Instituto de Filosofía, Ministerio de Ciencia, Filosofía y Medio Ambiente) N° 36/37.

KERSFFELD, Daniel 2007 “La Liga Antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo”, en Crespo, Horacio *et al. El comunismo. Otras miradas desde América Latina* (México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM/Editorial Siglo Veintiuno).

KOCH, Stephen 1997 *El fin de la inocencia. Willi Münzenberg y la seducción de los intelectuales* (Barcelona: Tusquets).

KOHAN, Néstor 1999 *Deodoro Roca, el hereje* (Buenos Aires: Editorial Biblos).

KOHAN, Néstor 2003 “Mella, reforma universitaria y revolución”, en Cairo, Ana (comp.) *Mella. 100 Años* (La Habana, Santiago de Cuba: Editorial Oriente, Ediciones La Memoria).

KRIEGEL, Annie 1984 “La Tercera Internacional”, en Droz, Jacques (org.) *Historia General del Socialismo* (Barcelona: Ediciones Destino).

LARRA, Raúl 1957 *Mosconi, General del petróleo* (Buenos Aires: Editorial Futuro).

LAURÍA SANTIAGO, Aldo y Jeffrey L. Gould 2005 “‘Nos llaman ladrones y se roban nuestro salario’: hacia una reinterpretación de la movilización rural salvadoreña, 1929-1931” en *Revista Historia*, N° 51-51, enero-diciembre <http://72.14.205.104/search?q=cache:wZv23cuG2cIJ:www.latindex.ucr.ac.cr/descargador.php%3Farchivo%3Dhst001-06+%22>

LECOUTURE, Jean 1968 *Ho Chi Minh* (Great Britain: Penguin Books).

LENIN, Vladimir 1979 *El despertar de Asia* (Moscú: Editorial Progreso).

LENIN, Vladimir s/a (1916) *El imperialismo y la escisión del socialismo* (Moscú: Editorial Progreso).

LENIN, Vladimir s/a *El imperialismo y los imperialistas* (Moscú: Editorial Progreso).

LENIN, Vladimir 1975 *Qué hacer* (Madrid: Akal).

LIST ARZUBIDE, Germán 1980 *El movimiento estridentista* (Jalapa, Veracruz: Horizonte).

LIST ARZUBIDE, Germán 1983 *El Estridentismo, antología* (México: Unidad Editorial/Difusión Cultural, Universidad Nacional Autónoma de México).

LO STATO OPERAIO (1927) *Il Congresso antiimperialista di Bruxelles* (París) Año 1, N°1, Marzo.

LÓPEZ CIVEIRA, Francisca 2001 *Los hermosos veinte* (La Habana: Editorial Gente Nueva).

LOVESTONE, Jay 1925 *American imperialism: the menace of the greatest capitalist world power* (Chicago: Workers Party of America)

LÖWY, Michael 2000 *O Marxismo na América Latina. Uma antologia de 1909 aos dias atuais* (Sao Paulo: Fundacao Perseu Abramo).

LOYOLA, Manuel y Jorge Rojas (comps.) 2000 *Por un rojo amanecer: hacia una historia de los comunistas chilenos* (Santiago: s/d).

LOZANO ROS, Jorge Juan 203 “Los XXX Manicatos: una fraternidad legendaria”, en Cairo, Ana (comp.) *Mella. 100 Años* (La Habana, Santiago de Cuba: Editorial Oriente, Ediciones La Memoria).

MALDONADO-DENIS, Manuel 1988 *Puerto Rico. Una interpretación histórico-social* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

MARIANETTI, Benito 1976 *Manuel Ugarte. Un precursor en la lucha emancipadora de América Latina* (Buenos Aires: Ediciones Sílabas).

MARIÁTEGUI, José Carlos 1982 (1929) “Punto de vista antiimperialista”, en Lowy, Michael (comp.) *El marxismo en América Latina (de 1909 a nuestros días)* (México: Ediciones Era).

MARIÁTEGUI, José Carlos 1984 (1924) “La unidad de la América Indoespañola”, en *Obra Política* (México: Ediciones Era).

MARICHAL, Carlos “Introducción”, en Marichal, Carlos (coord.) 2002 *México y las Conferencias Panamericanas* (México).

MARJOMAA, Risto 2005 “The LACO and the LAI: Willi Münzenberg and Africa”, en *Comintern Working Paper/CoWoPa* N° 4.

MÁRQUEZ FUENTES, Manuel y Octavio Rodríguez Araujo 1981 *El Partido Comunista Mexicano* (México: Ediciones El Caballito).

MARSISKE SCHULTE, Renata 2004 *Historia de la autonomía universitaria en América Latina en Perfiles educativos* (México) Vol. 26.

MARTÍ, José 1989 *Política de Nuestra América* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

MARTÍNEZ DE LA TORRE, Ricardo s/a *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú* (Lima: Universidad Mayor de San Marcos).

MARTÍNEZ DÍAZ, Nelson 1997 “El mundo americano”, en *Siglo XX. Historia Universal* (Madrid: Historia 16/Temas de Hoy) Vol. 4.: América entra en escena. Expansionismo de Estados Unidos y Revolución Mexicana.

MARX, Karl y Friedrich Engels 1987 *Materiales para la historia de América Latina* (México: Pasado y Presente) Cuaderno N° 30.

MASSÓN SENA, Caridad 2004 *Mella y el movimiento obrero mexicano* (La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”).

MASSÓN SENA, Caridad 2005 “La izquierda cubana en los años treinta”, en *Cuadernos Americanos* (México: UNAM) N° 109, Vol. 1, Enero-Febrero.

MELGAR BAO, Ricardo 1990 *El movimiento obrero latinoamericano. Historia de una clase subalterna* (México: Alianza). Tomos I y II.

MELGAR BAO, Ricardo 2002 “Redes del exilio aprista en México (1923-1924), una aproximación”, en Yankelevich, Pablo (coord.) *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX* (México: Plaza y Valdés/CONACULTA).

MELGAR BAO, Ricardo 2005 “La recepción del orientalismo antiimperialista en América Latina: 1924-1929, en *Cuadernos Americanos* (México: UNAM) N° 109.

MELGAR BAO, Ricardo 2004 *Cultura y política del exilio latinoamericano. Utopía y revolución en el exilio venezolano en México* (Morelos: Instituto Nacional de Antropología e Historia).

MELGAR BAO, Ricardo 2004 *El universo simbólico de una revista cominternista: Diego Rivera y El Libertador* (Morelos: Instituto Nacional de Antropología e Historia).

MELGAR BAO, Ricardo 2006/7 “Un neobolivarismo antiimperialista: La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas” en *Políticas de la Memoria* (Buenos Aires: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina-CEDINCI) N° 6/7.

MELGAR BAO, Ricardo 2007 “Una cultura política en formación: los cominternistas centroamericanos”, en Crespo, Horacio *et al. El comunismo: otras miradas desde América Latina* (México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM).

MELGAR BAO, Ricardo y Eduardo Devés Valdés 2005 “El pensamiento del Asia en América Latina. Hacia una cartografía”, en *Revista de Hispanismo Filosófico* (Madrid) Octubre, N° 10.

MELLA, Julio Antonio 1968 “¿Qué es el ARPA?” en Tíbol, Raquel 1968 *Julio Antonio Mella en El Machete* (México: Fondo de Cultura Popular).

MELLA, Julio A. 1975 (1918) “Primeros síntomas de renovación en el alumnado”, en *Mella: documentos y artículos* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba).

MELLA, Julio A. 1978a (1925) “Hacia la Internacional Americana”, en *Escritos Revolucionarios* (México: Siglo Veintiuno).

MELLA, Julio A. 1978b (1926) “Carta a Barreiro, Pérez Escudero, Bernal y otros”, en *Escritos Revolucionarios* (México: Siglo Veintiuno).

MELLA, Julio A. 1978c (1926) “Carta a Gustavo Aldereguía”, en *Escritos Revolucionarios* (México: Siglo Veintiuno).

MELLA, Julio Antonio 1975 *Documentos y artículos* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba).

MELLA, Julio Antonio 1978 *Escritos revolucionarios* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

MEYER, Jean 1992 “México: revolución y reconstrucción en los años veinte”, en Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina* (Barcelona: Editorial Crítica) Tomo N° 9.

MIROSHEVSKI, V. M. 1980 “El ‘populismo’ en el Perú. Papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social latinoamericano”, en Aricó, José (coord.) *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (México: Ediciones Pasado y Presente) Cuaderno de Pasado y Presente N° 60.

MOLINA JIMÉNEZ, Iván 2004 *La estela de la pluma. Cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX* (Heredia, Costa Rica: Editorial Universitaria Nacional).

MORAES, Frank 1962 *Nehru* (México: Biografías Ganesa).

MORISON, Samuel Eliot y Henry Steele Commager 1951 *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica* (México: Fondo de Cultura Económica) Tomo III.

NEUFAL TUENA, Georgina 1996 *Jesús Silva Herzog, años de formación (1892-1932)* (México: Editorial Cambio XXI/Instituto de Investigaciones Económicas)

NUDELMAN, Ricardo 2001 *Diccionario de política latinoamericana del siglo XX* (México: Editorial Océano).

NUÑEZ MACHÍN, Ana 1974 *Rubén Martínez Villena* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

O'MALLEY, Kate 2003 “The League Against Imperialism: British, Irish and Indian connections”, en *Communist History Network Newsletter* (Dublin: The Centre for Contemporary Irish History, Trinity College) <http://les1.man.ac.uk/chnn/CHNN14P.html> N° 14, SPRING 2003.

ORIOLO, Jordán 1994 *Antiesbozo de la historia del Partido Comunista (1918-1928)* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) 2 vols.

OROZCO, José Luis 1984 *Las primicias del imperio. Testimonios norteamericanos* (Puebla, México: Premiá).

ORTEGA, Víctor Joaquín 2003 *El Rusito* (La Habana: Ediciones La Memoria) Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau.

PAKKASVIRTA, Jussi 2000 *Víctor Raúl Haya de la Torre en Centroamérica ¿La primera y última fase del aprismo internacional?* (ponencia presentada en el V Congreso Centroamericano de Historia de San Salvador, República de El Salvador) http://www.helsinki.fi/hum/ibero/xaman/articulos/2000_05/pakkasvirta.html

- PAOLI, Francisco J. y Enrique Montalvo 1987 *El socialismo olvidado de Yucatán* (México: Siglo Veintiuno).
- PARIS, Robert 1981 *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui* (México: Pasado y Presente) Cuaderno N° 92.
- PARIS, Robert y Madeleine Rebérioux 1979 “Socialismo y comunismo en América Latina”, en Droz, Jacques (org.) *Historia General del Socialismo* (Barcelona: Ediciones Destino).
- PARKMAN, Patricia 2003 *Insurrección no violenta en El Salvador. La caída de Maximiliano Hernández Martínez* (San Salvador, El Salvador: Concultura).
- PASADO Y PRESENTE 1978 VI° *Congreso de la Internacional Comunista. Informes y discusiones* (México: Siglo Veintiuno) Primera y segunda parte. Cuaderno de Pasado y Presente N° 67.
- PASO, Leonardo 1983 *Historia de los partidos políticos en la Argentina 1900-1930* (Buenos Aires: Editorial Directa).
- PÉREZ CRUZ, Felipe 1980 *Mella y la Revolución de Octubre* (La Habana: Editorial Gente Nueva).
- PETERSSON, Fredrik 2005 “‘We are no visionaries and utopian dreamers’-Fragments and reflections regarding the League Against Imperialism”, en *Comintern Working Paper/CoWoPa* N° 1.
- PETRUJIN A. y E. Churílov 1985 *Farabundo Martí* (Moscú: Editorial Progreso).
- PICHARDO, Hortensia 1973 *Documentos para la historia de Cuba* (La Habana: Instituto Cubano del Libro/Editorial de Ciencias Sociales) Tomo 3.
- PITA GONZÁLEZ, Alejandra 2004 *Intelectuales, integración e identidad regional. La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación, 1922-1930* (México: Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México). Tesis de doctorado.
- PONCE, Aníbal 1963 (1933) “Las masas de América contra la guerra en el mundo”, en *El viento en el mundo* (Buenos Aires: Editorial Futuro).
- PLASENCIA MORO, Aleida 1976 “Apuntes biográficos”, en AA.VV. *Baliño. Apuntes históricos sobre sus actividades revolucionarias* (La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Provincial del PCC).
- PLASENCIA MORO, Aleida 1984 “Historia del movimiento obrero en Cuba”, en González Casanova, Pablo (coord.) *Historia del movimiento obrero en América Latina* (México: Siglo Veintiuno Editores) Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

PORTANTIERO, Juan Carlos 1978 *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria 1918-1938* (México: Siglo XXI).

QUINTERO RIVA, Ángel G. 1992 “Puerto Rico, c. 1870-1940”, en Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina* (Barcelona: Editorial Crítica) Tomo N° 9.

RAMA, Carlos M. 1976 *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo* (Barcelona: Editorial Laia).

RAMÍREZ, Sergio (comp.) 1980 *El pensamiento vivo de Sandino* (La Habana: Casa de las Américas) Colección Pensamiento de Nuestra América.

RAMÍREZ NOVA, E. 1955 *La farsa del Panamericanismo y la unidad indoamericana* (Buenos Aires: Editorial Indoamericana).

RAMOS, Jorge Abelardo 1972 *La Nación Latinoamericana* (Buenos Aires: Editorial Coyoacan).

RAMOS, Jorge Abelardo 1990 *Breve historia de las izquierdas en la Argentina* (Buenos Aires: Editorial Claridad) Tomo 1.

RAMOS, Alejandro Paulino 2005 *El Paladión en la historia dominicana: juventud y política durante la Ocupación Militar Americana*, en http://historiadominicana.blogspot.com/2005_09_01_archive.html

RAVINES, Eudocio 1974 *La gran estafa (la penetración del Kremlin en Iberoamérica)* (Estados Unidos: Lectorum Corporation).

REGALADO, Antero 1979 *Las luchas campesinas en Cuba* (La Habana: Editorial Orbe)

REIG ROMERO, Carlos (comp.) 2005 *Correspondencia de Rubén Martínez Villena (mayo/1912-mayo/1933)* (La Habana: Editorial Unicornio).

RIVERA CASTRO, José 1996 “En la presidencia de Plutarco Elías Calles”, en González Casanova, Pablo *La clase obrera en la historia de México* (México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM) Vol. 8.

ROA, Raúl 1960 “Una semilla en un surco de fuego”, en Martínez Villena, Rubén *La pupila insomne* (La Habana: Publicaciones del Gobierno Provincial Revolucionario de La Habana).

ROA, Raúl 1982 *El fuego de la semilla en el surco* (La Habana: Editorial Letras Cubanas).

ROA, Raúl 1985 “Trayectoria y balance del ciclo revolucionario”, en Cabrera, Olga *El antiimperialismo en la historia de Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

ROCA, Blas 1975 “Prólogo al folleto ‘Verdades del socialismo’”, en *El movimiento obrero cubano. Documentos y artículos* (La Habana: Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba).

RODRÍGUEZ, Rolando 2003 “El pensamiento y la acción sin fronteras de Julio Antonio Mella”, en Cairo, Ana (comp.) *Mella. 100 Años* (La Habana, Santiago de Cuba: Editorial Oriente, Ediciones La Memoria).

RODRÍGUEZ DÍAZ, María del Rosario (coord.) 1997 *1898. Entre la continuidad y la ruptura* (Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo).

RODRÍGUEZ DÍAZ, María del Rosario 2003 *El “Destino Manifiesto”. El pensamiento expansionista de Alfred Thayer Mahan 1890-1914* (México: Editorial Porrúa).

ROJAS BLAQUIER, Angelina 2003 “Juan Marinello y el Partido Comunista de Cuba”, en *Cuadernos Cubanos de Historia* (La Habana) N° 2.

ROJAS BLAQUIER, Angelina 2005 “El partido de los nuevos tiempos. A 80 años de la fundación del primer Partido Comunista de Cuba”, en *Cuba Socialista* (La Habana) Tercera Época, N° 37, Octubre-Diciembre.

ROJAS BLAQUIER, Angelina 2005 *El primer Partido Comunista de Cuba. Sus tácticas y estrategias. 1925-1935* (Santiago de Cuba: Editorial Oriente).

ROMÁN, Haidée 1991[a] “Huelga general en Gran Bretaña”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo III.

ROMÁN, Haidée 1991[b] “Marcha de hambre sobre Londres”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo III.

ROSAL, Amaro del 1963 *Los congresos obreros internacionales del siglo XX: de 1900 a 1950* (México: Editorial Grijalbo).

ROSALES GARCÍA, Juana 1999 “Rubén Martínez Villena: reflexiones en su centenario”, en *Revista Cuba Socialista* (La Habana) 3ra época, N° 16.

SACCHI, Hugo 1991 “La Tercera Internacional”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo III.

SALA DE TOURON, Lucía y Jorge E. Landinelli 1984 “50 años del movimiento obrero uruguayo”, en *Historia del movimiento obrero en América Latina* (México: Siglo Veintiuno Editores) Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

SCARON, Pedro 1987 “A modo de introducción”, en *Materiales para la historia de América Latina* (México: Pasado y Presente) Cuaderno N° 30.

SCHENKOLEWSKI-KROLL, Silvia 1992 “El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe* (Israel: Universidad de Tel Aviv) N° 2.

SCHLESINGER, Rudolf 1977 *La Internacional Comunista y el problema colonial* (México: Ediciones Pasado y Presente) Cuaderno de Pasado y Presente N° 52.

SEGALA, Amos (coord.) 1988 *Miguel Ángel Asturias. París 1924-1933: periodismo y creación literaria* (San José de Costa Rica: Universidad de Costa Rica).

SELSER, Gregorio 1984 *Sandino, general de hombres libres* (Buenos Aires: Editorial Abril).

SELSER, Gregorio 1991a “El caso Sacco y Vanzetti”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo III.

SELSER, Gregorio 1991b “El resurgimiento de las luchas obreras en los Estados Unidos: los I.W.W.”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo III.

SELSER, Gregorio 1991c “La AFL y las grandes huelgas”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo II.

SELSER, Gregorio 1991d *Luchas sindicales históricas de los obreros en Estados Unidos* (México: Universidad Obrera de México).

SELSER, Gregorio 2001 *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina* (México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM-Universidad Obrera de México “Vicente Lombardo Toledano”) Tomo III: 1899-1945.

SERVIAT, Pedro 1976 “Sus actividades en el movimiento socialista hasta la formación del Partido Comunista en Cuba”, en AA.VV. *Baliño. Apuntes históricos sobre sus actividades revolucionarias* (La Habana: Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Provincial del PCC).

SIEPE, Raimundo y María Monserrat Llairó 1994 “Peripecias de la diplomacia argentina en la Revolución Bolchevique”, en Revista *Todo es Historia* (Buenos Aires) Mayo, N° 322.

SIQUEIROS, David A. 1977 *Me llamaban El Coronelazo* (México: Grijalbo).

SIZONENCO, Alexandr 1991 *Por caminos intransitados. Los primeros diplomáticos y científicos soviéticos en América Latina* (México: Siglo Veintiuno).

SMITH, Tony 1984 *Los modelos del imperialismo: Estados Unidos, Gran Bretaña y el mundo tardíamente industrializado desde 1815* (México: Fondo de Cultura Económica).

SOLER, Ricaurte 1987 *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

SOLER, Ricaurte 1989 *Panamá. Historia de una crisis* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

SPENCER, Daniela 1998 *El triángulo imposible. México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte* (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-CIESAS).

SPIILIMBERGO, Jorge E. 1974 *Juan B. Justo y el socialismo cipayo* (Buenos Aires: Editorial Octubre).

SUÁREZ DÍAZ, Ana 2004 *Cada tiempo trae una faena... Selección de correspondencia de Juan Marinello Vidaurreta 1923-1940* (La Habana: Editorial José Martí/Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello) 2 Tomos.

TABARES DEL REAL, José A. 1990 *Guiteras* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

TABARES DEL REAL, José A. 1998 “Proceso revolucionario: ascenso y reflujo (1930-1935)”, en *Historia de Cuba: La Neocolonia. Organización y crisis (desde 1899 hasta 1940)* (La Habana: Instituto de Historia de Cuba) Tomo 3.

TAMAYO, Jaime 1987 “En el interinato de Adolfo de la Huerta y el gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924)”, en González Casanova, Pablo *La clase obrera en la historia de México* (México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM) Vol. 7.

TARACENA ARRIOLA, Arturo 1985 “Aporte documental al ‘pensamiento vivo de Sandino’. Tres nuevos textos”, en *Revista de Historia* (San José: Escuela de Historia-Centro de Investigaciones Históricas) Julio-Diciembre.

TARCUS, Horacio (dir.) 2007 *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina. De los anarquistas a la ‘nueva izquierda’ (1870-1976)* (Buenos Aires: Emecé).

TERÁN, Oscar 1983 *Aníbal Ponce: ¿el marxismo sin nación?* (Mexico: Ediciones Pasado y Presente). Cuadernos de Pasado y Presente N° 98.

TIBOL, Raquel 1968 *Julio Antonio Mella en El Machete* (México: Fondo de Cultura Popular).

TIBOL, Raquel 1973 *Siqueiros. Vida y obra* (México: Complejo Editorial Mexicano) Colección Metropolitana.

TORO GONZÁLEZ, Carlos del y Gregorio E. Collazo Pérez 1998 “Primeras manifestaciones de la crisis del sistema neocolonial” (1921-1925)”, en *Historia de Cuba:*

La Neocolonia. Organización y crisis (desde 1899 hasta 1940) (La Habana: Instituto de Historia de Cuba) Tomo 3.

TREJO DELARBRE, Raúl 1984 “Historia del movimiento obrero en México, 1860-1982”, en González Casanova, Pablo (coord.) *Historia del movimiento obrero en América Latina* (México: Siglo Veintiuno Editores) Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

TRÍAS, Vivian 1972 *Historia del imperialismo norteamericano* (Buenos Aires: A. Peña Lillo Editorial) Tomo I.

TURNER, Jorge 1985 “Raíces históricas y perspectivas del movimiento obrero panameño”, en González Casanova, Pablo (coord.) *Historia del movimiento obrero en América Latina* (México: Siglo Veintiuno Editores) Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

VARAS, Augusto (comp.) 1988 *El Partido Comunista en Chile (estudio multidisciplinario)* (Santiago: CESOC/FLACSO).

VARGAS, Otto 2004 *El marxismo y la revolución argentina* (Buenos Aires: Editorial Ágora) 2 tomos.

VIDALI, Vittorio 1984 *Retrato de mujer. Una vida con Tina Modotti* (México: Universidad Autónoma de Puebla)

VILLEGAS, Abelardo 1986 *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano* (México: Siglo Veintiuno Editores).

VITALE, Luis 2002 *De Bolívar al Che. La larga marcha por la unidad y la identidad latinoamericana* (Buenos Aires: Cucaña Ediciones).

VITALE, Luis y Raúl Domínguez 1981 *Salvador de la Plaza. Sus trabajos y sus días* (Caracas: UCV).

WILLET, John 1983 “Arte y revolución”, en Hobsbawm, Eric (coord.) *Historia del marxismo: La época de la IIIa Internacional* (Madrid: Bruguera) Tomo II.

WINOCUR, Marcos 1991 “¡Sin obreros no hay azúcar!”, en *Historia del Movimiento Obrero* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) Tomo III.

WOLFE, Bertrand 1986 *La fabulosa vida de Diego Rivera* (México: Editorial Diana/Secretaría de Educación Pública).

YOPO, Boris 1988 “Las relaciones internacionales del Partido Comunista”, en *El Partido Comunista en Chile (estudio multidisciplinario)* (Santiago: CESOC/FLACSO).

ZAMUDIO BARRIOS, Arturo 1992 *Las prisiones de Héctor Agosti* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina) 2 vols.

ZAPATA, Francisco 2001 *Ideología y política en América Latina* (México: El Colegio de México).

ZINN, Howard 2005 *La otra historia de los Estados Unidos* (México: Editorial Siglo Veintiuno).

ZWICK, Jim 2005 “The All-America Anti-Imperialist League”, en *Anti-Imperialism in the United States, 1898-1935* (<http://www.boondocksnet.com/ai>).

Diarios y periódicos:

Acción (órgano de la Liga Antiimperialista, sección argentina de la Liga Mundial contra el Imperialismo) 1932-1933.

América Libre (periódico no oficial de la sección de la LAI cubana) N° 1 y 2, 1927.

Arbeiter Zeitung (periódico del Partido Comunista Alemán) Julio de 1929.

Atuei (órgano de la sección cubana del APRA) 1927-8.

Boletín de la Liga Antiimperialista (sección argentina) 1926.

El antiimperialista (periódico de la LAI de Cuba) 1933-4.

El Libertador (órgano de la LADLA, México) 1925-1929. Edición Facsimilar Original

El Machete (periódico del Partido Comunista Mexicano) 1924-1925, 1930-1931, 1937-1938.

La Chispa (periódico del Partido Comunista Obrero de la Argentina) 1926-1929.

Labor 1995 (1928-9) (Lima: Editora Amauta S. A.) Edición en facsímile.

Liberación (periódico mensual de la Liga Antiimperialista, sección argentina) 1927-1928.

La Internacional (periódico del Partido Comunista Argentino) 1925-1932.

Le Drapeau Rouge (periódico del Partido Comunista Belga) Febrero de 1927.

Masas (órgano de la Liga Antiimperialista de Cuba) 1934-5.

Mundo Obrero (órgano del Buró del Caribe de la Comintern, Nueva York) 1931-3.

Revista de Oriente (órgano de la Asociación de Amigos de Rusia, Buenos Aires) 1925-1926

Venezuela Libre (periódico no oficial de la LAI cubana La Habana) 1925-6.

Documentos:

Archivo de la Internacional Comunista en la Argentina (1919-1943), en el CCC (Centro Cultural de la Cooperación: Unidad de Información).

Documentos y volantes del CEDINCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina).

“Gregorio Gelman s/: cancelación de Carta de Ciudadanía (Legajo N° 25.242)”, Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Civil y Comercial, Buenos Aires, Argentina.

Internacional Comunista (Comintern). *Su relación con el PC de la Argentina* (1921-1940) (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación).

League against Imperialism and for National Independence 1929 *Affiliated, associated and sympathising organisations* (Berlín: International Secretariat) Julio.

League against Imperialism and for National Independence 1928-29 *Documentos* (Berlín: International Secretariat) Septiembre y Julio.

Liga gegen Imperialismus und für Nationale Unabhängigkeit 1927 *Statut* (Berlín: Internationales Sekretariat).

Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso (México: Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología) 24 rollos de microfilm.

Secretaría de Relaciones Exteriores de México 1956 *Conferencias internacionales americanas 1889-1936. Recopilación de tratados y otros documentos* (México).

Archivos y centros de documentación consultados

México:

Archivo General de la Nación (Ciudad de México)

Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología (Ciudad de México)

Biblioteca Central de la UNAM (Ciudad de México)

Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS/Ciudad de México)

Cuba:

Instituto de Historia de Cuba (La Habana).

Archivo Histórico Nacional (La Habana).

Biblioteca del Centro de Estudios Martianos (La Habana).

Instituto de Literatura y Lingüística (La Habana).

Biblioteca Nacional José Martí (La Habana).

Biblioteca de la Universidad de La Habana.

Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello (La Habana).

Argentina:

Biblioteca del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CEDINCI/Buenos Aires).

Biblioteca del Congreso (Buenos Aires)

Biblioteca Nacional (Buenos Aires)

Unidad de Información del Centro Cultural de la Cooperación (Buenos Aires)

Internet:

http://foia/fbi.gov/allamerican//al_american_imperialist_league.pdf.

Entrevista

Sr. Manuel Corrales (5/1/06, en La Habana, Cuba), titular de la Biblioteca Memorial Juan Marinello.

APÉNDICES

APÉNDICE A:

Las secciones latinoamericanas de la Liga Antiimperialista¹

Brasil

Luego de un primer ensayo a principios de 1927 bajo la dirección de Eduardo Mattos, la sección fue reorganizada en 1928 por el Partido Comunista Brasileño ante la próxima visita del presidente electo Herbert Hoover a Río de Janeiro. Anteriormente, era el propio Partido Comunista quien se encargaba de manera directa de la agitación imperialista por medio de demostraciones populares, aunque la policía por lo general no las permitía. El nuevo secretario de la organización fue el dirigente socialista y revolucionario Mauricio Lacerda, creador también del Partido Libertador, en tanto que el Tercer Congreso del Partido Comunista, que tuvo lugar entre diciembre de 1928 y enero de 1929 y que creó el Bloque Obrero y Campesino, estimuló la actuación de la Liga entre los trabajadores, organizaciones antifascistas, masas de inmigrantes e inquilinos pobres, siempre con la intención de “enraizar cada vez más nuestra influencia comunista en el seno de las masas trabajadoras” (Fortes, Alexandre, 1999). Así, la Liga se fue estructurando en base a la afiliación institucional e individual. Uno de los principales activistas de esta organización fue Luis Carlos Prestes quien junto con el argentino Rodolfo Ghioldi participó en varios actos políticos en los que reclamó la necesidad de una revolución de carácter agrario y antiimperialista para Brasil. Otros importantes colaboradores fueron los dirigentes comunistas Octavio Brandao (quien además escribía en *El Libertador* bajo el seudónimo de Fritz Meyer) y Leoncio Basbaum, así como también la anarquista y feminista María Lacerda de Moura. En 1929, durante el Congreso de Frankfurt, el delegado Raúl Karacik propuso al historiador y sociólogo Edgardo de Castro Rebello para integrar el Comité Ejecutivo de la Liga contra el Imperialismo. Pese a las importantes perspectivas de acción de la sección brasileña, su actuación fue más bien pobre, en parte motivadas por unas relaciones con el Partido que nunca fueron demasiado fáciles.

Colombia

La sección colombiana se constituyó en 1925, entre otros, gracias a la participación del dirigente comunista Ignacio Torres Giraldo. Su primer secretario fue Juan de Dios Romero, referente del Partido Socialista Revolucionario (PSR) y del ala reformista del movimiento obrero. Junto con Miguel Olave, uno de los principales activistas en la zona de Cali, y Tomás Uribe Márquez, Secretario General del PSR, de Dios Romero colaboró con *El Libertador* y estuvo al frente de la Liga hasta 1927, período en la que la organización atravesó distintos inconvenientes, obteniendo momentos de gran actividad combinados con otros de inercia política, en gran parte, debido a la dificultad por

¹ La mayor parte de la información está extraída de la *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México), revista *El Libertador*, material del Instituto de Historia de Cuba (La Habana), y AA.VV. 1929 *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana* (Buenos Aires: La Correspondencia Sudamericana); Caballero, Manuel 1988 *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad); y Jaifets, Lazar *et al.* 2004 *La Internacional Comunista y América Latina. Diccionario Biográfico* (Moscú/Ginebra: Instituto de Latinoamérica de la Academia de las Ciencias/Institut pour l’Histoire du Communisme).

construir una organización revolucionaria en la que se impidiera la entrada a los agentes infiltrados por el gobierno como también por las fuertes divisiones que asolaban a la izquierda y al movimiento revolucionario colombiano. Pese a ello, y gracias a la actuación de la Liga, se pudo influenciar en los distintos núcleos comunistas existentes en ese país, contribuyendo a su posterior unificación y haciendo que el Tercer Congreso Obrero, de 1926, adoptara resoluciones en favor suyo. Asimismo, y como ocurrió con otras secciones, también en la colombiana se obtuvo la colaboración de importantes referentes del mundo de la cultura, como fue el caso de José María Vargas Vila. El Partido Socialista Revolucionario intentó enviar delegados al Congreso de Bruselas, pero finalmente le resultó imposible hacerlo, por lo que le solicitó su representación al venezolano Gustavo Machado. Poco después, y a causa de su propia naturaleza multclasista y pluripartidaria, esta sección entró en crisis durante al giro sectario del comunismo. Por esta misma época, el movimiento antiimperialista y comunista colombiano se fortaleció con la presencia en el país del dirigente cubano Jorge A. Vivó, quien cumplió diversas tareas partidarias en el país hasta su deportación en enero de 1929.

Por otro lado, tanto el Partido como los sindicatos desarrollaron importantes campañas antiimperialistas, destacándose por su contenido antinorteamericano las protestas y huelgas encabezadas por las trabajadoras bananeras a fines de 1928. Dirigentes como Raúl Mahecha, Moisés Prieto y Heraclio Matallana manifestaron su interés por resucitar a la Liga Antiimperialista Colombiana. Uno de los dirigentes de la huelga bananera y de la LADLA, el obrero Luis Castrillón fue candidato a presidente en 1929 y, en el mismo año, fue propuesto para entrar a formar parte del Comité Ejecutivo de la Liga contra el Imperialismo por Laureano Caicedo y Raúl Mahecha, quienes asistieron al Congreso de Frankfurt como representante de la LADLA el primero y como delegado del PSR y de las Ligas de Ecuador y Perú el segundo. El Tercer Pleno Nacional del Partido Comunista de Colombia, a principios de 1934, acordó la refundación de la Liga Antiimperialista ahora con un perfil decididamente antifascista y antibelicista.

Costa Rica

En el contexto de las crecientes luchas anticoloniales vividas en el país en la segunda mitad de los años '20, y bajo el fuerte impulso continental generado por el Congreso de Bruselas, en enero de 1927 se fundó en San José la sección local de la Liga Antiimperialista de las Américas. Como experiencias previas se encontraban la Sección costarricense del APRA (en la cual estaban Luisa González, Gonzalo González y Carmen Lyra, antes de su militancia en el comunismo) y la Liga Cívica Juan Rafael Mora (con la presencia de Alejandro Alvarado Quirós y Ricardo Fournier). Fundada y conducida por Manuel Mora Valverde, dirigente del Partido Reformista, esta sección de la LADLA estuvo en sus inicios integrada por trabajadores manuales, clases medias e intelectuales, y tuvo como principal línea de acción la solidaridad con el combate desarrollado por Sandino en Nicaragua y, consecuentemente, el rechazo a la intervención estadounidense en toda la región (Botey Sobrado, 2005: 87). En este sentido, y a fines de marzo de 1927, la sección local de la Liga organizó un multitudinario acto estudiantil contra la política norteamericana en Centroamérica y contra la dictadura de Juan V. Gómez en Venezuela que contó con la participación, como oradores, de Servando Reina, Jaime C. Quesada, Jesús Vega, Marcelino Canales y Rafael Guillén.

Por otra parte, en los últimos días de 1927, la Liga y en general el movimiento comunista vivió un importante impulso con la presencia en el país de Jorge A. Vivó, uno de los principales cuadros de Cuba y de México que residiría en Costa Rica hasta marzo del siguiente año cumpliendo diversas labores políticas. En 1928 la LADLA constituyó en Costa Rica una filial del Comité Manos Fuera de Nicaragua con la popular escritora comunista Carmen Lyra al frente. Asimismo, un papel no menor fue la influencia generada desde la prestigiosa publicación *Repertorio Americano* la que, dirigida por Joaquín García Monge, impactaría en realidad en todo el mundo letrado de la región. En 1930, la Liga Antiimperialista, junto con el APRA, se metieron de lleno en la discusión por los contratos de exportación de bananas, principal recurso económico del país, mientras que en 1931 contribuyó a fundar el Partido Comunista Costarricense.

Ante el avance de los círculos fascistas en el país, se formó una filial de la LADLA en el seno de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica, a la que se vincularía luego la Asociación Revolucionaria de Cultura Obrera, posibilitando además la formación de las Universidades Populares. Nuevamente conducido por Mora Valverde, el grupo se integro por estudiantes como Claudio Alvarado Oreamuno, Celio Remo Porras, Luis Carballo Corrales, Jaime Cerdas Mora, Manuel Zamora, Ricardo Coto Conde, Fernando Mora y el estudiante venezolano exiliado Rómulo Betancourt, quien había llegado a Costa Rica en 1929. El principal blanco de sus ataques fue el Secretario de Gobernación, Manuel Gurdíán, quien había cerrado una radioemisora de la ciudad de Heredia que estaba combatiendo a las compañías eléctricas (de las que Gurdíán había sido su abogado), estableciendo además censura contra aquellos libros de tendencias radicales que entraban al país (De la Cruz, 1983: 241)

Chile

La Liga Antiimperialista de Chile tuvo su origen entre 1927 y 1928, año en el VI° Congreso de la Comintern le dio una importancia a la realidad política y social latinoamericana hasta ese entonces nunca antes concedida, por lo menos, de manera tan directa y elocuente. En este sentido, y teniendo en cuenta que “el PC Chileno (PCCH) siempre ha sido muy ortodoxo en el sentido de seguir fielmente la línea de Moscú y, lo que resulta mucho más importante, al conformar tanto su acción como su organización a los modelos propuestos por la ideología comunista oficial” (Angell, 1974: 96) y, pese a que la prédica antiimperialista y latinoamericanista nunca había sido una dimensión fundacional del Partido, la influencia de la Comintern y, particularmente, la de algunos políticos de la región (como José C. Mariátegui y Julio A. Mella) influyeron para que sobre todo hacia fines de los años '20, éste desplegara una intensa política anticolonial “cuyo objetivo principal era oponerse frontalmente a la presencia de Estados Unidos en la región” (Yopo, 1988: 377). Fue a partir de esta coyuntura, entonces, que resultó creada la sección chilena de la LADLA, cuyas líneas de acción prioritarias se ocuparon de la denuncia sobre los vínculos de Estados Unidos con el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, y de la solidaridad con el levantamiento sandinista en Nicaragua.

En medio de una difícil situación marcada por la clandestinidad y la persecución política, la Liga chilena también dejó sentada su postura con respecto al conflicto limítrofe con Perú en torno a la línea fronteriza demarcada entre Tacna y Arica: bajo un planteo de no involucramiento, se opuso terminantemente a la mediación de los Estados

Unidos, los que, según su parecer, nunca terminarían de resolver este problema en su necesidad por querer actuar como un árbitro permanente. Sin embargo, y pese al interés que esta situación generaba a ambos lados de la frontera, la Liga Antiimperialista no tuvo mucho éxito en la realización de actos conjuntos entre trabajadores chilenos y peruanos. Por lo mismo, tanto el PCCH como la Liga repudiaron la elección en la que Franklin D. Roosevelt fue consagrado como presidente y, sobre todo, la Política del Buen Vecino que éste comenzó a implementar ni bien llegó a la Casa Blanca en 1933, así como también las Conferencias Panamericanas que tuvieron lugar entre fines de los años '20 y principios de la siguiente década. Por otra parte, la Liga Antiimperialista fue una de las organizaciones que participó en el Comité Organizador del Congreso Antigüerrero de Chile, que tuvo lugar en enero de 1933 y en el que intervinieron dirigentes, intelectuales y artistas como Marcos Chamudes, Marta Vergara, Laura Rodig, Elías Lafferte, Ricardo Latchman, Juan Gómez Milia y Eugenio Orrego Vicuña. El éxito de la convocatoria hizo que además del Comité fundado en Santiago, se crearan otros, de similares características, en Valparaíso, Antofagasta, Lota y Copiapó. Por último, la sección de Chile de la LADLA también tomó participación en el Congreso Antigüerrero de Montevideo, también de 1933, representada por las dos principales figuras del comunismo de ese país: el senador Elías Lafferte y el secretario general del PCCH, Dr. Carlos Contreras Labarca, así como también por el joven profesor José Segundo Leiva Tapia, quien al año siguiente encontraría la muerte como líder de la revuelta indígena y campesina de Ranquil.

Ecuador

Los orígenes de la sección ecuatoriana de la Liga pueden ser rastreados hasta 1925, cuando arribó al país el intelectual comunista y antiimperialista Rafael Ramos Pedrueza como encargado de negocios y representante del gobierno de México. Poco tiempo después de su arribo, el enviado mexicano ayudó a constituir la primera célula marxista en Ecuador, conocida como “Sección Comunista de Propaganda y Acción Lenin”, conformada por un pequeño grupo de obreros e intelectuales del que pronto se destacaría el contador y dactilógrafo Juan F. Karolys. Posteriormente, en una asamblea realizada en Quito en mayo de 1926 se formó sobre esta base el Partido Socialista Ecuatoriano el que, en su segundo congreso, en octubre de 1931, cambiaría su nombre por el de Partido Comunista de Ecuador. Apoyada también por Ramos Pedrueza, la Liga se constituyó en 1926 con Karolys como secretario general. Mientras tanto, se formaron secciones antiimperialistas en cuatro ciudades distintas fundamentalmente a partir de adscripciones de tipo individual: pese a la fuerza que comenzó a tener esta filial, la Liga entró en crisis en parte porque los comunistas nunca consiguieron ser mayoría en su dirección, más allá de la influencia que pudieran haber generado en ésta. Otros importantes miembros de la organización fueron el escritor y especialista en derecho de la propiedad Juan H. Peralta Vázquez (quien durante esa época también se desempeñaba como Director del Consejo Nacional de Educación Superior y la Investigación Científica) y el intelectual y político Pío Jaramillo Alvarado, a su vuelta al país luego de un destierro en Panamá durante algunos meses de 1925. Pese a sus perspectivas de crecimiento, lo cierto es que la Sección Ecuatoriana fue una de las que menos dinamismo pudo adquirir en toda la región.

El Salvador

Como gran parte de las naciones latinoamericanas, también El Salvador vivió un creciente clima de agitación a partir de la irradiación conjunta de la Revolución Mexicana y de la Reforma Universitaria. Así, y sobre todo desde principios de la década de 1920, hubo en este país críticas cada vez más virulentas en contra de la oligarquía salvadoreña, del monopolio extranjero de los ferrocarriles y de los préstamos extranjeros. No fue menor, en este caso, el papel desempeñado por los artesanos, obreros calificados, estudiante e intelectuales en la formación de una opinión crítica centrada en un fuerte discurso nacionalista, unionista centroamericano, antiimperialista y anticapitalista frente al avance político, económico y militar estadounidense en la región: incluso, y aun antes de que a fines de los años '20 comenzara la lucha nicaragüense conducida por Sandino, era El Salvador el país centroamericano que más se había destacado por su oposición a la influencia norteamericana en América Latina.

El fuerte clima crítico y reformista propició una radicalidad cada vez mayor en la actividad política de los estudiantes, quienes dieron vida primero al Movimiento Renovación y luego a la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños, así como en la de los obreros y campesinos, a partir de la formación, en 1924, de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS), una de las más fuerte centrales sindicales en la historia del país. No pasaría demasiado tiempo antes de que ambos frentes, el estudiantil y el obrero, coincidieran en un mismo reclamo, y que las protestas se dirigieran hacia objetivos también idénticos: los préstamos extranjeros, los altos alquileres, las tarifas del tranvía y de la electricidad, los monopolios extranjeros y el militarismo, etc. Mientras tanto, y como consecuencia de la Revolución Rusa, el pensamiento socialista comenzó a generar un creciente interés en diversos círculos vanguardistas de escritores y ensayistas al tiempo que el intelectual más importante de El Salvador, Alberto Masferrer, dio inicio a la constitución de su propio credo de izquierda, el vitalismo, a partir de una amplia búsqueda y de una heteroclita síntesis entre distintas fuentes religiosas e ideológicas: los Evangelios y el pensamiento de Mahatma Gandhi, Henri Georges, Piotr Kropotkin, León Tolstoi, etc. Por otra parte, también el movimiento comunista comenzó a tener una presencia política y social cada vez más activa por parte de dirigentes, militantes y activistas caracterizados tanto por su trabajo en el país, como por su desempeño en México, Sudamérica y en otras naciones centroamericanas: de todos ellos, fue seguramente Agustín Farabundo Martí quien más pudo destacarse en su actividad agitativa y como fundador de organizaciones revolucionarias. Sin embargo, no resultó fácil la conformación de estos primeros núcleos comunistas, surgidos mayormente entre los trabajadores del campo, en medio de la política represiva de gobernantes como Jorge Meléndez y, todavía más, Alfonso Quiñones Molina.

La creación de la Liga Antiimperialista, entre 1925 y 1926, no resultó ajena a todas las dificultades por las que debió atravesar el movimiento comunista salvadoreño por constituir amplios frentes de lucha, de naturaleza plural y abierta, cuando todavía el partido como tal no había sido fundado. En medio de las persecuciones, la censura y la falta de libertad política, fue hacia el campo gremial en donde la primera generación de dirigentes marxistas salvadoreños fijó entonces su atención, abogando por la creación de núcleos comunistas en sindicatos ya existentes. Pero de manera muy similar a como iría a suceder en Argentina, también en este país la Liga vivió en sus primeros tiempos una realidad muy compleja debido a la existencia de dos secciones paralelas: mientras que la

primera, con un contenido mucho más obrerista, había sido fundada por Martí a su regreso de Guatemala en 1925, la segunda fue creada más tarde por un grupo de intelectuales más moderados y, posiblemente, más reactivos a la colaboración con los trabajadores de la ciudad y del campo, aunque igualmente antiimperialistas y nacionalistas.

Pese a los esfuerzos de los militantes comunistas, la realidad era que esta segunda sección contaba con una cantidad mayor de miembros, sobre todo reclutados entre las clases medias y la burguesía nacionalista, facilitado esto porque su presidente (probablemente el periodista Miguel Pinto) era, al mismo tiempo, el director del diario más importante de la capital, lo que ayudaba mucho a la difusión de los principios y las acciones de la organización. Por su parte, Martí acusó a los dirigentes de esta segunda sección de no permitir el ingreso de obreros, lo que llevó al Comité Continental de la LADLA, en México, a tener que encarar toda una investigación sobre el tema. Finalmente, no pasaría demasiado tiempo antes de que la filial de los intelectuales desapareciera, al mismo tiempo que su rival creciera en importancia, ya no tan sólo entre los trabajadores sino también, entre los estudiantes. En este sentido, la participación en ella de un dirigente universitario y reformista como Moisés Castro y Morales nos da la pauta de la renovada configuración que comenzaba a atravesar la sección local de la Liga Antiimperialista: sin embargo, la expatriación de este líder estudiantil por un presunto acto de agravio hacia la figura del dictador nicaragüense Emiliano Chamorro en noviembre de 1925 daba cuenta también de los difíciles tiempos que más temprano que tarde sobrevendrían a las organizaciones populares salvadoreñas (Segala, 1988: 554).

Para 1926, la entidad anticolonial se encontraba ya en pleno funcionamiento, habiendo dejado atrás sus problemas iniciales: así, fueron comunes durante esta época el apoyo de la Liga al presidente Plutarco E. Calles ante el temor de que los Estados Unidos atacaran a México, la lucha por la independencia de las Filipinas y de Puerto Rico y por la internacionalización del Canal de Panamá, la protesta a favor de la nacionalización de los ferrocarriles y de otros servicios públicos, etc. (Lauría Santiago y Gould, 2005). Un año más tarde, dicha filial se vería representada en el Congreso Antiimperialista de Bruselas por el principal dirigente latinoamericano de la LADLA, el cubano Julio A. Mella. Por otra parte, El Salvador fue uno de los países que, a través de la Liga Antiimperialista, más apoyó la campaña sandinista desde 1927, incrementando su respaldo todavía más a partir del siguiente año. Se formaron entonces comités de campesinos y artesanos destinados a la recaudación de fondos, en tanto se llevaban a cabo protestas públicas, y decenas de voluntarios manifestaban su interés en incorporarse a las filas de la insurgencia nicaragüense. El fervor antiimperialista no se reducía sólo al área capitalina: por el contrario, fue frecuente la organización de marchas contra el imperialismo en distintas ciudades del interior de la república, con miles de asistentes provenientes de los más diversos sectores sociales. Para esta misma época, se creó también la revista *El grito de la raza*, editada por el nicaragüense exiliado José Constantino González que, en los hechos, operó como vocera de la Liga. Por otra parte, la conquista de la dirección de la FRTS por los comunistas en 1928 llevó a un encuentro todavía más amplio entre los sindicatos y la LADLA, y aunque la partida de Martí de El Salvador fue seguramente un golpe muy fuerte para todas aquellas organizaciones comunistas que él lideraba, sin embargo, y más allá de su ausencia, éstas continuaron con sus labores de manera constante (Petrujin y Churílov, 1985).

En 1929 la crisis propiciaría el acercamiento de las clases medias a los sindicatos a punto tal que en una sola manifestación, la Federación de los trabajadores llegó a juntar 10 mil personas, con varios oradores pertenecientes a la Liga. Para esta época, la sección local de la LADLA establecería muy buenas relaciones con la central radicada en México: contando mayormente con adhesiones individuales y con la activa participación de varios sindicatos, la Liga salvadoreña tuvo también una importante intervención de estudiantes universitarios, vinculándose muy estrechamente a la Universidad Popular. Pero la radicalización del movimiento nacionalista y anticolonial fue respondida desde el Estado con una profundización de su política crecientemente autoritaria que, sin embargo, no consiguió intimidar a los militantes comunistas: así, la represión de una manifestación antiimperialista en Santa Tecla motivó la formación del Socorro Rojo Internacional. Para 1930 tuvo lugar finalmente la creación del Partido Comunista Salvadoreño en unas circunstancias bastante particulares pues si bien la crisis económica había favorecido la radicalización de las masas, por la otra, la campaña del triunfante candidato presidencial Arturo Araujo arrastró a sus seguidores más por la senda del reformismo y del nacionalismo que por la del marxismo y el antiimperialismo. Por último, la masacre de 1932, perpetrada por el presidente Maximiliano Hernández Martínez ante el intento de levantamiento conducido por Martí, significó también la desarticulación de aquellas organizaciones populares que, como la Liga Antiimperialista, estaban insertas dentro del movimiento comunista salvadoreño (Parkman, 2003).

Guatemala

La sección de Guatemala fue de las más irregulares dentro de todo el continente. En 1925 fue fundado en este país el Partido Socialista Centroamericano, convertido poco después en Partido Comunista de Centro América, por tres importantes militantes salvadoreños, Agustín F. Martí, Moisés Castro y Morales y Miguel Ángel Vázquez, quienes a su vez se destacarían como importantes dirigentes antiimperialistas. Una primera célula guatemalteca de la LADLA fue creada a principios de 1926 por el peruano Nicolás Terreros y por Julio A. Mella, cuando éste último debió salir de Cuba rumbo a México. En ella participaron estudiantes de la Asociación Universitaria, de la Universidad Popular y obreros de distintas tendencias. La represión gubernamental y el destierro de casi toda su junta directiva motivaron a que la Liga fuera refundada en 1927 con una mayoría de estudiantes e intelectuales. Hubo en esta oportunidad mayores expectativas de crecimiento, fundadas sobre todo en sus actividades durante las elecciones presidenciales celebradas en dicho año, ocasión en la que demandó a los candidatos para que se pronunciaran públicamente en favor del antiimperialismo y de la unidad centroamericana. Asimismo, y junto con el Socorro Rojo Internacional, el Partido Comunista y la Federación Regional Obrera de Guatemala, la sección local de la Liga organizó grandes movilizaciones en apoyo a la lucha de Sandino y por la liberación de Sacco y Vanzetti (Balcárcel, 1985: 26-7). Sin embargo, distintos conflictos suscitados en su dirección llevaron a sus dirigentes comunistas a tener que disolverla. Volvió a constituirse en 1928 gracias al trabajo del líder obrero Antonio Obando, pero al poco tiempo la sección tuvo que detener su trabajo de agitación debido a las persecuciones de la policía y del gobierno. Al ser ilegalizada, dicha filial ya no pudo realizar acciones masivas, aunque de todos modos continuó trabajando en una escala mínima.

La llegada a Guatemala de un enviado de Sandino, el Coronel Laponte, se convirtió en una ocasión propicia para reorganizar la entidad. Adoptando las premisas de la Comintern, se invitó a un cónclave a la mayoría de los sindicatos del país, aunque solo concurrieron algunos cuadros menores y militantes: como expresión del rechazo hacia los comunistas por parte de los dirigentes sindicales, estos decidieron no adherir a la convocatoria. Según el relato del delegado guatemalteco en el Primer Congreso de los Partidos Comunistas de América Latina, Luis Villagrán García (alias "Villalba"), el Coronel Laponte colaboró con los guatemaltecos y entre todos pudieron volver a dar vida a la Liga Antiimperialista. Gracias a un amplio trabajo de propaganda, pronto pudieron reunir una apreciable suma de dinero destinado al ejército rebelde de Nicaragua que, sin embargo, terminó siendo sustraído por el propio Laponte una vez que éste salió de Guatemala. Casos como éste, a los que se sumaron otros de robo de fondos en sindicatos, dieron lugar a que los trabajadores no quisieran continuar con sus aportes a las distintas organizaciones obreras lo cual obviamente dificultó las labores de la Liga.

Pese a ello, y más por el carácter antiimperialista del pueblo guatemalteco que por una efectiva labor de movilización de la LADLA, resultaron masivas las protestas contra la visita que efectuara al país el popular aviador y representante del gobierno estadounidense Charles Lindbergh, así como también se prepararon manifestaciones de rechazo ante la llegada del presidente Hoover, la que finalmente no llegó a concretarse, junto con diversos actos conmemorativos de la ejecución de Sacco y Vanzetti. Aparentemente, a fines de 1928 se hicieron presentes en Guatemala algunos dirigentes del Partido Comunista Mexicano, como Francisco Carrillo, Julio A. Mella y Jorge Fernández Anaya para tratar de robustecer a la Liga Antiimperialista, entre otras organizaciones comunistas. Asimismo, y ahora con Miguel Ángel Vásquez Eguizábal como secretario, la Liga participó en los actos públicos por el Día del Trabajo en 1929. Sin embargo, el estado de crisis permanente, sin una dirección clara, sin estatutos y prácticamente sin fondos, terminó por debilitar seriamente el trabajo de la Liga guatemalteca hacia fines de esa misma década.

Panamá

Si bien en este país la Liga Antiimperialista tuvo una fundación más bien tardía, recién concretada en el año 1929, hubo intentos por darle vida prácticamente desde cuatro años antes. El contexto era bastante propicio para ello pues la oposición a los Estados Unidos fue intensificada desde más de una década antes a partir del momento en que en Panamá se hicieron sentir los efectos tanto de la Revolución Mexicana como de la Reforma Universitaria. Asimismo, y más allá de que a los trabajadores se los diferenciaba entre norteamericanos por una parte, y panameños, centroamericanos y antillanos por la otra, estos consiguieron unificarse detrás de la candidatura de Belisario Porras, quien creó las primeras leyes laborales entre 1914 y 1916. Consecuencia de este proceso fue la fundación en 1921 de la primera organización obrera de significación nacional, la Federación Obrera de la República de Panamá, al principio dirigida desde el populismo porrista. Por otra parte, el aliento del movimiento universitario del '18 pronto impactó en los círculos académicos y culturales del país, provocando debates, en algunos casos, con una fuerte impronta socializante: por ejemplo, fue en ésta época que se publicó un medio tan reconocido como la revista *Cuasimodo* que, dirigida por el anarquista argentino Julio R. Barcos, por el crítico portorriqueño Nemesio Canales y por el

educador panameño José D. Moscote, propició la divulgación de las ideas sociales a partir de un franco apoyo a la Revolución Rusa.

En tanto que en julio de 1921 fue la creación del primer agrupamiento marxista en Panamá, el Grupo Comunista, que contó entre sus principales dirigentes a Manuel V. Garrido, José A. Brower y J. M. Blázquez de Pedro, dos años más tarde tuvo lugar la fundación de Acción Comunal, una organización nacionalista y antiimperialista, de características semisecretas, en la que tuvieron una importante participación representantes de la clase burguesa y de las clases medias: la presencia estadounidense, encargada de la construcción y luego del funcionamiento del canal interoceánico era, claro, el principal blanco de sus ataques. Finalmente, y a partir de la claudicación de la Federación Obrera a la COPA, el Grupo Comunista auspició la creación del Sindicato General de Trabajadores a fines de 1924. Por otro lado, fue ésta una época de particular influjo latinoamericanista en Panamá, como pudo verificarse cuando al paso de Haya de la Torre por el país se conformó una pequeña célula aprista que contó con la participación de un selecto grupo de militantes peruanos exiliados, entre ellos, Esteban Pavletich, Nicolás Terreros y Luis Bustamante. Un fuerte conflicto social finalmente estalló en febrero de 1925 cuando el Parlamento panameño autorizó un aumento en los precios de arrendamiento, provocando la constitución de un poderoso Sindicato de Inquilinos. Al llamado a la huelga y a la protesta en la calles en el mes de octubre, el gobierno respondió con una fuerte política represiva: sin embargo, y al no dar ésta los resultados esperados, no resultó extraño que el presidente Rodolfo Chiari pidiera la intervención directa de las tropas estadounidenses en Panamá.

La Liga Antiimperialista de las Américas, con su dirección radicada en México, no tardó en dar a conocer un manifiesto en el que exigía la inmediata salida de los marines norteamericanos del país, a lo que el presidente Chiari respondió con una profundización de su política represiva, sobre todo, dirigida contra los círculos de tendencia radical y comunista (Soler, 1989). Fue durante este difícil momento que trató de establecerse un local de la LADLA en el país sin que este cometido pudiera finalmente alcanzarse, pese al apoyo de un número importante de intelectuales y obreros (Turner, 1985: 298). En estas tareas se destacaron sobre todo dos jóvenes dirigentes de izquierda con amplio trabajo en el movimiento inquilinario y en los inicios de la corriente comunista panameña: el periodista Diógenes de la Rosa y Alberto Luis Rodríguez, ex presidente de la Federación de Estudiantes, quienes terminaron en prisión a causa de sus actividades políticas. En 1927 el movimiento comunista conseguiría robustecerse gracias a la fundación de un Partido Laborista, también con una importante tendencia antiimperialista. Mientras tanto, era notorio que para esta época la rivalidad entre los apristas y marxistas se profundizaba pues mientras que Haya de la Torre se ocupaba de representar los intereses de la izquierda nacionalista panameña fungiendo como delegado suyo en el Congreso Antiimperialista de Bruselas, Julio Antonio Mella haría lo mismo pero como emisario de los grupos socialistas y comunistas.

Por otra parte, en 1928 el movimiento antiimperialista viviría un fuerte impulso con la presencia en Panamá del cubano Jorge A. Vivó Escoto y del peruano Jacobo Hurwitz, secretario este último del Comité Manos Fuera de Nicaragua, quien resultó expulsado por su participación en el Movimiento Inquilinario. Finalmente, la Liga se constituiría recién a principios de 1929 sobre una base mayormente sindical y de adhesiones colectivas como círculos culturales, organizaciones obreras, etc., y con sus actividades dirigidas principalmente contra el imperialismo estadounidense, motivadas éstas en lo

principal por la apertura del canal interoceánico y por la firma del acuerdo leonino conocido como Alfaro-Kellogg. Aparentemente, no fue ajeno a este proceso la llegada a mediados de ese mismo año del venezolano Salvador de la Plaza, ex secretario continental de la LADLA, quien había decidido salir de México ante la persecución creciente hacia los militantes comunistas. Igualmente, también fue importante la participación del dirigente venezolano en la creación del Partido Comunista Panameño en 1930. Finalmente, *El Libertador*, el órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas editado en México, se ocupó de la cuestión panameña a partir de la publicación de artículos del mencionado Alberto Luis Rodríguez y del abogado y periodista Domingo H. Turner convertido, posteriormente, en el primer secretario del Partido Comunista Panameño.

Perú

De similares características con el proceso vivido en Cuba, también en Perú el pensamiento antiimperialista tuvo un fuerte desarrollo a partir del movimiento de la Reforma Universitaria. Pero pese a la trascendencia alcanzada por la mayoría de sus líderes estudiantiles, la formación de una organización estable dedicada puramente a la lucha contra el colonialismo se constituyó en un objetivo siempre pospuesto. En este sentido, los peruanos se caracterizaron por una militancia fragmentada entre la lucha desenvuelta dentro del propio territorio nacional, como la ejercida por José Carlos Mariátegui y, como en el caso de los venezolanos, aquella otra desarrollada en el exterior como producto del exilio de varios de los principales dirigentes reformistas. Por otra parte, impidió la constitución estable de una filial peruana de la Liga la acción represiva desarrollada por el General Leguía, en el poder entre 1919 y 1930, así como también las crecientes divisiones en el seno mismo de las fuerzas de izquierda que llevarían a la constitución del APRA (con un discurso antiimperialista no siempre traducido a la práctica) como una organización distinta y luego en franca lucha contra las posturas tradicionales del comunismo latinoamericano. Por último, y tal como se pudo verificar durante el primer congreso regional de Partidos Comunistas, la estrategia frentista del comunismo local, organizado por Mariátegui en 1928 como Partido Socialista Peruano, así como también las duras condiciones impuestas por la represión, fueron dos últimos elementos de importancia que incidieron en la postergación indefinida para la creación de una sección estable de la Liga Antiimperialista.

Más allá de estas circunstancias, el proceso de creación de un núcleo marxista y antiimperialista en Perú, desde un primer momento conectado con la LADLA, fue producto de una convergencia de distintas líneas de acción que, sin embargo, se desarrollarían en un mismo contexto de radicalización de la protesta obrera y de creciente movilización en las filas universitarias. En este sentido, un primer punto de contacto, cuando la agitación estudiantil apenas comenzaba a crecer, fue la solidaridad de los universitarios con aquellos gremios que en 1918 combatían por la jornada laboral de 8 horas. Al siguiente año, la fundación de la Federación de Estudiantes no sólo ratificaría este apoyo sino que plantearía una imbricación más profunda con el movimiento de los trabajadores al definir la formación de lo que a partir de 1921 sería conocido como Universidad Popular González Prada, establecida originalmente en Lima y Vitarte. En definitiva, fue éste el período en el que también se dio a conocer Víctor Raúl Haya de la Torre como un líder universitario y político cada de cada vez mayor influencia (Marsiske Schulte, 2004). Paralelamente al desenvolvimiento de la

reforma universitaria, e influenciado por el proceso revolucionario ruso, tuvo lugar en 1918 el nacimiento de un grupo de difusión de las ideas radicales que daría origen a la edición de la combativa revista *Nuestra Época* que, posteriormente y ante su abrupto cierre, se transformaría en el Comité de Propaganda Socialista: su conversión en partido determinaría a su vez, en 1919, el alejamiento de algunos de sus principales animadores, entre ellos, José C. Mariátegui y César Falcón. En el mismo año, Mariátegui crearía el periódico *La Razón*, pero su creciente oposición al régimen de Leguía y su influencia entre los sindicatos lo forzaron a aceptar un viaje a Europa por medio de una deportación encubierta bajo la forma de una beca gubernamental. A su regreso a Perú, en mayo de 1923, Mariátegui consiguió un importante espacio de predicamento en la Universidad Popular y, particularmente, en la revista *Claridad*, de fiel impronta barbusseana y dirigida por Haya de la Torre: deportado éste, será su nuevo colaborador quien asuma la dirección de la publicación, dándole a partir de ese momento un tono mucho más obrerista que estudiantil. Por otra parte, y a través de la publicación de artículos como *La unidad de la América Indoespañola*, en 1924, también Mariátegui se comenzaría a mostrar como un defensor de idea de unión de las repúblicas latinoamericanas.

Bajo todos estos antecedentes es que tuvo lugar, en 1925, la creación de un primer círculo universitario afiliado a la LADLA. Creado por la Federación de Estudiantes en el seno de la cada vez más radicalizada Universidad Popular, el funcionamiento de este grupo fue altamente inestable debido al exilio de sus principales representantes: Eudocio Ravines, Jacobo Hurwitz, Nicolás Terreros, Luis Bustamante, Esteban Pavletich, Manuel Seoane, Luis Heysen, y otros más, quienes se dirigieron a destinos tan diferentes como Argentina, Cuba y México. Sin embargo, las difíciles condiciones creadas no impedirían que desde México, y en el número 4 de *El Libertador* (de julio de 1925), Julio A. Mella saludara a “las Universidades González Prada como únicas tribunas del antiimperialismo en el país”. Prácticamente para la misma época en que Haya de la Torre, primero desde México pero todavía más desde Francia, comenzara a plantear la necesidad de una organización de frente único como el APRA, tuvo sus primeras actividades el núcleo antiimperialista peruano en contacto con la dirección continental radicada en el Distrito Federal. Junto con sus declaraciones en contra del gobierno de Leguía, en gran medida por su alianza con los Estados Unidos, la empresa antiimperialista que más se destacó fue aquella centrada en la disputa entre Tacna y Arica a raíz de los conflictos fronterizos entre Perú y Chile: pero más allá del interés generado desde México, lo cierto es que esta campaña no pudo evidenciar mayores logros por la falta de una mejor relación entre los trabajadores de ambos países, así como también entre los de Chile y Bolivia. Aun con las dificultades iniciales para terminar de conformar una Liga local, lo cierto es que hacia 1926 el escenario político e intelectual de la izquierda peruana adquirió un fuerte dinamismo motorizado, sobre todo, por la constitución de los primeros círculos apristas (de los que el propio Mariátegui formó parte inicialmente en la ciudad de Lima); por la aparición de la revista *Amauta*, creada por en el mes de diciembre como una publicación de “definición ideológica”; y por la efervescencia en el sector de los trabajadores que llevará a la convocatoria a un nuevo congreso por parte de la Federación Obrera peruana.

Pero más allá de este caso particular, en realidad esta radicalización pudo ser percibida en un sentido todavía más amplio, como lo demostró la realización del congreso anticolonial de Bruselas, que tuvo lugar a principios de 1927 y en cuya puesta en marcha ocupó un rol de importancia un militante peruano, César Falcón, el antiguo

compañero de militancia de Mariátegui, quien había decidido no retornar a su tierra luego de cumplida su beca en Europa y que, en cambio, había preferido perfeccionarse en su oficio periodístico como corresponsal del diario madrileño *El Sol* en Inglaterra, medio que, por otra parte, le había permitido entrar en contacto con destacados dirigentes de la izquierda internacional, como fue el caso del sindicalista Arthur Cook, líder del Movimiento Minoritario de los mineros ingleses. Aún así, y más que el movimiento propiamente comunista peruano, fue el APRA quien consiguió destacarse en este encuentro internacional por medio de la participación de su fundador, Haya de la Torre, y de uno de sus más importantes compañeros, Eudocio Ravines. Para este entonces, las diferencias entre el líder populista peruano y el movimiento comunista latinoamericano habían quedado totalmente expuestas, pese a que la ruptura entre Haya y Mariátegui recién sobrevendría un año más tarde. Mientras tanto, el temor de Leguía frente al mencionado proceso de activación obrera y de la izquierda en Perú, lo determinaron a actuar fraguando un complot comunista que, en el mes de junio de 1927, llevó a la cárcel o al destierro a los principales dirigentes populares, a la clausura de las publicaciones radicales, y a la proscripción de las organizaciones de los trabajadores. Así, mientras que por razones de salud a Mariátegui se lo recluyó en el Hospital Militar de San Bartolomé, y otras figuras de la izquierda como Carlos Cox, Serafín Delmar y Magda Portal debieron partir al exilio, se procedió a la clausura de *Amauta* y se disolvió la Federación Obrera Local. En este contexto, y según se evidenciaba en *El Libertador*, eran todavía altas las expectativas desde el Comité Continental para que la Federación de Estudiantes reorganizara nuevamente al núcleo antiimperialista local².

Luego del golpe represivo sufrido en junio, la izquierda peruana recién pudo comenzar a recuperarse a fines de 1927: en este sentido, la nueva edición de *Amauta* y su acompañamiento por la revista *Labor*, de mayor predicamento sindical, pudieron ser un buen indicador de ello. Aún así, la reactivación de la izquierda trajo también como consecuencia la división de ésta, cuando ante las diferencias cada vez más innegables, Mariátegui rompió con el APRA para fundar en el mes de octubre de 1928 al Partido Socialista Peruano. Sus características frentistas en momentos en que desde la Comintern se subrayaba la necesidad de cortar vínculos con las organizaciones reformistas, y su demora en la creación de una sección estable de la LADLA en Perú, fueron elementos severamente cuestionados en la reunión de Partidos Comunistas latinoamericanos que tuvo lugar en Buenos Aires a mediados de 1929. Pese a las críticas vertidas contra Mariátegui, a quien en dicha ocasión no se dudó en calificar de oportunista y de populista, un nuevo congreso antiimperialista, esta vez reunido en la ciudad alemana de Frankfurt en julio de 1929, aceptó su entrada como miembro del Consejo General de la Liga contra Imperialismo, en gran medida por solicitud del representante peruano Eudocio Ravines, alejado ya de las filas apristas y más allá de que, en realidad, nunca se hubiera constituido una sección peruana de la LADLA.

Sin embargo, una nueva persecución política a la izquierda bajo un supuesto “complot judío” que, entre otras cosas, implicó el allanamiento del hogar de Mariátegui y la clausura de la revista *Labor*, terminarían por provocar un empeoramiento en su salud. Así y todo, este político y teórico aún tuvo fuerzas como para asistir a los debates que, en marzo de 1930, propiciarían la conversión del Partido Socialista a Partido Comunista Peruano. Una de las cuestiones debatidas en dicho cónclave con aquellos dirigentes que se resistían a entrar plenamente a la órbita de la Comintern tuvo que ver, justamente, con lo actuado por la representación peruana en el último congreso antiimperialista de

² Ver *El Libertador* N° 12 (Junio de 1927) y N° 13 (Agosto de 1927).

Frankfurt. En este sentido, el 1° de marzo se presentó una moción por parte de los comunistas por que el Partido Socialista Peruano se adhiriera a todos los puntos aprobados en dicho encuentro, aprobando lo actuado por los delegados peruanos y comprometiéndose una vez más a constituir la filial local de la LADLA. Por su parte, los socialistas exigieron leer una versión de las resoluciones adoptadas en el Congreso antes de poder pronunciarse, por lo que se tuvo que convocar a una nueva conferencia para el 4 de marzo. En aquella circunstancia, fue de algún modo inevitable que el debate sobre la Liga Antiimperialista se entremezclara con la discusión entre comunistas y socialistas por la denominación del Partido, a punto tal de que cuando Eudocio Ravines se pronunció por finalmente aceptar lo resuelto en Frankfurt, la fracción socialista se manifestó disconforme: la moción, de todas maneras, terminó siendo aprobada por mayoría (Martínez de la Torre, s/a: 208-9). El Partido Comunista Peruano fue así fundado con el trasfondo de los debates en torno al imperialismo. Por otra parte, fue la última participación de Mariátegui en la vida política de su país: a raíz de sus graves problemas de salud fallecería en abril de 1930 sin haber cumplido aún los 36 años.

Hasta donde sabemos, nunca se pudo constituir una sección peruana de la Liga Antiimperialista, al menos, no como las existentes en otros países. En realidad, pareció tratarse más bien de un núcleo o círculo antiimperialista vinculado con la dirección continental en México, y en relación con el APRA además de con los partidos socialista y comunista peruanos. Por otra, y pese a la falta de esta sección, es innegable la importancia asumida por varios de los militantes peruanos en las organizaciones antiimperialistas de su país como también en las Ligas de otros, principalmente, en Cuba y México y, en menor medida, en Argentina y en algunos lugares de América Central (y, en ciertos casos, sin importar además su afiliación aprista para la militancia en las organizaciones cominternistas, por lo menos, hasta la ruptura entre éstas en 1927). Además de Mariátegui y de la participación entre 1925 y 1926 de Haya de la Torre, los activistas peruanos que más se destacaron en la LADLA fueron Eudocio Ravines (con participación además en la Liga “chispista” argentina y en los congresos de Bruselas y Frankfurt), Jacobo Hurwitz (con actuación en las secciones cubana y mexicana y encargado del Comité Manos Fuera de Nicaragua-MAFUENIC), Nicolás Terreros (organizador junto con Mella de la sección guatemalteca, miembro del Comité Continental de Organización en México y colaborador del MAFUENIC) y Esteban Pavletich (dirigente de las secciones cubana y mexicana de la Liga). Asimismo, y junto con la mayoría de todos los anteriormente mencionados, fueron colaboradores de *El Libertador* el filósofo y humanista Antenor Orrego, el historiador Luis Ulloa y Luis Zerpa.

Puerto Rico

La sección portorriqueña de la LADLA situó sus orígenes en la disputa cada vez más abierta entre los Estados Unidos y México por la dirección continental de la organización y, al mismo tiempo, en una competencia cada vez mayor por el control del espacio caribeño. En este sentido, el respaldo de la Liga cubana a la mexicana motivó la búsqueda de nuevos aliados por parte de los comunistas estadounidenses, fundamentalmente, por su principal dirigente antiimperialista, Manuel Gómez. Junto con uno de sus hombres de confianza, James Hartfield, mayormente conocido como “Jaime Nevares Ságer”, a mediados de 1926 el Secretario de la Liga norteamericana pudo finalmente crear una filial de la organización en Puerto Rico luego de un trabajo

de más de un año. La creciente influencia de la American Federation of Labor y particularmente de su vicepresidente, Santiago Iglesias, fueron factores que sin lugar a dudas obstaculizaron el nacimiento de una organización comunista en dicha isla, a lo que se sumó la ausencia de cuadros leninistas experimentados y la falta de material de lectura idóneo. Pese a todo, en agosto de 1926 logró fundarse en la ciudad de Ponce una primigenia Liga Comunista integrada en su mayoría por trabajadores del tabaco.

Mientras tanto, en la capital, una pequeña célula de soldados portorriqueños, descontentos con el trato brindado por los estadounidenses a sus connacionales, y con cierto interés en lo que estaba sucediendo en la Unión Soviética, logró contactar a Nevares Ságer, quien había escrito algunos reportes para *El Libertador* sobre la dependencia colonial en la que se encontraba la isla, con la propuesta concreta de armar allí una filial de la Liga Antiimperialista. A partir de una estrategia de expansión de la nueva organización, sobre todo, entre miembros de la fuerzas armadas con conciencia nacionalista, la sección portorriqueña de la Liga contó desde su fundación hasta 1927 con la dirección de Nevares Ságer, siendo luego reemplazado por el portorriqueño Félix Lugo, encomendado por la Liga Comunista para también hacerse cargo de la educación marxista dentro la organización. Por su parte, y aprovechando su conocimiento sobre la realidad latinoamericana, a Hartfield el Workers Party le confió la misión de organizar una célula del Partido Revolucionario Venezolano en la ciudad colombiana de Barranquilla. Por la fuerte influencia generada, la filial portorriqueña de la Liga funcionó desde sus inicios como un importante punto de apoyo de la estadounidense en El Caribe, en clara disputa regional con el eje establecido entre México y Cuba³. Asimismo, y según reportes del propio Hartfield, también es muy probable que durante esta misma época haya actuado en Puerto Rico el cuadro Leandro Cabrera (probablemente con el seudónimo de “Ángel del Río”) en el establecimiento de relaciones entre esta sección de la Liga y la dirección central en México (Jeifets et al., 2004: 67).

En sus primeros tiempos, la Liga portorriqueña únicamente tuvo afiliaciones de tipo individual, lo que nos da la pauta de las dificultades de la organización para lograr captar sindicatos, centros estudiantiles y círculos culturales. Para paliar esta situación de debilidad, se conformó una alianza con el Partido Nacionalista, representante de la pequeña burguesía liberal y cuya figura más representativa era el dirigente Pedro Albizu Campos (Maldonado Denis, 1974: 111). Sin embargo, este trabajo en conjunto pronto se vio dificultado por la falta de coincidencias con la vertiente más burguesa y chovinista del partido (que, por otra parte, fue representado por el intelectual y político mexicano José Vasconcelos en el Congreso Antiimperialista de Bruselas de 1927). Dada su vecindad con los países centro y norteamericanos y con los caribeños, la Liga de Puerto Rico contó con la participación de militantes de la zona, como fue el caso de la cubana Mariblanca Sabas Alomá, así como también hubo casos de activistas boricuas trabajando en los frentes antiimperialistas de otras naciones: en este sentido, se

³ “Carta de J. Nevares Ságer a Jay Lovestone” (16 de marzo de 1927). *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/542-1-18. Por su parte, y en su informe político del 29 de mayo de 1926, Salvador de la Plaza concluiría afirmando que “todas las secciones mencionadas, Salvo Estados Unidos y Puerto Rico, reconocen a la sección mexicana como la sede de la Liga y en las relaciones con otras instituciones de América y Europa, éstas son llevadas a cabo como si fuese México la central”. “Balance de actividades de la gestión de Salvador de la Plaza como Secretario Provisional del Comité”, en *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N°10/542-1-18.

destacaron Pablo de la Torriente Brau en la sección cubana y, sobre todo, el ensayista y poeta Juan Antonio Corretjer quien, decepcionado con la actitud conservadora del Partido Nacionalista decidió emigrar a Nueva York en 1928, integrándose inmediatamente a la filial local de la LADLA una vez instalado allí, y convirtiéndose en uno de los principales promotores de la independencia portorriqueña. Siendo una de las secciones más activas de la región durante la segunda mitad de la década del '20, la filial portorriqueña pudo continuar actuando hasta mediados de los años '30 pero con altibajos, reclamando por la liberación de país y apoyando a la insurgencia nicaragüense en contra de los Estados Unidos.

República Dominicana

El nacimiento de la sección dominicana de la LADLA puede ser ubicado entre fines de 1926 y mediados de 1927, y resulta difícil distinguir su propia historia de aquella otra conformada por el Ateneo Paladión, la asociación cultural que le dio cobijo prácticamente hasta su desaparición. Sin embargo los fundamentos de la sección tienen una antigüedad mayor, que inevitablemente se enlazan con el rechazo a la ocupación norteamericana ocurrida en 1916 por causa de la inestabilidad política y económica del país, sumado a sus dificultades en el pago de los empréstitos contraídos y, desde ya, al interés norteamericano por querer ejercer un poder cada mayor en toda el área caribeña en el marco de la Primera Guerra Mundial. De manera directa, los Estados Unidos pasaron a controlar los principales recursos económicos, como así también cada esfera del aparato estatal de la República Dominicana por medio de una represiva dictadura militar. Uno de los pocos ámbitos en el que se manifestó el rechazo popular a la dominación extranjera tuvo lugar en el Ateneo Cultural Paladión, formado en 1917 y que se expresaría con mucha fuerza sobre todo desde principios de la siguiente década, una vez que diera inicio la creciente crisis económica provocada por la especulación. Junto con otras organizaciones políticas de la época como la Unión Nacional Dominicana (convertida luego en Gran Liga Nacional Dominicana), las Juntas Nacionales y la Junta Nacional de Damas, el Paladión cumplió un importante papel en este renovado ciclo de protestas, demarcado por un fuerte discurso antiimperialista y de defensa de la soberanía nacional, junto con una prédica cada vez más socializante.

Originalmente concebida como una agrupación literaria y cultural, y al tiempo que escritores e intelectuales dominicanos como Carlos Sánchez y Sánchez, Cristian Lugo y Francisco Prats Ramírez se convertían en sus máximos representantes, el Ateneo Paladión también se ocupó de establecer relaciones con otros círculos de parecida naturaleza, como la Asociación Literaria Plus Ultra y la Asociación de Jóvenes Dominicanos. Por otra parte, el Paladión reconocía su influencia en el pensamiento del portorriqueño Eugenio María de Hostos, del uruguayo José Enrique Rodo, del argentino José Ingenieros, del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y del mexicano José Vasconcelos, aunque en la juventud vanguardista también se hacía sentir cada vez más el pensamiento de Marx y de Engels, en gran medida, catalizado por el proceso revolucionario ruso. Así, este amplio círculo cultural se fue constituyendo en un espacio de permanente convivencia entre diversas líneas políticas, desde las más nacionalistas hasta las más socializantes, aunque todas ellas coincidentes en una común lucha contra la ocupación norteamericana. Sus campañas de agitación, realizadas junto con las de los restantes agrupamientos culturales, obreros y políticos de la época, además de un claro desgaste del gobierno interventor, finalmente posibilitaron la salida de los Estados

Unidos de República Dominicana en 1924. Esta lucha, por otra parte, también dio lugar a la progresiva transformación del Paladión en una amplia y diversa organización política, al margen de la tradicional estructura partidaria, con un fuerte predicamento nacionalista y, en algunos casos, hasta revolucionario: aparentemente, no fue ajeno a este giro la presencia en el país del intelectual español Juan José Llovet y, sobre todo, del ruso Aarón Kohaz, arribado en abril de 1925 y, desde entonces, frecuente participante en las tertulias de este grupo. La influencia fue importante en Francisco Prats Ramírez y, más aún, en el abogado Julio A. Cuello, considerado como el miembro más radical de todo el Ateneo y uno de los más fuertes opositores a la presencia estadounidense en el país (Ramos, 2005).

Fue para esta época que la dirección de la Liga Antiimperialista contactó a Cuello con el objetivo de formar una sección en Santo Domingo. En realidad, la ocasión no podía ser más propicia pues en medio del auge especulativo conocido como “La Danza de los Millones”, el presidente Horacio Vázquez solicitó en 1926 un nuevo empréstito a los Estados Unidos, menguando todavía más la debilitada economía del país, y provocando con ello una importante protesta popular y una crisis en el elenco gobernante. En vistas de la reacción popular generada en todo el país, la LADLA incluso manifestó su interés en que un representante del Paladión participara en el Congreso Antiimperialista de Bruselas a ser desarrollado en febrero de 1927. Por otra parte, la conformación de una filial dominicana cobró todavía más forma con la participación política de dos haitianos deportados en tránsito hacia México, los hermanos Pierre y Charles Moravia Marpeau, el primero de ellos uno de los escritores más afamados en tanto que, el segundo, un reconocido médico del país vecino. La actividad más importante de la Liga dominicana, una vez constituida, fue el apoyo a la campaña sandinista en Nicaragua motivada, sobre todo, por el interés de su principal representante, Julio Cuello. Posteriormente, y frente al golpe de Estado realizado por Rafael Leónidas Trujillo en 1930, el Paladión se fundió con otras asociaciones culturales en una única organización, Acción Cultural, entre cuyos directivos nuevamente se encontró Cuello. La Liga Antiimperialista, junto con las restantes organizaciones revolucionarias dominicanas, finalmente desapareció bajo el violento régimen trujillista.

Uruguay

La filial uruguaya de la Liga Antiimperialista fue formada a principios de 1928 como una iniciativa del Bloque de Unidad Obrera del Partido Comunista sobre la base del Centro de Estudiantes Ariel. Por su parte, éste último había organizado en 1917 con la intención de acercar al movimiento estudiantil al sindical, fomentar la creación de universidades populares y trabajar por mayores planes de extensión, sufriendo hacia mediados de los años '20 un fuerte proceso de radicalización política que le hizo abandonar su original idealismo arielista. La mayor base social de la Liga uruguaya estuvo dada por los sindicatos, aunque también contó con la participación de entidades estudiantiles y culturales, además de gran cantidad de afiliaciones individuales. Uno de sus representantes más importantes fue Carlos Quijano quien luego de una estancia en Europa de cerca de cuatro (en los que fue uno de los fundadores y máximo dirigente de la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos y de la Unión de Estudiantes Latinoamericanos, además de haber asistido al Congreso Antiimperialista de Bruselas de 1927), retornó a su país de origen para cumplir allí diversas actividades políticas, entre ellas, la creación de la Agrupación Nacionalista Demócrata Nacional, que lo

llevaría a ocupar una banca de diputado en 1928. Asimismo, y reproduciendo la lógica del frente único, pertenecieron a él no tan miembros del Partido Comunista sino también de otras organizaciones políticas más tradicionales, como fue el caso de Julio César Grauert (del Partido Colorado, batllista y presidente de la Asamblea Representativa de Montevideo desde 1927), Emilio Frugoni (padre del socialismo uruguayo) y Héctor González Areosa (alumno de abogacía y dirigente estudiantil). Sin embargo, las relaciones con el Partido Comunista de Uruguay no fueron de las más fluidas, factor que seguramente influyó para que la Liga nunca adquiriera mayor desarrollo. Por otra parte, la sección local actuó dentro de la corriente nacional antifascista participando en 1933 en el congreso continental antiguerrero que tuvo lugar en Montevideo. Luego fue prácticamente desarticulada durante la dictadura de Gabriel Terra instaurada en 1933 y que se extendió por un total de cinco años.

Venezuela

Los orígenes del pensamiento radical y vanguardista venezolano pueden ser rastreados hasta el año 1919 cuando tuvo lugar uno de los más importantes intentos por derrocar la dictadura de Juan Vicente Gómez. Varios de los líderes terminaron muertos o en prisión, mientras que otros, como los hermanos Eduardo y Gustavo Machado, y Salvador de la Plaza, pudieron eludir la vigilancia que se cernía sobre ellos y escapar rumbo a Europa, estableciéndose en París, por lo menos, hasta su regreso a Latinoamérica a mediados de los años '20. Hacia 1924 todos ellos coincidirán en Cuba, donde entablaron relaciones con los núcleos obreros y marxistas existentes en la Isla y con algunos de sus más importantes dirigentes de la izquierda, como era el caso de Julio Antonio Mella y Carlos Baliño, tomando parte en la publicación de algunas revistas antiimperialistas como *Venezuela Libre*, primero, y *América Libre*, más tarde. Asimismo, en 1925 participaron de la fundación de la sección cubana de la Liga Antiimperialista y, algunos meses después, del Partido Comunista. Sin embargo, la situación cada vez más peligrosa que se vivía en aquel país bajo otra dictadura, la de Gerardo Machado y Morales, sumado al asesinato y al encarcelamiento de varios de los más importantes dirigentes de la izquierda, motivó el alejamiento del grupo venezolano de Cuba y su viaje a su nueva patria de destino, México, en donde desde principios de 1926 ya se encontraba Mella. Prácticamente desde su misma llegada, el grupo de los venezolanos exiliados se integró a las organizaciones revolucionarias de México teniendo, sobre todo, una destacada participación en la dirección continental de la Liga Antiimperialista de las Américas.

Como resultado del proceso de consolidación de la sección de la LADLA en México, desde 1926 se constituyeron distintas subsecciones por parte de los diferentes grupos nacionales allí exiliados. Fue de este modo que los venezolanos residentes en el Distrito Federal dieron vida a uno de los más activos grupos dentro de la Liga junto con el de los cubanos y, eventualmente, el de los peruanos. Su prédica contra la dictadura de Juan Vicente Gómez se había hecho más fuerte desde que en ese mismo año fundaran el Partido Revolucionario Venezolano (PRV), bajo la dirección de Carlos León, y su vocero, el periódico *Libertad*, luego de que otro compatriota también en el exilio mexicano, Salvador de la Plaza, se desempeñase como Secretario Continental Revolucionario y gestionase ante la Comintern el envío de expertos militares para la organización de la lucha armada contra el gobierno venezolano (Jeifets, 2004: 265-6). Pronto el partido se pobló de otros militantes que, sin ser venezolanos, hicieron causa

común con éstos en sus mismos propósitos antiimperialistas y libertarios: así, se sumaron Julio A. Mella, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Jacobo Hurwitz y Farabundo Martí. Por otra parte, la diseminación de venezolanos exiliados por los distintos países del continente favoreció también la creación de distintas células del PRV, en todos los casos, formando parte de cada sección nacional de la LADLA, y siempre coordinados por la central en México, como fue el caso de la filial panameña, a cargo del exiliado Alonso Rodríguez Antier, y la existente en la isla de Trinidad, fundada por Carlos Aponte. Por otra parte, también tuvo participación en la Liga la Unión Obrera Venezolana, constituida en 1924 a partir de una célula de comunistas venezolanos existente en Nueva York desde unos tres años antes y que bajo la conducción de Ricardo Martínez, se afilió a la AFL: sin embargo, esta central de trabajadores mantuvo por momentos tensas relaciones con el CCO desarrollando, en cambio, una buena vinculación con el Partido Comunista de Argentina.

Aunque debido a la férrea dictadura existente no existió una filial de la Liga instalada en suelo venezolano, el Comité Continental de Organización prestó un gran apoyo al movimiento revolucionario enfrentado a Gómez, al que se visualizaba como a uno de los más importantes personeros políticos del imperialismo en América Latina. Este trabajo dio a la Liga una gran influencia sobre el PRV en el que, más allá de sus propias diferencias, convivían distintos grupos políticos e ideológicos. De hecho, varios dirigentes comunistas del PRV llegaron a ocupar cargos y responsabilidades de importancia dentro de la estructura interna de la LADLA en México, como fueron los casos de Salvador de la Plaza, quien entre 1926 y 1927 se desempeñó como secretario general de la organización, y de Gustavo Machado, uno de los encargados de recaudar fondos en los Estados Unidos para la campaña antiimperialista en Nicaragua. Con respecto al caso concreto de Venezuela, una de las prioridades de la Liga fue constituir un importante frente social y político contrario a la dictadura, ya que un triunfo en este país era evaluado por los dirigentes del CCO como un acontecimiento de suma importancia para la definitiva implantación de las fuerzas comunistas en El Caribe y México. Fue además por ello que desde las páginas de *El Libertador*, en su número 17 de abril de 1928, se prestó particular atención a las manifestaciones obreras y estudiantiles que estaban teniendo lugar en la misma Venezuela en contra de la tiranía de Gómez. Además, la propia Liga contra el Imperialismo, con sede en Bruselas, se preocupó por la situación venezolana cuando a fines de 1927 emitió una resolución en contra de la dictadura y de los planes norteamericanos dirigidos a la secesión del rico estado petrolero de Zulia⁴.

Pero las propuestas de los venezolanos exiliados iban mucho más allá de las declaraciones contrarias al régimen gomecista para avanzar en planes concretos de invasión y de gestación de rebeliones populares. Con el fin de conseguir transporte y armas, un conjunto de delegados de los venezolanos mantuvo conversaciones primero con el gobernador de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto y, tiempo más tarde, con el ex presidente de México, Álvaro Obregón. Sin embargo de todos estos intentos, seguramente el más importante fue la toma a mediados de 1929 del Fuerte Ámsterdam,

⁴ “El Consejo General de la Liga contra el Imperialismo hace un llamado a todas las organizaciones antiimperialistas del mundo para que lleven a cabo una campaña contra los planes del imperialismo yanqui de separar el Estado Independiente a fin de obtener el control de la más rica región petrolera de Venezuela. El Consejo General toma también la resolución de ayudar a las fuerzas revolucionarias de Venezuela con todos los medios posibles en su lucha para libertarse del Dictador Juan Vicente Gómez, lo que quiere decir en su lucha contra el imperialismo yanqui”. Bruselas, diciembre 10 de 1927 (*El Libertador*, N° 14: Enero de 1928).

en la isla de Curazao, por Gustavo Machado y varios de sus compañeros, quienes habían seleccionado este lugar como un punto fundamental para el aprovisionamiento de armas y como paso previo para un posterior ataque a Venezuela. Sin embargo, el conocimiento de esta acción por parte del gobierno de Gómez hizo frustrar la operación apenas los líderes rebeldes llegaron a su patria. Desarticulado el grupo, y con la mayoría de los miembros encarcelados o nuevamente exiliados, sería la fundación del Partido Comunista Venezolano en 1931 el acontecimiento que posibilitaría un nuevo acercamiento en la militancia de izquierda de este país, si bien la aparición de nuevas propuestas políticas, más ligadas con el nacionalismo y el reformismo populista, se convertiría en un nuevo escollo para estos propósitos de unidad.

En el nivel de la relaciones internacional, uno de los principales contactos de los venezolanos, a través de los cuales estos podían desarrollar campañas en Europa, fue Alfons Goldschmidt, quien luego de su estadía en México había retornado a Berlín, encargándose de la difusión de la situación social bajo la dictadura de Gómez en la revista alemana de la Liga Antiimperialista: de hecho, este grupo de exiliados pudo acordar con el renombrado profesor germano para que los representara para los congresos antiimperialistas de Bruselas y de Frankfurt. Mayores contactos poseían en París a través de sus compatriotas, los hermanos Aurelio y Carmen Fortoul, quienes habían constituido en la capital francesa una pequeña célula de comunistas venezolanos: mientras que él participó en la fundación del Comité de Solidaridad de América Latina y de la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos en 1925 y cuatro años más tarde como delegado en el Congreso Antiimperialista de Frankfurt, ella se desempeñó como delegada de la sección venezolana de la LADLA y del PRV en la sesión del Consejo General de la Liga contra el Imperialismo que tuvo lugar en diciembre de 1927. Por otra parte, también actuaron como intermediarios en Europa el uruguayo Carlos Quijano, el intelectual y diputado comunista Paul Vaillant Couturier, además del popular escritor Henri Barbusse. En la Unión Soviética, sus principales colaboradores fueron el suizo Alfred Stirner quien generalmente mantuvo la representación mexicana dentro de las distintas estructuras cominterianas en las que le tocó intervenir, y Stanislav Pestkovsky, viejo amigo de los latinoamericanos desde la época en la que actuó como embajador en México. Por último, también Jaime Névarez, quien anteriormente había fungido como secretario de la Liga portorriqueña, realizó tareas como hombre del PRV en Venezuela y en Colombia. En general, a todos ellos solicitaban la difusión de lo que acontecía en Venezuela bajo el cruel régimen gomecista y, en el caso en que así fuera oportuno, dinero o pertrechos militares para la realización de su tan ansiada campaña de liberación nacional⁵.

Además de Salvador de la Plaza y de los hermanos Machado fueron activos participantes de la sección venezolana Carlos León (ex gobernador de Caracas y sociólogo y, como ya se ha mencionado, uno de los fundadores y presidente del PRV), el general Bartlomé Ferrer, Carlos Aponte (quien más tarde se desempeñaría como uno de los principales colaboradores del nicaragüense Augusto Sandino y del cubano Antonio Guiterras), José Briceño Maldonado (colaborador en *El Libertador* y representante de la sección venezolana en el Congreso Antiimperialista de Frankfurt), Eduardo Francis (junto con Aurelio Fortoul, miembro de la Unión Latinoamericana de Estudiantes y de la AGECLA entre 1927 y 1931), los periodistas y activistas Humberto

⁵ “Cartas de ‘Morales’ (Gustavo Machado) dirigidas a Alfred Stirner (2 y 6 de noviembre de 1926) *Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso* (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 10/542-1-18.

Tejera, B. Suárez, José Sotillo Picornell, Miguel Zúñiga Cisneros (representante de la Federación de Estudiantes de Venezuela en México, miembro fundador del PRV -del que se convertiría en unos de sus más importantes referentes-, y activo colaborador de la Liga), Pedro Brito Alfonso (delegado de los revolucionarios venezolanos en el Congreso Antiimperialista de Frankfurt), Pío Tamayo (uno de los primeros divulgadores del marxismo en Venezuela), Emilio Arévalo Cedeño (notable líder guerrillero que, sin embargo, se retiraría de la agrupación al pronunciarse el perfil marxista de ésta), etc.

Otros países

En Haití no hubo ninguna filial de la LADLA, si bien fue la Unión Patriótica la que mantuvo el vínculo con la Liga contra el Imperialismo: en 1927, Andreu Almazán fungió como representante de la Liga de los Derechos Humanos mientras que el escritor y futuro diplomático Carlos Deambrosis Martins también participó como delegado de la Unión Patriótica en el Congreso de Bruselas. Con respecto a Honduras, existen probabilidades de que el cuadro estadounidense Russell Blackwell haya podido fundar una sección de la Liga durante su permanencia de seis meses en este país: el Gremio de Choferes sirvió en este caso como interlocutor de la Liga dirigida en Europa por Münzenberg. Por su parte, el escritor y periodista Eduardo Avilés Ramírez, durante su estancia de formación en París, participó en la AGELA y para 1927 fue uno de los máximos impulsores de la cuestión nicaragüense cuando la lucha de Sandino contra la invasión norteamericana recién comenzaba a percibirse desde el exterior: en este país fue la Liga de Obreros y Campesinos quien mantuvo contacto con la LCI. En Paraguay no se conformó la Liga Antiimperialista, aunque grandes segmentos de estudiantes y obreros se manifestaron en contra del neocolonialismo estadounidense, influyendo con ello a crecientes conjuntos de campesinos: muchas de estas campañas fueron dirigidas por el joven dirigente estudiantil y futuro líder comunista Oscar Creydt Abelenda. Por último, tampoco en Bolivia llegó a fundarse una sección de la LADLA, aunque se hizo una importante propaganda antiimperialista desde la Federación Obrera de La Paz, el Congreso de los Universitarios y el periódico comunista *Bandera Roja*: en este sentido, uno de los principales líderes de la izquierda boliviana, Gustavo Navarro (a. “Tristán Marof”), colaboró con las secciones mexicana y estadounidense de la Liga Antiimperialista a partir de la salida en 1928 de su país natal.

APÉNDICE B:

El peligro; Las posibilidades; El propósito.

El peligro: “Un peligro amenaza a la América Latina —el peligro de la muerte—Cuba, Panamá, Haití, Santo Domingo, Nicaragua, Veracruz... Pasos sucesivos en la agonía de un continente. Se señala la presencia del imperialismo yanqui en América Latina, y del inglés se dice que “ha entrado en la penumbra de su eclipse”, “ni en el imperialismo inglés ni en el japonés hay esperanza para la América Latina en su lucha defensora contra el imperialismo mundial, el más poderoso que ha conocido la Historia”.

Las posibilidades: “¿Dónde buscaremos ayuda contra el enemigo omnipotente y arrogante? En los otros pueblos oprimidos por el imperialismo yanqui, en Rusia y China, rebeldes contra el imperialismo, en el Oriente que prepara su revuelta contra el imperialismo extranjero, en los pueblos de Europa que preparan sus revoluciones contra el Plan Dawes y la dictadura de la Casa Morgan, en nuestras propias fuerzas, que una vez unificadas en un solo movimiento antiimperialista continental, puedan salvarnos y llegar tal vez a salvar a Europa, Asia y África también. Y SOBRE TODO PODEMOS BUSCAR AYUDA DENTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS. El imperialismo es un monstruo de dos cabezas. La cabeza que devasta con las llamas de sus fauces los países de la América Latina se llama “Imperialismo”, y la cabeza que devora las vidas y chupa la sangre de las clases proletarias y de los pequeños labriegos de los Estados Unidos, se llama “Capitalismo”; pero el monstruo es uno sólo.

El propósito: “*El Libertador* no es la primera revista contra el imperialismo norteamericano. Ugarte, Favela, Ingenieros, Roig-Leuchsenring, Henriquez-Carvajal, Vargas Vila, Juan Greco, Pereyra, Palacios, Vasconcelos, Blanco-Fombona, hombres innumerables han publicado revistas o libros contra el imperialismo yanqui.

El Libertador busca la colaboración de todos ellos pero difiere de todos ellos. No es el órgano de ningún individuo ni de ningún intelectual, ni de todos los intelectuales juntos. En vez de órgano personal, trata de ser órgano de un movimiento. Las semillas que todos ellos y que muchos más han sembrado empieza ya a brotar y su fruto es: “organización”.

El Libertador es órgano de la Liga Antiimperialista Panamericana. Trata de organizar todas las fuerzas antiimperialistas de la América Latina, de unificarlas en una unidad continental, de aliarlas con los aliados naturales que existen en Europa, en Asia, en África y DENTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS MISMOS; de despertar a las masas somnolientas de obreros y campesinos, de indígenas, mestizos y blancos que gimen bajo el yugo del imperialismo (pues el dueño de nuestras industrias es el mismo capital yanqui, y la huelga en la plantación o en la mina; en la refinería o el ingenio, en el campo de salitre o de petróleo, es siempre huelga contra el amo extranjero); de unir la fuerza de dichas masas al pensamiento, ya existente, de los intelectuales; y de dirigir el pensamiento de los intelectuales sobre las fuerzas clasistas de los obreros y campesinos; de buscar conexiones en todos los países de América Latina y en todas las organizaciones, ya sean sindicales o ligas agrarias, sociedades estudiantiles o de intelectuales, de buscar y encontrar conexiones con las fuerzas antiimperialistas de los Estados Unidos, sobre todo, entre sus obreros y labriegos pobres; de armar alianzas en cualquier parte del mundo en que se puedan encontrar y de cristalizar, fortificar y

unificar todos estos movimientos y tendencias diversas, en una sola fuerza capaz de resistir, de repeler y de vencer al más poderoso y más terrible imperialismo que el mundo ha conocido.

Para todo eso será menester criticar gobiernos, probar ideas, organizar fuerzas, esclarecer tendencias, unificar organizaciones y pueblos enteros. La Liga no es nadie -es de todos: veteranos de la lucha y nuevos luchadores, organizaciones e individuos, sindicatos y pueblos.

El LIBERTADOR es el órgano de la Liga. Pedimos colaboración de todos, ayuda financiera, pequeña o grande, de los que puedan ayudar; ayuda en la venta de la revista; ayuda orientadora de los que puedan orientar. No cerrará sus columnas a ninguna tendencia genuinamente antiimperialista ni las abrirá a ninguna tendencia contraria. Dará noticias sobre el movimiento antiimperialista en todo el mundo, sobre Rusia y China, Persia y Marruecos, Egipto y la India; sobre el movimiento antiimperialista en los Estados Unidos; sobre el movimiento antiimperialista en la América Latina; sobre las organizaciones sindicales de los dos continentes y sobre las organizaciones agrarias; nada ni nadie que puede servir en la lucha contra el imperialismo yanqui será ajeno a sus columnas. El imperialismo yanqui: he ahí el peligro. Agitación, educación y ORGANIZACIÓN contra el imperialismo yanqui: he ahí el propósito. ¡A la obra, pues, compañeros!

Texto fundacional de *El Libertador*, órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas, publicado en su número 1, de Marzo de 1925.

MANIFIESTO DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA DE CUBA

Contra el imperialismo. Por la justicia social

Ha llegado la hora perentoria e inaplazable de presentar un frente único, vigoroso y compacto, al enemigo común que, ya por medios arteros y solapados, ya descaradamente con amenazas, imposiciones o agresiones brutales, pretende dar al traste con la pizca de libertad y la migaja de justicia social que tanta sangre, tantos dolores, tantas angustias y sacrificios nos ha costado conseguir y nos cuesta mantener.

Ese enemigo declarado e irreconciliable de las necesidades indispensables de la vida es el IMPERIALISMO, o sea el atentado de un pueblo contra otro al que intenta sojuzgar bien por el arcaico método militarista, bien por el más moderno de las llamadas penetraciones pacíficas que no son otra cosa que conquistas económicas, escudadas no pocas veces en hipócritas pretextos civilizadores.

Para nosotros, los hombres dignos de América, este enemigo es el Imperialismo Yankee, cuya manifestación principal y más visible es el capitalismo: hasta ahora incontrastablemente expansivo, de Wall Street, atentatorio de cuanto hay de más caro y respetable para el hombre libre, tal el férreo tacón de un gigante, sentimos apoyarse ruda y opresivamente sobre nuestro cuello.

Conscientes del peligro que entraña la mínima demora en hacer frente al monstruo de mil garras que intenta devorarnos, hemos constituido la Liga Antiimperialista de Cuba para combatir por todos los medios a nuestro alcance: con la palabra, en asambleas, mítines, conferencias, conversaciones familiares, ya con lógica persuasión, ya con la denuncia dística, con la protesta viril o con la imprecación fulminante, con la pluma, con el periódico, el panfleto, el libro, con la acción, con manifestaciones pacíficas demostrativas de nuestros propósitos, con el boycott de los productos mercantiles que sirven de instrumentos a su odiosa expansión, y con cualesquiera otras formas de acción que estimemos necesarias a la consecución de nuestro fin, según las circunstancias que los provoquen.

Integran ampliamente esta Liga todos los que viendo con claridad el peligro, sea ya por amor a la humanidad, ya por amor a su país, ya por amor a los suyos o ya por decoro de hombres libres, sin parar mientes en distinción de credos políticos o de opinión partidista, están decididos a contrarrestar el avance del imperialismo que acabará con nosotros si permanecemos dispersos.

Nadie ha de suponer por otra parte y en ningún momento que nos mueven estrechos prejuicios de antagonismos raciales, ya que entre los diversos elementos constituyentes de nuestra Liga se encuentra una nutrida representación de tan distinta raza a la nuestra como lo es la china, cuya organización antiimperialista “Kuomintang” nos envió su adhesión calurosa por medio de sus delegados. Lejos de ello, nos damos fraterna y estrechamente la mano con la Liga Antiimperialista de los Estados Unidos de América del Norte, y es nuestro cordial intento hacer una sola organización formidable con todas las organizaciones antiimperialistas del mundo, para como un solo hombre, presentar el pecho frente al enemigo común, que tanto lo es el imperialismo inglés en Egipto, la

India o Irlanda, como el español y el francés en Marruecos, el yanqui en la América, el japonés conjuntamente con el de casi todas las potencias europeas en la sufrida China o el de Europa en el África Ecuatorial.

Quede, pues, sentado de una vez y para siempre que no vamos contra el pueblo sajón, ni contra el español, ni contra el japonés, ni contra el yanqui, sino exclusivamente contra la política absorbente de los gobiernos que se dicen representar a esos pueblos, y que así como encuentran entre sus mismos gobernados oposición a la política imperialista que los guía, hallan igualmente sus mejores aliados en los gobernantes serviles de los pueblos a los cuales intentan explotar, valiéndose para ello del soborno, la corrupción y la fuerza bruta; y sus mejores colaboradores en los capitalistas de las naciones explotadas, quienes sintiéndose débiles, hacen causa común con la potencia imperialista explotadora para mejor salvaguardar sus intereses particulares y lucrar más fructíferamente a costa de sus propios coterráneos.

Ejemplo de estas aseveraciones los vemos palpables en la América Latina, donde el imperialismo yanqui es el apoyo más fuerte de todas las tiranías abominables que demoran su desenvolvimiento y, más cerca, aquí en Cuba, donde la vida de la nación entera, en todas sus manifestaciones y actividades, desde las políticas a las sociales, están supeditadas al capitalismo estadounidense.

No ignoramos los peligros que nos amenazan al ponernos frente al imperialismo que no perdona medios ni arte para deshacerse de los obstáculos que se interponen en su camino de perversión, pero preferimos todo, ¡todo!, antes que la vida de esclavos miserables que nos aguarda a los pies del enemigo; y como él, tampoco perdonaremos medio alguno para lograr su destrucción. Sabemos que la guerra está empeñada, que será sin cuartel y que será guerra a muerte. Triunfaremos, reivindicando la libertad y la justicia social o pereceremos en la demanda, pero no como seres envilecidos besando la planta que nos humilla, sino como quería el Apóstol: DE CARA AL SOL.

¡LUCHEMOS POR REIVINDICAR LA LIBERTAD PERDIDA PARA EL MUNDO!

En: *El Herald* (La Habana, 6/7/1925) y *Nueva Luz* (La Habana, 20/7/1925).

ESTATUTOS DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA DE CUBA

Artículo 1º: Esta asociación se denominará Liga Antiimperialista de Cuba y su domicilio radicará en la ciudad de La Habana, Empedrado 13.

Los fines:

Artículo 2º: La Liga se constituye para luchar contra todos los imperialismos y especialmente contra el imperialismo yanqui que domina a América. Esta lucha se emprende no contra los extranjeros, sino contra el abuso que de su fuerza hacen los grandes intereses imperialistas entorpeciendo el desenvolvimiento y progreso de las sociedades.

Artículo 3º: Para su propaganda la Liga se valdrá de los medios acostumbrados en estas cosas: periódicos, conferencias, revistas, asambleas, etc.

Organización:

Artículo 4º: La Liga se reunirá en Asamblea general que celebrará sesión los lunes de cada mes y sesión extraordinaria cuantas veces lo soliciten cinco de sus miembros existiendo quórum con la presencia de treinta de sus componentes. La asamblea estará integrada por todos los miembros de la Liga, los que tendrán voz y voto en todas las discusiones. Para ser miembro de la Liga es necesario ser aceptado por la asamblea y contribuir con la cuota de 25 centavos como mínimo.

Artículo 5º: La Liga tendrá un Comité Ejecutivo compuesto por un Secretario Organizador, un Secretario Financiero, sus respectivos vices y diez vocales. Este Comité será elegido anualmente por la asamblea convocada expresamente para la elección.

El Comité Ejecutivo se reunirá en sesión ordinaria dos veces por mes y en sesión extraordinaria cuantas veces lo soliciten dos de sus miembros, existiendo quórum con la presencia de la mitad más uno de sus componentes.

Artículo 6º: Este Reglamento sólo puede ser reformado en sesión extraordinaria convocada al efecto, necesitándose como quórum la tercera parte de los miembros de la Asociación.

En caso de disolución, que no podrá tener efecto mientras se opongán a ella cinco de los afiliados a la Liga, los fondos, si existieran, después de pagadas todas las deudas, pasarán a poder por partes proporcionales a la Universidad Popular y a las Escuelas Racionalistas de los Centros Obreros de la República. La asamblea general queda facultada para discutir y acordar cualquier asunto no previsto en el Reglamento.

La Habana, 6 de julio de 1925

En: PADRÓN, Pedro Luis 1980 *Julio Antonio Mella y el movimiento obrero* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales) 238-239.

LOS TRABAJOS DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA

Con sincera simpatía, con creciente interés y deseando todo el triunfo posible a sus ideales sanos y de contundente resultado, hemos seguido los trabajos de la Liga Antiimperialista (sección de Cuba), cuyos miembros tan empeñosa y denodadamente han abrazado la gran causa de liberación de las naciones oprimidas por los distintos imperialismo mundiales.

Esta Liga, que está perfectamente organizada en casi todo el mundo, tiene a su cargo uno de los más altos ideales del romanticismo internacional: defender por todos los medios posibles la libertad de las pequeñas nacionalidades, luchar a favor de los oprimidos, de los sufridos, de los que, bien por su pequeñez geográfica o por debilidad constitutiva, están a merced de las naciones fuertes que, con el pretexto de “civilizar”, reinan, sojuzgan y atropellan las libertades, acuchillan las independencias, violentan a los ciudadanos libres y amenazan con poderosas escuadras la integridad moral y material de los pueblos débiles.

Nosotros hemos puesto, desde un principio, a la disposición de la Liga Antiimperialista, nuestras columnas. Aquí han aparecido las defensas hechas a México, a Nicaragua, a Marruecos, a la China, a Puerto Rico, a Haití. Aquí han encontrado los luchadores la más grande acogida a vibrantes artículos, a proclamas, a reseñas de sesiones, etc. Sinceramente identificados con sus trabajos e ideales, dijimos desde un principio que “dejaríamos de sustentar las ideas libertadoras que nos hicieron conquistas nuestra independencia, si guardáramos silencio ante los atropellos de las naciones imperialistas para con las naciones débiles”, palabras que días más tarde repetiría José Ingenieros refiriéndose al caso de Marruecos, que es idéntico al de la Cuba revolucionaria. Y continuaremos apoyando en todo al grupo valioso de nuestra intelectualista que ha fundado en La Habana la sección de Cuba de la Liga Antiimperialista.

El último paso dado por esta agrupación ha sido una comunicación enviada al Secretario de Estado, protestando enérgicamente por los enganches de hombres destinados a pelear contra Abdel-Krim, el gran patriota que desde hace tanto tiempo lucha con heroísmos trascendentales para sacudirse el ominoso yugo de Francia y España. Es vergonzoso que en una nación que apenas cuenta con 25 años de vida libre, se reclute libremente a los hombres para que defiendan al imperialismo europeo. La dignidad humana se siente rebajada y envilecida. Y para nosotros, cubanos, que estuvimos en la misma situación de Marruecos hace muy pocos años, no pueden pasar desapercibidos esos enganches vergonzosos, llevados a cabo por personas que indudablemente ignoran el precio de sangre y espíritu de la verdadera libertad de los pueblos.

EL HERALDO, fiel a sus ideales patrióticos, felicita a la Liga Antiimperialista por esa comunicación enviada al secretario de Estado, y la exhorta a no vacilar en la lucha ni a desmayar en la consecución de sus propósitos.

En: *El Heraldo* (La Habana, 18/8/1925, 3).

Hacia la Internacional Americana

Por Julio Antonio Mella

Ha pasado ya del plano literario y diplomático el ideal de unidad de la América. Los hombres de acción de la época presente sienten la necesidad de concretar en una fórmula precisa el ideal que, desde Bolívar hasta nuestros días, se ha considerado como el ideal redentor de nuestro continente.

Antes de entrar en una discusión sobre la mejor forma de organizar la unidad continental es necesario resolver el siguiente punto: ¿Quiénes han de hacer la unidad de la América?

Varias son las organizaciones que proclaman esta fraternidad entre los pueblos del continente. Dejemos a un lado los gritos hipócritas de los diplomáticos en las grandes bacanales de tomas de posición de un nuevo gobierno, o en una conmemoración ridícula de un gran aniversario. No obtendrán nunca un resultado práctico.

Algunos congresos científicos latinoamericanos podrían servir algo al ideal de unidad si no fueran utilizadas por los gobiernos de sainete para propaganda de sus sistemas despóticos.

Confesemos que hasta ahora la unidad de la América ha sido, en algunos, cariñosa utopía forjadora de un ideal, y en varios, deliciosa forma de resolver el problema de acomodarse bien en la vida.

Estos últimos son los que hablan, por lo regular, de hispanoamericanismos, considerando a Primo de Rivera o al bueno de don Alfonso como pontífices máximos de esta religión donde son sacerdotes los escritores fracasados y hambrientos junto con los comerciantes enriquecidos salidos de la “península” para rehuir al servicio militar del rey de la patria que adoran desde lejos.

Contestemos a la pregunta: la unidad de la América está hecha por el imperialismo yanqui. La Unión Panamericana es la Internacional del futuro imperio político que tendrá por capital única a Wall Street y por nobleza a los reyes de las distintas industrias. La unidad de la América que sueñan todos los espíritus elevados del momento presente es la América nuestra, la América basada en la justicia social, de la América libre, no de la América explotada, de la América colonial, de la América feudo de unas cuantas empresas capitalistas servidas por unos cuantos gobiernos, simples agentes del imperialismo invasor.

Esta unidad de la América sólo puede ser realizada por las fuerzas revolucionarias enemigas del capitalismo internacional: obreros, campesinos, indígenas, estudiantes e intelectuales de vanguardia. Ningún revolucionario del momento actual puede dejar de ser internacionalista. Dejaría de ser revolucionario. Ningún programa de renovación, ni la destrucción de ninguna tiranía, podría tener lugar si no hay una acción conjunta de todos los pueblos de la América sin exceptuar a los Estados Unidos. Las dos tiranías que están más próximas a caer, las de Perú y Venezuela, podrán ser sustituidas por gobiernos similares, pero nunca por un régimen que trate de exterminar la verdadera

causa de las tiranías: la explotación del pueblo por una pequeña minoría que lo mantiene en la ignorancia. Para ser posible la creación de una nueva sociedad en las repúblicas de América es necesaria la cooperación de todas las fuerzas revolucionarias del continente.

Convencidos en la existencia de un grande y fuerte enemigo, es necesario tomar las medidas tácticas para combatirlo. Todo hombre nuevo cree posible y conveniente la formación de un frente único entre todas las fuerzas antiimperialistas de la América latina. Distintas organizaciones tienen entre sus fines la lucha contra el imperialismo.

Teniendo en consideración que el enemigo se llama imperialismo fuera de los Estados Unidos [que] es capitalismo en el interior de esa nación, hay que extender el frente único más allá del Río Grande. Hay que formar un solo ejército entre todos los explotados por Wall Street.

Si aceptamos estas verdades, y sólo pecando de ignorantes o de retrógrados se pueden negar, hay que convenir que la lucha está entablada en todo el mundo entre estas dos fuerzas: el capitalismo explotador con múltiples mascarar, y el pueblo explotado que inicia distintas luchas con distintos matices. En la China y en Marruecos y en Inglaterra se lucha contra los capitalistas nacionales, etc. En la América la lucha debe ser contra cada una de las tiranías y contra la metrópoli común que reside políticamente en Washington.

Los internacionalistas explotadores han creado ya una serie de organizaciones capaces de ir formando la conciencia continental de sumisión: la Unión Panamericana, los sindicatos petroleros, las empresas cablegráficas, la propaganda cinematográfica y otras muchas.

Es necesario crear también una internacional americana capaz de aunar todas las fuerzas antiimperialistas y revolucionarias del continente para formar un frente único y poder contrarrestar la grandiosa influencia del enemigo, como en los organismos humanos es necesario crear prontamente la célula inicial que irá creciendo.

El camino está muy adelantado. Existen en la América Latina distintas fuerzas que ya aceptan la lucha internacionalista y están afiliadas a internacionales de distinto orden. Así vemos el poderoso Working Party en los Estados Unidos y los partidos comunistas de México, Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Guatemala y Cuba, afiliados a la Internacional. Varios sindicatos obreros también están afiliados a las organizaciones internacionales. En la América Latina existen varias entidades que aspiran a este fecundo internacionalismo por rumbos diferentes y que posiblemente realizarían mayor labor estando armados por una internacional americana antiimperialista y revolucionaria, la Unión Latinoamericana, La Liga Antiimperialista de las Américas, casi todas las organizaciones obreras del continente, varias federaciones estudiantiles y grupos de propaganda y cultura podrían, guardando su autonomía, formar un frente único en una perfecta internacional que se constituyese y que tuviese por base de organización a las fuertes instituciones con tendencias internacionales anunciadas en párrafos anteriores.

Aunque esta entidad solo sirviese como agencia central de noticias y de formación entre todas estas fuerzas, ya merecería existir. Una de las mayores dificultades que tiene el

movimiento revolucionario en las Américas es la falta de noticias entre los diferentes núcleos de luchadores.

La Europa y el Asia están lejos. Ambas tienen en estos momentos graves problemas que resolver. La América traicionaría a los mártires que caen en esos dos mundos si no se aprestase a imitarlos y a socorrerlos en sus luchas. Es un solo el ideal de la humanidad en estos instantes. En este siglo los cambios no se harán por naciones aisladas. La civilización se universaliza. Un cambio en Europa y en Asia ha de tener influencia definitiva en la América.

Aceptemos las experiencias de Europa en luchas y lancémonos a conseguir las de acuerdo con ellos y adaptando sus procedimientos revolucionarios a nuestros ideales.

Cárcel de la Habana, 2 de diciembre de 1925.

Publicado por primera vez en la revista *Venezuela Libre* (La Habana) Septiembre-Diciembre de 1925, año IV, núm. 15. pp. 7 y 15.

Punto de vista antiimperialista

Por José Carlos Mariátegui

Tesis presentada a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (Buenos Aires, junio de 1929. Fue leída por Julio Portocarrero en circunstancias en que se debatía “La lucha anti-imperialista y los problemas de táctica de los Partidos Comunistas de América Latina”.

1°— ¿Hasta qué punto puede asimilarse la situación de las repúblicas latinoamericanas a la de los países semi-coloniales? La condición económica de estas repúblicas, es, sin duda, semi-colonial, y, a medida que crezca su capitalismo y, en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse este carácter de su economía. Pero las burguesías nacionales, que ven en la cooperación con el imperialismo la mejor fuente de provechos, se sienten lo bastante dueñas del poder político para no preocuparse seriamente de la soberanía nacional. Estas burguesías, en Sud América, que no conoce todavía, salvo Panamá, la ocupación militar yanqui, no tienen ninguna predisposición a admitir la necesidad de luchar por la segunda independencia, como suponía ingenuamente la propaganda aprista. El Estado, o mejor la clase dominante no echa de menos un grado más amplio y cierto de autonomía nacional. La revolución de la Independencia está relativamente demasiado próxima, sus mitos y símbolos demasiado vivos, en la conciencia de la burguesía y la pequeña burguesía. La ilusión de la soberanía nacional se conserva en sus principales efectos. Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor de la lucha anti-imperialista en los países semi-coloniales avasallados por el imperialismo en los últimos decenios en Asia, sería un grave error.

Ya en nuestra discusión con los dirigentes del aprismo, reprobando su tendencia a proponer a la América Latina un Kuo Min Tang, como modo de evitar la imitación europeísta y acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de nuestra propia realidad, sosteníamos hace más de un año la siguiente tesis:

“La colaboración con la burguesía, y aun de muchos elementos feudales, en la lucha antiimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrepita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El anti-imperialismo en la China puede, por tanto, descansar en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indo-América las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos, desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aún con sus simples empleados, en el Country Club, en el Tennis y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y ésta no siente escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La

‘huachafita’ que puede atrapar un yanqui empleado de Grace o de la Foundation lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas que a ninguno de ustedes escapa seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha anti-imperialista en nuestro medio. Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y poder en su patria, y donde la personalidad nacional tiene por estas razones contornos más claros y netos que en estos países retardados, el anti-imperialismo puede (tal vez) penetrar fácilmente en los elementos burgueses; pero por razones de expansión y crecimiento capitalistas y no por razones de justicia social y doctrina socialista como es nuestro caso”.

La traición de la burguesía china, la quiebra del Kuo Min Tang, no eran todavía conocidas en toda su magnitud. Un conocimiento capitalista, y no por razones de justicia social y doctrinaria, demostró cuan poco se podía confiar, aún en países como la China, en el sentimiento nacionalista revolucionario de la burguesía.

Mientras la política imperialista logre “*manéger*” los sentimientos y formalidades de la soberanía nacional de estos Estados, mientras no se vea obligada a recurrir a la intervención armada y a la ocupación militar, contará absolutamente con la colaboración de las burguesías. Aunque enfeudados a la economía imperialista, estos países, o más bien sus burguesías, se considerarán tan dueños de sus destinos como Rumania, Bulgaria, Polonia y demás países “dependientes” de Europa.

Este factor de la psicología política no debe ser descuidado en la estimación precisa de las posibilidades de la acción anti-imperialista en la América Latina. Su relegamiento, su olvido, ha sido una de las características de la teorización aprista.

2º— La divergencia fundamental entre los elementos que en el Perú aceptaron en principio el APRA -como un plan de frente único, nunca como partido y ni siquiera como organización en marcha efectiva- y los que fuera del Perú la definieron luego como un Kuo Min Tang latinoamericano, consiste en que los primeros permanecen fieles a la concepción económico-social revolucionaria del anti-imperialismo, mientras que los segundos explican así su posición: “Somos de izquierda (o socialistas) porque somos antiimperialistas”. El anti-imperialismo resulta así elevado a la categoría de un programa, de una actitud política, de un movimiento que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social. Este concepto lleva a una desorbitada superestimación del movimiento anti-imperialista, a la exageración del mito de la lucha por la “segunda independencia”, al romanticismo de que estamos, viviendo ya las jornadas de una nueva emancipación.

De aquí la tendencia a reemplazar las ligas anti-imperialistas con un organismo político. Del APRA, concebida inicialmente como frente único, como alianza popular, como bloque de las clases oprimidas, se pasa al APRA definida como el Kuo Min Tang latinoamericano.

El anti-imperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir, por sí solo, un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El anti-imperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado

terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses.

Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política anti-imperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui. Un gobierno “nacionalista” puede usar, en sus relaciones con los Estados Unidos, un lenguaje distinto que el gobierno de Leguía en el Perú. Este gobierno es francamente, desenfadadamente pan-americanista, monroísta; pero cualquier otro gobierno burgués haría, prácticamente, lo mismo que él, en materia de empréstitos y concesiones. Las inversiones del capital extranjero en el Perú crecen en estrecha y directa relación con el desarrollo económico del país, con la explotación de sus riquezas naturales, con la población de su territorio, con el aumento de las vías de comunicación. ¿Qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña-burguesía? Nada, sino palabras. Nada, sino una temporal borrachera nacionalista. El asalto del poder por el anti-imperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder, por las masas proletarias, por el socialismo. La revolución socialista encontraría su más encarnizado y peligroso enemigo, -peligroso por su confusionismo, por la demagogia-, en la pequeña burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden.

Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación antiimperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera.

3°— Estos hechos diferencian la situación de los países Sud Americanos de la situación de los países Centro Americanos, donde el imperialismo yanqui, recurriendo a la intervención armada sin ningún reparo, provoca una reacción patriótica que puede fácilmente ganar al antiimperialismo a una parte de la burguesía y la pequeña burguesía. La propaganda aprista, conducida personalmente por Haya de la Torre, no parece haber obtenido en ninguna otra parte de América mayores resultados. Sus prédicas confusionistas y mesiánicas, que aunque pretenden situarse en el plano de la lucha económica, apelan en realidad particularmente a los factores raciales y sentimentales, reúnen las condiciones necesarias para impresionar a la pequeña burguesía intelectual. La formación de partidos de clase y poderosas organizaciones sindicales, con clara conciencia clasista, no se presenta destinada en esos países al mismo desenvolvimiento inmediato que en Sud América. En nuestros países el factor clasista es más decisivo, está más desarrollado. No hay razón para recurrir a vagas fórmulas populistas tras de las cuales no pueden dejar de prosperar tendencias reaccionarías. Actualmente el aprismo, como propaganda, está circunscrito a Centro América; en Sud América, a consecuencia de la desviación populista, caudillista, pequeño-burguesa, que lo definía como el Kuo Min Tang latinoamericano, está en una etapa de liquidación total. Lo que resuelva al respecto el próximo Congreso Anti-imperialista de París, cuyo voto tiene que decidir la unificación de los organismos anti-imperialistas y establecer la distinción entre las plataformas y agitaciones anti-imperialistas y las tareas de la competencia de los partidos de clase y las organizaciones sindicales, pondrá término absolutamente a la cuestión.

4°— ¿Los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semif feudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzosa y completamente con la lucha anti imperialista? Ciertamente, el capitalismo imperialista utiliza el poder de la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero, sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atenúa en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro, si el poder está en manos de una clase social más numerosa, que, satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, está en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y su ujier. La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de feudalidad entraban el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la "democratización" de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente -y por lo mismo más apta para garantizar la paz social-, nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo. En el Perú, el régimen leguista, aunque tímido en la práctica ante los intereses de los latifundistas y gamonales, que en gran parte le prestan su apoyo, no tiene ningún inconveniente en recurrir a la demagogia, en reclamar contra la feudalidad y sus privilegios, en tronar contra las antiguas oligarquías, en promover una distribución del suelo que hará de cada peón agrícola un pequeño propietario. De esta demagogia saca el leguismo, precisamente, sus mayores fuerzas. El leguismo no se atreve a tocar la gran propiedad.

Pero el movimiento natural del desarrollo capitalista -obras de irrigación, explotación de nuevas minas, etc.- va contra los intereses y privilegios de la feudalidad. Los latifundistas, a medida que crecen las áreas cultivables, que surgen nuevos focos de trabajo, pierden su principal fuerza: la disposición absoluta e incondicional de la mano de obra. En Lambayeque, donde se efectúan actualmente obras de regadío, la actividad capitalista de la comisión técnica que las dirige, y que preside un experto norteamericano, el ingeniero Sutton, ha entrado prontamente en conflicto con las conveniencias de los grandes terratenientes feudales. Estos grandes terratenientes son, principalmente, azucareros. La amenaza de que se les arrebatase el monopolio de la tierra y el agua, y con él el medio de disponer a su antojo de la población de trabajadores saca de quicio a esta gente y la empuja a una actitud que el gobierno, aunque muy vinculado a muchos de sus elementos, califica de subversiva o anti-gobiernista. Sutton tiene las características del hombre de empresa capitalista norteamericano. Su mentalidad, su trabajo, chocan al espíritu feudal de los latifundistas. Sutton ha establecido, por ejemplo, un sistema de distribución de las aguas, que reposa en el principio de que el dominio de ellas pertenece al Estado; los latifundistas consideraban el derecho sobre las aguas anexo a su derecho sobre la tierra. Según su tesis, las aguas eran suyas; eran y son propiedad absoluta de sus fundos.

5°— ¿Y la pequeña burguesía, cuyo rol en la lucha contra el imperialismo se superestima tanto, es como se dice, por razones de explotación económica, necesariamente opuesta a la penetración imperialista? La pequeña burguesía es, sin duda, la clase social más sensible al prestigio de los mitos nacionalistas. Pero el hecho económico que domina la cuestión, es el siguiente: en países de pauperismo español, donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarización; donde ésta misma, por la miseria de los salarios no tiene fuerza económica para transformarla en parte en clase obrera; donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del Estado, la caza del sueldo y del puesto “decente”; el establecimiento de grandes empresas que, aunque explotan enormemente a sus empleados nacionales, representan siempre para esta clase un trabajo mejor remunerado, es recibido y considerado favorablemente por la gente de clase media. La empresa yanqui representa mejor sueldo, posibilidad de ascenso, emancipación de la empleomanía del Estado, donde no hay porvenir sino para los especuladores. Este hecho actúa, con una fuerza decisiva, sobre la conciencia del pequeño burgués, en busca o en goce de un puesto. En estos países, de pauperismo español, repetimos, la situación de las clases medias no es la constatada en los países donde estas clases han pasado un período de libre concurrencia, de crecimiento capitalista propicio a la iniciativa y al éxito individuales, a la opresión de los grandes monopolios.

* * *

En conclusión, somos anti-imperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico, llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa.

Lima, 21 de mayo de 1929.

Se ha reproducido de AA.VV. 1929 *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana* (Buenos Aires: La Correspondencia Sudamericana).

INVITACIÓN A PARTICIPAR EN EL CONGRESO ANTIIMPERIALISTA DE FRANKFURT

México DF, 1° de mayo de 1929

A las organizaciones antiimperialistas
A los revolucionarios del continente.

Compañeros:

Nos complacemos en comunicar a Uds. que el Comité Ejecutivo de la Liga Internacional contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional, en su última reunión acordó convocar su Segundo Congreso Antiimperialista Mundial que tendrá lugar en la ciudad de París el próximo mes de julio de 1929.

Como Uds. conocen, el Primer Congreso Mundial Antiimperialista se verificó en Bruselas en el mes de enero de 1927. Ya desde entonces contó el Congreso con la asistencia de las más importantes organizaciones del mundo y sus trabajos tuvieron formidable eco en todas partes, especialmente, en los países coloniales y semicoloniales que están más directamente afectados por el imperialismo. Las resoluciones adoptadas en ese Congreso hallaron el aplauso y la adhesión de todos los pueblos que fincan sus esperanzas de liberación en la lucha común contra el imperialismo.

El trabajo que desde esa época hasta hoy se ha ido desarrollando es formidable; pero aún estamos lejos de haber conquistado el triunfo definitivo. Urge, pues, insistir en la imperiosa necesidad de impulsar cada vez con mayor energía nuestra labor antiimperialista porque si bien es cierto que nuestra lucha ha tomado poderoso incremento en estos dos años, el imperialismo también ha redoblado sus actividades y se prepara para nuevas ofensivas contra nuestros pueblos. Especialmente el imperialismo de Wall Street atraviesa una etapa importante en su expansión sobre el mundo. Por eso preferentemente en la América Latina –Nicaragua, Colombia, Centroamérica, México y en general todos los países latinoamericanos- se puede y se debe realizar una intensa campaña ante el peligro que significa este avance incesante del imperialismo sobre los pueblos semicoloniales. Hay que observar al imperialismo en todas sus formas para señalar todos los aspectos que presenta. Los Banqueros, la misión Kemmerer, los Consejos Técnicos, los Embajadores Yanquis –agresivos o ladinos-, los Infantes de Marina, los Presidentes al estilo de Machado y Moncada, etc. son en realidad una misma cosa, son la vanguardia del avance imperialista hasta lograr la conquista definitiva de nuestras libertades.

Y ante la mayor fuerza de ataque del imperialismo, más urgente es la formación de un sólido bloque antiimperialista para enfrentarlo al enemigo común; frente único que ya no puede tener sus límites dentro del nacionalismo estrecho y suicida, sino que debe orientarse hacia una internacionalización revolucionaria, puesto que el imperialismo es también internacional y es preciso combatirlo en todos sus frentes si en realidad queremos tener una fuerza seria que oponer en su expansión.

Sea en la India, en China o en cualquier país de América Latina, es necesario que los obreros y campesinos antiimperialistas de un país estén en estrecho contacto con sus compañeros de los demás países coloniales y semicoloniales amenazados por el imperialismo, por ser idénticos los fines que se persiguen y uno mismo el enemigo. La organización internacional de las fuerzas antiimperialistas es la única garantía para una movilización mundial de las mismas ante un ataque local o internacional del imperialismo.

Este es el fin que se propone la Liga Internacional contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional. El segundo Congreso debe lograr un control absoluto sobre las fuerzas ya movilizadas y deberá ser un motivo para intercambiar las experiencias de las luchas realizadas desde el primer Congreso.

América Latina tiene que jugar un papel importantísimo en este Congreso. Su delegación tiene que dirigir los ataques contra el imperialismo Yanqui y desenmascarar todas las crueldades y las argucias del mismo empleadas en su avance sobre nuestros países desmenuzando los ejemplos de Nicaragua, México, Colombia, Cuba, etc., etc.

Es por eso indispensable que todos los países de América Latina estén representados por una delegación fuerte y capaz de ayudar en París a la formación de un sólido frente único de todos los elementos antiimperialistas del mundo en contra del imperialismo mundial y sus lacayos incondicionales: Gerardo Machado, Juan Vicente Gómez, Leguía, Díaz, Moncada, Siles, etc., etc.

El primer Congreso mundial ha sido llamado la “Señal de Fuego”. El próximo deberá ser la “Señal de Lucha Desesperada” que desencadene la lucha antiimperialista en todos los frentes del mundo.

Los luchadores antiimperialistas de Nicaragua deben ser el símbolo para todos los pueblos de los países coloniales y semicoloniales oprimidos por el imperialismo porque ellos han demostrado que un pueblo débil, pequeño puede defender con las armas en la mano la soberanía contra la potencia imperialista más grande: la de Estados Unidos. El segundo Congreso hará un grande y significativo homenaje a nuestros héroes nicaragüenses, y no un homenaje de palabrería vacía, sino que resolverá serios y definitivos compromisos en la lucha común.

El Comité Organizador de la Liga Antiimperialista de las Américas, miembro de la Liga Internacional, invita a Uds. cordialmente para que en la próxima asamblea de esa organización presenten a los compañeros la convocatoria para el segundo congreso antiimperialista mundial, con el fin de designar, si es posible, un delegado que deberá representar su organización. En el caso de no poder ustedes designar, si es posible, un delegado propio, les rogamos nos comuniquen si podrían conferir su representación oficial a otro de los delegados que asistirán y cuyos nombres serán proporcionados a todas las organizaciones en su oportunidad.

Además les sugerimos como una manera de dar mayor importancia y significación al Congreso, votar una carta de saludo y una adhesión al mismo, rogándoles enviarla con la mayor prontitud posible, de manera que podamos reunir las adhesiones a tiempo para demostrar públicamente la cantidad de organizaciones de masas que se unen a la causa antiimperialista y con las cuales puede contar la Liga Internacional Antiimperialista en

su lucha. La misma importancia de las adhesiones tendrán las sugerencias, resoluciones, etc., etc., que pueden ustedes enviarnos y que nuestra delegación llevará consigo y se utilizará en el Congreso para la elaboración de las resoluciones que deberán aprobarse en lo que se refiere a América Latina. Además, nos interesa mucho que las organizaciones obreras, campesinas, y todas aquellas que luchan contra el imperialismo, nos envíen todo el material posible sobre la penetración imperialista en los diversos sectores, sobre las represalias imperialistas, sobre los métodos de defensa empleados por las masas, y en general sobre todo aquello que interese directamente a la lucha antiimperialista hasta en los más apartados rincones del continente.

Una delegación de por lo menos treinta personas tiene que salir de México, Centroamérica, las Antillas y América del Sur. Más de treinta delegados podrán ir a París si todas las organizaciones se unen para financiar a la delegación. Por eso les rogamos nos comuniquen la cantidad que Uds. podrían movilizar para financiar a su propio delegado o con cuanto podrían contribuir para ayudarnos a cubrir los gastos de otros delegados que tampoco percibirán de sus propias organizaciones el total de sus gastos. El gasto por cada delegado es de doscientos cincuenta dólares exclusivamente el pasaje de ida y de regreso. Los gastos de permanencia en Europa durante el Congreso serán cubiertos por las organizaciones obreras de allá que con sumo gusto darán su bienvenida en esta forma a sus huéspedes de América Latina y los demás países coloniales y semicoloniales.

Conocemos la situación crítica porque atraviesan todas nuestras organizaciones obreras y campesinas, pero creemos que con un esfuerzo en vista de la importancia enorme de este Congreso, seríamos capaces para reunir los fondos necesarios para enviar una delegación fuerte. A medida que aumente el número de nuestros delegados, más seria y más imponente será nuestra manifestación contra nuestro enemigo común, el imperialismo.

El avance imperialista hacia la conquista total de América Latina no cesará sino hasta que se organice un bloque de hierro que reúna en un solo haz a todas las organizaciones del mundo.

Conocemos que esa organización es realmente antiimperialista y es por eso que esperamos el apoyo de Uds. para la realización de este segundo Congreso mundial antiimperialista.

Rogamos pues que nos comuniquen, lo más pronto posible, la adhesión de esa organización, el nombramiento de su delegado, la cantidad que podrían movilizar para su envío al congreso en las condiciones antes dichas o con lo que Uds. podrían contribuir para los gastos de otros delegados.

Esperamos asimismo la carta de adhesión o de saludo, solidarizándose con el segundo Congreso antiimperialista mundial, así como resoluciones y sugerencias y aún informes sobre la situación de la región del Sindicato, de la Fábrica o Taller para facilitar de este modo a la delegación la elaboración de sus resoluciones que presenten la verdadera situación en que se encuentran nuestros países y los deseos y experiencias que tienen nuestros camaradas de lucha en los distintos países. Así podremos todos, desde los más apartados lugares, contribuir en alguna forma al éxito del Congreso y a la eficacia de las tácticas que se adopten.

Contando con su más eficaz y entusiasta apoyo, reciban nuestros más sinceros y cordiales saludos revolucionarios, repitiéndonos afectuosamente:

CONTRA EL IMPERIALISMO YANQUI POR LA UNIÓN DE LOS PUEBLOS DE AMÉRICA.

CONTRA EL IMPERIALISMO MUNDIAL.

EL FRENTE ÚNICO ANTIIMPERIALISTA INTERNACIONAL.

POR EL COMITÉ CONTINENTAL DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA DE LAS AMÉRICAS:

Salvador de la Plaza (Secretario General), Diego Rivera, Fritz Bach (representante de la Liga Internacional contra el Imperialismo), Tristán Marof, Gustavo Machado, Marco Antonio Montero, Jacobo Hurwitz, Jorge A. Vivó, Germán Lizt Arzubide.

En “Suplemento” de *El Libertador* N° 21 (mayo de 1929)

CARTA DE AUGUSTO C. SANDINO AL CONGRESO DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA REUNIDO EN FRANKFURT EN 1929

Señores Congresistas: Vengo ante vosotros, a quienes consideramos la primera autoridad moral de los pueblos oprimidos, para poner en vuestro conocimiento en nombre del Ejército Defensor de la Soberanía de Nicaragua, los abominables hechos consumados por la política imperialista de los Estados Unidos del Norte en Nicaragua, estado soberano de la tierra Centroamericana. Sabido es de todo el mundo civilizado, que desde el año 1909 en que el imperialismo yanqui manifestó el proyecto de construcción de un canal interoceánico por el Istmo de Rivas y el Río San Juan en territorio nicaragüense, y el de establecer una base naval en el Golfo de Fonseca, sobre el que tienen condominio las repúblicas de El Salvador, Honduras y Nicaragua, se ha mantenido en nuestro país una situación de constante lucha por el sostenimiento de nuestra integridad territorial, amenazada por el imperialismo.

Ese proyecto concebido por el imperialismo yanqui cuesta a la nación nicaragüense alrededor de cuarenta mil vidas humanas de ambos sexos y más de cien millones de córdobas en los daños ocasionados a la propiedad de nuestros connacionales.

El imperialismo yanqui en Nicaragua, como en todos los países de nuestra América racial, en los cuales ha intervenido contra toda moral internacional, procedió a formar una pequeña y funesta oligarquía, compuesta de hombres sumisos que no pueden jamás representar el sentir del pueblo nicaragüense figurando a la cabeza de ella Adolfo Díaz, Emiliano Chamorro y José María Moncada, para con esa oligarquía celebrar tratados indecorosos que redundan en perjuicio de nuestros derechos fundamentales de pueblo libre.

El pueblo nicaragüense desconoce en lo absoluto y ha rechazado con toda dignidad, a costa de su propia sangre, los tratados, pactos, y convenios celebrados entre el Gobierno de los Estados Unidos y los oligarcas impuestos por ellos a Nicaragua.

No reconoce el pueblo nicaragüense como gobiernos constitucionales a ninguno de los que han escalado el poder en nuestro país desde 1909 hasta el presente, puesto que esos gobiernos han llegado al poder apoyados por la bayoneta del imperialismo de los Estados Unidos del Norte.

Cuando en 1912 se anunciaron los tratados Chamorro-Bryan, que fueron suscritos en 1916, se desarrolló una sangrienta rebelión que vino a dar por terminada la drástica intervención armada del ejército regular de los Estados Unidos del Norte y como consecuencia de esa intervención, la muerte del autonomista nicaragüense, general Benjamín Zeledón, quien fue aniquilado por la metralla de los soldados yanquis al servicio de Wall Street.

Con la intención de asegurar en el poder a los renegados nicaragüenses que han puesto en peligro nuestra soberanía, el Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, dócil servidor de los banqueros de Wall Street, convocó a los gobiernos de El Salvador, Guatemala, Honduras y Costa Rica y al impuesto por él en Nicaragua, para efectuar unas conferencias en el año de 1923 en las cuales quedó estipulado, entre otros puntos, a iniciativa del Departamento de Estado Norteamericano, que no podría ser reconocido por los signatarios del pacto surgido en aquellas conferencias ningún gobierno que en las repúblicas centroamericanas emanara de un golpe de Estado, obligándose al Gobierno norteamericano a seguir igual línea de conducta.

La justicia se pudo de parte de nuestro pueblo y el entonces llamado Presidente de Nicaragua, Diego Manuel Chamorro, instrumento ciego de los intereses imperialistas como los demás oligarcas, murió en el poder que había usurpado, y el Vicepresidente, que lo era don Bartolomé Martínez, respetando la voluntad popular, entregó el poder a los electos en el sufragio libre, señores Carlos Solórzano y doctor Juan Bautista Sacasa, Presidente y Vicepresidente de la República, respectivamente.

En reconocimiento del civismo con que procedió como gobernante de Nicaragua el señor Bartolomé Martínez, consideramos un deber manifestar que no obstante ser su Vicepresidencia ilegal, como la Presidencia de su antecesor Diego Manuel Chamorro, respetó el ejercicio del sufragio y por ello le juzgamos entre los hombres pundonorosos y dignos de la estimación de sus conciudadanos.

El imperialismo yanqui, comprendiendo que la justicia protegía al pueblo nicaragüense, empujó a los hijos espurios de Nicaragua, Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro, para que, en connivencia con el poder interventor, dar el cuartelazo del 24 de octubre de 1925, que es conocido en el mundo civilizado con el nombre del “lomazo” y que dio por resultado el despedazamiento de la Constitucionalidad de la Presidencia de don Carlos Solórzano y de la Vicepresidencia del doctor Juan Bautista Sacasa. Emiliano Chamorro se hizo Presidente de la República.

El pueblo de Nicaragua se levantó en armas y peleó un año contra la menguada oligarquía.

Cuando nuestro ejército constitucionalista estuvo a las puertas de Managua ya triunfante, recibió la intimación más descarada y sin precedente del Gobierno de los Estados Unidos del Norte, por medio del representante personal del Presidente Coolidge, coronel Henry L. Stimpson, actual Secretario de Estado del Gobierno yanqui, a efecto de que nuestro Ejército reivindicador depusiera las armas con que tenía derecho a conquistar la libertad de la patria.

Nuestro Ejército constitucionalista había tenido como principio fundamental el desconocimiento del Tratado Chamorro-Bryan y de todos los otros tratados, pactos y convenios celebrados por el Gobierno de los Estados Unidos del Norte y los gobiernos impuestos por sus bayonetas en Nicaragua.

El hombre que hacía de general en jefe de nuestro Ejército Constitucionalista, faltando a los más elementales deberes contraídos con el pueblo de Nicaragua anhelante de honor y de libertad, o sea José María Moncada, claudicó ante los yanquis, tentado de sus ocultas ambiciones personales por el ofrecimiento de la Presidencia de la República de Nicaragua, que le fue hecho por los invasores.

La columna del Ejército constitucionalista que estaba al mando del suscrito en aquel entonces, rechazó con virilidad la intimación del coronel Stimpson, representante personal del Presidente Coolidge, como hemos dicho, y agente nato de los banqueros de Wall Street.

Aceptó nuestra columna el reto del miserable invasor y le cupo al que suscribe el honor de haber sido electo jefe de aquel grupo de patriotas que desde hace dos años y tres

meses pelea con denuedo contra el poderío imperialista más grande de la tierra en estos tiempos.

Nuestro Ejército continúa sosteniendo el principio de la Soberanía absoluta y por consiguiente desconocimiento de todos los tratados, pactos y convenios celebrados entre los gobiernos de los Estados Unidos del Norte y los de Nicaragua, que vulneran el principio de Soberanía Absoluta proclamado y mantenido por nuestros combatientes. Debemos afirmar una vez más que dichos tratados, pactos y convenios han sido celebrados contra la voluntad del pueblo nicaragüense.

Cree nuestro Ejército que en los dos años y tres meses que lleva de lucha tenaz contra el imperialismo yanqui, ha logrado adquirir suficiente autoridad moral para que todos los hombres y pueblos libres de la tierra también consideren nulos los Tratados indecorosos celebrados por los Estados Unidos del Norte y los hijos espurios de Nicaragua.

El pueblo nicaragüense, del cual nos sentimos legítimos representantes, permite que se construya el Canal Interoceánico a través de su territorio, y que se establezca una base naval en el Golfo de Fonseca, mediante acuerdo con los condueños del mismo, El Salvador y Honduras, siempre que esas obras sean ejecutadas con los propios recursos de las veintiuna repúblicas de Latinoamérica, y para beneficio de todos los pueblos de la tierra, pero que jamás sean propiedad exclusiva del imperialismo yanqui.

Considera nuestro Ejército que al quedar esas obras dentro de la nacionalidad latinoamericana, Nicaragua no recibiría limitaciones en su soberanía, ya que la idealidad de nuestro Ejército está basada en los principios de soberanía absoluta.

Nuestro Ejército se cree en el imperioso deber de declarar ante el mundo que tiene a los pueblos de Latinoamérica como una unidad racial con vínculos indestructibles. No es por lo tanto solamente Nicaragua la que debe resolver los problemas que le presentan las obras en cuestión. Tiene derecho a externar su opinión al respecto toda la América Latina continental y antillana.

En todo lo que atañe a sus derechos fundamentales de pueblo libre, tiene la nacionalidad latinoamericana en su aspecto de unidad racial con vínculos indestructibles, como ya hemos manifestado, el derecho a ser consultada.

Señores Congresistas: que nos sirva esta oportunidad para dirigir a vosotros, que sois la mayor autoridad moral de los pueblos oprimidos y la más pura representación de sus anhelos, un vehemente y cordial saludo y nuestros respetos y solidaridad para los hombres que integran esta magna Asamblea Mundial Antiimperialista, así como nuestro mejores deseos por el mayor éxito de vuestras humanitarias labores. En las Tres Veces Heroica Ciudad de Veracruz, México, 1929. Patria y Libertad.

A. C. SANDINO

Julio de 1929

En: MARABOTO, Emigdio E. 1980 *Sandino ante el coloso* (Managua: Ediciones Patria y Libertad) 5-8.

DECLARACIÓN POR MÉXICO DE LA LIGA CONTRA EL IMPERIALISMO Y POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL (fragmento)

Secretariado Internacional (Berlín, sin fecha)

Contra el terror, la reacción y la traición en México

Manifiesto de la Liga contra el Imperialismo a las organizaciones obreras, campesinas y antiimperialistas en todo el mundo.

Cuando en 1927 las organizaciones antiimperialistas del mundo entero reunieron en Bruselas su congreso, el gobierno de Calles no tuvo inconveniente en simpatizar con nuestro movimiento, pues él tenía también por entonces entablada una lucha contra la reacción religiosa y el imperialismo yanqui que amenazaba invadir el país. El gobierno mexicano contaba con la solidaridad de las fuerzas antiimperialistas de todos los países.

México fue considerado en aquella época, por todos los pueblos de la América Latina, como la vanguardia en la lucha entablada contra el imperialismo. Los líderes obreros y antiimperialistas de todo el continente, encontraron allí un asilo seguro. En México donde se organiza el más potente movimiento revolucionario antiimperialista integrado por campesinos, obreros, intelectuales, a cuya cabeza marchaba Julio Antonio Mella.

La formidable presión del capitalismo norteamericano, que lentamente había acaparado todas las riquezas naturales del país, el petróleo, las minas y numerosas empresas industriales, colocaba a los jefes de la pequeña burguesía ante el dilema de solidarizarse decididamente con las masas, o venderse con los grandes propietarios y la iglesia a los imperialistas, dirigiendo su acción contra el movimiento revolucionario.

La pequeña burguesía mexicana, llena de miedo, prefiere tomar el mismo camino que China y el que ya se ha iniciado en la India, traicionando la lucha por la independencia, para salvaguardar sus intereses de clase.

La pequeña burguesía mexicana, de la cual son jefes representativos Calles, Portes Gil y Ortíz Rubio, enriquecidos personalmente con la revolución, utilizaron antes el movimiento antiimperialista como forma de presión y con objeto de obtener las condiciones más favorables de Wall Street. La insurrección sostenida por la iglesia y los círculos imperialistas estalla entonces contra Portes Gil. Tratada con esto, la finanza norteamericana de obligar a la pequeña burguesía mexicana a una rápida capitulación.

La insurrección fue vencida con la ayuda de los obreros y campesinos. Los batallones formados por la "Liga Nacional Campesina", organismo afiliado a la organización antiimperialista de México, fueron los primeros que entraron en Veracruz y batieron a los insurrectos.

La acción independiente de obreros y campesinos, que no querían devolver las armas, atemoriza a la pequeña burguesía hasta el extremo de colocarla rápidamente en contrarrevolución abierta. Guadalupe Rodríguez, uno de los líderes de la "Liga Campesina" fue fusilado por orden del general Calles. Esta infame acción fue precedida por el asesinato en México de Julio Antonio Mella, víctima de los agentes mercenarios del tirano inquisitorial de Cuba, Machado. La presión de las masas obreras indignadas, obligarían al gobierno de Portes Gil a iniciar una causa sumaria, pero más tarde fue puesto en libertad el agente señalado como asesino.

A partir de ese momento, se sucedieron los golpes contra las organizaciones revolucionarias: era necesario cumplir la promesa hecha a Wall Street de destruir el movimiento antiimperialista en México, que continuaba infatigable la lucha contra la invasión imperialista y la traición de la burguesía nacional.

Entre los primeros militantes detenidos se encuentra Sandalio Junco, secretario provisional del Comité Continental de la Liga Antiimperialista de las Américas, secretario también de la Confederación Sindical Latino Americana por la región del Caribe, detenido como extranjero indeseable y que debía ser entregado a Cuba, donde le esperaban seguramente la muerte, pues ya había sido condenado. También fueron detenidos varios estudiantes cubanos que figuraban como elementos activos en la Liga Antiimperialista; su suerte no es conocida.

Mientras tanto, Calles y Ortiz Rubio se dirigieron a los Estados Unidos, para conferenciar con Hoover y la finanza de Wall Street.

Las persecuciones sistemáticas comenzaron, se trataba de destruir a los elementos más intrépidos y consecuentes en la lucha antiimperialista, los comunistas. Treinta de ellos, entre los que se encontraban el comité central del Partido y el de las juventudes comunistas de México, líderes de la organización sindical de Cuba y de la Liga Antiimperialista, fueron encarcelados después de una acción dirigida personalmente por el jefe de policía de la ciudad de México, Valente Quintana y el General Eulogio Ortiz, comandante en jefe de la guarnición. Hicieron registros domiciliarios en masa. El órgano del partido comunista, El Machete, que había abierto una campaña titánica contra el naciente fascismo mexicano que tomaba proporciones gigantescas, fue suprimido como toda la prensa sindical, su imprenta asaltada y las máquinas destruidas.

Como contraste, un grupo de partidarios de Vasconcelos, que habían organizado abiertamente una insurrección armada, fue dejado en libertad.

Las organizaciones revolucionarias de México, el partido comunista, la Federación Sindical Unitaria y el Bloque Obrero y Campesino, han conquistado la confianza de las masas por la lucha infatigable contra las nuevas leyes fascistas del trabajo dirigidas contra los movimientos huelguísticos y la autonomía de los sindicatos; contra la reforma agraria que tiende a destruir las conquistas campesinas, contra la reacción en general y el terror que ya se ha manifestado en forma bien característica en todo México.

En los Estados Unidos, miles de obreros de Detroit y Chicago han manifestado en protesta durante el viaje de Ortiz Rubio. El mismo sentido se han desarrollado grandes manifestaciones ante las embajadas en Washington, Los Angeles y Nueva York.

Ante la presión de las masas, Rubio se ha visto obligado a cambiar su plan de extradición de Sandalio Junco y tres camaradas al tirano Machado y los ha embarcado con dirección a Hamburgo.

Es esta la primera victoria de nuestra lucha contra la reacción, pero quedan aun muchos más camaradas que viven amenazados de ser entregados al verdugo Machado. Y también innumerables obreros están en peligro de ser deportado a las islas Marías, el infierno mexicano donde los revolucionarios son aniquilados.

Pedimos a los imperialistas del mundo entero que organicen manifestaciones de protestas contra la dictadura fascista en México y pidan la libertad inmediata de los camaradas presos; el levantamiento... (hasta aquí llega el *Manifiesto*).

Relación de documentos sobre México en el Centro Ruso (Biblioteca Manuel Orozco y Berra-Instituto Nacional de Antropología, México) Rollo N° 15, 534-3-241

MANIFIESTO DE LA LIGA ANTIIMPERIALISTA DE CUBA AL PUEBLO OPRIMIDO CUBANO (1931)

1. Cuba es un país sometido y convertido en campo de explotación del imperialismo, especialmente el imperialismo norteamericano, ligado a la burguesía y a los latifundistas nativos. En Cuba se observa, y es el factor dominante en la economía y en la política de nuestro país, el fenómeno mundial del imperialismo, de la explotación económica y el sometimiento político de los pueblos coloniales, atrasados desde el punto de vista industrial, por unos cuantos países “avanzados” que están gobernados por un grupo de poderosos bancos y “trusts” financieros e industriales, los cuales viven de la explotación y opresión de millones de esclavos de todas las razas y países. Nuestro país no es más que un campo de explotación de los bancos y compañías americanos, ingleses y canadienses. Está controlado políticamente por el gobierno norteamericano (mero instrumento de aquellos bancos y compañías), el cual, para establecer ese control, se vale de la burguesía, los latifundistas y el gobierno cubanos.

La dominación imperialista es absoluta en Cuba. Más de la mitad de la tierra cultivable, que ha sido arrancada a nuestros campesinos, pertenece a un grupo de compañías anónimas yanquis y canadienses controladas por el National City Bank of New York, el Chase National Bank of New York, y el Royal Bank of Canada. Las empresas de servicios públicos: las de alumbrado y gas, los transportes ferroviarios, los puertos y muelles, el transporte urbano, el teléfono, las empresas marítimas y todas las demás fuentes de riqueza y medios de producción, son propiedad de las sociedades anónimas extranjeras que sacan anualmente millones de pesos de la explotación de las masas populares de Cuba, para repartir los dividendos entre unos cuantos capitalistas extranjeros y nativos. Nuestra principal industria, la industria azucarera, está casi por completo en sus manos, y en la explotación de todas estas fuentes de materias primas y de riquezas, son exprimidos centenares de miles de obreros y campesinos que sufren hambre y esclavitud ganado jornales miserables, sometidos a jornadas de trabajo “de sol a sol”. Centenares de miles de campesinos son cogidos en las redes de las centrales y compañías azucareras, de los trusts del tabaco y de la carne, de las plantaciones bananeras, etc.; son despojados de sus tierras, apresados con contratos de verdadera esclavitud, tales como los de colonato, de aparcería, o de partidos, con hipotecas, con arrendamientos ruinosos y mil formas más del robo y la explotación.

El dominio absoluto del capital financiero norteamericano, que ha llegado a predominar completamente sobre los otros, aunque estos tratan de mantener sus posiciones, alcanza también, con sus condiciones de miseria y esclavitud, a decenas de millares de empleados públicos, quienes son arrastrados a la mayor penuria a cambio de pagar los millones de deudas a los millonarios de Wall Street. Las masas obreras, campesinas, de colonos pobres y medios, los artesanos, pequeños comerciantes y productores, son abrumados por impuestos y contribuciones para pagar esas mismas deudas, cogidos en los lazos de los trusts extranjeros y de la burguesía y los latifundistas nacionales, que se enriquecen a costa de su miseria y hambre.

2. Esta situación del pueblo trabajador y oprimido de Cuba se ha agravado en los últimos años con las medidas impuestas por los banqueros por medio de su agente actualmente en el poder: Machado. La política económica del imperialismo, que es la política de Chadbourne-Machado, se ha reducido a la aplicación de medidas que aumentan la explotación y opresión de la población trabajadora, tales como la restricción de la zafra (no obstante las protestas de los colonos y obreros agrícolas); la ley de Emergencia Económica, que aumenta los tributos de los obreros y campesinos; lo más terrible aun de los nuevos impuestos; y el engrandecimiento y protección de los trusts, como el de la electricidad, la carne, los teléfonos, respaldando los ataques de empresas como la tranviaria y la tabacalera contra los míseros jornales de sus obreros. Estas medidas, encaminadas a “resolver” la crisis, son en realidad no más que medios de echarla sobre el pueblo trabajador del campo y la ciudad, sobre los pequeños comerciantes y productores, sobre los empleados públicos y, en general, sobre la población pobre. Es bajo el peso de estas medidas de mister Chadbourne y Mr. Seligman (un “economista” instrumento del imperialismo yanqui) en estrecha unión con el gobierno de Machado que, al igual que todos los gobiernos de Cuba y en una escala mayor aun, no es más que un agente de ese control imperialista, como la situación de los obreros, campesinos, colonos pobres y medios, empleados y pequeños comerciantes y productores, se

hace insostenible, como la explotación alcanza caracteres brutales, como la miseria y el hambre reinan en nuestros campos y ciudades y aumenta de día en día el número de los sin trabajo.

3. Esta situación en que se encuentra Cuba es la misma en que están los otros pueblos sometidos al imperialismo como los de la América Latina, India, China, África, etc., repartidos entre los grupos imperialistas (las “potencias”), como campo de explotación, y que hoy luchan por su liberación del yugo imperialista, mientras dichas potencias preparan un nuevo reparto de estos países mediante otra guerra mundial en la que serán llevados al matadero millones de esclavos coloniales y obreros y campesinos de los propios países imperialistas.

Sólo un gran país que se encuentra en florecimiento dentro del marco de la crisis mundial, edifica su vida y su felicidad (la felicidad de la inmensa mayoría de su población, los obreros y los campesinos) sin apoyarse en la explotación de los pueblos más débiles y atrasados, y siendo en cambio un apoyo de la lucha de estos pueblos por su liberación. Este sólo país en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, cuya existencia es imposible dejar de tener en cuenta al analizar al imperialismo.

4. Es indispensable la unión y la organización de todos los elementos de la población de Cuba, blancos y negros, que sufren esta explotación y opresión imperialista, para la lucha contra la realidad que nos condena al hambre y a la muerte.

Como consecuencia del control económico de los bancos y compañías americanos, ingleses y canadienses, especialmente de los primeros, toda la política del actual gobierno de Machado, como la de todos los anteriores, es una política que favorece esta explotación y la entrega de nuestra economía al imperialismo. Los gobiernos anteriores y el actual, representando los intereses de los grandes capitalistas y latifundistas cubanos, están ligados indisolublemente a la banca y la industria de Norteamérica. No es por el camino de la acción del gobierno, pues, por donde se ha de llevar el mejoramiento de las condiciones de vida y a la liberación de la población trabajadora y pobre en general de Cuba, ni tampoco por el de los partidos de la oposición (nacionalistas, menocalistas, marianistas, el llamado “cuarto partido”, y cualquier otro de tendencias reformistas, ya se titulen socialistas o laboristas, etc.), cuyos líderes aspiran a servir al imperialismo, sustituyendo a Machado en el poder sin ninguna demanda de mejoras para las masas explotadas y oprimidas, y que algunos de los cuales llevaron a una revuelta engañados, y los traicionaron luego, rubricando ahora su traición a numerosos estudiantes, intelectuales, obreros y campesinos, con la aceptación de una amnistía que les da la libertad mientras muchos de sus partidarios continúan encarcelados y perseguidos sin la menor protesta por parte de esos líderes. El mejoramiento de las condiciones de vida y la liberación del yugo del imperialismo sólo pueden lograrse por medio de una acción organizada, coordinada y consciente, ejercidas de una manera directa por las masas populares cubanas en unión de las de América Latina y de los demás países coloniales, así como del proletariado de los Estados Unidos.

Las diversas capas de la población, empobrecida y oprimida, el proletariado, los campesinos y colonos, los soldados y marinos (utilizados como instrumento directo de los explotadores contra los explotados), los pequeños comerciantes y productores, profesionales, intelectuales y empleados, que sustenten a veces intereses encontrados, tienen un interés común frente a un enemigo común: el imperialismo. A todos alcanzan los efectos de su dominación: todos pueden unirse en una acción conjunta contra él. Es esta unidad de intereses comunes y en la unidad de la lucha internacional, basa su acción la Liga Antiimperialista de Cuba, y para la unión, organización y movilización de estas capas de la población, es para lo que se crea.

Pero, reconociendo de una manera indudable que el proletariado, es decir, los obreros asalariados de la ciudad y del campo, son los elementos más firmes y constantes en la lucha, cuyos intereses absoluta y permanentemente contrarios a la dominación de los bancos y los trusts los convierte en la clase más revolucionaria, más consciente y decidida, a la vez que es la más explotada y fundamental en la producción, la Liga Antiimperialista de Cuba reconoce en el proletariado a la clase predominante que debe ejercer una hegemonía en esa unión o alianza de los elementos explotados por el imperialismo.

5. Como mejoras inmediatas para la población sometida a la explotación imperialista, a la vez que como medios para elevar la acción de las masas populares hasta la lucha por su liberación total del yugo económico y político, la Liga Antiimperialista de Cuba luchará:

- a) Contra el plan Chadbourne y la restricción de la zafra.
- b) Contra las condiciones esclavistas que prevalecen en las plantaciones y centrales azucareros, y por el aumento de salario a los obreros de esas plantaciones y centrales. Contra el pago en fichas a los obreros.
- c) Por la anulación o cancelación de todas las deudas de los campesinos y colonos pobres, el abaratamiento de las semillas e implementos agrícolas y por la anulación de los contratos leoninos que los imperialistas imponen a los colonos.
- d) Por el aumento de salarios y la disminución de la jornada a los obreros que trabajan en empresas imperialistas.
- e) Contra la preterición del negro, sistemáticamente eliminado en muchas de las actividades del trabajo e empresas imperialistas; contra el concepto de inferioridad racial mantenido por los gobiernos imperialistas, especialmente el yanqui, con el solo objeto de dividir a los hombres e implantar así el más inicuo vasallaje y la explotación más brutal sobre las masas explotadas y oprimidas.
- f) Por el destino de los millones de la deuda internacional a un seguro contra el pago y a un socorro inmediato para los sin trabajo.
- g) Por el abaratamiento de un 50 por ciento de los artículos de primera necesidad (carne, pan, ropa, etc.) que están encarecidos por la acción de los trusts imperialistas. Por el abaratamiento en un 50 por ciento en el costo de la luz; por el abaratamiento del servicio telefónico así como del transporte.
- h) Contra los asesinatos, detenciones, deportaciones u otras formas de represión que traten de impedir la lucha de las masas explotadas por el imperialismo.
- i) Contra los partidos Liberal, Conservador y Popular, que son grupos políticos de los agentes del imperialismo, cuyo dirigente actual es Machado.
- j) Contrala oposición burguesa del gobierno (Unión Nacionalista, menocalismo, “Cuarto Partido”, socialista, laborista y cualquier otro de tendencias reformistas que, escudados en programas demagógicos, pretenden sólo escalar el poder apoyándose en las masas explotadas), que aspira a ser instrumento del capitalismo.
- k) Contra la participación de Cuba en una Guerra Mundial que será una pugna entre los magnates imperialistas por el reparto de las colonias; por el desarrollo de todas las formas de lucha contra esa guerra (huelgas, boycotts, resistencia al alistamiento, transformación en una guerra contra el imperialismo).
- l) Por el retiro de las fuerzas militares del imperialismo yanqui en Guantánamo y otros lugares.
- m) Por el apoyo y defensa del país que es baluarte en la lucha contra el imperialismo: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

¡OBREROS, CAMPESINOS Y COLONOS, SOLADADOS Y MARINEROS, PROFESIONALES, INTELLECTUALES Y ESTUDIANTES, PEQUEÑOS PRODUCTORES Y COMERCIANTES:

Luchad por estas demandas e ingresad a la Liga Antiimperialista de Cuba para la lucha contra el imperialismo.

Luchad por estas demandas como medio de elevar la lucha hasta nuestra liberación total del dogal imperialista mediante:

La expropiación sin indemnización de las plantaciones y latifundios y su entrega a los campesinos; la confiscación de las empresas imperialistas (centrales, fábricas, bancos, transportes, etc.); la anulación de todas las deudas del estado y la liquidación de todo control imperialista sobre el país; la jornada de ocho horas y la anulación de las semibárbaras condiciones de trabajo; la completa independencia nacional; la igualdad social del negro; el apoyo a toda acción encaminada al establecimiento de un gobierno formado por la inmensa mayoría de la población, es decir, por los obreros y campesinos, gobierno capaz de garantizar la conquista de las anteriores reivindicaciones!

¡EXPLOTADOS POR EL IMPERIALISMO: REALIZAD LA ALIANZA CONTRA ESE IMPERIALISMO Y SUS AGENTES PERTENECIENTES A LA GRAN BURGUESÍA Y LOS LATIFUNDISTAS!

¡Ingresad en la Liga Antiimperialista de Cuba! ¡Organizad grupos antiimperialistas en los lugares de trabajo, en los barrios, fincas, pueblos y ciudades!

¡Luchad contra los agentes del imperialismo en el poder: Machado y los partidos Liberal, Conservador y Popular!

¡Abandonad a los políticos opositores que os engañan y siguen al imperialismo!

¡Luchad contra la guerra imperialista! ¡Apoyad la lucha de los demás pueblos oprimidos, contra el imperialismo! ¡Apoyad al pueblo chino en su lucha contra el imperialismo japonés y contra sus verdugos nativos del gobierno nacionalista chino!

¡Sólo en vuestra acción revolucionaria organizada en la Liga Antiimperialista, bajo la dirección de la clase obrera, está la garantía del mejoramiento inmediato de vuestra situación y de la total emancipación del yugo imperialista!

¡Unámonos y organicémosnos: contra el imperialismo explotador y opresor y sus agentes nativos! ¡Por la absoluta independencia nacional de Cuba!

Liga Antiimperialista de Cuba

En: *Revista Masas* (La Habana, septiembre de 1934, N° 5).

CONGRESO NACIONAL CONTRA LA GUERRA, LA INTERVENCIÓN Y EL FASCISMO: “MANIFIESTO”

A las masas populares de Cuba:

Pese al esfuerzo desmedido realizado por las clases dominantes en Cuba y su gobierno para impedirlo; pese a los continuos saboteos y ataques realizados por la prensa reaccionario y los elementos reformistas y traidores del movimiento de liberación del pueblo de Cuba; pese a las persecuciones y prisiones de elementos revolucionarios que lo preparaban; pese a la suspensión de infinidad de Conferencias preparatorias y a la negación del permiso para que se celebrara, el CONGRESO NACIONAL CONTRA LA GUERRA LA INTERVENCIÓN Y EL FASCISMO se celebró en La Habana , el Primero de Agosto, con la asistencia de más de 200 delegados que traían a él la representación de la mayoría de la población de Cuba, y el deseo unánime de ésta de luchar contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo.

El gobierno y sus funcionarios militares y civiles se han armado, ante el indudable y profundo ánimo de luchas contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo, existente en todas las capas laboriosas del país, tratando a toda costa de impedir la realización del Congreso,, inculcando los militares a los civiles y los civiles a los militares, al mismo tiempo que los “líderes fantásticos”, “ABC Radical”y todas las facciones de la burguesía, a la hora de demostrar con hechos que está contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo, no prestaron ningún apoyo al Congreso y en ocasiones lo combatieron, poniéndose así, claramente, al lado de los intereses del imperialismo, como a sus intereses de colase corresponde.

Lo mismo que los anteriores gobiernos que hemos padecido, el actual gobierno de Mendieta sigue dócilmente los preparativos guerreros, comprando ametralladoras, gases asfixiantes, aeroplanos, toda clase de pertrechos de guerra, construyendo aeropuertos, etc., todo lo cual realiza mediante la explotación más inicua del pueblo trabajador de Cuba, a costa, algunas veces, del presupuesto de Instrucción Pública y, siempre, gracias al desarrollo de los más refinados métodos de terror fascista, sirviendo de ese modo a los intereses que representa y respalda en el Poder: de los burgueses, de los latifundistas y del imperialismo yanqui, por lo que su política significa analfabetismo, hambre, miseria, terror, fascismo y guerra, muerte de millares de niños, mujeres y hombres pertenecientes a la población pobre de la Isla.

El imperialismo exige en Cuba, como en todos los demás países a él sometidos, “paz y orden” para realizar sus planes de rapiña mientras, por otro lado, desencadena guerras a las que son lanzadas las masas trabajadoras, los estudiantes e intelectuales, los soldados y marinos. La matanza que se desde hace tiempo se realiza entre Bolivia y Paraguay, las violencias imperialistas, con Japón a la cabeza, realizadas en China, son los exponentes más agudos que expresan cómo mueren millares de explotados en estos países, para que los grandes tiburones que se benefician con las guerras, llenen un poco más sus arcas con oro es que sangre vertida en los frentes de combate.

Los métodos fascistas de represión existentes en Alemania, Italia, Austria (donde la facción fascista de Dolfuss lucha contra los nazis austríacos), en el Japón, y la fascistización de los Estados Unidos y la mayoría de las potencias imperialistas y sus

colonias, son medidas adoptadas por los gobiernos para reprimir las luchas de las masas e intensificar los preparativos de guerra imperialista, anulando todos los derechos democráticos, tratando de impedir así la lucha revolucionaria contra la guerra imperialista, que es la salida que buscan a la crisis actual estos vampiros imperialistas que se nutren con la sangre del pueblo trabajador.

Cuba, que no puede sustraerse del campo de la guerra y que contribuyó en la de 1914-18 con azúcar para explosivos y alimentos para los aliados del imperialismo yanqui, está sufriendo, cada día más, la intensificación de los métodos fascistas de represión, como parte integrante de los preparativos de guerra. Guerra en la que intervendrán los Estados Unidos, y Cuba, como uno de los países sometidos a su opresión. Testimonio de ello son, no solo los métodos fascistas, sino la construcción del acueducto en la Caimanera de Guantánamo, las potentes estaciones de radio de Tunicú, Preston y Jaronú, la fabricación de explosivos por Dupon en Matanzas, la multiplicación de aeropuertos, y otros muchos preparativos, todos bien conocidos por el pueblo de Cuba.

Junto a ello, la propaganda mentirosa realizada por las distintas facciones burguesas de que con una nueva guerra volverán las “vacas gordas”, a pesar de que en la actualidad se están sintiendo en Cuba todavía los efectos de la crisis guerrera, como en el resto del mundo capitalista, que agonizante en medio de sus contradicciones insolubles, busca la salida de sus crisis en una guerra por un nuevo reparto del mundo y un ataque desenfrenado contra la Unión Soviética.

El Congreso contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo dice a todos los trabajadores de Cuba que la única forma de luchar objetivamente contra estos tres males, es arrastrando a la lucha a los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, soldados, marinos, mujeres, niños y a todos los que pagarán con sus vidas y con su miseria las matanzas interimperialistas, llevando a la lucha activa contra los preparativos de guerra, contra la intervención, y contra los métodos fascistas utilizados por el actual gobierno de concentración, tales como los decretos fascistas 3, 51, 62, 63 y 292, mediante los que se trata de arrancar a las masas el goce de todos sus derechos democráticos más elementales, como el derecho de reunión, prensa, libre emisión del pensamiento, etc.

En los momentos actuales la tierra está dividida en dos mundos: de un lado, la Unión Soviética, que construye su economía socialista, levanta el nivel económico y social de 160.000.000 de trabajadores, realiza con esfuerzos inigualables tratados de no agresión con sus propios enemigos y propone un desarme efectivo de todas las potencias, demostrando en la práctica que es el único país que lucha por la paz. De otro lado, están las potencias imperialistas y sus colonias, que intensifican sus métodos de fascismo y preparativos bélicos, encubriendo todas sus barbaries en Conferencias Internacionales de Desarme y conciliábulos en la Liga de las Naciones.

El Congreso considera que los intereses vitales de todos aquellos que pagarán la guerra, que irán a ella obligados por el imperialismo, y que sufrirán sus brutales consecuencias, están en apoyar la política de paz seguida por la Unión Soviética y los soviets chinos, y en luchar por el desalojo de las tropas y marinos yanquis de las aguas y del territorio nacional; están contra la política intervencionista yanqui y el peligro de intervención armada, pese a la derogación de la Enmienda Platt, que en nada aleja este peligro; están en luchar contra las leyes y decretos fascistas hasta su total derogación, decretos que

forman parte de los preparativos guerreros; están por la exigencia de que todos los tratados diplomáticos realizados por Cuba se hagan a pleno conocimiento de las masas, y por la publicación de las negociaciones realizadas acerca del Tratado de Reciprocidad, porque tales negociaciones secretas sirven para encubrir pactos y preparativos de carácter bélico, encaminados a la guerra imperialista.

El Congreso Nacional contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo hace un ardiente llamamiento a todos los que sufrirán directa o indirectamente las consecuencias de la guerra, para organizar una lucha enérgica contra los preparativos de guerra, contra toda medida de intervención y contra los métodos fascistas de terror.

A los hombres sinceros y honrados, padres, hijos, hermanos, jóvenes y adultos, que sufrieron y sufren los horrores del hambre, las epidemias y la miseria de la crisis de post-guerra, mientras los millonarios nativos y extranjeros se embolsaban el oro de las vacas gordas; a los que serán arrastrados a la próxima matanza que se avecina; los que sufrirán los horrores y la muerte de la guerra imperialista, los llama este Congreso Nacional a reforzar las filas de los luchadores antifascistas, antiguerreros y antiintervencionistas, a oponer la enérgica resistencia de las masas a los preparativos de guerra que realizan las clases dominantes.

A las mujeres, especialmente, llama este Congreso a luchar contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo. Ellas, más que nadie, sufrirán sus horribles consecuencias. Junto a la pérdida de los seres queridos en los campos de combate y en las calles, víctimas del fascismo, la mujer será arrastrada a los frentes de guerra, cuando sean pocos los soldados que queden; la mujer sufrirá las epidemias que la guerra engendra; será arrastrada a las fábricas, plantaciones y talleres, para que sustituya a los que luchan en las trincheras, recibirá salarios de hambre para que sus amos hagan mejor la guerra.

Al pueblo trabajador, sin distinción de raza, nacionalidad, edad, sexo, o credo político, llama este Congreso a la lucha valiente y enérgica contra el fascismo, la intervención y la guerra. Ellas serán arrastradas a las batallas, a encontrarse en el frente de combate contra sus hermanos de otros países. Allí serán obligadas a luchar unos contra otros los explotados de todas las naciones, que son hermanos porque ambos son víctimas de la salvaje explotación del régimen capitalista; que son hermanos, porque con su sangre, en la guerra o en la paz, repletan las bolsas de los que corren máquinas lujosas, poseen chalets fastuosos y hacen la guerra. Las masas trabajadoras de Cuba no están por la guerra. Lucharán contra ella. Sólo la lucha revolucionaria de toda la población laboriosa nos librarán de la guerra, romperá con los métodos fascistas de gobierno, alejará el peligro de intervención.

Opongamos a los preparativos bélicos y a las medidas fascistas e intervencionistas realizadas en el país, la lucha diaria de todos los que sufriremos las consecuencias de estos males, en beneficio de nuestros explotadores.

Organicemos COMITÉS DE LUCHA CONTRA LA GUERRA, LA INTERVENCIÓN Y EL FASCISMO en todo lugar de trabajo.

Ferrovianos, portuarios y demás obreros del transporte: negaos y obstaculizad el transporte de ejércitos, municiones y azúcar a los lugares donde se desarrolla la guerra imperialista.

Organicemos COMITÉS DE VIGILANCIA en todos los puertos y transportes, para denunciar a las masas e impedir el embarque de tropas, municiones, alimentos y demás materiales de guerra.

Libertad para Thaelmann, líder de la resistencia popular en Alemania contra la dictadura sangrienta de Hitler.

Ni un soldado, ni un centavo, ni un grano de azúcar para la horrible matanza del Chaco, para la guerra de rapiña mundial que preparan las potencias imperialistas.

Soldados, marinos y policías que sufrís la disciplina y atropello en los cuarteles, vosotros seréis los que primero sufrirán las consecuencias de la guerra, los primeros en caer en el frente de combate. Fraternidad con vuestros hermanos que luchan contra la guerra y el fascismo.

Pueblo trabajador de Cuba: estrechemos nuestros lazos de unión y afecto con la Unión Soviética, único país que lucha contra la guerra, y construye el socialismo. Exijamos su reconocimiento por el gobierno de Mendieta.

Las potencias imperialistas y los explotadores todos están firmemente decididos a lanzarnos unos contra otros, en guerra fratricida, a los explotados de todos los países. Ellos no han de tomar el rifle para la lucha. Ellos se quedarán en sus poltronas contemplando a los muertos, y recibiendo oro. Nosotros no podemos seguir siendo instrumentos de estos bandidos. Nosotros hemos de volver el rifle que ponen en nuestras manos para la guerra, contra los que nos llevan a la muerte. Nosotros hemos de acabar con el régimen de guerra y fascismo que padecemos, mediante la lucha revolucionaria. Nosotros hemos de oponer la resistencia popular de Cuba a los intentos imperialistas de intervención armada. Nosotros hemos de transformar la guerra imperialista en guerra civil, hemos de terminar con el régimen capitalista, hemos de implantar un mundo nuevo, sin hambre, sin miseria, sin terror, sin guerra, sin fascismo.

Congreso Nacional contra la Guerra, la Intervención y el Fascismo

En: *Revista Masas* (La Habana, agosto de 1934, N° 4) 12-3.

APÉNDICE C: GALERÍA DE FOTOS

Sección mexicana de la Liga Antiimperialista



Julio Antonio Mella (1903-1929).
Creador de la Liga
Antiimperialista cubana y
Secretario del Comité Continental
de Organización en México.



Diego Rivera (1886-1957).
Secretario de la Liga Mexicana
y representante latinoamericano
en la dirección de la Liga contra
el Imperialismo.



El estadounidense José Allen.
Uno de los primeros dirigentes
del PCM y miembro fundador de
la Liga Antiimperialista.



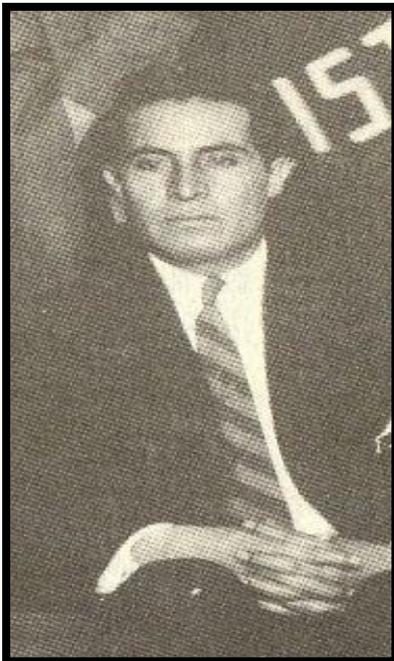
Enrique Flores Magón, dirigente
de la Liga Antiimperialista de
México y uno de los directores de
su periódico, *El Libertador*.



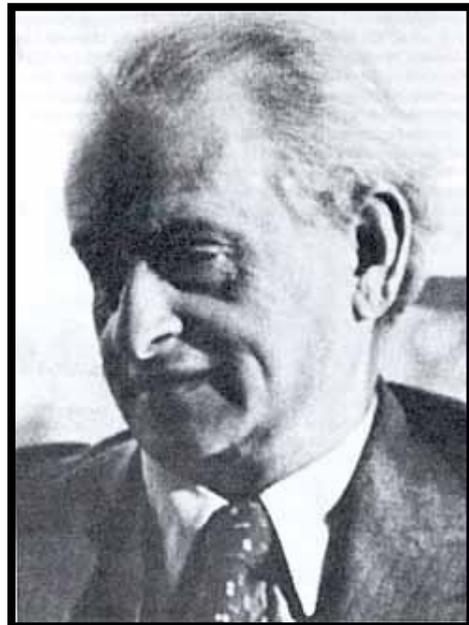
Úrsulo Galván (1893-1930).
Líder agrarista del Estado de
Veracruz y primer director del
periódico *El Libertador*, de la
LADLA,



David Alfaro Siqueiros
(1896-1974). Pintor de fama
universal, dirigente comunista y
antiimperialista.



Luís G. Monzón (1872-1942).
Senador comunista, miembro de
la LADLA y fundador del
Socorro Rojo en México.



Alfons Goldschmidt (1879-1940).
Economista de origen alemán, y
colaborador de la Liga Antiimperialista.



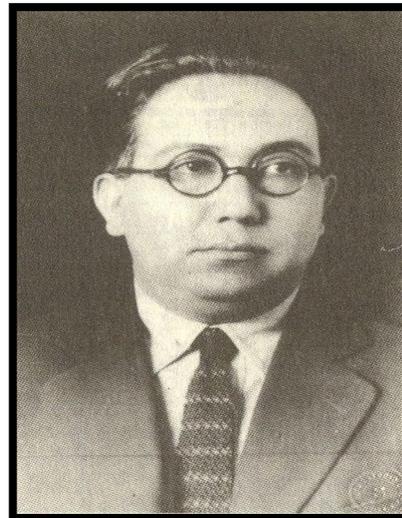
Tina Modotti (1896-1942)
Fotógrafa de origen italiano, dirigente del Socorro Rojo Internacional, de la Liga Antifascista y de la Liga Antiimperialista.



Ella G. Wolfe (1897-2000). Esposa de Bertrand Wolfe y miembro del Secretariado de la LADLA hasta su deportación en 1925.



Jorge Fernández Anaya, secretario de La Federación Juvenil Comunista de México y colaborador de la Liga Antiimperialista.



Hernán Laborde, Secretario General del PCM desde 1929 y activo dirigente de la LADLA.



José Vasconcelos (1882-1959) participó del Congreso Antiimperialista de Bruselas en 1927 pese a su difícil relación con los comunistas mexicanos.



Fotografía tomada en la Ciudad de México en 1925. De pie, a la derecha, se encuentra el estadounidense Bertrand Wolfe (1896-1977), primer secretario de la Liga Antiimperialista mexicana. A su lado, también de pie, se encuentra Stanislaw Pestkowski (1882-¿1943?), primer embajador soviético en México.



Campaña comunista en el año 1929. Del lado izquierdo se lo puede ver a Diego Rivera, mientras que, en el derecho, al exiliado venezolano Salvador de la Plaza.



Manifestación popular en repudio al asesinato de Julio Antonio Mella, la Figura más popular de la Liga Antiimperialista de las Américas. Al frente de la columna se lo puede ver al dirigente y artista Diego Rivera.

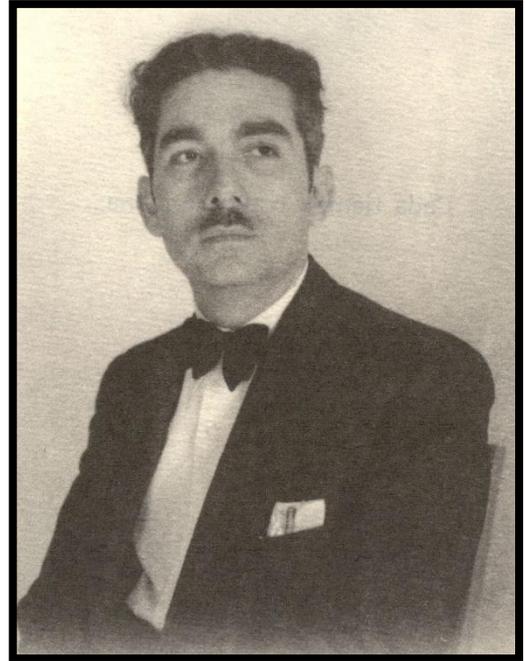


Reconstrucción policial de la muerte de Julio A. Mella en enero de 1929.
Al frente, se los puede ver a Diego Rivera y a Tina Modotti,
última pareja del dirigente asesinado.

Sección cubana de la Liga Antiimperialista



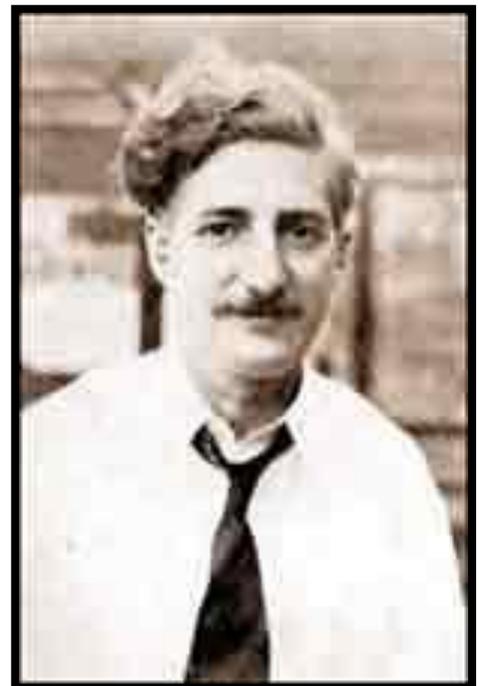
Rubén Martínez Villena (1899-1934). Poeta y dirigente comunista, al frente de la Liga Antiimperialista cubana una vez que Mella partió rumbo al exilio.



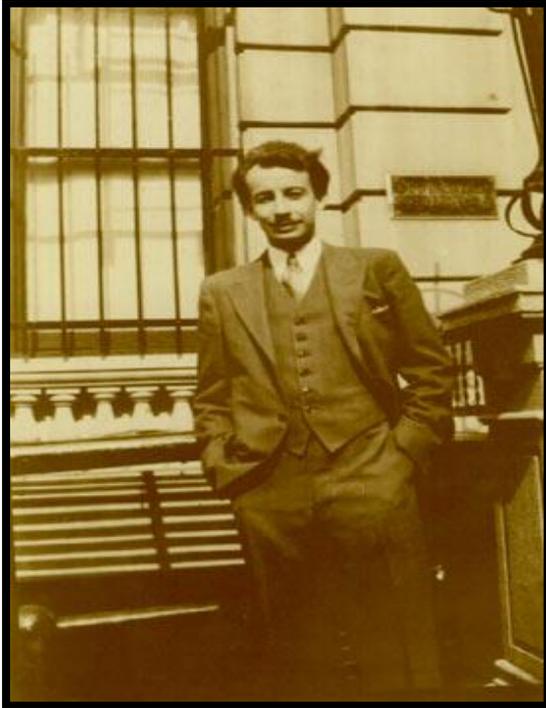
Juan Marinello(1898-1977). Ensayista y líder comunista a partir de los años '30. Principal figura en el Congreso contra la Guerra en La Habana en 1934.



Carlos Baliño (1848-1926). Puente entre el pensamiento martiano y la corriente comunista, contribuyó a fundar la sección cubana de la Liga Antiimperialista poco antes de su fallecimiento.



José Z. Tallet (1893-1989). Poeta, ensayista y uno de los principales colaboradores de la Liga Antiimperialista cubana.



Raúl Roa García (1907-1982).
Líder universitario y uno de los más importantes dirigentes no comunistas de la sección juvenil de la Liga cubana.



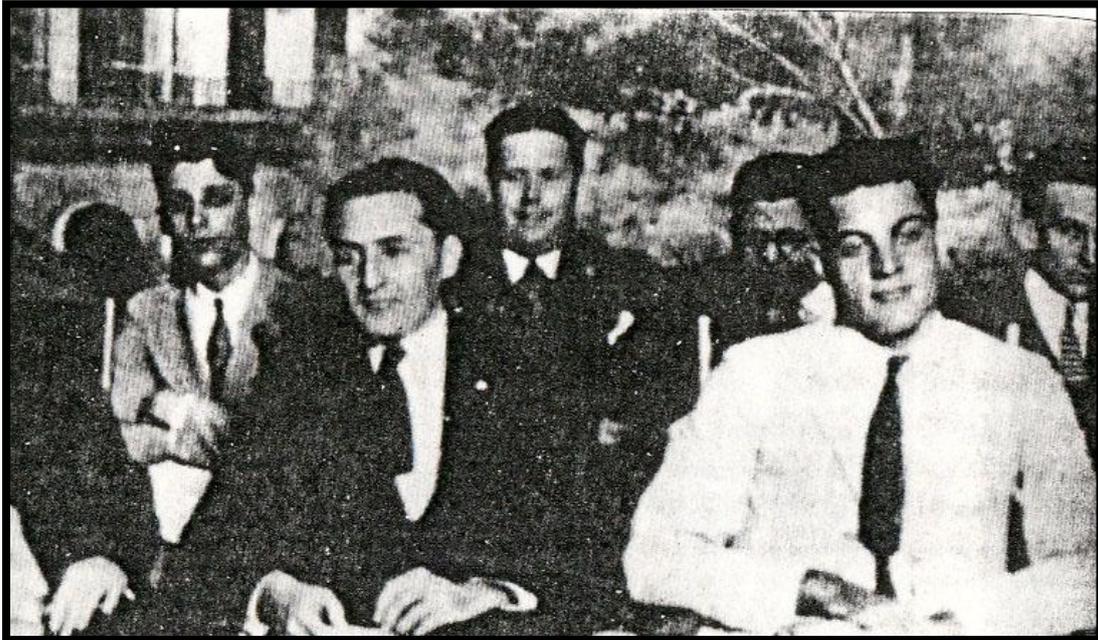
Emilio Roig de Leuchsenring (1889-1964).
Joven historiador y entrañable amigo de Mella, en 1925 contribuyó a fundar la filial de la LADLA en la Isla.



Alejo Carpentier (1904-1980).
Uno de los más prestigiosos escritores cubanos, militó en la Liga Antiimperialista poco antes de su partida a Francia en 1928.



Mariblanca Sabas Alomá (1901-1983).
Poetisa y feminista, perteneció a la Liga de Cuba prácticamente desde su misma fundación.



Encuentro en Cuba, en los agitados días de la Reforma Universitaria, entre Julio A. Mella y Víctor Raúl Haya de la Torre. Posteriormente, asomarían entre ellos diferencias políticas irreconciliables.



Liga cubana

En el segundo piso de esta casa, ubicada en la Avenida Reyna, en La Habana, funcionó la Liga Antiimperialista y fueron veladas las cenizas de J. A. Mella.

Sección argentina de la Liga Antiimperialista



Aníbal Ponce (1898-1938).
Intelectual, psiquiatra y discípulo de José Ingenieros. Se convirtió en una de las principales figuras del movimiento antiimperialista y antibelicista latinoamericano en los años '30.



Rodolfo Ghioldi (1897-1985).
Junto con Victorio Codovilla, uno de los principales líderes en la historia del Partido Comunista Argentino. Figura destacada en la Liga Antiimperialista local.



Juan Greco (1897- 1961).
Cuadro comunista argentino y uno de los mayores colaboradores en organizaciones auxiliares como el Socorro Obrero Internacional y la Liga Antiimperialista de las Américas.

Sección venezolana de la Liga Antiimperialista



Gustavo Machado (1898-1983). Destacado líder del movimiento comunista y antiimperialista venezolano. También fue dirigente de las secciones cubana, venezolana y mexicana de la Liga Antiimperialista.



Salvador de la Plaza (1896-1970). Importante dirigente comunista de origen venezolano. En la segunda mitad de los años '20 condujo en México el secretariado continental de la Liga Antiimperialista de las Américas.



Carlos Aponte (1900-1935). Miembro de la Liga Antiimperialista y del Partido Revolucionario Venezolano. Fue un activo colaborador de Augusto C. Sandino en Nicaragua.



Pío Tamayo (1898-1935). Dirigente de gran importancia en la difusión del ideario marxista, nacionalista y antiimperialista en la Venezuela de los años '20 y '30.

Dirigentes peruanos y la Liga Antiimperialista



José Carlos Mariátegui (1894-1930).
Figura de fundamental importancia para la historia del marxismo latinoamericano. En 1929 fue propuesto para formar parte de la dirección de la Liga Internacional contra el Imperialismo.



Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979).
Como líder del APRA, colaboró con la Liga Antiimperialista de las Américas prácticamente hasta el Congreso de Bruselas, en 1927.



Jacobo Hurwitz (1901-1973).
Importante dirigente peruano, primero de origen aprista, convertido luego al comunismo, que tuvo a su cargo la coordinación del Comité Manos Fuera de Nicaragua (MAFUENIC).

Sección uruguaya de la Liga Antiimperialista



Emilio Frugoni (1880-1969).

Ubicado en el centro en esta fotografía, Frugoni fue el padre del socialismo en Uruguay y un destacado miembro de la Liga Antiimperialista de ese país.

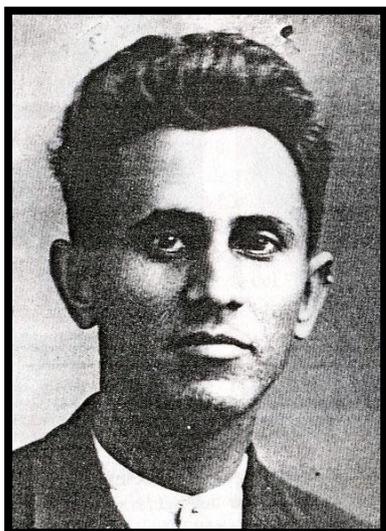
Sección colombiana de la Liga Antiimperialista



Ignacio Torres Giraldo
(1895-1968).

Dirigente obrero, fundador del
Partido Socialista
Revolucionario de Colombia
y uno de los creadores de la
sección colombiana de la
LADLA.

Sección brasileña de la Liga Antiimperialista



Octavio Brandao (1896-1980).
Uno de los más importantes líderes del comunismo brasileño, colaborador en el Socorro Obrero Internacional y en *El Libertador*, el órgano de la Liga Antiimperialista de las Américas.



María Lacerda de Moura
(1897-1945).
Anarquista, feminista y una de las más importantes militantes de la Liga brasileña.

Dirigentes portorriqueños en la Liga Antiimperialista



Juan Antonio Corretjer (1898-1985).
Poeta, periodista y uno de los principales representantes del independentismo portorriqueño. Tuvo participación en la filial neoyorquina de la Liga Antiimperialista.

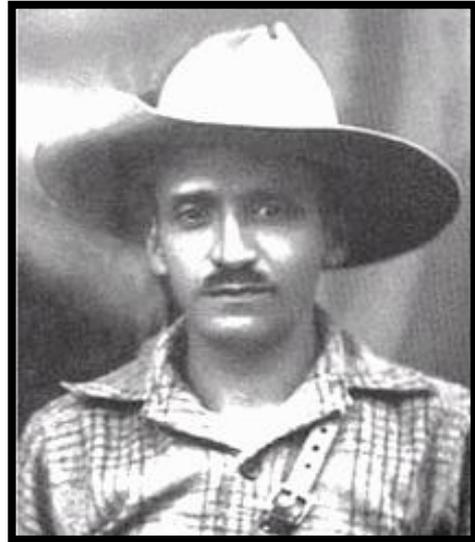


Pablo de la Torriente Brau
(1901-1936).
Escritor y periodista de origen portorriqueño, uno de los más activos miembros de la sección cubana de la LADLA.

Liga Antiimperialista y su apoyo al sandinismo



Augusto C. Sandino (1895-1934). Líder de la rebelión en contra de la ocupación estadounidense en Nicaragua. Fue propuesto para sumarse a la dirección de la Liga Internacional contra el Imperialismo.



Farabundo Martí (1893-1932). Dirigente comunista, lugarteniente de Sandino. Fundó la Liga salvadoreña y tuvo participación en la respectiva sección estadounidense.



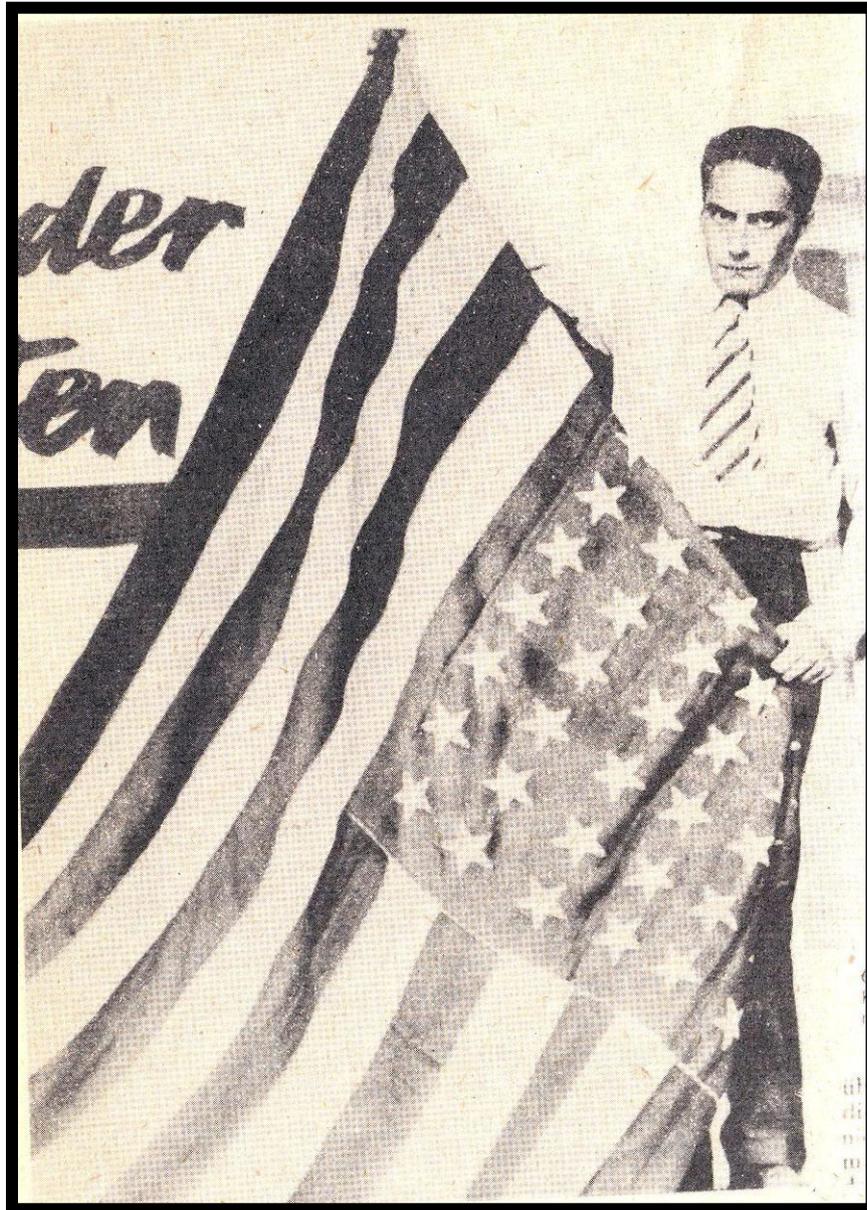
Miembros de la “Legión Latinoamericana”. De izquierda a derecha y de a pie: Rubén Ardilla Gómez, José de Paredes, Augusto César Sandino y Gregorio Urbano Gilbert. Sentados: Sócrates Sandino y Farabundo Martí.



Fotografía de una sesión de trabajo del Comité Manos Fuera de Nicaragua (MAFUENIC) en México.



Fotografía publicada en *El Libertador* en la que se muestra la bandera estadounidense capturada por uno de los hombres de Sandino y que, a manera de presente, le fuera ofrecida al Comité Manos Fuera de Nicaragua en México.



Germán List Arzubide (1898-1998).

Poeta y dirigente político, fue el último director de *El Libertador*, el órgano de la LADLA. En esta fotografía se lo ve con la bandera estadounidense regalada al MAFUENIC y que él mismo se ocupó de trasladar a Frankfurt, en donde se desarrollaba el Segundo Congreso Antiimperialista.

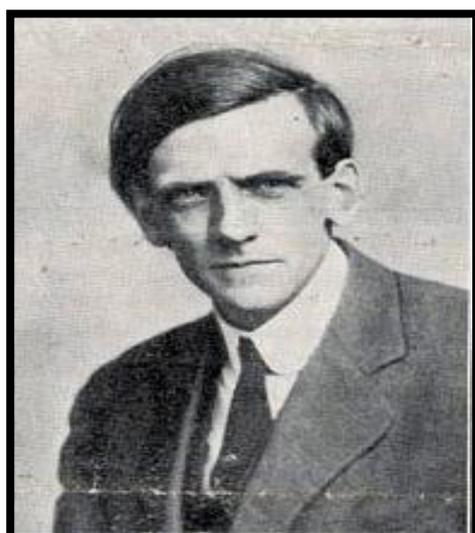
Dirigentes de la Liga Internacional contra el Imperialismo



Willi Münzenberg (1889-1940).
Joven dirigente comunista alemán,
creador de organismos auxiliares como el
Socorro Obrero Internacional y la Liga
Internacional contra el Imperialismo y
por la Independencia Nacional.



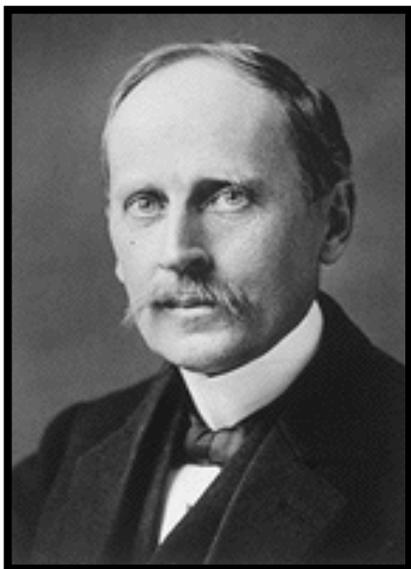
Virendranath Chattopadhyaya
(1880-1937).
Representante de la corriente
comunista hindú, fungió como uno
de los principales colaboradores de
Münzenberg en la dirección de la
Liga contra el Imperialismo.



James Maxton (1885-1946).
Dirigente del Partido Laborista
Independiente inglés, fue uno de
los más importantes
representantes socialdemócratas
dentro de la Liga Internacional.



Reginald Bridgeman (1884-1968).
Se desempeñó como líder de la
sección inglesa y, desde 1933, como
el último secretario de la Liga
Internacional contra el
Imperialismo.



Romain Rolland (1866-1944). Afamado escritor francés, ganador en 1915 del Premio Nóbel de Literatura. Uno de los principales referentes culturales de la LIIN.



Edo Fimmen (1881-1942). Importante sindicalista holandés, ocupó un cargo en la dirección de la Liga contra el Imperialismo entre 1927 y 1929.



Sri Pandit Jawaharlal Nehru (1889-1964). Líder del nacionalismo hindú, tuvo una destacada participación en la Liga y en el Congreso Antiimperialista de Bruselas.

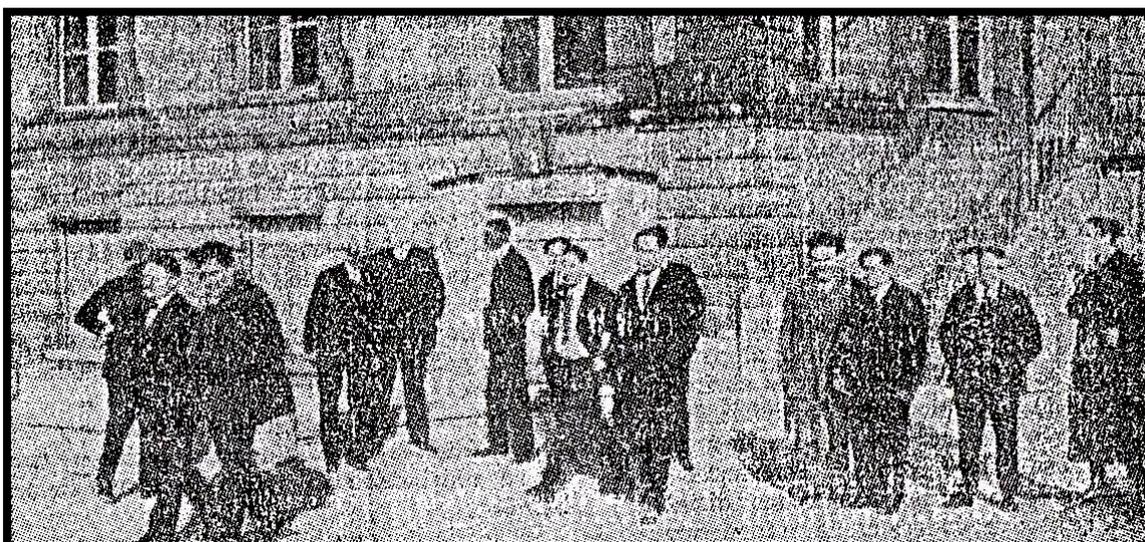


Sen Katayama (1859-1933). Fundador del Partido Socialista Japonés y destacado cuadro político en los inicios del comunismo mexicano. Tuvo también participación en los Congresos Antiimperialistas de Bruselas (1927) y de Frankfurt (1929).

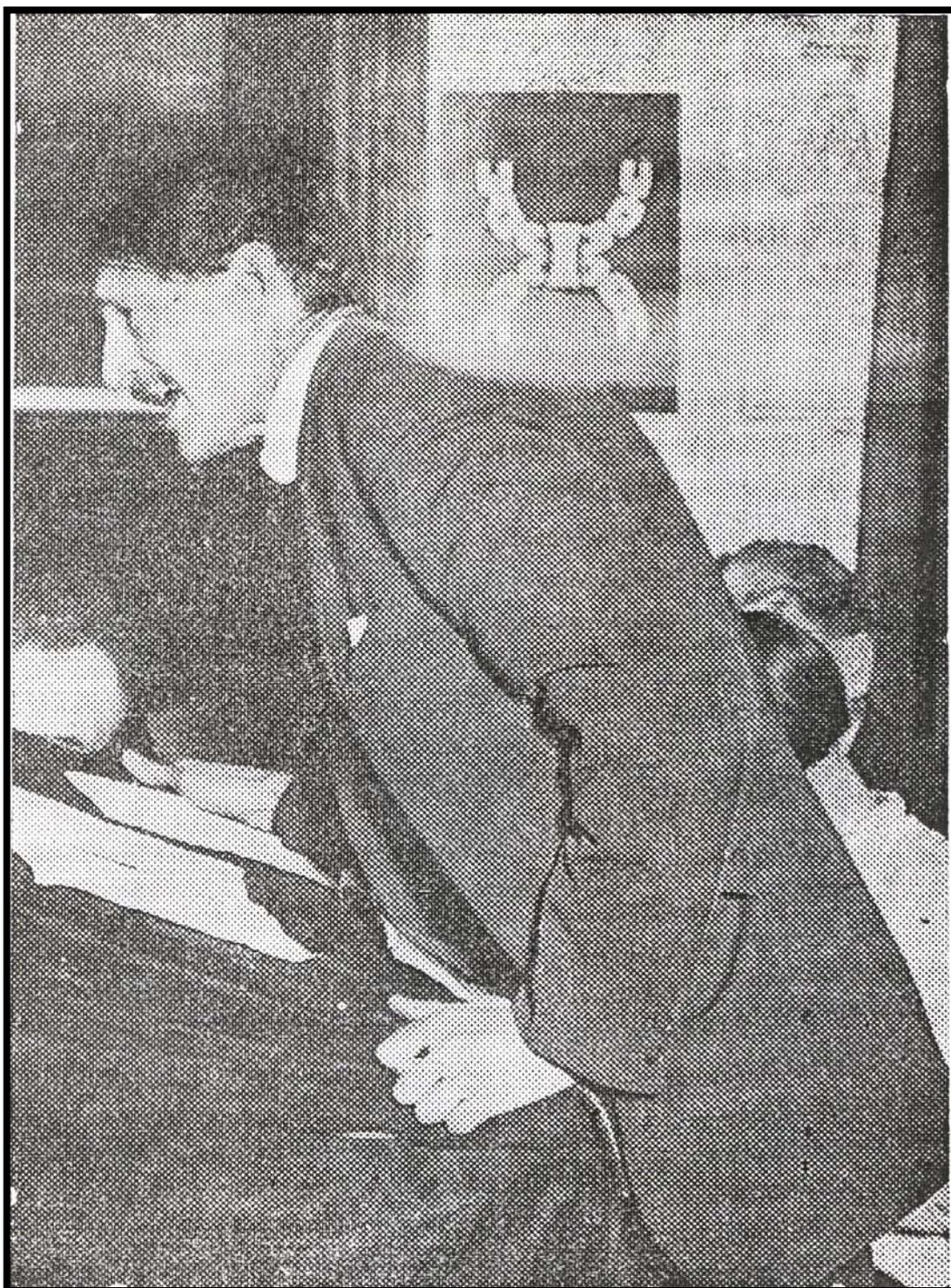
El Congreso Antiimperialista de Bruselas (1927)



Dirigentes en el Congreso Mundial contra la Opresión Colonial y el Imperialismo, en Bruselas, Bélgica, en febrero de 1927. De izquierda a derecha: Marteaux (Bélgica), Chen Kuen (China), Mella (México), Pollit (Inglaterra), Messali (Argelia), Katayama (Japón), Giau (Indonesia), Haya de la Torre (Perú), Fournier (Francia), Lamine Senghore (Colonias Francesas), Barkatulla (India), Holitscher (Alemania), Roland Hollst (Holanda), Nejadi (Checoslovaquia) y, en el extremo derecho, Emilio Vandervelde, Presidente del Congreso

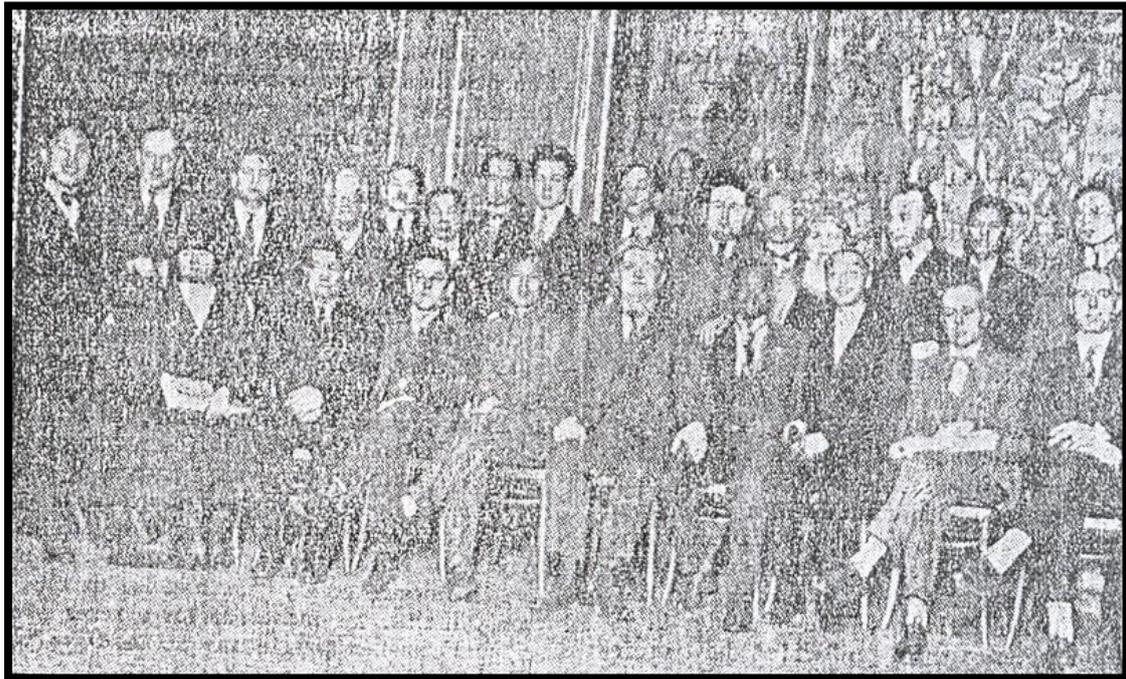


En el patio del Palacio Egmont de Bruselas, donde sesionò el Congreso Antiimperialista. Se ve junto a la escalinata a V. Codovilla, S. Katayama, H. Pollit, J. A. Mella y a otros delegados.

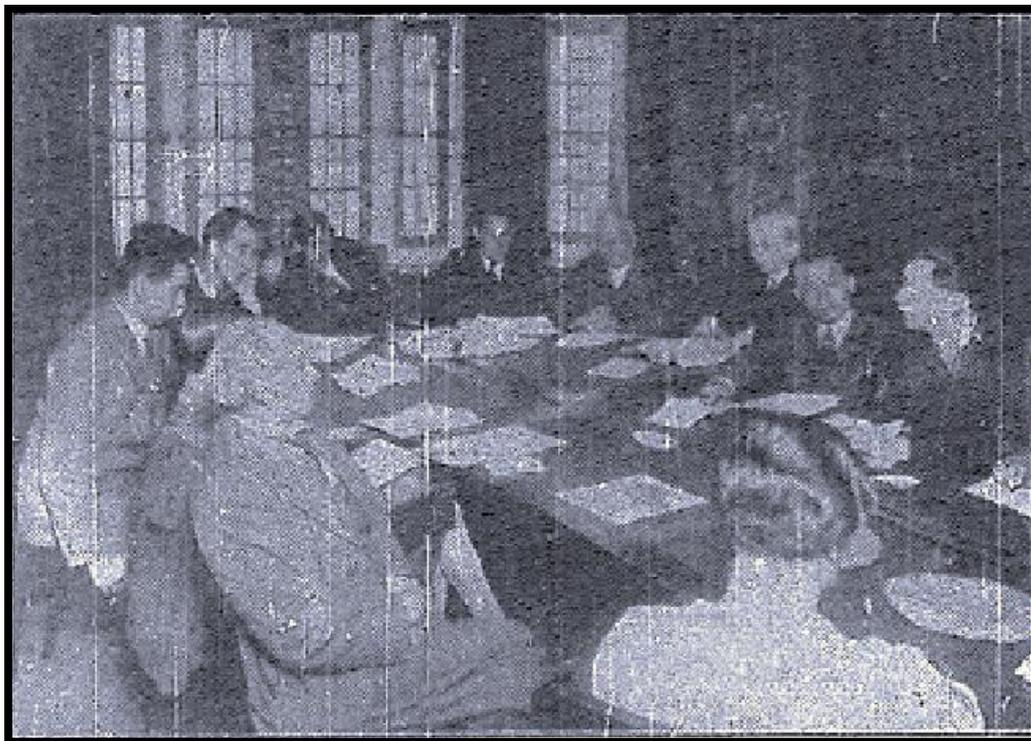


Henri Barbusse (1873-1935).

Popular escritor francés, uno de los más cercanos colaboradores en los proyectos políticos y culturales de W. Münzenberg. En esta fotografía, se lo ve pronunciado un discurso en el Congreso de Bruselas de 1927.



Los miembros electos del Presídium del Congreso Antiimperialista de Bruselas. Entre otros, se ve a V. Codovilla, S. Katayama, Feming, Pandit Nehrú, Edgar André, J. A. Mella y H. Pollit.

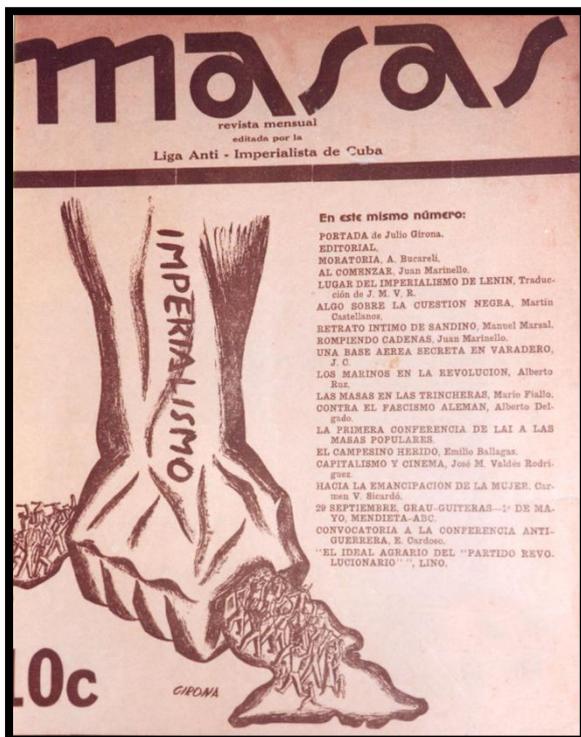


Sesión del Consejo Ejecutivo de la Liga Internacional contra el Imperialismo. En el fondo Willy Münzenberg (Secretario General), al frente Maxton, y de perfil Saklatvala.

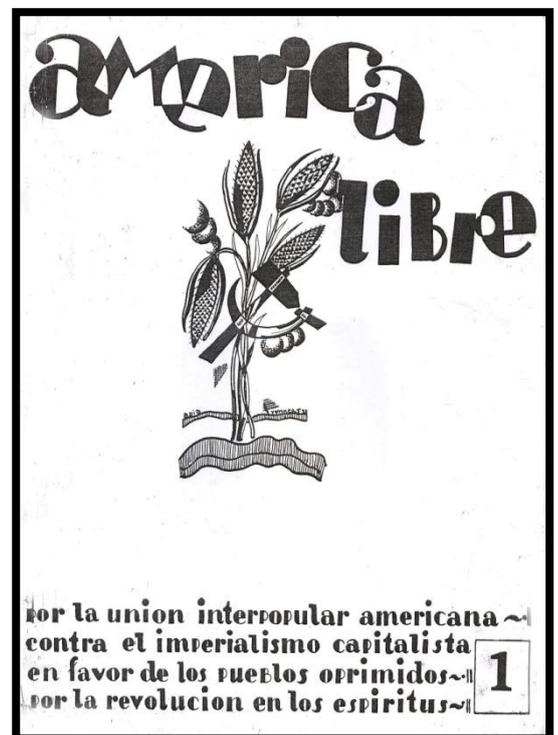
Revistas



El Libertador,
Órgano del Comité Continental de la LADLA.



Masas, de la Liga Antiimperialista de Cuba



América Libre, impresa en Cuba, con colaboración de exiliados venezolanos y peruanos.

Símbolos y logotipos



Símbolo de la LADLA presente en las páginas de *El Libertador*.



Logo de la sección cubana de la Liga Antiimperialista.



Distintivo del movimiento antifascista y antiguerrerista Ámsterdam-Pleyel.

ÍNDICE DE SIGLAS Y ABREVIATURAS

AC: Alianza Continental
AGELA: Asociación General de Estudiante Latinoamericanos
AFL: American Federation of Labor
AHN: Archivo Histórico Nacional
AIAPE: Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores
AIE: Ala Izquierda Estudiantil
ANERC: Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos
APRA: Alianza Popular Revolucionaria Americana
ARCOS: Compañía Oficial Soviética para el Comercio Exterior
BOC: Bloque Obrero y Campesino
CCC: Centro Cultural de la Cooperación
CCO: Comité Continental de Organización
CEDINCI: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas
CEM: Centro de Estudios Martianos
CEMOS: Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista
CGOCM: Confederación General de Obreros y Campesinos de México
CGT: Confederación General de Trabajadores
CNOC: Confederación Nacional Obrera de Cuba
COM: Casa del Obrero Mundial
Comintern: Internacional Comunista
COPA: Confederación Obrera Panamericana
CROM: Confederación Regional Obrero Mexicana
CSLA: Confederación Sindical Latinoamericana
CSUM: Confederación Sindical Única de México
DEU: Directorio Estudiantil Universitario
DOI: Defensa Obrera Internacional
EDSN: Ejército Defensor de la Soberanía Nacional
FEU: Federación de Estudiantes Universitarios
FJC: Federación Juvenil Comunista
FRTS: Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños
GI: Grupo de Izquierda
IC: Internacional Comunista
ICa: Internacional Campesina
IHC: Instituto de Historia de Cuba
ILD: International Labor Defense
INAH: Instituto Nacional de Antropología e Historia
ISR: Internacional Sindical Roja
IWW: Industrial Workers of the World
JC: Juventud Comunista
KIM: Juventud Comunista Internacional (por sus siglas en ruso)
Krestintern: Internacional Campesina (por sus siglas en ruso)
LADLA: Liga Antiimperialista de las Américas
LAIA: Liga Antiimperialista Argentina
LAIC: Liga Antiimperialista Cubana
LAIM: Liga Antiimperialista Mexicana
LCA: Liga de Comunidades Agrarias
LCI: Liga contra el Imperialismo

LIPLP: Liga Internacional Pro Luchadores Perseguidos
LNC: Liga Nacional Campesina
MAFUENIC: Comité Manos Fuera de Nicaragua
MOPR: Socorro Rojo Internacional (por sus siglas en ruso)
MRP: Socorro Obrero Internacional (por sus siglas en ruso)
NKVD: Comisariado Popular para Asuntos Internos (por sus siglas en ruso)
OGPU: Dirección Política de Estado (por sus siglas en ruso)
PAAIL: Pan American Anti Imperialist League
PCA: Partido Comunista Argentino
PCC: Partido Comunista Cubano
PCCh: Partido Comunista Chileno
PCM: Partido Comunista Mexicano
PCO: Partido Comunista Obrero
PCRA: Partido Comunista de la Región Argentina
PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética
PRC: Partido Revolucionario Cubano
PROCOR o PROKOR: Organización Proletaria (por sus siglas en ruso)
Profintern: Internacional Sindical Roja (por sus siglas en ruso)
PRV: Partido Revolucionario Venezolano
PSA: Partido Socialista Argentino
PSM: Partido Socialista Mexicano
PSR: Partido Socialista Revolucionario
PUN: Partido Unión Nacionalista
RGASPI: Archivo Estatal y Ruso de Historia Sociopolítica
RILU: Red International Labor Union
Sportintern: Internacional Roja del Deporte (por sus siglas en ruso)
SOI: Socorro Obrero Internacional
SRI: Socorro Rojo Internacional
TUC: Trade Union Congress
TUEL: Trade Union Educational League
UCSAYA: Unión Centro Sudamericana y de las Antillas
ULA: Unión Latino Americana
UP: Unión Panamericana
UPJM: Universidad Popular José Martí
URLA: Unión de Revolucionarios Latinoamericanos
VOKS: Sociedad de Relaciones Culturales de la Unión Soviética (por sus siglas en ruso)
WP: Workers Party
YUZHAMTORG: Organización para el Comercio con América Latina (por sus siglas en ruso)